

14284
116841

ALBUM DE MOMO.

COLECCION DE LO MAS SELECTO QUE SE PUBLICÓ EN
LA RISA

Ó SEAN

COMPOSICIONES JOGOSAS EN PROSA Y VERSO

de los Srs. Hartzenbusch, Gil y Zárate, Zorrilla,
Rubi, Breton de los Herreros, Villergas, Bonilla, Baldovi, Ribot, Principe, Diana,
Asquerino, Lafuente (Fr. Gerundio), Lopez Pelegrin (Abenamar),
Canseco y otros escritores.

PUBLICACION DE LA SOCIEDAD LITERARIA

BAJO LA DIRECCION DE

Don Wenceslao Ayguals de Izco.



5-21-1907
BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104340503

MADRID—1847.

IMPRESA DE D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.
CALLE DE LEGANITOS, NUM. 47.

Es propiedad de D. Wenceslao Ayguals de Izco.



INTRODUCCION.



¿Qué es risa? No lo sé yo definir. Es el polo contrario, es el antipoda, es el reverso del llanto; y es como el llanto un sentimiento, aunque enteramente opuesto, producido por la impresion que hacen las cosas en nuestros sentidos. Las desgracias ocasionan el sentimiento del dolor generalmente, tambien producen el de la alegría alguna vez, porque las dichas y las desdichas suelen alternar en valor segun la peticion de las personas. Un padre y un amigo que se

mueren, son para el hijo y para el amigo verdaderamente desgracias. Pero si en vez del amigo se muere un enemigo, y el padre es tan perverso como millonario, no falta entonces quien vaya con tanto gusto al funeral del difunto, como á un baile de máscaras. El amor es producido por las mugeres á los hombres y vice-versa, y la aversion por la maldad de las personas ó de los objetos en general. La locura, la necesidad, la ridiculez en toda la latitud de esta expresion,

producen infaliblemente la risa. Es, pues, la risa por esta razón el sentimiento que más hace el gasto. Cualquiera llora un día ó dos ó veinte, mientras existe. Son pocos los que aman más de una vez; pero todos reímos sin descanso desde la pila á la tumba, y no es extraño, porque como llevo dicho, este sentimiento es el producto de la ridiculidad, de la simpleza y de la locura de los mortales, y el mundo que cruzamos tiene una tercera parte de ridículo, la mitad de tonto y lo restante está dividido entre los locos y los sábios.

Para que la mitad del mundo ría, es necesario que la otra mitad haga la víctima, y no pocas veces suelen volverse las tornas. Yo, por ejemplo, me cuento hasta el día en el número de las víctimas, pero de las víctimas que menos tienen que agradecer al mundo, y sin embargo el mundo entero es para mí una víctima también que me hace desternillar de risa, verificándose aquello de

Medio mundo se ríe
del otro medio,
y yo solo me río
del mundo entero.

Yo estoy persuadido de que el mundo se ríe de mí; pero la risa del mundo no vale tanto como la mía, porque el mundo se ríe de mi persona nada más, y yo me río de todo el mundo que se compone de muchos millones de personas. Y en esto puede ver el mundo que no soy rana, que no se me pone así como quiera la ceniza en la frente, que no me aguanto sin decir esta boca es mía, que podrá torcerme un brazo quien pueda más que yo, mas no será porque yo le dé mi brazo á torcer, y finalmente

Que si el mundo furibundo
porque de mí ser se ría
muestra valor sin segundo,
no será en mí cobardía
reirme de todo el mundo...

No hace muchos días que porque tenía gana y antojo, iba yo comiendo avellanas por el Prado. Algunos de esos mocitos estirados que co-

men de limosna en casa ajena, y respiran aristocracia en la calle; esos rapaces con mucha carne y poco seso, que parecen estatuas de cal y canto forradas con gaban, guantes y botas, se reían sin duda de mi puerilidad y conocía yo que iban poco más ó menos murmurando ¡qué mala cabeza! Yo por sí ó por no, y como que á cada uno le agrada más lo suyo que lo ajeno, porque á nadie le falta su cacho de amor propio, decía para mi capote; poco vale mi cabeza, pero no la cambio por la vuestra, á pesar de todos sus bucles, esencias y pomadas, y porque en nada me llevasen ventaja, prorumpí en una risotada que bien puede ocupar un lugar encumbrado en la escala de las risas.

Y á propósito de escala, la risa tiene sus variaciones como el canto, y puede muy bien comprenderse en las leyes del *do*, *re*, *mi*, *fa*, *sol*. Es una cuerda que altera de sonido según se sube ó baja la clavija, según es el volumen de la guitarra. En unos instrumentos el sonido es claro como una flauta; y va disminuyendo hasta el más refinado tiple que suele estar en los típicos y en las señoritas flacas. Del *ja*, *ja*, *ja*, que es el punto medio de la risa, hasta el estremado tiple que marcáremos con el *ji*, *ji*, *ji*, hay unos cuantos términos musicales que en vez de conocerse por la escala ascendente *fa*, *sol*, *si*, v. gr. se denominan con las palabras risa, sonrisa y risita. Del *fa* para abajo ó del tenor hasta el sonido más bronco posible, hay otros tres puntos que son la risotada sostenida, risotada hemol y la carcajada que por lo regular tiene cuatro hemoles. Esto por lo que hace al sonido. Respecto de la forma, modo ó manera con que se presenta á los ojos (pues que ya saben ustedes que la risa dá que hacer á la vista y al oído) resulta la escala igualmente. Para la risita se alegran los ojos, se comprimen los carrillos y se deja escapar por entre la casi imperceptible abertura de los labios un chillido desentonado, á guisa de gato ó de ratón. La sonrisa es menos hülliciosa, es más común en las bellas que en los hombres; y es un termómetro perfecto que marca los grados de coquetería. Arrúganse los carrillos, muérdese insensiblemente el labio inferior, hácese una significativa contorsion de ojos, y acaba por cerrar los pár-

pados... La risa presenta en la cara las mismas transformaciones que la sonrisa, diferenciase solo en que el acento sale sin violencia á la misma altura, ni mas ni menos que la voz regular. Esta es la mas abundante de todas las risas. Si esta risa fuera gobierno, no tenia que temer la coalicion de los partidos risueños. La risotada es una risa de marca mayor, hace cerrar algo los ojos y abrir la boca en términos de enseñar hasta las encías y despide un *ja, ja, ja*, de quinto bordon, pisado en el segundo traste, que hace estremecer el cuerpo. Vamos con la carcajada, que es como si dijéramos la madre, la abuela, la visabuela, y hasta la tatarabuela de las risas. Es un desconcierto de toda la máquina. El alma parece que no cabiendo en el pellejo, quiere escabullirse por la boca, por los ojos y hasta por los pies y las manos. Y se recuesta uno sobre el respaldo de la silla, si está sentado, y aunque sea sobre una tapia, si está en pié, y abre una boca que es bocaza, y despiden los ojos cada lágrimon tan gordo como un garbanzo.

Hasta aquí de las risas espontáneas. Hay risas violentas é involuntarias y aun de compromiso. Cuando á uno le hacen cosquillas, se rie sin querer, y cuanto mas le incomodan las cosquillas mas y mas crecen las vascas de la risa. Esta risa es la peor de todas las risas para el que la sufre, y le deja mas esguadrado que si hubiera estado todo el dia trabajando y toda la noche en baile. Cuando se está en alguna reunion ó parage donde se exige formalidad es muy natural que entre la gana de reir y muy difícil contener la risa. Y la risa es entonces una chispa eléctrica que se comunica á todos los circunstantes, de modo que todos se ven impulsados de una misma necesidad, y todos se están mortificando por reprimir la tentacion de la risa. Uno se muerde los labios, otro las manos, unos miran al suelo aunque nada se les haya perdido, otros vuelven la cara, hasta que alguno menos sufrido que los demas, suelta una bocanada de risa y ¡á Dios mis pavos! Aquello es una confusion, un guirigay, un galimatias: qué carcajadas se sueltan á la par, y qué babas se les escapan á los mas empeñados en ostentar gravedad y cir-

cunspeccion! Todas las penas del purgatorio no equivalen á la pesadilla que lleva luego el prójimo que sin poderlo remediar ha faltado al respeto de los mayores en edad, saber y gobierno, y á la etiqueta de una lucida sociedad.

Risa sardónica. Esta es una risa fiebre; una risa arrancada al despecho, á la cólera del que en su interior padece horriblemente. Es una lágrima del corazon que sale por la boca. Quisiera muchas veces el que rie que su lengua fuera la de la víbora, y sus miradas las del basilisco. *Risa irónica,* risa diplomática, risa de palacio, todos son sinónimos. Risas de esas hay que baldan. En los altos círculos la risa es un lenguaje mudo mas estenso que todos los idiomas juntos. Con una sonrisa se le llama á un hombre tonto, con otra se le hace creer que agrada, cuando se le esté despreciando inhumanamente. Una sonrisa de palacio dice «usted me hace tili, usted me inspira compasion, vá-yase usted y no vuelva aquí jamás, doy a usted las gracias etc., etc.» Un diálogo de Mr. Guizot y el príncipe de Metternich, debe ser un buen observatorio para analizar las diversas facces de la sonrisa. La risa de mas compromiso que se conoce, es la risa del esclavo. El que depende de otro, por fuerza tiene que mostrar que todo lo de aquel le cae en gracia: diga berzas, diga nabos, es indispensable reirse á todo como si saliera de Larra, de Quevedo ó de Paul de Cook. Por eso esta risa es la risa mas embustera de todas, como que si fuéramos á hacer caso de ella, el mas gracioso de cada casa seria el amo, el mas gracioso de cada aldea seria el alcalde, y en los reyes estaria todo el chiste, toda la sal y toda la agudeza de las naciones.

Es tanto lo que dice una sonrisa oportuna, que en mil adajios anda demostrando el valor de su expresion. Para indicar un hombre su fuerza suele decir: «me rio yo de que me acometan media docena de ladrones.» Para asegurar que una cosa no debe creerse, dice: «riase usted de eso.» Para decir que un chiste le chocó extraordinariamente se espresa así: «el alma me dolía de reir, no podía tenerme de risa.» Para manifestar indiferencia ó des-

precio, salta: «vaya que si nuestro señor Jesucristo no se rie de estas cosas no es hombre de gusto.»

Los eruditos, los retoños del siglo pasado, los restos de la hermandad de padres Jesuitas hablan de otro modo; toman una posicion grave como Ciceron y esclaman despues de media hora «*risum teneatis.*»

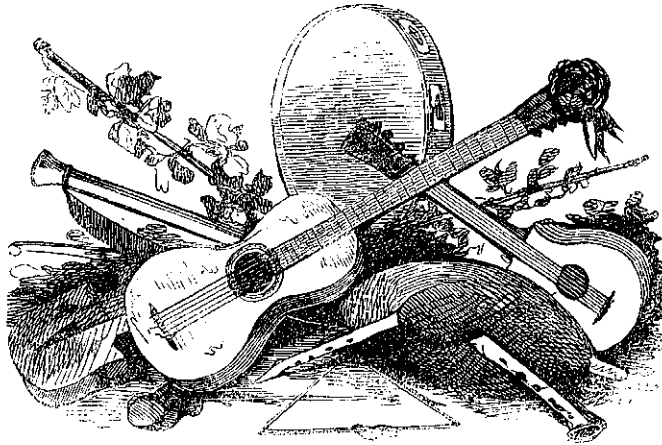
Como tengo explicado que la risa es un sentimiento natural producido por la impresion de los objetos, claro está que la risa es una de las cosas que no conocen inventor. Por eso no hemos escudriñado nada acerca de su origen que sin duda se pierde en la noche de los tiempos. La historia y la tradicion nada revelan en esta parte: lo único que yo puedo hacer es emitir mi opinion, y mi opinion es, que el primero que debió reir en el mundo fué el primero de los hombres, es decir, Adan. La causa que produjo el efecto, es difícil de adivinar. Yo creo que

Adan se echó á reir cuando Eya se le presentó sin otra condecoracion de decencia que la hojita de parra, como que la parra, ó por mejor decir el fruto de la parra es uno de los recursos mas infalibles para alegrar á los hombres.

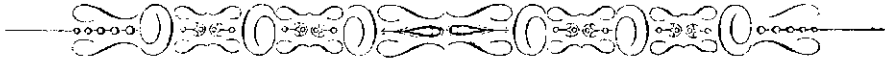
Un hombre risueño agrada en todas partes; pero cuide de no ser mas que *risueño*, porque si es *risible* ya se acabó todo para él: pues saben ustedes bien que los epitetos de pillo, vicioso, ladrón y asesino, no suenan tan mal á un hombre de sentido, como el que digan que es el *hazme reir* ó la *irrision* de todo el mundo.

Y pues que me siento ya
fatigado de escribir
lo dejaré, voto vá,
que el trabajar no me dá
muchas ganas de reir.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.



FIN DE LA INTRODUCCION.



¡DICHOSA EDAD!

Romance joco-serio.

Nueve meses encerrado
en oscuro calabozo,
con las piernas en cuclillas
y los puños en los ojos,
desde que fué concebido
el hijo de cada prójimo
(no siempre lícito fruto
de legítimo consorcio)
llora y gime á su manera,
de su prision en el fondo,
por ver los rayos del sol
que ilumina nuestro globo.
¡En vano, que para ahogar
sus inocentes sollozos,
conspira alevé el corsé,
invencion de los demonios;
y á saber lo que le espera
cuando salga de aquel lóbrego
presidio, preferiria
ser víctima de un aborto.

Cumplida ya su condena,
antes de asomar el rostro
paga á la madre en dolores
lo que ella le dió en sofocos.
Si no tiene vocacion

de trapense ó de gerónimo.
él mismo rompe la celda
que le servia de estorbo:
si la vida motilona
de aquel antro cenagoso
le era grata, se resiste
á dejar el refectorio.
Pero ¡inútil resistencia,
que con furor demagogo
le *exclaustra*: mal de su grado,
el comadron antropófago!
Revuelto como tortilla
y amasado como bollo
¡feliz si de tal maniobra
no sale tullido ó cojo!

Pero demos de barato
que salga ileso el pimpollo
y naturaleza próspera
triunfe del barbero indocto.
¡Oid al nieto de Adán
como en destemplado lloro
maldice el funesto don
de vivir entre nosotros!

Su vida desde el Oriente
es inaguantable potro,

y si supiera quejarse
 le escucharían los sordos.
 Uno le quita la caspa;
 otro le limpia el meconio;
 aquí apósitos y vendas:
 acullá unturas y polvos.
 Qué de friegas y estirones,
 qué de frotos y de sobos
 de la cabeza á los pies
 y desde la mano al hombro!

Piensa descansar el misero
 despues de mondo y lirondo,
 mas de mayores tormentos
 aquel ha sido el exordio.
 Ahora comienza el suplicio
 del consabido envoltorio
 que oprime sus coyunturas
 y estruja sus hipocondrios.
 Metedores y pañales
 mantillas, chambras y gorros
 con una y otra corteza
 cobijan el débil tronco;
 y al fajarle el operario
 tal vez le disloca un codo
 ó con agudo alfiler
 pincha al indefensoorro;
 y sobre prensarle tanto
 le dan vueltas como á un torno.
 que no sé como no vuelven
 al pobre muchacho loco.

Por fin, menos semejante
 al hombre, de que es retoño
 que al cilindro de una máquina
 ó á una colmena de corcho,
 chupa voraz de su madre
 los túrgidos promontorios
 y breve tregua á su llanto
 dá el succulento calostro.

Entretanto, veinte brujas
 formando gárrulo coro
 bendicen — ¡otra les queda! —
 el fruto del matrimonio.
 ¡Oh qué linda criatura!
 dice fulana, es un rollo
 de manteca. ¡Dios le libre
 de viruelas y mal de ojo!
 Otra en tono de Sibila
 hace inspirada su horóscopo

y largá vida le anuncia
 con montes de plata y oro.
 Otra esclama: se parece
 lo mismo que un huevo á otro
 á su papá: y el papá
 no cabe en sí de alborozo.
 Pero quizá aunque sonria
 y dice el público, apoyo;
 tiene el padrino razones
 para pensar de otro modo.

No lamento lo que sufre
 en el acto meritorio
 del bautismo, que me precio
 de ser cristiano ortodoxo;
 pero cuando siente el párvulo
 sobre su cabeza el chorro
 y en su boca el *sal sapientior*,
 que no le sabe á bizcocho
 tal vez — ¡humana miseria! —
 se obstinaria en ser moro
 si al oír *vis baptizare*
 fuese él quien digera *volo*.

¿Y quién ¡ay Dios! enumera
 las dolencias y soponcios
 que mortifican al nene
 entre lágrimas y mocos?
 Hoy le aflige la alfombrilla
 mañana el usagre hediondo,
 otro día el sarampion
 le convierte en fiero mónstruo.
 A cada diente que asoma
 le atacan pujos y vómitos,
 y tal vez males ajenos
 se le ag regan á los propios:
 que si antes de descubrirse
 el americano golfo
 el pecado original
 era, aunque grave, uno solo,
 ¡hoy son dos... y vive Cristo
 que hizo España buen negocio
 quedándose con la peste
 y perdiendo el territorio!
 Sin consultar — ¡angelito! —
 su paladar ni su estómago,
 antes de cumplido el año
 llena su cuerpo de bodrio
 y antes que adquieran sus miembros
 el preciso desarrollo

le desnudan de mantillas
para vestirle de corto.
Mas no por eso el menguado
respira con desahogo
que su pulmon deterioran
los andadores diabólicos;
y cuando de ellos le alivian
sí con afán engañoso
para librarse del yogo
hace pinitos heróicos,
cada paso es un peligro,
cada mueble es un escollo,
que sus pies son de manteca
y su cabeza de plomo.
Por fin, á fuerza de días
y coscorrones de á folio,
logra andar la criatura
sin necesitar socorro,
y su lábio balbuciente,
menos precoz que el de un loro,
articula á los tres años
pápa, teta, máma y chocho,
no sin que antes las comadres,
interpretando su tosco
guirigay, al rudo niño
levanten mil testimonios.

Hasta en los mismos halagos
y caricias y piropos
que le tributan ¡ay! pasa
las penas del purgatorio.
Objeto de diversion,
como puede serlo un mono,
para vecinas fisonas
y aduladores ociosos,
le hacen reir cuando llora,
ó turbando su reposo
cuando mamára ó durmiera
le hacen bailar como trompo.
Llamándole serafín
le aturden con alboroto,
y el amor con que le besan
tiene apariencias de encono.
Uno el eútis infantil
aplica el suyo cerdoso;
otro le inspira su aliento,
que no huele á cinamomo;
otra vieja fementida,
mostrando insolente pólipo

en su alevosa nariz,
que parece un sable corbo....
¡No mas, impía canalla!
no con vuestro impuro soplo
sequeis en flor ese vástago
que acariciaba el Favonio!

Pero ¿qué diré—; infeliz!—
si á falta de madre—; oh tósigo!—
te cria bestial pasiega
ó la madre de algun choto?
¿Qué diré, si te condenan
á la congoja, al engorro
de chupar les *biberonas*
aspirantes de Ibarrodo?
¿Qué diré, en fin si hacinado
en una casa de espósitos
horas de ignorada madre
el criminal abandono?
Si al hambre y la desnudez
sobrevives, ¿suyo el gozo
suyo habrá sido el pecado,
¡y tuyo será el oprobio!!!
Y esclamarán todavía:
; *dichosa edad!* los filósofos...
O nunca fueron *chiquillos*,
ó siempre han sido unos tontos.

MANGEL BRETON DE LOS HERREROS.

COSTUMBRES GASTRONÓMICAS.

En todos los países civilizados se come: en todas las naciones del mundo está prohibido con pena capital por la ley de la naturaleza el crimen de NO COMER: y ni uno solo de cuantos se han hecho reos de tan atroz delito, ha dejado de experimentar el ejemplar castigo que tan inexorable ley le señala. Comamos, pues, en gracia de Dios: aunque no sea mas que para no aparecer culpables.

Siendo, pues, de todo punto indispensable *comer para vivir*, aunque hay algunos que parece prefieren *vivir para comer*, justo será confesar que la mesa es el mueble mas útil que ha inventado la humana inteligencia para la gente de educacion esmerada, para la sociedad de buen tono. La educacion, dice un antiguo refran, en

ninguna parte se conoce como en la mesa y en el juego. No es mi propósito hablar del juego por ahora; pero con respecto á la mesa, no cabe la menor duda que es donde mas que en otra cualquier parte brilla la elegancia de un caballero, al paso que se descubre la rusticidad y torpeza de un gastrónomo mal educado. Hartarse sin compasion, es el único pensamiento que le cautiva, y preocupado con él no trata mas que de engullir. Mientras sus voraces dientes destrozan lo que tiene en su plato, devora con los ojos lo que está en los platos ajenos. Todo quisiera tragarlo en un abrir y cerrar de ojos. Se ha sentado, por supuesto, muy separado de la mesa, se ha desatacado el pantalon para dejar libre el vientre, y ha colocado su plato mitad dentro y mitad fuera de ella, por manera que al ir á coger alguna tajada con el dedo pulgar quemado del cigarro y un pedazo de pan, se le vuelca el plato, le cae encima lo que hay en él, y se queda hecho un Lázaro, como suele decirse. A todo lo que le sirven sopla desaforadamente para que se enfrie cuanto antes, y no obstante, se abrasa la lengua al primer bocado, lanza un grito ridículo, y escupe en medio de la mesa lo que tiene en la boca. Al concluir la sopa lame la cuchara por todas partes y la guarda junto al plato para comer con ella la carne y los garbanzos del puchero. Si queda un poco de caldo se lo bebe con el mismo plato. Toma la sal con sus mugrientos dedos, y luciendo las ribeteadas uñas, para hacer ostentacion de su buena crianza, coloca dicha sal con mucho cuidado en el cuchillo, y desde él la arroja en la comida, ó bien aproximándose el salero, va metiendo en él cuanto come á guisa de mano pecadora tomando agua bendita. La cuchara, el tenedor, el cuchillo, son muebles que maneja bruscamente. Todo lo agarra al contrario de los demas, se sirve de las fuentes con su propia cuchara que pasa mil veces de la boca á la sopera y vice-versa, bebe sin limpiarse antes los labios, dejando en consecuencia una garnicion de ondas de pringue en el vaso, que da grima á los que tiene cerca de sí, á quienes favorece ademas con repetidos codazos. Despues de beber escurre el vaso en el suelo y lo vuelve á dejar boca abajo, por manera que cada vez que le empina deja en los manteles una O de vino.

De vez en cuando apoya el codo en la mesa y se limpia los dientes con el cuchillo y el tenedor. Dase de bofetones, ó hace ridículos gestos pegándose manotadas como para espantar alguna mosca que le está rondando, y es, que al sentarse á la mesa se metió la servilleta por el primer ojal de la levita, y le sale una punta muy tiesa que le hace continuamente cosquillas en la barba. Tiene los brazos fijos en la mesa; y en vez de llevar con su mano la comida á la boca, baja esta á coger la carne que queda en algun hueso que mi buen hombre agarra con ambas manos como receloso que se lo quiten, y como haya tuétano en él, empieza á dar golpes en el plato para que salga, cuyo ruido acompañado con los destemplados sorbos y chupetones del gastrónomo impaciente, forma un excelente duo que no hay mas que oír. Así se pone los dedos como si los tuviese untados de jabon; y como coje el vaso de nuevo sin limpiárselos, se le resbala de ellos y vierte el vino por la mesa que es un dolor. Si esto por casualidad no le sucede, acontécele otra cosa mil veces peor aun, y es, que como no quiere perder bebiendo, el tiempo que para comer necesita, bebe con ansia y precipitacion antes de haberse engullido el bocado que masca, y se atraganta y se ahoga, y empieza á toser y á chorrearle vino de las narices, que recoge con el vaso para que no se desperdicie. Si es agua lo que bebiendo estaba, á la primera tos vuelve la mitad al vaso y rocía á los demas haciendo mil asquerosos visages. Pónese á trinchar un pavo que le hace crecer la saliva, y como no atina á dar con las coyunturas, suda y se afana por cortar el hueso; en cuya fatigosa operacion se le escapa con frecuencia el tenedor ó cuchillo, cae sobre la salsa la pieza que pretende trinchar, y salpica á todos los concurrentes que es una diversion. Decídese por fin en medio de las generales risotadas que atribuye mi hombre á la comun alegría, á coger con una mano una pechuga y la pierna con otra para romper el pavo que en tan pesado trance le ha puesto; pero el maldito está crudo asaz y se resiste á los esfuerzos del héroe. Afortunadamente puede muy bien irle en zaga otro bárbaro en eso de finura, que á su lado tenga, y le ofrezca su auxilio al apurado compañero que quiso meterse en

camisa de once varas. Ya me parece verlos asidos cada uno de una pierna de la victima, que empiezan á tirar con vigor en medio del general aplauso y la comun risa que resuena ya por to-

dos los ángulos del salon, hasta que rompiéndose una de las piernas del pavo, caen mis dos atletas entrambos á dos de espaldas, llevándose el uno manteles y platos y el otro haciendo saltar



con el pié la peluca de uno de los convidados, por manera que aquello se convierte en Numancia destruida.

Para evitar, pues, tan horrosas catástrofes debiera el gobierno establecer escuelas gratui-

tas en donde se enseñase al prógimo á manducar con arreglo á los progresos de una época en que las mas célebres nbtabilidades comen á dos carrillos.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

ODA Á LAS PATATAS.

No las lides pretendo
celebrar de Austerlitz y de Lepanto,
ni de Roma el estruendo,
yo que de eso no entiendo
la gloria y prez de las patatas cauto.

Y no en contrario pugne

esa que grey se nombra de Castilla,
no espero que me impugne,
ni creo le repugne
la que ha venido á ser su *comidilla*.

Por que alusion recela
dirá mas de un señor que no las cata;

yo digo que no cuela,
que lo cuente á su abuela
porque á mí no me meten la patata.

Bien haya á los que hallaron
de América el rincon pingüe tesoro,
que audaces explotaron,
y al regresar surcaron
olas de plata y borbollones de oro.

Bien haya á los que hicieron
romería tan larga viento en popa,
y en la region que hindieron
la mina descubrieron
que de patatas inundó la Europa.

Pues diónos mas consuelo
(dice un autor) que el oro y que la plata,
quien con humano celo
al europeo suelo
la mina trasplantó de la patata.

Del hambre al fiero estrago
las masca el rico, el rey ¿quién dijo miedo?
y en su elocuente amago
igualan al monago
con el mismo Arzobispo de Toledo.

¡Oh! sin su prodigiosa
y alta influencia que á pintar no acierto,
en esta era famosa
fuera una misma cosa
quedar cesante y repicar á muerto.

Sabroso, no es lisonja,
y fruto el mas barato del mercado,
el estómago esponja
del ex-fraille, la ex-monja,
la huérfana, la viuda, el retirado.

Y es tal su baratura
que todo vicho en ello echa bravatas,
diciendo á quien se apura:
«no hay miedo, criatura,
venga á mi choza y comerá patatas.»

Por la voz acabada
en eira como Ojeira, Beira y Neira

Galicia es señalada;
pero es mas celebrada
por la gaita chillona y la muñeira.

Nombre la Mancha alcanza
entre ciertas y ciertas maravillas
por su héroe Sancho-Panza,
y la española danza
que llamamos manchegas seguidillas.

Mas tambien fama y mucha
les dá su patatar, respondo á ciegas:
ó decida en la lucha
Madrid que tanto escucha;
¡A dos cuartos manchegas y gallegas!

Igual, bien comparadas,
á las mugeres son, doy datos fijos:
pálidas ó encarnadas,
panzudas ó estrujadas,
doncellas la mitad y otras con hijos.

Nadie hay que mas insista
en ser cual yo tan partidario de ellas,
la causa está á la vista;
probable es que consista
en que me saben bien estas y aquellas.

Plantas las dos del suelo
que al ardiente apetito desafian,
guardan con denso velo
un corazon de hielo,
pero entrando en calor tarde se enfrían.

Furioso las embisto (1)
fritas, asadas, con arroz, calientes;
ya guisadas, ya en pisto,
pero en tortilla ¡ay Cristo!
me hacen de gusto tirar los dientes.

Si llega á mis oidos
el son de la sartén sobre la hornilla,
parezco á los partidos
que en viéndose vencidos
desean que se vuelva la tortilla.

(1) A las patatas se supone.

Tanto al amor convida
 hoy la patata, que decirse debe
 con el alma y la vida,
 que es la flor escogida
 de este pensil del siglo diez y nueve.

Yo las estoy gastando
 con tanta profusion que tengo un censo,
 comiendo ó almorzando,
 cenando ó merendando,
 y tanto, en fin, en las patatas pienso:

Que si en bailes me veo,
 mejor que á las de Straus dulces sonatas,
 pegar brincos deseo
 al viejo martilleo
 del venerable *wals* de las patatas.

JUAN MARTINEZ VILBERGAS.

EL NOMBRE DE PILA.

¿Lector, eres casado?... Cuidado, señores, que como esta es una preguntita que se hace generalmente á los loritos, pudiera parecer maliciosa, y suponer en quien la escribe la extravagante ocurrencia de comparar á los loros con los numerosos hermanos que componen la cofradía del estado honesto. Algun principio habia de tener el artículo, y mientras no se me convenza de lo contrario estoy persuadido de que tan bueno es este como otro cualquiera.

Si fuera yo á esperar que ningun lector se tomase la molestia de enviarme alguna incisiva para satisfacer mi curiosidad, probablemente este artículo no llegaría nunca á su segunda línea; por lo que, cuando ha pasado de ella se deduce claramente que el ánimo del escritor no era otro que el dedicar sus observaciones con mas particularidad á los amables cónyuges, por considerarlos jueces mas competentes para el asunto. Y aun de esperar respuesta, tampoco me esperaría la «¡uy, uy, uy que regalo!» palabras que cacarean los papagayos cantoneándose erguidos, ó rozando su corvo pico en su pintada pchuga; puesto que, el matrimonio de todo tiene menos de regalo, pues es oneroso hasta

dejarlo de sobra, y tiene mas cargas consigo, que un mulo viejo de arriero, y impone mas gavelas que el presupuesto de una extraordinaria de guerra.

Con paciencia se gana el cielo, no vayas á arregar la frente, amable lector, antes de dejarme presentar las cosas bajo un verdadero punto de vista, ni acuses ya la *tendencia de mi artículo* como inmoral, porque compare las cargas matrimoniales con la de los machos de arriero, ni con las contribuciones extraordinarias. El matrimonio es una institucion sagrada; lejos de nosotros la idea de atacarla ni en su origen, ni en sus consecuencias; pero sentada esta base, creemos que, sin penetrar en su religion estamos en nuestro terreno sacando á plaza, el ridículo anejo á varias de sus prácticas: es decir que podemos ridiculizar al individuo, sin manchar al gremio.

Antes de todo conviene que sepas, amable lector, que yo tengo un amigo que pertenece á la susodicha hermandad de los casados; que es un *pobre hombre* segun el dicho de las gentes piadosas que le visitan: un *buen Juan*, segun el de su muger que le manda; y un *calzonazo*, segun el de sus criados que no le obedecen.



pues en la época que atravesamos los que comen el pan de nuestra casa son los que miran menos por su decoro: y la proverbial fidelidad de los antiguos támulos va siendo una moneda prohibi-

da cuya circulacion no se permite. Ahora bien, el tal Juanillo cuéntame sus cuitas, me llama el paño de sus lágrimas, y raro es el día que no lloriquea y se lamenta de su negra fortuna que le hizo nacer en ora menguada, siendo el rigor de las desdichas. La que mayor le parece de todas es la locura de su muger, (pues así la llama Juanillo) de creerse filósofa y literata; y tales encarecimientos me hizo de los extraños personajes que asistian á la doméstica tertulia de su filósofa mitad, que la curiosidad avivó el deseo, y la voluntad triunfó de mi natural inercia, haciéndome prometerle que asistiría á la noche siguiente á su reunion, pues segun me indicó, tenía que discutirse un asunto de suma importancia, y recelaba que entre todos lo echasen á perder si no habia una cabeza bien organizada que dirigiese la discusion.

Cumplí mi oferta, y al anoecer del día siguiente me presenté en casa de Juanillo. Hallábanse ya reunidos los tertulios, y conversaban acaloradamente. Apenas me saludaron, y menos se cuidaron de reparar en mí, á escepcion de Juanillo, que me estrechó la mano con el mayor interés, y que se apresuró á decirme:

— ¿Supongo no te irás á incomodar porque no te hayan hecho maldito el caso?

— Nada menos que eso.

— Ya se vé como tú eres tambien artista, estás acostumbrado á sus trotes.

— ¡Hola! con que los trotes de los artistas, es decir su trato, pues eso has querido significar, es no hacer caso de nadie?

— Pues; así dice mi muger. Independencia de opiniones: libertad en todo, nada de cumplido ni de ceremonias.

— Tiene razon; la urbanidad no sirve para nada.

Púsose mi amigo compungido al notar la expresion de mis últimas palabras; pero advirtiendo en mis lábios cierta sonrisa de satisfaccion y buen humor, se tranquilizó.

Al tomar asiento en el corro que se agrandó algun tanto para permitirme la colocacion de una silla, Cristina la esposa de mi amigo, me hizo una inclinacion respetuosa de cabeza, indicándome con sus negros y brillantes ojos, cuya expresion era indefinible y verdaderamente en-

cantadora, que escuchase en silencio la comenzada plática. Uno de los presentes adivinando la intencion de la señora, y á fuer de escribano, quiso ponerme en autos segun dijo, y concluyó su relato en estos términos: «Una presunta amiga de esta señora se halla en visperas de dar á luz un heredero, y vistos los antecedentes, ha fallado esta noble reunion que debía meditarse detenidamente sobre el nombre que se habia de poner al párvulo ó párvula que nazca, pues es de suma trascendencia, y aun muy integrante para el porvenir de la criatura. Don Lino, el droguero que es el que me ha precedido en el uso de la palabra, ha convenido en la importancia del nombre bautismal, y aun nos ha referido historias peregrinas de mil desagradables aventuras, por solo llamarse Lino, y confundirle con el que venden en los almacenes de lienzo. A don Lorenzo le toca el turno de la palabra.» Juanillo inclinó la cabeza hácia mi hombro y me dijo: A este le llama mi muger el crítico.

— Poca edad tiene para egercer tan importante mision.

— Pues no se para en barras. De todos habla mil pestes.

— Entonces no critica nunca, sino que siempre censura. Oigámosle.

— Señores no sé por qué ha de ser importante el nombre: es verdad, que yo no sé por qué se ha de dar importancia á nada... Qué cosa la tiene en este mundo? Mi opinion era que ninguno tuviese nombre, ó por hablar con mas razon que personas como nosotros no nos ocupásemos de dárselo á nadie. Por lo demas no dejo de conocer que el nombre hace al hombre: y que como en el mundo se vive de apreusiones, y como hasta los chicos de la escuela cantan las coplas de María Castaña que dicen:

Cada uno tiene, señoras mias,
sus apreusiones y sus manias.

Es inútil que uno luche contra las preocupaciones de todos. Yo soy un ejemplo palpitante de la injusticia. A mí me dicen que estoy quemado con todo el mundo, y me llaman el frito, y el de las parrillas, ¿y todo por qué? porque á mis señores padres se les antojó festejar el sauto

del día en que nací poniéndomele por nombre, y como era san Lorenzo...

Soltaron una tremenda risotada la mayor parte de los del círculo; pero duró un momento. Don Casimiro, jóven almirarado, dándose con el bastoncito en la punta de la charolada bota, habló en voz meliflua.

Cierto es cuanto decís, caballero: pero hemos desquiciado la cuestión. La influencia social de un nombre bonito está reconocida. Yo me acuerdo que el nombre de Holofernes me tocaba á los nervios desde chiquitín, y que me electrizaba el de Tancredo, y en el día me sucede lo mismo. Me dá dolor de estómago el tener que saludar á un vecino, y evito casi siempre el llamarle Señor don Homobono; y en cambio la boca se me hace agua cuando pronuncio el nombre de Carolina, de mi planchadora de las boardillas. En fin, señoritos, será una debilidad, un anacronismo, pero yo no conocía á la que á estas horas es mi dulce esposa y solo la fuí á ver, por que oí á un amigo mio hablar de Armida. Yo que habia soñado tanto con encantadoras: en fin, aquella lo fué para mí y la entregué mi blanca mano; cosa que no hubiera concedido á no tener el nombre de la heroína *della Jerusalemme del Tasso*. Y que un nombre es una de las cosas que mas ocupan despues á los casados, por su puesto, despues que se ocupan de otras varias, aunque no faltan sus aburrimientos. Porque, se casa usted; á los seis meses, ya tiene usted la preguntita de ordenanza, y ¿no hay novedad en la parienta?— ¿Qué novedades ha de tener?— Hombre, es tan soso un matrimonio sin chiquillos.— Ya, pero aun no es tiempo.— Pero, hombre ¿en qué lo pasan ustedes?— Estas y otras preguntas han avergonzado tantas veces á mi Armida!... Por fortuna, ya... ya es otra cosa... Y ahora es cuando digo yo que es una dulzura el ocuparse de los nombres que se pondrán á los niños: y que hay que tener de prevencion para entrambos sexos, pues desde que se van generalizando los partos dobles, es decir, en que nacen gemelitos!... En fin, señores, bajo este punto se ha de presentar la cuestión. No estamos en el caso de disputar sobre una cosa de importancia reconocida, sino únicamente en el de buscar nombres que puedan ser como una cartita de re-

comendacion para los que los lleven. Me alegraré oír las opiniones de ustedes, para ver si hay alguno que convenga para mi futuro heredero. Doña Cristina, yo suplicaria á usted que fuese la primera en darnos su parecer, pues desde luego será acertadísimo cuanto se ocurra á un florido ingenio en esta cuestion tan palpitante.

Doña Cristina respondió.— Yo creo que el nombre no debia ponerse á nadie sino cuando ya por sus acciones se hubiese merecido alguno y en ese caso que hubiese aplicacion filosófica, debiéndose llamar á los valientes, Alejandro; y Didos á los enamorados sin fortuna.

— Pensamiento filosófico, exclamó el poeta.

— Discreta ocurrencia, dijo el petrimetre.

— ¡Necia reflexion! murmuró el crítico.

Juan no dijo nada, pero en cambio abrió los ojos como un energúmeno, y raseándose la frente procuraba descifrarle á sí mismo en qué consistiria el gran talento de su muger. Yo no quise aclararle entonces el misterio: pero á no quedarme duda ninguna lo que todos admiraban en doña Cristina era su hermosura, aunque por pretesto se hubiesen empeñado en decir que era su filosofia. Don Lino volvió á anudar la interrumpida plática:— Yo creo que si es niño se le podria llamar Pedro, que es un nombre sencillo.

— Qué extravagancia, le interrumpió el elegante, yo no podria figurarme ningun Pedro, sin su calva de cerquillo correspondiente y su llavon en la mano como el Apóstol.

— Es, que poco importaba que á usted se le figurase así, si no era.

— Siempre es un escollo que era preciso evitar!

— Aquí no se trata de escollos sino de nombres.

— A mí me parece, para niño mas propio Constantino.

— Amigo mio, dijo el crítico entonces: yo no llamaria á ningun hijo de mi muger por ese nombre. Constantino fué hijo de una esclava.

— Y luego un hereje como una loma, añadió don Lino.

— Pero en cambio, interrumpió la señora de la casa, tambien se convirtió á la fé, y protegió la religion.

El poeta, que encontró coyuntura para apoyar la proposición de tan amable filósofa, dijo:

— Yo estoy por el nombre de Constantino: su parte ideológica es muy significativa, pues parece que se deriva de constancia y de constante, y esa es una gran recomendación para las damas: y la recomendación de las damas es una gran recomendación para el mundo, y una carta de seguridad para hacer suerte. Luego después es un nombre muy amoroso y poético. Tiene unos consonantes deliciosos.

Adorado Constantino
á quien el alma rendí.
Te amé desde que te ví
así lo quiso el destino.
Tú eres el ángel divino
que en el desierto camino
á donde Dios me arrojó,
con la luz me iluminó
de su rostro peregrino.

Y otros mil y mil consonantes que darían gana á cualquiera poetisa de encañarse de un hombre que se llamase así, solo por encontrar unos piés tan armoniosos, y que tanto se prestaban á su concepto.

— Estoy yo pensando, exclamó Juan, si en lugar de tener ese nombre de Constantino la oideología ó como usted la llama, de Constancia, no la tendrá mejor de con-tal-tino; un hombre que lo hace todo con mucho pulso.

— Está muy bien descifrado, exclamó don Lino.

— Calla, y don Lino es también consonante de Constantino, este consonante, señor poeta, ya no es tan fino.

— Y aun hay otros que lo son menos, señor don Casimiro, como tocino y pollino.

— Es verdad.

— Y á usted ¿qué le parece? me preguntó entonces la señora.

— Que es un nombre que puede ponerse muy bien; y que no me parecería tampoco mal aplicable á una niña.

— Sí; pero para niñas los hay mas significativos.

— Convengo.

— Para niña, Armida: no se cansen ustedes exclamó el petimetre.

— A mí las mugeres, cuanto mas positivas mas me gustan: y me incomoda que aun en el nombre tengan nada de fantástico. El mas sencillo es el mejor. María, Cecilia... Yo estoy por estos, dijo el crítico.

— Hombre, no, por Dios! Se me figuraría siempre que era una chanza. No estoy por las Marías, desde que se las llama Marujas y Maricas, lo primero, porque trasciende á bruja á cien leguas; y lo segundo, porque me recuerda á esos pajarracos tan feos, y de un chillido tan agudo y fastidioso, que ya.... ya!....

— Yo he visto, exclamó don Lino, *Cecilia la ciegucecita*; y el muchacho de la tienda está siempre deletreando un librito... *María, ó la inclusera*.

— Para nombre de dramas, exclamó Juan, mas me agrada Rosmunda.

— Que mal gusto tiene en todo, exclamó su esposa.

— Ya se vé que sí, prosiguió el poeta. Vea usted que consonantes para su composición. «Rosmunda é inmunda.» Nada: yo estoy por Cristina; es tan bonito! Divina, fascina, peregrina etc., etc. y que es muy célebre en la historia antigua.

— También nombre de noveluchas, dijo don Lino.

— Y además, prosiguió el crítico, en la historia es célebre; pero lo es acaso por sus escándalos.

— Y por sus virtudes, y por ser protectora de las artes!

— Y asesinó á Monaldechi.

— Y instituyó una orden de caballeros.

— Vamos, paz señores; desechado el de Cristina, dijo Juan. Lo mejor será que no nos quebre los cascos, y que se le ponga el del santo del día en que nazca.

— Sería un chasco, dijo el petimetre, que naciese el día de mi vecino, y que hubiese que poner á la niña doña *Homobona*.

— ¿Y Lucrecia?

— Es un compromiso; porque si no sale muy casta y desvirtua el nombre.

—¿Y Catalina?

—Todo el mundo la comparará con la de Médicis que asesinó quince mil protestantes.

—¿Y Leonora?

—Nombre de comedia.

—¿Y Purificación?

—; Nombre de monja hoba!

—Está visto, señor crítico, que la niña se quedaría sin nombre por su gusto de usted.

—Lo que es indudable es que estamos perdiendo el tiempo.

Me hizo tanta fuerza la observacion de Juan que me levanté maquinalmente, y escusándome por un negocio urgente que reclamaba mi presencia en otra parte abandoné aquel conciliabulo de locos.

A los pocos dias encontré á Juan mas triste y pensativo que nunca, y le pregunté la causa de su tristeza.

—He dado una picia.

—¿Pues cómo?

—La vecinita ha salido del paso. ¡El chiquillo es una alhaja! Se ha lucido mi compadre Eulogio Lanas!

—¡Hola! ¿Y qué nombre tiene el recién nacido?

—¡Pues ahí está! entre una docena, elegidos de emperadores romanos, piratas célebres y músicos, nos hemos visto aturullados para escoger un nombre para el chiquitín; se ha estado el angelito dos dias sin cristianar, porque no habia convenio entre las partes beligerantes: empenñado don Lino en que se llamase Timoteo, que fué el santo del dia en que nació y porque indica temor de Dios: inclinándose el poeta al de *Constantino*, mi muger al del poeta, y el crítico al de ninguno, ó al suyo: hasta que incomodado Eulogio y echando á paseo á todo el mundo, se empenñó en que se le pusiese el de su padrino de pila.

—Fué acertada disposicion.

—No tanto como se os figura, porque como yo le he tenido en brazos, y yo me llamo Juan.....

—¿Y bien?...

—El se llama Juan.

—Nada mas positivo.

—El inconveniente es la cola.

—¿Cómo la cola? ¿La cola de Juan?

—¡La cola del nombre! el apellido... porque yo me llamo Juan Fernández; pero mi amigo se llama Eulogio Lanas...

—De modo que despues de tanto discurrir, lo que han hecho ustedes ha sido un *Juan Lanas*! Con efecto no debe estaros muy agradecida la criatura y esta estraña coincidencia me hace sospechar que en un siglo tan insustancial como el nuestro, es un pecado mortal, sabiendo que hasta en los nombres hay fortuna, el no desvelarse seriamente en escoger el nombre de pila aunque desanime el ver que la casualidad es mas poderosa que la intencion, como lo demuestra el nacimiento de nuestro pobre Juan Lanas.

G. ROMERO LARRAÑAGA.

LA JUDIA RESENTIDA.

A don Juan Martinez Villergas.

ODA.

Nada mas santo y justo
que despreciar las lides y bravatas
de héroes de ceño adusto;
pero es pésimo gusto
donde judias hay cantar patatas.

Y alzarlas á la cumbre
de los divinidades, tú que muerdes
á todos por costumbre!...
¿Cuándo has visto legumbre
que en prez esceda á las judias verdes!

¿En qué siglo, en qué dias
la patata arrancó, pobre poeta,
su palma á las judias,
fritas, calientes, frias,
secas, ya sin disfraz, ya con careta?

Cantas con elocuencia
de la patata vil la baratura,
sin mirar tu inocencia
que yo enlazo la esencia
de lo bueno y barato á la hermosura.

La patata remeda
del aguador el traje en lo pardusco,
mas para mí se queda
vestir lustrosa seda,

con que las flores del jardín ofusco.

En sociedad con ellas
el rodrigon se huelga en elevarme;
y al ver mis hojas bellas,
racimitos y estrellas,
ni el olmo se desdena de abrazarme.

Llena de poesía,
sonoramente á los oídos grata
suenan la voz *judía*;
pero, ¿qué melodía
encierra el nombre rústico *patata*?

Como á deidad ilesea
á la patata rindes mil lisonjas,
porque dices no cesa
de socorrer la mesa
de empleados, de viudas y de monjas.

Y aunque en cuanto al ahorro
esa ventaja concederte quiero,
las judías en corro
damos también socorro
al cesante infeliz y al pobre clero.

Si ellas son la delicia,
cual se pregona por Madrid, tan solo
de la Mancha y Galicia,
nuestra raza milicia,
según dice Buffon, de polo á polo.

Cuando la sarten chilla
la patata infeliz no vale un bledo:
y si por maravilla
nos pruebas en tortilla
te has de chupar y rechupar el dedo.

Con la mujer coteja
tu númeron á ese fruto que apechugas.
No hay duda que si es vieja
corren linda pareja
llenas ambas de arrugas y berrugas.

¡Que á tan vil fruto alabe,
provoque envidias y promueva gergas
jóven que tanto sabel!...
Tal locura no cabe
más que en la mente del atroz Villergas.

¿Ha visto alma viviente
que haya inspirado la patata un día
en corazón valiente

algun amor ardiente?
Pues un rey se prendó de una judía.

Al verla hermosa y bella
perdió el estribo don Alfonso octavo,
y deliró por ella.
No tendrán tal estrella
la patata jamás ni el rudo nabo.

Gloria al cisne canoro
que alzó su dulce voz y con denuedo
ante el castálio coro
pulsó el laud sonoro
y cantó á la *judía de Toledo*. (1)

Del templo de la fama
el aplaudido autor halló el camino.
Villergas nos difama
y Asquerino nos ama...
¡Muera Villergas pues! ¡Viva Asquerino!
WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

UNA CALAMIDAD PÚBLICA.

Para servir á Dios y á ustedes, yo soy un quidan de cuarenta años. Bien conozco que esta noticia no está en la categoría de las interesantes, porque su importancia, si alguna tiene, se refiere solamente á mi individuo, y yo me precio de individuo que ya no puede interesar si no por sus doblones. Pero el decir mi edad secamente y sin que nadie me pregunte cuantos años tengo, sirve para participar á ustedes que soy antependientino, esto es, anterior á la guerra de la independencia. Apenas abrí los ojos, apareció esta señora con todo su aparato de perfidias, de heroicidades, de destrucciones y de miserias. Los buenos de los españoles se daban de cachiporrazos con los monseñores y andaba una tremolina de todos los satanases. Tenía yo un padre que dió en la manía de ser buen español, manía que le valió el envidiable derecho de pasearse por espacio de cinco meses ora á lo largo, ora á lo ancho y á veces diagonalmente por el cuadrilongo pavimento de un fermentado calabozo, propiedad absoluta de cierto castillo célebre

(1) Drama del señor Asquerino representado en Madrid con extraordinario aplauso.

por las bombas que arroja cuando menos falta hacen. Desde aquel calabozo salió huyendo como el Señor le dió á entender, y la prole detrás: comimos el pan sin sal, no amargo de la emigración: no en el peñasco de nuestros amiguitos los ingleses, ni en la tierra que tales huéspedes nos enviaba para echarnos de casa, sino en la bienaventurada isla de Mallorca, á cuyos habitantes debía alzarse un monumento, no por su hospitalidad ni por otras muchísimas virtudes que los esclarecen, sino por que tienen el buen sentido de gastar *ab initio* unos magníficos calzonzos, que me rio yo de la Tierra de Astorga. Seis años de guerra de independencia fué un comienzo mas que regular para un chicuelo apenas salido del cascaron; en fin, aquellos pasaron como pasan tantas otras cosas, haciendo un mal aquí, un bien allá, sacudiendo un cosecarrón á este, levantando á aquel un par de varas del suelo, llenando á unos, enjugando y esprimiendo á otros, entre ayes, lamentos, risas, soponcios, cadalsos, fusilamientos y demas alharacas peculiares de los tiempos escepcionales, que desde entonces comenzaron á llover como granizada de verano, para hacer una verdadera escepcion de la regla general.

Pasaron, como digo, los susodichos seis años, y en pos de ellos se coló un caballero muy sério diciendo que lo habíamos hecho como unos gerifaltes; pero que en ciertas bromas representativas nos habíamos escedidos, y que aquello no valia, y que vuelta á empezar, y que conocia ciertos pícaros, y que era forzoso perseguirlos, y que los habia de dos clases, unos anaranjados y otros de color de grana. Los tales comenzaron la desfilada, porque tenian en grande estima la integridad de sus tragaderos y no era cosa de menguarla en un átomo por todo el oro del mundo, cuanto menos por una causa en que el estómago no tenia arte ni parte. Torna, pues, á cargar con los trastos al hombro, y á salto de mata plantarse en la tierra clásica de la cerveza y del rom, sin saber ni una chispa del inglés, ni poseer mas blanca que la cara, el que no la gastaba trigueña, que eramos los mas. Entonces hubo aquello de patatas á montones, sin mas guiso que el olor de algun biftek ageno; porque propios ni por las nubes. Otros seis años de broma y

van doce; para mí diez y ocho y pico, que tantos contaba.

A renglon seguido, vuelta á casa: el horizonte se aclaraba y se oía en las Cabezas un grito que hubiera sido de salvación á encontrar cabezas que lo encaminaran al bien; y gastamos cuatro años menos picos, disputando y llamándonos bribones los unos á los otros, y armando una algarabía que ni para contada es. Vino un tercero en discordia hijo de un santo segun decian, y nos pacificó á su modo que no habia mas que apeteer. Fué preciso, para que fuera la paz completa, poner piés en polvorosa, buscando una tierra amiga que cargase con nuestra miseria. Hallámosla, gracias al Cielo, y por allá nos estuvimos dos lustros clásicos, oliendo á cada instante la frontera que nos daba soberbios papirotazos en la nariz como si nos dijera: *oste que retejan*. Los diez y ocho de la cuenta vieja, mas los trece de la nueva, forman salvo error la suma de treinta y un años, deliciosamente invertidos en dimes y diretes, en ir de aquí para allá como alma de Garibai, en aprender idiomas y no aprender á tener sentido comun, y en otras fruslerías de hambres, enfermedades, privaciones y demas entretenimientos tan sabrosos como yo me sé.

Pues señor, tercera vez á casa para comenzar el mismo ejercicio: que si tú eres verde, que si yo soy azul; que si tú mascas á dos carrillos, que si yo no como mas que con medio; que si han de ser dos grados menos, que si han de ser dos grados mas; que manden ahora los míos: que los tuyos harto mandaron. Y en pos de esta barabunda, se sopló de rondon una señora de muy dulce trato llamada *guerra civil*, que traía un escudero conocido por el nombre de *Cólera-morbo*, y una doncella de labor apellidada *no hay pagas*, y un page á quien oí poner el apodo de *Incendio*, y un lacayo de uñas muy largas nombrado si no me engaña la memoria *Saqueo* y otros tales individuos físicos y morales tan apetecibles como estos, formando entre todos una comitiva, que era cosa de chuparse los dedos. Pasó tambien aquello que nos entretuvo deliciosamente por espacio de siete añitos horros, como suele decirse, para desensebar. Y van treinta y ocho cabales.

Luego todo quedó como balsa de aceite, salvo algunas leves excepciones de motines, pronunciamientos y otras zarandajas que constituyen el pebre de nuestra envidiable existencia: como cesantías, esclaustraciones, Dios nos dé que dar etc. De este tragin van ya dos años, indispensables para la suma total de aquellos cuarenta, que, en el primer renglon dije á ustedes ser pintiparados los que se han ido acumulando en mi individuo, desde que tuve el honor de pertenecer á la honrada familia humana.

Creo que basta este sucinto relato para que ustedes se sirvan computar los quilates de la felicidad que he disfrutado en esta vida desde que la recibí. Pues bien: este cúmulo de calamidades que ora inflamaban mi corazón juvenil de patriótico entusiasmo, ora postraban mi espíritu arrebatando á la esperanza las ilusiones del porvenir, ora exaltaban mi bilis con los desaciertos de los gobernantes y la estulticia de los gobernados, ora me llenaban de terror porque los consideraba prelude de la social disolucion; estas calamidades repito, son un átomo imperceptible, una molécula impalpable, un casi nada comparadas con otra afliccion que me abrumba sin descanso, que día y noche me sojuzga, que amenaza acabar con la especie humana, si no se trata de pensar seriamente en su destrucción. Los horrores de la guerra, las discordias civiles, los odios políticos, las epidemias, los motines, las no-pagas, los privilegios exclusivos de empleos, las emigraciones tienen un término: ó pasan ellos, ó se acaba el individuo que los padece, ó acaban ellos con él. Pero un daño que lento y á la sordina va minando las sociedades, porque conspira contra la constitucion física y material de la raza humana, porque cada vez se enseñoorea mas de la voluntad general, que no suele estar unánime sino en lo que atañe á producir el mal de todos, este daño es mas temible y aflige mas el ánimo, en cuanto no se le vé el fin, á no obrar la Providencia alguno de aquellos raros prodigios que estremecen por su magnitud y trastornan la faz de las cosas por su inmensa influencia, dejando á los siglos honda memoria para escarmiento y correccion de las edades.

Esta calamidad son las trabillas.

Que uno inventase el toro de bronce para asar paulatinamente á sus enemigos, que el otro para despachar pronto millares de ellos, sin gastar pólvora, diese á luz la ingeniosa guillotina; que el de mas allá, para acabar con uno solo pero muy grande y poderoso, se armase de un fusil de veinte cartuchos, esto se comprende facilmente, porque está en la índole de las venganzas. Pero que un sastre en mal hora nacido, tuviese la espantosa ocurrencia de adicionar el pantalon con las trabillas, martirizando á toda la raza europea y llevando su mortificación hasta los confines polares, descargando sus iras en millones de inocentes que ni siquiera le conocian mas que para servirle, es el colmo de la barbarie, es el refinamiento de la crueldad.

Hágame usted el favor de irse á su casa á mudarse el calzado en un dia parecido á cualquiera de los deleitosos con que acaban de regalarnos los meses de febrero y marzo del corriente año. Quiere usted quitarse las botas? Poco á poco: empiece usted por desabotonar el chaleco, luego los tirantes: bájase usted las bragas y comience usted el tira que tira de la embarrada bota uni-



da al pantalon mas que la yedra al olmo, y quédese usted en camison, cuol otro don Quijote en

Sierra Morena, muerto de frío y contemplando impasible la especie de pelele que el susodicho pantalon forma con las mencionadas botas; y si no tiene usted otro, lo cual es muy probable, emprenda usted la maniobra de desprenderlo de ellas, á riesgo de hacerlo giras y poniéndose las manos hechas una gloria, si carece usted de criado como es muy presumible. En esta complicada operacion, llevaba felizmente á término en unos veinte minutos de reloj, si no es usted torpe, que será un milagro; y luciendo las escuálidas pantorrillas, si se precia usted de elegante, se ha desesperado usted, se le ha pasado la hora de la cita, ha cogido un catarro, y se verá precisado á hacer cama, si la tiene, y á llamar al médico para que le cure, si quiere venir y sabe curar. ¿Y todo este trastorno por qué? Porque á un sastre, que Dios confunda, se le antojó inventar las trabillas.

Sírvase usted bajarse de repente á recoger el pulido abanico que se le cayó á la dama de sus amores: rrras! rásgase el pantalon en línea horizontal por la parte prepótera, lanzando á los aires un tafanario mas negro que la pez ó un pedazo de camisa, salpicado ó sin salpicar, con celajes ó nubarrones segun disponga su buena ó mala fortuna. Sírvase usted en seguida tragar á mares la saliva, al oír la risita disfrazada de compasion con que recibe el empavesamiento de sus malhadados pantalones la misma belleza, ante la cual preferiria usted mil muertes al bochorno que tan en ridiculo le pone. Despidase usted para ir á mudarse; en el caso problemático de poseer una reserva, abandonando tal vez el campo á un rival feliz que es hombre de pantalon á prueba de abanicos caídos. La dama puede enfriarse de contado y usted pierde un buen lance ó una decente colocacion, solo porque un sastre á quien ningun daño ha hecho, tuvo la humorada de construir pantalones con notas y comentarios para perdicion del género humano.

Y no hablo de aquella tirantez que afecta el estado normal de las rodillas, si usted tiene que permanecer sentado mucho tiempo; que obstruye la circulacion de la sangre estendiendo su tiránico dominio hasta los hombros; por la traidora simpatía que egerce en los tirantes, atrahillando todo el cuerpo en sentido vertical, so-

pena de presentar una figura grotesca y destartada, si se decide usted á usar con su cuerpo la punible condescendencia de aflojarlo de sus pesadas cadenas. Y tampoco miento el peligro de encontrarse el dia menos pensado con una joroba incipiente, si por desgracia ha padecido usted de raquitis y es usted tan esclavo del buen parecer y del pantalon tirante, que á ellos sacrifique, no solo el bienestar de su cuerpo y la dulce tranquilidad de su alma, sino hasta el porvenir de su columna vertebral y la constitutiva colocacion de sus homoplatos. Y no recuerdo la pésima figura que hará usted cuando por un descuido de su sastre, salte la costura de la trabilla y ande usted luciendo sendos colgajos á cada uno de los lados del pié, á guisa de remos de barca ó como dos barrederas que desentonadamente suben y bajan al echar el paso, denigrando su merecida fama de hombre *comme il faut* y arrastrándole acaso al suicidio; porque el que no se mata cuando se le rompe una trabilla, carece de sentido comun.

Basta ya que no pretendo horrorizar á los lectores de LA RISA. El hombre filantrópico que se sienta con ánimo suficiente para hacer un sacrificio sublime emancipando á la sociedad entera del mas insufrible de los yugos, merecerá mejor del género humano que todos esos que se llaman grandes hombres porque descubrieron mundos, ensancharon el dominio de las ciencias, conquistaron imperios, sujetaron naciones. ¿Y por qué lo hicieron? Por que en sus tiempos no se gastaban trabillas; que á gastarse, á su estirpacion hubieran dedicado todos sus conatos y no llorara la humanidad los horrores que solo deben atribuirse á la franquicia de su pantalon en todas las situaciones de la vida. Oh! sí, yo lo vaticinio: vendrá ese dia feliz en que un genio magnífico desterrará esta calamidad de la superficie de la tierra: vendrá ese dia, pero tal vez para nosotros no: porque somos muy pertinaces en las modas necias y tan necios de todos modos, que nos llamamos libres cuanto mayor es nuestra esclavitud; no hay esclavitud mayor que las trabillas.

JULIAN MANZANO.

UN GEÓMETRA.

I.

No he visto un pueblo como este:
desde tiempo inmemorial
escudriña el bien ó el mal
allí en la region celeste.

Conforme mi miedo esquiva
lo que hay de tejas al suelo,
á él solo le dá recelo
lo que hay de cielos arriba.

Ni que baje en torbellino
vapor que á los aires sube
y piedras suelte una nube
como ruedas de molino;

Ni que acá mande Jesus
en los nublados que espeta
mas rayos que una carreta
y mas truenos que un obus:

Ni que el mar en son de guerra
insulte del sol la cumbre
cuando vomitando lumbre
rompe sus venas la tierra:

Ni que en tan raro progreso,
que mal mi péñola pinta,
la leche se vuelva tinta
y el raton no coma queso:

Cuéstele lo que le cueste
oye, ve y nada pronuncia
si los sucesos no anuncia
una aberracion celeste.

Y es tal el pueblo español
cuando atisba su destino,
que no se le da un camino
de los eclipses de sol.

Teme á la fatal fortuna
viendo el cuerno de una cabra,
y no dice una palabra
de los cuernos de la luna.

Mansito como una malva
juza á un lucero enemigo,
aunque el lucero que digo
sea el lucero del alba.

Mas quien sin miedo atropella
por luceros, luna y sol,
como en concha el caracol
se oculta en viendo una estrella.

Y no al verla toma pipa
porque la nazca una oreja,
erie un colmillo en la ceja,
ó tenga un ojo en la tripa:

Lo que teme el pueblo bravo
mas que el colmillo ó el ojo,
lo que le da gran enojo
es que la tal tenga rabo.

¡Rabo! fatal ocurrencia,
y el pavor bien se adivina
porque un rabo hay quien opina
que es cosa de trascendencia.

Y callo, que al fin y al cabo
el mismo asunto me obliga
pues no quiero que se diga
que me apeo por el rabo.

Hablaremos de esa estrella
que sin carta ó pasaporte
se ha presentado en la córte
y dicen que fuera de ella.

Por la sombra del bagaje
debió el cometa cruel,
pasar de Carabanchel
y aun alojarse en Getafe.

Así calculaban varios
cuando el cometa veian
y sobre la cola hacian
infinitos comentarios.

No hubo una persona sola
que no hablase con certeza,
ya apuntando á la cabeza
ya señalando á la cola.

¡Hambre! clamaba un enjambre
de pobres, y no me estraña,
que en cuaresma y en España
se pasa dos veces hambre.

No señor, dijo un agreste,
¿no observais la conclusion
del color del sarampion?
Es peste, peste y muy peste.

¡Mirad! ¡con voz de becerra
dijo otro, ved, desde aquí
diviso á Mehemet-Ali!
Es guerra, guerra, y muy guerra!!

Y con efecto señores
supimos que en Mariblanca
lidiaban con una tranca

dos soberbios aguadores.

II.

En la casa de la ciencia
(claro está, pobre y oscura)
y en una cama de sabio
ruin colchon y malas fundas,

Proyectando *líneas rectas*
ó calculando las *curvas*
mientras algunos descansan,
y en tanto que otros manducan,

Quiero decir asustado
de sus ganas la bravura
con quintales de *catetos*
y arrobas de *hipotenusa*.

Está un infeliz *geómetra*
solo, sin gresca ni bulla
que de resolver le prive
la operación que calcula.

Sorbe polvo y se espereza
y sorbe mas y estornuda;
á veces habla y sonrie,
y á veces el gesto arruga.

Y cual si estuviera entonces,
de Santa Cruz en la punta,
distruido hácia el *cometa*
los ojos en valde aguja.

«A ver, dice, si voy algo sacando
antes que ese cometa se me eclipse,
ora un *paralelógramo* trazando
ora circunscribiéndole una *elipse*.

No parece cometa, es manga ó globo
de fuego condensado en la region...
voy, voy á ver si observo, no soy bobo,
las líneas de *incidencia* ó *reflexion*.

Optica y *líneas* servirán lo propio
luego verán mi cálculo esos tábanos.
Mas... ¿qué me han de servir sin *telescopio*
ópticas ni *parábolas* ni rábanos?

Si Newton trabajó fué porque pudo.
Arago que trabaje, mas yo no,
que estoy tan dado á Barrabás que dudo
si ahorear los libros ó si ahorcarme yo.»
—Dijo y á duo entonaron
el canto de sepultura
dos ratones que pisaban
su barriga y su peluca.



—¿Qué hace este tonto? — El primero
al compañero pregunta.

—Espacios imaginarios
(el otro responde) cruza.

— ¿Por qué en el cielo no piensa
y no en las rectas y curvas?

— Antes por ganar el cielo
quiere morirse en ayunas.

— ¿Y por qué hablaba de *manga*?

— No lo sé; pero sin duda
sabe que hemos magullado
las de la chaqueta suya.

— ¿Y qué habló de *reflexion*?
en la reflexion se funda;

mas cuando se muere de hambre
no creo que él tenga mucha.

— Un hombre que sabe tanto
ha de morir de gazuza?

— En España eso sucede,
mas pobre es quien mas estudia.

Mientras sábios catedráticos
de la Academia, disfrutan
seis mil reales (nominales:

porque no los cobran nunca)

porteros hay de oficinas
que catoree mil se chupan

por fumar, ver los periódicos
y platicar con las vindas,

— Pues entonces este necio
porque cabila y calcula?

— «Porque ante el amor de gloria
no hay pasión que no sucumba.»

Y otro y uno y uno y otro
dientes aguzando y ñas
encarnizados embisten
al de la triste figura.

Y como corren y brincan
y como saltan y cruzan;

mirando á entrambos la cola
el pobre diablo se asusta

diciendo: yo ví cometas

con mas cola que una burra;

pero estrella con dos rabos
el juicio final barrunta.

—
Y aquí se puede hacer punto:
pues ya que escribo estos versos
viendo grabado el asunto
y van saliendo perversos,
tambien el final barrunto.

No conservo en la memoria
y como soy que lo siento

la conclusion de la historia
por eso se corta el cuento
aquí paz y despues gloria.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

LAS TERTULIAS.

ARTÍCULO PRIMERO.

En una noche larga como la esperanza de un pobre, fria como amor de vieja y tempestuosa como fiesta de bodegon: de aquellas noches de invierno en que el acompasado sonsonete de las goteras, el bramido del cierzo que zumba en las calles, silba en las rendijas y empuja obstinadamente á las puertas y ventanas como ladrón inesperto ó como impaciente enamorado; cuando el cólera y el tífus y el bubon y todas las pestes que viven del calor, como el camaleon del aire, andan no por los cerros de Ubeda sino por los cerros de Africa, donde los rayos del sol caen perpendiculares á la tierra poniendo la atmósfera á una temperatura capaz de encender los fósforos de algunos fosforeros de Madrid, que han acertado á resolver un problema tan difícil como es el hacer un todo incombustible, compuesto de ingredientes ó partes combustibles: cuando no tenemos porque temer las susodichas pestes contagiosas, pero á cada paso nos vemos espuestos á ser presa de un constipado ó tabardillo que nos haga abrir la boca y cerrar el ojo (como quien guiña para despedirse del mundo, que es el peor de los guiños y la mas mala de las despedidas) la higiene aconseja á no respirar el ambiente helado de las calles, y la necesidad de entretener el ocio obliga á mendigar una ración de silla y un ladito de brasero en la amable compañía de un honrado vecino, donde pasar alegremente la horas que median entre las cinco y media, las seis, seis y media, cuando mas las siete, á todo tirar las ocho hasta las once de la noche, hora invariable, porque, menos seria demasiado poco, y mas sacaria á la reunion del gremio de las tertulias de brasero para elevarla á las regiones del *soirée* de chimenea transpirenática, baraja en mesa y botella en ristre.

El cuarto principal donde por lo regular viva

la gente mas acomodada y que por esta razon es la mas incomodada por la vecindad, viene a constituir el centro ó antro, y si se quiere club de la familiaridad vecinal, hospedando las tres ó cuatro mencionadas horas á la modista y discípulas del cuarto bajo, al empleado en loterías (con toda la familieta por supuesto) del cuarto segundo, y sucesivamente á toda la humanidad *sin tacha* que duerme bajo un mismo caballete y comparte con los demas una pieza de paso comun que es la escalera.

Los primeros dias de tertulia son variados y entretenidos sin mas que las eternas vulgaridades de «¡qué temporal tan perro! El calendario dá lluvias en Capricornio..... No, pues falta hacia, porque los malditos tahoneros están poniendo el pan en las nubes» y contar la aplicacion del niño mimado de la casa, que delectra regularmente á los diez años de vida y cinco de colejo, ó en las agudezas de las señoritas presentes, en lo cual las madres tienen singular empeño y complacencia. Una dice: «¡Jesus! mi chica tiene unas manos divinas para el plegado.» —Y es milagro que no dice tambien para cechar pollos.—Otra esclama: «calle usted por Dios si lá mia, todita, todita ha salido á mí. ¡Qué talento el suyo! dá unas puntadas y hace unos pespuntos que la maestra está estupefacta.» Otra no teniendo primores que celebrar en su ojo derecho, encomia su docilidad, su virtud, que parece que en su vida ha roto un puchero, todos han sido platos. ¿Los hombres para ella? esclama, no los puede atravesar. En este instante está la doncella haciendo una seña al doncello de enfrente que viene á decir: «Mi madre no sabe de la misa la media, usted vale un Perú.»—Háblase luego de las mamás, y las señoritas corresponden á los obsequios recibidos. «Yo tengo el genio vivo; pero en sabiéndome llevar... «Es una malva» contesta la hija: «el padre niega con la cabeza sin chistar palabra.» Mi marido, dice otra, tiene buen sueldo; pero á no ser por mi administracion no habia para zapatos. La hija aprueba el dictámen; el padre no le aprueba porque necesita algunas enmiendas.

Resulta pues, que las mamás agotan todas las gracias, todas las perfecciones, de modo que cuando llega el turno á los papás, que siempre

los papás son el pestre de la comida, nada bueno queda que decir mas que «mi marido es un ángel, un bendito, un bonachon, un pobre hombre»; lo cual si á los ojos de ellas y ellos es una circunstancia recomendable, á los ojos míos es un insulto desvergonzado. Hay gran diferencia de un hombre pobre á un pobre hombre. El primero es el que carece de medios, alias recursos, vulgo bienes de fortuna, por otro nombre pesetas, y esta es una calamidad horrible en una sociedad metalizada como la nuestra: el segundo, *el pobre hombre*, por otro nombre *alma de Dios*, vulgo bendito, alias bonachon, es lo que yo llamo un alma de cántaro; que es el hombre que dotado por la naturaleza de todas las cualidades y propiedades de marica, solo se diferencia de los niños en que ha crecido mas que ellos, y de las mugeres en el traje y en las barbas. Un pobre hombre es un corderito cuando soltero, y un carnerito cuando se casa; nunca pisa la calle sin pedir permiso á la muger quien le prescribe el itinerario y tiempo de camino, interrogándole á su vuelta como reo de alta traicion ante el tribunal que ha de juzgarle. Cuando vuelva á casa no ha de haber comprado botas ni chaleco, ni pantalones, aunque le hagan falta; pero cuide de no volverse sin un ferroñé, una sombrillita ó unos zapatitos de tabinete para la esposa, porque cuando las mugeres dicen: justicia y no por mi casa, no admiten otra ley que la del embudo.

Lo cierto es que de los elogios que las mugeres prodigan á sus maridos, ni aun siquiera puede decirse lo que del unguento blanco, que ni mata ni sana; son halagos de erizo que sapgra cuando acaricia, y no obstante, ellos los oyen con gran satisfaccion, y entre estas y las otras dan las diez y los vecinos aun conservan aquella compostura y quiescibilidad de rigurosa etiqueta. Se ha hablado de todos y han salido á relucir las habilidades de cada prójimo, y ninguno las ha manifestado, sin embargo, de que cada uno está rabiando por lucirse. El niño de la casa porque le inciten á la lectura, cuando se habla de pintura, todo se le vuelve decir si tiene un Caton en pasta y un Fleuri muy bonito encuadrado á la holandesa, y antes que el niño atraiga la atencion general, ya están las

mocitas de la reunion hablando de los estudios de Aguado, si tocan la guitarra, y de los de Sobejano si tocan el piano. No hace falta mas que un atrevido diga: vamos, cante usted, fulanita, y en esto siempre la mamá se lleva la delantera, y la niña hace como que no quiere, y quiere porque se va acercando al instrumento del mismo modo que los médicos dicen, «gracias, yo no lo hago por interés», cuando se están guardando la propina. La guitarra en tales casas suele andar por debajo de alguna mesa ó encima de un armario, mas empolvada que un labrador cuando limpia. Las clavijas ó han desaparecido, ó se han suplido algunas con mangos de cuchara que á lo mejor se resbalan y el concierto se queda á buenas noches. Las cuerdas rara vez están cabales, por lo regular falta la prima, y cuando de las seis no han quedado mas que dos, ya se sabe cual son; el bordon cuarto y el sexto, que seria menester para utilizarla la aparicion de un Paganini, guitarrista. Acercuemos pues, nuestra muchacha al piano, suponiendo que le haya en la casa, que siempre estará mas útil que la guitarra, bien que por lo destemplado y viejo semeje á una carraca. Como es muy posible que la niña toque mal y cante peor, es forzoso disculparla diciendo: «está constipada, ha tenido ronquera estos días que á no ser por unas pastillas y unas friegas que se la han dado, amen de unas gárgaras á tiempo, no sabemos adonde hubiera llegado. Si toca mal se disculpa con estar atacada de los nervios ó con haber sufrido dos sangrias y dos docenas de sanguijuelas en el brazo derecho. Quanto mas gorda es la mentira hace mas sensacion, y casi casi entenece á los oyentes. La música no es nueva; pero eso no importa: los padres tienen buena salida con decir: nosotros como todos los viejos odiamos las cosas del día; chica, toca, toca el wals de Elisa y Claudio y el Mambrú se fué á la guerra, ó canta la Atala, el Gerineldo y la triste Corina. Y no es maravilloso que esto se cante en el día sino que haya quien lo oiga por primera vez, que todo es verosímil. Acábase la cancion, dan cuatro palmadas los circunstantes y once campanadas el reloj de la sala que suele ser cosa de gusto, como que tiene muñecos que bailan y un cuquito que sale de vez en cuando á decir *cu cu cu*, y

empieza á desfilar la tropa para acurrucarse cada mochuelo en su olivo.

La despedida es una de las cosas menos espuestas al vaiven de las innovaciones sociales. Cámbiase de gobiernos, cámbiase de costumbres, cámbiase de trages: hasta el idioma experimenta de un año para otro visibles alteraciones; pero lo que es la despedida, Dios guarde á usted muchos años. Lo mismo nos despedimos nosotros que nuestros padres; estos imitaron á los soyos y creo yo que desde Adán hasta el día del juicio la fórmula de despedida habrá sido un molde herméticamente adaptado á las exigencias de todas las generaciones. «Señora á los piés de usted.» — «Caballero, beso á usted la mano.» Aunque mucho deban decirse y mucho tengan que decirse, viene bien un «nada tengo que decir á usted, esta casa es suya» (y para sí la quisiera muchas veces el que la ofrece). Los vecinos ya se sabe. «Lo mismo digo, en el cuarto... tiene usted su casa; si en algo puede usted disponer de nuestra inutilidad (no es malo el sastre que conoce el paño) puede mandarnos sin ceremonia. Mire usted nosotros somos muy francos y sencillos, como que yo soy natural de la Alcarria.»

— Buena miel dice la señora de la casa que es algo golosa. — Y mi muger, continua el vecino, se ha criado en Villalon, como si dijéramos, el riñon de Castilla la Vieja. La señora no sabe donde cae Villalon pero la gusta mucho el queso que viene de allí, y despues de darse las manos los caballeros y un beso en cada carrillo las señoras y decir abur, abur, que ustedes descansen, á la puerta de la escalera; se ha concluido la primera noche y el primer artículo de *tertulia*.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

UNA CITA.

ROMANCE.

Maruja la castañera
delicia del Avapiés,
la niña de rompe y rasga...

la de la morena tez,
pelo y ojos de azabache
y boquita de clavel,
con su mantilla caída



iba solita y pié,
luciendo el aire de taco
y meneando el aquel
á la plaza de los toros
como quien busca un gaché.
Acerósele atrevido
un gazonpiro francés
y la dijo: «Señorrita,
puede mi andar con vosté.»
— «No soy Rita, caballero»
le contestó con desden
Maruja al extranjero,
«y si busca su mercé
compañía, á la otra puerta,
que ya tiene este bagel
su piloto, y con él solo
navega: lo entiende usted?»—
— «Mí' istima á vosté mucho.»—
— «Que me lastima? No á fé.»—
— «Mi istima. Ne comprends pas?»—
— «Comprar pan? Dígole pues
que es muy propio el regalejo
para los toros! Mi bien,
vengan algunos monises....
Ea! alójje su mercé
siquiera para el billete.»—
«¡O mon enfant! mi querer

andar contigo á tu casa.»—
«Venga acá un duro y dempues
daré á usted las señas de ella,
so franchute.—Toma diez
frances. ¡Estar tu contenta?
— «Y Dios se lo pague á usted.»—
— «Ma cuando tener la dicha
de estar cuntos una vez?»
— «Oigame usted al oido
y las señas le daré
de mi casa, y por la noche
nos volveremos á ver.»—
Dióle en secreto las señas,
y quedóse mi francés
saltando de puro gozo
por el inmenso placer
que ansiaba; para las doce
sin duda la cita fué,
y á las once y cuarto mi hombre,
arrimado á una pared
de un callejon sin salida
ya estaba aguardando en pié,
que diese el reloj las doce
para abrazar á su bien.
Mas precisamente entonces
en el callejon aquel,
los carros de Sabatini
sacaban yo no sé qué
que no era agua de colonia
ni era esencia de clavel;
manos faltábale y dedos
al desgraciado francés
para salvar sus narices
de aquel martirio cruel.
Suenan las doce y mi hombre
llama en el número tres,
pero nadie le responde.
Qué será? llama otra vez
y otras ciento; todo inútil.
Eso es que duerme mi bien,
se dijo pare sí mismo
el extranjero cortés,
y fuese á sentar enfrente
lleno de amor y de fé.
El cielo estaba nublado
y empezaba ya á llover:
pero mi hombre siempre firme
aguantóse allí, pardiez.

que el amor que es verdadero
todo lo sabe vencer.



Era por el mes de enero
que es el placentero mes
en que á los gatos les duelen
las muelas no sé por qué.
Y hacia un frío horroroso...
y comenzaban á caer
enormes copos de nieve,
pero mi pobre francés
siempre firme, y aguardando
que empezase á amauecer,
por ver si al salir la aurora
aparecía también
la diosa á quien adoraba
con la mayor candidez.
Abrese por fin la puerta
de la calle... ¡qué placer!
y corre mi enamorado
y sube de tres en tres
los escalones, y llega
á la puerta de su bien.
Llama con voz temblorosa
y abren en fin, pero en vez

de premiar amor tan fino...
pif! le dan un puntapié,



que son amables las niñas
del barrio del Avapiés,
y este premio darle suelen
al amor constante y fiel.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

ALCALDIA VEGETAL DEL AMBIGU.

Habiéndose denunciado ante el señor alcalde primero don Rábano Calabazas, por el promotor fiscal don Nabo Remolacha (á instancia del ciudadano Villergas), en concepto de sediciosa la oda titulada *la judía resentida*, que empieza «Nada mas santo y justo» y concluye «¡Muera Villergas pues! ¡Viva Asquerino!» verificóse el sorteo de los jueces de hecho que con arreglo á la ley habían de componer el jurado de acusación, y tocó á los señores siguientes: don Guisante Chirivía, don Espárrago Acelga, don Garbauzo Lenteja, don Ajo Cebolla, don Repollo Brocolera,

don Pimiento Escarola, don Tomate Coliflor, don Berro Avodera y don Peregil Yerba-buena, quienes por seis votos contra tres, declararon haber lugar á la formación de causa.

JURADO FAMOSO.

Serian como las diez de la mañana cuando la cocina de LA RISA estaba inundada de gente que se estrujaba á punto de echar los bofes, atraída por el olor de los guisos (que hay muchos aficionados á oler donde guisan) y por la curiosidad de presenciar el jurado mas sabroso del mundo. La cuestion era de vida ó muerte, entre la libertad de escribir y la seguridad individual. Los partidos habian echado mano de todos sus recursos: veíase á los concurrentes con cuchillos y tenedores para desbarrigar al primero que ebistase. El señor Ayguals, autor y responsable de la *oda de las judias* que era el escrito denunciado, esperaba con impaciencia el resultado y en cada paso de los jueces y del público recogía un dato para apelar de nulidad en los trámites del juicio, caso que le saliera desfavorable. El autor de la *oda á las patatas*, su antagonista, le miraba de hito en hito como diciendo: ya te lo dirán de misas.

Como las *judias* pertenecen á la clase de las legumbres y las *patatas* no; se convinieron las partes en que los jueces se entresacasen indistintamente no solo del reino vegetal sino del animal con tal que todos pertenecieran á la especie *engullible*; y verificado el sorteo tocó á los señores siguientes: don Choto, don Albericoque, don Melon, don Berro, don Ajo, don Palomino, don Pimenton, don Pepino, don Carnero, don Ganso, don Conejo y el marrano de San Anton. Estos señores eran tan bárbaros que no supieron decir su apellido.

Presentáronse para juez: don Lechon de la Nuez y para fiscal don Pavo Bellota. Y estos señores fueron tan bárbaros que supieron decir su apellido.

Prévias todas las formalidades de costumbre, el señor fiscal tomó la palabra y dijo dirigiéndose á los jueces.

FISCAL. Ilustres ciudadanos comestibles que agenos de pasiones miserables cualidades teneis apetecibles y corazon y entrañas manducables.

Tiernos como lo sois desde la cuna no hareis de la justicia inútil trasto yo os conozco; de algunos por fortuna probé ya la escelencia á todo pasto.

Vosotros que cual cándida doncella temblais si á vuestro honor dan un pellizco, calculad si en mi cliente hará gran mella la critica feroz del señor Izco.

Pesad ¡oh jueces! el estrago horrendo de tanta injuria y de tan grande ofensa, y si es posible adelantar siguiendo *este desbordamiento de la prensa!!!*

Bien pudo Ayguals, perdono sus manias, despreciar las *patatas* en su impreso y la prez ensalzar de las *judias*, mas no á mi cliente hostilizar por eso.

Diz que ocasiones de morder no pierde: no seré yo quien lo contrario arguya. Si que muerde, señores, sí que muerde; pero le hacen rabiar, no es culpa suya.

Diz que la voz *patata* es cosa fria, que es uno de los nombres chavacanos, y Ayguals se prenda de la voz *judia* ¡Qué esto se escuche en tierra de cristianos!

Diz que perdió por la *judia* el seso todo un rey, y el suceso no me ocupa que era legumbre al fin de carne y hueso, y estas no hay un mortal que las escupa.

«A nadie una *patata*, dice adusto, ni un *nabo* enamoró — brava ocurrencia! No apoye con equívocos su gusto que nos hará decir una insolencia.

Diz que es mi cliente *atroz*; virgen de Atocha f Victor-Hugo se holgara de esta voz; mas tambien se le aplica á ТОУКРОСНА и algo va de este *atroz* á aquel *atroz*.

Ayguals lo toma por maldito lado; si dice lo contrario mas nos truena, con que esta vez confesará el pecado y en este caso pagará la pena.

Y no importarán nada las monsergas que acreditan su escrito de injurioso; pero dice al final muera Villergas! y esto es horriblemente sedicioso.

Pido pues que declare el buen jurado
haber en el poético capricho,
injuria y sedicion en primer grado
Nada rebajo de lo dicho. — He dicho.

El público aplaudió con refunfuños: el presidente tocó la campanilla.

UNA VOZ. Que se calle el presidente.

EL PRESIDENTE. ¿Quién es ese? que le voy á romper la crisma de un campanillazo.

EL DEFENSOR. Pido que no sean ustedes naranjos y me dejen hablar.

EL PRESIDENTE. Hable usted con mil demonios.

EL DEFENSOR. Son tales y tan justísimas
las razones que me sobran,
que prometo estar hablando
hasta mañana á estas horas.

Al oír esto los jueces se recuestan en los
asientos decididos á echar un sueño. El defensor
continúa.

¡Qué absurdos! ¡qué desatinos
han salido de la boca
de ese Bellota fiscal
digno de comer bellota!

¡Qué fulminar anatemas
contra la prensa periódica,
porque en decir claridades
supone que se desborda!

No es la convicción, señores,
la que estos prodigios obra,
ni el amor á la justicia
lo que al fiscal desentona.

Es otro agente más vil,
otra pasión que souroja,
es la fatal golosina,
es el turrón de Gijona.

D. PAVO. Señor presidente al órden
sino, me echo á su costa.

D. LECHON. Señor Bellota, cachaza,
ó me lo como por sopa.

DEFENSOR. No sean ustedes gansos
y escúchenme con pachorra.

D. GANSO. Señor cabeza de melon,
respete usted mi persona!

D. MELON. Señor don Ganso cuidado
que abro la puerta á mi cólera
y tiene que tomar *pipa*
como Dios no le secorra.

EL PRESIDENTE. Señores, á la cuestión.

UNA VOZ. Cállese usted, narizotas.

EL PRESIDENTE. ¡Celadores! al primero
que chiste, sin ceremonia
conducidle á un calabozo.
Yo sé el papel que me toca
y he de conservar el órden
digno de Constantinopla,
aunque sobre mi cadáver
pasen las turbas indómitas.

El público se aguantaba; lo mas que hace es decir por lo bajo: eso lo dice porque sabe que no hemos de pasar. ¡Qué déspota y qué zanguango es este tío!

DEFENSOR. Esta es la ley que nos dais
después de tantas zozobras?

No cabe mas tiranía
en la infeliz Varsovia!
Pero ¡ay! si el pueblo sacude
los hierros que le aprisionan!
¡ay si feroz se levanta!
¡ay si le pica la mosca!
tiranos! usurpadores!
despertad de esa modorra!!!

La mitad de los jueces que dormían dan un
brinco al oír el ¡despertad! y viendo que no háy
peligro vuelven á las andadas.

DEFENSOR. Débiles fueron, muy débiles
las razones en que apoya
el turroneo fiscal
la denuncia escandalosa.

Supone que al tal Villergas
se le injuria en una oda,
él injuria en cada silaba
al que injuriar se le antoja.
Con la pena del Talion
creo que basta y aun sobra,
que quien por solo su antojo
en Castilla ó en Lisboa
mata á hierro, á hierro muere,
y donde las dan las toman.

Esto dijo Ciceron
arquitecto de Gerona,
en un tratado de partos
que publicó en Babilonia.

Platon ensalzó en quintillas
la excelencia de esta obra
y el mismo Fernando séptimo
dicen que la puso notas.

(El público aplaude la erudicion del defensor.)

Pudiera pasar la injuria
aunque es temeraria cosa;
pero ¿en qué funda el fiscal
la sedicion que pregona?

Es por los gritos de *muera*?
Señor, un *muera* qué importa
en tiempo en que tantos *vivas*
se dan á *tontos* y á *locas*?

Ademas que es á Villergas
á quien la voz sediciosa
se dirige, y contra él
autores hay que la adoptan.

Y alguno no lo digera
pues muchos conozco yo
que con gracia lisenjera,
no quisieran decir *muera*
con tal de decir *murió!*

Pero el *muera* estaba dado,
esta es verdad muy notoria,
y quien aquí le defiende
por la sedicion aboga.

FISCAL. Está usted algo picante
y esa es falta empalagosa.

D. PIMENTON. El empalagoso es él
y no entienda que me amosca
que á mí me importa un *pepino*.

D. PEPINO. Escuche usted zampatorias;
si algo quiere ventilar
con esta humilde persona,
vámonos á una sarten
verá usted, por si lo ignora,
que soy mas tieso que un ajo.

D. AJO. ¿Mas que un ajo? pues me chocha;
si le doy á usted no guantazo
me le encajo en Californias.

FISCAL. No sean ustedes brutos,
esto es una bataola,
tengan ustedes presente
que nos contempla la Europa,
que el gran Turco nos acecha,
que nos mira el de Moseovia,
¿qué dirán los estrangeros
señores, de nuestras cosas?

EL PRESIDENTE. Lo mismo que de las tuyas
dice la gente española,
hacerles burla y *Laus Deo*,
reir y Dios les socorra.

VOCES. ¡Viva el señor presidente!

DEFENSOR. Señor juez, que se trastorna
el buen orden del jurado.

EL PRESIDENTE. Es á mi favor no importa.

DEFENSOR. Tengo que decir por último
que si se insertó la *oda*
de las judias, fué culpa,
señores, de otra persona.
Don Ventura de la Vega
dijo que en verso ó en prosa
nos daría algun artículo
y se tumbó á la bartola.
¿Qué hiciera el señor fiscal
si se viera á última hora
sin poder llenar un hueco?
claro es, meter otra cosa.

Pido por estas razones,
y otras muchas que me abonan
al jurado en cuyas venas
circula sangre española,
que absuelva luego el escrito
y que mis verdades oiga
sino quiere se *pronuncien*
las viandas revoltosas,
desde el buey al caracol
desde el apio á la alcachofa.

El jurado se retiró á deliberar y al cabo de dos
horas largas volvió con la sentencia que como
presidente de los jueces de hecho se sirvió leer
el señor don Marrano.

El jurado de Madrid,
despues de oír relatar
al uno y otro adañid,
se ha servido declarar:

Que pues se insertó el escrito
con tal precipitacion,
no cabe condenacion
donde no existe delito.

Y contra ruines porfias
pregona con voz resuelta
que queda desde hoy absuelta
la *oda de las judias*.

Y pues á notar se llega
por lo que ya hemos sabido
que causa de todo ha sido
don Ventura de la Vega;

Es nuestra declaracion
anunciarle esta mañana

que no pase una semana
sin dar la composicion:

Diciéndole: á ver si afirmas
tu palabra en este ensayo.—
Madrid ecétera... Mayo
á siete... siguen las firmas.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

QUERER DE MIEDO.

DRAMA-CUENTO Á GALOPE.

Es decir que la accion va á corre-que-te-cojo.

Entran en ella (en la accion) los actores siguientes.

UN NOVIO.

DOS NOVIAS.

UNA VIUDA, con deseos de noviazje.

UNA MADRE, persona de gravedad (nueve arrobos de peso.)

UNA CRIADA, que no habla mas que una vez, ente inverosímil.

EN LORO, alias papagayo.

UN RELOJ.

TRES CARTAS.

Acompañamiento de muecas, sollozos, carcajadas etc.

(En una sala con buenos muebles y dos balcones á una calle principal de Madrid, aparece una jóven muy peripuesta, que parece acabadita de sacar de un escaparate: está leyendo una carta, con visibles muestras de desden y melindre. Cerca de un haleon hay una jaula de un loro el cual charla que se las pela.)

LA SEÑORITA. (*Acabando de leer.*) «Su fiel y rendido amante Crispin Crispiniano Cabrejas.»—¿Se dará igual presuncion? ¡Cierito que era un novio á pedir de boca! ¡mamá, mamá!

LA MAMÁ. (*Respondiendo desde las profundidades de la despensa.*) Voy, muger, voy.

LA SEÑORITA. ¡Yo con diez y seis años, y él casi de treinta! Calabazas mas solemnes que las que va á llevar el señor don Crispin, ni tam-

poco. ¡Mamá, mamá, mamá! (*Acercándose á una puerta.*) Pero mamá, ¿tiene usted la bondad de venir?

LA MAMÁ, *saliendo.* (*Nota bene.* En lenguaje de teatro, *salir* significa siempre *salir á*, no *salir de*: por consiguiente decir que la mamá *sale* es lo mismo que decir que *entra* en la sala donde está su hija. Y dice la consabida mamá, *saliendo á* la susodicha sala, ó sea *entrando en ella.*) Pero Pepita, ¿á qué vienen esos alaridos que aturden la casa? Mas bulla meles que el loro.

PEPITA. No es el caso para menos.

LA MAMÁ. ¿Y cuál es el caso?

PEPITA. Que he recibido una carta.

LA MAMÁ. Por supuesto, de amores.

PEPITA. Por supuesto; ¿pero á qué no adivina usted de quién?

LA MAMÁ. ¿A qué es de don Crispin?

PEPITA. ¿Cómo lo ha acertado usted al golpe?

LA MAMÁ. Porque ayer me envió una esqueda á mí previniéndomelo. Mirala.

PEPITA. (*Leyendo el sobre.*) «Señora doña Paz Valvidares.» (*Desdobra y repasa el papel.*) En efecto, le pide á usted mi mano, y á mí la mano y el corazon. Pues ni uno ni otro.

D.^º PAZ. ¿Con que no te gusta?

PEPITA. ¿Cómo me ha de gustar un hombre tan sério, tan adusto?

D.^º PAZ. Contigo bien jovial anda!

PEPITA. Es feo.

D.^º PAZ. Pero buen mozo.

PEPITA. Alto y recio sí, pero desgarrado, estrafalario.

D.^º PAZ. Es rico.

PEPITA. Sin elegancia ni gusto.

D.^º PAZ. ¿Sin gusto? Para escoger novia no le ha tenido malo.

PEPITA. (*Dando una mirada al espejo y sonriéndose.*) Lo que es eso, vamos, puede perdonársele; pero, ¿y el haber querido ya nada menos que á tres antes de conocerme? ¿Estoy yo para suple faltas de nadie?

D.^º PAZ. Es que tú por mi cuenta ya has querido á cuatro.

PEPITA. A mí se me figura que no quise á ninguno.

D.^a PAZ. Por dónde has sabido los galanteos de don Crispin?

PEPITA. Por él mismo: yo le estreché y él confesó.

D.^a PAZ. Sinceridad que le honra.

PEPITA. Si tiene unas extravagancias el santo varon..... Oiga usted las necesidades que ensarta aquí. (*Lee.*) «Sí, Pepita hermosa, usted es el único bien de mi vida.»

D.^a PAZ. ¿Es necesidad eso?

PEPITA. ¡Válgame Dios! no lo digo por estas espresiones si no por lo que sigue. (*Continúa leyendo.*) «Yo no me atrevo á presentarme á usted para saber mi sentencia de palabra, ó por escrito; y sin embargo, desearia salir al momento de tan penosa incertidumbre. Usted á eso de las doce acostumbra poner en el balcon a su favorito el loro, y siempre le hace repetir unas mismas palabras, entonces yo estaré en la calle á esa hora; y si veo y oigo al ave que ha de anunciar mi destino, subo á postrarme á los pies de usted: si el balcon está desierto, corro en derecha á la casa de postas á tomar un carruage que me aleje de Madrid para siempre.» — ¡Ocurrencia mas ridícula!

D.^a PAZ. Las palabras á que alude creo que serán las de ese estribillo que no se le cae del pico al loro: «Dueño mio, ¿quién te quiere? yo, yo.»

EL LORO. (*Repetiendo.*) Dueño mio, ¿quién te quiere? yo, yo.

PEPITA. *Se abalanza á los postigos de los balcones y los cierra precipitadamente, dejando la sala á oscuras y gritando al loro:* «calla maldito, calla.

EL LORO. Calla, calla: ¿quién te quiere? yo, yo, yooooooooo.

D.^a PAZ. No te asustes, muger, aun no son las once, y por consiguiente don Crispin no estará en la calle.

PEPITA. El reloj de los amantes siempre adelanta. Me desesperaria si hubiese acudido al reclamo.

D.^a PAZ. ¿Con que definitivamente, no quieres casarte con él?

PEPITA. Definitivamente, mantá, Don Crispin es un buen sugeto, pero no es lo que yo apetezco para marido. La que se case con él,

tal vez será dichosa: pero me temo que yo tal vez no lo sería, porque eso de amor y matrimonio, segun he visto en todas las novelas de folletín, cae bajo el dominio tiránico y exclusivo de la fatalidad. Ya ve usted lo que sucede con Marianita, la que está depositada en casa de orden superior. Era la muchacha mas obediente á sus padres: y de pronto se ha enamorado de su don Tomasito, y ni consejos, ni lágrimas, ni amenazas, han podido quitarle el capricho de la cabeza. ¿Qué es lo que ha trocado á Marianita de dócil en terca? La fatalidad. Yo no soy capaz de hacer daño á nadie; yo sé que voy á dar á don Crispin una pesadumbre, que le puede costar la vida, si no saco al balcón el loro: y ¿en qué consiste que me sienta con ánimo para ello sin sentir el menor escrúpulo de conciencia? En la fatalidad; en que yo no he de ser de ese hombre. Crea usted mamá, que ni la pólvora, ni la imprenta, ni el dinero, ni aun la moda misma tienen la fuerza irresistible que el reciente invento de la fatalidad.

D.^a PAZ. Basta, hija, basta, porque entre el número de las fatalidades debe contarse la de que no me hagan mella tus argumentos: pero yo me he propuesto casarte á tu gusto, y así tu voto es inviolable. Abre esos balcones: yo llevo el loro al retrete.

(Doña Paz coje y se lleva la jaula: doña Pepita hace un mimo á su madre con la amabilidad propia de una niña que se sale con su gusto, abre los balcones, y luego se llega á la puerta del gabinete y dice en voz baja): «Marianita, ¿puedes oirme?»

MARIANA. (*Que sale enjugándose los ojos.*) aquí estoy: Pepita; ¿qué ocurre?

PEPITA. Parece que has llorado.

MARIANA. ¡Soy tan desgraciada!

PEPITA. ¿No vas á casarte con el hombre á quien amas? ¿con el hombre que adora en tí?

MARIANA. ¿Adorar? Catorce quimeras hemos tenido ya en quince dias. Te aseguro que el tal don Tomás va sacando un geniecito..... Y luego, cuando una reflexiona sobre el porvenir... Enemistada con mis padres, amenazada de la miseria...

PEPITA. ¡Ay Mariana! ¡y te casas!

MARIANA. ¿Y qué he de hacer? mi reputación lo exige. Además que todo lo que sufra me lo tengo bien merecido. Si yo no hubiese desechado un partido escelente.... Dí para que me llamas.

PEPITA. Era para decirte que tengo un novio.

MARIANA. Para bien sea.

PEPITA. No hay motivo de parabienes, que aunque le tengo, no le quiero tener.

MARIANA. ¿Vas á darle calabazas?

PEPITA. Hoy mismo.

MARIANA. ¿Tiene mala conducta?

PEPITA. No.

MARIANA. ¿Es viejo? ¿es achacoso?

PEPITA. No.

MARIANA. ¿Es pobre?

PEPITA. No.

MARIANA. ¿Es feo? ¿Es tonto?

PEPITA. Eh, puede pasar. Tal vez tú le conozcas: don Crispín Cabrejas.

MARIANA. ¿Don Crispín? ¿Y desprecias á ese hombre?

PEPITA. ¿Te casarías tú con él?

MARIANA. ¡Ojalá me hubiera casado!

PEPITA. ¿Te ha pretendido?

MARIANA. Me pretendió; le desdigné, pensé que no me acordaría de él en mi vida, y desde que miro cercano mi enlace, no se me aparta el tal don Crispín de la memoria. Yo no sé en que estaba pensando cuando le dí su pasaporte. ¡Fatalidad que le persigue á una!

PEPITA. ¡Fatalidad!

UNA CRIADA. (*Anunciando.*) Doña Dolorcitas Raspon.

(Pepita y Mariana corren á recibir á la ciudadana Dolores que viene de luto, y mas flaca y ojerosa que el espíritu de la golosina. Se besan, se abrazan, hablan las tres á un tiempo cinco minutos antes de sentarse y otros cinco despues de sentadas, y se pasan otros cinco primero que se entiendan; en limpio, un cuarto de hora de guirigay.)

PEPITA. ¿Y cómo te va, Dolorcitas? ¿Cómo te sientes de tus achaques? Mas aliviada, ¿eh?

se te conoce. (*Aparte.*) Debe estar ya ética en tercer grado.

DOLORES. ¿Qué sé yo como estoy? Dos años de matrimonio he pasado, que han sido dos años de infierno: ya se llevó Dios por fin á aquel maldito carcajal que me arruinó mis bienes y mi salud: pensaba respirar en mi nuevo estado, pero amigas, con achaques y acreedores, de nada sirve la satisfacción de ser viuda.

MARIANA. ¡Oh! tú te pondrás buena.

PEPITA. Podrás casarte.

DOLORES. ¡Casarme! Eso se queda para vosotras; lo que es yo viuda moriré.

PEPITA. ¿Siendo tan jóven?

DOLORES. Veinte y cuatro años tengo; pero ¿y si no cumplo los veinte y cinco?

MARIANA. No seas aprensiva.

PEPITA. Debes procurar distraerte. No te faltan amigas ni amigos.

DOLORES. ¿Amigos? Sí, buenos desengaños va una recibiendo. Conoci yo á un sugeto á quien tenía por la misma bondad, y acaba de darme un chasco ¡de mi flor!

PEP. Y MAR. ¿Cuál? ¿Qué? Explicate.

DOLORES. Es un jóven que trataba mucho á mi tutor, que se me mostraba muy fino, y.... vamos, parecía que...

MARIANA. ¿Fué amante tuyo?

DOLORES. Lo fué: hice el disparate de despedirle, y ¡bien me he arrepentido! Alguna maldición me debió echar, porque desde entonces han llovido calamidades sobre mí. No olvidaré las palabras que me dijo, no. «Usted no me quiero por esposo, pero se halla en poder de un tutor astuto que tiene puesta la mira en usted, y lo que va á hacer es ir espantando á esos mocitos elegantes que rodean á usted y en cuya comparacion pierdo yo; aprovechará alguna circunstancia favorable, y usted será de ese hombre libertino, malgastador y viejo.» Palabras de profeta: punto por punto lo que despues aconteció.

PEPITA. ¿Y cuál ha sido el chasco?

DOLORES. Luego que enviudé, le fuí á ver casualmente á una casa donde concurría; nos habíamos, le indiqué mi situación apurada, me ofreció verse con mis acreedores y conmigo; y desde entonces... échale un galgo.

PEPITA. ¿No cumplió su palabra?

DOLORES. Las palabras fueron dos, ha hablado á mis acreedores, ha obtenido de ellos una espera de dos años, y aun creo que les haya dado maravédises...

MARIANA. Hasta ahora el petardo no es muy de sentir...

DOLORES. Si lo es, vaya; vosotras no quereis entenderme. Ha visto á esas gentes; pero no me ha visto á mí.

PEPITA. ¡Ah! ya.

MARIANA. Dolorcitas, ya sabes el refran: «cuando quise no quisiste, y ahora que quieres, no quiero.»

PEPITA. Una cosa parecida he oido contar hace poco.

DOLORES. Con todo, yo tengo sospechas de que eso ha de ser un puro artificio para ver si doy mi brazo á torcer. A la casa en que le ví ya no va, he sabido que concurre á esta, y quisiera que le echáseis alguna indirectilla sobre el particular.

PEPITA. Todavía no nos has dicho su nombre.

DOLORES. ¿No lo he dicho? Estaba en que sí; es don Crispin Cabrejas.

MARIANA. ¡Don Crispin!

PEPITA. ¡Don Crispin!

MARIANA. Ese condenado de hombre tiene la fatalidad de hacer infelices á todas las que no le quieren.

PEPITA. ¡Fatalidad diabólica! (á Dolores.) Aquí viene mi madre, que podrá encargarse de tu comision.

(Sale doña Paz con una carta en la mano: se repiten los cumplidos y los besos de la escena precedente.)

D.^a PAZ. (A su hija.) Toma esta carta de tu prima que ha venido inclusa en otra que acabo de recibir.

PEPITA. ¡Carta de Pilar! ¡Cuánto me alegro!

DOLORES. Mientras la lees, voy á decir á tu mamá dos palabras.

D.^a PAZ. Tenga usted la bondad de pasar á mi cuarto, y de camino verá los vestidos de

Marianita: la modista acaba de traerlos.

MARIANA. ¿Ha venido la modista? Vamos allá.

(Y se van en efecto la mamá, la viuda ética y la novia, con la celeridad y ansia que es de suponer entre mugeres, cuando se trata de registrar sus trapitos. Pepita no las sigue porque ha desdoblado la carta, y su contenido la ha llamado fuertemente la atencion. La primita Pilar despues de pedirle cuentas acerca de los perifollos que se usan en la corte, se espresa en los términos siguientes. «Aquí en Fraga tenemos un puente de madera que á pesar de que lo construyen haciendo uso de la célebre maza, cada año se lo lleva el rio. Dias pasados se ha hundido, al tiempo de pasar un carruage procedente de Madrid: el carruage ha caido, las personas que iban dentro han recibido fuertes porrazos y una de ellas ha muerto, que era una amiga mia. Admírate de la desgracia de esta criatura. Jamás habia querido salir de Madrid; tuvo un novio establecido en la corte, y este no le gustó; los que la obsequiaron despues fueron todos de las provincias; casó al fin con un catalau, y al venir á esta tierra ha encontrado en ella su sepultura. Si se hubiera casado con el de Madrid, quizá no hubiera tenido necesidad de pasar el puente de Fraga. Yo conocia al tal novio: era un don Crispin Cabrejas, de quien no sé si tendrás noticias.»)

PEPITA. (Suspirando.) ¡Ay! demasiadas tengo.

EL RELOJ DE LA SALA, que es de los que anuncian la hora unos minutos antes, interrumpe el soliloquio de Pepita; diciendo en su lengua: «tiruli-ruli—tin, tin, ton, ton.»

PEPITA. ¡Dios mio! las doce menos cinco, y ese hombre ya estará acechando: hay que decidirse. ¿Se dará apuro mayor? A tres mugeres ha querido; las tres le han dado calabazas, y las tres han sido ó son infelices: si yo se las doy tambien, voy á correr igual suerte. Marianita, mal casada (porque ya como si lo estuviera); Dolorcitas, mal casada tambien, y amenazada de muerte próxima; si sus acreedores

han consentido en no molestarla por dos años, es porque saben que antes de uno la heredarán; á la otra que no conozco, le ha caído encima la maza de Fraga. Pues, señor, ¡estamos bien! ¡Qué maldita fatalidad! O ser mal casado, ética ó difunta, que no sé que es peor ó casarse con él ó renunciar á la felicidad ó á la vida. No, ¡caramba! yo quiero vivir, y vivir feliz; para eso soy joven y bonita y amable y honrada y qué sé yo cuantas cosas mas; así lo dicen todos principiando por el espejo.—¡Eso es y un pimpollito como yo se ha de casar por fuerza con aquel zanquilargo, con aquel!.... Pues bien está: ya que la fatalidad lo ordena, me casaré con él por no morirle; pero prometo aborrecerle con mis cinco sentidos.—El caso es que si le aborrezco, vivo infeliz tambien; y de todos modos él es quien triunfa, y yo la que peno. Está visto: no hay mas remedio que casarse con él y quererle; es preciso quererle... de miedo.

EL RELOJ. «Tin, tin, tin, etc.» Una docena de campanadas.

PEPITA. ¡Las doce! ¡La hora fatal, la hora que fija mi suerte! Ea valor. La Virgen Santísima me favorezca. ¡Ay, que no está aquí el loro!

(Parte como una exhalacion á buscar el animalito quedando la sala vacía contra todas las reglas de la comedia clásica. Mientras viene, invitamos al lector á que se asome á uno de los balcones de Pepita, y verá en la calle á un caballero de buena estatura, que inmóvil y fijos los ojos en la repisa donde se coloca la jaula del loro, no repara en que los transeuntes, de cada encontron que le pegan, le hacen bailar como una peonza. Pepita llena de azoramiento y vergüenza vuelve con la jaula, alarga el brazo y retira el cuerpo para que no se la vea al poner el loro en su sitio; agáchase luego y le dice bajito al que ha de ser su intérprete: «dueño mio, ¿quién te quiere? yo.»)

EL LORO. Se rasca haciéndose el sueco.

PEPITA. (Mas recio y con ansia.) Dueño mio, ¿quién te quiere?

EL LORO calla y alarga la patita á la apuntadora.

PEPITA. (Dando un pellizco al loro.) ¿Quién te quiere? yo.

EL LORO. (Sacudiendo un picotazo á Pepa.) que no, que no.

PEPITA. ¡Maldito animal! ¿Será seña bastante el que vea al loro? Acaso no, porque el pobre don Crispin es tan suspicaz y modesto.... Tendré que asomarme al balcon y hacerle otra seña que no deje duda.

(Pepita con la cara hecha un fuego se coloca en el balcon, y su bochorno y aturdimiento han llegado á tal punto que al dirigir la vista hácia abajo, no distingue ningun objeto. Resuélvese á mover la mano á bulto en ademán de quien llama, y se entra en seguida tapándose el rostro con ambas manos.)

PEPITA. La cabeza le he de escaldar á ese pícaro vicho que me ha chasqueado á la mejor ocasion. ¡Y qué daño me ha hecho del picotazo! Siento pisadas en la escalera; suena la campanilla: él es. Tratemos de aparentar serenidad y alegría, de hacer por quererle. (Ensayando una sonrisa al espejo.) ¡Iluy! si se me están saltando las lágrimas.

D. CRISPIN. (Saliendo con el encogimiento propio de un amante calabaceado por tres veces, por cuya razon á la cuarta no las tiene todas consigo.) Amable Pepita, ¿puedo fiar en la bondad de usted?..

PEPITA. (Sin mirarle ni saber lo que se pesca.) Sí señor, fiese usted. Siéntese usted. ¿Cómo está usted?

CRISPIN. En el cielo viendo esos ojos. Pero la turbacion que observo en usted, aun (si cabe) mayor que la mía, me llena de sospechas, de miedo.

PEPITA. (Entre dientes.) ¡Sí, miedo! ¿quién tendrá mas?

CRISPIN. Le tiembla á usted la mano, Pepita. (Esto equivale á decir que la ha cojido sin oposicion.) Está usted toda trémula. ¡Ah! no se anuncia así el cariño, no. Lo veo, es preciso separarnos.

PEPITA. (Aterrada.) Ay! ¡Por Dios! No se separe usted de mí.

(Maquinalmente ha abierto los brazos para detener á su amante, que ageno ya de dudas la estrecha en los suyos; mientras la pobre chica llora como una Magdalena y recibe en su

frente unos cuantos pares de besos con la resignacion de una mártir, en cuya patética situacion sorprende al interesante grupo la mamá, la novia y la viuda.



D.^a PAZ. (Como quien riñe de chanza.) ¡Eh!

DOLORES. (Como quien se sorprende de veras.) ¡Ah!

MARIANA. (Como quien se escandaliza de envidia...) ¡Ah!

CRISPIN. Soy feliz, doña Paz.

LAS TRES RECIENVENIDAS. Ya, ya lo vemos.

CRISPIN. Pepita me quiere ¿no es verdad?

PEPITA. Sí señor.

CRISPIN. Pepita va á casarse al punto conmigo: ¿no es verdad?

PEPITA. Sí señor, sí señor.

CRISPIN. Pepita hará feliz á su esposo: ¿no es verdad?

PEPITA. Sí señor, sí señor, sí señor.

DOLORES. Pero observo que Pepita llora y que tiembla como una azogada, cual si cediese á la violencia, cual si no le quisiera á usted.

PEPITA. (Vivamente.) ¿No querer yo al señor? Lo quiero como á mi felicidad, como á mi salud, como á mi propia existencia. Si Horo,

es que me ha picado el loro. Vean ustedes como me ha puesto la mano. (Por supuesto que don Crispin estampa un beso en ella para que se pase el dolor.)

D.^a PAZ. Pues, hija, no podias elejir marido mas á mi gusto. Sé feliz con él y con mi bendicion.

MARIANA. (Reconcomiéndose como si le hubiese picado el loro á ella.) Amen.

DOLORES. (Con gesto de catar vinagre.) El señor don Crispin hará un escelente casado.

EL LORO. (Con tono profético.) ¡Ajajay qué regalo!

CRISPIN. Si Marianita ó Dolorcitas quisieran servirnos de madrina...

DOLORES. Tengo que salir á tomar aires á Málaga.

EL LORO. Buen viaje.

MARIANA. Yo tengo tambien que pasar á Malagon.

EL LORO. Buen pasaje.

D.^a PAZ. Pero siempre quedaremos tan amigos todos.

DOLORES Y MARIANA. Sí, sí.

CRISPIN Y PEPA. Ya, ya.

EL LORO. (*Desgañitándose.*) ¡Ay qué risa, qué risa me dá!

Y sin mas pormenores
del casamiento,
aquí acaba, lectores,
el dramí-cuento.

J. E. HARTZENBUSCH.

LETRILLA.

PERO YO PREGUNTO
LA MANTECA ES UNTO?

Luisa, aun siendo á posta
mas rica que casta,
y aunque triunfa y gasta
del amante á costa;
Jura que ni pizca
chupa del querido,
y en mirar torcido
dice que no es vizca.

Pero yo pregunto
la manteca, es unto?

Tiene un ama hermosa
mi vecino el cura;
y aunque el mundo jura
que es del amo esposa,

Siempre él ha querido
convencer taimado
de que no es casado
porque no es marido.

Pero yo pregunto
la manteca, es unto?

Pepa, luz del ciclo,
de Avapiés aborto,
de refajo corto,
y ancho terciopelo:

Persuadirme anhela,
con demente chola,
de que no es manola
porque no es Manuela.

Pero yo pregunto
la manteca, es unto?

Otro Juan no miras
si andas los dos mundos:
cada diez segundos
cuenta mil mentiras.

Y pretende fiero
de cualquiera modo
que le llamen todo
menos embustero.

Pero yo pregunto
la manteca, es unto?

La melosa Blasa
de ojos rutilantes,
pródiga en amantes
y en amor escasa.

La que á ciento espeta
que por cien se muere,
convencerme quiere
de que no es coqueta.

Pero yo pregunto
la manteca, es unto?

Todos de mil modos
faltas cometemos
y pasar queremos
por modelos todos.

Si del mundo el eco
porque no le atice
malicioso dice
que si yo no peco:

Ya varío el asunto,
ya nada pregunto,
que respondo al punto
la manteca es unto.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

LAS TERTULIAS.

ARTÍCULO SEGUNDO.

Mirándolo despacio y aunque lo miremos de
prisa, el primer día de tertulia se diferencia de
todos los demas así en la índole de los cumpli-
mientos, como en el modo de pasar el tiempo; y

por esta razón le hemos hecho objeto de todo un artículo. El segundo día de tertulia tiene muchos puntos de contacto con el primero y participa de algo de los subsiguientes, así como un hijo se parece á su padre y este al suyo, sin que el nieto y el abuelo sean semejantes en nada.

El segundo día de tertulia ya tenemos la confianza que infunde el conocimiento de las personas; pero falta la que inspira la familiaridad del trato. Ya no hay necesidad de tantas cortesías; pero aun es necesario no parecer idiotas. No es indispensable estar en el asiento inmóvil como santo de estuco; pero sería grosero rascarse el cogote y orear las camisas sobre el alambre del brasero, y contar si el amo de casa tiene un divieso y el lugar en que le tiene. La señora ha estado todo el santo día sacudiendo trastos con los zorros y desempolvando el techo y los rincones para enseñar toda la habitación á los vecinos, y aquí empieza un ojeo que parece procesion del Corpus. — «Miren estedes, dice la señora, esta es la sala que suele ser un complicadísimo mosaico en los adornos: los hay de todas razas y edades. Al lado de un camapé moderno de rica caoba, vemos un rancio taburete de esquisito pino. Encima de una mesa de mármol con elegantes floreros, suele haber una escribanía de estaño con el tintero de vidrio y la salvadera de barro ajicarado, y debajo de una magnífica rinconera, un sable de caballería del amo de casa que es nacional. No es difícil que haya alfombra en la sala, pero es probable que esté tapada, para que no se constipe, con media docena de peludos. Si es de los cuadros no hablemos, porque nos veremos precisados á colocar entre dos estampas francesas un espejito con clavos romanos, ó el abecedario bordado en linon por la señorita de la casa, ó una cosa que no se sabe si es cabeza ó cuerpo dibujado por el hijo mayor, el cual ha tenido muy buen cuidado de poner debajo: lo Yco Gulian bentosa vago La direcion de doN Hanbro-sio Capatero. — «Aquí está la alcoba, prosigue la señora, lo mejor de la casa.» Los casados siempre dicen que lo mejor de la casa es la alcoba: las doncellas *de saca* están por el balcon; y los viejos y los chiquillos dan al *comedor* la preferencia. Fuerza es confesar que los niños y los viejos y los casados dicen las verdades.

La procesion se va enterando muy minuciosamente de la alcoba con todas sus perchas y su cama casi cuadrada, lo cual denota que allí no duerme una persona sola, del despacho del señor que no se sabe si es despacho de abogado, de músico ó de comestibles. Revisanse todos los dormitorios y piezas de paso y la despensa con sus chorizos, y sus jamones, y sus basares, y sus alacenas hasta colarse en una pieza que tiene chimenea y fogon, y espetera, y fregadero, y tenaja para el agua. ¿Supongo que ya sabrán ustedes cual es esta pieza? Pues *la señora* hace á los que la siguen tan avestruzes, que despues de ver todo esto les dice: esta es la cocina.

Ya los vecinos se han posesionado de toda la casa con tanta franqueza como puede haber *al mes de la reunion* y con los cumplimientos de «Todo es de ustedes.» «Muchas gracias,» resabios inevitables del *primer dia*.

Antes de dar á todos sentados en el gabinete porque esta no queremos hacerla cuestiou de *gabinete*, conviene observar cierta distincion en los ofrecimientos por mas que se decante franqueza y sencillez. En los lugares cuando matan un cerdo solo se acostumbra á regalar moreilla á los que le matan tambien para que haya correspondencia de agasajos. Tambien entre los literatos se observa esto de dar un ejemplar al que pueda pagar con otro, sea de comedias ó de poesías; y esto mismo se retrata en los cumplimientos de tertulia. Al que manifiesta buena fortuna, se le ofrecen dos veces ó tres las cosas, al que va de mal pelage basta y sobra con la primera. No hay hombre mas franco, que el que dice que no es franco.

Pero demos á la procesion descansando en el gabinete al rededor de una camilla con tapete verde y veamos qué clase de distraccion conviene á la segunda noche. ¿Se hablará del temporal? No; porque esto pertenece al primer día. ¿De literatura ó política? Tampoco: porque las mugeres querrán meter su cucharada, y no hay cosa mas repugnante y mas tonta que una muger hablando de política, ó haciendo coplas. Dejaremos á los hombres que echen dos manos al solo ó al tresillo. (Por no desmayarme no he dicho que saquen la lotería ó el tablero de damas, aunque por lo regular suele ser el pasatiempo mu-

chas noches de toda la concurrencia). Pero queriendo abreviar mi narracion voy á dividir la tertulia en dos partes, los viejos que juegan á los naipes, y los mozos y viejas que echan un juego de prendas. Todo es cosa de juego.

Mucho tiento es necesario en la elección del juego, y eche usted juegos, para que alguno no se dé por aludido. Pongamos en primer lugar el de apurar una letra y sea por ejemplo la c. Uno tira el pañuelo si le tiene, y si no le pide, y este es un apuro del demonio, porque si uno le tiene puerco, otro le tiene roto, otro le tiene, pero es de yerbas, y no falta quien se vaya sin pañuelo. Dice pues el primero: *ha venido un barco cargado de...* y el que lo recibe tiene que decir una cosa que empiece con c como *cazcarrias*. Señorita hay que necesita pensarlo una hora, y sale con *avichuelas ó tomates*. Y así se prosigue: *ha venido un barco cargado de.... cazurros*. El niño de la casa cree que lo dicen por él y se amosea:—*cargado de... coquetas*.—Las solteras se dan por aludidas y se enfadan:—*cargado de... calvos*.—El amo de la casa entiende que es pulla y se incomoda.

Variemos el juego. *Una vieja tiraba de un nabo, tira que tira y no pudo arrancarlo*.—A las viejas se las lleva pateta;—*vino un viejo, tiró de la vieja, la vieja del nabo, tira que tira y no pudo arrancarlo*.—Los viejos están que bufan. Mas valdrá cambiar de juego no lo echemos todo á perder. *El arzobispo de Constantinopla.... el arzobispo de Constantinopla... se quiere desarzobisconstantinopolitanizar.... se quiere desarzobisconstantinopolitanizar.... se quiere desarzobisconstantinopolitanizar*. *El desarzobisconstantinopolitanizador que le desarzobisconstantinopolitanizare, buen desarzobisconstantinopolitanizador será*. Aquí no solo lo daremos por concluido por el desasosiego en que están los gangosos y tartamudos de la tertulia, sino porque todos han dado ya prendas suficientes para pasar la noche con las sentencias.

La depositaria de las prendas suele ser una de las mamás que no han jugado, y este empleo que á primera vista parece insignificante tiene su intrínquilis y hay en él sus cálculos y filosofías. Una depositaria de prendas ha de tener ojos de lince, para ver las prendas: tacto de jugador para conocerlas; y olfato de perdiguero para ba-

runtarlas. Cuando se sentencie á *hacer un ramillete de flores* saca la prenda del jóven mas bien portado é interesante por ver si luego de *bien atado* y escardando los *abrojos y ortigas* que le afean le regala á su hija. Si surte efecto la pildora, ya estamos corrientes: sino no importa, en otro pez se clavará el anzuelo.

¿Qué sentencia usted como muy agraviado?—Que diga una quintilla.—Pobre poeta que se halle en la reunion: ya tiene la depositaria un pañuelo, una petaca ó un billete del Liceo que saca del almacen diciendo con candongo disimulo; ¡Hombre de don... qué casualidad!

Ea! que diga una quintilla, que la diga esclaman todos.—Denme ustedes el pié.—Ahí vá:

Por una casualidad.

No necesitó mucho tiempo el amoscado versificador para responder:

Sñores, en caridad,
no quiera la gente incauta
probar mi capacidad:
que esta vez sonó la flauta
por una casualidad.

¿Qué sentencia usted?—Que haga un favor y un disfavor.—A Dios: tocó la suerte á la muchacha mas tímida y simple del corro. ¡Este sí que es apuro! ¿Qué dirá que no pueda ofender? La pobre chica encaja e por b lo que se la ocurre y siente, porque no se la alcanza mas. «Usted es buen mozo... pero... tiene una tercia de nariz.»—El hombre sin poderlo remediar se pasa la mano por la cara.—«Usted tiene talento... pero.... es jorobado.»—Faltas hay que no se echan en cara, responde el paciente.—Por eso usted se la echó en las espaldas; contesta la madre de la doncella.—«Usted es gracioso pero algo jóven...»—Toma esos son dos favores.—Dejarlo estar que mas sabe el cuerdo en su casa, que el loco en la agena, y esta es una abrumadora perogrullada.

¿Qué sentencia usted?—Que contente.—Salga la prenda. ¡Ay! del jóven que se lleva todas las miradas y atenciones de las muchachas.—«Se contentará usted (dice á la primera) con un plato de arropé?—No señor.—¿Y con que la toque el premio grande de la lotería?—Si no

juego nunca. — ¿Y con casarse pronto? — Si señor. — A otra. Poco mas ó menos así se van contentando todas: hasta que llega á su pimpollo, con quien charla al oído cosas que no tienen que ver con el juego. ¡Qué bien has ido esta mañana á misa; te estuve esperando cerca de dos horas!.... ¿Eh? — No. — Mañana te daré billete para un teatro casero ¿te dejará ir tu madre?... ¿Eh? — No. — Mira chica tienes unos ojos que me ponen malo. Tendrás en mí un esclavo hasta la tumba... ¿Eh? — Me contento, dice la mocita con mucha naturalidad ¿qué ha de hacer una? Vaya que no saben salir de comidas y premios estos ambiciosos.

Largo de contar sería tanta sentencia como ocurre y la aplicacion filosófica de cada una: dejaremos por consiguiente á un lado el *tres veces sí y tres veces no*, el *soy, tengo y quiero*, el *poner cuatro pies en la pared*, el *testamento á oscuras*, el *si usted fuera gallo y yo gallina*, *¿donde me picaría?* y otras infinitas. Bástanos asegurar que el juego de prendas es la alcabuetería mas decente que ha inventado la sociedad y que de un juego de prendas muchas veces resultan dos ó tres matrimonios.

Los del tresillo han acabado al mismo tiempo que las prendas. Dejemos que se retiren los viejos á dormir y los jóvenes á soñar unos en esperanzas y otros en realidades. No será difícil que á los quince dias haya un par de bodas, y á los diez meses se aumente la tertulia con cuatro ó seis cabezas mas, entre niños y nodrizas. ¡Quién sabe si á mí y á los que lean estos artículos les sucederá otro tanto! ¡Quién sabe si Colon y Bonaparte y Copérnico debieron su existencia á las tertulias y tantos inmortales descubrimientos y tantas hazañas célebres, traerán su origen de un juego de prendas?

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

LA NIÑEZ.

Yo, aquel del romance en *do* que los vitales preludios narré del cuitado párvulo recién-venido á este mundo:

yo que con amor paterno le seguí desde el columpio de la cuna hasta dejarte en los límites de un lustro; hoy que marcha por su pié y aunque con poco discurso muestra en su lengua espedita que no nació sordo-mudo, voy á proseguir su historia con otro romance en *do*; — y hasta de introduccion al capítulo segundo.

El niño es pobre, ó es rico; el niño es hábil, ó es rudo; dócil ó discolo; — tres verdades de Pero-Grullo.

Si engendro fué suspirado de padres de alto coturno, ¡venturosa criatura! dirá el envidioso vulgo. ¡Se engaña! Todo viviente nació para el infortunio, y con otra disyuntiva voy á probar lo que anuncio.

O temiendo á cada instante que le acometa el singulto de la muerte, le sujetan á planes de higiene absurdos; y aunque llora y se desgrena el infeliz ¡no hay recursos! como el doctor *Tirteafuera* ponen tasa á su bandullo; y todo goce le daña y todo juego es abuso para él, y hasta del aire le merman el usufruto.

¡Así se eria canijo el que naciera robusto y á fuerza de amor sus padres se convierten en verdugos!

O bien, con necio cariño, halagan todos sus gustos y de un mocoso rapaz hacen un rey absoluto.

Y no es mas feliz por eso el acariciado alumno, que con el mimo y los años crece en su pecho el orgullo.

Llega día en que no bastan
 las riquezas del Gran Turco
 para dejar satisfechos
 sus caprichos importunos.
 Cuando le ofrecen faisanes
 se le han de antojar besugos,
 y pide peras al olmo,
 ó que nazca Dios en junio.
 Fáciles goces le cansan,
 que, como dijo Licurgo,
 cuando no hay pena no hay gloria,
 donde no hay lucha no hay triunfo.
 Así la mitad del día
 pasa en hastío infecundo
 y la otra mitad rabiando
 como si fuera energúmeno.

Mas si al hijo del magnate
 tan mala fortuna cupo,
 ¿qué no sufrirá de un *quidam*
 el desdichado producte?
 ¡Y al santo Dios de Israel
 en sus altos juicios plugo
 que los ricos sean pocos
 y los pobres sean muchos!

Primero que la razon
 en él ejerza su influjo
 al brazo seglar le entregan
 de un maestro ceji-junto.
 ¡Cuánto le cuesta aprender
 la primer letra de *burro!*
 ¡cuánto el escribirla luego
 con intercadente pulso!
 ¡Cuántos tirones de orejas
 y cuántos azotes crudos
 para meterle en la cholla
 que *uno es tres y tres son uno!*
 ¿Y qué diré? ¡Santo Dios!
 del *quis vel qui* y el gerundio,
 y del *Cornelio Nepote*
 y de *Fedro y Quinto Curcio?*

Si inhábil para las letras
 le dispensan del estudio,
 confinado en un taller
 suda gotas como el paño.
 Y en su casa y en la agena
 su destino es siempre zurdo,
 ora maneje el escoplo,
 ora interprete á *Salustio*.

Si la tiña no le aflige
 tendrá al menos, de seguro
 sabañones en invierno
 y seguidillas en julio.

Jamás acierta el pobrete
 á dar á sus padres gusto:
 si habla, «¡charlatan maldito!»
 y si no chista, «¡cazurro!»
 Siempre pagan sus molletes



los domésticos disturbios,
 que no hay leyes para él...
 excepto la del embudo.

En vano voraz su estómago
 pide sin cesar condumio,
 que si abundan los sofiones
 escasean los mendrugos.

Quando le compran zapatos
 los pantalones son nulos,
 y cuando estrena chaqueta
 el codo va desnudo;
 y todo trapo es inútil
 antes que lo gaste el uso;
 que no crece la corteza

á medida del arbusto.
 ó *retrógrada* su ropa
 como dirían algunos,
 no sigue el *progreso rápido*
 de sus brazos y sus muslos.

Así en su niñez vegeta
 entre desprecios y ayunos
 y llega á la pubertad
 escuálido y larguirucho.
 ¿Será mas dichoso en ella?
 Ni lo afirmo ni lo dudo
 por hoy. Al tercer romance
 dará esta cuestion asunto.

Y pues el señor *Ayguals*
 me ha contado los minutos,
 con su licencia suprimo
 la *moraleja* y concluyo.

MANGEL BRETON DE LOS HERREROS.

DISPARATES.

¡Gran novedad! ¿qué otra cosa que disparates podíamos esperar de tí? dirán los que tengan la costumbre de mirar como yo la firma antes que el epígrafe. ¡Alto aquí! Hoy voy á plagar mi artículo de disparates, y de disparates garrafales; pero entíendase que no soy yo quien disparata; otros son los que disparataron, y tal vez llegue á manos de alguno de los que tienen la culpa de que disparete yo este escrito disparatadamente disparatado. Bastante disparaté hasta el día: tiempo es ya de consolarme y divertirme con los disparatones ajenos; porque está visto que todo vicho viviente está comprendido en las conjugaciones del vervo *disparatar*.

Yo disparato
 tú disparatas etc.

No prosigo conjugando porque todo puede comprenderse en este resumen: todos *disparatamos*. Pero en esto de los disparates hay sus distinciones. Unos disparatamos sin querer y otros queriendo; haremos esta separacion de materias.

DISPARATES SIN QUERER.

No hay cosa mas fatal que la distraccion en las imperfecciones morales del hombre. Ella es causa del papel ridiculo que por lo regular hace en las calles como en las tertulias, el que por otra parte causa la admiracion de los que lo conocen. Un hombre sábio es siempre meditabundo, sinónimo de distraido, y un hombre distraido, así como tiene toda la frialdad hija de su enagenamiento para echar á andar por la calle con botas de montar y en mangas de camisa y saludar á los que no conoce y no saludar á los conocidos, así cuando habla saltan de su boca palabras extravagantes incoherentes, aparecidas al acaso. Esta misma distraccion le hace parecer rústico como un foncarralero diciendo tal vez «beso á usted la mano» á las señoras, y «á los piés de usted» á los caballeros, ó equivocando las palabras sin sentir como alguno que yo conozco que dice *ojepto* cuando habla, y *objeto* cuando escribe; bien que esto pertenece al número de los disparates *sin querer*, sucede muchas veces cuando el que habla fija todos sus sentidos en la pronunciacion. Palabra hay que se masea cinco minutos y aun se queda alguna letra entre los dientes.

Pero esos disparates chocan solo cuando se oyen y pare usted de contar. Los disparates *sin querer* que no pierden nunca, son las del cajista; estos son los disparates generalmente conocidos con el nombre de *erratas*. Pocos ejemplos citaremos para dar á conocer la indole y la trascendencia algunas veces de estos disparates que con razon colocamos entre los inevitables.

Hablando un periódico dias pasados de las fracciones en que se divide el partido progresista, por decir la fraccion Olózaga, ponía la *faccion* Olózaga lo cual era un disparate maliciosamente significativo. Otro periódico refiriendo una reunion de contratistas en el ministerio de Hacienda; dijo: «Serian las dos de la mañana cuando los *contrabandistas* desalojaron el ministerio»; y esto de *contrabandistas* tiene una interpretacion de todos los demonios. En una novela que yo leí, decía «el niño era el *embeleco* de su padre por decir el embeleso. Y en un diario de la oposicion refiriendo como un empleado subalter-

no habia contestado con insultos al ministro, en vez de decir: «gran bofetón al oficio de S. E.» decia, gran bofetón al *orificio* de S. E.» (1).

DISPARATES QUERIENDO.

Los disparates suelen cometerse á sabiendas, y esto sucede mas fácilmente en la gente de talento que en los tontos. Creen algunos que el *genio* consiste en la travesura, y son traviesos ó quieren serlo, y casi siempre lo consiguen á fuerza de ensayos y de empeños. Pero las travesuras por imitacion son tan pálidas é insustanciales, que con dificultad llenan una vez su objeto que es la *celebridad*. Librese un hombre travieso de no atraerse las simpatías ó las maldiciones de muchos: porque sus disparates serán calificados por la sociedad inexorablemente diciendo que pertenecen al *género tonto*. Los traviesos por instinto son vichos de mala especie, perjudiciales á la sociedad; pero sus atrocidades llevan un sello de graciosa originalidad que seduce. Dejemos este punto que nada puede ofrecer despues de lo escrito sobre él por nuestro querido Larra en sus artículos titulados: *Los calaveras*. Vamos á los *disparates queriendo* de la gente no civilizada; de esos disparates que los que carecen de instruccion ensartan cuando escriben, que si bien pudieran pasar por *disparates sin querer* puesto que no tienen los que disparatan obligacion de saber mas, Hámoslos yó *disparates queriendo*, puesto que hacen únicamente su santa voluntad, en vez de consultar con los inteligentes como pudieran y debieran hacer en ciertos casos.

Dejo á un lado los epígrafes y anuncios de los *diarios* de avisos, porque cada número daría materia para un artículo lo menos: voy á dar cuenta de algunos disparates escritos en las puertas y esquinas de muchas calles de Madrid, y alguno que sepa de otra parte, porque no creo yo que en Madrid solamente se disparata.

Aquí se asan asados, dice un rótulo de la

calle de Leganitos; es decir, que el que lleva un par de capones ó conejos crudos se fastidia, porque no se los *asan* mientras no los lleve *asados*.

Aquí se pintan salones, dice un pintor en su muestra, y á fé que ni de balde habrá quien le dé trabajo, siquiera por no tomarse el de llevar los salones á su casa por esas calles de Dios dando que murmurar al mundo.

Se alquilan camas para matrimonios de caoba. Chúpate esa. ¡Qué bueno estaria un matrimonio de caoba, tendido á la bartola!

Colegio de niños y niñas de ambos sexos. Ya sabemos que habia niños de ambos sexos, porque niños es una voz como *personas* que se refiere á ambos géneros masculino y femenino; pero segun el autor de esta inscripcion, niños pertenece esclusivamente al masculino, y para hablar del femenino es preciso decir niñas; y en este caso el disparate es mas enorme porque quiere decir *niños de ambos sexos y niñas de ambos sexos*: es decir, *niños hermafroditas y niñas hermafroditas*.

Tahona de Jesus y Tortas. Ya saben ustedes adonde está la Tahona de Jesus y pueden ver por sus propios ojos este disparate original. Siempre he oido decir Jesus Piadoso, Jesus Nazareno etc., pero Jesus y Tortas, nunca; porque es un apellido Tortas que sólo cuadra á los tahoneros Zampa-Tortas.

En la calle del Carbon dice un letrero: *Acoite, vinagre, jabon y velas y demas comestibles*. Buen provecho hagan el jabon y las velas al que tenga buenas tragaderas, que lo coma ni mas ni menos que si fuera pchuga de perdiz ó pata de pavo.

Subida al peluquero, dice la muestra de muchas peluquerías. Tal puede ser la estatura de los peluqueros que necesite uno armarse de escalera de mano para poderle decir al oido: *quíteme usted estas greñas*.

Se venden cajas para difuntos completos. Esto querrá decir, cajas de marca mayor que pasen de cinco pies, para hombres y no para niños; pero la inscripcion tiene su filosofía, porque quiere decir para difuntos enteramente difuntos, no difuntos á medias. Bien sabrá el que le paso que muchos viros son condenados por los

(1) Citamos estos ejemplos á falta de otros. No se entienda que llevamos intencion en ellos, pues hemos dicho ya que la política no hace buenas migas con nuestra *risueña* publicacion.

médicos á morir enterrados, y que si pudieran romper la caja y levantar la losa que les cubre, tardarian muchos años en visitar el otro mundo.

Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid. Zapatos para hombres rusos ya era disparate, porque la construcción física de los hombres rusos es idéntica, prescindiendo del tamaño, á la de cualquier otro hombre sea español, egipcio ó americano; pero lo que merece la pena de examinarse es esto de *hombres rusos hechos en Madrid*. Aquí sí que viene bien aquello de *á pares como los frailes*.

En la calle del Príncipe hay una muestra colocada en tan buen lugar que lo que aparece en conjunto es:

Educacion de Señoritas

ASEGURADA
DE
INCENSIOS.

¡Caramba con la tal educacion! No hay miedo que se quemé, que la empresa de Seguros pague.

Aun me acuerdo de las últimas ferias de esta córte, donde entre otras cosas ví unas botas de montar de las cuales pendia un papel que decía, ni mas ni menos que si las botas hablarán.

Nos venden.

Solo faltaba que hubieran añadido ¡traicion! ¡traicion!

Es muy natural esto de llamar á las calles y plazuelas que desembocan cerca de los Consejos ó de las Córtes, calle de las Córtes, calles y plazuelas de los Consejos: pero es gracioso que estos respetables nombres descendan á dar tambien su denominacion á tiendas y despachos de cualquier género. Yo he conocido un *Café de las Córtes*, y esto es algo verosímil porque pueden muy bien los representantes de la nacion tener un café inmediato que les mate la sed..... pero y qué diremos de la *Taberna de los Consejos*? Esto puede entenderse de dos modos ó taberna que surte de vino á los Con-

sejos, ó taberna donde se dan consejos. En el primer caso, ¡lucidos estabau los consejeros! y en el segundo caso, ¡medrados estarian los aconsejados! Este letrero ha desaparecido por fortuna.

En Salamanca el año 33 habia el siguiente: *Cirujano y comadron de los voluntarios realistas*. Se entiende que sería cirujano de los realistas y comadron para las mugeres; pero él no se anduvo en chiquitas, y por si acaso ocurría un lance milagroso quiso que los realistas de Salamanca tuvieran comadron á quien poder mandar.

En la calle de Atocha, frente al cuartel de la Milicia Nacional, hay un zapatero que tiene una muestra con varios zapatos pintados á cada lado de la puerta. La de la derecha saliendo de la casa tiene la cuarteta siguiente:

Si deseas equidad
la que los tiempos exigen
no dudes tomar la entrada
pues no hay duda que aquí sirven.

En la otra muestra hay una mano pintada apuntando á la primera que está diciendo:

Lo que *aquel* dice es verdad;
y para hacerlo evidente
ninguno va descontento,
aunque suba mucha gente.

Cánsome de disparates y voy á concluir con una reflexion que tal vez será disparatada, pero que yo tengo la tontería de pensar que no lo es. Mas que tanto arbolado, por mucho que engalane la poblacion, y mas que tanto empedrado y mejora de lápidas y faroles, por mas que sirvan de adorno y comodidad, importa á la capital de la nacion el dar idea de civilizacion y cultura. ¿Por qué no remediar entonces estos disparates que tan mal concepto pueden hacer formar á los extranjeros de nuestros adelantos?—¿Y cómo evitarlos? dirá el ayuntamiento.—Muy sencillamente respondo yo. ¿No tienen ustedes empleados que sepan ortografía y gramática? Pues establezcan una comision de censura y obligúese á todo el vecindario de Madrid á que no escriba

una letra en la pared, sin el visto bueno de dicha comision. Se contestará que los empleados tienen ya su negociado que les ocupa mucho, y yo replicaré que en un cuarto de hora se pueden revisar todos los letreros que se hagan en medio año para Madrid. Digó esto para que no se entienda que trato de crear una oficina con el santo fin de que me den un empleo, porque á la hora esta ni le necesito ni le quiero. Hasta otro rato.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

A D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EPÍSTOLA

(EN VERSO PROSÁICO.)

Tienes, oh Wenceslao, cosas diabólicas, ocurrencias fatales, como tuyas; y desdichas ¡ay Dios! tan hiperbólicas, traen para mí, que aunque de oírlas huyas te las voy á encajar porque á mi antigua y cerril libertad me restituyas.

¿Dónde habrá, ¡oh caro Izco! mas ambigua situacion que esta ruin en que me pones, á los trabajos de Hércules contigua?

¿Escribir en LA RISA me propones y hacer reir? ¡A mí que siempre he sido el cantor de la sangre y las visiones!

¡A mí, que en todas partes me han tenido por el buho mas negro y melancólico que del furor romántico ha nacido!

¡A mi cuyo estro bárbaro y diabólico espanta al sano público en la escena con obras que espeluznan á un católico!

¿Yo hacer reir? ¡pues la aprension es buena! con que te firme yo tu semanario no queda al punto un suscriptor y truena.

Mira lo que haces, Izco temerario, mira que te lo ruego por los cielos; vé tu empresa con ojos de empresario.

Porque si yo, cumpliendo tus anhelos, tiendo por tu papel mi negra pluma, te has de tirar muy pronto de los pelos.

Alívame este peso que me abruma renunciando á mis versos montaraces, que es lo que á entrambos nos conviene en suma.

Mas... áspero mohín veo que me haces

esto leyendo... ¿en tu opinion te encierras? no me resisto mas, tengamos paces.

Escribiré en LA RISA pues te aferras en ello, Ayguals; mas sobre tí los daños que mis jovialidades desentierras.

Horrendas cosas escribiré en cinco años, mas nueva luz en mí desde hoy sintiendo de mano voy á dar á mis engaños.

Voy á reirme yo, reir haciendo al que no haga llorar, ridiculeces del mundo en que vivimos descubriendo.

Voy á hacerte reir, pero tus preces dirige al cielo, Ayguals, porque te juro que te voy á mostrar las desnudeces de la verdad, en castellano puro; no correcto tal vez, pero tan claro que ha de entenderlo el montañés mas duro.

Y aqueste empeño para hacer mas raro por mí voy á empezar, ante tus ojos mostrándome cual soy bien sin reparo.

Perdona si tal vez te causa enojos mi ruin y flaca aparicion barbuda: resultado no es mas de tus anteojos.

Contempla pues mi humanidad desnuda, y piensa que cual yo te me presento voy á poner á los demás sin duda.

Yo soy un hombrecillo macilento de talla escasa, y tan estrecho y magro que corto andando como naipe el viento.

Y protegido suyo le consagro pues son de delgadez y sutileza ambas á dos mis piernas un milagro.

Sobre ellas vá mi cuerpo y mi cabeza como el diamante al aire: y abundosa pelos me prodigó naturaleza,

de tal modo que en siesta calurosa mis melenas y barbas estendidas á mi persona dan sombra anchurosa.

Mi cara es como muchas que perdidas entre la turba de las otras caras se pasean sin ser apercibidas.

Mofadora espresion si la reparas muestra á veces, las mas indiferencia, y otras melancolía, aunque muy raras,

Cual soy me tienes pues en tu presencia visto por fuera, Wenceslao amigo, pero visto por dentro hay diferencia.

Que aunque soy en verdad, como te digo

de hombre en el exterior menudo cacho,
alma mas rara bajo de él abrigo.

Sério á veces, á veces vivaracho,
tengo á veces arranques tan exóticos
que rayan en tontunas de muchacho.

Y otra veces los tengo tan despóticos
que atropello razones y exigencias
por cumplir mis caprichos estrambóticos.

Poco alcanzo en las artes y las ciencias,
y eso que *allá* los padres Jesuitas
me avivaron un tanto las potencias.

Mas yo dificultades infinitas
en las ciencias hallando, echéme en brazos
de las Musas. Mugeris y bonitas
ellas, muchacho yo, caí en sus lazos;
y á fé que sus cariños me valieron
inútiles, mas sendos sermonazos.

Tantos fueron que al fin me condujeron
á oírlos con glacial indiferencia,
y en mí esta indiferencia produjeron
con que miro las cosas (y en conciencia
aunque cual gran calamidad la lloro
no la puedo oponer gran resistencia).

Alabo el bien y á la verdad imploro,
mas despierto con otra ventolera
y el mal ensalzo y la mentira adoro.

De esto viene el llamarme calavera,
mas si un dia en razon meterme debo
quién duda que lo haré como cualquiera?

Oscura vida, por mi gusto llevo,
mas si llevarla del revés importa
lo hallo tan fácil cual comerme un huevo.

La existencia no me es larga ni corta,
en paz la paso sin placer ni pena,
como no tengo plan nunca me aborta.

Si una buena alma investigar serena
quiere lo que yo soy, por mil caminos
irá, y tal vez de la verdad agena.

Que (abreviando discursos peregrinos)
no sirve cuanto digo y cuanto hago
para atar dos ochavos de cominos.

Porque soy todo yo tan raro y vago,
que ni nadie me entiende ni me entiendo.
Lo que hice ayer, mañana lo deshago,
dejo hoy tal vez lo que mañana emprendo,
y así salen mis obras á mi antojo
aunque digas ¡oh Ayguals! «No lo comprendo.»
Tal soy, como te he dicho, y algo flojo

tal vez anduve: mi retrato es este.
Si á firmar tu periódico me arrojo
voy á ser mas dañino que la peste;
y he de sacar la pluma de mal año
aunque tu misma enemistad me cueste.

Y pues donde cortar no falta paño
en esta injerta sociedad de ahora
do el ridículo solo no es estraño,
si me quieres así, sea en buen hora:
reír me place, mas á costa agena
que es mas dulce reír, cuando otro llora.

Tú dirás que esta epístola no es buena,
y que si ha de ser tal cuanto te escriba
renuncias mis artículos sin pena.

Mas aunque bien dirás, en esto estriba
la excelencia mayor de estos renglones,
pues de justicia es ley distributiva
que si critico de otros las acciones,
me esponga yo á su crítica primero
y les dé la razon de mis razones.

Con esto, Ayguals, contestacion espero
recibir de tu puño, en versos frios
y ásperos como clavos; lo que infiero
no de uno de mis muchos desvaríos,
sino porque contestes dignamente
á versos tales como son los míos.

Contesta pues y riase la gente:
que nos llame LA RISA sus apóstoles,
y aunque nos diga el vulgo irreverente
que esto es tocar el órgano de Móstoles.

JOSÉ ZORRILLA.

À DON JOSÉ ZORRILLA.

EPÍSTOLA.

(EN PROSA POÉTICA.)

A contestarte voy mas que deprisa;
pero dame primero un fuerte abrazo
puesto que escribes ya para LA RISA.

Caiste al fin, caro José, en el lazo
que tenderte logré amistad risueña!...
Esto es dar á la zorra candilazo;

sin que por ello andemos á la greña,
que es la para verdad, y digan todos
si al cabo no eres tú *Zorra pequeña?*

Tú que hazañas cantastes de los gados,
mojando en tristes lágrimas tu pluma
que nos martizára de mil modos,
cedes á la razon, y vas en suma
el coturno á lanzar de Melpomene,
cuyo puñal á la virtud abruma!

Gracias á Dios que nada te detiene,
y destierras por fin el ceño adusto,
tú que sangre bebiste en Hipocone.

¿Cómo pretendes, Pepé, estar robusto
si á la jovialidad te hiciste el sordo
y sembrar el dolor era tu gusto?

Yo si tengo un pesar... me zampo un tordo:
de todo el mundo ¡voto á san! me río,
y siempre estoy tan colorado y gordo.

Harto breve es la vida amigo mio;
mas toda vez que el tiempo corre ó vuela,
no pasarle riendo es desvario.

Esto aprendí de mi jovial abuela;
y al ver que alegre completó cien años,
alegre sigo su burlona escuela.

Y no te vengas con calientes paños,
se trata de vivir, y la alegría
alarga mas la vida que los baños.

Abandonemos pues la algarabía
de espectros, sombras, de visiones y hadas
que espantan á la amable poesía.

Y nuestras plumas, bien ó mal cortadas,
satiricen, Zorrilla, todo abuso
escitando zambreras carcajadas.

Me prometes hacer este buen uso
de los diestros y mágicos pinceles
que en tu mano maestra Apolo puso.

Y si tu musa, orlada de oropeles,
sublime encanta cuando llora ó gime,
tambien festiva ceñirá laureles.

Permite pues, amigo que te anime
á emprender con valor la nueva senda...
No riño lo jovial con lo sublime;

y es justo que tambien rindas tu ofrenda
al género satírico. Tu nombre
es para el editor una prebenda.

Nada me importa que al zurrar al hombre
se haga tu musa indómita y sarcástica,
y al mundo todo su acritud asombre;

que hay en la sociedad materia elástica,
grande solapa y abundante concha,
y es la virtud una ilusion fantástica.

Tira al degüello á tu sabor y troncha
hasta no dejar títere viviente...
con tal que á mí no me levantes roncha.

Que si la sociedad se alza imponente
ó se pronuncia contra tí y tu casta,
verás como me río grandemente.

Y jamás te diré «Zorrilla, basta»
á no ser que contemple ya iracundo
al pueblo soberano que te aplasta.

Mas no sucederá; y esto lo fundo
en que la estirpacion del maleficio
interesa á la paz de todo el mundo.

Tomemos pues la burla por oficio,
y respetando las personas, cruja
satírico el zurriago contra el vicio.

Guerra á todo malsin y á toda bruja!
guerra á toda sandez y desvario!
guerra al que al pueblo miserable estruja!

Con su semblante estúpido y sombrío
dá motivo á la sátira el pedante
lleno de orgullo y de razon vacío.

También la presuncion del elegante
que debe el pantalon y la levita
presta asunto á la crítica punzante.

El señoron que en un palacio habita
y le sirven lacayos sin salario,
mueble es tambien que la censura escita.

El otro mozalvete estrafalarío
que jugando al villar se pasa el día,
merece se le zurre el tafanario.

La niña bella, ya jamona y tia,
que pagó con desdenes la ternura
tambien acres piropos merecia;

mas ya la pobre pierde su hermosura
y es presumible encerrará la palma
de su virginidad la sepultura.

El maridote que con dulce calma
de su honra escucha graves villipendios
y no llega á perder la paz del alma...

y sufre con cachaza los dispendios
de una coqueta antojadiza y loca,
que ya al zanguango aseguró de incendios,

mereciera acritud, y á fé no poca,
que el hombre en tal estado se amaneilla...
mas indicarte el rumbo no me toca.

Suelta tú á discrecion la taravilla,
y has que el mundo se ria por los codos
sin ofender á nadie ¡oh buen Zorrilla!

Hay para zaherir secretos modos
que á las víctimas mismas dan contento,
y de esta suerte... se suscriben todos.

De la empresa, querido, el pensamiento
es no escitar enconos ni pasiones,
sino la risa y general contento.

Hacer estravagantes descripciones
de los abusos, vicios y dislates
para que lluevan sendas suscripciones.

Hay de sobra en el mundo botarates
tan ridiculos torpes y camellos,
que es muy justo contra ellos te desates.

Sacas á relucir sus lauces bellos,
callas los nombres, y al pintar sus actos
puedes sin compasion cebarte en ellos.

Amigos, compañeros y compactos
los varios redactores de LA RISA,
todos respetan estos mismos pactos.

Que es condicion á la verdad precisa
que al tropezar con uno, hasta el paciente
celebre el buen humor del que le pisa.

Tu principio, Zorrilla, es excelente,
y me proporcionó un momento grato
la imagen de tu cuerpo transparente.

Y para solozarte un corto rato,
voy á ver de los dos cual es mas chusco,
si tu retrato liel ó mi retrato.

Es mi total entre risueño y brusco;
pero tan chiquitín como una hormiga,
á veces no me encuentro si me busco.

Tengo mosfletes... ¡Dios me los bendiga!
ancho de espaldas soy, y se me antoja
que es de algun arzobispo mi barriga.

Barbudo soy tambien, y que no es floja
la barba tricolor que está en escena,
rubia y castaña donde no está roja.

Mas, sobre todo, el rostro..., es cosa buena!
blanco en verdad, rollizo, saludable,
y si no es como un sol, es... luna llena.

En cuanto al génio, á veces soy amable
(segun dice al pagarle mi casero)
mas por lo regular soy indomable.

Por lo demás, ya sabes el sendero
que sigo en mis costumbres: de mi bilis
hago víctima siempre al mundo entero.

Derrítome delante de una Filis;
pero procuro no me dé un pellizco,
que en el saber vivir está el busilis....

Tuyo de corazon...

AYGUALS DE IZCO.

LAS TERTULIAS.

ARTÍCULO TERCERO.

Pesadito se va haciendo esto de las tertulias;
pero si al cabo y al fin hemos de hincar el diente
en la sociedad ¿qué mas nos importa á nosotros
morderla en las tertulias que en los paseos ó ba-
jo cualquiera otra consideracion? Apuradamente
todo es tertulia en el mundo. Las hay de noche
y de dia, en las casas y en la calle, en el campo
y en el templo: y si no, los amigos que se reu-
nen en el café por la noche á charlar por espacio
de tres ó cuatro horas ¿me dirán ustedes que no
están en tertulia, aunque no jueguen al solo ó á
las prendas como dije en mi artículo segundo? y
los que por costumbre ó casualidad se amonto-
nan á todas horas del dia en cualquier punto de
Madrid incomodando al prógimo transeunte que
ora tiene que echar por el arroyo espuesto á su-
frir tormento y muerte inquisitorial bajo la rue-
da de un coche, ora estrujarse entre la pared y
los que el paso le impiden ¿me negarán ustedes
que están en tertulia? Y los que se citan en el
Liceo y atienden menos á la funcion que á su ne-
gocio: unos porque tratan de amorios y se dan
celes y quejas y palabras de reconciliacion y re-
galos *de recuerdo*, otros si los fondos subieron
en Londres y bajaron en Paris, si fulano hizo un
empréstito de incalculables ventajas y mengano
en el mismo asunto *se quebró*, es decir hizo quie-
bra ó bancarrota. Aquí disputando cuatro cople-
ros si el acento en los versos endecasílabos debe
cargar en la cuarta ó en la sesta y si tal ó cual so-
neto es malo porque tiene sinalefas y cacofonias:
allá pintores que quisieran imitar el claro oscuro
de las Vírgenes de Rafael; acullá *hombres de es-
tado* que barruntan una reaccion espantosa é in-
falible porque está apoyada hasta por la Divina
Providencia. Todos estos señores repito ¿me di-
rán ustedes que no están en tertulia? Y los que
acuden á las iglesias á decir con verdad: *Yo pe-
cador* por que pecando están con su irreverencia

y sus requiebros y sus coqueterías á los dos minutos de ofrecer el propósito firme de la enmienda, en términos de poderles aplicar aquello de —¿Fuiste á misa?— Sí señor. —¿Viste al cura?— No reparé en tanto. —Digan ustedes si van estas gentes á hacer oración ó á estar en tertulia. —Y los que se arrellanan en las sillas del Prado formando círculo para murmurar de todo vicho que pasa. Si este tiene rota la levita: si aquella lleva un punto en la media, y si la de mas allá es castellana, americana ó mundana ¿están en paseo ó en tertulia? Luego es preciso convenir en que por cualquier prisma que la sociedad se presente podemos, sin faltar á la verdad, considerarla en tertulia y por esta razón no deben ustedes estrañarse de que hable tantas veces de tertulias por que esto no es mas que hablar de la sociedad y la sociedad es materia inagotable.

Tan, tan.—¿Quién?—Gente de paz:—¡Oh señores! ¡tanto bueno por acá! Pasen ustedes adelante caballeros. Las señoras tardan algo mas porque se están dando besos á la puerta media hora. ¡Es muy particular esa costumbre del beso! En primer lugar sea por celos sea por otras causas suelen las que se besan aborrecerse; pero ¡con qué frenesí!... En segundo lugar, que maldito el jugo que chupan sus labios porque como dice el refran «pan con pan comida de bobos» y aun cuando algo agradaran los tales besos sería el primer día y nada mas, porque segun otro refran «todos los días olla amarga el caldo.» En tercer lugar, la dentera que dan á los jóvenes que parece un reto al apetito desordenado; y así se les oye decir generalmente «¡ay qué cosa tan rica! Denme ustedes un beso en acabando» y aunque las señoras quisieran cumplirlo de buena voluntad contestan con pueril hipocresía: ¡Ave-María Purísima! ¡Pues aunque estuviéramos locas!

El tercer día de tertulia y todos los demas son de franqueza para la diversion general y así suele adoptarse lo que el primero propone. Si es juego, juego: si baile, baile: y aun suele probarse de cada cosa un poco. Hagamos círculo grande y tome cada cual un carton para la lotería. Las mamás cuidan esta vez mas que nunca de que sus hijas se sienten junto á los jóvenes

mas lucidos y apasionados. No importa que por debajo haya algun pellizco ó apretón de manos, con tal que el ciudadano pague por la hija, por la madre y por sí mismo, tres jugadores distintos y un solo primo verdadero. Sacan las señoras sus ochavos que no son muchos por si pega mal y los mozalvetes ponen sobre la mesa todo el caudal. El que tiene una peseta, saca una peseta, el que tiene una onza saca una onza y si tiene mas, mas echa sobre la mesa, diciendo siempre aunque no le quede un cuarto en el bolsillo; en acabando esto sacaremos mas. No hay quien quiera pasar la plaza de pobre delante de las mugeres; esto prueba la esclencia del dinero sobre todas las pasiones del bello sexo.

¿Veis aquel ciudadano que se está sin jugar porque dice que no le gusta el juego? Decidle que miente que es porque no tiene dos maravides para tomar un carton. ¿Veis aquel otro que se incomoda mucho de perder dos manos seguidas y dice que va á dejar el juego porque tiene mala suerte? Decidle que no mienta, que va á dejar de jugar porque no tiene dinero. ¡Maldito mundo que siempre ha de andar jugando al escondite con la verdad!

Las fichas suelen haber emigrado de la bolsa, pero en su lugar se inunda la mesa de judías ó garbanzos partidos para poder llenar los cartones de esa gente atroz que necesita una ficha para cada casilla. Los nombres de los números siempre se cantan de distinto modo. A lo mejor oye uno «y va bola: los capuchinos. —¿Cuál es?— El 44. —Allá va otra: arriba y abajo. —¿Qué es? El 69. Y así van llamando edad de Cristo al 33, edad de las muchachas al 15, los anteojos al 8, el abuelo al 90, la docena del fraile al 13, etc. etc.

De todo lo demas, que se distribuya bien el dinero y que se llamo *quinterna* á los cinco números de una misma fila, á los cuatro *cuaterna*, á los tres *terno*, á los dos *ambo* y al primero una cosa que no se puede pronunciar mas que al rezar la letanía, es cosa de poca importancia para que nos detengamos en ello. Haremos que lo dejen pronto y echen un baile. Afortunadamente hay quien toque aunque mal un rigodon, y el amo de casa entra en su alcoba á quitarse el gaban y ponerse el frac ni mas ni menos que si fuer-

ra á enamorar entonces. La señora en cuanto él sale entra también; no crean ustedes que va á hacer alguna cosa mala, pero tampoco crean ustedes que va á hacer cosa buena. Va á registrar los bolsillos del gaban para quedarse con todo lo que encuentra en ellos. Yo pondría mugeres en lugar de hombres á las puertas de Madrid si fuera del gobierno, porque estoy seguro que sin necesidad de *pincho*, cogían las piezas de contrabando aunque fuesen del tamaño de un cañamón.

¿Qué quieren ustedes? dice el músico ¿wals, rigodon, mazurca.... ¡calle usted por Dios! dice la señora de casa, la sociedad de buen tono no admite ya mas que rigodon y wals. —No hay cosa mas necia y contradictoria que las pretensiones de la clase media. En las reuniones del Avapiés campa siempre la sencillez y la naturalidad. Creerían ponerse en ridiculo si traspasaran los límites del *sandango* y *jota* y *seguidillas* y esto es plausible y encantador porque está en armonía con todas sus costumbres y modales. En las que llaman de *alto copete*, que como las del Avapiés, pensamos otro dia tomar por nuestra cuenta, hay mucha tontería, pero hay mucha verdad. Hay la fatuidad heredada, pero no existe esa vanidad postiza tan repugnante en la clase media, por el contraste que ofrece á cada paso de hábitos plebeyos y humos aristocráticos. Por eso se ve á las señoras de la clase media en lo mas ins-

pirado de sus sublimidades tónicas salir con un «¡Muchacha, cierra la despensa no entre el gato y se coma la morcilla de mañana! ¡Muchacha! cuando venga el aguador dile que se traiga una cuba mas.» Y por esto se baila wals y rigodon, y no mazurcas, ni galops, ni britanos. La danza empieza con wals; esto es lo que satisface mas á la gente jóven porque es la poesía del baile. ¡Qué hermoso es tender la diestra mano á la esbelta cintura de una seductora buri! ¡qué dulce y electrizador el contacto de las siniestras manos! ¡Cuánto idealismo, cuanta pasión, cuantos encantos para los corazones perdidos en ilusiones de amor! Los enamorados bailando wals son incansables: aunque por el estado de su salud no puedan andar dos pasos sin sofocarse, en oyendo el *tres por ocho* sus piernas adquieren una agilidad prodigiosa, y los pulmones el privilegio de vivir sin respiración. Un tísico y un tullido enamorados, creo yo que sanarían bailando wals ó morirían en éxtasis celestial al compás de las inspiradas melodías de *Straus*... Cuando los jóvenes acaban de bailar, el corazón parece que no palpita por la rapidez de los latidos; pero esto y el sudor que por sus frentes resbala, desaparece con el sosegado y estúpido rigodon que no sé por que lo llaman baile y no *variaciones de paseo* ó *evoluciones de sala*. El rigodon es el baile favorito de los señores machuchos. Aquí es donde tienen entrada todas las edades, doña Es-



colástica y don Trifon, don Cosme y doña Polimaria. Es cosa singular esto de los nombres; parece que ellos marcan la edad de las personas, como si estas no se llamarán lo mismo á los ochenta años que el día del bateo, y sin embargo se ve por regla general que las muchachas tienen nombres bonitos y sencillos como Matildes, Luisas, Josefás. Irenes etc., y las viejas casi todas se llaman Sinforosas, Estefanias, Atanasias, Mateas, Ciriacas ó Melitonas, y si son andaluzas nunca falta una doña Angustias, ni una doña Milagro, ni una doña Consolación. Yo creo que esto consiste en que el gusto ha variado y que los nombres que hoy nos parecen feos, chocaban más á la gente del siglo pasado. ¿Quién sabe si se volverán las tornas y cuando las Pepitas y las Matildes del día sean nombre de viejas, volverán á estar en boga las Ciriacitas, las Estefanitas y las Sinforianitas? Allá veremos si allá llegamos, y mientras tanto notemos cuán satisfecho se manifiesta un don Crisóstomo bailando rigodon y saliendo en la *Pastorela* con su Eduvigis á la derecha y á la izquierda una doña Robustiana de esas molletudas señoras que abundan en todas las tertulias, y de las cuales parodiando el refrán «no hay función sin tarasca,» se pudiera decir «no hay tertulia sin señora gorda.»

Pero héte aquí que el del solo colocado enfrente de don Crisóstomo al tiempo de empezarle, se enreda los pies en una cuerda de retazos de cinta y de bramante con cada nudo tan gordo como los del cordón franciscano; ¿qué sogajo es este? pregunta. A doña Robustiana la salen los colores de vergüenza; pero dice afectando serenidad.... yo no sé.... y á poco de decirlo tiene que largarse al retrete con una media arrastrando. ¡Una liga de cordel en una señora llena de oropeles y perifollos! Este es otro de los contrastes empalagosos de la clase media. Las mozas del Avapies ó no llevan liga de esparto, ó lo dicen, y si se ofrece se la atan en medio de la calle á la una del día.

Mientras unos bailan, otros hablan, y este rato de descanso que tiene el rigodon de vez en cuando, es una ocasión solemne para las conquistadoras amorosas; ¡qué bien baila usted, fulanita! Usted ha sembrado en mi pecho el volcán de las pasiones de un modo grato, pero irresistible,

dulce pero desgarrador. ¡Si usted correspondiera á mi cariño! — La chica sí que corresponde, pero esto no se debe decir la primera vez; lo más que puede avanzar es á decir: ¡si eso se pudiera creer!.... A todas dicen ustedes lo mismo.... en fin, consultaré con la almohada.... Y efectivamente, consultan con la almohada el modo de decir que sí. El amante para estrechar más y más y más las relaciones, propone al acabar el rigodon una comida de campo, y al par de días tiene usted á todos los contentutios comiendo como unos gañanes, bebiendo como unos coritos y brincando como unos corzos por esos trigos de Dios.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

LA RAZON DE UN DUELO.

Con marcial desembarazo
ayer tarde en el paseo,
don Juan y don Amadeo
iban asidos del brazo.
Ambos con bigote y pera
de románticos á guisa,
se paseaban aprisa
con aire de calavera;
cuando al lado de una anciana
y asida del brazo de ella,
vieron hermosa doncella
que pasó de ellos cercana...
—Qué hechicera!... Es una rosa!
(dijo, á su amigo, don Juan)
¿No visteis con cuanto afán
me ha mirado cariñosa?
—No en verdad! (le contestó
don Amadeo,) Porque
á mí solamente fué
á quien la hermosa miró.
—Os engaños que fué á mí!
—Repito que no fué á vos!
—Que sí, digo y... ¡vive Dios!...
—No me habéis tan alto aquí!
—Pues vamos donde gustéis!
—Vamos donde vos queráis!
—Armas? — Las que vos digáis!
—Sitio? — El que vos aplacéis!

—Pues marchemos sin tardanza.
 —Marchemos sin dilacion.
 —Venganza!... Satisfaccion!!
 —Sí!... Satisfaccion!! Venganza!!!

Y cual dos hambrientas hienas,
 partieron en su corage,
 á lavar tamaño ultrage
 con la sangre de sus venas.



Se atravesaron por celos...
 Bravo! que en toda ocasion
 hay para un duelo razon
 en el siglo de los duelos.

Por eso en el campo ayer
 disputaban dos espadas
 de una muger las miradas...
 ¡Y era ciega la muger!

E. FLORENTINO SANZ.

LA COL,

TERCERA EN DISCORDIA.

ODA.

¡Oh tiempos! ¡oh costumbres!
 ¿Será verdad que hay pechos españoles

que en pró de otras legumbres
 el pabellon insulten de las COLes?
 ¡Y hay musa que lo apoya!
 ¡Vive Dios! que se acuerde aunque arda Troya.

¡Judías y patatas!!!

Hé aqui los héroes que en diversas odas
 cantan plumas ingratas
 cual nectar dulce de celestes bodas;
 ¡patatas y judías!!!

Hé aquí el maná de nuestros tristes dias.

Ya que no cantais glorias
 de César, de Pompeyo, ó... Meternich,
 cantarais pepitorias,
 ó el jamon dulce y salchichon de Vich;
 mas para tal salmodia
 mejor fuera el cantar... la palinodia.

¿Y han de quedar impunes
 tan viles mañas y rastreras artes;
 sin que á tan necio lunes
 suceda luego un vengativo martes?
 Fuera esperar lo en vano,
 COLes habiendo en territorio hispano.

Ni esperéis que mi lengua
 relute uno por uno vuestros dichos,
 porque fuera gran mengua
 ocuparse una COL de tales vichos;
 gócese en sus bravatas
 las judías é imbéciles patatas.

Ni alabaré en mi canto
 la nivea flor que esmalta mi linage,
 ni de mi verde manto
 el pomposo y magnífico follage;
 otras son las razones
 en que mi alcurnia funda sus blasones.

Por derecho de abolengo
 de esCOLapios criada en los COLegios
 con esplendor sostengo
 altas COLumnas de palacios régios,
 donde en varias figuras
 graban mi nombre ricas COLgaduras.

Sin mí ninguno el COLmo
 de la felicidad viera en su casa;
 ni existiera StoCOLmo,
 ni el melodioso nombre de COLasa
 ni una semana habria
 que ostentára del miérCOLes el dia.

¿Qué persona ilustrada
 oculta sus COLoquios á mi astucia?

¿Ni cual es la COLada,
 en que no limpie yo la ropa sucia?
 ¿Quién diera al campo abonos,
 si la COL no auxiliase á los COLonos?

¿Qué clérigo ni abate
 sin causarle jamás el menor tédio
 tomará el choCOLate
 sin que me tome á mí de medio á medio?
 Y en los dias de ayuno
 quién COLacion hará sin mí?... ninguno.

Valen cuatro reales
 las pesetas buscadas con ahinco
 por todos los mortales,
 pero en teniendo COL, ya valen cinco:
 de ello es prueba plenaria
 la que llamais peseta COLumnaria.

Los célebres pintores
 ¿Qué hicieran de sus mágicos pinceles
 si en sus varios COLores
 no les mostrára yo el genio de Apeles?
 ¿Qué esCOLar fuera un sabio
 á no tener la COL siempre en su labio?

Si con fin religioso
 ois en las reservas por la tarde
 á un capisCOL famoso,
 que haciendo de su bajo un alto alarde
 brama mas que el bucy Apis...
 su voz está en la COL... no está en el capis.

Si el tiple de un aCOLito
 resalta siempre en duos y tercetos,
 y en su canto hoy insólito
 acordes van los padres reCOLetos,
 es porque yo me encuentro
 de aquellos y estos en el mismo centro.

Hasta los que usan coches,
 y el vulgo necio llama gente noble,
 del invierno en las noches
 mi apoyo buscan, y lo buscan doble:
 mirad sus apellidos
 entre una COLcha y un COLchon metidos.

¡Ay cuantos ciudadanos
 victimas fueran de punibles dolos
 de infieles escribanos,
 á no encontrarme yo en sus protoCOLos!!!
 ¡Y qué cuentas tan rectas
 dieran sin mí los que andan en COLectas!

De Rodas el COLoso,
 tan célebre en los fastos de la historia,

no fuera mas que un oso
 á no tener la COL por accesoría.
 ni sin mediar lo mismo
 se alzara una COLina sobre un istmo.

La francesa bandera,
 que la atencion del mismo Marte absorve,
 si triCOLor no fuera,
 no ondearia en la mitad del Orbe,
 ni COLon sin mi auxilio
 del otro medio viera el domicilio.

Si de valor se trata,
 ¿cuándo podrá la mísera judía,
 ni la venal patata
 competir con la COL en bizarría?
 Mirad si soy valiente...
 que en su esCOLta me lleva hasta el Regente.

Nunca á nadie me humillo,
 la COLera es sin mí vano resorte,
 lo mismo que el COLmillo
 de las fieras indómitas del Norte;
 no hallareis una sola
 de quien no pise la temible COLa.

Hasta á mis adversarios
 á todos es tan cara mi persona,
 que á nombre de otros varios
 el caraCOL lo dice y lo pregona:
 y batiendo las alas
 me ostenta el franCOLin entre sus galas.

El alumno de Orfeo
 laureles busca, y tras la COL se lanza
 á cualquier COLiseo,
 dó fama inmortal con ella alcanza:
 mas no se immortaliza
 quien, cual vosotros, busca otra hortaliza.

Al templo del buen gusto
 no se llega jamás por tales vías,
 que en estómago augusto
 sientan muy mal patatas y judías;
 mejor es sin disputa
 la COL que la COLmena le tributa.

No quiero ser prolija;
 concluyo con mis timbres, y los fundo
 en que MiCOL es hija
 del mas antiguo rey que admiró el mundo,
 y por derecho, y costumbre
 reina ha de ser de toda otra legumbre. (1)

(1) Es muy sabida cosa

En fin toma mi trompa,
oh Musa que la cuidas y la albergas,
antes de que la rompa
en las narices de Izco y de Villergas,
pues tiene tres bemoles
que ajen así la gloria de las COLes.

JOSÉ BERNAT BALDOVÍ.

CALVAS Y PELUCAS.

Hé aquí dos cosas bien comunes y bien influyentes en la moral y en las costumbres de nuestra sociedad, y que á pesar de ser dos puntos tan *capitales*, no tengo noticia de que hayan sido tratados por ningun escritor bajo estas relaciones.

Siento que me haya sido reservada esta materia, á mí Fr. Gerundio, tan calva—trueno como el que mas. Sin embargo, procuraré tratarla con toda la imparcialidad posible, prescindiendo de ser parte interesada. Convendrá para el mejor acierto proceder por el orden de antigüedad, en cuyo caso pienso que la aplicacion del derecho de primogenitura no debe ofrecer cuestion ni litigio, puesto que ni los legisladores, ni los moralistas, ni los físicos han dudado jamás que las calvas hayan sido anteriores á las pelucas.

Una calva no es siempre signo de ancianidad, ni tampoco procede siempre de la causa á que la atribuyó Plinio al decir aquello de *cito calvescunt*. No señor, calvas jóvenes hay de origen bien honesto; pues aparte de las que nacen de enfermedades en que no ha tenido participacion la mala vida pasada, las hay tambien originadas del excesivo estudio y del mucho discurrir, lo cual diz que seca y consume el jugo del cerebro, de que resulta caerse el cabello al simil de las plantas cuando les falta el jugo de la tierra. Y no hace muchos años que la calvicie era tan honrosa, literariamente hablando, que una cabeza mondada era el mejor diploma para ser tenido

que la COL en su vida fué legumbre;
pero, si hablando en prosa
suele la ley ceder á la costumbre,
¿no tendrá igual escusa
hablando en verso mi ignorante Musa?

por un gran doctor del gremio y claustro, y por el mas respetable y sabiendo padre maestro de la orden.

Una calva y unos anteojos eran los dos instrumentos fehacientes de la insondable ciencia de nos *el doctor*. Para ser sábio á *prima facie* era menester ostentar por cabeza un melon, y no ver, como dice el vulgo, siete sobre un asno; aunque en verdad sea dicho, á pesar de mi buena vista yo jamás he podido ver este gracioso grupo.

De todos modos una calva, sobre el respeto que naturalmente inspira, es siempre el simbolo de algunas virtudes. Por ejemplo, ¿cómo no ha de representar una calva la virtud de la franqueza? Con todo eso un calvo no es un hombre liso y llano. La lisura no puede disputársele, pero la llaneza no se le puede conceder.

Un calvo es tambien el emblema de la ocasion. Un calvo es igualmente un señor de coto redondo, en cuya posesion nadie puede intrusarse á cazar, ni aun el mismo dueño, porque no hay caza, porque no tienen donde albergarse los insectos y animales incómodos y dañinos, lo cual es una ventaja. Un calvo no puede tener pelo de tonto: de lo cual ha venido acaso el dicho vulgar de que ningun burro se ha vuelto calvo.

En cambio tienen los calvos no pocas cosas contra sí. Por juicioso que sea un hombre calvo le llaman calavera, y no puede demandar de calumnia. Las jóvenes le huyen, y por mas que lo sienta y rabie, no puede tener el desahogo de tirarse de los pelos. La cabeza de un calvo es un manantial de metáforas satíricas y burlescas. Toda cosa ovalada y lisa, toda figura redonda y tersa se compara á la cabeza de un calvo, y el término de asimilacion que mas frecuentemente ocurre una parte del cuerpo de los niños, que solo en confianza permiten las leyes sociales nombrar, y que á semejanza de los gefes irresponsables de un estado, solo bajo muy embozadas alusiones puede entrar en el dominio de la prensa.

Nada hay en que con mas rigor ejerzan su influjo las afecciones atmosféricas que sobre una calva. Sin abrigo ni amparo que temple y modifique los ardores del sol y la crudeza de la escarcha, la cabeza de un calvo vive en verano bajo la zona tórrida, y en invierno bajo la glacial. Si el

resto del cuerpo tiene una temperatura de 20 grados sobre 0, sobre el cráneo señalaría muy bien el de Reamur sus 33. Agréguese á esto que las moscas, amigas de las superficies tersas y resplandecientes, y que al revés de las hormigas aborrecen los lugares subterráneos y gustan de maniobrar á campo raso como las tropas de caballería, escogen siempre las calvas para teatro de sus paseos, de sus juegos, y de todas sus acciones naturales. Perseguirlas en tan escampado terreno es castigarse á sí mismo, es cachetearse sin piedad.

La calva por otra parte es un ramo de economía doméstica. Para un calvo son escusados los peluqueros: los aceites, pomadas y demas cosméticos sobran; los peines y cepillos están demas. Tres presupuestos no despreciables que desde luego dá por suprimidos en su sistema administrativo interior.

Yengamos á las pelucas.

Las pelucas, aunque menos antiguas que las calvas, no se crea por esto que han sido invención de ayer. Y por más que digan que el primero que gastó peluca fué un abate del siglo XVII llamado *la Rifiere*, hay quien hace subir su antigüedad al tiempo de David, suponiendo que se hace mención de ellas en el capítulo 19 del libro I de los reyes; y hay quien la remonta al tiempo de Isaías, fundando su opinion en el capítulo III de sus profecías. Muchos son de sentir que desde muy antiguo estaban en uso entre los griegos y los romanos. Mas lo que no puede dudarse es, que en el principio de la era cristiana deberian ser las pelucas mueble usual y corriente, puesto que San Pedro se tomó la libertad de pedir pelo á Cristo, y este le respondió que no era peluquero: respuesta bien merecida á petición tan indiscreta. Respuesta como de quien la dió.

Dice Manilio en su *Astronomicon* que los que han nacido en el signo de Tauro bajo la influencia de las pleyadas, estan destinados á llevar peluca. Si es cierto, bien pueden decir los tales que el toro y las *cabrillas* son para ellos doblemente *malum signum*.

Las pelucas tienen tambien sus ventajas y sus desventajas, su moralidad y su inmoralidad. Una de las ventajas principales, ademas del abri-

go, que por conocida se calla, es sin disputa la de rejuvenecer el rostro y cabeza del que la usa. Don Frutos, hombre de 53 cumplidos, que visto en su estado natural y al descubierto supondrá cualquiera que tiene á su hijo asegurado de quintas por padre sexagenario, se planta la peluca. se presenta y nadie se atreveria á darle su voto para senador suponiendo que seria nulo por no llegar á los 40 que la ley exige en los que han de pertenecer á la alta cámara. Cinco ó seis lustros retrocedió en la carrera de la vida con solo plantarse la peluca.

Don Nemesio el calvo, es hombre que gusta de aventuras, y á quien conviene muchas veces hacer el incógnito. Si don Nemesio no gastara peluca seria siempre don Nemesio el calvo. Pero tiene un repuesto de pelucas, unas rubias y clásicas, otras románticas y negras, y otras en fin color castaño oscuro, y alternando don Nemesio de cabelleras, como diz que hacia Annibal para no ser conocido de los galos y poderlos sorprender, hace mil diabluras el tal don Nemesio, siempre otro y siempre el mismo. Para él la calva es un recurso, la peluca un comodín, y hé aquí otra de las ventajas de las pelucas, la del fácil y variado disfraz.

Don Atilano viaja con su pasaporte en regla. «Señas del portador. — Edad 38. — Pelo negro etc.» Hace don Atilano una fechoria... requisito... un hombre de estas señas... prenden á don Atilano pero don Atilano ha tenido buen cuidado de arrojar la peluca en el camino, ó de guardársela en el bolsillo del sur-teut. «Señas del preso: edad unos 60 poco mas ó menos, calvo... etc.» no es el que se buscaba. Don Atilano es puesto en libertad. Así las pelucas son muchas veces causa de la impunidad de los delitos.

En cambio las pelucas tienen tambien sus desventajas. Un descuido puede producir fácilmente una séria ruptura en las relaciones mejor entabladas y sostenidas, especialmente en negociaciones amorosas. Tres años llevaba mi amigo don Dieguito de derretido galanteo y estrecha intimidad con Tomasita, la heredera presunta del conde de Camposeco. Las negociaciones iban tocando á un desenlace feliz. Pero una mañana de verano, hallándose en sabroso coloquio los dos amantes, antojósele á una atrevida pulga intro-

ducirse entre el cráneo y la peluca de mi amigo: sintió esta la incomodidad de la picazon, y por un movimiento *primo-primo* que dicen los moralistas, de estos movimientos que no se premeditan por ser tan naturales, llevó súbitamente la

mano á la cabeza, dirigió los dedos en busca del punzante insecto via recta del sitio picado, levantó la peluca, advirtiolo Tomasita que hasta entonces ni siquiera habia sospechado que no fuese cabello natural, mirole con sorpresa, dió-



le un vuelco el corazon..... y adios negociaciones: desde aquella fecha tuvo don Dieguito que hacer denuncia forzosa á la mano de Tomasita y á la herencia de Camposeco.

¡Y á cuántos azares como estos no espone un descuido en la peluca!

Considerada en su relacion con las costumbres, indudablemente una peluca es una cosa inmoral. Ella es una mentira de pelo, no solo tolerada y consentida, sino autorizada tambien. Un hombre con peluca es un proyecto de falsificacion de los libros bautismales de la parroquia: es un suplantador de la fé de bautismo á quien nadie sin embargo castiga.

A veces se descubre la falsedad del documento por sí mismo; como acontece, y no con poca frecuencia, cuando en derredor de los bordes y límites de una peluca negra y lustrosa asoman unos cuantos cabellos naturales blancos como un armiño. En este caso la cabeza misma se va acusando del anacronismo de que adolece.

Otras veces sucede tambien que á las márgenes

y orillas de una peluca rubia y dorada como el alambre (por cuyo color se suelen pronunciar comunmente los mayores en edad, dignidad y gobierno) se divisa tal cual mechón de pelo natural castaño ó gris. Discordancia fatal entre lo natural y lo accesorio, y recuerdo triste de la poca armonía que en nuestra época guardan las leyes orgánicas con los artículos de ley fundamental del Estado.

Cuando la calvicie no es general, sino parcial ó tópica, entonces en vez de peluca entera se gasta lo que llamamos *bisogné*. Una cabeza de esta especie tiene dos representaciones: con el *bisogné* puesto es la reforma parcial de un abuso, como todas las que nuestros políticos han alcanzado á hacer: quitado el *bisogné* queda un eclipse parcial de luna visible. Así los *bisognés* son signos alegóricos en política y en astronomía.

Tanto los *bisognés* como las pelucas reproducen, aunque imperfectamente, el sistema de la metempsicosis de Pitágoras; puesto que si no representan la trasmigracion de las almas, re-

presentan á no dudar la trasmigracion de cabellos. Y tal habrá que lleve sobre su cráneo el pelo de una hermosa doncella, tal que vaya cubierto con la cabellera de su abuelo que murió de muerte prematura, y tal que marche adornado con las superfluidades del mismo mayordomo que le había pelado á él.... ¡ Admirable fusion hecha por la cooperacion de la casualidad y de la mano de un peluquero!

Espuestas las ventajas y desventajas, la moralidad y la inmoralidad, los defectos y las virtudes, junto con la respectiva influencia de las calvas y las pelucas, cada calvo optará por el sistema que mas á su gusto se acomode. Por mi parte no ha sido dudosa la eleccion, puesto que mas de una vez escribiendo para el público he hecho mencion honrosa de mi peluca, que con esta ocasion tengo el gusto de ofrecer á mis lectores, por si alguno gustare de ella: si bien creo será inútil el ofrecimiento, pues en vez de aceptarla, estoy viendo que mas de un calvo echaria de buena gana una peluca al autor del artículo.

Fr. GERUNDO.

EL CORBATIN.

Es invencion peregrina
la invencion del corbatin
que desde el polo del norte
trajo el aire hasta Madrid.
Allá donde al hombre triste
el yelo le hace reir
y enseñar sus blancos dientes
que parecen de marfil,
pues allí lector bonévolo
allí nació el corbatin.
Esta palabra en agudo
la habremos de repetir,
ten presente que es difícil
hacer un romance en i.
Aprensiones del ingenio,
la cosa ha salido así
y pues salió así la cosa
es ya preciso seguir.
Si tal vez un consonante
sacamos á relucir

cual uno que ya va puesto
en la palabrilla así,
tampoco lector lo estrañes,
del apuro hay que salir,
unos por la puerta falsa,
los otros por el jardin.
El faltar á esas reglillas
sobre el arte de escribir,
es moda, como es de moda
el ponerse corbatin.
Libertad... ancha Castilla,
viva España y viva el Cid,
salga el Sol por Antequera
ó sino por Ajalvir.
Escribimos en LA RISA,
riendo pienso morir...
otro consonante al canto,
pues señor bueno vá así.
Lo que importa es alegrarse,
comer bien, y bien dormir,
y olvidarse dia y noche
de este mundo badalí.
Consonante mas ó menos,
y un dislate en el decir,
no vale si bien se mira
siquiera un maravedí.
Señores, vamos al caso,
y es el caso un corbatin,
dijimos que allá del norte
le trajo el aire á Madrid,
debe su origen al frio,
es invencion infeliz.
Eso de apretar el cuello
con seda, lana ó terliz,
(este terliz vale un templo,
la rima lo pide así,
la obligacion de un poeta
es atreverse y mentir).
Digo que apretar el cuello
no es, señores, para mí;
el que le tenga robusto
le debe al aire lucir.
Verdad es que hay muchos cuellos
de cigüeña ó de lombriz,
que á voces están pidiendo
que les pongan corbatin.
Hay otros atendonados
con costurones... así...

DEFENSA DE LAS TRABILLAS.

y estas miserias humanas
las debe el hombre cubrir.

Y lector entre paréntesis
ya llevamos cinco asis,
mas vale que haya de sobra
que tenerlo que pedir.
Es invencion horrorosa
la invencion del corbatin,
martirio de los reclutas
que embuten la cara allí,
con la cabeza tan tiesa
cual cabeza de perdiz.

Sinapismo de los gordos
y de los flacos tapiz,



que cubre las consecuencias
de algun humano deslíz.
¡tres consonantes! ¡qué horror!
pues señor démosle fin,
porque, la verdad, lector,
ya me canso de escribir.
Pero sepa el mundo entero,
los de allá, acullá y aquí,
que fué una invencion horrible
la invencion del corbatin,
que ni el gran señor le lleva
ni tampoco el gran visir:
ni jamás le llevó nadie
desde Arabia hasta Pequin.

ABENAMAR.

A vos, ciudadano Manzano, el de los cuarenta años y pico, llevada exactamente la cuenta desde que se publicó vuestro artículo hasta hoy día de la fecha, á vos que valiéndoos de sofismas con un decir agradable habeis descubierto una calamidad mas entre las muchas calamidades que la naturaleza y los hombres vierten sobre los hombres y la naturaleza, como si fuera suegra y yerno; á vos me dirijo lleno el corazón de trabillesco fuego para exhortaros al arrepentimiento por el crimen de lesa-sastrería que habeis cometido, describiendo como calamidad pública el mayor beneficio que un maestro de tijeras, y por lo tanto *concienzudo y justo*, ha podido hacer á la especie animal que concibe y raciocina.

En vano esforzado os habeis para convencerenos de lo perjudicial de la *trabilla*, y si atendeis á mi relato forzosamente tendreis que convenir, que todos esos males imaginarios son nada en comparacion de los inmensos beneficios que reporta de su uso la especie humana. Empezaré, pues, para lograrlo dándoos noticia de mi persona, así como vos la dais de la vuestra, y aun en esto vereis militan mas razones en favor de mi cliente la *trabilla*.

Para servir al que me sirva, yo soy un quidam (perdóneseme el plagio) de 23 años, 15 menos que el señor Manzano, primera y poderosa circunstancia que alego en defensa de mi causa. Y por si alguno duda que así sea, razonemos un rato. Por confesion individual, el señor Manzano salió del vientre de su mamá 15 años antes que yo, es decir, en una época de ignorancia y de fanatismo, puesto que no habia periódicos y si frailes, aunque en cambio hubiese dinero, crédito y tranquilidad, que bien puede perderse todo esto por el gusto de decirle al prógimo cuatro verdades peladas, y no ver el repugnante espectáculo que ofrecia el hábito de los reverendos, unido al cerquillo y morrillo, que así daba el verlo envidia como ictericia.

Dice un proverbio, y á fé que lleva razon: *un jóven sigue su primera senda sin que la deje en la vejez*. Y siendo esto así, qué afecciones podrá

tener el ciudadano Manzano hacía una cosa que no existía cuando hacía el pompon y la mocita, ni mas tarde cuando andaba á gatas, ni después cuando recibiera los azotes del dómine? Por el contrario; yo echado al mundo en época mas ilustrada, puesto que ya había venido la *moza* (hoy vieja) y vuéltose á ir; desprendido por lo tanto de antiguas y perjudiciales preocupaciones, y libre el entendimiento para apreciar en su justo valor el constante progreso de siglo hacía su perfeccion, y consiguiente bienestar de la humanidad.

Es seguro que á haber yo comido el pan de la emigracion participaria respecto á *trabillas* y otros particulares, de las ideas que el susodicho pan impregnó en el cerebro de los emigrados, debido sin duda á su calidad, que por ser de otra suerte fabricado que por la tierra de España se usa, debió producir todas esas ideas vagas como los *monsieures*, y metalizadas y machuchas como *milords*. Pero ¡gracias á Dios! no ha sucedido así; nacido en España y criado en la tierra de María Sma. habiendo hecho un viaje por la susodicha tierra á las grandes y numerosas poblaciones del Palo, Churriana y Torreñolinos, todo sin necesidad de ómnibus aéreos que es lo maravilloso, si se considera la enorme distancia que media de unas á otras (1), visto un sin número de cosas mas, todas grandes, todas sorprendentes y maravillosas, que es de apostar no las ha visto ni el emperador de los Estados-Unidos, ni el presidente de la república de la Rusia, y comido el pan siempre amasado por manos de graciosas lugareñas, mis ideas son todas al par de constantes y desinteresadas, sabrosas y en armonía con la marcha de las cosas á su perfeccion. ¿Y qué cosa se hallará mas perfecta que un pantalon con *trabillas*?

Ni de Loocón el grupo prodigioso
ni del mundo las siete maravillas,
obras útiles son cual las *trabillas*.

Noe plantando la vid y bebiendo el zumo de su fruto, sin precaver que con el tiempo había de poblarse la tierra de Noes; Guttemberg, ensa-

yando su invento que había de producir á cientos las revoluciones; Copérnico descubriendo un nuevo sistema astronómico: Cristobal Colon, un nuevo mundo, para no ser agradecido ni pagado: Kircher inventando el uso de la linterna mágica; Franklin el de los para-rayos; Le Roy su preciosísimo, si bien algo puerco *brevage vomí y purgante*; Mendizabal destruyendo las campanas por amor al tímpano auricular y tantos otros célebres varones que pasaron los mejores días de su vida trabajando para hacer su nombre eterno, son niños de teta comparados con el grande hombre, con el artista consumado y sobre todo amante de la decencia y de la elegancia, que á fuerza, sin duda, de rascarse la mollera y sostenerse ambos carrillos con las manos, logró adicionar el pantalon, colocándolo de esta suerte en el rango de ley ú orden emanada del gobierno español.

Que la aparicion de las *trabillas*, ha causado una revolucion en las ideas del bello sexo, que no por ser bello deja de tener sus manias, es una verdad innegable; esto prueba su importancia. Que á virtud de esta revolucion el sexo barbudo, portador de las mencionadas *trabillas*, ha ganado mucho en el aprecio del femenino, es una verdad fuera de duda; esto prueba su excelencia. Un pantalon con *trabillas* denota elegancia, la elegancia finura, la finura educacion, la educacion el frecuente trato de la sociedad, este trato ingenio, discrecion, travesura, y sabido es cuanto agrada al sexo hermoso un hombre dotado de tan bellas cualidades. Por el contrario, un pantalon sin ese precioso suplemento, marca cuando menos indiferencia, la indiferencia poca aprension, esta cualidad la ausencia de todo sentimiento noble, y sabido es tambien que no es el bello sexo quien menos aprecio hace de las buenas dotes que constituyen á un caballero.

Pero si en lo *moral* la bondad de la *trabilla* es suma, lo es sin disputa alguna mucho mas en su parte material. Situaciones hay en la vida del hombre que solo puede hacerlas llevaderas la adición del pantalon. Gaste usted zapatos con pico por detrás, hoy día de moda, y no lleve usted *trabillas*; y es seguro que no pudiendo resistir el pantalon á la influencia del pico, saldrá este por encima de aquel á guisa de velámen; y

(1) Legua y media.

á trueque de no ir ridículo, ó bien tendrá usted á cada momento que llevar el talon del pie á la altura de la mano, para lo que tendrá que guardar un perfecto equilibrio, ó bien hacer de su cuerpo un arco de violin; á pique, en el primer caso, de romperse la crisma, y en el segundo de quebrarse: ¿á quién le gustan los bragueros y suspensorios? Pues no digo nada si tiene usted que asistir á alguna reunion, y por necesidad sentarse? si lleva usted las medias limpias, que no es fácil, pase, aunque siempre presenta una figura fea; pero ¿y si las lleva usted sucias? y si por casualidad tienen alguna marra? Caso será este de morirse de vergüenza, y el modo de evitarlo es llevar trabillas.

La economía entra en mucho tambien en el invento sastreril y hé aquí sin duda á lo que se debe haberse generalizado. Un pantalon con trabillas deja solo descubierta á la vista unas dos terceras partes del zapato ó bota, que para el caso es lo mismo, y una ínfima del tacon; vayan ambas partes limpias y buenas y no importa que lo demás esté sucio y roto; resultando de aquí que con solo componer y limpiar el tacon y parte de la pala, puede durar el calzado toda una eternidad. —Que los pantalones con la tirantez se rompen. Remedio al canto; aloje usted los tirantes ó hélielos de elástico, que hoy es lo mas fácil de encontrar, puesto que hasta las Constituciones lo son, y el peligro no existirá. Mas aun dado caso que así sea, lo que se pierde por un lado se gana por otro; y es la mayor esbeltez que toma el cuerpo, y la fuerza y pujanza que adquieren los nervios de estar en continuo ejercicio; cuando menos el vicio que muchos tienen de llevar inclinado adelante y á proporcion desde la cintura hasta la cabeza, á causa de esa misma tirantez, ha de desterrarse; con lo que se conseguirá que todos anden derechos como un luso; que á la verdad bastante falta nos hace, puesto que segun han dado en decir, las desgracias de la tierra de las anchoas provienen en su mayor parte de la pícara costumbre que todos tienen de ladearse. Circunstancia poderosa para que se declaren las trabillas beneméritas de la patria en grado heróico eminente, ó cuando menos se las dé una condecoracion.

¿Y á cuántos graciosos incidentes no puede

dar lugar la rotura del pantalon desde la de un ojal hasta la de la misma trabilla? ¿Quién será la ingrata que al ver saltar un boton del pantalon de usted permita que los lleve caidos, ó bien vaya incómodo, y no enhebre una aguja y con sus pulidas ó toscas manos no se lo pegue? ¿Y cuánto no gozará usted mientras dure la costura, y mas si la costurera es una morena chorreando gracia por todos los poros de su cuerpo, ó en su defecto una rubia que por todos los poros de su cuerpo chorree gracia.

Pero donde se deja sentir toda la necesidad de las trabillas, es si tiene usted que montar á caballo, ocasion es esta la mas critica y angustiada en que puede hallarse, dado caso que trabillas usted no lleve: no teniendo el pantalon sujecion por debajo, este se irá replegando por escalones y tomando por asalto las rodillas, hasta que la nueva posicion que sobre el animal usted adopte, le obligue á capitular. Y ¿dónde se irá por un objeto mas soberaunamente ridículo? Ridiculez que subirá de punto si es usted diputado, y hay una *Posdata* que lo observé. Llegado este caso no tiene usted mas que elegir entre levantarse la tapa de los sesos ó asfiliarse que es muerte mucho mas poética y está en moda.

La trabilla es, pues, una condicion de existencia en ciertos casos; una condicion de felicidad en otros; una necesidad en todos; contradecir esto, es una blasfemia en sastreria; negarlo una herejía trabillesca.

Concluyo sentando estas proposiciones, que prueban hasta la evidencia, lo sublime del invento que me ocupa.

El siglo XIX camina á su perfeccion; y siendo la trabilla una invencion de este siglo, necesario es convenir en su perfectibilidad.

El siglo XIX tiene una tendencia marcada en favor de la humanidad. Las trabillas son una invencion de este siglo. Luego las trabillas son en extremo útiles y necesarias.

Ojalá que estas ideas grandes, sublimes y luminosas, como el objeto que las produce, sirvan ya que no para estender el imperio de las trabillas, porque es infinito, al menos para vindicarlas del ultrage, que una pluma mordaz y viperina les ha inferido!!

SANTIAGO CASILARI.

À LA RISA (1).

Salve, oh risueño papel,
que tal placer nos ofreces,
y la cuna en que hoy te meces
bendiga el Dios de Israel;
yo te juro por... Argel,
que en estos aciagos días,
en que hay tantos Jeremías,
te esperaba el pecho mío
con mas ansia que un judío
la venida del Mesías.

Logre prez, gloria, y fortuna
tan halagüeño programa,
y remóntelo la fama
á los cuernos de la luna:
tu aparicion oportuna
brille entre mil resplandores,
abril te llene de flores
con su fresco cefirillo...
y de oro y plata el bolsillo
cincuenta mil suscritores.

Bien haya la *Enciclopedia*
de tan festivos asuntos,
y halle acogida en mas puntos
de los que tiene una media:
si del mal que nos asedia
nadie el término divisa,
es cosa casi precisa
en tan dura situacion
adoptar la precaucion...
de suscribirse á LA RISA

¿Quién será tan mentecato,
y esclavo del interés,
que por dos blancas al mes
no quiera reirse un rato?
en verdad que es muy barato

(1) La comision de censura ha declarado por unanimidad digna de merecer los honores de la publicacion en esta *enciclopedia*, la felicitacion que dirige á la *Risa* DON JOSÉ BERNAT BALDOVÍ, de Sueca. La comision añade que son muy buenos los versos de tan amable poeta, y que los dos con que concluye la segunda décima, son mejores que todos los de nuestros mas célebres poetas antiguos y modernos, versos dignos seguramente de ocupar un lugar privilegiado en el Parnaso español. Parece imposible que un sueco escriba con tanta perfeccion el castellano.

papel que el pesar sofoca:
pues es fortuna y no poca
para tristes ciudadanos
tener LA RISA en sus manos..
no teniéndola en la boca,

Cántenle el re-mi-fa-sol
al Regente y Ministerio
el *Heraldo* adusto y sério,
y el *Pabellon Español*:
lance sus rayos el *Sol*
contra la ayacucha gente,
y allá en el salon de Oriente
aráñense unos y otros,
mas... riámonos nosotros
de todo vicho viviente.

Y mientras que un italiano
gran *Patriota* ser afecta,
y el *Huracan* de su secta
reniega y se hace *Pagano*,
y habla en balde el *Castellano*,
y *Guindilla* y la *Posdata*
le aprietan bien la corbata
al *Dómine Chuchumeco*...
sea nuestra RISA el *Eco*
de toda esta zaragata.

Tirios, Troyanos y Godos,
Cegriés y Abencerrages
tan solo en nuestros potages
van tras de meter los codos:
y cuando apetecen todos
coger la sarten del mango,
nosotros por otro rango
sin seguir á rey ni á Roque...
al son que cualquiera toque
bailaremos el fandango.

De política la fruta
no entre nunca en nuestro cesto,
que es manjar tan indigesto
como la misma cieuta;
y mientras hay quien disputa
con empeño faribundo
si Juan primero ó segundo
reina en Pisuerga ó Dalmacia...
sea nuestra diplomácia
reirnos de todo el mundo.

Nos importan dos cominos
los asuntos de la Persia,
ni la lucha ó controversia

de los Tártaros y Chinos,
ni los manejos indinos
de la Francia y Gran Bretaña...
mas de toda esta cizaña
no se hable punto ni coma,
bien se está San Pedro en Roma,
y nosotros en España.

Cedan, pues, como es razon
tan incomprensibles jergas
á las sales de Villergas,
Zorrilla, Ayguals, y Breton:
y viva la redaccion
de un papel tan placentero,
de cuya bondad espero
que admita por suscriptor
á su atento servidor—
Pedro Cachucha y Bolero.

J. B. B.

EL DIA DE SAN ISIDRO.

¡Anda salero! ¿Después de tanto como se ha dicho del día de San Isidro me vengo yo con estas once ovejas?... ¿Y qué quieren ustedes? ó llevo á tiempo ó no llevo á tiempo; si llevo á tiempo bien me lo pueden ustedes perdonar, pues á cualquier desdichado de este mundo se le dice: «Dios le perdone si llega á tiempo» y de esto á rondar un año, estoy por lo primero porque mas vale llegar á tiempo que rondar un año. Si no llevo á tiempo, paciencia; harto trabajo es el mio, y como decia un enfermo que tenia un grano muy gordo, viendo que el médico no le aplicaba remedio ninguno, entretenido en probar la escelencia de la paja para los sombreros: señor doctor, basta ya de paja; al grano, al grano.

Y el grano es San Isidro de Madrid que es un grano mas que regular y sino es mas que regular por lo menos no es un grano de anís. Es el caso, que todos los lugares de España tienen un patron ni mas ni menos que las modistas para hacer chalecos de moda, solo que los chalecos suelen parecerse á los patrones mas que los pueblos, y sino dígalo Madrid que teniendo por pa-

tron un santo de reja y arado es el pueblo menos agricultor de toda España. Y ya que va de equívocos hasta en esto se diferencia el pueblo de la soldadesca: los pueblos se contentan con un patron y los soldados necesitan una patrona para cada jornada.

Estos patrones de los pueblos son obsequiados con gran pompa y solemnidad por sus protegidos todos los años el día de su nombre. Solo que aunque son santos no admiten besamanos como otros que no lo son, y lo mas que hacen es conceder un par de días de crápula y jaleo. En unas partes se celebra la funcion con novillos, en otras con dulzaina ó tamboril, y Madrid que está por lo positivo, con llenar el estómago de cosas que sepan bien y se peguen á los riñones. Esta es la menos necia de las solemnidades *patronales*.

En primer lugar notaremos que la funcion de San Isidro se divide en dos. Fiesta para los señores, y fiesta para la gente comun. Los primeros van la víspera por parecer señores aunque sea á pié y sin dinero; porque es mas tónico andar á pié la víspera que en coche el día. El vulgo ó pópulo ó gentuza, como yo, vamos el día 15 que es lo mas racional, y dejémonos de cumplidos. A fé que mas de cuatro van desertando de nuestro gremio y acabarán por confundir las clases; ó los señores, viendo que las chaquetas invaden el territorio de las levitas mudarán de parecer y se volverán las tornas. Sea como quiera yo estoy por ir cuando se me antoje, digan lo que digan; porque lo mismo hay que ver y que andar y que comer el día antes que el día después. El que tiene para pagar carruage tiene todo lo que puede apetecer, si ademas lleva merienda. Los que no tenemos mas que nuestros pies nos fastidiamos doble, porque sobre la carga del camino tenemos la del pontazgo, que aunque no se llame pontazgo es cosa de pagar, y de haber de pagar, lo mismo se me dá á mí que se llame contribucion que pontazgo, que alcabalas, que lanzas, y que medias-anatas. Hablo de la contribucion de 8 mrs. de ida y 8 mrs. de vuelta, total 16 mrs. que tiene que alojar un prógimo por pasar unos cuantos palitroques, por milagro del Santo sostenidos, á los cuales hay personas tan descaradas que dan el nombre de puente; pero los que

le construyen para comodidad del público poco les importa que esté con todas las reglas del arte ó no, y lo que ellos dicen y dicen muy bien: tiente puente mientras cobro. El negocio es llenar el bolsillo con gajes de los demás y húndase el mundo y haya naufragios y gárgaras por fuerza, suponiendo que el Manzanares lleve agua á la sazón suficiente para hacer gárgaras y salga el sol por Antequera.

El puente no es moneda que echan en saco roto los mozalvetes y si hay apreturas menos. Antes es esto lo que ellos buscan, y mas cuando por los cuatro costados hay muchachas con quien rozar la suave y cariñosa mano. Menos inocente es el que mientras ellos se entretienen en caricias de esta especie, se ocupa en quitar lo que llevan mal puesto, lo mismo al gato que á quien le atusa, pudiendo decir á la salida:

No me fué mal en la fiesta;
pero mal mi lengua dice.
Si buenos prodigios hice
buenos pañuelos me cuesta.

Por lo demás la pradera de San Isidro en este día es el campo de la igualdad, el cuartel general de la democracia. No importa que duques y marqueses concurren á desvirtuar esta denominación, á eclipsar este viso de popularidad: lo que hacen con esto es rendir un homenaje de veneración al pensamiento preponderante del siglo XIX, porque tal vez un conde aquí, un barón allá y otros dos títulos, formando entre los cuatro un cuadrado perfecto, son elegantes adornos para recrear la vista de un enyesado albañil ó de un tiznado carbonero, que en el punto céntrico devoran en compañía de una palurda hembra, sus magras mas sus tortillas, y una bota de nueve meses cargada. O al revés: todo un Esemo. Señor tiene que rozar su lustroso frac por todos lados con lo que ellos llaman *gente del bronce*.

Respecto de comidas no alcanzo yo que tenga de extraordinario el día de San Isidro. Cuatro tenduchos á guisa de covachuelas portátiles, en mala alineación colocadas como regimiento de reclutas, con varios géneros, unos líquidos y otros sólidos, pero que todos vinieron á éste

mundo con la misión sagrada de colarse por el callejón (con salida) que tenemos todos entre barba y nariz, para llenar el vacío que hay entre pecho y espalda: géneros todos compuestos con los mismos ingredientes, por cuya razón debían bautizarse y se bautizan con un nombre común; pero viene luego el obispo que es el que rotula los comestibles y *bebestibles* y al confirmarlos hace diez ó doce familias de una sola casta. Los licores por ejemplo, suelen componerse de aguardiente de Cañas, agua de la fuente del Berro y miel de la Alcarria: se divide la gran porción en frascos dándoles distinto color, unos con zumaque, otros con azafrán y no pocos con albayalde y tinta, y se les encuaja después un papecito á veces impreso y á veces manuscrito que diga *Noyó. Perfecto amor, Leche de Viejas, Aceite de Venus* y otras zarandajas que fascinan á la multitud y si no la llenan el ojo la llenan el cuajo. Además que hasta que un hombre se empeña en estar enfermo para que se muera sin dolencia alguna; lo mismo es la gente para comer y beber: basta que una cosa se llame requesón para que aquello nos sepa á requesón aunque sea queso de la Mancha bien duro y bien colorado. Lo cierto es que cada frasco que tiene de coste dos ó tres cuartos, se vende á dos ó tres reales, usura que basta á viudicar á ese montón de contratistas que hoy tienen á centenares las fincas y hace seis años no podían pagar una habitación de dos pesetas como me sucede á mí.

Nada diremos de los bailes improvisados, unos de carácter popular y otros mistos, porque es muy general en tales ocasiones ver un señor *frac* bailando seguidillas, que es el anacronismo más atroz que imaginarse puede. Tampoco hablaremos del *tío Vico* que con sus caballos de madera ha dado más días de gloria á sus dientes, que otros á la patria con buenos caballos de carne y hueso, y ginetes de lanza en ristre embutidos en coraza y casco. Tres cuartos cuesta el dar dos vueltas en la máquina del *tío Vivo*, y por tan poca cosa sería una tacañería el dejar de columpiarse y hacer círculos concéntricos al compás de una *murga* que cuando se la vé tiene clarinete y fagot, pero cuando se la oye no aparece más que el pom, pom, pom del bombo, y el chim chim, chim, de los platillos tan destemplados

que parecen collar de cascabeles ó sonajero de niños.

Pero todo esto es grande por el entusiasmo que lo produce, y porque todo contribuye á dar animacion al gran cuadro cuyas angelicales bellezas encubren cualquiera imperfeccion y sobre todo, porque á mí me ha dado materia para emborronar papel en este que no tiene pretensiones de artículo de costumbres, sino un culto aunque humilde tributado á la festividad del día de mañana 13 de mayo de 1843. Queda de ustedes hoy vispera 14 su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

EL VESTIR CONTRA EL COMER.

ROMANCE.

Cante Villergas si quiere
de las patatas la prez,
y elogie Aygnais las judías
si le parece tambien.

Yo por mi parte no tengo
pizeca ni media que ver
con cuestiones de esa especie
que me atarugan la nuez.

Aficionado á vestir,
si puedo como un marqués,
maldito lo que me importa
comer mal ó comer bien.

Gentes hay en esta córte
con mas boato que un rey,
y no tienen en su casa
ni aun patatas que comer.

Alguno conozco yo
que lleva coche y bombé,
y si come sus judías
las debe en el almacén.

¿A qué, pues, esos elogios
á las hijas de Israel,
ó al celebrado tubérculo
de Robinson Crusó?

Lo primero es ataviar
esteriormente la piel,
que hacerlo por dentro es cosa
que ni luce, ni se vé.

Vaya usted con frac raído,
y verá usted el papel
que representa en el mundo,
aunque engulla como diez.

Vaya usted, si dió en ser calvo,
sin peluca ó bisoñé,
y veremos, aunque coma,
el pelo que luce usted.

Vaya usted al Prado, en fin,
como Adán en el Eden,
y allá veremos ó no
si le echan á puntapiés.

Por todas estas razones,
y otras que despues diré,
estraño que dé LA RISA
tanta importancia al comer.

La comida! Linda gracia
que la sarna sabe hacer,
tanto ó mejor que nosotros,
y no se envanece á fé.

Estoy, pues, por el vestir,
por ser lo solo á mi ver
que dá importancia á los hombres,
coman carne ó coman pez.

Cuando nuestro padre Adán
del jardín echado fué,
(desgracia que, entre paréntesis,
por gloton le estuvo bien),

Lo primerito que hizo
fue tapar su desnudez,
arreglándose un mandil,
que no habia mas que ver.

Tan antiguo es el deseo
de la decencia, pardiézl
y eso que hablaba al que todo
por dentro y fuera lo vé.

¿Qué no hubiera dado el padre
que hoy me obliga á componer,
por tener un frac entonces
para hacer pantalla de él?

¿Y qué no diera la madre,
que el fruto le hizo morder,
por ver colgar de la higuera
una saya y un corsé?

Decida pues, el lector
si entre engullirse un pastel
ó ir con las nalgas al aire,
dudoso el partido es.

La vestimenta dá al hombre
lo que no le dá el bistek,
que es talento ó necesidad,
y vicio ó virtud tambien.

Doctores conozco yo
que á no verlos en dos pies
con capirote y con borla,
les diera cuatro, y aun seis.

A andar en cueros la gente,
quien distinguiría á quien
en materia de mandar
ó en hecho de obedecer?

Pero llamemos un sastre
y vereis, gracias á él,
la diferencia que media
del ranchero al brigadier.

¡Cuántos generales hay
sin mas credencial de ley
que aquella faja que dice:
soy general: ya lo veis!

Por el vestido parece
santa de cabeza á piés
lo que de tocas adentro
és el mismo Lucifer.

Por el vestido es ministro
algun abedul tal vez,
haciendo de él la tijera
lo que el rey no supo hacer.

¿Pues que diré á mis lectores
de la licencia cruel
que hasta para hacer el mal
dá á la gente el vestir bien?

Pisen ustedes á alguno
con zapato de rusel,
y al decirle *usted perdone*,
responderá: *no hay de qué*.

¡Mas ay si sienta la pata
pastor con abarca al pié!
¿*Habrá animal?* dirán todos:
¿*habrá pezunas de buey?*

Si Juanillo está en Oran
y no le acompaña Andres,
todo el quid consiste en que este
robó con frac, y no aquel.

¿Y por qué razon, sino,
al interrogarle el juez
hablaba al uno de tú,
mientras al otro de usted?

Tanto puede ya en su mente
del vestido el oropel,
que solo al mirar chaqueta
dice entre sí: *bribon es*.

¿Y con esa prevencion
qué habia de suceder?
ir Andresillo á pescar
y Juan á Ceuta ó á Fez.

Por eso encargo al lector,
cuando en largo de uñas dé,
que si pueden ser de seda,
no lleve guantes de piel.

Mas no tan solo es mi flaco
pensar así, sino que
aun los animales son
de idéntico parecer.

Y sino ¿por qué los perros
callan al que lindo ven,
y al mirar un andrajoso
gruñen á mas no poder?

¿Por qué razon el caballo
está lleno de altivez
con su gallardo atavío,
y mustio y triste sin él?

Yean ustedes ahora
si el vestir merece prez,
cuando así le riñe parias
aun la cuadrúpeda grey.

Pero el romance va largo
y es hora ya de comer,
y ustedes que son tragones
estarán de *comité*.

Coman, pues, enhorabuena
hasta que se acabe el mes,
que yo me voy á vestir
para marchar ai *suaré*.

Y mientras ustedes hacen
obsequios al almirez,
sin saber si el cocinero
fué en la salsa hombre de bien;

Yo me pondré la camisa,
encajándome despues
un camisolin encima
por razones que yo sé.

La corbata, que en verdad
aun la debo al mercader,
lucirá con el chaleco,
aunque lo debo tambien.

Luego vendrá el pantalón
con su botín y su *aquel*,
y ese *aquel* quiere decir
que se comienza á romper.

El levita, obra de Utrilla,
es patrimonio de tres,
y como tal, esta noche
me toca lucir con él.

El sombrero y el bastón,
botas, reloj y alfiler,
ya no me acuerdo en verdad
si son de Juan ó de quien.

Mas lo que no tiene duda
es que, muerto mi coreel,
aunque no tenga caballo
espuelas me he de poner.

Nada diré de mi pelo,
invencion mia tambien,
y que deja atrás á *Pitt*
y al mismo *Roberto Peel*.

¿Pero á qué cansar á ustedes
con tan larga pesadez?



si quieren verme, ahí me tienen:
con que abur, y hasta mas ver.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

A D. MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

SONETO.

Tú que el vestir defiendes testarudo
mas que el comer con gracias que no niego,
que entres en esta discusion te ruego,
verémos de los dos quien es mas crudo.

Si á tí te dieran entre ciego ó mudo
á escoger, buen Miguel, responde luego:
¿qué sentirías tú mas, ser mudo ó ciego?
Cuestion es esta en que vacilo y dudo.

Contra el torrente universal camino;
quiero que en la eleccion tu influjo ejerzas,
y ya entonces sabré donde me inclino;

Pues tales son de oposicion mis fuerzas
que aunque sepa encajarte un desatino,
como tú digas nabos, diré berzas.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

A D. JUAN MARTINEZ VILLERGAS,

EN CONTESTACION Á SU SONETO.

Antes de responder á tu dilema,
voy á contarte un cuento, amigo mio,
que viene á pelo: escúchalo y ten flema.

Era una noche del invierno frio,
de aquellas que á la córte de Castilla
á puro diluviar lá vuelven rio.

Que tal es el invierno en esta villa;
ó ha de hejar, si no llueve, hasta lo sumo,
ó llover, si no hiela á maravilla.

Vaya por el vapor en que presumo
se resuelve Madrid en el verano,
segun de lejos se divisa el humo.

Porque tal es tambien el cancro insano
en la córte del fraude y las dobleces,
albergue del judio y del cristiano,

Que nos frie, despues de hacernos peces,
con treinta y cuatro sobre cero; altura
á que Villergas se remonta á veces.

Pero volvamos á la noche oscura
de que esta digresion me iba apartando,
objeto ya de clásica censura.

Estaba, como digo, diluviando,
y el café de la Bolsa en que me hallaba
también de gente estaba rebosando.

Gente que allí del cielo se abrigaba,
y como por vengarse de la lluvia
el cuerpo por adentro remojava.

Acereóseme á mí con barba rubia
un hijo de la pluma y de la tinta,
de rostro en pecas cual pintada aluvia.

Larga melena, proporcion sucinta,
ojo triste, ancha sien, perfecta norma
de un gran poeta con el genio en cinta.

Vióme, y al verme preguntóme en forma,
con un acento moribundo y triste
como plegaria de espirante Norma.

¿Qué hace aquí vuesaerced? ¿Cómo no asiste
á la gran discusión del Ateneo,
donde no hay orador que no se aliste?

¡Linda noche en verdad para un paseo,
respondí yo á mi incógnito! ¿Quién sale
con ese chaparrón y este manteo?

Esa objeción, me dijo, nada vale,
porque está el Ateneo aquí contiguo,
y andar podeis sin que la lluvia os cale.

Como era forastero, y nada antiguo
en la corte yo entonces, no sabia
del café y Ateneo el lazo ambiguo.

Llenóme la noticia de alegría,
y mas sabiendo que Alcalá Galiano
en la tal discusión hablabá debia.

Quiero oír, dije entonces, á ese hermano,
que por Dios vale un mundo su elocuencia,
y he de argüírle como soy cristiano.

— ¡Vos entrar con Galiano en competencia!
¿Sabeis que no hay contrario que resista
á su inmenso raudal de labio y ciencia?

— Lo sé, repuse, pero soy pleitista:
y quiero al pleitear con ese sábio
de sus laureles aumentar la lista.

Acompañadme allá, si no os agravió,
y vereis en el curso del debate
si tengo yo también facundia y labio. —

Fuimos, pues, á la arena del combate,
no sin crearme mi mentor y guía,
poco menos ó mas, loco á remate.

Martínez de la Rosa presidía
el consistorio ilustre, y mesurado
de la cuestión el tema proponía.

«Tratase, dijo, un punto delicado,
digno de todo el tino y todo el seso
que tiene el Ateneo acreditado.

¿Favorece la crítica al progreso
del genio creador, ó le es contraria?
tal el dilema es: hable el congreso.

¡Magnífica reyerta literaria!
dijo yo para mí; si soy vencido,
consiento que me envíen á Tartaria.

Útil siempre la crítica he creído,
si es razonada, como serlo debe;
susl no hay remedio; la palabra pido.

Así decia yo, cuando se mueve
un ruido en el salón, que no me deja
el pró tomar á que mi voz se atreve.

Era un quidam que entraba, enjerto en vieja,
de atravesada vista y mal talante,
malo ¡Dios mio! de zapato á ceja!

Era Alcalá Galiano el tal entrante,
y entraba precedido del prestigio
que arrolla cuanto encuentra por delante.

Yo le ví cual vision del lago estigio,
y admirándole dije: ¡ciertamente
que persuadir tan feo es un prodigio!

Confieso que á su entrada impertinente
un como miedo espeluznóme, miedo
natural, dice Ercilla, en el valiente.

Mas como el serlo y el tener denuedo
consista, como dice el mismo Ercilla,
en dominar el susto y darle un bledo.

¡Fuera, dije, de mí la pesadilla!
y oído lo que diga el buen Galiano,
saltaré yo despues mi taravilla.

Habló en efecto el orador, y ufano
de su acento gachón haciendo alarde,
entre burlón, sarcástico y galano.

«La cuestión, exclamó, que aquesta tarde
agita el Ateneo, es algo seria,
mas no tal que amedrente ó acobarde.

«Yo no tengo opinion en tal materia,
y esto supuesto, me parece justo
ver antes lo que venden en la feria.

«Quiero decir, señóres, que es mi gusto
dejar hablar á ustedes, para luego
ver yo á que voto ó parecer me ajusto.

«Y porque mas accedan á mi ruego,
sepan ustedes que si acaso dicen,
que la crítica es útil, yo lo niego.

«Mas si ustedes despues se contradicen, digo entonces que es útil, necesaria, y que es iniquidad que la hostilicen.

«Con que á empezar la justa literaria, y emitan su opinion sea cual fuere, pues desde luego estoy por la contraria.»

Un rumor, cual de céfiro que hierre la agitada palmera, allí se escucha cuando Galiano su final profiere.

Nadie se atreve á inaugurar la lucha con quien así las dá como las toma, y es capaz de probar que el barbo es trucha.

«¿Qué tal, me dijo mi mentor, la broma?— Digo á usted que contunde el tal Galiano, y que es un andaluz como una loma.

—¿Con que no riñe usted?— ¡Dios soberano! Primero que con él, consentiría inaugurar la lid con un alano.

Con que déjeme usted y no se ria, pues cuando todas callan, no es cordura que acepte yo la bética porfia.»

Martinez de la Rosa que en tan dura posicion contemplaba al Ateneo, cual se puede inferir de tal diablura,

Como oyera mi voz en el Liceo discutiendo tal vez en otros casos, de oirla entonces indicó el desco.

«Den otros, dije, los primeros pasos en aquesta cuestion que es peliaguda, y yo me adhiero á los soldados rasos.»

Sonrió el presidente, y fué sin duda por lo mismo que yo, viendo en tal trance del consistorio aquel la lengua muda.

Lo demás sucedido en aquel lance ¡oh Villergas! excede ya mis fuerzas, y esto basta ademas para tu alcance.

Tú con sonetos á reñir me esfuerzas, y en la cuestion que me propones, dices que si yo digo nabos, dirás berzas.

Anda otra parte á desplumar perdices, que yo no gusto de enviar pelota que me puede volver á las narices.

Saca la tuya, y yo veré cual bota, y veremos si tú me desnarigas, ó yo te dejo con la trompa rota.

Pero mira el empeño á que te obligas, porque yo te he de hablar, como Galiano, contradiciendo lo que tú me digas.

Y este es mi gusto, y ten paciencia hermano, que en juego de pelota es admitido al que le retan, renunciar la mano.

Yo, pues, renuncio la que me has cedido, porque te quiero ver echar el resto en la gracia que Dios te ha concedido.

Tenme por tanto á combatir dispuesto, y á oponer mi sofisma á tus razones, que en este mundo lo que gusta es esto.

Yo quiero que las últimas regiones admiren mi talento sin segundo en hacer la verdad pares ó nones:

Que eso de ser razonador profundo, sobre gastar las fuerzas de la mente, no es prenda amigo, que agradece el mundo.

Animo, pues, y empieza: que la gente, nuestra lucha esperando, está indecisa; pero elige otro metro diferente, que este es pesado ya para LA RISA.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPAL.

¡EL UNO PARA EL OTRO!...

Cuento extravagante, romántico é inverosímil.

Era el año 33. Era el pueblo de Alaejos y eran amantes Venancio y Dorotea, van tres mentiras justas y cabales porque ni eran amantes Dorotea y Venancio, ni era en el pueblo de Alaejos, ni era en el año 33. La aurora de la guerra despuntaba en el horizonte de Navarra. Esta es tanta verdad como que el cáncer de la paz amaneció en el abrazo de Vergara. Aurora dá siempre idea de lo bello y cáncer de lo horrible, yo me entiendo y bailo solo. El estampido del cañon retronaba en las orejas de los pacíficos moradores de Alaejos. Esta sí que es gorda. Desde Alaejos hasta donde sonaron los primeros cañonazos hay lo menos sesenta leguas; pero ellos digeron que lo oian y ¿qué sabemos? puede que los vecinos de este pueblo tengan mejores oídos que nosotros, porque así como nacen algunos sordos como una tapia, que no oirian una descarga de fusil á 15 pasos, puede que nazcan

otros de tan buen oído que á su lado parecamos sordos los que no lo somos, y no dudo por este principio que los alacjanos oyeran los tiros de Navarra si se cumple esta proporcion geométrica; un sordo, es á uno que no es sordo, como nosotros á los habitantes de Alaejos.

Venancio fué de los primeros que sintieron el crujir del bronce atronador como dicen los poetas. Valiente como su padre (su padre enfermó de susto y murió de miedo) sintióse con ánimos Venancio para tiritar de canguelo á los primeros síntomas de guerra. Creíante unos servil y otros liberal: él era del partido que no le hiciera tomar las armas durante la campaña y del que saliera victorioso en concluyendo. Miró con tedio por consiguiente el restablecimiento de las libertades patrias y declaróse un carliston como una loma. Esto era en Alaejos; para hacerle liberal hubiera bastado llevarle á las órdenes de Zumalacárregui. En fin á cada uno le tienta el demonio por distinto lado, unos se chupan los dedos de frio y otros de gusto. Venancio se los chupaba de miedo. Pensó en casarse y lo consiguió. El matrimonio es el empleo mas fácil de alcanzar. El que se empeña en ser obispo no siempre lo consigue porque no siempre hay proporcion. No todos los que quieren mandar un regimiento lo logran porque no siempre hay vacante; pero el que se empeña en ser ministro ó casado se sale con la suya, y esto consiste en que no hay cosa mas de sobra en el día que mugeres y sillas ministeriales.

Pero basta en esto era Venancio original. En toda tierra de garbanzos el que no se casa por amor, se casa por el interés. Venancio aunque se casó en Alaejos, que es tierra de garbanzos, ni se casó por el interés ni por amor tampoco. Venancio se casó por miedo á las quintas.

Frente á la casa de Venancio vivía Dorotea, huérfana de padre y madre con un capitalito decente (en los lugares el de 500 rs. es aristocrático) y con un exterior que tenía alborotados á todos los jóvenes de cinco leguas en contorno. La pobre chica tambien casó por miedo, pues como jóven y sin amparo de nadie la daba una pena de dormir sola que ya, ya! Sabia Venancio que le tenia aficion porque él era lo que se llama un buen mozo, y zás! como quien no quiere la

cosa la envió una carta que decia: «Amiga Dorotea: ya habrás advertido que no me pareces saco de paja, mi salud buena á Dios gracias. Estoy hecho un camello por tus pedazos, dime si me quieres y tan amigos como antes.—Venancio.» Dorotea le contestó: «Amigo Venancio. Solo á un bruto animal como tú se le ocurre el no haberme dicho antes algo con tanto tiempo como hace que nos conocemos. Yo te amo: pero si hubiera venido otro antes que tú, no hubiera podido resistir á la tentacion de llamarle esposo. Que el que fué á Sevilla perdió la silla, y el que no llora no mama, y mas vale llegar á tiempo que rondar un año. Yo buena para lo que gustes mandar.—Dorotea.» Dicen que una mala moza siempre lleva un buen mozo, y al revés un mal mozo siempre consigue una buena moza. Aquí mintió el adagio; porque si Venancio era un chico como unas perlas, Dorotea era una criatura como un sol. Quando iban camino de la iglesia decia la gente: Dios les haga bien casados; parece que han nacido el uno para el otro.

No me detendré en los pormenores del enlace ni en los de la gran comilona que caracteriza á las bodas de los lugares, ni hablaré del baile de aquella tarde en ruda sala, de ruda concurrencia, con castañuelas rudas y al son de ruda pandereta. Allí se baila por la tarde, y aquí por la noche: en esto somos nosotros mas rudos que ellos. Bien se conoce que Madrid no es buena tierra para garbanzos, como Alaejos, porque la noche en toda tierra de garbanzos se ha hecho para dormir ó por lo menos para acostarse. Así lo hicieron los recién casados y no hicieron mal, porque á no haber aprovechado el tiempo no hubieran disfrutado las delicias de himenco.

A Dios prenda, dijo Venancio por la mañana estampando un beso en la rubicunda frente de la angelical Dorotea—¿Tan pronto te vas, querido Venancio?—Si, esposa mia: voy al majuelo de mi tío Farrugo por una cesta de uvas para tí. No tengas cuidado que pronto vuelvo; ya sabes que hemos nacido el uno para el otro.—Si, el uno para el otro, murmuró la soñolienta Dorotea y puso en la mullida almohada el carrillo derecho dejando ver una garganta fresca como la nieve eclipsada á intervalos por la destrenzada cabellera que daba gana de enviar al otro mundo

en busca de Rafael por no privar á la gloria artística de una vírgen mas.

Nunca desaparecerán de los pueblos ciertas creencias rancias que los padres van legando á los hijos como legan su nombre y sus haciendas. Dorotea soñó y el sueño de Dorotea fué tan romántico y fantástico que dejó la tarea de describirle á los amigos Gutierrez y Zorrilla. Yo diré lista y llanamente que Dorotea soñó con una muger seca como un espárrago, calva hasta el cogote, ojos vicios, desiguales y en forma de ángulo, nariz honda por arriba, alta por en medio y con el pico de punzon, boca larga hasta las orejas, pero escondida hácia el medio porque la punta de la barba y la de la nariz parecían enamoradas, pues, siempre se iban besando; los carrillos tan chupados que se la podían sacar las uñas sin abrir la boca y tan transparentes que metiéndose una cerilla encendida y cerrando los labios podía su boca servirle de linterna. Con las cejas se podía hacer tirabuzones y aun rodetes y las orejas eran tan pequeñas que nadie la haría caso aunque apostara una oreja. Soñó, pues, Dorotea que esta muger era bruja y cuando supo que se llamaba la tia Calesparra ya no dudó que al salir de la iglesia, ó les habia hecho mal de ojo á ella y á su marido, ó les habia echado una maldición horrible. Un miedo sobrenatural se apoderó de su mente y de un salto se plantó entre la sala y la alcoba. Allí vagaba una sombra que habiendo entornado las maderas clavaba sus ojos echando chispas en los de la espantada Dorotea. Oyes, dijo á la recién casada poniéndola sobre los hombros las descarnadas y huesosas manos. Tu marido ya no existirá! y se deslizó por el callejon de salida dejando á la muchacha petrificada. Cuando volvió en sí, no supo decir mas que ¡él no existirá! me lo ha dicho la tia Calesparra! No, no habíamos nacido el uno para el otro.

Ocho días pasaron sin que Venancio volviera á casa. Ya en el pueblo se habia divulgado la causa de su ausencia. Una partida de facciosos le cojió en el majuco cuando iba por uvas para su muger; pero nada se decia de su paradero. Dorotea erre que erre en que la tia Calesparra tenia la culpa y se fué á buscarla decidida á darla una puñalada. Llamó una vez, llamó dos, llamó hasta cuatro veces á la puerta de la tia Calespar-

ra y viendo que nadie respondia, se dirigió á la ventana para hacer lo mismo. Las ventanas de los lugares no tienen vidrieras, lo mas que suelen ponerlas es un encerado de papeles para que no entre el viento. El encerado de la tia Calesparra era un número del *Eco del Comercio* y dió la casualidad que Dorotea fijase la vista en el siguiente epigrafe: *Desgracias en Alaejos*. Dos lágrimas como dos luceros cayeron de los ojos de Dorotea; sacó el pañuelo, se enjugó los párpados y leyó con avidez. «Una partida de facciosos se ha llevado á un jóven recién casado de la villa de Alaejos. Dicese que habiéndole instado á que tomara las armas y no queriendo él servir á tan mala causa murió fusilado á pocas leguas; la muger está en la mayor alieccion: la *Gaceta* de ayer trae mas pormenores del suceso.» Un frenesí mortal se apoderó de la presunta viuda: en el delirio de la desesperacion llevó las manos á sus ojos y clavando sin piedad las uñas rasgó los párpados dejando colgar el pellejo desunido hasta cerca de la megilla. Un calenturon espantoso la acometia en aquel momento y cuando á las cuarenta y ocho horas quedó despejada su cabeza, se encontró con todo el cuerpo y la cara hecha una plaga de viruelas.

Volvamos á Venancio. Efectivamente los facciosos le quisieron fusilar; pero él viendo que iba de veras se vino á razones y se plantó su boina y la canana, y en esta situacion le tenemos en las cercanías de Oñate. La tia Calesparra que comerciaba en higos habia salido de casa el día que Dorotea llamó á su puerta, y porque casualidad no la toca á la supuesta bruja vender una libra de higos al faccioso Venancio. ¡Tia Calesparra! dijo este tendiéndola los brazos, déme usted noticias de mi querida Dorotea. Pero el sentimiento no la dejaba respirar á la pobre vieja, y Hora que te Hora se marchó de allí sin decir palabra, dejando á Venancio los higos en un papel envueltos. Quedó el faccioso desconsolado y pensando en que el silencio de la tia Calesparra daba á entender la muerte de su esposa, y para echar el susto fuera deslizó el cucurucho y se puso á comer higos. El papel del cucurucho era la *Gaceta de Madrid*. Ansioso de noticias empezó á leer: *Actos del gobierno*. — *Noticias estrangeras*. — *Crónica de las provincias*. — *Desgracias en*

Alaejos. Aquí tiró el higo que tenía en la boca, se limpió el polvo de los ojos y leyó con ansiedad. «No se sabe el paradero de un joven recién casado que hace pocos días cayó en poder de los facciosos. La muger ha muerto de sentimiento y fué enterrada al día siguiente.» ¡Pobre Venancio y pobre Dorotea! ya están muertos el uno para el otro. Los periódicos son en todo el mundo, la mentira impresa. A sacar por ellos la cuenta de nuestros triunfos en los siete años de guerra civil, el número de facciosos muertos, ascendería á quinientos o seiscientos mil; el de los heridos á un millon; el de los prisioneros á media España, y en esto no van descaminados porque en España hace ya tiempo que todos somos prisioneros. Lo cierto es que los periódicos mienten sin licencia de Dios, y ellos tienen la culpa de que Dorotea y Venancio creyéndose viudos tomaran el tole por esos mandos en un vértigo de locura.

Ocho meses y medio habían trascurrido. A pocas leguas de Alaejos hay un monte y en el monte un convento que llamaban de los frailes de Aniago. En este convento había encontrado colocacion el desertor Venancio que tenía media nariz menes y una porcion de cuchilladas en toda la cara. Habíase ademas dejado crecer la barba de modo que en nada se parecía el monstruo demandadero, al galán antiguo de Alaejos. Tenía hecho voto de no volverse á casar si no encontraba muger mas fea que él, para poder merecerla, y el mismo juramento había hecho Dorotea que habiendo consumido su pobre hacienda andaba de pueblo en pueblo y de puerta en puerta pidiendo una limosna. Ambos se habían mudado el nombre para no ser conocidos de nadie.

Una mañana que el lego repartía la sopa halló el feo ideal de sus ilusiones. Una pobre muger con los ojos saltando de las órbitas, todo el pellejo rasgado y comida la cara por un granizo de viruelas que la había puesto el cútis hecho una criba, se le presentó con la cazuela en la convulsa mano, implorando de su caridad el preciso alimento. Esta, dijo el ex-faccioso, es la muger que me conviene. ¡Válgame Dios que criatura tan horripilante! — ¡Ay que hombre tan feo! dijo la de la cazuela también; de buena gana me casaría con él.—El que repartía la sopa se deci-

dió, llamó aparte á la infernal fantasma, y con una vehemencia sin límites empezó su relacion en estos términos: «Muger horrorosa sobre todas las mas horrorosas mugeres; mi corazon apetece una fea; mi espíritu deseaba hallar un escorpion; mis ojos buscaban con anhelo un cocodrilo humano. Tú eres mas fea que todo eso, y por eso te adoro con delirio. Si me quieres seré el mas feliz de los mortales.» Ella respondió. «Grajo sin alas; demonio en figura de hombre; espantajo viviente: yo te idolatro porque en mis ensueños me había seducido la imagen del javalí. Te quiero porque somos los dos entes mas repugnantes de la tierra, y por si es cierto el refran de *Dios los cria y ellos se juntan*, debemos haber nacido el uno para el otro.» Y al día siguiente recibieron las bendiciones en secreto. Hacia nueve meses justos que se casaron por primera vez.

Como la muchacha llevaba una bata de andrajos sumamente holgada, no se la conocía el embarazo y lo que parecía era una muger gorda, de esos tinajones que vemos todos los días, anchos por arriba, anchos por en medio, y anchos por abajo. Si el ex-faccioso ex-lego hubiera reparado en esta circunstancia de seguro no se hubiera casado; y así fué tal su colera aquella noche, que se acostaron dos y amanecieron tres; que en una borrachera de celos, después de llevar el chico á la inclusa, cogió uno sogá, ató á su muger por el pescuezo y echando también un lazo á su garganta, se precipitó en el Duero que pasa por allí cerca.

Tragaban agua los esposos como un borracho vino, y hubieran dado cualquier cosa por no tragarla cuando la cosa no tenía remedio. Perdóname muger, dijo el asesino. Quiero confesarte quien soy. Yo me llamo Venancio, nací en Alaejos. ¡Basta, basta! exclamó la pobre esposa. ¡Yo soy Dorotea! — ¡Tú Dorotea! — ¡Tú Venancio!! y un abrazo y un sorbo de agua privó del sentido á los dos veces esposos. ¡Socorro, socorro! gritaban en la agonía. A este tiempo se apareció una vieja con un gancho y una cuerda, prendió desde la orilla en el vientre de Venancio y tira que tira les pudo sacar á tierra cuando acababan de exhalar el último suspiro. Desde entonces, dice el barquero, que todas las noches se aparece en aquellos contornos el grupo de los esposos abra-

zados, y sobre una densa nube la tía Galesparra
que murmura de cuando en cuando; ¡pobres!
¡habían nacido el uno para el otro!

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

EL BORRACHO.



De una puerta el gironcillo
por dó la luz se colaba,
un borracho procuraba
encender su cigarrillo.
Y esponiéndose á un catarro,
segun la noche era fria:
¿qué demonios, repetia,
tiene el *endino* cigarro?
Y tornaba á refregar,
y él rebelde á nunca arder:
que era el modo de encender
cosa de nunca acabar.
Por fin lanzóle con furia
dando un mímico traspies,
terció la capa al revés
y renegó de la *curia*.
Voló el cigarro sin alas
de un sereno á la nariz:
«gracias» dijo el infeliz,
si bien las tengo por malas.
Chirlo-mirlo y coge-gallos
iba mi hombre por las losas,

haciendo esos primorosas,
muertos de risa sus callos.
Y á una torre que yo sé,
balbuciendo le decia:
tiene esta torre manía
de estarse siempre de pié.
¿Por qué no se sentará
este demonio de torre?
mira, mira como corre
la casa de mas allá!
Pues es que le faltan piernas
de Buena-vista al palacio...
despacio, chico, despacio,
que romperás las tabernas.
Como bailan rigodones
vestidas de telarañas,
castañeras y castañas,
hornos, fuelles y cajones!
A bien que estamos de páscuas
y cosas del tiempo son
caramba! qué tropezon!
si voy andando sobre áscuas...
Echame acá la sarten
y haremos pisto, Colasa:
calle! no queda una casa
que no se marche tambien.
Abreme la puerta, esposa,
que mi casa va llegando:
que si quieres... estimando...
hasta mas ver alevosa!
La ronda en esto llegó
preguntándole ¿qué hacia?
—¿Qué hago?— Sí.—¿Lo que hago yo?
aguardo, pues no pasó,
que pase la casa mia.
—¿Qué casa, ni qué asno muerto?
retírese á descansar
de borrasca y tome puerto.
—Que me place, el encubierto,
cuando acabe de pasar.
—Ea despeje el muy borracho,
sino quiere dar que hacer
con su mona y su desfacho.
—¿Qué dice usted de gazpacho?
no vale para beber.
Un torrezno es mi costumbre,
ó media sardina sola
y hay *tope* de media azumbre....

—Calle la bez, la podredumbre
de la nacion española.

En la cárcel dormiré.

—No dormiré—¿Cómo no?

—No señores—Voto vá...
se lo juro! — Tambien yo.

Se verá. — Pues se verá.

— A chirona y vivo! — Iré.

—Vivo, he dicho—¿Voy yo muerto?

—Dormiré en ella ¿lo vé?

—Pues señor, no dormiré,
porque me estaré despierto.

VICENTE ALVAREZ MIRANDA.

IMPERFECCIONES DE LA NATURALEZA.

Al leer el epígrafe de este artículo, confieso que habrá quien sospeche haberlo escrito su autor al salir del ambigü; pero en Dios y en mi ánima que no es así, y que estoy muy lejos de haber empinado el codo antes de ponerme á escribir. En primer lugar, mis lectores saben ya que no soy aficionado á comer, y siendo esto así, mal podré haber perdido el juicio por una cosa tan bellaca como es tragar un pequillo, esponiéndome á la necesidad de beber despues, y consecutivamente á no saber lo que me hablo. En segundo lugar, eso del ambigü es para gente que tiene dinero, y si yo lo tuviera, no emborrionaria papel á fin de escribir este artículo. Y en lugar tercero (que no siempre se ha de decir en tercer lugar), basta que yo les diga á ustedes que escribo en ayunas mi artículo, para que me crean de buena fé y para que no atribuyan al licor de la parra lo que á ustedes les pueda parecer á primera vista menos conforme con mi formalidad y mesura ordinaria.

Digo y repito, pues, que la naturaleza es imperfecta, y que lo que dijo don Alonso el Sábio del sistema solar de sus tiempos, á saber, que si él hubiera criado los ciclos los hubiera dispuesto mejor de lo que estaban, segun Ptolomeo decia, eso mismo *mutatis mutandis* digo yo de todas y cada una de las partes de la naturaleza, y lo digo con formalidad. Pero para probar esta proposicion necesaria yo millones de tomos, y

ni creo que el lector tendria paciencia para leerlos, ni aun cuando tuviera yo la habilidad de escribirlos, deberia ir discurriendo por todas y cada una de las partes que constituyen este gran *todo*, para salir airoso de mi prueba. Bastará limitarme, pues, á un pequeño y estrecho círculo, pero que por estrecho que sea, no por eso dejará de ser el mundo en resúmen. El lector conocerá desde luego que el asunto que he tenido á bien elegir para el artículo presente es el *hombre* ni mas ni menos, y como quiera que todos los filósofos hayan dicho de él que es un *mundo en pequeño*, no podrán ustedes menos de convenir en que las imperfecciones á él relativas son trascendentales al grande, con la sola diferencia de que si en el *mundito* de que hablamos aparecen los defectos en miniatura, las del *mundazo* de que no queremos hablar tienen que ser tan gordas como el puño y aun mas que el puño tal vez. Pero no crean ustedes ahora que para probar yo mi aserto voy á recurrir á tantos lugares comunes como se están explotando continuamente por la turba moralista y filosófica. Lejos de ser así, las imperfecciones de que voy á hablar ninguno las ha notado hasta ahora, á lo menos que yo sepa, y por otra parte seria muy mal mirado en LA RISA, enciclopedia como es de estravagancias, ponerme yo á discurrir sériamente á la manera que lo hacen los susodichos filósofos, pudiendo yo sustituir mis barbaridades á las suyas con tanta ó mas razon que ellos, y con mas originalidad sobre todo, gracias, ya que no al génio (por que eso seria faltar á la modestia) al sublime talento que Dios me ha dado. Prescindiré, pues, de considerar al hombre bajo su aspecto moral, limitándome esclusivamente á la parte fisica, y sin citar para ejemplo de sus imperfecciones á ningun tullido, ni vizzo, ni jorobado, ni cojo, sino al hombre que mas perfectamente formado se reputa entre todos, un hombre como el Apolo de Belvedere, verbi gracia, un hombre si se quiere, como el mismo Adan en persona, antes de morder la manzana. No me dirán ustedes que un tipo como ese les pueda parecer sospechoso, ó sea objeto de recusacion. *Milton* se deshace en elogios en presencia de tan bello ideal, *Milton* es sin embargo un niño de teta, y él sí que habia bebido cuando tales cosas

decía. A haber tenido yo el cargo de formar al hombre, otra cosa saliera por Dios; pero para que ustedes puedan saber lo que hubiera salido, necesario será que entremos de lleno en nuestro asunto notando las faltas é imperfecciones de que hablo y que ustedes admirarán como otras tantas bellezas, ni mas ni menos que el autor del *Paraíso perdido*.

Ante todas cosas, yo hubiera formado al hombre con una costilla de mas, lo cual, sobre presentar mayor igualdad y equilibrio en uno y otro lado, me hubiera ahorrado el trabajo de formar la muger con aquella malhadada costilla, y á la consideracion de ustedes dejo cuanto hubiera ganado el hombre á poderse pasar sin muger. Vean, pues, ustedes ahí una falta cometida por la naturaleza, á no ser que en materia de costillas crean ustedes que las *faltas* son *sobras*, en cuyo caso no tengo inconveniente en convidar á ustedes á comer un plato de chuletas á cualquier hora del dia.

En segundo lugar, yo hubiera criado al hombre con dos puertas de menos, con lo cual le hubiera evitado la golosina que le entró por la una, y no hubiera tenido tampoco ocasion de desmandarse por la otra; y si ustedes me arguyen ahora con que formado así el hombre no hubiera podido respirar, yo les responderé que ni todo lo que se respira merece salir de allá adentro, ni todas las funciones que con las tales puertas se hacen, nos dan motivo para recordarlas de un modo satisfactorio. Además que para dotarle del don de la respiracion le hubiera puesto yo dos fuelles, uno debajo de cada sobaco, y era negocio concluido. De todas maneras, y prescindiendo enteramente de la cuestion posterior, la sola necesidad de comer es ya una imperfeccion tan grande, que casi todas las imperfecciones humanas dependen de ella, no siendo la menor la necesidad de escribir algunos artículos de vez en cuando para satisfacer esa maldita propension á comer, y así salen ellos.

En tercer lugar, yo hallo mal la nariz donde está, al menos existiendo el hombre en los términos en que se halla formado. Yo se la hubiera puesto al lado de la otra puerta, y con eso cuidaría mejor del modo y oportunidad con que pone en juego el segundo de sus órganos respira-

torios; y no que ahora comete setecientas barbaridades, porque como tiene la nariz tan lejos del mal que hace á las de los otros, lo que menos tiene presente es la comodidad ajena, y todo por carecer de un indicador que regule sus tacañerías. Fuera, pues, la nariz de la cara, y encajarla en el polo antártico.

¿Y qué diremos de las pantorrillas? Que es la mayor atrocidad tenerlas en donde se ven, porque vamos á cuentas, señores: ¿hay golpe que duela mas que el que uno se da en la espinilla? Y todo por no tener la pantorrilla delante, en cuyo caso hallaría uno el consuelo de embotar el golpe en aquella almohada, y esto no es indiferente por Dios. Los perros en cambio casi siempre acometen por detrás, y vean ustedes una linda merienda para los muy atrevidos en las pobres y tristes pantorrillas. Encájome pues la espinilla detrás, y que muerdan hueso y no carne. ¿Negarán ustedes ahora que la cosa se hizo al revés?...

Tampoco me hallo bien con el pelo de que llevamos cubierta la caneza, diga lo que quiera el autor que mas arriba nombré, sobre la cabellera de Adán. Yo hubiera formado esa cabeza tan lisa y pelada como un guijarro, y á buen seguro que entonces existiese un solo calvo en el mundo, ni se criasen en ella el *algo* y aun *algunos* de que hablaba el señor Sanecho Panza con aquella gracia y socarronería que ustedes tendrán bien presentes.

Pues ¿y qué diré de los dedos que la naturaleza nos puso en los piés, y que sin servir para maldita de Dios la cosa, lo único que producen es callos y otras pejuñeras por el estilo? Pero ustedes dirán que quien los produce no es ella sino los malditos zapatos, á lo cual contestaré yo que estoy mal con las manos tambien: si la naturaleza no nos las hubiera dado, trabajo le mandaba yo al zapatero que quisiera calzarnos los piés. Mas ahora recuerdo que sin manos no me hubiera sido posible escribir el presente artículo, y esta es una razon mas que suficiente para hallarme contento con ellas. Eso sin embargo no me probará la utilidad de los dedos pedestres. La naturaleza podia habernos dotado de un casco, ni mas ni menos que al rucío del que arriba menté poco ha. De este modo hubiéramos

tenido un calzado infinitamente mas barato que ahora y mas análogo sobre todo á la índole y circunstancias de nuestra especie, en su mayoría á lo menos. ¡Ilarlo mas protegida se hallaria entonces la industria, y no que ahora es una lástima el abatimiento en que yace la triste profesion de herrador!

Por lo que toca á las orejas, no las hallo mal donde estan, pero las hubiera querido mas grandes, por una infinidad de razones: la primera, porque así las hubieran podido menear á toda su satisfacción los que ahora las mueven á medias: lo segundo, porque siendo de cierto tamaño, los peores hombres del mundo quedarían convertidos en angeles de cabeza arriba, con solo cortarles el cuello: lo tercero porque en caso de calor nos podrían servir de abanicos: y lo cuarto en fin, porque así me parece á mí, y cada cual es dueño de tener las orejas que guste.

En cuanto á los dientes, claro está que hallándome mal con la boca, no deberé de estar muy satisfecho con ellos; pero ya que los habíamos de tener, fuese siquiera en el sitio donde coloco yo la nariz, y así cargaría el muy bellaco con esos dolores de muelas que nadie merece cual él. Con eso quedaban las nalgas convertidas en dos regulares mandíbulas, y nunca nos parecería duro el asiento, aun cuando no tuviese mullido. A bien que la Diosa Cibele tiene mas fortuna que yo: vayan ustedes al Prado, y allí la verán sentada sin moverse de su carroza de mármol, gracias á su tafanario de piedra.

Los ojos me parecen mal donde estan, á lo menos el uno, y entiéndase que hablo de los de la cara. En lugar de tener los dos en la frente, ¿por qué no nos puso la naturaleza el uno de ellos en el tozuelo, y así hubiéramos visto á los que nos la pegan por detrás? Organizado así el hombre, hubiera podido dormir con el uno mientras velaba con el otro, y vean ustedes cuanto hubiera ganado una policía secreta verbí gracia en tener esbirros así. Demas de eso, formado el hombre como yo digo, la mitad de los tuertos que ahora existen lo serían de la parte de adelante, y los otros de la parte de atrás, lo cual hubiera sido la cosa mas divertida del mundo.

En cuanto á los codos me parece que deberían ser cuatro y no dos; quiero decir que cada brazo

estaria mejor con un codo de mas, y á la parte opuesta del otro, y así podríamos doblar los brazos susodichos del modo que ahora lo hacemos, y en sentido opuesto tambien, lo cual no me negarán ustedes que seria una ventaja de mas, y ventaja inapreciable, para los torpes como yo, que á la menor indigestion que tienen se ven en la precision de llamar una vieja provista de su correspondiente geringa, y todo por no tener uno la flexibilidad suficiente en los brazos para salir cada cual de su apuro sin ayuda de vecino.

Por otra razon semejante deberían ser cuatro tambien las rodillas. Personas conozco yo que no hacen otra cosa que tirar coces, y les vendrian muy bien jugar las piernas hácia atrás para sacudir el aire mejor.

Las manos no deberían ser calvas, sino peludas, y con eso ahorraríamos los guantes, comida demasiado cara para petímetros como yo, y sobre todo en Madrid. Verdad es que entonces seria moda raparlas, como es ahora llevarlas vestidas; pero moda por moda y exigencia social por exigencia, á mi rapamiento me atengo.

El guante de navaja costaria á lo sumo un real por mano. con escepcion de la gente plebeya que por cuatro cuartos podria afeitarse las dos, y aun por menos sino se rapaba á dos aguas. Vayan ustedes ahora á comparar esa módica retribucion barberil con los diez y doce reales que nos cuestan los guantes, sirviendo solo para uno ó dos dias cuando del modo que digo bastaba afeitarse las manos de domingo á domingo, y andaba uno decente. ¿Y qué variedad no resultaria en las manos, á tener pelo como yo digo, y á exigir rapamientos la moda? Uno iria con la palma pelada y con el metacarpo vestido; otro pondria sus cinco sentidos en llevar rapados los dedos y cubierto de pelo lo demas; otro se raparia el pulgar y dejaria peludo el meñique; otro tendria la vanidad de nombrar dos barberos de cámara, el uno para la mano derecha, y el otro para la zurda: y otro en fin, podria salir á barbero por dedo, y aun á barbero por articulacion ó falange, ó como se deba decir.

En cuanto á los dedos de que hablo, hubiera hecho yo que cada uno de ellos tuviese por remate una campanilla, ó cencerro, ó cualquiera otra cosa que hiciese ruido, en cuyo caso no hu-

biera tenido inconveniente en dejar los ladrones con uñas.

Pero ahora que nombro las uñas, ¿sabrán ustedes decirme para qué diantre nos sirven los tobillos? ustedes dirán que esta pregunta es una transición espantosa, pues maldita la conexión que hay entre las uñas y los tobillos, á lo cual contestaré yo que en efecto dicen ustedes bien, pero tienden ustedes la vista por mas de cuatro escritos de los que se publican todos los días, y si ustedes encuentran en ellos mas conexión que en el mio, consiento en que me arranquen ustedes los tobillos de que estaba hablando, y que nunca he podido saber para qué demonio son buenos.

Yo hubiera puesto la lengua en parte menos húmeda que la que ocupa ahora, como dice muy bien Saavedra Fajardo, aunque á Hermosilla le parezca muy mal; y por lo que toca á la saliva, la hubiera hecho despedir por la oreja, para que así no me salpicasen algunos cuando me hablan. En este caso hubiera podido decir Arriaza hablando del jaque que llamaba al toro

Y escupiendo á través por la oreja,

lo cual no me negarán que sería infinitamente mas cuco que *escupir á través* por el colmillo como dice el susodicho señor, y como puede hacerlo cualquiera.

Pero yo me estiendo demasiado: y para probar las imperfecciones de que adolece la naturaleza, basta y sobra con lo que llevo dicho. Además de eso, me duele tambien la cabeza, y gracias á esa imperfección que se me olvidaba apuntar, me es imposible pasar adelante. ¡Que no hubiera formado yo al hombre á lo menos de cuello arriba! Díerale yo dos cabezas en vez de una, ó le hubiera dado una sola, pero amovible como la magistratura española, y con eso me quitaria ahora lo que me está doliendo (la cabeza se entiende) para casquetarme la de cualquiera otro exenta de tal pejuquera. ¿Qué ventajas no tendria uno entonces para lucirse como escritor? Y todo sin cansarse una pizca, porque con quitar la cabeza á Zorrilla, bastaba por ejemplo para sobresalir este humilde servidor de ustedes en el género lírico; y para lucirme como dramático pediria prestada la de Harzenbusch, y para hacer un epigrama ó para escribir

un artículo en el género *atroz*, arrancaba á Villergas la suya, y salia uno del paso. Verdad es que entonces podria dudarse si lo que yo escribia era mio ó ageno; pero yo tambien dudo ahora si lo que otros escriben es suyo, y eso que no hay esa amovilidad de cabezas que yo quisiera en nosotros. Pero he dicho que me duele la mia, y habrán de disimular mis lectores si les he calentado la suya con tanta majadería y disparate. Yo que los reconozco como el primero, no soy sin embargo el primer disparatador que entre nosotros se pone á escribir. Otro dia tal vez hablaré á ustedes mas despacio acerca del particular. Ahora permítame ustedes quitarme mi cabeza prosáica, para echar mano de otra que me sepa idear unos versos, pues ya saben ustedes que en verso me ha desafiado Villergas, y en verso he de escribir, vive Dios, aunque solo sea por ver lo que el tal Villergas contesta.

MICHEL AGUSTIN PRÍNCIPE.



A. D. MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

Tengo de tí, buen Príncipe, mil quejas porque en una cuestion que te he tocado te haces el sueco y la eleccion me dejas.

Yo quise de sofismas pertrechado, los tuyos aplanar; esto se llama volver quien fué por lana trasquilado.

Quizá ingenioso en comprender la trama la zaucadilla á mi embestida ofrees por dar al traste con mi humilde fama.

Mas no tan pronto á solazarte empieces pues yo doy el primero, y el primero, si no miente el adagio, dá dos veres.

Con la chispa feliz que en tí venero á fuer de verdadero castellano,

y en tales versos que aplaudirte quiero,

Eludes la cuestion, diciendo en vano cosas que á la presente importan poco, por mas que atañan á Alcalá Galiano.

No pecas tú por simple ni por loco algo mas que yo ducho, y menos franco pisas la prima cuando el sexto toco.

Y aunque nunca me atollo ni me atranco, temo de tu salida, que es salida, como suelen decir, de pié de banco.

Sabes que la ignorancia es atrevida con la mia allá voy que no es bicoca, y á decidir contiendas me convida.

De ciego ó mudo, responder, me toca que cosa es la peor. Soy harto lego pero escúchame un rato y punto en boca.

Si no me entiendes ya, de tí reniego; pues bien te está diciendo el consonante que no hay cosa mas mala que ser ciego.

Pero tú con tu sátira punzante por consecuencia llamarásme rudo; pues sobre consonantes es constante,

Que aunque fueran en udo, como embudo puedo sin ser del Ateneo sório, probar que vale un ciego mas que un mudo.

Basta de consonante ó niquiscocio, no torne el plan en agua de cerrañas. Vamos al caso. vamos al negocio.

Y sin mas infinitas zarandajas antes que optar por otro ni por uno de ambos sabré las contras y ventajas.

Aunque júrote amigo por San Bruno que en tan malos extremos estoy fijo de no optar como pueda por ninguno.

Y ninguno me den si alguno elijo que no tira el mas necio y papanatas piedra á sus tejas como el otro dijo.—

Un ciego, para ahorrarme peroratas, no tiene que temer gota serena, ni acometido ser de cataratas.

Y esta seguridad es cosa buena, que á fé no es despreciable inconveniente de pensar en cegar la triste pena.

Un ciego puede amar furiosamente, mas no será por guapas ni por feas *ciego de amor*, y si lo dice miente.

Cosas le oirás decir que no deseas pero digno serás de una paliza

en decirle; antes ciegues que tal veas.

Es tan santo varon que á quien le atiza nunca le trae *entre ojos*, y en sosiego aguarda la ocasion sin *ojeriza*.

Mas ten cuidado de arrimarte luego que un palo es consecuencia necesaria y es la cosa peor *palo de ciego*

Gana el preciso pan tocando un ária, patrióticas cantando con porfia, ó gritando: ¡Gaceta extraordinaria!

Y harto hace, que si hoy es, por vida mia, cosa del otro jueves lo ordinario, lo extraordinario es pan de cada dia.

Un ciego, conocerlo es necesario, y estos no son inconvenientes flojos, no necesita el *Eco* ni el *Diario*.

Evitase por esto los enojos de invertir en andróminas dinero, y está muy libre de gastar anteojos.

Aunque este aborro que parece infiero á dejar de pagar contribuciones, quien tiene el bolso reducido á cero.

Yo pagára doblones á montones, que el que paga en Sevilla ó en Ledesma es señal que le quedan mas doblones.

Pídaume versos y daré una resma; pero lo que es dinero ni una blanca, que estoy cual mis amigas en cuareσμα.

Esta es mi confesion, bastante franca; mas... del hecho prescindo, no lo dudo y no me harás volver ni con palanca.

Soy en las digresiones testarudo: iba á decir que ventajoso creo que parece el ser ciego mas que mudo.

Tú no habrás calculado, lo preveo, las contras de ser mudo, triunfo es grande podértelo probar como deseo. —

Por mas que un mudo por colegios ande y aunque mas se encomiende á San Lupericio ¿qué es lo que pueda hacer que se le mande?

Comprenda lo que es quinto y lo que es tercio ¿por eso le has de atar horas con horas detrás del mostrador de algun comercio?

Bonito mueble entonces atesoras para lidiar con mozas y con viejas, todas tan bachilleras y habladoras.

¿Juzgas sacar buen fruto si le dejas ser abogado, aunque los siete cursos

logre pasar quemándose las cejas?

Tal vez no careciera de recursos; mas lleve el diablo al pleito que salvára la lógica y ardor de sus discursos.

Si siendo cura al púlpito trepara linda alhaja estuviera el misionero: y á ser gallo; qué gallo nos cantará!

Pues pregonero suponerle quiero, que cualquiera la bolsa eñconderia para no dar un cuarto al pregonero.

Pero vuelvo las tornas á fé mia, no puedo por mas tiempo ser tan crudo que defienda una atroz mejaderia.

Y ahora decirte, Príncipe, no dudo; mas ventajas del mudo sobre el ciego ó mas contras del ciego sobre el mudo.

Oyeme las razones que te alego y por no ser prolijo no me ensancho que á punto estaba de llenarte un pliego.

Chico ó gigante, delgadito ó ancho es Sancho todo mudo, y no Quijote, puesto que al buen callar le llaman Sancho.

Nunca un mudo, aunque el pueblo se alborote, vendrá al Congreso entre oradores rudos para hacer el papel de monigote.

No obstante que apesar de bien agudos mas pocos diputados, los restantes colegio son no mas de sordo-mudos.

Pero déjoos en paz, representantes, vuelvo al asunto que me tiene en guerra con un amigo de los mas constantes.

Es la mejor palabra en toda tierra la que está por decir, y el que habla mucho, segun suele decirse, mucho yerra.

En todos tiempos pasará por ducho el que nunca jamás los labios abra si importancia se dá de hombre machucho.

Todo mudo ademas su dicha labra; pues como por el asta no le cojan no le podrán cojer por la palabra.

Mas dejo estas razones que me enojan y pues el turno de los ciegos llega, oigan sus penas y despues escojan.

Yo disculpo al cristiano que reniega de estar el infeliz á troches moches siempre jugando á la gallina ciega.

¿Y qué consigue aun cuando arrastre coches si los que mas le dan los buenos dias,

suelen dejarle mas á buenas noches?

¡Oh cuántas, vive Dios, melancolias que le ocasiona á un ciego aquel autojo que á otros da mil consuelos y alegrías.

A la morena ó del cabello rojo no la enamora si á tentar no acierta, porque no le es posible echarla el ojo.

Nunca puede tener una reyerta que aunque el valiente se haga siempre es cero, para estar si le embisten *ojo alerta*.

Sufre cuando le engaña algun tendero pues ni el lienzo distingue á la batista, ni á *ojo* puede medir *de buen cubero*.

Bien su suerte le amarga y le contrista si aunque el grado alcanzara de Regente, no pudiera vivir en *Buena-Vista*.

Fuera en hacer convenios un demente porque de alguien pagara los anteojos, que lo mirara mas; y finalmente

Porque aunque otro le cause mil enojos y le inspire total desconfianza, tiene que hacer el trato á *cierra ojos*.

Aun mas razones mi caletre alcanza; pero si has visto ya, que no lo dudo, á que lado se inclina la balanza;

A este problema resolver acudo, diciendo al fin para acabar aprisa, *que mas malo es ser ciego, que ser mudo*.

Tú con gracia y verdad mas llana y lisa lo contrario dirás, proporcionando placer á los lectores de LA RISA.

Yo me quedo por hoy felicitando de salir de tan picaros aprietos, á tus lindos tercetos contestando, (aunque me haga pesado) con tercetos.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

EL POETA DRAMÁTICO.

Por tus barbas, Wenceslao, que como me llamo Gil, há un mes que la pena negra me estás haciendo sufrir.
¡Como escritor de LA RISA

me anuncias! Pues, pese á tí,
 ¿no sabes ya que mi oficio
 es solo en sério escribir?
 Mi musa no es juguetona,
 pídemela llanto, eso sí;
 que á veces hago llorar,
 aunque gracias á una actriz
 que mueve los corazones
 con su voz de serafín.
 Mas me envías tu periódico,
 y siendo fuerza cumplir,
 todo el mes que llevo dicho
 me he devanado el magín.
 Nada, ni un verso siquiera;
 mas hoy me resuelvo, al fin,
 y he de procurar servirte
 hoy qué me acosa el esplin.
 —¡Esplin! dirás... ¡Buen anuncio!
 —Pues yo te digo que sí:
 cuando un hombre está enfadado
 es cuando hace mas reír.
 —¿Qué pena tengo, preguntas?
 —¿No basta, triste de mí,
 el ser poeta dramático?
 ¿Hay suerte mas infeliz?
 Si tú lo fueras, Ayguals,
 no te verian lucir
 esos mosletes rollizos
 dó arde el florido carmin;
 ni tuvieras esas barbas,
 pues te juro por San Luis,
 que arrancado las hubiera
 tu mano en un berrenchin.
 Empiezo por que es preciso,
 si tu drama ha de existir,
 que busques en tu caletre
 un argumento gentil.
 ¡Encontrar un argumento!
 ¡Ahí es un grano de anís!
 ¡Después que han hecho comedias
 Calderon y Shakespir!
 Buscas novelas, historias,
 revuelves aquí y allí,
 y ya piensas en Lucrecia,
 ya en Rodrigo, ya en el Cid.
 ¿Le encontraste ya?... A la obra.
 Te inspiras... Muy bien... así,
 así va bueno... ¡Oh qué versos!

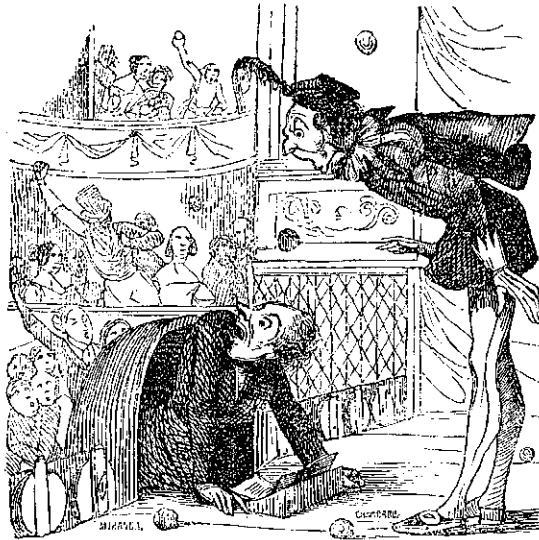
No imites á Moratin;
 que en esto de hacer comedias
 era solo un zascandil.
 Deja la pedestre prosa,
 al cielo te has de subir,
 y en románticos conceptos
 muestra tu ingenio sutil.
 Naturales y sencillas
 las cosas no has de decir:
 procura que no te entiendan,
 que en eso, Ayguals, está el *quid*.
 ¿Décimas? ¿Quintillas?... ¡Bueno!
 Ahora toma el clarín,
 y atruena bien con octavas,
 que sino se han de dormir.
 Sobre todo, echa de flores
 y perlas un celemin,
 y los *ensueños dorados*,
 y el *rielar* han de salir.
 ¿Tres mil versos enjergaste?
 ¡Hombre, basta!... Pou ya fin:
 mata al héroe.—¿Puñalada?
 —No, dále garrote vil;
 lo otro es clásico.—Ya está.
 —¡Famoso! Te has de lucir.
 —¿Y ahora?—Ahora en caliente,
 en una orgía ó festín,
 lo lees á tus amigos,
 que por fuerza han de aplaudir
 si es el vino de Champaña,
 de Burdeos ó del Rin.
 —Pues vengan.—¿No te lo dije?
 ¿Los ves de entusiasmo hervir?
 ¡Divino! dice Lupercio:
 ¡Sublime! grita Crispin,
 y beben, y ríen, y hablan,
 y aplauden... ¡Vate feliz!
 ¡Al teatro luego, luego,
 que admire todo Madrid!...
 ¡Ay, mísero dramaturgo,
 tu gozo concluye aquí;
 que entras con el empresario,
 y un editor tan cerril,
 que, de los dos, el mas bueno
 tiene un alma de Cain.
 Este, haciéndose de pencas,
 dice: no puedo imprimir;
 los dramas me han arruinado;

y entre Breton, Vega y Gil
 me han sacado esta semana
 el postrer maravedí.
 Pues ; no es nada el empresario!
 Le saludas muy civil,
 y él finchado te recibe
 mas sério que un puerco espin.
 — Se leerá en el *comité*,
 dice. — ¿Pronto? — Por ahí
 dése usted de cuando en cuando
 una vuelta.... Das dos mil,
 y al cabo de cinco meses
 te llega tu San Martin.
 Reúnese el tribunal,
 y allí es ella... ; San Dionis,
 llevadme á la inquisición,
 que no hacen tanto sufrir!
 Uno fuma, otro bosteza,
 cual se arregla el corbatín,
 aquel rie malicioso,
 y este fingiendo escribir,
 hace del pobre paciente
 ridículo figurin ;
 y el lector suda y trasuda,
 y cayendo aquí y allí,
 corre cual perro con maza
 por alcanzar pronto el fin.
 Mas pasemos adelante ;
 y te hago ya tan feliz,
 que de aquellos cancerberos
 ablandas el ceño hostil.
 Ya te hallas dentro... Ya pronto...
 ¿ Pronto dije? No, mentí.
 Al cabo de veinte meses
 llega el turno... A *repartir*.
 Paso por alto las penas
 de esta operacion sutil,
 que mas tardára en contarlas
 que en ir desde aquí á Pekin ;
 y ya te hago en los ensayos....
 Mas por Dios, no quieras ir
 al que llaman *de papeles* ;
 pues si das en tal desliz,
 te juro que de aburrido
 rasgas el drama al salir.
 ¡ Y el *de mesa* !... ¡ Que barullo!
 ¡ Y los demas !... ¿ Quien allí
 resiste? Trifulca tal

no la hubo en San Quintin.
 Y todos gritan á un tiempo :
 ¿ Qué tal? ¿ Va bien?... ¿ Es así?
 Si halla usted alguna falta,
 no tenga empacho en decir...
 — ; Faltas! ; faltas! Sí, por cierto,
 las habrá; mas voto al Cid,
 ni es posible conocerlas
 con tal charlar y reir,
 ni aunque las viera, es inútil
 que me desgañite aquí.
 — Diga usted ; este papel
 ¿ cómo se debe vestir?
 pregunta la dama jóven :
 déme usted el figurin.
 — Yo pienso que de este modo.
 — ; Jesus! ¿ Así he de salir?
 Voy á estar fea. — Pues bien,
 ; Saque, si quiere, un mandil!
 — La nota para el anuncio,
 dice el galan. — No creí
 que fuese preciso. — ; Cómo!
 ; Sin nota el drama ha de ir!
 No vendrá nadie... A escribirla:
 que es magnífico decid.
 — Por último, el día llega,
 ; día fatal!... El violín
 sueña en la orquesta; el teatro
 de gente se mira henchir;
 los actores ya vestidos,
 se ponen blanco y carmin ;
 y al son de la campanilla,
 se alza el telon... ; Ay de mí!
 ; Momento horrible, angustioso!
 ¿ Dónde hay un chirivivil
 en que me pueda esconder?
 En la embocadura, sí...
 Ya empiezan... ; Jesus! ; qué mal!
 ; Mas alto!... Que no han de oír.
 ; Alma! ; Fuego!... ; Se equivoca!
 ; Me asesinas, malandrin!...
 ; Yálgame Dios, y que toses!
 ; Que estornudar: ; que escupir!
 ¿ Qué ruido es ese? ; Un silbido
 ; Oh, comparsa baladí!
 Deja esa puerta, ¿ no ves
 que el gozne chilla, mastin?...
 Mas arrecia la tormenta.

¡Que tempestad!... ¡Chist! ¡chis! ¡chis!
¡Afuera, afuera!—¡El autor!

¡Qué salga!—No.—¡Pif! ¡pif! ¡pif!
—¿Qué he de hacer? Mejor será



ver si es posible escurrir
el bulto.... Rabo entre piernas,
me abro paso hasta el pretil,
y entre la gente que chilla,
atravesando Madrid,
llego á mi casa, y me arrojo,
dicho en francés, sobre el lit,
que ya me tiene apurado
el fiero asonante en *í*.
¿Hay mas males todavía?
Sí, resta mas cruda lid;
que tras la silba, ya veo
los periódicos venir,

y como ropa de pascua
me pone su folletin;
y si á contestar me atrevo,
crece mas su frenesi,
y contra mis huesos se arma
periodístico motin;
¡que no puedo llamar nécio
á quien me lo llama á mí!
Esto es hecho: no mas dramas;
afuera oficio tan ruin;
antes que á poeta cómico,
quiero meterme á alguacil.

ANTONIO GIL Y ZÁRATE.

UN HOMBRE CÉLEBRE.

En otros países un *hombre célebre* es un monumento precioso, es una joya que los extranjeros buscan con avidez, y los convecinos señalan con el dedo en todas partes, como diciendo: tengo la satisfacción de conocer á fulano ó mengano ó perencejo, literato consumado, artista notable ó aunque sea picapedrero con tal que su mérito sea sobresaliente; por-

que el orgullo de conocer y mas bien de hablar, y mejor de ser amigo de una notabilidad, se tiene en tanto casi como el participar de su genio ó de su habilidad; así como el haber visitado la Grecia, la Rusia y la Turquía parece que le coloca á un hombre á la altura de los Demóstenes y de los Aristóteles en talento, ó de los Mahumades y los Nicolases en dominio. De

ahí nacen todas las fanfarronadas y mentirotas de los que viajan mucho y tambien de los que viajan poco, cuando hablan con los que no hemos viajado nada. El que ha pisado los umbrales de Paris, mas que de Roger Bauboir habla de Lamartine, mas que de Lamartine del mariscal Soult, mas que del mariscal Soult de la familia Orleans y ni ha visto á Luis Felipe, ni á Soult, ni al poeta Lamartine, ni al Borracho de Bauboir, ni ha salido de una mala fonda situada en el rincon mas olvidado de la capital. Hombre hay en Madrid que me ha dicho á mí muy sério (delante de testigos) que ha comido con el lord Wellington y el príncipe Talleyrand; que en el piso segundo de su casa vivia Mayerbeer, en el bajo Rossini, enfrente Rubini y tenia á Bellini por compañero de posada. Milagro es que no añadió que Straus le servia el chocolate y que Victor Hugo le limpiaba las botas.

Nada de esto me sorprende cuando recuerdo la idea monstruosa que yo tenia de Madrid por las noticias que en mi lugar me daban. Tanto me exageraban la longitud de las calles, que creia yo que para andarlas de punta á punta era menester ir en posta y echar merienda para dos ó tres meses. La riqueza de los edificios que me pintaban me hacia creer, si en las minas de Almagrera habrian sacado, entre otras betas, una corte de oro y brillantes. Los barrios bajos, al contrario, me los pintaron tan melancólicos y oscuros que parecia necesario para visitarlos una linterna de gas á las doce del dia, y gracias si se escapaba con bien de las trampas y lazos de que los judios malhechores tenian inundado el piso. En suma, la parte mala de Madrid me daba á mí una idea exacta del infierno, y en todo lo demas pensaba encontrarme con una ciudad de Jauja.

Pero lo que yo tenia gana de ver, como suele decirse *por mis propios ojos*, eran esas notabilidades politicas, científicas, literarias y artísticas, cuyos nombres habia estendido hasta el rincon de la última aldea la trompeta de la fama. Los Esparteros y los Lopez, los Varas y los Listas, los Esproncedas y los Zorrillas, los Madrazos y los Esquivales, los Saldonis y los Sorianos eran nombres que por distinto lado

me hacian cosquillas en el tímpano y deseaba de todas veras echarles la vista encima, para saber si eran imágenes angélicas ó tenían figura corporal como nosotros. Tal era la idea jigantesca que yo traia de las personas célebres, cuando atravesando una de las calles principales de la Corte en compañía de un amigo antiguo que ya estaba mas instruido que yo en las cosas de Madrid; mira, dijo apuntando con el dedo, allí enfrente tenemos un *hombre célebre*. Ni una liebre cuando siente las pisadas del galgo que corra tanto como yo á satisfacer mi anhelo mas vehemente; pero ¡cosa singular! aquel hombre extraordinario en nada se diferenciaba de los demas hombres: tenia dos ojos en la cara, las cejas sobre los ojos, la frente sobre las cejas, el pelo sobre la frente; la misma nariz, los mismos brazos, todo, todo idéntico al sacristan de cualquier pueblo si le daba la gana de vestir sobrepelliz ó al mayoral de una diligencia si se ponía sombrero calañés y chaqueta de alamares. Descubria yo no obstante ese aire de gravedad y orgullo que dá la ciencia, y decia para mí: este hombre se conoce que frecuenta bastante las sociedades de buen tono y que gasta pocas palabras, y efectivamente partí de allí sin verle despegar los labios. La necesidad de vestirme á la usanza madrileña nos obligó á entrar en una tienda de mala muerte que habia en una calle inmediata: estabamos en si habia de ser el real ó los ocho cuartos, cuando dándome la ocurrencia de volver la cara, encuentro á nuestro *hombre célebre* arrinconado como chico delinciente demandando perdon á sus superiores. Iba yo á darle un abrazo de amistad; pero me lo impidió el mozo de la tienda que limpiándose las sudosas manos en la cara de tan respetable individuo, le arrojó al suelo despiadadamente. Compré mis géneros y me salí de aquella casa horrorizado de la bestialidad del mozo y de la cobardía del *hombre célebre*.

Meditaba yo profundamente en mis soledades en la susodicha escena, y mas me maravillaba recordando que de estas *personas célebres* me habian encarecido tanto la intrepidez que al que no juzgaba un maton, le tenia por un espadachin. Hay muchos valientes en la corte, segun he visto despues, que buscan lances de pro-

habilidades ventajosas, rompen un brazo ó la cabeza á dos ó tres barbilampiños y quedan asegurados de incendios para lo sucesivo: porque nadie les dice esta boca es mía creyéndolos unos Bernardos del Carpio nada menos. No hay cosa mas cierta que el refran: cobra buena fama y echate á dormir. Pero volviendo á mi negocio, han de saber ustedes que yo tenia todos los vicios del mundo, pudiéndoseme muy bien aplicar aquella redondilla de Salas:

Aquí yace un currutaco
que jamás se llegó á ver,
sin dinero, sin muger,
sin naipes y sin tabaco.

Dióme efectivamente la humorada de visitar los lugares menos santos y que por esta razon son los mas concurridos de la gente vagabunda. Los *hombres célebres* decia yo, comen en la fonda y beben en el café; yo no soy célebre ni tengo esperanza de serlo, con que bien puedo hacer lo uno y lo otro en la taberna; y con la desvergüenza que ustedes pueden imaginarse me colé en la del *Pelado* que está en la plazuela de Santa Ana, pedí una chuleta asada y me la trageron cruda, pan de flor, y me lo sirvieron del color de mi tez, es decir negro muy subido. Pedí por último vino puro, y me lo dieron mas *aguado* que el primer profesor de guitarra de nuestros dias que es otra de las notabilidades españolas. ; Si me viera un *hombre célebre* en estos trapicheos, cómo se lamentaria y filosofaria sobre la degradacion de la especie humana! esclamaba yo chupando el ya descarnado hueso de la chuleta. Pero dame la tentacion de mirar detrás de mí como reprendiéndome de haber hablado tan fuerte sin acordarme de que *las paredes oyen*, y ; oh vírgen de Cobadonga! el *hombre célebre*, de la calle y de la tienda que ya referí á ustedes espíaba todas mis acciones. Miraba si comia, si bebia, si andaba; á todas partes acchaba el centinela vigilante cuya aparicion en la taberna pegaba tan bien como si Mahoma se presentara el dia del juicio á los cristianos. ; Un *hombre célebre* en la taberna! ; y luego se desatarán en máximas morales si escriben comedias ó esplican en alguna cátedra ó dan alocuciones al pú-

blico! Lo mismo hacian los frailes; se esforzaban en el púlpito contra la relajacion de las buenas costumbres, y eran unos *cójelas al vuelo y mátalas callando* de primera tígera; pero ellos decian lo que dirán los moralistas de ahora: «haz lo que yo te mando, y no lo que yo hago.»

Las niñas han sido siempre mi ojo derecho, y tambien mi ojo izquierdo; que, vive Dios, si por algo quiero á mis ojos es porque tienen niñas. No soy yo de los que hacen versos tan sentenciosamente frívolos como el que dijo:

Tabaco, vino y muger
echan al hombre á perder.

No señor, aunque sean peores, aunque carezcan de rima, aunque sean media legua mas largos ó mas cortos, quiero decir mejor:

Segun el refran antiguo
que sigue al pie de la letra;
tabaco, vino y muger
sacan á mayo florido y hermoso.

Con estos principios sentados nadie se sorprenderá de que en la taberna del *Pelado* hallase alguna de esas deidades condescendientes, tan accesibles al amor de los paletos como al de los *Usias y Escelencias*; ni dudarán que admitiese un obsequio mio prévio el ¿usted gusta? y como todo en el mundo tiene su correspondencia, no es inconcebible que ella me brindase su casa y que yo no me anduviese en chiquitas, pudiendo andar con chichotas. Así sucedió para que ustedes lo sepan, y al poco rato me hallaba muy posesionado de uno de esos hospitales de sanos incurables, inclusas de niñas con barbas, inquisiciones de vengas tormentos y paraísos de *mea culpa*. ; Ah! decia yo mas que satisfecho de mi seguridad; aquí no vendrá ese fatal *hombre célebre* que me persigue tanto; ; María! ; María! proseguí abriendo de par en par la puerta del gabinete y ; Oh desesperacion! ; oh afliccion! ; oh maldicion! ; oh todas las palabras acabadas en *on!* frente por frente á la puerta estaba el *hombre célebre* y lo que es mas sensible estaba al lado de mi ingrata María, de quien me despedí con los modales bruscos dignos de su clase y de sus malas acciones. No hay

remedio, iba yo murmurando por la calle, esos *hombres célebres* tienen pacto con el demonio y por eso hacen cosas superiores á las inteligencias comunes. Como que hubiera yo querido hallar á Satanás para entrar en tratos y hacerme *notabilidad* á costa de la salvacion eterna, y si es que no ví al demonio, por lo menos creo que me tentó para lanzarme desde allí en una casa de juego donde se batía el cobre, como se pueden batir yemas en una confitería, y cataratas en el hospital general. Ochenta y cinco cuartos que hacen medio duro llevaba en el bolsillo y medio duro ó sean los ochenta y cinco cuartos, puse á una sota que tuvo por conveniente chasquearme, como todas acostumbran. Cuando mas fiaba en la tal sota vino á darme un par de coces con el rey de bastos; para que se vea que no son solo los caballos los que tiran coces. Tan cargado me hallaba yo del *hombre célebre* que le hubiera creído autor de todas mis desgracias sino estuviera persuadido de que los *hombres célebres* no deben ir á las casas de juego; porque, como llevo dicho, los grandes talentos deben ser la norma de las virtudes grandes y es imposible que la moralidad se beba en la fuente de los vicios. Esto se observa en otras partes: entre nosotros por el contrario, hasta ser extravagante en las costumbres, insolente en el trato, beber muchas copas de rom y jugar la vida al monte, para pasar por hombres de pro y moralistas, con solo publicar despues en prosa ó en verso cuatro de esas vulgaridades y sentenciotas que tienen olvidadas los mozos de cordel. Yo no sé si nuestro *hombre célebre* tendria lancees de moralista; lo que sé únicamente es que observando al grupo de la mesa de juego, allí me lo encontré tan peripuesto y pintiparado que no habia mas que ver. Admiróme mas que todo el que cada uno que perdía me lo sacudiese un sopapo de aquellos que retumban, y que él se aguantase sin decir lo mas mínimo de tan malos tratamientos. Este hombre, dije yo á los demas, en todas las casas de prostitucion se le vé; debe ser modelo de corrupcion y de inmoralidad. Este hombre, me respondió uno de los oyentes, es universal; lo mismo se le halla en los círculos bajos que en los altos círculos. En las

tabernas está bien visto, en las sociedades de etiqueta es casi necesario, y yo le aseguro á usted que sin su compañía no saldré á la puerta de la calle.—Cada palabra de estotro hombre me sorprendia mas, y mientras el urgaba los bolsillos para buscar no sé que documento justificativo, yo le conté como la primer vez que vi al *hombre célebre* fué en la calle retratado en una estamperia, que despues le vi retratado en un pañuelo en la tienda de que he hablado á ustedes; en retrato le vi en la taberna, retratado estaba en casa de aquella ciudadana que acompañe rendido, y como hasta en los hules se hacen ahora retratos de *hombres célebres*, retratado estaba tambien en el tapete de la mesa de juego. Faltábame solo que su apasionado me esplicase el sentido de sus palabras enigmáticas; pero este sacando las manos del bolsillo del gavan me ofreció un cigarro de los muchos que tenia en una lindisima petaca en cuya tapa estaba tambien el retrato de aquella notabilidad.

A este tiempo pasaba una fosforera cantando como todo Madrid estará cansado de oír:

«Yo llevo en este cajon
á la fama y á Cervantes
y fósforos fulminantes
de cerilla y de carton.»

Efectivamente hasta en los libritos de fumar habrán ustedes visto hombres célebres extranjeros y nacionales, antiguos y contemporáneos tan perfectamente retratados que sin hacer con ellos lo que con la levita del Toledano, que queriendo darse á conocer por ella, cuentan que el sastre le puso un letrero en la espalda que decia: *el señor es de Toledo*, lo cual no advertido por él, le causó gran sorpresa al ver que todo el mundo que pasaba por su lado repetía: *el señor es de Toledo*. Es decir que si debajo de los retratos no dijera *Cervantes*, *Napoleon*, etc. se iría uno tan satisfecho de que lo que habia visto era algun lobo ó alguna cigüeña, verificándose casi aquello del epigrama que un servidor de ustedes hizo en otro tiempo:

Un escultor no afamado
pero de genio travieso
hizo un San Anton de yeso
poniendo su cerdo al lado.

Y entrambos en un renglon

esplicó prudente y cuerdo,
cual de los dos era el cerdo
y cual de ellos San Anton.

Lo cierto es que á la fosforera me dieron ganas de darla un bastonazo; pero esto lo dejé para otra clase de gentes. Cuando sea necesario dar una severa leccion á algun poeta *chirle* como dice Quevedo, pienso aplastarle los hocicos con la cabeza de mi baston que para que ustedes lo sepan es la de Cervantes. Con eso no seré yo quien se la dé y no se dirá que la cabeza que digo sea incompetente en materias literarias.

Por mi parte si en algun tiempo tuve deseos de adquirir celebridad, ahora pondré todos los medios para no conseguirla siquiera por no verme tantas veces en caricatura. En unas partes le ponen á uno molletes de monja boba, en otras sumamente chupado; ora narigudo siendo romo, ora romo siendo narigudo; ya sério como un senador, ya risueño como un tonto de Coria. ¡Qué demonio! buena ó mala bien está cada uno con su fealdad, y no le hagan veinte caras feas al que solo tiene una que no es poca belleza en estos tiempos en que el que menos es hombre de dos caras.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

LETRILLA.



Quando veo á doña Estrella,
del tiempo de Epaminondas,

que con encajes y blondas
quiere ostentarse mas bella,
y es doncella
que lleva dientes postizos...
que se acicala y aliña
para parecer muy niña,
y que con agenos rizos
cubre asquerosas berrugas...
y al ver como sus arrugas
con cierta pomada alisa,
me desternillo de risa.



Quando las gracias pregonó
de ese admirador de Francia
que habla siempre de elegancia
de *soirées* y de gran tono...

que hace el mono
pareciéndole un desastre
haber nacido en España...
que solo bebe Champaña...
que debe la cuenta al sastré...
que come de mogellon
y habla de la gran pasión
que le ha inspirado Belisa,
me descoyunto de risa.

Quando veo á un mentecato
que no sabe el A, B, C,
y disputa en un café

con fueros de literato,
y un relato
suele espetarnos de historia,
y tanta sandez encaja



que se vé que es linda alhaja
para tirar de una noria...
y dice que es dramaturgo...
que obsequió en San Petersburgo
á una famosa poetisa,
me desternillo de risa.



Al mirar á un narigudo
en cuyo rostro infeliz
le puso Dios por nariz

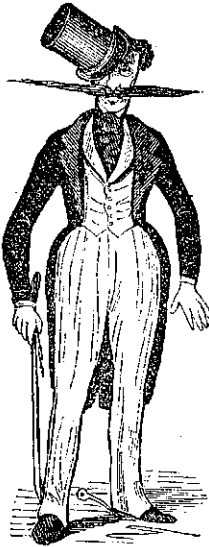
el mas prolongado embudo...
por él sudo;
y ante su almacén de olfato
compadezco su desgracia,
mas el diz que le hace gracia,
ó se figura que es chato:
y al verlo muy elegante
ostentar del elefante
la descomunal divisa,
me descoyunto de risa.



El otro que á todos roba
la atención en el paseo
por lo remilgado y feo
y por su enorme joroba,
cuando adoba
su andar con monadas mil,
y hace pinitos de gozo,
y presume de buen mozo
con su facha de mandril...
que gasta con despilfarro,
y junto á su gran cigarro
apenas se le divisa,
me desternillo de risa.

Ese que tiene renombre
de buen mozo, y que entusiasma,
á mí por lo muy fantasma
me dá lástima el buen hombre;
que aunque asombre
su figura hermosa y bella,
no le doy yo ningún precio

al verle tan fátuo y necio
hacer el oso con ella,



porque el hombre de provecho
debe ser de pelo en pecho,
y el que blandamente pisa
me da compasion ó risa.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

A FR. GERUNDIO.

Reverendísimo Padre: al verle sacudir el polvo de los hábitos, acomodarse las mangas y la capilla, y echar mano al hisopo para conjurar los espíritus malignos, todos los hermanos que componen la comunidad de LA RISA le desean mil prosperidades, y recomiendan desde ahora vuestro seráfico celo, si es que de recomendación necesitan las festivas producciones de Vuestra Reverencia, cuyo extraordinario mérito es reconocido y apreciado dentro y fuera de España. De todos modos, con el afecto mas sincero y por lo que pueda valer, exhortamos á todos los pecadores se animen á depositar en vuestra reverendísima manga la corta limosna de ocho reales al mes en Madrid, diez en las provincias y veintiocho por trimestre para adquirir vuestros

santos ejercicios, que desde el 5 del presente mes (junio de 1843) verán la pública luz cada cinco dias con el auxilio y misericordia de Dios.

Pero permita, Reverendísimo Padre, que con toda eficacia le supliquemos no abandone á sus hermanos de LA RISA. Por las llagas de su padre San Francisco acuérdesse de estos míseros penitentes, que sin su colaboracion quedarian cual descarriadas ovejas á merced de las tentaciones del demonio. Declare á los fieles en sus santas publicaciones, que para solaz de sus graves tareas nos favorecerá de vez en cuando con alguna produccioncilla á la manera de la de *Calzas y Pelucas* que publicó LA RISA y que tan merecidos aplausos ha granjeado á Vuestra Paternidad Reverenda. Declárelo así en obsequio del acendrado afecto que le profesamos, y recomiende en sus sábias páginas las páginas de LA RISA, si es que de su preciosa recomendacion le parecen ellas merecedoras.

Tampoco quisiéramos que vuestro apreciable lego echase la memoria de nuestro *Ambigü* en manga róta. En él se hace soberbio chocolate y á *Tirabeque* lo mismo que á Vuestra Paternidad Reverendísima, se lo dará nuestro amabilísimo cocinero con esquisitos bollos, siempre que favorezcan con su presencia el *Ambigü* de LA RISA, donde hay ademas para los buenos amigos, abundantes provisiones de cuanto Dios crió.

Con este motivo, hermano *Fr. Gerundio*, me repito de V. P. M. R. atento obligado servidor.
Q. V. M. B.

A nombre de la comunidad de LA RISA

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

LAS NODRIZAS.

Es consecuencia inmediata
de la coyunda nupcial.
al estado de casados
añadir el de papás.

Y es consecuencia precisa
so pena de no nacer,
para que subsista el rorro
matarle el hambre y la sed.

Y tambien es consecuencia
darle alimento sutil,
mientras sus dientes no puedan
con el salchichon de Vich.

Es consecuencia por esto
que al fruto de tierno amor,
preste la madre alimento
con su abundante pezon.

Y es consecuencia así mismo
si el pecho dice, no hay mus,
traerse un ama de cria
de los contornos de Irun.

—
Pero ¡ay! desgraciado chico,
si la inhumana mamá
lo fia todo al cuidado
de una nodriza infernal!

¡Ay del que habiendo nacido
del Manzanares al pié,
mama la leche (aunque buena)
de tierra de Santander!

Puede decir que no hay cosa
mas deplorable y mas vil,
que nacer para mamar
y mamar para vivir.

Por mucho esmero que tenga
la madre que el ser le dió,
y por mas y mas revistas
que pase al pecho alquilon,

En fin, por mas que al destete
respire el niño salud,
debe de estar mal criado
aunque lo niegue Jesus.

—
No ha muchos dias, señores.
que ansioso de soledad
me encaminaba al Retiro
donde las fieras están.

Ibame diciendo á solas:
¡ay, si quisiera Luzbel
soltar un par de esos vichos
que entre enrejados se ven!

¡Apenas tomáran paso
mis piernas hácia Madrid,
aunque sonára de guerra
el alarmante clarin!

Dije, y dos fieras nodrizas
mugiendo como un leon

sentadas junto á la noria
en vez de andar en redor.

Me dejaron mas clavado
que Jesucristo en la cruz,
con este diálogo propio
de Caifás y Belcebú.

— Mi señora es una loca.
— Y la mía mucho mas.
— Y mi señor un camello.
— Y el mio un orangutan.

— Para la triste miseria
que una coje á fin de mes,
gasta doble y mas de doble
si se quiere sostener.

El diantre de las señoras;
muy listas para parir,
peró muy duras en esto
de alfojar maravedís.

¡Cuántas incomodidades
con este chico feroz,
ademas de lo que chupa
pues traga como un lechon!

Si un niño sale canijo,
«tienes mala leche, abur.»
Si rollizo, «lo ha heredado;
su madre vale un Perú.»

—
Muchacha! que llora el niño
á ver si le haces callar.
Muchacha! que está pacífico?
¿tendrá alguna enfermedad?

Muchacha! que está hecho un fuego;
vete á la sombra con él.
Muchacha: que tiene frio;
échalo y tápalo bien.

Muchacha! que rabia de hambre;
saca el cofre á relucir.
Muchacha! ¿ves que mal huele?
llévalo pronto de aquí.

Muchacha! que está muy triste
tarara un rigodon.
Muchacha! que hoy no has salido,
vete á la Puerta del Sol.

Y ando como una azacana
con este trozo de atun,
á la Ronda y al Retiro,
al rio y á Santa Cruz.

—Lo mismo sufro, querida,
y no pudiera aguantar
á no tragar tanto vino,
tanta carne y tanto pan.

Y eso que al chico le quiero
mas que á los míos tal vez.

— ¡Si que yo al mio! le adoro
y le trato como á un rey.» —

Dijo cada cual del chico,
cuando estaba el infeliz
con la cabeza colgando
y los piés hácia el cenit.



Madres! contemplad el cuadro
con lágrimas de dolor;
ó abstenerse de ser madres
ó sedlo bien, vive Dios.

Porque sino dais pruebas
de poquísimas virtudes.
y vuestro eterno enemigo
será..... J. M. V.

UNA ESTRAVAGANCIA.

¿Qué cosa es pensamiento? Hé aquí una pregunta que á mí mismo me hago; y que á pesar de toda su lisura, apuradillo me veo para contestármela. En efecto ¿quién es capaz de hacer la definición de este caballero, antojadizo cual niña de quince abriles, ridiculo (y no es amor propio) como el que esto escribe, y feo á veces como el extracto que de su persona, hábitos ó inclinaciones ha hecho el demócrata Arguals de Izco? Y ya que por incidencia he tocado este

particular, permítaseme que de él deduzca, que si LA RISA causa risa, se debe solamente á la fealdad de sus redactores, mejorando los presentes. Mas vuelvo á mi asunto, y salga como saliere, que no es cosa que en el siglo de lo positivo se pare ningun hijo de Adán en pelillos; porque de lo contrario menester seria que me dejase la cabeza, y ainda mais, como de peder-nal un plato; lo que no entra en mis cálculos, porque este servidor de ustedes es en extremo

alacionado al bello... sexo, se entiende; y admírense ustedes lectores de la consonancia que guarda con aquel pelo este bello. Por lo tanto, lectores, mirad oblicuamente hácia la derecha, luego hácia la izquierda, y de derecha á izquierda; volviendo los ojos, leeréis lo que á mi soberana voluntad le place escribir y á la de LA RISA publicar.

Es el pensamiento... ¿qué será el pensamiento? En cuanto á mí, no me queda duda que es algo, pero en el algo está la dificultad.... Es el pensamiento.... ¡ealle! ¿Y ya se ve que es? ¿quién lo duda? Pero, ¿qué es? ahí está el busilis... Es el pensamiento... Ya di en el busilis y en la dificultad! El pensamiento es una cosa invisible, inodora, sin color ni sabor, en fin una cosa igual al pensamiento; y ¡vive Dios! que nadie me diga lo contrario, que capaz será de recomendarlo al ciudadano Villergas como pie para un epigrama; porque nadie puede hablar mejor de la boda que los novios; y tengo para mí que si el pensamiento es parte integrante de mi existencia, como cristianamente creo, y tengo sobre él algun derecho, nadie como yo, podrá hablar de sus propiedades. Propiedades! ¿cuáles son las propiedades del pensamiento? Muchas sin duda: pero entre ellas sobresale esa espantosa volubilidad de que dá tan repetidas pruebas, que no parece sino que nació para ser patriota del siglo XIX. Condenado siempre á no gozar de reposo, tan pronto se remonta hasta el Empireo, y se entretiene en decirle cuatro piropos á Venus y en echar una mano de conversacion con Capricornio, ó bien en jugar á la gallinita ciega con las siete cabrillas, como descendiendo á las profundas y lóbregas mansiones del Averno, y mide las dimensiones del rabo de Pluton, ó contempla el pudibundo candor de su consorte Proserpina, (que si tiene pensamiento no dejará de fijarlo de vez en cuando en el famoso suplemento que al dorso su esposo tiene); cánsase de esto, y fija su dominio en el espacio; y allí... allí es regular que juegue con los insectos: luego se recrea con la muerte, á pocos segundos se halla en la batalla de Marengo con el gran capitán del siglo; al instante goza con la hormiga que en guardar se afana; á poco en el águila que remonta su vuelo hasta las nubes; y así en des-

censos y ascensos y quedando en medio, y pensando en la muerte y en la vida, y refociliándose con el doncel ó con la doncella, que será segun el sexo del individuo á que pertenezca, viene á fijarse en algo que lo absorbe todo por largo rato, aunque el asunto no sea digno de que en él se fije ni el tiempo necesario para decir ¡ah! Y esto cabalmente me sucede á mí ahora.

¡Ojalá que en cambio mi pensamiento se ocupara en ser canónigo; aunque no... de esto fuera bueno que se hubiese ocupado años atrás, pero ahora sería una locura, ni menos en ser ministro, que cosa sería esta para tirarse de los pelos y ya he manifestado que á los míos los estimo quizás en mas de lo que valen (y cuidado que son rubios) puesto que cojo un tabardillo cada vez que tengo la desgracia de poner mi cabeza entre las pelucidas manos del diplomático barbero. Pere me distraigo, cosa que nada tiene de extraño, cuando tan de moda se han hecho las distracciones, que nadie está en lo que hace. Ya se vé, y como falta un presidente que me llame á la cuestion! Pero al caso.

Es el caso peliagudo como harba de romántico; es el caso mas grande y estupendo que ha ocupado pensamiento humano; es un caso monstruo; y dicho está lo bastante para probar su importancia. Redúcese nada menos que á demostrar un gran secreto en el que nadie hasta de presente ha fijado la consideracion, un elemento poderoso que existe en la sociedad, y que pasa desapercibido, como pasan tantas otras cosas grandes y maravillosas al propio tiempo que otras de menor cuantía mueven una zambra extraordinaria. Y prueba de ello ¿á qué no adivinan ustedes cuál es el medio mas espedito que tienen los hombres para comunicarse?—A qué sí? la lengua.—Pues están ustedes equivocados, no es la lengua, es cierta quisicosa que acerca á los hombres sin conocerse, y obliga á hablarse á los que con otra vez que se vean se ven dos veces.—No diga usted mas, que ya sabemos lo que es... la simpatía.—No, que es el peligro.—Tampoco: es lo concomitancia.—Jesus! qué disparate! lo que acerca unos hombres á los otros, es el genio.—Riase usted de eso; lo que los acerca es...—Vaya digalo usted niña.—Si me da corteidad.—Se dan ustedes por cachifundidos?—Si

nos damos; mas dígalo pronto.—Poquito á poco, que no estamos en ningún ventisquero, y mientras mas tarden en saberlo, mayor será su curiosidad.

Entre los muchos y prodigiosos inventos que ha hecho el ingenio humano para acercar á los hombres, merece un distinguido lugar este de que trato. Mayor es su virtud que la del vapor, porque si bien este sirve para salvar pronto largas distancias, no tiene el poder para que de buenas á primeras se vaya fulanito derecho á menganito y le hable. El invento que me ocupa, viejo como la risa, es un vehículo poderoso para las relaciones mútuas de los individuos en sociedad: es un medio gastado sin que por ello haya caído en desuso (y en esto conocerán ustedes todo lo que vale) para igualar las condiciones sociales; es en fin un poder que establece la mas justa libertad, y que pone á nivel y une por un momento al clérigo con el militar, al escribano con el *escribano*, al periodista con el fiscal, al ignorante con el sabio, y etcétera. Y es de admirar que una vez de por medio este poder, guardarse todos podrán de dejar desairado al que lo invoca, que capaz será por la negra honrilla de armar una de todos los diablos y convertir en campo de Agramante el sitio en que se encuentre: ni es para menos el asunto porque cada cual tiene su aquel como Dios se lo haya dado, y bien merece que se guarden algunas consideraciones al nivelador de las clases.

¡Oh invento de los inventos! yo te saludo y tu poder admiro! Ahora bien: supongo que ya quedarán ustedes enterados, y habrán venido en conocimiento del objeto que motiva este artículo, pero si por la mucha torpeza de ustedes no comprenden una cosa tan clara y tan esplicitamente manifestada, forzoso me será sacarlos de duda.

Encender un cigarro. Hé aquí el gran caballo de batalla de este artículo; hé aquí el medio poderoso de comunicacion; hé aquí lo que acerca á los hombres sin conocerse; hé aquí, en fin, en lo que nadie ha hecho alto, á pesar de ser materia para escribir gruesos volúmenes, y digna de que los vates templen sus cítaras para cantar sus merecimientos! Oh, tú, el primero que enseñastes que era cosa lícita que mi cigarro en

el cigarro de otro se encendiera! Oh, tú, ingenio cual no otro claro! Oh, tú, civilizador de la humana especie, recibe este corto tributo de admiracion que dedica á tu memoria el que mas de una vez ha tenido lugar de probar todo lo que vale *encender un cigarro! pedir la candela!!!*

No hay que asombrarse, lectores, de este mi entusiasmo fumatérico. Atended, á las causas que lo incitan, y tendreis que confesar de buen ó mal grado, que es justo y como justo noble, y á fuer de noble desinteresado. Porque ese invento sublime no queda reducido á lo manifestado; hay un millon de cosas mas para probar su excelencia. *¡Pedir la candela!* Y en ese hecho ¿qué hay de particular? dirá alguno. Pues es nada: figuraos que el pedir la candela es un barómetro seguro para conocer l s puntos de educacion y de finura que el pediguieño calza. Encienda usted un cigarro y colóquese en sitio público; y verá como al olorcillo se le dejan venir encima mas de un aficionado á echar por boca y narices humo; y desde este momento puede usted dar principio á sus observaciones.—Amigo, ¿me hace usted el favor de que encienda este cigarro? Alce usted la cabeza á esta invitacion, y mire quien se la hace: y aunque usted no quiera, se encuentra frente á frente con un hombre templado á los tiempos del rey Favila, que en buen hora sea dicho, ha sido el único que ha sabido morir como á los de su clase conviene. Le da usted la candela, y luego que enciende, se la devuelve á usted con el correspondiente «agradecido, amigo.» Por su llaneza y por la minuciosidad con que le pide á usted la candela, tiene usted forzosamente que venir en conocimiento que el tal individuo es un hombre formalote é incapaz, por lo tanto, de faltar á las reglas de buena crianza.—Caballero, ¿tiene usted la dignacion de participarme sus ardores? Y usted al oír esto cae al momento en la cuenta de que el que le habla es un elegante á la *dernier* un fá-tuo, que mejor se dejaría cortar las narices que espresarse de un modo natural.—¿Me permite usted? le dice á usted otro: un modo de pedir tan conciso revelará á usted al punto que este ciudadano es poco amigo de gastar saliva, y tiene en mucho su estómago para estragárselo fue-

ra de tiempo. Por de contado, que para comprender lo que el tal ciudadano pide, necesario es mirarle á las manos, y que el cigarro supla con su elocuencia muda y tabaquera el fin de la frase.—¿Me hace usted el gusto? Quien así pide la candela pone en duda el sexo á que pertenece, porque lo que es á mi, varon desde que mi mamá me echó al mundo, no me ha ocurrido jamás la idea de pedir que me hagan el gusto, á ningun individuo de mi sexo, y supongo que á ustedes les habrá sucedido otro tanto.—Y qué no le dará á usted que pensar de la educación de aquel que con voz ronca le diga!! Camaráa, me da'sté la candela? Con todo y á pesar de que por buena lógica se convence usted de que tal modo de pedir imperativo, y mas que imperativo un tanto si es ó no amenazador, no es el mas á propósito para que usted acceda á su deseo, es seguro que no le hará usted esperar mucho tiempo, por aquello del canguelo.—Pues, y el ¿señorito me hasosté favor? donde me lo deja usted? Quiero usted una prueba mas clara y positivamente positiva, de que el aficionado al cigarro es un pedazo de alcornoque con ojos, que no ha podido salir de la miserable condicion de mozo de mulas; y quien dice de mulas dice de usted ó de cualquiera otros que tengan ó hayan tenido mozos.

Y no es solo en el mero hecho de pedir la candela donde se conoce la condicion y finura de cada quisque: lo es tambien en el modo de coger el cigarro: gahnápiros serán los que le cojan con el auxilio de los cinco dedos; entreverados los que lo tomen con tres: elegantes los que lo hagan con solo los dedos póllice é índice, y finos de toda finura los que el cigarro coloquen entre el índice y el del corazón.

Largo sería enumerar las diversas maneras con que se pide candela; largo sería tambien una relacion detallada para hacer mas palpable la excelencia de este descubrimiento, que acercando á todos los hombres, engendra amistades lo mismo que disputas. Y nadie se estrañe de esta última parte de mi proposicion.

Las mejores instituciones siempre se corrompen en manos de los hombres: ¿cómo habia de librarse la que me ocupa de dar en este escollo? Así es que no todas son flores; y ocasiones ha ha-

bido en que por una negativa á dar candela se ha armado la de Dios es Cristo. Mas esto nada vale, ni tampoco la incomodidad que usted á veces sufre por causa de esta peregrina invencion. Supongamos que usted es casado, y que á su cara mitad le ha dado jaqueca, verdadera ó ficticia que esto no es del caso; supongamos que usted la quiere mucho y que al momento se atortola y sale á la calle en busca de remedio; supongamos que lleva usted un cigarro encendido, y siguiendo en la suposicion, que camedio de su carrera sale un quidam y le intercepta el paso dirigiéndole la palabra en cualquiera de los modos que van espresados: ¿qué hará usted en este caso? negarle la candela, no, porque daria lugar á disputas; no tiene usted mas remedio que dejarle el cigarro y abstenerse de fumar salvo el consuelo de maldecir en su interior al importuno. Pues: ¿y si va usted por el Viático para su suegra, y mas si es rica y no tiene mas hija que la pichoncita de usted y sale un cualquiera y le pide candela? Se desesperará usted porque no es cosa de perder un momento en asunto de tanta importancia, que errecrá si en lugar de ir por el Viático, va á avisar á la parroquia que vaya por el cuerpo de la difunta.

Mas como quiera que estos no sean mas que lunarillos imperfectos, casi imperceptibles al lado del grandioso y civilizador invento de *pedir la candela*, convengan ustedes todos conmigo en que el cerebro que tal concibió merecia estar engarzado en diamantes, si ejemplo hay en la historia de haberse engarzado en diamante algun cerebro.

SANTIAGO CASILARI.

LETRILLA.

Estaba la musa mía,
no diré como ni cuando,
imposibles apurando
y de esta suerte decia:
que un desgraciado sonria,
que inspire miedo un enano,
que baile y brinque un anciano,
y no ande torcido un cojo?

¡ahí es nada lo del ojo,
y le llevaba en la mano!

Aunque mil rayos y mas
bajar viera en un instante;
tuviera un cañon delante
y hubiera un toro detrás:
piensan ustedes quizás
que ofreciéndoseme humano,
de entregarme á un escribano
tuviera todo el arrojé?
¡ahí es nada lo del ojo,
y le llevaba en la mano!

Que á un ciudadano gruñir
vea contra un opresor,
y al notar tanto calor
pueda dejar de reir:
que yo le ayude á subir,
para que este ciudadano
después de hacerse tirano
me dé en público un sonrojo?
¡ahí es nada lo del ojo
y le llevaba en la mano!

Que entre el amor de una hermosa
rubia y bella, pero pobre,
y entre el oro, plata y cobre
de una marquesa canosa,
si torpe ambicion le acusa
no quiera mas Atilano
á la del cabello cano
que á la del cabello rojo?
¡ahí es nada lo del ojo,
y le llevaba en la mano!

Que yo crea en la pasion
de Maruja, cuando al fin
sé que á Julio y á Fermin
á Lorje, á Martin, á Anton,
á Tadeo y á Simon,
á Pedro, á Juan, á Mariano,
y á Roque y á Sinforiano
entretuvo por antojo?
¡ahí es nada lo del ojo
y le llevaba en la mano!

Si el huésped que anda ojo alerta

con la patrona retoza,
imposible es que la moza
eche el cerrojo á la puerta:
mas si no la deja abierta
y el que la persigue insano
pone los medios no en vano,
de descorrer el cerrojo.....
¡ahí es nada lo del ojo
y le llevaba en la mano!

Alguno conozco yo
que esto intentó y algo mas:
cogió ella un zapato y ¡zás!
las narices le aplastó.
Luego por detrás le dió
puntillon tan soberano,
que él bajó la mano ufano
diciendo: en sangre me mojó;
mas no es nada lo del ojo.—
Y le llevaba en la mano.

Siete estrofas con ahinco
hice, y en la octava voy.
Tres versos van; ¡bien estoy!
Entre en el cuarto; ¡yo brineo!
¡pues con estótro van cinco!
Haremos final temprano,
que si décil me amilano
y cuanto pidan aflojo...
¡ahí es nada lo del ojo,
y le llevaba en la mano!

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

FR. GERUNDIO

Á LA COMUNIDAD DE LA RISA.

Risa, y placer, y gusto, y alegría, y com-
placencia, y satisfaccion, y contento, y deleite,
y gozo me ha causado, hermanos risueños, á mí
Fr. Gerundio, la atenta y festiva invitatoria que
á nombre vuestro se ha dignado dirigirme el
hermano *Ayguals de Izco*. Protésteos á fé de re-
verendo, y júroos por mi santo escapulario, que
al propio tiempo que me habeis ruborizado con
las inmerecidas laudes que vuestra bondad me
prodiga, me obligais en términos que fuera yo

el mas ingrato de los seres risibles, y que mereciera en castigo pertenecer á los entes llorones, si no dejara descansar algunos ratos el hisopo de conjurar y las disciplinas de sacudir espíritus malignos y políticos malandrines, para dedicarlos á reír con vosotros, y á solazarme con los hermanos de esa comunidad riente.

Y no dejaré tampoco de aprovechar la primera ocasion que se me depare para recomendar á la larguísima comunidad gerundiana en mis predicaciones las festivas páginas de vuestra RISA; puesto que ademas de merecerlo citas, lo mereceis aparte los apreciables hermanos que constituís la comunidad. Y esto, no porque LA RISA necesite mi pobre recomendacion gerundiana, que barto por sí misma se recomieada, sino por cumplir en ello el amistoso deber que con vuestras finezas á mi reverendísima habeis impuesto.

Leí á mi lego *Tirabeque* la parte de vuestra misiva que á él iba dirigida y encaminada; y al oír que le convidábais con vuestro *Ambigü*, que le ofreciais nada menos que soberbio chocolate con esquisitos bollos, con el apéndice de las abundantes provisiones de cuanto Dios crió, se le entreabrió la boca, y asomándosele á los labios una sonrisa que dejaba entreveer la delectacion morosa en que se bañaba su alma y su cuerpo; «señor, me dijo, á esa comunidad serviré yo de buena gana, y si tales cosas tienen en el *Ambigü* y con ellas me convidan con tan buena voluntad como parece, desde hoy pueden contar con que no haré un feo á su convite; antes por el contrario asistiré puntualmente á cuantos *Ambigües* quieran darme, cuanto mas que los hermanos de esa cofradía deben ser todos de humor alegre y jaranero hasta no mas, que es la gente con quien yo congenio.

«Y dígame usted de mi parte, y perdone usted la confianza, que si hasta de hoy no me ha entrado la tentacion de asistir á la mesa de esa buena comunidad ha sido por dos causas; la primera porque hasta ahora no me habian convidado, y yo no soy de aquellos que se meten de rondon á comer de gorra donde no son llamados; y la segunda, porque no habiendo visto hasta el dia en su *Ambigü* mas que muchas sopas, muchos cocidos y muchas menestras, no se habia

presentado manjar ni vianda que me tentara el cuarto sentido; pero que una vez que ellos aseguran tener tan buen repuesto en su cocina, cuenten con un plato y un cubierto mas.

«Y en cuanto á lo del soberbio chocolate que dicen me dará su amabilísimo cocinero, dígame usted que pongan unos puntos suspensivos..... que esta es materia en que nos veremos el cocinero de LA RISA y el de *Fr. Gerundio*, y que estoy dispuesto á habérmelas no solo con él sino con los mismos padres maestros de la comunidad, y á liquidar quién lo gasta mas soberbio y quien sabe hacerlo mas soberbiamente. Y sobre esto añádale usted lo que guste, que yo no le digo mas, porque nos veremos y nos entenderemos.»

Aquí teneis, hermano *Agguais*, fielmente copiada la contestacion de mi lego *Pelegrin* al último párrafo de vuestra epístola, y de ella haréis vos ó la alegre comunidad el uso que mejor os parezca.

Por lo que hace á mi reverencia, digo como él que nos iremos viendo y entendiendo. Y en el interin, ofreciendo mi gerundiana capilla á todos los padres de la órden risueña, y dándoles las gracias por su afectuosa invitacion, queda alegremente á sus órdenes su atento servidor y capellan que con la risa en los labios le besa.... perdonad, hermano, con la risa en los labios no acierta á besar nada.

FR. GERUNDIO.

; ANGELITO !

Es el mas bello
de los placeres
tener un niño
de pocos meses,
que si no mama,
que si no duerme,
se desgañita
llorando siempre.
Aunque le muden
una y mil veces,
los pañalitos
al inocente,

siempre está húmedo
mi pobre nene,
y no es á rosas,
ni es á clavcles,
ni es á jazmines
á lo que huele.



No es que tan solo
babas le cuelguen;
que al darle un beso,
arrojar sucle
por la hoquita
copiosa leche:
y si en sus brazos
uno le mece,
el angelito
hace que llueve.
Y por la noche?
como él empiece
su cancioncilla,
no es tan endeble
su voz aguda
que no despierte
á cuantos cerca
del niño duermen.
Y el parvulillo
es tan rebelde,
que ya no hay mimos
que le sosieguen.
Canta su madre
mal que le pese;
le da la teta
y él no la quiere,
hasta que el padre

se alza y enciende
la vela... entonces
ven al pobrete
que está abismado
en una peste!
La madre dice;
«mira, Gimenez,
dame un poquito
de agua caliente
y los pañales
del cajon ese.»
Anda en camisa
Don Nicomedes
y le tiritan
dientes con dientes
que es buen marido,
y así entretiene
las noches frias
de lluvia y nieve.
No cabe duda
que es un deleite
pasar los ratos
tan dulcemente!
¡Qué socorrido
es el lance este!
Al que con niños
se acuesta y duerme,
ya el refran dice
lo que sucede.
Son diversiones
de las que tienen
gracia, hemoles,
y perendengues;
por eso digo
que aunque moleste
mi taravilla,
repito siempre:
que es el mas bello
de los placeres
tener un niño
de pocos meses.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.



UN TRONERA.

DIABLURA ROMÁNTICA.

I.

Tronera es un hombre de trueno, alocado, como si digéramos un calavera. De estos que hacen las cosas y luego las piensan, que quieren á un amigo mas que á su dama y se desatían con él á muerte por una mala jugada de solo ó de villar. Que gozan en ver rabiar al prójimo y le dan una paliza sin mas intención que la de divertirse. En fin, un calavera es un calavera y no digo mas porque todas las explicaciones del mundo dejarían pálida é incompleta la definición.

Pues hombre de este tenor era don Félix Crespo cuando tenía veinte navidades, y estas veinte navidades no sé si las cumplió el año 1810 ó el de 1800. Es verdad que tampoco sé cuando nació; pero por un cálculo prudente se puede asegurar que nació veinte años antes de cumplir las veinte navidades, y vengan Newtones y Mangiameles á demostrar que este no es un evangelio aritmético. Pero lo que menos importa es saber la fecha del nacimiento, de las veinte navidades y de la muerte de don Félix Crespo, ni quienes fueron sus padres (sobre este particular solo sé que su padre era un tal Crespo, hijo de otro que tambien se llamaba Crespo). Basta saber que don Félix vivía en Madrid y tambien decia que estudiaba, cosa que no le vieron hacer jamás, sin embargo de que en los cursos que estudió de gramática, siempre salió sobresaliente segun las certificaciones, en filosofia sobresaliente, en matemáticas sobresaliente, y en seis años de medicina tenía SSSSSS que á fuerza de eses podía ser un Sabio, un Salomon, un Séneca, un Sófocles, un San Simon y hasta un Serenísimo Señor Senador, cosa bien estraña por cierto. Los profesores le perdonaban todas las faltas y le mimaban. Unos lo achacaban á recomendaciones y otros á dinero; pero personas mejor informadas, me han dicho con mucha reserva, y yo suplico á mis lectores que guarden el secreto, que don Félix Crespo se presentaba á un catedrático y decia: si usted me reprueba le saco la lengua; si me dá mala nota le crucifico, y únicamente puede librarse de mis garras diciendo que soy

un gran estudiante, un asombroso estudiante, el tipo de los estudiantes. El hombre que no queria verse sin lengua porque no le llamaran deslenguado, ni queria verse en la cruz porque no tenía vocacion de mártir, por toda contestacion tomaba la pluma y escribia: «Don Fulano de Tal y otras yerbas, caballero etc. y profesor etc..... Certifico: Que don Felix Crespo, ha seguido el curso de este año con indarible constancia y aplicacion contestando en los exámenes como un papagallo á las preguntas que se le han hecho, por todo lo cual ha merecido la nota de sobresaliente, sintiendo yo que no haya otra mas sobresaliente que la de sobresaliente; pues en este caso bien la merecia el sobresaliente escolar don Felix Crespo. Y para que conste doy esta que firmo en Madrid etc.—Fulano de Tal y otras yerbas.

Don Felix Crespo, era inclinado á todo lo raro y estravagante. Habia funcion en el Liceo ¿y se encontraba elegante? Pues se iba á casa antes á ponerse el frac mas roto y remendado y la corbata mas pobre y el pantalon mas amanzanado, es decir menos trabillesco. ¿Se trataba de ir á comer callos á una taberna? Allá se colaba don Felix con rico guante blanco, frac negro de toda moda y pantalon Casilareño, es decir abotinado y oprimido como cintura de doncella. En el café nunca hacia cosa á derechas. Si pedía dulce se lo habian de servir en vaso: si pedía sorbete se lo habian de dar en taza y si tomaba licores ó café era preciso que se lo dieran en la misma bandeja.

Sucedió un dia que paseando don Felix por el Prado pasaba un respetable anciano con dos chicas como dos luceros. En las facciones se echaba de ver que las muchachas eran hijas de su padre y que era su padre el que las acompañaba. Así como á otro se le hubiera antojado enamorarse de una, á don Felix se le antojaron las dos y sin andarse en chiquitas se encaminó hacia el papá y las hijas diciendo: ¡Oh queridos amigos! ¡cuánto deseaba ver á ustedes! ¿Dónde viven ustedes ahora? —«Donde siempre; calle de..... número..... cuarto.....» contestó el padre tartamudeando y dijo el cuarto, el número y la calle... pero, añadió ¿quién es usted? No tengo el gusto de conocerle. —No es estraño, respondió

don Felix, y tampoco he tenido la fortuna de conocer á ustedes hasta este momento venturoso pero procuraré que nos veamos mas á menudo. Y se despidió dejando á una chica estupefacta, á otra en Belen y al padre en Babia. Le entró tal temblor al bueno de don Agapito (así se llamaba el padre), que le sonaban los faldones como si fueran cascabeles. Vamos, vamos á casa, dijo, que quiero dar órden de que llame quien llame no le abran la puerta.

Llegaron á casa y tiraron del cordon, nadie respondia; sin duda la señora mamá estaba tambien de burco ó se habia dormido. Tilin, tilin, tilin. — Nada. — Tilin, tirilirin, lin lin tirilirin. — ¿Quién? — Abre, dijo don Agapito muy incomodado; pero cómo se quedó el buen hombre cuando vió que el que le abria la puerta era don Felix Crespo, el calavera del paseo. A todo esto la señora salia de allá adentro llorando como una Magdalena. Una de las hijas se desmayó y se dejó caer en brazos de la madre, la madre se desmayó y cayó en los del marido, á este le dió una congoja y cayó en los de don Felix, y don Felix los tumbó á todos en el santo suelo diciendo á la muchacha que estaba punto menos que para desmayarse; vamos que esto no merece la pena.

Y cuando los otros volvieron en sí no encontraron á la señorita ni á don Felix Crespo.

Poco tiempo despues se dijo que don Felix se habia espatriado con la hija de don Agapito, pero nadie supo á punto fijo su paradero. Otros le daban en Madrid y suponian que habiéndose dejado crecer toda la barba y tapando sus espresivos ojos con unas antiparras verdes, de cuando el rey rabió, era imposible conocerle. Todos los dias ademas habia noticias de calaveradas poco comunes en la corte y todas ellas llevaban el sello diabólico del carácter de don Felix. Por ejemplo, se contó que habiendo visto á un tio cazador pregonando un conejo se conjuraron unos cuantos jóvenes para hacerle creer que era gallo. ¿Cuánto quiere usted por ese gallo? dijo el primero que salió. — No es gallo que es conejo, respondió el buen hombre y siguió su camino sin hacer caso de aquel tarambana mozalvete. Pero no anduvo muchos pasos cuando salió otro que le preguntó tambien. ¿Cuánto vale ese gallo? — No es gallo que es conejo, volvió á decir

el hombre; no sin alzar la mano y bajar la vista por ver si no estaba en un error. Salió el tercero y le dijo ¿cuánto vale ese gallo? volvió á mirar el conejo despues de restregarse los ojos el pobre cazador y decia para sí ¿si tendré yo la vista mala? Las orejas son de conejo, las patas son de conejo, no tiene alas ni pico, vaya no es gallo, no, y prosiguió gritando ¿quién me compra este conejo? Salió entonces de un portal un hombre con muchas barbas, agazapado detrás de unos anteojos verdes y por la gravedad del paso y del trage le tuvo el del conejo por un caballero formal. ¡ Hombre qué gallo tan hermoso! dijo este apareciendo súbitamente ¿cuánto vale? El del conejo volvió á mirar su prenda y despues de un buen rato de exámen y meditacion le alargó diciendo: dos pesetas.

Vivia en Madrid un boticario muy pobre llamado don Matias, que tenia roto un cristal del despacho, y no pudiendo componerlo de otro modo, habia puesto un papel en el hueco que era de terciá en cuadro. A la noche siguiente de empapelar la vidriera dicen que pasó un jóven, metió la cabeza por el papel y dijo muy sereno: Adios señor don Matias. Puso el pacientísimo boticario otro papel que fué roto á la noche siguiente por la misma cabeza al saludo cargante de: Adios señor don Matias. Amostazado el boticario juró vengarse y esperó al otro dia con un garrote de encina. El jóven calavera conoció que á la tercera podia costarle caro y dijo, si he de pagar yo que pague el demonio. Tenia en su casa una estatua no se sabe si era de algun sabio, de algun santo ó de algun diablo: cogióla debajo del capote y tomó el trote hácia la botica. Buenas noches señor don Matias, dijo metiendo por el papel la cabeza de la estatua. El boticario que le esperaba muy armado de garrote levantó las dos manos y dejó caer la porra diciendo ¡págalas todas juntas arrastrado!

Y dió tal golpazo en la dura cabeza de la estatua que al estremecimiento de las maderas cayeron todos los demas cristales hechos harina. Cuando el boticario buscaba á la puerta el cadáver del insolente mozo que le insultaba, ya estaba este contando á sus amigos el estropicio que habia causado al desventurado don Matias.

Todas estas calaveradas que se divulgaban por

Madrid hacían creer que don Felix Crespo no andaba muy lejos. Sin embargo de eso al cabo de un año se decidió don Agapito á ir á los toros y á la comedia con su única hija y su muger.

Era día de gran entrada: no sé si picaban Corchado ó Sevilla y si mataban Montes ó Romero, como que no me han contado tampoco la fecha de la corrida. Lo que sí me han dicho es, que los toros eran muy malos porque amaban al prójimo como á sí mismos. Los toros son como los médicos y los militares que solo á fuerza de asesinatos adquieren celebridad. El último de este día fué de prueba. Cuatrocientos caballos quedaron tendidos sin contar los heridos y contusos. Mató cinco picadores, veinte banderilleros, tres espadas y un alguacil. El cuarto espada tiritaba como un tembleque. Todo se le volvía: suerte de aquí, treta de allá, volteretas, y mas volteretas, y á todo esto llovían insultos sobre su alma que era una maldición. ¡Anda ladrón! ¡Anda cobarde! ¡Anda feo, asesino, borracho! de tal modo apurando su paciencia que no pudo menos de decir: si hay algun valiente que se atreva con la fiera que baje.

No habia acabado de decirlo cuando un mozo atolondrado saltó la barrera, le quitó la espada y con gran asombro del público se dirigió lleno de impávida serenidad al animal carnívoro. En su vida las habia visto mas gordas; pero le sucedia lo que á muchos valientes que sin conocimiento maldito de la esgrima suelen plantar una cuchillada al hombre mas inteligente y experimentado. ¡Entra! dijo al toro tirándole el sombrero, ¡entra y acaba con esta humanidad! y así que vió al toro cerca de sí exclamó: ¡Ah pobre zascandil que te gané por la mano!

El toro cayó cuan largo era, sin mover una pata siquiera. Una salva de ¡vivas! y una tempestad de palmadas del público impedían al presidente hacer oír su voz que decia: ¡Mozo va usted á dormir á la cárcel por salir á la plaza sin permiso de la autoridad! El héroe de la fiesta era don Felix Crespo para que por eso se acabardara: ¿«La autoridad? contestó. Yo no sé ni he sabido nunca lo que es autoridad» y salió de la plaza entre los bravos y vivas de la multitud.

¡Era ese hombre funesto! ¡oyó decir á un viejo en la retirada; vamos, vamos lejos de aqui

donde no nos vea. Entremos en un café, respondió la muger, y despues veremos si todavia hay billetes en el Príncipe. La hora era avanzada y cuando llegaron al teatro la funcion se iba á empezar solo quedaban dos asientos de cazuela números 3 y 7 y un sillón de la izquierda que tomaron sin reparo y se colocaron inmediatamente.

En el número 6 entre hija y madre habia una señora grave, toda vestida de negro y con el velo echado á quien instaron para si queria cambiar de asiento; pero era tan impolitica que rehusó dando por toda respuesta en seco: estoy aquí bien. La cazuela estaba mas agitada que de ordinario, parecia que hasta por el olfato conocian la aparicion de algun animal anfibio. La comedia estaba llena de lances que hacian estremecer á la madre y á la hija; pero cuando llegaron á la escena en que un jóven atrevido asediaba á una casada virtuosa sin fuerzas para resistir: ¡Qué inhumano es esto! dijo la madre. Pero usted conoce muy bien que pudiera ser histórico, respondió la del velo: y la madre se dejó caer sobre su hombro desmayada. La hija no advertia nada de esto embebida en otro incidente dramático de mucho interés. El seductor de la madre robaba una de las hijas y la arrancaba del seno paternal acaso para siempre y ¿dónde la llevará? exclamó sollozando la jóven de la cazuela. Parece hermana de usted segun la interesa, contestó la del velo y la muchacha cayó tambien desmayada sobre el hombro derecho de la tapada. La cazuela era un laberinto, el teatro un guirigay, el escenario un galimatías. Don Agapito que presenciaba la catastrofe desde el sillón corria como un gamo á la cazuela. Cuando entró en ella todas las mugeres huían de la del velo como si fuera un basilisco. Don Agapito entró en sospechas y sin mas ni mas arrancó la bloada á la misteriosa tapada, dejando ver los ojos sarcásticos de Crespo y dos patillas como dos cepillos que hacian con el traje de muger un espantoso contraste.

Una docena de hombres se lanzaron sobre él y aunque ninguno supo si le habia pegado ó no, se le encontraron accidentado y casi moribundo al levantarse. ¡Yo muero! decia ¡qué me lleven al Hospital! Ninguno queria cargar

con él; pero don Agapito que hubiera deseado verle si era posible en la sala de los tñosos, le tomó á cuestras y pian piano le condujo á donde solicitaba. Cuando entró en el Hospital se dejó caer el fingido moribundo y dando una carcajada satánica le dijo al fatigado don Agapito ¿no es verdad que tengo mal peso para difunto? El viejo que conoció la pillada se quiso retirar avergonzado; pero Crespo se lo estorbó diciendo: poco á poco; ahora me toca á mí. Y agarrando á don Agapito por la cintura le condujo á la sala de los locos. Don Agapito porfiaba que estaba en su sano juicio; pero como Crespo era conocido del colegio por haber estudiado medicina, fué creído de los practicantes que encerraron al buen viejo, dejándole por mucho favor en libertad las piernas y los brazos.

La luna entraba por la ventana que daba á la parte de Atocha y á su tibio resplandor se divisaban causando horror y miedo los visages de los maniáticos. Uno que se levantaba en camison á representar un pasage del Edipo, otro que defendia un pleito, otro que cantaba el entierro de sus padres concluyendo con un solo de seguidillas ó jota aragonesa, cuando vino á interrumpirles una loca escapada de la sala de mugeres que de un brinco se plantó en los hombros de don Agapito, de otro se abalanzó á un garfio pendiente del techo y metiendo el pincho por debajo de la barba sacó los sesos pegados en la punta. Todos los locos se arremolinaron á contemplar tan aterrador espectáculo y hasta el supuesto loco don Agapito, con los ojos encendidos y los labios vertiendo espumarajo cayó en el suelo sin sentido esclamando: ¡hija mia! ¡hacia un año que mis brazos paternales no la acariciaban!!!

Los rayos de la luna cada vez penetraban con mas esplendor en aquel asilo de desesperacion. Lágrimas frias resbalaban por las mejillas de don Agapito y la confusion de su cerebro casi no le dejaba oír el ruido de una calesa que pasaba y una voz que gritaba ¡don Agapito! ¡don Agapito! Asomóse como pudo á la ventana y en el metal de la voz que pronunciaba su nombre conoció al infernal Crespo.

—Y mi muger? dijo el desventurado viejo.

—No queria dejarme andar y la rueda de este calesin ha pasado sobre su pescuezo, contestó el caminante.

—¿Y ha muerto?

—Toma, no que no.

—¿Y mi querida hija?

—Aquí la llevo.

—¿Cómo que llevarla? Es mi hija.

—Si señor, pero yo me la llevo.

—Ella no le quiere á usted.

—No lo sé, pero yo me la llevo.

—Es usted un tunante, un galopin, un villano.

—Si señor; pero yo me la llevo.

—Yo te maldigo, ¡infame!

Aquí dió una carcajada Crespo que hizo erizar los cabellos del viejo, y partió con la calesa sin dar otra contestacion que ¡Arre coronela!!!

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

A MI AMIGO ZORRILLA,

QUE SE HACE EL SUECO.

¿Por qué prosigue frenético,
Zorrilla, tu numen lírico
dedicado á lo patético?
si desprecias lo satírico
te nos vas á volver ético.

Ese plan tuyo diabólico,
que me repugna cual ácido
por lo triste y melancólico,
si no le truecas en plácido
vas á perecer de un cólico.

Recobra tus fuerzas bélicas
antes de quedar exánime,
y con sátiras angélicas
dí verdades evangélicas
ya que el deseo es unánime.

No hay ente ya mas estólido
que un tétrico metafísico!...
observa, Pepe, mi físico:
¡qué impermeable! ¡qué sólido!
¡sin un ápice de tísico!

Y por qué? ¿Qué fuerza mágica
produce tal espectáculo?

A MI AMIGO WENCESLAO AYUALS

DIRECTOR DE LA RISA.

¿Con que ni puertas ni rejas
de tí me pueden librar?
¡Maldito Ayguals, no me dejas
un momento reposar!
Ya encanece mis guedejas
lo que me haces cavilar,
zumbándome las orejas
con los ayes y las quejas,
que me envías sin cesar.

Irrita pues, escorpion,
mi lengua de basilisco
con uno y otro arañón,
con uno y otro mordisco.
Duréceme el corazon
hasta dejarle hecho un risco
para el duelo y compasion;
mas ¡ay si rompé el turbion!
¡ay si te coje el pedrisco!

¿Y quién habrá que lo impida?
¿Quién ¡vive el cielo! me estorba
darte una buena batida
con esta péñola corva,
en tu propia hiel teñida?
Nadie. El coraje me encorba
y... Óyeme Ayguals por tu vida,
que con tu misma medida
voy á templar mi tiorba.

Y pues luchador atlántico
en composicion esdrújula
retas á mi estro romántico,
Ayguals, yo rompo mi brújula
y así te vuelvo tu cáutico.

Ya que persigues *frenético*
Wenceslao, mi númen *lírico*,
que rabia por lo *patético*,
y para hacerme *satírico*
me amenazas con lo de *ético* (1).

tener LA RISA por báculo;
y no escuchar la voz trágica
de ningun siniestro oráculo.

Mira á Breton ¡Santa Brígida!
que panza gasta de ecónomo!
y es que con cachaza frígida
sigue la máxima rigida
de todo sábio gastrónomo.

Máxima que es el vehiculo
de LA RISA, y en los farragos
del vicio vierte el ridículo;
pero exige en otro artículo
no alimentarse de espárragos.

Ademas, querido, encárate
con el otro autor dramático,
y no hablo de Gil y Zárate:
con Abenamar compárate
que engorda con lujo asiático.

Manos á la pluma y ¡ánimo!
¡guerra á los entes exóticos!
que en estos tiempos despóticos
solo un corazon magnánimo
rie en versos estraambóticos.

Toma parte pantomimica
en materia que no es árida,
ó sin entender de química
¡voto á brios! que una cantárida
voy á aplicar á tu mímica.

Escribe por Santa Mónica,
ó riño contigo ¡cáscaras!
Hable esa musa lacónica,
y como en baile de máscaras
suelte su risa sordónica.

Que aunque con furia satánica
se desborde... aunque volcanica
punce feroz como el tábano,
vendrá á ser pura mecánica
que á mí no me importa un rábano.

Mientras por uso metódico
acudan todos *Vulpécula* (1)
y al ver su precio tan módico
se suscriban al periódico
LA RISA per omnia *sécula*
amen.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

(1) Ya sabrán nuestros lectores que Zorrilla es *Vulpécula* en latin.

(1) Y aquí si yo fuera empírico te regalaba un cosmético,

Seguiré tu plan *diabólico* ;
desde hoy agrio , amargo y ácido ,
mi zumbido *melancólico*
será son alegre y *plácido*
aunque me cueste un buen *cólico* .

¿Temes que mis fuerzas *bélicas*
cedan , y me quede *exánime* ?
Dudas tienes bien *angélicas* ;
verdades oye *evangélicas*
que contigo voy *unánime* .

Quien no sea hoy un *estólido*
gran dosis de *metafísico*
ha de llevar en su *físico* ;
que no es de moda lo *sólido*
ya ; lo elegante es lo *tísico* .

Véme á mí . *Influencia mágica*
ejerzo en todo *espectáculo* ;
y el vulgo al verme con *báculo*
caminar , y con faz *trágica*
me tiene por un *oráculo* .

¿Mas á Breton ? ; Santa *Brigida* !
al ver su panza de *ecónomo*
le darán orchata *frígida* ,
le pondrán á dieta *rigida*
como al mas liero *gastrónomo* .

La magrura es un *vehículo*
para hacer doctor en *fárragos*
al ético mas *ridículo* ;
para sabios es de *artículo*
ser tan secos como *espárragos* .

Tal es nuestro siglo : *Encárate*
con cualquier autor *dramático* ,
no hablemos de Gil y Zárate ,
con Príncipe y yo *compárate* ...
¡ bah ! tú eres un buey *Asiático* !

¿Qué hermosa mira con *ánimo*
vuestros contornos *exóticos* ,
si los destinos *despóticos*
dan siempre á vientre *magnánimo*
los gustos mas *estrambóticos* ?

Y si á cuestion *pantomímica*
lo reduces ¿cuál mas *árida*
de la de un gordo ? La *química*
á voces una *cantárida*
recetará á vuestra *mímica* .

y si encontrára otro en *irico* ,
le daba *tártaro emético* .

Si á una muger (;santa *Mónica* !)
en sitio público (;*cáscaras* !)
dirijes seña *lacónica* ,
se quedará como en *máscaras* ,
tendrá por risa *sardónica* ,
por amenaza *satánica* ,
la seña amante y *volcánica* ,
y te tendrá por un *tábano*
que con torpeza *mecánica*
no quiere soltar el *rábano* .

¡ Bah ! sé en lo gordo *metódico* ,
y te jura tu *Vulpécula*
que aun á precio menos *módico*
mas de moda tu *periódico*
ha de ser , per omnia *sécula*

El *amen* tú lo dirás ,
que de derecho te toca ,
pues fuera me le coloca
tu metro de Barrabás .

Y pues te devuelvo exactos
tus esdrújulos malditos ,
ya ves , me cuesta tres pitos
el cumplir con nuestros pactos .

Mas si en encomiar los gordos
tú te me cierras fanático ,
pese á mi interés *apático* ,
nos habrán de oír los sordos .

Porque Ayguals , ni aquí ni en Flandes
ha habido un gordo grande hombre ,
que á los gordos , no te asombre ,
les llama el vulgo hombres grandes .

Tal es el siglo en que estamos ,
siglo montado al vapor :
cuanto mas peso , peor ,
con que los flacos ganamos .

Y dá gracias á que hoy
no me siento para el paso ,
que sino os diera un repaso
que hiciera ¡ por san Eloy !
vuestra derrota patente ;
mas porque no echés á broma
lo que voy diciendo , toma ,
con lo que sigue entretente .

Sois un puro inconveniente
vosotros los molletudos ,
y haceros en la piel nudos
fuera á mi ver muy prudente .
Prescindamos del apodo

preciso de un barrigon,
aquello de San Anton
pero con el cerdo y todo:

prescindamos de que Utrilla
no sabe como ajustaros
un chaleco sin ahogaros,
ó un pantalon con trabilla;
de que él se desacredita
y con fatal desengaño
vé que no le queda paño
de vuestro frac ó levita;

prescindamos de lo caros
que sois y poco económicos,
vamos á los lances cómicos
en que teneis que encontraros.

Pues señor, que eres feliz,
y que tu cara hermosa
te recibe en noche oscura,
y os veis nariz con nariz,

¿dónde os esconde una trampa
del tutor atrabiliario?

En baul, balcón ó almarino
ni á pechugones se os zampa.

No hay asilo que se os dé,
no hay hueco en que esteis holgados;
si os cierran moris ahogados,
y si no os cierran se os vé.

¿Y si vais de formacion?
el fusil y fornituras



os prensan las asaduras,
y sudais el corazon.

¿Si vais á un duelo? ¡qué azar!
aunque el contrario sea manco
como oponéis tanto blanco
por fuerza ós ha de tocar.

Pues digo, ¿si es á pistola
y os toca el tiro segundo?
¡bah! despedios del mundo
y que carguen su arma sola.

¿De qué ós valdrá la fatiga
que empleéis en perilaros?
La bala al fin ha de entraros
por mitad de la barriga.

¿Pues si viajais en carruaje?
basta solamente veros
para que los compañeros
pronostiquen un mal viaje.

Cualquier asiento es escaso
á vuestras asentaderas,
y los puentes y escaleras
rechinan á vuestro paso.

Si os caéis ¿quién os levanta?
Pues casados y dormidos
os supongo; ¡qué ronquidos!
La pobre muger se espanta.

Y si coje al fin el sueño
sueña con un terremoto,
y es que mugen como un choto
las narices de su dueño.

Pues ¿si haceis el alma tierna?
¡qué cariños tan brutales!
¡cómo que son diez quintales
cada brazo ó cada pierna!

Y paro aquí por lo grave
del asunto, que si no
hasta donde fuera yo
Dios solamente lo sabe.

Por cuyas dos mil razones
os llevamos gran ventaja,
los hombres como una paja
á los hombres barrigones.

JOSÉ ZORRILLA.

FLACOS Y GORDOS.

¡Oh tú, gloria y honor de los Zorrillas,
de pecco, vive Dios, te maravillas!

No me hiciste, traidor, formal promesa
de escribir en LA RISA?... si te pesa,
¿por qué me has de injuriar tan fiero y crudo?
¿á que viene el llamarme mofletudo?
ni que tiene que ver con mis mofletes
el que no cumplas tú lo que prometes?
¿quieres ponerme en el terrible trance
de que al palenque contra tí me lance,
siendo clásico yo como un tudesco,
y romántico tú? pues ya estás fresco.
¿Y por eso, hombre atroz, hombre lunático,
has de decir que soy un bucy asiático?
De quién me he de fiar, Dioses eternos,
si un amigo ¡que horror! me pone cuernos?
Dirás que es amistad de última moda:
pero á mí ¡voto á san! no me acomoda.
Esto no queda así!... ya el honor mio
me impele á la venganza!... Un desafío
debe lavar tan bárbaro epíteto.
Al arma!... Al ambigú!... que allí te retol!...
y la Europa sabrá, vate inhumano,
quién es el vencedor cuchara en mano.
Disponte á disparar á quema ropa
una y mil veces de Jerez la copa,
hasta que el uno de los dos sucumba,
y el blando lecho sírvale de tumba.

Atruenas con tus gritos á los sordos
haciendo improperios de los gordos:
y de ello yo la consecuencia saco
de que hablas solo así porque estás flaco.
Ya la zorra, y es justo lo recuerdes,
contemplando las uvas «están verdes»
dijo por no alcanzarles su egoísmo:
¿qué extraño es que Zorrilla, haga lo mismo?
Muy convencido estoy, caro Zorrilla,
que á no verte la enjuta pantorrilla
dieras sin duda victoriosa palma
al tercer enemigo de nuestra alma.
Qué es el hombre sin carnes? Un vil hueso;
y hombre de solidez, hombre de peso
el gordo siempre fué, bello, robusto,
imágen de elegancia y de buen gusto.

Cierto es que en formación se ahoga, suda,
y le salta un boton cuando estornuda;
mas si al flaco le ponen de atalaya,
á los cinco minutos se desmaya.
Dices que cuando duerme suena bronca
del gordo la nariz, y tanto ronca

que no hay aguante para tal bocina.
Esta es ventaja grande y peregrina,
pues mientras los demas están en vela
duerme el buen roncador que se las pela.
Supones tú que el gordo es ente lerdo
que debieran rifarle como al cerdo;
mas yo deploro en tan injusta ofensa
ese desbordamiento de la prensa,
pues victorioso responderte puedo
que observes el retrato de Quevedo,
y sus mofletes dejarán confusa
la sardónica risa de tu musa.
Un cardenal sin panza es un milagro,
y apenas ves un solo obispo magro,
ni un gran monarca que no esté repleto...
Siempre el volúmen enjendró respeto.
Hubo un Napoleon: su fama diga
si cabe el heroísmo sin barriga;
mas para nuestro eterno desagravio
rollizo estaba don Alfonso el sabio,
y flaco de los pies hasta el cogote
el ridículo y feo don Quijote.
En toda faz robusta se divisa
siempre amable y burlesca la sonrisa.



mientras el rostro escuálido es trasunto
de un cesante español ó de un difunto.



El que prefiere la sardina al pollo
ese sí que carece de meollo,
pues mientras tenga pavos y gallinas
loco será de atar quien roa espinas.
El sexo bello convencido de eso
y ansioso de agradar, si vé algun hueso

que sale á relucir pronto le oculta,
 y ciertas formas cuidadoso abulta,
 no queriendo estar de ellas desprovista
 la elegante beldad. De la modista
 al arte apela caprichoso y vario,
 y aumenta el algodón su tufanario.
 Sabes, incauto jóven, lo que has hecho

al tomar imprudente tan á pecho
 ese ataque feroz á la gordura?
 Te compadezco ¡oh flaca criatura!
 Si sobre ti se lanza de mi casta
 un individuo; que dolor! te aplasta
 su obesa humanidad, y te domina
 transformandote súbito en sardina.



Otra ventaja tiene el hombre gordo,
 y es que á toda ironía se hace el sordo,
 que ¡vive Dios! es singular ventaja.
 Llámante unos tonel, otros tinaja,
 elefante los mas, y mil apodos:
 pero se rie y los desprecia todos,
 y engorda, y vive, y muchos años cuenta,
 si durante su curso no rebienta.
 El hombre flaco rabia á cada instante...
 apellideno espátula ambulante,
 viviente disecado, ánima en pena,
 romántica vision, del hambre escena.
 cuerpo de anguila, ó alfeñique enclenque.

lagartija con frac, ó humano arenque,
 se enfurece y... no hay nada que le amanse:
 luego le dá un soponcio!... en paz descanse.
 No muramos, Zorilla, de esta suerte,
 que es afrentosa tan innoble muerte,
 Mas... te ries? Conozco tus caprichos...
 tus actos desmintieron á tus dichos:
 pues ante los altares de un Dios justo
 probaste, buena alhaja, que tu gusto...
 no ama huesos ni seco bacalao...
 con que... estamos de acuerdo.

WENCESLAO.

EPIGRAMAS.

I.

Chica, dijo á Pepa
 su marido Pepe,
 creo que te apuntan
 cuernos en la frente.

Y ella, cariñosa
 contestóle: puede...

«dime con quien andas
 te diré quien eres.»

II.

Mucho don Luis trabajó;
 mas dió en resumidas cuentas
 siempre originales?—No:
 una vez sí, se pintó,
 pero se copió doscientas.

J. M. V.

UN TRONERA.

DIABLURA ROMÁNTICA.

II.

Pasaron días, pasaron meses, pasaron años sin tenerse noticia del paradero de Crespo y su querida. Don Agapito que merced á la buena asistencia y conocimientos de los facultativos, habia curado de su locura, se entretenia por el día en ir á caza ó á pescar al canal, y á eso del anocheecer se metia en la parroquia á rogar por el alma de su muger y sus hijas, víctimas las tres del insaciable tronera protagonista de esta fábula. Mientras el viejo descansa un poco y contemplamos su aspecto sombrío, su gesto displicente, retratando al corazón que lucha con la cólera y el resentimiento; mientras con paso trémulo concurre por la milésima vez á hincar la rodilla en el altar de su devoción, observamos no muy distante del templo una taberna graduada de botillería y con ribetes de fonda. Hay en Madrid muchas trampas de esta especie, merced á las preocupaciones aristocráticas de la sociedad. La sociedad no lleva á mal el que se beba vino, sino el que se pongan los piés en el umbral de una puerta, en cuya muestra diga: *Taberna ó Despacho de vino*. Así es que los taberneros que no han creído conveniente á sus intereses el desprenderse de la gente de levita, porque saben que entre la gente de levita hay tantos borrachos como entre la de chaqueta, han ideado un medio de hacer convergir á los bebedores de todas clases y calibres, buscando para establecer su industria tiendas de dos puertas: en la una se vé el mostrador con dos jarras, una de vino tinto y otra de vino blanco, y los correspondientes vasos á las medidas de cuartillo y medio cuartillo que en el mostrador descansan boca abajo. Generalmente hay reloj de pared con la esfera estercolada por las moscas, y lo que no faltan en abundancia son unos bancos de pino guarnecidos de grasa, comparables solo á las mesas de la misma habitacion. Encima de la puerta donde todo esto se encuentra, dice: *Taberna de vino*, como si fuera licito decir Taberna de chocolate! La puerta inmediata es un misto entre puerta y balcon. Parece balcon porque tiene persianas verdes, y parece puerta porque está en el piso bajo al nivel de las aceras. Encima de esta puerta-ventana se lee: *Cerveza*, y dentro hay tal vez todo cuanto se quiera menos cerveza. Es el ambigú de la taberna donde los melindrosos aristócratas devoran chuletas de carnero, chorizos cocidos, sardinas con casaca y los sabrosos y grasientos callos que hacen á cualquiera chuparse los dedos, aunque no sea mas que porque no se peguen.

Tal es el sitio que ocupa don Felix Crespo con otros varios amigos, en celebridad del último triunfo conseguido por aquel malvado.—«¿Ois?» —dijo á los demas llevando á la boca el vaso. No pudo apurarlo sin estremecerse, á la mitad del trago tuvo que descansar, se pasó la mano por la frente, tendió la vista á un entierro que cruzaba la calle y como animado de mayores fuerzas para el crimen, apuró lo restante del vino exclamando: *á la salud de la difunta*. ¡Bravo! ¡bravo! gritaron los que le acompañaban, que eran dignos discípulos de Crespo en la carrera de la prostitucion, y orgulloso el maestro con el aplauso de aquella ébria sociedad, contóles la satisfacción de su alma por la muerte de su última muger, á pesar de lo repugnante que habia sido para él tan terrible asesinato. Es la única muger, dijo enterneciéndose que he querido con frenesí. Por mucho tiempo ha ejercido sobre mí un poder ilimitado. Tan imposible me pareció antes de conocerla hallar una persona capaz de enfrenar mi libertinage, como despues de amarla romper las cadenas con que habia amarrado mis piernas, mis brazos y mis pasiones. He tenido dias de cobarde letargo, en que á la manera de aquella serpiente que al sonido de un instrumento músico se deja matar, hubiera permitido al dulce alhago de su voz despedazar este corazón, que en el sepulcro har de respetar los gusanos. Pero se empeñó en que no habia de querer á nadie mas que á ella, y yo recobrando mis enervados brios, la sentenció á no darme mas celos. Ya ven ustedes que lo he cumplido. Es la séptima de las que la iglesia permite.

La séptima? dijeron los otros, pues es usted capaz de segar mas cabezas de mugeres que un gallego espigas.

En este instante pasaban de vuelta los sepultureros y demas que acompañaron al cadáver.

¿La habrán enterrado ya? No pueden haber concluido tan pronto, dijo uno.

—Vamos á verlo respondió Crespo, y cinco minutos despues ya estaban escandalizando en la Iglesia y fastidiando á los devotos que se marchaban á paso redoblado. Solo un viejo tuvo valor para permanecer allí, y por no ser interrumpido en las oraciones que al Todo-Poderoso dirigia, se zambulló en un confesonario. Los alborotadores lo observaron y con mucho silencio y disimulo le cerraron las portezuelas y ventanas, que clavaron para mayor seguridad. La gente despejó la iglesia, los calaveras tomaron el pendíngue y el sacristan dió una vuelta á la llave y se fué dejando dentro una muerta guardada en una caja y un vivo sepultado en un confesonario.

El vivo era el buen don Agapito y la muerta era su hija Eduvigis que ya es hora de que digamos su nombre.

Como las doce de la noche serian cuando un quejido lúgubre y penetrante, salido de hacia donde el cadáver estaba, vino á sacar al viejo de su éxtasis. Su acalorada imaginacion le dibujó mil visiones fantásticas en todos los ángulos del templo. Aplicó su pupila á la rejilla del confesonario, y solo vió una lámpara moribunda al rededor de la cual revoloteaban las lechuzas sedientas del aceite que gota á gota habia sorbido la torcida. El aletazo de una de ellas dejó á oscuras aquella mansion de horror, y segunda vez repitieron las bóvedas el triste eco de un gemido femenino.

El viejo, antes cobarde y atolondrado, sacó fuerzas de flaqueza esta vez, rompió de un puñetazo la rejilla de su prision, y tentando aquí y tropezando allá, llegó á la mitad de la iglesia. Ya no habia luz en el templo ni luna en el horizonte, el tibio fulgor de las estrellas penetraba lánguidamente por las altas ventanas, esparciendo dentro un crepúsculo vago é indefinible que apenas se diferenciaba de las tinieblas. Con tan escasa luz es imposible percibir un objeto apaci-

ble y sosegado; pero regularmente se nota el movimiento de los cuerpos. Don Agapito observó que el del ataud levantaba la cabeza, y hubierá echado á correr sino temiera romperse las narices contra una tapia ó un facistol. Luego repuesto de su sobresalto se abalanzó al difunto, queriendo sujetarle por las piernas; pero no bien tocó en las plantas de los piés, cuando la jóven amortajada dió un grito de rabia, y con un delirio inesplicable se precipitó en los brazos del viejo gritando: ¡perdon! ¡perdon! ¡déjame vivir!!

Don Agapito se quedó atónito, la que él creia muerta estaba viva y su voz le habia herido en el alma: aquella voz le tenia confuso, necesitaba oír aquella voz, y sin embargo desesperaba de volverla á oír, porque la jóven estaba otra vez cadavérica, y no podia conocer á quien tanto le interesaba porque la oscuridad no permitia divisar sus facciones.

Poco despues el padre y la hija se habian reconocido, y esta contaba con lengua balbuciente y apagada la despedazadora historia que el viejo interrumpia con lágrimas y besos. «Ha tenido esposa decia ella, que no le ha vivido mas que veinte y cuatro horas. Eexcepto yo, todas han sido millonarias, y á estas fechas me atrevo á jurar que no tiene un cuarto, porque entre el vino, el juego y sus desenfrenados placeres, es capaz de disipar mas de lo que puede adquirir.» Pensaba el viejo, como la mayor parte de la gente, que para matarlas las daria un veneno ó un pinchazo en sitio que no se pudiera descubrir; pero Eduvigis reveló el secreto que nadie conocia contando la muerte que Crespo quiso darla.

Dijo que despues de atarla los brazos y las piernas al catre, pretestando que era antojo, estuvo gran rato haciéndola cosquillas en las plantas de los piés que empezaban por rendirla y acababan por matarla. Sin duda asegurado de la infalibilidad del medio, habia don Felix imaginado inevitable el fin, y esta seguridad le hizo no apretar tanto como tenia de coctumbre. Por negocio de cuatro cosquillas menos resucitó la presunta muerta, y fué por la córte divulgado el secreto de matar mugeres.

Avergonzado Crespo de sí mismo, no podia

presentarse delante de la gente porque sus remordimientos le tenían en constante zozobra. Todo lo interpretaba mal. En un semblante serio leía el rencor, el que pasaba distraído y no le saludaba, era que le hacía un desprecio, el que le saludaba afable, le tenía miedo y el que se sonreía le hacía burla. Fatigado con esta inquietud solo anhelaba la muerte, pero no una muerte vulgar y cobarde. El suicidio estaba muy gastado y desacreditado, valía más morir en un patíbulo. En el patíbulo parecían algunos hombres de bien, valía más el suicidio. Uno ú otro había de ser; y resuelto á ello empezó sus diligencias presentándose á la justicia. Los magistrados temblaban á la presencia de aquel monstruo, y en vez de prenderle le daban prudentísimos y loables consejos: ¿querrán ustedes creer que no hubo un solo juez que se atreviera con el convicto y confeso criminal? Si hubiera sido inocente y sin influjo de faldas ó pesetas, ya le ajustarian las cuentas.

Desesperó don Felix de morir en garrote, cuyo espectáculo tanto le enamoraba por el carácter novelesco que él quería imprimírle. En primer lugar pensaba matar al cura que se quedara con él en la capilla; en segundo lugar trataba de hacer la tentativa de escaparse en el camino y presentarse luego, solo porque hubiera alguna corrida. Sentado en el tablado se le habria autojado regularmente almorzar bien para marchar con fuerzas al otro mundo, hubiera echado un trago de lo de Valdepeñas por dar un soplo si tenía espuma y decir como el otro: «fuera espuma que daña al hígado.» Y como esto no le fué posible, porque tuvo la desgracia de que ninguna autoridad atendiera á sus solicitudes para entregar su cuello al verdugo, resolvió suicidarse; pero de modo que fuera imposible la salvación.

Recordarán nuestros lectores aquel don Matias el boticario de los encerados de papel? Pues otra vez va á habérselas con Crespo el desventurado farmacéutico. Una mañana que el buen hombre se afanaba en sus unguentos y sus emplastos, se presentó un hombre á quien no conocia con una receta, falsa tal vez, pero que por la identidad de la firma conocida le autorizaba para despachar un veneno. Don Matias observó

al jóven los ojos espantados, el cabello descompuesto y mas convulso que agitado el pecho. No sabemos todavia si le inspiró horror ó compasión, despachóle despues de pensarlo bien, y alargando el tósigo fatal murmuró entre dientes: siempre es bueno obrar piadosamente. ¡Adios señor don Matias! dijo el tronera despidiéndose, y don Matias arrepentido de su bondad al conocer la voz empezó á patear y tirarse de los pelos.

Paso á paso camino del canal se vé una pareja interesante que descansa de vez en cuando y aun así cree que Madrid y el canal han estrechado las distancias; tal será la conversacion, el cariño, los sueños de ventura ó los recuerdos de dolor que esciten aquella ansia de viaje.

A pesar de todo yo le idolatro, dijo á su padre la muchacha y los ojos de ambos se clavaron entre sí con expresion distinta. Hubiera don Agapito acabado por prenderla si por demasiado próximos al puente que hay cerca de los molinos no se fijaran los caminantes en una escena trágica que borró todas sus impresiones pasadas.

Sobre la barandilla del puente estaba un hombre haciendo preparativos para el infierno. Primero le vieron beber un líquido de mal color que le hizo arrugar el gesto: luego se ató una soga al cuello con nudo corredizo y al otro extremo habia una piedra de dos arrobas cuyo peso le iba á poner la garganta como un fideo. Tenia en la mano una pistola cargada y estaba inclinado al rio para zambullirse en el agua en el momento de levantarse la tapa de los sesos. La muerte no podía estar mas bien desafiada. Si escapaba del veneno iba á morir del tiro, si este faltaba debia perecer ahorcado, y últimamente de morir ahogado no podia librarse porque la profundidad era inmensa y Crespo nadaba como un manajo de martillos.

Cuando el padre y la hija oyeron el tiro y vieron caer al hombre rezaron por él un padre nuestro y se acercaron sin esperanza á socorrerle. Nada se divisaba en el agua enturbiada con el golpe del cuerpo, y solo en la superficie serpeaban las pompas y espumarajo que produce la respiracion del que se ahoga.

¡Válgame Dios que trucha tan grande! dijo

don Agapito viendo una sombra en el agua: echó el anzuelo y tira que tira trajo el cuerpo exáni-



me del desesperado mozo que dió en vomitar agua y saltó en tierra tan listo como antes. ¡Es él! dijo la muchacha. ¡El es! repuso el padre. ¡Son ellos! contestó don Felix, y arrodillándose les pidió perdón de sus pasadas locuras prometiendo enmendar sus errores. A sus juramentos y sus lágrimas ni el padre ni la hija pudieron resistir y los tres marcharon remidos á casa donde vivieron muchos años en paz y en gracia de Dios. Por la noche se iban de tertulia á casa de don Matias el boticario, agradecidos porque conociendo las intenciones de Crespo en vez de un veneno le dió otra bebida insignificante, y excepto lo del veneno y lo del anzuelo no pudieron saber mas acerca de la salvacion milagrosa del que tantos resortes tocó para abandonar la vida.

No se lo digan ustedes á nadie; pero yo que estaba detrás de Crespo ví que al caer la llave de la pistola torció un poco el cañon y en vez de conducir la bala á los sesos, se deslizó por la

superficie del pescuezo y rompió la sogá que por estar atada á la piedra le hubiera hundido ó le hubiera ahorcado.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

LOS CUMPLIMIENTOS.

No convengo, no transijo
Anton, con eso que dices,
aunque para convencerme
un año y cien me prediques.
Seré todo cuanto quieras,
un loco de atar, un simple,
un mameluco, un imbécil,
un abencerrage, un tigre...
todo esto y mas, buen Anton,
dejaré que me apellides
con tal de que hacer me dejes
mi voluntad y pax Christi.

Esto dice Blas á Anton,
y no le falta razon.

Tierra y agua, fuego y aire,
del mundo allá en el origen,
Dios le dió al hombre, sin mas
condiciones ni arrequives
que aquello de la manzana:
pero el hombre incorregible,
atropellando por todo,
quiso mostrar que era libre,
y se engulló la camuesa
y se engullera hasta quince,
á no salir mas que á paso
de los floridos jardines
para dar feliz comienzo
á la atroz humana estirpe.
Pues bien, si la voluntad
es tan grande, tan sin límites
como atestiguan y prueban
aquellos tiempos tan vírgenes.
¿por qué hemos de consentir
que en los nuestros se esclavice
y se la dê torniquete
con tan poquisimo chiste?
¿No ves que todo es farándula
y pasatiempo y melindres...?

cada cual cumpla su gusto
sin que al de otro perjudique,
y dejémoslos de farsas
de embelecos y perfiles.

«La sociedad, buen Anton,
la sociedad!... me repites,
estas y otras zarandajas
á cada sócio le exige.»

¡Cuerpo de tal!... niego y pruebo:
tú no entiendes el busilis
porque siempre de reata
el camino de otros sigues.

¿No ves, no ves que esas leyes
que al género humano asíjen
son debidas á la cholla
de algun vagabundo insigne,
y que por matar al tiempo
las inventó el muy... caribe?
Mas, tú te convences.

Oh!... yo espero correjirte
siempre que tú mis razones
con detencion examines
y á la luz de la verdad
como yo las miro, mires.

¿Qué razon hay para hacer
de un hombre formal un lítere,
un danzante, una peonza,
un volatín, un belitre,
y de sus propios negocios
un... en fin, corre-vé-y dile?

¿te casás, Anton.... ¿te casás!!
¿La dulce coyunda admities,
y en un dos por tres te encuentras
enlazado con tu Filis?

Corre, Anton, vuela, hijo mío,
que la sociedad lo pide,
y á tu abogado, y al médico,
y al juez, y á los alguaciles,
y al café, y á la tertulia,
y á todo el que quiera oírte
(aunque por tu buena ó mala
fortuna no de un ardite)
anuncia, refiere, explica
tu martirolojio, y diles:

«Señores... he!... me he casado!
sépanlo, que no se olvide:
en tal parte hay una... choza...
y yo don Anton Aguirre,

mi esposa... mi nuevo estado...
estamos para servirles.»

¿Tienes luego un heredero?
vuelta otra vez, no te enfries.

«Señores... tengo el honor
de ofrecerles, aunque humilde,
un servidor... por ahora
el angelito no sirve...

pero su padre... y etcétera,
no digas mas, ya cumpliste.

¿Se muere doña Paneracia,
la muger de don Felipe,

á la que en vida y en muerte
apenas tú conocistes?

A casa de la difunta,
al duelo!... y en faz de kyrie
á sollozar, y á ponerse
por cuatro minutos triste.

«¡Qué lástima de señora!

¡Quién lo dijera!... morirse
así tan de sopeton...

¡ay!! y á los noventa abriles!!!

Acompaño á ustedes en
su afliccion... ¡muger sublime!

y á la calle, aunque al salir
de puro contento brinques.

Pues digo, y del cumpleaños?
de dar días, quién se exime?

¿Qué es ver entrar por la puerta
desde el toque de mántines
viejos, mozos y vetustas
llenas de cintas y dijes,

al casero, á los vecinos,
nodrizas y chiquitines,
que van á cumplimentarte

y van tambien lanza en ristre
al olor de los vinillos

y al sabor de los confites?

¡Qué confusion!... uf!... los párvulos
unos lloran, otros rien,
y te rompen un espejo...

— Don Fulano muy felices.—

— Que de hoy en un año...—Gracias.—

— Que los cuente usted por miles.—

— Agradezco... — «Pido á Dios,
que se conserve usted firme...»—

¡Ay, ay, ay! — ni la prudencia
del prudentísimo Ulises,

ni el inaudito valor
del jóven, gallardo Aquiles,
ni las colosales fuerzas
del bravo y membrudo Alcides,
son capaces de sufrir
tantos, tan fieros envites.
Oye, Anton; yo no pretendo
ser redentor de imposibles,
que á Cristo... pues!... no me agrada
que en vida me crucifiquen.
Pero primero que yo
á los cumplidos me humille,
y pierda el tiempo precioso

con sociales volatines...
te lo juro, iré á arrojar
de cabeza en un aljibe,
ó á esconderme para siempre
en los senos de Anítrite.

Esto dijo Blas á Anton,
muy cargado de razon;
y despues mondo y lirondo
se lo repitió á Tomas,
y como lo dijo Blas
se acabó, y punto redondo.

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

LAS MELENAS.



SONETO.

De cuantas inventó la culta Francia
modas sublimes de hermosura llenas,
el uso de románticas melenas
es el colmo feliz de la elegancia.

La cortedad es signo de ignorancia,
de cabeza dó el vello asoma apenas,
jamás he visto producciones buenas
que atestigüen al hombre de importancia.

Mientras á nadie luce el pelo corto,
por sus rizos aprecian al que es cero
Madrid, París, Milan, Londres y Oporto.
Con mis melenas pues, al mundo quiero,
por vida de Absalen, dejar absorto...
No hay notabilidad sin peluquero.

WENCESLAO AVILA DE IZCO.

ARTICULO EPISTOLAR

A DON WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

Carísimo amigo: bien recordareis aquella ingeniosa idea transmitida desde los tiempos heroicos hasta aquestos que á duros tirones alcanzamos, de que entonces habia en este mundo impostor un inmenso antro, quiero decir, una gran caverna, llamada la *cueva de Trafonio*, y los que en ella entraban, no volvian á reir en su vida.

Suponiendo yo, pues, que vos no habreis dado al olvido esta maravilla *heróica*, ó suponiendo vos que yo no en valde os la recuerdo ahora, tened la bondad de volver á suponer que en un rapto de rabioso entusiasmo os dirijo á secas estos cuatro cuasi-versos:

Tienteme en vago el demonio
si desde que á luz me di,
no fué el mundo para mí
otra cueva de Trafonio.

Continuad un momento mas suponiendo que estos cuatro cuasi-versos contienen la verdad mas secamente gorda ó rolliza, y responded: ¿No conocéis á puñados lo adusto de mi sino, que me lleva rodando á puros remoquetes sin dejarme resollar en este piélago de lágrimas, en donde naufragó mi risa, ó se zambulló mi malhadada alegría? ¿No sabéis que un hombre tan flaco como yo hace llorar de lástima cuando rie, así cual otro enormemente gordo provoca á risa cuando llora? Pues qué? ¿No analizásteis jamás las risibles consecuencias que produce la inmensa cara de un hombre estensamente gordo cuando le dá la gana de llorar, lo mismo que la inconcebible compasion y hasta misericordia que inspira el tajante rostro de un prógimo disecado en vida, de un hombre espátula, de una calavera sobre un espinazo con dos juncos por remos, y dos bambús por pedestales, que solo en sentido metafórico puede aplicarsele la cualidad de ciudadano viviente? ¿O ignorais acaso que me encuentro reducido á la flaca posicion de los perros del tio Chorizo, que se arrimaban á las paredes para ladrar? Aun cuando digais que no yo, sino mis exabruptos escritos son los que han de imprimirse en la RISA,

¿quién me garantiza que nunca os dará lo gana de insertarme á mí en sus columnas; es decir, de publicar mi lastimosa elgíe, compendiándola en un pedazo de madera, por via de caricatura, circulándome á riesgo de que se descubra mi paradero y me comise el resguardo sanitario de la hacienda pública, por estar yo comprendido en los géneros de ilícito transporte, desde que fué mi facha prohibida? Por último:

¿No comprendéis, buen Ayuals,
que es escribir yo en LA RISA,
ver á un cartujo en camisa
bailar en el Prado un wals
cón la sombra de Artemisa?

Ni creais que se me escurra de las mientes lo que á responderme vais. Adivino que me direis: ¿quién en el mundo pertenció mas que vos á la risa? ¿Quién rió mas del prógimo, con las prógimas, y de todas las cosas inmensas y diminutas, (que no siempre ha de decirse grandes y pequeñas) sin que ni una sola se haya esceptuado ó indultado de vuestras risotadas, de vuestras pallas, de vuestra interminable baraunda?

A esto os replicaré, distingo: hay risa irónica, risa sarcástica, risa de alegría, risa de amor, risa de ira, risa de despecho, risa de compasion, risa de hastío, risa de venganza, porque en todas las diferentes ú opuestas afecciones del corazon solemos reir muchas veces; pues así como se ha dicho que una lágrima suele ser la vida de un desdichado, así tambien digo yo que una risa ó una sonrisa suele prolongar la vida de un misero mortal furibundamente aburrido de este mundo impostura, y de esta *insociable sociedad* con sus innumerables partículas repugnantes.

No calificéis, pues, amigo mio, las cosas por la corteza, á ejemplo de ese infinito enjambre de Heráclitos y Demócritos que riendo unos y otros llorando viven ó rabian dando revueltas sobre un pedazo de tierra como las hormigas, y luego tienen la altiva audacia de decir que han estado en el mundo, como lo diria el cojo de Albaterra, y las ostras y tortugas que en donde nacen mueren.

Con esto quiero decirlos lo de aquel refran, *tu monja canta en el coro, y en la celda anda él*

Lloro; y lo de aquellos versos del hermano Res-
valon que dicen:

Ví sobre un pelo sutil
danzar treinta cojas sueltas,
y dar dos frailes seis vueltas
sobre el moco de un candil.

Y bien que estos versos no esten traídos en
sazon como el refran, entended moralmente á que
género de risa perteneció y pertenece la mia,
que en verdad no fué ni es de las que mas dul-
cifican las angustias de un Moises, los aprietos
de un David, el lloro de un Jeremias, la pacien-
cia de un Job, ó el sufrimiento de un español;
y no se crea que en medio de mis picantes risas
y pullas he cesado un solo minuto de rabiar á
coraje tendido siendo esa inmensísima mayoría
de necios vulgo tontos, la que mas ha produci-
do en mí una crónica irupcion de coraje-tedio-
esplín;

Que aunque donde *pico peco*,
y do encuentro *manta monto*,
rabio al sufrir *tanto tonto*,
y hasta el cráneo *saco seco*.

Ya veis, amigo mio,
que no es almibar ni miel
todo lo que dulcifica,
ni cebollines ni hiel,
lo que mas amarga ó pica

Sin embargo estoy de cabo á rabo convenci-
do de que en este mundo, y sobre todo en Es-
paña, no hay mas que dos extremos opuestos;
cuales son, reir ó llorar; es decir: que solo
existen dos partidos, el de Demócrito y el de
Heráclito.

No vacilo ya en el rumbo
que debo tomar desde hoy,
aunque de llorar estoy
mas blando que un higo chumbo.

Pues quiero reir si hablo;
si escribo reiré mas
por delante y por detras
aunque mal me hurge el diablo.

En esta década crítica,
en que España es crisis crónica

reire con risa irónica
de lo que llaman política.

Y tiene el reir bemoles,
para el que el rubor concentra,
en su pais dó se encuentra
todo, menos españoles.

Reiré del diplomático,
y del hambreon cenobítico,
cual del figurin raquítico
que me dé dolor reumático;

Y en él, de cabeza á pies
erguido cual miniquí,
veré un risible tití,
traducido del francés.

Reiré en varios compendios
viendo eligies anticuarias
de las viejas temerarias
aseguradas de incendios.

Reiré del pedantismo;
de cuanto al ojo me venga;
y cuando objeto no tenga,
me reiré de mí mismo.

Con esto derecho ó tuerto.
en LA RISA me inauguro:
que haré reir, no es seguro;
que yo reiré, es muy cierto.

JOSÉ MARIA BONILLA.

EL BIGOTE.



Supone mi amigo *Ayguals*
(consonante endemoniado
que me hará bailar un *wals*
el dia menos pensado.)

Que el *genio* está en la metena,
yo pelon, no tengo pena;
pues si descubro el cogote
en cambio tengo bigote.

Donde hay bigote hay chirumen
 si bien cualquiera repara;
 y no llevarlo en resumen
 es crímen de lesa cara.
 ¿Tienes dos pelos no mas?
 déjalos crecer, Tomas,
 aunque luego por mal mote
 te llamen *poco bigote*.

Pensais que al que es trovador
 por fuerza le corresponda
 greña de marca mayor
 ó testa monda y lironda?
 No importa el pelo si hay seso,
 yo lo aseguro, y confieso
 que tengo por un gran zote
 al que no gasta bigote.

No con los labios desnudos
 y lanza á caballo subas,
 que aunque pinches hombres crudos
 te llamarán *pincha ubas*.

Esa bigote y no falla,
 vencerás en la batalla;
 porque mas que el chafarote
 mata de susto un bigote.

No es cara de Lucifer
 cara que pelos no vea;
 pero es cara de muger
 ó de sacristan de aldea.

Y con desengaño tal
 ¿no he de creer un moral
 sino un Judas Iscariote
 al que no gasta bigote?

¿Quién á Quevedo dió el medio
 de adquirir reputacion?
 el bigote, no hay remedio,
 lo mismo que á Calderon.

Aun diré mas, no te espantes,
 que si Miguel de Cervantes
 pudo escribir su Quijote
 fué porque usaba bigote.

¿Quién es el talento, quien
 que no le ostenta en la villa?
 ¿y quién el hombre de bien

que renuncia á la perilla?

Yo espero cada momento
 bigotil pronunciamiento,
 y mueran en vil garrote
 los que no gastan bigote.

Ayguals á tu encuentro salgo
 ya que la cuestion escarbas,
 ¿piensas tú cuando haces algo
 no debérsele á tus barbas?

Por eso yo quiero, hermano,
 mas que sombra en el verano
 y en el invierno el capote
 mi perilla y mi bigote.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

LA DULZURA.

SONETO.

Dulces son esos plácidos amores
 que nos cuentan mil bellas historietas:
 y como nos han dicho los poetas,
 dulces son las aromas de las flores.

Dulce es oír los tiernos ruseñores
 en la noche á la luz de los planetas:
 y dicen que dulzuras muy completas
 dan tambien, buen provecho, los honores.

Pues si hay muchos que cifren su ventura
 en estas referidas maravillas;
 gozen en paz con ellas á su anchura.

Yo soy de otras costumbres mas sencillas
 y así cuando se trata de dulzura,
 estoy por las dulcísimas natillas.

JOSÉ B. AMADO.

EXIGENCIAS.

Vive Dios, señor director del periódico LA RISA, que me ha puesto usted en un compromiso del cual creo que no voy á salir á pesar de los mil esfuerzos que estoy haciendo hace algunos dias. ¿Con que nada menos exige usted sino que escriba un artículo que cause risa al que lo

lea? pues ¿no concibe usted que en el mero hecho de conocer el lector que uno se lo propone, basta para que se ponga en guardia y se mantenga sério aun cuando salpiquemos de chistes las columnas de nuestro semanario? Además, usted me impone condiciones que hacen imposible el que pueda salir airoso de mi empeño: usted no quiere que mezcle la política en mis escritos, y esto es cortarme las manos, porque la política de España ofrece á cada paso materia para prorumpir en estrepitosas carcajadas; en fin, señor don Wenceslao, exigencias tiene usted muy originales; pero ya que hablamos de exigencias, voy á referir á usted cierto lance amoroso que pudiera pasar muy bien por un artículo de costumbres. Es el caso que yo soy amigo de galanteos hasta dejarlo de sobra, y como para esto de galantear con alguna ventaja es indispensable tener mucho atrevimiento y ser por demas exigente, de aquí resultá que suelo algunas veces rebasar la línea del decoro debido al bello sexo.

Andábame paseando la otra noche por debajo de los balcones de una niña sumamente candorosa, cuando oí entreabrir con mucho tiento una vidriera y toser con cierto misterio. Al pronto sospeché si sería mi amada Pilar, pero no quise aventurarme sin esperar alguna señal, porque doña Facunda, su diabólica madre, que nos andaba incesantemente á los alcances, era capaz de fingirse su hija para hacerme aproximar al balcon, desde donde habia jurado bautizarme con un barreño de agua puesta al sereno hacia algunas semanas. Bien pronto se disiparon mis temores, pues asomándose mi hermosa Pilar, me dijo que su mamá acababa de acostarse. Entonces me acerqué con desembarazo y endulzando en lo posible el bronco metal de mi voz, empecé á atacar á la inesperta niña con las siguientes exigencias.

Si sabes ya que te quiero,
 si sabes ya que te adoro,
 y que ese rostro hechicero
 es mi dicha y mi tesoro.
 ¿Por qué he de estar de planton?
 ¿Por qué no hemos de estrechar
 esta distancia, Pilar,
 que hay de la calle al balcon?

Abreme, por Dios, la puerta.
 Es tarde, todo está en calma,
 ya lo ves, no pasa un alma.
 ¿Te ries? mi dicha es cierta.
 ¡Ah! bien haya mi fortuna!
 me encajé dentro, y va una.

Tiempo hace, hermosa Pilar,
 que anhelaba este momento.
 ¡Cómo siento palpitar
 mi corazon de contento!
 No hay hombre al verte tan bella
 que tu atractivo resista.
 ¡Qué veo! ¿aquí tu doncella?
 ¿pones testigos de vista?
 qué, desconfías de mí
 cuando tú mi dicha labras?
 Pilar, si son para tí
 de algun valor mis palabras,
 que salga de aquí por Dios.
 Quedamos solos: van dos.

¡Cuántas dulces emociones
 siento á tu lado, mi bien!
 dime si son ilusiones
 ó las sientes tú tambien.
 Verme á tu lado me exalta,
 porque tu puerta era un muro,
 pero ¡ay! como resalta
 sobre ese vestido oscuro
 tu blanca mano, Pilar.
 ¡Oh! mi bien no te sonrias,
 porque... ¿te vas á enfadar?
 sino la estrecho en las mias
 voy á morir á tus pies.
 Cogi la mano, y van tres.

Dos cosas en ella admiro
 tanto que me tienen loco:
 es de nieve si la miro,
 es de fuego si la toco.
 Pilar, siendo mi embeleso
 y tu bondad tan inmensa,
 sería hacerte una ofensa
 no imprimir en ella un beso.
 Que ¿lo vas á rehusar?
 Sentiré que desconfies....
 Mas ¡qué veo! ¿te sonries?

¿Cómo lo puedes negar
sabiendo que te idolátro?
Besé la mano, y van cuatro.

En esto abren con estrépito
de par en par una puerta

y asoma doña Facunda
en una sábana envuelta.
Viene con los labios cárdenos,
alborotadas las greñas
y el color de sus mejillas
igual al de las acelgas.



—¡Hija infame! ¡seductor!
yo sabré poner enmienda.
—Señora doña doña Facunda
usted por poco se altera.
—Don Luis todo lo escuché
y es demasiada vileza,
que usted abuse de ese modo
de una jóven inesperta,
ya comprendo donde irían
á parar tanta exigencia.
—Señora doña Facunda,
eso es una vagatela.
—Don Luis tenia usted trazas
de llegar á una docena.

Pero, cate usted que cuando me retiraba tan ufano se abalanzaron á mí cuatro embozados que habian estado escuchando en un rincón de la sala.—Ahora las pagará usted todas juntas, me digieron á un tiempo.—Señores ¿qué conspiración es esta? les pregunté medio balburiente. Pilar

es mi hermana, dijo uno.—Pilar es mi prima, repuso otro.—Pilar es mi novia, añadió el tercero.—Pilar es... iba á decir el último.—¡Silencio! gritó el que capitaneaba aquella turba; señor galán, nosotros estamos resentidos hace mucho tiempo de usted, porque usted atentó contra el honor de la que iba yo á llamar mi esposa. Despues he sabido las pretensiones que tenia usted con mi hermana y he hecho que le abra á usted la puerta para sorprenderle *in-fraganti*.—Señores, les digo, yo creo que son ustedes caballeros, y en ese caso...—¿Cómo! ¿piensa usted que vamos á admitir un desafío? eso queda para despues, pero antes hemos de descargar sobre usted una paliza, que es lo que merece por su infame proceder con las hijas de familia.—¡Hijo! ¡Antonio! ¿qué vais á hacer? exclamó doña Facunda; caballero, salga usted de aquí; yo evitaré que se proponen ¡salga usted! ¡salga usted!

Y sin aguardar razones

resolví tocar tabletas,
pasando de cuatro brincos
de la sala á la escalera.
Aunque me miré en la calle
libre de aquella tormenta,
creí que los latigazos
sonaban en mis orejas.
Volví los ojos atónitos:
¡ah! exclamé, feliz idea!
El *ómnibus* ¡santo Dios!
El *ómnibus* que se acerca.
— ¡Hé! ¡hé! que voy á subir.
— Suba usted. — Una advertencia.
— Diga usted, y vamos pronto,
que hay gente que tiene prisa.
— Pues, cabalmente, yo quiero
partir como una centella,
pero, si ve usted venir
cuatro embozados, alerta,
porque atentan contra el *ómnibus*.
— ¡Cómo! — Le echarán á tierra.
— Y por qué ese desacato?
— Porque es invencion inglesa...
Y, no hablemos mas, cochero,
vamos, vamos, que se acercan.
— Pero, ¿y usted cómo viene?...
— ¡Cómo que soy de la empresa!
— Perdona usted, caballero.
¡Mayorala! ¡Coronela!
— ¡Cochero! agúrdese usted...
— ¡Cochero! — ¡Santa Teresa!
esclamaban desde adentro
dando voces descompuestas.
— ¿Qué se ofrece? — ¿Qué se ofrece?
que usted falta á la promesa,
que tengo ya á mi muger
sin aliento, medio muerta.
Mañana hace nueve meses
que su mano... — ¡Coronela!
— Asesino, calle usted.
Ven, ven, hajemos, Quiteria.
— ¡Qué no hay tiempo! — ¿Qué no hay tiempo?
Pues, si llega á nacer muerta
¡Ja... — ¡Gallarda! — ¡San Ramon!
¿Lo vé usted, como se queja?
— Pero..... — No hay pero que valga.
Sujete usted esa rienda,
porque quiere mi muger

salir de esta gazapera.
— ¿Pues no era antojo el entrar?
— Ahora lo es echarse fuera.
— ¡Qué demonio de mugeres!
— ¡Si usted estuviera como ella!...
Pero otro poco, otro poco:
ya estoy en la portezuela.
— ¡He! cochero ¡voto va!
Por aquel lado se acercan.
¡Somos perdidos! — ¡Perdidos!
— Han cortado ya las riendas.
— ¿Qué haré, señor empresario?
— ¿Qué harás? tocar la trompeta.
— Pero ¿qué toque? — A degüello,
y que se salve el que pueda.

Dicho y hecho, el cochero que debía haber servido de trompeta en algun regimiento, empezó á tocar á degüello á las mil maravillas; pero mis perseguidores que vieron frustrado su intento si proseguía tocando, asestaron tan fuerte palo al instrumento que fué á parar á veinte pasos del sitio de la accion. La embarazada, temiendo sin duda que echaran al coche alguna camisa embreada, se arrojó desde la portezuela y fué rodando por el suelo, al arrullo de las carcajadas de los unos y de los gritos y los saltos de los otros. Procuraban todos evadirse de aquel diluvio de porrazos improvisados á la débil claridad de la luna. — ¡Este es! — ¡Firme! — ¡Ay! — ¡Ah! pues no es! Y siempre reconocian su error despues de haber descargado el golpe sobre alguno.

Estaba yo contemplando aquella escena desde adentro, pero temiendo que me sacasen arrastrando me resolví á tirarme del coche y á pasar por aquella carrera de vaquetas. Efectivamente, salté en medio de la calle y si bien me alcanzaron algunos latigazos, á poco rato estaba ya meditado en mi casa y meditando una venganza, que todavia no he llevado á efecto, pero que estoy resuelto á consumir en la primera ocasion favorable.

Y pues que me da usted prisa,
he salido ya del paso;
mas, no dudo que este caso
ha de promover á risa.

Y no porque sea bueno

lo escrito; solo me fundo
en que todo, todo el mundo
se rie del mal ageno.

M. J. DIANA.

LETRILLA.

Que al que cumple un sacrificio
del pro-comun en servicio
su recompensa le den,
parece bien.

Mas saciar al de uñas largas
que debe traer á cargas
los nabos de Fuencarral,
parece mal.

Viejas llamar á esas tias
que nacieron muchos dias
antes de Matusalen,
parece bien.

Mas que aun en el mundo bullan
y en un baile se escabullan
ó en lúbrica bacanal,
parece mal.

Que el mercader poderoso
preste sumas generoso
á los que pobres se ven,
parece bien.

Mas que usurero malvado
al recoger lo prestado
centupleque el capital,
parece mal.

Que viendo el semblante cuco
de Juana, la diga: truco;
y ella me responda: amen,
parece bien.

Pero que de mi embeleso
me ha de costar cada beso
un abanico y un chal,
parece mal.

Que al soldado, si es valiente,
mas que al cabo y al teniente
se le premie á tutiplen,

parece bien.

Pero que en jornada larga
lleve el soldado la carga
y la gloria el general,
parece mal.

Que hayan honrado á Castilla
Larra, Espronceda y Zorrilla
y Campoamor y otros cien,
parece bien.

Mas que haga, siendo perversos
versos, versos y mas versos
tanto soberbio animal,
parece mal.

Que á un hijo Martin y Antonia
en bautísmal ceremonia
el nombre de ambos le den,
parece bien.

Mas que luego el galopin
por llamarse Anton-Martin
vaya y venga á su hospital,
parece mal.

Que yo encaje en una obra,
si la inspiracion me sobra
de versos un almacen,
parece bien.

Mas soltar la taravilla
y alargar esta letrilla
tan sin salero y sin sal,
parece mal.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

A LOS GARBANZOS.

ODA.

No la indolencia alcanzo
de dos sonoras liras que omitieron
celebrar el *garbanzo!*...
si á recoger me lanzo
las bellas flores que partir debieron.

Dos númenes henchidos
de patrio fuego, inspiracion primera,

consagraron tañidos
á dos frutos queridos
del suelo hermoso que nacer les viera.

Aquel la fruta grata
pintó feliz en delicados sonos,
de la tosca *patata*...
fundándose en que mata
el hambre antisocial de las naciones.

Este de la *judía*
revelando el poder al mundo todo,
llevó su valentía
hasta la dinastía
del aureo cetro sucesor del godo.

Entrambas odas veo
ricas de genio y galanura y chiste:
y aguijame el deseo
de vindicar *de un feo*
al buen *garbanzo* pesaroso y triste.

Cuanto el desaire sea,
cuanta la ingratitud, cuanto el perjuicio,
España absorba vea...
dó no hay ciudad ni aldea,
que no deba al *garbanzo* un beneficio!

No hay en el orbe cosa,
en el orbe... de la olla peregrina,
mas grata y sustanciosa,
mas plácida y sabrosa,
que del *garbanzo* la dorada harina.

Los que sobre el cocido
un vaso de agua deliciosa beban,
digan si han conocido
deleite mas cumplido...
que en el remojo del *garbanzo* prueban?

Holgado y satisfecho
reclinase en la silla el cuerpo humano;
que paga (y es un hecho),
alegre y dulce *pecho*
al superior *garbanzo* castellano.

En torres y en cabañas
acátase feudal su poderío:

y no hay en las Españas
nombre que mas hazañas
recuerde grande al pensamiento mio.

Con el *garbanzo* á pasto
los destronados principes iberos,
sin dispendioso gasto,
el reino antiguo y vasto
reconquistáran de los godos fieros.

Con el *garbanzo* á gusto
en siete heróicos siglos se nutrieron
los de temple robusto
brazos, que eterno susto
á la soberbia media luna fueron!

Con el *garbanzo* solo
el Cid se agigantó... cuya alta fama
sin átomo de dolo,
vuela de polo á polo,
y hácia su tumba los recuerdos llama.

Con el *garbanzo* puro
descolláran los condes de Castilla
de corazon seguro:
grandes en todo apuro,
en la paz y en la guerra sin mancilla!

Con el *garbanzo* fuerte
cargáronse armas, por tenerse á mano,
en un combate á muerte,
que decidió la suerte
del orgulloso pueblo lusitano!

Con el *garbanzo* grave
rindió una flota mercantil inglesa,
(por tradicion se sabe),
cierta española nave...
que hasta las Indias remolcó su presa!

Con el *garbanzo* crudo,
agotándose ya sus municiones,
vi á un gefe testarudo,
que defenderse pudo...
contra nueve carlistas batallones!

Con el *garbanzo* tierno
engañan tantos la feroz gazuza

debida al *buen gobierno*,
que en su derroche eterno
de inmensos seres la *carpanta aguza!*

Con el *garbanzo noble*
timbre de la nariz *Ciceroniana*,
el débil se hace un roble,
y no hay poder que doble
su garbancil independencia ufana.

El *garbanzo nivela*

en justa condicion *pueblos y reyes*,
y allá donde se cuele
ejerce audaz tutela
sobre el comun de las humanas greyes!

Y en fin, pues mas no quiero
revolver del *garbanzo* los anales,
digame el pueblo entero;
¿qué pícaro puchero
no le debe atenciones generales?

VICENTE ALVAREZ MIRANDA.

EPIGRAMAS.



I.

Dije á Ines: dulce embeleso,
¿no me das un beso; di?
Y ella exclamó, ¿á qué viene eso?
¿por qué le he de dar un beso?
¿qué, tantos me dá usted á mi?

II.

Un sereno á su muger
sendas guantadas la cruzo
y regañándola ayer
¡anda! la dijo ¡lechuzo!

Yo que me hallaba en la lid
dije: ya comprendo, hermano,
por qué se apagan temprano
los faroles de Madrid.

III.

Baldado estaba Narciso
sufriendo la pena negra,
cuando le llegó un aviso
del funeral de su suegra.

«Siento andar en pies de palo»
contestó con ceño adusto.
«Si no estuviera tan malo
ivía con mucho gusto.»

VILLER GAS.

ROMANCE ESDRÚJULO.

LAMENTOS DE UN MARIDO.

¡Qué muger tan maniática!
 cuidado que es una cócora...
 vaya si no tiene tétrico...
 ¡qué genio el de doña Mónica!
 siempre con celos ridículos,
 siempre con necias andróminas,
 unas veces que estoy tétrico,
 otras maldice mi cólera,
 rabia si canto de júbilo,
 si nuestro risa sardónica...
 ¡Oh! ¿cuándo el cielo benéfico
 viendo pena tan recóndita
 librará mi vida mísera
 de aquesta muger exótica?
 ¡Feliz yo si de la mágica
 supiera la ciencia lóbrega;
 pues por esos aires fuérame
 lejos á Italia ó á Còreaga!
 y dejando la política
 con sus ilusiones ópticas
 y los literarios círculos
 con su liviana retórica,
 dejára también el tálamo
 y esta consorte estrambótica,
 y el domicilio doméstico
 sin pensar en fama póstuma.
 ¡Ah! ¡qué necio fuí y estólido
 qué no conocí á la hipócrita,
 y así maldigo colérico
 del matrimonio la cópula! —
 Darle debiera solícito
 una bebida narcótica,
 aunque á mandarla espusieráme
 del cementerio á las bóvedas,
 ó bien asustarla en términos
 que al mirar mi saña hórrida
 se fuera por no ser víctima
 lejos de mi lado prófuga. —
 ¿Prepararé por antídoto
 de condicion tan incómoda
 algun veneno mortífero
 que haga mi fortuna próspera,
 ó con aparato fúnebre
 fingiendo una muerte cómica

me iré lejos de esta vívora
 á la misma Zona-tórrida?
 ¿Si acaso con ceño tétrico,
 tan fiero como un Pelópidas,
 podré convertir su ímpetu
 en mansedumbre de tórtola?
 Mas ¡ay! Dios, á mi hado pésimo
 no alivian estas andróminas
 ni estos inútiles cálculos
 de un hombre que ya es autómeta,
 Yo, necio de mí, dí pávulo
 á su genio infame, cócora,
 y así he de sufrir pacífico
 esta batalla diabólica. —
 Duélate ¡oh muger ridícula!
 duélate mi pena indómita.
 Déjame aquí con mis lágrimas
 dejadme ya doña Mónica.

JUAN GUILLEN BROZARAN.

EL COCINERO DEL AMBIGÜ

A LOS ESPAÑOLES.



A LA RISA, españoles, á LA RISA. Cuando la patria está en peligro, LA RISA es su única an-

cora de salvacion. Por eso ya los romanos que eran gente de buen humor y muy aficionados á la gastronomía, ostentaban en sus victoriosos pendones estas iniciales: S. P. Q. R. que constituyen la divisa de los héroes. Hé aquí lo que significan: *Suscriptores Placidi, Querite Risam*, alegres suscritores, buscad la risa. No lo dudeis, ciudadanos, esos entes desnaturalizados que agitan la tea de la discordia, estan vendidos á los taciturnos. El oro extranjero, el oro del tético inglés se derrama á manos llenas para entronizar en España el imperio del *esplin*; pero Dios salvará al pais, y á LA RISA. Apiñaos todos, valientes hijos del Cid, en derredor de nuestro inespugnable AMBIGÜ. ¿Por qué fué siempre el Cid vencedor? Porque á su carácter zambbrero y bromista, unia la mas noble adhesion á los pollos con tomate. Al gran Pelayo le gustaban mucho los sesos fritos y el bacalao á la vizcaína. Corra á torrentes si necesario fuere el vino de Jerez y la sangre de los pavos y perdices; pero no consintais nunca que el llanto se entronice entre nosotros. Alistaos todos bajo mi bandera vencedora. *Suscriptores Placidi Querite Risam*. Empuñemos los tenedores y defendamos palmo á palmo la redaccion de LA RISA. Solo pisando cadáveres hacinados en nuestro AMBIGÜ, invadir podrán nuestros enemigos el jovial erreno de la gastronomía y del placer.

LA RISA os enseñará en su AMBIGÜ el modo de hacer toda clase de TURRON, ya que en España es el talisman de todos los partidos. Por un cacho de TURRON se hace el exaltado moderado, por un cacho de TURRON se hace el moderado demagogo, y por un cacho de TURRON, en fin, hemos visto no hace mucho á ciertos republicanos abogar por la mayoría de la reina y consolidacion de su trono. Y supuesto que la política es todo farsa, todo mentira.... supuesto que no hay verdad mas positiva que *comer bien y reirse de todos*, dejaos de tiquismiquis y engañifas, y venid á suscribiros á la ENCICLOPEDIA DE ESTRAYAGANCIAS. *Suscriptores Placidi Querite Risam*.

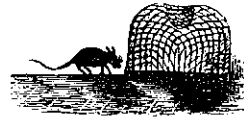
Españoles, levantaos todos como un solo hombre para suscribiros á LA RISA, pero que no se haga la suscripcion como de un solo hombre, por que produciria poco y me veria pri-

vado de poder ofreceros los sabrosísimos guisos que os preparo. Cuando todos los españoles nos desternillemos de risa, se acabará el mal humor que no engendra mas que resentimientos y venganzas; y el iris de la reconciliacion pondrá término á los males que nos aquejan.

¡Antes mascar que morir, compañeros!... y siendo el morir una reaccion en sentido retrógrado, juremos perder la vida mil y mil veces primero que morir. ¡Viva el ambigü! ¡Viva la colacion de todos los partidos! ¡Vivan las cargadas patrias!

El cocinero en jefe de LA RISA.

ABUNDIO ESTOFADO.



LA ADOLESCENCIA.

En el romance anterior dejamos, lector insigne, á nuestro héroe de marras en una especie de crisis; que así se puede llamar aquel tránsito difícil de los pueriles instintos á los humos juveniles.

Crepúsculo de la vida;
(que en efecto, menos *vive* que *vegeta* el individuo en sus primeros abriles).
crepúsculo de la vida la adolescencia, (otros dicen la pubertad) se inaugura con los síntomas que siguen.

A las doce navidades en unos se hace ostensible; en otros, menos precoces, no se muestra hasta los quince. Sombrea leve pelusa; esto es, la barba en su origen, aquella parte del lábio que raya con las narices.

Pasa la voz á la boca
 desde la hueca laringe
 en problemático son
 misto de *tenor* y *tiple*.
 Hierve la sangre en las venas,
 cuyo humor *acre*, *proclive*,
 que dijo el otro, rebosa
 por la humana superficie.
 Panadizos y diviesos
 al protagonista aflijen,
 y el corazón palpitante
 quiere salir de sus lindes.
 Ignoradas sensaciones,
 deseos indefinibles
 en el cerebro le bullen
 y en el pecho le sonrien.
 No bien cambia el tonelete
 y la valona de nipsis
 por la levita y demas
 atavíos varoniles,
 mira con fiero desden
 los trompos y los confites,
 y si le llaman muchacho
 se le amontona la bilis.
 Si antes estudió los *géneros*
 sin saber en que consisten,
 lo que va de *primo* á *prima*
 hoy sin vacilar distingue.
 El desarrollo de Adela
 sigue con ojos de lince
 y observa que con el suyo
 simpático coincide;
 que, mientras juzga su padre
 que otros estudios prosigue,
 en la *historia natural*
 hace progresos visibles:
 y es con las *primas* cordero
 el que con los *primos* tigre
 sin descifrar todavía
 la clave de este *busilis*.

Mas de la inocencia cándida
 pronto quebrados los diques,
 se convierten en demonios
 los que fueron serafines.
 Ni es maravilla que al céfiro
 cuando susurra apacible
 la frágil caña se meza
 y se doblegue la mimbre.

Naturaleza nos habla
 halagüeña, inteligible;
 su copa exhala perfumes...
 ¿Cómo rehusar el brindis?
 No es culpa de un pobre mozo
 si hay sátiros que le pinten
 la virtud ruda y amarga,
 fácil y goloso el crimen.
 ¿Ni qué mucho si el neófito
 lo que mas le agrada elije
 entre el *veto* de su *dómine*
 y el *exsequatur* de Filis?

Pecará...; yo no lo niego,
 mas sí, en efecto, delinque,
 él purgará sus pecados
 y exclamará: ¡*parce mihi!*

¡Mirad! Su lustro primero
 á duras penas fué tiple
 ¡y ya aquella flor lozana
 inclina su tallo humilde!
 El que ayer dió culto á *Venus*
 hoy á *Mercurio* le riude
 y el pecho que amor henchia
 lenta consume la tisis.



¡Qué dolor! ¡Oh adolescencia
 estúpida!—¿Y es posible
 que aun hagan muchos mozos
 alarde de sus deslices?
 Por el flujo de *hombrear*
 ¡cuántos publican la triste
 vergonzosa pestilencia

que abrevia sus días ¡Títeres!!...
 ¡Y hay mueble tan presumido
 que sin sentir la finge
 mintiendo palmas de mártir
 cuando las llora de *virgen*.

A otros les da por la *gloria*,
 como á aquellos por la *sífilis*,
 nuevo linaje de buhos,
 aunque blasonan de cisnes.
Genios son no comprendidos;
 es decir, incomprensibles,
 cuya *mision en la tierra*
 es renegar de su estirpe.
 Sus númenes son vampiros,
 brojas, espectros, caribes.....:
 su paraíso, el infierno;
 su vida, suplicio horrible.

Oye el ligubre ronquido
 con que del mundo maldicen
 que solo han visto pintado
 en biombos y tapices,
 y el afán con que pretenden
 en fuego y sangre fundirle,
 como el que abrasó la cama
 para acabar con las chinches.
 Observa el raro contraste
 de sus gracias infantiles,
 con la seriedad ridícula
 de sus pláticas bilingües.
 Miralos, como ponderan
 desengaños que no existen,
 pesares que no conocen,
 placeres que no conciben.
 Para ellos todas las hembras
 son Mesalinas ó Circes,
 ponzoña sus atractivos,
 prostitucion sus melindres.—
 Y es porque ellas al muñeco
 que arriesga amoroso envite
 responden: «¡limpiese el moco
 y aparte, que no me sirve.»
 ¡Paciencia, pobre zagal!
 Si al tormento sobrevives
 de no ser *hombre* cual piensas
 ni *niño* como lo fuiste,
 yo prometo que algun día
 con ellas te reconcilies
 y llames diosa del mundo

á la que hoy Hamias esfinge.
 Entonces... mas para entonces
 con otro romance en ristre
 te emplazo. Este ya llegó
 al *opus coronat finis*.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EL SALCHICHON.

Cante Ayguals la judía,
 Villergas la patata,
 salga el garbanzo vil á la palestra...
 ¿Quién prostituye así la poesía?
 ¿Quién así la degrada y la maltrata,
 Callad, callad, cantores de menestra,
 ¿Qué las patatas y judías son
 al lado del robusto salchichon?

¡Ingratos! os dió númen
 el cielo soberano,
 os dió ambicion de gloria, os dió talento...
 ¿No hay cargos de conciencia que os abrumen?
 ¿No os atormenta un roedor gusano?
 ¿No sentís un atroz remordimiento?
 Legumbres celebráis... ¡oh! ¡maldicion!
 ¡Y dejáis olvidado al salchichon!

Es vuestro inmenso crimen
 digno de inmensa pena,
 mas la gracia de Dios es infinita;
 los pecados mas graves se redimen;
 Dios perdonó á la impura Magdalena
 arrepentida viéndola y contrita;
 un acto pues rezad de contrición,
 y ayudadme á cantar el salchichon.

¡Oh Vich! ¡ó patria mia!
 esclarecen tu nombre
 salchichones de gusto y de fragancia.
 No envidies, no, la justa nombradía
 de famosas ciudades, ni te asombre
 la gloria de Sagunto y de Numancia.
 Si á Córcega dió fama Napoleon,
 tú la debes mayor al salchichon.

Del uno al otro polo

su salchichon circula,
y es su sabor la fé de su bautismo.
Que en salchichones, Vich, te pintas solo,
y el salchichon que el paladar adula
emblema es cual la cruz del cristianismo,
pues quien profesa mora religion,
no puede comer nunca salchichon.

Si un dia lo catasen,
viérais á los infieles
desertar de las filas de Mahoma.
Cátenlo, y no habrá dos que no se pasen
á nuestra fé; zegríes y gomeles
se acogerán al lábaro de Roma.
¿Quién ha de producir tal conversion?
solo tú, soberano salchichon.

En los tiempos de Homero
y tiempos de Virgilio
no salchichones en la tierra habia;
de otra suerte los héroes con su acero
tan solo figurando en un idilio,
cual cosa de poquísima cuantía,
de la Eneida y la Iliada el campeon
hubiera sido un bravo salchichon.

¿No veis allá una hermosa
pálida, desgreñada?
¿Qué siniestra intencion leo en sus ojos?
Miradla, se dirige presurosa
á la orilla del mar... ¡desventurada!
¿Quién contra tí provoca tus enojos?
Detente, pon un freno á tu pasion...
Mira, mira, aquí tengo un salchichon.

Y es una pobre amante
vilmente seducida
por un estafalario muy romántico.
El frenesi se pinta en su semblante,
y va á ocultar la afrenta de su vida
entre las crespas olas del Atlántico...
¡Qué peripecia!... vuelve á la razon,
ya no se tira... ¡ha visto el salchichon!

O tú, buen misionero,
que remotos espacios
cruzas y mares y apestados climas,
por convertir al dogma verdadero

á los mas refractarios y rehacios,
no de la persuasion el arma esgrimas.
Para atraerse al indio cimarron,
es probado, no hay como un salchichon.

Los que á la medicina
consagrais el talento,
¿no veis que será estéril vuestra ciencia
mientras sierva la hagais de la rutina?
¿por qué para saber si aun tiene aliento
y así poder dar fé de su existencia,
en lugar de una luz ó de un velon,
no acercais al enfermo un salchichon?

Si salchichon no come,
aunque una vela apague,
el infeliz murió de positivo.
Por exageracion nadie lo tome;
cuando veais que salchichon no trague
no hay ya cuidado de enterrarle vivo,
que quizás ya estará en putrefaccion
y aun comerá el difunto salchichon.

¡Salchichon! yo te adoro,
yo que sin ilusiones
entre humanos vegeto aborrecidos.
Tú eres mi bien y mi único tesoro...
¡oh! ¡quien pudiera en recios salchichones
ver á todos los hombres convertidos,
y sin ser ni Coburgo ni Borbon
ver reinar donde quiefa un salchichon!

Con una vil manzana,
segun nos dicen, Eva
se dejó seducir... ¿no estaba loca?
si hoy el demonio en seducir se afana,
no enseña una manzana ni una breva,
que es al cabo todo esto una bicoca;
hoy para hacer caer en tentacion
necesita el domonio un salchichon.

En vano los partidos
con implacable saña
un mando se disputan pasagero.
¡Esfuerzos miserables y perdidos!
El que quiera mandar acá en España
y un prosélito hallar en cada ibero,
ofrezca su programa á la nacion



para ricos y pobres salchichon,

Yo que de la política
salí cual por ensalmo
harto de controversias y de enredo,
¿quereis dispute en situacion tan crítica
la libertad del pueblo palmo á palmo?
¡oh! no; disputaria dedo á dedo
la libertad con brio y con teson,
si la libertad fuera un salchichon.

Pues hice no poco
en salir aun con huesos.
del charco de las ranas periodísticas;
pues hice mucho en no volverme loco,
y mi honor y mi juicio saqué ilesos
de mil disputas y otras mil sofisticas;
de hoy mas mi único lema, mi opinion,
mi estandarte ha de ser un salchichon.

Esta bandera nueva
intrépido euarbolo...
contéplala, español, con ardimiento.
¿A combatirla hay alguien que se atreva?
los partidos por fin en uno solo
se funden y en un solo pensamiento,
y se llevará á cabo esta fusion
de todos siendo núcleo un salchichon.

¡Gloria! á mí que el primero
concebí tal idea
que si Colon viviera la envidiára!
cuando mi vida se convierta en cero,
cuando la muerte con su brocha fea
de amarillo color pinte mi cara,
mi adios postrero, mi última ilusion
tuyos seran, querido salchichon.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

PRONUNCIAMIENTO

DE LAS LEGUMBRES CONTRA LAS PATATAS.

Por espaciarme un rato
los libros olvidando y las lecciones,
lejos del falso trato
de aqueste mundo ingrato,

del inquieto bullir de las pasiones.

A un hermoso jardín
mis pasos dirigí, reflexionando
acerca el triste fin
que á nuestro polvo ruin
tras cortos años nos está esperando.

Sonaba ya la hora
en que el sol, caminando al occidente
con su luz brilladora
las altas cumbres dora
casi escondiendo su encarnada frente.

El mundo silencioso
cual si triste su ausencia lamentára,
su estado borrascoso
en completo reposo
tal vez arrepentido le trocará.

Ni voces ni gemidos
el sepulcral silencio interrumpieran,
cual si todos dormidos
ó en letargo sumidos
ni males ni aflicciones conocieran.

Un suave vienteçillo
los árboles mecia blandamente;
el pardo gilguerillo
en el verde tomillo
sus amores cantaba alegremente.

Cansado del paseo
sentéme á reposar entre la yerba,
cuando de pronto veo
alzarse corifeo
un viejo garbanzal que en torno observa.

«Compañeros! (exclama)
semejante abyeccion, tal abandono
cuando la oculta trama
nuestros nombres infama
llega á ser criminal. ¡Arda el encono!

¿Vuestro justo furor
no inflama vuestras honras mancilladas,
vuestro ultrajado honor?

¿Mirareis sin horror
pisar vuestras banderas humilladas?

Valiente la judía
levantára la enseña independiente;
ya no mas tiranía,

esclama su hidalguía;
«¿doblezareis vosotras vuestra frente?»

— «Perezcan las patatas,
(gritan habas, lentejas y guisantes)

mueran las insensatas,
alimento de ratas
insípidas y tontas y pedantes.

Pues mil veces abajo!...

Humillemos sus huesos altaneras,
que es cobarde y es bajo
á un vil escarabajo
rendirle en sumision nuestras banderas.

¡Qué vivan las legumbres!
(van en voces confusas repitiendo.)
Tan viles servidumbres
nuestras buenas costumbres
las están de continuo repeliendo.

Y es atroz sacrilegio
llamar á las patatas celestiales,
y darles poder régio.
¡Abajo el privilegio,
pues anteña sarten somos iguales!»—

Dicen, y se pronuncian:
y con solemne pompa y aparato
la guerra al fin anuncian;
pero nunca renuncian
á su antiguo esplendor y su boato.

CARLOS MASSA.

COSTUMBRES FRANCESAS.

El pueblo francés es sin disputa el que mas rie de todos los pueblos de la tierra. Por lo comun se rie de los demas pueblos. En sus novelas, en sus poemas, en sus folletines, en sus dramas y sobre todo, en sus zarzuelas ó *vaudevilles* siempre hay algun inglés que toma *té*, que está sério, que coje una turca, ó algun aleman que bebe cerveza, que fuma la pipa, que revuelve los tizones de la chimenea, ó que hace cualquiera de esas cosas que, el autor francés ha visto por casualidad en algun individuo de la nacion de que se está riendo. Y es tanta la manía de reir en los franceses, que cuando no se rien de los extranjeros, se rien de sí mismos, y es menester confesar que en esta parte suelen ser sobresalientes, por poco exactos que estén en su retrato. Es que en Francia hay muchísimo ridiculo; la faz caricaturesca de esta nacion es vasta, por no decir inmensa, y el que quiera reirse de los franceses tiene materia de sobra; la única dificultad que

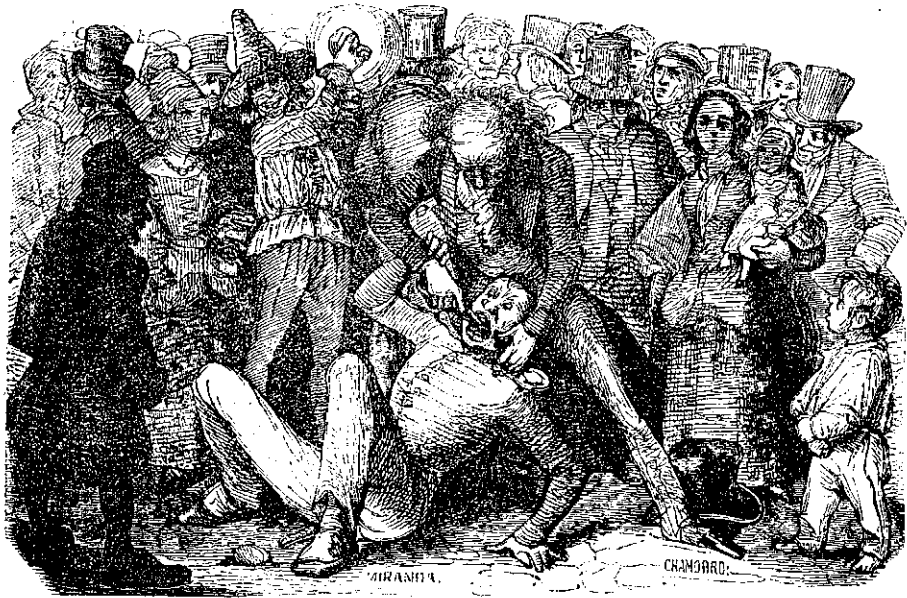
se presenta es, como ellos suelen decir, *l'embarras du choix*.

Riámonos pues tambien de los franceses; nosotros que, en su concepto, somos graves y recogidos como monges cartujos, ó anacoretas tebanos, y riámonos de sus ridiculeces que son por cierto dignas y muy dignas de la caricatura.

Negar que el pueblo francés ha tenido y tiene una multitud de hombres grandes en todo género, seria demostrar prácticamente que se ignora de todo punto la historia, ó que un ridiculo espíritu de nacionalidad mal entendida estraviaría nuestro juicio; pero acaso sea el pueblo que mayor número de nécios y majaderos con pretensiones de sábios está abrigando, amen de una multitud de farsantes que en todas las esferas hormiguean, explotando á las mil maravillas la boba credulidad de los que tienen la desgracia de escucharlos. Abre Paris escuelas de toda clase de conocimientos, donde se recibe sólida y abonada educacion de profesores beneméritos; pero ese mismo Paris tiene unos Campos Eliseos, donde se enseña, mejor diremos, donde se parodia grotescamente la enseñanza de las aulas. Tan pronto es un descaramado Dulcamara, vestido de turco, griego ó chino, que, montado en un cabriolé, estrafalario botiquin con visos de tienda ambulante de perfumes, llama la atencion del público con una orquesta formada de dos clarinetes, un bombo, un tambor y una trompeta, para anunciarle la curacion radical y momentánea de diez enfermedades incurables, por medio de un jabon que ni las manchas quita, demostrando su portentosa habilidad con legajos de certificados de academias, de curas párrocos, prefectos, maires, diputados, pares, comadrones y drogueros, y destumbando á la multitud, que atónita le escucha, admira y aplaude; primero con una arenga fogosa, luego con las monedas de plata y oro que vacia de una espuerta en otra, en ostentacion de una insignificante parte del producto de sus maravillosas curaciones. Tan pronto es un truan que ha colocado encima de una mesa una mala máquina eléctrica, una botella de Leyden y otros instrumentos físicos de uso desconocido para él y su ayudante con cara de fullero que hace rodar el

disco, ambos á dos andan buscando entre el concurso á los imbéciles que quieran recibir la conmoción de un formidable chispazo eléctrico para librarse de todos los males pasados, presentes y venideros, por la miserable cantidad de un sueldo ó sea poco mas de cuatro maravedises. Aquí un charlatan que con una mala navaja y peores manos promete arrancar las muelas cariadas sin mas dificultad ni daño que si quitase de la guitarra sus clavijas, arrancándose sus dientes y los

de sus compadres doscientas veces al día, como prueba práctica y experimental de su extraordinaria agilidad y maestría. El pobre recluta, el inesperto provincial y la incauta niñera que, rabiando de dolor ó acordándose de que algun día lo han tenido, se abandonan á la estúpida ferocidad del sacamuelas, adelantando el importe, ven á medio día las estrellas y en las manos del bárbaro sayon una muela sana con un pedazo de quijada per apéndice, del cual podrian hacerse



dos botones ó un doble as de dominó. El infeliz mutilado se aguanta, devora su dolor y su vergüenza y se retira con las manos en la boca, mientras el asesino impávido y sereno pasea con triunfo por encima de las cabezas de los espectadores la muela y el trozo de maxilar ensangrentado, asegurando con insolente cinismo que la sacó limpia, sin gota de sangre ni mija de dolor.

Aquí se ofrece un teatro ambulante, compuesto de tapices viejos con un gran cartelón donde se vé pintada una muger de antdiluvianas dimensiones, un niño con siete cabezas y el combate horrible del primer alcides, del primer hérocles de Europa con un tigre feroz de Bengala al cual vence, sujeta y civiliza. Todas estas mara-

villas son anunciadas por cuatro histriones indeciblemente cubiertos de despojos de teatro, que llaman á los transeúntes al son de un tambor y de una trompeta. Por un sueldo se vé tanto portento. El inocente espectador no puede resistir á tanta curiosidad; entra y por de pronto vé en la muger Goliat á una muger media pulgada mas alta que la generalidad de las mugeres; el niño de las siete cabezas es un rapaz, vestido de árabe, que tiene en la cabeza seis lobanillos de varia pero ordinaria dimension; el hérocles, el alcides es un embustero sin músculos y sin nervios, feo como un eunuco, pequeño como un lapon, roído de miseria con mas trazas de momia que de atleta, cuyo raquitico esqueleto se dibuja debajo del pergamino que le tapiza muy

á propósito para ser estudiado por un cursante de anatomía, el tigre de Bengala es un cachorro de Leopardo, y el gran combate consiste en coger las manos ó patas delanteras del animal, echarle, ponerle el pié en los hijares y volverle á la janla, antes de que se acuerde de que es una fiera y tenga á bien despellejar al gladiador folion con un zarpazo. Concluida la funcion, el Roberto Macaire, director de la compañía gimnástica, presenta á los circunstantes una bandeja para consultar su generosidad y escitarles á estimular al ingenio privilegiado.

¿Diríamos bien si dijéramos que la Francia es á la Europa lo que los Campos Eliseos á Paris? La comparacion acaso no seria de todo punto exacta, porque al fin y al cabo, si hay muchos charlatanes en Francia, abundan tambien las notabilidades de valor real en todo género.

Dejemos á las notabilidades y sigamos ocupándonos en los farsantes. Haylos de estos de todas clases y en especial entre los literatos. En Francia todo vicho viviente es escritor. Basta concebir una idea para hacer un libro. La idea no ocupa mas que una página y esto aun porque el autor no la sabe emitir; y el librero que ha de explotar esta idea necesita ó quiere un volúmen. El autor hace el volúmen, robando desapiadadamente á los demas lo que ya los demas robaron á sus predecesores. Embadúrnanse las esquinas con anuncios colosales, llueven prospectos por todas partes, el autor se alaba á sí mismo en todos los periódicos, y á los quince dias véndese la obra á sueldo, perdida entre otras obras de igual mérito, en los puentes y bulevares.

La moda, tan poderosa en Francia, ha invadido tambien la literatura. Ningun escritor decente deja de escribir viajes. Sin moverse de Paris, sin ir mas que á una biblioteca ó gabinete de lectura, se escriben viajes á Oriente, á la India, á Groelandia, al Perú, alrededor del mundo, y se describen las costumbres de los pueblos con una exactitud maravillosa.

España es uno de los países que tienen el honor de ser mas á menudo favorecidos. España es hoy en día para los franceses un manantial fecundo de curiosidad y de interés. No hay escritorcillo que no pague un tributo de su péndola á la España. Muchos no tienen de la Península

la idea alguna; ni siquiera saben donde está, que punto geográfico ocupa; solo conjeturan que se halla mas acá de los Pirineos y aun esto lo saben porque han leído en los periódicos los partes telegráficos de los prefectos de los Pirineos orientales y occidentales relativos á la guerra civil. Esto no quita sin embargo que escriban sobre la Peninsula y hagan de ella descripciones minuciosas. España es mentada en las memorias, en los viajes, en la historia, en los apuntes, en los dramas, en los poemas, en las novelas etc. etc. Todos los héroes se llaman Juan; todas las heroínas Juanita. El que de esta regla *sine qua non* se aparta, el que sabe mas, dá á su héroe el nombre de don Suarez, don Osuna y á la protagonista el de doña Sol, ó doña Avellana ú otro por el estilo. Ya que tiene nombres que dar á los personajes busca los de los lugares. Madrid, Cadiz, Barcelona, Zaragoza, Valencia; hasta aquí llega toda su geografía. El que mejor le suena al oído, este es escogido para la novela, folletín ó comedia. Sobre estos elementos se entretege el asunto, y urde un cuento esmaltado de costumbres propias de un estudiante de Paris, de un manco de las tiendas de los bulevares, de un comisionista viajero, de una beldad fácil del cuartel Latino ó de una griseta de la calle *Vivienne, Saint Denis, Saint Martin, ó Poissoniere*, creyendo cándidamente el maldito autor que tendrá sabor peninsular su farsa porque los personajes se llamarán Juan, Juanita, don Suarez, doña Sol, doña Avellana, y serán las escenas en Madrid, Zaragoza ó Barcelona. Otro se cree mas instruido en las costumbres españolas, porque ha visto en los teatros bailar la cachucha, en las tiendas algunas láminas de funciones de toros, y ha oído hablar de vinos y jaques de Andalucía. Todo esto es poético para este desdichado escritor, y hétele en marcha, digno émulo de Cervantes y del autor de Gil Bias, y en el primer capítulo de su bárbara novela nos describe un famoso baile en los salones de la Alambra, donde las hijas de los duques, condes, barones y marqueses, vestidas como las bailarinas de nuestros teatros, estan bailando de carismal gracia é imponderable lascivia las seguidillas, la cachucha y el bolero. La señorita Avellana, de ojos negros y morena

tez, es la que mas se distingue en repicar las castañuelas, y en el atrevimiento de sus posturas. Los condes, los duques y demas títulos, todos vestidos de majo andaluz, salen á descansar en un jardín de palmas y cocoteros traídos de América por Hernán Cortés, donde matan el tiempo los unos picando con larguissimas navajas tabaco para hacer un cigarro, cuyo papel sujetan con los labios; los otros tirando la navaja para clavarla en los troncos de las palmeras, en cuya tarea el conde de las Sardinias, el amante de doña Avelana, sobresale tanto que clava cada vez su navaja, la mas larga y afilada de todas, en las cicatrices de las heridas que hicieron en los árboles trasplantados las flechas de los indios y los venablos y ballestas de los soldados de Pizarro.

En otro capítulo hay un magnífico banquete, porque es fuerza mentar los vinos españoles y el infeliz autor nos dice con admirable facundia: callí se veia saltar de las botellas á los vasos el vino de Jerez, de Málaga, de Canarias, de Tinto, de Generoso y demas pueblos notables de la Península por su industria vinatera.

Esta exactitud de noticias la deben los autores franceses á su cuidado especial de tomar apuntes cuando viajan. Sale de Paris uno de estos autores en diligencia y tiene por compañero de viaje á un español. Toma su cartera y su lapiz y se pone en actitud de observador. El español se ha resfriado y estornuda con frecuencia. El solícito observador anota en su cartera. *Los españoles estornudan continuamente.* El español estornudador lleva á su lado á su consorte, cuya nariz poco audaz y poco emprendedora se quedó casi al nivel de sus molletes, y el francés de una lapizada condena á todas las narices peninsulares á la condicion etiópe poniendo: *Todas las mugeres españolas son horriblemente chatas.*

En lo pintoresco son los franceses tan exactos como en lo escrito. ¿Hace ruido la guerra de la Grecia y figura en las noticias Colcotroni, Canaris, Mauro-Cordato? Se busca en Paris á algun oriundo de la Grecia. Un limpia botas lionés se dá por griego y presenta una nariz aguileña y guedejas negras por documentos: se le dá cinco francos, un mal artista le retrata, litografiase esta embustera copia y se vende á franco el re-

trato de Canaris. Cabrera, Balmaseda, Espartero se hacen célebres, un carlista tuerto de los depósitos es el modelo; sácase la copia como Dios quiere, añadiéndole un ojo, y el público admira en la lámina de Cabrera la mirada centellante de ese guerrillero célebre que indica por si sola su genio y su violencia.

Concluiré este artículo refiriendo un hecho auténtico que acabará de caracterizar á los franceses. Un carlista catalan mostró á un francés redactor de un periódico semanal pintoresco, dos figurines de trages de Cataluña. Agradáronle al francés y los pidió para su periódico. Concedido. Mas no bastando para su idea, preguntó por algunos pueblos del principado. Barcelona? dijo el otro.—No.—Gerona, Tarragona?—No.—Viendo que los en ona no le agradaban dijo, Caldas, Vich, Ripol?—No.—Manresa, Villafranca?—No.—Incomodóse el catalan y para mofarse del francés le dijo, *San Miguel del Fay?*—Este repuso el francés, este es magnífico, aceptó y se largó.

San Miguel del Fay no es ningun pueblo; es una cueva en cuyo fondo hay la imágen de San Miguel en una rústica capilla, y por encima y delante de esta cueva salta un arroyo formando una magnífica cascada que embellece este lugar agreste, montañoso y hermosamente pintoresco.

Pasáronse algunos dias y cuando ya no se acordaba el catalan de los figurines ni del francés recibió su número del periódico pintoresco y se encontró con gran sorpresa con una lámina en cuyo primer término habia los figurines y en lontananza una ciudad populosa con el nombre de *San Miguel del Fay*. Despues de la lámina seguia la descripción en estos términos. «San Miguel del Fay es una de las ciudades mas considerables de la antigua Cataluña; cuenta de poblacion mas de cincuenta mil almas: hay en ella una catedral magnífica, seis bibliotecas, veinte conventos, un musco de pinturas donde se encuentran varias obras maestras de Murillo y de Ribera; una sala de armas que guarda la espada vencedora de Jaime de Aragon y los cendes de Berenguer; una universidad, diez colegios, una bolsa y un puerto muy concurrido por desaguar en él la boca mayor del Ebro. Sus habitan-

tes son gigantescos y valientes y sus mugeres hermosas é insinuantes con mucha afición á los extranjeros y en particular á los franceses. Todas las noches se suele asesinar á un centenar de individuos, y las autoridades no hacen caso. Negocia en algodón y papel, higos secos y castañas. Los moros la conquistaron dos veces, y algunos restos romanos anuncian que estuvo sujeta á las órdenes de algun general de Scipion. Esta célebre ciudad es patria de San Miguel donde le dieron martirio por los años 200 despues de Jesucristo los soldados del emperador romano.»

Abandono á la consideracion de los lectores el efecto que esta descripcion haria en el ánimo del artista catalan. Como quiera, el periódico circuló, pasó las fronteras y acaso algun dia traduzca un editor español esta obra y se vean los catalanes con una ciudad mas en lo mas desierto y escabroso de sus montañas.

P. MATA.

LAS MAMAS.

Hay sobre la edad mayor
quien disputa sin cesar,
lo mismo que otros disputan
sobre la *menor edad*.

El hombre desde que nace
hasta el valle Josafá
no goza edad que no sea
de eterna infelicidad.

Desde la cuna al sepulcro
viene á remar y remar,
ó á llevar tundas y tundas
si peca por holgazan.

Nunca es chico para palos
aunque esté sin destetar;
nunca es grande para azotes
aunque lo diga el refran.

Las mugeres, al contrario,
vienen al mundo á gozar,
y si al morir van al cielo
á tierra peor se van.

Cuando una muger se casa
nadie pregunta ¿qué tal?
¿puede mantener marido?

¿tiene alguna facultad?

Mas si un hombre busca novia
todos dicen á la par,

¿puede mantener muger?

¿tiene carrera ó caudal?

Y esto por tener esposa
que diga al irse á acostar:
estoy muerta y no he hecho nada—
y aquí dicen la verdad.

Luego si en lujo malgasta
lo que escatima en el pan,
ó si andar debe por loca
con mordaza ó con bozal.

Y si al fin llega á ser madre
¡desventurados papás!
siempre con aquella duda
¿si será? ¿si no será?

Y aun las dichas mugeres
como acostumbra dirán,
«Si yo tuviera calzones
por vida de Barrabás!»

Yo creo y á fé que anhele
ventura y felicidad,
que no hay como ser muger
para disfrutarla acá.

Nada importa en la estatura
un palmo menos ó mas,
pero sí lo que llamamos
un palmito regular.

La carrera de muger
no es de estudio ni de afan,
es carrera de *casaca*
sin traje de militar.

El figurin es su libro,
su escuela el balcon fatal,
su dómine la modista
y el tocador lo demas.

Mucho gustan sus pesetas
pero es lo mas natural,
cuando un hombre se enamora
preguntar ¿qué tal de edad?

¿Y de ojos? Asá ó así.
¿y el color? Así ó asá.
¿y de pecho? Mal ó bien.
¿y de pierna? Bien ó mal.

Lo cierto es que de las hijas
solo tiene que pensar
el autor (alias el padre)

en vender la propiedad.

Y ellas que hasta dar el sí
han gozado sin cesar,
con obsequios de Tomé,
con regalos de Tomas.

Atan el indisoluble
de muy buena voluntad,
por que entran de nuevos gozes
en la vida celestial.

Llega la ocasion del parto
nueve, diez meses ó mas,
algunas, vivas de genio,
no suelen ir tan allá.



Si es chico el padre celebra
la fortuna singular
de tener, si cierra el ojo,
quien ayude á la mamá.

Si es chica y nace de noche
dice el padre ¡voto á tal!
¡malá noche y parir hija,
estoy hecho un alquitran!

Pero la madre que entiende
la aguja de marcar,
ehombre, si no es culpa tuya,
le dice, ¿qué mas te dá?

Y es que las niñas que suelen
á los padres fastidiar,
son el segundo noviage
para las tales mamás.

Mientras en cama tendidas
hasta las doce se están,
ó en el sofá se arrellanan,
sin cansarse, á descansar.

La chica de dia y noche

anda de aqui para allá
diligente, haciendo veces
de ama doncella á la par.

—Hija, levanta la cama:
saca...—No diga usted mas.—
Chiff...—que se sale el puchero.—
—Ya, ya le voy á espumar.

Tin, tin, tin, una visita,
el aguador, bueno vá.

—Hija, di que traiga el agua
de la fuente de San Juan.

¿Hay cartas hoy?—No señora.
—Escribe á tu tío Pascual.
—La lavandera ha venido?
—No.—Pues mándala á llamar.

Y anda la chica corriendo
que parece un edecan,
y órdenes dando la madre
desde el cuartel general.

Sin que falte á todas horas
un esmerado galan,
que porque aspira á ser yerno
la divierta en el sofá.

Y la adula y no conoce
la vieja de Satanás,
que si besan la peana
no es por el santo quizá.

Señora, dice él muy sério
es tan bello su mirar
que habrá tenido unos quince
seductores, no es verdad?

No va la niña al teatro
si la mamita no va,
y esto al desdichado amante
le cuesta un billete mas.

Si va á paseo es forzoso
dar el brazo á la mamá,
no se amosque la señora
y le envíe á Tetuan.

¿Ven una confitería?
Mamá no puede pasar
sin una perita en dulce,
porque es muy estomacal.

Si por el comercio pasan,
es necesario comprar
á la chica un mal pañuelo,
á la madre un rico chal

¿Hay Musco? ¿Hay Instituto?

Las primeras las mamás
que son quisquillosas niñas
a quien debemos mimar.

Pues es una friolera
en tiempo de carnaval!
Que mimos, para que dejen
ir sus hijas á bailar!

Ninguna vieja se acuerda
de aquellos tiempos atras,
en que hubiera dado un ojo
por una vuelta de wals.

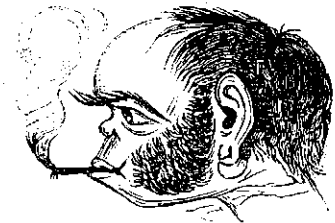
Pero de niñas desean
la mas amplia libertad,
y despues son mas despóticas
que el mismo Ibrahim bajá.

Basta: yo que aficionado
soy á las hijas de Adan,
por indispensable pongo
una advertencia final.

Si alguna chica me prende
y hago el papel de galan,
no se venguen de mi sátira
las rencorosas mamás.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

Á UN CHATO.



Cuando alguno te ofendiere,
como careces de trompa
no temas aunque digere
«calle el feo, si no quiere
que las narices le rompa.»

Las dudas me vuelven loco.
Aunque el mas leve deslíz
pille tu olfato feliz,
no podrán decir tampoco

que tienes buena nariz.

Y aunque disputes amigo
con razones infelices,
no podrán, siendo testigo,
decir al hablar contigo:
«miren que par de narices.»

De vicio debes quejarte,
te envidio, mucho que sí!
Quién podrá decir de tí
al pasar por cualquier parte:
«Ya las narices le vi!»

Y es que tampoco dirán,
pues decirlo no podrán
aunque de risa las lien,
que al ver tu cara de can
en tus narices se rien.

Te quejas, por vida mia,
de tu destino infeliz!
Qué es, si está algo fresco el dia,
lo que primero se enfria?
La punta de la nariz!

Dónde mas daño te harás
si algun porrazo te abruma?
En ella, por ser quizás
lo que sobresale mas,
salvo error de pelo ó pluma.

Y si duermes con trabajo
cuando el cuello te se encorve,
tú riéndote del orbe
zás, te vuelves baca abajo
sin que la nariz lo estorbe.

¿Cuántas veces un galan
perdiendo de amor el seso
él, y su dulce embeleso
por ir ligeros, se dan
en las narices un beso?

Ay! de tan dulce arrebató
ellas el logro impidieron!
feliz, el que nace chato!
siempre las narices fueron

la vanguardia del recato!

Mas ya miro que bendices,
la razon en que me fundo,
y muy satisfecho dices:
«para vivir en el mundo
no es necesario narices.»

Pero... á Dios, cara de gato!
punto! de cansar por tí
á mis lectores no trato;
que no me fastidia á mí
en el mundo ningun chato.

EDUARDO ASQUERINO.

APOLOGIA DEL NABO.

YESEBIANE MUSE PAULO MAJORA CANAMUS.

ODA.

Vuelve á mis manos, mi adorada lira...
ven... y que el eco de tus cuerdas de oro
hasta el asiento de los dioses vuele;
dáme, Apolo; favor: grato me inspira
para que en canto armónico y sonoro
el alto prez y mérito revele
del héroe sin segundo
que *ruido* tanto promovió en el mundo.

En buena hora se gocen orgullosos
Villergas en su célebre *patata*,
Ayguals de la beldad de su *judía*,
Miranda en sus *garbanzos* provechosos;
y en buen hora tan futil patarata
canten en armoniosa poesía,
que yo tan solo alabo
el *nombre* y *hechos* del sabroso nabo.

Mirad su airosa y agraciada hechura (1),
su gruesa base y punta penetrante
su esbelto talle y su gentil contorno;
de su sedosa piel ved la *finura*,
el nevado color, mate elegante,
y tiernas barbas, que le dan adorno
conjunto que enamora

(1) Fusi-formis, ó husi-forme.

á la que gulsa, al amo, á la señora.

Ni que herza, aun de estirpe muy preclara,
su *alta progenies* igualar pudiera,
cuando su origen precedió al diluvio,
pues segun lo descubre y lo declara
una antigua inscripción que tradujera
el autor reverendo del Vesubio (1),
aun antes del pecado
el padre Adan se lo encontró plantado.

Loor al padre Noé que cuidadoso
nos trajo entre las vides deleitosas,
las nueve especies de esta rica planta,
cada una de las cuales dió famoso
nombre á los *nueve casas* orgullosas,
que antigua historia de Mallorca canta,
y asegura por cierto,
que nunca admiten el extraño injerto.

Repartió por los ámbitos del mundo
Noé sus producciones ventajosas,
para que el hombre su producto aumente;
y dió á nuestro país, por mas fecundo,
vides muy delicadas y jugosas,
y dos especies de nabil simiente,
y su crecer alabo,
pues hay tal copia de frondoso nabo.

Son en toda la España de gran uso,
y crecen con vistosa maravilla
el nabo largo. (2) y el redondo gordo (3),
de pistilo ambas clases algo obtuso,
caliz derecho, esférica semilla,
con que las tablas de mi huerto bordo,
y yo me maravillo
al ver salir á luz tanto nabillo.

Plácense en los terrenos sustanciosos,
pero ligeros, sueltos y labrados,
y húmedos, sin que peque en demasía,
brotan sus tallos verdes y frondosos,
y hay peligro de verlos atacados
por la roedura del pulgon impía;

(1) Periódico que se publica en Jaen por el autor de esta apologia.

(2) *Brasica napus* de Linneo.

(3) *Brasica rapa* del mismo.

mordedura maldita,
que tantos nabos á la España quita!

Suelen en la eleccion de este alimento
andar trocados el placer y el gusto,
pues uno quiere dulce y otro amargo;
juzgan algunos de mayor sustento
el nabo gordo por su ser robusto;
pero otros dan la preferencia al largo;
mas por quitar embrolla
comen al fin los que hallan en la olla.

Y en cuanto á sus virtudes y provechos
nada mas útil, grande y portentoso,
que esta legumbre de los dioses digna;
¿qué apetitos no quedan satisfechos?
¿qué mal no cede á elixir tan precioso?
¿y quién no siente su virtud benigna?
¡oh venturoso nabo!
¡con razon cuanta tu grandeza alabo!

Tú, que ya solo en cuaresmal potaje...
ya puesto á ruedas en sabroso asado,
de gordo pavo, ó de cebada polla...
ya formando esquisito maridage
con blanca col, en guiso delicado,
ó ya en el bodrio de podrida olla,
á los mortales prestas
placeres tantos en ruidosas fiestas:

Tú, que ya aplicas tu virtud activa
á la gota tenaz... y á opilaciones,
ya al espolon, y callo endurecido,
ya á picada de vibora nociva...
ya al agudo dolor de sabañones...
Y que, el *sánalo-todo* te apellido,
recibe, en cuanto alcanzas,
bendiciones, aplausos y alabanzas.

JOSÉ MARIA DEL CASTILLO.



GLOSA ATROZ.

*El martes de carnaval
un gallo muerto de risa
salió en mangas de camisa
del Hospital General.*

Dió tal tropezon Colon
dejando los patrios lares,
que gritó al pasar los mares
¡viva la Constitucion!
Mas no quiso Salomon
asistir al funeral,
que andaba una catedral
de rabia vendiendo queso
porque le salió un divieso
el martes de carnaval.

Valientes como dragones
iban á caza de gangas
una montera con mangas;
un melonar con calzones,
una casa con faldones,
un gaban con cortapisa:
y vieron con mucha prisa
Hegando al campo de Marte
confesando á Bonaparte
un gallo muerto de risa.

Yo ví la ciudad de Vich
con Aranjuez de bracero
mientras bailaba el bolero
el castillo de Monjuich.
El príncipe Meternich
pidió lismosna á Remisa;
mas como tocaba á misa
San Jorge con su arcabuz,
la torre de Santa Cruz
salió en mangas de camisa.

Fué Moratin á Burdeos
por una bota de vino
y por no perder el tino
se remangó los mantecos.
¿Qué hizo el patio de correos

al saber prodigio tal?
 presentar un memorial
 al obispo de Alicante

para hacerse practicante
 del Hospital General.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

EPIGRAMA.



Don Cornelio estaba lelo
 con su idolatrado hijuelo,
 que enseñaba á todo el mundo
 lleno de un placer profundo,
 era su dicha y consuelo.

Y todo el mundo decía:

«¡La misma fisonomía
 del padre!» Cosas de España!
 El tal se le parecía
 como un huevo á una castaña.

WENCESLAO ÁNGEL DE IZCO.

LAS TERTULIAS.

ARTÍCULO CUARTO.

He tratado con alguna severidad á la *clase media* ya por la antipatía que ciertas cosas nos inspiran, como á mí todo lo que huele á *justo medio*, ya porque siendo la mas numerosa y la que conocemos mas á fondo, ha podido suministrar-nos mas materiales. Llamam alta clase á los condes y marqueses, propietarios, millonarios y

empleados de intendente para arriba; y llaman *baja clase* á los zapateros, colchoneros, jornaleros y casi todo lo que acaba en *eros* menos *calceteros* que estos aunque lleguen á ricos ó mueran de pobres, ni son de la clase baja, ni son de la clase alta, sino de la *clase media*. Ignoro yo que origen traiga esta clasificacion de categorías,

Y tengo por un solemnísimo zopenco al que trocó los nombres, y dió á cada uno lo que menos le correspondia: Si se dice de los señores comparados con los que tienen menos dinero: ese pisa mas alto, anda mas alto, ó sueña mas alto, se dice una simpleza garrafal; porque la clase alta generalmente ocupa los cuartos principales, la que le sigue que debia ir en descenso ocupa los cuartos segundos y terceros, y precisamente lo mas *bajo* de la gente *baja* suele andarse por las bohordillas.

Hoy nos toca invadir el piso principal despues de saludar al portero por aquello de: «Nadie pase sin hablar al portero» en lo cual soy yo tan exacto que cuando no está este señor aunque esté la muger ó los hijos, me cuento de rondon sin hacerles caso; porque así como siempre se acostumbra á decir: «el rey ó regencia, el presidente ó el que haga sus veces» para obedecer al sustituto debíase poner en los portales: nadie pase sin hablar con el portero, la portera ó los porteros.

La casa donde ustedes entran es grande como un palacio, y complicada como el laberinto de Creta. Suele deberse al tapicero la alfombra, al almacenista de muebles la rica sillería, y hasta á la lavandera la cuenta de todo el año; pero eso no se conoce en la alfombra, ni en las sillas, ni en el camisolín del señor, ni en las enaguas de las señoritas. He sido un majadero en decir señor ó señora donde solo se reunen *monsieurs* (aunque españoles) y *madames* y *mademoiselles* (aunque españolas).

En esta casa la etiqueta, ó mas bien *la tontería*, sube á ochenta sobre cero del termómetro reamur. Es decir que es una tontería que hierve y despelleja. Se habla á medias palabras y estas altisonantes, y sobre todo que esten en boga aunque no digan nada. Cuando se trate de colores políticos no se ha de decir *colores* sino *matices*. A los monarquistas se les ha de llamar conservadores, como si por acá hubiera cosa digna de conservarse, y á los republicanos radicales. Esto provisionalmente. Está para discutirse el proyecto de introducir entre otros géneros de contrabando, el *tory* y el *whigs* de Inglaterra. ¡Oh! si esto se lleva á cabo la nacion española se salva. No haya miedo que necesite recur-

rir al gastado medio de los *pronunciamientos*.

En estas tertulias todo ha de ser violento; no se rasquen ustedes aunque les pique, ni se estiren aunque tengan sueño, ni se rian aunque tengan gana, y cuando miren atrás han de volver el cuerpo al compás de la cabeza como los santos de yeso. En fin las tertulias de la clase alta son el camino del purgatorio, y apenas puede una persona racional resistir á la tentacion de dar de mojicones á tanto zanguango mozalvete como esclaviza sus sentimientos y sus instintos á la loca preocupacion de parecer *dandy*, vulgo elegante.

Pero vamos á ver por qué se tienen en tanta estima estas reuniones en contraposicion de las de la clase baja. Si es por el carácter de los concurrentes, en ninguna parte mas bondad, mas sencillez, mas generosidad que en la gente pobre. ¿Qué hay en los altos círculos mas que diplomacia é hipocresía? Allí está siempre la miel en los lábios y la ponzoña en el alma. Sus diálogos van generalmente cortados por entroparentesis ó *apartes* á uso de comedia.

Qué alta está la Concepcion.

(así se quedára enana!)

—Qué bonita es Feliciano.

(así fuera un escorpion).

A fé de marqués os hablo.

venisue á honrar, coronel.

(Bien comprenderá este diablo que el favorecido es él.)

—Me envanezco en la guarida de tan poderoso enjambre.

(No he visto en toda mi vida gente que pase mas hambre.)

—¿Hay hoy drama? estoy muy harto.

Yo por mi dama voy pronto.

—(Por su dama? este es un tonto.)

—(¿Harto está? no tiene un cuarto.)

Esto en cuanto á la buena fé y armonia que debe haber entre personas que se visitan con frecuencia, que si vamos á las costumbres no tiene la llamada *baja clase*, por que arrepentirse de no participar de las de la llamada *clase alta*. Es cierto que un jornalero entra en la taberna, pero los grandes señores van al café. Los primeros gastan cuatro cuartos en una copa de vino para

adquirir fuerzas con que soportar el trabajo del día siguiente; los segundos van á beber dos ó tres copas de rom, tal vez para hacer ejercicios gimnásticos en salon vedado. Esta es la diferencia que vá del vino al rom, y del café á la taberna. Emborracharse á lo señor es una gracia; ponerse alegre á lo pobre es un vicio repugnante, es una vida relajada y soez. En todo es injusta nuestra sociedad.

Si entre cien matrimonios pobres hay uno desavenido que anda á picos pardos, entre cien matrimonios aristocráticos hay noventa y nueve que andan á pardos picos. Si los primeros tiran la oreja á Jorje, es para jugarse al tute, á la brisca ó al mus, una libra de castañas ó un cuartillo de vino; el que sale aficionado al cané ó á los borregos, es tratado por los demas como un ente corrompido. En casa de los ricos se echan con la mayor frescura veinte y cuarenta mil duros á una carta, y hay quien pone la muger á un *entres* y quien la gana con un *as de oros*. Aquí es servil y rastrera la gente pobre, porque celebra todos los vicios de los ricos por la sola razon de que son ricos; y es una desgracia para todos esta sumision aduladora del que necesita, porque así en esto como en otras cosas los hijos del pobre se van aleccionando en la escuela de la degradante humillacion, como los ricos engolfándose en la corrupcion que miran tolerada, tal vez en el crimen que ven aplaudido. Riñe el chico del casero con el del inquilino, y por aquello de que donde las dan las toman, el primero zorra al segundo ó vice-versa. En el primer caso el padre (que es el casero) «tienes razon, le dice al muchacho, has de dejarle sin muelas por atreverse contigo.» El chico se ensoberbece, se cree autorizado para todo, es valiente, arrojado é indómito. Sucede al revés la cosa, es decir que el del inquilino da cuatro mojicones al del casero. ¡Maldito! ¿qué has hecho? le dice el padre, no ves que le debemos dos meses de alquiler y nos puede echar á la calle? Sube á pedirle perdón, y si se empeña en pegarte, pon las costillas sin decir esta boca es mia. Resultado: el chico del inquilino, es cobarde desde entonces; cree que ha venido al mundo para doblar la rodilla al poderoso, y lo que nació un hombre se ha convertido en una mula de labor. Es de tal tras-

cendencia esta conducta de los pobres que no lo perjudica á los intereses y dignidad racional de su descendencia, sino al presente y porvenir de toda una nacion. La gente rica es por lo regular la mas abocada al poder. Si una criatura arrullada en la cuna de los vicios ocupa la silla ministerial, sus instintos siempre son despóticos, la administracion de la justicia parcial, de favoritismo, y en una palabra, es la justicia injusticia. Y respecto de la administracion de la hacienda, figúrense ustedes la conciencia que tendrá un ministro fabricado á la banca, limado con mozas y labrado á *ponche*.

Como las casas de los señores son grandes, y sus reuniones numerosas, no importa que una persona ó dos ó tres ó cuatro se vayan á las habitaciones interiores á diligencias propias. No es decir que esto se verifique á todas horas sino que está en lo probable. Lo que si hay en las tertulias aristocráticas (ya se sabe que en todo hay escepciones) es muchísima alcabueteria en varios conceptos. Con achaque del *soirée*, van cuatro embaucadores de profesion á robar las pesetas con singular destreza. No hay jugador que no esté provisto de barajas *domesticadas*, digámoslo así, algunos se avienen á jugar con baraja agena; pero estos son mas temibles, porque llevan la seguridad en el manejo de los dedos. De cualquier modo se llevan el dinero mientras la gente inocentona dice ¡qué suerte de hombre! ¡si todo se lo halla hecho!

Por aquí se ve que las tertulias son la alcabueteria de los juegos prohibidos.

Vamos á la parte política. Cuando vean ustedes retirarse con sigilo y disimulo al señor de casa y otros pajarracos de mal agüero, conspiracion tenemos. Allí va á decidirse la suerte del pueblo; he dicho mal, la suerte de ellos y del gobierno. La suerte de ellos por que casi todos los que conspiran tienen por objeto esclusivo ganar en intereses y posicion social. La suerte del gobierno se decide porque de allí ha de salir el golpe que por certero le destruya ó por mal dirigido le afirme mas en el poder. Y no se decide nunca la del pueblo, porque esa en guerra ó en paz ya está decidida desde que el mundo es mundo: Hambre, esclavitud, latigazo y contribuciones.

No son solo los caballeros los que politiquean. Tambien son útiles las faldas, sino para tramar y discutir, al menos para explorar. Son sectarias de *Francisco Chico*, nombre célebre que ha personificado la policía secreta, como Cristo, Mahoma, Calvino, Lutero y otros sus religiones respectivas. Desgraciado el que cae bajo la férula de alguna jamonaza Metternich, que por las ó por nefas ha de desembuchar lo que siente, y á las pocas horas ya saben los pronunciados con quien pueden contar y las autoridades á quien deben perseguir.

Hasta aquí la alcahuetería de la política.

Vamos á los amores, y no á los amores de los jóvenes, porque estos son iguales en todas las clases y en todos los pueblos. Se ven, se entienden y ya tiene usted dos almas perdidas sin poderlo remediar. Pero hay en las reuniones otros amores de que debemos ocuparnos.

Por lo regular los maridos mueren mas pronto que las mugeres, y cuando las mugeres son así, cachigordas, cachialegres y campechanas no hay años que las consuman. Tambien es regular que las tales mugeres hagan ahorros para la vejez: de suerte que á una señora bien curada como el tocino gallego, y con dinero para regalarse. ¿Qué la puede faltar sino un amante mimón y zalamero que la haga el rendibú? Por otra parte, las naciones han progresado en lujo todo lo que han perdido en dinero, y los muchachos casquivanillos que no tienen bienes, ni raíces, ni oficio ni beneficio ¿cómo pueden alternar con la aristocracia sin reloj ni gabán ni frac? Remedio al canto: se busca un empeño para penetrar en las altas regiones; se coje asiento junto á una vieja verde, se la dice: ¡AY doña Estefanía que remonona es usted. ¡La vieja acepta, el jóven se remite á las pruebas, y al día siguiente ella tiene querido, y él vestido nuevo.

Tal es la industria de algunos jóvenes del dia con mas orgullo que don Rodrigo en la horea, y tal es tambien la alcahuetería de ciertas sociedades.

Con que sacamos en limpio de estas tertulias ganancia positiva para todos: mientras unos resuelven el problema de asaltar los destinos de la nacion, otros despavilan los bolsillos de los de-

mas á la banca. Los muchachos de buen estómago hallan viejas que les mantengan, y las viejas enamoradas se hacen por el dinero con paladares á prueba de jamon rancio. Buenas están las tales tertulias!

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

EL CIEGO Y EL MUDO

A DON JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

Tarde respondo á tu reto,
pero mi voz no se trunca:
pues como dijo el discreto,
mas vale tarde que nunca.
Napoleon en su *arte de matar pulgas*.
libro X, capítulo IV.

¿Con que quieres ser mudo mas que ciego?
Ciego debes de estar cuando eso dices,
pues no dijera tal todo un borrego.

¿Mudo tú, cuya fama á los destiecos
de ese mundo bribon se debe entera?
Merecieras perder lengua y narices.

Entra á cuentas contigo; oh calavera!
entra á cuentas y dime: á ser tu mudo,
¿qué de tu nombre y de tus obras fuera?

Tu lengua ha sido siempre un dardo agudo,
contra cuyo agujon intento es vano
pedir clemencia ó demandar escudo.

Desde el rey hasta el último villano,
y desde la señora á la ramera,
á nadie perdonó, tirio ó troyano.

¿Cómo es posible, pues, que aunque quisiera
ese pico mordaz callar de pronto,
a silencio total se redujera?

Ya á lo imposible la cuestion remonto,
y puesto que lo fuera hacerte mudo,
digo que tu eleccion raya en lo tonto.

No, no es posible que el que tanto pudo
la sin hueso esgrimir, quisiera ahora,
por evitar ser ciego, echarle un nudo.

¿Vaste ya convenciendo? Lanza mora
te concluya cruel, si mi argumento
ad hominem. cual dicen, no te azera.

Pero yo soy un simple y un jumento.
cuando sabiendo bien que hablas de chanza
sério contigo la cuestion sustento.

Harto conoces tú, y harto se alcanza
por lo que en tus tercetos he leído,
que se inclina á mi lado la balanza.

Ninguno, que yo sepa, fué metido
á cuestion de tormento por ser ciego,
pero por mudos sí, todos lo han sido.

Si el buen caillar es Sancho, Sancho es lego,
pues veo que el charlar hace doctores
aun en muertos idiomas como el griego:

La mudéz es achaque de señores
de cuatro patas solo: ahí va un ejemplo
para que de ese tipo te enamores.



Mas la ceguera, á lo que yo contemplo,
es de ser racional prueba evidente,
y á veces guía de la gloria al templo.

Ciego fué Homero si el rumor no miente,
y ciego Milton como bien lo sabes,
y honra y prez fueron ambos de su gente.

Los sábios que se precian de ser graves,
gastada ya su vista en la lectura,
no distinguen un rucio entre dos aves.

La bienhechora fé, sublime y pura
ciega la pintan siempre, y ciertamente
que ser ciego con ella es gran ventura.

Este siglo de ciencias eminente
á fuer de tanta luz tambien nos ciega,
y el que no lleva gafas gasta lente.

¿Como tú musa, pues, niega y reniega
que entre perder la lengua ó bien la vista
el juicio pide la segunda entrega?

El que del siglo en el pendon se alista
hablador debe ser, ó es un horrico
que ni nombre, ni prez, ni honor conquista.

Entre tanto gandul y tanto chico
como van al Senado y al Congreso,
tan solo brilla el de elocuente pico.

Nada importa que seas un camueso,
si sabes perorar en ocasiones,
y sabes otras mañas á mas de eso.

En calles, en cafés y en bodegones
oradores verás de chicha y nabo
de Licurgos echarla y de Solones:

Yo su conducta y su pulmon alabo,
pues eso engaña á la ignorante plebe,
y dá importancia al animal mas bravo.

Cuando el pueblo irritado se conmueve
y al tirano derriba que le oprime
el que mas voceó, mas come y bebe.

En época tan grande y tan sublime
¿cómo te atreves pues á persuadirnos
que el ser mudo convenga á quien se estime?

Tú pretendes aleve prohibirnos
el acceso al turrón y á los honores;
tú quieres en ilotas convertirnos.

Mas tus intentos morirán traidores,
porque yo estoy aquí para defensa
de tantos parlanchines y habladores.

A pensar como tú la turba inmensa
de los bribones que tostarnos quieren,
adios por siempre libertad de prensa.

Adios los que á los déspotas zabieren,
y los que la opresion, para evitarla,
con las armas del labio audaces hieren.

Dura es la tiranía para hourarla,
y honra le prestas tú, cuando proscribes
el medio salvador de delatarla.

Sigan, pues, tu opinion esos caribes
que la mordaza restaurar intentan,
optando por el medio á que suscribes.

Yo que tengo dos ojos, si se cuentan
como deben contarse, los dos cedo
si de hablar los derechos me acrecientan.

El sacrificio es duro, pero accedo,
pues mirándolo bien, perder los ojos
nada es, amigo, si con lengua quedo.

Para llorar del mundo los enojos,
ojos sin luz me bastan, que es oficio
que no tiene que ver con los anteojos.

El que pone la lengua en egercicio
para quejarse de su estrella insana,
consuelo encuentra á su dolor propicio.

Pierda mi vista, pues, si el lábio gana,
que el cielo dió por bálsamo á las penas
cantarlas y llorar, dice Quintana.

Tú me dirás que mi eleccion condenas,
pues renunciando á ver del sol el brillo
renuncio á contemplar mil cosas buenas.

Pero en primer lugar, el solecillo
me tiene á mí cargado al ver que alumbra
á tanto ganapan y á tanto pilllo.

En segundo lugar, esa penumbra
que á mis ojos deseo, es solamente
porque nada del mundo me deslumbra.

¿Qué puedo ver en él que me contente,
lisonjeando mi indignada vista?
bribones solo y corrompida gente.

Aquí veo un Tarquino que conquista
mando y poder á fuerza de bombardá,
y allá un pueblo servil que no le chista.

Si se mueve tal vez la zalagarda
y rueda abajo el que oprimió la plebe,
sube otro en pos á redoblar la albarda.

Renuévase tal vez la lucha en breve,
y cae de nuevo el opresor malvado,
y otro se empina que imitarle debe.

Para ver ese círculo menguado
un día y otro y otro y cien tras ellos,
mas nos valiera, amigo, haber cegado.

Pero yo con bufidos y resuellos,
turbando á los lectores de LA RISA,
traigo especies aquí por los cabellos.

Hoy se niega mi lábio á la sonrisa,
y habrán de perdonarme esos lectores
si á rabiarse respuesta les precisa.

Versos los míos son declamadores,
pero LA RISA los admite á varas,
que hemos estado un mes sin suscritores

Y todo por hacer lo que declaras,
y todo por ser mudos, oh Villergas,
ese maldito mes, si bien reparas.

Ahí puedes conocer que error albergas,
cuando en favor del tapa-boca escribes
puros dislates que merecen vergas.

Tú por tí mismo el galardón recibes
de tanta necesidad: mira si dijo
mi lábio con razón que en yerro vives.

Tú mientras tanto en tu dictámen fijo,
lo defiendes atroz con ansia fiera,
y no ha de convertirte un crucifijo.

¿Pero has pensado bien la pejiquera
que te encajas encima? ¿Has meditado
la ridícula suerte que te espera?

Pues contéplate en mico transformado,
en mico amigo mío, haciendo gestos,
medio solo de hablar que te ha quedado.

Yo con los ojos á la luz traspuestos
tendré á lo menos desde el pié al hocico
forma y ser racional bien manifiestos.

Pero gesticular! Piénsalo, chico,
Piénsalo bien por Dios, que es espantoso,
es horrible y cruel hacer el mico.

Ser mudo; demas de eso, es peligroso
por otras que diré fuertes razones,
aunque me llames hablador furioso.

Madrid está plagado de ladrones,
y renunciar al habla es el perjuicio,
si lo meditas bien, de tus doblones.

El ciego, cuando allanan su edificio,
puede gritar «ladrones», reclamando
de la justicia el bienhechor oficio.

Pero tú me dirás que estoy soñando,
pues donde no hay justicia ni dinero
castillos en el aire estoy formando.

¿Mas quién te ha dicho que el alcalde es cero?
¿quién te dice que de hoy para mañana
no gobiernes la España, majadero?

¿Cómo gritas entonces, si se allana
tu escondida gabeta, «auxilio alcalde»,
si cierras á la boca la ventana?

Mi advertencia por tanto no es en valde,
pues si no eres hoy rico, serlo puedes,
como yo con mis ojos de albayalde.

Todo te dice que con habla quedas,
todo, oh Villergas, sin cesar te grita
que abandones lo mudo á las paredes.

Cercado de canalla tan maldita,
¿qué sería de tí, si alguien quisiera
abusar de su fuerza en tu levita.

¿Qué si adelante en sus intentos fuera,
y el impío atropello te alcanzase
que la Muda de *Pórtici* sufriera?

La ocurrencia es diabólica, mas pase
por consejo leal si vas á Italia,
donde alimañas hay de toda clase.

Lo mudo, amigo mío, no se palia
con ningún paliativo, ni se cura
el día de San Luis allá en Galicia.

Mas la ceguera, aunque terrible y dura,
remedio á veces tiene, y mil cobraron,
gracias al oculista, la luz pura.

Los ciegos además, cuando cegaron,
si perdieron la vista en suerte fiera,
en los demas sentidos lo ganaron.

Mas la mudez es doble pejiquera,
pues casi nunca el mudo es solo mudo,
sino que carga á mas con la sordera.

Yo por lo tanto en elegir no dudo:
pues entre mal y mal, dice el adagio
que se debe adoptar el menos crudo.

A la ceguera, pues, doy mi sufragio,
que es voto, amigo, que en razon se funda,
y asistir la razon es buen presagio.

Mas vamos á otra cosa, que es fecunda
la materia por cierto, y si ha acabado
la primer parte ya, no la segunda.

Dices que el ciego en su infeliz estado
solo *tentando* enamorar podria,
si la quisiera echar de enamorado.

Ridícula objeccion por vida mia,
siendo sabido ya que en los amores
es la noche mejor que el claro dia.

Tenderos, dices, hay engañadores
que lienzo dan al ciego por batista,
y estraño amigo en tí tantos errores.

Si me dijeras que al que tiene vista
gato le dan por liebre, fuera exacto,
ó mienten mi patrona y mi fondista.

Pero decirlo del que tiene tacto,
y tacto como el ciego y mano esperta,
es hablar y mentir todo en un acto.

Dices que armar no puede una reyerta,
que aunque se haga el valiente es siempre cero,
para estar, si le embisten *ojo alerta*.

Ni que fuera un laurel ser pendenciero,
ni aun cuando el *ojo alerta* no le asista,
fuese en cuanto al oír roca ó madero.

Añades que su suerte le contrasta,
pues si el grado alcanzara de regente,
no podria vivir en Buena-vista.

El equívoco, amigo, es insolente,
y estraño que apellides Vista-buena
un lugar que ha cegado á tanta gente.

Dices que el que perdió la luz serena
á *cierra-ajos* sus contratos vanos
se vé obligado á hacer, lleno de pena.

Culpa de esto á curiales y escribanos,
no al ciego, que si trata á *cierra-ajos*,
se asegura primero á *tocu-manos*.

¿Pero á qué detenerme en tus antojos,
oh Villergas, ya mas, si todos ellos
puros sofismas son y trapantojos?

Tú juzgas que los ciegos son camellos,
segun tontos los pintas y babiecas.
Y esto, con tu licencia, es ofendellos.

Para que veas lo que en esto pecas,
lee el *Lazarillo* que de *Tormes* llaman,
y ciegue yo, si de opinion no truecas.

Allí verás un ciego, en quien derraman
la astucia y el ingenio sus favores,
y tipo de los ciegos le proclaman.

El sin ver de la luz los resplandores
se las juega de puño al tal chiquillo,
y eso que es un bribon de los mayores.

La engañatoria va de pillo á pillo:
pero hacer una trampa y ser zurrado
todo es uno en el pobre Lazarillo.

¡Oh si el buen ciego, como olió avisado
la longaniza que el rapaz quitóle,
oliera el poste que besó mal grado!

Pero inhumana la nariz faltóle,
y dando el pobre en el pilar de hocicos
todos sus lauros el saltar costóle.

Percances tiene la desgracia inícos,
mas no por eso tú, ciego eminente,
tus méritos menguaste en gloria inícos.

Tus hechos sonarán de gente en gente
mientras existan ciegos en el mundo,
y mientras haya un lábio que los cuente.

Vé, pues, ahora si en razon me fundo
cuando ciego, oh Villergas, ser elijo
y lo otro pongo en el lugar segundo.

Peró yo voy pecando de profijo,
y es preciso acabar, que el ser pesado
es ser pesado, como el otro dijo.

La conveniencia, la razon de Estado,
siglo, historia, moral, filosofia...
todo en mi pró sentencia ha pronunciado.

Todo condena la mudez sandia.
todo la prez del hablador pregona.
todo al ciego proclama en honra mia.

Decida el mundo, pues, quien la corona
en la lucha merece, y quien de ambos
ha vibrado mejor lanza y tizona.

¿Pero cómo pregunto quién de entrambos?
Claro está que jugando con limpieza
te has de llevar el terno y yo los ambos.

Ciñante, pues, el lauro con presteza
por la sal y la gracia en que me escedes,
mas por amor de Dios, ten mas cabeza.

No nos prives cruel de tus mercedes,
no renuncies á hablar, amigo mio,
pero modera el aguijon, si puedes.

Cara el siglo presenta de judío,
y son tus versos el mejor escudo
contra la murria y el esplin sombrío,

Siga adelante, pues, tu ingenio agudo:
 di verdades desnudas y en camisa:
 habla, Villergas: si te vuelves mudo...
 ¡Caiga en tí el anatema de LA RISA!

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

A D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

TERCERO EN DISCORDIA EN LA CUESTION DE

CIEGOS Y MUDOS.

El ser ciego ni mudo no me cuaja;
 mas si es preciso optar, ser mudo tomo,
 Príncipe con mas tino y mas aplomo
 demuestra que el ser ciego es mas ventaja.

De lo que encajo yo y aquel encaja
 no alcanzo lo mejor ni por asomo.
 Razones dá Miguel de tomo y lomo
 y las mias no son saco de paja.

Yo no cedo aunque me hundan de un pellizeo,
 de ser competidor á las monsergas.
 Tú que no eres, Ayguals, ciego ni vízco,
 y poco amor á la mudéz albergas,
 decide quien disputa, amado Izeo,
 con mas razon; si Príncipe o...

VILLERGAS.

FALLO SIN APELACION.

SONETO.

Pues queréis que decida mi magin
 de mudos y de ciegos la cuestion,
 os diré francamente mi opinion
 para evitar un desafio al fin.

Dejadme componer el corbatin,
 toser grave, que es cosa de sermon,
 y tomando un buen polvo, á colacion
 sacar citas en griego y en latin.

Segun dice la Biblia y el Coran,
 los ciegos nada vieron... nada ven...
 ni los mudos hablaron... ni hablarán.

Allá vá pues mi fallo; escuchen bien.

Preferibles declaro á los que están
 siempre suscritos á LA RISA, amen.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

COLOQUIO GALANTE.



Adios, hermosa sirena,
 le dijo don Hilarion
 á una tuerta que pasaba
 junto á la puerta del Sol:

Y la niña le responde:
 siento no poderle yo
 decir á usted otro tanto
 al ver su cara feroz.

Pues miente, replicó el otro,
 que yo tambien, culebron,
 al apellidarte hermosa
 dije una mentira atroz.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

MODAS.

Ya hace tiempo que los redactores de LA RISA
 teniamos cierto desasosiego, cierta zozobra, cier-

ta impresion inesplicable, sin que pudiéramos dar con el *por qué* ó sea la causa de estos efectos, ni mas ni menos que cuando sale uno de casa dejándose algo olvidado, ni se determina á volver, ni acierta á andar, sabe que le falta algo, pero no sabe lo que le falta y suele caer en la cuenta á la mitad del camino, cuando la urgencia de su comision no le permite *retrogradar*: he dicho mal, retroceder, que viene á ser lo mismo, sin que pueda darse interpretacion política. Afortunadamente para nosotros y para nuestros suscritores, aunque hemos recordado tarde, no hemos llegado tarde, y por aquello de que *mas vale tarde que nunca* y lo de que *nunca es tarde si la dicha es buena*: queriendo ademas cumplir con la mision clásica de deleitar instruyendo y vice-versa; deseosos de unir lo útil á lo agradable, y en una palabra dispuestos á hacer cuantas mejoras nos sea posible establecer, hemos resuelto crear una seccion con el epígrafe de este artículo, que tendrá á nuestros elegantes lectores y lectoras al corriente de los adelantos, noticias, figurines y demas concerniente al indispensable arte de *carrutaqueria*. Nuestros suscritores sin corresponsales franceses, ni ingleses, ni portugueses, ni rusos (porque aquí lo que queremos es *independencia nacional*) sabrán no solo la moda presente y la pasada, sino la futura, que es cuanta ventaja podemos ofrecerles y cuyas noticias, como es de inferir, no podríamos recoger nosotros sin cuantiosos desembolsos de correspondencia.

MODA CORRIENTE.

Como la estacion no consiente mucha ropa que digamos, así el traje de señora como el de caballero están puramente reducidos á lo exterior. Las señoras van sin camisa, ni refajo, ni enaguas ni corsé. Llevan solo un vestido de tafetan sumamente fino con mucho vuelo bajo, sin ser palomino, dos esclavinas de vuelo tambien proporcionado con sus correspondientes guarniciones; birutas por tirabuzones y un sombrero de forma piramidal que con el resto del traje viene á presentar exactamente la figura de un embudo ó de un cabillete. Un alfiler con el retrato al oleo del novio ó del marido, sombrilla enana que

apenas dá sombra al pico del sombrero y guante blanco.



El traje de caballero es mas sencillo todavia. Consiste en un sombrero de tela, vulgo jibus. Saco blanco, abrochado todo el verano para no constiparse, y sobre todo cuidando de llevar las manos bien abrigaditas en los bolsillos. Botones grandes como tomates y pantalon ajustado hasta la oprimida bota. El que no rompa el pantalon á la segunda vez de ponérselo no es elegante, y lo mismo el que no quede cojo por las mordeduras del calzado.

MODA VENIDERA.



Traje de córta. Para caballeros: papalina, corbatin de suela con un letrero que diga, «viva mi dueño,» saco de verano con un panecillo largo en el bolsillo, calzon corto blanco, medias negras caladas, alpargatas con espolines,

y una vara de medir por baston. Unos llevarán el saco cerrado con lacre, otros con oblea, y algunos con cerrojos y candados.

Para señora: zapatos de aguador atados con tomiza, medias coloradas, casulla, collar de pinchos, guantes de caballería: bigotes postizos la que no los tenga naturales, y sombrero cañañés.

Traje de paseo. Para caballero: descalzo de pié y pierna, en calzoncillos, frac verde con caponas, habero y bonete.

Para señora: Chanclos, calzon de maragato,



sobrepelliz y cañana: paraguas colorado, melenas trenzadas y chacó.

Traje de camino. Para caballero: botas de montar y enaguas con guardaciones; faja encarnada, chaqueta de alamares y montera gallega.

Para señora: calzon de ante, estribos de madera con galgas, coraza y carabina, guante blanco, pulseras, ferroñé y sombrero de teja con escarapela tricolor.

Traje de montar à la inglesa. Pantalón de papel blanco; sombrero y caballo de castor, frac de hule, y una ballenita en vez de látigo. Las espuelas están mandadas recoger.



Estamos esperando unos figurines de que daremos inmediatamente cuenta á nuestros elegantes.

EPÍGRAMAS.

Al hacer un caballero
un saludo á su querida,
diz que se sacó prendida
la peluca entre el sombrero,
y la dijo con donaire;
¡guárdeos el cielo, mi amor!
Y ella — cubrios, señor,
¡que os despeináis con el aire!

Qué tiene usted, doña Inés?
— Me duele tanto esta muela!...
— ¿No quiere usted que le duela,
si la tiene del revés?

Dije ayer viendo á mi suegro;
de encontrarle á usted tan gordo...
Juan me interrumpió — ¡está sordo!
y yo proseguí: me alegro.

E. FLORENTINO SANZ.

LA JUVENTUD.

Ya el canijo adolescente
es fuerte y gallardo jóven
y el tenue disperso bozo
es ya cerdoso bigote;
ya en su total incremento
ostenta fueros de roble
la débil rama y, en fin,
ya nuestro hombre es todo un hombre.

¡Grata edad de los placeres
y las dulces ilusiones
y los hechos generosos
y los pensamientos nobles!...

Pero yo que en mi poema
(si puedo dar este nombre
á perdularios romances
que no ha dictado Caliope)
las miserias masculinas
cantando con tres bemoles
siego punzantes abrojos
donde otros rebuscan flores,
dejo al dichoso optimista

narrar, Juventud, tus goees
y voy á esponer la série
de tus desdichas enormes.

Presa de insanos deseos
y de indómitas pasiones,
el *Mundo*, el *Diablo* y la *Carna*
llevan tu vida á remolque.

Ambicion te inspira el *Mundo*
con que al este, al sur, al norte
sobre mal seguro leño
surcas el ponto salobre;
ó de las cándidas Musas
fervoroso sacerdote
pidés al genio las alas
que hasta el cielo te remonten;
ó la vara de Esculapio
(otros dirian azote),
ó la balanza de Témis,
ó la lanza de Mavorte.

Y el mar te traga en su abismo
ó cuando llegas al borde
del puerto ansiado te abrazas...
¡ con el *tifus ieteródes!*

Y si las Musas te brindan
con la copa de sus dones,
ó la enturbia la ignorancia
ó la envidia la corrompe.
Médico, pasas la vida
oliendo y tocando horrores.
¿Curas? No te pagan. ¿Matas?
Te abruman á maldiciones.
Letrado, aunque docto seas,
te quedas á buenas noches
si bendicen tu justicia
los huérfanos y los pobres.
Soldado, piensas medrar
con asaltos y mandobles
y sufriendo hambres y frios
por los valles y los montes;
y mientras coges allí,
amen de heridas y golpes,
laureles que te escabechen
y réumas que te joraban,
te usurparán los cobardes
grados, empleos y honores
patrioteando en la plaza
ó serpeando en la córte.

Del *diablo* ¿ que te diré

si apenas sus tentaciones
conjuraron eremitas
San Anton y San Onofre?

¡ La *carne!*... Este es el mayor
enemigo de los jóvenes
porque entre rosas y mirtos
como víbora se esconde.

¡ LA MUJER! Obra maestra
del cielo, gala del orbe,
regalo de los sentidos
y prez de los corazones,
nuestra áncora en las borrascas,
nuestro alivio en los dolores...—
¡ Bravo, amigo! ¡ Deliciosa
letania! *Ora pro nobis.*
Mas la especie en general,
aunque hay muchas escepciones,
da mas penas que placeres,
mas mañas tiene que dotes.

Si entre doncellas y viudas
tu dulce tormento escoges,
que perseguir á mugeres
casadas no está en el órden,
ó del suplicio de Tántalo
sufres las ansias atroces
cuando parientes y escrúpulos
son de su jardín dragones;
ó si temes que himeneo
dos veces tu sien corone,
para que ella no te venda
es forzoso que la compres.

Aun sin el yugo nupcial,
con el cual no estás conforme,
habrá quien te ame de *gorra*
si otras taimadas la *ponen*;
y no espondrás cada día,
porque no habrá quien la ronde,
tu corazon á amargaras,
tu cabeza á coseorrones;
y sobre ser á tu amor
leal, cariñosa y dócil,
alguna habrá que te pague
el teatro, el sastre, el coche;
pero será vieja ó fea,
si no es graduada *in utroque*,
y en tal caso, con tu pan
te lo comas ¡ si eso comes!

Si nuyendo, en fin, de solteras

LA NARIZ DE MI DEVOCION.

...Como el monte Carmelo.
SALOMON.

Gasten ustedes paciencia y algun tiempo en escribir cualquiera cosa con intencion de que haga reir, aunque maldita la gracia tenga; que luego una mano oculta, de esas que todo lo manejan, les dejará á ustedes á oscuras, sin decir esta boca es mía, y suprimiendo de la balija un artículo que ni podría ser denunciado, ni soñaba tampoco en pronunciarse. Dos cuartos de esto me ha sucedido á mí, como muy bien sabe el hermano Ayguals, con el titulado *Gasten ustedes anteojos!!* que debia llegar á sus manos... pero bien empleado me está, porque á los desagradecidos no les ayuda la Providencia, y yo decia mil impiedades contra esas dos lunetas de cristal á que estarán abonados mis ojos por toda la vida, para reirme de esta farsa que llaman mundo. Acabóse mano á la pluma, y salga pez ó salga rana, allá va un artículo con sus infulas de jocosos, y vamos anduviendo que si yo llevo miedo, la pluma va temblando.

Yo que gracias al Todo Poderoso y á mis caros editores (Q. D. G.), he sido *publicado* (en otros tiempos en que no habia libertad de imprenta, se decia *nacido*) con mi nariz á guisa de albaricoque, amen de que la mano *blanda* de la *blanda* nodriza me las convicció en naípe doblado, hoy me propongo abogar por las largas narices, por esas narices enciclopédicas, que tienen dos ojivas por ventanas, narices de compromiso en estrecha luneta, ó ceñido paleo, y narices que son un pensil en el campo raso de una cara mo-fletuda. ¡ Oh! narices privilegiadas, vos fuisteis las que habeis regido los destinos de la España desde remotos tiempos, sosteniendo la dura guerra de sucesion, y descubriendo, con vuestro *olfatear* descomunal, á Herculano y Pompeyo, y si las tropas de Napoleon hombre de *muchas narices*, fueron arrolladas en nuestra patria; ¿reen ustedes que sucedió por que *despertó el leon de Castilla?* ¿por qué hubo un *dos de Mayo?*... Nada de esto, ha sido tan solo porque el águila de Marengo, que recordaba al águila libre de la republicana Roma, se encontró de pronto con... las grandes narices del sexto Borbon, nariz que hoy

á las casadas te acoges,
por no estrellarte en Caribdis
quizá en Escila te ahogues;
que si te pilla entre puertas
el ofendido consorte
podrá medida de frac
tomarte con un garrote. —



Rara contingencia es esta
en los tiempos que ahora corren,
que para un toro bravío
hay cabestros diez ó doce;
pero, cabestros y todo,
te causan mil sinsabores
antes que de prisa engullas
lo que de su mesa sobre;
y si cansar no temiera
á quien lea estos borrones,
ó escandalizar á alguno
de los de; *oh tempora, oh mores!*
me atreveria á probar
con argumentos *ad hominem*
que los maridos no son
los verdaderos cabrones.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

rige los destinos de la Europa en su gran preboste el príncipe Metternich.

Pero déjeme yo de príncipes y reyes y siga el hilo de mi discurso que por el hilo vendrá el ovillo, y habiendo ovillo hay palabras, y habiendo palabras hay artículo, que es lo que se pide en esta santa novena. Una nariz pequeña, dígame lo que se quiera, es el símbolo de la volubilidad, de la coquetería, de la doblez; y por lo tanto yo que soy dado un tantillo á amores, me pronuncio desde hoy por la muger que me presente la mas grande nariz de que hablan los fastos de la historia. Esta será mi *bouri*, mi todo, y daría las minas de Almaden por ser entonces poeta, y esborranchar de buenas á primeras un soneto acróstico donde, en vez de su hermoso nombre de *Gabriela ó Generosa* se leyese en letras como puños A MI NARIZ QUERIDA. En tanto que durase el *usted* entre nosotros, y aun no comiésemos los dulces de la boda (dulces amargos para el que empieza á tener la *patita de gallo*); su nariz sería el telégrafo de las sensaciones que ajitasen su pecho, tocando á retirada; si se mostraba rubicunda, despidiéndome como quien vá de escape, si pálida, y esperando siempre que estuviese ella (por decontado esta ella es la nariz) con las medias tintas de Vernet, porque entonces; ¡ay! el amor y la alegría reinaban en su pecho. No solo esto, si yo era un bragazas y amaba á lo Quasimodo, nunca tendría que decir: *Quién me diera ser piedra!!!* cuando por desden dirijese sus miradas á otro lado; yo solo me consolaba con eso *Quién me diera ser nariz!!!* y por este lado iba perfectamente, porque cumplía mi vocación, y me haría hermafrodita en un quitame allá esas pajas. También la mamá no andaría tan avizor velándome como á reo en capilla, porque la nariz de su hija era un poderoso dique á mis cristianas intenciones, y si por casualidad vencía el deseo de darle un beso, me quedaría con las ganas, porque entre que había de ser en este lado y la nariz me salía al encuentro; que había de ser en estotro porque era el lado del corazón, y sentía la resistencia de un Pirineo cartilajinoso, y vuelta para allá y nada de lo dicho, y vuelta para acá y no hay tu tia, causándome mareo y ansiando dar caza á la lancha cañonera, que tanto me embestia, llegaba la

mamá, y me encontraba á una distancia respetuosa... á la distancia que señalaba siempre con sus solícitas miradas. Item mas, en este buzón de declaraciones, en este cepillo de requiebros, en esta *boca de Cupido*, donde podría ocultar cien billetes de amor, resonarian mis palabras con acento lúgubre y fatidico, y la niña, al escucharme, siempre quedaría como unas malvas. Item mas, si la tal Gabrielita era coqueta, lo que no sería un milagro, esta nariz sería para mí lo que la célebre cruz de don Rodrigo á los soldados de las Navas de Tolosa: ella me diría á cien pasos el viento que ajitaba á la veleta é infeliz de la muchacha si una ó mas veces señalaba N. cuando yo estuviese al S. ó vice versa S. cuando yo estuviese al N. Y despues de la sagrada bendicion y de un año de *vita bona*, ¿cuántas felicidades no me traeria la grande nariz de mi tierna cónyuge? ¿Qué cosa mas poética que una madre de *grande naso in piccola faceta*, como dijo el otro? Por de contado la mismas ventajas que de soltera, sin contar con que todos la tendrían por muy virtuosa. Esta nariz sería el genio tutelar de la infancia, y al recibir despues los días, muchos me dirían: *Oh! lo que es usted tuvo muy buena eleccion... ha cojido usted... una muger como quien dice, por las narices*. Y este como quien dice sería un calmante para la calentura que me asaltase, y como todos con sonrisa clavasen los ojos... ya ven ustedes... en la nariz de mi querida Gabrielita, esta estaría mas colorada que una guinda. Habría aun mas, que cuando tuviésemos un chiquillo (digo tuviésemos como cuando un autor asegura que ha impreso su obra) este (1) escusaría de chupador, pues á cada beso que le diese, haría una mucca que no digo nada, y al encontrarse con una ternilla entre sus labios que no le sabría á vizcocho, y mucho mas si era en invierno y había constipado de á mes, se *desahogaría* mas que si estuviese todo el día con el susodicho *palitroquillo* en la boca. Siempre entraba en el ramo de las economías, y en los primeros años de matrimonio vale un mundo todo lo que evita que relozca la moneda. Esta nariz también sería en mi muger una prueba nada equívoca de su buen gobierno, de

(1) Entiéndase el niño.

su pericia guisatorial; y así es que siempre habría zambra con las criadas, porque *oleria de leijos* y conocería desde la sala de visitas si estaban bien sazonados los guisos que se alistasen en la cocina. Mas dejemos este punto y vengamos á otros muchos. ¿Qué diré yo de lo bien que sienta una larga nariz sobre una toga ó una casaca de general? ¿Qué marido no dejará ir á las máscaras á su consorte de nariz larga, aunque él tenga *largas narices* para saber lo que es un baile, si no hay careta que pueda ocultar aquella disforme protuberancia cuyas raices llegan, según algunos, al boton umbilical? ¿Qué célebre capitán, qué célebre filósofo, qué célebre celebridad dejó de tener crecida la nariz? Vengan Alejandro el Grande, Sócrates, Voltaire, Reynald, Volney, Lavater y otros muchos sin contar á Ovidio y Ciceron, y otros tantos me servirán de incontestable ejemplo. Una nariz pequeña representa desconfianza y falta de generosidad, y sino díganlo Canning y Alejandro I con su pequeño *almendruco* en la cara, como le llamaba el culto Góngora. Ello es cierto que de una persona que no es muy advertida se dice que *queda con un palmo de narices*. pero hay tambien que es *hombre de muchas narices* el que mucho prevée, y que si tiene *mucho olfato* el que es filósofo, la nariz es el pebete de la filosofía, la Pandora de las teorías, es lo que decia el *atroz* Victor Hugo por la imprenta, la Babel de los sistemas. Nadie me negará que el *olfato* es el hombre (1) y por esta razon debe declararse la nariz reina y señora suya: porque sino véase que decimos continuamente: esto me huele á casorio; aquello me huele á contrabando; aquel huele á literato; este huele á amante, y siempre *oliendo* para lo que es requisito indispensable la nariz.

Es cierto que hay en contra de las largas narices autoridades de á puño, pero de todas ellas saldré perfectamente, porque donde no se pueda desatar se corta, y haya aquí paz y despues gloria. En el capítulo 21 del Levítico, Dios prohibió que fuesen sacerdotes los que tuviesen «parvo vel *grandi* vel torto naso.» Estas fueron sus terminantes palabras, pero como el padre Scio,

(1) Sea dicho con perdon del abate L' Epée que todo lo reducía al *tacto*.

á quien respeto y reverencio, traduce «menguada ó *sobrada* nariz» y para mí nunca debe decirse que *sobra* esta, claro está que soy en contra de Sempere y Guarinos si sus *leyes suntuarias* se estienden á las narices. ¿Qué me importa tambien que los persas, como dice Justino, amasen á los que tenían *aluncum nasum* porque así la tenía Ciro? Ciro era un *Cirolas*, (1) y los persas entendían tanto de narices como aquel *acreditado literato en eso de guisos* de la antigua y venerable *Vieira* gallega. ¿Qué mas me dá que Plutarco confirme esto en sus *Apoteogmas* si merced á su enorme pólipio bajo la frente *olfateó* las cenizas de sus *Varones ilustres*? ¿Qué vale que el señorito Apolinar diga que Teodorico tenía *nasus venustissimæ incurvus*, poniéndolo en las nubes por tan bella cualidad? Si por ello nos guiamos, nada hay mas preciso que la ley del consonante, y á fé que á Teodorico no le favorecía este mucho aunque en su tiempo no se llamaba cierto animal, de cuyo nombre no quiero acordarme. *borrico* sino *asinus*. ¿Qué me significa que Marcial, el Villergas de los romanos, señale entre las prendas de un mancebo arrogante una nariz pequeña?...una nariz, señores, *narizita*, *pequeñita*, *remachadita* y á guisa de pepita? ¿Qué importa que el ciudadano Petronio (el que por fuerza dió nombre al monte *Pedroso* de Santiago) para pintar la hermosura de Circe diga que tenía *nares pavilulum inflexæ*? Petronio y Marcial no sabían palotada en esto de buen gusto, y sino dígalo nuestro colaborador el célebre cocinero don Abundio Estofado que apuesto á que es de mi opinion.

La nariz es la flor de nuestra cara, flor querida, acariciada por el favonio en las mañanas del verano y por el cierzo en las noches del invierno. Horacio que no dejaba de tenerla regular, la pone al lado de la violeta y del mirto, al lado del amor y de la tristeza, y en verdad que siempre vive sola como la tórtola, y aunque ame por ejemplo los buenos bocados, (esto no pasa para ella de una teoria) siempre tiene que valerse de un tercero que es la mano y de un cuarto que es el oro; y aunque esté enamorada del rapé, por

(1) Esta es una pulla al amigo Villergas. En este momento me parece á aquel pintor que debajo de un conejo puso con letras gordas *conejo*.

mas que estornude ó haga cosquillitas, y la infeliz se esfuerza para hincharse como la sanguijuela en el agua, si la caja está vacía se entrega á la desesperacion y se vuelve de color de fuego. La nariz ciceroniana, esa nariz que luego sembró por Italia un lujo inmoderado de narices *romanas* conceptuadas arquitectónicamente, donde el rapé vuelve á estancarse, no se contenta con un polvito de etiqueta, en que se gastan mas cumplimientos que *letra*, sino que quiere un polvo de continuidad, un círculo vicioso de polvos, un abrir la caja... y sorber que es una gloria. Esta nariz tiene su resorte; ejecuta ya una barcarola cuando mirando al cielo ronca con voz *vibratta*, ó de vez en cuando unos trinos sutiles que empiezan en *re* grave y concluyen en *si* agudo, y es la que tal, para llevar sobre sus espaldas unos anteojos que irán montados á la grupa, habiendo media vara entre rostro y cristales.

Lejos de mí esas narices que estan asidas de la cara como restos de una cosa que *existió ó existirá*; yo quiero la nariz *superlativa* que cantó



con indecible gracia el picaresco Quevedo. A esta nariz que, como dijo el festivosimo Fr. Gerundio, ya estaba pronunciada antes de setiembre, nariz *espolon de una galera* saluda mi pobre peñola en nombre de los *grandes* hombres,

cuyas *grandes* narices pasaron en *grandes* contornos al *gran* siglo de las *grandes* revoluciones. Esta es la nariz de mi devocion y para respetar su sagrado y duradero pabellon porque

Mas contribuyen al rey
Con la nariz los gallegos,
Que los demas españoles
Juntos con todo su cuerpo. (1)

A. NEIRA.

LAS LIGAS.

El primer hombre fué Adán,
segun la escritura reza,
y fué su cara consorte
también la muger primera.
Entonces no se estilaban
ni bastas, ni finas telas,
ni paños, ni barraganes,
ni muselinas, ni sedas,
ni patencures, ni cúbicas,
ni calcetines, ni medias;
nada de esto se estilaba,
pero se estilaban piernas.
Tampoco habia zapatos,
y si punzaban las yerbas,
no habia mas que chillar,
sentarse y tener paciencia.
Diz que los pobres abuelos
con ojas de parra, frescas,
cubrian su desnudez
porque les daba vergüenza.
La vergüenza es tan antigua
cual moderno el no tenerla,
la enterró el siglo pasado,
la pobrecita era vieja.
Mejor estamos así,
con esta libre franqueza
de mentir, á todo trapo,
de engañar á toda vela,
y al pudor que en paz descansa
rezarle el requiem eternam.
Cuando las ojas de marras

(1) FLOR DEL PARNASO por un tal *Moralinto* ó *Moraleja*, que en esto de nombres de los *Arcades* poco ó nada reparo.

quedaban mustias y secas,
las relevaban con otras
hermosas, puras y tersas...

Lector, te estoy escuchando,
dices, frunciendo las cejas,
«¿qué tienen qué ver las ligas,
señor, con tanta monserga?
Este hombre se ha vuelto loco,
ha perdido la chaveta;
estoy viendo que nos sopla,
antes de entrar en materia,
la historia de las cruzadas,
la descripción de la Meca,
el febrero adicionado,
todas las obras de Bentham,
las del Cardenal de Luca,
las Partidas y Pauctas,
la languidez del teatro,
como ya el calor empieza...
y luego hablará de toros,
y por remate de fiesta
nos encaja, sin remedio,
las narices de Ezpeleta.»
Señor lector, mas cachaza,
señor lector, mas paciencia,
por aquello de San Pablo,
«que es necesario tenerla.»
Segun se escribe en el día,
sea el asunto el que sea,
es preciso remontarse
mas allá de las estrellas,
para despeñarse luego
hasta llegar á la tierra.
Yo quiero seguir la moda,
que soy elegante en regla,
y aunque no gasto gaban,
tampoco gasto chaqueta.
Por esto quise, lector,
coger á Adán de una oreja,
y dar comienzo á las ligas
desde las corbas primeras.
¿Y qué es liga? Es una cinta
de lana, algodón ó seda,
con la que el hombre verdugo
les dá garrote á los medias.
Medias cuyo solo crimen,
es dar calor y decencia;
por eso las ajustician,

por ser útiles y buenas.
Esta es la ley de los hombres,
esta es la ley de la tierra;
naturaleza lo manda,
¡paciencia, hermanos, paciencia!
«Yo tenía una zambomba
y me la rompió mi abuela,
no puede un hombre de bien
tener una cosa buena.»
De los disgustos, desastres,
y crímenes y tragedias,
que las ligas han causado,
están las historias llenas.
Por una liga Adalmud,
gran emperador de Persia,
á su querida Matulbe
hizo cortar la cabeza.
Y aquí mismo, aquí en Castilla,
en una ciudad muy cerca,
sucedió un fracaso horrible,
há tres semanas y media.
Fracaso horrible, tremendo
y que no es chanza, es de veras;
pues señor pasó la cosa
de la siguiente manera.
Eran marido y muger,
como quien dice, dos perlas;
ella alegre y él celoso,
pero con celos de hiena.
Cierta día cierto joven,
haciendo así, la desecha,
la dijo *hermosa* á la niña,
alzando al cielo las cejas;
medio lo entreoyó el marido,
abrió paso á las sospechas,
pero calló, fué prudente...
es gran virtud la prudencia.
A pocos días salieron
los dos esposos de huelga,
y á la retaguardia el joven
los observaba de cerca.
A la sazón... (¡que sazón
tan oportuna y discreta!
esta sazón vale aquí
cuando menos dos pesetas.)
¡A la sazón! una liga,
sin dada de puro vieja,
se le rompió á la Señora

y quedó sobre la arena.
El jóven cogió la liga,
volvióse al pueblo con ella,
y la enseñó á sus amigos,
de amor cual segura prenda;
lo supo luego el esposo,

busca al jóven, lo atraviesa,
se mata despues él mismo,
los dos cadáveres quedan,
y al saber esta desgracia,
murió la esposa de pena.
¡Y todo por una liga!



por una liga funesta,
¡tres víctimas inocentes,
y la liga tan serena!
El inventor de las ligas
debió ser anacoreta,
se las plantó por cilicio,
y ganó la gloria eterna.
Opresoras de tendones,
avanzadas centinelas
de las pantorrillas todas,
sean flacas, gordas sean,
que las pantorrillas son
como las judías secas;
las hay blancas y rollizas,
y arrugadas y morenas,
os maldice Abenamar,
y si en su mano estuviera

por Draconiano decreto
os lanzara de la tierra.
«Conforme con el dictámen
de mi consejo de piernas,
he venido en decretar
lo siguiente.» Nadie pueda
usar de aquí en adelante
ligas bonitas ni feas;
recójanse todas pronto,
hágase de ellas hoguera,
al cielo suban las llamas
y en humo y fuego disueltas
sirvan de escarmiento al mundo
y á las gentes venideras;
y el que á lo que mando falte,
mando, *por ende*, que muera.

ABENAMAR.

LA RISA DE MI MUGER.

«Candorosa cuando rie.
y serpiente cuando mira.»
(PALABRAS DE UN PACIENTE.)

¿Mi Adela? Siempre riendo;
riendo á mas no poder:

con todo, yo solo entiendo
la risa de mi muger.

Es risa que causa llanto,
risa que incita á reír,
risa que produce espanto,
ó atrae con cierto encanto
que no puedo describir.

Es risa que desconciela;
risa que un puro placer
en su hermosa faz revela,
ó bien que la sangre hiela,
según quiere mi muger.

Que conforme es el instante
en que muestra su alegría,
deja ver en el semblante
la sonrisa de una amante
ó la risa de una arpía.

Y aun para hombres de saber
es, si da una carcajada,
mas difícil de entender
que logogrifo ó charada
la risa de mi muger.

Inventad una desgracia,
un sentimiento, un dolor,
un lance que cause horror.....
Nada; siempre está de gracia,
riendo á mas y mejor.

Mas si de tanta alegría
al través, pudiérais ver
su intencion atroz bravía,
cierto que os asustaría
la risa de mi muger.

Se rie con los hijitos
que criamos para el cielo,
y abraza á los angelitos
y los llama *¡mi consuelo!*
¡Dioses! ¡ángeles! ¡benditos!

Pero si llegan á ser
¡pobres niños! muy llorones...
el lance tiene que ver;
les dá sendos coscorrones
y se rie mi muger.

Si al Circo ó á Villa-hermosa
por el carnaval la llevo,
con sonrisa tan graciosa
Dafne no halagaba á Febó

como me halaga mi esposa.

Mas si antes de amanecer
la digo: *A casa Adelita,*
á un lobo haria estremeecer
la indefinible risita
que acomete á mi muger.

Si me nombran tesorero,
intendente ó contador
y anda abundante el dinero,
su mirar es placentero,
su reír encantador.

Cesante me llevo á ver,
y si falta la bucólica
cualquiera podrá creer
que es una risa diabólica
la risa de mi muger.

Dos hermanos tiene Adela
que son lindas criaturas,
y rie que se las pela
cuando inventan travesuras
y hacen rabiar á la abuela.

Mas si llegan los cuñados
en su cuarto á revolver,
aunque los tiene mimados,
puede cogerse á puñados
la risa de mi muger.

Idólatra en mí Adelita;
mas si alguien la echa una flor,
suelta luego la risita
y hace creer la maldita
que ya no me tiene amor:

Pero se debe entender
que si se propasa el tal,
ya le ha caído que hacer;
en tal caso es infernal
la risa de mi muger.

Muy bien recuerdo que un día
me tocó la lotería,
y no mucho; mas mi Adela
por poco se vuelve lela
de tanto como reía.

Un año seguí jugando
sin ganar, y era de ver
la risa de Lucifer

y el gesto que iba mostrando
mi alegrísima muger.

Cuando al volver de paseo
enseño yo á mi Adelita
dos billetes del Liceo,
risueña me dice.... ¡feo!
y me dá una palmadita;

Mas si los llevo á esconder
y pensó á la Lema oír,
es cosa digna de ver
el dulcísimo reír
que improvisa mi muger.

Si Tomasa la (doncella)
la viste ó peina á su gusto
y la deja tal cual bella,
su risa me causa susto,
tan estrepitosa es ella.

Pero cuando de una horquilla
se olvida ó de un alfiler,
al punto se ven correr
lágrimas por su megilla
y es... que rie mi muger.

Cuando me pide dinero
para pagar un sombrero,
un aderezo ó un chal,
su semblante es hechicero
su sourisa celestial;

Pero si no me apresuro
á dar duro sobre duro,
ya puedo echar á correr;
me fastidia, es bien seguro,
con su risa mi muger.

Diez tiestos, á cual mejor,
riega y cuida con esmero
y el día que abre una flor
su cáliz, ni el mismo amor,
se muestra mas placentero.

Pero cuando un alhelí,
clavel ó rosa ¡ay de mí!
alguno la echa á perder...
bufido es de javalí
la risa de mi muger.

Como una tigre es celosa;

mas su disimulo tal,
que si requiebro á una hermosa,
es su risa estrepitosa,
su alegría... sin igual.

No haya miedo que me lie
de aquel súbito placer:
ello es verdad que se rie,
pero me abrasa, me frie
con su risa mi muger.

Adela me desagrada,
en fin, con su eterna risa
sarcástica disfrazada:
me aburre su carcajada,
me hace temblar su sonrisa:

Y á veces llevo á creer
que, sin el Egipto ver
ni estar á orillas del Nilo,
llorar oigo á un cocodrilo
cuando rie mi muger.

No os dejéis alucinar
¡hombres que os vais á casar!
Por la perpétua visita:
elegid muger bonita,
pero que sepa llorar.

Jamás podré encarecer
lo mucho que hay que temer:
*una novia muy risueña
es malditísima seña,*
y el ejemplo... MI MUGER.

VICENTE DIEZ CANSECO.

Correspondencia epistólico-amatoria-rústico-labriega.

DE GREGORIA Y RODRIGO.

EPÍSTOLA PRIMERA.

RODRIGO Á GREGORIA.

*Favára y enero á veinte
de este año y del mes corriente.*

Mi muy querida Gregoria
salero lleno de sal,
Dios que te guarde de mal,
y que te lleve... á la gloria.

Me alegraré que esta esquila
con cabal salud te halle,
tomando el sol por la calle
entre tu madre y tu abuela.

Sabrás mi dulce regalo,
como también por mi parte
tengo el gusto de anunciarte
que estoy bueno, y... no estoy malo,

y al mismo tiempo te digo
en esta cuarteta cuarta,
que quien te escribe esta carta
es siempre... el mismo Rodrigo.

Junto á mi costado izquierdo
está fijo tu retrato,
y tú tal vez de aquí un rato...
«si te he visto, no me acuerdo»

porque el amor femeníl,
si el amante ausente vaga,
al menor soplo se apaga,
cual la llama de un candil:

¡quién sabe, Gregoria ineauta,
si en tanto que por tí muero...
bailas, infiel, el holero
al son de alguna otra flauta!

y mientras que haciendo surcos
el sol mis mejillas tosta,
¡estará tu fresca costa
llena de moros... y turcos!!!

¡Oh! ¡quien pudiera ahora mismo
con mucha calma y sosiego
encerrarse en este pliego
cual partida de bautismo.

Y al tiempo de abrirle tú
por la noche y con cautela
salir... apagar la vela...
y hacerte de pronto... bú!!

Pero variemos de asunto,
que esto al fin todo son bromas,
y prescindiendo de comas,
concretémonos al punto.

Este, según creo yo,
lo que es en la hora presente
se reduce únicamente
á que me digas—sí ó no:

Pues siendo mis fines buenos,
el estar haciendo el coco
á tí te conviene poco,
y á mí... me conviene menos.

Si por fortuna tu madre
se muestra al dote algo esquiva
dí— que sin causa impulsiva
no hay hoy un perro que ladre.

Y que ni aquí, ni en la corte,
á la que busca acomodo,
se le espide de otro modo
el marital pasaporte.

Dí — que mi dotal anhelo
principalmente se funda
en que una eterna coyunda
no admita mulas en pelo.

Ni aun la mas tiesa y gallarda
sufrir puede el cargamento
del séptimo sacramento
sin una mediana albarda.

Mas si á pesar de lo espuesto,
mí suegra no se somete,
y quiere que te interprete
sin comentarios al testo.

Tú, cual diestro centinela
del parque de artillería,
apuntas la batería
con dirección... á tu abuela,
disparando desde luego
mil cartuchos de suspiros,
y si no bastan mil tiros...
carguen otra vez, y... ¡fuego!

Si cesar de hacerle guerra
de tenor bajo; y contrato...
hasta lograr por asalto
veinte tabullas de tierra:

que aunque ello en sí es cosa chica
para hartar el *tolle tolle*
con que una judáica prole
á sus padres crucifica

evitando el despilfarro,
y aplicados día y noche,
si no arrastramos un coche
iremos á pié... ó en carro.

Por lo demás tú no ignoras
quien es Rodrigo Carrasco,
y á fé que no tendrás chasco
si mis planes corroboras,

pues que apesar de que al pronto
me están saliendo las barbas,
en ellas, si las escarbas,
no nace un pelo... de tonto.

Y aunque, como es natural,
de ingenio algo rudo y pobre,
no es difícil que me sobre
el talento conyugal.

Desoye pues las querellas,
y chismes de tus amigas,
y aun te ruego que las digas
que soy yo mas hombre que ellas,
y que á tales indirectas
les contestara en latin (1)
si entendiera su magín
la lengua de los Pandeetas:

Mas... á un falso testimonio
echemos luego el trastrillo,
y volvamos al ovillo
del hilo del matrimonio.

Me dice algun compañero,
sin duda por desviarme,
que como llegue á casarme,
ya se acabó... el ser soltero.

Porque al hombre con afrenta
le impone el nupcial imperio
mas trabas que un ministerio
á la libertad de imprenta:

dice otro, que las esposas
quieren ver siempre al marido
en casa, y entretenido
con los niños... y otras cosas:

y aun hay algun importuno
que sienta, como aforismo,
que el volver al despotismo
y el casarse... todo es uno.

A semejantes extremos
mi respuesta es muy sucinta.
«librémonos de la quinta...
que despues... allá veremos.»

Tambien mi alcurnia de tosca
hay quien critica hasta el tope,
pero ¿en qué plato de arropo
caer no saete una mosca?

Ni el que nuestra boda se haga
será á mi ver cosa absurda,
pues si mi estirpe es palurda.

(1) No se estrañe este lenguaje en boca de un Papa-moscas como Rodrigo Carraseo, pues le era algun tanto familiar la gramática parda, y lo mismo manejaba el latin, y el griego... que qualquiera otro *idioma* de labranza.

la tuya no le va en zaga.

Te juro que me fastidiá
tanto consejero payo,
y digo para mi sayo—
¿será voluntad, ó envidia?

Pero en fin, no haciendo caso
de lo que digan los otros,
lo que importa es que nosotros
salgamos pronto del paso;
que el que aspira al desposorio
tiene en sus fines mas prisas,
que en los responsos y misas...
las almas del purgatorio.

Decidete pues, Gregoria.
préstate á mis ruegos mansa,
porque hasta el burro se cansa
de dar vueltas á una noria.

Y no siendo un gran belitre
este pobre ciudadano,
«mas vale pájaro en mano,
que no por el aire un huitre.»

Mira que si ahora no atrapas
el tal pájaro del rabo,
no estrañes que al fin y al cabo...
al primer tapon... zurrapas.

Que hablando para *inter nos*
tengo ya veintin año,
y al otro no será estraño...
que cumpla los veintidos.

Mas... basta, que ya se aburre
mi amor de dictar la carta,
y estoy mirando que ensarta
lo primero que le ocurre;

ademas... tambien se abruma
(porque es un grande holgazan)
Braulio Sólfa, el Sacristan:
que es quien me lleva la pluma,

conque así, lo dicho dicho,
tómale á mi mano el pulso,
siguiendo solo el impulso
de tu *nacional* capricho:

y aquello que determines
dímelo en verso y no en prosa
para la debida glosa
de mis ulteriores fines.

Dá por ahí algun recado,
y á tu hermana mas pequeña
dile que mi amor se empeña

en que me llame... cuñado:

las otras me lo figuro
pretéritos imperfectos,
mas... dáles también afectos
de este presente futuro.

Que se aguante *terne* y fresca
dí de mi parte á tu abuela,
y á la demas parentela
dile... lo que te parezca.

Adios... que ardo como un áscua,
y aunque no las restituyas,
recibe... dos aleluyas
en tus megillas de páscoa:

Adios... Gregoria del alma,
ádios... y si mártir... muero...
solo que admitas... espero
de mi martirio la palma,
ya que cual fiero enemigo
sin la menor campasion
traspasas el.
de tu invariable

JOSÉ BERNAT BALDOVI.

EPIGRAMA.



MASSETI.

De la buena educacion
no te olvides cuando comas,

que en la mesa es donde mas
se conocen las personas. W. A. de I'

MELONES Y MUGERES.

I.

—¿Quiere usted que yo se lo escoja? me dijo don Basilio en el mercado de Murcia, viéndome atafagado y lleno de incertidumbre, á la manera de un hambriento colocado con todo su arrollador apetito entre las dos sopas de una mesa opipara, delante de una compañía de melones que

acaba de hacer allí *en su lugar descanso*. Se vá usted á chupar los dedos. — ¿Con qué usted lo entiende? le dije yo, sin figurarme que esta pregunta debía herir su amor propio, como heriría el de Hartzembusch cualquiera que preguntase á este distinguido literato si entiende de dramas. — ¿Si lo entiendo, ha dicho usted? ¡es original la pregunta! ¡me pregunta usted si yo lo entiendo! ¡ahí es un grano de anís! Mi padre y mi madre son de Guardamar, mi abuelo y mi abuela eran de Guardamar también, y lo mismo mi bisabuelo y mi bisabuela paternos y maternos, y los que á ellos les engendraron y parieron, y los que engendraron y parieron á los que engendraron y parieron á ellos, y yo nací en Guardamar, y en Guardamar me bautizaron y me crié en Guardamar, de suerte que el conocimiento de los melones se puede decir hereditario en mi familia. ¡Y me pregunta usted si yo lo entiendo! — No me había tomado la molestia, le dije yo, de encaramarme por su árbol geneológico de usted y tal vez haya dicho un disparate. — Sí señor, lo ha dicho usted muy garrafal. ¡Toma! ¡si entiendo de melones! (Estas últimas palabras las pronunció con un tono que revelaba perfectamente la compasión á que le movía mi ignorancia.) Vamos á ver, añadió. ¿Cuántos quiere usted llevarse? — Hombre, uno... — ¡Uno! ¡qué miseria! dos al menos se ha de llevar usted. ¿Pues? si aunque se lleve usted dos docenas no le ha de dejar usted probar á su muger lo que se dice una pepita. ¡Si hasta la corteza se va á comer usted! Y empezó á palpar un melón tras otro hasta haberles palpado todos. Se me figuraba un visurador de quintos ó un frenólogo examinando cabezas de varones ilustres. — ¡Acabáramos! dije yo al recibir de sus manos un par de melones selectos. — ¡Qué almibar se lleva usted! — ¡Qué almibar me llevé yo!

En efecto, llegué á mi casa; probé los melones, que creí eran la obra maestra de las meloneras de Guardamar, y se los dí enteritos á mi muger; mi muger los probó y se los dió enteritos á la criada; la criada los probó y se los dió enteritos al cochino, y el cochino, mas inteligente en la materia que mi criada, que mi muger, que yo y que el misrao don Basilio, ni

siquiera los probó, no hizo mas que olfatearlos.

Al día siguiente, don Basilio me hizo muy de mañana una visita, con el solo objeto de recibir los elogios que su feliz elección debía haberle grangeado. ¿Qué tal le han parecido á usted los melones? me dijo. — ¡Oh! ¡escelentes! le respondí, y él no comprendiendo la ironía, — ¿pues? ¿no se lo dije á usted? prosiguió, ¿meloncitos á mí? Mi padre y mi madre son de Guardamar.... (Interrumpíle con viveza; temiendo que me obligase á hacer de nuevo un viaje geneológico.) — Pues señor, los melones eran detestables. — ¡Detestables! ¿qué está usted diciendo? no.... ¡usted se chancea! — No señor, hablo con toda formalidad. — No puede ser, le digo á usted que no puede ser. — Le digo á usted que eran un par de solemnes calabazas, y en el corral les encontrará usted faltando de ellos menos de lo que á nosotros nos queda de Constitución.

Como fundaba toda su vanidad en su craneología melónica ó digamos en su melonología, quiso atribuir á malicia su ignorancia, aunque debiera indisponerse conmigo muy seriamente. — Con qué, me dijo, eran malos... ¿eh? Demasiado lo sabía yo; quise divertirme y darle á usted un chasco... (Esta mentira reclamaba otra). — Pues señor, le dije, el chasco se lo llevó usted; los melones eran excelentes. — ¡Toma! lo que dije antes; como que yo los escogí... — Pues señor, repliqué, sepa usted que eran muy malos. — ¿En qué quedamos? replicó él casi mareado; ¿eran malos ó eran buenos? — ¿En qué quedamos? repuse yo, quiso usted escojerlos buenos ó malos? — ¿Buenos? — Pues entonces eran malos. — ¿Malos? — Pues entonces eran buenos. — Así, dijo amostazado, nunca sacaremos en limpio lo que han sido. — Así, le contesté yo, nunca sacaremos en limpio lo que usted ha querido que fuesen. » Era cosa de no acabar, y don Basilio se fué. Nos habíamos constituido en la misma oposición sistemática que Principe y Villergas, que Zorrilla y Ayguals.

Lo mismo y aun mas que de los melones puede decirse de las mugeres. Un calavera hace cocos á una pisaverde de ojos negros ó insinuates que devoran á cuantos pasan por la calle con

sombrero. Cansado ya de hacer calaveradas, el calavera echa el resto y se despide de ellas con la mayor que puede hacerse. Se casa á salga lo que saliere con la de los ojos negros, sin examinar ningun antecedente, ni derivar ninguna consecueacia. Tenia otras cien muchachas á su disposicion pero toma aquella á bulto, como yo hago con los melones si no encuentro á don Basilio, y todas las gentes de tertulia le auguran un porvenir desastroso. Se engañan de medio á medio. El tronera sin pensarlo ha unido su suerte á la de un ángel, que tiene un corazon bellissimo y que solo piensa en labrar la felicidad de su esposo.

Al contrario, un filósofo, uno de esos hombres sistemáticos que andan, como suele decirse, con pies de plomo hasta por el piso de su alcoba, que suben y bajan las escaleras sentando las dos plantas en cada escalon y sin soltar jamás la barandilla, que se acuestan siempre á la misma hora y siempre á la misma hora se levantan, que no beben ni comen sin haberse dado antes de todo esto la razon de ciencia, y que examinan un tratado de higiene antes de quitarse y ponerse la levita; uno de esos hombres relojes, que todo lo hacen con puntualidad y tiento, meditacion y parsimonia; desconfia de todas las mugeres de las ciudades, y se va á Sierra-Morena donde, segun sus cálculos de toda la vida, ha de encontrar á la elegida de su corazon, á la casta paloma, á la doncella que le conviene. La ruborosa vírgen que nunca habia visto un filósofo, toma el traje por la persona, y al divisar á nuestro héroe, huye de él á cien pasos de distancia, sin duda porque vestido como está, le considera un animal de distinta especie que la humana ó cuando menos de distinta raza que los habitantes de Sierra-Morena. Tambien puede ser que siga en esto la costumbre de todas las demas mugeres, que tienen miedo á los hombres.... desde lejos. Esta fuga, esta incontestable prueba de modestia y castidad ha hecho concebir al filósofo las esperanzas mas lisonjeras, y se presenta muy cercano el suspirado término de sus escursiones matrimoniales. La purisima niña se fortifica en un casucho, donde entra, sin necesidad de bom,

bardear, el denodado pretendiente despues de una gloriosa resistencia, que le oponen dos anárquicos mastines simultáneamente pronunciados como un solo hombre, quienes capitulan, ó por mejor decir, suspenden sus hostilidades, luego que se presenta el gefe de la plaza en ademan de recibir un parlamento. Sabido es que los parlamentos son siempre respetados. El gefe de la plaza es una cosa algo parecida á un hombre de mediana edad, con una barba recia, impermeable al jabón y que podria serrarse ó al menos afeitarse con una podadera; sus facciones tienen algo de comun con las de los mastines pronunciados, de suerte que solo al verlas parece que se les oye ladrar; y quizás no seria fácil resolver si aquel hombre es un mastin perfeccionado ó si son aquellos mastines unos hombres degenerados. El gefe en persona introduce el parlamento, éste saluda con cortesia, al llegar á la fortaleza, á un segundo personaje que viene á ser el segundo cabo de la plaza, y cuyo sexo no determinaria facilmente nuestro filósofo á no habersele dicho de antemano que aquella cosa vieja era la muger del gefe. Con todo, necesidad tuvo el recién llegado de un particular estudio para no confundir los articulos gramaticales. Dió una mirada al rededor y no vió á su futura; no vió mas que un par de rucas arrimadas á la pared como los fusiles al armero de un cuerpo de guardia, medianamente provistas de cáñamo, y no parecia sino que la vieja habia colgado de ellas dos ejemplares de su peluca. A primera vista la vieja y las dos rucas se miraban como cantidades homogéneas y daban tres rucas por total.

El filósofo despues de un corto preámbulo entró en materia, reveló sus castas pretensiones y pudo vanagloriarse muy pronto de los mágicos efectos de su elocuencia, pues vió, á medida que iba desentrañando la cuestion, dulcificarse las fisonomías salvages de sus oyentes, que le escuchaban con la boca abierta. Hasta los mastines al parecer habian perdido su natural feroz. y besándole las manos y acariciándole con la cola, manifestaron arrepentirse de su conducta hostil anterior. Aquellos halagos caninos en idioma humano solo podrian traducirse con un

acto de contrición. Las palabras del alado Oló-zaga, ó sea del ángel embajador, que reveló á los pastores la venida del Mesias, no tuvieron mejor acogida que las de mi filósofo. La vieja sobre todo estaba loca de alegría y llamó á su hija que permanecía acurrucada; escuchándolo todo, tras una cuna en que, según apariencia, debía en ella haberse mecido Abel, y la obligó á abandonar la última barricada en que la habia parapetado la cordedad de su genio. Prescindamos de las cualidades físicas de la niña y pasemos por alto los sentimientos de vergüenza que paralizaron hasta la accion de sus pulmones al verse arrastrada delante del filósofo. Basta saber que el filósofo y la niña se casaron, que dieron su último adios á Sierra-Morena, que él por espacio de dos meses obligó á su cara mitad á tomar diariamente un baño de limpieza, y que cuando la immaculada virgen se hubo desprendido de las infinitas capas de mugre que ponian su cuerpo en comunicacion hasta con la atmósfera, que ni la hubieran dejado sentir la picadura de una abispa, que duplicaban su peso y su volúmen de modo que parecia que aquella muger, hasta entonces, habia crecido como los minerales por *justa-posicion*; cuando aquella tortuga quedó despojada de su concha, cuando ya no se podia arar en aquella cara en que poco tiempo antes se hubiera podido sembrar maiz, en una palabra, cuando dos meses de baños generales habian provocado una solucion de contigüidad entre el cútis de la recién casada y la armadura fosil que la cubria enteramente, se levantó entre los dos esposos una causa de fulminante divorcio. ¡Oh decepcion cruel! Nuestro filósofo sorprendió *in fraganti* á la ex-virgen de Sierra-Morena embebida en amorosas pláticas con su propio criado, apesar de las sábias precauciones que tomó de antemano para no añadir un nuevo guarismo al número de los *predestinados* ¡Su propio criado! ¡quién lo habia de decir! Era mas feo que una pulga mirada con un microscopio solar, y habia sido donado de un convento... ¡Desengaño tardio! Hasta entonces no conoció el filósofo que cuando todas las precauciones son pocas, lo mejor es no tomar ninguna.

Estos hechos positivos que acabo de sujetar á

la meditacion del público, son el tipo de otros muchos análogos de que todos los casados y aficionadas á melones, que mas presumen de entendidos, se habran dado cuenta mas de una vez. ¡Qué petardos se lleva uno con los melones y con las mugeres! Con respecto a los primeros he individualizado un suceso en el cual yo mismo figuro como victima; otro tanto haré tambien con respecto á las mugeres, pero no sera en este número, porque me he estendido demasiado y perjudicaria mucho al señor Ayguals invadiendo con mis sandeces un terreno en que siembran sus gracias los Bretones, los Villergas y otros célebres literatos.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

EPIGRAMA.



Cogí de un brazo con arte
á Pascual que iba hecho un loco,
y dije: espérate un poco,
¡qué diablo! ¿vas á casarte?

¡Hombre! respondió Pascual,
¡no estoy tan desesperado! —
y luego añadió el malvado
que iba á tirarse al canal.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

EPÍSTOLA SEGUNDA.

GREGORIA Á RODRIGO.

*Benimamet á primero
de este año y mes de febrero.*

Mi amado novio Rodrigo :
sabrás como yo te digo
que he recibido la carta,
en que tu pluma me ensarta
con empeño muy formal
la demanda conyugal :
te juro á fé de Gregoria
que la sé ya de memoria,
pues la estudio con mas gana...
que la doctrina cristiana.
Mas desde que me escribiste
estoy pensativa y triste,
y se aumenta cada día
mi pena y melancolia
cuando calculo y medito
si el amor que me has escrito
será lícito ó nefando :
porque hay tanto contrabando,
que en este particular
todo el mundo es Gibraltar,
y cada novio un corsario,
que atrevido y temerario
sin que le arredren las multas,
y sin temer las resultas
de su criminal comercio,
haciendo estan tan mal tercio
que la comercianta honrada
apenas despacha nada.
Así, pues, ten entendido,
que si has de ser mi marido,
y me hablas de buena fé...
á quien San Juan se la dé
San Pedro se la bendiga.
Si no es fuerza que te diga
que desde hoy puedes marcharte
con la música á otra parte,
que yo á oírla no me paro.
Te hablo, Rodrigo, tan claro,
porque veo muy espeso

el que te mantengas tieso.
No te ofenda tal lenguaje
y permite que te encage
que en este clima de España,
el hombre es como la caña
que se doblega y se acopla...
al primer viento que sopla.
Pero basta... porque advierto,
que el predicar en desierto,
es perder el tiempo en vano :
y ya que pides mi mano,
y esta es pretension muy seria...
entraremos en materia.
Si fuera la mano sola,
aquí está... y rueda la bola :
pero en el solemne lazo,
tras la mano... viene el brazo :
tras del brazo, viene el codo,
y así... y así... y de este modo
va viniendo tal boato...
que bueno es pensarlo un rato.

Primero exiges que yo
un redondo sí ó un no,
te dé por contestacion :
y al hacer tal pretension
no sé como no penetras,
que teniendo iguales letras
cualquier cosa que te diga,
es muy natural que siga
el femenino dictámen
de dar por respuesta, *amen* :
mas si antes de sentar plaza,
falto de espera y cachaza
vienes pidiéndome el *prest*,
responderé, *ite misa est*.
Y si tu plan reproduces
apago luego las luces,
y nos quedamos... á oscuras.
Con que si mi amor procuras,
leal debes ser y franco,
ó herrar ó quitar el banco :
y piensa solo y repara
que eres hijo... de Favára,
y tu padre aunque un ciruelo,
descendia... de tu abuelo :
pero hagamos aquí un punto,
y pasemos á otro asunto.

Por lo que respecta al dote

preciso es que te denote,
 que en el maternal pensar
 te has hecho algo impopular,
 porque desde luego anuncias
 que por tu bien te pronuncias,
 que es lo que mirando estamos
 en los tiempos que alcanzamos.
 Yo también dudo y recelo,
 que no queriéndome en pelo
 (según dice tu apreciada)
 menos me querrás... pelada.
 Y no creas sin embargo
 que mi cabello no es largo,
 ni que mis bucles y rizos,
 son prestados ni postizos,
 pues me precio y me glorío
 de que cuanto tengo... es mío.
 Así, pues, si haces notorio
 que anhelas por lo accesorio,
 y olvidas lo principal,
 ni eres novio liberal,
 ni del sacro templo al átrio,
 te guiará el *amor pátrio*,
 sino la mezquina idea
 del *Dómine labia mea*:
 y ese nupcial patriotismo,
 no es amor, que es egoísmo.
 Debes, pues, desengañarte,
 y si tratas de casarte,
 y haces de quererme alarde,
 mas vale pronto que tarde:
 y antes que el calor se enfríe,
 ó del pecho se desvíe
 por la dotal controversia...
 metámonos en la iglesia,
 y echensenos allí dentro...
 las paralelas al centro,
 y tras latínico rezo
 sufra conyunda el pescuezo
 del sacro altar á la luz,
 haciendo el cura la cruz
 á Rodrigo y á Gregoria...
 y aquí paz y después gloria.

En fin, medita esta arenga
 y harás lo que te convenga;
 mas si así no te acomoda,
 se acabó el pan de la boda.

Tus memorias cortesanas

participé á mis hermanas,
 y repara si son nobles...
 que te las devuelven dobles,
 y triples la mas pequeña:
 mi abuela siempre risueña,
 y aunque en verdad que algun rate
 la asalta el vapor y el flato,
 y la diarrea y la tos,
 hablando aquí entre los dos,
 aun fija sus pensamientos
 en cosa de casamientos,
 y en todos sus adherentes,
 y eso... que no tiene dientes.

En cuanto á las aletuyas,
 digo que no las incluyas
 en tus cartas; mejor es
 que á la mano me las des,
 y no tendré el sentimiento
 de que se las lleve el viento.
 Adios, pues, caro futuro,
 adios... y ten por seguro,
 que si es tu amor verdadero,
 con ansia el hablarte espero:
 mas si otro camino toma...
 Bien se está San Pedro en Roma...

Solo advertirte me resta,
 que si la epístola esta
 falta la encuentras de gusto,
 que la critiques no es justo,
 porque no es la misma cosa
 hablar en verso que en prosa,
 y al fin y al cabo... en resumen,
 de una labradora el número
 no debe causarle chasco
 al buen Rodrigo Carrasco,
 vate sábio y venerando,
 por quien yo quedo rogando
 con oraciones muy buenas;
 que Dios le saque de penas
 de su mísero lugar,
 y le lleve á descansar
 y á comer puchero y sopa,
 con... *Gregoria Vientoenpapa*.

JOSÉ BERNAT BALDOVÍ.

EPIGRAMA.



¡ Ah ladrón! no hay compasión!...
haré contigo un desastre!...

— Señor, que no soy ladrón.
— Pues dí ¿quién eres? — El sastre.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

MELONES Y MUGERES.

II.

Saturnino Penea rayaba en los 26 años, cuando á su padre y á su madre se les ocurrió saber que gacetas extraordinarias venden los ciegos en el otro mundo, y tuvieron la humorada de morirse ambos en un mismo día, con tan pocos instantes de diferencia, que es bien seguro que el alma del último que murió, alcanzó, por poco que corriese, á la del que murió primero, antes de que tirase del cordón de la campanilla de las puertas celestiales. Bien es verdad, que el uno espiró en Madrid en manos de un médico madrileño, y el otro en Zaragoza en manos de un médico zaragozano, y no sabemos de cual de estos dos capitales está el cielo mas distante; pero piadosamente debemos creer que Dios ha querido colocar sus reinos á igual distancia de todos los puntos de la tierra. Ambos al parecer hicieron

el viaje de muy mala gana, pues para ver si les era posible retardarlo, ella, que murió en Zaragoza, mandó á buscar su médico de Madrid, y él, que murió en Madrid, mandó á buscar su médico de Zaragoza. Pero ya era tarde. El médico de Madrid la encontró á ella difunta, y el médico de Zaragoza le encontró á él difunto tambien. «Si desde un principio hubiese estado á mi cargo, dijo el médico de Madrid, la enferma andaria por la calle.» «Si antes me hubiesen llamado, dijo el médico de Zaragoza, el infeliz estaria en la tienda despachando.» Uno y otro mutuamente se trataron de cuadrúpedos, y es muy posible que uno y otro tuviesen razon. ¿Quién sabe si un curandero, aplicando remedios sin ton ni son, hubiera salido mejor del empeño. Peor no podia salir, y á menudo sucede tambien con

los métodos curativos lo que con los *melones* y con las *mujeres*. Un barbero curó desde Billescas á una señora que se hallaba en París desahuciada ya de todo el protomedicato, sin examinar siquiera los síntomas para diagnosticar la enfermedad. La de que adolecía la paciente, según dictámen de todos los facultativos incluso los de cámara, era una hidropesía esencial, y el barbero la curó radicalmente prescribiéndola un compuesto que no sabía de que simples se componía, pero que le había empleado con buen éxito contra los dolores de muelas. Cuantos médicos me han oído referir este caso, han afectado no darle crédito, pero los de París, que fueron testigos oculares del hecho, han preferido á confesar su ignorancia, decir que nada tiene de particular, atendidas las simpatías que estableció la naturaleza entre las muelas y las vísceras abdominales. ¡Lo que son las simpatías! A un caletero que le cojió debajo la rueda de un coche le amputaron una pierna y nunca más se quejó de un callo que tenía desde mucho tiempo en el dedo pequeño del pié correspondiente a la pierna amputada. Esto se concibe fácilmente. Lo que no es tan fácil de comprender como calmó un célebre operador los dolores que sufría una marquesa á consecuencia de un cáncer en el lábio inferior, estrayéndola un cálculo de la vejiga urinaria.... Bien es verdad que la desdichada murió en el acto de la operación.

Pero estoy divagando, y á falta de presidente es necesario que yo mismo me llame á la cuestión. Volvamos pues á Saturnino.

Con la muerte de sus padres, le sucedió á Saturnino una cosa que desde tiempo inmemorial ha sucedido á cuantos han perdido sus padres, que todos sin escepcion alguna se han quedado huérfanos, pero como las penas con pan son menos, nuestro huérfano tuvo motivos de consolarse de esta catástrofe que le dejaba posesor único y esclusivo de dos acreditadas tiendas de varios géneros situadas la una en Zaragoza, nada menos que en la calle del Coso, y la otra en Madrid nada menos que en la calle de Pontejos, muy cerca de la Puerta del Sol. Diciendo que Saturnino era comerciante, no se necesita decir más para dar á entender que era avaro como una hormiga, aunque como todos los comerciantes se

revelaba á menudo con ciertos rasgos de generosidad aparente, siquiera para servirse de ella como de un prospecto de sus riquezas y conservar de esta manera el crédito necesario á todas las casas de comercio. Así es que dispuso se hiciese á los autores de sus días un magnífico entierro y aplicó á la salvacion de sus almas cantidades que más de cuatro las quisieran para salvar sus cuerpos. Su físico tenía tan poco de particular que ni una plumada dedicaría á su prosopografía, si supiese que no la han de echar de menos mis lectores, á quienes la rutina les hace considerar necesaria la descripción minuciosa de todos los caracteres que distinguen á los personajes históricos. Saturnino era ni alto ni bajo, ni flaco ni gordo, ni hermoso ni feo; había en su físico un verdadero equilibrio de poderes; era una teoría constitucional, la personificación viva y encarnada de los sistemas mistos, un justo medio de carne y huesos. Amigo de la tranquilidad y embebido esclusivamente en sus negocios mercantiles, ni una sola vez se le oyó disputar acerca de formas gubernamentales; no estaba suscrito á ningún periódico, y descifraba con mas prontitud una regla de tres compuesta, que un artículo de la Constitución. Si hubiese sido diputado de las Constituyentes y su opinion hubiese prevalecido en la asamblea, es seguro que hasta el preámbulo y el título del código vigente estarían escritos en guarismos. A pesar de esto pertenecía á la Milicia nacional, á lo que debía no pocos resfriados y ratos de desazon, y daba vivas y muera á todas las cosas á que se los daban los demas. Hay muchos Saturninos en el mundo.

Nuestro interesante huérfano se hallaba en una posición difícil. Una tienda en Madrid y otra en Zaragoza le obligaban á reproducirse, si puede decirse así, á estar á la vez en las dos partes. Dejar una de las tiendas á discrecion de los dependientes, en estos tiempos en que el mas honrado sirve para ministro de Hacienda, era declararse en abierta rebelion con todas las máximas de economía doméstica, y de esto no era capaz el buen Saturnino que sabía demasiado que el ojo del amo engorda el ganado. No tenía más que un remedio, casarse. Pero quería su mala suerte que, lo mismo que á mí, le gus-

tasen mas las hermosas que las feas, y esto era una atrocidad para un hombre desconfiado y celoso como un gato. Lo mismo que de sus tiendas queria ser de su muger único posesor, y un robo de un dependiente ó una infidelidad de su esposa eran dos calamidades, que solo al considerarlas posibles le trastornaban el juicio, sin atreverse á decir cual le parecia mayor. En este conflicto suplicó á Dios que le hiciese enamorar de una muger fea, de una muger que espantase á todos los hombres que no fuesen á su tienda con la exclusiva intencion de cambiar en dinero sus mercaderías. Dios le oyó. Dios es Todo-Poderoso y quiso en efecto que se prendase Saturnino de una cosa que así remotamente remedaba una muger, pero una muger tan fea y de una fealdad tan antiluviana, tan única en estos tiempos, tan reconocida por todos los poderes del Estado, que deberían hacerse rogativas públicas para que muriese sin sucesion y no quedase en el mundo un solo ejemplar de aquel original tan espantoso. Sus fisonomías borrascosas y anárquicas se pronunciaban contra el sentido comun y, en verdad lo digo, si supiese que alguna vez habian de aparecérseme en sueños, no me acostaria en todos los dias de mi vida. Saturnino encontró en ella aquel *no sé qué* con que nos pudren los oídos todos los amantes amartelados: se enamoró muy particularmente de los agujeros de sus orejas, y de una voz que tenia en efecto mucha modulacion y dulzura. Fué realmente capricho de la naturaleza encuadernar tan á la rústica una laringe digna y muy digna de magníficas cubiertas, digna de estar encerrada en una garganta de alabastro. Cualquiera que oyendo á Celestina (que así se llamaba la fea) tuviese la debilidad de mirarla, no sabia esplicarse como á Dios se le ocurrió poner los pulmones de un ruiseñor en el pecho de un javalí. La voz de Celestina salía de una horrible boca á la manera de esos chorros de agua cristalina que escupen los espantosos mónstruos de granito colocados en todas las fuentes por el genio de la arquitectura. Sin embargo la fealdad de su futura no le pareció al celoso huérfano un seguro de suficiente garantía contra los incendios de la lujuria. No dió la mano á Celestina sino despues de haberla sugetado á todo género de pruebas: la hizo requebrar por tres ó

cuatro de sus compañeros, alquiló un pisaverde pobre, pero bien parecido y magníficamente ataviado, para que la rondase la calle, y cuando la vió superior á todas estas provocaciones, la obligó á ir á Barcelona con el objeto de que la examinase el señor Cubí que se hallaba á la sazón en aquella capital. En efecto, el célebre frenólogo encontró en la cabeza de Celestina muy deprimida, muy poco pronunciada la *protuberancia occipital esterna* que es en donde reside, segun Gall, el órgano de la lujuria, y de consiguiente tenia Saturnino un nuevo motivo para convenirse de la fidelidad de su fea idolatrada. Despues de todos estos experimentos y minuciosas precauciones, se casó con ella; á los dos dias la dejó en Zaragoza, y á los cuatro él en persona se hallaba detras del mostrador en su magnífica tienda de la calle de Pontejos. ¡Ah! ¡quiera el cielo que aquella muger no sea prolífica! ¡quiera el cielo que no se bagan de moda aquellas horrosas fisonomías! Si por desgracia se generalizase ún gusto tan depravado, si por desgracia la diesen los padres en engendrar mónstruos tan horribles como Celestina, tamaño abuso minaría por su base el matrimonio, que es la mas santa de las instituciones, y los mas apasionados defensores de la libertad generatriz bien entendida pedirian hasta para parir censura previa.

Saturnino vive sosegado y tranquilo. Sabe bien que la fealdad de su muger le garantiza la posesion exclusiva, conoce que en aquella fealdad está perfectamente abroquelado su honor, se persuade con razon de que aquella fealdad es una centinela que dice *atras* á todas las invasiones bastardas. ¿Pero se hizo cargo de que aquella fealdad podia menoscabar sus intereses mercantiles? Celestina ahuyentaba de la tienda á toda la juventud célibe de Zaragoza, á la manera que ahuyenta de un campo á los pajaros el espantajo que en ellos colocan los labradores. Bien es verdad que en cambio todas las casadas celosas obligaban á sus maridos á proveerse de sus utensilios en el mostrador de la feísima tendera. Vaya el uno por el otro. Seguramente Saturnino habia de antemano echado este cálculo y sacado una regla de proporcion examinando la estadística de la *siempre heroica* para saber el número de sus solteros y casados, porque ninguna cir-

cunstancia por insignificante que sea se escapa á la penetracion de un hombre dotado de genio mercantil.

¡Ya están casados! No pasa correo sin que en el camino de Madrid á Zaragoza se crucen dos cartas llenas de protestas de fidelidad matrimonial, embebidas en otras tantas reglas aritméticas que vienen á ser un estado detalladísimo de las entradas y salidas de cada una de las dos tiendas. Solo despues de un año de ausencia vino á interrumpirse esta euvidiable armonía. Llegaron á Zaragoza dos y tres correos, sin recibir Celestina la suspirada correspondencia. Empezó á roer su corazon el gusanillo de los celos, y como un proyecto dictado por esta pasion terrible se ejecuta con la misma rapidez que se ha concebido, tomó Celestina asiento en la diligencia, dejó la tienda al interino cargo de un hermano suyo y preparó á su esposo una entrevista fulminante. En efecto, la sesion de los dos esposos fué borrascosísima, pero hubiera tenido una solucion feliz si un imprevisto accidente no hubiese venido á complicar la crisis.

Puesto el cáducco entre los consortes, disponíase Celestina para regresar á Zaragoza enteramente tranquilizada por las discretas escusas con que supo abogar sus resentimientos el bondadoso Saturnino. No, nunca mas volverá á perturbarse, la paz de que goza aquel enamorado matrimonio. ¿Lo crees así lector? Pues oye y tiembra.

Acababa Saturnino de hacer una diligencia precisa y por la calle de Alcalá se volvia á su casa con la velocidad de un marido que va á buscar la comadrona, cuando tropieza con un amigo suyo á quien hacia dos años que no habia visto:—¡Saturnino! — ¡Ginés! ; tú por acá! ¿cuánto tiempo hace? — Diez ó doce dias. — ¿Vienes ahora de Lérida, no es verdad? ¿qué tal el viaje? — Malo, muy malo. Y no echas la culpa á la carretera, ni creas que me hayan asaltado ladrones, ni que haya habido vuleos: nada, nada de esto, todos los viajeros lo han pasado perfectamente ¡todos menos yo! Ni presumas tampoco que tuviese á mi lado algun chiquillo, algun barrigudo, algun mareado, algun fumador, alguna embarazada. Desde Lérida á Zaragoza lo pasé bien, es decir, lo pasé como puede pasarse

en una diligencia. Pero al llegar á Zaragoza en la *fonda de las cuatro naciones*, se me antojó como á otros muchos dejar la diligencia de la *Coronilla de Aragon* y proseguir mi viaje en una de la empresa de las *Peninsulares*. Me dejé seducir por los elogios que de la empresa de las *Peninsulares* me hizo uno que supe despues ser de los empresarios... ¡ay! lo supe cuando el mal ya no tenia remedio. ¡Y yo que le creia de buena fe considerándole tan indiferente como yo á los beneficios de la empresa! Eran las doce de la noche cuando me senté en el banco de los ajusticiados. Permíteme que dé este nombre al asiento de la diligencia. No habia en la rotonda mas viajeros que yo y una señora cuyas facciones no me permitió descubrir la oscuridad de la noche. La diligencia arrancó con brio y, como lo hacen todas para formarse una buena reputacion, siguió su rápido progreso mientras estuvimos en la ciudad, pero luego que salimos de ella empezó á estacionarse á la manera de un revolucionario rabioso luego que se ha calzado con un destinillo que vale la pena. A mí me importaba muy poco ó, por mejor decir, me complacia la marcha crónica de la diligencia, porque habia de dilatar los goces con que me brindaba la circunstancia de hallarme en la rotonda solo con una muger. Dos jóvenes de distinto sexo tardan mucho en dormirse hallándose encerrados solos y á tiro de beso. Entablé conversacion con mi compañera de viaje, y tuve el placer de oír su voz que es la mas dulce que ha vibrado en mis oidos. No quise gastar polvora en salva; sabes que soy vivo de genio. Destaqué bien pronto una guerrilla; adelanté uno de mis pies y con él toqué suavemente el suyo. Nada de resistencia. Adelante. Trom, room, room, ¡torom... Mi pie á la manera de un grumete se fué encaramando por su pierna como por una cucaña. Luego mis manos desearon entrar en accion y catatic, catatac, catatic, catatac, á paso de ataque fueron ganando terreno. Los lábios siguieron su ejemplo; el movimiento se fué propagando rápidamente, y en un instante todo mi cuerpo quedó pronunciado en masa. Somaten, nan, nan, nan... ¡Alto el fuego! Me dormí en seguida; llegamos á una parada, la diligencia se detuvo!... qué horror! ; Saturnino, qué horror! Al tibio resplandor de los primeros

crepúsculos del día descubrí las facciones de mi compañera de viaje... ¡era un monstruo, un espantoso monstruo! — Una vieja no es verdad? preguntó Saturnino. — ¡Qué sé yo lo que era! respondió Gines. La fealdad absorbía su hautismo; los años parecían desleídos en aquellas fisonomías monstruosas. ¿Quién adivina á simple vista la edad de una culebra, de un tiburón, y sobre todo un monstruo que se ve por la primera vez? Para conocer si un animal es viejo, necesario es poderle comparar con otro joven de la misma especie y *viceversa*, y yo jamás había visto un animal de la especie de aquella muger. Seguimos adelante nuestro camino; hubiera dado la mitad de los días de mi vida para convertir la diligencia en vapor ó convertirme yo en milano. Hasta entonces no había fijado la atención en la lentitud del viaje; el carruage me parecía un peñasco y los caballos se me figuraban tortugas. — Parece que ha descansado usted perfectamente, amigo mío, me dijo ella con dulzura. Nada la respondí; los desdenes de una hermosa son mil veces menos repugnantes que las caricias de una fea. Cerraba los ojos para no verla, y en todas las paradas me apeaba para respirar el aire libre, para respirar una atmósfera no infestada por el aliento de aquel monstruo. Pero ella había jurado no dejarme en paz, y se apeaba cuando yo me apeaba. Pregunté al mayoral si había un asiento desocupado en el interior ó en la berlina, y me dió una respuesta negativa... ¡Qué desesperación! Tuve que resignarme con mi suerte y permanecer con los ojos cerrados hasta llegar á Madrid. — ¿Y era casada? dijo Saturnino. — Así al menos lo decía ella, contestó Gines, pero no puede ser que haya habido un solo hombre de tan depravado gusto. — ¿Y te ha dicho su nombre? ¿cómo se llamaba? — Catalina... no, un nombre así acabado en ina... Serafina... no. — ¡Celestina tal vez! — Sí, sí, Celestina. — ¡Qué horror! ¡era mi muger! — ¡Es posible!

En esto llegaron á la tienda donde se hallaba Celestina, que al ver á Gines lanzó involuntariamente un espantoso grito. ¡Ella es! clamó Gines tapándose los ojos con ambas manos; ¡ahí está el documento original de mis pecados! Y huyó como una saeta hácia la *Puerta del Sol*. Celestina estaba sin sentidos; Saturnino fuera de sí sa-

có una pistola de un cajón y con ademán resuelto se dirigió á la *Fuente Castellana* donde no había mas gente que unos cuantos toreros embebidos en una conversacion relativa á las dificultades de su arte filantrópico. Como á seis pasos de ellos se paró Saturnino, y despues de haberse asegurado con la mayor sangre fria de la carga de la pistola, amartilló el arma terrible y se puso junto á las sienas la terrible boca. — ¡Qué se va á matar! gritó uno de los toreros. — Déjale, Corriyo, respondió otro, no le quites el gusto á naide. En efecto, todos se llamaron quietos; Saturnino tiró del gatillo y *chee* chasquéó el pistón, pero no salió el tiro... la pistola estaba descargada. — Tome usted; esta no hará falta, dijo uno de los toreros, dándole á Saturnino una navaja tan larga como una espada sable, pero cuidado con echarla á perder. — ¡Gracias! dijo Saturnino ¿me he de matar dos veces? ustedes mismos son testigos de que sino me he levantado la tapa de los sesos es porque la pistola estaba descargada; por lo demas... la intención basta. Dijo, y regresó á Madrid, siguiéndole largo trecho la rechilla de la cuadrilla. Al llegar á su casa encontró á su esposa vuelta en sí de su terrible pataleta. — ¡He aquí tu obra, muger ingrata, esposa pérfida! ¡Vengo de suicidarme! — ¡De suicidarte! clamó ella, ¡que horror!

— Sí, de suicidarme. — Pues bien, repuso Celestina con esa tranquilidad y estoicismo aparente que demuestra el exceso de la desesperación, pues bien, yo no te he de sobrevivir.... ¡adios! ¡adios! Con paso mesurado se dirigió hácia la cocina. Los dependientes quisieron detenerla. — Dejádla, dijo Saturnino, no quiteis el gusto á nadie.

En una mesa de la cocina había un cuchillo y seis ó siete chirivias; tomó Celestina el instrumento terrible y asestándole contra su pecho, dióse una cruel puñalada... pero no fué una puñalada; fué una *chiriviada*. La infeliz en la ceguedad de su desesperación no acertó á coger el cuchillo y cojió una chirivia. — Toma el cuchillo, la dijo su esposo entregándoselo con la mayor atención y cariño. — ¡Gracias! respondió ella, ¿quieres que me mate otra vez? Tú mismo has sido testigo de que si no me he tras-

Ho he cojido una chirivía. Por lo demas; la intencion basta.

Creo, lector, que este trágico desenlace ha de ser para tí una leccion que no la echarás en saco



foto. Aprende, aprende en las desgracias del desventurado Saturnino. Los hechos, que son mas elocuentes que las palabras, te dicen lo que son melones y lo que son mugeres. Escarmienta en ageno daño; no olvides aquella máxima de un filósofo antiguo; *Bonum est ex aliorum erratis melius instituire vitam nostram*, ni aquella de otro filósofo mas antiguo todavia *Quinimo et feliciter is sapit qui allieno periculo sapit*. Napoleon decia que en todas las empresas debian confiarse tres partes al cálculo y una á la

fortuna, que el que confiaba á aquel mas de tres partes era un pusilánime y el que confiaba á la fortuna mas de una era un temerario. Este pensamiento célebre no puede aplicarse á las mugeres ni á los melones. En estas materias es necesario dejarlo todo á discrecion de la suerte. Si aciertas tanto mejor para tí, y sino suicidate, pero procura, si eres suscriptor, suicidarte con una pistola descargada ó con una chirivía.

A. RIBOT Y FONSERÉ.

CORRESPONDENCIA. EPISTOLICO-AMATORIA-RUSTICO-LABRIEGA.

EPISTOLA TERCERA.

RODRIGO A GREGORIA.

*Favára... y si no me engaño
á seis de marzo y de este año.*

Mi dulce prenda morena;
¡muger celestial y rara,
encantadora sirena!!!
desde el limbo de... Favára
te saluda un alma en pena:
Y entre nocturnas visiones
con moribundos cantares

te ruega que la perdones
si tu carta en versos pares
la contesta en versos nones;

Que es tal nuestra discordancia,
que si el amor no te ofusca
veras que la consonancia
tu pluma en Lóndres la busca...
mientras la encuentro yo en Francia.

Pero, en fin, no haciendo caso
del capricho de ambas musas,
dejémosles franco el paso,
y hablen claras ó confusas

las alumnas del Parnaso.

Otra es hoy la poesía,
que ventilar nos importa,
pues veo, Gregoria mía,
que no te has quedado corta
en hacer mi apología;

Y á fé que... ¡viven los cielos!
extraño me ha sido, y mucho,
y me infunde mil recelos...
el ver tu númen tan ducho
en cosas de... tantos pelos:

Pues tú misma te declaras
doctora en ciencia secreta,
y no es bien si lo reparas,
que una soltera se meta...
en camisa de once varas;

Ni á tu doncellez conviene
que su honor se menoscabe,
pues no falta quien sostiene
«que cuando el cura lo sabe...
es que estudiado lo tiene».

Mi lengua no te maltrata,
pero bueno es sin embargo
que la cuestion se debata,
y ya que has formado el cargo,
oye si gustas la data.

Figura en primer lugar
en la cuenta que estoy dando
tu sospecha singular
sobre lo del «contrabando»
y aquello de «Gibraltar»;

Gastaré sílabas pocas
en cosa que es en mi mengua,
y advierte que me provocas
cuando con impura lengua
semejante punto tocas:

Porque le tocas tan mal
cual un sacristan á... laudes,
que es mi amor franco y leal,
y en su vida usó de fraudes
con la hacienda nacional.

Partidario muy sumiso
de las rentas del gobierno,
siempre evito el compromiso
de que mi caudal materno
se declare de... comiso.

Que el resguardo es tan bizarro
en nuestros bizarros dias,

que ni en mulo, á pié ni en carro,
sin sufrir mil averías
sale del puerto... un cigarro.

Ni quieras en tu malicia
confundirme á mí con otros,
que huyendo de la justicia
van á Córdoba por potros,
y los traen de... Galicia.

Ni con lampiños curiales,
que entablan su accion incautos
en públicos tribunales,
perdiendo el pleito y... los autos
con las costas procesales;

Ni con bisoño soldado
de genio travieso y vivo,
que en ejercicio privado
pasa del servicio activo
á cesante ó... retirado;

Ni en fin, con gente soez
que en orgías de continuo
se entrega á la embriaguez
sin examinar si el vino
es de Málaga ó... Jerez.

No, Gregoria, que Rodrigo
tiene muy buenas narices,
y el reclamo nunca sigo
de las falsas codornices
que cantan en cualquier trigo.

Ni tus ponzoñosos dardos
me han de hacer pobre ni rico,
que aunque de padres bastardos
podré tener pardo el pico,
mas no tengo... picos pardos.

Tambien he llevado á mal
que traigas á la cuestion,
como mulo del ronzal,
mi política opinion
y mi porte liberal;

Que es mas propio de mugeres
en el trastorno que hoy reina
componer sus alfileres,
y observar si bien las peina
el peluquero Juan Perez,

Que no buscar compromisos
de todo hablando, y de nada
cual un diario de avisos,
y meter la cucharada...
en diplomáticos guisos;

Pero lo quieres así
y me has puesto en tal agovio,
me importa un maravedí
el que digas que tu novio
se subleva contra tí.

Fuí realista, no lo niego;
mas en esto no tropieces,
que entonces estaba ciego
y despues... treinta mil veces
he gritado ¡viva Riego!

Y en cualquiera revoltilja
truena mi voz la primera
en algun destino fija,
porque lo contrario fuera...
«mala noche y parir hija.»

Me pierdo por Isabel,
y en suma tú considera
si seré liberal fiel...
que llevo mostacho y pera,
sable y gorra de cuartel.

Respeta, pues, un bigote
que tan largo se presenta;
y avivando un poco el trote,
pasemos en nuestra cuenta
á la partida... del dote.

No me tachés de avariento
si mi amor sin él emigra,
pues tengo el convencimiento
de que la patria peligra
sin dotal pronunciamiento;

Y por ver si á la razon
oídos prestas no esquivos,
aprovecho esta ocasion
para esplanar los motivos
en que fundo mi opinión.

Si fuera cosa segura
el que la gracia de Dios
con la bendicion del cura
trasforma en uno á los dos,
te aceptára sin postura;

Pero, Gregoria, ya ves
que en el templo de Cupido
suceder suele al revés,
y á poco de hacerse el nido,
de los dos resultan tres;

Y así sucesivamente
van saliendo luego..... cuatro,
cinco, seis, catorce..... veinte.

hasta que el nupcial teatro
se puebla de infantil gente:

De modo que los consortes
que se entregan con exceso
á patrióticos trasportes,
reunen pronto un congreso
de diputados á córtés:

Y entre los recursos varios
que un buen presidente invoca
en los trámites diarios
de las sesiones de... boca,
descuelian los... pecuniarios:

Los demas están proscritos
porque es cosa averiguada
con ejemplos infinitos,
que entre la gente casada...
«si no hay pan, todo son gritos.»

Hé aquí, pues, porque en tu argolla
resisto el poner el pié,
que mi amor todo lo arrolla
á escepcion de aquello de...
«contigo pan y cebolla.»

Busca quien de valde te ame,
y ruede gratis tu noria
sin que su jornal reclame,
pues yo estoy viendo, Gregoria,
«que el buey suelto bien se lame.»

Y antes que de amor la estopa
se inflame y prenda al vestido,
poniendo en salvo la ropa
me marcho con... tu apellido,
quiero decir... Viento-en-popa.

A Dios, pues, mi ex-novia cara
arréglate como puedas,
que si el hado nos separa
tú en Benimamet te quedas
y yo me quedo en... Favára;

Y ya que tu madre insiste
en no alojarse la liga,
si hasta ayer mi amada fuiste
no estrañes el que hoy te diga...
«Gregoria... laus tibi Christe.»

Rodrigo Carrasco

José BERNAT BALDOVÍ.

MODAS.

Trage de baile. La sencillez es hija del buen gusto, así es que toda suerte de perifollos están desterrados de la alta sociedad. El peinado consiste en dos lindos moños atados con una liga de Albacete en la que se lee:

Quejas dá mi corazón,
suspiros solo por verte,
y mis ojos por tu amor
se deshacen á quererte.

El trípili es el baile de gran tono. Al presentarse á bailar, las señoras se aligeran de ropa, se quitan el corsé y quedan solo en enaguas para poder ejecutar los pasos con mas gracia y desemboadura.



Los caballeros usan una gorrita de paño oscu-

ro, peluca de cañamo con coleta, levita corta de muselina rayada, calzon negro de seda, medias amarillas, zapatos verdes, y guantes de papel de estraza.

Trage de lluvia. Gorrita, frac abrochado, pantalón ajustado y botitas rusas, todo de hule para que no penetre la humedad. No se estilan ya paraguas; pero conforme aprietta el chubasco se corre mas ó menos segun los bríos de cada elegante.



Trage de paseo nocturno. Para señoras: manto con capucha de barragan. Vestido abierto de lienzo crudo guarnecido de pieles de conejo, otro debajo de damasco carmesí y el ridículo de vejiga charolada, con provision de pan y queso.

Para caballeros: sombrerito de suela, casacon á la antigua de tafetan inglés, chaleco de raso con higos secos por botones, banda y baston de



tambor mayor, calzon corto de estambre, medias de terciopelo azul, zapatos de grana con evillas de barro, y espada de caña sobre el muslo derecho, porque los elegantes, ó no se baten

ó lo hacen con la zurda. Es indispensable el mantenido para preservarse del sereno. El paseo mas de moda para estos elegantes, es el de la plaza de Oriente conocido con el nombre de *Paseo de las tinieblas*.

A.

UN CONSEJO.

Apurado de recursos,
sin poder en mis aprietos
poner los bolsos repletos
con románticos discursos
ni con forenses sonetos:

Un consejo saludable
pedí á un hombre muy notable
que Lucas Gomez se llama,
pues segun pública fama
es tan ducho como amable.

Y el buen don Lucas, á fé,
me dijo cosas muy cucas.
Cucas... pelucas... ya sé
que si ocurre encontraré
consonante para Lucas.

Pero el Gomez no dá luz
y á no ser en andaluz
azomez, tomex ó embromex
que me claven en la cruz
si le encuentro á Lucas Gomez.

Mas Gomez es de tal goma
que á vuestra razon lo dejo,
en vez de tomarlo á broma
dócil como una paloma
me dió el siguiente consejo.

«No de masculinos seres
implores ruin proteccion.
Si quieres lujo y placeres
entrégate con teson
en brazos de las mugeres.

Si yo para mí no cuento
ni Pekines ni Moscovias,
si no soy rey opulento
tengo para mi sustento
millon y medio de novias.

Una aunque vieja se llama
baronesa á troche y moche;

por veron dice que me ama
y yo idolatro á una dama
que al menos me lleva en coche.

Es calva, descolorida
y de viruelas pecosa,
barba larga, boca hundida,
nariz enorme y torcida
y un ojo nació en Tortosa.

Mas por su coche, Bolonio,
soy capaz cualquiera noche
de contraer matrimonio,
que si me lleva el demonio
quiero que me lleve en coche.

La segunda es zapatera
y yo con pasion la ensalzo,
porque aunque fraile me hiciera,
jamás carmelita fuera
por esto de andar descalzo.

Busquen otros alborotos
y electorales derrotas:
yo solo apetezco sotas
que si no me dan sus votos
me socorren con sus botas.

Y tengo en lugar tercero
á una modista pasion
que me cose con salero
sobre todo cuando quiero
que me pegue algun boton.

Aunque en las telas me sisa
y á pesar de sus sandeces,
á ser dócil me precisa
quien me zurció tantas veces
el forro de la camisa.

A mis miras solapadas
paga en puntadas perfectas,
y yo digo: así me agradas,
si no saben á indirectas
paga á mi cuerpo en puntadas.

A una confitera acudo
con amorosa querella,
tan complaciente y tan bella
que cual es mas suave dudo
si sus caramelos ó ella.

Gruñe si me ve enfadado;
cuando me rio sonrie,
mas la beso enamorado
y entonces ¡ay! se deslie
lo mismo que un esponjado.

Una melonera maja
me teme como un alcalde.
Nadie en garbo la aventaja
á otros dá á cuarto la raja
y á mí me la dá de valde,

En fin para todas horas
cuento fieles servidoras:
guanteras y sombreras,
tenderas y planchadoras
y sastras y relojas.

Tengo caballo y no es feo
y aunque por gandul ó tonto
pase, cumplo mi deseo,
cuando estoy de humor paseo,
cuando se me antoja monto.

Esto Lucas Gomez dijo
y yo que estaba perplejo
contesté sin ser prolijo;
todo lo que escucho es fijo
no hay mas, adopto el consejo.

Y al minuto de esto hablado,
como no soy chuchumeco,
á una modista muy hueco
habia yo cautivado
el corazon y un chaleco.

¡Ay qué sortija tan bella!
al ver mi mano esclamó,
se la ofrecí; dura estrella,
la chica me fastidió
porque se quedó con ella.

A una conlitera fuí,
con los consabidos fines,
tan tacaña para mí,
que lo mas que conseguí
fué merendar diabolines.

Y para mas desconuelo
yendo mi hocico á limpiar
sin probar un caramelo
se enamoró del pañuelo
y se le tuvo que dar.

Una me pescó el anillo
por cierto no muy barato.
Otra... vaya es muy sencillo,
ví que echándola de pillo
me iba perdiendo en el trato.

Por vida del otro Dios
que voy á perder la vida
si ando del amor en pos,

dije: con este van dos,
á las tres va la vencida.

Y eché el proyecto á rodar
y del amor los reclamamos
nunca mas quise escuchar
diciendo para acabar:

Lucas Gomez... mal quedamos.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

LA LAVATIVA.

Con su novio don Eugenio,
y su madre doña Rita,
y un sin fin de tertulianos,
y tertulianas, y primas,
ayer estuvo de campo
la preciosa Carolina,
y se solazaron todos,
mas la niña no sabia
que en pos de la comilona
venia la lavativa.

Hubo ternera mechada
y solomo con criadillas,
amen de ensaladas crudas
y de ensaladas cocidas;
hubo truchas, salmonetes,
item mas volatería;
la niña comió de todo,
¡desdichada! no sabia
que en pos de la comilona
venia la lavativa.

Bien la decia su madre
«demasiado comes, hija»
ella seguia engullendo,
que tenia hambre canina.
—Devorando estás, muchacha.
—Mamá, por Dios, no lo diga.
—Haz lo que mejor te cuadre,
pero no pierdas de vista
que en pos de la comilona
llegará la lavativa.

Y así fué, que por la noche
la dió dolor de barriga

con retortijones tales
que daba lástima oírlo.
—Mamá, mamá, yo me muero.....
¡ay!... ¡cómo me martiriza!
Y respondía su madre:
—Ya lo ves; yo bien decía
que en pos de la comilona
vendría la lavativa.

Y los tertulianos todos
fucron corriendo y de prisa
de facultativo en busca,
todos por distintas vías.
Por seis médicos la casa
queda bien pronto invadida,
y los seis son de un dictámen,
los seis á la enferma indican
que en pos de la comilona
viene bien la lavativa.

Este fallo tan tremendo
á la infeliz horripila;
pide una purga, un emético....
la geringa la horroriza.
Recusa en vano los jueces,
el proceso no se amplía.
—Esos médicos son torpes....
llamen otros....—No hay tu tía;
en pos de la comilona
sienta bien la lavativa

—¿En qué colegio se enseña
tan traidora medicina?
¡estratègia tan villana
no es propia de nuestros días!
¡atacarme por la espalda!
¡por detrás se me fusila!
—Eso ningun borron deja,
hija mía, en la familia;
y en pos de la comilona
no hay como la lavativa.

Ofrecen todos los jóvenes
su habilidad á la niña;
la niña les dá las gracias
al ver su filantropía.
Ya el cocimiento de malvas
está hirviendo en la cocina,

y doña Rita repite
siempre las palabras mismas:
«en pos de la comilona
cuadra bien la lavativa.»

Las mugeres se preparan
y los hombres se retiran,
y entra en seguida un barbero
muy práctico en la geringa.



Paso, señoras, que mancho;
Carolina tiembla y chillá,
y su madre la sujeta
diciendo con voz meliflua:
«en pos de la comilona
qué buena la lavativa!»

Después de una resistencia
que de la epopeya es digna,
la madre á quedarse quieta
bien á su pesar la obliga.
Corre hácia abajo la sábana
y la camisa hácia arriba...
«Carolina, no te muevas
la operacion es precisa

en pos de la comilona
recibe la lavativa.»

Despejado ya el terreno
el barbero lo examina,
y como sus muchos años
le han acortado la vista,
pone casi las narices
en el antejo de tripa,
y dice: «ningun mal gusto
esto tiene, señorita,
y en pos de la comilona
es justa la lavativa.»

En esto queda apuntada
la pieza de artillería...
—Por Dios, dice la muchacha,
¡qué cosquillas! ¡qué cosquillas!...
¡ay! ¡ay! ¡ay! está caliente...
—¡Qué! si apenas está tibia...
Ya se acabó... ¿ves cuán pronto?
Mañana ya irás a misa,
que para la comilona
no hay como la lavativa.

La niña lanza un suspiro;
baja luego la camisa,
la sábana á subir vuelve
y el sol de carne se eclipsa.
Sola en el cuarto la dejan,
y estas endechas sentidas
entona, mientras su madre
dice á cuantos la visitan:
*déjense de comilonas
si no quieren lavativas.*

ENDECHAS.

¿Quién te había de decir
ayer, mi querida popa,
mi salero,
que hoy tendrías que sufrir
un disparo á quema ropa
de un barbero?

¡Tu virginidad querida
por la geringa arrancada
de un impío!

¿Quién tu puerta de salida
convirtió en puerta de entrada?
¿Quién? ¡bien mío!

No hay ya justicia en España;
ya no encuentra en su inocencia
nadie escudo.
Justa es, salero, tu saña,
apúrese tu paciencia,
no estes mudo.

Levanta tu voz de trueno
y purguen esos bandidos
sus deslices.
Obliga á todo Galeno
á taparse los oídos...
y narices.

¿Acaso no fué la boca
la que cometió el delito
por su gusto?
¡Y á tí purgarlo te toca!
Todo en España es maldito,
todo injusto.

¿Para la boca no hay leyes?
¿no halla un delito severo
si es culpable?
¿ó es ella como los reyes,
y tú cual su consejero
responsable?

Se castiga en tí su falta,
que del alto las maldades
paga el bajo;
y como ella está mas alta,
puede hacer barbaridades
á destajo.

¿Quién te había de decir
ayer, mi querida popa,
mi salero,
que hoy tendrías que sufrir
un disparo á quema ropa
de un barbero?

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

EPIGRAMAS.

I.

Dijo Blas á su muger:
¿si la culpa teneis vos
por qué el hombre, ¡ voto á brios!
los cuernos ha de traer?

Y respondió Nicolasa:
¡ qué esa materia te asombre!
trae los cuernos el hombre
porque es cabeza de casa.

II.

¡ Ay que negra desventura!
dijo Gregoria á Vicente,
comí una pera madura
y un diente se me cayó;
Y Vicente respondió:
mas maduro estaba el diente.

III.

Preguntáronle á un pintor
que hacia cuadros muy bellos,
por qué pintando tan bien
eran sus hijos tan feos.

El ufano contestó;
la respuesta es segun creo,
que hago los cuadros de dia
y de noche los hijuelos.

RAMON RUA Y FIGUEROA.

UN PAR DE APUNTES.

Antiguos compinches eran,
amigos desde la infancia
Don Nazario Torvo-rostro
y Don Cenon Severo Mala-facha.

Mil bromas corrieron juntos,
y cual buenos camaradas
en los azares del uno
nunca el otro dejó de tomar cartas.

Y aunque no eran militares,
ni eran sus lances batallas,
no se cuenta ni uno solo
en que no se cruzasen las espadas.

Y no eran pocas por cierto
las que siempre en medio andaban,
cartas lo menos cuarenta,
treinta y una lo menos las espadas.

Que á estas cartas, y no á epístolas,
los dos héroes de mi fábula,
y á espadas y no á las bélicas
mostraron siempre la afición mas bárbara.

Su carrera eran los naipes,
su biblioteca barajas,
sus cátedras los garitos,
y sus bancos de cambio eran las bancas.

Y no hay que pensar que fuesen
hombres de baja prosapia,
Torvo-rostro hidalgo rico,
y heredó pingües bienes Mala-facha.

Heredero de dos montes
Don Nazario por su casa,
en un monte los dos montes
se fueron sin quedarle ni una rama.

A Don Cenon le dejó
sin viñas un tres de espadas,
un olivar el as de oros,
y el dos de copas le costó dos casas.

Así quedaron escuetos
mis dos padres de la patria,
que si no eran diputados,
mas eran padres de familias largas.

Por cierto que era muy linda
la esposa de Mala-facha,
por que siempre al mas ruin puerco
la bellota mejor se le depara.

Era la de Torvo-rostro
de un genio como una malva,
dulce cuanto era la otra
resuelta y varonil, de rompe y rasga.

Reconvenia la una
con prudencia y con templanza,
con fortaleza la otra,
si bien no sin justicia la cuitada.

Así las cuatro virtudes
que cardinales se llaman,
entre las dos reunian,
y á fé que les hicieran buena falta.

Porque eran sus dos adjuntos
tres enemigos del alma,
eran los siete pecados,
eran dos jugadores y esto basta.

Eran sócios fundadores
de una sociedad *non sancta*,
que en recóndita boardilla
celebra sus sesiones ordinarias.

Nos enseñan que el infierno
está en las regiones bajas,
respeto la fé, mas pienso
que hay infiernos tambien en partes altas.

Que si en los infiernos bajos
maldicen á Dios las almas,

en los altos no se estila
quedar sin maldicion santo ni santa.

Sobre sí á la sota en puerta
le atisbó alguno la pata,
¡poder de Dios, y qué cisco
se armó en el gazapon! ¡qué gresca y zambra!



Echase á rodar la mesa,
el candelero se apaga,
y ya no juegan los naipes,
que juegan sillas, puños y navajas.

Y dichoso el que en su cuerpo
no saca alguna mojada,
ó un cardenal en un brazo,
ó bien un par de chirlos en la cara.

A esta cátedra asistian
Torvo-rostro y Mala-facha,
que no eran apuntes flejos,
sino de los de suertes temerarias.

Mas con suerte tan inicua,
que si izquierdas apuntaban,
derechas se daban todas,
si apuntaban mayor, menor se daba.

Si jugaban a judías,
convertíanse en cristianas,
si acertaban un elijan,

un entrés ó un albur los espoliaban.

Así andaban de lucidos
siempre los dos camaradas,
sin una amarilla siempre,
como siempre tambien sin una blanca.

Al llegar aquí acaeció una cosa muy rara y muy singular. Y fué que todo lo referido hasta lá presente sucedió en verso; mas lo que aconteció despues se verificó en prosa; cuya estraña novedad la atribuyen los críticos al poco tiempo que tuvo el historiador para hacer la relacion de los sucesos.

Acaeció, pues, por aquel entonces que en casa de doña Clarita Alegre; que así se llamaba la esposa de Torvo-rostro, todos los dias se representaba la ópera de la *Gazza Ladra*, no porque trabajase en ella ninguna compañía lírica, sino porque andaba una *Urraca ladrona* que le iba

escondiendo los cubiertos de plata con la mayor destreza del mundo. Esta *Urraca* no era pájara sino pájaro; era su marido que no le dejaba cubierto á vida para malvenderlos y jugarlos en el gazapon.

Al propio tiempo en la de doña Prudencia, que este era el nombre de la muger de Mala-facha, tenia lugar una emigracion horrorosa. Iba á decir que aquello presentaba un cuadro digno de lástima, pero realmente la casa de doña Prudencia no presentaba ningun cuadro, porque los cuadros eran los que emigraban todos de las paredes. La casa parecia un convento suprimido, y su marido un comisionado de amortizacion. Mas santos huyeron de aquella casa que huyeron de Roma en las persecuciones de Diocleciano y Maximiliano. En fin llegó el caso de desaparecer tambien la señora y los hijos; es decir, la señora y los hijos no desaparecieron, lo que desapareció fué el cuadro de los retratos de toda la familia. Escusado creo espresar donde fué á parar todo.

Y suponiendo que todos ustedes se han trasladado con su imaginacion al garito como yo, vean ustedes á esa pobre santa Teresa de Jesus puesta al as de bastos por tres pesetas: contemplan ustedes á ese niño Dios jugando á un albur por medio peso. ¿Ven ustedes esa *Cena Domini*, que habia costado á doña Prudencia seis onzas de oro sin contar el marco? Pues ahí tienen ustedes ese hermoso cuadro de la *Cena*, con que apunta Mala-facha por un doblon á un siete de copas que salió en el gallo. Ganó el gallo el banquero, y se comió el gallo la *Cena*. — Entrés. — Esta es la nuestra, dicen mis dos héroes. — Apunta Torvo-rostro un par de cubiertos, un vestido de alepin de lana, dos abanicos, una blonda y unas pulseras. Y pone Mala-facha una Santa Rita, un Ecechomo y un San Juan Bautista. Y gustándole cada vez mas la carta, «*cargo*,» dice antes que vuelva la baraja el banquero. «Ahí van las once mil vírgenes.»

Tasáronse en el acto en media onza, que no salé á ochavo la virgen: vean ustedes á qué precio andan las vírgenes entre jugadores. — Una al cinco... dos al rey... no pudo ir; es decir no pudo ir para los apuntes, pero sí pudo ir para el banquero, que quedó habilitado para vestir á

su muger y poner su casa á cuenta de aquel rey, que para mis dos satélites fué el rey que rabió. ó por mejor decir los que rabiaron fueron ellos contra el rey, pero al rey poco cuidado le daba, porque la persona del rey era sagrada é inviolable y no estaba sujeta á responsabilidad.

Torvo-rostro se quedó limpio, á Mala-facha aun le quedaba otro recurso para apuntar, á saber, el cuadro de familia. Vino un *elijan*; le gustó, y puso la familia en diez duros al tres de oros contra el siete de espadas. Mala eleccion tuvo don Cenon para la familia; bien que peor fué la de su muger cuando le eligió á él. Salió el siete de espadas, que mas que siete de espadas fueron siete cuchillos de dolores que clavó en el corazon de la pobre doña Prudencia. Perdió pues Mala-facha la familia; perdió dos familias á un tiempo, una en retrato y otra que le quedaba en casa.

Espoliados ya enteramente y no teniendo que jugar, quisieron jugarse á sí mismos, pero no los admitió el banquero por mala moneda.

Con el escarmiento de aquella noche mudaron enteramente de conducta los dos amigos; emprendieron nuevo modo de vivir, Torvo-rostro se dedicó á cultivar amistades, renovó sus antiguas relaciones, y se hizo el hombre mas atento y cumplido del mundo. Se dedicó á admitir empréstitos á estilo de ministros, es decir, pedia prestado á todos, y á ninguno pagaba. Mala-facha adoptó otro modo de conducirse: Mala-facha no importunaba á nadie; era mas caballero; este no pedia; tomaba sin pedir siempre que encontraba ocasion. Y en cuanto al garito, ya no iban diariamente, sino el dia que habian pedido recoger algo.

Así continuaron en lo sucesivo mis dos apuntes con la misma vida devota y arreglada, segun refiere el historiador de quien he tomado estas memorias. La última pagina de la historia de cada uno no se ha podido leer, porque la de Torvo-rostro está escrita en el canal, y la de Mala-facha en el estanque del Retiro, que son los dos paraderos de los románticos poetas y de los jugadores prosáicos!

FR. GERUNDIO.

UN PLEITO.

Tiempo hace que el sexo feo
(cuya denominacion
no es del caso averiguar
si es aplicable ó si no).

Y el sexo bello (cuidado,
que aunque le dan esta voz
porque abunda en hermosuras
no hay regla sin escepcion).

Hombres y mugeres digo
que desde Adan hasta hoy
tienen trabada una lucha
tan eterna como atroz.

Si bien se mira, estas guerras
no dan espanto y pavor,
porque casi siempre acaban
con un abrazo de union;

Y aunque en guerra con los hombres
soy sanguinario y feroz,
en guerra con las mugeres,
por los abrazos estoy.

Pero esta guerra que digo
es una guerra de honor,
es de dejar cada *quisque*
bien puesto su pabellon.

Nada mas noble y mas santo
al que venera, cual yo,
lo que llaman amor propio
sino raya en presuncion.

Por eso de ellos y de ellas
pábulo á las riñas doy
cuando de entrambos disputan
quien es malo y quien peor.

Mi muger es una fiera
dice el pobre don Eloy,
y ella esclama: mi marido
es un diablo, un escorpion.

Y ambos lo cuentan á voces
que es un medio de mi flor,
para que en el barrio cundan
las faltas de ambos á dos.

Cuando enamora un Adonis
la dice á su Venus ¡oh!
son ustedes inconstantes
porque sensibles no son.

Y la Venus sonriendo

dice ahuecando la voz
ya, ya ¡buenos son ustedes!
¡llévese el diablo al mejor!

—Son ustedes incapaces
de abrigar una pasion.

—Sí que ustedes... ¡pobrecilla
la que crea en su dolor!

—Ustedes gozan ufanas
en decir: vaya con Dios.

—Porque no hay hombre en el dia
que no sea un coqueton.

Este es el pleito constante
desde que hay mundo hasta hoy,
y el que á fallar me decido
sin que admita apelacion.

Es verdad que ante una hermosa
de esas que eclipsan el sol
dobla un hombre las rodillas
en muestra de adoracion.

Es verdad que en escaleras
andan ellas sin temor,
pues siempre suben ó bajan
agarradas al varon.

Es verdad que aunque haya lodos
gozan de acera el favor,
mientras barre el que las guía
los lodos con el faldon.

Es verdad que uno va espuesto
si otro las dice: aquí estoy,
á pasar por un cobarde
ó á recibir uua coz.

Es verdad que en una fonda
disfrutan siempre el honor
de engullir y no pagar
que es muy fatal distincion.

Es verdad que de las aves
chupan la carne mejor,
en tanto que un hombre roe
las alas ó el espolon.

Es verdad que cuesta mucho
una mantilla de gró,
y en el verano sombrilla,
y en el invierno albornoz.

Es verdad que el hombre ruega
con idólatra fervor,
y ellas tienen el derecho

de poder decir *si* ó *no*.

Mas ¿qué es esto comparado
á la gran predileccion
con que fué dotado el hombre
por quien el mundo creó?

Una muger se estaciona
si no hay siquiera un pelon
que la diga: en esos mares
quiero zambullirme yo.

Dan á un hombre calabazas,
que es fruta de mal sabor,
y se zampa en el Liceo
ó va del Prado al salon;

Y en un *quitame estas pajas*
triumfos ostenta de amor
con cartas de diez y seis
y pelo de treinta y dos.

¿Es mucho nuestro egoismo!
¿Es mucha nuestra ambicion!
Hasta en salir á la calle
hay diferencia, señor!!

Va un hombre solo á pasear
¿qué filósofo gran Dios!
¿qué virtuoso! ¿qué sabio!
y hay mil razones en pro.

Dá una muger media vuelta
de su casa alrededor
y todos al verla dicen:
¿á donde irá ese pendon?

Gracia es, que un hombre en los toros
pierda de gritar la voz;
y si una muger gritára
¿qué osada! qué sin rubor!

Ven la comedia los hombres
en luneta ó en sillón,
las mugeres en *casaca*
como si fueran arroz.

Pero no es esto lo malo,
lo que miro con rencor
es privarlas del derecho
de que influyan como nos
en los destinos del mundo:
de hacer oír su opinión
y decidir las contiendas
con su ciencia ó su valor.

¿Y dále que es la muger
de tan pobre condicion
que solo á agujas y planchas

sabe hacerse superior!

¿Por qué no puede una dama
representar la nacion
con mas acierto tal vez
por tanto eterno orador?

Al tocar la campanilla
con su mano de arrebol
una presidenta hermosa
quién levantára la voz?

Y verla llamar al órden
y decir con patrio ardor:
«señora preopinanta
contráigase á la cuestion!

En la oposicion unidos
hembras y machos ¿que horror!
¿aquella si que seria
compacta coalicion!

¿Abajo los gobernantes!
¿el ministerio es traidor!
y de nuevo ministerio
habria combinacion.

No del color mas subido
ni del mas bajo color,
sino un ministerio misto
de amalgama y de fusion.

No saldrian buenos planes
de las naciones en pró,
mas saldrian ministritos
que gozarian pension.

¿Pues no digo en las audiencias
el molesto adulador!
¿oh señora si es V. E.
la gloria de esta nacion!

Me rio de Ballesteros
me rio yo de Godoy,
del mismo Florida Blanca
y Rodrigo Calderon.

Y diria la ministra
al vil incienso inferior:
«á la oficiala del Parte
que atienda su peticion.»

¿Pues y la prensa periódica
en sus ataques feroz?
«La ministra tiene *gracia*
pero *justicia* eso no.

El tinglado *desgobierna*
la de la *Gobernacion*,
y es muger poco *hacendosa*

No es decir que ello me asombre
 porque al cabo es usted hombre,
 y con indicar la casta
 me parece á mí... que basta.
 Pero hablando á usted de veras
 hay sus modos y maneras
 (aunque no entre los villanos)
 de lavarse bien las manos
 sin que se ensucien los codos,
 y hay sus maneras y modos
 de llamarse un hombre «*andana*»
 con lengua mas cortesana.
 Verdad es que los Carrascos
 suelen ser duros de cascos,
 y es de la torpeza el colmo
 pedirle peras á un olmo.
 Además quien fué realista,
 y luego siguió la pista
 de las dos, ó tres, ó cuatro
 mutaciones de teatro,
 que en una década sola
 vió la nacion española,
 ¿qué mucho que hoy quiera á Juana
 y adore á Pepa mañana,
 y luego requiebre á Inés,
 y se la deje despues
 por otros nuevos amores
 con Rita, Blasa ó Dolores?
 ¿Qué cosa mas clara y obvia
 que el portarse con su novia
 de este modo un liberal
 de opinion tan general,
 y de tan variable intinto,
 que hoy proclama á Carlos Quinto
 yéndose tras la bandera
 de Quilez, Rufo, ó Cabrera,
 y despues rinde tributo
 al raquíptico Estatuto,
 cuyas leyes desconoce
 cuando ve que la *del doce*
 rueda como una naranja
 por los patios de la Granja,
 y luego otro santo invoca,
 y esclama abriendo la boca
 sin conciencia que le inquiete:
 viva la *del treinta y siete*?
 Tras de tantos pareceres,
 ¿qué ha de hacer con las mugeres:

un amante que se presta
 á bailar en cualquier fiesta?
 ¡Qué ha de hacer!!! Lo que yo infiero:
 «*Cuantas veo, tantas quiero.*»

Y aun no es esto lo peor,
 sino que el fingido amor
 con que usted se disponia
 á formar la batería
 para atacar esta plaza,
 tiene todo el viso y traza
 de ser amor muy *amante*
 del metálico sonante,
 puesto que echa en rolo saco
 mis gracias y aire de taco
 y solo muestra aficion
 á la nupcial dotacion.
 Y el caso es que me la exige
 viendo que en la ley que hoy rige
 no la tiene el culto y clero;
 ¿no observa usted, majadero,
 que hasta el dote de las monjas
 las nacionales esponjas
 se lo chupan sin piedad...
 y que esta arbitrariedad,
 (ó aplíquesele otro nombre)
 hace que nadie se asombre
 de que mañana ó el otro
 suba, ó monte sobre el potro
 de un futuro ministerio
 cualquier zángano muy serio,
 que solo con dos plumadas
 se chupe el de las casadas?
 Y aunque este mal no existiera,
 existen en mi mollera
 mil razones de amor propio,
 como son estas que copio: —
 ¿Qué fincas hay en Favára,
 que valgan mas que mi cara?
 ¿ni qué campos riega el Júcar
 que con mis dientes de azúcar
 y labios de bermellon
 admitan comparacion?
 Dígame usted, gran villano,
 qué terreno de secano
 ni aun con noria y acueducto
 dará nunca mas producto
 que mi labriega persona,
 si hay quien la cuida y la abona?

¿Qué jardín ostenta flores
de tan variados colores
ni de tan raras semillas
como las de mis megillas?
¿Dónde hay arroyo ni fuente,
que en su límpida corriente,
ó en argentina cascada
no se oculte avergonzada
entre malezas y abrojos
al ver la luz de mis ojos?
¿Quién será el que el dote no halle
en mi esbelto y lindo talle,
y en el precioso tesoro
de mis largas trenzas de oro?
Y en fin... ¿dónde habrá camueso
que no aprecie mas un beso
de mis lábios celestiales
que las huertas y arrozales
de seis leguas en contorno?...

Confieso que me abochorno,
y es una vergüenza y mengua
el que se ocupe mi lengua
en querer darle mas brillo
á un asunto tan sencillo;
porque apenas en el mundo
habrá un Rodrigo Segundo,
que deje de conocer,
que al casarse una muger
(y de ello garante salgo)
siempre lleva en dote... algo.

Mas ya que á usted le es mas grata
la *pecunia numerata*,
que la moneda corriente
de mi marcial continente;
ya que usted en esta andanza
el amor de Sancho Panza
prefiere al de Don Quijote;
y que solo busca el dote,
y que tras él se destiza
cual gato tras longaniza...
es decir, que al fin y al cabo
se me apea por el rabo...
Vaya muy enhoramala,
y perciba su alcabala
de otro contrato oneroso,
vendiéndose por esposo
á una vieja con viruelas,
chata, sin dientes ni muelas,

ni otras gracias y embelesos
que arrugas, pieles y huesos,
y que en su amorosa fiebre
le ofrezca gato por liebre...
que la trucha buena y fresca
con otro anzuelo se pesca,
del cual solo se enamora
esta simple labradora...

Gargira Vientoenpopa.



JOSÉ BERNAT BALCOVI.

UNA ONZA DE ORO.

En los tiempos que corremos el que tiene una onza de oro tiene diez y seis duros, que no es poco, ó trescientos veinte reales que parece mas y no lo es. A veces el que tiene una onza no tiene un cuarto, porque ó lo sabe un desollinador de cofres, vulgo ladrón, y alivia el peso á su prójimo, porque tambien los ladrones tienen prójimos, ó lo averigua el gobierno y por sí la industria y comercio de ajos ó cebollas ó versos, que usted ejerce produce tanto mas cuanto, se queda á buenas noches, por via de contribucion ó préstamo voluntario por fuerza, que son las únicas garantías estables consignadas en las constituciones modernas. Pero yo me rio de los gobiernos y de los ladrones en este particular. Tuviera yo muchas onzas de oro que poco cuidado me daria del mundo por mas enemigos del bolsillo ageno que espiasen mis pasos.

El dinero es un antídoto universal que cura todos los males como Mr. Le Roi, y mejor. Y no se crea esto una observacion inútil por lo trillada, á pesar de cuanto dijo Quevedo y otros que no fueron Quevedos. El dinero ha sido en todos tiempos un caballero respetadísimo, porque ante su dignidad el mundo entero ha humillado la frente: pero el siglo diez y nueve, investigador á toda prueba, ha hecho descubrimientos importantes en la materia. El dinero en nuestros dias es la justicia, la religion dominante es el dine-

vo, la moral el dinero, la política el dinero, y hasta el honor es un sinónimo de dinero. Antiguamente se revolucionaban los pueblos, en el día se revoluciona el dinero. La aristocracia de la sangre, la del talento y otras aristocracias que caducaron, han dejado ancho campo donde enseñorearse pueda el poderoso caballero don dinero. Para ser Senador es preciso tener cuarenta mil reales de renta, para escribir de política depositar cuarenta mil reales. Para tener voto electoral pagar siete reales de habitación y temblando estoy el día en que hasta el santiguarse un católico entre en las contribuciones de cuota fija. No es nuestro objeto mezclarnos en la política; hemos citado estos ejemplos, no tanto por manifestar defectos en la Constitución vigente, como para probar que en todo cuanto se elabora en el día entra el metálico como ingrediente indispensable, como poderoso y general elemento.

Pero hay diferencia entre el dinero suelto y el dinero agarrado. No es lo mismo tener una onza, que tener diez y seis duros, y aunque parece que vale lo mismo porque según los lógicos, *dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí*, y según los matemáticos *el orden de factores no altera el producto*, y á pesar de que en caso de duda cualquiera preferiría *los muchos pocos á los pocos muchos*, á imitación de aquel Señor de mil pueblos que renunció uno por ser Señor de novecientos noventa y nueve, que es menos y abulta mas, yo sin embargo estoy por la inversa y nada me importa no tener diez y seis duros con tal de tener una onza de oro.

En primer lugar una onza de oro como que solo es una onza, no pesa mas que una onza y se puede llevar sin incomodidad en el bolsillo. Lleve usted diez y seis duros y verá que figura tan bonita presenta. Si se lo pone en el bolsillo del chaleco parecerá que tiene telas postizas; si en el del pantalón, como estamos tan desmoralizados se toma por cosa mala y si en los del frac no se puede andar porque los faldones juegan y las corbas pagan. Añadan ustedes á esto el inconveniente del peso y la posibilidad de que la tela se rompa y cada moneda se marche por su lado, de modo que cuando alcance una le hayan los transeúntes burlado las demas.

Otra ventaja está en el laconismo con que se puede expresar un ciudadano, como por ejemplo, cualquiera dice: *apuesto una onza ó si me costára una onza, y nadie dice apuesto diez y seis duros, ó haria una muerte si no me costára mas que diez y seis duros.*

Otra ventaja es que para enseñar un hombre su dinero, puede sacar con cualquier pretexto una onza, pero sería una ridiculez para hacer alarde del dinero meter la mano en el bolsillo y sacar un puñado de duros. Luego, como el oro produce una sensacion tan viva y tan agradable, y como no se sabe si al que al descuido enseña una onza le quedan mas, es muy facil pasar por rico y esta es una fortuna por no decir un mayorazgo positivo.

El que enseña una onza con el pretexto de no cambiar, tiene derecho para pedir prestado á todo el mundo. A uno le dice: *¿tienes una peseta que me hace falta?* por no cambiar esta onza....; á otro: *¿me prestas un par de reales?* Y como un par de reales ó una peseta entre caballeros es cosa en que no se repara; la onza de oro ha atraido con mágica virtud algunas cantidades que quedan á beneficio del último poseedor. Y como en una corte tiene uno tantos amigos y conocidos, resulta que puede una onza de oro redituár sin esposicion ni cargas de ninguna especie, tanto como una casa de cuatro pisos y doce balcones en la calle de Alcalá.

Hay mas; vá usted con una onza de oro á comprar zapatos, ó unos tirantes, ó un pañuelo, ó una corbata. Para eso no debe entrar en los grandes comercios donde tienen cambio ni digo yo de una onza sino de mil. El especulador de la onza debe elegir las tiendas de mala muerte, donde no tengan para cambiar un Napoleon. Es claro que en cuanto vean echar una onza con arrogancia banqueril sobre el mostrador, tanto por ganar un parroquiano tan rico, como por no pasar la plaza de pobres, han de decir: ¡Ave María! ¡cambiar una onza por diez ó doce reales! vaya, vaya, ya volverá usted por ahí. El otro dice entre sí *«ya se ve que volveré.... las espaldas»* y contesta retirándose: *«por aquí vendrá el lacayo con esos maravédises.»* Pero la venida del lacayo tan esperada como la del Mesías obliga á cantar en la tienda:

«El que espera desespera
y el que viene nunca llega.

ó acordándose de las coplas del Mambrú:

El lacayo no viene
no sé cuando vendrá;
si vendrá por la Páscoa
ó por la Trinidad.

Si es para los amores no hay atractivo como una onza de oro; aunque tenga un hombre ojos de pulga, juran las muchachas que le han visto ojos de buey, y sin mas garantías, ni mas recibo, ni mas fiador le entregan el corazón ó cosa que lo valga.

Pero donde se luce una onza de oro es en el café. Conozco yo un ciudadano, que es el que me ha dado materia para este artículo, que tiene tanto cariño á una onza, compañera de glorias y fatigas por espacio de diez años, que nunca se separa de ella por mas que lo amenaza todos los días. En cuanto ve un corro de personas conocidas allá se encaja; trata de lo que tratan, come de lo que comen, y bebe de lo que heben. Si pagan voluntariamente se aguanta como un zorro. Si no hay quien pague saca su onza y entonces no falta quien diga: no, no cambie usted, tengo yo suelto; y la onza vuelve á su sitio como la vaqueta á la caja del fusil, como el pájaro á su nido, como cuerpo abandonado en el espacio que busca su centro. No para aquí la maña de mi amigo. Muchas veces encuentra á un camarada en la calle y le convida á almorzar ó á tomar café, por de contado con ánimo decidido de no pagar. Procura que el gasto no suba demasiado porque entonces faltaba el pretexto para dejar de cambiar la onza, y despues de engullir como una suegra, llama al mozo y le enseña su onza, y el compañero echa mano al bolsillo con la consabida fórmula de: no cambie usted, tengo suelto. Algunas veces insiste en pagar, hace que se incomoda; pero como el mozo alargue la mano pronto, retira la suya diciendo: bien, consiento en que hoy paguen ustedes, pero yo me vengaré. Y efectivamente se venga en hacerles pagar siempre que les convida ó le convidan.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

NOCHE TOLEDANA.

Dos meses hace que Juan
perdió el honor de soltero
y ya ruega por su esposa
al doctor San Cementerio.

Porque le aburre y le muele
con su geniazo perverso,
que si no es genio del mal
del mismo demonio es genio.

Y eso que es Juan un Juan-lanas,
un inocente, un borrego,
pero ella asaz exigente,
le quiere mas bien carnero.

Y por el refran sabido...
la dice: no des ejemplo,
que donde las dan las toman,
si tú me vendes te vendo.—

Vivo anda Juan por el alma
de una hermosa, aunque yo creo
que quien le abrasa y le quema
no es el alma sino el cuerpo.

Os he dicho que anda vivo
porque el mentir aborrezco,
y aun no he visto enamorado
que, cual lo dice, ande muerto.

Y bien disculpar pudiera
que el pobre Juan pierda el seso,
porque tiene su gachona
un salero muy salero.

De resalada es salmuera,
de picante es un pimiento,
y mas rasgada parece
cuando su traje es mas nuevo.

Tiene ella puestos los ojos...
¿puestos dije? lo desmiento,
porque sus ojos son soles
que nunca se miran puestos.

Os quise decir que fijos
tiene ella sus ojos bellos
en un curro de buen temple
que es muy curro y muy tremendo

Pero Juan terne que terne
por su adorado tormento,
aunque ni duerme ni come
anda sin hambre y sin sueño.

Por eso cuando las doce

siente gritar al sereno,
armado de gran guitarra
toma su rumbo directo,

Y á la puerta de la ninfa,
que le hace brasas el pecho,
canta sentidas endechas
y echa melosos requiebros.

¡Ay si el curro le sorprende
canelando su embeleso!
tal puntillon me le arrima
que deja el zapato dentro.

O tal estiron de orejas
que le crecen palmo y medio,
ó le echa al cielo de un soplo
ó de un cachete al infierno.

Por eso Juan nunca ronda
cuando el curro pueda verlo
y enamora, á la mitad
del día de los murciélagos.

Sin duda ignora que el curro,
por tener cerca á su dueño,
se muda á la misma casa
con amoroso silencio.

Así puede ver á Juan
que templando el instrumento
viene cual vision fantástica,
pegando sustos al miedo;

Y llegando y elevando
sus ojos al entresuelo,
canta sentidas endechas
y echa amorosos requiebros.

— «No tengas por paradoja,
chica rojá,
si te digo en mi cancion,
que me hieren como abispas
esas chispas
de tu ardiente corazon.

¿A qué me causan enojos
esos ojos,
que me hacen tilí tilí?
Pon el remedio tú misma:
ó la crisma
me voy á romper por tí.

Quizá á otro amor correspondes
y le escondes

y abrazas á mi compás.
Ardiendo estoy de coraje;
dí que baje
veremos quien puede mas.»

—
Cuando estos versos decia
cayó del cuarto tercero
cerca de una azumbre de agua
que le puso como nuevo.

¡Infame! gritar queria;
sintió ruido, miró al cielo,
y sino toma el portante
lleva otro baño y completo.

¡Infame! exclamó furioso
¿Infame? le respondieron,
y el tercer baño le echaron
en la mitad del invierno.

Pero esta vez el botijo
cayó con el agua á un tiempo,
y acertando en la guitarra
dió tan soberano estruendo,
que alarmados los vecinos
al terrible cañoneo,
al arma! al arma! exclamaban,
¡ya están los facciosos dentro!

Y hubo persona en el barrio
que juró ver por muy cierto
frente á su casa alojados
á Cabrera y Cabañero.—

Juan por cargar al del agua;
¡ladrones! gritó soberbio,
y acudieron alarmados
por esta voz los serenos.

Tomó el tole al divisarlos,
y ellos juzgándole reo
¡date! corriendo exclamaban,
¡date ladrón! ¡date perro!

Y una orquesta de silbatos
dió principio, á cuyos ecos
mas de cuatro mil silbidos
el reclamo-repitieron.

Corria Juan como un corzo;
mas dió un tropezon horrendo
tal que aplastadas quedaron
sus narices en el suelo.

En esto llegó la turba
de los nocturnos lanceros
y le dieron tal paliza

que le dejaron por muerto.

Cesaron porque sonaban las campanadas á fuego. ¿Dónde es el fuego? decian al primer hombre que vieron.

¿Dónde? en tal parte. — ¡En tal parte! contestó Juan; santo cielo, se está quemando mi casa! y quiso andar ¡trance fiero!

Un perro mastin, enorme, que pasaba al mismo tiempo le mordió en una rodilla dejándole patitieso.



¡Ay qué dolor! tuto! tuto! y huyó el mastin, y al encuentro de Juan, salió con pistolas un hombre de mal agüero.

— Dé usted la bolsa ó la vida. — Ahí vá la bolsa. — El chaleco: — Ahí vá el chaleco. — La capa. — Ahí vá la capa. — El sombrero. —

Y así le fué despojando y despidióse diciendo

¡Ay perro de mis entrañas!
¿Vió usted pasar algun perro?

— Así no hubiera pasado que me ha rasgado el pellejo.

— Rabiár despues de tres años!
¿Qué? ¿Rabiaba? ¡Dios eterno!

Dijo el buen Juan y tentóse por si el daño era pequeño. Solo le habia clavado los colmillos hasta el hueso.

Llorando como un chiquillo se acercaba á su aposento, ya que la gente roncaba despues de apagarse el fuego.

Cojió el aldabon disforme y al dar un golpe soberbio dió tan aturdido el golpe que se machacó los dedos.

Su muger se hizo la sorda y helando á seis bajo cero estuvo el pobre en camisa toda la noche al sereno.

Vino el sol, se abrió la puerta, llamó á la suya, le abrieron, y debajo de la cama vió las botas del cortejo.

— ¡No puedo mas, dijo entonces, no puedo mas! un veneno!!! — Y al otro dia entre cuatro caminaba al cementerio.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

MI SOBRINO.

¡Terrible cosa es esta de tener un sobrino! Por lo pronto, déjese usted apellidar á cada paso con el clásico epiteto de tío; y esto pase, pero lo que no puede pasar, lo que me lleva á mal traer, es el cúmulo de obligaciones que la sociedad ha creado para el que tiene la desgracia de tener un sobrino. Debe suponerse desde luego que, ora nazca en las llanuras de la Mancha, ora en los empinados riscos de la Seo de Urgel, el primer pensamiento de los padres al verle sostenerse en pié y pronunciar algunas desverguenzas es, el de remitirlo á la corte á que al lado de su tío, hombre de fortuna y comodidades, aprenda cosas que ellos no pueden enseñarle y llegue un dia á ser persona de viso, bien sea por

sus talentos ó bien por el inmenso caudal que, segun ellos, hace en Madrid el que se arrima á buen árbol. Gracias á mi maldita suerte y á las tales manías de mis parientes, me endosaron hace pocos meses para los fines espresados, un moceton tan alto como un pino y tan rudo como la corteza de un alcornoque. En medio del malísimo humor con que le esperaba, no pude menos de reirme al verle entrar atropelladamente en la sala, seguido de los criados y de cuantas personas habia encontrado al paso, pues sorprendidos de tan estraña figura y viéndole saltar por encima de los muebles por única respuesta á sus reiteradas preguntas, se habian agarrado á los faldones de su levita, que al pronto, reparando yo en su estremado vuelo, la tomé por una capa bien cumplida.

¡ Aquel ! aquel es mi tío !
 suelte usted con Barrabás,
 ó le aplasto de un metio,
 ó le derribo de un trás,
 que si una mano levanto...

—¿ Pascual? — Un abrazo. Así.

Miren si apenas le vi
 me le he conocido al canto.
 Como me dijo mi madre,
 en ese semblante veo
 muchas cosas de mi padre,
 solo que usted es mas feo.

¿ Si, eh? mil gracias sobrino.
 —¿ Como gracias? No hay de que.
 ¿ O se ha enfurruscado usted
 porque he dicho un desatino?
 Reparando ahora mejor,
 usted es, así... larguirucho,
 y mi padre es un tambor,
 y eso que ahora está flacucho.

En fin, juzgué por ensalmo,
 mi padre tiene una vara
 de nariz, y en esa cara
 solo descubro yo un palmo.
 — ¡ Sobrino ! ya mi paciencia !
 — Tío perdóneme usted.
 ¿ Quiere usted la preferencia?
 Pues bien, yo se la daré.

Y así por este estilo cuando quiere componer

una cosa la suele echar á perder, de tal modo, que se le puede perdonar la primer falta con tal de que no procure enmendarla. Pero ¿ y hablador? fácil es que en ninguna materia deje él de meter su cucharada. A una malicia refinada une la mayor candidez y buca fé, sin que por mas que yo cabile haya podido explicarme este fenómeno. Donde me hace pasar los ratos mas amargos es en la mesa.

Se lanza con ambas manos
 y hace pedazos el pan
 y no suelta la cuchara
 por mas que oye predicar.
 Mas como sé que en la mesa
 dice quien es cada cual,
 á comer con la finura
 digna de su calidad,
 á pesar de su torpeza,
 le quiero yo acostumbrar.
 Le hice soltar la cuchara
 y dándole en su lugar
 el cuchillo que, entre gentes
 de buen tono, hace de tal:
 Así se come, le digo:
 y él comia sin parar;
 pero ¡ ay ! que á las pocas veces
 que á la boca viene y vá,
 hunde la casa de un grito
 y echa el cuchillo á rodar;
 el pobre se hizo en la lengua
 un corte descomunal;
 pero en esto me parece
 que algo voy á adelantar,
 pues si se cortó la lengua
 tenia alguna de mas.
 En punto á comer no cedo,
 tal es mi tenacidad,
 que no ceso de indicarle
 las maneras que ha de usar.
 Que coma bien es mi intento;
 pero él es tan material
 que dice: ya como bien
 pues me pongo á reventar.
 Como dicen que el teatro
 es escuela de moral
 donde las buenas costumbres
 se enseñan á practicar,

y este chico es susceptible
de alguna docilidad,
al fin con tiempo y trabajo
le conseguiré amansar.
Las comedias de costumbres
juzgué lo mas eficaz
para ilustrar á este hombre
que me hace desesperar.
Se anunció *El sí de las niñas*,
pasma de moralidad,
y antes de ver la comedia
ya la empezó á criticar.

Pues cuando el cartel leyó
dijo este hombre baladí:
poco el autor cabiló;
tiempo há que sabia yo
que todas dicen que sí.

Tiene tal penetracion
que siempre lo malo elije;
por los títulos colije
si es buena ó mala funcion.

Sin que me valiera excusa
casi me llevó á empellones
á diez representaciones
de la fragata *Medusa*.

Cualquiera le juzgaria
criado en una colonia;
yo creo que bailaria
si anunciaran algun día
El bruto de Babilonia.

Con tan rudo proceder
cual se debe suponer,
me dá algunas pesadumbres;
mas yo insisto en que ha de ver
las comedias de costumbres.

Y de tal modo progresa
viendo comedias Pascual,
que hace siempre al natural
El pelo de la dehesa.

En fin, es mi sobrino de lo que no hay en el mundo. El otro día estaban riñendo dos gatos, y para que no me incomodára el ruido, abrió la primer puerta que encontró á mano y los zampó dentro; pero es el caso que la tal puerta era la de mi canariera. Ya puede figurarse el mas topo, el estrago que harian dos gatos enfurecidos entre diez ó doce docenas de canarios. El demonio

le sugirió aquel pensamiento para que no quedaran libres de sus manos mis pobres canarios en quien tengo puesto mi cariño. Estaba yo metido en el baño cuando

¡Tío! ¡tío! entró diciendo
en mi cuarto el mentecato.

—¿Qué sucede? respondi.

Dí pronto, con dos mil santos.

—Nada; que estaban riñendo
en esa pieza los gatos,
y abrí aquella puertecita
que se cierra con un clavo
y los he metido arrastras
para que...—¿Qué has hecho? ¡bárbaro!

¡Has de ser mi perdicion!

—Vaya con usted, ¡canario!

—¿Canarios? ¡maldito seas!

Y me eché fuera del baño
con la cólera de un loco,
con la rapidez del rayo.

Desnudo de pié y de cuerpo
con la sábana arrastrando,
dí á correr hácia el peligro
echando ternos y tacos.

Apenas me vió salir,
temiendo algun desacato
dió dos vueltas á la llave
de la puerta de mi cuarto,
y cortó mi retirada
poniendo su cuerpo en salvo.

Habría andado yo apenas ocho pasos, cuando me ví rodeado de señoras y caballeros que tapándose unas los ojos con las varillas de los abanicos y soltando otros la carcajada, me recordaron el poco decoroso traje con que me presentaba á su vista. Para bajar al jardín tenia que atravesarse la pieza en donde estaba la canariera, y mi muger llevaba á toda aquella caterva de personas á que gozáran un rato de los suaves perfumes de las flores.

—¡Muger! ¡Señoras!! ¡Caballeros!!!... esclamé yo sorprendido.

—Para servir á usted señor don Evaristo, me decian los caballeros.

—¡Muger! repetia yo retrocediendo á mi cuarto. ¡Ah! ¡Han cerrado la puerta! ¡Han encerra-

do los gatos en mi canariera!! ¡Han de encerrar á tu marido en una jaula!!!

Se lanzaron todos á la canariera, que no podían abrir porque el maldito de mi sobrino la había cerrado bárbaramente. ¡Abajo, abajo la puerta! gritaba yo apretando la espalda contra la puerta de mi cuarto, á tiempo que mi sobrino asustado de aquella algarabía la abrió de golpe haciéndome caer euan largo soy á la parte de adentro entre las carcajadas de la multitud.

Desde entonces no cese de repetir en mis oraciones:

Huya de mi casa el bien;
pruebe en mi amargo destino
de mi muger el desden,
pero señor, uno y trino,
librame de mi sobrino
por siempre jamás amen.

M. J. DIANA.

IGUALDAD ANTE LA LEY DE DIOS.



Muger, no me hagas reir,
que hace reir tu llorar;
muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitár.

Luego que á Eva y Adán
echó Dios su maldición,
dijo con un vozarrón
cual nunca se oyó en Milan:
«ambos pecadores son,
ambos me la pagarán,

que igual pena han de sufrir,
si igual culpa han de purgar;
la muger ha de parir
y el hombre se ha de afeitár.»

Y la maldición de Dios

justamente dirigida,
 como con compás medida,
 cayó igual sobre los dos.
 Y cuantos en esta vida
 siguiéndoles van en pos,
 el castigo han de sentir,
 pocos se pueden librar,
 si es muger ha de parir,
 si es hombre se ha de afeitar.

¡Con qué igualdad Dios castiga!
 ¡Cuán inmenso es su saber!
 Vió Adán su barba crecer
 y Eva crecer su barriga.
 Lloraron, cual es de ver,
 ámbos su suerte enemiga,
 pero oyéndoles gemir,
 Dios les hizo así callar:
 «La muger ha de parir
 y el hombre se ha de afeitar.»

Como es sabido, no había
 entonces barbitonsores,
 y Adán sufrió mil dolores,
 que afeitarse no sabía.
 De cuerpos desolladores
 por navaja se servía,
 y á Dios quiso maldecir
 mas se supo resignar:
 la muger ha de parir
 y el hombre se ha de afeitar.

Para que la suministre
 un solaz, Eva á su esposo
 se va con rostro lloroso
 y con la barriga en ristre.
 Dijo Adán: ¡bulto horroroso!
 ya sé, sin que lo registre,
 que no puedes digerir
 la manzana y la has de echar,
 la muger ha de parir
 y el hombre se ha de afeitar.

Y Eva dijo á su consorte:
 «mucho mi embarazo temo,
 que en momento tan estremo
 fuerza es que para ó que aborte.»
 Bien ha dicho Horacio: *Nemo*

contentus est sua sorte...
 ¿Quién contento ha de vivir?
 ¿Quién contento puede estar?
 La muger ha de parir
 y el hombre se ha de afeitar.

¡Parir! ¡es gran sacrificio!
 Mucho pariendo padeces,
 ó muger, mas muchas veces
 te quejas solo por vicio.
 Tus endechas y tus preces
 me están trastornando el juicio;
 no las puedo resistir,
 que aunque veo tu penar,
 muger, si tú has de parir,
 el hombre se ha de afeitar.

Pariendo, sufres acaso
 mil tormentos y amarguras,
 del dolor la copa apuras:
 pero al fin sales del paso.
 Mas ¡ay! con sus rapaduras
 se halla el hombre en otro caso;
 vuelve su barba á salir
 y él se la vuelve á quitar,
 muger, si tú has de parir
 el hombre se ha de afeitar.

La muger, que es por su daño
 y daño de quien la adora
 mas feraz y paridora,
 solo una vez pare al año.
 Y hombre hay que á cada aurora
 queda hecho un hermitaño;
 logra su barba abatir,
 torna su barba á asomar;
 muger, si tú has de parir
 el hombre se ha de afeitar.

Entre el pueblo estafalarío
 y entre la sociedad alta
 barbitabeño no falta
 cuyo pelo temerario
 cual fiebre, el barbero asalta,
 que es de tipo terciario.
 ¡Día por otro es decir
 que le tienen de rapar!
 muger, si tú has de parir,

el hombre se ha de afeitar.

Es triste á la discrecion
someterse un hombre honrado
de un barbero bien armado
tal vez de mala intencion.
Un lance tan apurado
espone á un Kirieleison ;
á Dios debe dirigir
un credo el que han de operar...
muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitar.

¿ Y si el barbero es novicio ?
¿ Si le has de prestar la piel,
para que sus manos él
adiestre en su horrible oficio ?
¡ Trocar tu cara en papel
de borrador ! ¡ San Mauricio !
De cartapacio servir
al que empieza á borronear !
Muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitar.

¡ Cuántas veces un desliz
del barbero ó flebotomo
vuelve al aguilucho romo
ó le deja sin nariz !
Y despues que en *Ecce homo*
se convirtió el infeliz,
el sonante ha de salir
para al verdugo pagar...
muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitar.

¡ Ay de aquel que sin reparo,
gracias á su mezquindad,
la barba por caridad
pide le hagan... ¡ pobre avaro !
dice el refran, y es verdad,
siempre lo barato es caro.
Si tal se osa desmentir,
barberos lo han de probar...
muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitar.

Un caso á contarte voy
qué aquí de molde nos viene,

caso que hemoles tiene
y es cierto á fé de quien soy.
Caso que es justo resurire
en Europa desde hoy,
para á pobres advertir
un riesgo que han de evitar...
Muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitar.

Un infeliz perdiosero
¡ y era maragato el tal !
con bolsa sin un real,
á diez grados bajo cero,
y una barba colosal,
entró en casa de un barbero.
Muger, no te has de reir,
que te vas á horrorizar,
muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitar.

— Por caridad, buen maestro,
dijo al barbero el mendigo,
afeitadme como amigo
y os rezaré un padre nuestro.
Sed generoso conmigo,
en mi mostrad que sois diestro ;
no así me dejarcis ir
y Dios os lo ha de premiar,
la muger ha de parir,
y el hombre se ha de afeitar. —

El barbero le sonroja
con su gesto avinagrado,
y sentar mal de su grado
le hace en una silla coja.
La barba al ajusticiado
luego aquel sayon remoja...
Muger, empieza á gemir ;
tu pelo se ha de erizar ;
muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitar.

El agua fétido vaho
exhala... ¿ es sudor de vieja,
ó bien cerúmen de oreja ?
¿ ó es agua de bacalao ?
El pobre una y otra ceja
frunce..... ¡ San Estanislao !

Un tífus le va á invadir
si se atreve á respirar...
Muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitár.

Luego de un rincón de caja
que chismes viejos encierra,
el barbero desentierra
una disforme navaja.
Una navaja que sierra,
lima, atenaza y desgaja,
que se la oye erugir,
se la vé despedazar;
muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitár.

Cada lágrima que emana
de aquellos párpados rojos,
de aquellos sangrientos ojos,
es mayor que una avellana.
Mas á ocultar sus enojos
le obliga su suerte insana;
de valde se hace servir
y le es forzoso aguantar...
Muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitár.

No hay geroglífico, signo,
ni letra ó capricho vario,
que el barbero estrafalario
allí no imprima maligno.
Del nombre de abecedario
bien pronto aquel rostro es digno:
no le puedo describir,
la angustia me hace sudar...
Muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitár.

En esto un perro maldito
á un pobre gato atropella,
y le muerde y le desuella
con un furor inaudito.
El infeliz se querella,
lástima dá oír su grito...
¿Tribunal donde acudir
no podrá el gato encontrar?
Muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitár.

«Qué es eso?» la vecindad
pregunta, y el maragato
responde á fuer de sensato
con suma celeridad:
«Qué es eso? el perro que al gato
afeita por caridad.»
Y salió, y juró al salir
nunca allí volver á entrar...
muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitár.

Un sábio preferiría
y cualquiera no soez
parir al año una vez
á afeitarse cada día.
Estremada insensatez
lo contrario probaría,
pues un mal se ha de medir
por su frecuente atacar...
Muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitár.

Cuando tú pares, muger,
te recuerdan bellos goces
los dolores, aunque atroces,
que tienes que padecer.
¿Mas nuestras barbas feroces
son hijas de algún placer?
; Ah! no se puede argüir
tan sólido razonar...
Muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitár.

¿Sabes lo que es en verano
del vil barbero la unción,
si se deslie el jabón
en el sudor de su mano?
Sin voz, sin respiración,
en poder de aquel tirano
por fuerza he de persistir
ó el jabón he de tragar;
muger, si tú has de parir,
el hombre se ha de afeitár.

Como Ayguals de Izco ó Zorrilla,
tal vez dirás que pudiera
dejarme la barba entera
con bigote y con perilla.

¡ Ya se vé, si me espusiera
 á albergar sucia cuadrilla!
 La barba sin suprimir
 diz dá mucho que rascar...
 Muger, si tú has de parir,
 el hombre se ha de afeitar.

Del parto á menudo son
 los resultados mortales,
 y la barba causa males
 casi sin interrupcion.
 Así quedamos iguales
 cual Dios quiere, y es razon
 sus decretos bendecir
 y paciencia y barajar;
 la muger ha de parir
 y el hombre se ha de afeitar.

Yo no he de parir por tí,
 ni tú has por mi de afeitarte;
 con que, no hay mas que aguantarte...
 dime tú lo mismo á mi.
 Hoy es sábado y así
 tengo, muger, que dejarte,
 cansado ya de roir,
 que hace reir tu llorar...
 Adios y vete á parir
 que me tengo que afeitar.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

EL SENADOR.

Por último, aunque vamos á dar una idea de un personage que tan directamente se roza con la política, no tengan cuidado los asastadizos fiscales, que no tratamos de entrometernos en terreno vedado, y mas bien que un ente político queremos bosquejar un tipo nacional, ya que hasta ahora no se ha dignado comprenderlo en su publicacion el editor de *los Españoles pintados por sí mismos*. Un senador es un miembro del senado. El senado es una parte del poder legislativo; el poder legislativo es un retazo del cuerpo político y el cuerpo político, en España, en nada se parece á los demas cuerpos, porque si atendemos á las dimensiones, ni tiene longitud, ni latitud, ni profundidad, y si observa-

mos las cualidades que pueden hacer impresion en nuestros sentidos, dificilmente lo percibiremos, ni por el sonido, ni por el tacto, ni por el olor, ni por el color, ni por el sabor. Pero prescindiendo de estas reflexiones, porque vamos penetrando en terreno vedado y no es nuestro ánimo rozarnos con la política.

Antes de hablar del senador *hecho*, diremos algo del senador *en ciernes* ó sea del candidato para senador. En primer lugar, el que aspire á merecer tal distincion necesita que le haya salido la muela del juicio. (La constitucion previene que tenga cuarenta navidades, es decir, que haya comido turrón cuarenta veces.) En segundo lugar ha de tener mucha barriga, consecuencia de haber comido tanto turrón. El senador que viene flaco se constituye en la obligacion de criar mucha panza: de suerte que, como las mugeres casadas, cuentan los progresos de la tripa por los meses del embarazo. Un senador en el primer mes aun conserva la forma regular, pero un senador de nueve meses apenas tiene banco donde repanchigarse. De lo dicho se infiere que no se sabe cual circunstancia es mas preciso, si ser senador para criar barriga, ó criar barriga para ser senador.

El candidato para senador ha de tener cuarenta mil reales de renta, requisito indispensable mas que el saber y el talento para ser buen legislador en España. Porque vamos á cuentas; ¿qué ha de entender de códigos, ni de principios políticos, ni de presupuestos, ni de coaliciones un hombre que no tenga cuarenta mil reales? Esto es tan imposible como no poner fin nosotros á esta cuestion, porque vamos penetrando en terreno vedado y no es ánimo nuestro rozarnos con la política.

Desde que el senador, lo mismo que el diputado, entra en candidatura con probabilidades de triunfo, empieza por ensayar hasta en el trato familiar, las voces técnicas del legislador. Si disputa con el aguador, que no es difícil, porque tambien los senadores beben agua, por razon de categoría, quisiera tratarle como á un esclavo; pero como necesita estudiar su papel de senador, en lugar de «usted miente, vaya usted enhoramala» es capaz de decirle «S. S. se equivoca,» ó «falta á la verdad el señor preopinante.» Cuan-

do la muger propone algo, no dice como antes, me parece bien ó me parece mal. Si tiene gana de cháchara contesta: pido la palabra en contra; y allí ensarta un discurso muy formal sobre la conveniencia de comer arroz con pollos, sobre la necesidad de que las mugeres sean hacendosas y quieran mucho á sus maridos, ó en fin sobre lo que verse la proposicion. Si está de buen talante y no tiene gana de conversacion, ó hace una seña con la cabeza como para votar que sí, ó responde con mucha prosopopeya: aprobado sin discusion. Dios libre á los hijos de faltarle al respeto y mas á la muger de inspirarle temores. ¡Oh! entonces la sesion es mas acalorada: amontona citas de Séneca, aglomera sentencias de Montesquieu y encaja c por b todas las fábulas morales de Campoamor. Mientras tanto la muger puede que esté murmurando los romances de Quevedo. Pero el senador tomando una posicion grave y en tono solemne, con magestad senatorial, esclama: con tales ejemplos de inmoralidad y de corrupcion ¿cómo no entorpecerse y paralizarse las carcomidas ruedas de la máquina gubernamental? El matrimonio es una institucion salvadora; las prerrogativas que ella concede al marido ó sea el poder ejecutivo de la familia, han de ser respetadas y observadas con religiosa escrupulosidad: de lo contrario los elementos de corrupcion cunden como el aceite y es de temer que se derrumbe el edificio... Aquí la muger y los chicos se estremecen, miran á las rendijas del techo y quieren tranquilizar al candidato diciendo: ¡ah! no hay nada que temer, el edificio está casi nuevo!... El senador tomando la campanilla de la escribania y levantando el vozarron, esclama: ¡al orden! ¡silencio! ¡dejadme concluir! ¡al orador no se le interrumpe! tirilin, tirilin, tin, tin, tin... quiero decir que se derrumba el edificio social, es una metáfora, son ustedes unos idiotas; bien se conoce que no estan acostumbrados al rigorismo de las prácticas parlamentarias.

Llega la época de las elecciones ¡qué intrigas! ¡qué manejos para hacer triunfar su candidatura! todo se vuelve circulares á sus dependientes, cartas á sus amigos, recados á sus conocidos, y todo para qué? para entrar en terna y esponerse

á no ser el preferido por la corona. Estraña manera de hacer senadores; que á cualquier hombre de opinion conocida imposibilita de serlo porque cuando se conoce que un ciudadano ha de servir á los intereses y miras del trono, no le propone el pueblo, y cuando se consagra á los intereses del pueblo, no le elige la corona.

Ya es senador el candidato. Si no vive en Madrid tiene que trasplantarse con anticipacion: menos por asistir á las juntas preparatorias que por lavarse la cara y las manos, comprarse peluca si es calvo, y si tiene pelo domarselo á fuerza de hierro y pomadas. En un hombre que tiene 40.000 reales de renta, es casi preciso comprar coche; y si ha de darse importancia de hombre grande, debe llevar gafas, lente ó antejo de larga vista aunque vea como un linco. Los senadores como gente machucha y de dinero son moros de paz, y así no se desviven el dia de apertura por ocupar el centro izquierdo, ni el centro derecho; se sientan donde mejor les cuadra y se recuestan bien sobre el mullido respaldo, y ya que no son tan ardientes patriotas que se desvivan por rozarse con la política, son tan cómodos señores que se recrean en rozar su espalda con el terciopelo del banco.



El senador, como cualquier hijo de vecino, es mas amigo de los ingresos que de los gastos: así es que las atenciones de su casa se van cubriendo con un orden admirable. ¡Quién dirá que los que tan celosos y entendedores se manifiestan

en la economía doméstica, en tratando de la economía política no saben lo que se pescan! Pero he dicho mal; pescan y saben lo que pescan, y algo mas diria de la pesca si no fuera por que entraríamos en terreno vedado y no es nuestro ánimo rozarnos con la política. Salgamos de tan cenagoso atolladero, y veamos como el senador atiende á las obligaciones de su familia. Regularmente divide la operacion en partes, y para ir en todo conforme con *su estudio parlamentario*, estas partes las llama *presupuestos* y así calcula:

Presupuesto de comida. . . . tanto.
 Presupuesto de zapatos. . . . cuanto.
 Presupuesto de la labandera. tanto mas cuanto.
 etc. etc. etc. etc. etc.

Deposita los fondos en su muger y no tenga que pedirle un ochavo mas para gastos extraordinarios; pues esta clase de contribuciones jamas son votadas por el cuerpo legislativo que, como el cuerpo ejecutivo, está reasumido en el cuerpo gordillon del señor senador. Cuando la muger le sorprende el bolsillo y se le descarga por via de empréstito no reintegrable, como hace todo gobierno con su nacion, el senador que quiere la fiel observancia de las leyes establecidas, exige de su muger aquel mismo dia ó aquella misma noche un *bill de indemnidad*.

Hay senadores lo mismo que diputados de dos clases: charlatanes y mudos que tambien pueden dividirse en embrolladores y autómatas. Los primeros hablan en todas las cuestiones, sin formar opinion á salga pez ó rana. Tan pronto como se anuncia una proposicion ya estan con el *pido la palabra!* Si otros la piden en contra el orador embrolla la pide en pro y *viceversa*, y algunas veces habla y mas habla sin que el público sepa en qué sentido, lo cual no es de extrañar porque el orador tampoco lo sabe. El senador mudo ó *autómata* es un instrumento dócil del amigo mas audaz, y así se le ve siempre votar (que es lo único que hace) del mismo modo que su mas influyente amigo. Si este dice *haches*, él dice *haches*, y si *erres*, él dice *erres*, y si el amigo se encoge de hombros, el *autómata*, por variar, tambien se encoge de hombros. A esto está reducida toda la ciencia de un senador de

este calibre, aunque por lo regular suele darse importancia y hace creer que si no habla es por que no se le autoja. Solo que siempre le da la gana de lucirse en las cuestiones que sabe que no han de resolverse en el senado. Si los amigos de café le pinchan, sabe incomodarse y decir que el dia siguiente piensa hacer una furibunda y cáustica interpelacion; pero llega la hora, las tribunas estan repletas de amigos del interpe-lante, por todos lados se anuncia con solemnidad y pompa que don Fulano se va á lucir. Abrese la sesion y don Fulano no parece, lo mas que hace don Fulano es enviar una comunicacion al señor presidente manifestando que tiene una pierna mala, y necesita licencia por dos meses para ir á tomar los baños de Trillo. El Senado queda enterado de la comunicacion; los amigos de don Fulano quedan enterados de que no sabe hablar y por eso no se presenta, y yo quedo enterado de que don Fulano ha ido la noche antes al ministerio y le han *convencido* como a algunos que pudiera citar, si no fuera porque el artículo es ya demasiado largo y voy á ponerle fin, y sobre todo por que entraríamos en el terreno vedado y no es nuestro ánimo rozarnos con la política.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

LA VIRILIDAD.

Ya cumplió mi ciudadano
 las cuarenta navidades.
 Ya por frívolos placeres
 no sufre necios afanes.
 Ya su suerte asegurada
 por buenos ó malos trámites,
 sério y barrigudo, tiene
 cierto aquel... cierto carácter.
 y casa y hogar, y lleva
 el dulce nombre de padre
 y esposo... En fin, cate usted
 á Periquito hecho fraile.
 Y si no ha sacado ya
 de este mundo miserable
 todo el partido posible
 y todavia es un nadie,
 lo mejor que puede hacer,

en mi concepto, es tirarse
de la torre de san Luis
ó al canal del Manzanares.



¡La Virilidad! Ahora
es el gozar, pero en grande
cuando la razon modera
los ímpetus de la sangre!

¡Ilusion! Nuevos cuidados,
contratiempos y pesares
te hacen en la edad madura
mas desventurado que antes.

Dejo aparte tus pasiones,
que no por menos audaces
dejan de ser de tu vida
lento y silencioso cáncer;
mas; ay! amen de las tuyas
las ajenas te combaten,
que á tu lado gozan todos
y tú solo eres el mártir.

¿Quién se libra en este mundo
de criados que le estafen,
ó de amigos que le vendan,

ó de suegras que le arañen?

¡Y haber de sufrir, gran Dios,
á cada niño que nace
ó el furor de la pasiega
ó los dengues de la madre!
¡Y qué el ángel de tus ojos
no permita que un instante
los cierres cuando rendido
des con tu cuerpo en el catre,
ya con agudos clamores
los oidos te taladre,
ya se le alojen los muelles
y la nariz te regale!

Mas le amas; que para abogar
afecto tan entrañable
fuerza es tener corazón
ó de usurero ó de cafre;
y cuando mas te enamoran
sus infantiles donaires
y en él perpetuar esperas
los timbres de tu linage,
ó le enteca la alfombrilla
ó le encanija el usagre
¡y aquella temprana flor
herida del cierzo cáe!
O crece hermosa y lozana
al abrigo de tus lares,
y procurando su dicha
para cuando sea grande,
te impones mil privaciones,
sudás por mañana y tarde...
¡Pero tal vez en tu seno
estás abrigando un áspid!

Si es varon, suele salir
aficionado á los naipes,
quimerista, libertino,
insurgente, botarate...
Si hembra, caprichosa, frívola,
coqueta, nerviosa, frágil,
y en fin, romántica, que es
el peor mal de los males.

Mas dado que ángeles sean
los hijos que procreaste,
cuál no será tu tormento
cuando de ellos te separes?
Quintas, duelos, proscripciones,
ó tumultos en las calles,
ó facciosos en los campos.

ó esbirros en todas partes
te arrebatan sin piedad
el varon hecho á tu imagen;
y con sus manos lavadas
llega cualquier badulaque
á privarte de tu niña
y llevarla á los altares
*mas como victima pingüe
que como consorte amante.*

Es decir que, cuando piensas
poner una pica en Flaudes
cumpliendo la ley que dice:
crésceite et multiplicámini,
crias *carne* para *pícaros*
ó *pícaros* para *carne*.

¡Y gracias si tu muger,
en vez de ser dulce, amable
y ayudarte á conllevar
flaquezas y adversidades,
no es díscola, ó jugadora,
ó amiga de coche y baile
y sortijas y aderezos
y terciopelos y encajes
y ópera y máscaras!... ¡Oh!
las máscaras son fatales!

¿Y que diré si tu sino
es tan aciago, compadre,
que por la puerta de *Geminis*
entras en *Tauro* y en *Aries*?
¡Qué horror! Y del mal el menos
si en desventura tan grave
ó ignoras tu deshonor,
ó le aguantas si lo sabes.
¡Pero las dudas amargas
y las sospechas tenaces
que el corazon te laceran
como aguzados puñales;
pero haber de acariciar
en tus brazos paternos
al intruso molilon
fruto de adulterio infame!...

Basta, que ya me enternezco
y no es justo ¡voto al Draque!
que, redactor de *LA RISA*,
flore yo como un vinagre.

No, en vez de esclamar con Persio:
¡quantum in rebus inane!
con el buen Horacio Flacco

diré: *¡risum teneatis?*

Y pues ya es largo el sermon,
solo añadiré una frase,
oh lector, para decirte...
que aquí acaba este romance.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

DECLARACION AMOROSA

DE UN COMERCIANTE ESTRAMBÓTICO

á D.^a Gumersinda la carpulenta, niña de sesenta abriles.

ODA (1).

Mole anchurosa, que en sagrado nudo
Dios de la inmensidad une á mi sino,
fiero Goliat del sexo femenino,
volúmen colosal, yo te saludo!

Cual de la Escocia la ligera nao,
ornada de vistosas banderolas,
viene, siendo el orgullo de las olas,
nuestra España á poblar de bacalao...

Tú, á quien respeta el hacha de los siglos
la hermosa antigüedad de tus mofletes,
ostentando vistosos gallardetes
poblar quieres tu patria... de vestiglos.

Verdes zapatos en tus piés, en chanela,
de la esperanza imágon seductora,
me hacen juzgar, angélica señora,
que en el puerto de amor echaste el ancla.

No hay varon ni marqués, conde ni duque
desde España hasta el clima mas remoto,
tan feliz como yo, pues cual piloto
rijo el timon del mas antiguo buque.

Hasta el amor, con su dorada copa,
por nuestro enlace entusiasmado brinda.
En tan bella fragata ¡oh Gumersinda!
surcaré yo los mares viento en popa.

¡Almacen de atractivos! ¡Ay tirana
que mas que un cargamento me enamoras!
¡Cuánto hechizo entre arrugas atesoras!
Tú abdómen colosal es mi aduana.

En ella abonará segun tarifa
mi pasion los derechos; mas recelo

(1) Se leyó por su autor en el segundo concierto de *La Iberia musical y literaria*.

que si algo tardas en premiar mi anhelo,
tu hermano el antropófago... te rifa.

Necio el mundo, burlesco y estrafalario,
mófase al vernos requebrar á *duo*,
y dice que parezco al triste buho
que ronda en derredor del campanario.

Me importa un bledo la censura ajena
mientras pesque tu fé, querida amiga,
aunque al ver tu volúmen, se me diga,
que á la pesca me fuí de la ballena.

Y pues por tu beldad tanto mereces,
siempre mis ojos en tus ojos fijos,
veré nacer de nuestro amor mas hijos
que tiene el mar en sus entrañas... peces.

Ambos las tiernas gracias peregrinas
disfrutaremos de los caros nenes,
cuando en mis anchurosos almacenes
jueguen por entre cascos de sardinas.

El cacao, el añil, de arroz los sacos,
todo á tu amor ló rinde mi ternura!
que... ¡buen saco de arroz es tu figura
objeto de mis ansias y arrumacos!



Yo te consagro en mercantiles trovas
mi corazón, mi vida, mi alvedrío...

que bien mereces el afecto mio,
ángel hermoso de cincuenta arrobas.

Tu boca ostenta, cuando ríe ó masca,
de cuatro dientes-lápidas los restos!...
yo me complazco en tus graciosos gestos...
gestos de orangután ó de tarasca.

Buenas mozas se ven; mas son tortugas
á tu lado, señora, las mas bellas;
y puedes ocultar á todas ellas
en la arruga menor de tus arrugas.

Tu bella inmensidad ¿á quién no encanta?
Por tu mérito intrínseco suspiro;
mas... no lèves tus pasos al Retiro,
que allí murió cautiva la elefanta.

Al contemplar tu imágen peregrina
del bello sexo encantador pleonasma,
se me figura ver en mi entusiasmo
la torre de Babel con papalina.

Con amoroso y firme juramento
á tu dominio mi obediencia agacho;
y en breve serás tú de mi despacho
el mas interesante documento.

Unida la riqueza á la elegancia,
veré volar tu amor de gente en gente...
¡Feliz de mí si luce en mi ancha frente
el signo encantador de la abundancia!

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

UN AMANTE ABANDONADO

Á SU INGRATA CLARA.

Desde un negro cuchitril
del ancho mundo ignorado,
oscuramente alumbrado
por un enorme candil,

Tu abandonado amador
te escribe un Vesubio en trovas
y ayes lanza por arrobas
con bufidos de estupor.

¿Tan bruscamente abandonas
á un hombre con borceguies,
y en vez de albos alelies
de aguijones le coronas?

¿Mereció mi amor platónico,
de tu facha de tinaja,
acción tan grotesca y baja,

ni un adios tan macarrónico?

¿Así á un hombre de mi talle,
que gasta frak y bigote,
se le echa mano al cogote
y se le planta en la calle?

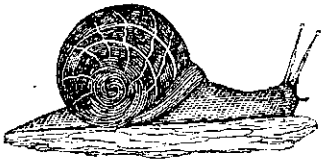
¿Ves ya, cual yo te decia
en cierto momento crítico,
que era un sistema político
el amor que en tí veía?

Pura mentira raquítica
en este globo impostor
es todo, y mas el amor,
las chufas y la política.

Mentira, embrollo si quieres,
es cuanto ves á tu modo;
pero mienten, sobre todo,
los hombres y las mugeres.

Por amor (y no te asombres),
pateará mucho tonto,
si no se suprimen pronto
las mugeres y los hombres.

Dice un refran español,
y yo olvidado lo habia,
*quien de mugeres se fia
queda como el caracol.*



Tal en mis amores tiernos
hoy me veo abandonado,
y gracias que no he quedado
sin la concha y sin los cuernos.

Sé que dirás muy ufana,
respondiendo á mi refran,
*los que fé á los hombres dan
se quedan como la rana.*

¿Y qué tenemos con eso?
que ya somos todos buenos;
que chupan magra los menos,
y los mas roen el hueso.

Pero yo ¡triste de mí!
que no soy algun eunuco,
amé á una muger de estuco

mas chillona que un titi.

Una vez, y mas de tres,
ví que en tus deliquios vanos
tienes el alma en las manos
y el corazon en los pies.

¿Y es cierto lo que me pasa?
¿Me espulas de un modo vil?
¿Con que yo en mí cuchitril
y tú has de estar en tu casa?

¡Vive Dios que no reparas
en el amor que me quema,
Clara espesa, oscura yema,
la mas turbia de las Claras!

Voto á cribas, inhumana,
que ha de ser mi mayor gozo,
verte en el brocal de un pozo
cual nueva Samaritana.

Llorando, si no es que gruñas,
y en arrepentirte vienes,
aunque yo creo que tienes
las lágrimas en las uñas.

Cuidado que en un desliz
no te ampires de un sarcófago,
y que un feroz antropófago
te atrape de la nariz.

Pero voto á un boticario
que aunque de hermosa presumes,
quedarás con tus perfumes
mas fea que un dromedario.

Y no lo tomes á risa,
interminable muger,
porque tu cara he de ver
con mas pliegues que camisa.

Así te salga un melon
en cada codo ¡infeliz!
un púlpito en la nariz,
y en la espalda un violon;
Un biombo en cada ceja;
en cada ojo una fragata;
un órgano en cada pata,
y un gran cuerno en cada oreja.

Permita Dios que consorcies
con un feo, cojo, bizco,
que á puro palo y pellizco
te estruje, y no te divorcies;

Que pases la pena negra,
y la calle de amargura,
atada á la dictadura

de una insuportable suegra.

Que entonces el matrimonio,
de repulgonos en guerra,
viene á ser acá en la tierra
el infierno de un demonio.

Y aunque mi rabia te alegra,
tambien de tu cox me alegro;
que así me libra de un suegro,
y de una espantosa suegra.

Al que se libre de tal,
voto á San Pedro y San Gil,
dénle norabuena mil,
que escapó del peor mal.

¿ Con qué me dices que no?
¿ qué no me quieres á mí?
Me alegro, así como así
no iba á quererte yo.

Permita el Dios de Abraham
que vivas años prolifjos,
para que cuentes mas hijos
que descendientes Adán:

Y te abrumen día y noche;
lloren, y riñan, y ahullen,
que te soben y magullen,
que rompan á troche y moche.

Sea tu casa, ó burdel,
en verano y en invierno,
por tu marido un averno,
y por tus hijos Babel.

Y para colmo de males,
deseo con tres bemoles
que á mas de ser españoles,
seais todos liberales.

Con esto todo está dicho,
que si es plaga ó peor mal
ser uno buen liberal,
lo sabe acá todo bicho.

Y para saciar mi saña,
de tal modo al fin te veas,
que exacto compendio seas
de aquesta actual España.

No te canso mas con esto,
que no ha de hacerte buen vientre;
y hasta que por fin te encuentre
de una traperera en el cesto.

Adios que me voy sin verte,
con la charanga á otra parte.
Si mucho perdí en ganarte,

mucho ganaré en perderte.

Adios, porque aquí se trunca
el amor que te rendí:
si tarde te conocí,
mas vale tarde que nunca.

Y no por eso me llame
tu rabia mal solteron,
pues sabe un buen motilon,
que el buey suelto bien se lame.

JOSÉ MARÍA BONILLA.

EPIGRAMAS.

A una cátedra Simon
hace *oposición*, y creo
que colmará su ambicion;
pues no es el primer empleo
que pesca la *oposición*.

Jura Blas por San Miguel
no llevar coche jamás,
pero es porque quiere Blas
que el coche le lleve á él.

Un confesor que Pilar
llena de entusiasmo, ensalza,
á la virgen del Henar
mandó que fuera descalza.

Y en efecto alla se fué
por cumplir su penitencia
descalza de pierna y pié;
pero fué en la diligencia.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

No sé por qué á punto fijo
una pendencia ruidosa
tuvo Ambrosio con su esposa,
y el juez los llamó, y les dijo.—

Entre esposos esto es mengua,
córtese al punto el negocio:
«eso no, replicó Ambrosio,
antes me corten la lengua.»

J. B. BALBOVI.

UN SUSCRITOR

Á LOS ESCRITORES DE LA RISA.

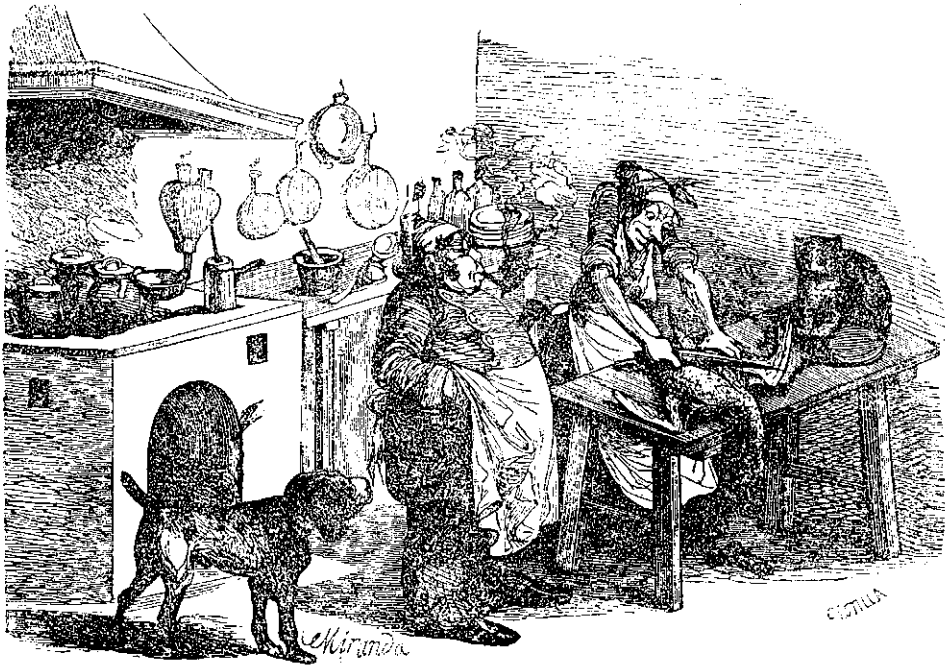
Mil parabienes os doy
 escritores de LA RISA ;
 pues solamente riendo
 se puede pasar la vida.
 Fuera de mí los periódicos
 que se llaman *progresistas*,
 y también los *moderados*,
 y el *Furacan* y *Guindilla*:
 Pues si leo el *Castellano*,
 y otros que decir podría,
 lo hago solo por hallar
 eso que llaman... *noticias*,
 como «el domingo á las diez
 se arrojó de una boardilla
 un jóven desesperado
 el cual se rompió la crisma.»
 «Poco despues... á las cuatro
 se encontraron sin camisa
 dos pobretes que salieron
 á comerse una tortilla.»
 Y aquello de variedades,
 aunque todo es gran mentira,
 me gusta mucho, como esta:
 «En un pueblo de la China
 que está cerca de Tonquin,
 como unas doscientas millas,
 ha aparecido un dragon
 que se traga.... ¡¡LAS HORMIGAS!!
 Pues señor... hasta de anuncios,
 volvámonos á LA RISA ;
 á tí ¡oh Ayguals! se dirigen
 las inspiraciones mías.
 ¡Loor eterno á tu chirumen
 y á tu inclinacion festiva,
 algun ángel te dictó
 una idea tan magnífica.
 Dejemos á esos periódicos,
 que hablen solo de política
 y que *ventilen* cuestiones
 diciéndose picardias.

Si tiene razon el *Eco*,
 si el *Heraldo* la tenia,
 si dan las pagas corrientes
 ó no dan paga maldita.
 Y en vez de estas necedades
 y de tanta algarabía,
 escuchemos de Villergas
 los satíricos epigramas;
 los romances de Breton
 donde la soltura brilla,
 y del moro Abenamar
 esas plumadas tan finas;
 y de tí, querido Ayguals,
 (permite que te lo diga),
 que es lo mejor que tú has hecho
 los tercetos de la epistola.
 Tambien aplaudo en estremo
 la mutacion de Zorrilla,
 aquel que en versos sonoros
 cautó visiones, desdichas,
 en vez de hacernos llorar,
 hará tendernos de risa.
 Y con inquietud espero
 que llegue el ansiado día:
 en que veamos de Vega,
 aunque sean cuatro líneas.
 Y el famoso Tirabeque
 con sus gordas pantorrillas:
 saque á relucir tambien
 aquella cara maligna.

Muchos pudiera citar,
 pues no me peta la envidia
 porque á quien Dios se la diere
 San Pedro se la bendiga,
 Aquí no hay mas, Wenceslao,
 es mi constante divisa,
 celebrar á un gran poeta
 como al último cajista.
 Por lo independiente que es,
 estoy suscrito á LA RISA
 por eso paso con ella
 de los domingos el día.
 Dan las diez de la mañana,
 y tocan la campanilla:
 — ¿Quien és?— el repartidor
 dice muy sério — LA RISA ;
 la cojo con ambas manos,
 y empiezo: *Oda á las judías...*

Ayguals de izco... bien... veamos...
ahora el nombre de pila,

el *geómetra* por Villergas,
y las reglas de cocina.



En esta parte integrante
mi imaginacion se anima,
que el problema se reduce
á ejecutarla en la hornilla.

.....
.....
.....

Mas me canso de escribir

¡ miserias de nuestra vida !
son las doce, y en la cama
me espera mansion tranquila,
en donde todo se olvida .
por hoy ; me voy á dormir ,
vos veremos otro dia .

E. L. P.

CADA UNO EN SU CASA

Y DIOS EN LA DE TODOS.

«Pues estando Dios en todas partes, decia el confesor al penitente chicuelo, estará tambien en la cueva de tu casa!—No padre.—Ergo pillete!—No pillete que en mi casa no hay cueva.» Pero nosotros tenemos cueva sin casa, ó mejor dicho, carecemos de ambas cosas á la vez, per-

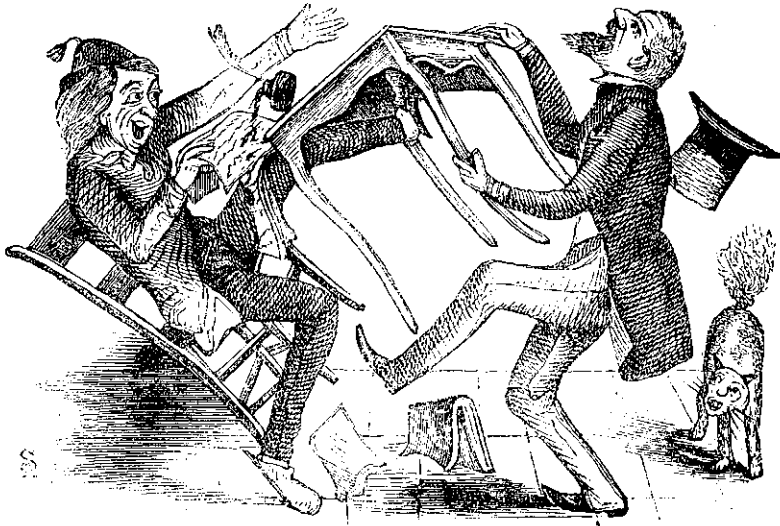
que somos casi usufructuarios de un aposento á piso bajo, en calle estrecha, con mas un gigante de la arquitectura moderna, enfrente cuya funesta pantalla nos haria cegar antes de tiempo, en el caso imposible, de que un edificio á la orden del dia, durase mas que nuestra vista, y

en la actualidad es harto corta por desgracia. En cambio de esto jamás hemos dudado de la bondad divina, y con una verdadera fé á ciegas creemos que Dios se digna observarnos en nuestro humilde gabinete: desde cuyo sitio esperamos su ayuda para que corra con facilidad la pluma que con arreglo á lo prevenido en las escuelas de prima, se halla entre los dedos de la mano derecha. Y sépase aquí, como cosa de gran interés, que nuestras plumadas podrán ser malas, aunque sería de desear que fuesen buenas, pero proceden por línea recta del ala izquierda de un ganso, y esto cuando menos no es moco de pavo. Ultimamente encomendemos á Dios la pluma y ya puede dictarnos el diablo mismo, que el triunfo no es dudoso.

Empiezo pues, mandando (circunstancia precisa para que no me obedezcan) que no entre nadie en mi cuarto. La consigna no puede ser mas fácil, ni el santo y seña menos susceptible de equivocacion: «Está?—No señor.»—Esta respuesta sobre llevar consigo todas las virtudes de obediencia y respeto necesarias, es algo mas breve que la ofiziosa pregunta de: Si yo supiera quien es usted—pero ya se ve, luego!...—No

tengas cuidado, dice el tarambana (porque en estos casos todos la dan de calaveras) y suele ser mi amigo F... que añade—«Para mí no se niega nunca; lo mismo hago yo con él.» (Hay que advertir que en las pocas veces que he ido á su casa nunca estaba en ella.)—«En ese caso contesta el fámulo, pase usted adelante.» Y mientras llevo diez minutos escasos de soledad y me felicito por los grandiosos resultados de mi negativa, oigo ruido en el pasillo que conduce á mi habitación; tararean un ária intarareable, y el redoblante de la orquesta son los tacones de unas botas, duros por mas señas, mal que le pese á mi casero, y al pavimento de su finca. La primer idea que me ocurre es encastillarme en la última línea de mi indefenso gabinete, y la segunda ponerme en pié para dar una vuelta á la llave; pero la tercera parte de mi plan, ó la primera de otro, estaba á cargo de mi amigo que se adelanta á mis intenciones alzando el picaporte, y diciéndome por todo saludo: «Qué bárbaro!» Algo me asusta el apóstrofe pero no tanto que me impida protestar el endoso sin descuento y acto continuo le replico: «Qué bruto!»

Parodiamos despues, como complemento del



saludo las chanzas de los aguadores y mozos de esquina terminando los ejercicios gimnásticos por quitarse mi amigo la levita para que le ec-

san un rasgon que se hizo en la espalda (de la levita) al dar en tierra con mi tintero, mis libros y varias otras cosas, que cuando cayó el

velador, no tuvieron un San Vicente que las dejase en el aire como al albañil de la historia. Acércese al espejo en mangas de camisa y le dá por reír á carcajadas; yo me río también porque me figuro que habrá motivo para ello. Una de las cosas que no creeré jamás es que haya quien tomando la risa por una ocupacion como otra cualquiera, mate el tiempo riendo. Desgraciadamente los muebles de mi cuarto no vuelven á su estado primitivo aun despues de restablecida la calma; y tengo esto por una desgracia, no porque yo sienta que mi escribania no sea de plata sino porque quisiera que el vidrio no fuese tan fragil. Y ya que esto fuese inevitable seria muy útil que la tinta conservase su forma sólida, cuando se rompen las paredes del frasco en que se encierra; pero estas reformas caligráficas son para mas despacio, y casi es mejor habilitar un bote de pomada para que sirva interinamente la plaza del difunto (Q. E. P. D.) tintero de cristal.

Cesan las risotadas de mi amigo, al ver en pié mi velador, y que me dispongo á escribir. Suplícote silencio, y me le otorga; pero coge una pluma, y si estuvo feliz como mozo de cordel, no lo está menos como criado de servicio ocioso, poniendo su nombre en cuantos papeles tienen la fatalidad de estar en mi mesa, y la desgracia de caer en sus manos. «Lástima, le digo, que no te llames Juan Perez, ó Manolo Fernandez, y fueses poniendo tu nombre con carbon en todas las calles de Madrid.» Y aquí lamentamos otra vez la poca estabilidad de los edificios modernos, que destruye este medio de pasar á la posteridad.

Concluye aquello por persuadirme yo de que es mucho mejor sacrificar la parte por el todo, y aunque los cascotes del tintero y los papeles emborrionados me denuncian como inmolada una parte de mi ajuar, conozco que es indispensable sacrificar otra por lo menos, y despues de un detenido exámen, resuelvo en auto definitivo ofrecer mi persona á la disposicion de mi amigo; para lo cual escondo el cuello y parte de la geta en una chalina, cubro la camisa con las solapas del gabán y ca, «narcemos» digo—*Allons*, responde el camarada, y *sans compliments* añade en tono de burla porque salgo el primero de la ha-

bitacion. Apenas ganamos la calle, me preguntan—qué hacemos?—No sé, respondo, estoy á tus órdenes, desde que te empeñaste en no dejarme escribir..... creo que para ello tendrias tu plan.—No habia resuelto nada, pero improvisaremos algo en que pasar la mañana, iremos de visitas.—De visita, á las doce, y con esta fecha que yo llevo?—Igual á la mía en un todo.—Buen consuelo.—No te apures, hombre, serán visitas de *neglissé*.—Sea lo que quieras, le dije, y en el idioma que te dé la gana. Y á estas palabras siguió nuestra llegada á casa de las señoras de M... que por desgracia suya y fortuna de mis pies era la mas próxima; pero los criados de esta casa eran incorruptibles, y la consigna inviolable. Por mas protestas y hasta súplicas que empleamos, no conseguimos nada; ellos se quedaron diciendo: «No reciben» y nosotros nos fuimos con la incomodidad á otra parte.

Y en tal parte nos recibieron con mal gesto, gracias á que cruzaba una de las señoras por la antesala, y aunque ella fiada en sus talones no se daba por sorprendida, nosotros la sorprendimos saludándola. Hízonos pasar á la sala, pretestando no estar vestida; pero para decirlo ocultó la cara en el pañuelo, y esto nos dió á entender que estaba también sin adobar. Hora y media tardó en salir, y no fué mucho porque los cosméticos se dan muy pronto, pero se secan muy tarde; y aunque nosotros (así se evitan interpretaciones maliciosas) no habiamos de estar tan á boca de abrazo que nos manchase el barniz, sin embargo no conviene secar esas pinturas al aire libre porque se hacen grietas, y el *cútis* sufre luego con la restauracion. A mí se me hizo breve la ausencia de nuestra jóven, porque mi amigo Joaquin (hora es ya que sepan ustedes su nombre) toca muy bien el piano, y á mí me gustan mucho los walses de *Straus*. Allí nos comprometieron para un concierto por la noche y nos exigieron palabra de ir al Prado. Joaquin creyó hallar la piedra filosofal en lo mismo que yo veia un prolongado tormento; él no sabia en que pasar la mañana y encontró distraccion para todo el dia.

Las dos menos cuarto serian cuando dejamos aquella casa, y aun no habian pasado quince minutos, cuando llamamos á otra, algo recelo-

sos de encontrar en la cama á sus dueños; pero nos sucedió tan al contrario que á tardar cinco minutos mas en llegar, los hallamos durmiendo la siesta. (Tal es la revolucion que han sufrido nuestras costumbres, hasta en la parte gastronómica, que nos causa estrañeza la familia que fiel á sus banderas tiene el laudable patriotismo de comer á las dos y cenar á las diez.) Apenas conocimos nuestro error quisimos botarnos á la calle, pero la campanilla nos obedeció demasiado pronto, y un sacudimiento metálico habia conmovido á la pacífica familia, en el momento crítico tal vez de estar humeando el puritano batallón de los veteranos garbanzos. Aquella pobre gente no tenia la franqueza necesaria para decir «no recibo» ni era bastante despreocupada para mover las mandíbulas en nuestra presencia. Hicieronnos pasar á la sala y unos tras de otros, por disimular, fueron saliendo todos, esforzándose en repetir que no estaban comiendo, sin observar la servilleta prendida al ojal, que por distraccion sacaba uno de ellos. Varias veces quisimos despedirnos y no nos dejaron, con cuya imprudencia dieron lugar á que uno de los niños dijese á su padre: «¿No es verdad, papá, que no acabamos de comer hasta que se marchen estos señores?» Figúrense los que alcancen á comprender todo lo terrible de esta situacion, cual se pondria la madre; y paren un poco la atencion en imaginar los diferentes colores que tomarian las mejillas de las hijas jóvenes, que veian todo su prestigio por tierra, con aquella inocentada. Porque ya sabrán mis lectores que la hora de comer es una de las principales pruebas aristocráticas que exige nuestra moderna sociedad.

Miseria de mundo!... (esclamo aunque naufrague el estilo festivo en esta exclamacion) miseria de mundo, que se han de apreciar las personas segun las horas que tengan de aplacar el hambre, y ha de valer mas el que come á las seis, importando para ello una costumbre estrañera, que el castellano legitimo que fiel á los usos de sus mayores engulle el célebre cocido á las dos en punto de la tarde! De aquí nace esa turba de necios y necias que bajan al Prado á las tres, oliendo á garbanzos, contra los esfuerzos del *Pachuli*, y dicen que comen á las seis, ape-

hidando plebe á los que encuentran de retorno para sus casas. Pero aplicando éste principio con todo el rigor de la ley, nadie mas aristócrata que el infeliz cesante ó la pobre viuda que adquiriendo una peseta á las doce, pone la comida á la una, y cubre la mesa á las ocho de la noche!

Ultimamente conozco que á llamarme Dios por algun camino, no es ciertamente por el filosófico, y dejo para otra clase de gente la sesuda tarea de regenerar sociedades; porque á mí me ocurre ahora imitar á cierto estudiante que comiendo á rancho con otro camarada, vió un hermosísimo trozo de carne en el polo ártico del plato, que era el de su compañero, y queriéndole trocar por una gran patata que habia en el antártico, hácia el cual estaba su persona, empezó á probar sus conocimientos geográficos diciendo que el mundo era una bola, y que daba vueltas y vueltas. Y á todo esto hacia girar la fuente hasta que logró cambiar los polos con sus respectivas tajadas. Pero el otro conocia bien la estrategia y replicó: «Sí, todo eso es muy cierto, pero deja el mundo conforme estaba.»

Esto quiere decir que yo me separé de mi amigo, y como la prueba de aquel día era la única que me faltaba para poner en planta una resolucion, que buena ó mala, no sujeta al juicio de nadie; he resuelto imprimir unas esquelas, que á guisa de circular pienso repartir á todos mis amigos. Y por si acaso hubiese alguno, que por ignorancia de su domicilio ó por otras causas independientes de mi voluntad, no la recibiese, he determinado reproducirla á continuacion.

Señor don Fulano de tal.

De hoy en adelante, usted en su casa, yo en la mia, y Dios en la de todos, hasta el valle Josafat.

ANTONIO FLORES.

ODA.

¡Oh! jóvenes poetas
amantes del retiro,
sin ambicion del oro
corruptible y mezquino,
enemigos del llanto

y de LA RISA amigos,
reverso de pedantes
y de necios políticos
que su mérito cifran
en mendigar destinos,
contemplándose sabios
sin ojear un libro,
permitidme os dedique
mis versos sin aliño.

Vosotros de la patria
sois predilectos hijos:
ella os contempla grata
viendo abris el camino
del gusto y de las luces
que ostenta nuestro siglo.
En sus mas bellas páginas
la historia os guarda un sitio
glorioso, cual le ocupan
coronados de mirto
Quevedo, Garcilaso,
Lope de Vega y Tirso,
y en el templo de Apolo
se verán esculpidos
los nombres celebrados
de Zorrilla, Ayguals de Izco,
Abenamar, Lafuente,
Villergas y Asquerino.
Son vuestros versos bellos
encantador hechizo
de las hermosas niñas...
¡Vuestra fortuna envidio!...
y por solo igualaros
cediera yo propicio
del Perú las riquezas,
del Asia el fausto y brillo;
pero si he de ser franco,
será fuerza deciros
que entre todos vosotros,
cual héroe el mas invicto
vibra la palma hermosa
de vencedor caudillo
don Abundio Estofado
con sus famosos guisos.

Rindamos á sus glorias
el laurel merecido,
ya que el laurel va siempre
al estofado unido.

CRISTOBAL DE LA OYUELA BUSTAMANTE.

POCO ME IMPORTA.

—
CANCIÓN.

Me dicen que medio mundo
ríñe con el otro medio,
y aunque en verdad me confundo
viéndolo así ¿qué remedio?
Caprichos conque se naec:
cada cual como mas quiere
vive y muere:
y aunque algo extraño se me hace
viendo la vida tan corta
poco me importa.

Yo sé un elixir magnífico
contra duelos tan extraños,
y son con tal específico
horas de placer mis años.
Para mí no hay amarguras;
ni pesares, ni disgustos
me dan sustos,
y aunque diz que sulco á oscuras
el mar de esta vida corta
poco me importa.

Sin opulencias me paso,
ni ambiciono honras ni oro,
ni del poder hago caso;
si no soy feliz, no lloro.
Conmigo mismo me basto
y con lo poco que tengo
bien me avengo,
y aunque cuanto tengo gasto,
siendo la vida tan corta
poco me importa.

Si leyes á nadie doy
nadie á mí leyes me dá:
donde no gozo no voy,
donde estoy mi patria está.
No me acosa odio ni envidia,
y aunque en todos los lugares
hay pesares,
si algun pesar me fastidia,
y amarga esta vida corta
poco me importa.

Un puro y una botella
durante mi esplin consumo,
y cuando acabo con ella,
cigarro y pesar son humo.
Los vapores de los dos
el cerebro me revuelven
y me vuelven
tan feliz, que ¡vive Dios!
esta vida larga ó corta
poco me importa.

Celestes apariciones
gozan entonces mis ojos,
y dichasas ilusiones
satisfacen mis antojos.
En las vagas espirales
fermentan del humo vano
de mi habano
visiones tan celestiales,
que una vida larga ó corta
poco me importa.

¿Y en qué entonces me aventaja
ningun sultan con su ópio?
Si á su alma el Edem se baja,
á mí me pasa lo propio.
A él le exalta la cabeza
su ámbar, su pipa y su vaso;
no hace caso
de sí mismo en su pereza,
y una vida larga ó corta
poco le importa.

Y á mi el licor jerezano
del puro entre el humo azul,
me hace igual al soberano
de la soberbia Stambúl.
Y en el insomnio dichoso
de la embriaguez le tutéo
y me creo
otro sultan poderoso,
y como á él, la vida corta
poco me importa.

¡Qué diablos vá de él á mí!
Llévanle al harem eunucos
á que la desuelle allí,
velado por mamelucos,

y á mí me arrastra á mi lecho
una muger cariñosa
que afanosa
se desvela en mi provecho,
con quien la vida por corta
poco me importa.

El enamora á una esclava
que hácia él, solo miedo abriga,
y á mí de aplomarme acaba
dulce beso de mi amiga.
A él las caricias le roba
su esclava durante el sueño,
y mi dueño
me vela en mi misma alcoba,
porque mi vida aunque corta
mucho le importa.

A él le hace el ópio tal vez
soñar con alguna hourí,
y ver me hace una el jerez
en cada muger á mí.
El reina en Constantinopla
y yo misero coplero
cuando quiero
de él me rio en una copla,
y de su rábia, si aborta
poco me importa.

Y á él ópio escesivo acaso
le hace ponzoña mortal
de su café, y le abre paso
á su sepulero imperial:
mientras yo libre de afan
despierto al placer mañana
con mas gana,
y aunque rebiente el sultan
y deje á la Europa absorta
poco me importa.

JOSÉ ZORRILLA.

ME IMPORTA MUCHO.

CANCION.

Es mi placer, buen Zorrilla,
hacerte la oposicion,

oje, pues, mi taravilla,
que yo escuché tu canción.
Tú con lindos versos dices
que la vida por ser corta
no te importa,
yo con versos infelices
respondo cuando te escucho
me importa mucho.

Si es tu elixir contra duelos
la docta filosofía,
los metálicos consuelos
son la medicina mía;
que aunque no soy codicioso,
no es malo que el oro sobre,
porque el pobre
siempre hace en el mundo el oso;
y el guardar algún cartucho
me importa mucho.

Tampoco aspiro á opulencias,
ni destinos ambicioso,
pues me río de escelencias
y del oropel del trono.
Odio el poder insolente,
aborrezco al despotismo,
por lo mismo
para ser independiente
contar con algún cartucho
me importa mucho.

Dices que no te dan leyes
porque tú á nadie las das:
los ricos siempre son reyes
y vasallos los demás.
Ellos al pobre esclavizan
sin que le valgan razones.
Los doblones
al humano divinizan;
y por eso algún cartucho
me importa mucho.

Las botellas y los puros
son dos posesiones bellas,
mas si tienes pesos duros
tendrás puros y botellas;
y si á las hijas de Adán
halagas con plata y oro

«Yo te adoro»
todas ellas te dirán;
ya ves, pues, que algún cartucho
me importa mucho.

Con tu jerez y tu habano...
con tu amiga... ¡que gauda!
desprecias al soberano
de la soberbia Stambúl.
Mucho tu ingenio se aguza!...
mas si está el erario exhausto,
todo el fausto
se reducirá á gazuza;
confiesa, pues, que un cartucho
importa mucho.

Y mi musa lo defiende
cual verdad de tomo y lomo:
pero el cartucho se entiende
sin la pólvora ni el plomo.
No has de olvidar un momento
que el cartucho es de oro ó plata...
que no mata...
y aclaro mi pensamiento
Zorrilla, porque el cartucho
importa mucho.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

MI LAUD.

Quando mi audaz pensamiento
mira en el *laud* la norma
del mas celeste instrumento
por su dulcísimo acento
y su romántica forma:
¿He de ser tan poco parco
que por el *violín* me pierda?
¡Yo! que me irrito si abarco
el palitroque y la cerda
que juntos forman un arco.
Y si tras dulces amores
siento de pesada murria
los insolentes rigores:
¿he de cantar mis dolores
al son de alegre *bandurria*?
¿Y han de ser *pitos* mis pautas.

ó flautas: para que á gritos
digan las gentes incautas:
unos, cuando pitos flautas
y otros cuando flautas pitos?

¿Pulsaré las teclas? No.
Válgame los doce apóstoles!
¿quién tal cosa imaginó
para que digan que yo
toco el *órgano* de Móstoles?

¿Y dar aire mí mollete?
Antes me ataran á un tronco
que mis pulmones sugete
al, á veces, elarí-ronco,
que titulan *clarinete*.

Es el *arpa* de buen porte:
pero ¿quién la echa la zarpa
si aun para andar per la corte
no bastan á su transporte
todas las galeras de *Arpa*?

Quizá el *cencerro* os agrada
á los que gustais de bronces;
mas ¿yo tocarle? ¡bobada!
que una serenata entonces
sería una *cencerreda*.

No seré yo tan cachorro.
Antes me aplane una bomba
que apelar á este socorro.
Pues ¿y el *figle*? ¿y el piporro?
¿y el pandero? ¿y la zambomba?

Vaya vaya, un instrumento
de romántica virtud
tan seductera no cuento
por su forma y por su acento
como el sentido laud.

Y si con él canto afable,
aunque una dama sensible
contienda conmigo entable;
podrá ser mas *pianible*.
mas no será tan laudable.

Yo canto mal, lo confieso;
mas no diera á pesar de eso
por el poder de Mahamud
y los tesoros de Creso
los ecos de mi laud.

Y no en soltarle se espanta
el que este aserto apechuga
porque á decir se adelanta,
que si quien manda subyuga

tambien subyuga quien canta.

Con soberano poder
el tirano y trovador
conspiran á enternecer:
unos sembrando el dolor
otros regando el placer.

Yo no soy tirano vicho
y el mandar me importa un bledo.
Lejos de eso, es mi capricho
dar buenos ratos, si puedo,
con que así lo dicho dicho.

Aunque pobres con exceso
los ecos de mi laud
no los diera á pesar de eso
por los tesoros de Creso
y el imperio de Mahamud.

JEAN MARTINEZ VILLEGAS.

NOTICIAS DE ESPAÑA Y DEL ESTRANGERO.

En Guatemala, caserío antiguo de Galicia, acaba de parir una vaca cinco chotos. El apuro para darles de mamar es grande; porque las vacas solo tienen cuatro pezones. Hay opiniones varias sobre el modo de compartir el sustento los animalitos; pero los mas estan contestes en que mientras cuatro de los cinco hermanos maman, el infeliz sobrante los está mirando como un habieca.

—Un hombre cuyo nombre se ignora, que no se sabe de dónde es, ni dónde residia, se ha embarcado no sabemos donde, sin saber á qué punto se dirige ni el objeto de su expedicion.

—Tambien se ha embarcado el emperador Nicolás en un zapato con toda su comitiva y ochenta mil caballos de la Guardia. Unos dicen que va á poner la república en Polonia y otros aseguran que viene á los novillos de Getafe. No se asusten ustedes de la gente que viene en un zapato porque es un navío que se llama «zapato» en el cual caben ochenta mil caballos de la Guardia con el emperador Nicolás y su imperial comitiva.

—Hay en Francia un lugarcillo marítimo en donde todas las mugeres tienen cara de pescado,

cuyo prodigio ha dado márgen á interesantes comentarios entre los antiguos naturalistas que han tratado de averiguar el origen de tan singular fenómeno. Mr. Alejandro Dumas asegura que proviene de que las mugeres no comen más que pescado en aquel pueblecillo, de manera que si su alimento se hubiese limitado al bacalao, se hubieran quedado sin cabeza las pobres lugareñas. Esto no parece verosímil, porque si así fuese habria habido en España ciertas comunidades religiosas compuestas de salmonetes y besugos con corona, barbas y capucha. Verdad es que no ha dejado de haber en todos tiempos va-

hientes truchas con hábitos... permítaseme esta chanzoneta sin malicia. Con todo, asegura otro sábio que el verdadero motivo del fenómeno en cuestion, es un castigo del cielo, porque allá en tiempos remotos se juntaron las mozas de aquel lugar el viernes santo, y despreciando los preceptos de la iglesia, tuvieron la criminal humorada de merendarse uca gran cazuela de arroz con pollos. Los demas sábios que han tratado esta importante cuestion opinan que las tales hembras pertenecen á la casta de la sirena, que como todo el mundo sabe es una *coalicion* de pez y de muger. Si esto es así, confesemos que



las sirenas de Francia son bien poco encantadoras. Lo más positivo es que todo esto no es más que una solemne mentira, inventada por los redactores de LA RISA para hacer reir con esta nueva estravagancia. Si no se han reido nuestros lectores, querrá decir que hemos dicho sandeces en vez de chistes, cosa muy comun en el día entre los que la echan de graciosos.

— En una accion muy reñida que han tenido en Méjico los generales Sta. Ana y Bustamante, se dice que una bomba pegó á un soldado en la cabeza y como es de inferir le dejó descabezado. Los periódicos americanos añaden que si conforme le dió en la cabeza le da en un pié, el pobre

soldado regularmente hubiera tenido la desgracia de quedar cojo.

¡ PRODIGIO DE LA PRENSA !

En Nueva-York va á publicarse un periódico enciclopédico. Está en prensa el número primero que contiene solo en el folletín la historia de Roma, la vida de los doce apóstoles y todas las obras de Scribe, Dumas y Victor Hugo, con los retratos de estos célebres literatos pintados al oleo. Las dimensiones del papel son extraordinarias: tiene cien pies de longitud y noventa y

nueve y tres cuartos de latitud. Constará de seiscientas páginas, cada una de las cuales lleva veinte columnas y millon y medio de grabados. La letra mas chica del periódico es como una alpargata, y las del título, que es *the Gnat* (1), son cada una como tres veces la campana de Toledo. Saldrá dos veces al día y se suscribe por dos reales al año.

A. y V.

LAS GOLONDRINAS CON FALDAS.

I.

Con todo ese gran chirúmen;
con tus barbas y patillas;
con tu formidable abdómen;
con tu prosa y poesía,
con tus libros é impresiones,
ni con tu apreciable RISA,
no me has de acertar Ayguals
á quien llaman GOLONDRINAS
en las afueras dichosas
de esta corte corrompida.
Dirasme, no tiene duda,
que es á ciertas avecidas
que el verano acá lo pasan
y el invierno en otros climas;
es verdad? mas no son estas
las de mi propuesto enigma.
Dígame que gastan faldas,
velo ó mantilla de tira,
zapatito abotinado,
ó abierto y con largas cintas;
grande pañuelo de manta
ó de crespon de la India:
ya demócrata abanico,
ya aristócrata sombrilla:
ya chales ó delantal,
ya es moza, ó ya señorita.

— «Basta: basta; lo acerté,
» ¡y te juro por mi vida
» que el logogrifo ó charada
» propio es de la astrología
» de aquel monarca tebanó,
» que á su madre hizo cosquillas!!
» De mas vulto *adivinajas*
» propon amigo á LA RISA.
» Esas aves que no vuelan
» y con tal calor nos pintas,
» y tan poco disfrazadas
» con toda tu algaravía,
» son Luerecias ó Amazonas
» del cuchillito en la liga,
» que produce el *Avapies*
» ó el barrio de *Maravillas*...
» MANOLAS serán, no hay duda
» las del ponderado enigma:
» gastan zagalejo corto;
» y á veces larga basquiña,
» segun el fuerte que tratan
» de rendir las tales niñas.
» Héte aquí en todo resuelto
» el problema GOLONDRINAS.
— Eche usted por la otra acera
adivino de LA RISA.
— «No son las MANOLAS? — No.
Te lo digo? — «No lo digas:
» que por mi fé he de acertarlo,
» aunque pierda la camisa.
» Serán las que solo visten
» de elegantes señoritas:
» las que habitan los extremos,
» en casas grandes y chicas,
» es decir, el cuarto bajo,
» ó la incómoda boardilla:
» y á veces el principal,
» si hay marchantes de cuantía.
» Las que en llegando la noche
» por calles y travesías
» con el seductor ¡*cé!... ¡cé!*..
» el saludo y la caricia,
» y el sonrosado color
» de tersa y blanca mejilla,
» debido, sino á natura
» á estrangero perfumista,
» hacen de imberbes mancebos
» mil pasageras conquistadas.

(1) *The Gnat* significa en inglés *el Mosquito*. ¿Dónde iríamos á parar si se titulase *el Elefante*?

» Aquellas, que si preguntas
 » por su alcurnia ó gerarquía,
 » hijas son de generales,
 » de intendentes, ¡ que desdicha!
 » del gran TAMBORLAN de Persia,
 » ó emperador de la China:
 » parientas del conde *embute*
 » ó de la condesa Ulrrica.
 » Las desgracias, los trastornos,
 » las guerras y cesantías,
 » pudieran solo traernos
 » á esta vergonzosa cuita!
 » Así dicen; si las crees
 » tienes que darlas usia.
 » Estas, no haya duda, estas son
 » tus propuestas golondrinas.»
 — Si esas fuesen Wenceslao,
 crees que las nombraría
 con el sencillo epíteto
 de cándidas avecillas?
 No por cierto: el de *lechuzas*
 era el que les convenia,
 pues sorben, sino el licor
 que producen las olivas,
 el oro, la plata y cobre
 que en los bolsillos atisban,
 y envueltas con el metal
 cosas... de grande valia...
 dejando salú y dinero
 casi en las postrimerias.
 Vá de dos, y no acertaste:
 te rindes? — ¡ Oh que mania!
 » Serán... y si ahora no acierto
 » explicarás el enigma:
 » Las marquesas de estropajo,
 » las que saliendo á la sisa,
 » tempranito y muy compuestas,
 » se estan las horas perdidas
 » hablando con sus *gachés*
 » por esas calles y esquinas,
 » aunque el ama se espeluzne
 » y aunque grite, gruñe y riña.
 » Las doncellas... de labor:
 » las señoras de cocina,
 » estas son, si no acerté
 » no quiero seguir la pista.
 — No acertaste, y vá de tres.
 Escúchame por tu vida.

II.

Hay gentes en esta córte,
 y algunas lo son de cuenta,
 que el estado de su bolsa
 es, por su contraria estrella,
 estar limpia por adentro
 y muy sucia por afuera.
 Estas gentes se dividen,
 pues dividirías es fuerza,
 en personas de ambos sexos:
 es decir en machos y hembras.
 De cuenta las califico,
 y son de cuenta y de cuentas,
 pues cuenta tienen con sastres,
 con zapateros, con tiendas,
 aguadores y caseros,
 la tahona y la lechera,
 todos son sus acreedores
 escepto las lavanderas,
 y sin embargo su ropa
 está limpia, blanca y tersa.
 Antes que llegue el domingo,
 antes que llegue una fiesta,
 las hembras de estas familias
 las ninfas de la pobreza,
 sean altas sean bajas,
 sean jóvenes ó viejas,
 sean bellas como houris
 ó como un coco de feas;
 todas se bajan al río
 á lavarse la decencia:
 lavanderas exclusivas
 de sus exclusivas prendas,
 son por este exclusivismo
 llamadas, ¡ Quien lo creyera!
 GOLONDRINAS perdurables
 por las que ejercen la ciencia
 con el jabón, agua clara,
 blancas manos y paleta,
 la ciencia: el arte sublime
 de peritas lavanderas. —
 «Chica, ya bajan las aves.»
 Dice Colasa á Manuela.
 » Como estamos en verano
 » salen de sus huroneras:
 »; no vendrán el mes de enero
 » con frío, escarchas y nieblas!!

» Señorita? oígame *usté* :
 » aquí tiene banca *güena*,
 » y aquí hay un gran *tendeero*,
 » aunque es de esparto la cuerda
 » y podrán hacerse daño
 » esas manitas tan bellas.
 Otra grita: « Señá usía,
 » la de los bucles y trenzas,
 » que siempre serán postizas
 » y compradas en la tienda;
 » el *tendeero* y la banca
 » que ocupa *usté* sepa, prenda,
 » que á mí todilito el año
 » me cuesta *güenas pesetas* :
 » con que si quiere lavar
 » á otra parte con la fiesta.
 — Como no lo usaba usted! !
 — «; Nos viene con linda fresca!
 » Cuando me *hé* la *regana*,
 » y el *repechucho* lo quiera
 » lo usaré, que es muy remío.
 » Mire *usté*, si tiene muelas
 » lárguese del *tendeero*
 » sino presto saldrán *juera*.
 A tan grata insinuación,
 desocupa banca y cuerdas
 la golondrina prudente
 y de aquel sitio se aleja.
 Si por desgracia se opone
 á esta y otras exigencias,
 anda listo el vapuleo
 y el *frontispicio* se ostenta
 de la cuitada *avecilla*,
 de la indiscreta *parlera*.
 Y al paso que de las manos
 usa con tanta destreza,
 la *furibunda náyade*
 de las orillas *soberbias*
 del Támesis castellano,
 también la sin hueso suelta:
 la sin hueso! ¡ Virgen santa!
 ¡ La sin hueso! la *lanceta*,
 que sangra á diestro y siniestro
 las honras, vidas y haciendas.
 Sosegado ya el tumulto,
 apaciguada la gresca,
 y cada una en su sitio,
 y cada cual en su hacienda,

empieza la algaravía
 de rifas, cartas y ventas.
 «Al *escacheche* mejor.
 »A la sardinita fresca.
 »Para la ropa *arfileres*.
 »A la rosca blanca y terna.
 »Pelonas, que están calientes,
 »¿quien llama á la *bañolera*?
 »Mis aceitunas, muchachas;
 »de Andalucía las *güenas*.
 Si compran las golondrinas
 murmuran las lavanderas:
 — »Chica, si te cuesta poco,
 »eche *usté* la taza *yena* :
 »atras viene quien lo paga
 »*sople* *usté* el arroz que *quema*.
 Si no compran y no hablan
 tampoco las dejan quietas.
 — »Será *mua* esa señora?
 — »No que es monja *ricoleta*,
 »y como ahora no les pagan
 »regular es que no tenga
 »ni un cuarto *hora* é lugar
 »*pá* coser la *faldriquera*.
 — »Calla, muger, no *arrepapas*
 »en que la *probe* es muy fea?
 »¡ Ah! si: y no tendrá devotos
 »que se acerquen á su iglesia.—
 — Con el cabello enrespado,
 dando voces, se presenta
 una esfinge ó una parca,
 una *cogitranca* vieja,
 con facciones infernales
 de *avechucho* de tinieblas,
 que ni es bruja ni gitana,
 aunque á entrambas se asemeja.
 »Quién quiere saber su suerte?
 »á las cartas, la *cartera*;
 y jugando con los naipes
 de una baraja *mugrienta*,
 sus horóscopos descubre
 no solo á las lavanderas,
 sino á cuantas se aproximan
 para saber de su estrella.
 A nadie anuncia pesares:
 á todas deja contentas.
 Si muchos cuartos la dan
 hasta las hace princesas

trocando en lobas altivas
á las mas simples ovejas.



Apenas ha terminado
su astrolávica tarea
la horrenda imagen de Cloto,
nueva escena se presenta.
»Quién echa, muchachas, quién
»á la rifa? Que es muy buena:
»un vízcocho como un pan
»y dos pares de calcetas.
Lleva en la derecha mano
la muger que esto vocca,
como la bruja, otros naipes,
otra baraja mugrienta.
Acuden las golondrinas,
acuden las labanderas,
y la tahura entre todas
distribuye las tarjetas,
supuesto anterior subsidio
de medio real por cabeza.
La agraciada por la suerte
jamás se queda contenta.
»Este bizcocho está duro,
»estas calcetas son viejas:

»es un robo, es un cagaño»
y la ambulante lotera
sino procura escurrirse
segura lleva una felpa.

Basta, pues, querido Ayguals,
aquí cesa mi tarea:
aquí cesa, y por Dios santo,
mucho que decir me resta.
Ya sabes que yo frecuento
los figones y tabernas:
San Isidro, Chamberí
y la fuente de la Teja:
sin otros lugares propios
de la gente de mi esfera.
Un veterano aguerrido,
que cuatro galones lleva
allá en la siniestra manga
de su vetusta chaqueta,
no baja jamás al Prado
los *soirées* no frecuenta.
Mas en cambio, si tú gustas,
te hará relacion estensa,
sea en prosa ó malos versos,
ó sea como tú quieras,
de lo que pasa entre gentes
de mi estofa y mi ralea.
Pero mucho hemos hablado:
Adios: hasta la primera.

FRANCISCO ROBELLO. (*Tío Fidel.*)

EL BURRO.

Es el burro un animal
que yo necesario juzgo,
ni mas que el hombre ni menos
para poblar este mundo.

Sin embargo, las historias
parciales en grado sumo,
nos hablan del primer hombre
y no hablan del primer burro.

Yo por ignorancia callo,
aunque mas fácil presumo
saber del burro primero
que conocer á los últimos.

Cada pais de la tierra
tiene diferentes usos.

y dá diferentes nombres
siendo los objetos unos.

Y así como á los Franciscos
se les dá el nombre de Curros,
Pacos, Paquitos, Pachines
y últimamente Farrucos:

El burro solo en Castilla
donde el idioma es muy puro
suele llamarse borrico,
burro, pollino, asno y rucio.

Burro lo entienden los mas
por sinónimo de bruto;
yo probaré con razones
que es muy sociable y muy culto.

Ningun perro nace dócil,
muerte tan solo por gusto,
y al que le atusa la espalda
responde con refunfuños.

Un gato domesticado
es muy mansito, muy cuco;
pero suele al que le besa
dar en la lengua un rasguño.

Hasta el hombre es una fiera
despues de tantos estudios,
á cuyo lado resalta
la amabilidad del burro.

¡Pobre bestia! Desde niño
sabe con harto disgusto
que recibir carga y leña
fué su mision en el mundo.

Mas nunca lágrimas vierte
y este dolor es muy dano;
que el corazon no descansa
sino llora su infortunio.

Es austero como un sábio,
sombrió, meditabundo.
Cuando le pinchan dá coces,
cuando le sueltan rebuznos.

El burro y el diputado
piensan acordes y á duo;
el uno piensa cebaba
y el otro piensa discursos.

Bien que la raza del asno
á cuanto se estiende dudo.
Yo creo que hay burros bípedos
conforme los hay cuadrúpedos.

Y sino, tarda un muchecho
en aprender que es gerundio,

¡burro! le dice el maestro
y le aburre con insultos.

Hay un médico de fama
tenido por hombre ducho?
Pues es un burro en concepto
de alguna huérfana ó viudo.

Hay un militar valiente,
proezas hace de bullo.
¡Valiente burro! responden
los envidiosos del triunfo.

Es un sábio el abogado
mientras gestiona con fruto;
pero pierde en la sentencia
¿qué es el abogado? un burro.



Y no insisto en estas citas
porque de probar concluyo
que Dios crió burros bípedos
conforme los hay cuadrúpedos.

Las costumbres del borrico
son propias del genio suyo;
ni es jugador, ni vicioso,
ni gasta en vino ni en lujo.

Un cuartillo de cebada
cada dia y sobra mucho;

y con tan poco alimento
rema y rema... como un burro.

Con una criba de paja
trabaja y anda robusto;
mas paja gastan los hombres
y hacen menos que los burros.

De los mandamientos diez
apenas quebranta alguno.
Ni sabe mentir ni mata
ni á nadie calumnia injusto.

Ni es ladrón ni irreverente,
ni jura mal porque es mudo;
nunca va á mozas el tonto,
pero va á burras el tuno.

Aunque á veces se pronuncie
es un patriota tan puro,
que á nadie pide destinos
¡oh abnegacion sin segundo!

Y acá cuatro botarates
toman grados y peculio
y títulos por gritar:
¡quiero medrar! ¡me pronuncio!

El destino del pollino
es de baja esfera, oscuro,
porque al par que es caballero
no tiene ambicion ni orgullo.

Ya de un arriero al servicio
cruza terrenos incultos,
llevando palos y oyendo
el *taco* y el ¡arre burro!

Ya detras de ¡la nabera!
¡buevos frescos!—aunque duros—
todas las mañanas corre
la córte punto por punto.

Ya para salir al campo
le rinde el gañan forzado,
ó el párroco de la aldea
con mas tripa que un besugo.

Ya por esas bocas calles
atraviesa el muy cazurro,
sembrando si va con yeso
la desolacion y el luto.

Uno que se cae de hocicos
dice: ¡me gusta el saludo!
otro sin caerse bufa
temiendo enfermar del susto.

Y el que lleva frac de Utrilla
muy sopladito y muy pulero,

¿qué no dirá al verse gris
desde los hombros al... muslo?

Y es el burro tan perverso
que viendo un mocito curro,
como el rayo al para-rayos
se le echa encima al minuto.

El porvenir del pollino
es miserable, es inundo;
cargado de leña y hambre
baja infeliz al sepulcro.

¡Cómo ha de ser! ¡pobre vicho!
Mas vale verle difunto
que bajo las garras fieras
de los gitanos verdugos.

Que á trueque de que respingue
y salte valles y sorcos,
con cataplasmas de acero
curan sus males de ayuno.

Pero los romances largos
dan mas empacho que gusto.
No mas paja; alguna vez
hemos de caer del burro.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

INCENDIO DEL POLVORIN.

Todos los periódicos al dar noticia á sus lectores de este notable acontecimiento, lo han denunciado como arma de partido; como si fuera posible que los hombres de partido apelasen á tan impolíticos medios. Los redactores de LA RISA se puede decir que somos el directorio, la representacion de un partido inmenso que ha de arrollar á todos los demas partidos, esto es, del partido del buen humor. Y por eso habiamos de incendiar el polvorin para esterminar á los taciturnos? Eso seria bueno cuando los taciturnos vivieran todos en un barrio ó en una misma casa, pero no cuando para matar á veinte contrarios nos espusiéramos tambien á acabar con la vida de otros tantos amigos. Nosotros sabemos y vamos á denunciar el nombre del autor de tan horrible desacato, y esperamos que el gobierno, sino quiere que LA RISA le haga de hoy mas una oposicion virulenta y sistemática, castigará con

mano fuerte al perpetrador de un crimen que no tiene ejemplo en los anales del mundo. Pero antes daremos noticia a nuestros lectores del suceso.

La capital de Madrid no existe; ha desaparecido del catálogo de los pueblos, según los rumores esparcidos en la mañana del 23 de setiembre, día de San Lino y Santa Tecla, *Tempora, Ordenes, Sol en Libra y entrada del Otoño*, todo lo cual recordamos por el influjo que pudo tener en que volase el polvorin. Cuando los habitantes de la corte abrieron los ojos, despertados por el estrépito de la inaudita detonación, lo primero que creyeron, y así lo respondían al que preguntaba la causa de aquel ruido, fue que se había hundido la casa inmediata. Y como el vecino del número diez decía que se había hundido la casa número once, el del once decía que la del doce y así sucesivamente, resulta que Madrid se quedó sin casas aquel día por confesión explícita de sus moradores.

Hay quien asegura que tan horrible proyecto estaba preparado por una coalición de vidrieros y albañiles, para tener que hacer otro Madrid y ganar dinero á costa de la ruina de sus semejantes; pero esto no lo podemos creer por que aunque los vidrieros han hecho su negocio con los millares de vidrios y cristales que han tenido que poner despues, ni estos, ni los albañiles han podido coaligarse con el verdadero autor del atentado.

Dicen que el daño causado en algunos edificios fue bastante grande; yo no creo tal cosa: al menos no les oí quejarse y mas bien tuve el gusto de ver una porcion de casas bailando rigodon de contento. Aquí se encontraba un guardacanton haciendo un paso de gabota; allá una chimenea haciendo cortesías. Uno se quedaba sin frac que se escapaba á las nubes, á otro se le desertaba una oreja, á otro venia un casquito de granada y le quitaba la nariz sin duda porque no olierá la pólvora. Lo cierto es que á muchas leguas de Madrid se ha visto diluviar por espacio de dos días una espantosa granizada de cabezas, dedos, piernas y otros miembros de especie racional. A un caballero que iba á tomar leche de vacas, le pegó una casa que iba á galope tal porrazo, que le echó por tierra el sombrero y la

peluca, y uno y otro se quedaron bailando un patedú.



Las municiones voladas según relación de otros periódicos, consisten en una tapia del polvorin que no es munición, pero parece de munición: 700,000 cartuchos de fusil, 1,000 de cañón, 16,000 espoletas, 800 granadas y 123 quintales de pólvora. Ojalá no hubiera quedado nada en el mundo de este enemigo mortal nuestro; aunque no sea mas que por lo que hace llorar. El mayor daño que este incendio ha ocasionado, parece que ha sido en un melonar de Chinchon, del cual volaron una infinidad de sandias que parecían bombas por el aire, y estos sin duda han sido los síntomas de pronunciamiento tan cacareados por los periódicos. Hay melon que todavía anda por las estrellas. No quisiéramos nosotros que nos cojera debajo cuando caiga!

También ha perjudicado á las embarazadas, y hay muger que malparió y no ha vuelto á ver el chiquillo. ¡Con qué violencia saldría la criatura! Puede que ande también por los aires comiendo melones á costa del pobre melonero de Chinchon. Y si tales han sido los estragos del polvorin, ¡qué hubiera sido si se hubiera llamado polvoron!!!

Ahora que hemos detallado las calamidades que ha producido el incendio del polvorin, vamos á nombrar al delincente por mas que nos sea repugnante hacer el papel de delatores. El autor de tantas desgracias no es ayacueho, ni progresista, ni republicano, ni albañil, ni vidriero: es un ex-frate malvado de la orden de San Francisco llamado fray Bertoldo Schwartz, aunque el padre Feijoo dice que Schuvart: pero yo creo que Feijoo se refiere al mismo que yo.

por que ambos nos referimos á un religioso franciscano alemán, que allá por los años de 1378 (1) tuvo la desvergüenza de inventar la pólvora. Pero á bien que el cielo castigó su delito no dejándole vivir hasta mediados del siglo XIX. ¡Qué mas hubiera querido el tal fraillote que recrearse en el incendio del polvorin!

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

EPÍGRAMAS.

Pájaros de mil colores
en una jaula cerrada
presenté y dije á mi amada: —
«¿ cuál te gusta mas, Dolores?»
—«¿ Quieres que mi gusto indique?
pues mira (dijo), Gonzalo,
dáme para mi regalo
un pájaro que no pique.»

JOSÉ BERNAT BALDOVI.

La hija de don Gonzalo
burlóse de Federico,
que, blasonando de rico,
llevaba un paraguas malo.
Se amostazó muy en breve
el fatuo, y dijo confuso:
«este paraguas no lo uso
sino los días que llueve.»

A. RIDOT Y FONTSERÉ.

(1) Los amigos de este fraillote para que no se le persiga: salen ahora con la embajada de que el verdadero autor fue Rogero Racon, religioso inglés. Otros, y por cierto compatriotas nuestros como Pedro Mejía y don Pedro, obispo de Leon, suponen que por el año de 1343 ya don Alonso el sabio en un sitio contra los moros tiraba cañonazos, y si tiraba cañonazos es de suponer que seria con pólvora. Mr. Du-Cange dice que en el año de 1338 estaba conocida en Francia. Bien se conoce que el tal era francés. Pero si el objeto es librar al susodicho fraile del castigo que le espera, todavía podremos dar á la invencion de la pólvora mas remota antigüedad, atribuyéndola como Talleyrand á Jesucristo, el cual (Mr. Talleyrand) tiene la ocurrencia de decir que este padre de la iglesia no fue preso por sus enemigos y los nuestros, sino por la justicia (¡vaya una justicia!) que le sorprendió tirando cohetes y haciendo otros fuegos artificiales, que suponian no solo la invencion sino la inversion de la pólvora.

GLOSA.

—
*Estaba Napoleon
con San José de bracero,
y se le cayó el braguero
porque se rompió un boton.*

—
En la toma de Granada
un príncipe aragonés
dió tan soberbio revés
con el filo de su espada,
que la morisca asombrada
huyó toda en dispersion.
En esto anunció Sanson
con el semblante alterado,
que en la taberna de al lado
estaba Napoleon.

—
Cuando don Pedro el Cruel
á la vista de Tolon
juró la Constitucion
con el gran Roberto Pél,
le apellidaron infiel,
traidor y mal caballero,
mas él cojió su sombrero
y como buen español
tomó por la ronda el sol
con San José de bracero.

—
Le nombraron intendente
á Robespier, de Madrid,
por quedar cesante el Cid
que lo fué interinamente;
pero, amigo, de repente
le salió en el pié un uñero:
que venga, dijo, un barbero,
pero viendo que tardaba
se fué á ver si le encontraba
y se le cayó el braguero.

—
Salieron á pasear
Ciceron y Calomarde
hablando toda la tarde
por las orillas del mar,
Era el caso averiguar
de qué murió San Simon,
si de parto ó sarampion,
y al cabo dieron por cierto
que este santo habia muerto
porque se rompió un boton.

RAMON GARCIA LUNA.

LA RISA.

POLÍMETRO FILOSÓFICO

Bien cumple á LA RISA, sarcástico duende,
de lindos recursos á sombra y á sol,
que apúrense en ella, donosos por ende,
los tonos distintos del canto español.
Venid doncellitas de lábios de rosa,
y dientes de nacar y talle gentil:
á par de las viejas de cara rugosa,
y vizcos ojuelos y ajado perfil.
Senectos, viriles, adultos, chiquillos,
edades del hombre revueltas llegad:
y al mar arrojando molestos pelillos,
en plácidos coros de risa bailad.
Si alguno entre tantos, de muelles se alfoja
y enturbia mantillas con geta infantil,
á nadie, queridos, de susto le coja
y el caso celebren con risa pueril.

Sobre las ruinas de la antigua Atenas,
risa inmortal, hallóse tu inscripcion:
y en los escombros de la gran Palmira
tambien tu nombre, al remover, se halló.
Los ecos de Herculano y de Pompeyo
proclaman lentos en doliente son:
mentira y farsa, vanidad y risa
las glorias de este mundo engañosor!
Tú sola á los imperios sobrevives
de una en otra rural generacion:
tú sola haces al hombre tolerable
de los hados el bárbaro rigor!
Ora brille fastuoso en la opulencia,
ora le albergue mísero un rincón:
ora entre luchas hórridas de Marte,
ora en las lides lúbricas de Amor!

El que necio á la banda se cierra,
del esplin y la tisis en pos:
viento en popa con rumbo á Inglaterra,
surque el charco, bendito de Dios.
No en mi patria la peste inocule
infestando su risa quizá,
mientras en lábios iberos circule
á sus hijos robustos verá.
Si la insulsa política fria
nuestro gozo viniere á entibiar,

rechacemos su rancia mania,
que *mandones* nos han de sobrar.
¡Fuera cuentos! y démonos prisa
á vivir en constante labor,
del trabajo se engendra la risa,
de los ócios el tétrico humo.

Hay en el mundo ciertos seres
de *Catoniana* gravedad,
inaccesible á los placeres
de la risueña sociedad.
Cuando los hallo, nunca puedo
la risa mia contener,
y les apunto con el dedo...
como animales muy de ver.
Hay otros entes, al contrario,
que á todo rien sin compas,
pero de un modo estrafalario
y convulsivo por demas:
Los dos extremos perjudican
notablemente á la salud:
hay que evitarlos, si se indican
en demasiada plenitud.

Cuando un maton desafia
á otro que reñir no quiero,
le aconsejo que se ria
al que las paces prefriere.
Porque á fuerza de reir,
y á puro cerrar y abrir
la boca desmesurada,
la que insistia en reñir
suelta al fin la carcajada.
Cuando regaña un amante
con la niña de sus ojos,
es de ver como al instante
truecan los graves enojos,
en caricias, en ternezas,
risotadas y placer:
¡dulce risa! qué grandezas
parodiarán tu poder!

Y en amable registro,
y con descenso manso,
va mi pluma de ganso
tu poder á contar:
cual repleto ministro
del ex en la mañana,

sobre muelle otomana
se siente deslizar.
Eres risa, tan bella,
eres tan grata risa,
que cosa mas precisa
no le ocurriera á Dios.
Porque legando en ella
su divinal consuelo,
deja entrever el cielo...
¿y quién no brinca en pos?

—
¿Hay cosa mas bella
mas digna de amarse
que el ver agitarse
de hoyitos un par?
La hermosa doncella
se rie, cautiva;
si es fiera y altiva,
no logra encantar.
El hombre risueño
dó quiera buscado,
de todos amado
dó quiera se vé.
Al hombre de ceño
dó quiera temido,
de nadie querido
dó quiera le hallé.

—
A nadie, empero,
risa reveles
que á gloria hueles
del Hacedor:
porque no quiero
que el orbe todo
ria de modo
que haga furor.
Ello es sabido
que sin tu ayuda,
la tierra muda
yará dó quier:
y el que ha nacido
para habitarla,
sin alegrarla...
¿qué puede hacer?

—
Nacen todos
sin camisa,
dando risa

su llorar:
por los codos
hay que hacerlo
sin poderlo
remediar...
Ay! la vida
fuera cosa
triste y sosa,
dura y cruel:
si florida
no la hiciera
placentera
risa fiel.

—
Mi musa
canora
te adora
con fé:
confusa,
sumisa,
de risa
ni aun vé.
Suspende
tu brio,
me rio...
piedad!
Cual duende
me acosa,
temosa
deidad!

—
Poco
puedo,
cedo...
sal!
Loco
vago,
me hago
mal!
Pero
mira,
tira
bien.
Quiero
reirme;
firme
den!

Estremos
de gozo,
de mozo
serán:
Cantemos
prolijas
las hijas
de Adan.
Sin cejas,
pestañas,
arañas
de halcon.
Cien viejas
risibles,
¡qué horribles
que son!

—
De sus bocas
desdentadas,
carcajadas
al salir:
como locas
se escarnecen,
y merecen
seducir.
Los amantes
de estas niñas,
no arman riñas
por amor:
sus instantes
vizca cela
cada abuela
con furor.

—
Y si un perjurio
cebare ingrato
en otro plato
capricho infiel:
es bien seguro
que á su apetito,
daránle un frito
de rabia y hiel.
Pícaro perro!
por comistrajos
dejar pelgajos,
huesos y tos!
En un encierro
morir debiera,

el que se fuera
de otras en pos!

—
Las verdes mozuclas
no abrigan caletre,
cualquier petimetre
las hace falsear:
Las graves abuelas
no temen escollos,
cualquier zampabollos
se pueden zampar.
Las niñas del día...
valientes pendangas!
por ciertas eharangas
se pirlan... que ya!
¿Y quién osaría
decir, que las viejas
por correr parejas...
se pirlan quizá?

—
¡Ay del que venda jóvenes
su personita cuca,
de la vejez caduca
á la avidez voraz:
qué veces mil le roben
hasta dejarle ciego,
dos ojos ¡ay! de fuego,
antes, la dulce paz!
Es como flor lozana
en pompa matutina,
la joven peregrina
alíjose de amores fiel.
Pero la mustia anciana
flor de la noche oscura,
deguella al que asegura
chupando sin cuartell

—
El célibe vegetorio
que arde en amor chavacano:
no tiene el cerebro sano,
ni garantido el sensorio.
Buscar amor por amor
á los cincuenta es bobada,
que requiere encerrada
de las de marca mayor.
Cuando he visto en ocasiones,
á un vejete almidonado
rondar tieso y perfumado

de una niña los balcones:
dije para mi coletó,
ni envidiado, ni envidioso,
á ese pobre que hace el oso
un par de astas le prometo.

—
Y es una risa y un buen rato,
que mucho debe divertir,
ver al caduco celibato,
galan hacerse y seducir:
por mas filósofo que sea
si amor le toca al corazón,
cubre su calva el gran haden
con un gracioso pelucon.
Y hay que soltar la carcajada,
si fino el hombre al saludar,
ve la peluca infiel pegada
á su sombrero por azar.
Con una airosa zapateta
desaparece el buen señor:
y se le rie la coqueta
en sus barbas, del torpe error.

—
Cuando un hombre se ve sin camisa
cual su madre una vez le pariera,
el audaz chocarrera dijéera
que sus carnes se mueren de risa.
Pero el libre filósofo humano
pensaría con harta cordura,
que es el tipo feliz de Natura
aquel pobre patan ciudadano.
Yo que admiro y venero la ciencia,
yo que voy de las luces en pos,
sin embargo me digo en conciencia:
de esos tipos apárteme Dios!
Y si debo morir de risa,
no se mueran mis cuartos al menos,
que el buen tono requiere camisa...
y los duelos con pan duelen menos.

—
En la vetusta antigüedad notables
dos raros hombres señalarse pueden,
cuya doctrina en páginas durables
al pensador las crónicas conceden.
Demócrito, filósofo profundo,
las locuras del hombre escarnecía;
Heráclito, los males de este Mundo
por el hombre lloraba noche y día.

Aquel les apuntaba con desprecio
de pura risa tropezando loco:
este llorando á mares, como un necio,
íbase consumiendo poco á poco.
Ciento veinte años respiró el primero
sin un vislumbre tétrico quizas:
el otro en un inmundo basurero
cumplirse viera treinta y seis no mas.

Ejemplo terrible, que aciago revela
de los Jeremías el trágico fin:
aviso á las bocas sin diente ni muela,
lección á los sándios de triste magín.
De hoy mas vida nueva: despójense todos
del ceño que arruga la frente mortal;
y adopten corteses, maneras y modos,
que cambien felices el órden social.
En este sentido con voz imponente
os predicaremos la revolucion:
guerra á los abusos! caiga lo existente!
viva la risueña regeneración!
Y quede sentado, que solo la risa
al alma reporta sosiego y solaz:
y al hombre en la tierra que rápido pisa,
donosa procura magnífica paz!

VICENTE ALVAREZ MIRANDA.

EL TAMBOR.

CANCION.

Música de D. Mariano Soriano Fuertes.

Llenos de vino los cueros
y harto el hombligo de pan,
vamos al campo guerreros.
Ra-cataplán-parram-plan!!!

Ganemos en guerra cruda
de victoria la guirnalda
y demos al que no acuda
cuatro almendras por la espalda

El que cobarde se asombre
de mi redoble al compás,
tendrá pantalones de hombre
y de muger lo demás.

¿ Quien al ruido del tambor

de entusiasmo no se inflama?

¿ A quién no punza el honor
cuando la patria le llama?

Ya en patrio fuego abrasados
los corazones están

cataplán!

y sus atroces pecados

los contrarios purgarán

ra-cataplán!!

¡ Al combate, batallón,
marchen, arma á discreción!!!...

Ra-cataplán-parram-plan!!!

La sangre en las venas arde,
paso de camino y largo;
y haga el que llegue mas tarde
veinte guardias de recargo.

¡ Ay! ya el enemigo avisa
que no le habeis de alcanzar
porque tiene mucha prisa
y no nos quiere esperar.

¿ Quién de canguelo suspira?

¡ Viva España! ¡ Una canción!

— Tran laran lan lara lira,
tran laran lan laranlon.

¡ A la lid soldados fieros
y cúmplase nuestro afán!

cataplán!

¡ Al campo bravos guerreros
y arda Troya voto á san!

ra-cataplán!!

Himnos entonad á España,
que ya el tambor acompaña:

Ra-cataplán-parram-plan!!!

¡ Vive Dios! ¡ con qué donaire
huye el enemigo perro;
como águilas por el aire,
como liebres por el cerro.

Corramos nosotros mas,
y ande la lanza y cañón.

¡ Tente cañalla! zís! zás!

pam! pum! pum! pomporromp!!!!

Que ni uno solo se vaya
del monte por la espesura.

¡ Leñazo, y corra en Vizcaya
un Ebro de sangre impura!

Ah! de la vida reniego

si de mis garras se van.
cataplan!
 ¡Preparen! Apunten! Fuego!
 ¡Qué lástima de alquitran!
ra-cataplan!!
 Dan de rendición la seña.
 No haya cuartel; leña! leña!
Ra-cataplam-parram-plan!!!

Aquí espira un ciudadano
 Soldados! saña y valor!
 Los lamentos del hermano
 den al hermano rencor.
 Ya el ruin enemigo cede
 quiere perdon el pipiolo.
 ¡Duro en ellos, y no quede
 para contarlo uno solo!
 Cantemos que ya respira
 de alegría el corazón.
 Tran laran lan laralira,
 tran laran lan laranlon.
 Vamos, bravos, de continuo
 á descansar de este afán.
cataplan!
 Con diez leguas de camino

segun dice el capitan.
ra-cataplan!!
 A Dios cerros y escarpadas
 hasta otra vez camaradas.
Ra-cataplam-parram-plan!!

Hoy no hay prision ni recargo.
 ¡Sus! á dormir, batallou!
 paso de camino y largo.
 ¡Marchen! arma á discrecion!
 Ya la aldea se alborota,
 ya la patrona nos llama
 para compartir patriota,
 sus manjares y su cama.
 No tendremos desafío
 por eso niña de Dios.
 Bien está; lo mio mio,
 y lo tuyo de los dos.

Ya piden vino los cueros,
 ya quiere el hombligo pan.
 ¡Al rancho! ¡al rancho guerreros!
Racataplam-parram-plan!!!

JUAN MARTINEZ VILLERGA.



Mirando signos celestes
 el celestial don Ambrosio,
 con Monsieur de Perroquet
 tuvo el siguiente coloquio:

«Nada veo!... Ya es inútil!...
 se me baja el telescopio!...»
 — «Si este mirra per l'izquierda
 traverá le Copricornio.»

PERCANCES NOCTURNOS.

Trastornado y todo revuelto está el gabinete de Clarita; de tres criadas que hay en la casa, dos andan al retortero y como palominos atontados; su vetusta madre, doña Baltasara esta que trina, pues con el aderezamiento de su única hija no ha dado de comer á la perrita Estrella, ni al galguito inglés Cupido, objetos de su predilección. El tocador parece un cuartel general; allí pomadas de todas clases, cepillos para los dientes, para el pelo, tenacillas, jabon de olor, peines... en fin, todos los chismes de errar bola. Tres veces ha tenido que llamar una criada á la modista, pues segun la fastidiosa Clara, el vestido de moaré que estrena aquella noche, le hace una arruga en el talle. La madre se despepita por encontrar aquellas flores que adornaron sus sienas *in illo tempore*, cuando se casó Carlos III. Abrir y cerrar cajones, pero en vano. Ya por último abre una cómoda y las encuentra, tan pronto quiere cerrar que se ceje los dedos, y ¡aquí fué Troya! tira las flores y caen en un brasero recién encendido, y se arma en el gabinete una chamusquina de trescientos mil demonios. Acude una criada á socorrerla, y Clara la dice: «Antes es vestirme yo, que favorecer impertinencias» á lo que contesta la madre echa una furia, amenazándola con un silletazo. Clara es inalterable y sigue apretándose el corsé que es una bendicion de Dios. Se pone el rico zapato de tabinete, el gran pañuelo merino, su gorro de terciopelo de casa de Madame Petibon, su sombrillita, que aunque está para llover, *es la moda*; pone agua de colonia en su pañuelo de batista, y hete aquí, *risueño* lector, una coqueta á toda vela. La vieja acartonada echa maldiciones sin tino por aquella boca de descomunión, pero

predicar en desierto
sermon perdido.

¿A dónde se les figura á ustedes que va tanto lujo? á un teatrillo casero y de mala muerte de la calle de Gitanos, en el que aquella noche hace Simon Tragaldabas, amante presunto de Clarita, el papel de don Frutos en la comedia *El*

Pelo de la dehesa, y ha convidado á su novia á la funcion, y así es que esta se pone de punta en blanco por *dar golpe en el salon*, y porque la echen el lente y cosas por el estilo; y aquel anda mas hueco que una vela mayor de un navío navegando con viento fresco á la cuadra, y dá sus salticos correspondientes en pensar que él es un segundo don Quijote favorecido por su adorada Dulcinea. Clarita espera á un sórico que la ha de acompañar hasta el local del teatro. Tocan la campanilla y asoma un hombre, si podemos llamarle así, pequeño, rechoncho y dé mala cara, con su cigarillo en la boca, moy jaque y echandola de plancheta, con mas capa que un alcalde de monterilla, y despues de entrar en la sala como lo hace el sultán en la mezquita, «señora, la dice, vengo de parte del director de la sociedad para que tenga usted la bondad de honrar con su presencia la funcion de esta noche;» ni mas ni menos que como se hubiera convidado á la reina de las Españas. — Supongo que usted la acompañará luego despues de concluida. — Si señora, pierda usted cuidado. — Y se van ambos acompañados, hasta la escalera de doña Baltasara, que dice en voz magistral: «hija no tardes mucho, mira lo que haces, cuida bien la ropa, porque sino me va á dar un ataque de nervios, ó me va á acometer la picara jaqueca.»

Se fueron el cómico, y la tarambana de Clarita llegando en pocos momentos á la calle de los Gitanos. La madre se puso á rezar el rosario con los criados, que no les faltaba mas á los infelices para remate de fiesta. La noche amenazaba lluvia. Entró en el salon nuestra emperregitada Clara, y nadie la dirigió el lente, como se lo figuraba; pues los concurrentes eran de garrote en ristre, y de pantalones de campana, y algunas hijas del Avapies y de las Vistillas. Creia (lo que menos) trabar conversacion con alguna aya de S. M. ó con alguna marquesa ó baronesa de poco tren, y el primer saludo que tuvo fué ¡uff! y ¡qué espeta que va su excelencia!... mirala bien Alifonsa, parece una ave fria. Mal sento á la joven semejante recibimiento, y dos rosetas encarnadas se fijaron en su rostro, y por qué rara casualidad tuvo á su lado un don Judas, acreedor á los bienes de su madre, con quien tuvo un pleito muy intrincado, y del que salió como

el zorro de Belliscas, con el rabo entre las piernas. Toda la noche estuvo echándola unos ojos de hiena, que no parecía sino que se la quería tragar, y ella le contestaba con cierto gesto de indiferencia y de desprecio. ¡Infeliz criaturita! estaba abrasada por Oeste y por Levante. No la hacían tampoco malrita la gracia, las gracias ó simplezas que su amante mal parlaba, pero lo que este hacía á las mil maravillas era degollar la comedia, que naufragó *soberanísimamente* en medio de aquel golfo de bárbaros. Se trató despues de regalar á Clara un cuarteron de pastillas. (¡cómo se despilfarraban!) y luego que lo propusieron se aprobó el dictámen por *unanimidad*. Escotaron á cuarto los diez y siete sócios, ó sucios, de que se compone la sociedad del *Letéo*: bajó á la confitería el mas listo de ellos, y á la vuelta se chilló la mitad en el camino, presentándose las despues Simon á Clarita, como en triunfo, y llevando tras sí todo su estado mayor, que parecían mas bien ánimas de la ortera; y aun no había puesto en las delicadas y abarquilladas manos de su amada Dulcinea el rico y espléndido regalo, cuando una mano de aquí, cinco *dátiles* de acá, y una manopla de allá se apoderaron del cucurucho en un decir Jesus, y se quedó la pobre como sobrecogida y sin saber lo que le pasaba, darramando despues un lagrimon como una castaña, haciendo pucheritos, y poniendo una cara de Jeremías que desconsolaba. Hubieron de amoscarse Simon y compañía, y despues de haber mediado palabras injuriosas de una parte y de otra, entró el poder ejecutivo.

¡Qué cisco se armó! ¡San Blas!
 ¡qué intrincada pelotera!
 ¡qué noche de Satanás!
 «pícaro bribon, atrás....
 ó lo echo por la escalera.»
 Cual agarra un bastidor
 para tirárselo á otro,
 cual pilla al apuntador
 y le llama ruin, traidor,
 asno, genízaro y potro.

Hubo hombre que el violon
 á otro le quiso arrojar,
 y quien deshizo el telon
 de tiras en gran porcion

para sacudir y atar.

De las navajas se tira
 «pobrecillo, mia no venza...»
 y Simon que así los mira
 de la sala se retira
 con mas miedo que vergüenza.

Y las velas se apagaron
 y era aquello un laberinto,
 las ventanas se cerraron,
 y tambien de allí volaron
 la gorra... el pañuelo... el cinto...

¡Ay qué caos! ¡Santa Mónica!
 corría un viento algo frígido,
 y entró con risa sardónica
 y faz astuta é irónica
 de barrio un alcalde rígido.

Si señores míos, les puso las peras á cuarto. A Clarita lo mismo que á las demas prójimas las dejaron escapatoria, llovía á cántaros y el viento huracan se pasaba con absoluta libertad por todos los ángulos de la capital de la Península; y preguntando una desgarrada manola á la aconsejada y cari-acontecida jóven: «¿Me sabrá usted decir qué hora es? Buscó Clara con impaciencia su reloj, pero... no lo encontró, se lo habían robado.... Ya eran las doce y media de la noche, y la voz de los serenos hacía que al mas pintado se le erizasen los cabellos. La desventurada Clara, no bien había andado veinte pasos, cuando iba ya echa una sopa. Mil pensamientos tristes y románticos le asaltaban su imaginacion, llevaba el alma en un hilo. La fuerza del temporal la obligó á refugiarse debajo de un portal mezquino y sin luz ninguna por maldición, y decia compungida:

«Adios; galas para siempre,
 no me las pondré jamás,
 mi vestido se arabó
 ya es un trapo de fregar.
 La repetición perdí,
 y mi madre ¿qué dirá?
 la vá á dar un accidente,
 ¡oh vírgen del Tremedal!»
 Cuando esto dijo entró un hombre
 en el lóbrego portal,
 muy calado de sombrero

y muy puesto de gavan.
 Era don Judas el mismo
 ;maldita casualidad!
 la gallina y una zorra
 se volvieron á juntar.
 Calló la jóven, y el hombre
 en silencio sepulcral,
 andaba de arriba á abajo
 y al contrario sin parar.
 Pero en una de estas vueltas
 hubiérouse de encontrar
 y un pisoton dió don Judas
 á Clarita angelical
 que gritó con agudeza:
 «¡Ay mi dedo!» — ¿Quien va allá?...
 dijo el acreedor entonces,
 medio muriéndose ya:
 el alma de mi muger.....
 ¡picara noche infernal!
 ¿que te reze padre nuestros?...
 yo te rezaré... el misal.
 Y uno tras otro corrian
 topando aquí y acullá,
 dando ebullidos á *duo*,
 y en este intrincado wals
 al dar una media vuelta
 se cierra la puerta y ¡zás!
 quedan entonces sumidos
 en completa oscuridad.
 A poco llega don Braulio,
 abre su puerta formal,
 aunque viene echando pestes
 á San Pedro y á San Juan,
 que se estuvo en la tertulia,
 contra el órden regular,
 dos horas, y ahora se teme
 la *sequitis pulmonal*.
 Y... vámonos á la prosa
 que el verso me cansa ya,
 y de tirar el tintero
 mil intenciones me dan.
 Y el asonante me aburre,
 sin poderlo remediar,
 y me pone un geniecillo
 de demonio ó de alcatán.

Don Braulio Economínguez (que hasta su apellido oía á miseria) era un empleado en loterías,

y habitaba un cuarto cuarto, es decir, graduado de boardilla á *claustró pleno*.

Como hemos sentado antes, (espresion abogadesca por todos cuatro costados) venia de la tertulia, la cual se componia del INNUMERABLE número de un cesante, dos vindas, un exclaustrado, un secretario del Hospicio y él; ¡vaya unos apuntes! y á donde se iba todas las noches, por no gastar luz ni tiempo, es decir, por ocuparse en algo.

Abrió su puerta, y no bien hubo entrado, cuando se agarró al capillo de su capote el acreedor don Judas como una ladilla, quiso aquel encender un fósforo, y al ir á hacerlo se prendió toda la caja, y la llama se transmitió en un *santiamen* á la peluca del acreedor, que parecia un copo de estopa ardiendo, y ambos gritaban que se las pelaban «¡fuego!» «ladrones.»

La mal aventurada Clarita, estaba medio convulsa al ver escenas tan en alto grado trágicas. A los desahorados gritos de los dos *vejstorios*, se puso en movimiento toda la vecindad, que era cosa risible, el ver allí en medio de la escalera y casi en camisa á hombres y mugeres, con velones unos y otras con candiles! Los serenos acudieron tambien y despues de averiguada la verdad, uno de ellos acompañó á Clarita á su casa. A todo esto soplabá el huracan que era un primor, y el agua caía á cántaros. ¡Qué situación tan mística!

Doña Baltasara, viendo que tardaba tanto su hija, mandó una criada al teatro, la que en vez de cumplir con el mandato de la dueña Quintañona, se estuvo hablando en la calle con el criado del cuarto principal, asturiano por mas señas. Vino tarde y dijo... cuatro mentiras improvisadas, que échele usted un galgo á los embolismos que abortaron de aquella boca. Ya se iba durmiendo doña Baltasara, y ya decia su cabeza que sí... era hora de acostarse, cuando tres golpes y repiquete sonaron en el abovedado portal. Rápidamente se levanta una de las criadas que con tal precipitacion quiso bajar que tropezó con una mesa, en donde habia un chinesco juego de café y todo fué al suelo y se hizo añicos. Al estrépito sale doña Baltasara medio acongojada al ver hecha cisco la mejor alhaja que le quedaba en el gabinete de sus antigüedades.

Da voces descomedidas y alborota á todos los vecinos que aplican el oído á las ventanillas de las puertas. Entra Clara destrozada y como si hubiera estado en la batalla de San Quintín, según lo estropeada que venia y lo sucia y despelotada.

¡Ay hija de maldicion!
dijo doña Baltasara,
¿qué tienes en esa cara
que pareces un tizon?
¡Calle! y la repetición?...
te la han robado... yo muero...
— Se encarga otra al reiogero,
dijo Clara con cachaza.
— Quitate de ahí bribonaza;
¡mira! que... me desespero.
Ya no tienes que ponerte,
¿de qué sirve mi trabajo?
parecerás un pingajo
y nadie podrá ya verte.
De esta no escapo, la muerte
es solo lo que me aguarda,
y mucho en verdad se tarda.
¡Hija perversa! ¡hija ingrata!
ese descaro me mata,
me desmayo... todo se arda.

Y le dió una patafata
y sobre el sofá cayó...
y aquí, Ayguals, se concluyó
esta nocturna historietta.

EDUARDO LOPEZ PELEGRIN.

LAMENTOS DE UN PRESIDARIO.

Un honrado presidario
que se hallaba en el Peñon
por la sencilla razon
de ser un estrafalario,
escribía á su muger,
ó á quien le hacia de tal,
en carta sentimental
su terrible padecer.
Resignado la condena
sufriría y el grillette,
á no tener el pobrete
compañero de cadena.

Su compañero ¡oh fastidio!
era francés, y tambien
halló su hombría de bien
por recompensa un presidio.
Evadióse de Tolon,
y su afición á la guerra
le hizo entrar en nuestra tierra
con la estrangera legion.
Robaba que era una gloria,
mas fué cogido en fragante;
la justicia le echó el guante...
y no sé mas de su historia.
Solo sé que como un loco,
siempre versos recitando,
el tímpano fué viciando
de Granuja poco á poco,
como lo indica la carta
que copio á continuacion,
en que muestra su afliccion,
el pobre Granuja á Marta:

«Queridísima Marta: yo estoy fastidiado,
que te adoro no ignoras y que soy celoso.
¡Hallarme en un presidio sin crimen, sin culpa,
por solo cuatro robos y una puñalada!
No ignoras que uno de ellos solo por tí lo hicé;
necesitabas cuartos y cuartos busqueté.
Si estuche á mi navaja dieron los higadós
del rival que aborrezco, fué solo por celós.
¿Es crimen ser celoso? ¿no es justo las uñas
hincar en los bolsillos que tienen pesetas?
No siento, no, el presidio: las honradas gentes
magnánimas sufrimos todos los revesés.
Pero mi dulce prenda, yo estoy frenético
porque por compañero me han dado un gavachó,
que sobre que no sabe palabra española
y si le digo nabos él coles contestá,
es hombre de mal genio, de adusto carácter,
de *súcarris* y *futarris*, su boca es un cratér.
Contrarios á los míos tiene mil caprichós
y á los suyos opuestos son todos mis gustós.
Cuando yo estoy asándome, de frio él tiritá,
y al hogar á remolque me arrastra por fuerzá,
y cuando yo estoy hecho de hielo un tempaú,
se empeña él siempre bárbaro en tomar el frescó.
Mucho padezco, Marta; donde él marchar quieré
que quiera yo ó no quiera tengo que seguirle;
pues si le armo camorra, me miden la espalda»

con sus trancas de arroba los cabos de vará.
 Ayer le dió al maldito dolor dé estomagó,
 y una purga zampóse de órden del medicó.
 ¡Ayl ¡qué noche me ha dado! ¡qué terrible noché!
 apenas, Marta mia, consigo dormirmé,
 hace efecto el ruiharbo en mi camaradá
 y tengo que seguirle corriendo de priesá.
 A echarme vuelvo apenas, le asalta otro pujó,
 y así de pujo en pujo la noche ha pasadó,
 perfumándome siempre con bahos letalés...
 puestas están mis manos aun en las naricés.
 Ya ves que son inmensas, querida, mis penás;
 cuéntalas á quien puede aliviárlas todás.
 Haz un memorial pronto, vete á los ministrós,
 que ellos al ver tu garbo, tus divinos ojós,
 te diran «concedido, pero...» Bien, tú sabés,
 que todo lo consiguen como tú mugerés.

Esta carta dirigió
 Granuja á Marta; no sé
 ella lo que le escribió,
 pero sé que contestó;
 solo falta saber qué.
 Lo dirá Ayguals; la respuesta
 dicen que obra en su poder,
 y en letras de molde puesta
 muchos la desean ver...
 publíquela pues ¿qué cuesta?

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

LA RESPUESTA DE MARTA.

Cuando pide un hombre gordo
 á otro hombre gordo un favor,
 entre hombres gordos de honor
 ningun hombre gordo es sordo.

Ribot no supo en su vida
 que la respuesta de Marta
 es la mas chocante carta
 de una ingrata presumida.

Y aunque el lector mortifique
 papel que escribió en mal astro
 la aristócrata del Rastro,
 fuerza es que yo la publique.

A ello la razon me obliga
 por mas que me cause enojo,

que es peligroso un antojo,
 cuando media una barriga.

Y vive Dios que no ensarto
 majaderías por chanza,
 que al ver de Ribot la panza
 es de temer un mal parto.

Y pues depende de mí
 que un hombre en cinta no aborte,
 oigan lo que á su consorte
 Marta escribió; dice así:

«Aliá va mi CORTA CARTA
 llena de satisfaccion,
 pus que fuere CHESCO CHASCO
 abandonarse al dolor.

Aunque no es de RINGO-RANGO
 tu nueva colocacion,
 perdiste una ESPOSA, ESPOSO;
 pero has conquistado dos.

No debe ser TANTO, TONTO,
 tu sentimiento feroz,
 pus mientras yo á GUSTO GASTO,
 á tí no te ofende el sol.

Ni cuando el VERDUGO (DIGO,
 si no me equivoce yo)
 te apriete el GARLITO, LUTO
 cubrirá mi corazon....

Pus cuanto mas LIBRE, LABRO
 mi felicidad mejor:
 y en el mundo hay MUCHO MACHO
 si quiero sustitucion.

Y si ese tu AMIGO, AMAGO
 muestra de hacerte un favor,
 no estando en tu ASILO SOLO
 ¿á qué viene tu afliccion?

No vengas con LLENAS LLANAS
 á pintarme tu dolor,
 pues para tí, esPOSO, PASO
 como el que hizo treinta y dos.

Si los mandamientos MIENTAS
 de la santa ley de Dios,
 en alguno PECCO POCO
 siempre que es feo el varon.

Y como á tus OJOS AJOS
 les dieron rojo color,
 y entre mil legAÑAS GUIÑAS
 á guisa de sapo atroz....

Como eres cual TRIQUI-TRAQUE
 con tu lengua de escorpion,

que solo paLABRAS LIBRAS
que aplastan cuál una coz,

No quiere ser MARTA MURTA
de tan pobre rodrigon,
quiere que un uSIA SEA
su aquel y percuraor,

Gastar chal, somBRILLA, BRILLO,
y zapaticos de gro.....

¡Ea! afuera el TRISTE TRASTO!
y si te ahorcan..... con Dios!

Así á Granuja contestó su dama,
y espantoso suicidio
inundó, segun fama,
de sangre horror y luto aquel presidio.
Queda ¡oh Ribot! tu antojo satisfecho;

y sin recelo alguno ni fatiga
puedes ya descansar en blando lecho,
pues se salvó la patria y la barriga
que es tu mejor adorno,
sin que debas temer ningun trastorno.
Quedarás ahora apático?

No; que bien puedes esclamar á usanza
del sabio diplomático:

«Ya Dios salvó al pais... salvó mi panza.»
Tras de esta exclamacion, que á nadie alude
permite que concluya y te salude,
hombre gordo y feliz,
tu afectísimo amigo AYGUALS DE IZ...

(Se continuará la firma.)

Para indemnizar á nuestros amados suscritores de la sílaba co, final de la firma que queda pendiente en la composicion anterior, allá va la siguiente estravagancia.

NO HAY VINO QUE NO SEA RI... CO.

SONETO BÀQUI..... CO.

El Málaga, el Jerez, el tinto, el blan.... co,
todos los bebo con ardiente ahin..... co.
Si al solo vertos de alegría bria..... co,
vive Dios que al beberlos no soy man..... co.

Jamás cuento las copas ni me estan..... co,
aunque lleve en el cuerpo veinticin..... co;
pues si á la inglesa entusiasmado trin..... co,
de gozo y de placer bailo en un zan..... co.

Mientras quien no le cata es un mostren. co
que ayes de mal humor exhala bron..... co
llorando su pesar como un zopen..... co,

Yo me rio de todo, duermo y ron..... co,
mas colorado y gordo que un flamen..... co
tendido en blando lecho como un tren..... co.

WENCESLAO AYGUALS DE IZ..... CO.

MARIQUITA LA PELONA.

CRÓNICA DEL SIGLO XV.

I.

Vituperable cosa parece traer de contino pa-
labras en la boca, de las cuales la sinificacion

non se cala, como quier que mancilla seya del
home de seso hablar de aquello que non entiende.
Dígovos esto á los que la presente relacion ho-

biéredes á las manos, por quanto bien os habrá veces fartas acaescido mentar á *Mariquilla la pelona*, é yo tengo para mi sayo que ansi quien fué Mariquilla la pelona sabredes, como sé yo quien se hobo de comer el gallo de la pasion, magüer barrunto que sería ciertamente una boca. Quiérovos por ende tirar de inorancia sobre tal sujeto, é vos aviso que la tan remembrada María fué nascida en tierras de Segovia, et en la villa de Sant-García, llamada villa asaz famosa por la fermosura de las mancebas que cria, las cuales tan gentiles é donosas caras han de ordinario, que tales véalas yo en torno de mí á la hora de mi muerte. Padre fué de María un honrado labrador, de nombre Joan Lanas, cristiano viejo é bien quisto é non mal heredado, é de bien poca sal en la mollera, cosa que al padre é á la fija mucho de mal andanza trojo, cá en los tiempos que alcanzamos, Dios me perdone si non es fuerza mas haber de bellaco que non de bendito. Fué ansi que Joan Lanas, por malos de sus pecados, hobo de haber una litigacion con un su vecino sobre un parral que valdria fasta cincuenta maravedis; é habia razon Joan, é diérongela los jueces, en guisa que ganó la lite, salvo que non duró menos de diez años nin le montó de costa menos de cinco mil maravedis, amen de un mal de ojos de que vino á fincar ciego á la postre. Como se topó menguado de hacienda é sin la vista de los ojos, aborrido é desconortado fizo dineros lo que del heredamiento de sus mayores leixárale la afambrida grey de letrados é de curiales, é tomó la via de Toledo con la su fija que entrada en los disiseis años, habiase fecho una de las mas garridas, apuestas é apetescibles doncellas que se pudieran fallar en Castilla é reinos allende. Cá ella era blanca al par de la azucena é colorada al par de la rosa: drecha é alta de estado, enjuta de talle é recia de cuadriles: otrosí habia la mano et el pié á maravilla pequeños é redondicos, é una mata de pelo que le decendia fasta las corvas. E yo conocí á la viuda de Sarmiento que fué ama de llaves suya, la cual me contaba como cuasi non podia abarcarle el tronco del pelo con ambas las manos, é que non de otra guisa podia peinarla, sinon puesta la doncella de pié, é sobida el ama en una tarima; cá si María se asen-

tara, barrerleía su luenga cabellera el suelo, et ansi enmarañariasele toda. E non vos figuredes que por ser tamaña su beldad é donaire pecase grandemiente de soberbiosa é casquilucia, segund que las rapazes de ogaño suelen: homildica era como una lega de caostra, é callada como si mugier non fuese, é sofrida como la corderilla que mama, é afanadora como la hormiga, limpia como el arminio, é honesta como una sancta del tiempo en que por la misericordia del muy Alto nascian sanctas en el mundo. Fiduciarvos hé empero en amistadza que habia nuestra Mariucela vanidat non poca del su cabello, é que folgaba de lo mostrar; é por ende, oras en la calle, oras en visita, oras en misa fuese, diz que soltar el manto sotilmente solia fasta lo derribar en los hombros, facendo de la olvidadiza é mal cuidosa: tocas non traia nunca só la montera, cá decia que la ponian congoja é afogo; é cada que su padre reprochábala por algun fecho punicion meresciente, é amenazabala de le tollir el cabello, júrovos que le dolia tres tantos mas que una vuelta de zurriaga, et estonce era buena tres semanas arreo; á tanto que Joan Lanas catando la enmienda reia á socapa, é fablando su fabla con los sus compadres deciales que la su fija ganar habia, como la otra sancta de Cecilia, el cielo por los cabellos. Leixado este tema, conviene que sepades que Joan Lanas el ciego con trocar de tierra é posada non trocó de meollo, é si mentecapto era en Sant-García, mentecapto fincó en Toledo, consorciando hí los sus dineros con físicos é zurujanos roines que non le sanaban la su ceguera á le empobrescian cada día mas; que á non haber seido su fija tan ducha en labrar é guarnir paños de lino, lana é seda, yo vos prometo que el cuitado de Joan ver-seía mas de cuatro disantos sin alcandora que se poner nin bocado que yantar, fueras ende que non lo demandara de puerta en puerta. Años pasaban, é María cada vegada mas fermosa, é su padre cada vegada mas ciego é mas ganoso de ver; fasta que la pesadumbre é coita le acució en cuer é magin tan fuertemiente, que María hobo de conocer claro como la lumbre del sol que si el su padre non cobrase la vista, finara de pena. A la hora María tomó á su padre é levólo en cá de un físico arábigo de grand saber que

moraba en Toledo, é dijo al moro de catar si el viejo habia cura de su malatía. El arábigo cató é tentó á Joan é fizo con él esas et esotras probaduras, é todo paró en que el físico ficiese juras por el zancarron de Mahoma de que habia certinidad de guarir á Joan facendo que tornase á ver á su hija, á tanto que se le pagase la guaridura con quinientos maravedís de oro en oro: ¡asado cabo de tan sabroso comienzo, cá los dos lacerados de Joan é Maria non habian en bucha nin maravedí nin blanca! Fuéronse dende mohinos, é Maria non cesaba de orar al señor sant-Illán é al señor sant-Iago que les quixeran acorrer en tan áspero trance. «¿De dó», cavilaba ella en sus adentros, «de dó tirar quinientos maravedís para ser quitos con el honrado moro que tornarleía la vista de los ojos al triste de mi padre? A la hé, yo garrida moza soy é amartelados de sobra cuento, pecheros é hidalgos, que me endilgan quillotres é gentilezas; mas todos son mancebillos pitosferos que de al non curan que de sus garzonías, é buscan barraganas é non dueñas segund la ley de don Jesu-Cristo. Mémbrome non obstante que frente de casa mora el espadero maese Palomo, que de continuo me mira é remira é nunca me habla; é así la Virgen me ayude que me parecee el home de asaz buena masa para marido; pero ¿cuál mocha, non seyendo tuerta nin gibosa, podelleía querer con aquella nariz tan ebata, con aquella color de dátíl maduro, con aquellos ojos de beserro mortecino, é con aquellas amenazas que mas oína semejan de animalia bruta que de persona que en las folguras de amor falagar blandamente debe á la fembra que la suerte le depare para la su compañía? Diz que non seya nada embriago nin apaleador nin dueñador nin mintoso, é que seya otrosí grandemente cabdaloso é rico: lástima que tales partes adune quien es tan grandemiente feo é tozudo.» Dando é tomando en esto llegaron Joan é Maria á su posada onde atendiéndolos un escudero estaba con loba de luto; el cual dijo á Maria que su tia del corregidor de la ciudad era muerta en estado honesto et en la flor de su edad, cá non habia cumplido los setenta, é que habiéndose de hacer las obsequias de la doncellica setentañona al otro dia, fuerza era que el su atahud fuese levado á la iglesia

por doncellas, é veniale á pescudar á Maria si plazriale de ser una de las porteadoras de la finada, é dariagele un habito blanco é de yantar é un ducado é las gracias por auididura. Maria, á fuer de manceba bien endotrinada, respondió que si el su padre venia bien en ello, ansimesmo vernía ella: Joan acetó, é Maria régodeose de poder andar á hacer alarde de su cabellera, cá sabido es que las mochachas que levan á soterrar á otra van desmelenadas. E cuando á la otra mañana las dueñas de la corregidora aderezaron á Maria con el habito blanco como el ampo de la nieve é fino como piel de cebolla; é cuando rodeáronle al ceneño talle una faja carmesí de seda cuyos cabos pendian fasta el ancho ruedo de las haldas; é cuando ciugióronle una corona de blancas flores por la su tersa é caudisima frente; dígovos que con el hábito é la faja é la corona, é la fermosa cabellera tendida, é la muy mas fermosa faz é continente suyos, non semejaba fembra de carne é de hueso formada, sinon sobrehumana creatura ó bienaventurada moradora de los lucientes cercos onde asisten las célicas hierarquias. Saliéronla á ver á la sala el corregidor é los del duelo, é todos de continuo loaban á Dios á quien tan miraclosas obras plega hacer para consolacion é solaz de los en el mundo vivientes. E allá en un rincón de la sala yacía inmvéite, como bulto de peña labrado, uno de los del mortuorio con el capuz de la loba echado, que non se le cataban mas de los ojos, los que habia de hito en hito enclavados en la garrida doncella, la cual traía los suyos honestamente abajados al suelo, é un poco doblegada la cabeza, é un poco coloradas de vergüenza las mejillas, magüer la sabia farto bien oír los loores que de su gentileza facian. Abrióse á deshora un cancel, é comenzó de asomar una grande comba de saya, que al non era que la tripa de la corregidora, la cual pareció al cabo de dos brazas de vientre, cá estaba en dias de parto; é como vido á Maria fincó hi parada, desancho los ojos de un geme, mordiósse los bezos é llamó á su marido: departieron juntos una buena pieza, é fuéronse dende, é cuando tomaron, ya los del mortuorio eran idos.

JUAN EGENIO HARTZENBUSH.

ROMANCE ESDRUJULO.

UN LANCE DE AMOR.



¡Valgame Dios y qué cólera
acomettió á doña Cándida
solo por haber don Crispulo
amoroso requiebrádola.
No he visto en mi vida un ímpetu
de indignacion antipática,
como el que contra este prógimo
lanzó tan artera dálida.
El que la adora frenético
y ha tiempo que echó sus cábalas
para conseguir el término
que apeteciera su ánima,
viendo ocasion á propósito
en dulce y acorde plática
le dijo anoche, aunque tímido,
la pena que sufre bárbara;
pero ella con ceño lúgubre
estremecida y estática,
de ciego enojo colérica
y con las mejillas pálidas:
«Así don Crispulo — dijole,
vuestra presuncion enfática
osa poner á mi crédito
tan envilecida mácula?
¿Dónde visteis, hombre mísero,
que de esta pasion volcánica

una muger de mis ínsulas
se sujetára á las ráfagas?
¿Yo qué siempre fui tan ríjida
que la misma viudez árida
no ha turbado lo mas mínimo
mi condicion diplomática,
pudiera en impuro tálamo
sin escrúpulos, impávida,
recibir con trato ilícito
esas caricias salánicas?
¿No sabeis que soy católica
y no tan amable y párvula
que pueda prestarme víctima
á sugestiones mecánicas?
Quitaos de mi vista súbito
que ya mi deshonra es tácita,
y vuestra pasion maléfica
no la perdono magnánima.
Dijo la dama, y don Crispulo
con voz altanera y rápida,
conociendo de la pérvida
la condicion sistemática,
á fé de mi honor — replicale
que siempre os juzgué fanática:
mendigadora de títulos
y de distinciones áulicas,
pero nunca tan hipócrita
que quisieseis con farándulas
encubrir de vuestros cálculos
las consecnencias metálicas.
Vos, señora, en cierto círculo
de sociedad enigmática
nunca tuvisteis escrúpulo
de aparecer menos áspera
y hubo ocasion en que el vértigo
de sensaciones simpáticas
oyó como dabais pábulo
á la mas pública sátira.
No querais con faz colérica
ser conmigo tigre ifcánica
señora, que vuestra índole
en la esfera de amor mágica
sabemos que es mas esplicita
que la misma goma elástica.
Decidme: pues que tan pródiga
de amor fuisteis y de lágrimas
que ya no le queda un ápice
á vuestro pecho de lástima.

No es cuerdo que la que intrépida
despreció severas máximas
y tuvo en su vida célebre
la conducta mas anárquica,
hoy quiera con tono cándido
haciéndose la seráfica
que yo me convenza crédulo
de tan ridículas trápalas.
No os canseis... el que filósofo
estudió vuestra gramática
conoce el origen físico
que tienen vuestras metáforas.
Dijo y fuese y despues tétrico
por esa beldad tiránica
abrigó pesar tan íntimo
que por cálculo olvidándola
se vió metido don Crispulo
en la mas hórrida crápula.

JUAN GUILLEN BUZARAN.

AMORES DE LA TIERRA BAJA.

Un tiote de mi tierra
de aquellos que de un guantazo
echan á tierra, si quieren,
un novillo de tres años,
hablando con su querida
de quien era desdeñado,
sobre poco mas ó menos
le dirigió estos vocablos:

«¿Es posible que perdiendo
yo por tu amor los tuctános,
has de olvidarte de mí
por amar á un bucefálo?»

«¿Es posible que te llame
la atención ese esparrágo,
solo porque es sacristan
y toca bien el órgáno?»

«Premita Dios, enhumana,
que te ciegue un relampágo,
si á poner vuelves los ojos
en mesejante zangáno.»

«Yo te juro por quien soy
que si pillo á ese pajálo,
le he de retorcer el cuello
lo mismo que es hoy sabádo.»

«De peña tu pecho es
y alma tienes de cantáro,
cuando te se da de mí
lo mismo que de un rabáno.»

«Hablemos claros, re-Dios,
ó juro por San Lazáro
que nos han de oir los sordos
y he de dar un escandálo.»

«La boca tengo ya seca
como si fuera un cañámo,
de pedir y repedir
que olvides á ese barbáro.»

«Pero, chiquia, ya te he icho
que he de romperle el timpáno,
y que verle hablar con tú
me regüelve el estomágo.»

«Mira, pues, como le dejas,
ó le cuelgo de un alámo,
que soy hombre para hacerlo
y tengo malos higádos.»

La moza que era discreta
y sabia á no dudarle,
que era su novio capaz
de hacer una de mil diablos,
conoció que le sobraban
ternura, razon y palo,
y olvidando al sacristan
dió á Blas su amor y su mano.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

AMORES DE LA TIERRA ALTA.

Dice bien mi amigo Príncipe
que en el mundo hay gente bárbara,
tan enemiga de esdrújulos
como un ministro de sátiras;

Mas si aprension tan estúpida
tiene la gente gazoápira,
nacida en desiertos páramos
y criada en tierras áridas;

Tambien acá en la metrópoli
hay quien con fineza cándida,
por tomate dice tómate
y en vez de mampara, mámpara.

Dígalo el señor don Crispulo
que sin signos ni metáforas

á doña Sabina su ídolo,
dijo con pasion volcánica:

Soy mas rendido que un Cúpido
me hechizas, querida Sábina!
y te ruego por San Bènitto
que no desoigas mis palabras.

Esos tus dorados cábello
que todos los hombres admiran,
tienen para mí tal encanto
que á la perdicion me encáminas.

Cada ojo tuyo es un lúculo
que los corazones ábrasa,
y adornan tu boca cómillos
que están pidiendo rebánadas.

Son dos espueñas tus órejas
es una torre tu gárganta,
donde se ostentan infinitas
perlas, rubis y otras áhajas.

Son de recluta tus mófletes
y tienes tan buena estátura,
que si crecieran tus bigotes
serías buena granádera.

Tu pecho á torno fabricado
se quiere subir tan árriba,
que te se vicran los pézones
sino fuera por la cámissa.

Y está tu carne tan réllena
y estas de gorda tan cuádrada,
que por verte las pantórrillas
fuera yo descalzo á Mánila.

Tanto crecieron tus pézuñas
que estoy temblando una pátada,
pues te cabe en cada zapato
arroba y media de cástañas.

Y son tus canillas mórcillas
con galgas y ligas átadas;
la carne sirve de móndongo
y de pellejo las cálcetas.

Yo soy un señor cortésano
que te quiero de tal mánera,
que has trastornado mis séntidos
y no creas que esto es pámplina;

Porque es verdad incontéstable
que hoy en la nacion española,
no ama la gente de lévita
como la gente de cháqueta.

No me desdeñes inclémente,
dime que me adoras Sábina,

ó en el canal de Manzánares
me zambulliré de pátitas.

Esto escribía don Crispulo
cuya alma de goces ávida,
le iba chupando los tuétanos
como si fuera cantárida.

Que segun dijo Demóstenes
en su discurso á las ánimas,
no son las pasiones frivolas
para la gente romántica.

Mas doña Sabina estólida
como toda amante clásica,
aplicó al billete un fósforo
y se acurrucó entre sábanas.

Y yo que no encuentro esdrújulos
echo con franqueza impávida
á rodar todos los hártulos,
cansado de tanta cháchara.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

MARIQUITA LA PELONA.

CRÓNICA DEL SIGLO XV.

II.

En tanto que dan tierra á la defunta, quiero-
vos decir, curiosos leyentes, como el corregi-
dor é la corregidora eran desposados luengos
años habia sin haber hijos; é cobdiciábanlos co-
mo el campero la pluvia de mayo, é por fin ha-
biale tocado su hora de bendicion á la corregi-
dora con grande contentamiento del su marido.
Sonrugíase que la tal dama siempre habia pica-
do en antojadiza; ¡ juzgedes si serloía en el
tiempo de su preñedad! E como frisaba ya en los
cincuenta, era ya mas que medianamiente cal-
va é sin pelo, é mesmamente aquellos dias habia
encomendado á una barbera que vivia en olor de
bruja que le adobase una cabellera apostiza,
salvo que non habia de ser de fembra defuncta,
cá sesudamente decia la corregidora que si el
cabello era de defuncto que gozaba de la super-
na gloria ó lastaba sus pecados en el purgatorio,
profanamiento era levar prenda suya; é si yacia
en el infierno, espantable cosa era traer en somo
de la persona reliquias de un cuerpo damnado.

E desde vido la corregidora la cabdalosa melena de María, antojósele para sí, é por eso llamó en poridad al corregidor, é rogóle afincadamente de reducir á María á dejarse pelar, en tornando que tornase del mortuorio. — «Afirmosvos,» decia el corregidor, «que pretendedes cosa bien peliaguda de recabdar, cá en tal guisa idololatra en su cabello la moza melenuda, que mas aina endurará que la manquen de un dedo, que leixarse toller un mechon de la crencha.» — «Yo vos aseguro,» respondía la corregidora, «que si hoy en este día no finca por mi mano rasa é monda como un melon la cabeza de esa rapaza, lo que albergo en el vientre tiene de sacar una cabellera pintada en el rostro, é si acertase á ser fembra, catad ¡qué donosa fija se vos apareja!» — «Parad mientes en que María demandará quizaves por el trasquileo muy buenos escudos.» — «Parad mientes en que si non, malograr habedes vueso heredero ú heredera: tan á duras penas generado, é remembrad de pasada que non sodes tan manecho que debades fiduciar de reponerlo con otro.» Tornóle con eso al corregidor la espalda é partió para su aposento gritando: «cabellera pido, cabellera quiero, é si cabellera non hé, para mi santiguada si nunca pariere.» Habíase en tanto fecho el entierro sin mas novedad que de mentar fuese, si non que euando por las calles algun maleante quería entre la multitud urgar á la hermosa María, el encapuzado de quien ayuso mencion ficimos, tiraba con prestedumbre una correa de só la loba, enderezaba un gentil zurriagazo al descomedido sin le decir palabra, é seguía cabadelante cual si cosa non hobiese acontecido. Tornado el acompañamiento del duelo, el corregidor trabó de la mano á María é díjole: «ora bien, honrada doncella, menester es que departamos los dos un poco en esotra cuadra,» é diciendo é haciendo metióla en el camarín de su mugier é asentóse en un sitial et inclinó la cabeza é manoscóse la barba en ademan de quien estodia el comienzo que conviene dar á la plátiea. María, un tanto abobada é confusa, fincó de pié frontera del corregidor, é abajó tambien homídemente los sus ojos negros como la endrina; é por hacer algo, menecaba blandamente sobre la falda, los cabos de la faja que le apretaba la cintura, non

sabiendo qué se prometer del gravadoso gesto é silencio largo del corregidor, quien alzando la vista é catando á María de suso ayuso, como la vido en positura tan modesta, priso dende motivo para saltar diciendo: «pardiez, María, que traedes un porte tan recatado é sanctimonioso, que á tiro de ballesta se conosce que vos eríades para monja tocanegrada; é si esto así fuere, cual me presumo, yo vos ofrezco de negociar como entreis en castra sin dote, á truceo de que me regaledes cosa que va en somo de vos é que estonce non vos será necesaria.» — «Prométovos, señor corregidor,» repuso María, «que non creo me llame el Señor por aquese camino, cá estonce mi pobre padre fincaria sin el bácalo de su vejeidad en el mundo.» — «Agora pues, yo vos quiero dar un consejo sano, hermana María; vos ganades el pan con sobrada fatiga, é debríades aprovechar el tiempo tanto como posible vos fuese. Háme dicho una vuesa vecina que para facer el vueso tocado perdedes cada día mas de una hora: valiera mas que esa hora la empleárades en vuesa labor que en las tejedurias é moñas que facedes con vueso cabello.» — «Así es verdad, señor corregidor,» contestó María tornándose roja como unos claveles, «pero catad que non es culpa mia si hé una madeja de cabellos que para peinarlos é tranzarlos necesito un tuengo rato cada mañana.» — «Dígovos que si es vuesa la culpa,» redarguyó el corregidor, «ca si vos cortarades esa madeja, vos ahorrábades aquestos tranzados é peinaduras, é trabajaríades mas, é ganaríades mas, é non daríades ocasion á que se vos tache de vana, é digan que aun vos ha de levar el enemigo por las guedejas. Non vos acutedes, ca ya columbro como vos asoman las lagrimillas, que las habedes en verdad farto someras: yo vos amonesto por el vueso bien sin interese ninguno: motiladvos, desmochedadvos, rapadvos, buena María; é para toller vos el amargor del desmoche, yo vos endonaría cincuenta maravedís, siempre que me entregárades la vuesa cabellera.» Quando María oyó de buenas á primeras el ofrescimiento de tan razonable cuantía por el su cabello, parecióle todo una burleria del corregidor, é sonriyóse muy graciosamente alimpiándose las lágrimas é repitiendo: «cincuenta maravedís me endonades

porque me pele!» Al corregidor (que diz non habia toda la trastienda de Ulixes) hóbole de parecer que aquella risa significaba que la moza non se pagaba de tan poco precio, é añadió: «si non vos contentárades con cincuenta maravedís, darvos he ciento.» Estonce María vido moverse cabadelante una cortina del camarín facendo una grande bamba, é comprendió que hí acechando estaba la corregidora, é que la bamba facíala su desaforada tripa; é como fuese María de buen engenio, calóse luego la entencion del corregidor é que seria un antojo de su oíslo, é puso su firmedumbre en no sufrir el tresquilamiento si non tiraba dende los quinientos maravedís necesarios para pagar al físico arábigo que habia de descegar á su padre de ella. Sobió el corregidor los cient maravedís á ciento cincuenta é despues á ducientos, é María proseguia sus risas, cabeceos é mohines; é cadaque el corregidor facia una puja é María contrafacia la dengosa, cuasi cuasi cobdiciaba ella que el corregidor se retrayera del su propósito, por lo mucho que le do-«lia se despojar de aquel preciado ornamento non embargante que graugear habia por élla la salud del su padre. En soma, el corregidor ganoso de cerrar el trato: ca vyendo estaba las idas é venidas de la cortina, é conocia por ellas la comezon é ansiedad que traeria la su velada, remató clamando: «ea, rapaza, quinientos maravedís se vos dan: catad noramala si vos acomoda.» — «Norabuena,» respondió suspirando María como si fugiéragete el alma de las carnes con aqueca palabra; «norabuena, siempre que non se haya de saber que finco pelona.» — «Yo vos lo fio» dijo la corregidera entrando en la cuadro con unas aguzadas tiseras en la mano é una fasaleja al brazo. Como vido María las tiseras tornóse amarilla al par de la cera; é cuando la mandaron asentar en la silla del sacrificio, sintióse descaecer é hobo de pedir un sorbo de agua: é cuando cingióronle la fasaleja en torno de la garganta, cuéntase que obiera partido de carrera á non haberle fallido los espíritus; é cuando á la primer tiserada sintió el frío del hierro, dígovos que le pareció que le atravesaban el cuer con una daga buida. Posible non fué que mantoviese la cabeza queda un momento durante la tonsuración se facia; desviábase mal

su grado á un lado é otro fugiendo las mordedoras tiseras, cuyo fuerte golpeo é crujido ferriale acerbamente las orejas; nada empero valian sus meneos é trajin á la mezquina tresquilada, ca la pertinaz tresquiladora, con el ansia é cobdicia de una mugier en cinta que satisfaz un antojo, tomábale bien ó mal á puñados los cabellos é ibase los bravamente cercenando, é caian en la blanca fasaleja escurriéndose dende fasta pervenir en el suelo.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

EL ESPIRITU DE CONTRADICCION.

LETRILLA.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Tiene el buen hombre
caprichos raros
como los viejos
y los muchachos.

Gasta brasero
todo el verano
y usa en diciembre
calzones blancos.

Porque es un genio
tan condenado
que le enamora
todo lo extraño.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiené cuatro.

Compra en la tienda
lo malo y caro;
pues nada quiere
bueno y barato.

Si le saludan
le lleva el diablo,
y dá las gracias
por un sopapo.

Piensa con hielos
tomar los baños,
aunque rebiente
de un constipado.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

¿Vé una tragedia?
rie el zanguango.
¿Viene el sainete?
ya está llorando.

Cuando hay un baile
va cabizbajo
y está en la muerte
solo pensando.

Pero le llevan
al Campo-santo
y allí deshecho
baila el fandango.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Ya de opiniones
con él no trato,
porque de fijo
somos contrarios.

¿Del despotismo
murmuro y charlo?
pues él le llama
gobierno santo;

Mas si á sus filas
luego me paso,
se hace un furioso
republicano.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Hasta en su casa,
¡qué estrafalario!
todos los chismes
tiene trocados.

Bebe en cazuela,

come en un vaso,
en una alcuza
sorbe el tabaco;

En la cocina
tiene el piano,
y en una alcoba
cuece el guisado.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Sabe que chicas
guapas buscamos;
que á un tiempo tengau
belleza y garbo.

¿Qué hace el maldito?
Se ha enamorado
de una chubasca
de tres al cuarto.

Ancha de arriba
como de abajo;
belfa de un ojo
tuerta de un labio...

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Ya no le sufro,
ya no le aguanto
que con su genio
me va cargando.

Me dá dos coces
cuando le alhago,
calla si chilló,
chilla si callo.

Si digo bueno
dice que malo;
si digo berzas
dice que nabos.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

Á MI AMIGO

DON JOSE BERNAT BALDOVÍ.

Como de prosa estoy harto,
en verso á escribirte voy;
y ya en el tercero estoy
para concluir el cuarto.

De raspon entro en el quinto
y trás él te endoso el sexto;
coge el séptimo con esto,
que aquí el octavo te pinto.

Ahora querrás el nono
detrás este que es el décimo;
mas si el once sale pésimo,
que te ensarte el doce un mono.

¿Eh, Bernat? ¿qué te parece?
¿Estoy de cacúmen falto?
Pues al diez y seis de un salto
me escurro aquí desde el trece.

Al diez y siete pasé,
si este es diez y ocho acaso,
ya del diez y nueve paso,
y al veinte por fin llegué.

Voy á sacarte de penas,
y no mas los versos cuento;
que aunque contara hasta ciento,
conté, justos dos docenas.

Ahora paso á decirte,
caro Pepe, aunque perdonces,
que por veinte mil razones
sabes que debo escribirte.

La primera porque sí;
y la segunda tambien;
las otras harto las ven
los que te vean á tí.

Me alegraré, yo lo creo,
que esta en verso ó en laud,
te hallé con tanta salud
cual yo para mí deseo.

Sabrás que en dejar convine
las tierras dó siempre inviernas;
cogí el camino entre piernas,
y aquí estoy desde que vine.

Y vine, por mas que digas,
por el camino, y andando;
unos ratos paseando,

pero otros matando hormigas.

Aunque no me vá mejor
que en ese pais indial,
con todo, estoy menos mal
que si estuviera peor.

Y nunca vivir me mandes
en tierras, (y no te asombres)
dónde hay pocos grandes hombres
entre muchos hombres grandes.

Sé que dirás, Dios te ampare,
pues todo pais es mundo;
y si en un refran me fundo,
¿dónde irá el buey que no are?

Mas si bien no me cautiva
este globo carcomido,
por fin estoy decidido
á no morir mientras viva.

Esta es mi opinion del día,
por mas que tú no la abones,
donde hay tantas opiniones,
¿por qué no ha de haber la mia?

Y todos tienen razon;
que están gratis opinando;
si se opinára pagando,
no habria tanta opinion.

Pero tú querras saber
lo que viene á ser la córte;
y aunque á tí nada te importe,
yo te quiero complacer.

Supongo que tú ni Marta
nunca habreis estado aquí;
porque si dices que sí,
firme y acabo esta carta.

Yo supongo, pues, que no,
como supone un notario;
y aunque afirmes lo contrario,
hasta que lo diga yo.

Sabrás si no lo supieres,
que en Madrid hay mucha gente,
y se forma comunmente
de hombres, niños y mugeres.

Si analizas, ó desmiembras,
son pequeños los muchachos,
los hombres todos son machos;
mas las mugeres son hembras.

Quien no se casó es soltero,
si no es casado ante Dios;
ó viudo, si de los dos

la muger murió primero.

Aquí verdades se encierran
muy gordas; pues dan por cierto,
que los que viven no han muerto,
y al que se muere lo entierran.

Esto ¿cómo remediarlo?

¿No debiéramos sufrir?

No se puede uno morir
sin que vayan á enterrarlo.

Cuando comienza á llover,
agua cae, y suben todos;

¿y sabes lo que hacen todos?
van y la dejan caer.



En cada plaza hay infiernos
en verano, ó en estío;
y suele hacer mucho frío
casi todos los inviernos.

Hoy muchos visten de estambre;
no hace frío ni calor;
pero en cambio es un horror,
porque está haciendo mucha hambre.

En la antigua guerra itálica,
con su aspecto formidable,
no hubo plaga comparable
con nuestra escasez metálica.

Dan necios en afirmar
que el dinero corre poco;
yo ando trás él como un loco,
y no le puedo alcanzar.

Calcula ahora, á tu ver.

y dá á tu mente un avance,
para que yo no le alcance
si necesita correr.

Yo que soy en esto dueho,
por mas que un cuarto no ahorre,
digo que el metal no corre,
porque vuela, pero mucho.

Las cosas que se ven van
mal con bolsillo *sin son*;
¿Qué importa que me *den don*
si nada los del *don dan*?

Así estoy hecho un sarcófago;
¡y qué injusto el mundo es!
Sin comer carne en un mes
hay quien me llama antropófago.

Pero yo sigo mi cuento,
ó mi descripeion, Bernat,
pues hay cosas que en verdad,
si no las digo rebiento.

Sabrás, si aquí has de venir,
que dó quiera que te halles,
si no pasas por las calles,
no sé por donde has de ir.

Los edificios están
construidos de tal traza,
que no hay medio, á calle ó plaza
todas los portales dan.

Y si de tapujo vas
es cosa que nadie aguante,
tener que entrar por delante
queriendo entrar por detrás.

Ni del redentor la cruz
distingues de noche aquí,
como me sucede á mí,
á no alumbrarte una luz.

Si bien las cosas apuras
de día hay luz; ¿quién lo niega?
y así que la noche llega,
quedóse Madrid á oscuras.

Con dinero á pié te quedas
sea de día ó de noche,
porque no encuentras un coche
como lo pidas sin ruedas.

Por eso cuando aquí estes,
harás como yo, querido;
que voy á calzarme y pido
zapatos para los piés.

Manías de mentecatos;

pues se elaboran como antes
para las manos los guantes,
para los piés los zapatos.

Los sastres, topos, (no en gangas)
ni te harán á dos tirones
un levita sin faldones,
ni frac ó gaban sin mangas.

¿ Ves qué atrasadas están
en esta córte las artes,
cuando hoy día en todas partes
hombres por los aires van?

Para la cabeza aquí
no hallarás por mas que corras,
sino sombreros ó gorras,
ú otro dije asá ó así.

La gente en Madrid dá risa
al ver que nada le importa,
pues bien sea larga ó corta
todos van siempre en camisa.

Aquí están acostumbrados
á dormir todos en cama,
de colchones piedra ó grama,
y con los ojos cerrados.

Y hay hombres que estan muy ciertos
en su sano discurrir,
que á nadie vieron dormir
con los dos ojos abiertos.

Es en la córte infeliz
quien no tiene boca y cejas
correspondientes orejas,
y sobre todo nariz.

Ningun madrileño pudo
su rostro al público dar
sin nariz, ó en su lugar
aunque fuese algun embudo.

¿ Y que dirás Pepe luego,
si afirmo á renglon tirado,
que en Madrid no hacen guisado
sin estar cocido al fuego?

Muchísimas cosas halló,
que te diría; oh amigo!
y ahora no te las digo
sin duda porque las callo.

Quintal de afectos á Marta,
que en prole poco promete;
y como acaba un sainete;
aquí se acabó esta carta.

Memorias tambien á tí

y sabe que haciendo el ganso,
cuando de escribir me canso
no mas cojo y hago así.

JOSÉ MARIA BONILLA.

À MI AMIGO

DON JOSÉ MARÍA BONILLA.

*Sueca, octubre. 20 y trez
del año que correr ves.*

Mi caro amigo Bonilla:
tu carta abrí de repente
hallándome casualmente
en la plaza de esta villa;

Y ten por cosa muy cierta,
aunque parezca romance;
que todo fué un mismo lance
abrirla y... quedar abierta.

Así como por casualo,
cuando tu nombre lei
vi cien almas junto á mí
con la boca abierta un palmo.

Debiendo tanto chocarnos
la primera indicacion,
que estando allí de planton
lo que hicimos fué... sentarnos.

Pues no ignoras que es un hecho
por muchos sabios probado,
que estar un hombre sentado
no es igual que estar derecho.

Aunque debo noticiarte
que en vista de aquel suceso
este nacional congreso
tomó asiento... en cualquier parte.

Tambien yo ocupé mi puesto
en el umbral de una tienda,
y principié la leyenda
del epistolar contesto.

Juro, Pepe, por tu vida
que nos quedamos confusos
al ver las costumbres y usos
de esa córte fementida.

¡ Santo Dios! ¡ qué laberinto!
¡ qué embrolla! ¡ qué baraunda!
dó vive Isabel segunda

y murió Felipe quinto!!!
 ¡Qué han de pensar de la España
 viendo tanta extravagancia
 el astuto rey de Francia
 y los vecinos de Ocaña!

A leer solo una coma
 de lo que reza tu carta
 ¡qué dirán allá en Esparta
 en Carabanchel y en Roma!

¡Qué concepto han de formar
 los taimados extranjeros,
 y aun los hijos y herederos
 de Hernan Perez del Pulgar!

¡Qué diría al ver Madrid,
 y al ver tanta cosa rara
 si hoy la cabeza sacára
 el anciano rey David!!!

¿Y habitas tú en ese punto
 con calma, quietud, y pausa,
 cuando sin formarle causa
 ves que entierran á un difunto?

¿Y vives sin aprension,
 como lo hacen los muchachos,
 donde los hombres son machos,
 y hembras las mugeres son?

¿No piensas, amigo mio,
 que, habiendo tantas manolas,
 aquel que hoy es macho á solas
 mañana es macho cabrío?

Muy raros son tus antojos
 mas... ya llorarás tu error;
 siendo de esto lo peor
 que llorarás... por los ojos.

Dime, ¿y no te desanima,
 ni te retrahe y conmueve
 el mirar que cuando llueve
 el agua les cae encima?

¡Cuáles serán tus congojas
 si sales y está lloviendo!
 ¡ay! desde aquí estoy ya viendo
 que sin remedio te mojas.

Bien que, aunque parezca juego,
 que esto suceda es preciso
 donde para hacer un guiso
 tienen que encender el fuego.

Y en donde, como en la huerta,
 el que por la calle pasa
 si quiere entrar en su casa

tiene que entrar... por la puerta.

Y en fin donde hay caballeros
 que á pesar de su nobleza
 no llevan en la cabeza
 mas que... gorras ó sombreros.

Te digo, hablando de veras,
 que cosas tan peliagudas
 me ofrecerian mil dudas,
 si tú no me las digeras.

Mas ya que tú me las dices,
 justo, y muy justo parece
 que las que este pueblo ofrece
 te encage yo... en las narices.

Primero tengo observado
 que por estas cercanias
 sale el sol todos los dias
 menos cuando está nublado.

Pues es verdad de gran bulto,
 en que habrás de convenir,
 que es lo mismo el no salir,
 que el permanecer oculto.

Con el sol ó con la estrella
 que matutinal se llama
 levántanse de la cama
 los que no quedan en ella.

Y es una cosa que encanta,
 y causa sumo embeleso
 el ver á un hombre muy tieso
 al punto que se levanta.

Alumbrado ya el teatro,
 lo primero que aquí ves
 es el andar con dos piés
 á quien debiera ir con cuatro.

Aunque hay varios que convienen
 en que algunos que conoces
 suelen tirar lindas coeces
 solo con los dos que tienen.

Verdad es que en nuestros dias
 si es que se repara bien
 en todas partes se ven
 iguales majaderias.

Pero en fin, tú considera
 que en tan delicado asunto
 lo mejor es hacer punto,
 y tire coeces quien quiera.

Puesto ya en pié cada cual
 segun mi pluma te anuncia
 todo el mundo se pronuncia

al punto por.... la central.

Y á mi ver sin grande esfuerzo,
comprenderás al momento
que en dicho pronunciamiento
solo tratan... del almuerzo.

Y aun si mucho me importunas
te habré de añadir por fuerza,
que aquí el pobre que no almuerza
suele quedarse... en ayunas.

Mas no creas tú que en Succa
se refrenda el pasaporte
al estilo de la córtc
con chocolate ó manteca.

Ni con esos perifollos
con que adornar verás tú
el cortesano ambigú,
ni con leche, ó té con bollos.

No, Pepe, porque las fibras
de esta gente ciudadana,
requieren por la mañana
de carne dos ó tres libras.

Y eso sin las frioleras,
producto de estos terrenos
que suelen ser cuando menos
ocho ú diez libras de peras.

De modo que un pronunciado,
que llegue á formar empeño,
se comerá... un madrileño
de esos que van por el Prado.

Siendo lo que mas me choca,
aunque otros á mal lo tomen
el observar como comen
casi todos... por la boca.

Por cuyo mismo camino,
sin pensar que al agua ultraja,
ciudadano hay que se encaja
medio cántaro de vino.

Y no hay nadie que haga caso
de que las aguas del Júcar
son muy dulces, si de azúcar
al beber se llena el vaso.

Terminado el primer acto,
si su jornal estipulas,
con sus yeguas ó sus mulas
van á ponerse en contacto.

Y por mas que tú te asombres
sepas que siempre se vé
el ir las bestias á pié,

y encima de ellas los hombres.

En tan estrañas posturas
caminan mejor que en coche,
hasta que llega la noche,
y quedan todos... á oscuras.

Cada cual va así á la vez
pasando su vida escasa,
aunque hay tambien quien la pasa
en cosas de otro jaez.

Mas como con mi relato
veo que ya te fatigo
lo mejor es, caro amigo,
dejarlo para otro rato.

Pues creo con fé profunda,
y lo mismo opina Marta,
que tras tu primera carta
ha de venir la segunda.

Y si el viento sopla en popa,
tal vez nuestras relaciones
en desiguales renglones
darán que hablar... á la Europa.

Marta aprecia tu memoria,
y de aquí donde la ves
te saluda tan cortés
como á *Rodrigo Gregoria*.

Tambien por la parte mia
me postro muy reverente
ante el marcial continente
de tu bella Estefanía.

Y ambos á Dios con ahinco
pedimos faltos de prole
el que al *redactor del Mole*
hijos le dé... treinta y cinco.

Concluyo; mas sin embargo
á que no dudes te exhorto,
que si en esta he sido corto,
en otra será mas largo.

Y ya que estando en Castilla
tu pluma cuando le place
no mas coge, y así hace...

José María Bonilla,

Yo aunque ves que estoy aquí,
por querer seguirte en todo
tambien hago de este modo...

JOSÉ BERNAT BALDOVÍ.

MARIQUITA LA PELONA.

CRÓNICA DEL SIGLO XV.

III.

A la fin rematóse la hacienda, é la corregidora que non cabia en sí de gozo, trújole é retrújole á la motilona falagüeramente la palma de la mano desde la frente al coladrillo diciendo: «por el siglo de mi madre que vos he tonsurado tan igual é á raíz, que non vos rapara mejor el mas polido barbero: recojed vos é tranzad la mata mientras que mi marido vos trae las monedas, é yo vuesa ropa, para que de casa vayades sin que nada se barrunte.» Salieron el corregidor é la corregidora. é María desde que se topó sola partió á se catar en un espejo que hí habia, é como se vido calva perdió el sufrimiento que hobiera fasta destonce tenido, é gimió de rabia é abofeteóse, é aun estuvo por se arrancar las orejas que pareciance á la sazón desafordadas de grandes, magüer non lo fueran: pisoteó los cabellos é renegó de haber consentido en jos perder, sin se remembrar agora de su padre como si tal padre non hobiera. Mas como seya propio de la humana natura conortarse cuando al non se puede facer, aseosegóse poco á poco la sañosa María, é alzó del suelo la cabellera, é atóla é trenzola en gruesos ramales, non sin la besar é plañir sobre ellas muchas vegadas. El corregidor é corregidora tornaron, é con los dineros et ella con el hábito de María la cual desnudóse é metió en un pañizuelo el sayo blanco, vistióse el suyo, tapóse con el manto fasta los ojos é caminó gimiendo para casa del moro, sin facer cabdal de que el home del capuz échado iba en pos de ella, é que abajando ella el manto en un momento de olvido por la maña que habia de mostrar el tranzado, vídosele estonce claramente la cabeza mocha. Recibió el moro los quinientos maravedís con el buen talante con que siempre es recebido el dinero, é dijo á María que le trajese hí á Joan Lanás para que hí posara en tanto que duraba el riesgo de la cura; María fué por el viejo é callóle lo del esquiteo por non le dar pesadumbre, é mientras que Joan permanesció seyendo huesped del físico, non osó Ma-

ría salir de su posada sinon de noche é bien encobierta: eso non embargaba empero que la siguiese siempre un embozado. El moro cierta noche avisóla en poridad que á la mañana signiente alzaría á Joan las vendas de los ojos: acostóse esa noche María con gran regosijo, é para se pensaba que cuando su padre la catase (que sería con asaz de contento), sería ese contento tres y cuatro vegadas mas cumplido si podiésela catar con el gentil tocado que ella solia se facer en su pueblo. En tal cavilacion andaba al otro día al se poner la mejor saya é prendero para ir cás del arábigo, é como se hobiese asentado para se calzar, sopitaneamente sintió que le encajaban una como caperuzá en la cabeza; é revolviéndose, vido tras de sí al embozado de marras que derribando el embozo se falló ser el espadero maese Palomo, el cual sin fablar, presentó á María un espejillo de Venecia onde catándose vídese con su mesmísima cabellera en tal forma guisada que dudó una buena pieza si era sueño que la corregidora la hobiese rapado. Era el caso que maese Palomo, gran compinche de la barbera, visto habia é conocido en su casa la crencha de María la mesma tarde del día en cuya mañana veyera á María pelona, é calándose la hacienda, sonsacó á la vieja para que guardara para él la crencha de María, leixando para la corregidora otra de igual color que la barbera habia de una finada: trueco por el cual la taimada vieja fizose contar muy lindos escudos. E dice la estoria que tan cedo como María topóse con su tan plañida é sospirada cabellera por mano del galan espadero, parecióle el maese muy menos feo que de antes, é non sé si diga que comenzó de tal punto á le catar con buenos ojos: ello es que rogándole él de le prender por su escudero fasta cás del moro, permitiégelo ella, é partieron los dos mano á mano levando ella sin rebozo la cara. En entrando los dos en el aposento del físico, lanzógele á María su padre en los brazos gritando: «gloria á Dios, ya te veo, fija mucho amada: ¡qué fornida é fermosa te has fecho! Vale la pena de cezar por cinco años á trueco de ver á su fija en tal guisa medrada! Ya que torno á ver la claridad, razon es que no me hayas mas á tu cargo: yo trabajaré para mí, cá respeto de tí ya es hora de que te cases. — «A eso vengo,»

procompió á la sazón el callado espadero. «Yo, como ya conoceréis por la voz soy vuestro vecino maese Palomo: yo quiero á María é vos pido su mano.» — «A la hé, maese, que la vuesa pinta non es muy cobdiciadera que digamos; empero si María vos aceta, yo soy contento.» — «Yo repuso María, toda vergonzosica, é atusándose el pelo apostizo (que pesábale estonce en somo de la cabeza y del alma como un fardo de veinte arrobas). «yo así Dios me alumbré, como non atino qué respondervos.» Prísele Palomo la diestra mano sin le decir cosa; é al prendérgela cató María la muñeca del maese, é reparó en los puñetes de la su camisa polidamente labrados, é con algo de suspición é latimimiento del cuer le dijo: «por lo que mas querades, mi buen vecino, que me declarades de qué labradora es aqueza labor.» — «Obra es,» (respondió con yocundidad el maese), «obra es de una donosa manceba que há cinco años trabaja para mi persona magüer ella nunca fasta agora lo sopó.» — Agora caygo en la cuenta.» departió María, «de que todas las mugieres que venido han á me dar lienzos que coser é labrar eran por vos enderezadas é por ende pagábanme muy mas que se usa.» El maese non respondió; mas sonrióse, é tendiendo á María los brazos, María echóse en ellos embraçijándole muy falagüera, é Joan ansimesmo, diciendo á los dos: «pardiez que sodes nascidos para en uno.» — «Mia fé, adorada mia,» repriso el espadero á cabo de rato, «que á ser esta la mi faz menos desplacerente, non hobera seido yo mudo convusco tan luengos días, nin hoberame satisfecho con cataros de luene; hoberávos fablado, me hoberádes vos fecho sabidor de las vuestras coitas, é hoberávos endonado yo los quinientos maravedis, para la guaricion de vuestro buen padre.» E fablándole pasito á la oreja, añadió: «estonce non hoberádes habido aquel tan mal rato en manos de la corregidora; empero si temedes que ella quebraute el prometimiento que vos fizo de callar vuesa motiladura, partiremos si vos place á Sevilla onde nadie vos conoce, é así...» — «Callede» clamó María tirando resolutamente al suelo la cabellera que Joan alzó todo atontecido; mandad esa cabellera á la corregidora, pues esa é non la de la defuncta es la que pagó tan cara; que yo

por guarirme de mi vanidad, voto vos fago, i me lo permitides, de ir rapada toda la vida; mal asientan á mugieres de mecánicos oficiales aquehos apostizos arreos. — «Contad,» replicó el maese, «que desde el punto que vos sepan pelada las mozuclas de la cibdad envidiosas de vuesa fermosura, van á endilgarvos el apodo de *Mariquilla la pelona*. — «Así mesmamente lo creo,» respondió María; mas para que entiendan que non se me dará un figo de aquese nin cualquier otro mote, afirmovos que de hoy para adelante non he de sofrir que nadie me nombre de otra guisa que *Mariquilla la pelona*.

Tal aventura fué la que tan remembrada en las Castillas fizo á la fermosa hija del buen Joan Lanas, la cual casó en efecto con maese Palomo, é fué una de las mas honradas é parideras mugieres de la per-ilustre cibdad de Toledo.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

REDONDILLAS.

Mucho se puede decir,
segun afirma un doctor,
mas que elocuente, hablador,
sobre aquesto del reir;

Pues no á todo paladar
es dulce y grata la miel,
y hay quien deshecha el pagel
por el pulpo ó calamar.

Yo, por ejemplo, que soy
poco escogido en comer
entre un melon de Añover
y un faisán, á este me voy.

Será rareza, será,
si usted quiere, gusto ruin;
pero él es mi gusto al fin;
quien lo impugne mal hará.

Que suelo ser descortés
cuando me pongo á argüir;
¿y terco? estoy por decir,
que mas que un aragonés.

Cuanto á risa, mi opinion
tambien es particular,
pues no la llevo á soltar,
sino con cuenta y razon.

Gracia en lenguaje soez
me hace efecto mas atroz,
que no á un galeote la voz
del iracundo arracz.

Pues ¿qué diré, cuando audaz,
por la noche, de antuvion
me embiste y llama «Pichon»
una mozueta procaz?

A veces respondo: «mal
«vienes hija, que ya soy
«palomo, y duro, y no estoy
«reñido con mi caudal.»

Cuando una manela un *quidá*
le regala á algun jockey,
sino bramo como un buey
es del asco que me dá.

¡Bien haya el suelo andaluz,
donde hasta el mismo desden
suena al desdeñado bien
entre lábios de orozuz!

¿Qué es ver ir haciendo el bú
tras una niña á un gachon,
y convidarla á turrón,
á arropía y alajú?

¿Pues luego, á ella volver
la cabeza, y descubrir
todo un cielo de zafir,
con manos de rosicler?

Y decirle... ¡mas, por Dios!
que me iba ya á deslizar:
dejémostos, pues, andar,
ya se entenderán los dos.

¡Así me entendiera yo
con un hediondo mastín,
que hoy me pide el alepín,
mañana el raso y el gró!

En vano la digo: Inés,
duélete, mi bien, de mí,
que estoy cesante, y naci
pobre, no duque ó marqués.

Pues lleva la crueldad
hasta decirme: «Fortun,
«no haremos migas, segun
«veo, á otra puerta llamad.»

Desalmada! yo me iré
lejos de tí no á llamar
á puerta alguna, sí á dar
con mi cuerpo en un café.

Que allí está un hombre mejor,
no oye aquel «Dáme,» incivil,
la gorra, el velo el mandil,
el traje y el peñador.

Allí maldice el Koran,
calla ó habla á su placer,
bebe, si quiere beber,
luego á casita pian pian.

Pero lo mas esencial
de todo esto es, que á la fin
encuentra intacto el cuatrin,
sin faltarle un solo real.

Mancebos, el ojo abrid:
¿dar?... una mala cancion,
ó algun soneto ramplon:
si os pidieren mas, huid.

GERÓNIMO DE LA ESCOSURA.

GUAPAS Y FEAS.

Ninguna al nacer bonita
supo su gracia quizás,
y ninguna nace fea
por su propia voluntad.

Y unas y otras sin saberlo
por su cara nada mas,
vienen al injusto mundo
á padecer ó gozar.

La muger que nace fea
Dios la dé su santidad,
que aun con esto la diremos
imagen de Satanás.

La muger que nace hermosa
aunque de genio infernal,
no hay quien no la haga rendido,
suprema divinidad.

Y ella qué méritos tiene
para diferencia tal?
Y qué delitos la fea
que tanta pena la dan?

Yo bien sé que al elegir
cuando venimos acá,
pudiendo ser Serafin
ninguna fuera Caifás.

Qué culpa tenemos todos
de que el papá ó la mamá

pensáran al construirnos
en algun orangutan?

Y eso que yo no soy fea
si he decir la verdad;
seré feo y no es lo mismo
feo con o que con a.

Pero volviendo, señores,
al asunto principal
que es tratar en las mugeres
de hermosura y fealdad.

Si una fea viste bien
dicen que la sienta mal.
Mona vestida de seda
la llaman por donde va.

Y una bella de trapillo
á todos nos dá que hablar,
y hallamos mas elegante
la indiana que el tafetan.

Cuando una hermosa sonrie
nos figuramos mirar
una tan alta sourisa
que es sourisa celestial.

Y si una fea se rie
decimos sin caridad:
; Jesus qué boca tan grande!
cabe dentro medio pan.

Si una bella vierte lágrimas,
;oh corazon singular!
;oh vírgen de Rafael!
;oh ternura angelical!

Una lágrima que rueda
por sus megillas no mas,
tiene poesia triple
que un libro de Chateaubriand.

Y cuando llora una fea
no se la puede mirar,
y acaso nos causa risa
su desventura fatal.

A una fea nadie llega
ó pasa sin saludar;
una bonita no sale
sin un enjambre detrás.

Así son todos los hombres
y es lo mas original,
que yo tambien soy así
sin poderlo remediar.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

UNA RECLAMACION.

SR. D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

Muy Sr. mio: al suscribirme en 11 de setiembre próximo pasado al segundo tomo de LA RISA, verifiqué la entrega de 14 rs. vn. importe del tomo de *Poesias jocosas de Villergas*, que segun el anuncio que obra en la página 167 del primer tomo de LA RISA, podemos disfrutar el beneficio de adquirirlo por aquella cantidad los suscritores de las provincias por ser tambien hijos de Dios: y viendo ha trascurrido tanto tiempo sin poder tener el gusto de leer las donosas y bellas producciones del jóven Villergas, deseoso de adquirirlas lo mas pronto posible, dirijo á usted mi justa reclamacion en el siguiente

SONETO.

Es un tormento bárbaro y feroz
faltarle á la promesa á un *infeliz*.
Yo la precio muy mas que una *perdid*
cojida por el perro mas *atroz*.

Faltar yo á la promesa!.... antes *veloz*
aplastara en el suelo la *nariz*;
solo puede caer en tal *desliz*
un ente que nació allá en *Vinaroz*.

Así para que vivá en dulce *paz*,
mi corazon mas negro que la *pez*;
es preciso enmendarse aquel *audaz*;

Y de ello convencido hasta la *nuex*,
mándeme presto, con risueña *faz*,
el tomo de Villergas una *vez*.

JOSÉ MAS.

AL SEÑOR MAS,

enviándole otro tomo de las *Poesias de Villergas*, que se le mandaron ya, y se habrá traspapelado en Correos, como acontecer suele en gracia de Dios con escandalosa frecuencia.

SONETO MASÓNICO.

MAS, por santo TOMAS no digas MAS,
que MAS es mi intencion dar MAS al mes

que menos, MAS ¡oh MAS! también tú ves
que el que hace MAS disgusta á veces MAS.

MAS si un Villergas te mandé no MAS
y quieres MAS, irán, que el interés
no me ciega JAMAS; si quieres tres
irán también; MAS no me insultes MAS.

Que MAS quiero tu afecto; voto á bríos!
que el de otros, MAS que vengan de Paris;
pues siendo MAS, MAS vales vive Dios.

MAS, siento que tu afecto esté en un tris....
No hablemos MAS; de hoy MAS ¡oh MAS! los dos
no comeremos MAS que en un año.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

EL POBRE LÁZARO

Andaba Lázaro en Móstoles
á puros ayunos lánguido,
y quiso llenar su estómago
del indispensable farrago.

Pidió la mano de Mónica
por afición al metálico,
y donde pensó ver águilas
halló solamente pájaros.

¿Por qué de su suerte pícara
reniega el pobre gazzápico,
si ya en la pila pusieronle
Lázaro, Lázaro, Lázaro?

Dáme de comer, estúpida,
decía armando un escándalo.
Mira que soy de hombres célebres,
vástago, vástago, vástago.

Y no pudiendo paupérrima
corresponder á este cántico,
la daba con mano pródiga
látigo, látigo, látigo.

Acostábase colérico,
la paz firmaba en el tálamo,
y se levantaba el mísero
pálido, pálido, pálido.

Porque era su temple frígido
y helado como un carámbano,
y era de Mónica el ímpetu
cáustico, cáustico, cáustico.

Y si él decía pacífico:

tácito, tácito, tácito,
ella contestaba impávida:
rápido, rápido, rápido.

Y como tras de las réplicas
venían momentos plácidos,
echaba á pares la zángana
zánganos, zánganos, zánganos.

Mil veces el antropófago
horaba como un Heráclito,
por no haber carne ni líquido
báquico, báquico, báquico.

Si para el domingo próximo
fundaba esperanzas cándido,
se le frustraban el último
sábado, sábado, sábado.

Bien para lucir gastrónomo
quisiera ser archipámpano,
ó tan siquiera en lo clérigo,
diácono, diácono, diácono.

Mas Dios con el lazo cónyugue
le dió un enjambre satánico,
sin dar para sus mandíbulas
rábanos, rábanos, rábanos.

Siendo cero en lo científico,
siendo en las letras un bárbaro,
sin ser en el arte bética
táctico, táctico, táctico:

Tomó su trabuco intrépido
y fué en los incultos páramos
el mas atroz y carnívoro
vándalo, vándalo, vándalo.

A cuantos halló malévolos
dijo con aire magnánimo:
«si tienes oro magnífico,
dámelo, dámelo, dámelo.»

Ellos lo daban con lágrimas
entre sí diciendo estáticos.
¡Así te pícara un pérfido
tábano, tábano, tábano!

Hasta que el anzuelo rígido
le prendió de un juez seráfico,
que le dijo: ¿tienes débitos?
págalos, págalos, págalos.

Y en recompensa á sus crímenes
le puso el verdugo impávido,
para apretarle las vértebras
cañamo, cañamo, cañamo.

Mucho sufrió luego su ánima

que os dijera, ¡voto al chapiro!
mas por no cansar al prójimo.
cállolo, cállolo, cállolo.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

MODAS DE PASEO.

Los recién casados salen á paseo de bracero llevando un perrito galgo como símbolo de la fidelidad. La novia debe aparentar calor aunque sienta frío. De ahí proviene el llevar la capota caída. Las capotas á la *dernier* son embudos guarnecidos de papel dorado. Las sombrillas han ido reduciéndose hasta tal punto, que las señoras mas elegantes llevan un solideo unido á un saca-trapos. El chal es de estera fina de Elbe. El vestido debe tener mucho vuelo para que quepa debajo el ARMADOR de corcho ó de algodón, y tan largo que no se vean los piés á fin de poder ahorrar el gasto de medias y zapatos.



Los caballeros llevan el sombrero de terciopelo carmesí, copa elevada, ala ancha y arregangada por detrás. El uso de un gran cuello de camisa está tan en voga, que los mas elegantes

se ponen el cuello en el cuerpo y los faldones muy almidonados salen de la corbata de suela que es tambien bastante alta. La barba á lo *patriarcal* es signo de buen gusto, así es que los jóvenes de gran tono que son por naturaleza imberbes, la llevan postiza de esparto de Cartagena ó de Almería. Sigue la moda de los bigos secos por botones y del baston de tambor mayor. Los guantes tanto para señora como para caballero son de damasco, el de la mano derecha carmesí y el de la izquierda amarillo. Se ajustan á la muñeca por medio de un bramante ó un poco de pan mascado.

Las señoritas solteras mas elegantes van por el Prado saltando sucesivamente una por encima de otra gritando:

A la una le daba la mula.

A las dos le daba la coz.

A las tres los tres hijos de San Andrés; 1, 2 y 3.

A las cuatro brinco y salto.



A las cinco salto y brinco.

A las seis machaca la vieja los ajos en el almirez; machácalos bien que son para comer, machácalos mal que son para cenar.

A las siete tente capiruchete etc.: mientras que los papás y las mamás las siguen atracándose de melon.

LA VEJEZ.

«¡Qué ridículo vejete!
No sé como hay quien le sufre,
Tose cuando no regaña;
cuando no predica, gruñe. —
Aguante él solo la gota

y el asma que le consume,
dolorosas consecuencias
de livianas juventudes,
y no con su adusto ceño
desde el martes hasta el lunes
contra el reposo de deudos
y criados se conjure.

Cuente solo sus miserias
entre rezos y menjarjes
al confesor que le exhorte
y al médico que le pulse,
y deje á la juventud
que sin tregua ría y triunfe,
ya con felices verdades,
ya con ilusiones dulces.
Deje gozar á Melisa,
pues hierte su sangre y bulle
y cuando quiere bailar
no la lleve al *ria-cruis*.
Deje retozar al niño
y no impaciente murmure
si gusta mas de su trompo
que del *uniuscujusque*.

Harto es hacernos peinar,
aunque tanto nos repugne,
la perdurable *peluca*
que su calva inmunda cubre,
sin *las* que á cada momento
nos está echando con fútiles
apoteogmas que su boca
antes que articula escupe.»

Tales ausencias te guardan,
pobre anciano, enfermo, inútil,
y dichoso cuando tienes
riquezas por que te adulen!
Que al menos en tu presencia
con língida dulcedumbre
su inícuca aversión disfrazan
á tus surcos y á tu mugre.

¡Cuitado! Cuando amorosos
los que heredarte presumen
te ponen los sinapismos
y los colchones te mullen,
«¡cuánto mejor descansara
(para su saeo discurren)
en la córte celestial
entre ángeles y querubcs!» —
Jaletinas y conservas

traigan de casa de Nuñez,
que sin dañar el estómago
le restauran y le nutren,»
dice otro; y si fuera médico,
su receta, no lo dudes,
diría: «*recipe... horchata*
de rejalgar media azumbre.» —
«Ese es un mal pasajero
que en dos dias se destruye,
esclama Juan: no hay motivo
para tanta pesadumbre.
Teneis complexion de atleta
y resistencia de yunque.
Largos años vivireis:
yo á Dios se lo pido...» — ¡Embuste!

Allá en sus adentros dice,
recordando lo de *in pulverem*
reverteris «¡plegue á Dios
no llegues al mes de octubre!»

Y en tanto, ¿de qué te sirven
pingüe renta, cuna ilustre
si tus sentidos flaquean
y tus potencias sueumben?
¿Qué sensaciones aguardas
de lo que tus manos urgen
si descarnadas y trémulas
la muerte en ellas se esculpe?
¿Cómo gozar de *Rossini*
el grato, armonioso nùmen
si apenas hiere tu timpano
el fragor de los obuses?
¿Qué han de ofér esas narices
aunque flores te circunden,
si el rapé las embadurna
y el catarro las obstruye?
¿Cómo gozar de las tintas
rosadas, verdes ó azules
con que el sol viste los campos
y colorea las nubes,
si miope y legañoso,
dando acá y allá de bruces,
no ves siete sobre un asno
aunque *Rudaguas* te ayude?
¿Qué vale que el *ambigú*
de LA RISA te estimule
con perdices y faisanes
ó con salmones y atunes,
si despalada tu boca

de muelas con que manduques
no puedes cubrir la mesa
si no de sopas ó puches,
ó relajado tu estómago
por antiguos ambigües
apenas consiente el pábulo
de demócratas legumbres?

Y si á tantas privaciones
cuando doce lustros cumplen
se ven ¡ay dolor! sugetos
los marqueses y los duques,
¿qué diré del desdichado
que en su ancianidad recurre
á pedir de puerta en puerta
mendrugos para su buche?



Si hay uno que le socorra
hay cuarenta que le injurien,
y cuando vá por la calle
no hay perro que no le ahulle.

Si logra un día que san
Bernardino le refugie,
aun para el bodrio que come
fuerza es que trabaje y sude;
ó con cepillo en cintura,
y sombrero que fué de hule,
y en la blusa remendada
la imágen de un mapamundi,
sirve en el prado candelá,
que nadie le retribuye,

ó comparsa de difuntos
les cntona el de *profundis*.

Pues ¿y el infeliz inválido
lleno de heridas y cruces
que mutilado se arrastra
sin pan, sin cama, sin lumbre?
Pues ¿y el misero cesante;
muerto de hambre cuando impunes
le insultan con su opulencia
cien ambiciosos gandules?

Mas si no atajo la pluma
voy á escribir un volúmen. —
aquí acaba este romance
y aquí el poema concluye.

He dicho; y añado ahora,
por epílogo y resúmen,
que desde el lecho en que nace
á la tumba en que se pudre,
el que los sabios titulan
animal, bípedo, impheme...
es el mas triste animal
que en el mundo se rebulle.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

CARTA

DEL CHIQUILLO QUE VOLÓ DEL VIENTRE DE SU
MADRE CUANDO SE INCENDIÓ EL POLVORIN.

Oh madre mia! si es que madre puedo tener
en un país en que estoy temiendo que hasta los
rios se queden sin madre: despues de aquellos
deliciosos ratos de delicioso silencio que pasá-
bamos deliciosamente, usted donde la llevaban
los piés y yo siempre emboscado en la arca de
los fetos, como pájaro en el nido, como barce-
lonés en barricada ó como San Alejo debajo de
la escalera, he visto mucho de lo que usted no
ha visto; porque los desventurados hijos de la
tierra tienen la desgracia de no saber la mitad
de lo que en la tierra pasa, y esto consiste sin
duda en que todo tiene su punto de vista y tal
vez no se vea la tierra sino desde el LIMBO, que
es donde yo me encuentro para lo que usted
guste mandar. Disputaba un filósofo con otro
filósofo allá en otros tiempos y en otras tierras,

que si hubiera sido en estos dias y en España hubiera bastado decir un hombre con otro hombre; porque ahora todos son filósofos. Disputaban, repito, dos filósofos, sobre si una torre era redonda ó cuadrada. El que decia que era cuadrada la miraba de cerca y exclamaba «no lo ve usted? es cuadrada, está formada la base por cuatro líneas rectas perpendiculares entre si.» y el otro no tenia que contestarle porque sabia muy bien que para ser redonda necesitaba que los puntos de la circunferencia de la base estuvieran todos equidistantes del centro, ó hablando con mas brevedad, bastaba que la base fuera una circunferencia de círculo. Pero tomando al compañero por un brazo le llevó á un cuarto de legua de distancia y le dijo: ¿ve usted la torre? — Si señor. — ¿Y qué le parece á usted desde aquí, cuadrada ó redonda? — Hombre, le respondió el otro, yo estoy convencido de que es cuadrada pero desde aquí parece redonda. — Quedo satisfecho, dijo el primero, eso consiste en que todo tiene su punto de vista. Usted dice que es cuadrada y yo digo que es redonda, por que usted cree que la torre se debe ver desde cerca y yo creo que este es el verdadero punto de vista. Así pues, querida madre, no dude usted que la tierra tiene distintos puntos de vista desde donde la inmensidad del globo se hace mas prodijosa y los hombres se distinguen tan pequeños como son.

He cruzado el firmamento en alas de los zéfiros y de los huracanes, ora pausado y silencioso como hoja desprendida del árbol, ora azotando los elementos con pasmosa velocidad. Cuando desde cierta altura contemplaba á los habitantes de la tierra no podia menos de exclamar:

Madre mia, no te asombres,
si de tí parto contento.
¡Qué grande es el firmamento!
¡Qué pequeños son los hombres!
Desde regiones amigas,
veo letrados, labriegos,
y los grandes palaciegos
que me parecen hormigas.
No se ven los uniformes,
ni toisones, ni entorchados,
y así veo tan menguados

los que antes ví tan disformes.

Ver creo leyes y reyes;
y donde seguro creo
ver leyes y reyes, veo
que no hay ni reyes ni leyes.

Entre congojas y penas
veo pueblos machacones
machacar los eslabones
de sus pesadas cadenas.

Veo los hombres cambiar
de camisa y parecer,
los unos por no perder
y los otros por ganar.

Veo antiguos caballeros
hoy mendigar una sopa
y veo llenos de ropa
los que nacieron en cueros.

Veo llamar literatos
á los mortales mas rudos.
Veo padres narigudos
que tienen los hijos chatos.

Veo el terrible suplicio
levantarse al inocente,
veo que rápidamente
se acerca el día del juicio.

Veo tambien... pero no,
que ustedes lo ven tambien,
y si ustedes no lo ven
venga Dios y vealo.

Hago punto y no te asombres
si doy otro giro al cuento.
¡Qué grande es el firmamento!
¡Qué pequeños son los hombres!

Aquí somos mas grandes á pesar de ser mas niños; la cosa anda á pedir de boca y como no hay rebeldes no hay castigos, aunque bien pueda volverse por pasiva y decir, que no hay discolos por que no hay mandarines desalmados.

Todo se repara aquí, madre mia, hasta el nombre de los que han de penetrar en este recinto es menester que diga algo, sirva para algo y tenga analogía con las circunstancias físicas y morales del sugeto. Por ejemplo: uno que se llame *Redondo*, ha de ser lo mas redondo que exista en la redondez del mundo; ha de ser

mas que una naranja; ha de ser una bola de villar.



En esa tierra se llama *Flores* á cualquiera, aunque sea la estatua del invierno. Aquí un señor *Flores* es un señor tiesto de albahaca. El señor *Blanco*, ha de ser como un requeson reciente, y ningun *Moreno* puede ser *Blanco* de los tiros de la maledicencia. A las Concepciones no se las llama *Conchas*; porque para llamarse *Conchas* es menester tener mas que un galápago, y ninguna señora doña *Concha* se casa si no encuentra algun señor don Caracol.

El señor *Delgado*, editor de comedias de Madrid, no diremos que es muy gordo, pero tampoco es todo lo delgado que su nombre hace presumir. En este sitio no campa ningun señor *Delgado*, á menos que no se parezca á este mo- cito.

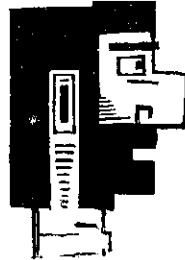


El señor *Zorrilla* supongo que será en esa un hombre como los demas, mas ó menos alto, bajo, gordo ó delgado; esto por lo que hace á su fisico, pues respecto á su talento ya sé que hay pocos hombres que rayen donde *Zorrilla*. Pero este señor con todo su genio y toda su reputacion, no tiene entrada aquí donde todos los que se llaman *Zorrillas* tienen la forma y calidades de zorra con el tamaño de grillo.

El señor *Calderon* aquí es un caldero enormemente superlativo; el señor *Mata* tiene diversas formas: puede ser mata de trigo, ó mata de avena, y si tiene la nariz larga y muy semejante á un candil, le llaman *Mata-candil*.

El señor *Mellado* de acá, es tan mellado que no tiene colmillos arriba y le faltan los de abajo. Esto, si es bueno porque puede eximirse de las quintas, es malo porque no puede comer cosa dura, como el turrón, que es la vianda mas de moda, y mas abundante en nuestros dias.

El señor *Principe* es un principe real, que no hace versos, ni devocionarios, ni comedias, ni historias, como los Príncipes de ahí. Aquí nos llevamos de aquella sentencia francesa que dice que hasta nacer *grande* para ser *pequeño* toda la vida. Pero lo que tiene aquí mucho que ver es al señor *de Cuadros* que por esas tierras será tal vez un señor esferoide ó triangular. El señor *Cuadros* de acá es un tablero de damas de arriba á abajo; los ojos cuadrados, las orejas cuadradas, la boca cuadrada, el paño de la levita y pantalon lleno de cuadros; la chalina de cuadros, la camisa de color con cuadros, chaleco, sombrero, capa, y en fin, hasta las botas, tienen cuadros. Siento no poder enviar un retrato exacto de este hombre; pero en cambio ahí va un bosquejo aproximado.



El señor *Pardo* es todo pardo, el señor *Salmon* parece que le acaban de pescar, vívito y fresco. Don *Fulano La-casa*, don *Zutano de la Torre* y don *Mengano del Castillo* son tres edificios vivos que tienen alma, voluntad y entendimiento, y solo se diferencian en que el uno tiene figura de castillo, como el de *Figueras*, el otro de torre, como la de *Santa Cruz*, y el otro es una casa con sus puertas, ventanas, balcones, tejas y ca-

nelones. El señor Montes es un hombre que cria encinas por barbas, y tomillos y enzarzados entre los cuales andan á miles los elefantes y javalies en batalla. El señor Cano tiene el pelo mas blanco que el señor Lino. El señor La-fuente es una Cibeles ó un Neptuno ó unas Cuatro estaciones del Prado de Madrid. El señor Pino da piñones, el señor Manzano, manzanas. El señor Rubí es una piedra preciosa; el señor Diana es un tambor que despierta á la gente por las mañanas y nadie le zumbe con una treta, porque le aturdirá los oídos con una re-treta. El señor Campos es un lugar donde pascas el señor Pastor con el señor Ovejas que es un rebaño de ellas, y para escarmentar á Gerardo Lobo lleva al lado al señor Can-seco que es un perro casi en los huesos. Escusado es pintar al señor Ovejas cuando puedo mandar á usted el retrato del señor Cordero que es aquí un cordero en toda la estension de la palabra.



Conque figurense ustedes como tendrán aquí entrada esa porcion de hombres cuyos nombres ó no dicen la verdad ó no dicen nada. Digan al señor Hartzembusch que no venga por acá, ni el señor Azguals de Izco, ni el señor Ribot y Fontseré: porque no se les consentirá á menos que renieguen de sus nombres. Aquí no se leen mas que dos cosas: LA RISA porque tienen estravagancias y las *Poesias de VILLER GAS* por ser estravagantes.

Dícese que va á haber una amnistia en España para los emigrados politicos; diga usted que la hagan estensiva á los muertos, y verá usted bandadas de condenados desalojar las vecinas comarcas, que son infierno y purgatorio, donde tantos proscritos gimen, victimas de la revolucion del cólera, la insurreccion del tifus, el pronunciamiento del bubon, y otras sublevacio-

nes de la misma casta; yo entre tanto quedo aquí sin saber una jota de lo que pasa por ahí, es decir, que estoy como niño en el Limbo.—N.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

A LOS REDACTORES DE LA RISA.

Aunque mi tosca pluma siempre á escribir en verso fué remisa, tal congoja me abruma, señores redactores de LA RISA, que ya en prosa, ya en verso. he de mostrar mi pena al universo.

Cuando LA RISA leo desconoce sus límites el gozo, mas la de este correo mi gozo entero lo arrojé en el pozo, que tambien tras la risa del enojo la calva se divisa.

De cuatro literatos de los mas distinguidos de la córte se ofrecen los retratos al que cincuenta reales, del importe (con generoso abiuco) adelante, de entregas veinte y cinco.

Si la igualdad proclama el superior gobierno de LA RISA, que cumpla su programa; un suscritor á medias se lo avisa, y no siga la moda de negar lo ofrecido si acomoda.

No aceptes las lecciones:: (seis puntos suspensivos aquí pongo pues solo con razones probar las sinrazones me propongo, por que tengo por mengua en faltas de otros encebar mi lengua.)

No hay mal que no me sobre, remedio mi desgracia no consiente, y me encuentro tan pobre como lo puede ser un escribiente, que solamente cuenta con cinco reales de diaria renta.

Con ellos me mantengo, me visto, y casa y lavandera pago, y aunque muger no tengo, mi dinero me cuesta el dulce halago,

que la fácil fregona
tributa alguna vez á mi persona.

Por cuanto aquí os refiero
formado habreis el oportuno juicio,
evaluando primero
que vale el pecuniario sacrificio,
del que, siendo tan pobre,
tan solo por reir gasta su cobre.

De mi pesar profundo
cierto es que en reir hallo el remedio,
y si ahora medio mundo
llora de ver llorar al otro medio,
debiera por reirse
todo entero á LA RISA suscribirse.

El oro del Perú
mi natural codicia no incitó
como el grato ambigú,
(luciente faro que á mi afan guió)
que es dicha singular
gozar, comer, reir y no gastar.

Apenas de la gloria
la remontada cumbre huella el hombre,
cuando ya ni memoria
de su poder existe, ni su nombre,
que las humanas cosas
si mas brillantes son mas engañosas.

Así yo me juzgaba
de la fortuna escrito en el registro,
y á nadie codiciaba
su suerte, inclusa aquí la de un ministro,
aunque si bien contemplo
ministro jamas fuera ni aun del templo.

Mas ¡ay! luego penetra
el engaño en mis tripas sin trabajo,
pues no hubo ni una letra
que siquier me supiera á sopas de ajo,
y aunque bebí una copa
á vino sí me supo mas no á sopa.

Tal vez como específico
permitted en mi favor la mano cética
aumentar el prolífico
mal que produce mi ambicion famélica,
que español y... católico
de hambre puede morir mas no de cólico.

Que esto sea un engaño
ninguno de los rientes ya lo duda,
y así no será extraño
que una revuelta invoquen en su ayuda,

que estas desgracias labra
el faltar *don Abundio* á su palabra.

Armese ya la broma,
y no de broma nuestra furia amague,
pues ya que uno no coma
no es justo que lo que otros coman pague,
que para cinco hambrientos
son precisos millones cuatrocientos.

Vengan, pues, los retratos
y al grito de igualdad sed consecuentes,
ó araben nuestros tratos
que engaño tal no sufren los rientes,
y pendones de duelo
álcese en el risueño hispano suelo.

La voluntad de todos
mostrádola os hé ya; y á realizarla
nos sobran dos mil modos
aunque tenacés pretendais coartarla.
Nuestro valor se afirma.
Fecha en esta ciudad: síguese una firma.

EDUARDO V. MAIQUEZ.

CONTESTACION DEL COCCINERO DE LA RISA,

A D. EDUARDO V. MAIQUEZ.

Saltando como una cabra
á una alusion personal,
contra el buen corresponsal
me alzo y pido la palabra.

Verémos quien vence á quien,
pues por oficio y por rango
soy hombre que por el mango
tengo siempre la sarten.

No cediera yo la palma
de mi triunfo al grande *Eduardo*,
Ni recibiera un petardo
de *Maiquez* ni del gran *Talma*.

Que no ha de alcanzar quien peque
el perdon de *don Abundio*,
mas que fuera *Fray Gerundio*
ó su lego *Tirabeque*.

Que al criticar mi *ambigú*
el suscritor atrevido,
debe tener entendido
que habló el bucy y dijo *mú*.

Dónde hallaron mejor trato
delicados paladares?
Dónde hay mas ricos manjares?
Dónde sirven mas barato?

Por dos tristes reales cedo
tanto guisado esquisito,
que el gastrónomo suscrito
se chupa de gusto el dedo.

Y aunque no es de mi incumbencia
la cuestion de los retratos,



10 H20 MAFSEI

Desprecio las morondangas
de un suscritor insolente,
que aquí se sabe hacer frente
á revueltas y bullangas,

RISA ó muerte es mi divisa,
y aunque me viera en el potro
gritaría como el otro
lo de DIOS SALVE Á LA RISA!

Tus insoportables modos
pasan de oscuro castaño
al decir que es un engaño
no dar retratos á todos.

Y que es arbitrariedad
darlos solo al que adelante
veinticinco... No hay aguante
para tanta atrocidad.

no os dejaré, literatos,
á la luna de Valencia,
¡Vengan!... Desbórdense ciento
contra nuestra RISA al fin:
no me amedrenta un motin,
ni temo un pronunciamiento.

Ya tomé por vida mia
providencias absolutas,
y cuento con los reclutas
del batallon de Parva.

¿Cómo á un proceder fan santo
apellidas despotismo?

Vive Dios que no es lo mismo
hacer ó no el adelanto.

Aquel que hace el sacrificio
de adelantar su caudal,
si al moroso no es igual,
bien mercede un beneficio.

Porque el hacer lo contrario,
fuera infringir con malicia
el sistema de justicia
y el orden parlamentario.

Que no hay igualdad me dices
y ante tu candor me aturdo,
porque semejante absurdo...
vive Dios tiene narices.

Qué tal sarcasmo se escriba!
 Qué tal sin razón se ejerza!
 Pues ¿acaso aquí se fuerza
 a nadie á que se suscriba?
 Se desea... esto es verdad
 y tras de uno en otro tomo,
 sin decir ni por asomo
 que no reina la igualdad.

Y si en tus versos confiesas
 que el pagar la veinticinco
 es un generoso ahinco,
 á que nos vienes con esas?

Igualar al generoso
 con el mezquino no es justo,
 ni por solo darte gusto
 debemos hacer el oso.

Que hacer el oso sería
 tras de tanto y tanto anuncio
 incurrir en un renuncio...
 No harémos tal bobería.

Mas no está bien que ninguno
 de este sistema se enoje;
 porque el objeto es que afloje
 la mosca en tiempo oportuno.

Los desembolsos son tantos,
 que nuestra bendita RISA
 nos biciera ir en camisa
 sin los tales adelantos.

Probada de varios modos
 la igualdad, si no os convence,
 la desigualdad se vence
 haciendo adelanto todos.

Que somos buenos muchachos:
 y tan solo al que de un brinco
 venga á pagar veinticinco,
 daremos los mamarrachos...

Dibujados con esmero,
 no á la merced del capricho
 sino con gran arte. He dicho.
 Voyme á espumar el puchero.

De órden de su señoría el cocinero en jefe de LA
 RISA don Abundio Estofado,

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

A D. WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

RÉPLICA.

Voy á escribirte, lo anuncio,
 ¿y quién dijo miedo? sus!
 que ya al silencio renunció;
 no hay mas remedio, no hay mas;
 órdago; yo me pronuncio.

No te diré me perdones
 si un tanto soy deslenguado,
 pues contesto á tus renglones,
 y en ellos, Ayuals, he hallado
 mas insultos que razones.

Y es bueno tengas en cuenta,
 por si los adagios doman
 tu musa atroz, virulenta,
 que hay uno antiguo que asienta
 que donde las dan las toman.

Mi honra ensucias con la mancha
 de insolente y petardista,
 y no es mi espalda tan ancha
 que lo aguante, y que resista
 al placer de la rebancha.

Poco me importa que tuerzas
 la justa opinion que sigo,
 y en mí tu cólera ejerzas,
 que aunque son pocas mis fuerzas
 para medirlas contigo;

Si te ofendiere mi voz
 y á la venganza feroz
 corrieres, aunque te enfades,
 no teme el dónce! de Gades
 al héroe de Vinaroz.

No que tenga la manía
 de echarla de literato,
 porque conozco á fé mia
 que no alcanza mi valía
 al cerco de tu zapato.

Mas en tu juicio imparcial
 decide la cuestion tú,
 y dime si en guerra tal
 debo, al dar tú la señal,
 olvidar mi biricu.

Si el estar siempre en pendencia
 no acredita ser valiente.

tampoco acá en mi conciencia
juzgo escribe la prudencia
en callar al insolente.

Que tú la razon ocultes
cuando la razon te agravia
bien está; mas no me insultes,
ni mi vencimiento abultes
con escarneciente lábia.

¡Que haya dado tu talento
pifia tal, Ayguals de Izco!...
son tus versos, no te miento,
capaces de poner bizco
á un ciego de nacimiento.

Mi sano consejo admite,
defiéndete si te es dado,
la defensa se permite,
ninguno habrá que te quite
este derecho sagrado.

Mas no la razon recuses,
ni á tu contrario deprimas,
ni de tu poder abuses,
ni de desvergüerzas uses,
para amenizar tus rimas.

Si es un acto generoso
adelantar el dinero,
¿por qué apellidas moroso
al que en su dia, presuroso
corre á pagar el primero?

De muy avaro te tachas
cuando afirmas con faz hosca
que á los cincuenta... te agachas,
y mas el clavo remachas
con lo de alhojar la mosca.

Yo quisiera, te lo juro,
tener duro sobre duro
del gran Creso los caudales,
mas si supieras mi apuro
para juntar dos reales!

Tenaz el debate admites
sin ser á mi ruego sordo
pues los retratos remites,
mas diré, si lo permites,
¿eres tú, Ayguals, el mas gordo? (f)

Olvído fué censurable
no estampar de cada uno

al pié su nombre oportuno,
cargo es este cual ninguno
al editor responsable.

Y mas que mi duda aborte
mis importunos deseos,
yo te pregunto ¿en la corte
son los poetas tan feos
y de tan risible porte?

Acaso no será estraño,
que pues redactan LA RISA
escribiendo todo el año,
vistan el verano paño
y en el invierno en camisa.

Para así dar que reir
al amable suscriptor,
que pretenda compartir
en este amargo existir
la risa con el dolor.

Y ya que el callar me abruma,
vuelvo á tocar el negocio
que con diligencia suma
á mi mal cortada pluma
impele á salir del ocio.

Que aunque me cueste trabajo
el servir á mi manía
por no tener desparpajo,
puede se torne algun dia
lo que se halla arriba abajo.

Si tu razon es muy clara
no des á la mia de codo,
pues cualquiera imaginára
cuando me cubres de lodo,
que temes verme la cara.

De muy elemento me abono
que en mí la clemencia es ley;
tus injurias te perdono,
porque es de mezquina grey
guardar al contrario encono.

Díme, y será suficiente,
porque es mi pasta excelente
y mi carácter muy neto,
que por salir de tu aprieto
fuiste conmigo insolente.

Y porque prestó se salde
la cuenta de nuestra historia
sin que intervenga el alcalde,
dáme LA RISA de valde
y aquí paz y despues gloria.

(1) El buen autor toma las caricaturas por retratos.

Mas si dices pecho á lo hecho
y en tu obstinacion prosigues,
y de tu error satisfecho
en la conviccion aun sigues
de que te cabe el derecho,

Alzaré el pendon de muerte
y gritaré llanto ó muerte
hasta la hora de mi muerte
que despertando á la muerte
nazca á otra vida sin muerte.

Y no blasones tan presto
de haber la cuestion ganado,
que acontecer puede en esto
que el pié en el estribo puesto
te quedas tú desmontado.

Que si tu valor confia,
para venir á las manos,
en los quintos de Pavia,
defienden la causa mia
suscriptorés veteranos...

Pero sean estos testigos
de que mi rencor ya emigra;
unámonos como amigos,
no haya bandos ni enemigos
cuando LA RISA peligra.

Y pues que el finjir me aburre;
espero que no te asombre
la *incidencia* que aquí ocurre,
pues quien mas que yo discurre
ocultar suele su nombre.

Que en mí es costumbre modesta,
mi nombre en el de Eduardo
cambiar, pues nada me cuesta,
y así me libro del dardo
que el censor severo asesta.

Pongo á mi facundia freno
y bueno está ya lo bueno,
que ser tu enemigo siente
tu amigo *Enrique Vicente*
(ya queda poco) *Moreno*.

Pto. de Sta. Maria etc.

ENRIQUE VICENTE MORENO.

NOCHE BUENA.

Sobre el mundo de rondon
se encaja la *noche-buena*,

noche de satisfaccion,
porque en ella no se cena
pero se hace colacion.

Yo que por lo estrafalario
jamás encontré segundo,
soy de fiestas partidario,
de las que recuerda el mundo
sin mirar el calendario.

De estas fiestas en que atruena
el mundo en jovial jarana,
quitando al pecho una pena
y á la cabeza una cana,
le primera es *noche-buena*.

Ella nos brinda á reir,
aunque uno no tenga un cuarto,
tan solo con discurrir
que está la virgen de parto
y á las doce ha de parir.

De esta noche con portia
quiero hablar á troche y moche;
pero es grande boberia
meterme á hablar de la noche
sin decir algo del dia.

Hay algo en mi parecer
de molesto y de pesado,
y así debe suceder,
porque no todo ha de ser
tortitas y pan pintado.

A mi puerta un empujon
siento dar: ¡Dios Nazareno!
digo con admiracion.

—¿Quién me interrumpe?—El sereno.

—¿Qué pretende?—Colacion.

¡Tan, tan, tan!—¡Voto al demonio!

¿Quién?—Un mozo.—Esto vá malo.

¿Qué pretende ese holonio?

—De parte de don Antonio
trae un pollo de regalo.

Esto, dirán mas de cien,
que al mas estúpido balaga;
pero ellos no saben bien,
que amor con amor se paga,
y hay que regalar tambien.

La buena intencion alabo
mas yo sé que me aniquila;
pues devuelvo al fin y al cabo
por un mal pollo un buen pavo,
y por un pez una anguila.

—¡Tan, tan, tan!—¿Quiere algun sueco
jugar con mi humor al tango?

—A la puerta está muy hueco
el repartidor del Eco.

—¿Y quién mas?—El del FANDANGO.

Esto no me maravilla;
veamos qué dicen hoy
los papeles de la villa:
los tomo; á mirarlos voy
y me encuentro esta quintilla.

«En tan solemne ocasion
el repartidor hecho ascuas,
pide con buena intencion
que le deis la colacion
y tengais felices pascuas.»

—Gracias.—¡Tan, tan!—¡Qué suplicio
¿Quién?—El aguador.—Que suba
si viene á hacerme un servicio;
mas, ¿qué veo? Mal indicio
porque viene sin la cuba.

Tambien de buena intencion
con el corazon hecho ascuas,
me pide la colacion
y me dá felices pascuas.—
Mil gracias por la atencion.

—¡Tan, tan, tan!—Jesus que aprieto.
Otro bienhechor *in nomine*.

Con mucho amor y respeto
viene á pedirme un soneto
el repartidor del DÓMINE.

Temiendo por lo que veo
las resultas de esta lid,
marcharme luego deseo
y corro á dar un paseo
por las calles de Madrid.

De la plaza con cachaza
voy buscando los senderos:
huyo de los pasteleros
y al fin me encuentro la plaza
plagada de turroneros.

Mil voces en confusion
me horripilan al instante.

—¡Turron! ¡quién quiere turron!
¡al buen turron de Alicante,
de Gijona y de Gijón!

De tan fiera algarabía
huir al instante pienso,
pero encuentro ¡suerte impía!

que me ha sitiado el inmenso
regimiento de *pavía*.

Gastarme mas de un ochavo
pensaba yo satisfecho,
en un mercado tan bravo;
y me encuentro con despecho
que todo es *moco de pavo*.

Voime á santa Cruz, no marra,
digo; y parto hecho una bomba:
y el oído me desgarrá
el chirris de la chicharra.
y el zum, zum de la zambomba.

De tan horrible bolina
quiero partir al momento;
pero encuentro á una vecina
y un chico como una encina,
que me pide un nacimiento.

Entonces no sé lo que hablo;
tomo un coche hasta la noche
y parto como un venablo,
pues ya que me lleve el diablo
quiero que me lleve en coche.

Y así paso, voto á san,
hasta que llega por fin
la noche, y juntos se van
con el esplin el afan,
con el afan el esplin.

Veo una mesa excelente
que gozo y valor engendra,
y con voz muy elocuente
me da gritos dulcemente
la dulce sopa de almendra.

Buena nuez, rica avellana,
y otros mil manjares buenos;
que en dias de tal jarana
echa el que mas y el que menos
la casa por la ventana.

Y pues me quita la pena
repetiré mi cancion,
que la noche es noche buena
porque en ella no se cena
pero se hace colacion.

Mas la colacion se agota
y entre gentes de mi rango
todo vicho se alborota;
el uno pide una jota,
y el otro quiere fandango.

Cantan cuatro y bailan diez

al son del re, mi, fa, sol,
que acompañan á la vez;

uno con un almirez
y el otro con un perol.



La sartén sueña también
capaz de ablandar á un fraile
que en noches de tal belen
ya en la lumbre, ya en el bañe
nunca huefuga la sartén.

Se empeñan los ciudadanos
con ademan altanero
en darme un pandero ufanos,
y yo digo: en buenas manos
vino á caer el pandero.

Solo un idiota, un zanguango,
de gusto no se enagena,
viendo bailar un fandango
con sus pompas y remango
á una garbosa morena.

Eche usted salero pocho,

digo yo con retintín,
venga un vaso y un vizecho
y aunque esto no tenga fin,
hasta mañana á los ocho.

La modorra en mí se nota
dando dos sorbos atroces,
y la gente se alborota
y jota me pide á voces,
sin que yo entienda una jota.

Aquí de cólera estallo:
y pidiendo mil mercedes
me cierro el pico y me callo,
y con permiso de ustedes
voy á la misa del gallo.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

UN COFRADE DE LA HERMANDAD DE BACO

Á SUS AMADOS COLEGAS.

Hermanos: pues se me manda
que os hable sin cortedad,
os *aullaré* la verdad,
porque quien con *lobos anda...*
Cofradía boquiblanda,

por daros consejos sudo,
que los tomarás no dudo
para tu provecho y bien,
porque sé que eres tú quien
los to mas muy á menudo.

Hermanos, breve seré
 en dar doctrina á las manos,
 porque el que menos, hermanos,
 no puede tenerse en pié:
 tras lo poco que diré
 útil á vuestro consuelo,
 á tomarlo sin recelo,
 jamas os podreis negar,
 porque es preciso tomar
 del lobo aunque sea un pelo.

Llamad allá en vuestras casas
 á exámen vuestro apetito,
 y si apetece un traguito
 dadle, hermanos, calabazas:
 en estas y en otras trazas
 tendreis un fino arancel,
 si vuestro cuerpo cruel
 á beber agua os destina:
 cuerpo que al agua se inclina
 calabazas para él.

Al tiempo que entreis en casa
 auyentando toda pena,
 hacedle la berenjena
 á la hermana calabaza,
 tomad á pecho y sin tasa...
 ó mejor á vuestro lado
 la traeréis, que bien mirado
 conviene á vuestra decencia,
 pues no es hombre de prudencia
 hombre *descalabazado*.

Bebed en fin como quiera
 sed bebedores á manta;
 mas sea vuestra garganta
 canal, pero no gotera:
 fuera gotas, gotas fuera,
 hombre que de beber trata:
 y que bebiendo las matas,
 si con el licor te agotas
 procura no andar á gotas
 aunque luego andes á gatas.

Beba el vino nuestra jente...
 aguarlo no se permita,
 y solo el agua se admita
 cuando esta sea *agua-ardiente*:

y si acaso en sed urgente
 de vino vivo te ardes,
 bebe, bebe, no te tardes,
 y si esto no puede ser,
 ó dejaras de beber,
 ó por aguar nunca aguardes.

Si la sed molestia os dá,
 con prontitud diligente
 beberéis tan de repente
 que no digais «agua vá.»
 Yo os hablo de pé á pá
 lo que es puro y verdadero,
 y como buen compañero
 os digo *lo provechoso*,
 créame todo vicioso
 aunque le pese el agüero.

Aunque sea materia parva,
 ningun hermano se afeite,
 porque al beber es deleite
 el que haya vino por barba:
 si este consejo te escarba,
 bebedora cofradía,
 y el cuello por vino pia,
 podrá tener mayor pena
 que cuando quiere *la llena*
 le peguen con *la vacía*.

Frutas verdes, ni aun pintadas
 probareis, vivientes cubas:
 á los racimos de uvas
 si seguireis las pisadas,
 almendras no os son vedadas
 y aquí una duda examino:
 decidme por qué camino
 ¡ojalá que alguien lo sepa!
 no siendo almendras la cepa
 nos sabe á *almendras* el vino?

No ireis con paso violento
 por la calle; esto lo fundo
 en que está muy malo el mundo
 y es preciso andar con tiento,
 si cayereis vino lento
 en lo enjuto ú en el lodo,
 con admirativo modo
 esclamaréis de esta suerte:

*¡fáltz quien todo lo advierte!
¡dichoso el que cae en todo!*

Dice el vulgar parecer
que á la vida daña el vino,
pero segun imagino,
no hay mas vida que beber;
bien se me puede creer
y sino, hermanos oid,
pues en aqueste sentir
vereis con grande evidencia,
cuán corta es la diferencia
que hay de la vida á la vid.

Escribe un autor latino
comentador de Galeno,
si el bien con el vino es bueno
con el *mal* vino el *mal* vino:
yo bien y bueno lo empino:
en mi vino *bueno* llueve
sin causarme el mal mas leve,
pues en rigor logical,
no es posible viva mal
el hermano que bien bebe.

En un autor de lo añejo
hallé esta curiosa nota:
«bebedor, guarda la bota
que eso es guardar el pellejo.»
Quien siguiere este consejo
rara vez enfermará,
de cualquier mal sanará
el que á la bota se aplica.
¿Si da salud la *botica*,
la bota grande qué hará?

Como diestro bebedor,
al tirarme un cimbronazo,
triste Porro sobre el brazo
por aumentar el licor;
tengo al vino grande amor
el vino es mis deseos,
y con amantes arrojos
soy con e vino tan fino
que una lágrima de vino
es lágrima de mis ojos.

Nosotros con paz bebemos

y andamos luego al compas,
y el dia en que cae mas
es dia en que mas caemos;
bien es que nos consolemos,
pues nuestros cadentes modos
escitan á risa á todos
los que nos llegan á ver,
y es por que nuestro caer
es caer en gracia á todos.

Dije en cierto lugarejo,
concurriendo en una *hermita*
«el que el pellejo nos quita
ese nos quita el pellejo.»
Acordaos de este consejo,
seguid mi alegre dertota,
pasemos todos sin *nota*
los tragos de aquesta vida,
y con la bota *de-vida*
hagamos vida *de bota*.

Hagamos oro brillante
nuestro fraternal decoro,
pero brille en nuestro oro
su puntita de diamante.
Uno caiga, otro levante.
¡Oh cofrades verdaderos!
Con finos esmeros, meros
bebamos mientras vivimos;
y pues en cueros nacimos
pasemos la vida *en-cueros*.

En nuestra vida no hay nota,
ni el triste temor asusta,
¿si el alma cándida es justa
qué será la candidota?
y si el mundo os alborota,
no dejeis vuestro *destino*,
seguid aqueste camino,
que mi doctrina os previene,
pues lo que mas os conviene
es lo que mas os *con-vino*.

Si murmuradores bobos
hablan para desluciros,
ninguno podrá deciros
que sois zorras, sino *lobos*:
continuaad estos arrobos,

no dejéis este ejercicio,
mientras en mi sano juicio
aplicado me atareo
al oficio del *mareo*,
y al *mareo* del oficio.

En este mundo, que es mar
de vaivenes, navegamos,
pero con el vino hallamos
la aguja de marear;
hermanos, alto, á embarcar,
que hagais la carga os porfio,
y si cargado el navio
vinal tormenta se aboca,
el remedio está en la boca:
descargad, hermanos míos.

Si acaso los maldicientes
burlan nuestra cofradía,
mas que la gente se ria
como acá andemos calientes...
hermanos míos oyentes
reiros de todos, vos;
pues mediante el *Baco-Dios*
si acaso os burlase alguno
al que os burle como uno,
vos burlareis como dos.

En agua y vino hay virtud
de contraria oposicion,
el agua da opilacion
pero el vino da salud:
y así en nuestra senectud,
hermandad Calamocana,
no puede el agua ser sana:
huyamos de agua, hermanitos,
pues vosotros sois mosquitos
y yo, hermanos, no soy *rana*.

El vino es un gran licor
como escribe un autor griego,
y compone desde luego
el que lo bebe, mejor;
al agua falta este honor
porque de simple blasona,
por las calles se pregona
y yo en esta razon fundo,
que el vino compone mundo

y el agua es una simplona.

Campa el vino de valiente,
todo guapo de él se guarde,
pero el agua es tan cobarde
que la llevan á la fuente:
esta eleva en su corriente
los árboles mas crecidos
el vino pone abatidos
los valientes sin igual,
luego el vino es principal
pues tiene á tantos *caídos*.

Tened por verdad constante
y llegad á conocer
que hombre con agua es muger,
y hombre con vino gigante:
hombre con vino es pujante,
hombre doble, alma doblada,
humanidad duplicada,
y así, segun este apodo,
hombre en vino es hombre todo,
pero hombre en agua, *nada*.

Dicen que es contra el honor
la costumbre de beber,
y cualquiera puede ser
un honrado bebedor:
es propia fama y loor
mediante sueño influir:
yo no quisiera mentir,
pero segun imagino,
da muy buena fama el vino
pues que nos echa á dormir.

EL BEBEDOR.

EL CORNETA.

CANCION.

¡Cazadores! el morral
ó la mochila coged,
y á su puesto cada cual:
tet-teretet-teret-tet!!!

Allí muestran sus enseñas
los contrarios presuntuosos;

trepemos por estas breñas
como carniceros osos.

En su número confiados
ya han tomado posición...
pero adelante, soldados,
¡vivo! ¡cartucho al cañón!

De la corneta os dé el toque
entusiasmo y frenesí,
y aunque el calor os sofoque,
¡arriba!... seguidme á mí.

Somos pocos y ellos muchos,
pero no importa ¡avanzad!

taratat!

Teneis valor y cartuchos...
¡sus! ¡con brio arremeted!
tet-teretet!!

¡Terrible vá ser la lid!
esto buscamos ¡seguid!
¡tit-tiritit-tirit-tit!!!

Silba el plomo que acribilla...
¡uno cayó! ¿quién se queja?
Nadie pierda la guerrilla,
aunque caiga su pareja.

¡Tot torot!! ¡deje el fusil
quien oye el toque de *al trote*
y huye cual cobarde vil!
¡quítese luego el bigote!

Pam! pom! pim! pim!.... alto el fuego!
¡á escape! ¡á la bayoneta!
y marque la sangre luego
el brio del que acometa.

¡Bom!!! ¡qué maldita metralla!
¡cinco cayeron!... ¡Trepad!

taratat!

que no pueda la cañalla
cargar otra vez... ¡corred!

tet-teretet!!

¡Valientes son mas que el Cid!
pues bien ¡matad ó morid!
¡tit-tiritit-tirit-tit!!!

¡Viva!!! ¡ya es nuestro el cañón!
con brio le defendieron
artilleros de tesón
que al pié del cañón murieron.

Ya el contrario desbandado
vá rodando por los cerros

con mas piernas que el venado
que escarmentaron los perros.

Ni uno quede con resuello;
no dar ni pedir cuartel;
pasarlo todo á degüello
del ranchero al coronel.

¡Que ni uno solo se escape!
¡herid, valientes, matad!

taratat!

¡No hay azor que los atrape,
al rezagado coged!

tet-teretet!!

No valen piernas, ni ardid;
¡las armas todos rendid!
¡tit-tiritit-tirit-tit!!!

¡Valientes! la retirada
piquémosles ¡vive Dios!
Testigos de esta jornada
muchos son si quedan dos.

Ya son nuestros, ya por fin
cayeron en nuestras manos...
¡Comaradas! el botín
repartamos como hermanos.

Y despues de tanto estrago,
la garganta del valiente
refrésquese con un trago
y otro trago de aguardiente.

Sí, camaradas, la boca
con aguardiente mojad...

taratat!

¡Diablos! la corneta toca...
¡listo! fumad y bebed

tet-teretet!!

Muy cerca una casa ví...
¡sin duda vamos allí!
¡tit-tiritit-tirit-tit!!!

Aunque cansados, el hambre
nos pone en las piernas alas;
nos comiéramos en siambre
hasta el fusil y las balas...

Aquí, niña, hacemos alto...
¡Sal de Jesus! ¡qué proeza
el que pueda por asalto
ganar esta fortaleza!

¿Quién al mirarte, patrona,
no quisiera ser patron?...
34

Dí si te gustan, gachona,
los besos de munición.

¡Cazadores! cada cual
el hambre mate y la sed,
aligerando el morral...
¡tet-teretat-teret-tet!!!

A. RIBOT Y FONSERÉ.

A FR. GERUNDIO.

SONETO.

¿No es, hermano, solemne disparate
preferir chocolate al desayuno?
¿No es mas estomacal, mas oportuno
un par de huevos fritos con tomate?
Me llamareis acaso botarate
porque no tengo estómago frailuno.
Abraze la sesión: pueda cada uno
razones alegar en el debate.

Sus!... á la lid, oh reverendo hermano,
si quiere conquistar laureles nuevos;
y árdase Troya cual inmensa fragua.

Cante en buen hora el chocolate ufano,
yo entonaré el *busilis* de los huevos
y veremos quien lleva el gato al agua.

WENCESLAO AYGUALLS DE IZCO.

SONETO-CONTESTACION DE FR. GERUNDIO,

AL SONETO-ESKITACION

DEL HERMANO AYGUALLS DE IZCO.

No es, hermano, solemne disparate
preferir chocolate al desayuno,
ni es mas estomacal, mas oportuno
un par de huevos fritos con tomate.

Me llamareis acaso botarate
porque tengo el estómago frailuno.
Abierta queda la sesión: cada uno
sostendrá como pueda este debate.

Sús!... acepto la lid, ya que un hermano
me invita á conquistar laureles nuevos,
y árdase Troya cual inmensa fragua.

Yo ya defendiendo el chocolate ufano;
tú el *busilis* entona de los huevos,
y veremos quien lleva el gato al agua.

DEFENSA DEL CHOCOLATE.

Provocar á un reverendo á hacer la defensa del chocolate, presentándole por rival un par de huevos fritos con tomate, ¡vive mi padre San Francisco que es un insulto capaz de encender en ira, si no fuera hecho por el autor de LA RISA! Porque es como poner en parangon la sidra con el néctar de los dioses, el chacolí con el *lágrima Christi*, la rústica patata con el tocino del cielo, la innoble cebolla con la pechuga de ángel, la prosa con la poesía, lo humilde con lo elevado, lo rastro con lo sublime, el zueco con el coturno, la cañabeja con el cedro, la estameña con la púrpura, la porra con la laticlavía, el gorro con la corona, el plebiscito con el senado-consulta, la hebetud con la sublime inteligencia, el tugurio con el alcázar, la cotorra con la sirena, el grajo con el fenix, el almuerzo en fin del cabador Bartólo con el desayuno que usaba el emperador Motezuma, segun refieren las crónicas.

En buena ley el chocolate no necesita de cantores de sus excelencias: las excelencias y virtudes del chocolate se recomiendan por si mismas. son axiomas sólido-liquidos que no necesitan demostracion.

Sí, pocion divina, reina de los desayunos, consuelo de los enfermos, confortativo de los convalecientes, recreo de los sanos, placer de los jóvenes, rechupete de los viejos, golosina de los niños, delicia universal de paladares, abrigo de estómagos viajeros, confortante de los débiles, despejo de imaginaciones estudiosas, repulsiva de flatos, regalo de los cécigos, agasajo de los confesores, laudicia de los prelados, oblectamento de todas las clases, heroína en fin de ambos mundos, que desde las regiones mejicanas donde tenias asentado tu imperio, viniste á entender tus dominios por la culta Europa. Sí, sabrosa y tónica y estomática bebida, que con el nombre de *chocolate* (1) eres conocida y honrada por toda la haz de la tierra; tus gracias, tus glorias, tus virtudes tus benéficos efectos no hay nadie que los pueda desconocer, ni argumento

(1) La voz *chocolate* diz que se deriva de la

que los pueda destruir, ni nube que los pueda eclipsar.

En efecto, el chocolate es sin disputa el desayuno mas conveniente y menos nocivo de todos los desayunos hasta ahora descubiertos, y creo que de todos los desayunos posibles. Y si las pruebas no abonarán el aserto, bastaría la consideracion de ser el que adoptamos los frailes, que en el ramo de higiene doméstica, y en el conocimiento de lo perteneciente á la bucólica, hemos merecido siempre y no se nos ha negado nunca un voto de mayor escepcion. Pero dejemos el fundamento de nuestra adoptada y nunca interrumpida práctica y costumbre, y vengamos á las pruebas.

Levántase de su cama el hombre de letras; entra en su despacho; toma su pocillo de chocolate; bebe en seguida un vaso de agua pura y cristalina; y en el *hic et nunc* de hacer esto, siente el estómago confortado, los sentidos espertos, la imaginacion despejada, la parte física y la intelectual adquieren una entonacion admirable. y si á esto le sigue el apéndice de un polvo ó la posdata de un cigarro, segun el gusto del consumidor, el hombre, si es letrado, se encuentra en disposicion de tragarse tras del chocolate, no digo la Novísima y las Partidas, sino todos los tomos de Reales Decretos, que en España constituyen una racioncita decente; si es poeta, se siente en aptitud de trasportarse en cuerpo y alma á la glorieta mas centrica del Parnaso, y de jugar con las nueve hermanas, á esta quiero, á esta no quiero, con la mas desembarazada familiaridad, si es periodista, se halla esperto y abispado para poner un artículo de fondo contra el lucero del alba, probando que su ministerio debe ya caducar, porque todos los días sale y no vemos que progrese mas un año que otro.

El chocolate pues despeja los sentidos, y conforta el estómago sin cargarle; al que es sóbrio le alimenta; al gastrónomo y gloton le prepara convenientemente, y le dá aptitud y disposicion, y le sirve de base y de preámbulo y cimienta pa-

palabra mejicana *atle* que significa *agua*, y la voz *choco*, espresiva del ruido que hace el molinillo cuando bate *choco*, *choco choco*.

ra otras cosas mas sólidas y de mas mantener. El no embota como las tajadas, ni achispa como el vino y el licor, ni soporiza como la leche, ni irrita como el café, ni hace sino oler bien, saber mejor, y sentar á las mil maravillas. Abriga en el invierno, refresca en el verano, vigoriza en primavera y otoño. Se acomoda y adapta á todas las naturalezas. Es tónico, estomacal, refrigerante, demulcente, laxante, analéptico y lenitivo.

Así no es extraño que se haya generalizado tanto en España, que hasta los sábios enciclopedistas de la Academia de las Ciencias de Prusia, de la de Bellas Letras de Paris, y de la Real de Lóndres hayan consignado esta máxima honorífica para mi defendido, á saber: *«manquer de chocolat chez les Espagnols c'est être réduit au même point de misère que de manquer de pain parmi nous.»* Y despues: *«Il y a long temps qu' on a apellé le chocolat LE LAIT DES VIEILLARDS: on le regarde comme très nourrissant et comme très propre á reveiller les forces languissantes de l'estomac. Effectivement le cacao, etc.»*

Ya veis, hermano AYGUALS DE IZCO, ya veis cómo se han explicado los sábios estrangeros acerca del chocolate: allí diciendo que el faltar el chocolate á los españoles indica un grado igual de miseria y de pobreza al de faltarles á ellos el pan; prueba irrefragable de la universal conviccion de su necesidad y de su utilidad: aquí llamándole *la leche de los viejos* (cuyo dictado algunos de entre nosotros han aplicado erroneamente al vino), y encomiando su cualidad nutritiva y la mas propia para reparar las desfallecidas fuerzas del estómago; pasando despues á especificar con recomendacion las virtudes del cacao y de los demas ingredientes. ¡Y á vista de todo esto hay todavía quien se atreva á ponerle en parangon un par de huevos fritos con tomate!

¡Oh deshonor! ¡oh vilipendio! ¡oh mengual podría yo esclamar aquí con el inmortal Jove-llanos.

Hasta la posicion supina del que toma chocolate tiene no sé qué de elevado y sublime. Figúrese mi contendiente á un padre provincial antiguo, ó bien á un Fr. Gerundio moderno, repantigado en su poltrona, embaulando un cagilon

del rico de Caracas, probada y concluida ya la primera parte, que consiste en los fragmentos del esponjoso bollo empapados en el aromático líquido, y que pasa á la segunda, que llamo yo de los sorbos. Represéntesele elevando á cada sorbo mas y mas la cabeza, hasta el punto de



clavar los ojos en las estrellas del firmamento, como quien dice: «desde aquí á la gloria.» ; Oh! esto tiene una sublimidad, qué comparada con la manera pleheya é innoble que suele usarse para comer un par de huevos fritos, operacion que muchas veces en España se ejecuta (vergüenza dá decirlo) con los dedos, constituye un contraste de elevado y rastrero como el que hay entré el «*téndimus ad alta*» y el «*descendit ad ima*.»

Por todo lo cual, no es maravilla que el buen don Ermeguncio, el *Filosofastro* de nuestro Moratin, se pusiese tan contento y alegre y tan fuera de quicio cuando el poeta le presentó como él dice:

«ancha bandeja con tazón chinésco
rebozando de hirviente chocolate
(racion cumplida para tres prelados
benedictinos), y en cristal luciente

agua que serenó barro de Andújar,
tierno y sabroso pan, mucha abundancia
de leves tortas y bizcochos duros,
que toda absorven la pocion suave
de Soconusco, y su dureza pierden.»

Don Ermeguncio, que era hombre entendido y aficionado,

«altos elogios hizo del fragante
aroma que la taza despedía...»

Y luego dijo :

« Por este
sorbo llenamos de miseria y luto
la América infeliz: por él Europa,
la culta Europa en el Oriente usurpa
vastas regiones, porque puso en ellas
naturaleza el cinamomo ardiente:
y para que mas grato el gusto adule
este licor, en duras eslabones
hace gemir el atezado pueblo
que en Africa compró, simple y desnudo.
. Dijo y llorando
lágrimas de dolor, se echó de un golpe
cuanto en el hondo cangilon quedaba (1).»

Vea el hermano retante si es de importancia el sorbito este, cuando por él conquistan unas naciones á otras (aparte la cuestion del derecho de gentes y el internacional): y vea cómo confortaba á don Ermeguncio el solo aroma que despedía.

Ya lo creo que se sentiría confortado; pues de mí sé decir, que desde el momento que oigo á Tirabeque batir la chocolatera empiezo á sentir un consuelo inesplicable. Consuelo de oído, que conforme se aproxima se va haciendo progresivamente consuelo de narices, de paladar y de estómago.

Tal seria (aunque un poco mas sospechoso) el que experimentaba el citado emperador Motezuma, que segun refiere Diaz del Castillo, cada vez que visitaba su harém se sorbía un decente tazón de chocolate á la vainilla. Tal seria tam-

(1) Moratin, epístolas.

bien (aunque tambien menos inocente) el que sentia el regente de Orleans, que al decir del mariscal de Bellisle en su *Testamento político*, se refocilaba con un jicaron cada y cuando se levantaba de la cama, á cualquier hora que fuese. Y tal en fin el consuelo que con el chocolate sentirian las damas de Chiapa, cuando hasta en la iglesia no se absteneian de tomarle.

Y ya que la iglesia he tocado, no puedo dejar de recomendar á mi adversario otra de las virtudes del chocolate, y no insignificante á fé mia, á saber la de no quebrar el ayuno eclesiástico, con tal que se haga con agua. Sobre lo cual puede leer el hermano *AVGUSTO DE IZCO* las razones que para ello hizo valer el cardenal Brancaccio, y la correspondencia que sobre este importante punto siguieron la princesa de los Ursinos y madame de Maintenon.

En fin, por no cansar hoy mas, y porque creo que basta para demostrar las escelencias de mi defendido, solo añadiré que si bien ha habido poetas que han cantado las virtudes del vino como Horacio y otros; si bien los ha habido que han hecho el panegirico del café como Delille, no tengo noticia que ninguno haya cantado las virtudes de un par de huevos fritos, como *Metastasio* compuso una bella cantata al chocolate, que siento no tener á la mano para acabar de confundir con ella al autor de *LA RISA* que me ha provocado.

Debo sin embargo hacer una advertencia; y es que todo lo dicho se entiende del chocolate bueno: bueno por la calidad de sus ingredientes; bueno por la obra de manos del chocolatero fabricante, y bueno por la habilidad y tino del que le dá la última mano y el inconveniente punto en la chocolatera. Sin estas tres bondades, que siento no poder detenerme á esplanar, declaro al chocolate indigno de la defensa que acabo de hacer. Entiéndase pues que hablo de un chocolate como el que toma Fr. Gerundio, chocolate de Astorga, junto al cual el chocolate de Madrid es un género abyecto, vil y bajo, indigno de este nombre; y que pienso lleva tambien muchos puntos de ventaja al de Burgos, y aun al mismo tan decantado de Aragon.

Y como á las pruebas de razon, y á las prue-

bas históricas, y á las pruebas de autoridad, es conveniente y aun pudiera ser necesario añadir la prueba mas concluyente y positiva de todas, á saber, la de la esperiencia; por la presente invito y convidó á mi contendiente á que se acerque cuando guste á la celda gerundiana á convencerse por sí mismo de la bondad y escelencia del chocolate, y estoy seguro de oir de su misma boca esta humilde confesion: «verdaderamente Fr. Gerundio me ha vencido! él defendia mejor causa!»

Muchos recursos hallarás, no lo dudo, oh hermano *Ayguals*, en tu esclarecido ingenio para hacer valer la causa que sostienes; y desde luego cuento con que pondrás mi pobre imaginacion en tortura para ver de hallar salida y dar solucion á tus argumentos. Pero de todos modos si triunfares, creo que mas será debido á la superioridad y mayor sutileza de tus talentos que á la justicia de la causa que defiendes. Todo lo espera con filosófica resignacion tu devoto hermano.

FR. GERUNDIO.

HUEVOS Y CHOCOLATE.

CONTESTACION

AL HERMANO FRAY GERUNDIO.

Digna es de todo un reverendo la brillante defensa que del chocolate acaba de hacer Vuestra Paternidad, hermano Fr. Gerundio, y cierto es por lo que en ella veo, que el talento, la instruccion y travesura de ingenio de un buen abogado, en mala causa es donde mas lucen; porque cualquier zascandil que por la justicia abogue, con la razon suple la falta de eloquencia. Confieso, padre, que me han dejado absorto los fascinadores argumentos que ha sabido alegar en pro de esa pocion mejicana, mas perjudicial al género humano, que el celebrado néctar de Chipre, instrumento de las venganzas de *Lucrecia Borgia*.

El esclarecido ingenio y erudicion que por todas partes destella con tanta gracia la precedente apologia del chocolate, capaces son de arrear al *Convidado de piedra*; cuanto mas á

este misero pecador, que en hora menguada hubo de entrometerse á medir sus débiles fuerzas con las de un atleta temible y de inmensa y reconocida superioridad; pero por otro lado me alienta la razon... la justicia de mi causa me llena de entusiasmo; y cuando veo que se prefiere el chocolate al objeto mas cacareado del mundo, sería vergonzosa mi apatía, sería mi silencio criminal. Voy, pues, á tomar la defensa de los huevos, con el calor y la esperanza del triunfo que la justicia inspira; pero no crea, hermano, que limitarme debo al huevo frito con tomate, que si bien es manjar delicioso, mil veces al chocolate preferible, justo es que me estienda y espique todo el *busilis* de los huevos porque los huevos tienen mucho *busilis*, reverendo padre; y cuando Vuestra Paternidad clogia hasta la posición del que sorbe chocolate para realzar á este; justo es y muy justo que saque yo á colacion todos los atractivos, todos los méritos del huevo, que por cierto son tantos hermano Fr. Gerundio, y de tan esclarecido linage, que si bien la democrática prosa basta y sobra para hacer del chocolate una brillante defensa, la sublimidad de los huevos no puede justamente celebrarse sin hacer uso del lenguaje con que dirige el poeta sus himnos á los dioses. *Nun, wohlan! was muss geschehe!* como decimos nosotros los tudescos, que equivaite á decir en castellano, pelillos á la mar, y lo que haya de ser que sea pronto.

LOS HUEVOS.

CANTO ÉPICO.

Canten otros de Roma el Capitolio,
ó el amor de románticos mancebos.
Canten las glorias y esplendor del solio
de reyes godos, de monarcas suevos.
Yo cantaré, y en páginas de á folio,
el sublime atractivo de los huevos;
y oscureciendo al trovador de Ofanto,
de asombro al mundo inundará mi canto.

Vamos por todo, ¡oh Fr. Gerundio! á Roma,
toda vez que el palenque nos espera.
Sébase quien á su contrario doma
y enarboia del triunfo la bandera.

Sé que jamás la candida paloma
venció en la lid al águila altanera;
mas al lado del docto Don Abundio
no cedo yo el laurel á Fr. Gerundio.

¡Oh mal-aconsejado ilustre vate!
¿quién te indujo al enorme desatino
de cantar á ese imbécil chocolate
que agua requiere... que rechaza el vino,
Por no cometer yo tal disparate
peino barbas de padre capuchino,
pues con el vino solo me deleito
y por no gastar agua no me afeito.

El agua es elemento de las ranas,
el agua engendra podredumbre y barros,
hidropesía, palidez, tercianas,
hinchazon, pulmonías y catarros.
Mas con un par de botas jerezanas,
triunfa el mundo, se alegran los cotarros,
y tras los huevos de placer me llena
el Málaga, el Jerez, El Cariñena.

No se nutre el arriero catalan,
como un huevo tras otro no le den.



Con un par de ellos se nos jama un pañ
y aniquila el porron de un santiamen.

Quien HUEVOS fríe entiende el GRAN REFRAIN,
 PUES TIENE POR EL MANGO LA SARTEN...
 cosa que a un tagarote farfallon
 puede hacerle ministro de rondon.

Antes daría el amoroso beso
 á una bruja infernal de genio adusto,
 que ensalzar cual si fuera mi embeleso
 al chocolate cálido y vetusto.
 Frio, caliente, crudo, claro, espeso,
 siempre insípido fué su acerbo gusto.
 Bien dijo cierta musa dramaturga
 que el chocolate vil es una purga.

Aténgome á los HUEVOS ¡oh españoles!
 dignos por su candor de privilegio.
 Duros, revueltos, fritos, huevos moles,
 siempre han sido manjar sabroso y régio.
 Mas... vive Dios que tiene tres bemoles
 decir que el chocolate... ¡oh sacrilegio!
 es mejor que los huevos delicados
 imagen de los cielos *estrellados*.

Si per tropo variar natura è bella,
 ¿quién niega la belleza á las tortillas?
 Sin azúcar, sin clavos, sin canela
 rinden al paladar mil maravillas:
 ¡cuán deliciosa con guisantes cueta!..
 Qué rica es, vive Dios, con criadillas!..
 Pero aquel que las prueba con tomate
 reniega sin cesar del chocolate.

Argumentos alega mi adversario
 que valen poco menos de tres bledos.
 Trata á los HUEVOS de ácido ordinario
 porque hay quien se los come con los dedos.
 A este modo de argüir estrafalario,
 ¿qué dijeran los Tirsos y Quévedos?
 pues por ventura ¡oh reverendo vate!
 coméis con tenedor el chocolate?

Os habeis empeñado en su defensa
 sin reparar que en ello hay mil escollos:
 es de los HUEVOS la ventaja inmensa:
 jamás del chocolate nacen pollos...
 Si en mejorarse algunas veces piensa,
 busca el auxilio de los ricos bollos,
 que si son ricos, á decir me atrevo,

lo deben al sabor del rico HUEVO.

De mis casillas sin piedad me sacas,
 maldita aparición del otro mundo!
 Hijo de Guayaquil y de Caracas,
 húndete del Averno en lo profundo!
 No quiero oír elogios ni alharacas
 en pro del ente estéril é infecundo,
 que al ostentar sus humos en los bailes,
 muere sin sucesion.... como los frailes.

Dígame ¡oh padre! como buen católico,
 la verdad una vez sin ser satírico:
 engullido el unguento diabólico,
 ¿qué nos deja en su propio panegirico?
 Nada, si no es algun horrible cólico
 que robe á nuestra musa el afan lírico.
 El chocolate engendra humor herpético,
 y hasta el que le fabrica se vuelve ético.

Ni un lunar veo que amancille leve
 del huevo hermoso la elegancia pura;
 y es á despecho de la blanca nieve
 imagen del candor y la hermosura.
 Cual la bella vestal, jamás se mueve
 de su honesta prision... de su clausura,
 y en caja de marfil guarda el decoro
 clara argentina con la yema de oro.

El vagoroso alegre ruiseñor
 que de Flora en el mágico pensil
 saluda de la aurora el bello albor
 mil trinos modulando y otros mil,
 no diera este espectáculo de amor
 entre galanas flores del abril,
 si no reconociera que al nacer
 el benéfico HUEVO le dió el ser.

El águila que osada, altiva, sube
 con magestad y mesurado vuelo,
 y á semejanza del feliz Querube
 ufana y orgullosa toca al cielo
 y allá se pierde en la elevada nube...
 cual reina de las aves en el suelo
 corona ciñe, y se complace en ella,
 y al HUEVO debe su existencia bella.

Ese que cual sultan en el serrallo

de bellas concubinas se rodea
y en escenas de amor que envidia y callo,
el triunfo de los nuevos cacarea...

El orgulloso y vigilante gallo
que muere ó triunfa altivo en la pelea...
hijo es del HUEVO este héroe de la liza,
y al HUEVO da virtud y fecundiza.

La tierna codorniz y el rico tordo
que con sabroso arroz á todos placen,
y la gallina que hace el caldo gordo,
y el pavo régio... de los NUEVOS nacen.
No hay que venirse, hermano, haciendo el sordo
á razones que todas satisfacen...
razones justas, con las cuales pruebo
cuanto aventaja al chocolate el HUEVO.

Vuelve la vista al lago de Anfitrite
¡oh Fr. Gerundio! y gozarás mil veces
del pescador la escena, que no admite
parangon con el fraile que me ofreces.
Allí verás, (si el tiempo lo permite)
hacer evoluciones cien mil peces,
que si peces tenemos en el mundo
díóles el HUEVO á luz siempre fecundo.

¡Oh prodigiosos de facundia efectos!
¡Venga una cruz por verso tan sonoro,
si quieren ser nuestros ministros rectos;
pues la transposicion vale un tesoro.)
Peces, reptiles, pájaros é insectos,
en la patria del Cid y en la del moro,
aunque el cacao vil gruña entre dientes,
son de los NUEVOS dignos descendientes.

Desiste ¡oh padre! de tu raro tema,
que si en la raza de los dulces entro,
pronto hallaré que la preciosa yema,
de los mas delicados forma el centro.
Natilla, mazapan, bizcocho, crema,
en todo lo mejor al HUEVO encuentro.
¡Vive Dios que tuviera perendengues
hacer asco al dulzor de los merengues!

No hay nacion que si es culta no deseche
del chocolate la feroz rudeza.
Sorbe la Gran Bretaña el té con leche:
sorbe *champañ* la Francia en su grandeza:

la Italia el macarron y el escabeche
y la Alemania sorbe la cerbeza,
pues solo al dar al chocolate un sorbo
temieran contraer cólera-morbo.

¿Por qué en España ardió guerra civil
y corrieron las turbas de tropel,
é incendiaron conventos mil y mil,
y á impulsos consumaron de Luzbel
el zafarrancho atroz sacerdotil
sin dejar fraile con cabeza en él?
Solo porque en su gula monacal
llenaba el chocolate su atabal. (1)

¿A dónde, borrajando cartapacios,
lleva el error vuestra sublime pluma?
Si es verdad que entre perlas y topacios
del chocolate la soberbia espuma
se sorbe en los magnificos palacios...
Si él fué el régio manjar de Moteczuma,
no olvidéis que en alcázares reales
es do suelen medrar los criminales.

El palaciego que en deseos arde
de usurpar el dosel del régio trono,
tan traidor como vil, siempre cobarde,
oculta al rey su eriminal encono.
De sumisa lealtad fingiendo alarde,
el instrumento atroz busca en su abono,
que al rey de un golpe sin recelos mate,
y es mejor que el puñal... el chocolate.

Mas yo que de los reyes soy amigo (2),
quiero salvarles de cualquier apuro:
á todos ellos con respeto digo
que el que quiera en el trono estar seguro
y no ser infeliz cual don Rodrigo,
coma á todo comer el HUEVO BUENO,
pues ademas de ser manjar muy bueno,
nadie introduce en él mortal veneno.

Aunque agradezco ¡oh padret! el agasajo
que bondadoso y liberal me ofrece,
de Tirabeque temo el desparpajo

(1) No creo sea desatino calificar de atabal
la panza de un reverendo,

(2) No hay que reirse.

y... una idea espantosa me estremece.
 Leí, no sé en qué crónica ó libraje
 que hablaba de la guerra de años trece (1)
 que un lego fué, con chocolate inmundó,
 quien hechizó á don Carlos el segundo.

Y si á mí Tiraqueque me hechizara
 sin tener los hechizos de una Filis,
 sobre él y Fr. Gerundio descargará
 mi *musa de piston* toda su bilis.
 Renuévase el abrazo de Vergara,
 pues DE LOS HUEVOS YA ENTONÉ EL BUSILIS,
 que aunque atroz enemigo del cacao,
 no lo es de Fray Gerundio. WENCESLAO

AYGUALS DE IZCO.

LETRILLA.

¿Con qué aquella hidropesía
 qué tanto comprometía
 la vida de doña Inés,
 antes del décimo mes
 quedó del todo curada?

Ya me la llevaba yo
 bien tragada.

¿Con qué Blas el majadero
 quiso echarla de torero
 por lucir el cuerpecillo,
 cayendo sobre el novillo
 á la primera llamada?

Ya me la llevaba yo
 bien tragada.

¿Con qué aquella señorita
 tan gallarda y tan bonita
 que era sobrina del cura,
 al cabo y al fin se apura
 que no es sobrina ni es nada?

Ya me la llevaba yo
 bien tragada.

¿Con qué Juliana y Lucía,
 tras un día y otro día
 de quererse á troche y moche,

acabaron una noche
 por hacer una diablada?

Ya me la llevaba yo
 bien tragada.

¿Con qué la comedia aquella
 que con tan propicia estrella
 en el cartel se anunció,
 últimamente acabó
 por ser del pueblo silbada?

Ya me la llevaba yo
 bien tragada.

¿Con qué al pasar don Ramon
 por debajo del balcon
 de su amado serafin,
 una criada ruin
 le encajó una bacinada?

Ya me la llevaba yo
 bien tragada.

MICHEL AGUSTIN PRINCIPE.

ORACION PARA LA CUARESMA.

Antes que el diablo
 con saña impía
 nos lleve en pos,
 ruega por nos
 Santa Maria
 Madre de Dios.

Ya están vedadas
 por nuestro mal
 las badajadas
 de carnaval.

La morisqueta
 desapareció
 con la careta
 y el dominó.

Sin mas trofeos
 ya que la cruz,
 guapos y feos
 salen á luz.

¿Mis intenciones
 no bastarán?

¿Mis oraciones

(1) La guerra de sucesion.

me salvarán ?

Oye lo que hablo,
Señora mía:
y antes que el diablo
con saña impía
nos lleve en pos,
ruega por nos
Santa María
Madre de Dios.

Yo me confieso
si criminal
seguí el exceso
de carnaval.

¿Quién á la treta
no sucumbió
de la careta
y el dominó ?

¿Quién por modorro
quiere la paz
con el socorro
del antifaz ?

Por culpas tantas,
con santa fé
digo á tus plantas:
¡pequé, pequé!

Oye lo que hablo.
Señora mía:
y antes que el diablo
con saña impía
nos lleve en pos,
ruega por nos
Santa María
Madre de Dios.

Dijo un prelado
en un sermón,
que era pecado
comer turrón.

Muchos comieron,
mas yo por mí,
ni me lo dieron
ni lo comí.

Nada me amaga;
me salvaré
si Dios me paga
lo que ayuné.

No habla conmigo

lo del turrón:

por eso digo
con devoción:

Oye lo que hablo
Señora mía:
y antes que el diablo
con saña impía
nos lleve en pos,
ruega por nos
Santa María
Madre de Dios.

Las viejas lelas
quieren los frailes,
y las mozuclas
grescas y bailes.

Aquellas fieles
se salvarán,
y estas crueles
lo purgarán;

Que Dios propicio
manda el perdón
con un silicio
como un punzón.

Yo tanto y tanto
me atormenté,
que soy un santo
Bartolomé.

Por eso te hablo,
Señora mía:
y antes que el diablo
con saña impía
nos lleve en pos,
ruega por nos
Santa María
Madre de Dios.

Ya no me atiza
la tentación;
tengo ceniza
de salvación.

Mis torpes vicios
sacudiré,
y á los oficios
no faltaré.

Hielos y nieblas
no han de evitar
que á las tinieblas
vaya á rezar:

Y así sin sustos
iré también
donde los justos.
Amen, amen.

Y si aunque te hablo,
Señora mía:
quisiera el diablo
con saña impía
llevarme en pos,
ruega por nos
Santa María
Madre de Dios.

Ruega, Señora,
con alma fuerte;
si no, no hay mus.
Hasta la hora
de nuestra muerte
Amen Jesus.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

ORÍGEN DEL CARNAVAL.

*Repicando castañuelas,
redoblando el atabal
se nos viene con las risas
el travieso Carnaval.*

Confesemos que es una singularísima cosa el Carnaval. No hay formalidad posible en cuanto él aparece. No hay gravedad que no vacile, ni prudencia que no titubee. Grandes y pequeños, hombres y mugeres, imbéciles y sábios, varones de reflexion y mozalvetes evaporados, todos se interesan con mas ó menos ardor en su efimero tránsito; nadie se le muestra completamente abyecto. El Carnaval es un período de disipacion y de locura: atesora placeres para todas las edades, diversiones para todos los gustos, distracciones para todas las clases. Las máscaras, los bailes, los festines, son los primeros elementos que satisfacen en estos días toda suerte de exigencias.

La vida del hombre es un donoso mosaico, pero compuesto de piedras falsas: toda ella es una farsa ridícula que mientras haya hombres seguirá representándose en este pícaro mundo. Ahí,

sin ir mas lejos, tiene usted gentes que durante once meses y medio del año, eifran toda su atencion y conato en parecer prudentes, discretos, reservados, sensatos y juiciosos en fin; que se martirizan acaso para ostar en un exterior que jamás pueda dejar concebir de ellos ni una idea de atolondramiento, de ligereza ó estravagancia. Cuando hablamos, cuando hablais vosotros mismos, lectores amados, sin que sea esto un agravio, cuando hablo yo... cuando hablan todos, en una palabra, procuramos hacerlo con moderacion, con toda la reflexion posible para que no se nos tenga por tontos ó por escapados de alguna casa de Orates: pero hete aquí que llega el mes de febrero repartiendo á todo vicho viviente mascarillas y dominós y.... patatrás; Dios nos tenga de su santo mano! todos los andamios de las bellas apariencias exteriores de prudencia y circunspeccion se desploman.

Bien conozco que la gravedad de la vida reclama algun intermedio de desahogo. Es una necesidad confesada y atendida en todos tiempos y por todos los siglos. Un corto período de locura atarga la existencia del hombre: todos los pueblos han reconocido esta verdad. Los antiguos judios tenian su *goral*, los persas y los babilonios sus *saceas*, los griegos sus *kronias*, los romanos, mas ardientes en todo, tenian no solo sus *saturnales* como los griegos, si no tambien sus *bacanales* y *lupercales*. Los judios modernos tienen su *purim*, los musulmanes su *beyram*, los ingleses su *chris-mas* y los demas pueblos el *carnaval*; pero observad bien, mis amados lectores, que la esencia de todas estas fiestas antiguas y modernas ha sido siempre la mesa, el baile, las máscaras, las diversiones, LA RISA.

Celebrais el Carnaval en gracia de Dios; pero ¿sabeis bien lo que es el Carnaval? El Carnaval es una licencia para que toda persona decente pueda correr como un loco por esas calles de Dios con un rabo mas largo que el de Luzbel, y un pedazo de carton en la cara haciendo el oso delante de todo el mundo.

Los primeros sacerdotes cristianos se desgañitaban declamando contra las bacanales; pero las locuras de aquella época habian echado demasiado hondas raices en las costumbres para

que las gentes renunciasen á ellas. Los catecúmenos no tenían inconveniente en someterse al bautismo y adoptar la nueva ley, con la condicion de que no se les privasen aquellas diversiones favoritas. El hombre era inseparable del neófito, y el neófito apasionado de aquellos placeres, á los cuales queria hacerle renunciar el bautismo. En esta lucha entre el ente positivo y el ente de razon, no siempre se llevaba el último la victoria. Se apetecia el bautismo sin renunciar á las máscaras. Tertuliano se queja de esto amargamente; pero hubo que ceder á la fuerza de la costumbre y transigir. Así es, que la institucion del ayuno preparatorio á la fiesta de la resurreccion, ó la pascua cristiana, imponiendo una dura penitencia de cuarenta dias de austeras privaciones, dió motivo á que antes de entrar en esta rigorosa cuarentena, permitiese el cristianismo todas las locuras del Carnaval. Pero no solo eran permitidas en esta época. Los ministros de la religion eran los que mas se aprovechaban de semejante tolerancia para solazarse en cambio de sus privaciones, y llevaron el delirio hasta el extremo de disfrazarse en muchas circunstancias solemnes y hasta en los pompas fúnebres y entierros. Si no me creéis, consultar podeis los estatutos sinodales que Hinnemar, arzobispo de Reims, dió en 833 á su iglesia. Este prelado prohibió á los religiosos de su diócesis el emborracharse (perdóneseme la espresion) la vispera del dia de los difuntos, de lo que puede lógicamente deducirse que aquellos santos varones tenían la costumbre de coger un lobo como un templo en aquel dia. Prohibiósles, como digo, comer, beber, cantar y bailar la danza del oso. El Carnaval, jamás autorizado y siempre tolerado por la Iglesia, se celebraba en las comunidades religiosas. Hace ya algunos siglos que el último domingo de Carnaval se celebraba en Roma una fiesta á la que asistia el Papa á caballo, rodeado de todos los cardenales. Las gentes, á pié los pobres, y los ricos á caballo (esta es costumbre de todas las épocas) iban en procesion al monte Testaccio, donde se hacia un sacrificio solemne. Empezábase la funcion por inocular un oso. Era el símbolo del diablo tentador de nuestra carne. Mataban en seguida unos becerillos, que decian significaban el or-

gullo de nuestros placeres. Que el diablo fuese representado por un oso, fácilmente se concibe, su fealdad podia justificar la comparacion; pero que los inocentes becerritos fuesen el símbolo de la voluptuosidad y el orgullo, es difícil de concebir.

En el siglo XV tenían tambien los cardenales la costumbre de disfrazarse y pasearse por las calles de Roma en carrozas triunfales, con la cara tiznada, precedidos de trompetas y clarines; y como se disfrazaban en las iglesias, lo prohibió en 1436 el concilio de Soissons; y por último, el concilio de Toledo prohibió en 1363, que los eclesiásticos se disfrazasen; pero como los frailes de España han sido siempre alegres y aficionados á la zambra y gresca, fueron los únicos que continuaron en ciertas solemnidades, disfrazándose y bailando en el coro.

En algunos países se ven durante el moderno Carnaval, particularmente en Italia, disfraces alegóricos que no dejan de tener mérito, ocurrencias felicísimas que divierten sin ofender á la sana moral; pero en esta bendita España, no obstante de que el Carnaval dura el año entero porque todo el mundo anda disfrazado, con máscara de hombres de bien los unos, de patriotas los otros, de liberales estos, de constitucionales aquellos, estando muy lejos de ser lo que aparentan; en España, digo, se reducen las felices ocurrencias de los aficionados, á hacer el oso por las calles, á vestirse de esteras y revolcarse por el lodo, á pasearse por el sol con paraguas rotos, á ponerse cucuruchos en la cabeza, á beber en un orinal (con perdon sea dicho) y decir cuatro picardías al lucero del alba.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.



UN BAILE DE MÁSCARAS.



I.

En un salon magnífico, espacioso,
la española elegancia
á la belleza y juventud unida
en sociedad amena y escogida
contemplé cierta noche,
y me hizo suma gracia
ver tutearse los que arrastran coche,
con los que lleva á pié la democracia.
¡Loor eterno á la igualdad preciosa
que en estas sociedades se disfruta
en medio de la paz y la alegría!...
¿Quién merecido elogio no tributa
al inventor de aquesta algarabía,
en que sin etiqueta
alternan el bonete y el turbante,
el sayal, la basquiña, el zagalejo,
el fraque, la levita y la chaqueta?
Allí nadie se esconde
porque entre en el salon un escelencia,
ora sea marqués ó duque ó conde,
que todos son iguales...
La santa independencia
sijó en aquel local su hermoso imperio,
y en alojando alguién los veinte reales
puede bailar muy estirado y sério
hasta que den las seis de la mañana

con la papisa Juana.
Pero no es de asombrar que esto suceda
donde cubierta de oro
purpúrea grana y rozagante seda,
no mengua su decoro
bailando mano á mano,
en amistosa escena
con algun horchatero valenciano
la reina del inglés Ana Bolena.
Ni de Lucrecia Borgia el régio sólo
pierde su hermoso brillo
porque baila con ella un monaguillo.

II.

Y no hay duda, vive el cielo,
que en las máscaras se vive
con libertad, sin recelo,
y allí es donde se concibe
que es la igualdad un consuelo.

No le es fácil á mi verso
hacer la bella pintura
de la sublime hermosura
de aquel pequeño universo,
de aquel mundo en miniatura.

Sin ser torre de Babel
en sociedad poliglota,
donde acuden de tropel
de la antigüedad remota
héroes que ciñen laurel.

Allí vereis á Neron
prodigar muy bonachon
amabilidad borrega,
y bailar un rigodon
con una pobre pasiega.

Allí á Robespier vereis
que fué de la Francia el bú,
y acaso no estrañareis
que cene en el ambigú
con el buen Luis diez y seis.

Y el obispo Fenelon
está haciendo cabriolas,
y el grande Napoleon
obsequiando á dos manolas
con perdices y jamon.

Allá un mozo de café
conquistaba ya una turca;
pero á lo mejor se fué

para bailar la mazurca
con el abate L'Epé.

La fraternidad es tal,
y no miento en lo que os hablo,
que allí observareis al diablo
obsequiar á una vestal,
que es la muger de don Pablo.

El marido se amostaza,
y en vez de tener cachaza,
de celos arroja pestes,
con su casco y su coraza...
que le vistieron de Orestes.

A escitacion del marido
en desafio reñido
volaron á la palestra;
pero de ella salió herido
el hijo de Clitemnestra.

Y son los tiempos tan malos
que abundan estos regalos,
y se ve constantemente
que siempre lleva el paciente
ademas de cuernos, palos.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

A LOS AJOS.

ODA.

No de ingrediente bajo
quiero inspirarme contra regla y gusto:
que canto, en son de grajo,
las glorias de Don Ajo,
del mundo vegetal príncipe augusto.

No aquel de las Castillas,
libre de los pucheros y las ollas,
el de mil maravillas
ajo de Valdestillas,
que cuando frio está levanta ampollas.

Canto los parabienes
del que en tantos impera ilustres platos,
que ha dado sin desdenes
mas lustre á las sartenes
que el betan y el cepillo á los zapatos.

El que tantos avisos
de venturosos lances dá á los dientes,
preciosos y precisos;
y mas gloria á los guisos

que Dios á los cristianos penitentes.

Con faz, canto, halagüeña,
apartando ojarascas y bambollas,
no al *ajo de cigüeña*
que aborta inculta peña,
sino al primo carnal de las cebollas.

La razon le ha nombrado,
por su influjo potente en la cocina,
consejero de Estado
que al ilustre *Estofado*
con su luz tantas veces ilumina.

Pues sírvele, sin duda,
aun mas que Tirabeque á Fray Gerundio,
que aunque de testa ruda,
lo juro, sin su ayuda
malo fuera el saber de Don Abundio.

Nada se iguala al *ajo*
si sus sonoros consonantes cuento,
como *bajo*, *badajo*,
majo, *tajo*, *pingajo*,
y otros mas retumbantes que no miento.

¿Qué hambriento en el presidio,
que gañan del trabajo en las fatigas,
sin su virtud que envidia,
probára sin fastidio
las mantecosas pastoriles migas?

¿Quién hallará elemento
que mas penetre en formidable tajo,
ni epigrama ni cuento,
cantárida ó pimienta
tan picante en el orbe como el *ajo*?

¿Qué hombre hay tan inminente
que del *ajo* supere la grandeza?
El tribuno elocuente
y el militar valiente
tendrán mas corazon, no mas cabeza.

¿Y quién sufre un trabajo,
dígalo el vate que cantó en Mallorca,
con tanto desparpajo?

¿Qué reo como el *ajo*
con mas serenidad se vió en la horca?

El sufre los enconos
sin que dobleguen su cerviz los daños.
Los hombres y los monos,
los pueblos y los tronos
se estremecen al soplo de los años.

No bien triste se cria
el buen *ajo*, le arrancá un vil esceso

de torpe antipatía.
Cedé á la saña impía;
pero está hasta morir tieso que tieso.

Por eso justamente
y por temor á su regüeldo adusto,
le llamo yo, prudente,
señor omnipotente,
del mundo vegetal príncipe augusto.

De no haberle hecho caso
horára el gran Cervantes si viviera;
gimiera Garcilaso
se avergonzára el Taso,
y Fray Luis de Leon se arrepintiera.

Por lo que al hombre toca,
nada le dá alívez mas soberana
si á un corazón de roca
une el *ajo* en la boca
y el chupador ardiente de la Habana.

¿Qué impide los delitos
de cuadrilla rapaz, turba traviesa
en lances infinitos?
¿De una muger los gritos?
No, que si oyen chillar fija es la presa.

Mas la feroz partida
la fuga intentará por el atajo
para salvar su vida,
si hay quien *ajos* despida;
que mas que de un puñal huyen de un *ajo*.

Poder goza absoluto
que á las hembras embarga los sentidos;
y hasta morir disputo,
que por el toesco fruto
tienen temor y amor á sus maridos.

Su nombre es de los nombres,
con que el hombre refrena á sus iguales:
y no, lector, te asombres,
que cual las hembras y hombres
le humillan su cerviz los animales.

El triste carretero
no sacára á las mulas sin trabajo
del hondo atolladero
con su látigo fiero
si no gritára al dar: ¡arre... espantajo!!!

Y en fin sin ser aleve,
dá pavor en distintas ocasiones
que á veces como debe
los corazones mueve
y trastorna la faz de las naciones.

Mientras el *ajo* calla
dominan sin escrúpulo los reyes;
cualquier bey avasalla
saltando infiel la valla
de las que llaman protectoras leyes.

Delinquen á destajo
sin temor de que el pueblo los derrumbe,
mas griten los de abajo
¡Pueblo que se arme el *ajo*!
y se arde Troya y el poder sucumbe.

Yo ensázole, sincero,
ya que el mundo que admite sus oficios
no le dá cicatero
ni aun de Carlos Tercero
tan siquiera una cruz por sus servicios.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

LA BRUJA.



I.

Pues como iba diciendo, la aldea andaba vuelta como potage estudiantino. Diez eran ya los nenes hechizados por el ojo maligno de la bruja... ¡Diez nada menos!... Los angelitos se habian acostado frescos y guapotes como manzanas, y al siguiente dia todos amanecieran entecos y canijos, sarampinosos y virolentos! Las madres los mostraban con espanto, lágrimas, gemidos y maldiciones, culpando unas al cielo, y otras al infierno, y todas á la bruja fascinadora.

El cura, el sacristan y el monacillo cruzaban las calles, exhortando á los vecinos á la pacien-

cia, y á que recibiendo aquella calamidad como castigo de sus culpas, volviesen á Dios los ojos...

El maestro de la escuela redactaba los detalles del suceso para mandarlos á la corte, y difundirlos, á favor de la prensa, por todo el mundo...

El alcalde dictaba bandos fulminantes, declarando la poblacion en estado de sitio, con otras medidas extraordinarias, pero precisas entonces para salvar la nave del Estado...

El fiel de ferhos escribía los bandos del alcalde; y el alguacil los fijaba con pan mascado sobre las puertas de la iglesia...

Tres mozos de la aldea, licenciados por inútiles, estaban sobre las armas, resueltos á hacerse fuertes contra la bruja, contra la peste, ó contra el demonio...

Y entretanto, las eras se hallaban solas, y las reses vagaban por los campos á la ventura, porque los hombres abandonaran la labor... Y el pan no se amasaba, y la olla no se cocía, porque las mugeres dejaban apagar la lumbre... Y gruñían los perros y maullaban los gatos, y cacareaban las gallinas... Y lloraban los niños moribundos, porque los muertos habian dejado de llorar.

Era en el mes de agosto. La consternacion habia llegado hasta lo sumo, y todos opinaban *ne mine discrepante*, que para setiembre ya no quedaria un muchacho vivo en el lugar. Un sol chicharrero abrasaba el aire. El calor, el susto y el asombro habian desterrado el sueño de entre los infelices aldeanos... nadie cerraba el ojo en la comarca, á escepcion de los niños que se iban muriendo.

Por fin una noche... ¡qué noche tan horrible y tremebunda! La fatiga y el cansancio, rindiendo á todos sus habitantes, habian convertido la aldea en un enjambre de durmientes: todos pagaban al sueño su dulce tributo... ¡hasta las madres infelices!... hasta la misma guarnicion á quien tocaba defender la plaza!!

De pronto, las nubes centella radiante rasgó, por el viento cruzando veloz, y horrible la bruja mostró su semblante, bailando entre llamas con risa feroz.

Y rechinando los dientes,
y mordándose la lengua,
por la boca denegrida
lanzó sapos y culebras;
y al empañar la atmósfera su aliento,
cruzaron visiones
llenando de alaridos los ámbitos del viento,
y se oyeron sin fin maldiciones,
del pecho salidas con hórrido acento,
y diabólicas canciones,
y desconsoladas quejas
que llenaban de espanto las orrijas.

Y huitres mil carnívoros,
con afiladas uñas,
y topes y guardaños
con alas de avestruz,
lanzando gritos lágubres
que repitió la rana en su laguna,
cruzaron el viento robando á la luna
la pálida luz.

Y la maldecida bruja
sobre su escoba montando,
cruzó los aires volando,
cual flecha que el arco despide veloz;
y descendiendo
á la casa mas alta de la aldea,
se entró por la chimenea
frotando sus manos con risa feroz!...
Qué bruja tan fea!!!

Lumbre sulfúrea bañó á deshora
la estancia de la bruja con sus untos
penetró malhechora...
Sonaron mil truenos juntos
á cuyo son calderos con alcuzas
temblando chocaron, y fuentes y platos...
Cruzaron por el viento ratones y lechuzas
mochuelos y gatos.

Allí en la cuna y desnudo
roncaba al son de los truenos
mamonzuelo rollizo y mofletudo,
el hijo del alcalde nada menos.
Y al verle ¡inocente! la pálida bruja
sacó de su pecho con risa sardónica
descomunal ahuja...

— Y dice, en un epiflogo, la crónica
donde yo topé este cuento,
que aquella ahuja inhumana
era la misma ¡oh portento!

con que la bruja algun día
remendaba el calzon y la sotana
del cura del lugar á quien servia...
¡Oh secreto infernal de brujería!
que siempre por ventura
le hallaron, de viejas, las amas de cura. —

Y con bárbaro cariño,
la bruja besando al niño
sobre su frente de armiño,
murmuró: «para tu aliño,
yo esta corona te ciño;
¡no despiertes, ó te riño!»
Y en figura perfecta de fole
sobre la tierna sien encasquetóle
de gasas y tules,
con ojales y borlas azules;
estraño
un hechizo
de paño
pajizo.

Y luego, sin tiento, la pícara bruja
con la ahuja
el ombligo le picó;
y el pobre niño entonces llorando despertó.

Y asiéndole por un pié
la vieja infernal, resuelta,
dióle en el aire una vuelta,
diciendo: «no llores, que nada te hare.»

Y otra vez mil truenos juntos
retumbaron;
sacó la bruja el bote de los untos
que olores pestilentes exhalaban
como á difuntos.
Montó sobre su escoba, del niño siempre asida,
y untóse pues... al punto, cual rauda exhalacion,
cruzó toda la casa la bruja maldecida,
y en el fogon
de la cocina, un instante
paróse prorumpiendo ronquiza y tremulante,
Maldicion!!! Maldicion!!!

Y volviéndose á untar con sus unturas,
siempre del niño tirando,
rauda volando
subió la maldita á oscuras,
rastros de azufre tras de sí dejando.

Y es fama en la aldea
que saliendo entre llamas la bruja
por la chimenea,

Hevábase al niño prendido en la ahuja,
gozándose en ello con risa muy fea!
Y al subir con el niño
ya por los aires,
con acento ualigno
nombró al alcalde.

Todas estas cosas las vió la tia Calandria des-
de su ventanillo (no se sabe si dormida ó
despierta); pero temblando de miedo, segun
declaró despues la susodicha. Solo dice la cróni-
ca, donde encontré tan estupendo caso, que en
lo mas avanzado de la noche se oyeron en la al-
deca unos gritos horribles que despertaron á su
roncante vecindario.

Un sordo murmullo circuló de improviso por
todas partes... eran los esperezos de tantas bo-
cas soñolientas. En el mismo instante retumba-
ron tres furibundos escopetazos... era una des-
carga general de toda la guarnicion, sorprendi-
da en su sueño, y que quiso morir matando
primero que entregarse al enemigo.

Viejos, mugeres, mozo, niñas, maridos y
setentonas se agolparon á la plaza con sepulcral
silencio. La voz entumecida de la tia Calandria
resonaba sobre tantas cabezas, murmurando fa-
tídica y temblona: «*La bruja... La bruja se
lleva á los infiernos al hijo del alcalde!*»

Hijo mio!!! prorumpió la alcaldesa, sacu-
diendo sobre su frente la vara de su marido, hi-
jo de mis entrañas!... Mi bien!... Mi consuelo!...
Bruja endemoniada!... Quitarme aquel pimpollo,
mas regusto y guapote que el Dios Venus!..

Y agarrando de las greñas al atónito alcalde,
ven, le decía, que tú tienes la culpa por ser un
calzonazos, y no quemar á todas las brujas del
lugar, como yo te mandaba!... Y le arrastró á
su casa, gritando desaforadamente: Hijo de mis
entrañas!... Duque mio!... Conde!... Archi-
pámpano!... Emperador!... — El pueblo brama-
ba, y al son de sus bramidos volviósse á acostar
la tia Calandria.

Pocas horas despues, y congregado á son de
cencerrilla, se hallaba el concejo pleno en sesion
permanente. Todo el pueblo agolpado en las
avenidas de la casa concejil, esperaba con avi-
dez el dictámen de aquellos *padres-con-Cristo*.
El dilin de la cencerrilla vino á anunciarles el
escomienzo de la discusion, y todos callaron co-

mo muertos, abriendo (como vivos) las orejas, las narices y los ojazos para colar las especies al entendimiento, aunque dicen autores que, entre tantos ciudadanos, no habia ninguno que lo viese.

El señor alcalde, sentado en el banquillo de la presidencia, hizo una contorsion parlamentaria, como llamando la atencion del auditorio. Calóse el fiel de fechos sus anteojos de muelle (no sin grande aprieto de sus narices); frunció la frente como haciendo un esfuerzo de inteligencia. y con la pluma en la derecha mano, preparóse á escribir el discurso inaugural del alcalde, que comenzó de esta manera.

«Señores, señoras, hombres, mugeres, vecinos y forasteros... El tumulto popular deste pueblo manánimo, en estos dias de crisis, ha tenido, lugar en estos dias de tumulto popular, en este pueblo manánimo de crisis...»

Al llegar aquí le tiró el fiel de fechos de la chaqueta, y por esta insinuacion conoció el preopinante que no marchaba por buen camino: tosió dos veces para tomar aliento, puso la mano sobre la frente, señal inequívoca de reflexion profunda; y despues de un momento de alambicaciones mentales, volvióse al concurso, pendiente de su boca, y... se quedó sin decir una palabra.

— *Que parle! Que parle!* prorumpió á voz en grito el pueblo desaforado.

— *Que mos eche una proclama!* dijeron varias voces.

— *Que prenuencie otra vez su discurso!* gritaron de otra parte.

— *Repetatur! Repetatur!* concluyó el sacristan desde la puerta.

— *Bien! Bien! Que viva el sacristan!* repitieron de todas partes, y los vivas y los bravos, y las palmadas y las coces llenaron la estancia de infernal estruendo.

— *Al órden! al órden!* clamó el alcalde, sacudiendo en el viento la constipada concerrilla. — *Al órden!*

— *Que parle el concejo!* gritaron las masas.

— *Que calle el pueblo!* respondieron los conccejiles.

— *Chist!!* prorumpió el alcalde; y rascándose la mollera, volvió á su discurso.

«Señores, señoras, hombres, mugeres, vecinos y forasteros... La crisis... la crisis con que se halla este pueblo manánimo, despues del tumulto popular deste manánimo pueblo, en la crisis tan... tan... tan... tan...»

— *Brutazo!* clamó desde la puerta una voz harto conocida de todos; y atropellando las masas, entró en el concejo la alcaldesa, desmeclenada y pálida.

— *Brutazo!* repitió dirigiéndose al alcalde como una sierpe. *Brutazo! Animal!* Qué sacará el angelito con tus sermones? Dáme esa vara, que yo sabré lo que he de hacer...

Y quitándose la de las manos, comenzó á sacudirle furiosamente.

— *Que viva la alcaldesa!* gritaron á la par todas las mugeres.

— *Que callen las gallinas!* contestaron los hombres.

— *Que vivaaaaa!*

— *Que calleeeeen! Afuera ellas!*

— *Afuera ellos!*

— *Las parlanchinas!*

— *Los borrachones!*

— *Silencio!* interrumpió la alcaldesa levantando la vara magestuosamente. — *Silencio!* — Restablecióse el orden y prosiguió la oradora.

«Como muger de mi marido, que no sabe su obligacion, y durante su brutalidad, mando y decreto que se queme á la bruja.»

— *Que se la queme! que se la queme!*

— Pero, señora, opuso el fiel de fechos con mucho tino; hasta el presente á ninguno es notorio su paradero...

— Pues á eso voy, continuó la alcaldesa. Sabed, vecinos honrados, que yo soy muy maliciosa, y que á mí no me la pega ni el lucero del alba... Yo sospecho mucho...

— De quién? de quién?

— A eso voy. Las brujas son muy astutas... y por eso lo digo. La tia Calandria dice que vió á mi niño; hijo de su madre! que se le llevaba la bruja... y adónde? A los infiernos!!! Pues bien, á mí nadie me saca de mis trece!... Esto lo dijo porque no conocieran su picardía, y... á mí no me la cuela nadie!... y por eso digo, ¡y estoy segura de ello!... que la tia Calandria es la que me ha robado con sus mejunjes al hijo de mis

entrañas!... Sí!... no lo dudeis! La tia Calandria es la pícara bruja que causa tantos males y pido que se la quemé!

— Que se la quemé! La bruja! La tia Calandria! Que se la quemé!

Levantóse el fiel de fechos sobre la mesa, y despues de imponer silencio, comenzó su discurso de esta suerte.

— Pueblo benigno, pueblo sensato, pueblo circunspecto, pueblo virtuoso, préstame la atencion debida. Es indubitable que la bruja debe ser quemada (*quematus-a-um*) á fuego vivo, para escarmiento de sus cólegas, y las sospechas de nuestra ilustre presidenta (q. d. g.), no van fuera del camino de la justicia, y están conforme con las leyes del reino, á que me remito en caso necesario. Con todo, no obstante, son precisas, sin embargo, mayores averiguaciones; y una vez que la susodicha tia Calandria vió á ciencia cierta, y con sus propios ojos á la mencionada bruja... que declare su nombre y apellido, con otras señas interesantes á su pronta captura, y el escondite en que se sustrae á las pesquisas de la autoridad... Y de no lo hacer, queda probado que es ella la bruja maléfica (*quod non declaraverit*), y debe ser quemada incontinenti.

Mientras estas cosas pasaban en la asamblea concejil, dispáronse las sombras de la noche,

y el sol despuntó luciente
por los claros balcones del oriente,
mostrando su frente
á toda la gente
que en torno del concejo atentamente
con ojos y orejas, mirante y oyente,
grababa en su mente
la voz de un fiel de fechos elocuente.

E. F. SANZ.

UNA VERDAD COMO UN PUÑO.

Se me ha puesto en la cabeza,
y voto vá San Ginés
que aunque pese al universo
atrás no me he de volver.
Y antes de seguir ¡oh Ayguals!

quiero advertirte cortés
que me remitas hoy mismo
el album de tu mnger;
porque es justo ¡vive Dios!
que haga una escepcion con él,
ya que con todos los otros
preparo un auto de fé.

Pues señor, estáme atento
porque quiero C por B
espetar cuatro verdades
que han de hacer bulto de diez.

Al ir á doblar la esquina
de mi casa antes de ayer,
me dí de manos á boca
con el elegante Andrés.
Ya le conoces... buen mozo,
equipado á la dernière,
gran figurin de las modas,
verdadero parisien
en el vestir y el andar,
en el dormir y el comer,
dado que ni estuvo en Francia,
ni deletrea el francés.
Mas este, Ayguals, es su fuerte,
y como hay de este jaez
tantos otros, pasa entre ellos
por la torre de Babel.
Ademas ya habrá llegado
á tu noticia tambien,
que aunque con duques se trata
y vive como un marqués,
ni tuvo nunca, ni tiene
esperanzas de tener
mas renta y bienes raices
que sus barbas y tupé.
(lo cual respondió Ventura
á quien yo conozco bien,
en una ocasion que él sabe,
y por lo que yo me sé.)

Pues señor, Andrés es este,
y para la completez
del individuo, oh Ayguals,
que sepas es menester
que no hay baile, ni pasco,
ni tertulia, ni café,
ni una fonda, ni un teatro,
ni una reunion, donde él
parecido ó convidado,

sócio ó amigo no esté.

Con este pues cual lo pinto
fué con quien dí antes de ayer.

—Oh dicha! Zorrilla mio!

—Oh suerte! mi don Andrés!
cómo está usted?

—Yo? tan guapo,

Pepe del alma, y usted?

—Como siempre, tambien guapo.

(Salvo mejor parecer.)

Dónde vá usted por aquí?

—A su casa.

—Suba usted,

que á la puerta está.

—Con mucho

gusto.

Mírelo usted bien,

que hay que apear por seis tramos.

—Aunque fueran diez y seis.

—Subamos pues.

—Pues subamos.

Y hénos en un dos por tres

en mi estudio cara á cara

él conmigo y yo con él.

Ya estamos solos. Qué es ello?

le dije yo; y sin perder

un momento, ante los ojos,

con la dignidad de un rey,

me abrió un album por un hoja

de blanquísimo papel,

quedándonos uno y otro

ante la mesa de pié.

Me alegrára, Wenceslao,

que hubieras podido ver

los dos tan distintos gestos

que pusimos á la vez.

Él con una sonrisita

de importancia, y como quien

dice, yo soy todo un hombre,

me miraba de través:

lo cual me hizo á pesar mio

recordar el cuento aquel

en que dijo á un castellano

desde un pozo un portugués:

«Castecao salva mi vida,

que te la perdonaré.»

Yo en tanto frunciendo el ceño

le contemplaba tambien,

entrambos como dos gatos
que un plato por medio ven
y recelosos se miran
sin atreverse á comer.

Yo al fin con este descaro
que Dios me dió y este *aqué!*
que por ese mundo viejo
yo mismo me procuré,
con un tono entreverado
de franqueza y de dobléz,
con el jóven *petit-maitre*
así el diálogo anudé.

—Con que mi firma en esta hoja
es lo que usted quiere?

—Pues:

no fuera el album completo
si faltára la de usted.

—Pues ahí está, dije yo;

cogí la pluma y firmé.

—No es eso, señor Zorrilla,
lo que se quiere.

—Pues qué es?

—Una composicioncita
á propósito; ocho ó diez
estrofitas, de esas cosas
tan bonitas que hace usted.

—Es lisonja que usted me hace;
mas vamos claros pardiez,
que esto vá largo y me esperan,
amiguito don Andrés.

Yo soy un hombre algo zaino,
que como usted sabe y vé,
estoy hasta aquí de versos

(y le señalé á la nuez.)

Si de llenar ese album
se ha tomado el cargo usted,

ha hecho usted mal, porque un hombre
no se puede prometer

que otro hombre de mal humor

se dé un mal rato por él.

—Por mí no: por la señora
dueña del album.

—Quién es?

—Es una niña hermosísima,
mas no la conoce usted,

si usted la viera,

—En tal caso

no dude usted, don Andrés,

que emborronára de ese album
con mucho gusto el papel.
Pero pues no me conoce
ni á ella yo, perdone usted
si le digo que no quiero
hacer una letra en él.
Nada esa señora y yo
nos debemos.

—Ya se vé.

—Si mi firma por capricho
tiene gusto de tener,
ahí la lleva, y esto basta;
pero que se aplauda usted
de haber molestado á tantos
con el album, y á los pies
de esa señora hermosísima
vaya usted solo á ofrecer
los frutos apetecidos
de la pluma y del pincel,
sin que nunca en tiempo alguno
esa señora ni usted
al pintor, poeta ó músico
se lo hayan de agradecer,
eso no será en mis días
ni conmigo, don Andrés.

—Pero un album... uno solo...
cuatro estrofas...

—Mas de cien
me han traído esta semana,
y no conozco ni tres
de los nombres de quien són,
y ni uno supo volver
á decirme: muchas gracias,
con mi amistad cuente usted.

—Eso raya en grosería,
Pepe, un desaire... y á quién?
A una señora, en un album!

—Acabemos, don Andrés,
y escuse reconvenções
de cortesía, porque
viven los cielos que ahora
fuera mucho mas cortés
que esa señora, hermosísima
en vez de enviármele á usted,
me mandára á su lacayo
ó algun mozo de cordel
con el album, y un billete
que me obligára á volver

atencion por atencion:
ya que esta ruin estrechez
de los tiempos que alcanzamos
no la permiten hacer
mejor espresion de aprecio,
sin precio vil, que vil es.
Me esplico? Eso es cortesía
y educacion, don Andrés;
dar mi firma por la suya,
ó si oportuno lo cree
con un mal ramo de flores
ó cosa así... entiende usted?
no pagar tan ruin servicio,
la atencion agradecer.
Esto; don Andrés de mi alma,
á esa hermosa dirá usted
de mi parte, mientras yo
en un mal romance en é
se lo digo á todo el mundo
que le siente mal ó bien.

JOSÉ ZORRILLA.

LA BRUJA.

II.

Y cuenta la historia, que la tia Calandria, ya casi repuesta de su nocturno espanto, salió en paños menores al ventanillo, y al ver el día, conoció desde luego que habia pasado la noche; y santiguándose devotamente (como era su costumbre), vistióse á toda prisa, y, espulgándose al paso, bajó á entablar su plática ordinaria con las gallinas.

Las gallinas eran los seres predilectos de la tia Calandria: en ellas depositaba su cariño; con ellas desahogaba su corazon, y consultaba sus secretos... — Napoleon, el capitán del siglo, cababa las plantas, y cuidaba con todo esmero de las aves: hé aquí el fundamento de su gloria. Y no se juzgue, por ende, que la tia Calandria quisiera parodiar al héroe de Marengo, porque el amor á las gallinas estaba grabado en su corazon: era una *simpatía gallinesca*, tenaz, incontrastable, de aquellas que combinan los astros, y que son el alimento de las almas sensibles.

Desde la infancia sintió la tia Calandria e gérmen devorante de esa pasión á las gallinas,

fuente inagotable de sus goces, y despues origen inmediato de su desesperacion, que la llevó al extremo de intentar un *suicidio contra sí misma*, como verá el lector en el discurso de esta historia.

La muger pasa en amar toda su vida (dice un fisiólogo francés): cuando niña, se enamora de sus muñecas, y es aturdida y juguetona; cuando jóven, de sus amantes, y es apasionada; cuando vieja, de Dios y de sus santos, y entonces es beata.

Pero la tía Calandria no era del vulgo de las mugeres; original en todo, y desnuda enteramente de los hábitos comunes á su sexo, era un individuo característico y aislado; era una escepcion viviente, una individualidad emancipada que vive dentro de sí misma; uno de aquellos seres que no encuentran tipo en la sociedad; era mas bien un tipo sin copias; era... la tía Calandria! con lo que todo queda dicho. Oh! seres escepcionales, privilegiados y poéticos, que con erguida frente descollais sobre los otros seres, mirádoles caminar por la trillada senda, como carneros en piara!...

«Los que en alas de un genio sin segundo»
os apartais del comunal sendero,
«la frente en Dios, la planta en el profundo...»
¡qué tragos tan horribles os da el mundo,
ese mundo prosáico, rutinero!

Dígalo, por mas señas,
la tía Calandria
cuyo genio fué origen
de su desgracia;
porque en el mundo
se mofan los entecos
del moffetudo.

Y no hay en el mundo un cojo
con muletas,
á quien no causen enojo
las piruetas.

Ni hay setentona sin dientes
que delante de las gentes
no diga con mil gestos
y contorsiones:
¡Jesús y qué indigestos
son los piñones!

Y en prueba de mi argumento,

voy á contaros un cuento,
que es una historia mas bien;
porque, ó miente mi memoria,
ó el hecho pasó en Jaen,
donde me cupo la gloria
de ser protagonista de la historia.

Yo soy, por mis pecados,
una figura estravagante y fea
con pelos encrespados:
y en calles y en estrados,
no hay quien sin risa mi figura vea.

Y aunque causa ¡por Cristo! pesadumbre,
que á uno le llamen feo, si lo es mucho,
yo, acostumbrado, sin pesar lo escucho...
¡santa conformidad de la costumbre!

Por complemento de tan triste facha,
crecer deje sin tino mis guedejas,
por órden especial de mi muchacha,
que ha jurado cortarme las orejas,
si ve (de las orejas) una hilacha.

¡Yo os maldigo, despóticas mugeres,
y á tí con todas, capilar verdugo!...
Mas ¿qué digo? ¡perdon! Si así te plugo,
mis pelos crecerán cuanto quisieres.

Si el melenoso al motilon prefieres,
¿me he de quedar pelon, como un besugo?
Antes, hermosa, tragaré un mendrugo
con zarzas de agujas y alfileres.

Antes...

—Al cuento! con sañudos gritos
esclaman los lectores;
que ya nos tienes fritos
en la negra sarten de tus amores!

—Perdona, lector discreto.
—Ya divagas como un tonto!
—Si no me atajas tan pronto,
iba á endilgarte un soneto.

Era un soneto á mi amor,
era un soneto á mi niña...
—Mas, al cuento! — No haya riña,
vuélvome al cuento, lector.

Yo gasto melenas, crecidas sin fin;
la causa de aquesto conócesla bien:
con ellas, amigo, me hallaba en Jaen,
lugar de la Mancha, cercano á Berlin.

Era un lunes por la noche,

y acababa de almorzar ,
cuando se sintió parar
cerca de mi casa un coche.

—«El alcalde os quiere ver.»
(me dijo entrando Melchor)

—Y qué quiere ese señor?

—No sé lo que pueda ser.

—Es una visita rara!

—Y si viniese á prenderos?...

—Yo respetando su vara,
cien sombreros me quitára,
si tuviera cien sombreros.

Y con ademan canijo
penetró en la sala un viejo,
que arrugando el entrecejo
sin salutación me dijo:

—Si no cortas á cercen
esas tus melenas hoy,
vas á salir ¡por quién soy!
desterrado de Jaen.

—Yo temblando y entre dientes,
al alcalde respondí:
Por qué condenais así
mis melenas inocentes?
—Pelos largos, ya por tales,
son de suyo criminales!
en las zagalas están muy naturales,
aunque las lleguen á los calcañales...
pero en los zagales
dan de corrupcion señales!
En fin, esas melenas longitudinales,
untadas con aceites muy perjudiciales,
que parecen matorrales
por lo vedijosas y descomunales,
anuncian en el hombre vicios mundanales!...

Son inconstitucionales,
heréticas, judáicas, inmorales,
supérfluas y antisociales,
y origen ¡si señor! de muchos males.

—Pero, alcalde, mirad bien...

—Si no te las cortas hoy,
has de salir, ¡por quién soy!
desterrado de Jaen.

Doce minutos te doy
para raparte á cercén!...

Por los alguaciles voy
para que atentos estén...

Y salió de mi cuarto con desdén.

—Hay caso mas singular?
dije con risa de hiel,
¡que á mí quiera rapar
un alcalde de lugar
melenicida y cruel!

Me destierra, si resisto,
su autoridad monteril...;
¡que venga el barbero listo,
y me deje, voto á Cristo,
mas pelon que un alguacil!

Mas, qué digo? estupefacto
yo no sé qué hacer, señor!
Si me las corto... en el acto
corto, con ellas, el pacto
de mi venturoso amor!

Morondo como un lampazo,
de *mi bien* iré á las rejas,
y al darla el primer abrazo,
del primer tigeretazo
me rebana las orejas!

Nunca haré tal desatino!
(clamé ciego de corage);
y montando en un pollino
tomé á galope el camino,
sin pagar el hospedage.

Se hubo el bridon de cansar;
y tuvimos que emprender
un combate singular,
yo por hacerle volar,
él por pararse á pacer.

Yo me encomendé al Bautista,
y enarbolando ademas
un cañon de larga vista,



¡cielos! .. me siguen la pista!
dije montando hácia atrás.

Y al fin supe, á duras penas
ya puesto en Madrid en salvo,
que el alcalde *Juan Colmenas*
detestaba las melenas
porque el maldito... ERA CALVO!!

Pero volvamos á la tía Calandria. Cuenta la historia (como llevo dicho) que esta muger era en un todo diferente de las otras; porque, si bien es cierto que el amor dominaba sus potencias, y que, bajo este aspecto, se hallaba comprendida en la regla del fisiólogo, que supone á las mugeres coqueteando en todas las fases de su vida, primero con las muñecas de carton, despues con los muñecos de carne y hueso; y en última instancia, con Dios y con sus santos... extremo de coquetería que me hace esclamar:

Ob muger coquetona
que ni á la corte celestial perdona!

la tía Calandria, digo, separándose del comun de las mugeres, supo individualizar su amor como ninguna, concretándole á un solo objeto, al objeto simpático de su corazón..... á las gallinas!—Muger incomparable! Mas de una vez, al contemplar el gallo, tuvo tentaciones de volverse gallina, metamórfosis extraordinaria que no apuntó Nason entre las suyas: pero es lo cierto que nunca tuvo lugar semejante transformacion, y que la tía Calandria murió, á los veinte lustros, tan virginal y pura como un incensario.

¡Llor eterno á la tía Calandria la mas constante de las mugeres! En su niñez, amó á las gallinas; en su juventud á las gallinas, en su vejez á las gallinas, y siempre á las gallinas!... porque las gallinas hicieron palpar su corazón por vez primera, y el último aliento de su existencia estaba consagrado á las gallinas. Y este amor gallinesco, inalterable, con la niñez nacido, contaba largos dias de existencia; porque la tía Calandria, en la época de la historia; ya había leído setenta calendarios, y comido noventa veces *sopa de almendra*, para celebrar el nacimiento del Salvador.

E. F. SANZ.

LETRILLA O LO QUE SALGA.

NI HUEVOS NI CHOCOLATE.

Cante el Señor don Abundio
las glorias de sus guisados,
cante Ayguals los *estrellados*;
chocolate, Fr. Gerundio,
mas yo, que soy un petate,
ni huevos ni chocolate.

Si dice el uno que es bueno
el cacao Guayaquil,
y el otro, genio sutil,
que el chocolate es veneno,
digo yo para remate
ni huevos ni chocolate.

Que yo estoy por el jamon
y las lonjas de tocino,
que es excelente el cochino,
reverendo animalon;
muy *reverendo*... mas tate,
ni huevos ni chocolate.

Allá en remotas regiones,
en las riberas del Nilo,
huevos pone el cocodrilo
pero no pone jamones;
repito á uno y otro vate
ni huevos ni chocolate.

Es señal de la miseria
el chocolate maldito,
y un huevo no vale un pito
para un gañán de la Iberia...
—¿Qué nos diceis, botarate?
—*Ni huevos ni chocolate.*

Y pues del jamon á bajo
yo no respeto á ninguno,
paciencia, vate frailuno,
y tú, Ayguals, usa tu cuajo;
que no digo un disparate;
ni huevos ni chocolate.

No se me arruga el ombligo
al clamar ¡los de Caldelas!!!
ni amaino ni corto velas,
que no cedo á mi enemigo;
no paro hasta que le mate
con huevos y chocolate.

Para alabar yo me pinto

con sandunga, ya lo ves.
 los jamones de Avilés,
 que son mas con tercio y quinto
 si se fríen con tomate,
 que huevos y chocolate.

¡Wenceslao por Belén
 que me gusta tu frescura!
 tendría, amigo, este cura,
 por el mango la sartén
 que las magras... no se trate
 de huevos ni chocolate.

Vuestra astucia no me pilla
 vuestra aprobacion no luseo,
 haced, pues, de saconosco
 y huevos una tortilla
 y quedareis como huevos;
 ni chocolate ni huevos.

Y ya mis nervios no aguantan
 los gritos de la huevera,
 y está mi pobre sesera
 que hasta los huevos la espantan,
 y no admite mi gaxnate
 ni huevos ni chocolate.

Y tal es el rudo encono
 que esconde mi corazón
 que siempre por el jamon
 en todas partes abono,
 y grito como un orate,
 ni huevos ni chocolate.

Ya despliego á toda vela
 el pendon en mi terreno,
 y al chocolate condono
 á que se tome en cazuela,
 sentenciando, á lo magnate,
 ni huevos ni chocolate.

Y desde este tribunal
 de mi santa inquisicion,
 mi escudo será un jamon,
 y con voz descomunal
 dire: «venid al combate
 con... huevos y chocolate.»

EDUARDO LOPEZ PELLEGRIK.

LA BRUJA.

III.

Á través de las ignotas convulsiones, que estremecen de súbito la material natura, dormi-

tante por luengos dias en su normal inercia: á pesar de los políticos inopinados sacudimientos que bambolean á deshora los imperiales tronos y las divinas aras, poniendo los estados en social epilepsia, con harto detrimento de su vitalidad; á despecho de las bélicas tempestades, aborto anquilante del mavortino influjo, que eliminan de la societaria comunión los individuos, á su sosten y resplandor tan necesarios, liñendo de humor purpúreo, tápido y espumante, la esféricoal superficie del planeta, que de habitáculo sirve á la humanal especie.... (Hé aquí una entrada que tomarán los lectores por un plagio, como si á mí me faltasen alas para elevarme á las estrellas, en un momento de inspiracion.) Aun á pesar de la mordiente envidia, que con hábito pestíferante.... (pero si sigo lector en esta escala, me elevaré tan alto, que ni con telescopio me distingas.)

A despecho de todas las cosas, llegarán estas páginas á la posteridad... sí, llegarán sin duda, por su importancia filosófico-histórica, por el influjo que ejercer puedan algún dia sobre las ciencias, sobre las artes, sobre las costumbres, sobre la civilizacion.... *et super omnia*!! Sí, llegarán! y los nietos de los nietos de nuestros nietos, repasarán estupefactos esta leyenda, que ha de immortalizar á la tía Calandria, y á mí juntamente, porque saqué del olvido su memoria... ¡oh gloria póstuma! cuánto allagas mi corazón! tú vivirás eterna!... Ya deseo morirme para que luzca en mi calavera tu aureola rutilante!

Ven, muerte, tan escondida,
 que no te sienta venir,
 porque el placer de morir
 no me torne á dar la vida!

Pero, no, no... detente!... que esa redondilla con que te llamo no ha salido de mi cabeza!... Déjame terminar esta leyenda, que ha de ser el floron mas brillante de mi corona... y en pos que la termine (la leyenda, no la corona, que será ¡si Dios quiere! interminable), descarga sobre mi cuello el golpe final, y esculpe sobre mi tumba este epitafio:

Detente por un instante,
 detente caminante!

de esta tumba delante
 dirás con voz segura y resonante :
 (si no lo dices, serás un mandria.)
 ¡¡¡Inapagable lucirá la gloria
 del que escribiera la inmortal historia
 de la TIA CALANDRIA !!!

Y en tanto que la muerte viene á ponerme en pleno dominio de esa inmortalidad tan anhelada, de que yo gozaré tranquilamente, muy tumbado á la larga, y sin dárseme un bledo por cosa alguna.

*y en mi tranquilo estado
 ni envidioso del mundo ni envidiado;*
 entretanto, lector amigo, para anudar la interrumpida historia, te diré con el tono de convicción profunda que arrojan de suyo los hechos de que estamos convencidos... que ni Piramo y Tisbe, ni Laura y el Petrarca, ni Abelardo y Eloisa, ni Julieta y Romeo, ni Angelica y Medoro, ni los tan celebrados amantes de Teruel, ni todos los amantes

presentes, pasados y futuros,
 se aman, se amaron, se amarán
 con tanto extremo como la tía Calandria y sus gallinas.

Mas ¡ay! en la mañona fatídica y horrible, á que la historia se refiere; en aquella mañana tan tremebunda en que la tía Calandria (nombre inmortal que no me cansaré de repetir!) bajó, como va dicho, á entablar su plática ordinaria con las gallinas.... ¡cuán lejos estaba la infelice de imaginar el popular pedrisco, ya próximo á caer sobre su cabeza!

Por eso, al contar sus huevos, los huevos de las gallinas (*posturas naturales de ave cacareante*, como dijera un escribano de mi lugar): la pobre muger, en la efusión expansiva de gozo, derramaba lágrimas como avellanas, y se reía á *mandíbulas batientes*, y saltaba y brincaba, y hacía zapatetas en el aire, y rechinaba de gusto las encías..., porque los dientes se le habían caído al masear una breva.

Y en lo mas culminante de su entusiasmo, sintió á deshora un murmullo sordo y prolongado, que acercándose por momentos, dejó percibir muy pronto gritos articulados por este fantástico diapason.

*Muera! la bruja! —pronto, á la hoguera! —
 Si! achicharrarla como torrezno!*

Al escuchar tan horribles gritos, quedó la tía Calandria inmóvil como la efígie del espanto.... cayóse de sus manos un huevo que con delicia contemplaba, y que, estrellándose al punto, manchó de yema y clara el verde zagalejo de la infeliz!... Mas ella sin apercibirse de esta desgracia (que tal es el efecto de otra mayor), quedóse, como antes, escuchando el vocerío con una sonrisa estúpida.... ¡romántica!... porque aquel vocerío la desgarraba el corazón, sin que ella supiese darse cuenta de su origen.

Era el pueblo *sensato, benigno, circunspecto y virtuoso* (como llamara el fiel de fechos á aquel peloton de hipopótamos con calzones); era el *pópulo bárbaro* (como la crónica le llama) que, furioso contra la bruja, reclamaba un *auto de fé...* justo castigo de un *acto de caridad* que tal hizo, por cierto, quien sustrajo una criatura racional de entre aquella manada de cuadrúpedos.

Pero el ruido crecía y se aumentaba sin tregua alguna, y al clamoreo descomunal de la rabiosa plebe, sucedieron muy pronto los golpes de hacha... (instrumento ejecutivo de los motines, que someten el porvenir de los imperios á una cuadrilla de leñadores): del hacha destructora, que al fin puso la suerte de una *muger sublime*, al arbitrio de aquella grey hambreada de antropófagos!...—La pluma se resiste al escribir las escenas de aquel día: ¡triste destino el del historiador, que de historiar se encarga los sucesos del mundo, para enseñanza provechosa del mismo mundo!

Al primer hachazo, retendió en sus quicios la acometida puerta, barrera miserable entre la víctima y sus verdugos.... los golpes menudearon furiosamente, y al fin la evadible tabla saltó en astillas, abriendo real camino á los caribes, que en aluvion entraron, corriendo hácia el corral en derechura, como el sitio seguro de hallar entonces á la infeliz Calandria.... ¡Y la encontraron!... inmóvil en un punto, en medio de sus gallinas que en torno se agrupaban con los alones gachos, cual si un presentimiento les anunciara la próxima catástrofe.— ¿Dónde habrá pincel que á describir alcance el

horroroso cuadro que presentó el corral por un momento?

El pueblo furibundo, que entraba ensordeciendo el aire con gritos de muerte!... la tia Calandria, como una vision del otro mundo, la boca comprimida y los ojos en blanco!... y en torno taciturnas, formando círculo las absortas gallinas, guarnicion impotente de aquel muro, sitiado por la hidrofobia popular!..... Pasemos un velo impenetrable por tan horrible escena! *Animus meminisse horret, luctuque refugit..... Los animales mismos horrorizados y entutados huyen!*

En la plaza constitucional de la aldea comienza á inflamarse una hoguera voráz, á la que tres gergones prestan alimento.

«Bramando está el pueblo indómito
de la hoguera en derredor;
al ver ya cerca la víctima
gritos lanza de furor.
Allí viene, el rostro pálido,
sus miradas de terror
brillan de la llama trémula
al siniestro resplandor.»

Estos versos no son de la crónica. Pertenecen á un gran poeta contemporáneo, que ahora surca los mares hácia la patria de Motezuma para buscar en ella la proteccion, negada siempre al talento en la patria de Pelayo. ¡Oh Gutierrez! cuando pises, por tu fortuna, el suelo americano, acuérdate de mandar á tus compatriotas si quiera un adarme de ilustracion..... de aquella ilustracion que ellos llevaron en algun tiempo á esos confines, en que la sembraron toda entera, sin reservar un grano para este suelo inculto, donde en lugar de ilustracion, nacen pepinos.

Tal vez llegará dia en que un descendiente de Motezuma surque los mares con un ejército poderoso de Tlascaltecas, á conquistar en el siglo XIX á sus conquistadores del siglo XVI. Mas cuando vengan ¡oh Gutierrez! ya encontrarán tu patria convertida en melonares.

Pero volvamos á la historia.

Asciende en nube densísima

del humo el negro turbion:
y en ráfagas por la atmósfera
lo disipa el aquilon.

Y enbiesta como un espárrago
desde la frente al talon,
la tia Calandria con énfasis
clama en valde—*Compasion!*

Y allí las gallinas miseras
donde la infeliz está,
vierten sin consuelo lágrimas,
por su señora quizá;

Y en circunstancias tan criticas
cerca de la hoguera ya,
murmuran con ecos lúgubres
—*cá-caracá-caracá!*

Mas el pueblo, insensible á sus clamores,
y á los clamores de la tia Calandria...
(Oh ¿decís que estos versos no son versos?
pues tienen once sílabas contadas!)

El pueblo desalmado, á los clamores
que la infeliz y sus gallinas lanzan...
(Ahí tienen los lectores ese verso,
mas sonoro, pardiez, que una campana!)

Pues decía... que el pueblo á los clamores
que la infeliz y sus gallinas lanzan,
(Oh! qué verso!) en tropel junto á la hoguera,
responde con alegres carcajadas!

Y escúchause
atroces
mil voces
al par:
*Quememos
á esta
que infesta
el lugar!*

Y lanzando centellas por los ojos,
clara señal de su tremenda rabia,
los unos agarraron las gallinas,
y los otros ¡oh cielo!... la Calandria!

Y en esto la alcaldesa enfurecida,
con el candil se presentó en la plaza;
y acercando su luz hácia la pira
(sin advertir el humo ni las llamas),

Con sonrisa de hiel, en ronco acento,
«quiero encender la hoguera! murmuraba,
*para tostar á la maldita bruja,
que el hijo, me robó, de mis entrañas!»*

Sonriese
al fuego...
vé luego
un gergon;
Le rompe
y encaja
de paja
un monton.

¡Viva (grito un muchacho) la alcaldesa!
y se escuchó en los grupos — *bien, muy bien!*
y al agarrarse todos de su presa,
— *muera la bruja!!* se escuchó también.

Y ya en hombros de cuatro levantada,
para que todos la pudiesen ver,
apareció en el aire desmayada
la singular, cuanto infeliz muger.

Ya en alto, con afán la columpiaban,
para lanzarla desde allí mejor;
ya en el momento de arrojarla estaban...
cuando de pronto resonó un tambor.

Y (hablando en prosa) todos creyeron inconti-
nenti, que á los conjuros de la bruja, venían por
el aire los demonios á libertarla de sus uñas; y
abandonando el sacrificio, llenos de asombro,
cogieron el tole por las calles, á esconderse ca-
da buron en su madriguera.

A poco, baticado marcha, entraron en la pla-



za treinta soldados, con un bizarro subteniente
á la cabeza. Venían entre filas cinco mugeres, y
de las cuales la mas vieja estrechaba un hermoso

niño entre sus brazos: eran, como indicaban su
aspecto y su ropage, cinco gitanas aventureras,
que al dar con los soldados, fueron apresadas
por sospechosas, y conducidas á la aldea, por
ser la mas cereana del camino.

Grande fué la sorpresa del oficial, hallando la
plaza sola; y en medio aquella hoguera formida-
ble; pero creció al extremo, al ver una muger
desmelenada y sudorosa, que, con los brazos
estendidos, saltó á su encuentro demandando
con voz enronquecida—*socorro! socorro!*—En
breves palabras explicó la infeliz el peligro emi-
nente á que se viera espuesta, redoblando el
asombro del oficial, que se daba mil parabienes
por su llegada, tan oportuna entonces, á la al-
dea, mostrando con el dedo á su protegida el
niño moribundo que aun abrigaba entre sus
brazos la raptora.... Al ver la criatura lanzó la
tia Calandria un grito de gozo:—*el hijo del al-
calde!* prorumpió con acento estrepitoso; y
arrancándosele con furor á la gitana, cubrió de
besos el rostro de aquel niño, causa inocente de
sus desgracias; y esto prueba, sin duda, los
elevados sentimientos de mi heroína.

—*Bien sospechaba yo de estas bribonas!* es-
clamó el subalterno con un tace; y dirigiéndose á
la tia Calandria con dulzura—*¡guaid, le dijo, a
casa del alcalde, para que sepa el hallazgo de
su pimpollo, y reconozca vuestra inocencia, po-
niendo á estas mallitas donde el sol no las alum-
bre. Mandó el alto á la tropa, y los dos se enca-
minaron hácia el concejo, ella besando al niño
con maternal ternura, y él repitiendo con com-
placencia—he salvado una victima!*

Pero ¡ay! otras victimas, no menos inocentes,
quedaban en peligro con la ausencia del oficial!
Aludo á las gallinas (y esta alusion no es perso-
nal, sino gallinesca): las infelices aves, abser-
tas y taciturnas, empinaban la gaita junto á la
pira, sin saber qué pensar de aquel suceso, ni
resolverse á decir una palabra; cuando el tam-
bor maldito reparando en ellas, las levantó en el
aire como una ristra, y á tan elocuyente insinua-
cion, se acercaron en masa los soldados, prece-
didos del sargento,

que, por no quebrantar la disciplina,
de los soldados colocóse al frente,
para... agarrarse la mejor gallina!

El éxito de la lid no era dudoso: los sitiadores avanzaban en columna con un experto jefe á su cabeza, y los sitiados tuvieron que entregarse á discrecion del enemigo... ¡Lo que pesa la pericia de un general en la balanza de Marte!—Mas la victoria fué sangrienta!!! No hubo cuartel para las gallinas, que en el instante fueron muertas, peladas, asadas y comidas, con grande contento de los estómagos... Oh iniquidad horrible!!! Pero el dia del juicio no está lejos!!!

Aquí esclama el cronista con entusiasmo.

¡Oh, gallinas celebérrimas
que por su adversa fortuna,
fueron inocentes víctimas
de la soldadesca furia!

Salud á sus *manes ínclitos!*
Su nombre... en vano se busca!
Ni en el Congreso una lápida!
Ni un epitafio en su tumba!!

El cronista descaba tal vez *epitafiar* con letras góticas.... el ombligo de aquellos vandalos.... (*ombilicum vandalorum*, por decencia).

Un momento despues de la catástrofe, llegó la tía Calandria, llamando á sus gallinas con un ¡*pitás!* espresivo y cariñoso, á que ellas hubieran contestado con mucho gusto, *si vivas fuesen*, y al que no contestaron, porque *eran muertas!* Sonó segunda vez aquella interpelacion tan elocuente, y el silencio de las tumbas fué su respuesta: un horrible presentimiento se apoderó de la tía Calandria, que con las manos al corazon, para contar, sin duda, sus latidos, acercóse á la hoguera con turbios ojos, no sin lanzar del alma todavía un ¡*pitás!* quejumbroso y apagado... Oh!!! sus aves tan queridas ya no estaban en aquel sitio, y en su lugar habia dos objetos harto elocuentes por desgracia, *plumas... sangre!*

A tal espectáculo, la desesperacion mas horrorosa se pintó en el semblante de la infeliz: viáronse sus ojos; y con un movimiento convulsivo, se dirigió á la hoguera, barbotando con amargura, *no os sobreviviré!* y á punto de precipitarse entre las llamas, la contuvieron los soldados, no poco sorprendidos de aquella esce-

na. ¡A qué precipicios no arrastra el torrente de una pasión volcánica y profunda!

Gracias al cielo, el suicidio no pudo consumarse: vivió la tía Calandria, pero cuán tormentosas fueron las horas de su existencia!

Sus ojos, hechos fuentes,
manaron noche y dia
lágrimas de agonía,
gordas cual nueces... ¡mas!

Y en súbitos accesos,
sin tregua en su martirio,
clamaba con delirio
—*pitás! pitás! pitás!!!*

Su vida ejemplar y misteriosa, la conquistó un respeto universal en la comarca entera: sus mismos vecinos (¡los que quisieron achicharrarla como un torrezno!) la levantaron, mas adelante, una estatua de adobe con esta inscripcion:

EN HONRA Y GLORIA DE LA TÍA CALANDRIA.

Esta muger incomparable murió en gracia de Dios, á los cien años cumplidos; de estado virginal (que otros llaman honesto), y á las doce de una noche, hora fatal en que cantó un gallo, lo que vino á acibarar sus últimos momentos.... Como á Luis XV de Francia, la arrastraron al sepulcro unas viruelas de mala intencion.

Muerta la tía Calandria, fué tenida por los ignorantes en opinion de bruja, por los fanáticos, en opinion de santa; y por el cronista de la historia, hombre de peso á la verdad, en opinion de *difunta*.

E. F. SANZ.

PROPOSICIONES DE PAZ

entre

P. Gerencia, Ayudada de Izoa y E. L. Pelagron.

ESCRITAS

en prosa, semi-prosa, verso y semi-verso.

Vamos despacio, señores de la cuestion. ¿Qué defiende cada uno de ustedes?—El uno el chocolate, el otro los huevos, y el otro el jamon.

¿no es esto? Pues bien, yo quiero poner en paz á todos ustedes; pero de una manera muy singular: pronunciándome yo mismo á favor de LA BOTA.

Que cante el *chocolate* el reverendo,
que cante Ayguals los *huevos* estrellados,
que Pelegrin celebre los *jamones*...

Pues yo la BOTA, el cariñena, canto.

Cual Virgilio Maron cantara un tiempo
las victorias de un héroe troyano,
así yo las victorias de la BOTA,
la gloria y prez del cariñena ensalzo...

Mas dejemos el verso endecasílabo,
que solo es propio de argumentos trágicos,
y apuremos la BOTA levantándola
y sorbiendo el licor de un solo trago.

Y una poesía esdrújula
diré con estilo esplicito,
celebrando, si me es lícito,
á la BOTA que es mi brújula.

Y entonando alegres cánticos
en cuartetos octosílabos,
diré en brevisimas sílabas
á la que odian los románticos.

¡O gloria del suelo ibérico!
¡ó gloria del suelo hispánico!
Tú apagas el terror pánico
y á las viejas el histérico.

¡O tú, licorcillo cálido
de quien digo mil propósitos,
que haces decir despropósitos
y dejas el seso escuálido!

Eres divino específico
para dar la vida á un ético,
y adormeces á un frenético
con ese calor pacífico.

Una BOTILLA raquílica
hace al mas serio lunático,
y á modo de diplomático
le obliga á hablar de política.

Toda cabeza católica
desprecia gerga profética,
y te celebra patética
al final de la bucólica.

Al final, si señores, porque yo soy demasiado

filósofo para alimentarme de solo vino, huevos jamon ó chocolate. ¡San Regino! ¿A quién sino á un fraile de Campazas y Carabanchel, puede ocurrirle que nos alimentemos esclusivamente de un manjar tan poco nutritivo como el último de estos? Y no se me replique que nos le ofreció para almuerzo. El agua caliente solo es buena para provocar.

Pues ¡y los huevos! ¿que representa un plato de huevos? Un convento con dos ó tres frailes, ó un cuartel con cuatro ó cinco soldados.

Algo mas acertado anduvo, á mi parecer, el panegirista del jamon; pero nada... nadie ha podido dar en el hito. El chocolate de cada dia, los huevos nuestros cotidianos.

y el jamon para todas las mañanas
nos cansarian á las dos semanas.

Vamos pues parlamentando,
señores de la cuestion,
y vámonos arreglando,
los rencores olvidando
y tambien la confusion.

Marchemos á la pradera
del canal de Manzanares.
Lleve una chocolatera
el fraile, y los seculares
un pernil y una huevera.

Yo tambien asistiré
con un pellejo de vino
y mis razones diré,
y luego un trago echaré
del licorcillo divino.

Hé aquí la arenga que estoy estudiando para recitar aquel dia:

Señores:

«La acalorada cuestion, que se agita á la sazón y no sin falta de razon, me obliga á levantar mi vozarrón, y decir en medio de un inmenso peloton:

Señores:

«No creyera que en la patria de San Isidro se cometiera, un desman semejante al que se comete en este instante, ventilando una cuestion poco importante.

«Pero pues nuestros pecados nos conducen á tal punto de abyeccion, yo levantaré mi vo-

zarron, y diré en medio de un inmenso peloton.

Señores:

«Reconciliémonos, unámonos, estrechémonos, apretémonos, juntémonos (*apretavis quavis quovis*, que dijo el profano), olvidémonos de nuestros pasados errores, aborrezcámoslos, odiémoslos, detestémoslos de todo corazón, y levantemos nuestro vozarron, diciendo en medio de un inmenso peloton:

Señores:

«¡¡¡ Viva el chocolate, vivan los huevos, viva

el jamon!!! (*conjunctim*, que decia el otro). ¡Nada de separacion! ¡¡Viva la tortilla con jamon y el chocolate con roscon!! Reconciliémonos, carísimos hermanos; y en señal de reconciliacion, levantemos el vozarron.

y digamos en medio de inmenso peloton ¡¡¡que viva el chocolate, los huevos y el jamon!!!

Y rueda la noFA, y viva la danza, y siga el bureo, los brindis, la broma, pues todos atienden á BOTA y pitanza. Nadie hay que no heba, nadie hay que no coma.

EL DE LOS ANTEOJOS.

UN ESTRA... GO.



Llora Elvira, tierno vástá..... go
 porque el padre la eucar..... gó
 ciega obediencia, y á un etéri.... go
 llamar quiso y se lar..... gó.
 Quería enlazarla á un pródi..... go
 que con oro le alha..... gó,
 y ama la infeliz á un prófu..... go
 á quien su amor otor..... gó.
 Marchóse al pie de un alfénci... go.
 do en lágrimas se unc..... gó.

cuando por detras de un quéji.... go
 triste acento se apa..... gó;
 y vió cruzar un murciéla..... go
 que bullicioso va..... gó,
 y en la copa de una albérci..... go
 sus negras alas ple..... gó.
 Creyóle de su union présa..... go
 y á su estancia se fu..... gó:
 sacó un pomito con tósi..... go,
 y entre dudas diva..... gó;

suenan pasos, y el estóma..... go
 de aquel veneno car..... gó,
 y en su terrible monólo..... go
 tanto al fin se fati..... gó,
 que la dió de muerte un vérti... go
 y su tributo pa..... gó.
 Llegan su cara de pémbli..... go
 de tal modo se pla..... gó
 que estaba al estilo arábi..... go
 formada... el brazo alar..... gó
 flaco el novio, cual espárra..... go,
 y que le siga ro..... gó;
 mas, al verla herba un putrila... go,
 de su suerte rene..... gó.
 «En vez de boda un *sarcófa*..... go!!!
 (dijo) el placer se amar..... go!!!
 No mas de ese mundo el tráfa... go!!!»
 y á su existencia ama..... gó,
 cuando el consabido prófa..... go
 á su rival se lle..... gó...
 Y trabando largo diálo..... go,
 cada cual por sí abo..... gó,
 el uno cual un relámpa..... go
 á su contrario pe..... gó,
 y el otro cogiendo un láti..... go
 al osado casti..... gó.
 No quiso el otro mas fárfa..... go
 y la rabia le ce..... gó,
 tal, que el cricoides cartíla..... go
 agarrando, le se..... go
 con la laringe el esófa..... go,

y un atahud le le..... gó.
 «Ya huyó de mi vida el prólo.... got..
 Cloto su amor me ne..... gó!..
 en mi cuerpo siento un prúri..... go!..
 mi alma no se desfo..... gó!..
 Largo es y triste el catálo..... go
 de mis penas!... me osti..... go
 mucho la suerte!... el pilo..... go
 de mi vida halle!» — Abri..... gó
 como si fuera autropófa..... go
 una idea... aletar..... gó
 su religion... bramó el ábre..... go...
 las manos se restre..... gó:
 «¡murió!» dijo— y cual galápa... go
 en fango y sangre vo..... gó,
 que al fin el triste Rodéri..... go
 también su cuello se..... gó,
 que rechinó cual almáci..... go
 y con su sangre re..... gó
 el suelo, y el pobre Sásta..... go
 en sí mismo se ven..... gó.
 El padre, á un tonel análo..... go,
 hasta hallarlos diva..... gó
 y vino con un canóni..... go.
 que al moribundo aren..... gó;
 mas formando un archipiéla..... go
 iba la sangre; tra..... gó
 tal cantidad, que allí naufra..... go
 el padre infeliz se aho..... gó.

MOTEZUMA.

El Clérigo gastrónomo.

Con un sombrero de teja,
 y mejor dicho de grasa,
 que de años veinte se pasa
 la fecha de su esplendor,
 vá *Don Tísico Hambre-Vieja*
 no por eso menos viva,
 tragando seca saliva
 de una sartén al olor.

Luce unas tristes abarcas

de zapatos con diploma,
 hecha su cara una *coma*;
 un par de callos por piés;
 y no envidia á los monarcas
 corona de oro que pesa,
 sino la *qipara mesa*...
 engullidor como tres!

Dando tormento á la vista,
 y el pescuezo en atalaya,

que la cigüeña bien haya
de mas angosto canal;
con una nuez progresista,
saltona, protuberante,
que amenaza cada instante
la emancipacion social.

Linces atisban sus ojos
tras de importuna vidriera,
manjares que al rey que fuera
le harian sobrado honor:
y no hay puertas, ni cerrojos
que enfrenen ya su gazuza,
y se cuele don Lechuza
sin un cuarto al interior.

En silencio el mas profundo
cual de cartujos profesos,
que interrumpe de los huesos
alternado el rechinar:
ánima del otro mundo
vé don Tísico á su entrada,
porcion de gente ocupada
en engullir sin chistar.

Admiradas suspendieron
las mandíbulas de todos
sus gastronómicos modos
de devorar sin cuartel:
se miraron, se entendieron
con recíproca ironía,
que de veras sorprendia
la estampa de mi doncel.

Leíasele en la cara,
cuarto menguante de luna,
de su pícara fortuna
el incansable revés:
cual si un rótulo llevara
con esta divisa sola:
*¡cuadro del hambre española
por los años del francés!*

De retazos de la saya
de una hermana Genoveva,
al par de medias que lleva
salieron á relucir;
y el manteo, que Dios haya,

solo estira por memoria,
dos pingajos cuya historia
larga fuera de escribir.

Se supone que habrá sido,
por tradicion muy lejana,
su imperceptible sotana
de bayeta regular:



si bien yo nunca le podido
aclararlo en nuestros días,
aunque sobren celosias
por donde el ojo asomar.

Con gentil desenvoltura
y con general sorpresa,
apoyando en una mesa
de sus huesos la estension:
pidió la rara figura
medio payo, seis chuletas,
tres raciones de croquetas,
un besugo y un capon.

Cómo cuántos panecillos?
dijo un mozo nada tonto:
tres libretas, por de pronto,
el dómíne replicó.
—Y de vino? — Seis cuartillos.
—Y de postres? — Desde luego,
traígaame un queso manchego
y haré boca!... y murmuró:

Ha cinco dias
me trasparente,
vivo del viento
cual camaleon:
á tanto ayuno
no hay fibra fuerte,
¡ comida ó muerte!
sin remision.

Quiero atracarme,
sentirme obeso,
siquiera preso
llévenme al fin:
Por insolvente
daránme suelta,
con ida y vuelta
pago el festin.

Si la canalla
de los sirvientes,
osan calientes
leña ofrecer,
yo que en la ropa
nadando habito,
con un saltito...
busca al de ayer.

¡ Ay qué alegríal
¡ ay qué recreo!
harta no veo
mi hambre feroz:
Así decia
con gran contento,
el ultra-hambriento,
á media voz.

Y hasta la fonda
se comeria,
segun venia
de emprendedor:
mas por desgracia
su triste aspecto,
surtió un efecto
contrariador.

Vino el fondista
y con mal físico
dijo á don *Físico*,

que retendió:
« Señor gazuza,
el casca-nueces,
que ya dos veces
me la pegó:

Tome el portante
sin mas tormenta,
ó no lo cuenta
por vida de!...
Y el desdichado
dando gemidos,
entre silbidos
buyendo fué!...

VICENTE ALVAREZ MIRANDA.

UN DIA EN EL PARADOR DEL SOL.

ENSAYO GASTRONÓMICO.

Desde las memorables bodas de Canaan, celebradas con aquella famosa cena en que el Redentor del género humano convirtió el agua en vino para complacer á su Santísima Madre, ningun dia como el de san Julian, 9 de enero del 44, se presenta tan en relieve en los fastos de la historia gastronómica. Tiempo hacia que algunos cofrades de la comunidad de LA RISA, hombres de accion y positivistas por excelencia, deseaban reducir á práctica las beneficiosas teorías de don Abundio Estofado; y este habiísimoo cocinero deseaba tambien por su parte sujetar á un riguroso exámen á sus amados discípulos, para convencerse de sus buenas ó malas disposiciones, y escojer entre todos á los que mas han de acreditarle en el certámen público que se está preparando. Al efecto, el venerable director de la SOCIEDAD LITERARIA don Wenceslao Ayguals de Izo señaló día, hora y punto en que debian reunirse los candidatos, y despues de una discusion ligera como la de las actas en un Congreso, se resolvió por unanimidad celebrar la sesion en el *Parador del Sol*, día 9, á las nueve de la mañana. Esta resolucion se tomó el día 8, á hora bastante avauzada, y no es necesario decir mas para hacerse cargo de la actividad que la premura del tiempo requería. Improvisó-

se un programa, y se trató de llevarlo á efecto desde luego, siquiera para que no se pareciese á los programas ministeriales.

Los grandes actos, las grandes fiestas, las grandes revoluciones; en una palabra, todo lo que en este mundo es verdaderamente grande, se insinúa con sintomas precursores, que son muy grandes tambien. El interés que debe tener una legislatura se deduce de antemano del empuño con que los ciudadanos se disputan la victoria en el campo electoral. El estrépito de los cañones señala la víspera de una gran batalla. Las colgaduras, los arcos triunfales, las fuentes de leche y de vino revelan con anticipacion el día de una jura. La agitacion de las masas, la sonrisa de los cesantes y la conducta ambigua de los empleados, que se ponen al paio mirando de dónde viene el viento para hacer con acierto sus viradas, manifiestan que la atmósfera está cargada, que se acerca un temporal político, que son de temer grandes mudanzas. Asi tambien los grandes sucesos gastronómicos se dan á conocer el día de su víspera con sintomas inequívocos. Plaza Mayor, plaza de la Cebada, plaza de Santo Domingo, si ojosuviéscis para ver y lenguauviéscis para hablar, este pobre cronista os preguntaría qué es lo que visteis el día 8 á las once y á las doce de la mañana, á la una y á las dos de la tarde, y me relevariais, respondiendo del terrible castigo que por no haber sabido dirigir un arroz á la valenciana me ha impuesto don Abundio, obligándome á describir detalladamente los accidentes de la grande jornada, precursora de otra mas grande todavía.

Era en efecto una perspectiva sorprendente y hasta cierto punto sublime y magestuosa la que ofrecian los hermanos *risueños*, recorriendo con lentitud y ordenadamente todos los mercados de la corte, despachos de vino y tiendas de comestibles, deteniéndose á cada paso ya delante de una lechuga, ya delante de un magnífico salchichon ó de un reverendísimo pavo. El objeto de esta escursion fué bien pronto conocido de los penetrantes vendedores y revendedores de ambos sexos; pues no hubo verduliera ni tendero que no se pusiese delante de la comitiva como una inaccesible barricada, impidiéndola seguir su curso vago ó indeterminado, hasta haber cam-

biado en dinero algunos de sus generos peninsulares ó ultramarinos. Don Abundio, aunque guardó una neutralidad absoluta, marchaba á la cabeza de sus discípulos, y una sonrisa de desprecio que se desprendia traidoramente de sus labios, revelaba á menudo que se habia equivocado en el concepto que se habia formado de algunos de sus alumnos. El señor Manini, gefe de otro de los primeros establecimientos tipográficos de la corte, era el comprador, y se sujetó estrictamente á las bases del programa que tenia en sus manos el señor Ayguals (don Sergio), á quien se le nombró intendente en comision, sin que hasta ahora nadie haya tenido motivos de arrepentirse del nombramiento.

Hechas las provisiones, y despues de haber ensayado la fuerza de sus mandíbulas y de su estómago en un salchichon, pan y queso, y en una botella de vino seco de Jerez, los candidatos precedidos de su maestro, y seguidos de una muger con un pavo y un asturiano con una canasta, se dirigieron á casa del señor Manini, donde por ser el punto mas céntrico se estableció el cuartel general. De allí debia partir la expedicion á las nueve del día siguiente. El pavo tenia mas años de los que la ley exige para ser senador; y es seguro que como hubiese llegado á serlo, hubiera ocupado en las juntas preparatorias la silla de la presidencia. Era un pavo patriarca, el Adán de los pavos. Algunas investigaciones cronológicas nos hubieran manifestado tal vez que era el mismo que Noé encerró en el arca para perpetuar la raza. Los años habian encallecido hasta sus músculos, y osificadido todos sus tendones. Necesario hubiera sido para enternecerle, esponer su cadáver al contacto del aire cinco ó seis dias antes de mandarle al horno, y de este modo los primeros periodos de descomposicion hubieran relajado sus fibras tupidas y apretadas por la edad. Pero la escasez del tiempo no permitia emplear este método bien conocido de todos los iniciados en el arte, y puso en un conflicto á los novices cocineros. Alentados, sin embargo, con el refran que dice: en tiempo de hambre no hay pan duro, y por otra parte persuadidos de que por duro que fuese el pavo, no lo seria tanto como el esmalte de las dentaduras que debian

mascarle, resolvieron sujetarle á diseccion al día siguiente, aunque en este exámen de anatomía práctica se espusiesen á mellar la misma espada de Roldan, que diz hendia los gigantes y los peñascos como si fuesen de mazapan ó de chocolate. Esta atrevida resolucion amostazó á don Abundio, quien en un tono de lástima que revelaba la que tenía á sus discípulos, les dijo: ¡ Jóvenes inespertos! ¡ Miserables novicios! bien se conoce que las tenazas y el asador no han encallecido vuestras manos, y que vuestras cabezas no han encanecido como la mia alrededor de los hornillos y debajo de las chimeneas. Bien se conoce que no habeis todavía ceñido el noble delantal de cocinero, que vuestros ojos no se han acostumbrado aun al humo de la leña, ni al tufo del carbon vuestras potencias. ¡ *Oh terque quaterque beati!* pudiera deciros yo si supiese latin. ¿ Con que no conoceis otro medio que una putrefacción incipiente para reblandecer el pavo? ¡ Bárbaros! dádle aguardiente y mañana se os derretirá en el paladar como manteca. Habló don Abundio, todos sus discípulos quedaron confusos, y el señor Manini á mas de confuso quedó horrorizado. «Aguardiente!» dijo; «qué lástima de aguardiente!» Sin embargo, él mismo se encargó de dárselo; pero mientras se lo daba parecia envidiar la suerte del infeliz, á pesar de que estaba condenado á la última pena por el inexorable tribunal del ambigü, y veia brillar junto á su garganta la terrible cuchilla de la ley gastronómica.

El señor Manini es catalan, hijo de Reus, y es sabido que los estómagos catalanes son en general á prueba de bomba como el corazon de los jamaicanos. Algunos anatómicos aseguran que los fieros habitantes del Principado tienen molleja como los avestruces. No sé si esto es verdad, pero los fisiólogos todos confirman el aserto. Lo cierto es que los catalanes digieren hasta la arcilla y el cobre. En el campo de Tarragona, sobre todo, se destetan los chiquillos con vino, se neutraliza la bilis con vino, y hasta con vino se curan las inflamaciones. Los hombres de buen criterio y de sana razon apagan su sed con el añejo del Priorato; y durante la canicula, cuando mas aplomados y perpendiculares caen los rayos del sol, toman por único refresco dos cuartillos de

aguardiente de 23 grados. Son muchos los que en lugar de bizcochos mojan en el chocolate guindillas, y cuyos postres habituales son dientes de ajo, que los comen á pasto como si fuesen almendras. Por bien indicadas que parezcan las aplicaciones de mostaza, no se ordenan jamás en aquel país á enfermos que estén en dieta, porque es seguro que se comerian los sinapismos. Cuando una comitiva de reusenses entra de noche en una fonda, el dueño se da por dichoso si no se le zampan mas que las velas. Con frecuencia ve desaparecer y abismarse en aquellos estómagos heroicos los candeleros, los platos, las fuentes y algunas veces hasta los cuchillos y tenedores. Uno hubo que se engulló la mesa y no murió de indigestion. Sabido esto, nadie tomará por exageracion cuanto se diga del paladar y del estómago de un hijo de Reus.

La filantrópica esposa del señor Manini se ofreció á rellenar, mechar y poner el pavo en disposicion de llevarlo al horno. Todos aceptamos con singular placer tan generoso ofrecimiento, y solo don Abundio refunfuñó un instante, diciendo que las preparaciones que tomaba á su cargo la señora de Manini eran propias de sus discípulos, cuya idoneidad trataba de probar. Pero algunos síntomas de alarma que notó entre sus subordinados le hicieron desistir de sus justas pretensiones; lo que no dejó de menoscabar algun tanto la fuerza moral del maestro y la disciplina de los discípulos.

Luego se discutió una proposicion gravísima y de trascendentales consecuencias. Tratábase nada menos que de optar entre dos hombres y un burro para llevar la comida con sus accesorios al *Parador del Sol*. Quien dijo que dos hombres valian mas que un burro, quien que un burro era preferible á dos hombres: ingeniosos argumentos se presentaron en pro y en contra de los dos extremos que abraza la proposicion; pero al cabo los *defensores de la humanidad* salieron victoriosos. El burro quedó postergado... ¡ Cosa sorprendente en España, donde rara vez quedan postergados los burros!

Disolvióse la reunion, y al día siguiente á las ocho de la mañana nos hallábamnos ya algunos en casa del señor Manini, aguardando las nueve, que llegaren una hora antes que los señores

Ayguals y Florez. Damos un voto de gracias á la hora por la puntualidad con que llegó. Sin embargo, los morosos afectaron no considerar á la hora digna de nuestro reconocimiento, pues á los cargos que por su demora les hicimos, contestaron que no era culpa suya si las *nueve*, poco condescendientes, no se habían tomado la molestia de aguardarse hasta las *diez*.

Reunida la comitiva, se rompió la marcha con marcialidad en medio de un inmenso gentío que embarazó nuestro paso hasta llegar al Portillo de Embajadores. El entusiasmo se veía pintado en todos los semblantes. Salimos de la coronada villa seguidos del rico convoy, que parecía cosido á nuestras espaldas. Marchamos á paso de camino, atravesamos el canal y luego un magnífico puente de madera, digno y muy digno del *caudaloso* Manzanares. Antes de llegar al *Parador del Sol* nos salió al encuentro una música, que siguió obsequiándonos hasta mucho despues de haber llegado. Un alano sochantre, un podenco tenor y una infinidad de cantores de menor categoría nos aullaren una ária coreada tan nueva y tan armoniosa, que hasta entonces no conocimos lo mucho que debemos al Criador por habernos dotado de un aparato acústico. Algunos acompañaban sus cánticos de una música tan espresiva, se deshacían de tal modo en complacernos, que mas de una vez les suplicamos que fuesen con la música á otra parte, pues llegaban á avergonzarnos aquellos cordiales agasajos, á que nosotros no nos considerábamos acreedores.

Los señores Ribat y otro, ambos catalanes, hicieron prodigios de cocina. La prontitud con que desempeñaron la importante misión que les confió don Abundio les valió un abrazo de este, y acabó de acreditar los títulos que de activa é industriosa ha sabido adquirirse Cataluña. Otro tanto debemos decir del señor Manini. Encargado del *ali-oli* (ajo arriero), lo hizo con tanta maestría que llegó á engendrar celos en el corazón del mismo *nunquam bene laudatus* Estofado. Desde ahora le auguramos que en el certámen público obtendrá el primer premio.

A la una en punto nos sentamos á la mesa. Abrióse la sesión con una cazuela de arroz á la *valenciana* hecho por mis manos pecadoras, que

descollaba magestuosa entre un brillante estado mayor compuesto de variadas y magníficas ensaladas, escelentes anchoas, bravas guindillas y robustas aceitunas sevillanas. *Laus in honore proprio, vilescit*. Este principio no me permite hacer del arroz los elogios á que le considero acreedor. A mi me pareció escelente, sin embargo (¡lo que puede la envidia!) todos mis condiscípulos dijeron que era detestable. Afortunadamente sus propios hechos desmintieron sus palabras, pues al mismo tiempo que decían que era estremadamente malo, lo engullían con tanta ansia como si fuera soberanamente bueno. Yo á los hechos me atengo: obras son amores y no buenas razones.

Bretones fritos sucedieron al arroz. (Movimiento general. El señor Breton de los Herreros pide la palabra para contestar á una alusion vegetal.) Vinieron acompañados del *ali-oli*, con quien contrajeron, en el plato de cada cual, una amistad mas y mas íntima. El *ali-oli* es á las coles lo que á la Constitución las leyes orgánicas. Merecieron la aprobacion de todos; solo yo para vengarme de la manera impropia con que habia sido calumniado mi benemérito arroz, me permití contra los bretones algunos denuestos que fenecieron ahogados en la rechifla de la comunidad manducante.

Entró en seguida el pavo con gallardo y marcial continente. El olor que despedía embelesó todos los olfatos. Hubo un movimiento silencioso parecido al que se nota en el Congreso cuando se levanta para hablar don Joaquin María Lopez y al que se observa en el teatro cuando aparece la encantadora Matilde. Es indecible la prontitud con que aquel tremendo cadáver fué descuartizado y engullido. La asamblea resolvió por unanimidad dar un voto de gracias á la señora de Manini, y don Abundio además la nombró sócia honoraria del ambigú, á cuyo efecto se entendió el correspondiente diploma.

Despues de aquel pavo esquisito, de aquella obra maestra del arte, nada podía llamarnos la atencion. Comimos, es verdad, chuletas y queso y salchichon y qué sé yo cuantas otras cosas; pero las comimos automáticamente, sin entusiasmo, y como quien dice para no hacer un papel ridículo. Lo que nos admiró fué que el señor

Manini, positivista por excelencia, malgastase el tiempo atracándose de almendras. Vivamente interpelado por esta accion, indigna al parecer de tan acreditado gastrónomo, dijo que las almendras son excelentes agujas para enhebrar vino. En efecto, cada almendra apenas habia llegado al estómago recibia una visita de una botella del de Toro.

En los brindis, si no se improvisaron muy buenos versos, se apuraron al menos muy buenas botellas.

Empezó el célebre y nunca bien ponderado don Abundio Estofado en los términos siguientes.

Es una cosa precisa
el vino, voto á Luzbel,
de manera que sin él
no se puede decir misa.
¡Viva LA RISA!
Llenad la copa,
que nos contempla atónita la Europa:
y á mi ejemplo
coged todos un lobo como un templo;
y manchada de vino la camisa,
repetid sin cesar: ¡Viva LA RISA!

El señor Bonilla dijo:

Yo, Abundio, soy valenciano,
y como bebedor fino
gran partidario del vino
en invierno y en verano.
No gasto en invierno en vano
vino puro en vez de estufas;
y en verano es, si me atufas
y en provocarme te empeñas
el sabroso Valdepeñas
mi única orchata de chufas.

El señor Ayguals de Izco (don Sergio):

Oh! mi estar Strafor-Canning!..
mi estar borracha!..
mi querer mas copitas
de la garrafa.
Y al estrivillo
Oh!... mi estar Strafor-Caning!..
mi querer vino.

El señor Ribot:

Se queja este mundo iadino
de que salado es el mar,
y á mí me importa un comino:
lo que sí es de lamentar
que el mar no sea de vino.

El señor Manini:

Brindo al bravo que cual yo
atacado de hidrofobia
el vino tiene por novia
y el agua nunca probó.
Dios Omnipotente dió
á cada cosa un destino,
gástese pues, si el divino
pensamiento ha de acatarse,
el agua para afeitarse
y para beber el vino.

El señor Príncipe:

¿Qué queréis que os diga ó cante
con esta copa en la mano,
cuando soy un ciudadano
espuesto á quedar cesante?
Mas si *ceso* en adelante
como empleado en lucir,
en memoria del Visir
que me quiere remover,
no he de *cesar* de beber,
ni he de *cesar* de reir.

El señor Villergas:

Mientras un poder caribe
me busca el bulto, señores,
apropinquadme á un algibe
de confortables licores,
que el que mas bebe mas vive.

El señor Ayguals de Izco (don Wenceslao):

Tras tres tragos y otros tres,
y otros tres tras los tres tragos,
tragos trago, y tras estragos
trepo intrepido al través.
Travesuras de entremés,

trápalas tramo, y tragon
 treinta y tres tragos de ron
 tras trozos de trucha estromo.
 ¡Tristes trastos: truene el trueno!
 ¡Tron... trin... tran... trun... torrotron!!!

Se dió un voto de gracias al docto don Abundio Estofado, y levantóse cada uno como pudo de la mesa para dar principio á los juegos gimnásticos.

El Parador del Sol tiene una especie de colgadizo bastante espacioso contiguo á la carretera. Allí los hermanos risueños, hechos cada uno un tonel de vino, fueron á sofazarse de mil maneras, absorbiendo con sus ingeniosos juegos la atención de todos los transeúntes. Muchas y muy variadas fueron sus travesuras; pero ninguna hizo desternillar tanto de risa á actores y espectadores como la de la olla. Púsose en una orilla de la carretera un puchero en que metió cada uno de los hermanos la exorbitante cantidad de diez y seis maravedises. La suma de todas estas cantidades era el premio del afortunado que con los ojos vendados y un garrote en la mano rompiese la olla. Al efecto á veinte y cuatro pasos de esta se colocaba el actor, allí se le vendaban los ojos, daba tres vueltas, y rompía la marcha. En las vueltas se perdía el tino de tal manera, que en lugar de dirigirse hácia la olla, no faltó quien marchase á lo largo de la carretera hácia Toledo, quien hácia Madrid, y hasta uno hubo que marchó dando completamente la espalda al objeto que creía arremeter. La avidez, el furor con que el pobre ciego descargaba el garrote, arrancaba una careajada á coro de todos los espectadores. Algunos accidentes sobrevinieron, que condimentaron no poco la diversion. Yo tuve la desgracia de pisar una cosa que no puede mentarse, y que me mantuvo encolado en mi puesto mas de un minuto. Cuando pude levantar el pié, noté que el peso de la bota se habia centuplicado. El señor Manini se metió en un charco, del cual salió despues de haber caido de bruces en el mismo. El olor que despedia al salir, probaba evidentemente que el líquido que chorreaba de su vestido estaba compuesto de algo mas que de oxígeno y de hidrógeno. Un químico que habia entre nosotros lo

analizó con solo el olfato, y encontró en él muriate y fosfate de sosa y de amoniaco, amen de algunos otros principios que constituyen cierta escrescion animal. A estos accidentes cómicos sucedió uno que tuvo algo de trágico. El señor Príncipe, luego que tuvo los ojos vendados, rompió precipitadamente su marcha, cuidándose poco de los riesgos á que se esponia. Apenas hubo dado el número de pasos que creyó le separaban del blanco, dejó caer el garrote resollando como un leñador, y quiso su mala fortuna que entre el garrote y el suelo hubiese una cabalgadura. Desbocóse el caballo, que era asaz espantadizo; dió dos saltos de cabra, y el ginete se apeó por las orejas. Todo esto sucedió en mucho menos tiempo del que se necesita para contarle. Un perro, que era sin duda del mal parado caballero, tomó inmediatamente la defensa de su amo, y tan bruscamente interpeló al señor Príncipe, que este buen cofrade á pesar de la destreza y fuerza lógica con que contestaba al interpelante, hubiera sido derrotado sin el oportuno auxilio de todos nosotros. Nuestras palabras lograron no sin alguna dificultad aplacar la cólera del derribado, y le obligaron á participar de nuestro vino y de nuestras diversiones. El terrible perro que tan antipático se manifestó al señor Príncipe viéndole armado de un palo, acabó por acariciarle apenas le vió en la mano un zoquete de pan. ¡Vil egoísta! ¡rastrero adulator!

El espectáculo terminó con una escena colectiva, con una escena que venia á ser el resumen de todas las demas. Vista la infructuosidad de nuestros esfuerzos aislados, convenimos en dar una batalla decisiva, en vendarnos todos los ojos y acometer á la vez á aquel Aquiles de las ollas, á aquel invulnerable puchero. Apenas me ví armado de un garrote, seguro de que lo mismo que yo tenían todos los demas los ojos vendados, me quité la venda para asegurarme el premio sin riesgo de que fuese conocida mi mala fé, pero ¡cuál fué mi sorpresa al ver que cada uno en particular habia concebido la misma idea! Parodiamos perfectamente el famoso epígrama de las tajadas del amigo Villergas:

Varias personas cenaban

con afán desordenado,
y á una tajada miraban
que habiendo sola quedado
por cortadía respetaban.

Uno la luz apagó
para atraparla con modos;
su mano al plato llevó,
y halló las manos de todos,
pero la tajada no.

Pero no sé si achacarlo al rubor que causa una mala acción, ó si á las muchas docenas de botellas que se habían vaciado, fué tal nuestra falta de tino, que á pesar de hallarse desvanecidas todas las cataratas, la olla, como si fuese un misterioso talisman ó como si poseyese un amuleto que realmente la hiciera invulnerable, salió ile-
sa de los terribles golpes que contra ella descar-
gamos todos á la vez. En seguida desapareció co-
mo por encanto, pero alguno sabe el paradero
de los maravedises que contenía. Buen provecho
le hagan.

Así como hemos dado las gracias á la hora por la puntualidad con que llegó, debemos dársela á todo el día, pues realmente fué un regalo que hizo la primavera al invierno. El sol desapareció de nuestro horizonte, porque era la hora en que siguiendo su curso natural le tocaba des-
parecer, y no, como diría algun clásico mora-
lista, para no ser testigo de los excesos de la or-
gía que se preparaba. Sus moribundos rayos que-
rían al parecer reanimarse con un cordial, y
riclaron en una fuente de ponche que para dar
fin á la función se había dispuesto sin mas obje-
to que el de mitigar los efectos del vino y otros
licores.

Las cariñosas pléyades nos anunciaron desde el cielo la hora de regreso á esta corte. Perdi-
mos en la expedición todo el convoy. Nosotros
nos salvamos por milagro, pero los dos gallegos
que escoltaron nuestros víveres quedaron pri-
sioneros del vino. A uno de ellos le dejamos re-
volvciéndose en la márgen de un camino, y al
otro le vimos dirigirse á escape hácia Toledo. Le
preguntamos que á dónde iba, y nos dijo que á
Madrid. Esta respuesta nos llenó de incertidum-
bre, pues no estábamos tan seguros de nosotros
mismos, que no pudiésemos creer que éramos

nosotros los que andábamos desacertados. Sin
embargo, seguimos nuestro camino y dejamos
al gallego que siguiese el suyo, porque al cabo
un borracho no habia de saber mas que diez. El
pobre hombre dió una prueba positiva del valor
que comunica el vino á los genios emprendedo-
res. El rumbo que seguía para venir á Madrid
nos manifestó que habia concebido una idea mas
sublime que la de Colon. Con ansia esperamos
volverle á ver, pero es seguro que tardaremos
todavía algun tiempo, porque aunque el vino le
dé alas, tendrá necesidad de algunos meses para
dar la vuelta á este picaro mundo.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

JUICIO DEL AÑO 1844.

El año cuarenta y cuatro
será un año de aleya
para cuantos se suscriban
á nuestras caricaturas.

Prestadme atención, lectores,
que al enristrar hoy la pluma,
voy á elevar mi elocuencia
á los cuernos de la luna.

Esta señora romántica
con su pálida hermosura,
desde su bella carroza
preside el año que turna.

Y siendo, lectores míos,
la presidenta cornuda,
habrá cosecha abundante
de amorosas travesuras.

Ojo alerta pues, maridos,
que los mozalvetes cruzan
por esas calles de Dios,
y la intención no es muy para.

Las casaditas son *frígidis*,
como dijo el otro, y gustan
de que las digan piropos
y las prodiguen ternuras.

Y como los perillanos
no tienen la lengua muda,
ni se duermen en las pajas,
ni tropiezan en berrugas,

Para estrechar el bloqueo

sus fuerzas todas agrupan,
y bayoneta calada
dan el ataque... ¡santa Ursula!

No hablo de las consecuencias,
pues las hay que despeluznan
como al torero visón
la fiera que le aturrulla.

El año cuarenta y cuatro
contendrá historietas cucas
y los padres bonachones
serán humanas garruchas.

De ellas colgarán mas hijos
que tiene el verano pulgas,
chinchas el mes de setiembre,
y la ciudad del Cid, chufas.

Y es vive Dios una gloria,
que otros se traguen la fruta,
mientras los pobres pacientes
mantienen las criaturas!

Pero dejemos, lectores,
que haga de la capa suya
cada casado un gaban
ó si quiere una casulla.

Escuchad las profecías
que mi númen os anuncia,
y consiento que me emplumen
si ensarto aquí paparruchas.

El año cuarenta y cuatro
tendrán los ricos fortuna,
y los pobres desnudez
obligada de gazuza.

Los ministros comerán
y las monjas y los curas,
inválidos y cesantes,
se quedarán en ayunas.

Se gritará libertad
y no habrá mas que coyunda,
y andarán á mogicones
los de baja y alta alcurnia.

Habrá querellas y pleitos,
y en medio de estas trifulcas,
tendrá el dinero razon;
pero la pobreza nunca.

Los sastres con sus tijeras
cometerán diabluras,
pero tendrán buen cuidado
en no cortarse las uñas.

Se darán golpes de pécho

en los sermones las viudas;
y guiñarán al soslayo
por sí alguno las saluda.

Tendrán hambre de marido
las Pepas y las Raimundas,
las Marianas, las Pascualas,
las Ritas y las Marucas.

Los hombres querrán á todas
sin casarse con ninguna,
porque es cruz el matrimonio
que al mas pintado le abruma.

Si hay sequedad en las fuentes
y agua cristalina buscas,
la hallarás en las tabernas
aunque escaseen las lluvias.

Habrá muchachos llorones,
habrá viejas importunas,
pisaverdes mal criados,
y vejetes con peluca.

Abogados habladores,
procuradores muy truchas,
escribanos perillanes...
habrá alguaciles y usuras.

Habrá médicos famosos,
que en menos que el lobo aullá,
al qué se ponga en sus manos
le abrirán la sepultura.

Habrá poetas ramplones
con permiso de las musas,
de los que piensan ser cisnes
y cuando cantan rebuznan.

Habrá impresores á manta
que es plaga que nos inunda:
todos ofrecen melon
y dan calabaza insulsa.

Saldrán obras ilustradas
con grabados y pinturas;
pero como nuestra Risa
del rey abajo ninguna.

Ea pues, caros lectores,
si es que ambicionais ventura,
suscribíos á LA RISA
y tendreis hecha fortuna.

Que el año cuarenta y cuatro
será un año de alcluya
para cuantos se suscriban
á nuestras caricaturas.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

CARICATURA.

Esos rubicundos ojos
 á los de un puente semejan,
 por ellos corre á raudales
 legaña, arrope y esperma.
 También llaman la atención
 esas tus largas orejas,
 que pesan entre las dos
 libra y media bien completa.
 Desde las cejas descienden
 dos caños de chimenea,
 ó nariz de picaporte,
 que en tu semblante se ostenta
 para abrir esa bocaza
 que parece una cisterna,
 donde crujen unos dientes
 como si fueran de sierra.
 La barba, frente y mejillas
 se combian de manera,
 que describen un país
 con barrancos y con breñas.
 Un verde, jaspeado oscuro,
 en la dura tez se muestra,
 con escamas de pescado
 que pueden lijar madera.
 Cintura de Centurion
 ese tu traje rodea,
 dejando advertir las formas
 de un ciclope, ó un atleta.
 Cuelgan de tus largos brazos
 dos manecitas que aterran,
 que en un almirez podrían
 machacar drogas y especias,
 y si juntas los diez dedos
 es disciplina completa.
 Se me olvidaba decir
 algo de tu cabellera,
 que es suave como el esparto
 mitad lana y mitad cerda;
 muy semejante al erizo
 cuando enerespa su melena.
 Para describir tus piés
 omito hablar de las piernas,
 y así de piés á cabeza
 te alcanzará mi fraterna.
 Mas grande que pié de rey

unos juanques sustentan
 que pueden ser de navío
 para andar á toda vela.
 En fin hermosa fantasma,
 encantadora ballena,
 tu bello baile es cocear
 y bramidos tus ternezas.
 Dichoso quien no te vió,
 ni te oyó nombrar siquiera.

ALBERTO DE S.

AL CERDO.

Venga la lira; la de cuerdas de oro,
 que empeñada hace días estuviera
 como otras prendas que cautivas lloro
 si admisible y de ley el oro fuera:
 denme la lira; y yo el favor imploro
 de las de *marras* de cualquier manera,
 pues si á sus héroes cantan otros hombres,
 cantar yo quiero al de los muchos nombres.

Hagan Izco y Baldovi versos bellos;
 ante los que mi peñola depongo,
 y que solo me es dado encarecellos:
 ni á su *judía*, ni á su *col* me opongo;
 al reino vegetal le canten ellos,
 que con el animal yo me compongo;
 aunque bien visto tiene tres bemoles
 callar al *cerdo* y encomiar las *coles*.

Al cerdo, el indefenso, el bondadoso,
 el de la fresca tez y reluciente,
 que en el placer se duerme candoroso,
 que jamás hizo daño el inocente,
 que de pura honradez es perezoso,
 y cuando mano atroz bárbaramente
 le juega alguna chanza que le irrita,
 con rascarle la panza se le quita.

Humilde ó previsor nunca la vista
 eleva al cielo con soberbia necia;
 ya del drama de que es protagonista
 porque augura la triste peripecia,
 ya porque vé su trompa muy mal quista
 y que este mundo en vida le desprecia.
 Elévala de hoy mas porque sin vicios
 no tienes como el hombre desperdicios.

Mártir desde pequeño, ó te se entrega
á chicuelo diabólico y travieso
que en tí su tino en el tirar desplega
con mano zurda y corazon avieso,
y donde por.s el ojo allí te pega
con ancho canto ó asperon obeso,
hasta que su maldad al fin y al cabo
te hace la oreja sacudir y el rabo;

Ó bien sujeto á estaca perdurable
nunca la libertad disfrutas horro,
y entretienes la vida miserable
minando el suelo para hallar socorro:
lo pasas bien si en cóncavo insondable
con el poder de tu pujante morro,
descubres el filon de las raices
á costa de paciencia y de narices.

Creces y ¡ay Dios! el infernal silbato
sus escalas cromáticas luciendo,
toca á cortar; y tú, pobre pacato,
la emboscada no ves, ni el plan horrendo
que con hilo y aguja y aparato
el de la armada mano te está urdiendo,
hasta que en tierra ya gruñes y bregas,
y al cabo cedes y la carta entregas.

¿Qué es de tí entonces, Abelardo triste?

Roncas, te rascan, la comida aborδας;
tal vez sin recordar lo que antes fuiste
engordas mucho; ya se vé que engordas
si el diploma del género perdiste
y en materia de amor no te desbordas.
Mas dime, pues estamos ya serenos,
¿aquellos duelos con el pan son menos?

El tiempo corre; la estacion del barro
como no es cosa buena se aproxima:
aligero marchó con presto carro
el verano y sus flores á otro clima,
y del en pos la escarcha y el catarro
y el San Andrés se nos encaja encima.
Día de sangre y en que frente á frente
con Herodes se pone el inocente.

Antes que el sol tan desastroso día
venga á alumbrar, las nubes nacarando,
tendido estás en la pocilga fria
huesos de albaricoque mascujando;
invencion del demonio, que á porfia
tus embotados dientes afilando,
sirve de amoladera á tu apetito,
y comes mas cayendo en el garlito.

Cuando ya tu pellejo dice *basta*,
se convierte tu estancia en jubileo;
entran y salen; hablan de tu casta
y de tu obesidad; y es su recreo
á lo mejor que estás hecho una plasta,
que del rabo te ahupe un cirineo,
y te ponga de pié y en tanganillos
para darte en las nalgas golpecillos.

Fiestas de Barrabás, beso de Judas,
(como son de los hombres las caricias)
que te van preparando penas crudas,
y la mas negra de las injusticias:
¡Insigne mala fé!... ¿Por qué la dudas,
si tu muerte es de todos las delicias,
y siempre propio del poder humano
antes de asesinar, besar la mano?

Todo está ya dispuesto, y en reserva
trapos, cúchillos, sogas y basalto,
y esparto y cucharon, y una caterva
de fariseos prontos al asalto,
asaz forzudos, de intencion proterva.
Y tú, infeliz, con paz, sin sobresalto
cual mártir vas á ceremonia impía,
y sin que digas *esta boca es mia*.

Antes del sacrificio, en la romana
péndulo y amarrado bamboleas,
y vueltas das y tu paciencia es vana,
y chillas condolido y pataleas.
Hay quien tu peso por saber se afana
hasta por onzas, y le lisongees
con una mas... ¿Y á qué? De cualquier modo
seas como fueres te ha de engullir todo.

Descuélgante por fin, y sin la amarra
diriges al altar la caminata...
Llega el momento... ¡Zas!... Quién te se agarra
á la oreja cual súcia garrapata;
quién del rabo te pilla y te desgarras;
quién se aferra á tu piel, quien á tu pata:
te hacen tierra perder en mala lucha
porque no tienes maña y ellos mucha.

Ya sobre el ara, el sacerdote empieza.
Asido al morro con la izquierda mano,
contra su muslo apoya tu cabeza;
te afeita el cuello y te lo tienta ufano,
toma bien la distancia y con fiereza
zambulle el puño tras el hierro insano.
Se oye un quejido atroz... luego profundo...
despues... el estertor del moribundo.

Surgen de sangre rojos borbotones,
y en barreño profundo y dilatado



los recibe y agita á manotones,
con cucharón y brazo arremangado,
una muger. En tales ocasiones
con diabólica risa y desenfado
ve la sangre á torrentes, la que un día
por una gota un patatús sufría.

Con esparto encendido te chusmarran,
cual hace Satanás con el precito;
te revuelven despues y te espattarran;
te rasuran la piel al infinito;
te abren luego en canal, y te desgarran,
y te hacen trizas, y se acaba el rito...
tan triste fin tu sino te acarrea...
Si hay tierra para tí, leve te sea.

FRANCISCO RAMOS.

ARTE

DE CONOCER A LOS HOMBRES POR EL PELO.

El pelo largo y mugriento, que deja pringue en el cuello del frac ó de la levita, pertenece al pretendido filósofo y á los aprendices de sastre y de barbero. El ente original con pretensiones de

vivaracho suele llevar la cabeza rapada como un chino. Las melenas á la romántica están en boga entre los horteras mas elegantes, diputados á Córtes que no hablan, coristas y bailarines italianos, traductores de dramas y escritores de folletines. Su division por partes iguales, formando raya desde el centro de la frente hasta la coronilla indica afeminacion. La raya á un lado denota pedantería. El pelo herizado es el emblema de la torpeza, de la terquedad, ó del miedo. El pelo muy peinado, lustroso, lisito y pegadito á la frente denota paciencia y resignacion. La grandes entradas significan orgullo. Los que llevan el pelo alto sobre la frente y pegadito á los lados suelen ser galanteadores y lujuriosos. El pelo rubio indica dulzura y sensibilidad, el negro ardimiento, el castaño moderacion, el rojo perversidad y el cano..... vejez. La calva denota inteligencia cuando no se hace ostentacion de ella; pues en este caso significa estupidez; pero si por disimularla se adopta el medio de hacer subir hasta la frente el pelo del cogote, esto es ya una prueba infalible de imbecilidad. El uso de la peluca está reservado á los hipócritas; por eso son tantos los que la gastan en este mundo engañoso. El pelo gris es hijo de la misantropía ó de los placeres nocturnos. La abundancia de cabello que jamas encanece ni cae, denota calma, impassibilidad y bienaventuranza. Para tales cabezas ha dicho la santa escritura: *El reino de los cielos os pertenece*. Estos santos varones son los mejores maridos: están asegurados de incendios. Sus cabezas son terrenos tan fértiles y productivos, que á falta de uno suelen llevar dos signos de la abundancia. El pelo rizado y lustroso demuestra alegría ó empeño de pertenecer á la aristocrácia sin haber nacido en ella. El que gasta grandes bigotes sin ser militar, quiere ocultar su mala dentadura, á no ser que pertenezca á la *benemérita*, que en este caso son indispensables para jugar á los soldados, y es preciso que vayan acompañados de su correspondiente perilla, siempre que el interesado no sea dueño de alguna lonja. El uso de la perilla no se ha introducido aun entre los fabricantes y vendedores de chocolate, jabón y velas de sebo. El bigote retorcido hácia arriba es señal de hambre. La patilla corrida por debajo de la barba

está muy en uso entre los que quieren parecer bien al bello sexo y tienen la desgracia de llevar sendas calabazas. La patilla grande es signo de fanfarrón: la corta de fanático, de aguador ó de capellan de regimiento. Las barbas á lo patriarcal, es decir, la barba entera, enérgicamente pronunciada contra las navajas y los barberos, es propiedad de músicos y poetas incomprendibles, de cesantes desesperados y de mendigos de lugar. Esto ya va demasiado largo, pelillos á la mar, y concluyamos con la siguiente décima:

No hay que poner gesto esquivo
ni venirse con venganzas
porque dijo cuatro chanzas
mi genio alegre y festivo,
ya sabéis que en lo que escribo
jamás hay mala intención,
no hago pues aplicación
á Pedro, Diego, ni á Juan,
porque ya dice el refrán
no hay regla sin escepcion.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

DECLARASIÓ AMOROSA

de Tófol el chusero á Manela la catalana.



Ple d' agobios y curruixes
y picors per tot lo cos

mes perdut que un hòme gros
qu' es veu en fané á les cuixes;

Tremolantme els canellons
com qui fuig de tres llobades,
y enseumentme á flamerades
desde el tos hasta talons;

Plorant y rient de por,
dols com pera confitada
de tanta safanoriada
que m' está pegant lo cor,

Preng la ploma, qu' es molt mala,
sols pera obrirte el meu pit,
mes c' abans de micha nit
rebente com la sigala.

Yo ya no' m puc aguantar;
estie com toüina en prensa;
asó se fa y no se pensa;
tire la mianta á rodar.

Si lo que pase pasáres,
sabries lo qu' es patir;
yo no t' ho volguera dir;
volguera que t' ho pensáres.

L' amor está
fentme per tú,
cácara-ca,
cúcuru-cu.

Em rust com sardina al foc,
y m' achopixte com un poll,
per que ficát en lo toll
m' ofegue sense fer gloc.

Bon ánimo pues, y avant;
vaig á dirte lo que sent,
mes que t' entre per ponent,
y arremate per llevant.

Manela, desde que' t viu
tan pita com un eborlit,
barrantí qu' en lo meu pit
anòbes á fer lo niu.

Oi por fin,
la teua veu,
y el còr me feu
tilin-tilin.

Pasant y així de rebot
yo te dijo, á Dios, lusero;
que al mirar eixe salero,
de gust m' agarrá changlot.

Entonses com qui no hu nota
em tirares una ulla

que espalarrát em deixá
con si fora una granota.

Entre *angustias y disvelos*
á mi mateix em diguí,
¿qu' es lo que pasa por mí,
altos y devinos sietos?

¿M' entrá per alguna part
lo que así en lo cor em bull?
Eixa noya m' ha pres d' ull,
ó es qu' enchisa per mal' art.

¿M' ha mosegado culebra?
¿Que tinc, reina soberana?
Asó es tiful ó cuartana
per que yo m' ensenc en febra.

Ya estic obrint el forat
per aon veig la meua pena,
estes picors á la esquena
es qu' estic enamorat.

L' amor a mi
ve fentme el bu,
titiri-ti,
tutura-tu.

Y poc á poc
em trau el suc;
cócoro-cóc,
cúcuru-cúc.

Y el gallet yo
li fas així;
cócoro-có,
quíquiri-quí.

Y si tu no vols respondre
cacarechant la gallina,
sapies que vaig de borina,
y qu' estic picant á pondre.

Pos no m' ahuxes ni estufes,
Maneleta, tros de sol,
per qu' emfaria la col
en lo cabás y en les chufes.

Y asó no 't caiga del sac;
que si no 'm vols per lo fic, (1)
de baix cama et plante un tic,
mes pronte que tu dius tac.

Si agafarte el moño puc
y te descuides un poc,
per mes que cantes el coc,

vorás si te pica el cuc.

Com la cals en l' aigua em bulls
y com el sofre m' ensens,
perque yo no se que tens
en aixos bonicos ulls.

A cada mirada tendra
que' m tires fent la moixeta,
em destapes, Maneleta,
el foc mal colgat en sendra.

Y no m' arrugues les selles
ni me chires el morret
cuant te fasa molt dolset
una seüe en les orelles.

Eres serafi del sel,
y també la meua estrela;
eres bonica, Maneleta,
y mes dolsa que la mel.

Eres ramell de fenoll
que encandiles en l' olor,
y del chardí de l' amor
hermós y tendre capoll.

Eres fina de les fines
qu' entre les mes fines viu;
dels fadrins eres caliu,
y enbecha de les fadrines.

Eres la mel del meu cor,
y l' encandiles en ella;
la flor de la marabella
y perla engastada en ór.

Bullme pues tot lo que pugues,
y deixam l' ánima en pau,
que yo seré el teu esclau
si en un cabellet em nugues.

Si tens sandunga y salero,
yo soc terne, y algo mes;
encara no saps lo qu' es
un amartelat chüfero.

Que si l' orella me bufes
y les mánegues m' espolses,
borás que hasta per los colses
va chorrentme suc de chufes.

Soc gran home dalt d' un banc,
y balle mes fi que un fus:
arriba, sal de Jesus:
arruixa y no fases fanc.

També se yo fer chepetes
y pegar dos cabrioles;
tots diuen què' m pinte asoles

(1) El chufero tenia un fic en la galta de resultes de una recalca de péu.

pa repicar castañetes.

Tampoc res te faltará,
que en sec enchainay m' ofegue;
yo per tot lo mon navegue;
se guañarme un tros de pa.

T' has de vore forta d' olla;
manduca tindras segura,
que per aixó no s'apura
un chufero en córfa y molla.

No' m tingues pór, Manelela,
que soc un gat molt moixét;
tanca be els ulls y arremet:
¿quién dico miedo, palleta?

Te bulle sinse moure pols,
y em fa el cor tilin-tilí,
te bulle com un chavalí
per que eres del piñól dols.

Esto es lo c'hay, y está dit,
la cosa es formal y tiesa;
pues ya pots boleme á presa
que non eixiras de uit.

Un pesó d' orella em pica
de pensar cuant al meu sol
li diré, pren el cresol
y pegam raere, chica.

Pero guárdat be de nit
si de goig el cór em salta,
perque sino, micha galta
t' arrancaré en un chuplit.

Diguesme ara si ó no:
vols viure en cabestre ó solta?
Soó home de colp y volta;
bulle casarme de pistó.

Si em dius que no, s'ha acabat;
chire béles, fas el grill;
em nague al rabo un setrill,
y fuixe corrent mes que un gat.

Si em dius que sí, viva yo;
fem conte que pollá l'hou;
que mos posen pronte el chou,
tres per una y rebolcó.

Que 'l cor está
fentme per tu,
cácara-cá,
cúcuru-cu.

JOSÉ MARIA BONILLA.

CONTESTACIÓ

de Manelela la Chincha, á Tófol el Chufleta.



Estaba esmocant un llus
á la bora de 'l aiguera,
cuand vaig sentir per arrera
passos y trapitg confus.

Luego vaig girar el cap,
y al noy vegent de l' corréu,
digué cremada: ¡ay redén!
¡'n hahem arrancat bon nap!

—Carta porto, Manelela,
digué l' xicot.—¿Y cuand val?
—Set cuartos.—¡Ben prop d' un ral!!!
aquí 'ls tens y m' deixas neta.

Vaig tirar rabiosa un *all*
y un *rotua* que trinaba,
mentres el cartér marchaba
corrent escalas á ball.

¡Set cuartos! ¡tens bonas manyas
pera fer gastar dinés,
Tófol! ¿no valian mes
pera comprarme castanyas?

¡Set cuartos! la rabia ni' menja...
¡mal agonyats! ja n' tenia,
ab deu mes que ni afegia,
per ná al trayatu diumenja.

Tú vols ferme anar descalsa ;
yo no l' llensu, si tú l' llensas,
el dineret... ¡Deu! ¿te pensos
que yo fas moneda falsa?

La teca no m' se guanyar
per el foso y passeitg nou,
no, pera guanyar un sou
la melsa tinch de suar.

Viva l' diner, que no put
per anys que tingúia; en eix mon,
la gent de *Napulayon*
be deya, *l' arjant fa tut*.

Las cartas que tu 'm escrius
de *amplayats* fant bullir la olla,
y tots ells son una colla
de lladres que 'ns menjan vius.

Si porcs tú vols engreixar
has de creurer que jo no,
Tóful, y dic tot aixó
perque, com es de pensar,
me escriurás altra vegada,
y ni grosa ni petita
cap carta he de rebre escrita
com no vingui franquejada.

Si no tens ánima ingrata
y tornas aquí aviat,
los set cuartos qu' he gastat
vull cobrarmels ab orchata.

Mes parlem de 'l amor teu
que dius que t' crema y 't ansen...
¡que cariño tan violent
es aqueix!.. pren bays de neu.

Tens amor á mes de mil,
tens mossas com 'l estiu moscas,
pero ab mi vas molt lluny d' *ostas*...
¡ay! ¡que te n' donó de fill!

¿Que has fet dones de la Tercera?
encara que *chíncha*, yo
may he estat, seré, ni so
platu da sagunda mesa.

Y has de saber que *ya* tinc
un altre que m' busca el cos;
el meu *terno* y tu sou dos,
y el meu *terno* val per cinc.

Creume, el meu cor no t' desdenya,
pero si el meu terno no lu sap,
ab un garrot 'm obra l' cap
y moro de un fart de llenya.

Yo no vull morir de un cop,
y ademes, ell está aquí,
y tú estás molt lluny, y á mi
me agrada 'l amor de prop:

Un geni te anfutimat,
era de la patuleya,
y de aquells que qui li feya,
podia dirse enterrat.

No creguis que per tú l' deixi,
que m' donaria tacó:
era dels de *Pép de Po*
de aquells de *Deu no m' esquexi*
¡Quina sang te! ¡quina sang!
no gasta aigua, sols heu vi
y argudent de bon matí,
que diu que 'l aygua fa sang.

Fou ara de la *jamanca*,
y no 'l ha tuspit cap bomba,
per si may la mort l' tomba,
constancia, Tófol constancia,

Que mort ell, vens tú despues,
y serás tú el meu marit...
si no m' surt millor partit
ú home que 'm agradi mes.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

COSAS DE ANDALUCIA.

VA DE CUENTO.

Al final de estrecha calle
en la ciudad de Sevilla,
sobre un altar ya ruinoso
se vé la imágen divina
cubierta de ricas galas
Madre de Cristo Santísima.
Recostado con donaire
de aquel altar en la esquina,
está un curro jerezano
embozado en su capilla,
con un *prajandi* en la boca
escupiendo por la encía;
los brazos puestos en jarras
despreciando al que le mira,
y ostruyendo el paso á muchos
que por la calle transitan.

A donde estaba el mancebo
llegó una gitana linda,
con dos luceros por ojos
y cara tan peregrina,
que al mirarla, dulcemente
se queda el alma cautiva,
presa de aquellos encantos
que dan gloria á Andalucía.

Al ver la hermosa sirena
la poca galantería
del encubierto galán
que no da paso á la niña,
le dice con voz suave
y fiechándote la vista,
— «Vaya, ¿dejasté pazá?
¿ó á jecho ozté portería
de la entrá de eza cayeja
onde está María Zantizima?
¿Tampoco dise ozté ná?...
Poz dé caye ar que camina,
que no tengo gana en ver
eza cara é cartulina.
— ¡Dezvergonzáa eztá por Díoz
la mosuela chavaliya!
¡Jezucrizto! güelvazé,
zino quiere que le endiña
ezte piarrel que ez é hierro
á eze trazte de arropía.
¡Ea, viento frezco, á otra paltel!
— ¿De verda? ¡me dazte riza!
¿quíé vé zumersé, *on pitichi*,
como tersio la mantiya
y en menoz é un *zanti amen*
me pazo pol toa zu crizma?
¿Lo quie ozté vé?
— *Zonzi vela*,
y á najarze, oña Merliada;
que no zeá é poné er leon
á reñi con la gayina.
¡Zobre que no me he en fáar!...
Vayase la muñequiya,
vaya á concluí er deebáo
con la tia vieja é la miga.
— Y ozté á zacá boqueronez
á laz playaz é Meliya,
que dico en ozté unaz trasas
como de gente mú fina.
— Y ozté eztá moztrando á legua

que remanga la camisa,
cuando resa la orasion
á toáz la zoraz er dia.



— ¡Zi jaze ozté con zu cuelpo
la ezpina é zanta Lusía!
— Y la zeñá der *Pimpoyo*
paese ozté cuando va á miza,
polque yeba zu zenaguaz
la zarandelaz poztizaz.
— ¡Vayazté zo eizgálichao!
— ¡Jui, que peira tan royiza!
¡zi paese ozté un calamar
que de entre loz deoz ze ealiza!...
— Y ozté ze ezcápó el infiegnio
regüerto en una torsía,
cuando echó juera er demonio
lo que naide ya quería.
— ¿Ozté ze acuerda, monona,
del convento é recogiaz?
— Y cuando eztuyo en prezioyo,
¿ze acuerdazté lo que basia?
— Yo me acueldo, *Mari Choto*,
cuando la tia *Lampariyas*
la yebó azté cá er marquez

pá daye güena propina
 pol no zé que operasion
 que le jizo ozté en la tripa.
 — Y yo zé cuando á la vilgea
 yeno é muy zanta coisia,
 le quitó ozté loz dolorez
 que eran é plata mú fina,
 pá que nunca le pinchasen
 á aquella maíre bendita.
 — ¡Yo ladron! ¡yo!... ¡la paciensia
 zartó ya de zuz caziya!
 ¡Ea! ¡yue mala *Chulama*,
 por eza caye mú lizta,
 antez que dé una mojáa
 en mitáa é tuz mejiyaz!»

Y colérico acomete
 á la hermosa gitanilla,
 que al verlo así desaparece
 ligera por la otra esquina.
 Oprimida lleva el alma
 por la ofensa recibida;
 fiero el semblante y cubierta
 de triste llanto la vista.

Entró en la Contratacion,
 plaza que estaba contigua,
 de cuyo centro un gitano
 sale y le dice á la niña:
 — «¿Qué ez ezo, luz é mi zojoj,
 que bienz ezcoloria?
 ¿Pol qué tu hechisera mano
 malargaz tan convulsiva?
 ¿Y yoraz? ¡por via é mi zangre!...
 ¿Quién ez el alma mardita
 que zembró en tu hermozo pecho
 la pena que azi le agita?
 quién ez?

— ¡Ay!

— ¡Vaya, contesta
 ¿dí quien es?

— ¡Ay mare mia!
 — ¡Jezucrizto! ¡ze ezmayó!
 güelve, güelve, claveyina,
 conzuelo é tóoz miz pezarez,
 güelve pol Dios á la via!
 ¿Quien tá matáo?...

— ¡Ay Jozelito!

el alma traigo partia,
 y de corage en el pecho

un vorcan que ma acribiya!
 — ¿Y con qué zangre zapaga
 el vorcan, prenda quera?
 ¿Con qué ze curan loz malez
 que tu pecho martiriza?
 — Con un hombre que ayá enfrente,
 al regolver de eza ezquina
 al pié dei mezmito altar
 de la virgen...

— Caya: no igaz
 maz.»

Apretó el chapeo el gitano
 y alzando fiero la vista,
 al sitio que le señalan
 rápido el paso encamina.
 Las lágrimas de su amante
 encendido habian sus iras
 de tal modo, que sus manos
 chocabanse convulsivas,
 buscando agudo instrumento
 vengador de sus desdichas.

Cruzó la calle veloz,
 llegó al altar de María,
 y asiendo del brazo á un hombre
 que recostado se via,
 estas palabras le dijo
 á guisa de valentía.

— «¿Zi ez ozté tan valenton
 cual zu fieresa lo indica
 pá pegar á una mugé
 que en miz entrañaz habita!
 ¡jechozté á andá á la Alaméa:
 ¡y pronto por via é miz tripaz!
 que ze zarta el corason
 pó tomarle ya la fila!
 ¡Pronto! ¡zi no quié mori
 onde cobarde ozté atisa
 á la niña má jermoza
 que parió la Andalusia!
 ¿Lo oye ozté?

— Y lo ezpresio,
 zó pecele.

— ¡Cobardía!...
 ezo zera no dezpresio
 á mi presona cumplia.
 ¡Y no andazté!

— ¿Pá matarlo?
 — ¡Pá vevé zu zangre fria!

—Ozté?

— ¡Yo!

— ¿Ozté? ¡Jezú mio!

vá un mandría!

— ¡Zanta María!

¡Preparece ozté á mori!

— ¡Y ozté tambien! ¡por vía
el que ató á Crizto en la cruz!!!»

• • • • •
• • • • •

Y los dos se precipitan
cruzando la estrecha calle
llenos de cólera impía.
Salieron al campo luego,
se paran, fieros se miran;
y echando al suelo las capas
con fatal arremetida...

• • • • •
• • • • •

Aquí la crónica cuenta
que una linda gitanilla
llegó azorada al combate
de los *térnes* de Sevilla.

Llorosa, agitada y triste,
otra morena bellísima
llegó por opuesto lado
á donde estaba la ríña.

Pararon los duros golpes
que aun empezado no habían
y todos cuatro al *ventorro*
fueron á beber *tinilla*,
y á *tragelar* boquerones
y sobrosa pescadilla.

JOSÉ GUTIERREZ MOYA.

EL MOZO DE VILLAR.

Una ventaja tiene el *mozo de villar*, lo mismo que el *mozo de café*, sobre todos los hombres, y es, que cuando estos lleguen á viejos nadie les puede quitar sus años de encima; mientras que aquellos, tengan veinte, tengan cuarenta, tengan ochenta navidades: si no abandonan la profesion, siempre son *mozos*. En esto les sucede lo contrario que á mí, pues cuando alguno me pregunta que si soy castellano, á pesar de hallarme todavía en mis floridos abriles, tengo que decir

«viejo», solo porque mi madre tuvo la humorada de darme á luz en Castilla la *Vieja*.

Ademas, el *mozo de profesion* no solo tiene el título honorífico de *mozo* aunque sea *viejo*, sino que está en su mano el ser *bueno* ó *mal mozo*, y cuando de un hombre depende el gozar de buena ó mala reputacion, no ha de ser bobo en la eleccion; y aunque sea bobo, no lo será para su provecho, porque como dijo el que lo dijo, ningun bobo tira piedras á su tejado. El mozo de café que sirve con puntualidad, y fia su género al consumidor de cuando en cuando, aunque sea cano, jorobado, tuerco de un ojo y bizco del otro, se dice que es un *buen mozo*. Lo mismo se entiendo del *mozo de villar* que cuenta pronto y bien, levanta los palos á tiempo, y tiene siempre tacos y mesa en regla: así como el que cumple mal con su obligacion, aunque sea un chico como unas perlas, se dice que es muy mal mozo; pero á bica que á este le queda el consuelo que á mí con ser castellano *viejo*, que con todas nuestras faltas y mas que tuvieramos, si pasamos al anoecer por las calles de Carretas, Montera y Puerta del Sol, no ha de faltar quien nos diga con sandunguera gachonería: «Adios *buen mozo*.»

Dos cosas necesita el hombre para llegar á la perfeccion en cualquier ramo del saber humano á que se dedique, la teoría y la práctica, que por lo mismo de contribuir juntas á formar un todo perfecto, suelen conciliarse rara vez, como rara vez concurren en un sugeto en grado superior el talento y la memoria; porque el poeta que reuniera la inspiracion de Zorrilla y la erudicion de Lista, como el matemático que tuviera el genio de Newton y la prodigiosa memoria de Mangiamele, serian dos mónstruos, literaria ó científicamente hablando, cuya carrera impositiva á los demas de seguir sus huellas, temerosos de perder el guía á la mitad de la jornada. Así pues el *mozo de villar* ducho por la práctica en el giro de las bolas, segun la calidad del taeo y el impulso mayor ó menor, y mas ducho todavía por el conocimiento de la mesa, es un leño en esto de geometría. Pero pongan ustedes á Vallejo, á Travesedo y al mismo Legendre á jugar al villar con un mozo del oficio, y verán mientras ellos consideran la mesa como un perfecto pa-

ratelipédo, y trazan ángulos *rectos, agudos y obtusos*, y calculan la abertura de la bola, considerando que *el ángulo de reflexion es igual al de incidencia*, todo para dar una pifia ó sacar la jugada del tío Melon, que consiste en no hacer nada y quedarse: verán ustedes, repito, pegar el bueno del mozo un trancazo al buen tun tun, sacando con toda su ignorancia, villa, pérdida, carambola, cuatro palos y mingo cubierto. Sin embargo no sería malo que el mozo de villar ayudara á la ejecución con el conocimiento de las matemáticas. Yo tengo la aprensión de que Newton hubiera salido un jugador sin rival, siendo mozo de villar un par de años.

Es muy particular lo que en esto de jugar al villar le pasa al nieto de mi abuela. Comprendo perfectamente el juego, sé la cantidad de bola que debo tomar para el *doblete*, para el *recodo*, y en fin para lo que buenamente quede. Voy á la ejecución y pego exactamente en el polo opuesto al que yo queria dar; y si por casualidad apunto bien, la pifia viene tan segura, que ni de encargo. Cuando doy bola, y la mia entra por los palos, me contento con uno ó lo mas dos; cuando me paso sin bola, suelo derribar todos los palos. Hay veces que tiro una carambola de aquellas que se presentaban á Fernando VII; y con toda la sal del mundo me paso de fino; y si no meto gato por liebre, meto un conejo como una casa.

A caza de pájaros de mi cuenta andan siempre los mozos de villar, y esta es una de las presas en que mas luce la sagacidad del astuto cazador. No se va en derechura á la liebre, poco concedora del terreno para librar por trancos ó barrancos, marcha por el atajo, y espera en los atolladeros, donde descarga á boca de jarro, y mete los *tacos* hasta el corazon, y cuando calcula á la primera ojeada la velocidad del gazapo, como buen perro viejo, detiene su marcha lo posible para dar algunos minutos de vida á su antagonista. Entonces suele presentarse una mata donde pueda agozaparse la presa burlando los piés del galgo, y lo que conviene es un ataque brusco para echarse encima, ó una treta para que el enemigo se entregue á discrecion.

Efectivamente, el mozo de villar al primer golpe de vista conoce el juego de su contrario,

que en el mero hecho de jugar con el mozo del villar, suele ser lo que llaman los inteligentes un *chambon*, que es un hombre que juega mal, ó un *chambonazo*, que es el que juega peor. Si puede el mozo darle seis tantos, le contenta con dos ó mano á mano, y dé gracias si no le saca tantos, que suele suceder con frecuencia, porque como tenemos tanto amor propio los chambones, es fácil convencernos de que lo hacemos bien; y por no desmentir al que nos hace favor, somos capaces de cualquier sacrificio. Lo cierto es que para cada golpe del chambon, hace dos el mozo de villar hasta plantarse en veinte y ocho ó veinte y nueve. Entonces si hay golpe le hace, y si no tambien, sea por *tabla*, sea por *retruque*, sea por el infierno, pero siempre de modo que el golpe parezca casual. En viendo el chambonazo que ha llegado á veinte y nueve, y el mozo le gana la mesa por un inconcebible retruque, dice satisfecho: ; Me ha ganado por un *chiripon!* Chiripon es superlativo de chiripa, chiripa quiere decir casualidad, y esto en el villar tiene diferentes sinónimos, como *bamba*, *esperpento*, *barbaridad* y *San Bruno*. Pero la del mozo no es *barbaridad*, ni *San Bruno*, ni *esperpento*, ni *bamba*, ni *chiripa*, ni *casualidad*, que es un golpe tirado á ciencia cierta, aunque el mozo se haga de chiquitas, y diga que es jugada de *trancazo* ó *tamborilazo*, que quiere decir fuerte y al buen tun tun. Para eso cuando el chambon saca una *bamba*, se da tono y jura por lo mas sagrado que aquello es tirado y muy tirado, á lo que el mozo (que todos son truanes y decidores) suele contestar: *El que tira eso puede tirar de una carreta.*

Si juega á la treinta y una tiene mas probabilidades de ganar, porque conociendo bien la mesa y manejando la *suela* perfectamente, tumba, cuando quiere, el palo *uno*, el *dos*, el *tres*, el *cuatro* ó el *cinco*, y saca, cuando le hace falta, el *doblete* del *nueve* ó el del *once*, como los *recodos* del *cinco* y del *diez* por un lado y los del *tres*, del *ocho*, del *cinco*, del *siete*, y del *doce* por el otro. Pero no es esta la principal ventaja del mozo en la *treinta y una*, sino el poder llevar, como acostumbra, dos bolas cubiertas que coloca en distinto bolsillo. ¿Tira el golpe y le hace? pues saca la bola del bolso del chaleco. ¿Se pasa? Si-

que jugando hasta poder plantarse en *treinta* ó hacer la treinta y una con la bola del bolso de la chaqueta. Si vuelve á pasarse, reniega de la suerte, mas no por eso se aliñe, que todavía tiene repuesto de bolas en el pantalón.

Esto de esconder la bola cuando es alta como el diez y seis, produce mejor efecto en lo que lo que llaman el *punto*. Mientras el mozo canta como un moscón ¡el uno! ¡el dos! ¡el tres! ¡el cuatro!... pasean los jugadores ó dan yeso á la suela, y por consiguiente no ven al mozo quedarse con una bola en la mano. Luego que reparte otra vez, esclama ¡medio duro al punto! El que ha podido traslucir el catorce ó el quince, pone sin dificultad, porque hay pocas probabilidades de que salga precisamente el diez y seis, que es el número mayor; pero como el mozo le tiene ya en la mano, hace que saca bola del cantarillo, y no la saca porque ya estaba fuera el diez y seis, que tira en la mesa diciéndo: ¡También ha sido suerte! ¡Dios protege á la inocencia!

Eso sí, el mozo de villar mira mucho por la casa; y si hay quien juegue *treinta y una*, *guerra* ó *chapó*, no se divierte nadie en jugar mesas; porque además de que la utilidad en este caso es mejor para el amo, también suele serlo para él por los empréstitos no reintegrables que hay, y por el derecho de la *sis*a. Todo el mundo le llama de tú y se divierte con él, hace burla de sus patillas, ó de sus narices; pero el mozo no se pica ni se corre: sabe que muchas veces juega con los que le insultan, que ó porque tienen dinero, ó porque quieren aparentarlo, le pagan cuando pierde, y no cobran cuando ganan, y el mozo dice y dice bien: dame pan, y llámame tonto.

Con este modo de vivir, gana lo suficiente para comer y vestir, y aun le sobra porque no gasta lujo. Una chaquetita corta de paño pardo, un pantalón ancho de idem, babuchas ó zapatitos que no oyen aunque tienen orejas, chaleco abrochado, pañuelo al cuello á lo calcesero, y una gorrita de medio lado que sienta en aquella cara de pillo como pedrada en ojo de boticario. Cualquiera le entregaría la bolsa en un camino. Unos mozos serán casados y otros no lo serán; respetemos la vida privada de cada uno,

y allá se las haya y se las busque por donde pueda, de mugeres está el mundo lleno, toda la tierra es altar para quien tiene devoción, y el que no aspira á ganar el cielo no necesita bendiciones.

El mozo de villar trabaja generalmente por la tarde y por la noche. La mañana la ocupa en cepillar la mesa, pulir los tacos y arreglar los quinqués; y después de todo esto, para matar el ocio, ensaya grandes jugadas y posturas difíciles. Ora tira doblete de maza, ora palos y á cubrir, y ora á pegar la bola para dejársela siempre al contrario debajo de la baranda, y entonces le dice con mucha socarronería ¿quiere usted la larga? Tira hasta por debajo de pierna; pero la mayor dificultad que tiene que vencer, es tirar á lo cadete con la mano izquierda con un gran puro en la boca, que es cuanto se puede apurar.



Cuando llegue su habilidad á este extremo, ya no teme á nadie; ya llegó al *non plus ultra*; ya puede rivalizar con los genios privilegiados del arte como los Riaños y los Bermudos y los Peret y los Espinos y los Alzamorras, que casi casi lo hacen todos tan bien como yo.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.



EL CARNAVAL DE LOS DEMONIOS.

EMBRION DRAMÁTICO JOCO-SERIO-INFERNAL.

ACTO ÚNICO

escrito en el acto y en prosa endecasílabo coreada.

PERSONAS.

LUCIFER.

MOMO.

LOS SIETE PECADOS CAPITALES QUE LLAMAN
MORTALES.

CORO DE DEMONIOS.

COMPARSA DE CONDENADOS.

La escena es en el infierno.

Coro de demonios con acompañamiento de ladridos de gatos y maullidos de perros.

Nosotros también

Guáu, guáu, guáu, ¡ voto á quién! —

Los de la tribu infernal —

Guáu, guáu, guáu; miáu, miáu, miáu,

Con licencia del caporal

Queremos tener un poquito de Carnaval.

LUCIFER.

Silencio y compostura, caballeros;
¡silencio digo, ó nos oirán los sordos!
Bailar unos con otros es tontuna;
es tontuna bailar unos con otros,
que á puchero de enfermo eso olería.
Dejad que venga el ciudadano MOMO
y nos traiga de allá pescado fresco...
Almas quiero decir, y no de chopo:
que gran cosecha ogaño nos preparan
solo en la heroica villa del *madroño*
el Liceo, la *Union* el *Instituto*,
y otras que callo, porque no las nombro,
ilustres ó piebeyas sociedades...
Transposicion se llama este negocio.
Porque habeis de saber, diablos del diablo,
que todo anda al revés entre nosotros
y en el mes de *febrero* y *circum circa*
la caterva infernal hace su *agosto*.
Pero ya haciendo muecas y visages

el Dios de la irrision entra en el Orco
y con larga recluta le acompañan
los *pecados mortales*; los de á folio.

MOMO.

Funestas noches, Lucifer maldito.

LUCIFER.

En hora horrible vengas, firme apoyo
de mi cetro de pez, númen ridiculo:
Quítate el dominó, suelta el zorongo,
Siéntate en un rejon y contarásnos...

MOMO.

No, que me duelen ya los hipocondrios
de reir y cantar. Hablen por *migo*
estas siete *virtudes*.

LUCIFER.

Me conformo. —

Campanuda soberbia, dadme cuenta
de vuestra comision.

LA SOBERBIA.

Yo no respondo
de mi conducta á nadie. Esas carrozas
que ostentan mis magníficos despojos
harto te dicen que el orgullo insano
rinde abundantes parias á tu trono.
Ve allí los que entre danzas y festines
consumieron su pingüe patrimonio,
y negaron al huérfano y la viuda...
Mas culparlos yo ahora es despropósito:
antes te ruego... digo mal; te mando
que atormentes sus almas sin reposo,
mas con mucha finura y elegancia,
porque, al cabo, son gentes de buen tono.

CORO.

¡Muy bien, muy bien!

Preparen la sartén.

Con la mayor finura

se les dará tortura —

¡Muy bien, muy bien!

Por siempre jamás amen.

LA AVARICIA.

En tiempos de burco y mogiganga
se gasta mucho y se trabaja poco,
los usureros pecan á destajo,
¡y pecan sin entrar en el jolgorio!

LUCIFER.

¡Oh canalla infeliz! ¿Cuántos me traes?

LA AVARICIA.

Aquí traigo doscientos en remojo.

CORO.

¡Jolgorio! ¡Jolgorio!
 Muertos bajen al profundo
 repertorio
 los que voluntariamente—
 ¡Qué gente!
 se impusieron en el mundo
 transitorio
 las penas del purgatorio.

LA LujurIA.

Yo, la mas seductora de las siete...

LUCIFER.

Callad, doña Lujuria. Ya supongo
 que habreis hecho proezas; mas silencio!
 no se ofenda el pudor de este auditorio.

CORO. (*Pianissimo.*)

Diablos, callad con mil demonios.
 Chis, chis, chis, chis; callad, callad.
 No indispongais los matrimonios;
 no alboroteis la vecindad.

¡Callad! ¡Callad!

LA IRA.

¡Maldicion! ¡Maldicion! ¡Sangre! ¡Esterminio!
 Yo reino en este mundo y en el otro:
 y yo lo digo: y hasta, y rompo el alma
 al mismo Lucifer si me habla gordo.

CORO.

Tiene razon. Tiene razon.

Rodilla en tierra
 que si se emperra—
 ¡Condenacion!!!

nos va á pegar un coscorron.

LA GULA.

Yo, auxiliada de ojaldres y de médicos,
 y apoplegias, borracheras, cólicos...
 Gula bestial que soy...

LUCIFER.

Entiendo. *Et cetera.*

Calla; no me revuelvas el estómago.

CORO.

Carnestolendas, Carnestolendas
 son las que engordan nuestras prebendas
 en las casas y en las tiendas,
 en Madrid y en Alcobendas,
 con comilonas y con meriendas
 horrendas.

Ello mismo lo dice: CARNES-tolendas.

LUCIFER.

Alza esa torva, espeluznada frente,
 oh Envidial no nos mires de reojo,
 endereza esos huesos descarnados,
 destiñe de azafran tu feo rostro...
 y habla.

LA ENVIDIA.

Abundante miés traigo al Ave rno,
 ¡tanto me afano por el bien del prójimo!

LUCIFER.

No es maravilla, que donde hay mugeres...

LA ENVIDIA.

No son precisas para hacer negocio
 mientras haya empleados y cesantes,
 mientras haya poetas y periódicos.

CORO.

¡Qué pálida!

¡Salud!

¡Qué escuálida!

¡Salud!

¡Viva la envidia y muera la virtud!

LA PERREZA (*Bostezando*).

Una recua de padres y maridos
 traigo yo aquí, gente de tomo y lomo
 que mientras sus mugeres y sus hijas...

LUCIFER.

Dormida se ha quedado como un tronco,

MOMO.

¡Rasgo característico! Arrulladla
 en tono de pasiega, babilonios.

CORO. (*Sonoliento.*)

A la ro, ro...

Ya se durmió...

Ó, ó, ó, ó, ó...

LUCIFER.

Bailad, bailad ahora, hijos del Tártaro.
 Llegó la vuestra, Reventad de gozo.

CORO.

Nosotros tambien—

Guáu, guáu, guáu, ¡voto á quién!
 los de la tribu infernal—

Guáu, guáu, guáu; miáu, miáu, miáu—
 Con licencia del caporal
 Queremos tener un poquito de Carnaval.

MANUEL BRTON DE LOS HERREROS.

ABUSOS DE LA NARIZ.

Hacia el comedio de la cara, un poco mas arriba de los bigotes; entre carrillo y carrillo, y á mitad de camino como vamos de oreja á oreja, plantó la mano del Omnipotente una protuberancia algo visible en los chatos y escesivamente notable en los que desearian serlo. En esta protuberancia encerró el órgano incomprendible del olfato, cual centinela avanzada del estómago y allí lo puso sobre la boca, para dar testimonio de la bondad de las tajadas y tragos, y conceder ó negar la entrada segun traiga ó no cada manjar sus papeles en regla, á guisa de alcalde de barrio ó de aduanero fronterizo. Pero así como la susodicha protuberancia recibió estos dos cometidos ú oficios que modernamente llamariamos *misiones*, quedó encargada tambien de servir de desaguedero ó letrina de los ojos; porque escremento de los ojos es, lector cándido, aquello que estrepitosamente estraca cada y cuando desabrochas el pañezuelo y te tapas con él la cara. Por último, armó el Criador las entradas ó ventanas de la propia protuberancia con agudos y recios pelos, estacada dó no penetra el volador insecto que pretendiera acaso hacer el nido en aquellos cóncavos oscuros.

Si no miente mi fisiológica erudicion, creo que á estas funciones y á la de prestar algun adorno al rostro está limitada la condicion material y social del bulto referido, que el vulgo conoce por el nombre pedestre de nariz, y al cual nosotros, la genté de letras, solemos aplicar la misma denominacion en plural, sea en el sentido recto, ó sea en el figurado.

Como el oficio principal de este órgano visible se egerece invisiblemente, por residir su busillis en la parte interior, no se ofrece obstáculo alguno para que su forma exterior varie al infinito, segun la habilidad ó el capricho de cada padre ó madre, ó segun las caidas ó capirotaños que cada individuo vaya recogiendo por esos mundos de Dios, que no le faltarán á poco que se descuide. Por lo tanto, sin que de ello se resienta el órgano consabido, ni sufra demasiado, generalmente hablando, la armonía de las facciones humanas, encontramos á cada paso narices chatas como

altramuces, agudas como epigrama de hambriento, remangadas como hábito de cocinero de frailes (cuando los habia, se entiende, y tenian hábitos y cocina y qué cocinar), mangas como san Basilio, en diez-y-seis-avo como novela traducida, blancas como palomas, moradas como el pendon de Castilla, y hasta pias como caballo de niño mimado. Otros articulistas de narices, siguiendo la huella de nuestro inmortal Quevedo, han dicho ya cuanto cabe en prosa y verso acerca de estos varios accidentes narigales, escitando (esta era su piadosa intencion) la cólera de mas de diez atrabilarios, que en cada artículo de narices devoran una personalidad, porque no son capaces de ver mas allá de donde alcanzan las suyas. Dejaré pues, como punto suficientemente discutido, esto de tamaños y colores, y con permiso de los que puedan ofenderse de mi atrevimiento, entraré en el campo todavia virgen de los abusos que con la nariz se cometen.

Hay percances transitivos, esto es, percances cuyo impulso nace de un individuo y refluye necesariamente en otro individuo diverso, quedando el primero libre é incólume y mas ó menos lastimado el segundo. Entran en este número aquellos que la torpeza la depravada intencion y hasta el egoismo están produciendo todos los dias. Y para que el lector poco avisado no se esté dando de calabazadas en valde, pondré algun ejemplo de estos tales abusos transitivos.

Abusa de mas de cuatro narices, hiriéndolas mas ó menos mortalmente, la débil viejezuela que armada de un paraguas de cinco leguas de diámetro cuyos bordes y puntas andan constantemente al exacto nivel de las narices propias de las personas ni altas ni bajas, que son las mas, sin reparar los destrozos que va causando, sigue impávida su linea recta con una tenacidad que de heróica pudiera calificarse. Verdad es que no hay vieja que no se crea dueña de la acera y de la calle, y que no desprecie á los que pasan, á los que pasaron, á los que pasarán y á los que pueden pasar.

Abusa de ocho ú diez mil narices, segun sea la concurrencia en el paseo, la elagante damisela que, por moda ó por necesidad de tapar al-

gun hedor indomable que trasuda ó le mana de algun lado, se carga la ropa, ó el pelo, ó el pañuelo de esa maldecida confeccion moderna, llamada miel de Inglaterra, y que es pura y simplemente una variedad de la especie almizcle, que, segun Hoffman, hace huir al mismo diablo.

Abusan los taberneros que frien en detestable aceite á la puerta de sus establecimientos, los carpinteros que calientan la cola en medio del arroyo, las castañeras, los molenderos de chocolate, los que encienden el fósforo pestilencial para quemar el hediondo cigarro de á seis maravéis, las pollerías, de las cuales procede, sobre todo en tiempo de calor, la nauseabunda emanacion de los corrompidos despojos; pero abusan tantos otros y tantos, que fuera no acabar el sacarles á todos á la colada:

Porque al enristrar la péñola, oh lector condescendiente, ha sido mi esclusiva intencion tratar de aquellos abusos que llamaré *reflexivos* por recaer la accion sobre el individuo que la egeree, así como llamé *transitivos* á los que pasan desde el abusador al abusado; logrando de este modo suministrarte como de paso una titurilla modesta de mis profundos conocimientos en gramática.

Hay hombres que se dan tono á costa de sus narices; es decir, hombres que no tienen otro medio de hacer papel sino el de atormentarse la trompa. Verbigracia: llega de Filipinas en ciento treinta y siete dias de navegacion la fragata *Sirena*: á los veinte y cinco, cuando mas, vereis á don Onofre que era un buen mozo hace diez y siete años y literato hace nueve, sonarse los mocos quinientas veces en las doce horas útiles, si antes de la llegada de la fragata se los sonaba solo diez ó doce, como se suena el vulgo. Y ¿por qué así? Por que el tal don Onofre ya no es ni buen mozo, ni literato, y necesita ser algo para papelonear, y ahora (¡oh flaqueza y delezabilidad de las glorias humanas!) se contenta con ser el primerito que usa los pañuelos chinos que acaba de traer de Manila la fragata *Sirena*.

Pues, ya que la palabra *literato* acabo de estampar ¿qué podré decir que él mismo no diga, de aquel público escritor, que asiendo lá pluma

con la derecha y colocádo la nariz entre el índice y el pulgar de la izquierda, no pone una frase en el papel sin el sendo tiron de narices, que parece que se las vaya afilando para ordeñar más fáciles las ideas de su desvirtuado cacumen, y está sin cesar, tira que tira y soba que soba, hasta que dan fin ó la tarea, ó el papel, ó lo que es más frecuente las ideas?

Por no remover los estómagos susceptibles, pasaré por alto á aquellos individuos, víctimas infelices de su pasion á la estatuaria, que dia y noche sin sosiego ni descanso, se barrenan las narices para obtener ciertos productos medio secos, á que dan luego varias y caprichosas formas con los dedos, arrobándose y estasiándose en esta maldecida operacion, cual pudieran al escuchar las melancólicas armonías de Mozart, ó los desgarradores ayes de Desdémona y de Norma.

Citaría tambien, y no lo haré por no ser pesado, á los que dejando cuatro sentidos cesantes, tienen concentradas todas las sensaciones en el del olfato, y huelen la camisa que se van á poner y la silla en que se sientan, y el paño que compran para una capa; y el aire para saber si llueve, y la llave de la puerta para conocer si vino alguien, y nunca hablan sino del hedor de los pasillos del teatro, y del aroma que sale de casa Fortis, y del que exhalan las rejas de las hondas cocinas de las casas de mi flor. Estos hombres narices son mas numerosos de lo que tú crees, lector benévolo, y á poco que observes, ahí te los encontrarás como llovidos.

Concluiré mi desopacible artículo volviendo la atencion á esa mayoría inmensa de gente tabacosa, que otro Dios no conoce, ni otro afan; ni otra delectacion que el incomprendible frenesí de meterse á cada triquitraque en ambas las ventanas aquellos átomos negros, comprados á buen precio, que si en el principio de su uso pudieren cosquillar agradablemente el olfatorio sentido, no sirven, al cabo de algun tiempo, mas que para atiborrar el conducto de la respiracion, producir un delicioso gango artificial, dar al público el espectáculo risible de una gota de color de ámbar en la punta de la nariz suspendida, y que al cabo cae en la pechera ó en el plato, que es peor; ó el otro espectáculo afflictivo de un pa-

ñuelo oscuro (claro daría margen á correr), en cuyos senos confusos... tranquilizaos, lectores, no digo mas.

Compadezcamos á esos infelices que no pueden pasar agradablemente sus horas sin el auxilio de su nariz, que en la nariz ponen su vida y abusan de ella en todo momento, sin acordarse siquiera de que no poseen mas de una, por mas que algunos vanidosos repitan sin hallar contradiccion: oh! tengo yo muchas narices!

JULIAN MANZANO.

AL EMBUCHADO DE MALLORCA.

Contestacion á la oda del señor Castillo, inserta en la pág. 134.

ODA.

Que es temeraria empresa
la que pretendo acometer, me avisa
una musa traviesa;
pues quiero muy de prisa,
con rudos versos, saludar LA RISA.

Mas como dijo el otro,
cuyo nombre no tengo en la memoria,
(Tratando de que un potro
tirase de una noria)
intentarlo no mas, basta á mi gloria.

A mi gloria le basta
intentar defender la patria mia,
mi patria que contrasta
del mar la valentia,
que á sorbos, engullírsela, porfia.

Y aquí como de peras
entraba el estenderme en su alabanza;
pero si tal esperas,
hurlaré tu esperanza
y lo siento ¡oh lector! que tengo crianza.

Si resuena mi lira
es para fines, ¡vive Dios! diversos.
La indignacion me inspira;
porque si bien perversos

tambien la indignacion sabe hacer versos.

Tú, José del Castillo,
que en tus *navales* rimas te propasas
hasta empañar el brillo
que, de gloria no escasas,
las nueve ilustra mallorquinas casas.

Tú, que ensalzas á drede
las viles glorias de una triste pulpa,
que solo comer puede
quien, por agena culpa,
no tener otra cosa le disculpa:

Oye mi ronco acento
y viendo claro, que razon me asiste,
llora aquel loco intento
que en mal hora tuviste
cuando al nabo en tus versos preferiste.

Que el nabo, no te niego,
sirva de pasto ó de manjar sabroso.
Que el nabo, si es gallego,
es un nabo famoso,
tampoco negaré, ni que es hermoso.

Lo que si te disputo
y que es falso, falsísimo aseguro,
que deban á ese fruto,
(en nuestra patria oscuro)
las nueve casas su renombre puro.

En mejor fundamento
su gloria estriba, por demas bizarra,
no debe el nacimiento
al nabo ó á la parra,
le debe al embuchado ó *Butifarra*.

Oh! sabroso embuchado!
nec plus ultra del arte *tocinero*
pues solo, acompañado,
en manjar hechicero
te convierte al instante el cocinero!!

Vindica tus derechos,
reclama con razon tu preeminencia
y los famosos hechos
que debe á tu existencia

esplica el orbe; infúndeme tu ciencia.

Mas ay! que pido en vano
tu grata inspiracion. Mi ingenio es poco,
tu valor soberano,
y un imposible toco
si á mentar tus virtudes te provocho.

Alábente *La Vega*,
Ayguals, *Villergas*, *Zárate* y *Zorrilla*;
que mi númen no llega
á tanta maravilla
y mi plectro, ante tí, tosco se humilla.

Vosotros cuya fama,
cual la rosada luz de bella aurora,
aljófares derrama
de RISA seductora
que España con afán, luego atesora !!

Vosotros que la acedia
disipais y el esplin, tomad mi empeño,
y en vuestra enciclopedia
hasta que os venza el sueño,
el embuchado celebrad, mi dueño.

Y tú, *Castillo*, deja,
deja por Dios en paz nuestros blasones,
oye mi justa queja,
y en tales ocasiones
respetá nobilísimos varones.

Que si por fin y cabo
tu musa celebrar nabos codicia,
de Fuencarral el nabo
alabe con justicia,
ó al estupendo nabo de Galicia.

Mas no la historia tuerzas
á tus privados fines, y nos digas
cosas con las que fuerzas
y temerario obligas
á que las gentes séante enemigas.

Castillo, sobre todo
tu asercion temeraria, porque es justo,
retracta de algun modo
si quieres darme gusto,

ó mis paces contigo nunca ajusto.

Y sepa el mundo culto
que en Mallorca las casas que señalas
gimieron al insulto
y lloraron sus solas,
al ver que al rudo nabo las igualas.

UN SUSCRITOR DE PALMA DE MALLORCA.

EPÍGRAMA.

—Esas aguas tan delgadas
que tiene Madrid y frias,
van dejando mis encias
desiertas y despobladas.
Quiero mudar de ciudad...
¿qué le parece? doctor?
—Me parece que mejor
seria mudar de edad.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

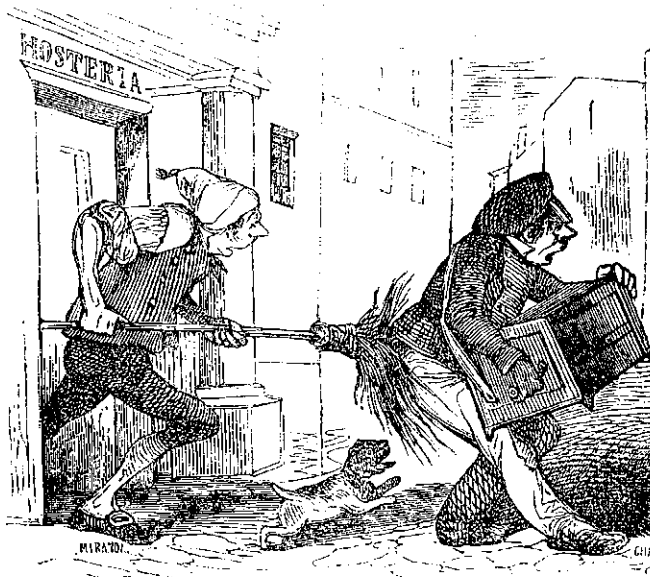
ATRATIVOS DEL INVIERNO.

I.

Pues señor, no hay que darle vueltas: la mejor estacion del año es el invierno. Las empresas de los teatros logran fácilmente buenas entradas. Los gastrónomos saborean ricas ostras; y así que empieza á helar, sacian su apetito con el sabroso besugo. Los ministros de la corona pueden infringir impunemente las leyes sin temor de asonadas ni motines, porque la sangre no hierve como en el mes de julio, y los patriotas prefieren asar castañas y calentarse en el brasero á pronunciarse entre lluvias y nieves. Los limpia-botas bailan de gozo porque tienen grandes lodos á su favor. Los médicos se hacen de oro con los constipados y pulmonías. Los boticarios venden pastillas pectorales que es una bendicion de Dios. Los estereros se hacen poderosos. Las doncellas hacen nuevas conquistas todos los dias con los francesitos que se descuelgan del Pirineo á limpiar nuestras chimeneas, y nuestros bolsillos con sus micos y sus organos.

Hay no obstante padres muy españoles, particularmente en las hosterías, y apenas ven que un

franchute de estos, camela á sus hijas, á escobazos me lo plantan en la calle. Así debían



barrerse de España todos los extranjeros que explotan la mina de nuestra ignorancia.

Los pretendientes sobre todo, desean que llegue el invierno, porque los días de Navidad son los días del turrón, y el turrón es el alimento predilecto de los españoles. Si Jovellanos viviera en estos tiempos, mudaría el epígrafe de su célebre obrita de *Pan y toros*, en el de *Toros y turrón*. Pero además de todos estos y otros aficionados que tan poderosos motivos tienen para querer el invierno, hay otros apasionados á esta estación que el vulgo ignorante califica de rigorosa. Estos apasionados son los verdaderos inteligentes en la materia, y á buen seguro nadie podrá negarles la razón cuando patentizan las ventajas de los meses de noviembre, diciembre y enero, á los de mayo, junio y julio.

La monotonía del verano es insípida. El resplandor del sol alumbraba siempre con sus mismos rayos. Las flores esparcen sin cesar idénticos aromas. Los campos siempre verdes.... Oh! esto es insuportable, esto es atroz. Dicen los aficionados al verano, que para eso están las tier-nasavecillas que con sus trinos y gorgoros en-

cantan á cuantos tienen un corazón sensible á las delicias de la armonía. ¿Y qué, decimos los defensores del invierno, puede compararse el débil canto del tímido ruiseñor, con los animados y penetrantes duos que en el mes de enero entonan de tejas arriba los enamorados gatos. Y la lluvia? Puede haber cosa más deliciosa que la lluvia? Oh, cómo me entusiasma la lluvia! Hablemos siempre de la lluvia!

Algunos han dicho que la lluvia es monótona. ¡Bárbaros! Que se aplique este epíteto al sol-santo y bueno; porque al cabo, según la definición de Mr. Arnal, *le soleil n'est qu'un grand clou jaune fiché dans le firmament par la main d'un audacieux tapissier*; pero la lluvia monótona! Bah! Cuando han visto los que tal absurdo profieren cosa más variada y amena que la lluvia? La niebla, el rocío, el granizo, la lluvia menuda, el aguacero, la piedra, la nieve, la tempestad..... hé aquí un mosaico encantador de preciosidades.

¿Hay espectáculo más grandioso que el de un rocío aguacero... sobre todo cuando se le contempla desde una ventana detrás de alguna vidriera perfectamente cerrada? Nada falta al

golpe de vista. Cuando las cataratas del cielo (estilo bíblico) se abren en domingo, es cosa de alquilar balcones en la Puerta del Sol. Los que han tenido la imprudencia de salir de casa sin su muger y sin el paraguas, conocen entonces las ventajas que lleva el último mueble sobre el primero. ¡Qué placer no proporciona ver bajo un solo paraguas protector el pintoresco grupo de un matrimonio con chiquillos! Y digo, cuando la cristalina lluvia, es de las que suelen caer acompañadas de un recio vendabal, contra el cual no puede resistir el mas impermeable tafetan, de ese furioso huracan que se lleva sombreros y pelucas..... oh! entonces la respetable pareja que se habia puesto en camino para ir á lucir el traje de los días de fiesta, ofrece la maravilosa perspectiva de un lance verdaderamente romántico. Solícito el marido por su precioso paraguas, abandona el brazo de su cara mitad, y se clava en el suelo para salvar el susodicho mueble, que el viento le ha vuelto como un cactecín, y parece querer arrebatárselo de las manos, del mismo modo que acaba de arrebatarle



el sombrero en el momento que cae de una azotea una maceta de flores y le abre el cráneo. La

recatada esposa, no hace caso de la catástrofe del marido, ni del chubasco que la inunda, y solo piensa en su angelical pudor; por manera, que para no dar en espectáculo sus contornos, toma lo posición de Venus de Médicis y lucha contra el furor del Boreas, que parece se empeña en descubrir a los espectadores las mas ocultas formas de la victima.

Seria nunca acabar si quisiese hacer una minuciosa descripción de todos los atractivos del invierno. Bastante he dicho hoy de las bellezas de la lluvia. En otro artículo me propongo demostrar los placeres del frío, las delicias de los sabañones y particularmente los heroicos lances del reuma cerebral, bien persuadido que una vez leídas las razones en que fundo mi opinion, todos mis lectores dirán conmigo que nada hay comparable á los encantos del invierno.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

LAS MEDIAS.

Yo no sé por qué razon,
pues que al fin nada se sabe,
quiero á las medias hacer
un magnífico romance.
No hay que estrañar el epíteto,
que es de moda el alabarse,
y el perro que no se alaba,
ó rabia ó se muere de hambre.
Y llamo á los hombres perros,
por á mí mismo elojarme,
pues debiéramos llamarnos
lobos, tigres ó caimanes.
Naturaleza lo quiso,
caballeros, adelante,
viva la ignorancia alegre
muera el sabio triste y grave.
El patrimonio mejor
es el de ser ignorante;
el que ignora duerme en paz,
el que ignora nada sabe.
De nada se le dá un pito
el no hace caso de nadie
y cuando come, manduca
como los antiguos frailes.

Este mundo es de los tontos,
de los que miran al aire,
y no ven de donde viene,
si de Oeste ó de Levante.
Con tal que sople ¿qué importa?
sí hace calor aguantarse,
si llueve y truena, que truene,
pues son cosas naturales.
El tonto es tipo perfecto
de felicidad salvaje;
Dios á los tontos proteja
y con los tontos me iguale.
Y no crean mis lectores
que yo de sabio hago alarde:
quien piense que puede serlo
solo piensa un disparate.
Lo que conviene en el mundo
es de este mundo burlarse,
que este mundo, bien mirado;
ni un ochavo viejo vale.
En fin bebemos, comemos,
y andamos por esas calles...
pues señor rueda la bola
hasta que la bola pare.
Por eso escribo en LA RISA,
por este libre carácter
al que no pudo vencer,
ni aun soplándome en la carcel,
un señor de campanillas,
pero un señor... Dios le guarde.
Mas bien mirado es un héroe
todo el que encarcela á un vate.
¿Pero adónde voy señores?
¿y las medias? ¡qué dislates!
Afuera tristes recuerdos,
ruda política aparte,
riámonos de los hombres
y así nuestra vida pase.
Pues señor, á Dios le plugo
que el hombre piernas gastase,
pero le plugo también
que pudieran enfriarse.
Este frío natural
trató el hombre de evitarle
de aquí nacieron las medias,
y es un origen laudable.
Naturaleza y el hombre
están siempre de combate,

ella pretende cojerle,
pero él pretende escaparse.
Así se pasa la vida
hasta el *requiescant in pace*.
La vista de un pié desnudo
es triste, desagradable,
y un pié con media de seda
es un pié, pero elegante.
Un privilegio las medias
gozan muchos años hace,
un privilegio de alcoba,
al que no ha faltado nadie.
Cuando el hombre se desnuda
son lo último que sale,
y lo primero en que piensa
cuando quiere levantarse.
Se las planta, y cate usted
á Periquito hecho fraile;
al mirarcas se envanece,
que dá orgullo hasta el estambre.
Las de lana son plebeyas,
azules, la mayor parte,
las hay blancas, las hay negras,
á gusto del que las gaste;
no hay suciedad que no encubra
ni puntapiés que no aguanten;
repiteamos que las medias
son invencion admirable.

ABENAMAR.

MI CRIADO Y HERMOSILLA.

Carti-epístola en prosa-verso.

Pues LA RISA es enciclopedia de estravagancias, ahí va una de gran calibre, señores lectores; pero tengan ustedes entendido, en primer lugar, que yo no respondo de que les guste; y en segundo, que ora les parezca bien, ora mal, la estravagancia no es mía, sino de un doméstico que Dios me dió, hombre por cierto de los mas estrambóticos y estrafalarios del mundo.

Es el caso, señores leyentes, que entre la numerosa y dilatada familia que hace años se me come por los piés, tengo un individuo que no pertenece á ella sino por la tangente, es decir,

en clase de criado; cualidad que no quita que yo le quiera, como se merece, por lo bien que me sirve; lo que no se opone tampoco á que sea un bárbaro de piés á cabeza, como ustedes verán bien pronto. Cuando yo no era autor, ni me habia pasado por las mientes ponerme á escribir, teniale en casa para que me limpiase las botas, y para otros usos igualmente humildes; pero desde que me dió por hacer versos y por explicarme en prosa, y por otras cosas, que, con licencia del gran Moliere, no son prosa ni verso, hubo una variacion total en mi casa. Mi muger se echó á literata, mi suegra se hizo marisabidilla, el abuelo de mi suegro, que aun vive, comenzó á aprender el francés; el marido de la madre de mi esposa, se dedicó á representar comedias; mis cinco hermanas pusieron sus veinticinco sentidos en leer folletines de periódicos; mi sexto sobrino se metió á corrector de pruebas, y de los nueve hijos que tengo, cuatro se hicieron editores responsables de otras cuatro publicaciones periodísticas; y los cinco restantes, con los otros cinco sobrinos que se me quedaban en el tintero, resolvieron tomar la única y esclusiva ocupacion de leerme á mí, proporcionándome de ese modo un pequeño público, compuesto de diez individuos; fortuna que no tienen acaso todos los autores de la época. Mi padre y mi madre habian muerto ya por aquel entonces; pérdida irreparable para mí, y sobre todo para la literatura contemporánea, la cual, á haber ellos vivido, hubiera contado con dos notabilidades, ó por lo menos con dos apasionados mas, segun la comezon literaria que se apoderó de mi familia desde el momento en que, como digo arriba, me dió la humorada de echarme á escritor.

Natural era, señores lectores, que en semejante metamórfosis doméstica le cupiese tambien su correspondiente mutacion de vida á mi criado Juan; y así fué en efecto, perteneciendo como perteneció desde aquel dia al circulo literario, si bien siempre en sentido humilde, dado que su ocupacion única y exclusiva fué ir y venir á la imprenta diariamente llevando original y trayendo pruebas; tarea que en sus dolencias ha compartido mas de una vez con la criada, permitiéndolo así el cielo, sin duda alguna, para

que no quedase ningun ser racional, entre todos los que me rodean, que dejase de pertenecer á la noble aristocracia del talento. Mi criado se mostró altamente satisfecho con su nuevo oficio, y comenzó á armar tan terribles peloteras con los cajistas, que me río de las discusiones de tantos literatos de café como brillan en todas partes. La fortuna fué que por aquellos dias no sabia el buen Juan ni leer ni escribir, que á no ser eso se echa desde luego á literato lo mismo que yo, y no me deja tiempo para lucirme solo. Pero el diablo que todo lo enreda, quiso mas adelante criarme un rival, y el bribon de mi criado comenzó poco á poco á hacerse hombre de provecho, acabando por saber escribir una carta en menos de seis años. Yo no habia notado su aficion á las letras, ni podia pasarme por la imaginacion que pudiera remontarse tan alto. ¿Cuál no seria mi sorpresa por lo mismo, cuando le ví en estado de corregirme las pruebas y de corregírmelas bien? Yo debia alegrarme de sus adelantos, pero la ruin envidia y un vago temor de que con el tiempo pudiera subírseme á las barbas, pudieron mas en mi corazon, que el deseo de fomentar sus progresos, y le dejé abandonado á sí mismo. Con esto y con llamarle zopenco con mas frecuencia que antes, creí evitado el peligro, y mi susto se calmó poco á poco. Él ha aprendido á leer y á escribir, me decia yo en mis adentros; pero de eso á bambalearse como hombre de letras, va un paso de gigante. Y cuando quisiera echarla de escritor, qué daño podria hacerme á mí? Él no me ha de lanzar de la altura en que me veo, ni ha de ser un genio como yo. Todo lo mas que el pobrecillo podrá hacer, será escribir una mala carta á su muchacha, ó suponiendo cuanto hay que suponer, desempeñar alguna que otra chispilla en este ó en el otro periódico, para tener la satisfacion de decir una desvergüenza á todos los que valgan mas que él.

Así decia yo para mi capote, pero mi criado pensaba de un modo mas avanzado que yo, y todos mis cálculos vinieron á tierra. Ojeando periódicos por aquí, leyendo poesías por allá, y llevando y trayendo pruebas por acullá, ha ido poco á poco adquiriendo tan notable desarrollo en su genio, que aun cuando es un bárbaro co-

mo tengo dicho, me da ya quince y falta en materia de literatura. Para que ustedes se convenzan de esta verdad, oigan ustedes la conversacion que tuvimos anoche, y vean ustedes si el ex-zopenco de mi criado lo entiende.

—Amo mio, me dijo, entrando con unos papeles: ahí tiene usted esas segundas pruebas que acabo de traer de la imprenta.

—¡Malditas pruebas! contesté amostazado. ¿Es posible que han de venir siempre cuando uno tiene otra ocupacion? ¡Bueno saldrá ahora el artículo de LA RISA, teniendo que interrumpirlo á lo mejor del cuento!

—¡Hola, señorito! ¿Con que estaba usted escribiendo para LA RISA? Pues lo que es por interrumpir la tarea, no debe darle á usted cuidado, porque... aquí para los dos, señorito... ¿sabe usted que me ha ocurrido á mí escribir unos versos, que mejorando lo presente...

—¡Cómo! ¿Qué es lo que dices de versos?

—Nada; señor... sino que como hé oído que sentia usted dejar interrumpido su artículo, me ha ocurrido ofrecerle una epístola poética que acabo de escribir, con la cual podria salir usted de su compromiso, enviándola al director de LA RISA.

Oir la propuesta y echarme á reír como un bárbaro, vino á ser todo uno.

—No hay que burlarse, señorito, me dijo él con cierto gesto sin si es ó no es avinagrado. Cada cual tiene el alma en su almario, y cuando otros hacen versos, no sé por qué no los he de hacer yo.

—Convengo en ello, le contesté; pero ¿sabes que me has dejado patitieso? ¿De dónde sacas ahora esa habilidad, tú tan majadero y tan...

—Pues! Siempre con que soy un zopenco, y siempre con la misma cancion. ¿Sabe usted, señorito, que eso es una horrible injusticia? ¿Sabe usted que si le presento las composiciones que tengo hechas, se muere usted ahí de repente? ¿Sabe usted, que si le leo mi primera imitacion de Zorrilla...

—¿De Zorrilla? ¡Ay, Dios mio, y qué bien parado habrá quedado el modelo!

—Poco á poco, señor... que se me acaba ya la paciencia, y si no quiere usted dispensarme el favor que le pido, voy yo solo al director de LA

RISA, y estoy seguro que al ver una composicion tan original...

—Oh, lo que es original ya me figuro que no podrá menos de ser.. Pero en resumidas cuentas, ¿qué es ello?

—Eso es ya otra cosa, señorito; y puesto que se aviene usted á la razon, iremos por partes. En primer lugar, ya sabe usted que estoy perdido por mi antigua compañera de profesion:

—¿Y qué compañera es esa?

—¡Toma! ¿Quién ha de ser? La criada.

—¡Cómo, bribon! ¿tú tienes trapicheos con...

—¡Eh! que yo no digo mas sino que la quiero, pero como ella no me quiere á mí..

—Es decir que no hay peligro de...

—Sí, buen peligro! Y es mas áspera que una zarza, y por eso cabalmente he ideado el medio de ver si la puedo hacer mas accesible, escribiendo la poesia en cuestion.

—¡Jesucristo! Y me buscas para...

—¡Dale! Si yo quiero casarme con ella, y ella no quiere casarse conmigo, ¿es acaso pecado que trate de...

—¿Con que tu fin es honesto?

—Pues ya se ve que lo es: pero es el caso que ella no me puede tragar, como digo á usted; y como no es mi vocacion estarme soltero toda la vida, he determinado decirle que si persiste en sus trece, me caso con la otra, y se acabó. A esto se reduce todo.

—¿Con qué ese es el asunto de tu composicion? Pues lo que es hasta ahora, no veo en la idea maldita la originalidad.

—Es que lo original no está en la idea, señorito, sino en la ejecucion. Oiga usted.

Y diciendo y haciendo, me leyó la carta siguiente, no sin mirarme en cada uno de sus apartes, como para observar en mi rostro el efecto que su lectura me hacia.

Querida Melchora: Me alegraré mucho que al recibir la carta que te estoy escribiendo, te encuentres libre de mal.

Yo estoy bueno, gracias á Dios primero, y luego á don Roque el médico, que me ha sacado libre de la última sofocacion:

Sofocacion que, si bien se mira, se debe á tu

terquedad maldita en mostrarte ingrata con quien te quiere mas que al Perú.

¿Será posible que los ojos tuyos nunca se han de volver á estos dos ojos míos? ¿Nunca nos hemos de unir? ¿Y por qué?

Tú sabes que tengo un corazon tan muerto por tus gracias, que no hay ningun hombre, hablando así comunmente, que tenga mi amor.

Tú en tanto te burlas de mi paciencia, y juro á San Antonio, que si ahora te burlas tambien, ya no he de escribirte á fé de Juan.

Casémonos luego, ó por Jesucristo ó por su Madre, te digo que no espero mas, pues van ocho años que me haces el bú.

Leonarda me quiere, y todos los dias está diciendo á todos que si me caso con ella, mi dicha está resuelta ya.

Piénsalo, pues, porque te digo otra vez (y va con la formalidad que me caracteriza), que te dejo si haces el huron.

Espero respuesta sin tardanza, porque es ya tan dura mi suerte, que á fin de acabar el rectintín, concluyo diciendo:

JUAN.

— ¿Qué tal, señorito? preguntóme mi criado lleno de satisfaccion, apenas acabó de leer su misiva. ¿Qué le ha parecido á usted mi composicion?

— Me ha parecido, le contesté, que ó careces de sentido comun, ó has debido traguear hasta dejártelo de sobra. ¿No me has dicho que ibas á leer una composicion poética?

— Sí señor.

— Pues ¿á qué viene leerme esa estravagante epístola en prosa?

— ¡ En prosa dice usted! Ya veo que tiene usted orejas de ganso, y que el que carece de sentido comun es usted.

— ¿Cómo es eso, insolente?

— Como que veo que habré de tomarme el trabajo de darle á usted una leccioncilla de poética, puesto que desconoce la clase de metro en que se halla escrita esa carta.

Yo estaba como quien vé visiones, y hasta llegué á dudar si el que habia empinado el codo era yo.

— Dígame usted, prosiguió mi criado: ¿ha leído usted á *Hermosilla*?

— Este animalóte se ha empeñado en examinarme de bellas letras, dije yo para mi; pero desoso de ver en que venia á parar la interpelacion, ¿á qué viene esa pregunta? le contesté.

— Repito que me responda usted categóricamente.

— Y bien; le he leído: ¿qué tenemos con eso?

— Que si lo ha hecho usted con la debida detencion, no podrá usted negarme que en la obra titulada *Arte de hablar en prosa y verso*, ha compendiado su autor todo lo mejor que en materia de preceptos se ha escrito; y que esto supuesto, la autoridad de esa obra es sin disputa de lo menos irrecusable que puede darse desde *Aristóteles á Horacio*, desde *Horacio á Boileau* y desde *Boileau* hasta nuestros dias.

— ¿Sabes, Juan, que estoy aturdido con las citas que acabas de hacerme? ¡Cuerpo de Dios con el nuevo literatillo! Pero dejando chanzonetas á un lado, digo, querido Juan, que cuando *Hermosilla* se limita á esponer pensamientos ajenos, no hay duda que lo hace muy regularmente; pero cuando se empeña en discurrir por sí, casi siempre lo echa á perder. ¿Qué apostamos ahora á que vas á citarme alguna majadería *Hermosillesca*? Porque yo te veo venir, y eso de invocar la autoridad de ese preceptista en apoyo de tu epístola...

— Pues ya se vé que la invoco, y usted me dará la razon. Y si no, dígame usted: la primera cláusula del *Quijote* ¿está escrita en prosa ó en verso?

— Mira si decia yo que ibas á citarme alguna majadería.

— Poco á poco con eso, señorito, que la cláusula en cuestion tiene tantos versos: cuantos son los renglones en que *Hermosilla* la distribuye. Y si no, mire usted.

*En un lugar de la Mancha,
de cuyo nombre no quiero
acordarme, no ha mucho tiempo
que vivia
un hidalgo
de los de lanza
en astillero.*

*adarga antigua, rocín
flaco y galgo corredor.*

¿Negará usted que los dos primeros renglones son dos versos octosílabos, el tercero uno de nueve sílabas, el cuarto y el quinto dos de cuatro, el sexto y el séptimo dos de cinco, y el octavo y noveno dos heptosílabos agudos, que equivalen por lo mismo á octosílabos? ¿Qué dice usted á esta prueba *sin réplica*? (1)

— Digo que me he quedado estupefacto, como dice el autor á que aludes; *al encontrar nada menos que nueve versos en la primera cláusula del Quijote.* «No lo esperaba yo ciertamente...»; pero es el mal, que para que resulten los tales versos, es preciso ante todo tener orejas de gaucho, como dices tú, para no conocer la violencia que se hace al sentido; lo cual no quita que si yo me pongo á hacer anatomía de esa cláusula de otra manera distinta, resulte otra combinacion de versos distinta tambien; versos empero, que en el mero hecho de ser de diversas medidas, se destruirán como los de arriba los unos á los otros, quedando por consiguiente reducida la cláusula en cuestion á prosa y purísima prosa, pese al magín de *Hermosilla* con toda su erudicion y con todas sus cavilosasidades. Con que oido lo que tenia que contestar á la prueba *sin réplica*, dígame que me dejes en paz porque no tengo el tiempo para oír disparates; y si todo el mérito de tu composicion consiste en haber hecho una *ensalada* como las de que habla *Rengifo*, ó como la que *Hermosilla* quiso hacer de la primera cláusula del *Quijote*...

— ¡Victor! exclamó mi criado saltando de gozo. Usted va á caer de su asno, y... no hay remedio! Mi epístola tendrá el honor de figurar en las columnas de *LA RISA*!

— ¿Y por qué?

— Porque he dado un paso mas que *Hermosilla*, y la originalidad de mi composicion consiste cabalmente en constar de versos simétricamente iguales, y en rigorosa consonancia á mas de eso. Lea usted, lea usted: cada aparte de mi

carta es una estrofa, y cada estrofa una quintilla.

— Me dejas aturrido con esa relacion. Versos... estrofas... consonantes... quintillas... Pero ¿será violentando tambien el sentido?

— Pues! como violentaba *Hermosilla* el de la primera cláusula del *Quijote*. ¿Oye usted?

— En efecto... es verdad. ¿Habrá diablura como ella? ¿Sabes, Juan, que tu ocurrencia es graciosa? ¿Pero sabes tambien que si la envío á *LA RISA*, no faltará quien crea que has hecho esa composicion para ridiculizar...

— ¿Y qué me importa á mí que crean las gentes lo que quieran? Lo que á mí me interesa es que acceda usted á mis ruegos, á ver si leyendo *Melchora* su nombre en letras de molde...

— Oh! *Melchora* sería un estuco, si viendo la agudeza de tu ingenio y la ternura de tu pasion, dejase de coronar con su cariño las amorosas ansias de quien tan gallardamente se espresa. Tu epístola irá á *LA RISA*: no tengas cuidado.

Y en efecto, señores lectores, la carta de mi criado existe ya en la página anterior; pero para evitarles á ustedes la molestia de hacer por sí mismos la consabida operacion anatómico-hermosillesca, procederemos á insertarla otra vez en los términos en que debe leerse. Abran ustedes las orejas, y oigan:

Á MELCHORA.

Querida *Melchora*: me alegraré mucho que al recibir la carta que estoy escribiendo, te encuentres libre de mal.

Yo estoy bueno, gracias á Dios primero, y luego á don Roque el médico, que me ha sacado libre de la última sofocacion:

Sofocacion que, si bien se mira, se debe á tu terquedad maldita en mostrarte ingrata con quien te quiere mas que al Perú.

¿Será posible que los

(1) Así la llama el preceptista citado. Véase el *Arte de hablar en prosa y verso*, tomo 1.º, página 390.

ojos tuyos nunca se han de volver á estos dos ojos míos? ¿Nunca nos hemos de unir? Y por qué?

Tú sabes que tengo un corazón tan muerto por tus gracias, que no hay ningún hombre, hablando así comúnmente, que tenga mi amor.

Tú en tanto te burlas de mi paciencia, y juro á San Antonio, que si ahora te burlas también, ya no he de escribirte, á fé de Juan.

Casémonos luego, ó por Jesucristo y por su Madre, te digo que no espero más, pues van ocho años que me haces el bú.

Leonarda me quiere, y todos los días está diciendo á todos que si me caso con ella, mi dicha está resuelta ya.

Piénsalo, pues, porque te digo otra vez (y va con la formalidad que me caracteriza), que te dejo si haces el huron.

Espero respuesta sin tardanza, porque es ya tan dura mi suerte, que á fin de acabar el retintín concluyo diciendo:—JUAN.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

LA POETISA EN UN PUEBLO.

¡Ya viene!..... ¡Mírala!—¿Quién?
—Esa que saca las coplas.
—¡Jesus, qué muger tan rara!
—Tiene los ojos de loca.
—Diga usted don Marcelino, será verdad que ella sola hace versos sin maestro?
—¡Qué locura! no señora;

anoche nos convencimos de que es mentira, en la boda. Si tiene esa habilidad ¿por qué no le hizo á la novia, siendo tan amiga suya, décimas ó alguna cosa?

Una décima, es preciso, dije, el novio está empeñado.

—Ustedes se han engañado, me respondió, no improviso.

—Siendo la novia su amiga, vamos no ha de hacerla usted!

—¡Pero por Dios, si no sé!

—¿No basta que yo lo diga?—

La volvimos á rogar, se levantó hecha una pólvora, y en fin de que vio el empeño se fué huyendo de la boda.

Esos versos los compone otra cualquiera persona, y ella luego por lucirse sin duda se los apropió.

—Por que digan que es romántica

—¡Qué muger tan mentirosa!

—Dicen que siempre está echando relaciones ella sola.

—Se enseñará á comedianta.

—¡Ya se ha sentado... la mona!

Más valía que aprendiera á barrer, que á decir coplas!

—Vamos á echarla de aquí?

—¿Cómo?—Riéndonos todas.

Dile á Paula que se ría.

Y tú á Isabel.—Y tú á Antonia.

Ja... ja... ja... ja... ja... ja... ja...

—¡Mas fuerte que no lo nota!

Ja... ja... ja... ja... ja... ja... ja...

Ya mira, ya se incomoda,

—Ya se levanta y se vá!

—Vaya con Dios la gran loca!

CAROLINA CORONADO.

EL POETA EN MADRID.

—Apreciable Carolina:
ten compasión y perdona

si el adjetivo te enfada,
si mi franqueza te enoja.

Esto de llamar de tú
al mismo Dios en persona,
es privilegio que tienen
los versos sobre la prosa.

Y el *apreciable* es vianda
que prodigar se me antoja
si hablo con ellos á pocos,
si hablo con ellas á todas.

Tanto me agradan tus versos
aunque tú les llares coplas,
que te contesto plagiando
hasta el asonante en *oa*.

Esto no quita el que luego
como falto de memoria
y sin tener á Rengifo
que en la escasez me socorra;

Rima y medida variando
mi lira sus trabas rompa
en intolerables décimas
ó en seguidillas ramplonas.

Te quejas, triste, te quejas
de si hablas, pasar por loca,
y por tonta sino chistas,
dichosa de tí, dichosa!

Con un buen canto en los dientes
dírame yo cada hora
por vivir oscurecido
en la mas desierta choza.

No hay enfermedad, no hay trance,
no hay suplicio, no hay congoja
como el vivir en la córte
de la nación española.

Aquí Carolina van
al revés todas las cosas,
los enemigos conviencen
y los amigos estorban.

Si alguna vez por tu mal
á ver á Madrid te arrojas,
en cuanto tengas amigos
te marcharás viento en popa.

«Quien te conozca te compre»
dice el refran, y esto es broma;
primero te ha de vender
quien primero te conozca.

Si publicas algun libro
tú verás, si es que lo ignoras,

que el que es amigo le pide
y el enemigo le compra.

Aunque sepan que no cubres
los gastos que te ocasionas,
cual una deuda te exigen
ejemplares de tus obras.

En no dar mil ejemplares
te dirán que eres roñosa,
y no lo es el que no suelta
un real ó dos de la bolsa.

Regalas para acallar
las lenguas murmuradoras,
y te dirán que es *primada*,
y te tratarán de tonta.

Y así procura enemigos
si quieres gastar carroza,
que los amigos acá
ni dejan dinero ni honra.

Yo Carolina estoy frito,
vivo en constante zozobra,
víctima de la amistad
de mas de cuatro personas.

El uno que es periodista
siempre tras de mí: ¡qué mosca!
—Hombre, dáme un folletín.

—Si no puedo ¡es mucha droga!

—Una silba al ministerio,
un romance, cualquier cosa:
eso lo enjaretas tú
como quien bebe una copa.—

Crean que de prosa y de versos
es un manantial mi cholla
que aunque corra á veinte caños
ni se cansa ni se agota.

Y cada cual su negocio
pretende hacer á mi costa,
sin recordar una vez
que tengo estómago y boca.

¿Me acosa un dolor de muelas
ó está con la uncion mi novia?
de seguro viene el músico
por una canción jocosa.

O al revés, ¿estoy de albricias?
¿quiero dar cuatro cabriclas?
me encargan un epitáfio
para una fúnebre losa.

Otro que tiene un chiquillo
me pide con mucha sorna.

que haga para los exámenes
á la virtud una oda.

Algun rendido cupido
quiere una carta amorosa,
vence á la dama mi número
y otro sus encantos goza.

Villergas que hace el billete
para nada se le nombra,
y el otro, triste copiante
se firma: Felipe-Lotas.

Don Fulano vá á un banquete
y me encomienda una glosa
que encomian los caballeros
y celebran las hermosas.

Y despues un convidado
viene á decir que me esconda,
pues tengo un competidor
que ha oscurecido mis glorias.

¿Y qué diré de los pelmas
que sin cesar me sofocan
para que lea y corrija
desde el principio á la cola?

—¡ Señor que no tengo tiempo!

—Cá, si la comedia es corta:
no tiene mas que cinco actos
el que menos de cien hojas...

Te aseguro, Carolina,
que esta vida me encocora
y estoy vivir anhelando
en la aldea mas remota.

Con que, si quieres cambiar,
Carolina, desde ahora,
toma tú la diligencia,
que yo cojeré la posta.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

ATRACTIVOS DEL INVIERNO.

I I.

Despues de las encantadoras escenas que presenciarnos en el invierno, y que algunas de ellas bosquejé en mi artículo anterior, qué cosa mas agradable y recreativa á los ojos del filósofo, que ver en un dia de aquellos en que se hielan las

aguas del estanque del Retiro, estarse una madre junto al brasero, calentándose las rodillas y enfriándose el cogote, con su gatita en la falda,



para que el animalito no se resfrie, y llorando un chiquillo á su lado á moco tendido, que se rasca con ferocidad los sabañones!!! Cada dedo del angelito parece un salchichon de Vich, y sus manos se asemejan á esos guantes mónstruos que ponen los guanteros por muestra á la puerta de sus fábricas.

Si grandioso y magnífico es el espectáculo de los sabañones, vive Dios que en nada le cede el que ofrece la humanidad resfriada.

¡Eeect.... chum!... ¡Eeect.... chum! grita con arrogancia el mortal dichoso que tiene la fortuna de coger un buen constipado, de los que califican los inteligentes de *encefalitis incipiente* que penetrando por las membranas *dura mater*, *pia mater* y *aragnoides*, no se contenta con la irritacion de las *meninges* ó *flógosis cerebral*, sino que simpatizando y haciendo cosquillas en la *pituitaria*, membrana situada en los senos frontales y fosas de la nariz, produce el estrepitoso estornudo... el magestuoso; *Eeect... chum!* á cuyo eco atronador felicitan todos los oyentes al mortal constipado, con las corteses frases de ¡Salud! ¡Jesús! ¡Dios os asista! ú otras que demuestran hasta la evidencia que el hombre aco-

sado de una *cefalalgia* catarral, merece las simpatías de todos los demas, cualquiera que sea el matiz político y literario á que pertenezcan. En una tertulia, en el salon de las Córtes, en el Senado, en la iglesia, donde quiera que resuene el ¡Eeeet... chum!

Todos rinden su saludo
con bondadosa eficacia
al que estornuda con gracia.
¡Oh poder del estornudo!

Y no se crea que solo en España merece bien el que estornuda. Los italianos le saludan con cierta exclamacion cariñosa que manifiesta lo mucho que se interesan *per la sua felicitá*. Los franceses le tributan unos su *A vos souhaits!* otros *Dieu vos bénisse!* Lo mismo que los ingleses *God bless you!* No se muestran menos corteses los alemanes manifestando su *Hochachtung für die Gessundheit* del que estornuda. Y por este estilo saludan al estornudador en los demas puntos de todo el orbe; por manera, que para ser universalmente querido, no hay como coger un buen constipado de cabeza. Hasta Dios proteje á los que adolecen de esta enfermedad; pues el refran dice que Dios ayuda al que estornuda.

Un autor *franchute* ha dicho no obstante, que el reuma cerebral (*le rhume de cerveau*) es la mayor calamidad del mundo cuando establece su cuartel general en las narices de un actor, de un orador, ó de cualquiera persona obligada á hablar ó á cantar en público; pero yo réplico que no perjudica nada al hombre, cualquiera que sea su posicion en la sociedad, el nunca bien ponderado catarro cerebral, que le pone la nariz abultada, magestuosa y colorada como un tomate, dándole el aire de ángel... esto es, de ángel moletudo y Horon, con sus ojazos saltones ribeteados de coral. ¡Oh imágen encantadora y sublime! Y el actor? Y el orador? Si á la elocuencia de sus palabras se añade el sonido bronco de polichinela y el estampido del estornudo, qué mas se puede desear? Y si el héroe constipado se sienta en los bancos de la oposicion, qué ministerio por fuerte y parlamentario que sea, resiste á una andanada de estornudos? Dícese que el mismo Júpiter fué acometido por

esta terrible enfermedad y que solo pudo librarse de ella á merced de un formidable hachazo que le aplicó Vulcano en las nárices. Bien se conoce la ignorancia de los tiempos antiguos! El siglo presente, siglo de ilustracion y de progreso, aunque no sea mas que por la gloriosa invencion de los fósforos que han sustituido al pedernal, al eslabon y á la yesca; este siglo de mejoras positivas, ha descubierto tambien como un gran remedio para las narices esclavas de un pronunciamiento catarral, inundarias de sebo ardiente, que cual bálsamo odorífero y consolador, aplicado antes de acurrucarse entre sábanas, produce maravillosos efectos.



Con todo, penetrado de que uno de los mas bellos atractivos del invierno, es la multitud de reumas cerebrales que nos regala, me atrevo á aconsejar á cuantos sientan sus efectos en las narices, que por abultadas que las vean, por encarnadas y lustrosas que se les pongan, no hagan uso jamás de semejante remedio, y mucho menos siendo casados, pues el sebo no huele á rosas, y podria el catarro tener consecuencias fatales para la cabeza del enfermo.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

LA INVENCION DE LAS TRABILLAS.

TRADICION DE LOS INFIERNOS.

Diz que allá, del otro mundo
 en un lóbrego rincón,
 de los precitos mansion
 por lo estrecho y por lo inmundo;
 en una noche de truenos,
 en que llovian saetas,
 y nevaban bayonetas,
 y granizaban barrenos,
 citados *en toda forma*
 comparecieron á juicio
 un bribón (sastre de oficio)
 y un elegante *de norma*.
 Y aclamaron los infiernos
 como juez en la intentona
 al másusísimo en persona,
 con su rabo y con sus cuernos.
 Dispensadas esta vez
las precisas de costumbre
 con infernal masedumbre
 dijo á las partes el juez.

EL DIAULO. «Para que pueda en conciencia
sum cuique tribuere jus.»
 (el diablo en latín!! Jesús!!!)
 para dar una sentencia
 conforme con la justicia,
 pronunciañ un juramento
 de hablarme sin finjimiento,
 sin engaño y sin malicia.

EL PETIMETRE. Juro decir la verdad,
 y si la verdad no digo,
 que me suceda en castigo
 la mayor calamidad.
 Y será la mas completa,
 que se me afloje el corsé
 en uedio de una *soirée*...

EL DIAB. Cómo?

EL PETIM. Un baile de etiqueta!

EL SASTRE. Juro decir la verdad;
 y si la verdad no digo
 que me suceda en castigo
 la mayor calamidad.
 Que no pueda en todo un año
 con el *rás* de mi tigeria

mermar un hilo siquiera,
 por tener tasado el paño.
 EL DIAB. Ambos pretendéis tener
 de una invencion el honor:
 el verdadero inventor,
 esto se quiere saber.
 Y así conforme á derecho,
 esponed vuestras razones,
 para evitar confusiones
 y dilucidar el hecho;
 y pues hay constitucion
 en vuestro país natal,
 sea este juicio verbal,
 juicio de conciliacion.

EL PETIM. Como parte demandante,
 yo don *Corpiño Elegancia*,
 yo, que de la culta Francia
 visto al uso rutilante;
 vengo á esponer ante el trono
 una inaudita maldad
 que ataca la propiedad
 de un caballero *de tono*.
 Yo, profundo pensador,
 que tanto pensé en la moda,
 hasta ser de España toda
 el petimetre mayor;
 á costa de mil sudores
 que mi frente han inundado,
 obtuve por resultado
 el primor de los primores.
 Yo en el flojo pantalon
 las trabillas inventé,
 mas de sacar me olvidé
 privilejio de invencion.
 Y ese sastre inicuo y vil,
 por mi pícara memoria
 quiere usurparme esta gloria...
 ¡oh usurpacion sastreril!

EL SAST. Alto, señor! — Yo el mas diestro
 sastre que vivió en el mundo;
 yo que en arte tan profundo
 no reconozco maestro;
 yo don Homobono Hilban...

EL PETIM. Suprima plebeyo, el don,
 que esa es otra usurpacion...

EL DIAB. Al órden! — *dilin dalan*.

EL SAST. Yo de tan perfecta obra
 soy el único inventor....

EL DIAB. Dadme las pruebas.
 EL SAST. Señor,
 ved que mi palabra sobra.
 EL DIAB. No basta que lo digais:
 si fué vuestra la invencion,
 es de entera precision
 que lo probeis... ¿Lo probais?
 EL SAST. Yo lo probaré al instante.
 EL PETIM. Probaré yo lo contrario.
 EL SAST. Pícaro!
 EL PETIM. Impostor!
 EL SAST. Falsario!
 EL PETIM. Usurpador!
 EL SAST. Intrigante!
 EL DIAB. Al órden! — *dilin dalan*
 que llamaré al alguacil...
 EL SAST. Es un embustero vil!
 EL DIAB. Al órden, señor Hilban!
 EL PETIM. El inventor yo lo fuí.
 EL SAST. No que el inventor fuí yo.
 EL PETIM. Pues yo sostengo que no.
 EL SAST. Pues yo repito que sí.
 EL PETIM. Vos mentís como un bellaco.
 EL SAST. Vos seréis el embustero.
 EL PETIM. Calle el sastre chapucero!
 EL SAST. Calle el necio currutaco!
 EL DIAB. Voto á mis cuernos... ¡cachaza!
 ú os pondré, canalla loca,
 unos grillos en la boca,
 y en los piés una mordaza!
 EL PETIM. Este juez está beodo!
 EL SAST. Borracho como un inglés!
 EL PETIM. Una mordaza en los piés!!
 EL SAST. Ha empinado mucho el codo!
 EL DIAB. Oh! maldicion, maldicion!!!
 EL SAST. Qué se le arrebatá el vino!
 EL DIAB. Voy á hacer un desatino,
 sino prestais atencion!
 Temed audaces, mi saña;
 ¿qué revolucion es esta?
 bien mostrais ¡voto á mi testa!
 que habeis nacido en España.
 No he de admitir mas difuntos
 que vengan de aquella tierra,
 que me dan ellos mas guerra
 que todos los diablos juntos.
 No!! lo juro por mis cuernos!...
 que hay español que se muere

solamente porque quiere
 pronunciarse en los infiernos.
 Pues ya tienen tres bemoles!
 — Hola! guardias infernales,
 nunca pasen mis umbrales
 esos locos españoles!
 Y tened listos los ojos,
 que suelen venir á cientos
 con estos pronunciamientos...
 llaves echad y cerrojos!
 Y vosotros, ¡juro á tall!...
 si os rebelais otra vez...
 EL PETIM. Sí, recusamos á un juez...
 EL SAST. Que no está en juicio cabal.
 EL PETIM. A un juez que segun las señas
 no aprovecha para el paso...
 EL SAST. Porque empina mucho el vaso
 de Jeréz ó Valdepeñas.
 EL DIAB. Oh! qué torpes desatinos!
 ¿Valdepeñas ó Jerez?
 EL SAST. O Cariñena tal vez!
 EL DIAB. Nunca he probado esos vinos.
 Que en éstos chiribitiles
 solo hay vino de Falerno
 que ha parado en el infierno
 porque fué de los gentiles.
 Tengo tres ánforas llenas,
 que hallé en Roma en un palacio
 con unos versos de Horacio
 dirigidos á Mecenas...
 Cuando Horacio las columbra
 — *nunc est bibendum* esclama;
 y cual si hablase á su dama;
 — *pócula duces sub umbra.*
Ecce Falernum, le dice,
 si á Virgilio encuentra al paso;
 y este le responde acaso:
 — *«sic vos, non vobis amice.»*
 Y Horacio con amargura,
 viendo sus ánforas llenas,
 ya por su desdicha agenas,
 «*sic vos non vobis*» murmura.
 Y al contemplarlas en alto,
 se relame el infeliz,
 que le dan en la nariz,
 y es imposible el asalto.
 Que á tan estraños dolores
 condénole su destino

por tratar con Ligurino
pecaminosos amores.

— Pero, la cuestion no es esa.

- EL PETIM. Yo con interés escucho...
- EL DIAB. Siempre os interesa mucho,
lo que nada os interesa.
Volvamos al juicio en fin.
- EL PETIM. Yo las inventé, ¡pardiez!
- EL SAST. Es mentira señor juez.
- EL DIAB. Al órden! *dalan dilin*.
Si he de averiguar el hecho
de las dos partes contrarias,
son las pruebas necesarias
para fallar en derecho.
- EL PETIM. Yo daré pruebas al punto.
- EL SAST. Pruebas daré yo tambien.
- EL DIAB. Silencio! y quietos estén!
Hable uno solo. — Al asunto.
- EL PETIM. Siendo, señor, las trabillas
por su elegancia y primor,
la maravilla mayor
de todas las maravillas,
y entre *las modas modernas*
la que puso á los varones
estirados pantalones
en las estiradas piernas...
¡Qué puntiagudo caletre,
qué alambicado magin
las imaginara sin
el génio de un petimetre?
A su genio peregrino
se debe tal invencion...
trabillas al pantalon
se las puso un lechuguino!
A ese pícaro arrapiezo,
porque me usurpa este honor,
será muy justo, señor...
ahorcarle por el pescuezo.
- EL SAST. Las trabillas, señor juez,
son una nueva invencion,
que sostiene el pantalon
en continua tirantez.
Y es cosa visible á un topo,
que un cordel siempre tirante,
se rompe al mejor instante
como nos lo dijo Esopo.
Por ellas los pantalones,
aunque se ande con compás,

al mejor instante, ¡rás!
se hacen cuatro mil gironés.
Y no falta un guapo chico
que, merced á las trabillas,
se quedó como en cuclillas
al alzar un abanico.
Y un perfumado galan
que, entre damas con la prisa,
se vió de pronto en camisa
por cojer un tulipan.
Otro, que estrenó trabillas,
bajóse por su baston,
y á reir de la funcion
se asomaron las rodillas.
Risas al honor contrarias
del hombre segun mi cuenta,
que son del hombre en afrenta
las risas pantalonarias.

Y pues las trabillas son
causa siempre de un desastre
¿quién ha de negar al sastre
la gloria de su invencion?
Por lo tanto señor juez,
á ese impostor monigote,
pido que le den garrote
siquiera por una vez.

- EL DIAB. Si pruebas alega el uno
pruebas ¡ay! alega el otro...
la justicia está en un potro...
- LOS DOS. Quién tiene razon? — *Ninguno*

Esto lo dijo un abate
bailarin y regordete,
penetrando en el retrete
con su cara de tomate.
Quedó Satanás en habia
con el caso repentino,
y el sastre y el lechuguino
se remordieron de rabia.
Mas el otro en jarras puesto,
colocándose en tercera
prorumpió de esta manera
con avinagrado gesto.

«Yo el abate Pantorrillas,
como el único inventor,
vengo á reclamar, señor,
la gloria de las trabillas.
No las inventó ¡por Baco!
sépallo en fin la justicia.

ni del *sastre* la codicia,
 ni el primor del *currutaco*.
 Nol.. ni el sórdido *interés*,
 ni la *elegancia* gentil...
 que de invención tan sutil
 más alto el origen es.
 ¿Quién tal primor ha inventado?
 ¿queréis saber la verdad?
 La estrecha necesidad...
 de un hombre necesitado!
 La necesidad en fin,
 que es la mayor inventora!...
 Y, si lo dudais, ahora,
 lo demostraré en latín.»
Non sabibit abogatus
nunquam, quod ambrientum sabiat,
quia discurrit que abriat
inintellectus apretatus.
Ille qui trabillas gastat
cubrit rotum calzamentum
ergo meum argumentum
sufficit atque rebastat!!!
 Para no andar en pernetas,
 dando al aire mis canillas,
 inventé yo las trabillas
 porque estaba... sin calcetas!
 — *Bravo!* con estruendo atroz,
 gritó Satanás, y ¡bien!
 rompiendo en aplausos cien
 todo el infierno á una voz.
 Y del infierno en presencia
 para dar ejemplo en él,
 se alzó en su silla Luzbel
 pronunciando esta sentencia:
 «Al abate Pantorrillas
 como lo dirá la historia
 se debe... ¡ mucha es su gloria... !
 LA INVENCION DE LAS TRABILLAS!
 Y, *agur*, con mesura en pos
 dijo marchándose el diablo,
 que él inventó aquel bocablo
 para no decir á Dios.
 Y — *ese juez es un bellaco!* —
 no bien ausentóse el juez
 prorumpieron á la vez
 el Sastre y el Currutaco.
Muera! gritaron cien voces;
 y otras cien las repitieron...

— *Viva!* Los diablos digeron,
 dando mordiscos y coces.
 Y unos secundaron — *viva!*
 y otros secundaron — *muera!*
 quien — *adentro!* quien — *afuera!*
 quien — *abajo!* quien — *arriba!*
 Y al punto, de sus peroles
 al oler pronunciamiento
 saltaron de ciento en ciento
 toditos los españoles.
 Y hubo mermas, y hubo creces:
 turrón ganado y perdido,
 y hubo, por fin, mucho ruido
 siendo tan pocas las nueces.
 Y fueron con ser iguales
 vencidos y vencedores,
 los que cayeron *traidores*,
 los que se alzaron, *leales*.

Diz que á favor de la gresca,
 mas de mil, entre el tumulto,
 quisieron zafar el bulto
 tierra buscando mas fresca.
 Mas los guardias en sus puestos
alerta para un fracaso,
 les atajaban el paso
 con amenazantes gestos.
 Y á la par que los precitos
 su escapatoria buscaban,
 los demonios esclamaban
 con desaforados gritos:
Nulla es redemptio, señores,
 y con sus tenazas fieras
 zampaban en las calderas
 á los locos desertores.
 Resistieron!... todo en vano.
 Los diablillos eran mil!
 Solo entre tanto alguacil
 escapóse... un escribano!
 Este purgaba sus dolos
 en unas grandes parrillas
 que enrojaba de cuclillas
 con sus mismos protocolos.
 El ocultando su afán
 midió la distancia un rato,
 y con tres bríncos de gato
 dió consigo en el zaguán.
 Y en diabólico tropel,
 euando escaparse le vieron,

uñas en ristre se fueron
 todos los diablos tras él.
 Y le dieron sendas cargas
 con sus uñas de mil modos;
 y él se defendió de todos
 que eran sus uñas mas largas.
 Y en medio de la reyerta
 se les escapó de un brinco,
 ganando con otros cinco
 de los infiernos la puerta...
 Y *adónde vas galopin?*
 dijo viéndole Luzbel,
 que se hallaba en el dintel,
 ignorante del motín.
 — *Adónde vas desertor?*
 — A una cosa muy precisa.
 — *Dílo pronto. — Voy de prisa...*
 que tengo que hacer, señor.
 — *Díme pronto, dónde vas?*
 clamó Luzbel con enojo
 puesta la mano al cerrojo
 para asegurarle mas.
 — *Voy á dar un testimonio...*
 dijo — y le abrió Lucifer;
 que escribano habrá de ser
 quien se la pegue al demonio.
 Y es fama que el buen curial
 dióse á correr tanta maña,
 que en tres minutos, de España
 se plantó en la capital.
 El anoche aunque de prisa
 esta historia me contó;
 y en verso la puse yo
 para estamparla en LA RISA.
 Si algun lector con empeño
 me acusa de pesadez
 ó si se duerme tal vez...
 Dios le dé tranquilo sueño!
 Mas volviendo á mi curial,
 si cuando le encuentro á punto
 — *Como vamos?* le pregunto,
 siempre me responde — *mal!*
 «*Muchacho, (me dijo ayer)*
no de escucharme te asombres;
que segun hallo á los hombres...
hacen bueno á Lucifer!»
 «*Me embisten los hombres ya;*
 que me parecen á mí,

mas locos ellos aquí,
 que los demonios allá.»
 «Yo me escapé de sus cuernos...
 pero al ver tan loco al mundo,
 ya siento anhelo profundo
 por volverme á los infiernos!»
 — Yo le dije ; caracoles!
 cumplid intencion tan buena...
 y él me contestó con pena,
 — *ya no admiten españoles!!!*

E. F. SANZ.

EPIGRAMAS.

Cierto coplero famoso
 (pero no de los modernos)
 á su muger cariñoso
 pidió un consonante á *tiernos*;
 y ella, que amaba al esposo,
 le puso al momento *cuernos*.

WENCESLAO AVGUALS DE IZCO.

A la bella Marcelina,
 que era sorda como un cesto,
 un confesor indijesto
 preguntaba la doctrina
 y dijo ¿cuál es el *sesto*?

Ella creyendo escuchar
 ¿quién es *Dios Omnipotente*?
 respondió sin vacilar:
 «la cosa mas excelente
 que se puede imaginar.»

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

MODAS INGLESA DE INVIERNO.

(WINTER ENGLISH FASHIONS.)

Dícese comunmente que la Inglaterra marcha
 al frente de la civilizacion europea. Y esto por
 qué? Porque los ingleses son los entes mas *es-*
travagantes del mundo. Ergo se deduce de esta
 verdad que la ilustracion es hija de las *estrava-*
gancias; y que LA RISA; ENCICLOPEDIA DE ES-

TRAVAGANCIAS es madre de la ilustración. Es decir, que LA RISA es el mejor periódico de España, al que toda persona decente debe suscribirse si quiere contribuir á la prosperidad de su patria y ponerla al nivel de la Gran Bretaña.

Dejaos pues, amabilísimos lectores de ambos sexos, de seguir las modas de París. Estravagancias hay también en Francia; pero no pueden ponerse en parangón con las de las ninfas del Támesis y de los elegantes de la soberbia Albion. Mientras los hijos del Sena se arropan y acurrucan ante las marmóreas chimeneas de los salones de París para precaverse de los rigores del invierno, los ingleses hacen alarde de sus bríos y desafían con sus estravagantes modas las intemperies de la sañuda estación.

Así que anochece, todos los elegantes de Londres se alijeran de ropa en términos que se quedan en camisa. Los hombres en camisa de hombre y las mugeres en camisa de muger, esplicacion indispensable, porque llamándose en inglés *Shirt* la camisa de hombre, y *Shift* la camisa de muger, no puedo yo traducirlo con la sola palabra de *camisa*, porque si se digese que las mugeres van en *Shirt* y los hombres en *Shift*, se diría que los hombres van en camisa de muger y las mugeres en camisa de hombre; pero poniendo la cuestion en su verdadero terreno, el resultado es que la última moda es no tener frio, y como el alumbrado de Londres está mandado recoger por ser cosa muy antigua y de mal gusto eso de los faroles y del gas, los elegantes andan que heben los vientos por aquellas calles



de Dios, con un candil en la mano, (*a Lamp*) como el *Gentleman* que tienen ustedes á la vista.

La gente respetable sigue también esta moda, que parecerá inverosímil á los que no tengan un profundo conocimiento de las rarezas de los ingleses; pero si alguno de mis lectores no da crédito á las presentes líneas, puede tomarse la molestia de ir á Londres y como no encuentre á todos los elegantes en camisa, consiento en pasar yo por descamisado todo el resto de mi vida. Repito pues, que las personas de respeto van también muy serias en camisa por las calles, y lo mas que hacen para calentar el cuerpo de vez en cuando, es detenerse en alguna taberna (*Public-House*) engullirse un cacho de queso (*a Bit of Cheese*) una patata (*a potato*) y luego *a Glas of Rum*, esto es un vaso de ron segun manifiestan los siguientes figurines.



De este modo van matando el tiempo los tierrosos esposos hasta media noche, que se reúnen todos los elegantes en *Regent Street*, se zurrán mutuamente el bullarengue, y se retiran calentitos y gordos cada mochuero á su olivo, pero para meterse en la cama y conservar el calor, el esposo se viste de coracero con su espadon, su casco, su coraza, sus botas de montar con

las correspondientes espuelas, y la amable esposa viste también su gracioso uniforme.



En esta forma se acurrucan entre sábanas diciendo ella *Good night my Love*, buenas noches mi amor, y él *Good night my Soul*, buenas noches alma mía, y al decir esto huelen á un tiempo un ramillete de ruda, (*a Rue Nosegay*) y se duermen como cachorros (*Son of a Bitch*).

La palabra ramillete, se compone en inglés de dos voces á saber; *Nose-gay*, nariz alegre, y vive Dios que si el ramillete es de ruda como los que estan de moda en Londres, puede alegrar las narices, como los carros de Sabatini.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

¡PICARO MUNDO!

Tropieza doña Cándida
en una piedra esdrújula,
y hasta las mismas médulas
penétrala el dolor.

Lo ve cualquier satélite,
y en vez de darle lástima,
riendo como un zángano
celebra el tropezon.

Ved si me fundo
cuando yo llamo
picaro al mundo.

Salé á la escena un cómico:
si es de las partes últimas
y se equivoca el misero,
lo cual es muy comun,
El público *benévolo*
de intolerante timpano,
le abronca celebrándolo
con risas ó rum-rum.

Ved si me fundo
cuando yo llamo
picaro al mundo.

Entra en misa doña Ángela,
y porque ya la epístola
se pasó, y el acólito
ha mudado el misal,
Los viejos y los párvulos
y hasta la gente mística,
se rien de ella y búrñanse,
incluso el sacristan.

Ved si me fundo
cuando yo llamo
picaro al mundo.

De prisa va don Álvaro,
dobla una esquina súbito,
y las narices rómpese,
y las estrellas vé.

Y la genté malévoła
que ha visto la catástrofe,
con corazon diabólico
se rie á costa de él.

Ved si me fundo
cuando yo llamo
picaro al mundo.

¿De qué nace esa trápala
y bullicioso júbilo
de ese corrillo anómalo,
y ese tenaz reir?

¡Tomá! de que á don Crispulo

Llevó el sombrero el ábrego,
y corre y va siguiéndole
en vano el infeliz.

Ved si me fundo
cuando yo llamo
pícaro al mundo.

A la fuente solícita
va una mozueta impávida,
y rómpesela el cántaro,
y aflígela el azar.

Pero la turba sórdida
de compañeras náyades
lo rien celebrándolo,
y gritan «agua vá.»

Ved si me fundo
cuando yo llamo
pícaro al mundo.

Entra en el Circo Olímpico,
descúbrese don Plácido;
tras el sombrero llévase
también el peluquin.

Y pára el espectáculo,
porque la calva incógnita
produce silbos hórridos,
y aquello es un jollin.

Ved si me fundo
cuando yo llamo
pícaro al mundo.

Canta doña Escolástica
en el Museo Lírico
un ária de Semiramis
que no ensayára bien.

Salta un compás y piérdese,
y con risas irónicas
la sociedad artística
la rinde el parabien.

Ved si me fundo
cuando yo llamo
pícaro al mundo.

Al que es de carnes mádido

le nombran una espátula;
y si es obeso y túmido,
dicen: «ahí va el tonel.»

Que en este mundo pícaro
es cualidad ingénita
reír del mal del prógimo,
burlarse siempre de él.

Ved si me fundo
cuando yo esclamo:
¡pícaro mundo!

FR. GERUNDIO.

FABULA.

EL EGOISMO.

Tenia Pablo en un rincon
de su corral un granado
que era de aquel vecindado
envidia y admiracion.

Pero tan pegado estaba
á la tapia que ceñía
el corral, que la vestía
con su verde y la entoldaba.

Y andando el tiempo llegó
á abrazarla de tal modo
que con su ramage todo
al patio vecino dió.

Pablo, al ver que ya sus brazos
hácia otra parte tendía,
por el mismo tronco un dia
la cortó de dos hachazos.

¡Hombre por qué la has cortado,
esclamó un amigo dí!
¿Qué mal te causaba allí
el tronco de ese granado?

Un muchachuelo ladino,
respondió.—No le estorbaba;
lo ha cortado porque daba
sus granadas al vecino.

CAROLINA CORONADO.

UNA TUNDA A LAS MODISTAS,



¿Hasta cuando, señor, hasta cuando la ilustración del siglo XIX ha de tolerar la maldita invención del corsé? ¿Cómo en esta nación, católica por excelencia, se consiente un ente que insolente y torpemente intente (adelante) enmendar la plana al Omnipotente? ¡O obcecación y ceguera humana! ¡O modistas rebeldes y tcnaces, y qué cuenta habreis de dar en el tremendo día del valle aquel! Dios en el principio de los tiempos dijo: «sea Juana jorobada»; y vosotras, pronunciadas contra este decreto del Altísimo, digisteis en vuestra insensatez: «hagamos un corsé á Juana, y sea con él mas derecha que un huso.» Y tambien quiso el Señor Dios que Juana fuese un vástago de la familia de Nuño Rasura: mas vosotras con impiedad inaudita dijisteis: «toma este corsé, Juana, y esclamen los que con él te vean: *meliora sunt ubera tua vino* (1).» Y el Señor, que sin duda quiso hacer un semi-diablo, ordenó tambien que Juana no tuviese en donde ajustarse sus ropas, á no colgárselas de los hombros: pero vosotras dijisteis

con insolencia: «ánimo, Juana, que ahí tienes un corsé que te dará caderas y cintura á pedir de boca.» Y ¿sabeis, modistas fatales, lo que habeis hecho? Oid, oid! Me habeis puesto en un insufrible potro, me habeis sacrificado, soy vuestra inocente víctima. Yo ví por mi mal á esa Juana, yo la creí un semi-Dios, yo la idolatré, yo (y esta es la mas negra) me casé con ella!.... Una noche, no: un día, día para mí fatal, día desgraciado, día de doscientos mil demonios! Un día, digo, hallándome en la plenitud de mis derechos maritales, quise considerar en ropas menores á mi consorte, para alabar en sus perfecciones la sabiduría y omnipotencia divina. Pero ah! se habia despojado del malhadado corsé, y su espalda asemejábase al dorso de un dromedario. Quedaron invisibles sus caderas apareciendo en lo demas *tanquam tabula rasa in qua nihil est depictum*. En aquel instante mi ilusión se desvaneció juntamente con mi dicha. Lloré y maldije mi estrella; y abismado por el recuerdo del *ego vos conjungo*, faltó poco para volverme loco.

(1) Creo que no necesitais que os lo traduzca.

Cuento á esta fecha diez años de martirio, y en ellos me ha regalado Juana tres hijas raquíti-

cas y cuatro zambas. Ved ahí los perniciosos efectos de vuestra obra. Mas si creéis continuar siendo el azote del género humano, si pensáis que se ha de consentir mas la plaga de vuestros corsés, os engañáis ¡voto á brios! Pasaron ya los tiempos del oscurantismo, y vino un siglo de las luces, y con él un don Abundio Estofado, á cuyo brazo secular os entregaré, para que haga de vosotras una pepitoria, para que os cueza, os ase, os fria y os confunda por todos los siglos de los siglos. Entretanto recibid cuatro palmetas del dómíne de mi lugar.

C. F.

AL LUSTRE DE EUROPA.

Como director intrépido
de este literario club
que á las imágenes tétricas
hace con *la risa* el bú,
un pensamiento diabólico
se me clavó en el testaz,
y en mi entusiasmo poético,
¡por vida de Belcebú!
voy á ver si á mil obstáculos
logro romper el capuz,
y hacer un romance armónico
como el canto del Querub;
ó donoso cual las sílfides
que cria el suelo andaluz...
romance que cada sílaba
valga al menos un Perú,
porque el hacer cosas fáciles
es tan vulgar, tan comun,
que no alcanza fama sólida
quien no se eleva al *non plus*.

Si hablase en idioma gálico
os diria *èlonez vous*,
quiere alternar los esdrújulos
con el asonante en *u*,
(que es de asonantes difíciles
el mas difícil aun)
sin consentir que el mas mínimo
repita, en mi esclavitud,
ni dos consonantes cócoras
me bailen un padedú.

Manos pues á la obra súbito:
nadie me interrumpa... ¡Sus!
que voy á pulsar la cítara
ó si se quiere el laud,
y en arranques filarmónicos...
por clave de *sefaut*...
¿Quién refanfuña? Entendámonos:
¿A qué viene ese run-run?
Entre la *d* y la *t*, déspotas,
no hay consonancia. Churrú!...
que á perro viejo, energúmenos,
no hay que andarle con tus tus.
Sigo pues el hilo clásico
de mi romance... ¡quietud!
ya que no entendeis de sátiras,
ni aun el *ba, be, bi, bo, bu*.

Cual Donizetti el dulcísimo
en Lucía de Lamermur,
ó como el chantre volcánico
de la capilla de Irun,
ó el capiscol sério-mímico
que canta en Calatayud,
ó bien cual la Albini célebre
que inmortalizó el *mai piu*,
ó cual mis amigos Príncipe,
Breton, Zorrilla, Bastus, (1),
Abenamar, Gil y Zárate,
Fray Gerundio, y Hartzenbusch,
cuyos admirables númenes
aventajan á Le-Brun,
ó bien cual la niña angélica
que canta alegre el Mambrú,
entono sublimes cánticos
A LAS GLORIAS DEL BETUN,
aventajando en la mímica
el atroz indio Kosul.

Salve ¡oh betun odorífico!
LUSTRE de la juventud,
honor de Europa que en éxtasis
te contempla, cual Mahamud
cuando saborea extático
los granitos de alcauzuz.
¡Salve, lustroso específico!

(1) Aunque no conozco mas que por su fama al Señor Bastus, literato catalan, el asonante me obliga á ser su amigo, y espero que esta amistad no será desairada.

Pasia brillante, salud!

Con sus modales enfáticos
sus bandas y su gran cruz,
preséntese el diplomático
de traje negro ó azul,
que si están sus botas pálidas,
le tendrán por avestruz.
Sin tí el caudillo magnánimo
á quien sierva multitud
tributa oblacion unánime,
no valiera un altramuz.
¿Quién á su alazan indómito
le dá el brillo sino tú,
al par que á los trenes bélicos
del cañon y del obus?
En las carrozas magníficas
fornadas de grana y tul
brillas, cual del sol benéfico
la magestuosa luz.
Jamás verterá la sátira
contra tí fiera acritud,
ni dirán de quien ensálcete
«habló el huey y dijo mú;»
pues si te ultraja algun dómine,
será un pedazo de atun



con zapatos á lo inválido
y muy roído el surtú,
pantalon con un elástico,

sombrero á guisa de almud,
chaleco negro de cúbica,
muleta en vez de bambú,
y narices enigmáticas
con su tabacoso pus;
mas sepa el alma de cántaro,
por no decir de arcaduz,
que cuando oiga la voz bárbaro
puede esclamar *ego sum*,
porque solo un ente estólido
con zapatos rojos... uf!
niega á mi lustroso bálsamo
la incuestionable virtud
de que presta brillo asiático
á todo el que no es tahir,
ó miserable satélite
de la cuadrilla gandul
que espone su suerte mísera
á la suerte de un albur
y si le falta el intrínseco
se juega una finca al mus.
Para estos truanes pérfidos
¡qué lástima de arcabuz
y qué no queden cadáveres
al estrépito de un ¡pum!
Así cerraran sus párpados
en el fúnebre ataud!
No me dolería ¡cáspita!
de su mortal patatús,
ni iria á hacerles andróminas
con emplastos de alcazuz;
porque son entes indómitos
sin lustre en las botas... ¡uy!
¡qué atrocidad! No vi crímenes
de tamaña magnitud.
Mas temo volverse tísico
si doy fin á este *asun*;
pues el *to* pronuncio exánime
de fatiga... con que ¡abur
lector! mi trompa estrambótica
concluye el turututú.
Lluevan suscripciones plácidas
en pródiga plenitud
á nuestra Risa con láminas
y acreditado *ambigú*,
y así rogaré á los ángeles
que te libren de un chapuz
allá en las aguas del Tánesis

ó en la corriente del Sun,
y te den vida, metálico,
buena humor... amen Jesus.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

MODISMOS Y REFRANES.

Es verdad incuestionable para el autor de este artículo, que el primero y mas voluminoso, y mas verdadero, y mas ameno, y mas sublime, y mas detallado, y mas inteligible de todos los libros, es el libro del mundo: como que es un libro que da materia en cada una de sus páginas para elaborar un sin número de librotos en cuyas fuentes beben su inagotable ciencia, la inagotable prole de literatos, cuyos inagotables escritos, rebosando inagotables chispazos de inagotable númen y erudición inagotable, son la admiración del mundo mismo, origen esencial de todas las concepciones intelectuales. Cada uno de los hombres somos sin reparar en ello una biblioteca ambulante mas ó menos estensa, mas ó menos superficial, de donde el filósofo y el artista, y el literato extractan en cada sesión un volumen de observaciones científicas, un conjunto de historietas y anécdotas vulgares que engalanadas despues con los recursos que presta una imaginación florida y escudriñadora, producen en todos nosotros una sensación estraña y deleitable; es la sensación de la novedad. Que todas las investigaciones de los libros escritos por los hombres son debidas al universal libro del mundo, es cosa sabida, y por consiguiente las luces que los libros de los hombres prestan al humano entendimiento, como luces prestadas, son miserables reflejos, imperceptibles al lado de la antorcha que los produce. La luz de la luna nunca puede compararse en calor y brillantez con la del sol.

Ahora bien: podremos resolver facilmente la cuestion de si los refranes son concepciones del poeta trasmitidas al vulgo ó si son por el contrario, parto del vulgo que recoge el curioso observador para dar amenidad, y tal vez algun viso de originalidad á sus producciones. Yo creo que el vulgo inventa y el poeta no hace mas

que pintar. El vulgo seria un'escelente retratista, si poseyera el secreto del colorido. En esta parte el poeta tiene una indisputable superioridad sobre el vulgo.

Hay refranes en prosa y los hay tambien en verso, y en unos y en otros se advierte cierto desaliño que no solo hace presumir que sean aborto del vulgo, sino que muchos van pasando de libro en libro, y de generacion en generacion sin siquiera sufrir la lima del poeta ni la del crítico, mil veces mas inexorable. De todos modos los refranes castellanos encierran unas verdades como puños, y apenas hay orador y escritor que no apele á su recurso como complemento ó como auxilio en medio del periodo mas lójico y mas elocuente que se puede concebir.

Ejemplos: Un periodista de la oposicion lamentando la suerte del pueblo y la mala eleccion de sus representantes dice «quien bien tiene y mal eseeje, por mal que le vaya no se enoje» y quedaríamos tan satisfechos de esta sentencia si un periódico ministerial no replicase, concediendo que el gobierno sea un mal para la patria, con otro refran que nos deja estupefactos. El ministerio, dice, es un mal pero la oposicion es otro mal y nosotros defendemos un mal contra otro mal, porque como dijo el otro: «baza mayor, quita menor» y sobre todo, porque «del mal el menos» y si nos apuran un poco añadiremos, que entre el mal y el bien optamos por lo primero, porque como dice el adagio: «no hay mal que por bien no venga.»

Tenemos efectivamente refranes muy exactos y que vienen bien en ciertos casos, como v. gr., se levanta un hombre de su asiento y al volver se le encuentra ocupado. Se librará muy bien de decir como nuestros revolucionarios turrneros: «quítese usted para ponerme yo», porque debe estar persuadido de que el que tiene el asiento no le cederá, con solo el derecho de propiedad que le da el refran tan conocido de todos «el que fué á Sevilla perdió la silla.» Y son los refranes una muletilla de que nos aprovechamos segun las circunstancias. Cuando á mí me dan una cosa la tomo al contado diciendo: «el que no es para tomar no es para dar» cuando me piden dinero digo que soy estudiante y encajo aquello

de «gente estudiantina, gente sin monedas,» si lo que me piden es algun libro, con todos mis ribetes de literato digo que no le tengo. ¿Qué quieren ustedes? añado cuando se asombran de que yo no tenga un libro: «en casa del herrero cuchillo de palo.»

Si un sugeto se empeña en que vaya con él á alguna funcion y no tengo ganas de su compañía, digo: «para lo que habrá que ver ya nos lo dirán de valde,» pero como me agrade la proposicion le acometo con una retaila de refranes, como estos «Bueno es ver para no preguntar.» «Ojos que no ven, corazon que no siente.» «Dónde vas Vicente?—Donde va toda la gente.»

Algunos de los refranes admitidos como axiomas entre nosotros ó están muy distantes de la verdad, ó para llegar á ella necesitan de una hipótesis. En los que distan de la verdad comprendo yo el siguiente, no obstante su tono sentencioso y decisivo: «quien bien te quiere te hará llorar.» Los redactores de LA RISA queremos bien á todo el mundo, y estamos muy lejos de desear que lllore nadie; al contrario, deseamos que todo vicho viviente se suscriba á LA RISA, porque decimos con cierto autor que ustedes no conocen y yo sí:

Lágrimas fuera; cese el pesar;
riete Pedro, que esto es vivir.

Quien mal te quiera te hará llorar;
quien bien te quiera te hará reír.

Dice un refran que «mas valen pocos muchos que muchos pocos» y esto puede ser verdad y puede no serlo. Yo me atrevo á hacer un capital con muchos pocos, tan grande como cualquiera con pocos muchos. Para echar á un lado cuestiones diria yo: «mas valen muchos muchos, que pocos pocas.» y esto no admite réplica.

«Mas vale poco y bueno, que mucho y malo.» Este y otros refranes parecidos son lo que una nuez vana y una vizea durmiendo, que hasta partir la primera, ó abrir los ojos la segunda no se notá el engaño. Podrá ser verdad que en ciertas ocasiones valga mas poco y bueno que mucho y malo; pero seria mas cierto aun el refran si dijera: «Mas vale mucho y bueno que poco y malo.»

«Mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en

la agena.» Tampoco transijo: la Perogrullad de primer orden estaria en decir: «mas sabe el cuerdo en su casa que el loco en la agena.» Y lo mismo digo del adagio: «mas vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.» Lo malo conocido ó desconocido siempre es malo, así como lo bueno, es bueno siempre. Por eso quiero yo que desaparezca lo existente, porque es tan malo que cualquier otra cosa que venga, por mala que sea, será mejor. Lo que yo necesito que me prueben para estarme quieto es, que lo presente es bueno, y que lo que venga será malo, y entonces me daré por feliz con lo que tenemos; porque como aficionado á las grandes verdades digo con Perogrullo: «mas vale lo bueno conocido que lo malo por conocer.»

Pero hay dichos vulgares, cuyo origen desconocemos, tal como estos: «para las que hilan que yo devano.» «Yo me entiendo y bailo solo,» y las que acabo de citar «verdades de Perogrullo.» Solo se dice que hubo un Perogrullo que á la mano cerrada llamaba puño, y si esto es verdad el tal Perogrullo era lo que nos convenia en el siglo diez y nueve, porque ya estamos hartos de verdades á medias y de hipócritas, y de diplomáticos.

Daré la esplicacion de algunos modismos cuyo origen ha llegado á mis oidos, aunque no respondo de la exactitud; porque no soy ministro, y solo los ministros son responsables de sus actos, segun la Constitucion vigente.

Se dice de uno que corrió en cuanto vió el peligro, que «tomó las de Villadiego» y este es un modismo que los estrangeros no aciertan á traducir. Hay francés que leyendo cierto pasaje del Quijote, dice: tomó las evillas de don Diego. Si no me han informado mal, hay en España un pueblo llamado Villa-Diego, donde se hacen esquisitas alpargatas, y si esto es verdad, está explicado el dicho vulgar, que quiere decir: tomó las alpargatas, porque sabido es que este calzado viene de molde para correr. He dicho que viene de molde y no sé la razon, como tampoco sé por qué se dice hablando de un sugeto rebeltoso: «el mejor día le ahorcan» yo creo que el día que ahorcan á un hombre es el día peor de la vida para el ahorcado. Esto se parece á lo que decimos cuando estamos enfermos: si tenemos

un divieso muy malo ó un constipado peor esclamamos: qué buen constipado tengo! qué buen divieso me ha salido en tal parte! Así como cuando á uno le han herido bien ó le han metido en un calabozo donde está tan bien preso que no puede escapar decimos: «Fulano está muy mal preso; Mengano está muy mal herido.»

Por si mis lectores ignoran el origen del dicho vulgar: «ahí me las den todas» voy á explicarle tal como me lo hicieron tragar. Cuéntase que hubo un corregidor en una villa. Cuéntase que este corregidor tenía un alguacil muy tonto. Cuéntase que hubo en el pueblo una riña. Cuéntase que el alguacil mandado por el corregidor fué á poner en paz á los combatientes. Cuéntase que estos en lugar de respetar al alguacil, le arreararon cuatro bofetones y le echaron de allí con cajas destempladas. Y cuéntase que el alguacil volvió al corregidor, mediando entre los dos el siguiente diálogo.

—Señor corregidor, cuando yo voy á una parte á nombre de usía, no represento á usía?

—Sí hombre, sí.

—Y cuando represento á usía, no soy la misma persona de usía?

—Sí hombre, sí.

—Y si mi persona es la persona de usía, mi cara no es también la de usía?

—Sí hombre, sí.

—Y cuando pegan una bofetada en esta cara, no es pegarla en la cara de usía?

—Sí hombre, sí; pero dónde vas á parar?

—Señor, á que los de la riña me han dado cuatro bofetadas en esta cara, que es la cara de usía, y por consiguiente usía ha sufrido también las bofetadas.

Entonces el corregidor con toda la formalidad que ustedes pueden figurarse dijo: ahí me las den todas.

Explicaré también el dicho vulgar: «lo dicho dicho y la jaca á la puerta.» Dícese que andaba un rey cazando, vestido de cazador. Dícese que le encontró un sugeto que venia á pretender. Dícese que hablando con el rey incógnito, que entonces era un simple cazador, este le dió pocas esperanzas en el negocio. Dícese que el pretendiente aseguró al cazador, que si el rey no le

hacia justicia le llamaria rey injusto, rey impío y otros insultos semejantes. Y dícese que al día siguiente tenían el pretendiente y el rey estotro diálogo.

—Señor, yo vengo á pedir justicia.

—Y si yo no quiero hacer justicia?

—Yo no puedo creer que V. M. tan benigno como es; deje de hacer justicia.

—Pero y si se me antoja no hacer justicia.

—V. M. el mas justo de los reyes no puede menos de hacer justicia.

—Bien hombre; pero supónte tú que yo no quiero hacer justicia.

El cazador se le quedó mirando y conociendo que el que le hablaba era el cazador del día antes, le aplicó la boca al oído y le dijo: Señor, lo dicho dicho. Sí? Contestó el rey; pues mira, la jaca tienes á la puerta, ya estás aquí demas, Y el vulgo que tuvo noticia del suceso, dijo desde entonces en lancec parecidos: «Lo dicho dicho, y la jaca á la puerta.»

Y explicaré por fin las indirectas del P. Cobos, aunque esta es de aquellas cosas que por sabidas se callan.

Habia un padre guardian, no sé donde, que como todos, se tomaba unas jícaras de chocolate de padre y muy señor mio. Un amigo del fraile, aficionado al chocolate dió en visitarle á menudo y siempre á la hora en que tomaba su paternidad el chocolate, el cual padre era tan fino, que siempre mandaba hacer otra jícara para el amigo. Pero como el amigo estuvo abusando de la bondad del padre dias y mas dias, hubo este de quejarse del amigo pegoton á lo cual contestó el lego que quedaba de su cuenta echarle una indirectilla para hacerle perder la costumbre. Convino el padre guardian, y notó que el amigo no volvía por el convento, y deseoso de saber la indirecta del lego, que se llamaba el P. Cobos, le preguntó al cabo de quince dias, qué habia dicho á su amigo que no habia vuelto ni aun á visitarle. Una indirecta le contestó el padre Cobos; le dije, mire usted señor don Fulano, no sea usted bárbaro y váyase á su casa á tomar el chocolate; porque el padre guardian dice que es usted un gloton salvaje, y cada vez que usted viene le hace una gracia como si le rallaran las tripas.

El amigo que oyó tales indirectas tomó el tole hácia su casa, sin decir esta boca es mía, y cayó tan en gracia al padre guardian la indirectilla que la divulgó y desde entonces fueron proverbiales en España, las indirectas del padre Cobos.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

A UNA COQUETA.

Versos me pides, hermosa,
y aunque el castálico coro
me negó su arte preciosa
para decir que te adoro
lo mismo es verso que prosa.

Y si se colma tu anhelo
con decir que me has rendido,
no temas, di á grito herido
que otro pez picó el anzuelo
donde tantos se han prendido.

Que aunque para tí sea poco
otro adorador ferviente,
bueno es decir á la gente
que voy á parar en loco
si tu labio no es clemente.

Esto al cabo te da fama
que el crédito de una dama,
crece ó descrece á compás
de que son menos ó mas
los corazones que inflama.

Di que al mirar tus encantos
y tus ojos hechiceros
ansias padezco, quebrantos;
y que no extraño que á tantos
dejen ciegos tus luceros.

Y en verdad que tantos son
que al contemplar cuan ufano
fomenta tanta pasión,
creo que tu pecho es meson
de todo el género humano.

De que tienes lleno un cesto
de coplas que hice en tu elogio,
y que de puro modesto
merezco ocupar un puesto
dentro del martirolojio.

Pues con calma singular

tres amantes á la par
te he visto favorecer,
que dudo que haya muger
mas general para amar.

No diré que es coquetismo
ni que tu genio es voltario,
para mi tu calendario
siempre apunta un tiempo mismo;
siempre está marcando *vario*.

Ni porque te cansas luego
hallo en que acusarte un punto,
si es cierto lo que barrunto
que no amas á Juan ni á Diego
sino es al sexo en conjunto.

Y como partes de un todo
á componerle precisas,
das á tus novios de codo
y vas cambiando del modo
que te mudas de camisas.

Esto, amiga, es consecuente;
yo al menos así lo creo,
y es una infamia que afrente
el mundo y tenga por feo
que á todos les hagas frente.

Si lloran los infelices
porque tu esquivéz los mata
y deja como lombrices,
hás de pegarlos ingrata
con la puerta en las narices?

Todo el que de tí murmura
que aprenda de mi cachaza;
¿no mira con que frescura
te dejó franca la plaza
si mi presencia te apura?

Pues que imiten mi franqueza
que ha de irles con ella bien;
delante mucha terneza,
y en volviendo la cabeza
requiescat in pace. Amen.

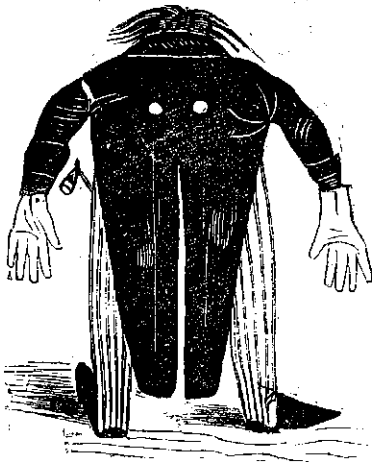
IGNACIO J. ESCOBAR.

MODAS DE PARIS.

Ya que pusimos á nuestros lectores al corriente de las modas de Lóndres: justo es que les

enteremos de las que imperan en la capital de Francia.

Traje de paseo (toilette de promenade) para caballeros. Los sombreros estan mandados recoger. Solo se estilan en los salones de baile, en los términos que mas adelante esplicaremos. Para abrigo de la cabeza se llevan pelucas enormes, hechas de melenas de perro de aguas pintadas de azul celeste ó carmesí. Los fraques son de suela charolada. Ya no se estilan botones; en su lugar llevan todos los elegantes un par de huevos duros ó pasados por agua en medio de la espalda del frac. El pantalon es de grana con galones de plata y trabillas de papel. Nadie lleva camisa, chaleco ni corbatín, y para preservarse del frio, es de gran tono fumar en los sitios mas concurridos, para cuyo caso se lleva á prevención una pipa en el bolsillo izquierdo del pantalon. Los guantes se usan de damaseo rellenos de paja. Las botas de paño negro.



Traje de baile. Para señoras. El peinado á la *coup de vent* con una pluma de cola de gallo, está muy en uso (*est surtout fort en vogue*). Jubon negro de carton con manga corta. Vestido de mahon (nankin) con una almohada que abulte el tafanario. Medias azules de estambre y zapatos de terciopelo carmesí. Los ramilletes de flores naturales (*bouquet de fleurs naturelles*) las joyas y antiguos abanicos (*bijoux et éventails anciens*) han sido sustituidos por un gordo

salchichon de Vich, que empuñan con una gracia singular las mas elegantes coquetas de Paris.



El traje de baile de los caballeros es sumamente sencillo *d' une simplicité étonnante*). Consiste en sombrero, frac, pantalon, medias y zapatos, todo de bule y muy ajustado. El sombrero no se quita para bailar, pero se lleva bastante ladeado. El frac es de manga corta; los guantes blancos de algodón. Al romper la orquesta acompañan todos los elegantes de ambos sexos sus primeras piruetas entonando la canción siguiente:

La vie est un voyage:
tachons de l' embellir;
semons sur son passage
les roses du plaisir.

Tra la la la la la...

Ave Mariá
gratia plená,
tra la la la la la.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EPIGRAMA.

De sesenta un solteron
á una jóven vivaracha
preguntó en cierta ocasion—
¿ cómo te llamas muchacha?
y ella dijo— «Encarnacion.»

Tal misterio te esplicára,
repuso el sexagenario,
y ella— «mucho lo apreciara:
pero ya lo hace el vicario
que tiene la voz mas clara.»

JOSÉ BERNAT BALDOVI.

MI PEREZA.

Me cansa la vida á fê;
lo que he de pensar no sé;
si duermo estoy en un potro,
y si ando siempre va un pié
pidiendo licencia al otro.

Los que hacen ostentacion
de su lujo afeminado,
dicen que estirados son;
yo tambien vivo estirado
pero es sobre mi colchon.

Soy de la pereza aborto;
el corto espacio me carga
si la modorra me embarga,
y todo colchon me es corto
cuando me tumbo á la larga.

Aunque la muerte es un censo
irredimible, yo pienso
no morir nunca, y me fundo
en que hay que andar el inmenso
camino del otro mundo.

Y aunque llegue el duro caso
de que á la muerte sucumba,
juzgo que con gran retraso
debo llegar á la tumba
si he de marchar paso á paso.

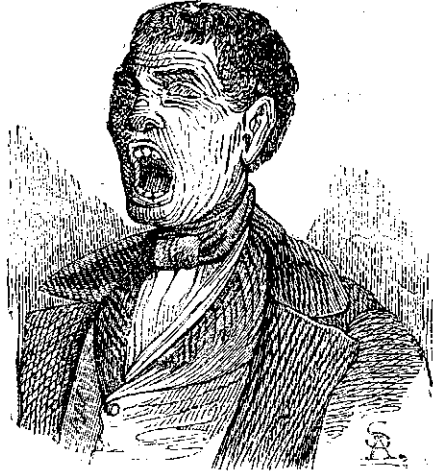
Soy pesado de tal suerte
cuando de la vida emigre
que bien en mi andar se advierte
que marchando hácia la muerte
cada paso es un peligro.

Otros llegando á enfermar
buscan de sudar el medio,
para hacerme á mi sudar
no hay mas eficaz remedio
que mandarme trabajar.

Cumpliendo la religion
ayuno cuando me toca;
mas tan penitente accion
no la hago por devocion
sino por no abrir la boca.

Y si dos veces ó cien
por no ser menos empiezo
á abrir la boca tambien,

es para dar un hostezo
como este que ustedes ven



Me está el mundo fatigando
con su zozobra y estruendo,
por eso le voy pasando
cuando es de dia durmiendo,
cuando es de noche roncando.

Mi númen pobre y sencillo
solo con la almohada lidia.
Si una vez la pluma pillo
hago versos á porrillo
y no hago mas por desidia.

Jamás me ha entrado tristeza.
por el consonante en *aza*
como sucede en el *aza*;
porque este anuncia *presteza*
y el otro exige *cachaza*.

Cuando un toro me acomete
morir á correr prefiero;
y por que su honor respete
digo: si eres caballero...
inermes estoy, con que vete.

Si nazco galgo, conforme
me quiso hacer hombre Cristo,
mi galvana es tan disforme
que hubiérais las liebres visto
de gala con uniforme.

Amo la calma en el alma;
y aunque me canse y rebiente,
sin ir á Londres ni á Palma
me he de embarcar solamente

por ver á la mar en calma.

Por mi mano nunca pasa
buril, ni azadon, ni escoplo;
pues soy de tan mala masa
que por no pegar un soplo
dejaré que arda mi casa.

Si yo el amor he de hacer
siempre estaré sin muger,
Y anhelo dar el envite;
mas para eso es menester
que alguna me solicite.

Y aunque el sí de buena gana
daré á Luisa, Juana ó Petra;
estoy por tarde y mañana
pensando si de galyana
me comeré alguna letra.

Tres palabras apunté
sin que me pite una sola.
Bartola la buscaré
y así no me olvidaré
de tenderme á la bartola.

Mal podrá su discrecion
el testamento cojerme;
perque soy tan remolon
que acaso por no moverme
moriré sin sucesion.

No vendrá á mi esposa mal
mi indiferencia y descuido;
que sin caso escepcional
será muger... y marido...
Gobierno... y Junta central.

Dormiré como un cachorro,
no podré celarla, no;
y consentiré, modorro,
que me vista y ponga el gorro
por no ponérmelo yo.

Y así pues me va cargando
con su zezobra y estruendo
iré este mundo pasando
siendo de dia durmiendo
siendo de noche roncando.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.



!!! MI SUEGRA OTRA VEZ EN CASA!!!

DRAMA HISTÓRICO EN MINIATURA.

Entran en la accion los personajes siguientes.

UN ESPOSO. } Recíprocos.
UNA ESPOSA. }

EL ALCALDE.

UN CORCHETE, alias alguacil.

UN MAJO.

EL CURA.

El caldero del agua bendita con su correspondiente hisopo.

UN SOLDADO.

UN..... *(Este un... saldrá cuando convenga.)*

Comparsas de todas clases, edades y condiciones, gente que mira y calla.

Pasa (ó mas bien pasó) la accion en 1843.

(En una cocina con sus útiles y chismes correspondientes, incluso el pozo de sacar agua, aparecen con los dos esposos sentados ó una mesa y concluyendo de almorzar.) (Algo clásico se presenta el escenario, pero no es mia la culpa.)

ESPOSA. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo... *(Se santigua por supuesto.)*

ESPOSO. *(Despues de apurar un vaso de vino.)* Adien.

ESPOSA. Por el alma de mi madre. Padre nuestro que estás en los Cielos...

ESPOSO. En los infiernos habias de estar tú y todas las que no sabeis mas que rezar. Cállate con mil diablos, que tu madre para maldita la cosa necesita nuestros rezos.

ESPOSA. Pero hombre...

ESPOSO. Lo dicho.

ESPOSA. Y si por ventura?...

ESPOSO. Temes que vuelva?

ESPOSA. No digo tal. Pero...

ESPOSO. Es que entonces rezaré... ¿Entiendes? Rezaré hasta que se me sequen las fauces.

¡He quedado lleno, muy lleno de suegra. Oh! son una canalla malísima, amiga mía; los peores vichos que viven en este picaro mundo! Mil veces felice nuestro padre Adán, que tuvo la dicha de encontrar una muger sin ascendientes! Debió pasar el buen señor una vida deliciosa, envidiable en toda la estension de la patabra!

ESPOSA. *(Quitando la mesa, y con cara de vinagre.)* Pues tú no puedes tener queja.

ESPOSO. Ciertamente. En el día me hallo completamente satisfecho.

ESPOSA. Si fuera tu madre!... Pero la mía... *(Medio llorando.)* Dios la tenga en su santo reino!

ESPOSO. Mi madre.... mi madre era una madre preciosa, de las mejores madres que puede tener un hijo. Pero en tocando á suegra... era una suegra tan maldita como todas las suegras del mundo. Yo soy franco, amiga mía, soy franco, la mayor desgracia que puede suceder á un casado, es tropezar con su suegra. Si llego á enviudar algun día... Estás?

ESPOSA. *(Llevando el pañuelo á los ojos.)* Bien sé que lo deseas.

ESPOSO. No es eso, muger. Si llego á enviudar algun día... á qué no sabes con quién me caso?... Con una inclusera.

ESPOSA. Con una inclusera!

ESPOSO. Sí señora, con una inclusera. Son muy hermosas las incluseras para mugeres casadas!

ESPOSA. *(Sentándose junto á él con aire placentero.)* Déjate de esas cosas, bien mío.

ESPOSO. *(Aparte.)* Bien mío!... petición al canto!

ESPOSA. Vamos. Qué adusto te pones! Y yo que te quiero tanto. *(Acercándose mas.)* Cuando quieres que se digan esas misas?

ESPOSO. *(Aparte.)* No lo dije yo? *(Alto.)* Misas! Si sabes que no tenemos un cuarto!...

ESPOSA. Pues es preciso, aunque...

ESPOSO. Ciertamente, soy del mismo parecer. Aunque haya que vender alguna cosa supérflua... Un collar por ejemplo.... Esto es, el collar de perlas,....

ESPOSA. *(Con viveza.)* Pues mira: Yo creo que las misas tan solo sirven para engordar al que las dice. Podremos dejarlas, y en cam-

bio.... doblaremos el rezo, qué te parece?

ESPOSO. Primoroso! Se entiende... con tal de que seas tú sola la rezadora. *(Aparte.)* Antes dejará darse azotes con la suela de un zapato que vender su collar de perlas. Pues no faltaba otra cosa!

(Se oye un quejido muy lastimero; la esposa se levanta sorprendida, y el esposo sin hacer el mayor caso de tal accidente, se dirige al fogon con ánimo de encender su cigarro.)

ESPOSA. Qué es esto!

ESPOSO. Alguno que se queja en la calle.

(Se oye nuevo quejido: crece la sorpresa en la esposa y la calma en el esposo.)

ESPOSA. No señor, no es en la calle!

ESPOSO. *(Concluye de encender.)* Será en otra parte.

ESPOSA. *(Al oír otro quejido.)* Parece que la voz sale de muy cerca! Atiende, atiende y verás...

ESPOSO. *(Oyendo otro quejido.)* No hay duda. *(Nuevo quejido. Se pone á la ventana.)* Quién eres? En dónde te hallas?... No respondes? Tanto peor para tí. *(Se sienta á fumar con grande calma.)*

ESPOSA. Es muy original! *(Otro quejido.)* Dios mío! Parece que la voz sale del pozo!

ESPOSO. No lo creas. *(Otro quejido.)* Pues á fe á fe que voy entrando en aprensiones! *(Se levanta.)* Quién entró aquí, muger?

ESPOSA. Nadie que yo sepa.

ESPOSO. Miralo bien. Apostamos á que estas has con alguno cuando yo entré, y se zambulló en el pozo por no caer en mis manos. *(Acercándose al pozo.)* Hola! El de adentro! Está sordo? *(Otro quejido.)* Voto á cribas! Esto no parece persona!... Quién eres? *(Suenan dos quejidos á cual mas lastimeros.)*

ESPOSA. *(Dejándose caer en una silla.)* Dios mío, Dios mío!

ESPOSO. Qué tienes, muger?

ESPOSA. No la conoces?

ESPOSO. A quién?

ESPOSA. A esa voz.

ESPOSO. De quién es? *(Otro quejido.)*

ESPOSA. *(Mesándose los cabellos con desesperacion.)* San Antonio de mi alma!

ESPOSO. A qué vienen esos lamentos? *(Otro quejido.)*

ESPOSA. *(Se acerca al pozo como apoderada de un delirio.)* Madre mía!... Madre mía!... Madre de mi alma!...

ESPOSA. Has perdido el juicio?

ESPOSA. Aquí estoy.... Respóndame usted...

ESPOSO. No comprendo una palabra! *(Otro quejido.)*

ESPOSA. Oíste?... Es el alma de mi madre!

ESPOSO. Su madre!... Pues estábamos frescos!

ESPOSA. *(Cada vez mas exaltada.)* No hay duda... Ella es! Ahora mismo á llamar al Cura... Madre de mi corazón!... A decirle todas las misas... Fui la hija mas ingrata del mundo!... Que se vendan todos los collares... Entiendes? todos...

ESPOSO. Pero, muger, no puede ser eso.

ESPOSA. No te detengas. Pronto, pronto... La pobre no estará en el cielo por falta de misas! Y no se las hemos dicho!

ESPOSO. Quién habia de pensar?

ESPOSA. Corre... No te detengas.

ESPOSO. Voy al momento.

ESPOSA. *(Deteniéndole.)* Pero no... no te vayas por Dios... Me voy á morir de miedo! *(Acercándose á la ventana y gritando con todas fuerzas.)* Vecinos!... vecinos!... Nadie responde!... Vecinos! *(Suenan otros quejidos.)* Dios mío! Y qué penas está pasando! Vecinos! Por Jesucristo que venga alguno!...

(Salen el alcalde y un corchete, dando un portazo en la puerta que dejan temblando á la pobre muger. O somos ó no somos.)

ALCALDE. Qué es esto, señores míos? A qué viene tanto alboroto? Todo el barrio se halla escandalizado con sus gritos.

ESPOSA. Oh señor alcalde!

ALCALDE. Sí señores; es una vergüenza....

ESPOSO. Soy muy desgraciado!

ALCALDE. Pero qué hay? Qué sucede? Explíquense ustedes con mil diablos.

ESPOSO. Qué ha de suceder? Que el alma de mi suegra se halla dentro de este pozo!

ALCALDE. Están ustedes locos! Cómo es posible!...

ESPOSO. Vea usted!... Despues que yo creía haber salido de trabajos, salir ahora...

ALCALDE. No puedo creerlo.

ESPOSA. Sí señor, yo misma la conozco por la voz. Ahora mismo estaba dando unos ayes que partian el corazón. Ay madre de mis entrañas! *(Ha vuelto la oracion por pasiva, pero no es de extrañar; la pobre se hallaba en mal estado.)*

ALCALDE. Es una equivocacion de ustedes. Los muertos nada tienen que buscar por acá.

ESPOSA. Eso dicen los hereges, los que no creen en Dios. No lo dude usted, señor alcalde.

ALCALDE. Tranquílicese usted, señora...

ESPOSA. No hay duda que vienen. Sí señor; el año pasado se murió el novio de una amiga mía, y porque ella no quiso perdonarle un abrazo que le habia dado, no pudo el pobre entrar en los cielos, y todas las noches aparecia en la ventana dando unos suspiros... pero qué suspiros, señor alcalde, qué suspiros!... Hasta que al fin le conoció, se hablaron, le perdonó y....

ALCALDE. Esos son cuentos de viejas.

ESPOSO. Bien se vé que usted no la conocia! Es capaz de abandonar la corte celestial, y mil cortes celestiales que hubiera, por venir á darme que hacer.

ESPOSA. Tú tienes la culpa por no haber pagado las misas que dejó mandado se le diesen.

ESPOSO. Tienes razon; soy un torpe, un salvaje incapaz de sacramentos. Se la dirán cuantas quieras pero que se vaya, que se vaya al momento.

ALCALDE. Vamos claros. Desean ustedes burlarse de mí? Hace que llegué un buen rato y no escuché todavía quejido alguno. O estan ustedes locos ó.... *(Apunta para una botella que quedó sobre la mesa.)*

ESPOSO. Que diga usted eso, señor alcalde cuando todo el mundo sabe que despues de muerta mi suegra, es esta la casa mas pacifica del barrio!

ALCALDE. Pero y la voz? A dónde está la voz?

ESPOSA. *(Llamando á la boca del pozo.)* Madre mía! *(Suenan tres quejidos.)* Y que no quieran creerme!

ALCALDE. *(Acercándose.)* Quién es? *(Otro*

quejido.) Cosa mas original!... Y nada mas contesta?

ESPOSO. No señor.

ALCALDE. Es muy extraño! Y dicen ustedes que la voz?...

ESPOSA. Es la de mi madre, sí señor.

ALCALDE. Me choca sobremanera.... (*Al alguacil.*) Quieres bajar?

ALGUACIL. (*Reiriéndose algunos pasos.*) Vuesa mercé perdóne; no sirvo para eso. Ni una jota entiendo de escalar paredes.

ALCALDE. Tienes miedo?

ALGUACIL. Le diré á su mercé; lo que es miedo.... qué sé yo; pero esto de tropezar en tales profundidades con el alma de una vieja... Vámonos, le digo á su mercé...

ALCALDE. Bajos ó no?

ALGUACIL. No puedo remediarlo; pero les tengo un horror á los muertos!... (*Otro quejido.*) Y querían que yo bajase! Pues no faltaba otra cosa!

ALCALDE. Qué hacemos pues?

ESPOSA. Llamar al Cura; no hay otro remedio señor alcalde, no hay otro remedio.

ALGUACIL. Tiene razon la señora; los curas y los muertos son gentes muy aficionadas unas á otras, y será facil que se entiendan. Si su mercé quiere...

ALCALDE. Sin sabor?

ALGUACIL. Por sabido. Es la madre de esta señora; la conozco como si la hubiera parido.

ALCALDE. Pues señor, que venga el Cura. Anda listo.

ALGUACIL. En un santiamen estoy de vuelta.

ALCALDE. Que venga vestido en regla, y que traiga el libro de los santos evangelios. No le digas lo que hay aquí.

ALGUACIL. Muy bien, señor. (*Entra á paso redoblado.*)

ALCALDE. Atiende: cuidado con traer agua bendita.

ALGUACIL. (*Desde afuera*) Voy al momento.

(Profundo silencio en la escena. A poco se ven ir llegando varias comparsas entre los cuales viene un guapo con cara de perdona-vidas, cigarro puro en un ángulo de la boca, manta terciada y calañés, cuya punta forma un án-

gulo de 40.º con la vertical: grande garrote colgado de un boton.)

MAJO. (*Saliendo.*) Es un collon de siete suelas el tal alguacil... No hay que asustarse, señores... Eso no vale tres cominos.

ALCALDE. Qué, te atreves á bajar?

MAJO. Aunque fuera á los mismísimos infiernos. Cuerpo de Cristo! En sacando yo mi navaja... (*La saca, la abre y la pone atravesada en la faja.*) En preparando yo estos chismes... (*Saca dos pistolas, las carga y atraviesa tambien en la faja.*) Quién se atreve á escupir en mi presencia?

ESPOSO. No sea usted por Dios un temerario.

MAJO. Calle usted, só mandria.

ESPOSO. Mire usted que es un alma en pena.

MAJO. Nada mas? De un resoplido echo yo á volar todas las almas que estan en el mismísimo purgatorio. Voto al santo cielo! Y una alma sola hasta para asustar tanta gente!

ALCALDE. Con que baja usted?

MAJO. Al momento. Venga una cuerda. (*Se la dan.*) Esto es. (*Se amarra por la cintura con uno de los cabos, y despues de pasar el otro por la roldana, no sin mirar antes el estado en que esta se hallaba, lo entrega á los comparsas mas fornidos.*) Cuidado con no soltarla! (*Se introduce en el pozo.*) En cuanto yo lo mande, arriba con brio. (*Empezando la descension.*) Ira de Dios! Cuidado con tenerla firme!.... Poco á poco. (*Suena un quejido.*) Dios mio! Virgen de la O!.... Arriba... arriba por Jesucristo... Mas aprisa... (*Otro quejido.*) Que me muero! (*Asoma la cabeza; su semblante está pálido y sus ojos desencajados.*)

ALCALDE. Qué es eso? Para qué sirven esos chismes?

MAJO. (*Saliendo.*) Oh! vengo horrorizado!... Le tiré tres tajos y... nada; lo mismo que si diera en un bronce! No puede menos de ser el mismo diablo!

ALCALDE. Al fin, qué viste?

MAJO. Cosas espantosas!... Quién decían ustedes que se hallaba dentro?

ESPOSA. El alma de mi madre.

MAJO. La misma. No he visto cosa mas

igual!... Está envuelta en una sábana. Me miró con unos ojos!... Oh, es cosa muy horrible el alma de un difunto! Bastan las uñas que tiene.... Y qué brazos! Parecen las aspas de un molino. Y qué barbas!...

ESPOSA. Barbas mi madre!

MAJO. Sí señora. No sabe usted lo que se transforma un difunto despues de estar por allá quince días. Cuerpo de Baco! Si no me suben ustedes al momento me engulle sin remedio. Uf. No quiero acordarme...

(Salen el Cura y el alguacil: este con el caldero del agua bendita. Quizá no hallaron á mano el sacristan.)

CURA. Dios guarde á tan buena gente

ESPOSA. Oh señor Cura de mi alma, cuanto tardó usted!

CURA. Qué tiene usted, hija mia? Si un pobre capellan puede servir á usted en algo...

ALCALDE. Es el caso, señor Cura, que de este pozo salen unos ayes muy profundos.

CURA. Algun pobre que reclama los auxilios de mi ministerio?... Es muy extraño en los tiempos que alcanzamos! La religion está por tierra. La fe de nuestros padres se halla completamente estinguida.

ALCALDE. No señor. Segun parece, es el alma de la madre de esta señora.

CURA. El alma de su madre!

ESPOSA. No lo dude usted, señor Cura.

CURA. Inmenso es el poder de Dios, é incomprendibles sus altos juicios.

ALCALDE. Con que segun eso cree usted?...

CURA. Que bien puede ser. El Todopoderoso se vale de mil medios para tornar hácia sí las ovejas descarriadas. Pero la conocen ustedes? porque á veces suele tomar Lucifer distintas formas para tentar á los mortales.

ALCALDE. La señora...

ESPOSA. Es ella misma, señor Cura.

MAJO. Ira de Dios! Y si eso no es suficiente, basta que yo asegure haber...

CURA. No jure usted, por Dios, hijo mio.

MAJO. Es que me voy atufando con tanta duda.

CURA. Y no sabe usted, señora, lo que la trae por aquí?

ESPOSA. Oh señor Cura!

CURA. Dígalo usted sin miedo. Nosotros somos en la tierra los ministros del Altísimo, y ay de aquel que rebuse abrirnos su pecho!... Quiere usted decirlo en secreto?

ESPOSA. Sí, señor Cura.

(Se apartan á un lado. por supuesto á la vista de todos: no hay que tomarlo por mal camino. Despues de hablar algun rato se reunen al grupo general.)

CURA. Oh! En ese caso, ella es, ella es sin duda.

ESPOSA. Dígale usted algo por Dios; asegúrclele usted...

CURA. (Tomando antes el hisopo.) Silencio. (Se acerca al pozo.) O tú que te hallas en lo profundo de tales profundidades! Si eres el espíritu de Satanás, te conjuro en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo á que dejes estos lugares y desciendas á los profundos abismos.

TODOS. Amen.

CURA. Si eres el alma de alguno, en nombre de Dios te pido que me digas quién eres, de dónde vienes y qué buscas?

ESPOSA. No se canse usted, señor Cura; es ella misma. (Suenan dos quejidos agudísimos) Vé usted?...

CURA. Si por falta de algunas misas, no puedes entrar en el santo reino de los Cielos, te se dirán cuantas necesites. (A la Esposa,) No es verdad?

ESPOSA. Sí señor, sí señor.

ESPOSO. Pero dígale usted que se vaya.

CURA. Y para que puedas marchar mas tranquila, yo mismo seré quien las diga. (Al Esposo.) No es verdad?

ESPOSO. Sí señor, sí señor. Y de pronto tome usted...

UN SOLDADO. (Saliendo de un grupo general.) Ustedes disimulen...

CURA. Qué quiere usted hijo mio? Hay por hay otra alma en pena?

SOLDADO. No señor; pero si ustedes me permiten quisiera...

CURA. Bajar al pozo?

SOLDADO. Sí señor. (Asombro general.)

CURA. Oh hijo mio! eso fuera demasiado es-

citar la ira del Cielo. *(Al Esposo.)* Con que par^o cuántas hay?

ESPOSO. Para cincuenta. *(Le da un bolsillo que el cura no se demora en recoger.)* Desciendan los reales justos. Despues se le dirán...

CURA. Estan bien contados, no es verdad?

SOLDADO. No se enfaden ustedes si les interrumpo; pero yo quisiera... *(Mal gesto en el semblante del Cura.)*

ESPOSO. Lo está usted oyendo...

SOLDADO. Con todo si ustedes me permiten...

MAJO. Bajas tú! Cuerpo de Cristo! si llegas á verte dentro, se apodera de tí un terror que acabará con tus dias en menos de tres semanas. Vean ustedes... bajar el señor cuando yo!

SOLDADO. Apesar de todo si el señor alcalde...

ALCALDE. Muchacho, tu alma tu palma; pero advierte que tú solo serás el responsable de lo que te pueda suceder.

SOLDADO. Yo no ereo que haya peligro alguno.

ALGUACIL. Con que no hay peligro?... friolera es! Y el hallarse mano á mano con el alma de una vieja?

SOLDADO. No me hacen miedo.

CURA. Es una temeridad, hijo mio; y se espone usted á que Dios, que por mi boca le advierte el atentado que trata de cometer, le castigue severamente.

SOLDADO. Con que, señor alcalde, me permite usted bajar?

ALCALDE. Estás resuelto?

SOLDADO. Enteramente.

ALCALDE. Haz pues lo que te parezca.

ESPOSA. Por Dios, militar, no se esponga usted...

SOLDADO. No pase usted cuidado, patrona.

MAJO. Se ha mirado usted bien, camarada?

SOLDADO. Sí señor, A mí no me asostan las sábanas, ni las uñas, ni los brazos como aspas de molino, ni...

MAJO. Cómo! Se atreve usted...

ALCALDE. Haya paz, muchachos.

MAJO. Si no fuera que usted lo manda...

SOLDADO. *(Al Esposo.)* Cuánto tendrá de fondo?

ESPOSO. Diez ó doce varas.

SOLDADOS. Poca cosa. Y de agua?

ESPOSO. Menos de vara y media.

SOLDADO. Eso no es nada. Bajen ustedes el pozal... Ha llegado al agua?... Bueno... Ahora sujetar la cuerda... Eso es. *(Se introduce en el pozo.)*

ESPOSO. No se amarra usted?

SOLDADO. *(Bajando)* No hay necesidad ad.

CURA. *(Haciendo ademán de marchar.)* El Cielo te defienda, hijo mio.

ESPOSA. Se va usted señor Cura?

CURA. Si hija mia, no puedo presenciar estas cosas. Es un atentado!... *(Entra. Suena un gemido, á poco otro y luego tres ó cuatro; asombro general, todos se santiguan.)*

SOLDADO. *(Dentro.)* Ya cayó el pájaro. *(Crece el asombro.)* Subir un poco mas el pozal... Bien está.

VARIOS. Pero qué es?

SOLDADO. Ahora lo verán ustedes.

ESPOSO. No haga usted tal cosa por Dios ¡¡; Mi suegra otra vez en casa!!!

ESPOSA. *(Dejándose caer en una silla.)* Ay madre mia!

ALCALDE. *(Viendo asomar al soldado.)* Qué traes?

SOLDADO. *(Saliendo.)* Qué traigo?... *(Sale del todo sube el pozal, saca de él y arroja en el suelo un...)* Un... *(Sacudiéndose y regando la cocina y á todos los actores mejor que lo hiciera el mas diestro jardinero.)* Guáu, guáu, guáu!

TODOS. Un perro! *(Aquí está el un... de marra. Por supuesto que el escenario queda casi desierto en un abrir y cerrar de ojos.)*

ESPOSO. Un perro! y mis doscientos reales!...

ESPOSA. Mi madre en figura de un perro!

SOLDADO. Diga usted patrona; cuánto hace que murió su madre de usted?

ESPOSA. Mes y medio,

SOLDADO. En ese caso tranquilícese usted porque hace mas de nueve que este animalito me pertenece. El bribon quiso largarse; pero al fin pude dar con él, que no fué poca fortuna. Queden ustedes con Dios.

BALDOMERO MENENDEZ.

Á LA JOVIALIDAD.

Gracias, señor, gracias mil!
¡oh siglo... dichosa suerte!
ya nuestra edad se convierte
en bella edad infantil.

Ya en vez de los lagrimones
de romántico dolor,
los ojos del troyador
brotan risa á borbotones.

Ya á la sombra del ciprés
vagos, errantes, inquietos,
no nos traen los esqueletos
arrastrando por los piés.

Ni renéticos en pos
de la muerte anhelan ir,
que á todos hace vivir
el santo temor de Dios.

Murió la *fatalidad*,
los venenos se agotaron
y los *espectros* cruzaron
huyendo la inmensidad.

Ya todo es risa, placer
y pronto los pastorcillos
con sus tiernos caramillos
y el rebaño han de volver.

¡Qué risa ver convertido
en un alegre zagal,
en la pradera adormido,
á aquel que tanto ha gemido
sobre el *arpa funeral*!

¡Qué risa será escuchar
al son del toscó rabel,
suave, amoroso cantar
á aquella boca de hiel
que ayer nos hizo temblar!

¡Qué risa ver sus amadas
ayer mustias y amarillas,

mañana frescas, sencillas
tegiendo en las enramadas
guirnaldas de florecillas!

¡Qué risa será mirar
en el verde prado, ameno
el arroyuelo saltar
y en su espejo contemplar
el propio rostro sereno!

¡Qué risa hurtarle sus nidos
al mirlo y al ruiseñor,
y verlos como aturdidos
con sus trinos doloridos
nos vuelan en derredor...!

Gracias, señor, gracias mil!
¡oh siglo... dichosa suerte,
si nuestra edad se convierte
en bella edad pastoril!

Si en pos de las maldiciones,
del romántico furor,
viene el alegre pastor
con su flauta y sus canciones.

CAROLINA CORONADO.

EL TABACO.

Canten otros el *nabo* y la *judía*,
cantar que tiene á fé, cuatro bemoles ;
lleve otro su poética manía
hasta el extremo de cantar las *coles*,
otro cante mañana ú otro día
la gloria del arroz con caracoles;
mas con permiso yo de *Horacio Flaco*
canto las alabanzas del *tabaco*.

Si algun bien positivo á España trujo
náuta atrevido el genovés *Colombo*,
no el oro fué que Potosí produjo,
no el tostado café que sirve *Pombo*,
ni de otros varios artículos de lujo;
no ; ¡nada de eso! ó yo soy un zambombo
ó no vino de allá ¡voto á Dios Baco!
mercancía mas útil que el *tabaco*.

Negro, como el Brasil lo fabricaba
para arrollarlo en sempiterna sogá,
que dulce al catalán como guayaba
le parecía cuando estaba en boga,
ó en luengo puro, que hace echar la baba,
ó en papelillo envuelto como droga,
ó quemado en la pipa al modo austriaco,
inestimable yerba es el *tabaco*.

Reine la ley ó el despotismo aleve,
de la santa igualdad él es la escuela.
Fuma el último *quidam* de la plebe;
fuma el prócer que brilla en carretela.
¿Qué hombre á decir á otro hombre no se atreve
hágame usted el favor de la candela?
¿Quién la niega al mas ruin hominicoaco?
¡Oh virtud fraternal la del *tabaco*!

¿Qué importa si los pobres lo consumen
de Virginia ó Kentuquí, á cuarto el puro?
¿Qué importa que otros prójimos lo fumen
habano rico la docena un duro?
La calidad ¿qué importa si, en resúmen,
flojo ó mas fuerte, claro ó mas oscuro,
barato ó no, por consecuencia saco
que todo ello es fumar, todo es *tabaco*?

Un cigarro las fuerzas restituye
al tostado jayan que caba y suda;
la bota el zapatero no concluye
si el humo del cigarro no le ayuda,
el letrado con él ehupa y arguye,
y si la gota crónica y aguda
aflije al sesenton hipocendriaco,
le alivia, mas que el médico, el *tabaco*.

Al jugador que pierde su dinero,
al aguador que rompe su botijo,
en su hondo calabozo al prisionero,
al pregonado reo en su escondrijo,
al demente en su jaula, al mundo entero
es consuelo el fumar. ¡Oh qué bien dijo,
llámese Pedro ó Juan, Diego ó Ciriaco,
el que dijo: *á mal dar tomar tabaco*!

¿Quién no ha visto en presidios y cuarteles,
cual su hacienda Esaú por un potaje,
vender á veterano los noveles,

tras del último harapo de su traje,
y aunque sufran despues ansias crueles
y el estómago hambriento se relaje,
el cotidiano pan negro y bellaco
para comprar dos onzas de *tabaco*?

Aunque andrajoso, abigarrado y feo,
el soldado español vaya á la guerra
y tenga que vivir del merodeo
y descansar sobre la dura tierra,
porque las corbas uñas de un hebreo
roban la plata que el tesoro encierra,
derrotará al calmuco y al cosaco
si no le faltan pólvora y *tabaco*.

Amigo (otros dirian alcahuete)
es de amor el *tabaco*: So pretesto
de encender un cigarro, el mozalbete
á declarar su fin, no siempre honesto,
en el lugar de Filida se mete...
aunque se espone á que con agrio gesto,
si es sorprendido haciendo un arrumaco
padre ó rival le den para *tabaco*.

Y ¡qué es ver á un currillo malagueño,
despues que en Estepona hace el alije
y el género cubano ó brasileño
resguarda del resguardo en un cortijo,
con una mano, de su dulce dagaño
la cintura estrechar... ¡ay regocijo!
mientras tiene en la otra su retaco
y en la boca la muestra del *tabaco*!

Y qué es ver sobre el puente de Triana
á babor ó estribor terciado el dengue,
pasearse la gárrula gitana
columpiando con brio el *bullarengue*,
y encendido un chicote de la Habana
desafiar osada á Dios y al *menque*!
Moveria á un bajel su aire de taca
y á otro el denso vapor de su *tabaco*.

Y si tomado en humo por la boca
da el *tabaco* momentos tan felices,
¿qué gratas sensaciones no provoca
cuando en *polvo* le gozan las narices?
Dígalo la abadesa con su toca;
díganlo mas de tres sobrepellicas.

Cura hay que sorberá *sal amoniaco*
y dira en su ilusion: ¡qué buen *tabaco*!

El segador que viene de Galicia
flaco vuelve á su tierra como alambre.
Por ahorrar un ochavo, ¡vil codicia!
se dejará morir de sed y de hambre.
Solo el *polvo* es su orgullo y su delicia
aunque en vez de rapé huela á cochambre;
ni siente ver vacío el sucio saco
sí el *fusique* está lleno de *tabaco*.

Finalmente, el *tabaco* es cosa grande
ya al paladar ó á la nariz se pegue,
y al que lo niegue, Dios se lo demande,
si hay algun temerario que lo niegue,
y sin que humana súplica me ablande
yo esclamaré *fumando*: ¡al cielo plegue
que salga un golondrino en el sobaco
al que sea enemigo del *tabaco*.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

¿QUE ES UN JAIKE?

Si hubiera justicia en el mundo, los primeritos que no verian mas luz que la colada por los hierros de su jaula serian ciertamente los figurines, y todo mequetrefe (al Panléxico), cuya única mision parece ser la de cundir sus desatinos, sus modas y sus sayos improvisados; alborotando las ciudades y las aldeas, y sacando de quicio á los hombres mas sesudos y estacionarios que se conocen. Y para que vean nuestros lectores la razon con que hablamos: ¿tienen la bondad de decirnos lo que es un jaike? pensaréislo bien si teneis la cabeza para análisis y analogías, pero no dareis pié con bola.

Este traje se conocía en la antigüedad, pero no es ahora lo que era antes, pero no es el espíritu de aquellos remotos siglos el mismo que en el presente ha imperado su resurreccion; pero no lo usan ahora los que lo usaban antes; pero el nombre con que ahora lo conocemos ni es nuestro, ni es voz inventada nuevamente, ni es de aquellos, sino de otros, y de otros menos antiguos... ¡Ya tiene alma la ensalada que he-

mos hecho con los jaiques! Lector mio, averiguante como puedas con mis periodos, que yo veré por donde salgo.

Pues como iba diciendo (sí es que á esta hora he dicho algo), el jaike es un traje JUDÍO (spiritus sancti gratia etc.) llamado *taletth*, que quiere decir *sobre todo*; y así se usa ahora, aunque el *todo* sobre que lo llevan suele ser una camisa buena ó mala, ancha ó estrecha, larga ó corta, que yo no me meto en camisas tengan las varas que tuvieren. Eran de una sola tela, cabal; eran largos, crecerán tambien, en el año pasado no pasaban del muslo, y ahora pasan de la rodilla: el jaike seguirá la ley de los graves. El *taletth* judío era de una sola tela y con pocas costuras, justamente: una hilera de botones de alto á bajo, no hay mas que pedir; las trenzas y cordones del jaike no son otra cosa que el *zizit* rabino, que aumentaban al gusto si querian parecer mas religiosos, así como tambien se añaden ahora estos adornos por los que quieren parecer mas elegantes. Un español es ahora cristiano en el nombre, y judío por la corteza: quitadles el corazon y quedará la cáscara: hay hombres que por nada se tendrían sino tuvieran jaike.

Sin embargo, es menester conocer que la evolucion del *taletth* rabino merece las simpatías de todos; y no se crea que podemos hablar con calor, cosa que no es posible en el mes de enero. Pero cuando la atmósfera se *pronuncia* en fuego, y Reaumur se encarama á los 23, y de ahí para arriba el jaike es una necesidad. El cuerpo humano reclama en el estío la anchurosa libertad y la independéncia de las capas y de todo paño, con el fervor mismo que el cuerpo social pide la abolicion de la tiranía. El jaike ¡quién lo creyera! es para el cuerpo humano, lo que para el social, por ejemplo, una prensa periódica con libertad, una representacion: un derecho electoral; á saber, el contrapeso del despotismo y el entibo de la independéncia. Tan exacta es la comparacion, que hemos visto en nuestros dias apalecar á los usufructuarios del jaike con el apéndice de un sombrero albino.

Lector mio, si de noche ó por la mañana, en la calle ó en el paseo te preguntáren ¿qué es un jaike? dirás conmigo: ese nombre es árabe, ese

trage es judío, y el que lo lleva... espérate, pacientísimo lector, que no te lo puedo decir ahora. Se han puesto los hombres en una disposición, se visten de tantos colores, hablan tantos idiomas, que no es fácil conocerlos tan de pronto. Esa mirada te parecerá de un asesino, esa harba de un conspirador, su continente de un filósofo, y su traje de un judío neto... como que lleva jaíke... Si será, si no será... ¿si habrá venido este israelita de la otra parte del río *Sabbatico* donde diz que tienen organizada su tribu?... Con mas exactitud que un buen hipomodio da á conocer los quilates del oro, y un pesalicores la fuerza del vino, y un agente de candidaturas la suma de sus votos, puedo yo dar á los curiosos una seña inequívoca con que pedrá conocerle, una seña que es lo mismo que un desengaño, caso por supuesto, porque nada se hace *gratis*. Ea, pues allá va... *los judios se circuncidan*: ya es tan caro el desengaño, que nadie querrá averiguar lo que pasa de botones adentro.

M. MUÑOZ Y GARNICA.

FÁBULA.

EL ÁGUILA Y LA BALA.

Dicen que apostó una bala
con un águila á volar,
y esta dijo sin tardar:
vete, plomo, noamala.

¿Quién á estas plumas iguala
con que hasta los vientos domo?

Mi cuerpo de tomo y lomo
verás donde tú no subes
que esto de andar por las nubes
no es para un ave de plomo.

Despreció la bobería
siempre la bala en sus trece
diciendo ¿á quién se le ofrece
negarme la primaría?

¿Pues no es mas claro que el día
que nunca mi vuelo igualas?

En mal camino resbatas,
ave infeliz, porque en suma
si son tus alas de pluma,

de pólvora son mis alas.

Ni el ave la lucha esquivaba
ni la bala se convence.—

¿Probamos á ver quién vence?

— Arriba. — Vamos arriba.

Subió la bala tan viva
que dió á su rival anteojos;
pues fué para darla enojos
y centuplicar sus quejas
un estruendo á sus orejas
y un relámpago á sus ojos.

Subió el águila con calma
cuando la bala caía,
y la dijo: amiga mía,
¿quién se llevará la palma?
Si te hundes en cuerpo y alma,
paciencia, yo no desmayo.
Harás de tu capa un sayo;
pero que sepas es bueno
que el que sube como un trueno
suele bajar como un rayo.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

EL HOMBRE-BARRENA.

El *hombre-barrena* se compone de dos brazos que se mueven sin cesar en todas direcciones: anda menudito y no para: los hay de todas dimensiones y estaturas, pero generalmente son bajitos: los hombres largos, por sola esta circunstancia tienen cierta longanimidad que los hace ineptos para el género de vida del *hombre-barrena*. Por lo demas, este animal tiene mucha semejanza con el raton, entre el cual y la comadreja es un término medio. La principal condicion del *hombre-barrena* es la actividad; trabaja sin descanso, y no cesa de roer hasta que se hace un hilo; tiene toda la movilidad de la ardilla y toda la tenacidad de la rata: estar á la espera y echársele encima, es el único medio de cazarlos: sin embargo, se domestican fácilmente; pero se debe tener con ellos mucho cuidado, porque son aviesos y se pintan solos para armar tretas: despues de domesticados, sirven al amo con mucha eficacia, siempre que el amo

no deje de estarles presentando continuamente el cebo, el cual con que sea de queso basta; porque no son animales carnívoros.

Esta especie de individuos ha degenerado mucho, pues sin duda proviene del *megaterio*, que tenía enormes uñas, y de cuatro zarpadas se hacia la cama; ahora sin embargo el *hombre-barrena* no se la hace sino á fuerza de constancia, trabajando poco á poco cuanto alcanzan sus fuerzas, hora por hora, minuto por minuto. El *hombre-barrena* inventó sin duda aquel refrán de *poco á poco hila la vieja el copo*; al menos si no lo inventó, lo ha aprendido de memoria.

Dadle al *hombre-barrena* una corteza de naranja, y hará de ella una casita; dadle una nuez, se comerá lo que tiene dentro, y de las dos cáscaras hará dos navíos; dadle un grano de uva, y hará vino.

El *hombre-barrena* se encuentra en todas partes: generalmente principia su carrera por ser pobre, en cuyo estado anda siempre husmeando donde cuecen habas; apenas las huele, ya está dentro y se ofrece á servir de marmiton. ¿Le encargáis que espume y dé vuelta al puchero? No tengáis cuidado, de repente es un cocinero completo, no se aparta del hogar, y todo lo hace á las mil maravillas. En cuanto ha comido se dedica á buscarle algun flaco al amo para aprovecharse del descubrimiento, á todas partes lo sigue, á todo está dispuesto: vuelve á casa, y apenas ha entrado, ya ha calculado donde hacerse la cama para dormir aquella noche: en seguida obsequia al ama; si recibe un sofion no se desanima, pasa á hacer el amor á la hija; si esta le desprecia, principia á capitular con la criada: al año ó año y medio el amo de la casa ya está comido por los piés. Verdaderamente el *hombre-barrena* es dañino y temible, porque á pretexto de una diligencia constante y de una servicialidad minuciosa, se apodera por el lado del interés de aquel á quien sirve, y bajo la capa de su devoción lleva escondido el agudo puñal de su astucia. No es esto decir que el *hombre-barrena* sea de indole perversa, sino que es de falsa condicion, hija de un deseo immoderado de fortuna, junto con una inteligencia reducida, de donde proviene que su corta comprension, se vé en la necesidad de recurrir á una doblez mezquina,

así como quien carece de fuerzas físicas echa mano de la simulacion y la maña.

Asombra lo infatigable que es el *hombre-barrena*: figuráoslo en medio de un desierto, y suponed que le dice Dios desde el cielo estas palabras: «Morarás hasta el fin de tu vida en este yermo donde solo musgo dá la tierra, y nunca jamás verán tus ojos un semejante tuyo, ni quien de aquí te pueda sacar, ni cosa que te pueda valer, ni piedra donde reclinar tu cabeza en el sueño.» Ahora bien, uno cualquiera que se hallare en este caso, apenas oyera condenacion semejante no dejaria de decir cuatro frescas al mismo hijo del sol, en seguida se daria á todos los diablos, y haria frente á su desventura, y lucharía brazo á brazo con el destino como un gigante contra un gigante, hasta caer muerto y no rendido. El *hombre-barrena* trataria de reducir á su juez, y viendo que no habia remedio, temeroso de tener rabia, porque el otro, que podia mas, no se lo conociera, se sentaria hecho un ovillo y principiaría á girar sobre las posaderas como un molinete; al cabo de veinte años ya habria hecho un hoyo, al cabo de veinte y cinco ya tendria nido. Esto es tan verosímil que hasta las mismas tradiciones populares vienen en su abono, y así es que se cuenta de un *hombre-barrena* que en los primeros tiempos de Roma, queriendo heredar á un tío que lo tenia en su casa, se subia todas las noches á un cuarto somero, y por un agujerito que daba sobre la cama del tío, le echaba á este en el cogote un par de gotas de agna fuerte mientras estaba durmiendo, y cumplió con esta tarea quince años seguidos, hasta que el buen viejo se murió de una llaga incurable en la frente; lo cual sabido despues por el público, y en razon de haber tenido el tío un cogote duro como la piedra, dió márgen á aquel dicho tan antiguo de *guta sæpe cadendo cavat lapidem*. Por donde no tiene nada de extraño diga yo ahora que el *hombre-barrena* á fuerza de escupir al suelo hará un mar proceloso; y embarcado en un sombrero, si no halla barco mejor, se irá á comerciar por todas las costas del mundo, y se hará mandarin de la China, y vendrá al fin á ser ministro de la monarquía constitucional de España.

Dadle lugar y tiempo á un *hombre-barrena*, y

el socabará los fundamentos mismos del mundo; la acción suya y la del tiempo son iguales, lentas pero infatigables, con una continuidad que asombra. El *hombre-barrena* no duerme, no digiere, no fuma, no habla, no está sentado, no bebe, no come, el *hombre-barrena* no hace mas que roer, al mundo entero revuelve y aturde con su roimiento. ¿Oís gritar por las calles con cadencioso tonillo: aaa coomponeer ttiinajas, platos y fueentes? es el *hombre-barrena*: ¿veis al *pobre diablo* anunciando de valde sus géneros en el Diario? el *hombre-barrena*: ¿ois charlar en el Congreso? el *hombre-barrena*: ¿leéis un periódico cualquiera hoy día? el *hombre-barrena*: ¿veis el concurso que hay en casa de un capitalista? el *hombre-barrena*: ¿ois por la noche un pequeño ronco ruido, intermitente y acompañado en la madera vieja del catre? el *hombre-barrena*: el *hombre-barrena* donde quiera, múltiple, roedor, astuto, infatigable.

¡Oh prodigiosa mudanza de las cosas! ¡Oh poderosa mano del destino que tan lentamente modificando la condicion humana sin echarlo ella de ver, va labrando en la frente de la humanidad el misterioso emblema de un porvenir siempre escondido, arrojándola por una imperceptible pendiente hasta que tope y se rompa la crisma contra algún mal demonio que la esté esperando, ó bien se encuentre dulcísimamente mecida y bañada en algun lago que abajo pueda haber de agua rosada! y esta reflexion me la arranca el considerar que las antiguas sociedades, en que tanto predominaba la síntesis de las pasiones y afectos, fueron víctimas de la irrupcion de los bárbaros, y que las sociedades modernas, cuyo emblema es el análisis, son víctimas de una universal irrupcion de *hombres-barrenas*; en el antiguo mundo los bárbaros estaban fuera, en el moderno estaban dentro; y si comparais la condicion de aquellos dominadores con la de estos dominadores tambien, no podreis menos de esclamar como yo prodigiosa mudanza de las cosas!

El *hombre-barrena* manda en el mundo, porque como es múltiple con tanta estension y como siempre anda haciéndose casa, no hay punto donde no haya establecido sus reales. En los buenos tiempos del absolutismo, principió por

establecerlos en el Rastro; hoy dia los tiene ya en los parlamentos inviolables. En los oficios, creó el de zapatero de viejo; en las industrias, la máquina de hacer alfileres; en el tráfico, creó el del ropavejero; en el comercio, creó las prenderías; en la imprenta, la prensa periódica; en la filosofía el eclecticismo; en la política, el sistema representativo. El *hombre-barrena* es el inventor de la cola-piscis, de la piedra rasoria, de los gemelos, de los carteles de las esquinas, de las covachuelas, del arte poética, del modo de quitarse las pecas de la cara, de los candiles de cuatro mecheros, de los vestidos de arlequin, de las coberteras de hoja de lata, de los reyes constitucionales, de las casas de beneficencia y de los diamantes de vidrio.

¿Véis aquel animal débil, asustadizo y cauteloso que va disimuladamente detras de aquel leon para aprovecharse de los despojos de la pella? aquel es el *hombre-barrena* que se ha apoderado de todo en este mundo, porque semejante al aceite que por todo poro penetra, como el mercurio que se come el oro, es fusible, sutil, tortuoso, semejante al calórico que en todas partes se mete ¿cómo pues extrañais que se haya apoderado de todo, hasta del imperio de las naciones? Ni podia menos de suceder asi; el *hombre-barrena*, que no puede volar, no hace mas que reunir piedras para construir una escalera: las piedras son las flaquezas de la inteligencia agena y los defectos de la constitucion social; como esta presenta tantos intersticios al diente roedor de la polilla, la polilla corroyó las entrañas de la sociedad, y esta tuvo gangrena y gobierno representativo. El criminal lucha brazo á brazo con ella, el tirano la domina á la fuerza, el *hombre-barrena* la ulcera.

El *hombre-barrena* es la langosta, las chinches en catre viejo, las hormigas en la era, los ratones en el gabinete del sabio. ¿A dónde irá uno que logre escapar del *hombre-barrena*?

Concluiré este escrito con una observacion de mucho peso en la historia, y así se sacará algun fruto de leerlo. Yo por lo que me he ocupado del *hombre-barrena*, no dudo que las plagas de Egipto no fueron siete sino ocho: me fundo en que habiendo querido Dios castigar á esta nacion, los *hombres-barrenas* que en ella hubiera

la habrían castigado bastante; mas de haber Dios echado mano de diversas plagas, es preciso inferir que á quien quiso castigar era á otra plaga de *hombres barrenas* que allí había, con lo que mi aserto está probado. Y vean ustedes cuan incorregibles son los *hombres-barrenas* cuando ni aun así han escarmentado, y siguen royendo el mundo.

En verdad, en verdad que del *hombre-barrena* se dijo: «capaz es de comerse á san Anton por el pie.»

I. OVEJAR.

MODAS DE ESPAÑA.

Toda vez que saben nuestros lectores las modas de Londres y París, justo es decirles algo de las modas nacionales.

La moda mas general en España, de la cual ninguna persona decente debe eximirse, es suscribirse á LA RISA. Sin estar suscrito á LA RISA no se puede ser elegante, no se puede ser ilustrado, no se puede ser feliz.

Por lo que respecta á trages, reina en España la misma anarquía que en todo lo demas. La

libertad en el vestir raya en licencia, y para ser elegante es preciso hacerse original. Unos visten á lo *parisien*, otros á lo *dandy*, y no son pocos los que con su capucha trasera están hechos unos musulmanes; pero es de advertir que todos estos elegantes son aprendices ó asalariados por los sastres y sombrereros para adquirir parroquianos. Pueden calificarse de *figurines movilizados*.

Los verdaderos elegantes se dividen en tres clases en España, á saber: aristocrácia, justo-medio y democrácia. Las facciones de persona, no se estilan ya; son cosa muy antigua para que el buen gusto las tolere, así es que es condicion precisa que los elegantes de España tengan cara de fiera, de avestruz ó de otro irracional cualquiera; pero las que están mas en boga son las de zorro en la aristocrácia, las de urraca en el justo-medio, y las de papa-moscas en el pueblo honachon ó sea la democrácia.

Los hombres zorros llevan sombrero apuntado, levita de muleton abrochada, pantalon de ante ajustado, y botas por encima del pantalon. En vez de pañuelo, llevan un capon asado en el bolsillo, para no morir de hambre.



Los hombres urracas visten á lo payaso. Sombrero blanco, gaban corto abrochado, pantalon

á lo *don Julian*, es decir, sin trabillas como *don Julian Manzano* los apetece, y botas sin betun.

Los hombres popa-moscas usan sombrerito á lo cesante con escarapela blanca, que es signo de paz, gorro negro debajo, gran cuello de camisa, corbata blanca, casaca antigua, calzon corto, y zapato con hebillas, todo de pega.

En cuanto á profesion solo los papo-moscas la tienen. Los demas elegantes no tienen necesidad de ella. La gran moda de España es APROPIARSE LO AGENO.

COSTUMBRES RUSAS.

SAN PETERSBURGO 6 de febrero de 1844.

Gracias á mis amigos, pude conseguir dinero para el viaje. Gracias á mi dinero logré un asiento en las Peninsulares, y gracias á estas, salí de la corte, no sin sentimiento de perder por algun tiempo los gozes y guaridas que en Madrid me habian proporcionado mis diez años de permanencia. Melme en la diligencia como Pedro por su casa, despues de calcular y temblar y recelar y reflexionar qué clase de compañeros me tocarian. Decia yo, porque sabia que todos los asientos estaban ocupados legítimamente; si á cada uno le diera la gana de ser un hombre gordo, y quien dice un hombre dice una muger, ¿qué seria de mi cuerpo y de mis brazos y de mis piernas atravesando en prensa tantas leguas? Y se conoce que mis compañeros de viaje, que ya estaban acurrucados cuando yo monté, abrigaban el mismo temor; porque cuando les anunciaron mi llegada, sacaron la gaita por la ventanilla y esclamaron con tono de satisfaccion: ¡Albricias, que tambien es delgado! Tócame buena gente en honor de la verdad, y no aventuraré nada en decir que tambien yo simpatice con los viajeros. A la media legua escasa de camino, todos sabíamos nuestras vidas y milagros; sacamos cada uno nuestra merienda, y tomamos aliento para proseguir con ánimo tan larga y penosa expedicion. Mi compañero de la izquierda, jóven del año setecientos y pico, abogado segun nos dijo, y no segun las apariencias, traía sumerjido en un bolso del chaleco un frasco de licor de apio, que nos brindó sin duda de

muy buena voluntad, y nosotros porque no dijera se lo bebimos con la mejor fé y sinceridad del mundo. Valia este ciudadano un caudal para compañero de viaje, sino fuera por un maldito mozo que tiene en casa, á quien él llama su *cachican*; porque sin duda le viste de deshechos, y aunque una prenda se le caiga de mugre, antes que tirarla, prefiere ir incamodado todo el camino á que su *cachican* carezca de ella. Digo esto, porque cuando rompimos la marcha le vimos un sombrero entre las piernas, que desde que hay sombreros en el mundo no se ha visto cosa mas detestable. Era de una cosa que en algun tiempo fué seda sobre fieltro, y ahora tenia honores de grasa sobre sebo. Si le hubieran arimado una mecha, arde él, arde la diligencia, y ardemos todos como hachas de viento. Era mas que viejo, porque los viejos solo se quedan calvos de la cabeza, y él no tenia un pelo en todo el cuerpo. El ala habia volado para siempre á pesar de que su amo le daba muchas alas con sus caricias: la copa era tan pequeña que no podria uno embarracharse aunque se la bebiera llena de ron; y por último, lo mejor que tenia era la cinta de una seda blanca muy parecida al bramante. Picados todos de la curiosidad, preguntamos al camarada qué destino reservaba para aquel mueble tan inútil. ¿Cómo que inútil? nos contestó el amigo: si está casi nuevo, dejen ustedes que le pasen la plancha, y verán cosa de gusto. A fé que le está esperando mi *cachican*, que si no fuera porque va á contraer matrimonio, y le quiere estrenar aquel dia, maldito si yo enagenaba este glorioso recuerdo de mis antepasados. Y esto diciendo, le tomó con ambas manos con mas cuidado que si llevara un niño Jesus de cera ó un castillo de dulces. Entre estas y las otras, pasamos los Pirineos con un frio que nos soplabamos las uñas. Echamos un sueño, y cuando despertamos deseosos de tomar un refrigerio, y mas de estirar las piernas, preguntamos al mayoral que cuándo mudaban el tiro. Ya pronto, respondió el de la diligencia; en llegando á Moscow. ¡A Moscow! esclamamos todos los viajeros asombrados. Si señeres, á Moscow! replicó el mayoral; y dando cuatro latigazos á las mulas, prosiguió la marcha cantando:

En Cádiz tropezó un fraile
y en Sevilla se cayó.
Se fué rodando hasta Francia
y en Rusia se levantó.

Paró por fin el coche, bajamos á comer, y por unas pocas patatas fritas con agua, que nosotros llamamos cocidas, nos hicieron aflojar un duro por barba. Nosotras decíamos que eran cocidas, y el posadero sostenía que eran fritas; y nosotros contestábamos ¡que no son fritas! y el posadero replicaba ¡que no son cocidas! y entre estas y las otras, y sobre si fueron fritas ó fueron cocidas, se armó una de palos, que ya me pesaba haber salido de Madrid, como á don Frutos Calamocha haber abandonado á Belchite.

Harto de llevar las piernas encogidas, tuve por conveniente no volver á montar en la diligencia, y continué mi camino en el caballo de san Francisco. El termómetro apuntaba 10 bajo 0. y yo creí perder las narices de frio, como sucede por esta tierra á mas de cuatro. Encontré muchos caminantes sin orejas, sin narices y sin dedos, y eso que se toman muchas precauciones, y apenas sale un hombre de su casa sin llevar un brasero en la tripa colgado como quien lleva una caja de fósforos; pero amigos míos, en Rusia hace mucho frio, principalmente en Moscow desde que le quemaron sus habitantes con motivo de la invasion de Bonaparte. Yo espero salir pronto de esta tierra de nieves, y aunque me derrita los huesos pienso no parar hasta la línea equinoccial donde los pájaros se achicharran de calor.

Cosas muy orijinales tengo que contar de Rusia. Sus costumbres son tan chocantes, que á cada paso ofrecen espectáculos increíbles á los hijos de mediodía. Aquí como el que tiene pan, y el que no, ayuna; pero lo mas admirable está en que todos comen por la boca, huelen con las narices, oyen con las orejas, y andan en dos pies, excepto algunos que andan en cuatro como en España, no sé si por instinto, ó porque no les han enseñado mas. Lo que no me estraña nada, porque estoy acostumbrado á verlo en mi tierra todos los días, es que por acá los pobres son millonarios y los ricos piden limosna. Los jóvenes están todos con un pié en la sepultura, y los

viejos empiezan á vivir. A los soberanos se les trata como si fueran verdugos, y los verdugos mandan y tienen vasallos y condecoraciones y tratamiento de Magestad. Hasta los virtuosos son malvados, hasta los liberales son serviles, y hasta los creyentes son ateos. Todo anda trocado por esta tierra, señor Ayguals: no venga usted por aquí, donde los literatos estan podando viñas, y los cabadores hablan de literatura, que es de ver á estos patanes criticar á los ingenios y dirigir la opinion pública. El año pasado un mozo de labor que era alcalde, metió preso á su amo. Es verdad que luego el amo le despidió, y desde entonces que no come; pero por un gustazo ¿quién no lleva un trancazo?

Lo que le divertiria á cualquiera de esa tierra lo mismo que á mí, es el ver todas las profesiones trocadas. Es de ver al cura tomando el pulso á los enfermos, y el herrador cantando misa y confesando á los devotos. El sacristan afilando tijeras, y el boticario gritar por la noche en la calle ¡las doce en punto.... y sereno!!! Aquí cortan el pelo y afeitan los carpinteros con el escoplo y la azuela; y yo por mis propios ojos he visto á un sartenero estañar las patas á un galgo que se perniquebró cayéndose de la cama. Y porque el perro no sanó, quisieron formar causa al calderero y embargarle los bienes, á lo que el pobre hombre contestó: ¿qué bienes: señores, si no tengo mas que una burra vieja, que está para entregar el alma al Redentor?

Me olvidaba lo mas interesante de las costumbres rusas, que es la parte de diversiones. He estado en el teatro de Moscow, que es un puerto de Guadarrama: he dicho poco, es el Polo Glacial; pero la compañía no he visto cosa mas caliente y destemplada, no sabe hacer mas que tragedias. Algunas veces parecían oír los versos de Breton de los Herreros y don Ramon de la Cruz; pero luego me desengañaba de que lo que presenciaba, no era sainete ni comedia de costumbres, porque en este género de composiciones no hay catástrofe, y las funciones que yo he visto, todas han acabado en una espantosa y sangrienta degollacion. Salí una noche el autor á anunciar que al dia siguiente se despedia la compañía con la representacion de Carlos II. ¡Pobre Carlos II! Los trages no eran malos, pe-

ro había anacronismos y contrastes tan graciosos como una Inés con ropaje antiguo y peinado á la moda, y un fray Froilan con barbas de capuchino y hábito de dominico. Sin embargo, la función fué completa; porque para darla mayor interés, convino la empresa en rifar ¿qué dirán ustedes? ¡UN CARNERO!!! Apenas podía yo creer lo que escuchaba. Se han visto en el mundo monstruosidades, como niños de tres cabezas y corderos con cuatro patas; pero rifar un carnero en una función dramática es un fenómeno que no han visto los nacidos. Merece ser embalsamado el autor de la ocurrencia, y ocupar un lugar preferente entre los bichos raros de la Historia Natural. Con mas miedo que si metiera mano en cántaro para salir soldado, presenciaba yo la rifa del carnero, rogando vivamente al cielo que no me tocara la suerte de llevar los cuernos á casa; pero no me valió. Parece que la suerte dijo para mí, al que no quiere caldo, la taza llena: y así fué, salió el 124 premiado, que era exactamente el número de mi asiento. Corrimos al pronto de vergüenza: pero luego dije: venga la pieza, que mas vale algo que nada: puede que si Dios me ayuda, dentro de un siglo tenga una piara de dos ó tres mil cabezas de ganado; y estoy resuelto á dar al carnero una vida como un obispo. Ocurrióme alguna dificultad al tiempo de bautizar la criatura, porque llamarle Carlos II hubiera sido rebajar la dignidad del carnero. Llamarle fray Froilan, sobre ser impropio, tiene algunos visos de reaccion; por lo cual determiné llamarle *el hechizado*. Solo me resta decir por hoy, que pián pián me vine con mi *hechizado* á esta aldea de San Petersburgo, donde permaneceré hasta que las nieves me dejen tomar otro rumbo. Aquí estoy sin saber de ustedes, ni de los compañeros de diligencia, ni del *cachican* cuyo sombrero tan alegres ratos me dió durante el camino.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

A D. WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

Tú que tan pendenciero y ergotista
viniste al mundo para armar camorra,

y no hay poder de Dios que te resista,
¿Quieres ver como en fin, ya que tan porra
en paz á tus cofrades nunca dejas,
te hago pedir á Dios que te socorra?

Cual el lobo el balar de las ovejas
tal vez desprecies mi atrevido reto,
sin enojarte ni fruncir las cejas.

Perdona, Ayguals, perdona si indiscreto
te busco conociéndote la boca,
conozco que me meto en un aprieto.

Bien sabe este infeliz que te provoca
que no temes ridículas bravatas,
porque son todas para tí bicoa.

¿Qué caso debe hacer de un papanatas
quien arrollar logró con sus *judias*
del picante Villergas las *patatas*?

¿Qué caso debe hacer de frustrerías
quien á Zorrilla, defensor de *flacos*,
á asestar obligó sus baterías?

«No me bato, dirás, con monicacos;
sin bala en el fusil, si les embisto,
les aturdo tan solo con los tacos,

«¿Has creído, Ribot que todo el pisto,
todo el jugo apuré de mi cerebro
á fuerza de pensar? ; no, vive Cristo!

«Antes que sea tal, sin agua el Ebro
y sin partidos has de ver la España,
pues yo por mas que gaste nunca quiebro.

«Armate de valor, ya que mi saña
osaste provocar: pide paciencia
á un buen marido ó pescador de caña.

«Muy mal vas á salir de esta pendencia
que has suscitado, desdichado vate,
no sabiendo prever la consecuencia.

«No contra el *gerundiano chocolate*
he gastado, Ribot, tódos mis brios.
ni vengo fatigado del combate.

«Nunca se agotan los esfuerzos míos;
la vida paso, cual andante hidalgo,
aventuras buscando y desafíos.

«No cual la avispa vil de armas me valgo
que sepultadas en la herida queden;
siempre con ellas de las luchas salgo.

«Si nada en tí tales razones pueden,
partido elije y el que quieras toma;
liero soy con tenaces que no ceden.

«Y pues te has empeñado en meter broma;
mete broma, infeliz; nada me asusta.

se que no irás por penitencia á Roma.»

Eso dirás, Ayguals, y eso me gusta;
á musa menos fuerte ó mas cobarde
no retára tal vez la mia adusta.

Porque puedes de bravo hacer alarde
quiere luchar con tigo en guardia ponte,
en guardia, en guardia ¡ voto á san! que es tarde.

Y antes que con preámbulos te atonte,
antes que diga el vulgo que parodio
el parto tan ridículo del monte.

Todos los frenos romperé del odio
que inspira el carácter penitenciero,
sin permitir que sea un episodio.

No te sonrías, no, que del mas fiero
no es siempre la victoria, y á menudo
al mas humilde cede el altanero.

David el arrapiezo matar pudo
al gigante Goliat, que parecia
que habia de almorzarle entero y crudo.

La fragata que golfos desafia
y triunfa del furor de cien tormentas,
muere á veces en plácida bábida.

Y el maton que de víctimas sangrientas
cementeros pobló con su florete,
y de la iglesia duplicó las rentas,

Muere á manos de un torpe mozalvete,
que sin tener una noción de esgrima,
el acero en el hígado le mete.

Esto sabiendo, Ayguals, no me da grima
tu superioridad, ni todo el eco
de tus glorias sin fin me desanima.

Me tratarás, lo sé, de chuchumeco,
gran rival de Villergas y Zorrilla,
pero no te hagas por piedad el sueco...

¿ Cantas victoria? Al toro de Castilla
el tábano derrota en campo raso
y el moscardon mas despreciable humilla.

Aplica el cuento tú, y vamos al caso;
es grave la cuestion; es importante,
y facilmente no saldrás del paso.

¿ Qué es peor, tener hambre de cesante
siendo mala muy mala la comida,
ó tener buen manjar, tener delante

Una mesa de todo abastecida
y carecer un hombre de apetito?

¿ Quién cuestion tan difícil dilucida?

Yo digo, y lo sostengo á voz en grito,
que lo último es peor, y bien previco

que al decir *flauta* yo, tú dirás *pito*.

Si alguien dijera que el demonio es feo,
tú, al contrario, dirías que es hermoso,
porque contradecir es tu desco.

¡ No tener apetito es horroroso! ...
¿ Qué atrocidad ver pollos y perdices,
pasteles y bifees, y hacer el oso!

Al menos los hambrientos infelices
pasando por delante de una fonda
con el olor recrean las narices.

¿ No has visto tú cuan afanoso ronda
de comestibles las precizadas tiendas
un pobre perdidosero? ¡ cómo sonda

Con sus miradas ávidas las prendas
que vé en el mostrador, prendas queridas,
que no han de figurar en sus meriendas!

Solo un par de patatas mal cocidas,
ó de pan un negrísimo zoquete,
ó dos sardinas rancias y podridas

Ingerirá en su estómago el pobrete,
mas lo comerá todo cual si fuera
lo mejor de un espléndido banquete.

Que la salsa mejor, la que supera
á cuantas salsas inventó Estofado
y á cuantas otras inventar pudiera,

La que al nabo del rico despreciado,
al caracol baboso, á la vil berza,
comunica al sabor mas delicado,

Es el hambre sublime con que almuerza
el que abre sus mandíbulas con hambre;
¿ conoces otra salsa de igual fuerza?

Ella ablanda las piedras y el alambre,
que el alambre y las piedras comeria
quien hambre tiene cual si fuesen hambre.

Ella la decantada maestría
vuelve inútil del docto cocinero,
qua es ella la mejor gastronomía.

Que haya sal, no haya sal en el puchero,
bien está si salado, bien si soso,
¡ ó gran poder del hambre, te venero!

Al hombre que es mas pulcro y mas dengoso,
tú le sabes volver indiferente
á lo mas repugnante y asqueroso.

Aunque sienta enredársele en un diente
una melena que cayó en la sopa,
sigue comiendo hasta acabar valiente.

Sigue comiendo, si en el plato topa
mugrienta greña de asquerosa vie ja,

y así ataca el bocado con estopa.

Tal vez lentejas come, y no las deja
al encontrar en el fatal guisoto
un bicho que parece una lenteja.

Yo conozco un marqués, un monigote,
que porque en un pastel halló un mosquito
seis criados despidió con un garrote.

Su patrimonio dispó el maldito
con su mucha afición á los entreses,
pero puede dar gracias al garito,

Que aunque le escupen los demas marqueses
porque es pobre quizás, de hambre disfruta
superior de su suerte á los reveses.

Lástima daba su figura enjuta,
y hoy parece aleman tan fresco y rubio;
hoy se zampa podrida cualquier fruta.

Pescado mas pasado que el diluvio
yo le he visto comer en el barreño
en que tomó un enfermo un pediluvio.

No se quejara de una fonda al dueño
si le dieran ratones por gazapos,
sino porque el raton es mas pequeño.

En vez de ranas se atracó de sapos,
y consintió partida tan serrana
sin soplar al estafa seis sopapos.

«Lo mismo me da un sapo que una rana,
dijo el marqués con actitud tranquila,
para comer lo que yo quiero es gana.»

Todo el hambre lo arrolla y aniquila;
no indaga si por liebre venden gato,
no si venden culèbra por anguila.

Todo manjar para el hambriento es grato,
y al dar hambre á los pobres, Dios nos prueba,
que es él muy bondadoso y muy sensato.

Zámpase el rico la primera breva;
para él son los faisanes y los pollos,
para él los pavos el aldeano ceba.

Para él el panadero amasa bollos,
y para él guarda el misero hortelano
de las tiernas lechugas los cogellos.

A él consagra el olivo sevillano
sus ricas aceitunas, y el besugo
crian para él las aguas del Oceano.

Y el Supremo Hacedor que no le plugo
dar al pobre las ricas aceitunas,
le sabe contentar con un mendrugo.

Hambre le da para que coma tunas
con mas gusto que el rico las ananas,

y así equilibra goces y fortunas.

¡Hambre divina, pues de Dios emanast!
tú eres la soberana sin disputa
entre todas las salsas soberanas.

Sin tí las que al gastrónomo tributa
el arte de cocina nada valen,
que el paladar nada sin tí disfruta.

¡Qué cosa mas atroz que ver que salen
intactas de la mesa las gallinas
sin hambrientos hallar que las desalen.

En vano, Ayguals, sofisticó maquinas
para salir del paso un argumento;
todos se estrellarán en mis doctrinas.

¿Puede haber en el Tártaro un tormento
que pueda compararse al del magnate
que tiene buen manjar y no está hambriento?

¿De qué sirven las salsas de tomate
y cuantos guisos tu ambigú celebra
si todo se le atranca en el gazzate?

Mira el jamon y ni una sutil hebra
cata de aquel manjar tan delicado
que el paladar seduce y le requiebra.

Bien puede compararse el desgánado,
que está hecho en su silla un mameluco
si á la opipara mesa está sentado.

Al infeliz y despreciable eunuco
que las bellas contempla en los harenes
como si fuera de insensible estuco.

Concluiré para que mas no penes,
esto que es casi una leccion didáctica
que me debe valer mil parabienes,

Un hecho refiriendo: así tu táctica
no me podrá arrollar, pues mis razones
muestro corroboradas con la práctica.

Un cura de escelentes condiciones,
muy querido en la aldea en que vivía
de adultos, viejos, hembras y varones.

Celebrar quiso de su santo el dia
con una extraordinaria comilona
que barrigas sin fin henchir debía.

Tenia, á mas de una ama santurróna,
el cura un endiablado monaguillo
mas ágil y goloso que una mona.

Llegó el dia feliz; atrajo al pillo,
poco antes de comer, á la cocina
el olor que exhalaba cada hornillo.

En ella nadie habia; á la sordina
á levantar empieza tapaderas,

y en seguida á cebar su golosina.

Abrasóse las manos muy de veras
y muy de veras se abrasó el esófago,
mas tenia excelentes tragaderas.

Comió, engulló, se hartó como antropófago;
dió á dos tordos su tripa sepultura
y sirvió á muchas piernas de sarcófago.

Llega la hora de comer; el cura
á la mesa se sienta y á su lado
el pobre monaguillo sin ventura.

¡Qué lástima da verle!... ¡desdichado!
ve la sopa llegar, luego el cocido,
dos pollos luego y luego un pavo asado.

No come el infeliz porque ha comido,
y al verse de aquel modo inapetente
prorrumpe en un tristísimo gemido.

La causa le preguntan bruscamente
el cura y los demas de su quebranto,
y él espresar no puede lo que siente.

No acierta mas que á deshacerse en llanto,
de tal suerte mojó la servilleta
que ningun río la mojára tanto.

Mas pronto el cura adivinó la treta,
viendo varias perdices sin pechuga,
viendo varios pichones sin aleta.

Los labios frunce, el entrecejo arruga,
y al ver el chico su ceñudo gesto,
quiere su salvacion fiar á la fuga.

Pero el cura detiénele en su puesto,
y para castigarle no da un grito,
ni le ultraja siquier con un denuesto.

«Lloras, le dice, por qué estas ahito?
bien tu glotonería Dios castiga
quitándote del todo el apetito:

«Y para que en el mundo no se diga
que impunes deja un cura á los glotonos,
quiere ante tí que la comida siga.»

¡Qué bien meditó el cura estas razones!
¡qué castigo mayor darle podia
que cercarle de pollos y capones!

Jamas esta cuestion terminaria,
si en corroboracion de mis asertos
presentase otros datos que podria.

Dos hechos bastan que te doy por ciertos;
habla tú luego, Ayguals; ya te eché el guante,
si no lo coges, me han de oír los muertos.

A un perito nombremos al instante;
yo á lo que él diga conformarme juro,

porque estoy cierto de salir triunfante.

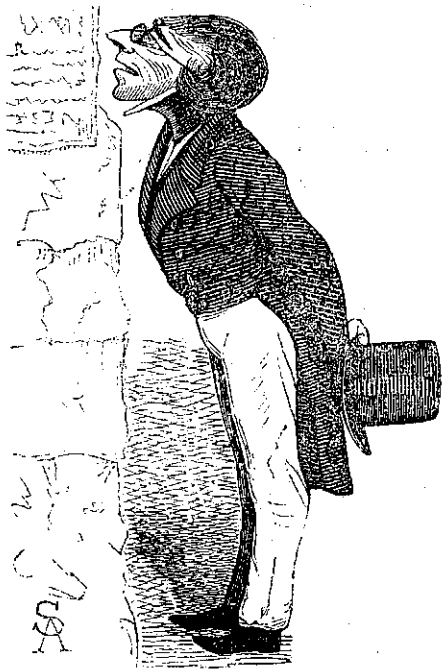
Que tú me impugnarás, esto es seguro,
y con muy ingeniosas sutilezas
me meterás tal vez en un apuro.

Tal vez reduzcas á menudas piezas
los datos que tan fuertes he alegado;
sé que tienes valor, que harás proezas.

No importa, que aunque salga derrotado
gran fama de valiente habré adquirido;
cuando un hombre con brio ha pelecado,
su mérito no mengua el ser vencido.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

EPÍGRAMA.



Tenia Miguel afan
por ostentar librería,
y gastaba su manía
mas en librajos que en pan.

Pero ya gratis, Miguel,
tiene lectura de sobra,
pues lo selecto de una obra
está todo en el cartel.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

CARTA DIRIGIDA

AL ESPATRIADO

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

Madrid 11 de marzo de 1844.

Sin haber pensado jamás en geografía, ni haber estudiado mas planos que el *croquis* donde se dió la batalla en que apareció el apóstol Santiago con un escuadron de coraceros, nos atrevemos á asegurarte que te diríamos dos por tres hácia qué lado del planeta se encuentra tu San Petersburgo, en el cual has descubierito tantas cosas ignoradas hasta hoy por nosotros pobres habitantes de la villa y corte de Madrid, que es el suelo mas clásico del mundo. Sin embargo de nuestra reserva, no creas por eso tampoco que ha de quedar ignorado de los lectores de LA RISA ese San Petersburgo tuyo; porque hemos llegado á recibir cartas y periódicos de *Betanzos* y de *Montevideo*, sitios que has tenido la honra de pisar, con especialidad Betanzos, en que te suponen caminando en la *Mala* para Buenos-Aires y *Golfo de las Yeguas*, donde no se acuerda nadie de tus *bailes*, y aunque sabes muy bien por esperiencia que las noticias de periódicos necesitan siempre de confirmacion, nosotros no vacilaríamos en darles crédito una vez, sino quisiéramos persuadirnos que te hallas en San Petersburgo, solo porque tú lo dices.

Esta únicamente se dirige, buen amigo Villergas, á saber si no has padecido el descuido de presentar tu pasaporte, que *va sin enmienda*, á todas las justicias del tránsito para su refrendo, cosa de que no has debido olvidarte, y si al entrar en Montevideo no le llevaste para la toma de razon al comisario de policía de tu barrio: no te incomodes por estas observaciones hijas solamente de nuestro buen deseo de darte á entender el nuevo sistema de pasaportes para los que viajan en la *Mala* como tú; y si acaso te incomodares, con mandar *franco de porte* un billete de desafío á la *Sociedad Literaria*, calle de S. Roque, núm. 4, decidiríamos como caballeros la cuestion.

Dinos qué *piensas* en ese pueblo donde se caen de frio las narices, cosa que entre paréntesis nos parece mentira; y no te abandones al

quietismo, haciéndote *pancista*, que es todo lo mas malo que puedes hacerte: escribe cuando no otra cosa, un sistema nuevo de agricultura sin olvidar el arte del arado, sobre el que puedes tú mejor que nadie hacernos esplicaciones: ponte de acuerdo con don Agustin Pascual, que viaja por esos paises, estudiando la plantacion de los árboles, creyéndonos todavía por los años de Fernando VII, en que no habia fuente castellana ni arbolitos en medio de las calles: dinos tambien el sistema de gobierno de esa parte del *Africa* en que te hallas, y cuéntanos detenidamente los usos y costumbres de ese pueblo por civilizar, poniendo las señas de tu casa, por si vives aun en la manzana de Adan.

Por acá poco tenemos de particular que notificarte: los cesantes van sentando plaza, y las viudas se han opilado: Madrid sigue tan frio, tan negro y tan bajo de techo como siempre: las calles mas tortuosas que nunca, por cuyo motivo aunque las intenciones sean *derechas* siempre caminamos *torcidos*: hay tambien muchas calles *cuesta á bajo*, por las cuales no hay mas remedio que bajar.

Sabrás como quitaron á punta de lanza la lápida de la Puerta del Sol, que decia con descomunales letras EL GRATIS, y era un recuerdo amargo de los tiempos en que habia algo gratis; pero en cambio sabrás tambien cómo no han borrado otro letrero mas descomunal todavía que dice UNION COMERCIAL: hemos oido que quieren que se venga á bajo por su peso.

D. Ignacio Boix, que tú conocerás y nosotros tambien, sigue publicando la obra de *Los españoles*, que es una obra grande porque formará muchos tomos.

De política ya sabes que no se puede hablar, por cuya razon *El Mundo* ha dejado en paz al señor *Krooque*, y ya no pinta mas los burros comiéndose el programa. Los ómnibus continúan su marcha magestuosa y grave desde la Puerta del Sol á la Cibetes, sin haber acelerado el paso, ni haber bajado el real de los asientos, evidéntisima señal de que el progreso anda de capa caída.

De periódicos de literatura andamos mal. Hay una mano oculta detrás del *Nuevo Avisador*, empeñada en que no medre ninguno.

Te has perdido en el teatro de la Cruz una de sus muchas novedades: Mr. Lebœuf, gran prestidigitador, carga con un cañon de á OCHO, cosa que no hace Lombardia; y en el Príncipe se ha silbado estrepitosamente el beneficio de don Antonio de Guzman, cosa que sentimos mucho.

Ocurren otras varias novedades todas dignas de tu soberana atencion; y con el fin de ganarte por la mano para si piensas contestarnos en verso, recibe esos NOVENTA que á buena cuenta te mandamos; haciendo el uso que gustes de nuestras noticias, que no escasearán indudablemente si el señor Ayguals, director de la *Sociedad Literaria* y de *La Risa* y del *Dómine Lucas*, no se olvida de franquearnos las cartas.

Ya que en tu carrera vaga
nos dijiste de los rusos
las costumbres y los usos,
yo de Madrid te diré
las últimas novedades:
amor con amor se paga.

Pues sabrás, amigo mio,
que ahora han dado en la manía
de arroparse si hace frio,
y hasta los que tienen coche
suelen velar por el dia
y suelen dormir de noche.

Y acostumbran á ir andando
los que siempre van á pié;
y hay algunos ayunando
aunque no por devocion
que siguen esta aprension
porque no tienen *con qué*.

Y casados y doncellos,
y la fregona y la dama
de cuando en cuando se mudan
y sin reparo ellas y ellos
insolentes se desnudan...
para meterse en la cama.

Aquí quedan ellos y ellas
cuando se mueren difuntos,
y sin vergüenza ni afan,
los bellacos y las bellas
suelen acostarse juntos...
cuando casados están.

Mas que los rusos feliz,
el que se halla incierto duda,

se suena por la nariz,
si se irrita se sofoca,
hace ruido si estornuda
y hasta escupe por la boca.

Y por rarezas y anteojos
son parientes los hermanos
como dos y una son tres;
tienen la vista en los ojos,
los zapatos en los piés,
y los guantes en las manos.

Y por el que está en la cruz
que el que se marcha se aleja,
y ninguna llega á vieja
de las que se mueren antes
y estando á oscuras no hay luz,
ni son tontos los tunantes.

Y el que al mundo sale tuerto
usa solamente un ojo,
y solo una pierna el cojo,
y se ve con estrañeza
que es verdad todo lo cierto
y hablan todos con cabeza.

Quien bebe vino algo bebe,
á los presos los encierran,
y si cae agua es que llueve,
el que cayó se derrumba,
el que se tiende se tumba,
y al que se muere lo entierran.

Ya ves sí son novedades
las que te cuenta este hermano,
pero sé que este verano
al revés hemos de andar:
estas son las variedades
que vamos pronto á observar:

Irán de cofia los chicos,
y las mugeres con fraque
y sombreros de tres picos.
Mas Villergas no te asombres
viendo hacer media á los hombres
con galgas y meriñaque.

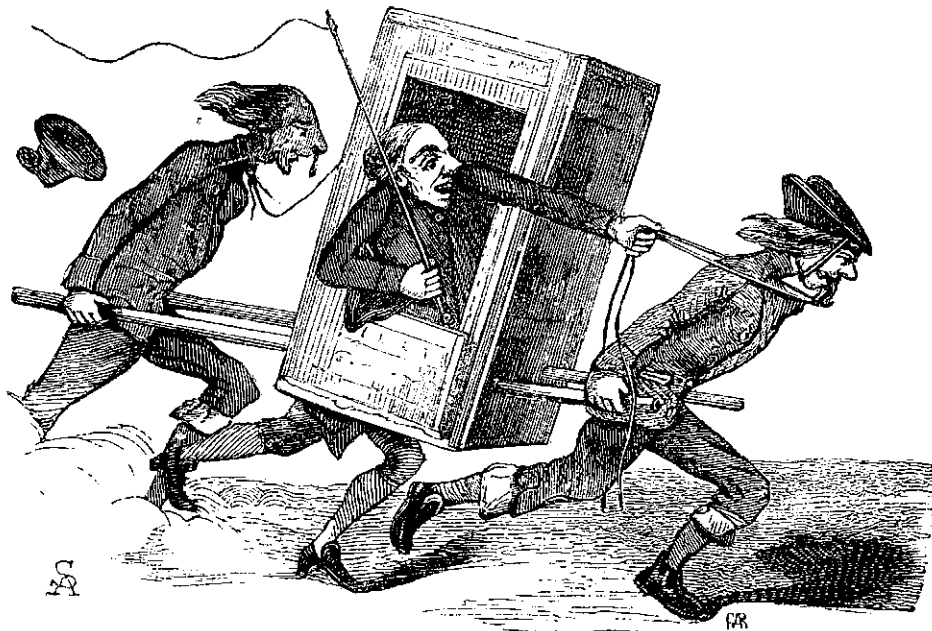
Los mudos saldrán cantando,
y con obuses de á veinte
irán las viejas cazando
y los jóvenes hilando,
los ciegos viendo la gente,
y los sordos escuchando.

Y es que entonces mas felices
habremos de llevar todos

en la frente las narices;
y pues todo se trabuca,
irá la boca en los codos
y los ojos en la nuca.
Por medio de una trompeta

todos hablarán en chino.
Si esta carta no te peta
les importará un pepino
á Urrabieta y Asquerino,
á ASQUERINO y á URRABIETA.

VIAGES POR ESOS MUNDOS.



*Puerto de San Miguel Arcangel á 33 de febrero
de mil ochocientos treinta y catorce.*

Salí de San Petersburgo, soplándome las uñas de frío. Nevaba si Dios tenia qué, y martirizábame la idea de tener que atravesar una dilatada y escabrosísima sierra; porque aunque en mi silla de manos no llevaba capote y sí capota, decia para mi capote: si aquí nieva ¿qué será en la sierra? Encontré por mi desgracia en el camino un hombre chiquirritin llamado Pedro, que desde que nació por ser negro como un tordo le pusieron Perico, y después, atendiendo á su humanidad liliputiense dieron en llamarlo Periquito. Dijome que no teniendo bienes de fortuna, sus padres le dedicaren al estudio. Hubo grandes

discusiones acerca de la profesion que mas le convenia, y conociendo su natural aversion al trabajo y su inclinacion á las muchachas y al chocolate, le metieron en un convento; y estando en el convento, le hicieron profesar, y cáttate Periquito hecho fraile.

Iba fray Periquito montado en una burra parda, que tenia la tripa como todas de color de nube. Por eso cuando quiere llover, decimos que está el cielo de color de panza de burra. Llevaba unas alforjas muy grandes, que le servian de estribos para resguardar los piés del rigor de los hielos, cuando sentimos un alboroto que á

mí me puso en gran cuidado, temiendo que nos asaltase alguna cuadrilla de bandoleros; pero el fraile me dispuso el miedo diciendo: denme lugar á sacar los piés y aunque nos ataque un regimiento de facinerosos, no sabe usted quien soy yo cuando saco los piés de las alforjas. Echó pié á tierra, y la burra delante, que tomó por aquellos cerros el troté del cochino. Yo rogaba á fray Periquito que no soltara el ramal, porque decia para mí: este maldito fraile será capaz de alguna barbaridad si se le va la burra. Obedeció mi mandato, con tanto mas celo, cuanto que el alboroto campestre crecía por momentos. ¿Quién sabe decia fray Periquito; hoy se casa un vecino de la inmediata aldea, llamado Camacho: puede que sean las bodas de Camacho lo que nos tiene sobresaltados, y cosa de bodas parecia; porque vimos atravesar una piara de cabras que iban huyendo de un lobo, y detrás del lobo ladraba un perro, y detrás del perro trotaba el pastor, que aunque nada llevaba roto, gritaba como un descosido: ¡que se me van las cabras!!!

El pastor, el perro, el lobo y las cabras desaparecieron: una densa niebla inundaba el horizonte, y nosotros proseguimos nuestro camino hasta encontrar con un rio que debia ser millonario de puro caudaloso. Fuimos á pasar por el puente, y no me atreví porque estaba roto. Buscamos el vado, y vimos atravesar un animalucho de mala catadura, que á pesar de su extraordinaria magnitud me pareció una rana: hizo un cuarto de conversion, y se me figuró pez; y decia el fraile: no, pues el animal no es rana: y contestaba yo: pues no me parece pez, y en la incertidumbre exclamábamos á duo: ¿sí será pez? ¿sí será rana? Por si no era lo uno ni lo otro, no me determinaba á pasar el vado, ni me resolvía tampoco á atravesar el puente; pero el fraile gritó: ¡miedo! y yo respondí preguntando: ¿quién dijo miedo? y añadí: el rio se ha de pasar, con que al vado ó á la puente: y no pareciéndole bien al fraile, tomamos el tole por el rio abajo hasta dar con una barca cuyo barquero se llamaba Calderon. El fraile le hizo mil reverencias pensando que aquel hombre era nuestro famoso Calderon de la Barca; pero yo nunca creí tal cosa, porque me consta la fecha

de la muerte del poeta español. Toda la orilla del rio estaba cuajada de nieve, y de vez en cuando topábamos con montones de cenizas de las hogueras que hace el barquero para calentarse dia y noche; y yo viendo tantas cenizas, y diciéndome el barquero que eran suyas, exclamé: ¡Válgame Dios, á donde han venido á parar las cenizas de Calderon de la Barca!!!

Encontramos unos gitanos, y como yo iba á pié me dirigí al mas viejo, diciendo ¿cuánto quiere usted por ese pollino? El gitano no quiso entrar en ajuste hasta que yo no probara el valor de la bestia, y al efecto mandó á un muchacho manco que montara, y le dió una lesna para que se la clavara al burro cuando hiciera el remolon. Montó el muchacho, y el borrico, que solo tenia un ojo abierto, á pesar de estar á punto de cerrar al ojo, dió tal carrera que bebía



los vientos. El chico; aunque manco, le metía con disimulo la lesna hasta el corazon (1), cantando por lo bajo la doctrina cristiana de esta suerte; contra estos siete vicios hay siete virtudes: contra lujuria, castidad; contra pereza una lesna... Y el padre respondia: ¡aprieta manco! Y yo que conocí la treta, procuré no abrir la bolsa ni cerrar el trato, diciendo que el burro era viejo, porque tenia mas bigote y pera que un cabo de gastadores, á lo que contestó el picaro viejo: no señor, el burro no tiene pera ni perro. Conociendo yo la debilidad del burro, tiré del rabo y hice andar ocho pies á lo cangrejo. ¿Cómo quiere usted, le dije entonces al gitano,

(1) Los burros tienen el corazon en la parte posterior.

que compre yo una bestia que recala con tanta facilidad? Y el tuno del gitano, que para todo tenia salida, me contestó: señor, deme usted doble dinero: ¿pues qué mas quiere usted que tener una bestia que anda tanto hácia atras como hácia alante? Lo cierto es que no hicimos chamba, y fray Periquito y yo llegamos á un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme.

Pidió fray Periquito una baraja: yo le dije que si se trataba de jugar al mus, y él me contestó: no hay mus. Pusímonos á jugar á la *mali-lla*, y uno decia: ¡si fueran triunfo las copas! y otro: ¡si fueran triunfo las espadas! hasta que dijo el fraile: oros son triunfos. Y como el fraile que iba compañero mio, queria atender á mi juego y yo al suyo, uno de los contrarios que se llamaba Anton Perulero, nos gritó: ¡manda Anton Perulero que cada cual atienda á su juego! Lo que mas me desesperaba, era que siendo todas mis cartas malas tan en grado superlativo, que rayaban en malazas, malotas y malísimas no hubiera ninguna en diminutivo como *mali-llas*. Luego el de mi izquierda, que se llamaba Birlibirloque, tenia un modo de jugar, que chupaba los cuartos á todos; y no digo que nos los chupaba sin sentir, porque demasiado lo sentiamos nosotros. Juraba yo que aquel hombre nos ganaba por arte del demonio, y él porfiaba que no, que era por arte de Birlibirloque. Al fraile le iban tan malas cartas como á mí; pero se consolaba llenándose las narices de rapé, y diciendo ¿cómo ha de ser? A mal dar, tomar tabaco.

Las cartas son lo mismo que las de Madrid, escepto los reyes, que todos tienen una cachiporra al hombro, de suerte que en lugar de decir el rey de bastos, dicen la porra de bastos, y como los reyes en todas las barajas valen doce, de ahí viene sin duda el decir; porra y tres quince. Mi compañero perdía el dinero como un bobo, y yo como otro bobo; de suerte que el bribon de Birlibirloque dijo al despedirse con nuestros maravedises: entre bobos anda el juego. Quedamos con luz y á buenas noches, sin mas dinero que lo justo para tomar un bizcocho y un cortadillo de vino para toda la noche; y como á las ocho del dia siguiente habiamos de romper la marcha, esclamábamos mi compañero y yo al

tiempo de beber: ¡válgame Dios, con esto y un bizcocho hasta las ocho!

Llegó la hora y las tripas se me affligian; por lo cual me resolví á pedir á la moza un poco de pan que ella me dió de muy mala voluntad, tratándome de tonto; pero yo dije: tú dame pan y llámame tonto. Tal fué mi aturdimiento, que no me atreví á salir del pueblo: el fraile que habia vendido el alma al demonio, se fué tan listo como alma que lleva el diablo.

El mesonero, que tambien es herrero y alcalde constitucional del pueblo (1), es un tio Lila que sabe mas que Merlin, y voy á contar algunos lances que presencié en pocos dias.

Andaba un pobre tio vendiendo espárragos, y le dijo el herrero: ¿cuánto quiere usted por la mitad de los que lleva? El esparraguero, aun que no era cubero bueno ni malo, hizo un cálculo prudente á ojo de buen cubero, de lo que valian la mitad de sus manojos; y le contestó: una peseta. Corriente dijo el herrero; y cogiendo un cuchillo, que por cierto no era de palo, y eso que dicen que en casa del herrero cuchillo de palo, empezó á partir los espárragos por la mitad, quedándose él con lo de la punta y devolviendo al vendedor el tronco. Clamaba el tio que aquello era una injusticia; y respondia el herrero: yo he ajustado la mitad, y lo ajustado ajustado; y como ademas de tener razon era alcalde, quedó la cosa así. Bien conocia el alcalde que era una injusticia; pero decia como todos los mandarines del mundo: justicia, y no por mi casa.

Juróselas el esparraguero, pero en valde, por que el infeliz tuvo que abandonar su comercio y se puso á vender paja. Un dia que el buen hombre pasaba por casa del herrero con un gran saco lleno de paja, le dijo este: ¿cuánto quiere usted por ese saco de tierra? y como el otro le contestó que era de paja, replicó el herrero: pues mire usted que á mí no me habia parecido saco de paja; pero supuesto que es paja se la voy á comprar con condicion de que la han de comer mis machos; y si no, me la ha de dar usted de valde. Quedaron corrientes, porque decia el pajero: ¿cómo no han de comer mi paja los ma-

(1) Ya ven ustedes que progresamos cuando hasta en Rusia hay alcaldes constitucionales.

chos? y uno y otro se fueron á la fragua á hacer la prueba. Los herreros llaman machos á los mazos grandes de hierro con que ellos trabajan: así es que aunque la paja era buena, no la comían los machos del herrero; y él decía con mucha sorna: ¡qué mala paja! ¡no la comen los machos! Amostazóse el pajero y le dijo: ¿cómo han de comer la paja si los tiene usted muertos de sed? Y esto diciendo, los arrojó en un pozo de ochenta varas que había en la fragua; y el que quiso sacar de valde un saco de paja que no valía ocho cuartos, tuvo que gastarse un doblon en sacar los machos del pozo.

Convidáronme á un ojeo de liebres en la mar, y en este puerto pienso permanecer hasta que el herrero me escriba; pues se ha encargado de hacer un camino de hierro para Madrid, de modo que mientras no se acabe la obra, piensa no ver sus antiguos amigos.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

LA ÚLTIMA MUELA.



Historia de una señorita de ochenta y tres años cumplidos.

Última muela de la boca mía,
única que has querido
ser siempre fiel á la desierta encía
que ha con su escoba la vejez barrido:

quiera el cielo que el tiempo, cuya lima
hasta los bronces gasta,
de la fatal devastación te exima
que anonadó tu desdichada casta.

La edad mi boca saqueó, mas creo,
fiel y constante muela,
pues sola te librástes del saqueo
que hay algun ángel que los dientes vela.

¡Pero tú tambien tiembles! y he notado
que tú temblor es miedo,
que encontrándote sola en des poblado
el pánico terror te hurtó el denuedo.

¡Me dejarás tambien! ¡tambien tú tratas
de desertar tu puesto,
de tus hermanas imitando ingratas
ejemplo tan traidor como funesto!

¡Horrible defección! ¿quién te dijera,
mi desdichada boca,
cuando dientes formados en hilera
ostentabas mas fuertes que una roca,

que llegarían tan infaustos días,
días tan inclementes
en que ¡ó suerte infaustísima! tendrías
que contar mas mandíbulas que dientes

¿Qué se hicieron mis días de ventura
y amorosas conquistas
en que á mi bien formada dentadura
iba pasando sin cesar revistas?

Vanas como la espuma de los mares
son las glorias mundanas;
la que ayer revistaba sus molares
hoy solo puede revistar sus canas.

Mi nervioso sistema se pronuncia
si veo por desgracia
esos polvos dentísticos que anuncia
sin cesar la benéfica farmacia.

Algun tiempo tambien con entusiasmo
esos polvos veía,
y hoy me parecen un atroz sarcasmo,

una cruel irrisión, una ironía.

Tocar sienten los ciegos un anteojo;
las botas charoladas
vé con horror el desdichado cojo
que tiene las dos piernas amputadas.

El mismo efecto en mi ánimo producen
esos polvos malditos
que cuando entre los dientes se introducen
blanquíssimos les vuelven y bonitos.

Porque es mi boca un páramo, es un yermo,
es una pétrea Arabia,
en que no hay mas que un ente, un estafermo,
un diente que no masca, que está en baba.

Que un diente solo inútil es, es vano,
no dá ningun servicio,
sin el concurso de un activo hermano
¿qué diente cuple su vital oficio?

Harto lo sabes tú, muela querida,
sin que yo te lo note,
tú que aquí estás, cual naufrago, perdida
en las desiertas playas de un islote.

¡Cuánto envidio al mortal que si se acuesta
fria la cama estando,
la sensacion del frio manifiesta
con sus dientes que chocan tiritando!

Yo tiemblo ¡desdichada! y no hay un diente
que marque mis temblores,
aunque una calentura intermitente
me acometa con todos sus rigores.

¿Por qué, gran Dios, con cáscaras engendras
mil frutas soberanas?
¿por qué cáscara tienen las almendras
y cáscara las nueces y avellanas?

Cáscaras quita, ó dientes dá á los viejos;
házo, que es necesario,
otórgame otra muela, y mis pulpejos
repasarán las cuentas del rosario...

¡Pero qué es eso, santo Dios, qué es eso

que me encuentre en la boca!

¡Me has oído, Señor!... ¡eso es un hueso!
¡es otra muela!... sí... ¡me vuelvo loca!...

¡Pero la que tenia se ha marchado!
¡ay!... ¡se aguó mi alegría!
otra muela pensaba haber ganado
y es que se me saltó la que tenia!

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

VIAGES POR ESOS MUNDOS.

MEDINA DEL CAMPO 24 de marzo de 1844.

Como ya tenia mas ganas de ver mi patria que de comer, me despedí de los nevados campos de Rusia, antes que el herrero de quien hablé en el artículo anterior concluyera el camino de hierro para Madrid; porque al paso que va, creo que nunca si Dios quiere se acabará la obra. Bastará la razon de ser útil á España para que no tenga fin el tal camino. Hay en la córte un teatro de Oriente que ha costado á España mas pesetas que una revolucion, pero cuando estaba casi concluido, dijeron los que manejaban el tinglado: ¡alto aquí! y el suntuoso edificio naufragó á la orilla, quedando útil solamente para tragedias de malas costumbres, simulacros legislativos y ensayos de sesiones, interpelaciones, revoluciones, suspensiones y disoluciones. Quevedo empezó el chistosísimo poema de *Orlando Furioso*, y Espronceda el *Diablo Mundo*, admiracion de la literatura contemporánea; pero Quevedo y Espronceda dijeron: ¡alto aquí! y nos dejaron solamente la muestra del paño que estarán vendiendo en el otro mundo. Por eso cuando yo oigo decir que se trata de grandes empresas de navegacion, canales y caminos, digo para mi: todo requiere acabar en lugar del adagio que dice todo quiere empezar; y que somos moros y muy moros por mas que nos jactemos de cristianos, puesto que todas nuestras obras, si no en la solidez, al menos en la duracion, son obras de moros. Pero volvamos á mi viage. Era el amanecer cuando tomé las de Villadiego hácia Castilla la Vieja. Habria andado un cuarto de

legua, cuando despues de atravesar un rio, me encontré con el consabido fraile de las alforjas, que iba muy lentamente en el burro mientras yo á pié corria como un torero.

—Mucho corremos, me dijo.

—Poco andamos, le contesté. A lo que él añadió:

—Tanto andamos como corremos. Y proseguimos nuestro diálogo.

—¿A dónde va usted con las alforjas?

—A Castilla la Vieja.

—¿A Castilla la Vieja? Yo pensé que iria usted á algun pueblo vecino.

—Pues ya... para ese viage no necesitaba yo alforjas.

—¿Y á qué lugar vá usted?

—No me acuerdo del nombre; pero ya daremos con él. Allí tengo un primo llamado Pascasio Jimenez, con quien pienso permanecer hasta que me den la conveniencia que perdí. Por ahora, dijo, no tengo miedo á la suerte; porque anoche gané mil quinientas pesetas á la banca.

—¡Dichosa suerte!

—¡Dichosa maña! Tenga usted un cigarro á la salud de las mil y quinientas.

Y me dió una petaca que tenia en la tapa un espejo, de lo cual inferí que el fraile habia robado á ojos vistas. En esto empezamos á subir una cuesta muy alta, que nos dejaba sin aliento; y yo, viendo que el burro del fraile iba á paso de tortuga, entoné chungueándome la seguidilla siguiente:

El burro de Fr. Pedro
Dios le bendiga,
mas corre cuesta abajo
que cuesta arriba.

A lo que el fraile, viéndome sacar una cuarta de lengua como perro en agosto, contestó en el mismo tono:

Para andar cuesta arriba
quiero mi burro,
que las cuestas abajo
yo me las subo.

Mas deseoso de alhagar que de complacer al fraile, te ofrecí un huevo crudo, que por haber atravesado el rio, ya era *pasado por agua*; pero

él lo rehusó diciendo: mil gracias, he almorzado ya dos veces, y ademas es dia de ayuno... Me admiré de que al amanecer hubiera almorzado ya dos veces, y le pregunté si comia mucho, á lo que contestó: «no señor, soy muy arreglado en las comidas. Mire usted prosiguió, suelo tomar el chocolate en la cama, y despues duermo un rato. Me levanto á las nueve, y me tiro al colete una tostada con manteca y leche: me pongo á rezar hasta las diez que es la hora del almuerzo. Entonces sí, acostumbro á zamparme un par de pichones, una tortilla de jamon y poco mas de una pata de carnero. Se supone que entre bocado y bocado echo un sorbito en un vaso grande, como de cuatro dedos de gallego. Salgo á dar un paseo, y vuelvo á las once; saco el chorizo de la olla, y me lo como. No entra en mi cuerpo mas en toda la mañana, y ya me tiene usted como un reló hasta las doce, que es la hora de comer.»

Al oír esta prueba de su arreglo en la comida, no pude menos de recordar un chascarrillo histórico que conté á su paternidad, y referiré á ustedes.

Pues señor (el *pues señor* es introduccion indispensable en todo cuento), sabrán ustedes que en mi lugar hay una cuesta que llaman la cuesta del Cuco, por la cual atraviesa un camino, y por el camino pasaban unos carreteros en cierta ocasion (que la ocasion en los cuentos aunque sea dudosa, siempre se ha de decir cierta.) Llevaban carros de carbon y, como es consiguiente, para subir la cuesta necesitaban buenos pares de bueyes. Efectivamente, cada animal podia calcularse que pesaba sobre treinta y seis á treinta y ocho arrobas: he visto muchos animales de cuatro orejas, pero pocos de tan buena marca. Admirábanse todos los transeuntes de ver unos bueyes tan colosales, porque á no haberlos visto sin trompa, cualquiera los hubiera tenido por elefantes. Uno de los carreteros, cargado de tanta exageracion, dirigiendose á los que tanto se pasaban de la inmensidad de su ganado, les dijo: «señores, esos bueyes no son tan grandes como parece; y en prueba de ello, que entre mi compañero y yo nos comemos uno. Apostaron los pasajeros una onza á que no, y el carretero iba á depositar la suya cuando recordó que tal vez

en aquel día no podría verificarse la apuesta, porque su compañero estaba convaliente de un cólico. «Sin embargo, añadió, vamos á ver qué dice.» Fueron todos al pueblo inmediato, donde estaba el enfermo cadavérico, punto menos que espirando. Pero á pesar de todo, era tanta la confianza que el estómago de este inspiraba al otro, que le enteró del compromiso. Entonces el enfermo se incorporó, y con voz trémula y flaca reprendió al compañero en estos términos: «pero hombre; qué te hayas metido en este berengenal! El estado de mi salud es peligroso, y los médicos han ordenado que esté quince días á dicta: no obstante, por no dejarte mal, lo mas que yo puedo hacer, es comerme los dos cuartos traseros y el menudo.

Entendió el fraile la aplicacion del cuento, y medio sonrojóse al pronto como buen doncello; pero pasóse el enojo, y andando andando: y yendo días y viniendo días, entramos en España, donde vimos á toda la gente en movimiento, como amenazada de una general conflagracion. Todo se volvía corrillos y murmullos desde que vieron los hábitos del fraile. Unos hacían esparrabanes de júbilo, y otros de melancolía. Decía yo: ¿si será mi compañero el Mesías que tanta animacion produce su venida? Llegamos á una tienda de géneros, y dijo el fraile al comerciante con esa altanería y superioridad de *padre de almas*: ¿tienes guantes de seda? El de la tienda, que era hombre ya de barba en cara y pelo en pecho, arrugando el entrecejo, contestó al de los hábitos en el mismo tono: Sí: ¿cómo los quieres, dobles ó sencillos?—Sáquelos. usted dobles, dijo el fraile.—Téngalos usted, respondió el comerciante.—Al salir de la tienda, noté que la casa tenía fachada de convento: hicimos un saludo no tan frio como el del comerciante, que nos despidió con ceño de comprador de bienes nacionales.

Proseguimos nuestro camino: el fraile se quitó los hábitos, conociendo que no era bien recibido todavía este traje, y descubrió un trabuco entre naranjero y limonero. Yo le manifesté el grave riesgo que había en llevar armas, y él me sacó del cuidado, diciendo que se fingiría oficial del reemplazo; y nos vino bien la treta, porque como á la sazón se estaban reuniendo los

oficiales de la provincia de Valladolid en la Nava del Rey, hácia donde caminábamos, nos dieron crédito los alcaldes de monterilla.

Hay antes de la Nava un pueblo que llaman Villaverde, donde ocurrió una cosa digna de contarse. Pasaban, el día antes que nosotros, unos oficiales, y viendo dos palomares á la entrada, preguntaron á un hombre llamado Juan Molina, ¿cuál era el del señor Pedro Fernandez? Este ciudadano, dueño del otro palomar, les dijo: aquel de la derecha: mátenle ustedes todas las palomas, que es un pícaro revoltoso. Pero le salió mal la cuenta, porque los oficiales dijeron, que antes bien querían saber cuál era el palomar de Fernandez para no hacerle daño; y se fueron al de la izquierda, que era el del mal intencionado Molina, donde creo que hicieron gran destrozo.

Tuvimos noticia del lance, y fray Periquito ofreció vengar el ultrage hecho á un amigo político: en efecto, cerca de Villaverde puso su trabuco en regla. Dió la casualidad de que á la entrada del pueblo hallásemos al referido Molina, á quien no conocíamos, y el fraile le preguntó cuál era el palomar de Fernandez. Escamado Molina del día anterior, trocó las señas y apuntó al suyo con el objeto de que le respetásemos; pero ¡cuál fué su sorpresa al ver correr á mi compañero hácia su palomar, gritando como un desaforado: ¡ que no le quede una paloma á ese bribon! Corrió Molina tras el fraile, gritando: ¡ no, no las tire usted, que son mías! creyendo componerlo de este modo; pero el fraile que al oír decir «son mías» entendió que aquel era Fernandez, le dijo: pues bien, primero voy á matar á usted, y despues á las palomas, y echándose el trabuco á la cara, dió á correr tras el buen Molina, que se refugió en la iglesia como criminal que se acoge al sagrado, mientras el religioso le mataba la mitad de las palomas. Bien libre está Fernandez de que su contrario vuelva á dar esplicaciones cuando le pidan las señas de su palomar.

Y ahora, le dije á mi compañero de viaje ¿cómo saldremos si toma cartas en el juego la comision militar?—Buscaremos la salvacion en la fuga, me contestó; y cuando esto no sirva, apelaré á las *mil y quinientas*, que es tribunal que

tengo en el bolsillo, y no me puede desairar.

Llegamos al lugar donde fray Pedro tenia el primo, y llegamos como cura que dice misa, es decir, entre dos luces. El pueblo es un caserío libre de ladrones; porque aunque pasen cerca no pueden dar con él. La calle mas larga es mas corta que el vestido de una manola: las casas parecen bocas de conejos; al tejado todo se va en caballete, pero tan sutil, que cuando se sube algun gato, tiene que guardar el equilibrio como si bailara en maroma floja. La torre no tiene veleta, porque la robó un enano. No puede haber secretos en el lugar, porque aunque uno hable bajo en su casa, le oyen todos los vecinos. En fin es un lugar que debiera llamarse *Cañamon*, pues no dudo que el mejor día se lo almuera un gilguero. Para que se vea que siempre el mas miserable tiene mas humos, han dado á todas sus calles nombres atisonantes á uso de corte. Hay *calle de Cantarranas*, *calle de las Platerias*, *calle de la Independencia*, *calle Mayor*, que es mayor el letrero que la calle, y para leerlo se necesita microscopio. En medio de una rendijita imperceptible que llaman **CALLE DE POMPEYO**, hay una casa que tiene encima de la puerta una inscripcion escrita á dedo con polvos de horno, que dice :

CASACON
SISTORIAL

Y como el renglon de abajo se ha borrado con el aire, nosotros preguntamos á una muger que pasaba por allí, si en aquella casa vivia algun hombre que se llamára el tío Casacon. Y diciéndonos que era la casa de concejo, la preguntamos por el tío Pascasio Jimenez, y no nos supo dar razon, á pesar de ser el pueblo tan chico. Fuimos casa por casa preguntando, y todos se encogian de hombros, sin duda porque en los lugares á nadie se conoce sino por el mote. Uno se llama tío Palomas, otro tío Polainas, otro tío Manduca; de suerte, que á nadie se conoce por su verdadero nombre. Nos decidimos, pues, á averiguar la casa del cura, y este nos informó de cómo habíamos de acertar con el tío Jimenez que fué preguntado por el tío *Pajalarga*. Así lo hicimos, y con efecto le encontramos en casa,

que nos recibió con mucho cumplimiento lo mismo que su muger, que era justamente la tia á quien preguntamos por Pascasio Jimenez, y no supo dar razon por ignorar el nombre de su marido.

Bendito sea Dios, dijo el tío Pascasio, que han venido ustedes en un día en que tengo buena cena. Como habia militado tiene ciertos terminachos soldadescos que engañan : y así es que al pronto nos dió un alegron refiriendo los pormenores de la mesa. Saca, la dijo á su muger, saca esa fuente de *tumba-navios* : y eran peces como alfileres, que entran ciento en cada cucharada, solo que tuvimos que comerlos con los dedos por no haber otra cosa. Disimulen ustedes, dijo la muger, que desde que nos robaron las cucharas de madera en la guerra de la independencía, no me he acordado de comprar otras. Pidió el marido despues de los *tumba-navios* una *perdiz-económica* : yo tenia ganas de verla en la mesa para apoderarme de la mejor tajada ; pero ¡ cuál fué mi pesadumbre al ver que la tal *perdiz-económica* era una cebolla asada! Gracias que la rebozaron con miel ; pero como no habia con qué lavarse las manos, se nos quedaron los dedos pegados para toda la noche.

Acabóse la cena : el tío Jimenez empezó á dar gracias á Dios, y nos encajó mas Padre-nuestros y Ave-Marías que días tiene el año. Por el alma de nuestros padres, por el ángel de nuestra guarda, porque nos libre Dios de malas tentaciones, por los que mueren en pecado mortal, y qué sé yo cuantas cosas mas. Por decontado besó el pan, echó la bendicion á la mesa, y nos mandó á la cama con el correspondiente saludo de «hasta mañana si Dios quiere.»

Dormimos juntos mi compañero y yo en un gergon que tenia la paja tan corta, que se nos clavaba en el corazon. ¿Quién dirá esclamábamos nosotros, que este gergon es del tío *Pajalarga*? Ademas el entarimado era de ladrillo, y como la ropa era vieja y mal cuidada, creyendo estar solos nos encontramos con doscientos mil compañeros vírgenes que nos hicieron mártires; de suerte que estuvimos toda la santa noche sin poder pegar los ojos ni despegar los dedos.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

A DON ANTONIO RIBOT Y FONTSERE.

¿A mí con alharacas?
 ¿Tú con insultos, oh Ribot, me atacas
 en estilo burlesco?
 ¡Ay desdichado vate! ya estás fresco.
 El que las da las toma;
 y el fiero tigre á la razon se doma.
 Ya en tu renglon primero
 me llamas ergotista y pendenciero,
 hombre discolo y porra
 que vine al mundo para armar camorra.
 Pues bien; si así me quieres
 obraré cual quien soy, tú cual quien eres:
 ambos con arrogancia
 volemos á lid! ¡Arda Numancia!
 y oigan hasta los sordos
 el dulce rebuznar de los dos gordos.



Tú me buscas el bulto
 y al prodigarme insulto tras de insulto
 no sabes lo que dices.
 A contrarios vení de mas narices;

aunque tú por lo obeso,
 si no tanta nariz, tienes mas peso.
 Lo que mas me joroba
 es que un ente que pesa tanta arroba
 como el mismo Califa,
 y que todos preguntan si se rifa,
 se nos descuelgue chispo,
 y con su panza patriarcal de obispo
 bien rellena de siambre,
 rollizo y gordillon defienda el hambre.
 Que el hambre es divertida
 siendo mala, muy mala la comida,
 es pecado de gula
 que no perdona el papa ni la bula;
 mas nunca fué delito
 el carecer un hombre de apetito
 aunque tenga delante
 mesa opípara, espléndida, abundante.

El insaciable hambriento
 padece sin cesar cruel tormento,
 y mas cuando carece
 de sólido alimento. Su afan crece
 como el de vil lechuza,
 que sacia en mal aceite su gazuza.
 Siempre es atroz el hambre:
 da calofrio, desazon, calambre,
 y aunque abunde el pan tierno
 el ansia de comer es un infierno.
 ¿Ignora mi contrario
 que hay una enfermedad (el solitario)
 cuyo efecto inaudito
 mata al hombre agitando su apetito?
 Y si es tan fiero daño
 cuando se tiene para todo el año
 jamon, pasteles, bollos,
 perdices, salchichon, pavos y pollos,
 ¿qué será para el pobre
 que solo tiene el hambre que le sobre?

Con mucha gracia dices
 que al menos los hambrientos infelices
 en torno de una fonda
 oliendo sin cesar hacen la ronda
 y alcanzan un buen rato,
 si no con el sabor, con el olfato.
 Eso ya ni por chanza
 se debe tolerar, porque tu panza
 no la cria el pelete
 que sin catar manjar las salsas huece.

Lo de oler tales salsas
 es hacer cobro de monedas falsas,
 y retratar enano
 á San Cristobal... Díos le ampare hermano,
 que por acá no cuela,
 y allá se goce su merced... y huela :
 que yo, mi dulce vida,
 estoy por engullirme la comida.

Ya veo que en tu bilis
 esclamas que no es este el gran busilis
 de la cuestion pendiente ;
 pero al hambre saludas reverente
 con férvido entusiasmo
 siendo tu humanidad un pleonasma.
 Ese mismo saludo
 es un sarcasmo en hombre moftetudo
 cuyo abultado abdómen
 es de los que no huelen... pero comen.
 No es mala trapisonda
 ir para oler guisotes á la fonda,
 ó en el hambre canina
 zamparse putrefacta una sardina !
 Cuando los infelices
 tienen hambre de pollos y perdices,
 las sardinas saladas
 acibaran sus horas desgraciadas ;
 y al que apetece un pavo
 ¿qué buen provecho puede hacerle el nabo ?

Hallándote robusto,
 ¿no es mofarse llamar cosa de gusto
 al atracon de sapos ?
 Vive Díos que mereces mil sopapos.
 ¿Y qué diré de aquello
 de comer sin pararse en un cabello ?
 Que tus fieros carrillos
 no reparan en barras ni en pelillos.
 Además, tú bien sabes,
 que el caldo gordo de pechugas de aves
 nos alarga la vida ;
 al paso que la insípida comida
 nos arma tal bullanga
 que resuenan las tripas cual charanga,
 y acaba la pelea
 si no en revolucion, en diarrea,
 sin que tapon de estambre
 pueda el estrago contener de hambre,
 ¡Hambre divina! esclamas
 sin saber la heregía que proclamás.

El hambre furibunda
 de horrores y de crímenes fecunda
 abre mil precipicios,
 madre espantosa de asquerosos vicios,
 y todo lo destruye.
 Por hambre la muger se prostituye.
 Por hambre un matrimonio
 se entrega á las discordias del demonio,
 y mísero y desnudo
 por hambre sufre paños el cornudo :
 por hambre que la aprieta
 embiste á las doncellas la alcabueta
 como iracunda loba ;
 solo por hambre el foragido roba :
 por hambre el pordiosero
 conviértese en malvado bandolero ;
 y al inmundo garito
 conduce al jugador el apetito !!!
 No me digas que es falso...
 el hambre lleva á muchos al cadalso.
 Do quier el hambre infeste
 produce mas estragos que la peste.
 Heróicas poblaciones
 resisten al furor de las legiones
 que en embates hostiles
 de cerco horrible, sufren proyectiles
 de asolacion é incendio,
 y el valor no sucumbe al vilipendio.
 Mas sale del abismo
 el hambre, y ya desmaya el heroismo,
 se abate la arrogancia,
 y por el hambre solo ardió Numancia.
 Dices tú que el magnate
 que no puede engullir el chocolate
 por falta de apetito,
 mas que el hambriento es infeliz. Repito
 que de este craso absurdo
 cada vez mas, caro Ribot, me aturdo.
 El que no tiene gana ;
 tal vez porque se hartó por la mañana,
 comparas al ennuco
 que cual si fuera de insensible estuco
 el rostro bello mira
 de divina beldad y no suspira.
 ¿Qué prueba este argumento ?
 Que nunca en lo insensible hay sufrimiento.
 En opipara mesa
 el sabroso jamon, la roja fresa

el pastel, el besugo,
 todo rico manjar siempre me plugo;
 y aunque descuella el lomo,
 cuando no hay apetito, no le como,
 quedándome impasible
 como el eunuco aquel que fué insensible.

Ya ves que te he vencido
 malgrado tu valor, Ribot querido;
 pero si acaso insistes
 cual filósofo audaz con ayes tristes
 en defender el hambre,
 Dios te vuelva mas flaco que el alambre...
 te dé sapo por tordo,
 y me mantenga á mí tan fresco y gordo.
 Si quieres que un perito
 resuelva la cuestion, tambien lo admito.
 Ya que no te postergas,
 decida quién venció... el atroz Villergas.

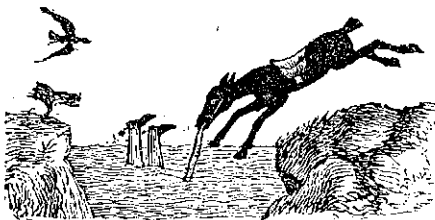
WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

PIGRAMAS.

Encargó una tempestad
 cierto banquero á un pintor,
 y dijo el rico señor
 con mucha formalidad:

Mil duros daré lo menos
 si está pintada á lo vivo;
 pero es que... no la recibo
 como no se oigan los truenos.

JUAN MARTINEY VILLERGA.



Asustó á un caballo un cuervo
 y se desbocó el caballo;
 que siempre en los cuervos hallo
 agüeros de un mal acerbo.
 Y es el caso que en Castilla
 hay hombres tan apocados,
 que se nos quedan ahogados
 con agua hasta la rodilla.

LA CONFESION.

Con los ojos arrasados
 en lagrimones, María,
 á su confesor decia
 sus culpas y sus pecados.

Sin fatigas ni aspavientos
 y llena de contricion
 empezó su confesion
 por los santos mandamientos.

Qué dolor! qué laberinto!
 pasó el uno, el dos y el tres!
 El cuarto vino despues,
 y despues del cuarto el quinto.

Llegó el sexto ¡suerte impía!
 Allí maldijo sus gustos.
 ¡Ay qué penas y qué sustos
 pasó la triste María!

¡Cuitada! fuera de sí,
 mas descansando en la fè,
 exclamó: ¡Señor pequé!
 ¡tened compasion de mí!

Quiera Dios y no el Dios Baco
 perdonar mi desvarío;
 pero ¡Jesus, padre mio,
 cómo huele usted á tabaco!

Y el diciendo *ego te absolvo*,
 contestó: huele, lo sé;
 mi delicia es el rapé,
 á todos nos gusta el polvo.

Diga, hermana, lo que quiera
 que todo ello será nada.—

Y la niña sosegada
 continuó de esta manera:

Supuesto que sois clemente,
 prosigo mi mandamiento:
 sabed para mi tormento
 que tengo un vecino enfrente.

Es jóven, tiene levita:
 tan gallardo, tan buen mozo,
 que yo me muero de gozo
 cada vez que me visita.

De verle tan currutaco
 me da cierto escalofrío...
 Pero ¡Jesus, padre mio,
 cómo huele usted á tabaco!—

Bien, muger, ya te lo he dicho,

la respondió amostazado;
y ella prosiguió el pecado
reprendiendo su capricho.

¡Ay Señor! pues no es escasa
su piadosa compasion,
sabad que el mozo en cuestion
estuvo el domingo en casa.

Nosotras somos sencillas,
y él que es el mismo Caifas,
en echanza sin mas ni mas
empezó á hacerme cosquillas.

En valde mis fuerzas saco
procurando su desvío,
porque... ¡Jesus, padre mio,
cómo huele usted á tabaco! —

Ya el padre lleno de enojos
su pesadez reprendió,
y la niña prosiguió
con lágrimas en los ojos.

En valde busco maneras
de librarme de sus danzas,
el trato admitió las chanzas
y las chanzas fueron veras.

Quise hasta en puntos y comas
corregir al peador;
pero no pude, señor,
que también gusto de bromas.

Me cogió bajo el sobaco,
y con arrojo y con brio...
Pero ¡Jesus, padre mio,
cómo huele usted á tabaco!

El fraile llegando aquí,
dijo: basta de disputa,
tú me estas oliendo á bruta
desde que empezaste así.

Nunca por ello pensára
darte imprudentes chacotas,
y una falta que me notas
me la estás echando en cara.—

Tomó el buen padre otro polvo,
y dijo: basta de historia:
aquí paz y despues gloria,
levanta, que *ego te absolvo*.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

ARTE

DE DARSE IMPORTANCIA EN EL TEATRO.



SONETO.

Entra aunque esté empezada la funcion,
y te sienta en luneta principal:
el lente, aunque carezca de cristal,
enristra en pedantesca distraccion:

Llamen ópera y baile tu atencion,
y aplaude siempre aunque ejecuten mal;
mas si es drama, prorrumpe: «¡qué inmoral!»
y si es comedia: «¡bah!... ¡qué saineton!»

A todo lo extranjero: «¡bravo!.. ¡bien!»
á todo lo español: «¡malo!... ¡cerril!»
y chillá como en brasas la sarten;

Que si de inteligente laurós mil
ceñir no logras en tu docta sien,
corona alcanzarás... de peregil.

WENCESLAO AXGUALS DE IZCO.

SENTENCIA.

YO DON ABUNDIO ESTOFADO: oido el parecer de mi consejera de Cocina LA ILUSTRE FREGONA, vengo en confirmar la sentencia que el infalible tribunal del AMBIGÜ acaba de pronunciar contra DON VICENTE DIAZ CANSECO, acusado del gravísimo crimen de ser un buen poeta, y no haber escrito en LA RISA mas que una linda poesia titulada *La risa de mi muger*. En su consecuencia, y dentro del término de ocho dias glosará el señor CANSECO la siguiente décima, si no quiere que las maldiciones de DON ABUNDIO le vuelvan mas *seco* que un *can*.

Por sí es tuyo y por sí es mio
el arco de un violin,

Pelayo y San Agustín
tuvieron un desafío;
pero en la orilla del río
dieron con Ana Bolena
que peinaba la melena
al cantante Salvatori,
y entonando el gori gori
se fueron á la berbena.

W. A. de I.

A D. WENCESLAO AYUALS DE IZCO

Y

D. ANTONIO RIBOT Y FONTSERÉ.

No hay nada que me asombre;
entro en cualquier lid con entereza.
Por no ceder á otro hombre
hiciera la proeza

de arrojarme en un pozo de cabeza.

Mas ¿qué quereis que os diga?
Sofocado me tiene vuestro enredo:
un pesar me atosiga
que definir no puedo;
es la prudencia que se acerca al miedo.

Al veros tan sañudos
me encuentro yo mas negro que los tordos;
que es mas que hablar los mudos
y mas que oír los sordos
habérselas un flaco con dos gordos.

Pues si donde hay mas peso
fácilmente se inclina la balanza,
¿quién aunque os gane en hueso,
á equilibrar alcanza
el peso colosal de vuestra panza?

Si es Ribot agraciado,
viene Ayguals carpulento y me acribilla;
y si á este no enfado,
la cosa es muy sencilla,
el preñado Ribot me hace tortilla.

Mas ¿quién diablos me apura?
Si pensais aplastarme la cabeza
con fuerzas de gordura,
dadad de esa firmeza
si yo saco mis fuerzas de flaqueza.

Cual suele entrar bramando

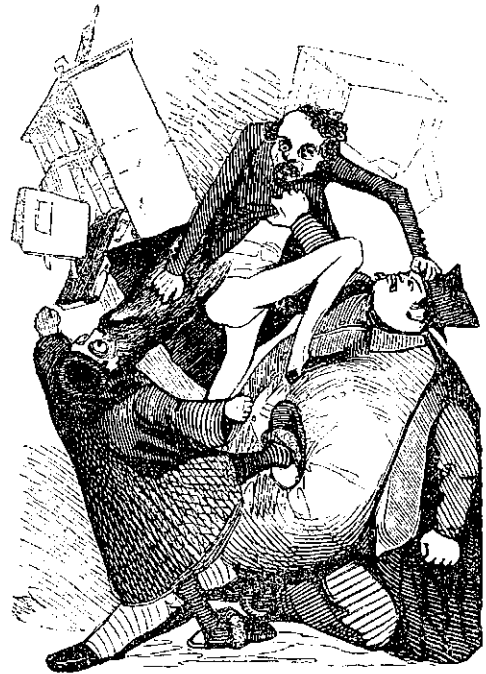
el riachuelo que la mar desagua,
voy en la lid entrando
que mis desdichas fragua.
¿Qué puede ser? ¿morir? pues pecho al agua.

Tener muchos manjares
proclama el buen Ayguals á voz en grito;
y dice en sus cantares
que no le importa un pito
que le falte ó le sobre el apetito.

No es su discurso fútil;
pero Ribot, con diligencia vana,
que es conveniente y útil
en demostrar se afana,
tener poca comida y mucha gana.

Y pues me hacen perito
y en puesto irrevocable me coloco,
les digo y les repito
que en la cuestion que toco
ni este tiene razon, ni aquel tampoco.

Y probaré á cachetes



la eterna realidad de este precepto:
que un hombre de moftetes,
aunque no sea inepto,

nunca tiene razon en mi concepto.

No les niego el dictado
de vates consumados, merecido :
yo no soy consumado
ni seré, ni lo he sido ;
pero soy literato consumido.

Y así de carnes ávido
embisto á fray Ribot ; qué buen pseudónimo !
y á Ayguals me atrevo impávido ,
que es singular sinónimo
de padre provincial de San Gerónimo.

Ayguals... por lo que dices ,
; quién te viera en un día de barullo
capones y perdices
ostentar con orgullo ,
sin poder atestar ese bandullo !

Por insípida cosa
desechar de jamones una carga ,
la sardina por sosa ;
y á la corta ó la larga
la dulce miel te pareciera amarga !
; Oh ! ; quién en pocos días
te viera el lomo maldecir colérico ,
y en tristes agonías
quejarte cadavérico
como muger en cinta , del histérico !

Si quieres tener pecho ,
nunca de pan , de carnes y de vino
te encuentres satisfecho ;
porque verte imagino
calendario forrado en pergamino.

Y tú, Ribot, quisiera
que el hambre te acosára de mil modos.
¿ Quién, infeliz te viera
para irrisión de todos
una mañana amanecer sin codos ?

Si algun día te halláras
de hambre canina, por tu mal muriendo ,
la lengua te escaldaras
con ansiedad comiendo
como suele decirse, un clavo ardiendo.

Si quieres ver de alambre
tu grueso fémur, con que el cuerpo rema,
tormenta sufras de hambre :
yo no tengo esa flema ,
prosiga cada loco con su tema.

Y ya que tan contento
ensalzas ; oh Ribot : la hambre canina

en un jocoso cuento ;
eso mismo me inclina
á soplarte este cuento de cocina.

Cierto estudiante andaba
por ciudades y aldeas ambulante ,
y el infeliz pasaba
un hambre de cesante
que es veinte grados mas que de estudiante.

Echaba el terno y taco
anhelando los goces de la holla ,
que su estómago flaco
llenaba de hambolla ,
fuera pan, fuera col, fuera cebolla.

Ganoso de monjares
en un meson se entró cual peregrino ,
y urgando los basares
al despertar ladino
se encontró una corteza de tocino.

Por inútil no pinto
de su enjuto gazzate la alegría.
En todo aquel recinto
solo un chiquillo habia
qué hacia que dormia y no dormia.

Fiero el tocino alcanza
antes que el hambre su garganta angoste ,
y en su oprimida panza
que estaba como un poste
lo zampó sin decir este ni moste.

Gritó el muchacho indino
; madre ! ; aquí hay un ladron con tales ganas
que ha comido el tocino
con que por las mañanas
suele untarse papá las almorranas !

Con terribles denuestos
maldice el estudiante cuanto toca.
; Qué arcadas y qué gestos !
por mas que á Dios invoca
echó el pobre las tripas por la boca.

Ribot, si á cada instante
tu panza no has de ver mas afligida
que el misero estudiante ,
no quieras en tu vida
tener hambre y tener poca comida.

Coma Ribot engrudo ;
no coma Ayguals hasta quedarse frio.
Morirán, no lo dudo ,
aunque mozos de brio,
de hambriento Fontseré y Ayguals de hastío,

Y porque yo temblábalo,
 quiero tener sin que me pongan sisa
 mas hambre que Heleogáballo
 y mas pistos que guisa
 el sabio cocinero de LA RISA.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

EL SOMBRERO.

Ya estamos en el tercer tomo de LA RISA. Verdad de Pero-grullo, como las de: vuelan las aves, andan los cuadrúpedos (y otros que no son cuadrúpedos) braman los toros, mayan los gatos, aullan los perros, y... échele usted un galgo á los que pudiera citar. Dije que estamos en el tercer tomo de LA RISA, y que el ciudadano Ayguals ha dado cuatro retratos de cuatro ciudadanos poetas, á cada uno de los suscritores, que usando de su *ciudadanía*, alojó cincuenta del pico, pero adelantados, que ahí está el *busilis* de la cuestion (1).

Yo, aquí en donde ustedes me ven (por supuesto en letras de molde) soy un cristiano como una loma, aunque mi padre es el moro *Abenamar*. Pero ¿qué tiene que ver toda esta algarabía con el sombrero? dirá el lector en sus adentros. Tiene que ver, y á verlo vamos. El susodicho *Abenamar* (estilo que huele á fiel de fechos que trasciende), cantó en uso de su soberanía moruna la invencion ridicula del *corbatín*, las atormentadoras *ligas* y las *medias* agarratadas por estas. De aquí se deducen dos consecuencias: primera, que ya no son solos los verdugos los que dan garrote; y que tampoco son solos los reos los que son agarratados. Un verdugo mas; qué horror! las *ligas*: una víctima mas de tantas inocentes como se sacrifican en holocausto de la patria y de la libertad; ¿quién dirán ustedes que es? ¡qué lástima de criaturas!.... las *medias*. Segunda consecuencia que mi señor papá, en vez de *progresar*, ha retro-

(1) Los retratos litografiados que se publicaron en LA RISA, fueron doce, cuya coleccion se vende tambien á los suscritores del Album de Momo por el precio de 20 rs. tanto en Madrid como en las provincias.

grado en sus cánticos *risueños*; pues desde el pescuezo ó cuello, ó como lo quieran ustedes llamar, ha descendido nada menos que á las pantorrillas de la especie humana. Yo, como hijo suyo, y heredero de su gloria (¡cosas del padre Ripalda!), quiero remontarme á mas altura, y ascendiendo de las pantorrillas, me sopló de un brinco en la parte alta del cerebro, de tal manera, que me coloco en una posicion que domina al hombre. ¡Tal es el afán de dominar en nuestros tiempos! Pero en mi ascenso *somberril*, ruego al dios Momo que no me suceda lo que al compadre Ícaro, y me rompa la crisma en el santo suelo, aunque yo no llevo alas de cera, como reza la señora Fábula (que, entre paréntesis, es una señora muy embustera), ni aunque no haga un sol que se achicharren los gorriones. Bien: se me ha puesto en el magín que mi pobre articulejo no vaya en verso; en primer lugar, porque es mas original en LA RISA, en donde las celebérrimas odas á las *Judias*, *Salchichon*, *Tabaco*, *Ajos* (¡vaya un potage!) merecen justamente la fama europea de que disfrutan; en segundo lugar, porque estoy harto hasta el esófago de versos; no se oye otra cosa: el drama, nuevo, original y en verso: la comedia, nueva, original y en verso: el picaruelo del muchacho ya hace versos; pero ¿cuánto verso trae el periódico A ó la revista B!: y versos y mas versos, que es seguro que si se encontrara una máquina, que por medio de una operacion química redujese los versos á líquido, nadaria la generacion actual en un piélagos de sonetos, décimas, epigramas, endechas, octavas reales y epitaños. Tampoco quiero jugarla de rigorista, ni de machacon; en mi articulo habrá de todo, sapos y culebras, como suele decirse, pues que no es conveniente escribir con *arreglo* á las *reglas* en toda una ENCICLOPEDIA DE ESTRATAGANCIAS.

Me encajo pues en cuerpo y alma en el sombrero; no es decir esto que se zampe de patas mi humanidad dentro del sombrero, sino que voy á tratar de él.

No voy á cantar las glorias del sombrero.

le tengo un odio mortal,
 y es odio tan fulminante.

que lo ponía al instante
en estado excepcional.

Esta no es una alusión política, es una alusión *extravagante*. No cogeré yo la trompa de Homero, ni de Virgilio para hacer de mi artículo «el sombrero» una *sombrereida* ó una *sombreriliada*. Nada de eso, ni entonaré vertiendo por las narices á quintales el tono magistral:

.....
y con acento fiero
las glorias canto del primer sombrero.

Tampoco escribiré á lo *clásico*, siguiendo el cómputo cronológico de los tiempos, encabezando mi artículo con una cita correspondiente, y encajando despues por via de instruccion profunda, cinco ó seis inscripciones en latin, halladas en los sepuleros del rey Carrion y de la reina doña Urraca; deduciendo de ellas que en tiempo de sus magestades se usaban ya sombreros en figura de paralelipipedos prolongados, con cada cerda de media vara.

Tampoco seguiré la pauta de los señores *románticos*, ni cantaré las ridiculeces del sombrero, como ellos lo hicieran, en esta chocante cuanto estrafalaria forma:

FRAGMENTO.

EL SOMBRERO.

I.

.....

Allá de las nubes el rayo resbala
rompiendo los aires cual ángel de luz,
y en hilos de niebla plegados al viento
esconde la noche su negro capuz.
De antiguo castillo poblado de buhos
los ecos salian de opaco rumor,
y el trueno á lo lejos rodando entre peñas
allá en los sepuleros causaba pavor.

.....

II.

El triste sombrero en tanto.

flotaba allí en la laguna,
y el dueño sumido en llanto
entona lúgubre canto,
maldiciendo su fortuna.

.....
.....

III.

.....

Ya han visto ustedes que no me peta ninguno de los géneros de escribir, arriba citados, y que por consiguiente mi lema constante es el de «*independencia y sopas*.» El artículo del sombrero parecerá que lleva sobrado exordio; así como así á los sombreros les sobra copa y les falta ala, luego en algo nos hemos de parecer. Basta de prologómenos, y vamos al grano.

Sin ir muy lejos, nos encontramos de manos á boca con los *chambergos*, que fué una de las frutas que nos vinieron allende del Pirineo. Siempre nos hemos pírrado por imitar. ¡Viva el españolismo neto! Sombreros de suyo ridiculos y extravagantes, que nos regalaron los flamencos. Ala, un paraguas ambulante; copa, una taza puesta boca abajo, y una pluma que remataba la ridiculez, pues parecian gallos ingleses los caballeros de la córte de Felipe IV. Así los bautizó *Lope de Vega*:

«Y ¿qué es ver tanto maton,
muy erguido y puesto al ólio,
con *sombrerazo de á folio*,
ostentando el espadon?

Sombrerazos de á folio eran, sí señores míos, los que quisieron resucitar los estudiantes de la M. H. V. de Madrid. Ni al mismo demonio en figura humana se le ocurre semejante atrocidad. Y digo yo, comentando á *Lope de Vega*, al recordar aquellas máscaras estudiantinas:

¡Qué era ver en esta villa
tanto colegial al ólio,
con *sombrerazo de á folio*,
cual raton bajo escudilla!

Dejando aparte estas semi-embarcaciones, que yacen postradas en las aguas del rio del Olvido,

pasemos á otras no menos estrafalarias que estas. ¡Oh sombrero de *tres candiles*, que posaste, cual mosca en calavera de calvo, en la empolvada y enmelenada cabeza de Fernando VI! ¡Un rey, todo un REY con *tres candiles* en la cabeza!

Gran Federico, el Valiente,
no contando veinte abriles,
llevó su correspondiente
sombrero de *tres candiles*.

No debo hablar mas de él, porque lo de *tres candiles* es suficiente para calificar de malo, no digo á un sombrero, sino á un hombre que tenga exactamente las *tres* virtudes teologales, que son: *fé, esperanza y caridad*; es el símbolo de hacer á tres palos; y el de soplar el aire por tres partes, es decir, por norte, mediodía y saliente, que en ese caso es el hombre una torre de Santa Cruz con tres veletas.

Y aunque es cosa algo alegórica lo que acabo de decir, siempre es justo permitir una figura retórica.

Los sombreros llamados de *tres picos*, ocupan en nuestra historia un lugar importante. Yo... casi me dan tentaciones de defenderlos. Su origen, sin embargo, es sangriento, es revolucionario. Cansados los *picos* de estar horizontales, se pronunciaron contra sí mismos, que el pronunciarse contra sí mismo es el peor de los *pronunciamientos*. Hubo aquello de andar al morro que era una bendición de Dios, y el resultado de la refriega fué que salió vencedor el de mas fuerza cosa que sucede muy á menudo, quedando perpendicular y alzando la cabeza al cielo como quien dice: «aquí estoy yo.» Los otros dos *picos* quedaron horizontales como antiguamente, y con la humillacion del que sale vencido, parece que están diciendo «perdon.» No puedo asegurar el dia de la batalla, conocida con el nombre de los *picos*; pero sí puedo decir que sucedió mil años antes del nacimiento de nuestro señor Jesucristo; la hora permanece ignorada, pues todavía no se habian inventado los relojes.

Hé aquí el origen de los sombreros de *tres pi-*

cos. Sombreros que pululaban por entre la sabiduría en las universidades, en donde eran el símbolo del *hambre*. Yo saco de aquí una consecuencia un poco *hambrienta*: que los libros y las cucharas de palo han estado unidos siempre en este pícaro mundo, luego *hambre y sabiduría*, sinónimos. Pulararon... hasta en la tauromáquia ¡qué horror! un torero con sombrero de *tres picos*, es lo mismo que un coracero con enaguas. El ver en la plaza de toros de Madrid al tío Perico Romero (y no á don Pedro Romero) dar una limpia estocada á *volapié*, con un sombrero de *tres picos* encasquetado hasta los ojos, era el anacronismo mas atroz que han visto los nacidos ¡Qué cosas tenian nuestros abuelos! ¿Y dónde me dejan ustedes

ver á tantos muchachones
que bien pobres ó bien ricos
con sombreros de tres picos
parecian ya *ochentones*?

Los tales *picos* fueron ruines y miserables hasta en el número, eran *tres* solamente, no pudieron llegar á *cuatro*. Verdad es que los llevaron Moratin, Melendez, Floridablanca y otros muchos sábios, que, perdoneme su ausencia, á pesar de su sabiduria y su talento, eran ridículos y extravagantes.

El capitan del siglo, se me dirá, el grande NAPOLEON, el vencedor de Austerlitz y de Marengo, llevó sombrero de *tres picos*. Cierto, certísimo, y á *fé*, á *fé* que no me dejarán mentir las alelukyas. Pues á eso respondo yo *mal* imitando á Iglesias:

¿No veis á Napoleon
con la cara de guerrero?
Pues con su rostro, sombrero,
su carácter de leon
y sus sesos de elefante,
era un hombre extravagante.

Basta de sombreros de *tres picos*; y vamos á otros que se pasan de *chatos*; mientras rezo á aquellos el siguiente

EPITAFIO.

Bajo esta losa se esten,
requiescant in pace. Amen.

Los sombreros de *copa alta* se presentan á nuestra vista. ¡Cuántas variaciones ha inventado la pompa vana de los hombres! Qué de ridiculeces en los sombreros! ¡Oh necedades mundanas! Pero... no señor, esto va muy triste no me acomoda seguir como lo podría hacer un esclaustrado hambriento, que son dos gracias divertidas.

Ya sombreros en forma de alcuza boca abajo, ó hablando geométricamente, de figura cónica. Estos no los llevan ya mas que los cesantes, quienes los sacan del polvo del olvido, de entre muebles viejos, de algun desvan lleno de telarañas, y que permanecian *jubilados*. Ya sombreros en forma de morrion, derechos como husos. Ya sombreros á lo *setembrista*; copa baja, ala ancha y sus borlas correspondientes, que no parecia sino que llevaban el *progreso* colgado de las borlas. En fin, sombreros á la *derneire*. Estos son unos sombreros en miniatura, propios de gente menuda, de jovenzuelos chiquilicuatros y de personas de cabeza redonda, son por decirlo así, escrúpulos de sombreros. No se apuren ustedes, que ya inventarán *les francais* otra clase de sombreros como los de los maragatos, y váyase la una por la otra.

Tambien hay sombreros con... (no me atrevo á decirlo)... con... CON GRASA! Traslado á la oficina de don Abundio. Los *calañeses*... ¿para qué hablar de ellos? si de cualquiera manera que consideren ustedes al sombrero, les parecerá ridículo.

Y ya cargándome estan,
que su moda es tan cargante,
que tentaciones me dan
de encasquetarme un turbante
como el que lleva el sultan.

EDUARDO LOPEZ PELEGRIN.

LET RILLA.

¿Quién el sublime
y original
DÓMINE LUCAS
no comprará?

Esto les dije
yo con afan
á los vecinos
de mi lugar.

Gritaban muchos:
¡vaya, no estan
los tiempos estos
para gastar!

Mas, ¡convencidos
de la equidad
con que sus obras
publica Ayguals,

Me contestaron:
vamos allá,
que esa es harina
de otro costal.

—
Sinforianita
la de don Blas,
tiene un rendido
jóven gala n.

Ella lo quiso
desperdiar
porque no gasta
guantes ni frac.

Pero su madre,
que es muy sagaz,
no la permite
volverse atrás.

Porque hay muy poros
que quieran ya
sufrir la carga
matrimonial.

Y la otra dice:
pues venga acá,
que esa es harina
de otro costal.

—
Hice yo un dia,
veinte años ha,
de no casarme
voto formal.

Porque he pensado
¡voto va san!
que pobre y fea
me ha de tocar.

Mas si por una
casualidad

hallo una Venus
angelical

De quince abriles
y sin mamá
y un milloncejo
de capital,

Diré: no hay voto
de castidad,
que esta es harina
de otro costal.

Luis se pronuncia
con mucha sal,
porque la patria
quiere salvar.

Nada pretende;
no quiere mas
que la española
felicidad.

De los ladrones
habla muy mal
que solo chillan
para medrar.

Razon le asiste;
mas si al final
al tal patricio
turrón le dan,

Scamos francos
¿lo escupirá?...
Esa es harina
de otro costal.

Esta enaresma
me ha de matar
con tanta y tanta
necesidad.

Aunque me pierda
con Barrabás,
voy los ayunos
á quebrantar.

Pero ¿qué digo?
no hare yo tal,
que lo condena
la cristiandad.

¿Qué es lo que al cabo
resultará?
¿Morir de horrible
necesidad?

Para eso alcanzo
la gloria allá,
que eso es harina
de otro costal.

Cierto frailote
vi predicar
contra la poca
moralidad.

Encarga el sexto
no quebrantar,
porque es al alma
perjudicial.

De que Pepita
tuvo un galán,
treinta rosarios
la hizo rezar.

Porque una dama
mantiene Juan,
creo que á Roma
descalzo va.

¿Y qué hace el fraile?
Mantiene un par.

.....
Esa es harina
de otro costal.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

GRACIAS DE LOS NIÑOS.

No hay placer en el mundo que compararse pueda al placer de ser padre, á no ser que sea el placer de ser madre. Esta verdad no es nueva, pero es consoladora, y muy á propósito para hacer que renuncien al celibato hasta los enemigos mas furibundos del santo matrimonio. Con todo, no temo yo declarar á la faz del mundo, que es mi opinion tan opuesta á la paternidad, que nada encuentro tan detestable en este valle de lágrimas como un niño desde que nace hasta los cinco años. Pasada esta edad de crisis, ya es otra cosa; los muchachos de uno y otro sexo hasta los quince años, son ya nada menos que insoportables. Mirabeau y Napoleon han dicho: *«Il n'y a de pères de famille véritablement heureux que ceux qui n'ont pas d'enfant !»*

Todos saben lo que es un muñeco recién nacido. Desde que abre los ojos, no hace más que desgañitarse llorando noche y día, sin que nadie sepa por qué. Mas grandecito tiene la misma gracia, con solo la diferencia que ya entonces se sabe por qué llora el angelito. Unas veces porque tiene dolor de tripas, otras veces porque quiere que su nodriza le dé la teta, otras porque se le antoja romper los cristales de los anteojos de su padre, y otras en fin porque quiere que su madre le dé la luna que ve reflejar en algún arroyo. El gran Newton, tan aficionado como era á averiguar el *por qué* de las cosas, hubiérase dado por muy satisfecho siempre que uno de estos mocosuelos hubiese podido explicarle el *por qué* de su frecuente chillar.

Cuando el niño entra en el segundo período, del cual hemos hablado ya, esto es, la edad de cinco á diez años, el que es de carácter alegre, comete sin cesar tan estrambóticas travesuras, que no hay aguante para ellas. La menor de ellas es atar á la cola de la perrita de su mamá un

pucherito, y la desgraciada (entiéndase la perra) corre con su batería de cocina por esas calles de Dios hasta que suele ser víctima de las pedradas de otros angelitos no menos traviesos. Se me contestará que esta y otras travesuras son hijas de la mala educación. Verdad es; pero ¿cuál es el niño que no esté mal educado? Fuerza es, sin embargo, confesar que hay ciertos padres que no permiten á sus hijos moverse de su lado, ni les dejan correr por las calles para abandonarse á los juegos de la infancia plebeya. Pero no por esto dejan los inocentes párvulos de hacer ostentación de sus gracias. Que un caballero respetable por los años que cubren su rizada peluca llega á hacer su visita á la mamá de dos amables criaturitas. La niña empieza por empinarse por las piernas de aquel santo varón, y sentada en sus rodillas se divierte en estirarle su voluminosa nariz, mientras el señorito se sube por el respaldo de la silla, y levantando la peluca del paciente, le escupe en su venerable calva.



La tierna madre, feliz y orgullosa al contemplar la jovialidad de su prole, porque la jovialidad es indicio de salud, rie y celebra las gracias de sus querubines: y después de haberles dejado martirizar completamente al pacífico ciudadano,

dice al cabo de una hora: «Hijos míos, no seáis molestos; acabareis por enojar tal vez á este caballero.» Y el caballero se ve obligado á contestar: «deje usted que se diviertan.»

La felicidad de esta tierna madre desmiente el

dicho de Mirabeau y Napoleon, de que no hay mas padres de familia verdaderamente dichosos, que aquellos que no tienen hijos. Desdichados de los que tienen que hacer visitas á padres con angelitos.

WENCESLAO AYGALES DE IZCO.

EPIGRAMA.



Riñendo á su esposa Andres
por yo no sé qué pecado,
¡calla! la dijo enfadado,
¡animal de cuatro pies!

Y ella, frunciendo las cejas,
dijo: no es por injuriarte;
pero bien puedo llamarte
animal de cuatro orejas.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

ATAQUE Y DEFENSA.

Si para todos los males
hay remedio en este mundo,
yo no sé por qué razon

han de lamentar algunos
el mirarse á cada paso
con un amigo importuno
que, con el album en ristre,
les pide cuatro rasguños.
Yo soy hombre que lo entiendo;
si alabarme no procuro...
Mas no me podrán decir
que no sé hacerlo con pulso.
Digo, que entiendo el busilis,
y que huyendo siempre el bulto,
por no escribir una sílaba
paso por grosero y brusco.
Vino á verme la otra tarde
mi amigo, el señor don Bruno,
y despues de prodigarnos
mil cumplimientos á duo,
sacó el consabido mueble
y en las manos me lo puso,
siguiendo á la accion el diálogo
que á continuacion embuto.

EL... No quisiera molestarte;
pero tengo un compromiso...
Vaya, con que... ello es preciso:
para esto vengo á buscarte.

YO... ¿Que escriba unos versos
me dices en suma?
Los hago perversos:
no cojo la pluma.

EL... Ya sé yo que eso es hablar;
vamos, empieza, y no juegues.

YO... Que no.

EL... Volveré á rogar.

YO... Yo te ruego que no ruegues.

EL... Haz, sin mas dilacion, en verso ó prosa,
una composicion á cualquier cosa.
¿Nada sabes del sol, astro divino,
que en su hermoso Genit...

YO... (Este desbarra.)

Solo sé que en verano me achicharra;
mas, dejemos ya el sol, porque imagino
que si me pongo á hablar del sol y estrellas
acabará con rayos y centellas.

EL... Ya que al sol no te levantas,
¿por qué á las plantas no cantas,
del campo ornamento vario?

YO... ¿Cómo he de hablar de las plantas

si nunca he sido herrolario?
 ÉL... ¿Quién no admira en una flor
 las obras del Criador?
 YO... Sin que nadie me lo diga
 en un clavel puedo ver
 la obra del Supremo Ser,
 mas, tambien veo en la ortiga
 las obras de Lucifer.
 ÉL... Venga ya una respuesta categórica.
 YO... Voy allá, que no gusto de retórica.
 Lo haré con decirte,
 querido Santana,
 no puede servirte

MANUEL JUAN DIANA.

SOLVENCIA.

AL SEÑOR DON ABUNDIO ESTOFADO.

Nada de maldiciones, por Dios, que en verdad no necesito de ellas para estar mas enjuto que un espárrago. Es cierto que me hacia el sueco y procuraba divertirme á costa ajena; pero aunque en eso no diera pruebas de tonto, no deja de ser un insulto á los Zorrillas, Bretones, Villergas, Izcos etc., aplicarme el título de poeta. Supongo que ese dictado será tan solo una chanza forense con que ha querido divertirse el infalible tribunal del AMBIGÜ. Me alegraré sin embargo que agrade á mis jueces la moneda con que pago la multa que se me ha impuesto, y que me dejen reír de *bóbilis bóbilis*, al menos por espacio de otro año.

MULTA.

*Por si es tuyo y por si es mio
 el arco de un violin,
 Pelayo y San Agustín
 tuvieron un desafio;
 pero en la orilla del rio
 dieron con Ana Bolena
 que peinaba la melena
 al cantante Salvatori,
 y entonando el gori gori
 se fueron á la herbena*

PACO.

Reiase Deucalion
 de ocho búfalos mellizos,
 que se peinaban los rizos
 para ir á una procesion;
 y como era tan hombron,
 dijo á la isla de Scío:
 «Si es que no te causa hastío,
 bebamos este hipocrás;
 y no disputemos mas
 por si es tuyo y por si es mio.»

Pero ¡cuál se puso Asuero
 cuando vió que la Giralda
 hacia fiestas en la falda
 á su perro perdiguero!
 Tuvo que acudir Lutero,
 disfrazado de arlequin
 y hablarles en mallorquin;
 que á no ser así, el idiota
 hubiera puesto en compota
 el arco de un violin.

Mas con todo eso, Milonia,
 que estaba cantando el chairo
 en una plaza del Cairo,
 muy cerquita de Sajonia,
 se vistió de ceremonia
 y dijo con retintín:
 «¿Qué! ¿no llevan ya espadin,
 y eso que almorzaron juntos
 el día de los difuntos,
 Pelayo y San Agustín?»

«No hay que andarme con misterios,
 replicó el arte cisoria,
 porque si me emboco en Soria
 han de pasar lances sérios.»
 Entonces dos megaterios,
 capitanes de navío,
 afeitaron á Darío;
 y por jugar al chaquete
 con abareas y roquete,
 tuvieron un desafio.

Y Anás, constructor de fuelles,
 puso espuelas á Ericina,

al Cáucaso papalina
y al mar Caspio zaragüelles.
Mas se rompieron los muelles
del cabriolé en que iba Clío
casi temblando de frío,
y mandó un hombre del Vierzo
que la sirviera el almuerzo;
pero en la orilla del río.

Entonces vió que un besugo
se paseaba muy ufano
del brazo con Domiciano
por el espolon de Lugo :
«¿Qué! ¿creéis que no madrugo?
(dijo con frente serena)
pues comience la faena» ;
y poniéndose á buscar
cerca de Galapagar
dieron con Ana Bolena.

Suspiraba Maquiavelo
cuando la nieta de Ayáx
puso dentro del carcáx
su gorro de terciopelo ;
y haciendo un guiño á Metelo
que respunteaba en Lucena
el corsé de una ballena
le llevó hácia Jericó,
anunciándole en caló
que peinaba la melena.

Pues, como digo; el Correggio
se empeñó en tocar la flauta
con Jason el argonauta,
que se escapó del colegio.
«Usurpar mi privilegio
siendo del partido tory!
esclamó la bella Clori;
y mirándole al soslayo
regaló su papagayo
al cantante Salvatori.

Pero se presentó Abél,
que entonces andaba á gatas,
y batió las cataratas
á la torre de Babél.
Púsole plectro un rabel
fiel de fechos en Bathori,

y le falló Muratori
mandando á la metonimia
que se fuese á la vendimia
entonando el gori gori.

Corrientes quedaron todos,
mas obstinándose Ovidio
en no pagar el subsidio,
apeló al rey de los godos :
este con muy buenos modos
se lo contó á Juan de Mena
arzobispo de Viena;
y despues de tanta bulla,
poniéndose una casulla
se fueron á la berbena.

VICENTE DIAZ GANSECO.

VENTAJAS DEL QUE NO TIENE PIERNAS Ó DEL QUE LAS LLEVA DE PALO.

ARTÍCULO DE INTERÉS GENERAL.

I.

Con manifestar los males sin cuento que acarrecan las piernas, habré manifestado gran parte de las ventajas que tiene el que de ellas carece, y si á estos datos que se me ocurre llamarles negativos añado los positivos, es decir, los que tienden directamente á probar los beneficios debidos á la carencia de piernas, todas las sutilezas metafísicas con que mis antagonistas tengan á bien argüirme, todos sus sofismas y paralogismos se estrellarán en la fuerza de mis razones, y el mas reacio defensor de las piernas se verá obligado á desprenderse de sus errores, y á confesar paladinamente que su opinion opuesta á la mia no ha sido otra cosa que una paradoja ridícula. Para satisfacer mi vanidad esto será suficiente, pero no para satisfacer mis filantrópicos deseos, que solo quedarán colmados el dia en que vea emancipada de las piernas á la humanidad entera. ¿Llegará este dia feliz? ¿Llegará un dia en que convencidos los hombres de que las piernas, á que son deudores de tantos contratiempos, son un mero objeto de lujo, se convengan en pasarse sin ellas mal que les pese á los zapateros, á los medieros y á cuantos

tienen una mina en nuestras calamitosas estre-
midades inferiores? Harto conozco el poder de
la rutina; sé bien las dificultades con que tro-
pieza el verdadero filósofo que se empeña en
desterrar de la humanidad los defectos y vicios
sancionados por costumbres añejas. Confieso
que escribo este artículo con poquisima espe-
ranza de obtener el resultado que me propon-
go. Ni uno solo de mis lectores, por valederas y
convincientes que le parezcan las razones que yo
alegue, se sujetará á la quirúrgica cuchilla, y
alguno quizás se crea con derecho de decirme
que este artículo no está dictado por una con-
vencion profunda, que está escrito sin religion
de conciencia, puesto que siendo yo su autor no
confirmo lo que en él digo con mi propio ejem-
plo. Si, lo conozco, para probar la fé que tengo
en mis doctrinas, yo deberia el primero espo-
nerme á los dolores de una amputacion san-
grienta; pero no lo hago porque por una parte
no tengo necesidad de ello para dar fuerza á
mis datos que son por sí solos bastante robustos,
y por otra para dirigir á las piernas la ca-
tilinaria que se merecen, quiero tenerlas pre-
sentes, tenerlas conmigo mismo como un testi-
monio vivo y palpitante de mis penas y evitar de
este modo que disminuya el horror que justa-
mente me inspiraron. Suele decirse que el que
está abito no se acuerda de los que no han co-
mido, y esto me sucederia tal vez si yo care-
ciese de piernas, no me acordaria de los des-
graciados que las tienen, y á quienes trato de
libertar de esta calamidad diciéndoles lo que Je-
sueristo á los apóstoles: «Haced lo que yo os
diga, y no lo que yo haga.»

Antes de pasar adelante es necesario que mis
lectores y yo acordemos bajo qué acepcion va-
mos á tomar en este artículo la palabra *piern-
nas*. Todos sabemos lo que por piernas entien-
den los anatómicos y los amigos de que se ha-
ble siempre con toda propiedad, pero á mí me
conviene en esta ocasion dar á esta palabra la
significacion colectiva que á menudo le dá el
vulgo, quien con ella suele designar las estre-
midades inferiores desde el tercio inferior del
muslo hasta las últimas falanges de los dedos
del pié. Despues de esta advertencia me parece
que puedo entrar en materia sin esponerme á

malograr mi tinta, ni á fatigar mis livianos en
meras cuestiones nominales. Tambien debo ad-
vertir que á pesar de tener en mi casa un di-
ploma de médico y cirujano que á mi padre le
cuesta bastante dinero y á mí no pocos exáme-
nes, en cuanto me sea posible me abstendré de
hacer uso de los términos técnicos del arte, por-
que yo quiero que me entiendan fácilmente to-
dos los que en el mundo tienen piernas, aunque
en su vida hayan respirado los fétidos miasmas
de una sala de diseccion, ni hayan visto mas ca-
dáveres que el del cordero de la Pascua y el del
pavo de Navidad, ni hayan gastado un adarme
de sebo consagrado á la lectura del Juan de
Dios, del Nadal y Lacaba, ni de ninguna otra
de las obras clásicas de anatomia descriptiva.

Si para rebatir á los piernófilos se me anto-
jára echar mano de todos los argumentos que
ponen á mi disposicion las piernas consideradas
en estado patológico, es seguro que llenaria
veinte números de LA RISA, invadiendo has-
ta el sagrado terreno que para su ambigü se
reservó el docto don Abundio. Las piernas constan
de huesos, de músculos, de nervios, de
arterias, de venas etc., etc., y no es necesari-
o decir mas para que el mas topo se haga car-
go de cuán inmenso debe ser el número de en-
fermedades que son las piernas susceptibles de
padecer. Yo no ocuparé de ellas á mis lectores,
no les hablaré de las caries, aneurismas, varices
y demas dolencias de que las piernas á menu-
do son victimas, lo mismo que las demas par-
tes de nuestro cuerpo que gozan de tegidos aná-
logos; haré solo mencion de las enfermedades
que ademas de ser muy frecuentes son propie-
dad casi esclusiva de las estremidades inferior-
es, y aun procuraré hablar de ellas muy some-
ramente, porque estoy seguro de que considera-
das en su estado normal ó fisiológico las piernas
son por sí solas una calamidad terrible, aunque
por una escepcion casi milagrosa se hallen libres
de sabañones, de callos y demas plagas que á
tantos hijos de Adan hacen avinagar el gesto.
Y si las piernas sanas y robustas que, sea dicho
de paso, dificilmente se encontrarian dos en
Europa, son ya una calamidad terrible ¿qué nom-
bre daremos á las piernas averiadas, como ge-
neralmente lo son todas?

La dolorosa comezon que causan los sabañones debería ser suficiente para declarar á los piés una guerra sin tregua ni cuartel. Bien es verdad que los habitantes del mediodía de América y otros países que se puede decir que no tienen invierno, desconocen esta impertinente dolencia, pero gracias á sus piernas no les falta por esto con qué rascar, no les faltan niguas y genegenas mas molestas si cabe que los sabañones, y que como estos fijan con predileccion en los piés su funesta residencia. Hasta ahora han sido ineficaces todos los remedios que la medicina, ó por mejor decir, que el empirismo y charlatanismo han preconizado para curar los sabañones; el agua de las lluvias de abril, aplicada en el momento mismo que acaba de caer, es lo que mejores efectos ha producido; pero yo afirmo que para la curacion de los sabañones de los piés la amputacion de las piernas es de un éxito todavía mas seguro. Esta es una curacion radical, con la que nunca tiene lugar la recaída.

Mas terribles aun que los sabañones son seguramente los callos, porque son mas dolorosos, invaden un número mayor de individuos, se aclimatan en todos los países, y no ceden al influjo de ninguna de las estaciones del año. La curacion radical de estas molestas abolladuras, debidas principalmente al calzado, se obtiene tambien con la amputacion de las piernas. ¡Y todavía se ven piernas en el mundo!

¿Y qué diré de los uñeros que la propia experiencia no le haya hecho observar á mis lectores? Las uñas de los piés crecen y se prolongan sin cesar, sin cesar destruyen medias y mas medias, hasta que por fin encuentran en los zapatos un obstáculo que se opone á su curso invasor y las obliga á replegarse. Entonces las uñas se doblan y contramarchan, y sus bordes libres vengándose en los dedos de la derrota que deben al calzado, se introducen en la carne de los infelices donde hacen un estrago sangriento. Esto es lo que se llama uñero que solo se evita oponiendo con frecuencia las tigeras al rápido progreso de las uñas. Pero esto de cortarse las uñas del pié no es una operacion tan trivial como algunos se figuran; es operacion que para practicarla debidamente en ambos piés; es casi indispensable ser ambidextro, que requiere tige-

ras muy duras y de muy buen temple, y que aun así á muchos les obliga á tomar pediluvios para reblandecer la sustancia cornea que debe cortarse. Y no es esto lo peor. Se necesita tener algo de culebra, se necesita una organizacion particular como la de Auriol, se necesita casi es-



tar dislocado para no morir de fatiga cortándose las uñas de los piés. Los hidrópicos, las embarazadas, en una palabra, todos los que estan dotados de voluminosa barriga deben fiar esta operacion á manos ajenas, y como los piés en general son una cosa no muy limpia, no siempre se encuentra quien quiera encargarse de practicarla. Y si por casualidad se encuentra, nos esponemos á que la frialdad de la mano del operador ó su tacto indiscreto nos haga cosquillas ó nos cause alguna otra impresion desagradable que, no pudiéndola resistir, nos obligue á retirar el pié casi convulsivamente, y á que dejemos alguna vez en este movimiento brusco el dedo en lugar de la uña entre los fillos de las terribles tigeras.

Los límites de este periódico me obligan á separarme del campo patológico y á llamar la atencion de la humanidad entera hácia los males que ocasionan las piernas, aun admitiendo la hipótesis de que estén dotadas de una salud perfecta. Creo que todos mis lectores tienen la costumbre de ponerse en camisa ó cuando mas en calzoncillos antes de acostarse, y que esta impertinencia diaria les sujeta á otra no menos molesta cual es la de tener todos los dias que vestirse! ¡Desnudarse y vestirse! Terribles calamidades que el estado social ha le-

gado al hombre para hacerle envidiar la suerte de los indios bravos, de los hotentotes y hasta de los mismos irracionales, que sin desabrocharse el corsé ni quitarse la levita, y que sin calzarse las botas, ni hacerse el lazo en la corbata, apenas se levantan están dispuestos á salir á la calle seguros de que sus semejantes no les han de poner ea ridículo. ¿Por qué al nacer no nos otorgó la naturaleza una concha como al carey, una piel como al oso, un plumage como al águila ó una cubierta escamosa como al cocodrilo? ¡Inútiles quejas! Estamos condenados á desnudarnos y á vestirnos todos los días, y seríamos muy criminalmente orgullosos si intentásemos revocar este terrible fallo de la civilización. Pero al menos ya que el desnudarse y el vestirse es un trabajo impropio de que no nos permite la sociedad eximirnos ¿por qué no procuramos en lo posible simplificar tan engorrosa operación? La amputación de las piernas la simplificaría considerablemente. Ella nos evitaria la molestia de ponernos las medias y los zapatos, ella nos emanciparía de la tiranía de las ligas, que, como nos manifestó un día Abenamar refiriéndonos un hecho práctico, han dado alguna vez motivo á catástrofes sangrientas; ella en fin desterraría de nosotros las esclavizadoras trabillas, que con mucha razón ha incluido el señor Manzano en el catálogo de las calamidades públicas al mismo tiempo que el señor Casilari las ha celebrado como una cosa excelente. Yo creo como el señor Manzano que las trabillas son un mal grave, pero creo como el señor Casilari que mientras haya piernas debe haber trabillas. Quitense las piernas, y las trabillas caerán, como suele decirse por su propio peso.

Mirando la cuestión bajo un aspecto económico, creo que no habrá un solo padre de familia que no considere las piernas como uno de los objetos que mas contribuyen á aumentar el presupuesto de los gastos domésticos. El que tiene muchos hijos y les ha de alimentar con el sudor de su rostro, es imposible que quede bien con el zapatero si come algo mas que sopa y cocido. Y agréguese á esto el limpiabotas ó un criado que haga las veces de tal, pues de uno ú otro hemos de valerlos, so pena de estrenar calzado todos los días, lo que es muy gravoso, ó de lim-

piárselo uno mismo, lo que es muy molesto, ó de llevarlo sucio, lo que si bien es lo mas fácil es tambien lo menos decente. Y luego las medias. Dios sabe al cabo del año cuantas cifras ha añadido al presupuesto el jabon con que se han lavado y el algodón con que se han remendado.

Tambien las ligas cuestan dinero, pero no es en verdad el dinero que cuestan lo que tan odiosas las vuelve á los ojos de todo hombre filantrópico, sino la dificultad de mantenerlas en su justo término de suerte que no se escurran por estar flojas ni sieguen la pierna por estar demasiado apretadas. Yo, lo confieso, soy enemigo irreconciliable de las piernas, pero no por esto quiero que se las martirice, que se las dé continuamente garrote; condéneselas á la última pena, pero no se las ponga en tortura como á las víctimas de Torquemada. El espíritu del siglo proscribe tamañas atrocidades. Por lo demas, conozco que son altamente criminales. ¿Qué castigo imponen las leyes vigentes á los que encubren malhechores? Por terrible que sea debe aplicarse á las ligas. ¿No dan acaso guarida á los atroces viehos que de sangre y solo de sangre se alimentan? Todo el mundo conoce que aludo á las pulgas, cuyo nombre no me parece decente mencionar en este grave artículo.

Pero de las ligas debe decirse como de las trabillas que son un mal, pero un mal necesario, un mal que durará tanto como nuestras medias, como nuestras piernas. ¡Abajo pues las piernas!..... ¿Te horrorizas, lector? Me parece que estoy oyendo los argumentos con que tratas de defender á esas enemigas del género humano. ¿Cómo andaríamos sin piernas? ¿qué pareceríamos sin piernas? ¡Cuánto padeceríamos si nos cortasen las piernas! ¿No son estos los argumentos capitales con que piensas reducir á polvo todas mis pruebas, y cuya solución esperas seguramente antes de llamar al cirujano para que proceda á la amputación? Pues ya puedes llamarle desde luego, porque tus argumentos van á quedar bien pronto desvanecidos. ¿Cómo andaríamos sin piernas? ¿Y qué? ¿crees acaso que trato de reducir á los hombres á la triste condición de reptiles? Nadá de eso: quiero reemplazar sus piernas naturales ó de carne y

hueso con piernas de palo, cuyas inmensas ventajas prometo manifestarte en otro artículo. *¿Qué pareceríamos sin piernas?* ¡El hombre siempre el mismo! ¡Siempre sacrificando su bienestar á la vanidad y al capricho! ¿Crees acaso que cuando todos nos hayamos acostumbrado á prescindir de las piernas naturales, las echaremos alguna vez de menos? Sucederá con ellas lo mismo que con los pelucones. Todos sabemos el sentimiento con que nuestros abuelos se desprendieron de sus empolvadas coletas; muy ridículos debían parecer los primeros que parecieron en Europa con el cabello raso, pero la moda fué cundiendo, la práctica tardó muy poco en confirmar la bondad de la teoría coleticida del gran Bonaparte, y en la actualidad las coletas tan decantadas en otros tiempos son un objeto que toda la Europa culta ridiculiza. Porque todo se dobla al imperio de la moda; todo al fin y al cabo lo resuelve el gusto de la mayoría. Si casi todos los hombres fuesen jorobados, los que hasta ahora han tenido fama de bien formados parecerían ridículos y se les llamaría contrahechos. Si casi todos tuviesen un solo ojo en la cara, dos ojos sería una imperfección, así como ahora lo son tres. No hay pues que darle vueltas. Perfección será el no tener piernas el día en que nos vengamos todos en pasarnos sin ellas. Todo depende del hábito de ver las cosas de este ó del otro modo. A nosotros nos parecen hermosas las mugeres que tienen un eútil fino y delicado, y en algunos países salvajes se las aplican instrumentos cortantes y cauterios para llenarlas el rostro de cicatrices y desigualdades. A los europeos nos parecen bien los pendientes colgados del lóbulo de las orejas de las mugeres y al efecto se las agujereamos; á los indios les parece bien que ostentien sus mugeres una sortija en la nariz y al efecto taladran la ternilla que forma el tabique. ¿Y todo por qué? Porque á menudo los gustos son hijos de la fuerza de las costumbres. Cuando casi nadie tenga piernas, ¿cómo nos burlaremos de los pocos que las tengan!

Terminaré este artículo que se va haciendo demasiado largo allanando la última dificultad que me presentas. *¿Cuánto padeceríamos si nos cortasen las piernas!* Si estas palabras fuesen valederas, en verdad que todos los cirujanos se-

rían supérfluos, porque ¿cual es la operacion quirúrgica que no causa dolores mas ó menos atroces? Pero al practicarse una operacion, se comparan los dolores con los resultados que por su medio se obtienen, y es así como los enfermos se sujetan á ella. El que tiene un lábio ó un pecho cancerado consiente que le corten el lábio ó el pecho; el que tiene una mano gangrenada consiente que le amputen el brazo; el que tiene una mueta cariada consiente en quedarse con una menos. Lo mismo y con mucha mas razon debe aplicarse á las piernas. Por cruda y dolorosa que sea su amputacion, ¿quién no la sufre gustoso haciéndose cargo de las inmensas ventajas que con ella reporta para todo el resto de su vida? Estas son razones indestructibles que han de convencer á cualquiera, por lo que, lector, repito que llames desde luego al cirujano y que sufras con resignacion los tormentos que te ocasione su mano salvadora. Armate en seguida de unas piernas de palo, cuyas ventajas probaré en mi siguiente artículo, y verás lo que es bueno.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

CALABAZAS.

D. CÁNDIDO Y D. CRÍSPULO.

Preciso será que un tósigo dé á mis penas fin, don Cándido!
—¿Cómo, mi amigo don Crispulo, tan furibundo y volcánico?

Ese semblante tan tétrico,
tan renegrido y tan pálido;
ese mirar tan diabólico;
ese alentar tan asmático,

¿Qué están; Santo Dios! diciéndome?
—Que estoy arrojando bálago,
de furor; que estoy colérico,
loco, sin seso, venático,

Arrebatado, hidrofóbico,
hecho un veduino, un vándalo...
Sí! que mi furor sin término
no cabe en humano cálculo!

—Yo estoy, don Crispulo, atónito,
petrificado y extático...

tiene usted jaqueca? ¡pésame!
¿tal vez dolores reumáticos?

Ay! cuanto lo siento, colega!
ese semblante tan cárdeno!...

Mas, ya entiendo... acaso un cólico...
¿se le indigestó el yentáculo?

No ha rompido usted en vómitos?
Ah! los alimentos cálidos...
ya... pues! sin duda los nisperos
del otro día tan ásperos...

Ay! qué alimentos tan péximos!
¡qué no se sequen los vástagos
en los maléficos árboles
de frutos antivitalicos!

Yo, como amigo solícito,
cual una centella rápido,
á buscar iré á los médicos,
¡mas ligero que un relámpago!

Para que le sangren súbito,
y le apliquen luego un cáustico,
y en el vientre una cantárida,
y si hay heridas, un bálsamo...

Si un momento de pérdida,
voy, sin andarme en preámbulos,
por todos los adminículos,
y, de paso, traeré al párroco.

Porque, si repite el vértigo,
no muera sin el viático...
No lleguemos tarde... ¡ay misero!
voy al vuelo, como un pájaro!

—Hombre ó demonio, deténgase!
¿adónde va usted, gagnápico?
Yo no necesito píldoras,
facultativos... ni rábanos!

¿Quién le ha dicho á usted, estólido,
quién le ha dicho, alma de cántaro,
que yo esté febril, hidrópico,
dolorido, ni flemático?

¿Quién le ha hablado á usted de músculos,
ni de tumores linfáticos,
ni de heridas, ni tuvérculos?
no es ese mi mal, seo zángano!
—Pues, cual es entonces?

—Cólera

que no me cabe en los ámbitos
del pecho: que estoy frenético,
del furor en el pináculo...

Sí!... que estoy hecho un cernícalo!...

venga en el instante un cáñamo
¡nadie contenga mis impetus!
que he de hacer un hecho trágico!

—Venga usted acá, energúmeno!
—No me sirva usted de obstáculo!
—Adonde va usted, junípero?
—Voy... á colgarme de un álamo!!

Estoy hecho un antropófago...
tengo el infierno en el cráneo...
voy á poner fin ahorcándome
á este tormento tan bárbaro!...
—Qué va usted á hacer? misérrimo!
desaloje usted del ánimo
ese proyecto Iscariótico
antivital y satánico...

—No, que hijo en mi propósito,
hoy mismo he de hacerle práctico!
hoy mismo á la tumba fúnebre
bajaré contento, plácido...

Porque en esta vida misera,
solo veo un triste páramo...
solo tormentos sin término
en sus intrincados angulos!
—Me ha dejado usted, don Crispulo,
mas belado que un carámbano!

Yo no le entiendo una sílaba
de ese lenguaje enigmático...
—Uff!!!! qué hombré tan estúpido!
Es usted como un galápagos!

Hombre, tortuga, ó murciélagos,
¿hablo yo acaso en arábigo?

No ve usted mi cuerpo trémulo,
cual si estuviera perlático?
No ve usted candentes lágrimas
que se asoman á mis párpados?

Y esta sonrisa sardónica
que vierten mis labios cárdenos?
No ve usted mi rostro irónico
donde está pintado el tártaro?

Pues bien... todos estos síntomas...
huelen á muerto!!

— San Lázaro!

—Ay amigo, esto es verídico!
me horroriza este espectáculo

Tan sepulcral y tan lúgubre!
Veo un color funeráreo
en mi faz; veo en mis órbitas
los cristales ya diáfanos;

Veo, en fin, un hondo túmulo
que me ofrece receptáculo...
¡Ay qué espectros, ay qué imágenes
veo en mi contorno erráticos!
— Eso pende del estómago:
son vapores hipogástricos
que se suben del ventrículo...
Cfff!... los alimentos ácidos!...

Eso de comer sin método
ataca al sistema orgánico...
Ah! y usted que es un gastrónomo,
un segundo Helcogábalof!...

Por comer coles en miércoles,
y lacticinios en sábado,
la justicia del Altísimo
tiende sobre usted su látigo.
— Hombre... por todos los ángeles!
no me venga con oráculos?
porque él blasone de místico
no quiera hacerme fanático.

Pues que tiene don profético,
vista el hipócrita un hábito,
vaya a predicar a un púlpito
a las viejas y a los párvulos.

A mí me viene con pláticas
el solemnísimo zángano?
¡Deje al punto mi cubículo,
ó si no con este báculo...
— Por vida de San Hermógenes!...

Voy al corral por un cándalo!
A mí me viene con infulas?
Me amenaza? ¡Voto al chapíro!

¿Así quebranta los vínculos,
que nos unen, escolásticos,
un antiguo condiscípulo?
Viéndolo estoy... y dudándolo!
— Ah! qué dije?... ¡soy un rústico!
Perdóneme usted, don Cándido.

El estado de mi espíritu...
Confieso que soy... un bárbaro!

Si le he dicho injurias... pésame!
no son hechos espontáneos...
Porque estoy como una pólvora,
loco, furibundo, rábido!...

Ifff! y todo pende, cólega,
de que me dan... ¡ay! ¡qué tártago!...
CALABAZAS!!!!

— Fruta insípida!

Mas me gustan los espárragos!
Pero es pectoral y tónica...
— Hombre! no sea usted tábano!
Quiero decir que una pérdida
que yo adoraba fanático,
me ha despreciado impolítica,
Me ha dicho que ¡no!

— Acabáramos.

Yo río, como un Demócrito!
— Yo lloro, como un Heráclito!
— Con que nacen de una sílaba,
hombre pueril y maniático,
esos *ayes* tan histéricos
con que se parece a un naufrago?
— Sí, señor!... y ya es el único
remedio a dolor tan máximo,
la muerte!! y ansioso húscola;
venga en el momento un cañamo!

Nadie contenga mis impetus
Voy a colgarme de un álamo!
Voy a poner fin, aborciéndome,
a este tormento tan bárbaro!
— Es un proyecto Iscariótico...
antivital y satánico...

— Entre convulsiones horribidas
quiero descender al Báratro...

Pues me arrancaré los higados!!
— Y le llamarán romántico!
— Antes... los ojos!

— Magnífico!

Yo le sostendré los párpados.
— Venga un puñal!

— Venga un féretro!

— Un verdugo!

— Un subdiácono!

— Rotas estallen mis vísceras!
— Suenen los fúnebres cánticos!

Y con gestos despidiéndose
de Demócrito y Heráclito,
partieron los dos acólitos
cada cual a su habitáculo.

Y aun existe allá en Arévalo
quien presenció este diálogo
entre el pobre de don Crispulo
y el sacarrón de don Cándido.

FLORENTINO SANZ.

CONTRA LA SERIEDAD.

FÁBULA.

Cierto cordero infeliz,
para aliviar sus pesares,
pidió un consejo al mas serio
de todos los animales.

Creó que el burro era un sabio
al mirar su aspecto grave,
y confióle sus penas
buscando alivio á sus males.

Oyó el burro la consulta
con gravedad inmutable,
y soltando un par de coces
dió con el cordero al traste.

El que busca inteligencia
en la seriedad, no sabe
que los que jamás se rien
despiden coces á pares.

WENCESLAO ANGUALS DE IZCO.

VENTAJAS DEL QUE NO TIENE PIERNAS Ó DEL QUE LAS LLEVA DE PALO.

ARTÍCULO DE INTERES GENERAL.

II.

Por mas que los optimistas se persiguen escandalizados, es necesario convenir en que debemos á la naturaleza muchos males y que este mundo está muy lejos de ser el mejor de los posibles. Tal vez la Providencia ha tenido á bien hacerle tal como nos le encontramos para que no nos encariñemos demasiado con las cosas mundanas y aspiremos con mas ardor á buscar la felicidad verdadera en un punto distinto del que los moradores de la tierra tenemos la desgracia de habitar. Si no fueron estas las miras de la Providencia, habrán sido otras ó ninguna; no nos toca á nosotros, débiles mortales, levantar el velo con que ha querido el Supremo Hacedor

ocultar á nuestras profanas miradas sus incomprendibles misterios. Pero lo cierto es que á lo que nuestra pobre razon alcanza, el universo está plagado de cosas que á nosotros nos parecen imperfecciones, aunque segun el fin que al formarlas se propuso el Creador acaso no lo sean, y deber nuestro es corregirlas y perfeccionarlas ya que el mismo Autor de todas ellas ha dotado á muchos hombres de deseos y medios de conseguirlo. En esto la voluntad del Omnipotente se manifiesta de una manera bien esplicita. Si Dios hubiera querido que el mundo permaneciese tal como salió de sus manos hasta el día del juicio final, se hubiera guardado bien de dar á los hombres este espíritu de innovacion que incesantemente altera la superficie del globo subluar. Es necesario que convengamos en que el mundo es no mas que un borrador sin corregir, un imperfecto bosquejo, una obra á medio hacer y que para concluir la Providencia ha dotado á algunos seres privilegiados de un genio fecundo, activo y emprendedor que es un verdadero destello de la Divinidad. Reflexiones son estas de muchisima importancia y que he creído conveniente hacerlas para que nadie diga que el querer sustituir con piernas artificiales las que debemos á la naturaleza, es revelarse contra la obra de Dios. Al contrario, me consideraria criminal á los ojos del Señor si no siguiese en esta ocasion la línea de conducta que me parece trazada por su misma mano, si por mas tiempo resistiese los filantrópicos impulsos de mi corazon que no son otra cosa que una especie de partes telegráficas con que Dios me comunica sus órdenes, si por mas tiempo en fin dejase de conocer y cumplir la sublime mision que la Providencia me ha encargado poniéndome de manifiesto los defectos y vicios de que las piernas adolecen y los medios que debo revelar á la humanidad para corregirlos completamente.

Los defectos y vicios de nuestras piernas naturales y los males sin cuento que las debemos; quedan bien manifestados en el artículo anterior en que probé con argumentos irrecusables la necesidad de desprendernos de ellas, si queremos de una vez para siempre destruir el mas fecundo manantial de nuestras calamidades. En la actualidad no es posible que haya uno solo de los que

leyeron mi artículo precedente tan rebelde á la sana lógica, ni tan refractario á la razón, que no esté convencido de que la amputación de las piernas es una cosa precisa. Pero las piernas, á pesar de sus defectos, nos prestan servicios á que la humanidad entera les debe estar agradecida; sus usos son de un interés tan esencial para la mayor parte de los actos de nuestra vida relativa, que desterrarlas del mundo sería poner á la humanidad el epitafio. No es esto decir que un individuo no pueda pasarse sin piernas, pero la humanidad entera no podría sin ellas existir. Así pues, nada tendría que agradecerse-me y sí mucho que reconvenirse por mis doctrinas, si despues de haber demostrado la importancia de la amputación de las piernas, no manifestase los medios de sustituirlas con otra cosa que al mismo tiempo que gozase de las ventajas de aquellas, no adoleciese de sus defectos. Las piernas de palo, que son el objeto de este artículo, allanan á mi entender todos los inconvenientes.

Es una verdad conocida, evidente, confirmada por la autoridad de todos los bienaventurados que, debiendo á una bala de cañon, á la mano de un cirujano, ó á cualquiera otra causa accidental ó congénita el envidiable privilegio de no tener piernas naturales, las han sustituido con otras de palo, que estas últimas son inaccesibles á los uñeros, á los callos y á los sabañones. ¡Uñeros, callos y sabañones! ¡Ahí es un grano de anís. Me parece que esta sola circunstancia las recomienda suficientemente, y que no habría necesidad de otra para preferirlas á las de carne y huesos. Tampoco la gota ejerce en ellas su funesto influjo. De esta terrible enfermedad que con tanta frecuencia se fija en los piés y que como rabiosa demagoga ataca con predilección á la gente de mas alto copete, se hallan libres las piernas de los que las llevan de palo. Y cuántas mugeres están opiladas y cloróticas y sufren un sin fin de enfermedades propias de su sexo que las deben á la humedad en los piés! ¡Cuántos deben á esta misma causa violentos dolores reumáticos que les hacen odiosa la existencia! Pues bien, la humedad no produce ninguno de estos terribles efectos en el que tiene las piernas de palo, como que otra de las grandes ventajas

de estas piernas es no tener piés, y cuenta con que los piés desde tiempo inmemorial por sanos que hayan sido se han considerado como una cosa mala. ¿A qué deben la preferencia que sobre todas las europeas se han merecido las andaluzas, sino á la pequenez de su pié? ¡Cuánto mayor pues sería su mérito si ni siquiera piés tuviesen! ¿Hay quién ignore que cuando se trata de envilecer ó ultrajar á una persona con frecuencia se la llama cuadrúpeda? Si fuesen los piés una cosa digna de aprecio con este dictado, se la encomiaría en lugar de ultrajársela. Es pues incontestable que en todos los tiempos el vulgo ha profesado á los piés una antipatia que debemos considerarla justa, porque no hay que darle vueltas: *vox populi vox Dei*.

¿Y cómo podría el mundo simpatizar con los piés cuando son seguramente lo mas vil de nuestra organización, motivo sin duda por el cual ha querido Dios colocarles en la parte mas inferior en los animales que los tienen? De sus abiertos poros sale á menudo este suéter hediondo que atropella todos los olfatos, que pudre todos los calcetines, que destroza todas las botas, que acibaran en verano las delicias de las tertulias, y cuya supresion da origen á muchas y muy graves enfermedades. Puede decirse que el hombre en quien esta transpiración es muy abundante, lleva en los piés el sello de reprobación que llevaba Cain en la frente. Entre él y sus semejantes, á instancia de todas las narices, se establece un rigoroso cordon sanitario; la sociedad le rechaza, le aísla, le proscribe; para él es el mundo entero un lazareto, donde solo y sin comunicación de ninguna especie se ve obligado á hacer una penosa cuarentena que dura al menos tanto como los ardores de la canícula, no se le acercan mas que sus herederos y sus acreedores si los tiene, y aun esos mientras dura la entrevista, respiran muy de tarde en tarde, y ensanchan la distancia que les separa del fétido interlocutor cuanto lo permite la capacidad del aposento en que se encuentran. Esto es bochornoso y atroz. El sudador, como tenga pizca de vergüenza, y como no sea muy inhumanamente egoísta, está privado de ir al teatro, porque de otra suerte es seguro que todas las lunetas que se hallen comprendidas en el radio de dos varas

de la que él ocupe, quedarán desiertas desde luego, á no ser que sean los espectadores bastante magnánimos para pasar toda una funcion con ambas manos aplicadas á las narices. ¡Ay de ellos si destruyen casualmente esta solucion de contigüidad establecida entre las manos y el órgano olfatorio! ¡Ay de ellos si dejan un momento abiertas las ventanas de la nariz. Este descuido puede costarles la vida. Los pestilentes miasmas están en acecho, y cuando menos se piensa se introducen como ladrones hasta el mas recóndito rincon de la pituitaria. Y como un sudador de piés no por ser tal ha de ser un Calígula ó un antropófago, es de aquí que nunca va al teatro como no pueda tomar solo para él un palco entero, ya que no se le consienta tomar todas las localidades del patio ó de la cazuela. Yo en verdad tengo en esos desgraciados mucha confianza; creo que en obsequio á sí mismos y á sus semejantes serán los primeros que remplazarán con piernas artificiales las que sacaron del vientre de su madre, apenas se hayan hecho cargo de las razones que alego en este y en mi anterior artículo.

Las pedradas y porrazos en la espinilla que tan vehementes dolores ocasionan, tampoco producirian ninguna sensacion desagradable si las piernas fuesen de palo. Dios sabe con esto las dolencias de que nos librariamos y las visitas de médicos de que podríamos prescindir; lo que seria una segunda ventaja, porque á los ojos de todo hombre sensato los médicos son una segunda enfermedad con frecuencia mas peligrosa que la que nos obliga á llamarles.

Pero no es solo como medida higiénica que aconsejo á mis semejantes el uso de las piernas de artificio. La mayor parte de los actos que nuestros deseos y necesidades nos obligan á ejercer reclaman imperiosamente esta sustitucion que sujeto al buen criterio de mis lectores. En primer lugar las bellas teorías de igualdad de que tanto se ha hablado desde que el mundo es mundo y que al cabo todos los hombres pensadores las han abandonado y proscrito como otra de las muchas utopías que embellecen los sueños de los poetas, empezarian á realizarse por medio de las piernas de palo, al menos con respecto á la estatura. El ridículo que derraman

los satíricos sobre los hombres de poca talla, no heriria á nadie absolutamente. Los enanos, esos infelices á quienes ha condenado su mala suerte á no poder participar con los ojos de ningun espectáculo ni de ninguna diversion que atraiga mucho gentío, esos infelices que treinta años despues de haber nacido podrian sin encontrar obstáculo volverse al seno de su madre y allí permanecer en estado de feto tan á sus anchuras como en una plaza pública, desaparecerian desde luego de entre nosotros; con el auxilio de las piernas todos lograrían agigantarse y se pondrian al nivel de los mismos á quienes ahora solo pueden hablar al oido por medio de una escalera de mano. Entonces estos desventurados, que no por ser pequeños dejan de estar hechos como nosotros á la imágen de Dios, disfrutarían tambien de las fiestas públicas, y se conseguiría ademas estinguir las rivalidades sin cuento á que dan origen las diferencias de estatura. Por otra parte esta nivelacion seria muy ventajosa á la generalidad. Como una vez verificada, á nadie eximiria la diferencia de talla de caer soldado, porque no habria tal diferencia, la desgracia se repartiria entre un número mucho mayor de individuos, y el riesgo de cada uno en particular seria de consigüente mucho menor. ¡Y cuán hermoso pareciera un ejército con piernas de palo! El primer soldado de cada compañía no discreparia del último una sola línea, las cabezas de un regimiento formado en masa presentarian una superficie tan lisa é igual como la de un callado estero ó la de un puerto bonancible, y las de un regimiento formado en batalla se asemejarían á una guarda-rama ó pedestal de boj de un delicioso pensil acabado de recortar por la diestra mano del mas hábil jardinero. ¡Qué tallas tan gigantescas é imponentes serían entonces las de nuestros soldados! ¡Ojalá el gobierno haga adoptar pronto al ejército las piernas de palo ya que se trata de llevar á cabo la expedicion de Marruecos! El éxito será seguro, creará el tingitano que tiene que habérselas con una nueva raza de titanes, y despavorido nos abandonará la victoria, sin siquiera disputárnosla.

Todos los hombres, pero mas especialmente los traperos y los mendigos contra quienes los perros han concebido un odio tan profundo que

al parecer se va dilatando de generacion en generacion, reportarian de las piernas de palo grandes beneficios. Podrian entonces reirse de los ladridos amenazadores del mas espantoso alano, y cebar impasibles la voracidad de la fiera dándole á roer la pierna luego que intentase



el animal pasar á vias de hecho. Como el perro no mordiese mas que la pierna, es seguro que ningun daño causaria á su pretendida víctima aunque estuviese atacado de hidrofobia.

Ni serian menores las ventajas que de las piernas de palo reportaria el peregrino. Sin lastimarse los piés recorreria los mas dilatados desiertos, podria sin necesidad de alpargatas ni sandalias caminar entre zarzas y abrojos; ni tendria jamás que sentarse al pié de una oasis ó de una antigua esfinge por impedirle seguir su camino la arena interpuesta entre su calzado y sus piés. Si quisiera hacer uso de unas piernas muy largas, de un solo paso cruzaria los rios mas caudalosos, ó de otra suerte podria vadearlos sin sentir ninguno de los fatales efectos que produce la humedad en la máquina animal.

Los vegigatorios, los snapismos, el torvisco, en una palabra, todos los medicamentos que designa el arte con el nombre de epispásticos,

aplicados á las piernas de palo no causarian tampoco ninguno de los dolorosos resultados que tanto molestan á los enfermos. Ni la potasa cáustica, ni el mismo cauterio actual harian prorumpir al paciente en un ay que revelase sus dolores.

Para viajar en diligencia nada hay seguramente mas incómodo que las piernas que en la actualidad usamos. Las de palo son levadizas; pueden colgarse mientras uno viaja lo mismo que el paraguas ó la sombrerera, procurando tenerlas á mano para todos los casos en que sea preciso apearse. Y no es solo el bienestar del individuo, sino la sana moral la que reclama imperiosamente que para viajar en diligencia se sustituyan las piernas naturales con piernas de arteificio. ¿Hay cosa que ponga mas en peligro la castidad de una muger, que el largo y forzoso contacto de sus rodillas con las de otro individuo del sexo feo? Muchas derrotas debe á este roce el honor de los maridos y de los padres de familia.

Algunos me objetarán diciéndome que las piernas de palo ofrecen tambien graves inconvenientes sobre todo para la marinería que no podria encaramarse con ellas donde lo reclaman las maniobras.

Este argumento muy fuerte en apariencia es realmente muy fútil. Los marineros para llegar aunque fuese al tope de un navío no necesitarian moverse de la cubierta procurándose unas piernas de palo que podrian ser tan largas como el palo mayor, y si este método no pareciese el mas oportuno ¿no podrian hacerse con unas piernas especiales distintas de las de la gente de la tierra que fuesen ahorquilladas y rematasen en una especie de dedos como las patas de las gallinas? Esas hendiduras se amoldarian perfectamente á los flechastes y demas cuerdas de la jarcia, y harian tal vez las piernas de palo mucho mas propias al efecto que las que ahora se gastan.

¡Quién lo diria! Hasta para los bailes de máscara son las piernas de palo de una utilidad inmensa. Me hace pensar en esto un caso horrible que se me refirió y que usándose las piernas de palo no hubiera seguramente tenido lugar. Habia en no sé qué ciudad una señora hermosísima

que por su desgracia era la mas alta de todas las ciudadanas. Ocurriósele ir á un baile de máscaras sin consentimiento de su marido. Este, que era celoso como un gato, no hallándola en casa á la hora regular, adivinó la treta y se fué inmediatamente al baile con el objeto de encontrarla. En vano se habia la infeliz disfrazado lo mejor que pudo para no ser de nadie conocida: su estatura la hizo traicion y la descubrió al celoso marido en el momento en que se hallaba la infeliz chichisveando con una máscara que no era de su sexo. Creyóse el esposo ofendido y no pudo reprimir su cólera; todos los concurrentes se alarmaron; oyeron dos tiros, y bien pronto aquel lugar de recreo presentó manchas de sangre. Se sacaron dos cadáveres. El uno era el de la esposa, el otro el del marido. Este arrebatado cruel redujo á la miseria á tres hijos de los desgraciados esposos. Si se hubiesen usado piernas de palo ¿hubiera sucedido esta catástrofe? ¿Hubiera la estatura revelado la realidad al iracundo marido? No hemos de suponer tan poca prevision en las mugeres. La desdichada de que me ocupo no queriendo ser conocida hubiera tenido buen cuidado en armarse para el baile de unas piernas menores que las de costumbre, y hubiera conseguido el objeto. ¿Qué responderán á esto mis adversarios?

Si este artículo no se hiciese demasiado largo, manifestaría muchísimos otros inconvenientes que solo las piernas de palo pueden allanar. Pero creo que las ventajas mencionadas bastan para reducir á la razon al mas obstinado piernófilo, y dejo por tanto que la práctica universal revele las que yo he pasado en silencio. Sin embargo no me es licito concluir mi tarea sin antes hacer observar á las naciones civilizadas los inmensos recursos y eficaces medidas que de las piernas de palo podria derivar un gobierno protector para sostener el órden, garantir la seguridad individual y aumentar considerablemente las riquezas del tesoro. Es innegable que cuanto mayores son las piernas tanto mas largos son los pasos, y que la estension de estos no es una cosa indiferente para la velocidad de la marcha. Conocido esto, podria el gobierno establecer una medida de piernas general para todos los individuos, no permitiendo á nadie traspasar el *máxi-*

mum establecido sin una autorizacion previa que solo deberia obtenerse mediante una retribucion, como se hace con las licencias de caza. Dios sabe con esto cuan grandes serian entonces los ingresos en las arcas públicas. La autorizacion de piernas que escudiesen á la marca, no deberia concederse jamás á hombres de sospechosa conducta ó poco amigos de la situacion. Disponiendo al mismo tiempo que los individuos del ejército y los agentes de seguridad pública hiciesen uso de piernas mucho mayores que el resto de los ciudadanos, al menor síntoma de alarma podrian caer numerosas fuerzas encima de la poblacion disidente, y de este modo en un santiamen se ahogarian las revueltas. No veriamos entonces como ahora un malhechor á menudo mas ágil que un hombre de bien. No se burlarian los bandidos de sus perseguidores, y muy pronto la faccion del Maestrazgo sabria lo que es bueno.

Las piernas de palo son de quita y pon, y de esta circunstancia sacaria inmensas ventajas un gefe militar, pues cuando querria sostener un punto á todo trance mandaria recoger las piernas de todos los soldados y de este modo evitaria con seguridad la desercion, la dispersion y la fuga. Por otra parte el número de bajas en tiempo de guerra seria muchísimo menor; las heridas de piernas á nadie obligarian á pasar á un hospital de sangre, y teniendo piernas de reposito en los carros de los bagages, sobre el mismo campo de batalla podrian los heridos hacerse con una pierna nueva. ¿Te parece, lector, pequeña esta ventaja?

No es pequeña esta ni ninguna de las otras que he mencionado. A pesar de todo tengo un triste presentimiento. Para que este artículo produjese los resultados que mi filantropía me hace desear, seria necesario que los españoles tuviesen mas patriotismo, ó que fuesen los estrangeros menos esclusivistas. Basta que el pensamiento de sustituir las piernas naturales con las de artificio, haya sido concebido por la cabeza de un español para que mis compatriotas le desechen y los estrangeros no le adopten en la práctica. Apuesto que ni se crea una cruz especial para premiar los esfuerzos de mi genio, ni tampoco se me confiere ninguna de las creadas. ¿Pero

qué importa? ¿Dejará por esto de ser grande el mérito que con esta teoría he contraído? Si la generacion actual no me hace justicia, acaso sean menos iníquas las venideras y ¡dichoso yo si algun dia consagran lágrimas á mi memoria y flores á mi tumba algunos hombres agradecidos que se acerquen con piernas de palo á mi última morada!

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

RESPUESTA

Á LA CARTA DE DON EDUARDO ASQUERINO Y
DON MARIANO URRABIETA.

Medina del Campo 14 de abril.

En la primera cuarteta
Villergas saluda fino
á Urrabieta y Asquerino
á Asquerino y á Urrabieta.

Y no os disputeis jamás
la preferencia en el puesto,
pues ya sabeis que «atrás esto»
es lo mismo que «esto atrás.»

Mas alegre que hombre chispo,
y esto en mí no es maravilla,
me teneis en esta villa
pasando vida de obispo.

Soy de mis caprichos dueño
y sin pensar en mañana,
como cuando tengo gana,
duermo cuando tengo sueño.

Disimuladme si apático
respondo á vuestro papel,
pues cosas decís en él
que me dejaron estático.

Mas tanto de acá sin monita
diré si me da la gana,
que á la gente cortesana
la puedo dejar atónita.

Es la gente de esta tierra
tan pertinaz y tenaz,
que cuando quiere la paz
es porque no quiere guerra.

De estos buenos habitantes
quien mas trabaja mas suða :

al que suda Dios le ayuda
y tambien sus semejantes.

Que aunque hay vagos estafermos
he visto ayudar, y aprisa,
los monaguillos á misa
y el doctor á los enfermos.

Se olvidan las etiquetas,
se olvida cualquier enojo :
pero casi á ningun cojo
se le olvidan las mul-tas.

Abundan locos sin tasa
y bobos hay otros tantos,
mas ninguno tira cantos
al tejado de su casa.

En esta tierra es de fé,
no lo tengais por mentira,
si vé menos quien mas mira,
quien mas mira menos vé.

Desde el noble al pisaverde
que á jugar al monte acierta,
si halla la contraria en puerta
cuanto mas pone mas pierde.

Aquí el que no grita clama,
y el que no elama voceá,
y el que no brinca pateá,
y el que no llora no mama.

Los malos y los peores
quieren que ande el diablo suelto
y es porque á río revuelto
ganancia de pescadores.

¡Qué encontrados pareceres!
En fin ¿qué tal andará
cuando los hombres acá
se casan con las mugeres!

No son cuestiones de nombres
las rarezas que aquí pasan;
ya veis, en Madrid se casan
las mugeres con los hombres.

Cuando se toca á pagar
la contribucion nefanda
nadie sabe por donde anda
para sumar y restar.

Pero si les dan dinero
todos saben dividir,
y en vez de medio partir
quieren partir por entero.

Cuando alguno con ahinco
á echar cuentas me importuna,

con decir «cuatro mas una»
les digo cuantas son cinco.

Y tened por cosa cierta
que siempre que hablar me toca
los que no cierran la boca
me oyen con la boca abierta.

A imitacion de Marica,
la del refran castellano,
aquí todo ciudadano
se rasca donde le pica ,

Limpian las gentes magnánimas
el polvo con el cepillo,
menos el ruin monaguillo
que este limpia el de las ánimas.

Y todos á troches moches
dan con muchas cortesias
de dia los buenos dias ,
de noche las buenas noches.

Los jardines tienen plantas
y dan peras los perales,
nueces hay en los nogales
y tambien en las gargantas.

Abur, que me causo ya ,
si Dios quiere nos veremos ;
y si acaso no nos vemos ,
hasta el valle Josafá.

Y sin gastar mas saliba
mil memorias os encajo
á Carabanchel de abajo
y á Carabanchel de arriba.

Mientras Dueros y Pisuergas
corre como un azacan
Villergas Martinez Juan
ó *Juan Martinez Villergas.*

LA NOCHE DE SAN MARCOS.

De una historia verdadera
cuyo autor calló su nombre ,
ó por modesto, ú por hombre
que votaba en otra esfera
y fué historiador casual ,
saco aventuras estrañas.
Siquier parezcan patrañas,
siquier leccion de moral.
Y pues el verso requiere

mucha calma y mucha cosa ,
mejor será hablar en prosa
y salga lo que que saliere.

¡Mal rejalgar te se vuelva! decia un ricote
frances á su muger en tiempos que nuestros
amados vecinos, los que moran allende los Pi-
rineos, comenzaban á enriquecerse de nuestras
sobras, ó mejor dicho de nuestras faltas. Y
¿quién podrá dar con la causa que movia al
buen Gillet, que tal era el nombre del gabacho
para prorumpir en semejante denuesto? Ni ¿quién
adivinar el motivo que obligaba á guardar silen-
cio á la desventurada esposa, dado que no era
muda, ni tímida, ni prudente, sino que á una
competian en ella todas las perfecciones muge-
riles? Pues era el caso que tenia divertida la bo-
ca con el hígado de un ave que daba ocupacion
á sus mandíbulas; que el marido apetecia tam-
bien aquel bocado, y que habiéndolo ella asido á
tiempo y ganádoselo por la mano, dió origen á
aquella pendencia, mas bien parecida á una mo-
risca zambra que á una mesa de cristianos.

Aquí tienen los quejumbrosos moralistas que
andar á vueltas con la virtud como con moneda
de cambio, haciéndose intérpretes de su valor
y queriendo subirla á cada punto de antigüedad
para doblar el peso de sus quilates; aquí tienen
un matrimonio tan cabal como lo desean: un
mismo gusto dominaba en ambos, ó como aho-
ra se dice, unas mismas eran sus afecciones, lle-
vando esta homogeneidad, simpatía ó como quie-
ra llamarse á un extremo tal de coincidencia,
que todas sus disensiones provenian de esta
completa uniformidad de pareceres. Vez hubo
que se le antojó á Gillet vestirse la saya de su
muger, pues sin duda habia nacido para la toga
ó las hopalandas; y no dejó esta en cierta oca-
sion de considerar cuánto mas útil era, aun pa-
ra el paseo, el baston de su marido, que el
engorroso abanico de que ella usaba.

Cuéntase pues que á veces no se contentaban
con hablarse recio, sino que tambien venian á las
obras, y habia puñada por la parte del marido, y
pellizco por la de la muger; pellizcos por cierto
no muy parecidos á los que dan los tabacosos en
caja propia. Con todo, en el lance del hígado con-
sabido, se contentaron con desearse de todo co-

razon el uno al otro la muerte; y no pudiera dudar nadie de la sinceridad de su deseo con solo ver su negra catadura, y el horrible gesto que á su imprecacion acompañaba. Acaeció esto la víspera de San Márcos, santo á quien atribuian sus devotos el raro milagro de revelarles lo futuro, y era por lo tanto creencia del pueblo de nuestros héroes en aquellos dias, que el que hacía las doce de la noche estuviere en vela delante de su iglesia, veria ir entrando en el pórtico las sombras de todos los feligreses que fallecerian en el siguiente año. Nuestro famoso hacendado, aunque frances, creia á pié juntillas en esta supersticion, y desde el punto en que profirió el anatema mencionado, se le vino á las mientes que pues tan próxima tenia la fiesta de su buen santo, bien podia convencerse de si era su mal deseo tan eficaz como lo esperaba; y así no mucho antes de las doce, salióse quedito de su casa, y á guisa de sepulcral fantasma, enderezó sus pasos hácia la iglesia. Ocurriósele en este tiempo á su muger el propio pensamiento, y aguijada tambien por el mismo anhelo que su marido, se dispuso como pudo, y por distinta via concurrió al tenebroso misterio que debía celebrarse delante de la parroquia.

Estaba la noche del santo mas lóbrega que cueva de salteadores, y solo de vez en cuando dejaba ver la luna su rostro resplandeciente por entre las espesas nubes que de intento parecian agolparse para ocultarla. Rompióse una vez el tenebroso velo y ¡válgame Dios! ¿quién podrá decir el súbito terror que se apoderó de sus almas cuando se vieron tan cerca el uno del otro, teniéndose por fantasmas? Baste saber que se quedaron mas pálidos que dos espectros, y que ambos se dieron prisa á guarecer en el pórtico de la iglesia; pero sobrecogidos de nuevo espanto, tan grande como el deseo que allí los conduxo, se pararon y retrocedieron. Volvió la oscuridad á tender su manto, y á su favor pudieron recobrar el perdido espíritu.

Fácil es figurarse que cada uno creyó ser el favorecido á quien san Márcos habia marcado el destino de su compañero; así que con tan lisonjera idea, gozosos en extremo, marido y muger partieron hácia casa por el camino que cada uno trajo á su venida; y como acostumbraban vivir

aparte después de todas sus pendencias, se metieron en distintos cuartos, sin sospechar si quiera en su recíproca aventura. En seguida llamáronlos á cenar, y en vez de mirarse con el antiguo ceño, se colocaron juntos, no sin gran regocijo en su interior por considerar respectivamente el destino que los aguardaba; y entre otros platos les sirvieron una chuleta de ternera exquisito manjar que de continuo les hacia en otro tiempo repelarse; mas ahora, aunque ella lo veia y se le antojaba, decia entre sí por el marido. — come, come, que cuando mas solo te resta un año; — y otro tanto consideraba él en su interior. Ofreciéronse varias veces la tajada, hasta que por comun impulso guiados, compartieron la racion; y luego que hubieron concluido se retiraron pacíficamente á descansar, lo cual hasta aquella noche, no habian jamás logrado que se verificase. Al siguiente dia, que era casualmente el de cumpleaños de la muger, obsequió esta á Gillet con el fatal hígado de la pasada contienda, bien porque se apiadaba de la efímera vida del pobrete, ó porque reflexionó que después de muerto, esta y mejores cosas podria ella comerá su sabor en los siete dias de toda la semana si le placia. El marido por su parte tampoco se descuidó en hacerla varias finezas.

Continuaron así por espacio de seis meses, en cuyo tiempo, si no se acrecentó el amor que se tenian, mostrábanse al menos condescendientes hasta un grado que no se conocieran tal vez algunos de nuestros mas enamorados matrimonios. Mas frecuentes que nunca eran ahora los motivos de sus reyertas, pero menos serias y mas raras ibanias haciendo ellos de dia en dia, como que miraban con indiferencia lo presente y se fijaban tan solo en el porvenir, considerándose el uno al otro tan sagrado como si ya hubiesen fallecido. A los diez meses llegó el cumpleaños del marido. Sentáronse á comer al mediodia; pero tan desganados estaban ambos, que los mejores platos quedaron intactos sobre la mesa. El, apoyando en ella los codos y metida la cara entre sus manos, atisbaba por entre los dedos el rostro de su muger; y comenzando el escrutinio por los ojos, figurábasele que se escapaban de sus órbitas; después creia ver como se iba consumiendo la carne de sus mejillas, y concluyó

por transformar la femenil cabeza en un mero *caput mortuum*. La muger, repantigada en su enorme poltrona, miraba de hito en hito á su marido, y entregada á las mismas ilusiones, advertía que le iban asomando los descarnados huesos, y el color rubicundo de su cara lo comparaba al blanco yeso de un insensible busto. No es pues extraño que caminando sus pensamientos por la misma senda llegasen al mismo punto donde el marido fué el primero que rompió el silencio. — Muger, dijo, bien quisiera engañarme pero parecéis una difunta. — Sobresaltóse ella al oírle, que aunque sus ojos no veían mas que la imágen de la muerte, estaba muy distante de concebirla dentro de sí misma; y por esto al ver convertida en contra suya su propia idea, se quedó cual si la losa de un sepulero se hubiera desplomado sobre su cabeza. Volviendo no obstante en su primer acuerdo, y tomando el perdido hilo de su discurso, contestó con el mismo tono: pues yo quisiera que viviéseis tantos años como á mí me restan. — Gillet entonces concibió el deseo de vivir algo mas tiempo, pues que segun sus cálculos á dos meses cuando mas se alargaría la vida de la cuidada, y esta reflexion le dejó algun tanto pensativo.

Pero como ya en los postreros meses se habian acostumbrado á respetarse sus gustos, á perdonarse sus estravagancias y hacerse mutuamente el sacrificio de sus inclinaciones, la muger llegó á serle útil al marido, despues agradable y por fin querida, tanto que recordando su perecedera existencia, se lastimaba continuamente y esclamaba conmovido que iba á ser muy desventurado cuando se hallase viudo. Mas ella no se dolía tanto de la pérdida, sino que estaba aturdida en considerar la ceguedad de aquel hombre que cada vez se deslizaba un poco mas hácia el sepulcro, como bastaban á demostrárselo, á mas de su entera fe en los milagros de san Márcos, los síntomas de muerte que tan claros en su semblante descubria. Por lo que, dando su cuerpo por perdido, creyó que los deberes de cristiana le imponían el de avisar, al que tanto descuidaba el alma, la proximidad de su postrer momento; y así con voz pausada, como la gravedad del asunto lo requeria, preparó la cuestion en los siguientes términos. — ¿Cómo estais; Gillet mio? —

Fuerte como un toro, querida, (y ella meneaba la cabeza) y deseoso de que goceis de igual felicidad (él tambien imitando su meneo). Siguióse un profundo silencio que indicaba hallarse el marido muy ageno de temer la muerte y de disponer el viaje á la eternidad; mas como hay siempre cierta propension á ocultar la verdad disimulando, la buena señora creyó ser esto lo que su marido hacia, y determinó por lo mismo desembucharlo todo de una vez, afirmándole que debía morir muy pronto. La sorpresa que estas palabras causaron en el ánimo de su oyente fué mucho mayor porque tenia la boca abierta para descubrirle este mismo secreto á ella; pero al punto conoció el oráculo de donde la infeliz habia sacado el vaticinio. Volvióse pues á mirarla y le preguntó con cierto asombro. — ¡Qué! ¿estuvisteis en el pórtico de la iglesia? — Sí que estuve. — Y ¿me visteis... así... en forma de espíritu? — Como la noche estaba oscura solo descubrí vuestro semblante: ibais hácia la iglesia por el boquete de los zarzales cuando yo llegaba al cabo del plantío.

Al punto quedóse Gillet estupefacto, pero por fin desahogó su corazon oprimido tanto tiempo hacia con una fuerte carcajada. Largo rato permaneció así riendo y mas riendo, cada vez con dobles gritos parecidos á los histéricos acentos de la hiena; y la pobre muger que aun no sabia cuál era la causa de su regocijo, mas bien lo tuvo por un delirio ó una boqueada de las que á la muerte preceden; y ya comenzaba á retorcer sus manos y alzar el grito á los cielos, cuando él para acallarla le dijo: — muger, tú estás loca: lo que viste allí no era mi sombra, sino yo mismo: yo te ví á tí tambien, deseoso de que Dios te quitase de mi lado, pero gracias á su bondad vives aun, y esto es cabalmente lo que hace diez meses no hubiera yo dicho sino con increíble sentimiento. Ella nada le replicó, porque pasaban tantas cosas por su cabeza que no hubiera sabido explicarlas; mas por último se arrojó á los brazos de su esposo, le estrechó fuertemente contra su pecho, y mostróle así que tambien ella participaba de su alegría. Desde aquel momento, ya absteniéndose de toda disension, ya tolerándose mutuamente sus impertinencias, llegaron á ser los dos esposos mas felices; pero débese

advertir que su ventura no llegó á colmo hasta que se vicron sanos y placenteros ambos en el peligroso dia de la fiesta de San Márcos.

CAYETANO ROSELL.



LAS LÍGAS E MI MORENA.

CANCION

dedicada á don Wenceslao Ayguals de Izco.

No te puedo yo ecir,
Colasa, lo que me gusta
sobre una pierna robusta
una liga colorá.

Levanta los faralares
y luce la pantorrilla,
que vales mas, Colasilla,
que toltica una torá.
¡Vaya un aquel retrechero!
me tienen como alma en pena.

¡jui salero!
las ligas e mi morena.

Cuando te veo las ligas
se me blandean las patas,
y me quiero echar á gatas
por ver algo mas allá.

Ese refajo, Colasa,
remángalo, que me estorba,
si no me enseñas la corva
me pronuncio, puñalá!
Valen mas que el Trocaero,
Jerez y la Macarena,
¡jui salero!
las ligas e mi morena.

Crudo es tu talle, tu cara,
y tu castillo de popa;
no te enfaes: no digo ná.
Que al ver, morena tus ligas

el cuerpo se me estremece,
la lengüecita enmudece,
y se me va... la toná.
Bendeció al ataero
que sujeta cual caena
¡jui salero!
las ligas e mi morena.

LUIS MARAVER.

ESCENA PATÉTICA.

ENTREGA DE UN CUCHARON DE HONOR Á DON
ABUNDIO ESTOFADO.

Se ha presentado en el AMBIGÜ de LA RISA una comision de notabilidades, compuesta de un ciudadano sin defecto fisico, de un cie-go, de un tuerto, de un bizco, de un mudo, de un tartamudo, de un jorobado, de un sordo, de un gangoso, de un narigudo, de un chato, de un cojo, de un manco, de un perlático, de un flaco, de un gordo, de un gigante, de un enano, de un vivo y de un difunto, en representacion de todas las clases de la sociedad; y avanzándose el mudo hácia nuestro nunca bien celebrado don Abundio Estofado; ha tomado la palabra y presentándole un hermoso cucharon de palo, le ha dicho:

«Exemo. Señoron: Esta comision en representacion de los sábios de la nacion que tienen hecha suscripcion á LA RISA en cuestion, tiene la satisfaccion de rendir en oblation á vuestra veneracion este insigne cucharon como justo galardón de vuestra aplicacion, y como demostracion de la grata sensacion que siente en su corazon. Bien conoce la comision la pequeñez de este don; pero basta en conclusion que espresé la estimacion en que os tiene la nacion, por la docta discrecion con que guisais el salmon.»

El patriarca de la gastronomía no ha podido menos de afectarse al oír el acento de gratitud, y se ha dignado contestar en los términos siguientes:

«Con un contento sin fin, acepto este regalín, grato como el violin de celestial guerubín, que en el etéreo confin, delante de San Fermin, to-

ca alejando el esplin de cualquiera mallorquin. Y si se alzan en motin las masas de gente ruin, caballero en un rocín, con corbata y peluquin ó peluca y corbatín, saldré con el cucharín como si fuese espadín, y sabrá todo malsín que á cada puerco á la fin le llega su San Martín: y á vosotros un pudín os haré de rechupín, grande como un bergantín, con sesos de puerco espin, bizcocho, arroz, langostín y cuanto invente el magín de un cocinero arlequin, que sabe aunque chiquitín, donde le aprieta el chapín.

Estas breves pero sentidas y elocuentes palabras enternecieron á todos los concurrentes que prurumpieron en los mas afectuosos vivas, y la comision se retiró satisfecha de la amabilidad y talento del docto don Abundio, inapreciable joya de las cocinas españolas.

A.

EPIGRAMA.

Por ciertas cosas del dia
tocaban á generala,
y á un miliciano Pascuala
«ármate pronto», decia:

«Mi calma no te dé asombro»
—dijo el nacional taimado—
pues al verme yo á tu lado
siempre estoy... armas al hombro.»

JOSÉ BERNAT BALDOVÍ.

Á MI AMIGO

DON WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

Discurre, discurre Ayuals,
y á dar el voto prevénate
sobre puntos peliagudos
y eso que pelos no tienen.

Mientras sueñan los románticos
con venenos y cordeles
ya para abrasar los hígados,
ya para estrujar las nueces;

Y mientras sueñan las viejas
con el rosario y la muerte,
ideas de los demonios
se aglomeran en mi mente.

Piense el mundo en las visiones
que acobardan y estremecen,
que yo quiero estar soñando
con estravagancias siempre.

Porque tu ingenio conozco
y tu carácter alegre,
te he de proponer cuestiones
á que es de esperar contestes.

En tu opinion, caro amigo,
¿quién peca mas mortalmente,
el que da besos á viejas?

ó el que come carne en viernes?
¿Qué es peor, andar descalzo
donde hay ortigas que esecucen;
ó con botas apretadas
habiendo callos que duelen?

¿Cuál será menos conforme
á los principios de higiene,
ir ante un toro despacio
ó comer deprisa peces?

Si un toro te acometiera
cerca de Ebro ó Guadalete,
y no supieras nadar
ni al toro echar una suerte,
¿Te tirarías al rio
á saiga lo que saliere,
ó esperarías la fiera
no pudiendo defenderte?

¿Qué afrentára mas á un hombre
que de ilustrado se precie,
comer cebada en cazuela
ó salchichon en pesebre?

¿Y qué avergonzára mas
á una persona decente,
ir al Prado en calzoncillos,
ó en una hurra gincete?

¿Quién escitará mejor
la admiracion de las gentes,
un ciego comprando anteojos,
ó un calvo comprando peines?

¿Un marquesito elegante
que fuera al Liceo el jueves
con chaqueta de alamares,
sable corvo y faja verde,

O una elegante marquesa
el domingo en la Cibeles,
picando tabaco negro
con navaja de Albacete?

¡Vive Cristo que ambas cosas
 fueran medios suficientes
 para convertir Demócrito
 al mas Heráclito neue!

Pues ¿y Zorrilla con chanclos?
 ¿y Ribot con perendengues?
 ¿y Rubí con papalina?
 ¿y Príncipe con bonete?
 ¿Y cantar misa mayor
 don Modesto de Lafuente,
 ayudado de su lego
 el inmortal Tirabeque?

¿Y en la procesion del Corpus
 ir tú comiendo merengues,
 y Luis Felipe delante
 bailando las *habas verdes*?

No digo mas disparates
 aunque mas decirse pueden;
 porque si lo poco agrada
 lo mucho... ya me comprendes.

Dí á Zorrilla y los demas,
 si es que el ridículo temen,
 que no hagan caso del mundo
 y de mis dichos se venguen.

Den rienda suelta á su lengua,
 pues yo juro no ofenderme
 aunque me traten de inepto
 y aunque me llamen herege.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

—
 Á MI AMIGO

DON JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

—
 CONTESTACION.

Pues así lo quieres, Juan,
 vé diciendo, ya discurro,
 para dar mi pobre voto
 sobre puntos peliagudos.
 Antes de entrar en cuestiones
 tan difíciles de suyo,
 permíteme darte gracias
 por tus piropos al uso.
 En cuanto á mi genio alegre,
 nada en contra de ello arguyo,
 porque de todo me rio

desde que conozco al mundo.
 Que en él todo es farsa, amigo,
 Verdad es de Pero-Grullo:
 si otros se burlan de mí,
 yo de los otros me burlo.
 Literatos que no valen
 ni tan siquiera un mendrugo,
 van mas serios y estirados
 que si fueran el gran turco,
 tan solo porque ensartaron
 cuatro versos campanudos
 ¡al resplandor de la luna!...
 ¡al campanario!... ¡á los buhos!...
 Hoy dia, Juan de mi vida,
 el mozo imberbe mas gurdo,
 con hablar de los puñales....
 de la tumba de Ataulfo.....
 del veneno de Lucrecia.....
 y admiraciones!!!!!! y puntos:::::

.

 y exclamaciones de «¡oh farias!!!...
 ¡oh condenacion!!!» ¡Qué estúpidos!
 se creen ya que aventajan
 á Zorrilla y Victor Hugo.
 Dejemos que nos diviertan
 con románticos absurdos,
 y califiquen la sátira
 de género el mas insulso;
 que mientras la torpe envidia
 les hace estar taciturnos,
 nosotros á carcajadas
 hemos de reirnos juntos
 de románticos llorones,
 de clásicos testarudos,
 de pedantes remilgados,
 de traductores palurdos,
 de vejanconas horribles,
 de elegantillos enucos,
 de maridos calzonazos,
 de flacos y de panzudos;
 y al hacer burla de todos,
 sin ofender á ninguno,
 cuando me falta materia
 con mis rarezas me chungo.
 Y pues que estamos de zambra,
 en la cuestion me zambullo
 para darte mi dictámen

á los susodichos puntos.

*Entre dar besos á viejas
ó promiscuar, yo te juro
que aunque son graves pecados,
muy menos grave es el último
que al cabo la carne en viernes
me alimenta si la engullo;
pero los besos á vieja
saben á hedor de difuntos.*

*Entre caminar descalzo
aunque sean dos minutos
sobre ortigas, ó con callos
llevar el calzado justo,
lo mejor es ir en coche
repantigado á lo turco,
con salud buenos doblones,
y sin cuidado ninguno.
A la cuestion de ir despacio
ante un animal cornudo
ó comer peces deprisa,
me conformo á lo segundo.*

*Si un toro me acometiera
junto á un rio furibundo,
y no supiera nadar
ni echar una suerte al bruto
con la impavidez de Sapo
que en el agua halló el sepulcro,
yo me lanzaria al rio...
con tal que estuviese enjuto.*

*¿Qué afrentara mas, preguntas,
á un caballero ante el vulgo,
comer cebada á lo humano,
ó salchichon á lo burro?*

El salchichon en pesebre
no pude tener mal gusto,
y la cebada en cazuela
ha de ser manjar insulso.

*¿Y qué avergonzara mas
á un quidam de alto coturno,
ir al Prado en calzoncillos,
ó en una burra los muslos,
Ni escrúpulos ni vergüenza
se estilan ya en este mundo,
y hombres hay que en camiseta
salen á cantar un duo.*

*¿Quién escitara mejor
admiracion en el vulgo,
un ciego comprando anteojos*

*ó peines un calvo? Juzgo
que de los dos compradores
no la escitara ninguno,
porque por cubrir defectos
gasta el hombre disimulo.
Con los anteojos el ciego
tapara sus ojos nublados,
y el calvo su peluquin
peinar pudiera á su gusto.
Tampoco se estrañaria
que algun marquesito chusco,
con chaqueta de alamares,
faja verde, sobre ó chuzo,
fuera el jueves al Liceo
ó al salon del Instituto:
ni que una dama elegante
en el paseo á su turno
picase tabaco negro
con la navaja de un chulo:
ni ver á Pepe Zorrilla
con chanclos de mameluco:*



*ni á Ribot con perendengues
engulléndose un besugo*



*ni á Bubi con papalma
coser calcetines suyos:*



ni á Principe con bonete:



ni á Breton en traje ruso:

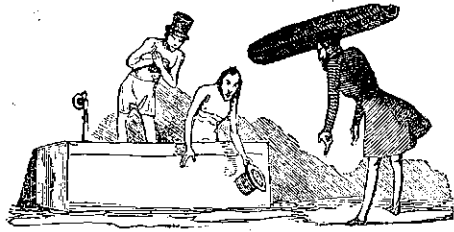


ni á la hermosa Carolina
con levita de Calmuco,
zaragüelles valencianos
y el mandil de don Abundio:



ni á Campoamor, con sombrero
de teja, haciendo saludos

á Doncel y Valladares
que toman un baño juntos:



ni á Escobarito, vestido
de alguacil, blandir el junco,
ó dar un salto al trascuerno
como Montes y el Menudo:



ni á Espin y Soriano Fuertes
hacer en el Instituto
el egercicio de fuego
ambos á dos con trabuco:



ni á Urrabieta y Asquerino,
Navarrete y otros muchos,
cantar una estudiantina
todos montados en rucios;



ni en cueros á Tirabeque,
ni al hermano fray Gerundio
bailando con castañuelas
al enterrar un difunto:



ni á Bonilla con casulla
y un gran turbante moruno:



ni á Gil y Zárate en traje
de angelito molletudo:



ni á Baldoví con su rueca
ir hilando algodón crudo,
ó vestido de pasiega
dar la teta á un hijo suyo:



ni á Diana hacer morcillas
á la merced de un embudo,
vestido de cocinera
famaando un cigarro puro:



ni á Canseco por las calles
comiendo tomates crudos:



ni á Abenamar por el Prado
dando saltos á piés juntos:



ni á Hartzembusch, en la cabeza
ostentando un cucurucho,
pintado al óleo de verde
todo su cuerpo desnudo:



ni estrañaria ya nadie
que tú mismo, jóven pulcro,

dieras un banqueté opíparo
al autor del Estatuto:
ni que hubiera en él por sopa
dos grandes fuentes de engrudo,
un trozo de corcho asado,
y en tomate unos felpudos;
sesos fritos de camello,
dos ricos cuernos de búfalo,
borceguíes estrellados
y un orangutan con pulpos:
luego para postres nísperos,
altramuces é higos chumbos;
y para echar cuatro brindis
vinagre y betun de Búrgos.

Ya nada chocea, Villergas,
nada se estraña en el mundo;
con que así, lo dicho dicho,
y en estos versos concluyo.
Memorias á la parienta,
un beso al nene menudo,
y dispon como gustares
de quien se titula tuyo.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

LA SITUACION.

EPÍSTOLA Á MI AMIGO

DON WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

No hay que asustarse, Ayguais, del título de este articulillo, que indudablemente bará abrir grandes ojos á los fiscales (Q. D... G.) porque la situacion que voy á pintar nada tiene de política, limitándome á hacer ver lo que me parece cierta situacion; y si no te gusta, das mi retrato en tu periódico, para que *se rian* los suscritores mi figura está descrita en estos cuatro *estravagantes* versos.

Fantasma descomunal,
con los ojos de cristal,
y una nariz colosal,
mi retrato es imparcial.

Hé aquí como yo sin ser *caricato*, soy una perfecta *caricatura* que no debe desperdiciar LA

RISA, porque en estos tiempos no todos sirven para el caso. No creas que en esto divago, pues al describir mi persona, describo mi *situacion*, que tan situacion es como otra cualquiera, pero no es hoy mi idea entretenerme con mi persona, no solo porque no quiero se sepan *ciertas cosas*, sino porque necesitaba muchos pliegos de papel para tan gran tamaño.

¡*La situacion!* hé aquí una palabra que en general no podria yo definir, como no podrás tú tampoco comprender, por qué te llamo AMIGO pero en *la situacion* del día todos somos amigos con solo saludarnos en la calle, pues es nombre que vale mucho, y allá van unos versos *estravagantes* que no se sujetan (porque son libres), á metro conocido, pero que no por eso deja de ser metro:

En su triste *situacion*
el cesante ó el mendigo,
esplota el nombre de amigo
para lograr el turrón.
(Aquesta no es alusion,
Ayguais de Izco),
y esta aclaracion que véis,
la hago porque no me dés
un pellizco.

¿Qué tal?... Pero sigamos con *la situacion* á cuestras, que por Dios me pesa mas que al Cirineo la cruz, pues ya no es posible volver atras porque la situacion mia, es decir, la que describo yo no es como la del cangrejo, y veremos si es la peor de las situaciones de España.

El misero artesano, el pobre enamorado, el cesante el desterrado de su patria (esta no es alusion á mi amigo Villergas), los gobernantes y todas las malas situaciones, creo, Ayguais que no son comparables con la del escritor en nuestra patria. Infiero que en todo estarás acorde conmigo; de lo contrario rebáteme cuando á esta me contestes.

Héme aquí con la pluma en la mano para *escribir* del escritor, sin que en este número me cuente yo, pues aunque yo escribo, recuerdo aquel epigrama de Príncipe.

De escribir sale escribiente,
escribano y escritor:

¿de dónde has salido tú
miserable *escribidor*?

Estos cuatro versos no juzgo se compusieran para mí, aunque algunos me los aplicarán, como yo se los aplico á otros, y así es el mundo, pero déjome de epigramas porque les temo mas que á una paliza.

Y si *por desgracia* escribo
algun *desgraciado* drama,
temo mas un epigrama,
que una silba que recibo.

Aquí debiera decir *reciba*, pero el consonante apremia mas que un escritor cuando no ha cobrado una obra y mas aun (es todo lo que se puede decir) que el editor cuando ha pagado una obra adelantada; esto (entre paréntesis) sucede pocas veces.

El escritor, como ha dicho muy bien un poeta es *una planta maldita*, y hoy que tan extraordinariamente se reproduce mucho peor, llevando todos por idea principal, el engañar á los editores, aunque sucede siempre que son ellos los engañados; aquí viene bien aquel refran español: *ir por lana y volver trasquilado*. (Si Villergas no se hallase en san Petersburgo, pediría la palabra al leer este refrancillo.) El escritor pues cuando vierte sus primeras inspiraciones, solo ansía que salga su nombre impreso y cuando lo consigue se recrea observándole horas enteras, como una jóven contempla el primer billete de amor, que le conmueve. Con este paso principian ambos su carrera y sus sentimientos deben ser iguales. Aquel dia va al prado y mira de reojo á los que pasan, creyendo que le señalan con el dedo para decir *aquel es el novel poeta*, y á todos sus amigos pregunta si han leído aquel número para regalarle de lo contrario uno, de docena y media que lleva en el bolsillo.

El poeta en ciernes, hace incontinenti tantas composiciones como periódicos hay en la corte y sin mas recomendacion que el mérito de la obra envia cada cual á su destino: unas se publican y otras se arrinconan, sin que esto desanime á su autor.

Los *ratos perdidos* los emplea en componer un drama, y aqui empiezan las desgracias. Después de consultar veinte historias que destroza á su modo, y de trabajar quince dias (no necesita mas *el genio*), se presenta en uno de los teatros donde le reciben muy bien, pero no sabe el infeliz que su obra va á confundirse con un millar que tiene el empresario en su bufete.

Si busca recomendaciones que le *recomienden* de veras, suele suceder que la produccion se admite y el pobre diablo aguarda meses y meses, mientras que ve poner en escena otras que habian sido leídas despues; el editor no quiere pagarla hasta que comiencen los ensayos y ninguno quiere hacer el papel, y el que hace el papel presta todas sus fuerzas para sacarlo mal y lo saca mal, y silban al pobre autor para hundirle su porvenir contribuyendo á que renuncie á escribir.

Si por una casualidad se aplaudiese la obra, el escritor recibe en las tablas una ó muchas coronas que habia repartido á sus amigos para que le rindiesen este tributo. Sin hacer caso de las críticas de los santones que quieran echarlo abajo porque es jóven, escribe otra infinidad de producciones y ya puede contar con su subsistencia segura, con una *situacion* de las mas brillantes.

Desde este momento vomita su pluma poemas, novelas, tragedias, dramas, sátiras, comedias, poesías y demonios, que le producen algunos reales... pero de cien suscritores tiene uno esta suerte y es preciso figurárselo arrinconado, á menos que no aprenda por principios á adular, renegando de sus creencias y convenciéndose de que come á costa de los editores, porque no conoce que los editores, son los que comen á su costa siempre.

Muy difícil es en el dia adquirir nombre y por eso la mayor parte renunciamos á él, conformándonos con estar á *oscuros* en el siglo de las *luces*; yo no deseo reputacion á costa de infamias, y si escribo es por divertirme dando motivo á los lectores de LA RISA para que se *rian* de mí, pero nada me importa, caro Ayguals, porque si se rie de mí el mundo entero yo me rio de todo él y vamos bogando en esta vida que es lo principal.

Mas, ¿qué digo? *Ayguals* querido,
¿para qué otro nombre quiero,
si el de *Teodoro Guerrero*...
es nombre y es apellido.

Pero concluyo porque *la situacion* es ya...
muy larga y me despido, aconsejándote que me
contestes para saber tu parecer acerca de esta
triste *situacion*, y adios: por conclusion, te di-
go que en el Parnaso nos veremos; y esta si no
es buena conclusion, lo será poniendo un punto
final.

TEODORO GUERRERO.

ASESINATO HORRIBLE.

¡Qué horror! oigo esclamar al ciudadano,
(ó ciudadana) que estos versos lea;
¿escribir en *LA RISA* asesinatos?
¡sabe el autor, pardiez, lo que se pesca!

Yo no quiero llorar, que harto me acosa
por todas partes mi fortuna adversa,
reirme quiero y por reirme pago,
¿á qué venirse á lamentar tragedias?

Esto no obstante de pintarle trato
de una infelice la desgracia estrema,
la cruda muerte que sufrió á mi vista
del populacho entre el escarnio y befa.

Era una tarde nebulosa y fria,
á mi casa marchaba con presteza,
cuando sentí quejidos lastimeros
salir de la inmediata callejuela.

Compadecido me lancé azorado,
mas de hielo quedé... sangrienta mesa
se presentó á mis ojos, y... ¡oh Dios mio!
un cuerpo agonizante encima de ella.

Al que acaban dos bárbaros sayones
en él hundiendo sus cuchillas fieras.
En derredor un corro de curiosos
gozaba en presenciar tan triste escena,

Y saltando de gozo prepararon
junto al cadáver execrable hoguera...
No mas, no puedo mas... treguas, ¡oh musa!
tamaño atrocidad traba mi lengua,

La voz me falta, el corazon desmaya,
y mis delgadas piernas me flaquean.

Sí, yo lo vi... ¡ay Dios! un hombre al punto
de aspecto torvo, con sinpar fiereza

En mil pedazos dividió el cadáver
aplaudido del pueblo que le cerca.

Mi compasion creció, viendo negaban
al que viviente fué mezuina huesa,

Y á un sayon pregunté con voz cortada
«¿Ese cuerpo, decid, dónde se entierra?»
Miróme sorprendido frente á frente,
y sin dejar su bárbara tarea,

Soltó una estrepitosa carcajada
que hizo helarse la sangre de mis venas.
Dónde, repuse, dónde? — En cien barrigas.

— ¡Antropófago vil!... el labio sella,
La justicia de un Dios airado teme...
¡teme infeliz la maldicion suprema!

Horrorizado le volví la espalda,
á mi casa volé... cerré la puerta

De mi cuarto, y al punto el negro crimen
describí como veis; pero aun me resta
el nombre revelar del desdichado
que padeció inocente, muerte acerba.

Amargo llanto mis mejillas surca
al recordar su desventura inmensa...
vais á saber su nombre... oid, ¡silencio!
la víctima infeliz; un cerdo era!

EUGENIO SANCHEZ DE FUENTES.

ESTRAVAGANCIA, CUENTO U FANTASIA.

— Por aquí, por aquí, señorito: pise usted con
mucho tiento. Entre estas colgaduras de damasco
puede usted escuchar y ver perfectamente; pero,
por Dios, que no lo sépa mi señorita: ya podia
yo preparar el atillo.

— No tengas cuidado, Mariquita; nadie sabrá
que me has introducido hasta aquí. Yo quiero
convencerme por mí mismo...

— Pues me parece que no ha de tardar usted,
señorito; es la una en punto y ya está vestida y
esperando, si no me engaño; pero ¿á qué hora
le ha citado á usted?

— ¿No lo sabes, Mariquita: me ha citado á las
seis.

— Pues, adios!

— ¡Adios!

Quedó solo y escondido entre las colgaduras el caballero que acababan de introducir en la habitación de su amada, y á poco rato se presentó esta vestida con la mayor elegancia, y se reclinó muellemente en un sofá, bien agena de que la estaban observando á dos pasos de distancia. Durante el curso de algunas horas oyó nuestro jóven los juramentos de amor mas espresivos, y al dar las seis uno de los relojes de sobremesa, salió con tiento de su escondite, y dando la vuelta por las habitaciones interiores se presentó á la bella Inés, que se adelantó á recibirle con las mas vivas demostraciones de cariño. Don Felix, no pudiendo reprimir el enojo que le tenia fuera de sí, murmuró entre dientes algunas palabras que escitaron la curiosidad de su amada. Grandes debian ser los celos que alligian al enamorado caballero, pues á las reiteradas preguntas que á cada paso se le dirigian con la mayor dulzura, solo contestaba apartando sus ardientes ojos de los de aquella sirena encantadora. Preciso será, si queremos saber si son fundadas sus quejas, que le escuchemos con alguna atencion.

¿Y aun, Inés, me has preguntado
que por qué estoy enojado?
¡Reniego de mí fortuna!
Yo ví que el duque embozado
entró en tu cuarto á la una.
¿Por qué su mano agarraste
con sonrisa seductora?
Inés, yo debo olvidarte...
A los piés de usted, señora.

Mas no he de salir de aquí
sin decirte; ¡vive Dios!
Inés, lo que padecí
cuando observé desde allí
que entraba el conde á las dos.
Yo clavaba en mi despecho
las uñas en la pared,
y... si él reina en ese pecho...
señora, á los piés de usted.

Pero ¿olvidó en mi dolor
que suspirando á tus piés,
ví luego al señor marqués
jurándote eterno amor

al dar el reloj las tres?
Y si esto he visto, traidora,
¿por qué tu labio engañoso...
separarnos es forzoso:
á los piés de usted, señora.

¿Por qué detenerme así?
¿Pensarás que aun te idolatro?
No; ya reniego de tí.
¡Ingrata! tambien te ví
con el vizeconde á las cuatro.
Y si te puedo juzgar
presa en su amorosa red,
¿qué mas debo yo esperar?
Señora, á los piés de usted.

Suelta el brazo ¡voto á quién!
porque de cólera brinco;
mas que justo es mi desden,
mira que te ví tambien
con el baron á las cinco;
y, pues á usted la enamora
uno á cada campanada,
ya no debo esperar nada:
á los piés de usted, señora.

Y apartándose Don Felix
de su Doña Inés querida;
gime, y llora, y va bajando
la escalera echando chispas,
prorumpiendo en juramentos
de no volver á subirlas.
Pródigos en el jurar
son los que de amor suspiran.

El demonio, que anda siempre
sediento de rebujinas,
dispuso que un embozado
de estremada gallardía
subiese en el mismo instante
las escaleras arriba.
— Alguno de mis rivales;
dice Don Felix con ira.
Y de pronto:—¿Caballero?
¡Eh! ¿Caballero? le grita.
— ¡Cómo! ¿qué es esto, Don Felix?
Dijo una voz conocida.
— Señor Don Pedro ¿usté aquí?

—Vengo á hacer una visita.
 —¿Conoce usted á Doña Inés?
 —¿Quién, la Inesita? es mi amiga.
 ¿Y de usted? —Ha sido amante.
 ¡Qué escucho! ¡votova Cribas!
 Dijo Don Pedro enojado.
 —Sí; ya me lo presumia;
 Repuso Don Felix: ¡Oh!
 que las armas lo decidan;
 Pero, sepa usted, Don Pedro,
 que es una muger inicua.
 A mí me citó á las seis:
 á usted á las siete le cita,
 y á otra caterva de amantes
 ha citado á horas distintas.
 Quizá, quizá hasta las doce
 entrando y saliendo sigan.
 —Don Felix ¿es eso cierto?
 —Cierto: mi honor os lo afirma.
 —Pues, opino que aquí mismo
 la averiguacion prosiga.
 —Ese es mi mayor deseo:
 concluya tanta perfidia.

Y lo que hicieron los dos,
 si no mienten las noticias,
 es detener embozados
 y darles cuenta exactísima
 de que tiene Doña Inés
 mas amantes que camisas.
 —Siete somos, caballeros:
 siete somos ya las víctimas
 y hasta las cinco otras cinco
 se ofrecieron á mi vista.
 —Y ahora vuelven á ofrecerse
 y con la paz les convidan,
 dijeron cinco que entraron,
 haciendo una cortesía.
 —¿Qué es esto? exclamó Don Felix.
 —Muy fácilmente se explica,
 respondió uno. A mí, señores,
 me citó á la una esa arpía,
 y como yo sospechaba
 que eran falsas sus caricias,
 salí y esperé embozado
 por detras de aquella esquina,
 hasta que entrar y salir
 vi al segundo, á quien noticia

le dí de lo que pasaba;
 y tomando igual medida
 con otros tres que salieron...
 vengauza ya nos anima.
 Son las doce de la noche
 y pues la hora nos convida,
 que se dé un trueno espantoso.
 ¡Fuego! y rebiente la mina!
 —Si, si, venganza anhelamos.
 Gritó Don Felix ¡Arriba!
 Y subieron la escalera
 con infernal gritería.

—
 Y todos juntos de rondon entraron,
 y entraron todos juntos de rondon,
 y hasta la alcoba audaces se zamparon,
 y creció mas y mas la confusion.
 Doña Inés, que por nada se amedrenta,
 pues consumadas tiene hazañas mil,
 con ademan resuelto se presenta
 y enmudece á su voz la turba hostil.

—
 ¡Caballeros! poco á poco,
 les grita con arrogancia,
 que mientras yo tenga alientos
 nadie á mi persona ultraja.
 Si de los doce escuché
 dulces y amorosas ansias,
 ¿á cuál de los doce dí
 la mas remota esperauza?
 Yo quise, escuchando á todos,
 ver quien mas me interesaba,
 para despues á los once
 dar una respuesta franca.
 Pero, pues no les merece
 ningun respeto mi casa,
 y de constantes blasonan,
 pues me acusan de inconstancia,
 cuando quizás el que menos
 á diez seduce y engaña;
 yo baré que el que ame su vida;
 confiese en breves palabras
 cuántos son sus compromisos.
 ¡Eal que salgan á plaza!
 repuso con voz de trueno.
 Y vieron como por magia
 dos pistolas en sus manos
 y en sus dos ojos dos llamas.

Atónita quedó la turba-multa,
al mirar el de Inés fiero ademan
y allá en su pecho cada cual consulta.
Muy malo es el morir votova san!

Miraron todos al que entró á la una
queriéndole decir: empieza tú.
Y él, aunque maldiciendo á su fortuna,
se erigió en director con Belcebú.

Numeróse la gente con buen modo.
Uno, dos, tres y cuatro, cinco y seis,
se aliniaron despues codo con codo,
y empezaron á hablar como vereis.

1.

¡Pobre de mí pecador,
que á Inés vendí santo amor
con juramentos prolijos!
lo confieso con rubor:
soy casado con diez hijos.

2.

Yo ando de noche y de día
con amorosos enredos.
Y... ¡estravagante manía!
Me suelo chupar los dedos
tras de las amas de cria.

3.

Pues yo, sin ponderacion,
ni saber por qué razon,
me voy siempre como un cohete
con diabólica intencion,
tras las mozas de retrete.

4.

Tres hijas tengo á la par
de un boticario muy rico,
y aunque las quiero atrapar,
de ellas no puedo sacar
mas que *jarabe de pico*.

5.

Tanta es ya mi travesura
que he llegado á cobrar fama;
hoy me adoran con locura
siete *sobrinas* de un cura,
muy parecidas á *su ama*.

6.

Pues yo, autor de este alboroto,
nunca en el placer me emboto,
ni me paro en pequeñeces:
cuatro maridos me han roto
la crisma otras tantas veces.

7.

Aunque he llegado á entender,
que en el variar está el goce,
poco es lo que puedo hacer,
porque tengo á mi muger
que vale por diez ó doce.

8.

Pues donde me ven aquí,
aunque soy un mozalvete,
cuatro se mueren por mí.
(Y continuó para sí:
y una es la muger del siete.)

9.

Yo, como buen malaguño,
tras ellas me despepito:
mas no formo mucho empeño:
la que ve este cuerpecito
no vuelve á probar el sueño.

10.

No hay consejo que aproveche,
si se trata de que no eche
flores y tambien guirnaldas,
hasta á las burras de leche,
si las llego á ver con faldas.

11.

Tengo en casa tres doncellas
estremadamente bellas,
que hacen por servir escesos:
cuanto mas me cuidan ellas,
mas voy quedando en los huesos.

12.

Yo, ya que canto de plano,
tanto en amor desatino,
que emprendo, si viene á mano,
con todo el género humano,
esceptuando el masculino.

—Pues que sé vuestros pecados,
fuera ya de aquí, canalla,
que ya Doña Inés Mendoza
puso término á sus ansias,
y á estas horas tiene ya
quien le guarda las espaldas.
Dijo, y corrió de un tirón
las cortinas de su cama,
y todos á un hombre vieron
tendido en ella á la larga,
que sacaba los bigotes
por entre sábana y sabana.

— Vedle aquí, este es mi marido ;
 despues de las doce dadas
 por una puerta secreta
 se introdujo en esta sala,
 y acabo de convenirme
 de su amor y su constancia ,
 cuando yo ya prevenida
 con un cura le aguardaba.
 De súbito y sin andarnos
 con repulgos de empanada,

la bendicion recibimos
 con suspiros y con lágrimas,
 pasando como relámpagos
 desde el altar á la cama :
 cada cual en este mundo
 tiene sus extravagancias.
 Y, pues que ya de mi honor
 les dí cuenta muy sobrada ,
 ¡Fuera! ó les haré salir
 á tiros y á cuchilladas.



Y el manto con que cubre su albo pecho
 arroja doña Inés sobre un sillón,
 y salta como un gamo sobre el lecho,
 dejando á la caterva en suspension.

Pero al ver que sus formas hechiceras
 mas que su arrojo admirau varonil,
 lanzando aquí y allí miradas fieras ;

grita ¡Fuera, ó disparo, chusma vil!
 Y calló doña Inés, esto diciendo,
 y en el lecho se entró sin tus ni mus,
 y se largaron ellos repitiendo :
 ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus!

MANUEL JUAN DIANA.

ARTE DE CONOCER A LOS HOMBRES POR LAS UÑAS.

El que tiene algunos lunareillos blancos en las uñas, es aficionado á todas las mugeres; pero tan enamorado como inconstante.

El que tiene las uñas muy arqueadas, es orgulloso.

El que las tiene separadas del dedo en su estremidad y que cortadas se quedan muy reducidas, dejando un sobrante de dedo mas que regular, no debe casarse, porque milagrosamente se escapará de ser victima de la infidelidad de su

muger. Las uñas reducidas indican paciencia, hombría de bien, y sobre todo resignacion en las calamidades.

Las uñas largas apesar de estar cortadas, que se nivelan con la estremidad del dedo, son el emblema de la generosidad.

Las uñas trasparentes y sonrosadas anuncian genio alegre, dulce amable. Los enamorados de uñas trasparentes suelen apasionarse hasta el delirio.

El que lleva las uñas largas y puntiagudas es tocador de guitarra, ministro de Hacienda, sastre ó escribano.

El que las lleva algo largas, redondeadas y con ribete negro, es poeta romántico ó folletinista.

El que tiene en la uña del dedo pulgar de la mano izquierda varias rayas como si hubiesen picado tabaco en ella, es maestro de escuela.

Las uñas gruesas indican terquedad y mal genio.

El que lleva las uñas sucias por todas partes, es esclaustrado, filósofo, cajista ó tintorero.

El que tiene las uñas amarillas es hombre abandonado á toda clase de vicios; pero el que mas le domina es el de fumar. Cuidese de no confundir á estos con los que mondan naranjas sin cuchillo.

El que lleva las uñas muy redondeadas y lisas, tiene genio pacífico y conciliador.

El que tiene la uña del dedo pulgar de la mano derecha algo mellada, es un gastrónomo voraz, carcoma de sí propio, que por no perder la costumbre de comer se roe las uñas, que es lo que tiene mas á mano.

Y por último el que las lleva cortadas sin igualdad es pronto y resuelto. Los hombres que no tienen paciencia para cortarse bien las uñas, suelen tener un fin desastroso: la mayor parte acaban por suicidarse ó por casarse que viene á ser lo mismo. En el último caso, si la muger no se encarga de la operacion, se buscan una concubina con este objeto y hacen desgraciada á la consorte. Aconsejamos al bello sexo que no pierda de vista las uñas de los hombres, si quiere vivir con ellos como carne y uña.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

A D. WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

¡Qué cosas, Ayuals, tienes!
no hay paciencia de santo que te aguante;
quien contigo disputa

tiene sed de sarcasmos y de ultrages.

Me has puesto, lo confieso,
cual poner suele la verdad un sastre,
como un gato un ovillo,
como un coche simon un meriñaque.

¡Y yo que lo sabia!
¡yo que sabia; como todos saben,
que toda tu familia

siempre ha tenido cosas singulares!

Raros son tus hermanos,
y mas que todos raros fué tu padre,
que hizo la estravagancia
de hacerte á tí, mas que él estravagante.

Te probé con razones
el influjo benéfico del hambre,

y tú no me contestas
sino con alusiones personales.

No se enseña tal lógica
en Vinaroz ni en Alcalá de Henares;
nunca insultos groseros
los argumentos sólidos deshacen.

¿Crítico yo esas barbas
con que espaciosa tu barriga barres,
y que son un prospecto

de tu estravagantísimo carácter?

¿Crítico yo esa talla
que nunca fué de moda aquí ni en Flándes?

¿te digo yo que ruedas
cuando vas muy de prisa por la calle?

No, redondo adversario,
tu estatura me importa tres tomates;
yo razones alego,

nunca echo mano de burlescas frases.

Estrañarás sin duda
que cuando aun brota á borbollones sangre
de las anchas heridas

que recibí en el último combate,

te rete nuevamente....

sí, te reto feroz, y no lo estrañes,

que al cabo la fortuna
(te lo diré en latín) jubet audaces.

¡Otra vez á las armas!

moja, moja tu péñola en vinagre ;
 no saldrás ¡voto á cribas!
 tambien como del otro de este lance.
 Ofreciste en LA RISA
 dilucidar cuestiones importantes,
 y he visto entre ellas una
 que es la mas peliaguda y la mas grave.
 Preguntas ¡qué pregunta!
qué vale mas en este mundo infame
ser sábio sin dinero
 ó ser con arcas llenas badulaque.
 Esta pregunta es necia,
 tan altamente necia que equivale
 á preguntar al hombre
 si prefiere dos bienes ó dos males.
 No hallarás uno solo
 que no sea, oh Ayguats, de mi dictámen,
 que el dictámen contrario
 al sentido comun fuera un ataque.
 Es un gran mal ser sábio
 y ser pobre otro mal tambien muy grande,
 y es un gran bien ser necio
 y ser rico otro bien inmensurable.
 Pruebas tengo de sobra
 y á presentarlas voy; vamos por partes,
 que yo me bato en regla
 lo mismo con pistola que con sable.
 ¿Qué es un sábio? es un hombre
 que ha llegado á saber que nada sabe,
 y este conocimiento
 le hace ver lo poquísimo que vale.
 De todo lo que observa
 á las causas intenta remontarse,
 y encuentra un *quid ignotum*
 del cual nunca pasaron los mortales.
 Allí se para el genio,
 allí pliega las alas arrogantes,
 allí conoce el sábio
 que es con sed de saber un ignorante.
 Ve sin barniz alguno
 las penas de este mundo miserable,
 do el hombre, si se eleva,
 es sobre un pedestal de vanidades.
 Como un médico enfermo
 que lleva en su interior terrible cáncer,
 ve las llagas del mundo
 y ve que son atroces é incurables.
 No le alhaga la gloria,

pues sabe que sus mimos son falaces,
 y de sus ilusiones
 una flor se le lleva cada instante.
 Y agrega á todo esto
 que como es infinito en todas partes
numerus stultorum,
 tropieza sin cesar con botarates.
 Halla el nombre de sábio
 donde quiera usurpado por pedantes
 que en mucho son tenidos,
 y el vulgo les admira y les aplaude.
 ¡Y un necio! ¿qué es un necio?
 el mundo que es certero en sus refranes,
 y que en esto de apodos
 da mucha propiedad á su lenguaje,
 de bienaventurados
 da el nombre á los muy necios, pues constante
 sus bienes la ventura
 siempre entre los mas necios los reparte.
 Oficinas recorre,
 ministerios, palacios de magnates,
 y audiencias y colegios,
 y concilios tambien y catedrales,
 y verá la ignorancia
 cubierta de favor y dignidades,
 disfrazada de sábia
 con togas y con borlas doctorales,
 con fajas y entorchados
 con recua de libreas y de pages,
 con mitras y capelos,
 y coronas, y tiaras venerables,
 y títulos que á un tiempo
 dan influencia y metálico sonante,
 y esclamarás conmigo,
 despues de un largo y detenido exámen,
 «¿para tontos y tunos
 de la nada este mundo, Dios, sacasteis?»
 Me dirás que ser tonto
 es harto vergonzoso... ¡Disparate!
 este es un mal oculto
 que quien lo sufre mas, menos lo sabe.
 De los dones sin cuento
 de que á Dios son deudores los mortales,
 solo hay bien repartidas
 nuestras intelectuales facultades.
 Con ellas supo el cielo
 á todos contentar: es indudable
 que hay muchos hombres tontos,

mas que se juzgue tal no he visto á nadie.

Hay dos clases de tontos (1)

ó, si tú quieres, tontos de dos clases,

unos que les importa

un pito de las ciencias y las artes,

y otros tontos tan tontos

que no llegan de mucho á rocinantes,

y Sénecas ser creen.

sin que haya de este tema quien les saque.

¡Felices unos y otros!

los primeros son hombres vegetales,

que á ser todos cual ellos,

no habria, no, teatros, ni farsantes,

ni códigos ni imprentas,

ni senados, congresos, ni almanaques,

pero tampoco habria

esas que tantas hay casas de orates.

No saben si la luna

la luz del sol recibe rutilante,

mas les alumbra á ellos

como alumbrió á Newton que en paz descanse.

Ignoran qué principios

constituyen la atmósfera ó el aire.

mas ellos los respiran

lo mismo que un Orfila, y adelante.

Si tienen buen olfato,

sin meterse en pistilos ni en estambres

su pituitaria alhagan

las flores con perfumes agradables.

Envidia, Ayguais, envidia

la gran felicidad de esos salvages,

que en paz dejan eterna

los libros descansando en sus estantes.

La otra clase de tontos

es no menos dichosa y envidiable...

¡Oh! un tonto presumido

goza en la tierra una ventura de ángel.

Ensarta desatinos,

cada palabra suya es un dislate;

mas faltarle no puede

otro mas tonto que él que oiga y alabe.

Si algun hombre sensato

se huria de sus muchas necedades;

el tonto presumido

otras sigue vertiendo imperturbable,

que ó toma por aplausos

hasta los mas burlescos ademaues,

ó bien se compadece

de cuantos mofa de sus cosas hacen.

Ya así probado queda

que es mas feliz que el sabio el botarate;

si ahora probar logro,

lo que al mas topo pareciera fácil,

que es mas feliz que el pobre

quien tiene buenas onzas ó caudales,

salido habré del paso

y haré por fin, aunque el rubor te mate,

que á discrecion te entregues,

dándote por vencido en el certámen.

Desde que el mundo es mundo

ha sido siempre el pobre despreciable;

no hay moza que le mire,

chico ni grande can que no le ladre.

No hay asqueroso bicho

que en el hambriento el hambre cruel no sacie;

tentacion que no sufra,

ni autoridad que no le pida el pase.

No hay falso testimonio

que el vulgo alguna vez no le levante,

y las manos de Chico

tiene siempre á dos dedos del gazzate.

A la menor sospecha

le enseñan el camino de la cárcel,

y cuando menos piensa

se encuentra en relacion con un alcaide.

El defiende los tronos

y eso que llaman patrias libertades,

y se hace las narices

por cerros y collados y breñales,

y si triunfa la causa

que sin saber cual es le cuesta sangre,

ve ¡qué gusto! á los unos

subtenientes ayer, hoy capitanes,

á los otros en fajas

distintivos trocar de comandante,

y él se queda tan guapo,

y como un brazo ó algo mas le falté,

le dicen: «camarada,

si tienes pan para hacer sopas, hazte.» (1)

¿Y si está enfermo? ¡ay triste!

en un camastro do tres horas antes

(1) Aunque tonto y necio no son voces sinónimas, en este romance se emplean indistintamente como si lo fuesen.

(1) Dicho ó adagio de la tierra de la *reira de Deus*, libremente traducido al castellano.

estuvo con viruelas
otro pobre quizás, dos ganapanes
al hospital le llevan
para que un torpe medicastro ensaye
un plan que han encomiado
venidos de Paris dos charlatanes.

Le matan y le entierran...
mas no le entierran, no, que su cadáver
sirve de pasatiempo
á tres ó cuatrocientos practicantes.

Hecho ya longaniza,
al cementerio llévante, y ni un *pater*,
y ni un *requiem*, ni un *kirie*
cantan para su bien los capellanes.

Ayguals, esta en compendio
es la historia del pobre... ¡Voto á sanes
que tiene tres hemóles
preguntar si es mejor la de un magnate!

Compara con la vida
del pobre la del rico ¡qué contraste!
mientras aquel ayuna,
este se zampa pollos y faisanes.

Aquel emprende á pata
por mas callos que tenga todo viaje,
aunque mas largo sea
que cuantos ha emprendido Magallanes,
y el rico en carretela

que tiran dos normandos arrogantes
va al Príncipe, va al Circo,
va á la casa de enfrente que dan baile.

Viene el cólera morbo,
y el rico marcha al punto do ni se hable
de esta terrible peste,
y si esta va donde él, él va á otra parte.

Si acaso entre él y un pobre
alguna vez se mueve un rifirrafe,
aunque razon no tenga
el mundo se la da... y los tribunales.

Si roba, (por supuesto
el rico cuando roba roba en grande)
se acuesta tan tranquilo,
ó va á ver como ahorcan á un tunante
que teniendo gazuza,
para hacerse unas migas ó un potage,
á instancias del estómago
robó un poco de aceite y cuatro panes.

Si figurar intenta,
es siempre senador y siempre alcalde,

y es siempre lo que quiere
manden los unos ó los otros manden.

Aunque tenga joroba
y ostente cojo un pié y otro le falte,
le dicen las hermosas
que tiene un *no sé qué* que las atrae.

Y el *no sé qué* á que aluden,
cual es sé y tú tambien y ellas lo saben:
mejor que una pistola
un duro entre mugeres paso se abre.

Le dicen que es chistoso
si ensarta sin cesar barbaridades,
y prudente si calla
en alguna cuestion interesante.

A un enfermo visita,
y aunque el tímpano á gritos le taladre,
ningun deudo le indica
que hable un poco mas quedo ó bien que calle.

Si le amaga la muerte;
todos le ocultan el terrible trance,
y dándole confianza,
almibaran sus últimos instantes;
mas si agoniza un pobre,
sin preámbulo alguno y sin disfraces
le dicen: «amiguito
de Josafat te aguardan en el valle.

Estírate, si puedes,
que el carpintero tienes ya delante
te tomará medida
y el ataúd concluirá esta tarde.»

De esta manera al pobre
tan brusca, tan soez, tan fulminante,
le arrancan la esperanza,
la única flor que en la agonía nae.

¡Ay Ayguals! si añadiera
lo que puedo añadir, interminable
como todo lo malo
seria á no dudar este romance,

¿Qué dirás? ¿qué argumentos
á datos opondrás irrecusables?
respuestas evasivas
cosas que en nada á la cuestion atañen.

Verterás mil denuestos,
que estoy gordo dirás, que tengo carne
para poblar de nuevo
toda la España de robustos frailes.

¡Oh traidor adversario!
¡cómo el furor te ciega, ilustre vate!

morir nada te importa,
mientras tambien con tu contrario acabes.
¡Ay! los flacos se rien.

esos hombres que pueden devanarse
conocen su impotencia...

¡y sin embargo han de salir triunfantes!

Colígate con ellos,
así me vencerás en el combate,
mas te llegará el turno
como al hombre funesto de la *salve*.

Me llamarás entonces
viendo hundido en el polvo el estandarte
de los gloriosos gordos,
pero yo entonces te diré! ya es tarde!

¡Cuándo nuestras cuestiones
debieran entre nos dilucidarse,
llamas á los Villergas,
á esas víboras secas y mordaces!

¿No tiene nuestro bando
hombres de pró y de prendas relevantes?
allí están los Bretones,
allí los Baldovis y Abenamares.

¿Quién pues te manda, misero,
al juicio de un flacucho sujetarte?

¿ves como nos ha puesto?
tuya es lo culpa, Ayguals, de este desastre.

Con que, si de otros nuevos
víctima ser no quieres, si un adarme
te queda de cariño

al partido de gordos respetable,
Ayguals un gordo sea
que en esta cuestion dé su dictámen;

pues solo de este modo
nos podemos librar de una catástrofe.

¿Lo harás así? lo dudo;
sé demasiado lo que todos saben,
que toda tu familia
siempre ha tenido cosas singulares.

Raros son tus hermanos,
y mas que todos raro fué tu padre,
¡que hizo la estravagancia
de hacerte á tí mas que él estravagante.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.



CONTESTACION.

Bien quisiera hacerme el sordo;
pero, amigo, está el busilis
en que no sufre mi bilis
insultos de un hombre gordo.

Te horripilas porque saco
tu gordura á colacion.

¿Y puede tener perdon
el que te apellide flaco?

¿Y esto lo tomas á insulto?

¿Y dices que me desbordo?

Tranquilízate, hombre gordo:
sosiegate, hombre de bulto.

Pues no haya miedo que rompa
mi silencio la sin hueso,
ni te iguale por lo obeso
á un elefante sin trompa,

¡Oh! siempre yo me contemplo
muy comedido y prudente,
y en motejar insolente
jamás seguiré tu ejemplo.

Que aunque á insultarme comienzas
con mil apodos violentos,
venceré con argumentos
tus osadas desvergüenzas.

A mí tú no me jorobas
prorumpiendo en desatinos:
ni me importa dos cominos
que peses cuarenta arrobas.

Aunque en paseo por lo ancho
llames la atencion de todos,
no usaré de malos modos
que al buen callar llaman Sancho.

Y por mas que te desbordes
contra mí en amargo estilo,
yo te dejaré tranquilo
que comas, bebas y engordes.

Se ve que estás en tus glorias
devorando y te rebulles,
y salchichones engulles
como el jaco zanahorias.

Come en paz y duerme en paz
y haz en paz cuanto te antoje,
que no he ser quien te enoje,

pues nunca he sido mordaz.

Quiero que aprendas de mí,
que aunque tu afán me provoca,
no ha de salir de mi boca
ni una injuria contra tí.

No basta tu cantinela
contra esta víctima triste,
sino que tu audacia embiste
á toda mi parentela.

Dices que ni aquí ni en Flandes
se estiló nunca mi talla...
Calla ya, insensato, calla,
que es mi talla de hombres grandes.

Ese frenesí reporta;
y sábeta, gordinflon,
que el grande Napoleón
era hombre de talla corta.

Pero la tuya al contrario,
aunque te irrite y te asombre,
jamás fué la talla de hombre,
que fué la del dromedario.

Y si tu cólera lidia
con insultos chavaicanos,
si ultrajas á mis hermanos
es porque rabias de envidia.

Válgame Dios ¡qué rollizo!
¡Estás, Ribot, que rebientas!
En tus manazas ostentas
por cada dedo un chorizo.

Ya se ve, viene de casta
esa obesidad inmensa,
pues tu padre es una prensa
de carne: todo lo aplasta.

El cuello de su camisa
dá una sábana diforme,
y con peso tan enorme
rompe las piedras que pisa.

Su cuerpo al de la ballena
dejó atrás en dimension.
Gordos tus hermanos son
con cara de luna llena.

Mas probaré de mil modos
que aunque gordos todos ellos
desde el pié hasta los cabellos,
tú eres mas gordo que todos;

Pues logró hacerte tu padre
mas gordo que él, no es insulto,
de modo que al ver tu bulto

no hay perro que no te ladre.

¡Carambital! ¡carambola!
¡caramba! no es mal enredo
decir que cuando ando, ruedo
como si fuese una bola.

¡Hombre bárbaro y cruel!
¿Cómo tu pluma me ultraja
siendo tú, humana tinaja
ó estrambótico tonel?

Yo rodar, votava Briós,
por vida de Mari-Blanca
que te haré ver con la tranca
quien rueda mas de los dos.

Y no me importa que ladres,
pues me río de tu encono;
mas lo que no te perdono
es que insultes á mis padres.

Si formó un ente lunático
el padre que me enjendró,
la madre que te parió
parió un globo aereostático.

Y mira no te deslices,
pues como de humor me encuentre
demostraré que en su vientre
quedáronse tus narices.

Con ridícula fatiga
mis defectillos escarbas
y te burlas de mis barbas
porque barren mi barriga.

Mátame con un trabuco
y mis barbas deja en paz,
pues las criticas mordaz
porque las tienes de ennuco.

Es tu cara de pastel,
tu nariz una lenteja,
tu bigote es una ceja,
tu perilla es un pincel.

En una cosa tropiezo
que te favorece en parte,
y es, que no pueden ahorcarte
porque no tienes pescuezo.

¡Cómo se quedará el juez
hecho un infeliz berrugo,
cuando el mas diestro verdugo
no te encontrara la nuez!

Mas basta de necedades
y haya paz entre los dos,
porque nunca, vive Dios,

gasté personalidades.

Mi fina amistad te ofrezco
con cariñoso entusiasmo:
yo jamás uso el sarcasmo
y el epigrama aborrezco.

Puedo asegurarte en suma
que te dejaré tranquilo,
pues al sarcástico estilo
no está avezada mi pluma.

No sé yo ¡votova Cribas!
como hay quien insulte osado.
En esto soy moderado
y siempre odié las diatribas.

En afectuosa liga
quiero abrazarte ante el orbe,
con tal de que no lo estorbe
tu descomunal barriga.

El corazón me robastes:
ven, cariño mío, arrima;
mas no te me echés encima,
porque temo que me aplastes.

Ven que quiero darte un beso,
y comer contigo un tordo.
De hoy mas no te llamo el gordo:
he de llamarte *el obeso*.

Ni el apodo de panzudo
te dará por mí un mal rato:
ni he de apellidarte el chato,
sí no el hombre narigudo.

Con los gordos en resumen
formaremos un complot
del cual tú serás, Ribot,
capitan por tu volúmen.

Y el día del tole tole
haremos una tortilla
de flacos como Zorrilla,
que insultaron nuestra mole.

Yo diré: ¡aquí que no peco!
sí en mis falanges te albergas,
y ¡ay de Principe y Villergas!
¡ay de Zorrilla y Canseco!

Cuantos delgados asomen
sentirán nuestra venganza.
¡Mueran los hombres sin panza!
¡Vivan los del ancho abdomen!

Si arrugados como pasas
los flacuchos nos embisten,
¿cómo, infelices, resisten

nuestras formidables masas?

Dejemos por compasion
a esos humanos fideos,
y tratemos sin rodeos
el punto de la cuestion.

Entre ser sabio profundo
y abrumado de pobreza,
ó ser necio con riqueza,
prefieres tú lo segundo.

¡Hombre inmoral y nocivo!
no extraño que te desbordes
y tan sin vergüenza engordes
si estás por lo positivo.

Dices que medran los necios
en este valle de agravios
y el mérito de los sabios
solo recibe desprecios.

Es verdad de Pero Grullo,
y no seré quien la ataque.
De aquí tanto badulaque
lento de audacia y orgullo.

Dices que solo el dinero
tiene razon en el mundo.
Esto con dolor profundo
tambien yo lo considero.

Añades en conclusion
que el sabio acaba en mendigo.
Tambien mi querido amigo
en esto tienes razon.

Que en este mundo inmoral
no hay mas que engaños atroces,
mas, qué son, Ribot, los goces
de esta mansion terrenal?

Si olvidando el purgatorio
te lanzas á los placeres
y entre el fausto y las mugeres
vives cual don Juan Tenorio.

Si no ves el precipicio
á que alucinado llegas
y torpemente te entregas
á las delicias del vicio.

Si prefieres el sendero
del crimen á la virtud,
elige la ineptitud
y sobre todo, el dinero.

Mas si ambicionas la calma,
no importa que oro no sobre,
porque es mas feliz el pobre

que tiene tranquila el alma.

¿Qué alcanzó Lucrecia Borgia
en perenne regocijo?

ser la víctima de su hijo
en los placeres de una orgia.

El sabio, pobre, contempla
las riquezas con desdén
y cuando pierde algún bien,
la razón su dolor templea.

Mas de desliz en desliz
vaga el necio, y sufre y llora,
y cuanto mas atesora
se mira mas infeliz.

El sabio pobre y honrado
sufre tranquilo su suerte,
y cuando llega la muerte
ve su mérito premiado.

Que si en este infame suelo
vivió pobre en un rincón,
Dios le da su galardón
al recibirle en el cielo.

Por mucho que el fausto alhague...
por mucho que el oro ciegue...
no hay plazo que no se llegue
ni deuda que no se pague.

¡Prefieres ser rico y lerdito!...
¡Qué así, Ribot, te desbordes!...
Cuanto mas ahora engordes
mas tendrás el fin del cerdo.

No hagas ¡oh Ribot! alarde
de no temer precipicios.
Refrena, incauto, tus vicios...
Para enmiendas nunca es tarde.

Mira que ni San Antonio
te valdrá en el fuego eterno.
¡Mira que se abre el inferno!...
¡Mira que aguarda el demonio!...

Y por mucho que te alhague
la vanidad y te ciegue...
no hay plazo que no se llegue
ni deuda que no se pague.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.



EPIGRAMAS.

—
Doña Inés, abuela mía,
ha dicho siempre muy recio
que el hombre es sábio ó es necio
segun qué leche le cria.

Y aunque esta verdad aburra
á mi señor don Pascual,
bien se conoce que el tal
toma la leche de burra.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

—
De hacer cien visitas harto
un médico se acostó
y no bien se desnudó
le llamaron para un parto.

Abrió el hombre la ventana
y dijo con mucho empeño:
diga usted que tengo sueño,
que lo deje hasta mañana.

—
Dijo á su criado Anton
el bolsista don Ventura:
mira, muchacho, á qué altura
está la cotizacion.

Anton, que en trance tan fiero
nada entendió á punto fijo,
leyó el termómetro, y dijo:
señor, á seis bajo cero.

—
Un mozo ¡suerte maldita!
cayó en un pozo de Almagro;
se encomendó á Santa Rita
y la Santa hizo un milagro;

Pues no se ahogó el pobre mozo
yendo al fondo con sus huesos,
por... no haber agua en el pozo;
pero se estampó los sesos.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

UN DIA DE CAMPO.

—
Nada mas delicioso que un dia de campo en
familia. Don Simplicio salió el último domingo
á disfrutarle con su cara consorte y sus adora-

dos hijuelos. Lo que el buen hombre se divirtió, es difícil describirlo: lo ensayaremos sin embargo.

Desde el sábado empezó don Simplicio á divertirse consultando su barómetro, su termómetro, su hidrómetro, sus callos y la jaqueca de su muger, para saber si el día siguiente haría buen día. Sus callos anuncian buen tiempo la jaqueca de su muger vientos y el barómetro lluvias. El domingo apareció sin lluvias, sin vientos y sin buen tiempo, porque estaba calmoso y nublado.

Perfectamente, dijo don Simplicio, así nos achicharrará el sol. A las cuatro de la madrugada ya estaba en danza nuestro héroe. Entre él y su cara mitad limpian á los chiquillos, les ponen el vestido nuevo... y al avío. Emprenden en ayunas la marcha, porque es preciso guardar el apetito para el campo. Toman la direccion del canal todos á pié; es muy divertido andar á pié; y sobre todo muy estomacal. El ejercicio es muy sano, y para comer como Heliofáballo, no hay como hacer antes un buen rato de ejercicio. A la media hora de estar en marcha, aparece el sol con toda su fuerza y esplendor. ¡Qué magnífico es el rey de los astros cuando perpendicularmente se deja caer sobre el caminante en lo mas riguroso de la canícula! ¿Quién no envidiará la diversion de don Simplicio al verle sudar cada gota como una avellana, sin duda del placer que su partida al campo le causaba?

Ya llegó toda aquella familia feliz al sitio destinado para celebrar la suspirada comida. Despues de una hora de reposo sobre el blando suelo y al aire libre, porque no habia casa ninguna en todos aquellos alrededores, empezaron los nenes á gritar que tenian hambre. don Simplicio no podía permanecer sordo á la voz de la naturaleza, y dá la órden para que la comida empiece. Aparece un pedazo de vaca asada envuelta en un *Heraldo* que sirvió de mantel. Jamás habia estado tan interesante el *Heraldo*: su aspecto hizo palpar todos los corazones: habíamos del aspecto de la vaca.

Más ¡ay! en medio del entusiasmo general, repara don Simplicio que se han olvidado el pan en casa. Nada importa, es una diversion en el

campo comer sin pan, así como se come sin platos, ni cucharas, ni tenedores, ni cuchillos, ni mesa, ni sillas, ni vasos, porque todo esto contribuye á hacer mas ameno un día de holgura. ¿Hay placer que pueda igualarse al de beber todos con un mismo cacharro de alcaduz ó cangilon, y estarse repantigados en el santo suelo, llenándose de hormigas y asándose á los rayos del rubicundo Febo? Lo cierto es que don Simplicio y su familia lo pasaron grandemente en la mansion de Flora, muriéndose todos de hambre de sed y de calor, al susurro del agua cristalina que serpenteaba en bulliciosos arroyuelos, salpicando las flores y cubriéndolas de perlas por el perfume con que embalsamaban aquella deliciosa morada, que hacian mas amena el ronco graznar de los ruseñores y los dulcísimos gorreos de las ranas.

Despues de la campestre y opípara comida, abandónase la familia á otras diversiones semi-gimnásticas. Mientras la madre daba la teta al nene menor, que lloraba el ángel de Dios porque seguramente no le mudaban los pañalitos, cuyo aromático perfume hacia bastante contraste con el de las flores, el papá Simplicio ayudaba al mayorazgo en la nueva diversion de hacer volar la cometa, la niña mayor estaba cogiendo cardos, para ornar con ellos la frente de su caro papá, y el cuarto nene, que era otra nena por cierto, dábase prisa en atracarse de manzanas verdes que le dieron un colico atroz, muy divertido para todos.

Así se pasaron algunas horas, hasta que sonó la del regreso á Madrid. El cansancio se habia aumentado con el goce de tantos placeres, y habia que andar dos horas á patita, como dice el vulgo. El cielo se habia nublado de nuevo, y empezaba á lloviznar. No era aun cosa de guarecerse debajo del paraguas. Cuando hace calor, no viene mal una rociadita.

Carga la madre con el nene mas chiquitín, y el padre toma en sus brazos á la niña del cólico. ¡Qué cuadro tan interesante y encantador para los que conocen el amor paterno! ¡Quién no envidiará la suerte de don Simplicio! Además de la niña que lleva en brazos, lleva la cometa en la espalda y á su primogénito de la mano. El mocito tiene ya cinco ó seis años, y muestra una

afición decidida por la carrera militar. Gasta padre le sirve de fusil. De este modo emprende *chacó* de carton, y el enorme paraguas de su su regreso la familia feliz.



Para colmo de diversion les coge un fuerte aguacero media hora antes de llegar a su casa y aunque se apiñaron todos para guarecerse debajo del paraguas, no pudo este salvarles de aquel diluvio, porque el hijo de Marte empezó á llorar á mocos desplegados y no quiso soltar el fusil.

A las diez de la noche, tropezando, resbalándose, cayendo y levantándose, llegaron caladitos á casa. Figúrese el curioso lector con que gusto se acurrucarian entre sábanas, soñando ya con el próximo domingo para volver á disfrutar las delicias de un día de campo.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

ROSA Y PASCUAL.

CUENTO GALLEGO.

Hey de contar voto á tal
á historia dun meu paisano
que ten por nome Pascoal,

é á quen conocean antano
aló xunta Portugal.
E contareina na fala

en que el mesmo ma contou ;
 á quen lle parezca mala ,
 ou non escoita é se cala
 ou di que non lle gustou .

Atencion , pois , que xá empeza ;
 Galadiños como bois ,
 oyan todos ó que reza ,
 que de romperse á cabeza
 teñen ben tempo despois .

Acolá na miña terra
 que está de Ourense preliño
 é non muy lexós da serra,
 andaban durante á guerra
Guillade é ó seu sobriño .

Aló , vamos , non baixában
 nin por Dios , nin po los Santos ,
 mais era por que ventaban
 que enque foran ontros tantos
 como porcos os mataban .

De risa morro abofé
 si m' acordo daquel día
 que foy tras deles vusté...
 ¡ cómo *Guillade* fuxiá !...
 ¡ é se escapou !... xá se ve .

Unha tal Rosa Lonreyro...
 Vusté deben conocela...
 á filla do tío Cacheiro
 é sobriña do ferreyro
 do Piconto... pois ; aquela .

Gustoume , vamos ; non era
 desgraciadiña á rapaza ,
 que tiña unha cara fera ;
 e do seu xéito é sua traza
 se enamorara calquera .

Resolvínme á declarala
 ó meu cariño de cote ,
 é de paso á regalala
 un mantelo de picote
 é un denge de toda jala .

Topei con ela na horta ,
 sin andar con panxóliñas ,
 dixénlle :

— *Moito m-importa*
que escoites acó , Rosiña ,
un ha palabriña corta .

Eu son un home de ben ;
é que te quero xá ó sabes ;
quéreme ti á min tamen ,

é cando volba de Chabes ;
casarémonos é amen .

E aquí' tes este mantelo
que merquei honte na feira ,
é un denge con terzopelo
qui he , coma podes velo ,
hirman do de Pepa Neyra .—

— *Qué ti me queres xá ó sei ,*
contestoume moy pulida ,
eu tamen te teño ley ;
é ten por consa sabida
que si falo firma ó rey .

E gracias po lo mantelo
é tamen po lo dengiño ;
oxé mesmo von poñelo
en proba , podes creelo ,
de qué he certo meu cariño .—

Quén te dixera Pascoal
 que aquela mosquiña morta ,
 aquela que para mal
 así te falou na horta ,
 fora ó que foi no corral ?

Despois dun mesiño enteiro
 despedímonos na fonte ;
 era no mes de Xáñeiro...
 ¡ que día aquel *Don Monteiro* !
 Pareceme que foi honte .

Márcho por fin do lugare
 pensado na volta xá ,
 ó que acontecen alá
 fora largo de contare...
 ontro día ó saberá .

Seis meses eran pasados ,
 é brincando de contento ,
 con diñeriño aforrado
 por facer ó casamento
 volvo á casa de contado .

Pregunto po la Rosiña
 á meu pai que m-abrazaba ;
 digolle vai á ser miña...
 é xá me deu mala espiña
 ver que meu pai se calaba .

Mando me trayan un neto
 que quero votar un trago ,
 henchínme ben ó coletto ,
 é despois , cata , ¿ qué fago ?
 sállome á buscala preto .

Informeime dunha amiga,
sonpen iva no Furriel (1),
chego morto de fatiga
é tópome... ¡unha barriga!...
¡Xesus!... Mais grande cun fol.

Non sei com-un accidente
non me den cando tal vin;
¡ampáreme San Clemente!...
sí non morrin de repente
sin duda á ó biño ó debín.

Vólvoime á casa de pronto
é de malísimo xéito:
mais non parou aquí ó conto;
á gran tal... púxome pleito
coma si dera cun tonto.

Chamonme ó xúez certo dia;
mais entonces xá meu pai
me contára ó que sabía;
pero á concencia ó que fai!...
inda así me remordia.

Soupen que pouco despois
d-haberse vustedes ido
á ó mes d-haber en salido,
Guillade, ontros, á un tal Lois
á ó meu lugar habían vido.

Lois á Rosa conocera
tempos atrás por seu mal;
non faltou quen os collera
unha noite no corral
cal nengun deles quixera.

Dicénlle, pois;

— Señor xúez

*non nego que fun aló;
pero escoite sua merceez
non se enjañe desta vez
que é queren ben por acó.*—

Contei logo sin reparo
canto acabo de contare,
é ó xúez por ser caso raro
decretou era mais claro,
ó desembuche aguardare.

Salen á conta pintada:
á os catro meses xústiños
desembuchou á taimada,
é sonperon os veciños
que non me tocaba nada.

(1) Lugar cercano.

Libre xá daquel mal paso,
vin é metinme aguadore;



na miña vida me caso:
é aquí me ten por si acaso
me necesita señore.»

Así Pascoal me falou,
si non me minte á memoria;
non ben ó conto acabou
dixome adios é marchou,
é aquí paz é despois gloria.

JUAN MONTERO.

MENTIRAS AL REVES: COSAS QUE NO SON.

CUENTO ESTRAVAGANTEMENTE INAUDITO.

Erase un pueblo sin casas, situado en las ilusorias riberas de un río seco y su límpida corriente, cuyo paradero se ignoraba, jamás había serpenteado entre los montes llanos que no se elevaron en medio del hermoso paisaje que ofrecen á la admiración del espectador ausente las escarpadas llanuras que casi estuvieron á punto de circundarle cuando rebentó el terremoto de Orán. Allí, sin jamás estar, vivía media familia, porque la otra mitad que debían formarla los que faltaban, no habían nacido.

Esto sucedía en el año 1999; es decir, á últimos del siglo que viene.

Felizmente esta familia fué siempre desgraciada, y por una casualidad traída á propósito, ninguno de sus miembros se parecia ó asemejaba en el rostro, á no ser en los ojos, las cejas, la frente, la nariz, la boca, la barba, los carrillos, las orejas y la cúspide que casi eran iguales. Y digo cúspide, porque en aquellos tiempos se llamaba así la cabeza, por ser lo mas elevado de los talones.

A dicha media familia pertenecian varios animales, como un gatito muy mono que habia muerto algunos años despues, un perrito lindísimo que tampoco habia nacido, y un lorito muy parlanchin, la hembra de los dos únicos primitivos que salieron del arca de Noé. Pero dejemos los animales y agarremos las personas.

Los principales personajes, pues, de la media familia, eran una madre que se llamaba Doña Semíramis, (la cual no habia tenido abuelo) y una hija que no tenia nombre. Habitaban una casa sin paredes, techo, puertas ni ventanas. Notábase que la mamá era mas jóven que la hija; bien porque la hija tuviese mas años que su mamá, ó bien porque la mamá no contase tantos como la hija. Lo cierto es que á entrambas servia un criado fiel que enviudó siendo soltero, hombre de estatura colosalmente enana, secamente gordo, cojo de vista y bizeo de las piernas.

Una noche, muy tenebrosa por cierto; serian como entre diez y tres de la madrugada, cuando el sol alumbraba el globo con todo el fulgor de sus rayos abrasadores en el mes de julio, la nieve se desprendia de la atmósfera en copos tan grandes como mantas de Palencia, y los habitantes de aquella comarca bailaban el trípili de puro frio, entró saliendo el criado, y dijo á la señorita sin nombre con una voz tan enteramente apagada que no formaba el mas leve sonido: «señorita: un hombre desconocido que ni vino ni se fué, ni he visto ni veré, acaba de no entregarme esta carta con cierto ademán de misterioso secreto, y con un vozarron mas ronco que un trueno sordo, diciéndome sin hablar que á ningun ser futuro la entregase sino á usted.»

La jóven tierna como pezuña de buey cansino y sensible como el peñon de Gibraltar, abrió la carta que no estaba escrita en papel ni cosa que

se le pareciera ni se vislumbraba en ella una sombra de letra humana; y leyó las siguientes palabras: «¡muger corpulenta! un hombre invisible os ama con la odiosidad mas frenética que engendraron los siglos futuros en un corazon volcánico. Adios:—Posdata. Dentro de catorce minutos os espero en el torrente de los Alamos, ó morireis. Juro respetar tu voluntad hasta el catafalco de las horcas Caudinas, donde serás inmolada á dogal colgando con el mayor entusiasmo de una pasion inspirada por Satanás para ser enterrada en la Transilvania si á la cita faltais. Adios, hija del Antecristo; ¡os espero! ¡os espero! al torrente de los Alamos.»

Por curiosidad quisiera yo ver á alguno de mis lectores en la pensada situacion de la jóven sin nombre, suponiendo que dentro de catorce minutos era forzoso presentarse en el torrente de los Alamos, que dista de allí cuatro mil quinientas cuarenta y tres leguas y media de mar y tierra, y continuando suponiendo que entonces no eran conocidos los vapores marítimos ni terráqueos, ni siquiera los globos atmosféricos.

Sin embargo, aunque los historiadores que dejaron de escribir sobre este hecho que no sucedió, ningun pormenor nos transmitieron acerca de los medios que empleó la jóven sin nombre para acudir exactamente á la cita, lo cierto es que antes de los catorce minutos ya estaba ella roncando sobre la espuma del torrente de los Alamos cansada de esperar á su trovador.

Por tradicion de los difuntos que murieron desde aquel siglo hasta fines del actual, se cree que un trasporte tan veloz lo verificó la jóven á caballo en un relámpago; cosa muy posible en verdad si se considera la gran diferencia que existe entre los relámpagos de entonces y los relámpagos de ahora, ó bien sea entre las exhalaciones antiguas y las exhalaciones modernas, como lo demostraron el rey doña Urraca y la princesa Nabucodonosor en sus tratados sobre la transformacion de los cuadrúpedos, de la cual escluyeron á los españoles, comparando nuestro desgobierno con la eternidad.

El reloj de la catedral de Carabanchel de abajo anunciaba á los rusos las trece del dia, (porque en aquellos tiempos todos los relojes tenian en el herario las 24 horas del dia, y las seña-

laban todas unas tras otras del modo que podían unos mal y otros bien, como en la actualidad que hay relojes á propósito para no saber jamás la hora que es) y el de la torre del diablo en Québec apuntaba las 18, lo que demostraba que el de la catedral de Carabanchel no corría tanto como el de Québec, cuando el trovador invisible aparece en el torrente de los Alamos, se arroja sobre la muger sin nombre, y le da un beso en cada codo, segun costumbre de aquel siglo en que la mayor prueba de cariño era besarse los codos los amantes, y permanecer asidos recíprocamente de las orejas con ambas manos



mientras hablaban. Acto continuo le dijo él á ella: yo soy un recuerdo espantoso del diluvio universal: ignoro quienes serán los que vengan á darme el ser, porque aun no he nacido, pero será muy regular que me dé á luz una princesa que se llamará Margarita de Borgoña. Vengo de las tinieblas á cumplir mi destino que es achicharrarte. (Entonces el amor se llamaba chicharron, amar era achicharrar.) Si correspondes al chicharron que te profeso, prosiguió el invisible, veré colmada la dicha mas desastrosa que alcanzó la posteridad: si no me achi-

charras con todo el vital entusiasmo que me aniquila, concédeme el favor de darme un fuerte soplo por detrás, y me verás desaparecer entre las altas nubes que arrastran por las catacumbas.—Yo te adoro con la mas recóndita execración que te consagra mi alma, replicó la hermosa horrible, yo te achicharraba cuarenta y dos años antes de conocerte; cuatro lustros antes de ver la luz pública; mas antes aun de tu venida al mundo, te idolatraba en el resplandor oscuro de la nada, porque comprendí que tú habias de ser algo; que habias de ser el ser que activase la idolatría con que te abomino.—Y bien, muger; ¿conoces la eternidad?—No; jamás estuve allá.—¿Por qué no has ido?—Porque no sé el camino.—Pero tu padre estará allá.—No.—¿Qué hace que no se muere?—No puede morirse: no ha nacido: tambien mi padre es póstumo.—Me lo habia pensado.—Pues entonces, sígueme.

Al pronunciar la jóven estas palabras, un trueno espantoso que dejó de oírse en todos los puntos del globo y del espacio retumbó con la mas dulcísima armonía en los anchos torreones de la inexpugnable ciudadela de Albacete, al cual siguió un relámpago oscuro que apagó todas las luces del teatro del Príncipe, acompañado de un eclipse de sol visible en el puerto de Almansa y en Miraflores de la Sierra que disolvió todo el requeson que estaban elaborando en aquella láctea comarca. La lluvia se desprendía de las nubes á cántaros, pero sin llegar á tierra, de modo que los transeuntes veían llover sobre sus cúspides, y no se mojaban pizca ni media. Esto inundó de horror delicioso á los habitantes de la Nueva Celandia, mientras los dos amantes atravesaron á pié en dos minutos y medio el mar glacial desde el cabo del Norte en la Laponia, tocando parte del mar de Karskoé, el de la América septentrional, el de Penjinsk, el de Lama, el del Japon por la manga de Tartaria y el mar de Jeso, el Jonio y el de la China, el grande Occéano oriental, por el archipiélago de las islas Carolinas, y el de Salomon, y el del Espíritu Santo, tocando parte del mar equinoccial, atravesando bajo del Capricornio y del Trópico en el mar de las Indias, costa de las islas de Madagascar y línea del Ecuador, á entrar en el golfo arábigo, corriendo al trote por el mar Rojo y golfo pérsico, el mar Ne-

gro y el Caspio, el Mediterráneo, el Adriático y el Báltico hasta casa doña Semíramis.

Apenas esta jóven anciana mamá vió llegar á su hija sudando de frío y asida de un hombre de aire, se cubrió el rostro con los piés, lanzó un aullido melodioso, y se puso á bailar en la azotea repicando los talones y dando volteretas como una loca.

Era preciso aprovechar aquellos turbios momentos, y los amantes no sabian como organizarse ni donde esconderse, porque al trovador invisible le atacó un sueño tenebroso que le hacía dar cabezadas en los hombros y orejas de su querida. No habia mas tío pásame el charco que dormir, y en la casa solo tenian un catre de 83 piés de elevacion, al cual se subia en un gran cesto pendiente de un largo y grueso macarrón italiano pasado por una garrucha. Entra en ese hermoso cesto, le dijo ella á él; yo te subiré al catre donde velaré tu sueño, y luego me subirás con mucho tiento, que no soy para colgar. Hízose la primera operacion; despues subió él á ella; mas ¡cuál fué el espantoso plácer de esta feliz desventurada, cuando en vez de su amante solo encontró en la azotea del catre un esqueleto ensangrentado, sin mas traje que unas botas de andar á pié con espolines, y una casaquilla de raso inglés carmesí! La desgraciada leyó el esqueleto, y decia: «tu madre no es muger.» Un pacífico rapto de desesperacion se apoderó tranquilamente de su alma, y sin respetar los 83 piés de camino perpendicular que habia desde la boardilla del catre hasta el pavimento, se arroja de cabeza cual otra Safo, da de cabeza en medio de un cesto lleno de huevos frescos que hacia tres años estaba recogiendo su mamá para hacer un pastelón de rábanos, pero desgraciadamente quedó sin lesion por caer en blando, aunque los huevos lo pagaron. Se levanta y corre con mucha calma á contarle á su mamá todo el suceso, la cual le contestó; «pues bien; si ese brujo te ha revelado que tu madre no es muger, yo te revelo que su esqueleto va corriendo en este instante hácia el cementerio del desierto. Así mate á esa ventana y lo verás correr.»

Efectivamente, asomóse; lo vió y partió tras él sin pronunciar palabra, y lo alcanzó porque se le enredaron los espolines en los sarmientos al

atravesar una viña. Allí renovaron sus iracundos amores, y viendo que la mamá los perseguia amenazándolos con una caña en cada mano, huyeron sin parar hasta el cementerio del desierto, donde tuvieron que desenterrar un cadáver que habia muerto ahogado en el incendio de Babilonia para ocultarse la jóven y el esqueleto prófugos. En aquella tumba encontraron una caldera rota, una flauta, dos pares de calcetines, unas parrillas, un redoblante, un melon, un paraguas de lienzo color de tórtola, y un plato de crema. Como los amantes no habian comido desde el 26 de agosto del año anterior, pusieron en cuclillas y comenzaron á sorber crema á duo, sosteniendo el plato á cuatro manos; mas aparece la esfinge de doña Semíramis sobre sus cabezas dándoles sendos cañazos en los talones y en las orejas; les echa tierra encima á borbotones; los sepulta, y cuando conoció que estaban difuntos los enterrados, se enterró ella tambien en la misma sepultura por no ser menos que los otros.

Así comenzaron á morir aquellos tres seres dichosos, cuando todavía les faltaba cerca de siglo y medio para nacer.

JOSÉ MARÍA BONILLA.

MEMORIAL.

Á LA COFRADÍA DE LOS GORDOS.

Yo, Juan Martínez Villergas,
que cuando en boga me ví
era un hombre transparente
mas débil que una lombriz.

Porque era un hilo mi cuerpo
pero un hilo tan sutil
que no se hiló mas delgado
desde Holanda hasta Pequín.

Y fué mi cuerpo baqueta
para atacar un fusil
y me acostaba encojido
en un medio celemin.

Luego que á salto de mata
por lo que sabeis me ví
tal impresion hizo el miedo
en mi físico infeliz,

Que lástima da contarle

mas lo voy á referir
para que nadie proveque
persecucion tan hostil.

Amparo me dió en la fuga
el pueblo donde nací,
que está legua mas ó menos
ocho de Valladolid.

En vino blanco se ahogan
las pesadumbres allí,
y nadie sufre un revés
sino de lomo ó pernil.

De las frutas el marrano,
esclaman con frenesí,
y de los peces el cerdo
es lo que suelen decir.

Si alguno come ensalada
ya está en casa el alguacil
y paga un doblon de multa
ó va á chirona á dormir.

Porque agua bebió en agosto
cierto señor zarramplín
le negó la absolucion
su confesor en abril.

¿Hay allí sed? venga vino
¿hay boda entierro ó festin?
cerveza de Valdepeñas
ó la vida está en un tris.

Así pues no bien la tierra
de mi juventud olí,
se me puso la barriga
lo mismo que un tamboril.

Cual pellejo soplo á soplo
inflar el mio sentí,
y de reventar medroso
tomé el tole hácia Madrid.

Entre almuerzo y desayuno
gasté en la casa mas ruin
arroba y media de lomo
y de salchichon de Vieh.

Solia tras de las sopas
á medio día engullir
chorizos dos ó tres libras,
garbanzos un celemin.

¿Principios? no digo nada
porque tengo para mí
que si cuento los principios
no tiene el romance fin.

Iba á hacer una visita

—Compadre ¿usted por aqui?

¡Muger saca la bandeja!
venga el vaso y el barril.

¿No toma usted?... ¿me desprecia?
voto á los hijos del Cid
que ha de atracarse en mi casa
ó es un traidor zascandil.—

Así se piensa en mi patria,
y es un ente baladí
quién no come por vergüenza
ó cumplimiento pueril.

¿Seis visitas? seis meriendas;
mascar ó hacerse la muy...
aunque esté un hombre mas harto
de comer que de vivir.

Con esta vida frailuna
tan regalona y feliz
he casi echado mas tripa
que Ribot y Baldoví.

Tanto engordó mi pesceño
que si me le han de partir
ya pueden dar mis contrarios
mil sablazos y otros mil.

Es mi espalda una fachada
como la de Anton Martín,
mi pecho quiere criar,
mi panza quiere parir.

Todo el mundo me lo dice
hasta el traje que vestí:
ya no me sirve de liga
lo que antes fué corbatin.

Y necesito una sábana
para sonar la nariz,
y no entra el dedo miñique
en un viejo calcetin.

La casaca que conservo
de nacional de Madrid
dicen que sirve de petí
en este cuerpo gentil.

Cada amigo que visito
se asombra de verme así,
y si no es por el sonido
ya no conoce el clarín.

Hasta mi novia, la pobre,
siempre que quiere reñir,
dice que estoy mas pesado
que cuando á Castilla fuí.

Por todo lo cual señores

á usías vengo á pedir,
previas las pruebas que usías
quieran exigir de mí,

Que en la sociedad de gordos
se sirvan luego admitir
á su atento servidor

—EZ VILLER GAS (JUAN MARTIN—)

A DON JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

Del ilustre tribunal
de que soy yo presidente
acabo de ver pendiente,
Villergas, tu memorial,

En que de burlas ó veras
prendas mostrando infinitas,
de los gordos solicitas
alistarte á las banderas.

¡Es admirable á fé mía
tu altanera pretension!
dí ¿dónde está el barrigon
que exige la cofradía?

No, Villergas, no nos salgas
con que tragas mas que todos...
por rodillas tienes codos,
tienes carrillos por nalgas.

Mucho comes, y con eso
creer ser un Baldoví,
piensas igualarte á mí,
juzgas ser hombre de peso.

¿Qué nos importa que tordos
te hayas zampado á millones?
no buscamos comilones,
que buscamos hombres gordos.

Todavía el tribunal
no se ha reunido, y creo
que no es falta de desco
sino falta de local.

Que nunca sala se vió
ni en este ni en otros puntos
que pudiera albergar juntos
dos tan gordos como yo.

Seis gordos por mí llamados
me visitaron en masá,
y con seis quedó mi casa
preñada de hombres preñados.

Pesaban tantos quintales,
que el casero don Mauricio
al saberlo, el edificio
aseguró con puntales.

Se vió el pobre en un trabajo
que aunque yo por prevencion
mandé abrir todo balcon,
se vino un tabique abajo.

Desagüe á la carne dí,
y gracias á tal cordura,
pues rebosó la gordura
por los balcones que abrí.

Sino la desgracia nuestra
que hablar mucho hubiera dadó,
que hubiéramos reventado
hasta una pared maestra.

A una discusion muy terca
tu pretension dió lugar;
la voz tuve que esforzar
no pudiendo hablar de cerca.

Que si bien los contrincantes
estábamos como en prensa,
nuestra panza tan inmensa
nos mantenía distantes,

Voy á decirte en resúmen
lo que al fin se resolvió;
de tu peso alguno habló,
los otros de tu volúmen,

Yo que quise protegerte,
pues, aunque flaco, te quiero,
fuí en defenderte el primero,
haciéndolo de esta suerte:

«Villergas, como sabeis,
es hombre tan singular
que si otro quereis hallar
cual él, no lo encontrareis.

Es extraño de tal modo,
tan raro y singular es,
que quizá engorda al revés
para hacerlo al revés todo.

Yo gordura no le encuentro,
mas si en canal se le abriera
aunque flaco por defuera
le viérais gordo por dentro.

Hágase sino la prueba,
y así quizás anonade
los sofismas del cofrade
que á refutarme se atreva.

Creedme, ilustres obesos,
Villergas tiene ¡oh primor!
la carne en el interior
y en el exterior los huesos.

Que él á fuer de hombre ilustrado
ha llegado á comprender
que lo mejor debe ser
lo que ha de estar mas guardado.

Pero en fin ¿por qué se afana
mi lengua en una cuestión
á que se da solucion
tan solo con la romana?

Pesadle, y si las arrobas
le encontrais de reglamento,
si os presenta un documento
firmado por gentes probas

En que acredite que ha roto
veinte sillas al sentarse,
cuatro camas al echarse,
y que como un terremoto

Son ruidosas sus narices
si duerme en lecho mullido,
sea en el gremio admitido
de los panzudos felices.»

Tal fué mi proposicion
que con lógica sostuve,
de tal manera que obtuve
unánime aprobacion.

Con que, amigo, ponte ufano
y ademas... ponte en camisa,
que esta es condicion precisa,
la romana está en mi mano.

Te pesaré, y si estás flaco
tu peso lo ha de mostrar,
y paciencia y barajar,
y á mal dar tomar tabaco.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

LA PUERTA DE HIERRO Y LA GENTE DEL BRONCE.

Á MIS COMPATRIOTAS LOS SUECOS.

En fin, queridos amigos.
ya está aquí por estos trigos
sin ronzal y sin cabestro

este compañero vuestro.

Mas no esperéis ver el traje,
ni las galas de un viaje,
que nada halagüeño ofrece,
y que tan solo merece,
por lo incómodo y lo tardo,
vestido de paño pardo.
Ni entraré en los pormenores
de los varios sinsabores
que sufre en la diligencia
quien va á Madrid de Valencia;
ni os contaré con qué abinco
en hombros de cuatro ú cinco,
y entre mil riesgos estremos
pasó este barco sin remos
casi á punto de irse á pique
por la rambla de Albrique;
ni el cómo, cuando, ó por dónde
llegué á la venta del Conde;
ni el modo con que despues
salí de la del Marqués,
ó del Duque ó... del Demonio,
junto con mi hermano Antonio,
y toda la demas gente,
yendo á pié muy *diligente*
por espacio de dos horas,
dando el brazo á las señoras,
(que por cierto no eran malas)
y ya caes, ya resbalas:
ya te pinchas ó tropiezas
entre zarzas y malezas;
causándonos tan cruel rato
nuestro fatal carro-mato,
que en cierto charco de arrope
se nos atascó hasta el tope,
sin que auxilio alguno humano
pudiera darle la mano:
ni en fin otras averias,
que en tres noches y tres días
tuvimos siempre infelices
rodando por las narices,
porque ésto fuera imagino
mas pesado... que el camino;
y no siendo necesario
el minucioso inventario
de los bienes, ó los males,
que por esos andurriales
pasamos los viajantes,

os repetiré lo de antes,
y es negocio concluido,
«que aquí estoy... porque he venido.»

Una cosa solamente
tendré que haceros presente,
porque el callar crimen fuera
y es que en toda esta carrera,
sin que razón se vislumbre:
hay la maldita costumbre
y los raros usos nuevos
de no comer mas que... huevos;
y que tengais ó no gana,
os los dan por la mañana
con la misma sangre fria
que os los dan á medio dia,
haciendo igualmente alarde
de dároslos por la tarde,
hasta que bajais del coche
á comerlos por la noche:
de suerte que yo abrumado
de un estilo tan ovado,
y de moda tan estraña
cuando llegamos á Ocaña
viendo que se repetía
tan ingrata sinfonía,
y observando en la palestra
algunos huevos de muestra,
que con insulto notorio
en el mismo refectorio
pendían del cortinaje, (1)
llenándome de coraje
sin oír ninguna excusa
dí rienda suelta á mi musa,
que cuando el diablo la tienta
tiene sal, pebre y pimienta,
y entre disparates varios,
que dejé por los armarios,
y por la mesa redonda
de la consabida fonda,
puse dentro unas tortillas
tres ó cuatro seguidillas
muy graciosas y muy bellas,

(1) Efectivamente, en el parador de Ocaña se ha tenido la graciosa ocurrencia de reemplazar con huevos las borlas pendientes de los cortinajes y adornos de las puertas, ventanas, etc. del salon de comida: hasta un retrato de Isabel II tiene sus dos pares de huevos de centinela.

pero... no me acuerdo de ellas.

Lo que sí tengo presente
es esta octava siguiente,
que buena, mediana ó mala
quedó inscrita allí en la sala
para recuerdo y memoria
de la gente transitoria:

«Oh maldito cocinero (1)
que en pago de sus pecados
le das huevos estrellados
al hambriento viajero,

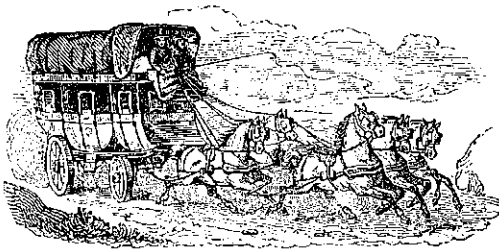
Permita el Dios de los Cielos,
que ya que tan mal nos tratas,
te se resbalen las patas
y te estrelles como ellos.»

Mas... lector... no te incomodes,
si prescindiendo de Herodes,
voyme en busca de Pilatos,
dejando estos ventorrillos
con la paga en sus bolsillos,
y los huevos en los platos.

Sabed, pues, mis caros succos,
que aunque Madrid no es Marruecos,
sin embargo claro está
que empiezan los dos por Ma-,
y que si se ponen juntos
los principios de ambos puntos,
es voz y pública fama
que sale de ellos la máma,
único objeto y manía
de las cuestiones del dia;
en cuya sabrosa espuma
iré mojando mi pluma
para haceros con tal tinta
una relacion sucinta,
y un apunte compendioso
de cierto lance famoso,
que, cual él es bien seguro
no le vió el tiempo futuro,
ni aun el tiempo... venidero.
Y este lance que os refiero,
cual una hazaña del Cid,
es que al llegar á Madrid,

(1) También es cierto el haberse inscrito en la pared del referido salon estos y algunos otros versos; ofreciendo el dueño del establecimiento conservarlos, y aun encenderles dos luces por la noche.

donde hay tanto desvalido
 llorando á moco tendido,
 yo tuve el placer sin tasa
 de ver entrar en mi casa
 con sus barbas por divisa
 nada menos que á... LA RISA,
 que con talante risueño,
 despues del «mi amigo, y dueño»
 y demas cumplida lista,
 que se usa en toda entrevista,
 mucho mas si es la primera,
 se empeñó en que la siguiera.
 Rara fué la intimacion,
 mas... me entregué á discrecion,
 de mi capa haciendo un sayo,
 y el jueves nueve de mayo
 á las diez de la mañana,
 hora bastante temprana,
 segun lo que observo aquí,
 andando en coche me vi



muy engrande y muy ufano
 con Ayguals y con su hermano,
 y vuestro amigo Bonilla;
 y á escape por esta villa,
 ó sea, si queréis córte,
 sirviéndome ellos de norte,
 cual á los magos la estrella,
 me encontré..... en la gran paella,
 que es el objeto primario
 de este escrito estrafalario.

En un sitio pintoresco
 junto al Manzanares fresco,
 cuyo curso ¡cosa estraña!
 lo que no moja, lo baña
 con su incierto y manso paso,
 y á un cuarto de legua escaso
 de este cortesano encierro,
 está la Puerta de Hierro

custodiando en sus contornos
 las galas y los adornos,
 que ostenta por donde quiera
 esta mansion placentera.

Allí pues hicimos alto,
 y todo el mundo de un salto
 (que aquí el que no corre vuela)
 salió por la portezuela
 con el desparpajo y traza
 de los toreros en plaza;
 dando principio en seguida
 la mas graciosa corrida,
 que de racionales toros
 vieron cristianos, ni moros.
 Cercónos muy halagüeña
 la demas gente risueña,
 que llegó antes que nosotros
 en sus yeguas, ó en sus potros,
 alazanes, ó corceles,
 ó en coches de cascabeles
 de dos, cuatro y seis rocines,
 ó en lujosos calesines!
 segun las prerogativas
 de sus musas respectivas:
 y junta ya la caterva
 de estos hijos de... Minerva,
 ó de cualquier otra diosa...
 se hace imposible la glosa
 de los hechos, y los dichos,
 ocurrencias, y caprichos,
 cuentos, historias, novelas,
 versos, coplas, cantinelas,
 comedias, y disparates
 con que tan insignes vates
 fueron poblando aquel prado,
 hasta que Abúndio Estofado
 con voz bronca, aunque sonora,
 vino á decirnos—«YA ES HORA.»

¡Oh! ¿quién tuviera el pincel
 de Lopez, ó de Esquivel,
 ó del famoso de Tracia
 para bosquejar con gracia
 lo principal y accesorio
 del campestre refectorio?
 ¿quién dará cima á la empresa
 de dibujar bien la mesa,
 que con esquisito tacto
 fué improvisada en el acto

bajo el frondoso ramaje,
que ofrece en cualquier paraje
un verjel tan especial?...
Mas, dejando lo ideal
con su gracia y atractivo,
vamos á lo positivo.

Yo ocupé la presidencia,
porque, aunque el último en ciencia,
os declaro, y os confieso
que era el hombre de mas... peso
del famélico complot,
y eso que estaba Ribot,
cuya prosa y cuyas trovas
pasarán de... diez arrobas,
y Ayguals, que no está tan mocho,
que deje de pesar... ocho

Pero sigamos el cuento,
toda vez que ya en su asiento
están los quince ó los veinte,
que si el cálculo no miente
tomaron parte en tal fiesta,
cuya apetitosa orquesta
dió principio en alta voz
por la sopa y el arroz:
y tras de esta introduccion
vinieron á la cuestion:
cuatro pares de capones,
que al punto se hicieron nones
entre barbas y narices,
lo mismo que las perdices,
que con ajos y cebollas,
fueron siguiendo á las pollas
á las liebres y conejos,
y á otros mil animalejos,
de que hacen especial caso
las musas de este Parnaso.
Hubo salmones y truchas
con guisos y salsas muchas,
descollando el ajo-arriero
hecho con gusto y esmero
y no sin algun trabajo
por... ved la nota de abajo (1);
y hubo asados, y cocidos,
cuyos nombres y apellidos.

(1) El caballero Manini, primer ayudante del señor don Abundio Estofado, y célebre en los fastos guisatorios por su extrema habilidad en la confeccion del *ali-oti*.

por lo raro y por lo vario
ni están en el diccionario,
ni yo acerca de su glosa
podré decir otra cosa
sino que en broma y en chanza
iban entrando en la panza.
Las botellas de Jerez
rodaban de diez en diez
por aquel castalio coro,
y el Pinto y el Valdemoro
seguian tambien sus huellas
en otras varias botellas,
mas ligeras que tardias
en ir quedando vacias.

De los postres nada os digo
porque el que no fué testigo
de tan grata y bella escena,
ni sabe qué cosa es buena,
ni es posible que en su vida
pruebe tan dulce comida.

.....
.....
Fué el caso que de repente,
hallándose nuestra gente
navegando viento en popa,
sin mas timon que la copa,
ni otro norte, ni otra estrella
que el cigarro y la botella,
cuando al apartar los ojos
de tantos dulces despojos,
fijábalos casi absorta
en una disforme torta,
que encerraba en sus cuarteles
seis docenas de pasteles,
y otros varios agregados;
y en fin cuando por los lados,
por detrás y cara á cara
no habia mas que algazára,
licores, y vasos rotos,
estruendos y... terremotos...

.....
.....
por la parte de Segovia
se nos desprendió una novia,
que no bien hubo acabado
de abrazar el nuevo estado,
colgando aun de su cintura
las bendiciones del cura,
salió sin duda á paseo.

dando treguas á Himenco,
 cuyo fiel representante
 con mústio y triste talante,
 y abismado en lo futuro
 iba... fumándose un puro.
 En su amable compañía
 llevaba una letanía
 de hermosísimas muchachas,
 cuyas juguetonas fajas
 alegres sin artificio
 daban muestra y claro indicio
 de su intencion, gana y prisa
 en suscribirse á LA RISA.
 La ocasion la pintan calva,
 así es que tras de la salva
 de varias frases de lujo,
 que entre ambas partes produjo
 encuentro tan placentero,
 puesto otra vez el sombrero,
 y pasada la sorpresa,
 echando á rodar la mesa
 con todos sus adherentes,
 y sin otros precedentes
 que los que encuentra cualquiera
*en Jerez de la Frontera
 y otros pueblos comarcanos,*
 principió tal besamanos,
 tal broma y tal zaragata,
 que la persona sensata,
 que no se halló en dicha gresea...
 no sabe lo que se pesca.

Allí hubiérais visto á Ayguals
 bailar muy ligero un wals,
 sin darle las barbas pena,
 con una linda morena
 de mucho garbo y salero;
 y al son de un viejo pandero
 acompañarle en el baile
 su hermano, que es tambien fraile
 de la órden de barba larga,
 quien otra pareja embarga
 de mas valor que un tesoro,
 y de cuyas trenzas de oro
 pendian con desaliño
 arco y flechas del dios niño.
 Allí viérais á Bonilla
 tambien cen barba y patilla,
 y sus verdes antiparras,

muy *terne* y muy puesto en jarras
 ensayando el baile inglés
 con la interesante Inés,
 muchacha de quince abrilés,
 cuyas gracias juveniles,
 hermosura y embelesos,
 nos dejaron... patitiesos.
 Viérais en dicha Babél
 á Príncipe (don Miguel)
 hombre de muy *altas* prendas,
 hacer cosas estupendas
 al bailar una cachucha
 con cierta ninfa machucha,
 que en las escenas mas tiernas
 le pasaba entre las piernas
 con sus pomposas enaguas
 como una perrita de aguas.
 A Florez (José Segundo)
 con toda la sal del mundo,
 aunque con dolor de muelas,
 repicar las castañuelas
 bailando el tripili y jota
 con la señora Carlota,
 que á pesar de sus cuarenta
 no se perdía en la cuenta.
 Escuchárais el compás
 que Manini, y veinte mas,
 todos de la clase gorda,
 daban con música sorda
 siguiendo el son del fagot
 que nos tocaba Ribot;
 mientras entre tantas gergas
 el intrépido Villerigas
 llevaba de rama en rama,
 de esta funcion el programa
 echando flores y guindas
 á la linda de las lindas,
 á la bella entre las bellas,
 ex-reina de las doncellas,
 y emperatriz de casadas,
 quien con las manos cruzadas
 pasó un tiempo tan precioso
 junto á su futuro esposo,
 que muy taciturno y sério
 la tuvo en su cautiverio
 sin permitir, ni aun por broma,
 que aquella blanca paloma
 bailase siquiera un solo

con ningun hijo de Apolo.
Y en fin, entre tantas caras,
y entre ocurrencias tan raras
como son las que yo ví,

hubiéraisme visto á mí
hacer con mucho donaire
volteretas por el aire,
alzándome en cada brinco



de cuatro varas á cinco,
siedo el pasmo y el asombro
de mil gentes que no nombro
porque no gusto ni quiero
que me llamen... embustero.

.....
En esto vino la noche
y á pié, en calesa, ó en coche,
cu yegua, rocín, ó potro,
un paso despues de otro

volvimos sin ruido
cada mochuelo á su nido.

El de vuestro servidor
con su estampa, y su peculio
está en la calle de Julio
junto á la Plaza Mayor.
Y aunque su privanza es poca,
si se ofrece algun asunto,
le encontrareis siempre á punto
para tapares... la boca.

JOSÉ BERNAT BALDOVÍ.

SACRIFICIO DE FANDILAS.

Tengo para mas trabajo
dos cuartos bajos, y os digo
que muy de veras maldigo
los picaros cuartos bajos.

VILLER GAS.

Pues Señor: (de algun modo se ha de comen-
zar y este le recomienda el uso.) Pues señor,

necesario es que yo escriba porque tambien me
aqueja esta enfermedad tan generalizada hoy,
como en otros dias la gripe ó el cólera. Solo
podia detenerme una consideracion, y era la
pequeña de si mi articulejo produciria un efec-
to diametralmente opuesto al que me propusie-

se, y en esto no cabe vanidad; porque habemos en razon, despues de tantas y tan buenas cosas como en este periódico se han leído. ¿qué debe parecer el escrito de mi humilde pluma? La pincelada de un restaurador, asesino del precioso lienzo; el sayon que no habla en un interesante drama: un remiendo, en fin, de paño de Bejar en el costoso fraque que, como argumento concluyente de su talento, presenta engreido Borrell al mas opulento de sus parroquianos. Mas, afortunadamente para la civilizacion, LA RISA es un lenguaje tan espresivo y generalizado, que no dudamos en afirmar que de no lograr se asome á los lindos lábios de la bella suscritora aquella graciosa mueca del agrado, alcanzará positivamente una de las sonrisas que cada uno es dueño de interpretar á su manera, y esto siempre es algo.

Cuán dichoso será, cuánta gloria alcanzará el afortunado escritor que pueda trasladar fielmente á la posterioridad los sabrosísimos diálogos con el sastre que reclama el valor de una levita, que fué, las bruscas interpelaciones de algun usurero en escala menor, la tiernísima relacion da nuestra indefinida patrona, viuda proveccta, que de continuo amenaza con hacer sonar la campanilla para despejar el salon si no escucha el sonido de la metálica; ó cualquier otra de las infinitas delicias con que se ameniza la vida de los afortunados hijos de Eva que desde 1800 al día han visto la luz en esta bendita patria de los Padres Santos y de los niños de Eciija, sin traer la posdata de ser propietario mayordomo ó.... ó... asentista. Pero no faltará digno cantor que trasmita tan preciosos datos históricos á nuestros futuros prógimos, que se desesperarán por no haber podido alcanzar los tiempos de tanta ventura y bienandanza. ; Paciencia!

Ya que no puedo yo entretener con tan agradables descripciones, les referiré un suceso, que calificarán como gusten aunque, á mi juicio, nada haya tenido de gracioso.

Creo habrán ustedes recibido, señores lectores, la atenta esquela que les he dirigido ofreciéndoles mi nueva habitacion; por lo tanto juzgo una redundancia el decir donde se halla situada *mi humilde choza, mi pobre alojamiento, mis cuatro paredes*, etc. He pensado seriamente

en la razon que hubiese para dar el honroso dictado de *Calle* á la de mi domicilio que, con su perdon sea dicho, no pasa de una modesta callejuela, y solo he podido hallar la de que en una ú otra banda de la misma existiria alguna casa de propiedad de un regidor de la M. H. villa que convencido de la necesidad de darla importancia, (pues que hay notable diferencia entre que un pié de terreno valga tres reales ó ciento) entablaría negociaciones diplomáticas, y poniendo en juego todos sus conocimientos, lograría por último el feliz resultado de dar el nombre de calle al misero callejón.

Era el primer día que ocupaba el nuevo domicilio, el sol iluminaba una casa frontera á la mia, que está al norte, acababa de desayunarme, y dirigia errantes miradas por la estancia, pensando en dar diversas distribuciones á los escasos muebles de mi pertenencia; acababa de colocar en un rincon mi sable, baston y paraguas, ó sea los tres poderes, como dice mi patrona, cuando en el dintel de la sala apareció un sugeto, para mí desconocido, y cuya facha mostraba no pertenecer á ninguna de las once familias en que, segun un sábio naturalista, se hallan divididos los *hombres de mundo*: el personaje elevó su cabeza con orgullo, estiró la complicada corbata, llevó las manos al estrecho pantalon, y despues de infinitas cortesías dijo:

—Caballero, usted no me conocerá.

—Cierto que no tengo ese honor.

—Soy, para lo que guste mandar, el amante de Robustiana, la jóven que vive en el cuarto bajo.

—Sea muy enhorabuena, y celebro saber que en el piso bajo hay jóvenes.

—Y vengo á exigir de usted un favor.

—Vaya en gracia, murmuré, apenas he entrado en esta casa y ya andamos con favores.

—Porque el padre de Robustiana, que es un tirano, se opone á nuestra pasion y...

—Es necedad por cierto la del tal anciano.

—Dice que nunca permitirá que se case...

—Prodigio! dichoso usted, hombre de Dios, cuántos desearíamos encontrar un padre con tan poco comunes pensamientos.

—Es verdad, pero Robustiana se obstina en que es preciso casarnos.

—Y usted qué dice?

—Qué cosas se ocurren á usted! Es el caso que durante el tiempo que esta habitacion ha estado desalquilada, nos hallabamos en la gloria...

—Ya, y con la ocurrencia de venir á habitarla, les he trasportado al infierno, y eso quiere decir en buen castellano que desaloje, que... vaya, vaya, que esto es muy grande.

—No señor, lo que es... que antes nos veíamos en este sitio, y ahora...

—Es imposible que lo verifiquen? pues crea usted que lo siento, y si pudiese...

—Sí señor que puede usted, y Robustiana me ha encargado le diga...

—No tiene nada de corta la tal niña.

—Si lo dice usted por mofa, sepa que Robustiana, aunque tiene 30 años, no solo no es vieja sino que...

—Concluamos.

—El encargo es que tenga usted la bondad de permitir nos veamos en este sitio cuando á ella y á mí nos sea posible.

—Donosa ciertamente es la exigencia. ¿Usted cree por ventura?...

—No señor, no creo nada; pero necesito ver á Robustiana.

—Y ha encontrado que mi casa es la mas adecuada para sus visitas nocturnas y criminales. Pues amigo se ha llevado usted un solemne chasco: no puedo ni quiero complacerles, y espero....

—Sí señor, debe usted esperarlo; á su cargo irán las consecuencias, porque es muy poca caridad, y si usted hubiera necesitado de mi oficina ó de mi ciencia, seguro podia usted haber estado de ser servido. Pero hay mucha diferencia entre un cirujano y un hombre como usted.

—Usted es cirujano, tal vez el de la esquineta?...

—Sí señor, soy Fandilas... ¡ay Dios mio! ¿no escuchais unos golpecitos?

—Cierto, cierto; eso qué quiere decir?

—Robustiana que viene.

—Pues digo á usted que no se detiene en pequeñeces; natural era que esperase.

—Tiene un carácter muy impetuoso: voy á abrir la puerta.

—No señor, lo que usted va á hacer es decir—la tenga la bondad de volver por donde ha venido.

—Imposible, imposible; su padre puede sentirla y.... convéznase usted de la necesidad de....

—De que usted y esa señora se vayan al campo de Guardias, y no molesten á personas que no estan para fastidiarse con semejantes sandeces.

—Silencio, por favor, no griteis, escuchad con que temor llama: concededme esta gracia y os juro... y el barbero se postró á mis piés costándome gran dificultad el reprimir la carcajada; miré á aquel hombre enjuto y estrafalario, con su fraque de ala de pichon y hombreras en forma de dragonas, y me convencí que no pertenecía á la clase en que se hallan vinculadas las calaveradas, y mucho menos á la de los seductores. Fandilas me acosaba con sus súplicas, Robustiana impaciente llamaba con mas fuerza.

—Diez minutos es el plazo que concedo para vuestra entrevista; yo estaré presente y...

—Mucho se lo agradezco á usted...

—Agradece á que mi patrona no está en casa.

Oh! si supiese... pero no lo sabrá que aun debe tardar un buen rato.

En esto apareció en la sala Robustiana. Figuraos, amables lectores, una muger de la edad ya dicha, de tez acobrada, de mal gesto y aspecto desagradable, sobrecargada con multitud de adornos y cintas, cuya poca gracia y mala disposicion revelaban á tiro de ballesta ser obra de casa, y de casa de mal género. Despues de una reverencia, Robustiana condujo á Fandilas á un extremo de la sala, y comenzaron una animada discusion, aunque preciso es decir por honor de la verdad histórica, que ella únicamente hablaba, pues el cirujano solo contribuía con algunos monosilabos y multitud de inclinaciones de cabeza en señal de aprobacion. Por mi parte cantaba á media voz, y revolvia los papeles de mi mesa para distraerme del poco grato papel que estaba representando.

Transcurrieron algunos minutos cuando se escucharon desaforados golpes en la puerta, y aun mas desaforadas voces, que inmediatamente fueron conocidas, pues Fandilas se tapó los ojos y

Robustiana lanzó un grito lastimero. El momento era una verdadera crisis que yo juzgué lo mas conveniente que avanzase á su fin: resueltamente me diriji á la puerta y di libre entrada al padre, que, segun la facha y cierto olorcillo, debia ser almacenista de aceite; el buen hombre sin cuidarse de mí, continuó gritando: ¡Dónde se hallan esos infames, dónde están que los voy á asesinar!...

—Padre, perdonadnos.

—Sí, dijo el barbero, perdonadnos.

—Seducor, hombre sin conducta, ahora recibirás el premio de tus maldades, dijo, y se lanzó al sable que estaba en el rincon; yo temiendo los efectos del furor paternal me interpuse, diciendo:

—Conténgase usted y respete se halla en casa que no es la suya.

—También con usted me las habré, encubridor.

—Señor mio, lo que estoy yo...

—Es contribuyendo á la perdicion de mi hija.

—Cese usted en sus insultos, pues de no...

—Se lo diré á usted cien veces, sí señor.

Yo conocia que el hombre tenia razon y quise hacerle entender lo que habia ocurrido; pero el anciano no lo permitia, pues continuaba diciendo:

—¿Todos son ustedes contra mí? pues bien yo haré que se me respete, y abriendo el balcon comenzó á gritar con mas fuerza ¡favor! ¡socorro! ¡vecinos! ¡socorro!...

—Escuche usted, hombre de todos los diablos...

—¡Padre!...

—Vecinos!!!...

¡Oh! para colmo de la desesperacion, en aquel momento fatal se presenta mi patrona y escucha que el motivo de la algazara es una seduccion, y juzga que el reo soy yo, y que el templo donde se ha quemado el mal incienso es su casa, y grita tambien y patca y prodiga insultos y amenazas, y su furor crece hasta el punto de enarbolar mi baston, y yo aturdido de tantas voces y queriendo oponer alguna defensa al sable del padre y al baston de la patrona, alzo el paraguas y me pongo en ademan hostil...

¡Momentos de horrible confusion! algunas

personas de aquellas que siempre encuentran un placer en ver renegar al prójimo, se habian introducido en la habitacion formando una barrera de carne humana, que dificilmente pudo romper un destello de la autoridad municipal, vulgo Alcalde de barrio, que no tardó en presentarse atraido por el alboroto. Gran triunfo consiguió con escuchar y ser escuchado, pues se mezclaban formando un coro infernal los agudos chillidos de Robustiana con los suspiros mayúsculos de su amante, los denuestos y amenazas, en tono de sochantre, que espresaban la ira de la patrona con los gritos del padre interpolados de asmáticas toses y mis espresivas interjecciones con los ruegos de algun oficioso redentor. Por fin, fueron entendiéndose y escuché á Robustiana que decia:

—Señor: este jóven y yo somos víctimas de una pasion...

—Tambien yo, murmuré.

—Y mi padre se opone á la realizacion de nuestros honestos intentos.

—¿Ustedes quieren casarse? dijo el Alcalde.

—Sí señor, y Fanditas no es ningun perdido, pues tiene su tienda de cirujano muy acreditada.

—¿Qué dice usted, como padre que es de esta jóven?

—Debo decir, que si sus fines son esos.... ¿qué he de hacer? renunciaré á mi venganza.... sean ustedes todos testigos: que se casen.

Y se mudó repentinamente la escena, mi patrona dirijia miradas de asombro al convencerse de su error; los amantes, es decir Robustiana, se mostraba gozosa, pues que Fanditas continuaba imperturbable tapándose los ojos. Respecto á mi persona solo diré que creí en conciencia que todo habia sido una trama diabólica para casar al barbero que era la verdadera víctima de aquel drama; mi patrona requirió con buen modo á los profanos abandonasen el terreno, lo que verificaron en estremo disgustados del desenlace de aquel suceso.

Robustiana con gestos y monadas empalagosas me suplicó, en gracia de mi condescendencia, que asistiese á su boda, yo descando librarme de sus importunidades, ofreci cuanto quisieron,

y si ustedes, amigas lectoras, no están tan fastidiadas como yo me hallaba en aquel momento, puede suceder que asista á la función para luego tener el singular honor de referírsela á ustedes.

JUAN GARCÍA DE TORRES.

SONETO.



No bien chupaba el lácteo pezon,
sufrí sin lloro el agua bautismal;
sufrí de mi nodriza lo brutal,
sufrí de mis pañales la presión:

Sufrí mas adelante el sarampion,
la palmeta de un dómíne infernal,
la esclavitud del lazo conyugal
y de una suegra-cráter la erupcion.

Sufrí de un mal poeta la altívez,
sufrí la ineptitud de un parlanchin,
sufrí insultos de un crítico soez...

Hasta el cólera-morbo sufrí en fin,
mas no puedo sufrir la pesadez
de un aprendiz de música y violin.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

EL WALS.

Walsemos
aprisa,
qué risal
bien va.
Del mundo
riamos,
sigamos
ja! ja!

El baile
da aliento
contento
sin fin;
las almas
escita
y quita
su esplin.

Tu esbelta
cintura
procura
no huir;
y en tanto
relozo
de gozo
reir.

Disfruta
placeres,
si quieres,
mi bien;
conmigo
bailando,
gozando
tambien.

Sosiegate
mi alma,
y calma
tu ardor:
mareo
te ha dado!
cuidado...
mi amor.

Ya buena
te sientes!
No intentes
huir...
Ay! que otro
mareo
te veo
sufrir!

No importa,
walsemos,
gocemos
placer:
y siga;
me agrada,
oh amada,
correr.

Wals grato,
no acabes;
no sabes
que así
en dulce
recreo
la veo...
ay de mí!

En vínculo
estrecho
del pecho
mi afan
se calma;
y abrazos
mis brazos
la dan...

En noche
como esta
de fiesta
y danzar:
que al goce
se ajusta
me gusta
gozar!!...

MOTEZUMA.

UNA GARANTIA.

Hija de un difunto padre
y de una casi muger,
dió Manuela en la manía
de casarse... ya se vé.

Dejado de Dios sin duda,
el novio tenía que ser,
y así pensó echar Manuela
á mi garganta el cordel.

Se empeñan en que me case;
pero conviene saber
por qué me caso y el cómo,
con qué objeto y para qué.

Porque el casarse requiere,
(ó yo no entiendo lo que es)
algunas esplicaciones
antes de decir amen.

Pues señor, un dia en misa
me pisó, sin mas poder,
en el vigésimo callo
Doña Mercedes Gatél.

Tan de firme me sentára
sobre el mio el tosco pié,
que á pesar de ser de día
mil estrellas me hizo ver.

Me quejo: pero ella al punto
me dice «perdone usted»;
y tuve; vaya una gracia!
que responder «no hay de qué.»

Sucedió despues de misa
lo que suele suceder,
y llegamos casi á un tiempo
del agua bendita al pié.

Voy á tomar de la pila:
y con mucha candidez
me aparta el brazo la hija
queriendo tomar tambien.

«Permitidme, alma cristiana,
dije, dulce cual la miel,
que tengo yo agua bastante
para que se moje usted.»

Llegó á mis dedos los suyos,
luego su madre, y despues...
me dieron ambas las gracias
y respondí «no hay de qué.»

La tal chica me causára

asi, de pronto un placer,
(no sé si placer seria:
pero me gustó pardiez).

En fin, me enringlo tras ellas,
¡por vida de Lucifer!
que el saber donde vivían
carito me costó á fé.

Por espacio de hora y media
el oso tuve que hacer,
(y lo peor no fué el oso
porque esto me sienta bien).

Sino que ya me cansaba
de caminar tanto á pié,
desde la iglesia del Cármen
al barrio del Avapiés.

Llegan por fin á su casa
(quiero decir de alquiler)
porque eso de su demuestra
propiedad, y no hay de qué.

A tiempo de entrar en casa
me dan ganas de toser,
Manuela vuelve la cara,
se sonrie, yo tambien,

Y á través del velo espeso
que me ocultaba su tez,
interpreté una mirada
por «Abur, hasta despues»

Dicho y hecho, por la noche
en un baile la encontré,
pero no de Villahermosa,
sino en casa de Miquel.

Allí tuve la fortuna
(la desgracia fué despues)
de contemplar mas de cerca
de Manolita el-desden.

Me pareció que me oía
con un poco de interés,
y en un verbo cuatro verbos
y un dativo la endosé.

En efecto, por pasiva
volvió los verbos tambien,
y allí el demonio sin duda
se puso á hacerme el cordel.

Su mamá la habia dejado
de una vecina á merced,
quedándose sola en casa
con el rosario y rapé.

Me gastó la independencía.

y así nos fuimos los tres
á tomar un refrigerio
á una especie de café.

Que dió en llamar á dos mesas
y un pipote de Jerez,
el vulgo que asiste fino
á los bailes de Miquel.

Siete copas (y cuidado
que no éramos mas de tres)
me puso á la cuenta el mozo
y sin gurgutar pagué.

Ibamos á entrar de nuevo
en el salon otra vez,
cuando el cotillon anuncia
que ya iba á amanecer.

Tuvimos por conveniente
abandonar el burdel,
y pian pianino nos vamos
al barrio del Avapiés.

— Yaya chica, que descanses...
— Estoy á los piés de usted...
— Ustedes hagan lo mismo...
— Que no haga daño el Jerez...

Se retira la vecina,
y de la puerta al dintel
nos deja muy satisfecha
de mi cara y proceder.

¡Manuela sola conmigo!
¡amantes los dos! pardiez,
que cada cual con esmero
desempeñó su papel.

Hubo aquello de «te juro...»
— Hermosa, juro tambien...
— Pero al cabo tú eres hombre...
— Y tú, Manuela, muger.

De modo que nada falta
para ser felices, pues,
sino que me quieras mucho...
— Y tú, que me quieras bien...

El portal estaba oscuro,
y yo no fuera cortés
si no ofreciera mi ayuda
en casos de lobreguez.

Emprendemos la escalera,
pero ¡ay! que se le fué un pié:
otro á mí; vaya, el demonio
que nos puso allí el cordel.

Nueve meses transcurrieran

desde aquella noche en que
tiró el diablo de la mantá
y se descubrió el pastel.

Pero yo que corro mucho
(entiéndaseme el correr),
tengo para mí que corre
aun mucho mas ella que él.

Mauricio, Santos, Mateo
me lo dijeron ayer,
y á este ilustre triunvirato
hay que dar cristiana fe.

Sin embargo, se ha empeñado
Doña Mercedes Gatél,
en que yo soy un judío,
por un capricho tal vez.

— Mi hija es de buena casa
sí señor, sépalo usted.
— Convento en cuanto á la casa,
aunque la escalera, pues,

Se encuentra un poco gastada
de sostener tanto pié...
y no digo que esto tenga
con Manolita que ver.

Pero yo no soy, señora,
de esos tontos que en la red,
de la apariencia engañados,
caen en un dos por tres.

Que Manolita no tenga
muchas ganas de comer,
que por su gusto, ó el ageno
no pueda traer corsé,

Que la tenga por un ángel
ó una diosa en el Edem,
á quien convierte en demonio
en la escalera despues.

Esas son cosas de bulto,
y juro por Lucifer...
mas perdone usted, señora,
esta alusion... — No hay de qué.

— Digo que en cosas de bulto,
Doña Mercedes, no sé
por donde se entra y se sale...
— Eso es mentira pardiez.

— Será, conveugo, mas nunca
su yerno llegaré á ser,
porque no quiero una suegra
tan honaz como es usted.

Haya demanda de agravios,

LA FAMILIA DE LOS VICE,
DE LOS SUB Y DE LOS EX.

y á la presencia del juez
relate allí la vecina
lo del baile de Miquel,

El aguador por seis reales
sea testigo tambien;
y por doble un escribano
diga que vió y que da fé.

Salga sentencia de boda
ó á las armas; está bien,
primero que ser... ¿lo digo?
reniego y me voy á Argel.

Con que así, señora mia,
lo mas que yo puedo hacer
es tomar la sesta parte
bajo mi proteccion ¿eh?

¿No agrada? lo dicho dicho,
no me venga usted despues
con aquello de «judío,
mal caballero...» por que...

Tan aburrido me puede
su lengua infernal poner,
que por quitarla esperanzas
me case hasta con el juez.

Me vió ya tan decidido
que me contestó: «está bien,
ponga usted una garantia
escrita en este papel.»

.
.

«Yo don Fulano Engañado,
«que vive calle del Pez,
«digo, que la sesta parte
«de... (ya se sabe quién es...)

«Me pertenece, y por tanto
«mi proteccion la daré.
«Madrid veinte de diciembre
«del año cuarenta y tres.

«Dado en un cuarto boardilla
«mas miserable y soez,
«que todos los cuartos bajos
«del barrio del Avapiés.»

.
.

Esta es otra cosa; vaya!
¡yo casarme! no pardiez,
que ha de haber esplicaciones
antes de decir amen.

G. OBTIZ.

Todo en el mundo es música. Esto no quiere decir que el mundo es una sifonia ni que todo en el sea música celestial; lo que quiere decir esto es que el mundo está compuesto de escalas con sus puntos y medios puntos, bemoles y sostenidos. Si se consulta á los naturalistas, hallaremos que desde el reino mineral al vegetal hay muchos cuerpos que se confunden entre la inercia y movilidad de tal modo, que nadie sabe definir á qué reino pertenecen. Los hay que por una escala la mas lenta imaginable se van separando de la materia inerte, hasta llegar á la mas perfecta de las plantas, y los hay que, teniendo mas vida y mas espontaneidad en el movimiento, pero con una forma estraña á los animales y á las plantas, vienen á ser cuerpos anfíbios ó hermafroditas entre el reino animal y el vegetal. Sucesivamente y por escala rigurosa se observa la marcha progresiva de los seres hasta el más perfecto conocido, que es el hombre: pero de modo que de uno á otro animal es tan corta la diferencia, como sensible, cuando entre dos puntos de comparacion quedan dos ó tres intermedios. De un europeo, por ejemplo, á un negro de Guinea, no hay mas diferencia que la del color; así como hay monos que distan muy poco de los susodichos negros; y sin embargo, comparado un mono con un hombre, se advierte una inmensa diferencia. Yo tengo para mí que al cabo de los siglos ha de venir otro ser mas perfecto que el hombre por razon de esa escala de perfectibilidad, y que á medida de la perfeccion en la forma humana, será tambien mas aventajado en sus cualidades morales.

Tratando solo de la escala del hombre con relacion á su categoría en la comunión social, que es el objeto de este artículo, lo primero será hablar de los puntos musicales, fijos, determinados é inalterables, y lo segundo de los modificados, intermedios, mistos ó furrieles, es decir, entre cabos y sargentos.

Desde luego todo cuerpo necesita una cabeza, toda nacion un gobierno y toda sociedad ebica ó grande un centro directivo: parece que he dicho

tres cosas, y no he dicho mas que una. Al que representa la primera dignidad de una reunion de hombres, se le llama director porque dirige, ó presidente por presidir; pero como un hombre solo no puede reasumir todos los poderes en sí, claro es que necesita otros agentes subalternos para dirigir la máquina social, y de aquí nace ese eslabonamiento de jerarquías que, semejantes á una progresion geométrica decreciente, cada una va teniendo mas valor que todas las inferiores juntas.

Ahora bien: una sociedad ¿podria regirse con los empleos absolutamente necesarios? Claro es que sí, y claro es que no, y haré ver que ninguna contradiccion envuelve la respuesta. Cuando el hombre fuera tan virtuoso como le concibiera Rousseau en su mundo ideal, justo en el ejercicio de sus derechos y dócil á los deberes, es evidente que la sociedad no admitiria un cargo superfluo; pero como por desgracia hasta el dia estamos dotados de pasiones mezquinas y miserables; como nos devora la ambicion de figurar de donde viene la avaricia del oro, ha sido preciso satisfacer con empleos lucrativos y honores pueriles, las exigencias de los mal contentos con un órden de cosas justo, racional y equitativo.

Un presidente y un secretario bastan para regir un cuerpo legislativo; pero así como un chiquillo tiene envidia cuando la madre acaricia á sus hermanitos, y una mujer siente los agasajos que á otras se dispensan, tambien hay hombres que sienten no ser los predilectos. Estos hombres me parecen á mí niños que han crecido mucho, ó mugeres vestidas de hombres. Sean lo que fueren es preciso contentarlos, y para conseguirlo debió crearse el innecesario cargo de vice-presidente; y no satisfechos con halagar á uno, prolongaron la escala de la vice-presidencia hasta el infinito, contando algunos congresos, vice-presidentes á docenas.

La familia de los *vice* es hermana carnal de la de los *sub*, ó lo que es lo mismo la familia de los *sub* es la misma que la de los *vice*, que trae el mismo origen, hace el mismo papel y solo se diferencia en la pronunciacion. Se dice v. gr. vice-rector, porque no se pronunciaría con tanta facilidad sub-rector, á pesar de que

no es tanto el trabajo que le cuesta al pueblo el pronunciar vice-presidente, vice-secretario, vice-cónsul, sub-secretario, sub-director, sub-prefecto y sub-diácono, como el mantener á una familia tan numerosa como la de los *sub* y los *vice* reunidos.

Hay disputas sobre cual de las dos razas es mas perjudicial á los intereses del pueblo; yo creo que *las dos son peores*, como decia el inmortal Figaro; y que si marchar de los *sub* á los *vice* es ir de Pilatos á Herodes, ir de los *vice* á los *sub* es volver de Herodes á Pilatos. Sin embargo, la raza de los *sub* es á la de los *vice*, lo que los antropófagos á nosotros en sociedad, lo que el veneno al azúcar, lo que los gobernantes á los gobernados, lo que los frailes á los hombres.

El *sub* es un ente fantástico que recorre todas las clases de la sociedad para atormentarla. Es el simbolo de la inquisicion; penetra por la menor rendija de las casas, intercepta toda comunicacion y escudriña y tasa todos los artículos comerciales é intelectuales sin conocer los artículos de la fé. Fácilmente inferirán ustedes que el *sub* de que voy hablando es el subsidio. No sé cómo hay hombre que quiera comerciar teniendo que pagar el subsidio de comercio; y alguno conozco sumamente industrioso, que se hace el tonto porque no le saquen el subsidio industrial.

Si la nacion no prospera: si la patria no se desempeña, ni consigue ni conseguirá la suspirada nivelacion de los gastos con los ingresos; culpa es del *sub*, que á imitacion de los rios grandes que se aumentan sorbiendo el agua de los pequeños, con el dinero de muchos pobres llena la bolsa de pocos agiotistas. Este *sub* tan aristocráticamente parcial, tan injusto y tan enemigo del tesoro público es un *sub* femenino llamado «*subasta*» que ha parido muchos hijos varones llamados «*subarriendos*» tan parecidos á la madre, que entre todos han sumido el estómago de los pobres en un mar de viento donde infaliblemente serán víctimas del temporal, si Dios no lo remedia. A esto de *subarriendos* y *subastas* dan la disculpa los subarrendatarios y subarrendadores de que amor con amor se paga, y que un *sub* mata otro *sub*, porque sin una su-

hasta el gobierno no podría *subvenir* á las necesidades, ni *subsana*r los perjuicios de una *sublevación*.

Vamos con la familia de los *ex* que es la mas numerosa que se conoce, como que de trece millones de habitantes, puede que pasen de quince millones, los seres que pertenecen á esta raza, y lo probaré. Claro es que un hombre no es mas que un individuo; pero como hay Fulanos García de García ó Lopez de Lopez y duques, grandes de España seis ó siete veces, tambien hay españoles emparedados en tabiques de *ex*, ó que tienen el *ex* por todos cuatro costados. Puede uno ser *ex*-realista, *ex*-nacional, *ex*-diputado y *ex*-ministro, y si por la prodigalidad de títulos y tratamientos, es ademas excelentísimo señor, cuenta un *ex* por cada sentido.

La familia de los *ex* es el *vice-versa* de la de los *sub* y de los *vice*; porque esta impera mientras aquella anda de capa caída, y así se les conoce á todos hasta en el rostro. Un hombre en el mando es una flor en la primavera, un hombre en la desgracia es un árbol en otoño. ¡Qué satisfacción! ¡qué superioridad hay en la cara de un poderoso! ¡Qué melancolía en las facciones del que no tiene dinero! ¡Qué distinto horizonte presentan las cosas á los unos y á los otros! A un pobre todo le sienta mal; si llueve ¡malo! porque no tiene mas sombrero que el que lleva encima y otro, y el otro es el que lleva encima. Si no llueve ¡malísimo! porque se perderá la cosecha y andará el pan por las nubes. Juzga del humor de todos por el de sus tripas, y cree que nadie tiene gana de broma, porque él no la tiene, y así cuando llega alguna festividad, como ahora la de san Isidro, suele decir: no, pues este año poca gente irá á san Isidro, no está el tiempo para diversiones; y precisamente aquel año se desploma el pueblo de Madrid en la campiña del santo. ¿Viene el aire gallego? malo, porque se helarán los trigos. ¿Viene solano? peor, porque se quemarán los garbanzales. ¿Oye un pregon en la plaza, ó ve un bando en las esquinas? Corriendo á ver qué dicen, por si mandan barrer las puertas de la calle á todos los pobres, ó arrojarse por el balcón, á fin de obedecer antes que pidan un ducado de multa. El rico al revés; ¿llueve? que llueva

nos soplaremos en el coche y los caballos y el cochero serán los que se mojen. ¿Hace calor? no importa mientras haya nieve en los pozos. ¿Pregonan? que pregonen, con los ricos no se han de atrever, y si se atreven todo lo arregla el dinero. ¿Le convidan á un entierro? entretiene á los del pésame con cuentos y chascarrillos. En fin, ve alegría donde el pobre tristeza; imagina delicias donde el pobre desgracias, y así como para el pobre todo es luto y desolacion, para el rico todo bataola, boda ó bateo.

Así cuando vemos un rostro compungido y exánime decimos: qué cara de exclaustro tiene ese hombre; parece un alma en pena, murmurando para sí: tal me verás que no me conocerás.

Por último los *ex* dicen á los *vice* lo que los viejos á los niños: allá llegarás ó la vida te ha de costar; porque no hay empleado que no pare en *ex*-empleado y á fé que bajo este punto de vista no sé quién de las dos familias es mas gravosa á la nacion, yo creo que la de los *ex* por ser mas numerosa y porque trabaja menos, pues todas las rentas de España no bastan ya para pagar á *ex*-gefes políticos, *ex*-ministros, *ex*-claustros y *ex*-cedentes.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

ROMANTICISMO.

UNA ESCENA DE HORROR.

DOÑA MENCIA. — DON TELLO.

Se alza el telon: el teatro representa la sala de madama... *no sé cuantos*.

(El autor de su olvido se lamenta; mas tiene de estos tantos!...)

Brilla do quier la seda trasparente, do quier el rico terciopelo brilla y el oro resplendente

(Nota esencial: *la escena es en Castilla*).

Todo, en fin, rebosando de elegancia; aquí reina el ornato, aquí *la moda*!...

(Soy perito, lector; no he estado en Francia

pero en los mapas, sí, la he visto toda.)
Cuadros, sillars... *et cetera*, que creo
que el juicioso lector me habrá entendido,
y tanta frase inútil y rodeo
á mi corto entender no es mas que ruido.
A la vista del público ilustrado
aparecen mis héroes... brava fiesta!
ya la presente el patio entusiasmado;
cesó el motin enmudeció la orquesta.
Ambos á dos ilustres personajes
visten modernos trajes
y ante el pueblo que atiende embebecido,
en sesion permanente,
entre otras cosas de que yo me olvido
se dicen lo siguiente:

— Ya era tiempo, señora, no os parecía?
— Me aguardábais, señora? — No, á fe mía.
— Qué indiferencia tan cruel! — Sin duda.
— Oh! lo decís de un modo!... esa ironía...
— No tal.—Será aprension.—Eh! quién lo duda?
— Ah! no, vos me engañáis! — No fuera extraño;
no lo haceis vos conmigo? — Yo, señora!
que así olvideis mi amor! ay! cuántas veces,
tibia al pintar vuestras queridas rejas,
con su alba luz me sorprendió la aurora
lanzando al viento mis ardientes quejas!
Cuántos y cuántas la tranquila luna
vióme á la orilla del sonoro rio
con mi dolor, con mi pasión á solas,
y oyó mi voz y contempló mi llanto
acrecentando las revueltas olas!
— Sois elocuente, á fe. — Doña Mencía!
— Callad, monstruo, callad, ó vive el cielo
que en mi cólera justa, aunque impotente,
habré de confundir vuestra osadía,
con tan fiera falsía
correspondéis á mi cariño ardiente?
venís de ver ahora
á mi rival, decid? — Por Dios, señora!
— Todo lo sé; tu *fámulo*... apartaos!
— Juzgais... soy incapaz... — Harto lo veo.
— Me haréis desesperar! — Desesperaos.
— Y pudisteis creer... — Todo lo creo.
— Ha sido un cisma! — No, no ha sido cisma;
Tiembla, infeliz, te romperé la crisma!
— Oh! no hagais tal.— Teméis? tanto os aterra
de una flaca muger la ardiente furia?

— Tened la lengua, por piedad, señora,
no hagais á mi valor tamaña injuria,
— Don Tello, vive Dios! — Jurais ahora?...
— Quereis callar? — Si lo exigís... — Lo mando.
Idos de aquí (la cólera me abrasa!)
no pongais mas los piés en esta casa.
— Comprendo: algun galán.—Y osáis hablarme?
— Me despedís... adios! (voto á los cielos!)
Guay, ingrata beldad, sabré vengarme
y en sangre impura sofocar mis celos,
Adios!... qué!... no me oís? adios, Mencía!
Tu amor fué una *ilusion*, mi bien *quimera*...
Tú has roto mis *ensueños*!!! — Todavía!
Yo os daba ya, Don Tello, en la escalera.
En fin... no os vais? — Piedad! — Idos! — Espera.
Una palabra mas! — Oh! Nó! — Tirana!
— Pronto, salid, ó por quien soy, don Tello,
que os mandaré arrojar por la ventana.
Burlar pensasteis mi pasión sincera?
Rondábais de otra dama los balcones?
Dábaisla dulces músicas, perjuró!
Y alegrábais su calle con canciones?
— Loca estais, vive Dios! — Vos sois la causa.
Pero no, no os reireis! — Yo no me río.
Libreme Dios! — Me vengaré, lo juro!
— Os voy á repelar! — Virgen de Atocha!
Si me sacais con bien de tanto apuro!...
— Oh! no teneis vergüenza?... Así á mis ojos
os presentais sin miedo á mis enojos!
Tan débil me juzgais... soy una fiera!...
os echaré á rodar por la escalera!
— Tened! — Castigaré vuestra osadía!
— Tendreis valor... — Pues no?... Voy á probarlo.
— Oh! no os incomodeis... por Dios, Mencía!
Os conozco tan bien!... cómo dudarle?
— Huid! tomad la puerta! — Eso es muy justo.
(Me adivinó sin duda el pensamiento.)
Siempre me desvelé por daros gusto.
— Qué haceis? — Obedecer; marchó al momento
— Vais á ver á *madama*?... hablad! (yo rabio!)
— Sí... voy... tal vez... — Infame, sella el labio.
¡Así mi amor en tu demencia ultrajas!
Con que quereis jugar con dos barajas?
No, no saldreis!... de la venganza impía
dentro del corazón arde el deseo...
Llegó del crimen el tremendo día!
Un mar de sangre ante mis ojos veo!
A la lid, á la lid!... en su braveza

mil *falanges* avanzan... la victoria
 con su laurel circunda mi cabeza,
 cubre mi frente el pabellon de gloria!
 Flota á los vientos mi pendon de muerte,
 tiende la niebla su *gigante* velo...
 —(Tiemblo!) —El villano con asombro inerte
 rueda ante mí... la tempestad retumba
 y honda surcando el fulminante cielo,
 abre á sus piés aterradora tumba.
 Do quier domina mi furor! —Señora!...
 —El es, él es! traidor, no os lo decia?
Os voy á repelar!!! temblad ahora.



—Mencia, por piedad! —No soy Mencia!
 Llegó el instante á mi venganza fiera!...
 Rodad mónstruo feroz, por la escalera.

Y diciendo y haciendo
 sobre el *pobre Don Tello*, se abalanza,
 sus agudos clamores desoyendo
 en el ciego furor de su venganza.
 Del público risueño ante los ojos
 queda el campo cubierto de despojos:
 suena un silbido, un ciento le contesta,
 cae el telon y acabase la fiesta.

FRANCISCO GEA.

ALLA VA ESO.

Pues el diablo me saca
 de mis casillas,
 templaré la carraca
 con seguidillas.
 Alsa, pilile;
 y el que tenga farola
 que despavile.

Prendiéronme de amores
 Paca y Manuela,
 Nicolasa y Dolores,
 Luisa y Adela...
 Con viento vario,
 daré vuelta en dos meses
 al calendario.

Afirmé á tres gallegos
 ante testigos,
 que en Madrid á los ciegos
 les daban higos;
 Y en tres minutos
 se sacaron los ojos...
 pero ¡qué brutos!

Por ahorrar competencias,
 según infiero,
 entre todas las ciencias
 ¡viva el dinero!
 Que siendo rico
 es doctor *en utroque*
 cualquier borrico.

Al dinero (y se asombran
 de oirlo muchos),
educacion le nombran
 los que están duchos;
 Yo al que se asombre
 le haré ver que algun sabio
 le dió este nombre.

Si de un baile te alejas
 triste y mohino,
 notan niñas y viejas
aha estado fino!

Mientras tú notas,

no faltas de *finura*,
sino de *botas*.

Con espresiva seña
me dijo Luisa:
¡qué gente tan risueña
la de *La Risa*!

Y esta señora
por ostentar los dientes
es suscritora.

Lo entienden, y de veras,
muchos amantes
amando á las guanteras,
por tener guantes.

Y yo, bellaco,
rondando á una estanquera...
¡compro tabaco!

Conozco yo á una moza
de las mas ternes,
que con Paco retoza
todos los viernes;

Y así concilia
el uso de la carne
con la vigilia.

«Dame un beso, Quiteria,»
dije muy tierno;
y la moza muy seria,
«te daré un cuerno!»

Y he respondido:
no serás tan escasa...
con tu marido.

Vuelve, Juan, las espaldas,
cubre la vista;
tentaciones con faldas...
Dios nos asista!...

Pues es notorio
que va en tales pecados
el Purgatorio.

Encerrado con llave
me estoy en casa;
el señor solo sabe
lo que me pasa!

Y el estribillo,

por andar en las eras
cojióme el trillo.

FLORENTINO SANZ.

EL AMIGO PEGOTE.

Así que por contrario de mas brío
tengo, querido Polo, al que me casa
que al que me saca al campo en desafío.

QUEVEDO.

Un amigo pegote es un verdadero enemigo; es el que arroja la piedra y levanta la mano con otra, y está continuamente hiriendo y preservado siempre del ataque por el velo con que encubre sus tiros. Los halagos de un amigo pegote son confites dados con trabuco que estarán todo lo dulces que se quiera, pero matan á corta distancia. No hay medio de deshacerse un hombre de enemigos así; porque no entienden las indirectas, y se hacen los desentendidos á los desdeños con tal serenidad de ánimo, que les autoriza para ejercer sus crímenes confiados en la impunidad. Al contrario sucede con el enemigo que no se disfraza, porque se le ve venir y se pone uno en guardia hasta llegar una vez á las manos; lo cual da á unos y otros carta de seguridad para en adelante.

Tengo yo un amigo de la especie de los enemigos disfrazados, cuya carga no me es ya posible soportar sin que me ocurra medio de libertarme de ella; porque todos los he tentado infructuosamente. Ni las indirectas del padre Cobos, ni los insultos mas marcados bastan á librarme de su sombra que me persigue sin cesar, interpretando todas mis pullas y claridades como chanzonetas hijas del buen humor. Si alguna vez le avergüenzo delante de gente, todos nos ponemos colorados menos él, y cuando esperan los demás que tome el sombrero y se vaya, salta muy serio: ¡qué aprensiones tiene este demonio! ¿Ven ustedes eso que está diciendo? Pues es hombre que no se halla sin mí.—Y esta es una verdad como un templo, porque le encuentro en todas partes. Esto me da tanta ira que hasta de replicarle se me quita la voluntad, y entonces él engreído con mi silencio dice: ¿ven ustedes? el que

calla otorga. ¡Anda camastron! si no fuera por mí, cómo le verías tú?—Y qué quieren ustedes que se haga con un hombre así? No hay mas que dos caminos: ó dejarle ó matarle. Si le dejo me está dando cordel para ahorcarme el día menos pensado, y si le mato me ahorcan de fijo. Aquí viene de molde el cantar

Si me miras me matas
y si no tambien;
de todos modos muero
con que... miramé.

Cuando vine yo á Madrid que no tenia ciertamente á donde volver los ojos para ganar una peseta, me veia lo que se llama entre la espada y la pared. Andaba huyendo de todo el mundo por no verme en la afrenta de recibir obsequios sin poder corresponder á ellos. Dormía de día y me levantaba al anochecer como los murciélagos, con mas vista que un linee, mas oído que los gatos, y mas coraje que los gorriones. Salía á dar un vistazo por esas calles para consuelo de tripas sin atreverme á concurrir á tertulia alguna. Los cafés eran sitios vedados para mí por dos razones; la primera por no verme en el compromiso de tener que convidar á alguna persona, y la segunda por si los mozos me equivocaban con otro que se hubiera ido sin pagar, y me daban una manta de las que no se hacen en Palencia. Aun en la calle peligraba mi seguridad personal, y eso que todavía no soñaba en escribir el *Baile de Piñata*, y andaba con tanta cautela como reo de lesa magestad en un gobierno absoluto. Hasta los dedos se me hacian huéspedes; cuando de lejos veia uno que me parecia haberle visto en otra ocasion, me pasaba á la otra acera diciendo para mí: vaya con Dios, le desprecio. Al pasar por las tiendas, como siempre estan iluminadas, bajaba la cabeza y levantaba el embozo de la capa hasta las cejas, mostrando que era frio lo que en realidad era miedo. Así pasé algunos meses como quien dice comiendo el negro pan de la emigracion, ó si les parece á ustedes, prisionero en mi propia casa, incomunicado para la sociedad, sin mas distraccion que los grillos que el hijo de mi patrona cogia en el campo, porque era en el mes de mayo, de suerte que ni el requisito de los grillos

faltaba para ser un verdadero preso. Dos meses hacia una vez que no podia pagar á la patrona ni tenia esperanzas de adquirir dinero por ningun lado. Gracias que la infeliz era prudente y conociendo mi posición, la respetaba en medio de sus apuros; pero llegó un día en que ya no pudo mas, y me suplicó la proporcionára algo aunque no fuera todo. Yo porque no dijera, tomé la capa y salí á ver si encontraba alguna cosa; pero ¿qué habia de encontrar si nada se me habia perdido? Por otra parte ¿á quién pedia yo prestado si todos mis amigos estaban tan trocados como yo? Salí sin embargo á hacer qué hacemos, sin saber si tirar por la calle de la Paciencia ó por la Costanilla de los Desamparados; todos los caminos me eran iguales. Por fin me interné en el barrio de Buena-dicha, siendo yo el rigor de lo contrario, y no tuve tiempo para meditar en la crisis del momento, cuando ví un hombre que venia hácia mí con los brazos abiertos. ¡Gracias á Dios! dije yo, que sin duda encontré la buena dicha; pero cual fué mi tristeza cuando me encontré con un amigo de la niñez que me dijo; cuánto me alegro de ver á usted! porque acabo de llegar y no tengo casa conocida, y por un olvido involuntario me he venido sin dinero. Yo no sabia cómo evadirme del compromiso; porque de buenas á primeras decirle duerma usted en la calle, era una atrocidad, y calculando que ofreciéndole mis servicios con frialdad no aceptaria nada, le hice los cumplimientos de costumbre: amigo, yo de poco puedo servir, no obstante en la calle de tal, número tantos tiene usted su casa.

—Con mucho gusto iré á hacerle compañía todo el tiempo que esté en Madrid; tengo amigos que me recibirian con los brazos abiertos, pero antes quiero cumplir con usted que con nadie.

—Conmigo tiene usted cumplido; además yo no le podré ofrecer grandes cosas.

—No importa; sino hay mas que sopas, sopas comeremos.

Un sudor se me iba y otro se me venia: estaba resuelto á trocar las señas si volvía á preguntarme; pero el maldito no necesitó de esto que me dió la mano, y por cierto que me apretó la mia en tales términos que me la dejó entumida. Iba

yo á decir abur y tuve que decir ¡ay! Me plantó en seguida un abrazo de aquellos que le dejan á uno sin respiracion por cinco minutos, y se despidió diciendo: conque calle de tal, número tantos?... hasta luego.

Cuando volví á casa ya estaba mi patrona mas consolada; pues habia hallado quien la prestara doscientos reales. No me determinaba yo á manifestarla el resultado de mi expedicion ni mucho menos el desdichado hallazgo del barrio de Buena-dicha; pero el amigo me ahorró este trabajo dando un fuerte campanillazo y tomando despues posesion de la casa diciendo: amigo, dispense usted si me he detenido un poco mas; le habré hecho esperar demasiado. Tuve que perder la vergüenza y decir á la patrona el compromiso con aquel hombre y ella la pobre era de tan buena pasta que dijo: ¿cómo ha de ser? comerá lo que haya. Sacó un colchon y le tendió en el suelo para mí, dejando al otro por amo de la alcoba.

Pero el buen amigo era tan delicado que nada le venia bien: al dia siguiente se quejó de que la cama estaba dura, y la patrona que era una pobre vieja se resolvió á ponerle mi colchon diciéndome: no tengo mas que el otro donde yo duermo ¿cómo ha de ser? tendrá usted que dormir conmigo. Y yo respondí ¿cómo ha de ser? tendré que dormir con usted.

En la comida todo se le volvia hacer gestos y esparabanes; ya porque la comida estaba sosa, ya porque estaba salada y prorumpiendo en desvergüenzas á lo mejor concluia; yo no sé por qué sufre usted este trato. Estas mujeres son unas puerkas que no saben su mano derecha para nada... Yo estaba en brasas. Aseguro por quien soy que me iba cargando el huesped y tentaciones me daban de romper para siempre; pero esto era bochornoso para mí y le dejé que hiciera lo que le diera la gana, consolándome con la idea de que pronto arreglaria sus negocios y me dejaria en paz.

Un dia se levantó de buen talante despues de leer en la cama el correo (cuyo porte pagaba la patrona). Te voy á dar una buena noticia, me dijo: has de saber que mañana tendrás en tu casa á mi mujer, con el niño menor, la niñera y dos hermanos míos. Me apresuro á darte la nue-

va porque conozco tu genio y sé que te alegrarás.—Como si me rallaran las tripas, dije yo para mí, y él prosiguió haciéndome la descripcion de lo guapota que estaba toda su familia. Ya se ve, decia, si comen por los codos...

Lo que pasó de allí en adelante daria materia para muchos tomos. Considere el lector mis apuros y los de la patrona, buscando camas y que comer para toda aquella gente. Considere que así estuvimos cerca de seis meses, y dígame si me desempeñaré yo mientras viva de las deudas contraidas entonces, y si merezco condenarme aunque muera en pecado mortal.

Salia yo una mañana de casa á tiempo que llegaba un hombre preguntando por mi amigo. Entró aquél hombre, y yo, anhelando saber algo que me librara de aquella plaga que habia invadido mi casa con tanta desfachatez, me paré á la puerta y escuché este diálogo:

—Vengo á que me pague usted lo que me debe.

—Hombre me encuentre sin un cuarto.

—Es que si no vendrá un alguacil y se llevará lo primero que encuentre.

—¿Por qué lo ha de llevar, si yo ofrezco pagar cuando pueda? No faltaba mas que me dejase usted sin sillas y sin mesas y sin todo lo que hay en casa que es mio y á nadie le debe nada.

—Pues señor, desde aquí voy á casa del juez.

—Hombre aguarde usted unos dias. En cuanto venga mi criado, que es ese que salia cuando entraba usted, escribiré á mi mayordomo y....

No le dejé acabar la frase, entré como un desesperado diciendo: ¿quién es su criado de usted? Ya pueden ustedes todos tomar la puerta ó les echo por el balcon. Y efectivamente desocuparon la casa pidiéndome mil perdones. El amigo al salir de casa me dijo: espero que este lance no entibiará nuestra amistad, y me dió un apretón de mano tan atroz que todavia me resiento cuando tomo la pluma para escribir estos artículos.

A pesar del modo violento con que arrojé al amigo de mi casa, por aquello de que cuando uno no quiere no riñen dos, no puedo una hora verme libre de su sombra. A las horas de comer le tengo á la mesa; cuando voy al café me le en-

cuento allí dispuesto á tomar un sorbete des-
pues de quebrantarme la mano, y si huyo del
café de costumbre y me meto en otro, parece que
el maldito me busca por el olfato como perro
perdiguero; no bien me he sentado cuando sien-
to darme la palmadita en las espaldas diciendo:
vengan esos cinco... Escribo este artículo con el
objeto de leérsele siempre que me visite; pero ni
por esas, estoy convencido que no se dará por
aludido y será capaz al verse retratado de escla-
mar dando una carcajada ¿Será posible que haya
hombres de tan poca vergüenza?

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

UNA NOTABILIDAD!

Sepa toda la ciudad
¡O fortuna!
que me he casado con una
Notabilidad.

Resuelto á entrar en el gremio,
un día en una tertulia
me enamoré sin proemio
de la interesante Julia.

Nadie culpará mi gusto,
porque Julia es un portento.
Ademas del bello busto,
¡qué denaire y qué talento!

Pues, ¡digo! ¿y su calidad
solariega?

Desciende de palaciega
Notabilidad.

Y para bordar cogines
¡que primor el de su mano!
y cuando canta al piano
la envidian los serafines.

Apenas al suelo toca
su lindo pié cuando valsa,
¡y tiene en aquella boca
un gracejo y una salsa!...

Y aquella amabilidad,
aquel modo...

Ella es en todo y por todo
Notabilidad.

Al cabo de un mes, — no tuve
arbitrio de hacerlo antes:

me lo estorbaba una nube
de moscones elegantés. —

A la vuelta del teatro
la declaré mi pasión.

Por cierto que mas de cuatro
me envidiaron la ocasion.

Es claro; rivalidad
nunca falta
cuando se trata de una alta
Notabilidad.

A mis frases cariñosas
por toda respuesta da:
Caballero, yo... Esas cosas
se han de tratar con mamá. —

Y dado que la convenza,
repliqué, ¿podrá mi llama... —
¡Jesus! me da una vergüenza...
volvió á decirme la dama.

Mi corazón, en verdad,
no es de roble,
mas ¡la hija de una noble
Notabilidad...

Acudo á la madre, pues,
con la propuesta de usanza,
y la aceptó Doña Inés
contra toda mi esperanza,

Y es que de reyes no vengo,
y soy feo; ¡doble afrenta!
mas supo mamá que tengo
treinta mil duros de renta;

Y con esa cantidad
un vestiglo
estambien en este siglo
Notabilidad.

No faltó quien á mi bella
acusase de perfidia.
Yo bendiciendo mi estrella,
clamaba: ¡chismes! ¡envidia!

Tuve empero un desaffo
por ella, y sufrí un pinchazo.
¡Válgate Dios, dueño mio,
dige vendándome el brazo!

Es una calamidad
tu hermosura.
¡Cuánto cuesta una futura
Notabilidad.

Curado, al fin, de mi chíro,
esperé casarme... á escote;

mas con dulzura de mirlo
dijo doña Inés: no hay dote.

¿Lo ha menester, Dios eterno,
su atractivo y su nobleza?
Vístela, dichoso yerno,
de los piés á la cabeza.

Ni el tesoro de Bagdad
es bastante
para comprar semejante
Notabilidad.

¿Qué habia de hacer? Mi pecho
ardía como una fragua...
Dígame para mí: esto es hecho;
casémonos; ¡pecho al agua!
¡Y daba yo cada brinco
de gozo... ¿Quién se incomoda
los cuatro días ó cinco
que dura el pan de la boda?

Mas pronto ¡oh fatalidad!
¡oh desdicha!

Víctima fui de la dicha
Notabilidad.

¡Qué terrible menoscabo
en mi dinero, en mis bienes!...
¡Y me llamaba indio bravo
sí escatimaba sus trenes!

Y si osaba poner coto
á sus instintos soberbios,
¡qué clamores! ¡qué alboroto!
¡qué convulsiones de nervios!

Porque de esa enfermedad
no se exime
quien blasona de sublime
Notabilidad.

Palco diario — ¡yo gimo!
para ópera y minué;
y se sentaba su primo;
¡y yo me estaba de pié!

Ya se ve; no hallaba dónde
aunque sentarme quisiera;
y, además, su primo es conde
y yo soy de baja esfera.

Es falta de urbanidad
que uno mande
en presencia de tan grande
Notabilidad.

Al tocador de Julieta
asistía el susodicho.

¿Era esto ser coqueta;
ó un inocente capricho?

Mas, aunque él entraba allí
francamente á cualquier hora,
solian decirme á mí:
no recibe la señora.

¿Qué tal, amigos? ¡Tomad
por consorte
una á quien llame la córte
Notabilidad.

Pronto Julia en pena negra
cambió mi amante delirio,
y no hay decir si la suegra
contribuyó á mi martirio.

Renegando del consorcio
en romperle me deleito:
pongo pleito de divorcio
¡y pierdo costas y pleito!

¿Qué discreta autoridad
atropella
á tan ilustre y tan bella
Notabilidad.

Tanta injusticia me quema,
y tanto el primo me abrasa,
que acudo á la estratagema...
de fugarme de mi casa;

Mas por que no me persiga
y me ponga una querrela
mi dulce y notable amiga,
hago un contrato con ella,

Y dándola por mitad
mis monedas;
¡adios! la digo. ¡Ahí te quedas
Notabilidad.

¡Feliz tú, oh Fabio, que gozas
de independencia en amores,
y así variás de mozas
como la abeja de flores!

Para que un día no pases
mas que Jesus en el huerto,
¡no te cases, no te cases!

Experto crede Reberto!

O si entrar en la hermandad
es tu luna,
no te cases con ninguna
Notabilidad.

M. BRETON DE LOS HERREROS.

LA JOVIALIDAD.

En este mundo engañoso,
inmensa casa de Orates,
solo veo botarates
que están siempre haciendo el oso.

Doloroso
fuera el vivir en verdad
viendo tanta atrocidad;
mas contra el dolor y el tedio
hay por fortuna un remedio.

la Jovialidad.

El honrado va en camisa
y acaso el malvado en coche:
Se gobierna á troche y moche,
y el poder las leyes pisa.

¡Ay que risa!

Se roba á la sociedad...
y en tanta inmoralidad,
¡oh sistema tributario!
es tu mayor adversario

la Jovialidad.

Contra infortunios y duelos,
contra penas y pesares,
contra imprevistos azares,
llanto, luto y desconsuelos,
contra celos
y alifafes de la edad,
contra la infelicidad,
la injusticia, el fraude, el dolo,
hay un remedio tan solo;

la Jovialidad.

Ríome yo á gritos récios
del insolente boato:
ríome del mentecato
que me prodigue desprecios:
de los necios
que ostentan su vanidad
con sobrada liviandad;
pues yo me rio de todo,
y me engorda de este modo

la Jovialidad.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.



LOS REYES.

Había en un pueblo de Galicia dos hermanos gallegos, que eran naturales de Galicia, pues tambien puede haber gallegos de otras provincias, y lo voy á probar sin catarlo. Cuando un castellano viejo, de Castilla la Vieja echa una fanfarronada se le dice que es muy andaluz, si es testarudo, vizcaino; y si tiene todas las cualidades que se atribuyen á los hijos de la ribera del Miño, gallego le llaman y con gallego se queda. No es mi ánimo ofender á los hijos de Galicia; antes por el contrario, su carácter bellísimo y servicial, su corazón leal y fiel á prueba de bomba, y sus formidables costillas á prueba de cuba, les hacen en general acreedores á la consideracion de los españoles; pero voy á decir lo que todo el mundo dice de los gallegos, en lo cual habrá una mezcla de ágrido y de dulce, de feo y de bonito, de grande y de pequeño, de malo y de bueno, de blanco y de castaño oscuro.

Cosas buenas que se dicen de los gallegos: estas equivalen á la mitad de las obras de misericordia que ascienden á siete, á saber: fieles porque raro es el gallego que espera hacer fortuna por malos medios, y es tal la reputacion que gozan en esta parte, que en Madrid, donde un ministro cuando quiere visitar á un amigo necesita llamar y decir quién es, y manifestar lo que quiere al criado que si no está bien seguro de la bondad del que llama no le abre la puerta; en este mismo pueblo, repito, los aguadores entran en las casas á todas horas del día y de la noche aunque haya mugeres solas, y aunque las casas estuvieran embaldosadas con ochentines. (Entre paréntesis, me gustaría mucho vivir en una casa de tan buen piso.)

Otra de las buenas cualidades que se atribuyen á los gallegos de Galicia, es la de ser amables, y esta proposicion creo que merece ser aprobada por unanimidad; la tercera es la de ser humildes; ¿se procede á la votacion? queda aprobado. Se dice en cuarto lugar que son trabajadores, y en quinto que son honrados. Estas dos cualidades pueden confundirse en una, porque para mí un hombre honrado debe ser traba-

jador, y no concibo un hombre trabajador que no sea honrado. Es así que los gallegos son trabajadores, ergo los gallegos son también honrados á carta cabal.

En sexto lugar se dice que los gallegos son forzudos; los que se levanten dicen que sí, los que lo duden que vayan al patio de la aduana y hallarán hombres capaces de cargar con un carromato y llevárselo á cuestras hasta París de Francia, porque hasta París el de Madrid sería muy poca cosa. Y ahora que viene á pelo, vean ustedes que cosa tan rara; los forasteros creen que París es mil veces mas grande que Madrid; y los franceses llaman á París la gran ciudad, la capital del mundo, siendo así que París no solo cabe dentro de Madrid, sino que apenas ocupará en el paseo del Prado unos tres ó cuatro mil piés superficiales.

La sétima cualidad recomendable de los gallegos es la de ser buenos soldados, y de esta hay quien quiere rebajar la mitad del valor, diciendo que son buenos soldados de á pié, pero malos para la caballería; esta parte en mi concepto debe quedar también aprobada con la enmienda y ya tienen ustedes discutidos y aprobados siete artículos que hubieran ocupado siete meses á un congreso de diputados.

Vamos á la parte lastimosa. Son acusados los gallegos de ignorantes; y en prueba de ello cuando se quiere referir un cuento en que el protagonista es, no un pobrecito sino un pobrezote, se dice que el lance le pasó á un gallego. También se les acusa de tacaños, y es tan general esta idea, que cuando se trata de tachar á un hombre de interesado y roñoso, se dice que es como un puño ó como un gallego, de lo cual se deduce que los gallegos son iguales á los puños, por aquel axioma de que dos cosas iguales á una tercera, son iguales entre sí. $4\frac{1}{2}=6$ y $3\frac{1}{3}=6$, luego $3\frac{1}{3}=4\frac{1}{2}$, y está probado matemáticamente.

Y por último, se critica á los gallegos de tener fatales estremidades; malas manos y malos piés, y esto no carece de fundamento, porque una pisada de un gallego es capaz de producir una gangrena en piés castellanos, y respecto á las manos preguntemos á los jugadores de villar que cuando tienen una bola media vara de la ta-

bla dicen que no hay mas que cuatro dedos de gallego.

Pero vamos al cuento: había dos gallegos que además de ser gallegos eran hermanos: uno se llamaba Toribio y otro Bartolo, de los cuales el último decidió venirse á Madrid á ganar la vida como lo habían hecho sus padres y sus abuelos. Poco tardó en disponer el viaje; tomó Bartolo un morral con un par de camisas, unos calzones y la merienda, y echándose los zapatos al hombro tomó el tóle hácia la capital de España. No había andado Bartolo trescientos pasos cuando dió un tropezon y se rompió un dedo. Esto cualquiera lo hubiera tenido por una desgracia menos Bartolo que, resignándose con el dolor fatal dijo muy conforme: «¡Oh qué fortuna la de ir descalzo! si llevo el zapato puestu me lu rompu.» Siguió nuestro Bartolo todo el camino sin mas novedad pensando siempre en escribir á su hermano Toribio á quien queria entrañablemente: con efecto, á los dos dias de estar en Madrid enristró la péñola y puso á su hermano la siguiente carta en su idioma, que yo me he tomado la libertad de medio traducir al castellano.

«Queridu hermanu Toribiu: Llegué á esta córte felizmente la víspera de us Reyes y te voy á contare lo que pasóme. Digérunme que en dia tal, todos los buenos cristianos van á esperar á los Reyes, y que para verlus megore, había de cargare con una escalceira. Abracéme á la escalceira por ver los Reyes el primeru, con tantu gozu como si te abrazare á tí. La noche era fria y aindamais caín unos copus de nieve como mi monteira, y toda la noche andubimus de Heroídes á Pilatus; mas lléveme ú demu si los Reyes nu estaban mas alla de Santiajo. Peru en fin me dierun bien de cenare; echamus un tragiñu de lieore, y si bien me hicieron resfriare, bien el estómago calentéme. Ya soy venturosu; ya no envidiu á los mas poderoisos de la nostra terra, saberás comu compréme una plaza de aguadore que te ofrece para lo que gustes mandare tu hermanu

Bartolumé.»

Efectivamente, hay en Madrid, en el pueblo mas culto de España costumbres tan ridiculas y chocarreras que harian poco favor á la aldea

mas miserable y atrasada. Una de las escenas grotescas que no ha podido destruir la ilustracion, es la que se ofrece en la llamada noche de Reyes. Vayan ustedes á la Puerta del Sol y verán lo que es bueno y barato: desde lejos se siente un gran ruido de cencerros y zambombas que parece que va á pasar una procesion de demonios, y lo que pasa es un gallego cargado

con una enorme escalera, acompañado por una multitud de granujas que le van alumbrando con sendas hachas de viento. Otros le dan una música infernal de cencerros, y trayendo y llevando al inocente que lleva la carga de aquí para allá y de allá para acá, atraviesan la poblacion doscientas veces en medio de las carcajadas y los silbidos de la multitud.



Yo no creo que la preocupacion llegue al estremo de que todos los que cargan con la escalera vayan de buena fé á esperar la venida de los Reyes magos; pero algunos estoy convencido de que lo creen tan de veras, que cuando amanece el dia seis sin haber visto á los Reyes, se llevan un chasco solemne; hay otros que saben lo que pasa, pero si les dan de cenar y un par de pesetas son capaces de cargar con la escalera haciendo á las mil maravillas el papel de tontos, Sea por preocupacion ó por málícia, me parece sensible que tales costumbres hayan sobrevivido á otras mucho mejores que han caducado.

Sin embargo, se conoce que Bartolo con solo

entrar en Madrid se civilizó un poco, pues cuando estaba en su tierra se llamaba Bartolo á secas y luego hemos visto que en su carta se firma Bartolomé: lo cual no debió sentar muy bien á Toribio, que sin duda atribuyó el mé á un exceso de orgullo que su hermano tenia de verse en Madrid, con lo cual querria dar á entender que era mas que todos los gallegos que no habian abandonado la tierra. Digo esto porque á los pocos dias de escribir Bartolo á su hermano recibió la contestacion en estos términos:

Mi estimado hermano Bartolu: Me alegru mucho que haigas llegado con la cabal salud que para mí dese; la mia buena á Deo gracias.

Tambien me alegru que te diviertas tantu, y que puedas ya cargare cun la cuba, pues ya te consideru tan grande home comu Deo, que al fin cargare con la cuba ó cargare con la cruz to- du es cargare. Solu sientu y me pesa lléveme ú demu que tengas tanta vanidade porque estas en la córte, que te firmas Bartolu-mé y no Bartolu comu Deo manda, y lo que yo te puedo decir es, que si porque estás en la córte te firmas Bartolumé, yo que me estoy en mi tierra me firmu

Turibiu-mé.

No he vuelto á saber nada de Bartolo ni de la correspondencia con su hermano: si por casualidad descubro alguna cosa mas se la contaré gustoso á mis lectores.

JUAN MARTINEZ VILLBRGAS.

LANCE NOCTURNO.

Era una noche de enero,
noche terrible y fatal,
de esas noches en que giran
las veletas sin cesar
agitadas fuertemente
por el recio vendaval.
De esas noches en que el hielo
con su cruda intensidad
hace el termómetro á nueve
bajo cero señalar.
En que si hay luna que salga
hay nubarrones de mas
que absorvan sus resplandores
y oculten su blanca faz.
De esas noches enemigas
de toda publicidad,
en que si algun reverbero
conserva el jugo vital,
está como avergonzado
de su prodigalidad.
Noche, en fin, en que la nieve
hace el papel principal
estendida cual sudario
de toda la humanidad;
el romántico sereno

arropado en su sayal
marcha al dintel de una puerta,
maldiciendo, á contemplar
el magnífico espectáculo
que se ofrece ante su faz,
y á gritar falto de aliento
las doce y nevando está.
Y los que entre mantas dobles
comienzan á dormitar,
mas se rebozan entre ellas
y se oprimen mas y mas,
ya duerman acompañados
ó en ingrata soledad;
sin pensar en el cuitado
que en insomnio pertinaz
aguardaba del sereno
el monotono cantar.
¡Ay del triste enamorado
que esclavo de una beldad
oye afanoso al sereno
decir que las doce dan !
No hay gatos en los tejados
que salgan á maullar,
y aunque es de perros la noche
ni aun los hay por la ciudad.
Pero hay un amante mártir
que embozado en su gaban
acude fiel á una calle
aunque á deshora á rondar ;
y cualquiera al contemplarle
tan resuelto y tan audaz,
con aquel rostro belludo
y aquel siniestro mirar,
destacando entre la nieve
su perfil original,
alma en pena le creyera
que bajaba aquí á purgar
entre yelos los pecados
de su ardiente mocedad.
Llegó al pié de una ventana,
y despues de estornudar,
tapándose y tiritando
cantó estas coplas no mas.

Son tus ojos dos soles
con tantas luces,
que si insisto en mirarlos
caigo de bruces;

y es tal su fuego
que temo si me miras
quedarme ciego.

—
Aquí el trobador llegaba,
y aun prosiguiera tenaz
á no sentir cierto ruido
en las ventanas sonar.
Calló, y alzando los ojos
en busca de su beldad,
vió con ansia un bulto blanco
al viento bambolear,
y exclamó lleno de gozo
¡bien vengas, felicidad!
Entonces sobre su rostro,
con ruido de Barrabás
sintió un turbion estrellarse,
y atónito oyó gritar
una voz allá en lo alto
al mismo tiempo... ¡agua vá!

Y viéndose el cuitado
bautizado en tal guisa y de tal arte,
de su pasion volcánica curado
se marchó con la música á otra parte.

GERÓNIMO MORÁN.

DISTRACCIONES DE D. ANACLETO.

Don Anacleto está empleado en la aduana. Tiene la costumbre de desayunarse con una taza de té con leche, que al ir á la oficina, toma en el café nuevo. Suele con frecuencia meterse en cierta botica que hay inmediata al café, y dando un par de palmadas en el mostrador, grita muy serio: «mozo una taza de té.» Sale el boticario, y reconociendo don Anacleto su equivocacion, le pide mil perdones, olvida su desayuno y se dirige precipitadamente á la oficina. Allí encuentra á su jefe, y ciego de cólera, le toma por el criado y le reconviene agriamente porque todavía no ha arreglado el brasero. Lo mas particular es que esto acontece en el mes de julio. En cambio entra en el despacho un mozo de cordel, y haciéndole don Anacleto mil cortesías, le presenta varios documentos para firmar.

Rara vez deja don Anacleto de llevar su pluma á mojarla en la salbadera, cuando escribe, y al concluir algun estado, carta ó factura que le ha costado algunas horas de ímprobo trabajo, coge muy satisfecho de su obra el tintero, y derrama sobre ella la tinta creyendo ponerle arena. Hay pues que empezar la tarea de nuevo, y como don Anacleto es corto de vista, nada puede escribir sin antiparras. Las busca por todos lados, y las benditas de Dios no parecen. Se arrodilla y revuelca por debajo de la mesa mojándose las manos en ciertas cosas que relucen como los cristales de sus anteojos; pero estos no parecen, y el bueno de don Anacleto se desazona hasta el punto de saltársele las lágrimas de rabia. Entonces para enjuagarlas lleva una de sus manos á los ojos y tropieza con las benditas antiparras que creia perdidas y ha tenido imperterritas en sus narices.

El es de quien se cuenta que encontrándose un dia con uno de sus mas íntimos amigos, le dijo: «señorita, con que su mamá de usted sigue difunta?» Y una vez que otro de sus amigos le notició la muerte de un pariente, contestó muy tranquilo: «Bah! yo espero que su enfermedad no será cosa de cuidado.»

Cuando anda por la calle, empieza su conversacion con un amigo, y á lo mejor se junta con otra persona siguiendo la misma conversacion; si esta persona le hace reparar en su distraccion, suelta don Anacleto grandes carcajadas, retrocede algunos pasos y coge del brazo á un caballero que juzga es su primer compañero. Empieza á censurar la conducta de cierto don Bonifacio su vecino, y á decir pesces del modo que se deja gobernar por su muger, hasta que la cólera del agraviado que suele insinuarse con algun hofeton ó puñetazo asaz elocuente, hace ver á nuestro distraido que estaba hablando con el mismo don Bonifacio.

Mi señor don Anacleto es aficionadísimo á los huevos pasados por agua: no cena otra cosa. Sabe que, por regla general experimentada por los mas hábiles cocineros, bastan cuatro minutos de submersion para que el huevo cocido tenga su verdadero punto. Pone mi héroe su cafetero en la lumbre, y cuando hierve el agua coge con una mano su reloj y con la otra un huevo; pe-

ro vagando su imaginacion por regiones aéreas, sumerge su reloj en el agua, y contempla maquinalmente el huevo para sacar el reloj bien cocido á los cuatro minutos,



Quando don Anacleto encuentra en la calle alguna pasiega que lleve en brazos algun niño de sus amigos, se acerca con amabilidad á la pasiega, lo hace tiernas caricias, la da un beso, y luego dice al chiquillo: «dará usted un recado á los señores.»

Jamás ha llevado don Anacleto bien botonado el chaleco: regularmente coloca el primer boton en el tercer ojal.

Un día que debió entrar no sé por qué negocio en uno de los aposentos de palacio, le bicieron dejar el baston á la puerta. A su salida estaba su baston junto al del mismo portero. Tomó el uno por el otro y se fué muy serio á pasear por el Prado hecho un tambor mayor.

Aunque algunas distracciones suelen darle malos ratos á mi distraido, no es esto lo mas comun, pues generalmente suele distraerse don Anacleto en provecho suyo. Si toma algo con sus amigos en el café, nunca es él el pagano. Si su casero no está muy á la mira del vencimiento

del alquiler, á buen seguro que no será don Anacleto quien se acuerde.

Seria no acabar si tratase de enumerar todas las distracciones de mi héroe. Concluiré pues con la que le ocurrió al pié de los altares cuando estuvo á punto de casarse, y por una de sus distracciones acabó á monterazos, como suele decirse, la solemnidad del acto.

Don Anacleto se mandó hacer un traje de boda muy elegante. Estaban muy en boga los pantalones ajustados; pero el sastre se los hizo tan estrechos á don Anacleto, que este estaba sufriendo lo que no es decible mientras duraba la santa ceremonia. Maldita estrechez! decia repetidamente entre dientes el novio cuando sentia el dolor que le causaban sus elegantes pantalones. Yo estoy por lo ancho, añadia para sí el pobre don Anacleto. En esto llegó el caso de hacer el cura al novio la pregunta de costumbre. ¿Quereis por esposa á doña Hortensia?..... y el pobre novio, á quien mas que nunca estaban atormentando sus pantalones, repitió: «¡No mas prendas estrechas! No quiero eso.» ¿Qué dice ese hombre? exclamaron todos atónitos, y él figurándose estar entre los aprendices del sastre, «sí señores, repetia colérico, yo no quiero eso; yo estoy por lo ancho, por lo ancho;» y á consecuencia de estas espresiones hubo una pelotera de San Quintin, y mi don Anacleto perdió una novia riquísima, por no ser aficionado á pantalones angostos.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

ROMANCE.

Juzgo yo que entre las muchas cosas que los hombres llaman calamidades, hay una tan indefinible y rara, que aunque se piense sobre ella no es fácil calificarla.

Si llora un padre á sus solas
y mira su frente calva,
lamentando noche y día
una esperanza frustrada,
que le arrebató el sustento

de su familia, ó la fama
de su opinion, ó la esposa
que mas que á sí propio amaba,
es calamidad, y es recto
el hombre que tal la llama.
Si lamenta la inocencia
víctima de la asechanza,
el ardid del hombre pérfido
que la persigue y ultraja,
es calamidad. Si un hombre,
del amigo á quien amaba,
ve la traicion manifiesta;
si el rico ve que le estafan,
el débil ve que le oprimen .
el honrado que le infaman ,
el viajero que le roban
y el enfermo que le matan ,
son calamidades todas,
y con justicia sobrada
las da tal nombre en el mundo
quien nació para llorarlas.

Pero que aquel que no ignora
lo que es pez y lo que es rana ,
y que tres y dos son cinco ,
y que el cardinal no es papa ,
y que tiene una cabeza
de los hombros levantada
para discernir que es hombre
y que no es bestia de carga ,
se enamore como un tonto
de una mujer linda maula ,
eoquetuela sin meollo
y artificiosa en sus mañas ;
y hore á lágrima viva
lo que ella en risas le paga ,
vendiéndote por lisonja
y amor, lo que es burla y cháchara ,
mas bien que calamidad
lo juzgaré extravagancia ,
ó debida recompensa
del hombre ruin que lo aguanta.
Que no ha nacido en el mundo
el que racional se llama ,
para instrumento del ocio
de la femenina sátira ;
ni es bien que el hombre prudente
se transforme en panorama
de arlequin ó saltimbanquis ,

visto en la linterna mágica.

Quédense allá con sus burlas
y lisongeras miradas,
y estratégicas sonrisas,
y no comprendidas máculas :
ó empléenlas , si las place ,
en un muñeco pantalla ,
ó en amante cartulina
de los que en ferias se gastan ;
y no en un hombre de seso
que tiene nariz y barba ,
buen olfato y clara vista ,
sin ser canasto de paja.

Yo al que malgasta su tiempo
y su paciencia malgasta ,
pasando noches en vela ,
y dando tormento al alma ,
solo porque una infrascripta
que se le vendió por santa ,
le hizo su décimo amante ,
le faltó á una cita falsa ,
y le pagó en desengaños
las que le dió en esperanzas ;
le tendré por venturoso
si sano su juicio saca ,
sin ir á dar con sus bucos
de Orates en una jaula ,
para escarmiento del mísero
que inesperto se consagra
á ser histrion ó estantigua
de embelecocos de su dama.

Me dirán que harto punzante
mi pluma febril no acata ,
cual acató en otro tiempo
la abnegacion y constancia
y virtud del sexo débil ,
ni reconoce sus gracias ,
ni la ternura y encanto
que entre delicias derrama ,
dando ilusiones al hombre
y al mundo esplendor y gala .
Y yo diré que sensible
mi corazon , nunca apaga
la hoguera que arde en su seno
y á la hermosura consagra ;
mas que ofendido por franco ,
guerra sin tregua declara
á los picarescos ojos

que por burlarle le halagan.
Y que si rendido adora
de amor las sencillas pláticas,
huye por escarmentado
lo que la virtud rechaza.

JOSÉ DE GRIJALBA.

EL BARATERO.



Al que me gruña le mato
que yo compré la baraja :
¿Está osté?
Ya desnudé mi navaja.
Largue el coscon y el novato
Su parné,
Porque yo cobro el barato
En las chapas y el cané.

Tiemblan sargentos y cabos
Cuando me pongo furioso :
¿Está osté?
Donde yo campo y yo tóso
No hay ternejales, no hay bravos
¡Chachipé!
Porque yo cobro los chavos
En las chapas y el cané.

A naide temo ni envidia;
Soy mu feroz y mu crudo :
¿Está osté?
Y si la ley del embudo
Me echa mañana á presidio,
Yo sabré

Cobrar en Ceuta el susidio
De las chapas y el cané.

Rico trujan y buen trago...
;Tengo una vida de obispo !
¿Está osté?

Mi voluntad satisfago
Y á costa agena me achispo ;
¿ Y por qué ?
Porque yo cobro y no pago
En las chapas y el cané.

Así camelo y recluto
El corazon de mi moza :
¿Está osté?
Y aunque ha peinado corozá,
Seré su rey ausoluto ;
¡ Lo seré !
Mientras me paguen tributo
En las chapas y el cané.

M. BRETON DE LOS HERREROS.

ESTREMA CONDESCENDENCIA!!!

ESPANTOSO FATALISMO!!!

Hallábame en Barcelona tomando café en el *del Espejo* con un amigo mío que tuvo la bondad de convidarme, y que por esta razon le llamo amigo mío, cuando entró y se sentó á una mesa inmediata, al lado de dos compañeros que al parecer le estaban aguardando, uno de esos hombres gacetas que recogen, Dios sabe cómo, cuantos sucesos políticos y domésticos tienen lugar diariamente en la poblacion en que habitan, y luego los refieren de pe á pa en todos los puntos donde concurren curiosos que no hayan quedado satisfechos con haber aprendido de memoria desde el título hasta el nombre del editor responsable, todos los periódicos del dia. El hombre gaceta que entró en el café en que yo me encontraba, es en su género una verdadera notabilidad. Sabe todas las noticias mucho antes que las autoridades que las reciben por extraordinario, de suerte que parece tener á su disposicion un telégrafo invisible, por cuyo medio se le

comunican cuantos sucesos ocurren en la Península. Sabe al mismo tiempo dar á las noticias tan rápida circulacion, que él solo vale mas para el caso que todo el enjambre de ciegos que se destaca de la imprenta nacional apenas ha hecho provision de gacetas extraordinarias. Con mas razon que el *Historiador* podría titularse *todos los periódicos en uno*; y en verdad, no podemos esplicarnos cómo á un hombre de esta naturaleza se le permite salir sin hacer depósito, y sin sujetarse á todos los demas requisitos de la ley de imprenta. Y no se crea que se ocupe solamente en noticias que tengan alguna relacion con la política. Conoce todo el vecindario y las extravagancias de cada vecino, y se complace en darlas á conocer á todos los demas, importándole un pepino de las reputaciones que su lengua sacrifica á la curiosidad de su auditorio. Este es siempre numeroso; los hombres en general desean reirse á costa de sus semejantes, y de consiguiente no es extraño que los cafés, á que habitualmente concurre nuestro hombre gaceta, esten llenos de gente que le aguarda con ansiedad.

Entre varios sucesos y ocurrencias pertenecientes á la crónica local, refirió una anécdota que prueba hasta donde puede llegar la condescendencia de un buen marido.

Pancracio Moron, jóven aragonés, hijo de una casa pobre pero honrada, dejó su familia en Balbastro para emprender en Barcelona la carrera de cirujano sangrador. Su buena madre le adicionó la chaqueta con un par de faldones para elevarla á la categoría de casaca; le hizo poner medias suelas en los zapatos: le equipó con seis pares de calcetines; le entregó dos pares de pantalones de mahon con trabillas de lo mismo que no tenian de ancho un través de dedo; tres camisas de hamburgo; el sombrero menos viejo del padre de su padre, ribeteado de mugre, de anchas alas y de voluminosas dimensiones, como acostumbran usarlo los barberos para meter en él el jabon, las navajas y demas accesorios del arte, completó su estuche con las únicas tijeras que ella tenía para sus labores domésticas, y con lágrimas en los ojos le dió un adiós, un abrazo y su bendicion. Pancracio, apenas llegó á Barcelona, se matriculó, sufrió el exámen de

reglamento y entró de mancebo en una barbería de la calle del Conde del Asalto. Debiendo solo á la navaja sus medios de subsistencia, no gozaba en verdad de comodidades que hiciesen envidiable su suerte; pero tocaba la guitarra como pocos, y esta habilidad le abrió las puertas de un porvenir mas lisonjero que el que tenia derecho á prometerse...

En el primer piso de la casa de enfrente vivía una soltera con mas años de los que ella quería y con mas gana de casarse que de rejuvenecerse. Había visto una tras otra pasar del hogar paterno al tálamo nupcial siete hermanas, y se moría de calor y de envidia viéndose condenada á quedar en el mundo para vestir imágenes. Ella era la mayor de la familia, y esta circunstancia la hacia rica, por lo que la hubiera complacido sobremanera si al mismo tiempo no la hubiese hecho vieja. Cuantos polvos se han inventado para limpiar la dentadura, cuantas pomadas se han encomiado para conservar el pelo, cuantos cosméticos se han preconizado para desarrugar el cutis, figuraban en el tocador de la solterona, que muy emperejilada y cubierta de perifollos, horas y horas se ponía de cimbel en el balcón, manifestando con los ojos á cuantos pasaban por la calle con sombrero, que allí había una habitación desocupada. Nuestro novel barbero fué el único que se dejó seducir por las insinuaciones de Enriqueta. Este era el nombre de la solterona. Notó Pancracio que cuantas veces tocaba la guitarra, Enriqueta alargaba el cuello, como el cisne que busca un caracol en el fondo de un estanque, ansiosa de salvar la distancia que de él la separaba. Supo que era rica y no tuvo necesidad de mas para enamorarse como un Torcuato Tasso. Hubo trueque de miradas, gestos mútuos y señas recíprocas; por espacio de dos meses el telégrafo de los dos amantes estuvo trabajando todas las horas de sol que tiene el día. Pancracio no pensaba mas que en Enriqueta, y de tal modo tenía ocupada la imaginacion, que cuando afeitaba á algun parroquiano, fijaba la atencion tan poco en la operacion que estaba practicando, que á menudo le hundía hasta los huesos la terrible navaja.

El amor no es una ciencia especulativa, y todas las teorías le causan si no puede reducir las

á la práctica. Así es que el platonismo de su pasión aburrió muy pronto á nuestros dos amantes que hijos ambos del siglo XIX, marcharon en derechura á lo positivo. Quisieron emplear otros medios de comunicacion mas seguros que los telegráficos, quisieron verse mas de cerca y revelarse verbalmente. Esto no dejaba de ofrecer grandes obstáculos, pero ¿cuáles no allana el amor, y sobre todo el amor de una mujer? Con Enriqueta vivia no mas que su padre y una criada; su madre hacia algunos años que habia pasado á mejor vida. El padre y la criada se querian como un cura y su ama, y una criada querida del padre no se deja fácilmente sobornar por los hijos. Al contrario, estos en ella encuentran constantemente un fiscal de todas sus acciones. Así es que Enriqueta no se atrevió siquiera á ensayar ningun medio para corromper á la fámula, y con su auxilio introducir á Pancracio en la casa en ocasion que estuviese el padre fuera. El padre no dejaba de salir de casa todos los dias, como que estaba empleado en el real patrimonio; pero quedaba constantemente la criada hecha un Argos de la pobre Enriqueta. Para el barbero, de consiguiente, todas las puertas estaban cerradas; no veia ningun camino para conducirse á su objeto. Mas Enriqueta, con el ingenio aguzado por el amor, encontró, uno y fué el siguiente.

El padre de Enriqueta era un hombre pulero, era uno de esos vejetes para quienes la vida no tiene invierno, y que hasta á la tumba quieren bajar con las botas limpias y la camisa bien planchada. Afeitábase todos los dias, y sin haberse hecho la barba no hubiera ido á la oficina aunque le hubiese costado el empleo que, sea dicho de paso, para nada lo necesitaba, y que hubiera venido perfectamente á mas de cuatro infelices que estan pereciendo de miseria á pesar de su idoneidad y de una hoja en que constan sus buenos servicios. Desgraciadamente el padre de Enriqueta se afeitaba solo; y de consiguiente ningun barbero frecuentaba su casa. A hacerse necesario el barbero se dirigieron principalmente todos los conatos de la enamorada niña. Conseguido esto, de modo se lo habia ella de manejar que fuese el barbero de su padre su querido Pancracio. Al efecto, en ocasion en que su

padre estaba fuera y la criada ocupada en la cocina, entró en el gabinete de aquel, cogió el estuche, sacó las navajas, y pasándolas y repasándolas de corte por el borde de un tintero de laton en breve consiguió mellarlas é inutilizarlas completamente. Luego las volvió al estuche y lo dejó todo como si tal cosa.

Al dia siguiente hubo la de Dios es Cristo. Don Emeterio el padre de Enriqueta, quiso afeitarse; estaba ya enjabonado, abrió el estuche y vió la terrible metamorfosis que sus navajas habian sufrido. En lugar de navajas encontró sierras. Alborotó, refunfuñó, gruñó; llamó á la criada, llamó á su hija fulminó contra las dos cargos muy graves: pero la firmeza con que ambas rechazaron la acusacion, dejó á don Emeterio sin palabra. Bien conocia este que precisamente una de las dos habia de ser la culpable, porque en su casa no entraba nadie mas que ellas, absolutamente nadie; pero al mismo tiempo á ambas las juzgaba incapaces de una accion propia solamente de chiquillos, repugnante al carácter de una y otra, y que consideraba sin objeto, porque él no lo sabia adivinar. Apaciguóse, y apenas estuvo tranquilo, le dijo Enriqueta con afectada amabilidad. — Pero, padre mio, ¿cómo lo hará usted ahora sin navajas? ¿va usted á salir sin afeitarse? ¡cuán feo está usted así! ¿quiere usted que llamen á un barbero? — Mucho lo siento, hija mia; pero no tiene remedio, que lo llamen. No bien habia dicho estas palabras don Emeterio, cuando Enriqueta estaba diciendo á la criada: dice padre que vayas á la tienda de enfrente para que venga alguno á afeitarte desde luego. Don Emeterio, no habia localizado el puato de donde debia venir el barbero, ni habia dado la preferencia á ninguno; pero Enriqueta tuvo á bien mandar por el barbero de enfrente para... ahorrar pasos á la criada. En esto no hay malicia.

La criada entró en la barbería, cumplió con su comision y se fué. Pancracio, que ya habia recibido por telégrafo noticia de lo que estaba pasando, salió tras la criada casi pisándola los calcáñares. Ambos llamaron á la vez en casa de don Emeterio; Enriqueta les abrió la puerta y experimentó una sensacion inexplicable al ver tan de cerca al objeto de sus ansias. Le parecio hermo-

so y vestido de última moda. Su corazón saltaba como si quisiera salirse del pecho, y la dió tal temblor de piernas, que casi no acertaba á andar ni á tenerse en pié. Introdujo en el cuarto de su padre á Pancracio, el cual procedió desde luego á la operación por la que había sido llamado. El buen mancebo hizo cuanto pudo para grangearse la confianza de su futuro suegro, y realmente lo consiguió. Aquella rapadura fué una obra maestra del arte. Prendóse don Emeterio de la ligereza de la mano de Pancracio, de suerte que le asalarió para lo sucesivo y le pagó un mes adelantado, que el mancebo hubiera rehusado de buena gana, si no hubiese temido revelar con su generosidad el amoroso interés que debía disimular á toda costa.

Tenia Pancracio un no sé que de bondadoso que fácilmente cautivaba todas las voluntades. Así es que á los pocos días de frecuentar la casa de don Emeterio, logró hacerse á los ojos de este simpático sobremanera. Cuando tuvo el terreno bien preparado, aguijado por su amor y por las exigencias de Enriqueta, pidió la mano de esta á su padre, que no solo se la rehusó, sino que le echó de su casa á cajas destempladas. Sin embargo, no por esto murieron las esperanzas de los dos amantes. El amor de Enriqueta era demasiado profundo para sacrificarse á las exigencias paternas, y el de Pancracio estaba cifrado sobre cálculos demasiado positivos para ahogarlo en su corazón ó, por mejor decir, en su cabeza; pues mas era amor de cabeza que de corazón, sin haber antes procurado vencer cuantos obstáculos se le oponían. Volvieron los dos enamorados á establecer sus telégrafos, como único medio de comunicación que les quedaba y del cual se vieron también privados á los pocos días. Mandó el padre cerrar todos los balcones que daban á la calle, y prohibió á su hija formalmente abrirlos aunque pasase el viático. Estas medidas rigurosas y excepcionales no hicieron mas que avivar la pasión de la muchacha, que no pudiendo sobrellevarla, empezó á ponerse flaca como un cadáver hasta el extremo de dar á su padre mucho cuidado. Esta circunstancia, el cariño que había profesado á Pancracio y la fatalidad de no haber encontrado otro barbero que con tanta maestría le hiciera la barba, le obligaron

por fin á acceder á la voluntad de los dos amantes, lo que hizo despues de haber consultado la de la criada y haber obligado á admitir á Pancracio las dos siguientes condiciones: afeitarse todos los días aunque estuviese casado con su hija, y vivir con esta separados de su casa. Esta última condición fué atribuida por el vulgo murmurador á la criada, que sin duda la impuso para obrar mas á sus anchuras con su amo y participar mas abiertamente de su soberanía.

Pancracio y Enriqueta se casaron ¡Dichosos ellos! decían los hambrientos condiscípulos de Pancracio que solo en las riquezas veían la felicidad ¡Desgraciados! decían los que solo la veían en la posesión de la hermosura. Nosotros nada decimos. Si fueron desgraciados ó felices, poco tardaremos en saberlo.

Enriqueta era rica. Su padre tenía muchas fincas urbanas y rurales que todas debían pasar á su poder y de este al de sus hijos, si tenía la fortuna de tenerlos. De otra suerte todos sus bienes pasaban á su segunda hermana, y en este caso el marido si la sobrevivía se quedaba, como suele decirse, á la luna de Valencia. ¡Cuán grande, pues, no debía ser el empeño de Pancracio en tener hijos! Su mujer no gozaba de muy buena salud, y por otra parte tenía mucha mas edad que él, por lo que segun todas las probabilidades debía sobrevivirla. Sobrevivirla y volver á la vida de pobre despues de haber gozado todas las comodidades que las riquezas proporcionan, era una cosa atroz, una cosa que solo el pensarla le hacía estremecer. ¡Qué no hizo el buen Pancracio para tener sucesión! Al primer año de matrimonio su mujer se hizo embarazada y abortó; y al segundo le sucedió otro tanto, y otro tanto al tercero, hasta que por fin pasó otros tres sin dar la mas mínima señal de fecundidad. Pancracio estaba desesperado. Se asesoró con todos los facultativos de mas nota; hizo mudar aires á su mujer, la obligó á visitar ciertas capillas y á beber ciertas aguas á que atribuye el vulgo supersticioso las mismas facultades que al Espirita-Santo; pero todo en vano. Por fin, cansado de la infructuosidad de sus tentativas, pasó con su mujer á Galicia, donde dicen que raras veces se encuentra una mujer estéril. En efecto, establecieronse en Comarinas, y á los dos meses

de estar allí, notó Pancracio que el vestido de su esposa por detras crecia y se acortaba por delante. ¡Qué felicidad! Como el objeto que les detenía en Galicia se había ya conseguido, regresaron inmediatamente á Barcelona, donde con ansiedad estuvieron aguardando el día del bautizo. El padre de Enriqueta debía ser padrino y madrina la madre de Pancracio, á la cual mandó este al efecto una buena cantidad de dinero para que se presentase con lucimiento á sacar de pila al futuro fruto de su amor.

Segun cálculos de Pancracio, que debemos suponer exactos, (dijo el hombre gaceta que en 4 de enero del año pasado estaba refiriendo esta anécdota en el café del Espejo,) ayer entró Enriqueta en el sétimo mes de su embarazo. Sabidos son los descos extravagantes y singulares caprichos de una mujer embarazada, los cuales son tantos mayores, cuanto mas fácilmente con ellos se transige. Pancracio, tratando á toda costa de impedir un aborto que hubiera aguada las esperanzas de toda su vida, accedia á los antojos de su esposa con una docilidad de que no hay ejemplo en los anales matrimoniales, y si alguna vez manifestaba no hallarse dispuesto á doblegarse á alguna exigencia demasiado repugnante, su mujer le hacia ceder á la fuerza amenazándole con el aborto. A esta palabra terrible Pancracio sentía erizársele el pelo y despegársele la carne de los huesos, y le faltaba valor para la resistencia. ¡Cuánto abusaba Enriqueta del dominio feroz que debía á esta amenaza! Largo sería enumerar todos los abusos de autoridad de Enriqueta no menos que los ejemplos de condescendencia que ha dado el buen Pancracio, y que el hombre gaceta refirió con aplauso de sus oyentes; por lo que yo en obsequio á la brevedad, me contentaré con esponer uno que vale por todos, y que tiene la circunstancia de ser el mas reciente.

En la tarde del día en que entró Enriqueta en el sétimo mes de su embarazo salió á paseo con su esposo, por haberla aconsejado los médicos que hiciese diariamente un rato de ejercicio moderado para precaver el aborto. Ya casi era noche, cuando volviendo á su casa por una de las muchas travesías que desembocan en la magnífica calle del Conde del Asalto, al tibio respian-

dor del último crepusculo divisó Enriqueta los tristes despojos de un gato muerto. Tambien las miradas de Pancracio tropezaron con aquella asquerosa carroña y se desviaron con horror. Como es natural, los dos esposos siguieron adelante su camino; pero apenas habian dado cuatro pasos cuando Enriqueta, exhalando un suspiro, dijo: — ¡Ay Pancracio! ¿no has visto? ¿no has visto, Pancracio? — ¿Qué? respondió este. — ¿No has visto cuatro pasos atras, en la acera de la derecha, un conejo muerto? — No tal, si es un gato. — ¡Ay! ¡un gato! ¡qué gusto! Vamos á buscarle, Pancracio. — ¿Estás loca? — Vamos á buscarle. — Pero, mujer... — ¡Vamos á buscarle ó aborto! Palideció Pancracio; retrocedió los pasos que le separaban del fétido cadáver; le asió lo menos que pudo con solo dos de-



dos; le despegó de la acera, y lo presentó á su esposa, revelando sus ascos con un gesto que no se puede definir. Hizo que su esposa acelerase el paso todo lo posible para llegar pronto á casa y desprenderse de aquella carga inicua que le pesaba mas que una cadena, sin augurar el desdichado las nuevas calamidades que le aguardaban. Apenas se habia Enriqueta quitado la mantilla, cuando la dijo Pancracio: — ¿Qué quieres que haga de este animalito? ¿dónde quieres que lo echemos? — ¡Echarlo, dices! ¿estás en tu juicio? corre, Pancracio, con él á la cocina, desué-lalo, límpialo bien y fríelo. — ¡Cómo! ¿quieres

comerlo?—Pues es claro.—¿Qué horror!—Pronto, dáte prisa.—Es imposible, imposible.—¿Imposible, dices? ¿con qué estás empeñado en que yo aborte?—¡Oh! no, mujer; Dios nos libre de semejante calamidad; se hará lo que tú quieres; llama á la criada...—¡Cómo! ¡la criada! tú mismo lo has de limpiar, tú lo has de desollar, tú lo has de freir.—¡Jamás! ¡jamás! ¡eso es ya demasiado!—No lo hagas, ingrato, no lo hagas... ¡Qué dolores son esos, Dios mio! ¡no hay remedio, yo aborto! Y se puso ambas manos en la arqueada barriga, y casi sin sentidos se dejó caer en un confidente. ¿Qué podía hacer Pancracio en tal conflicto? Llamó á la criada para que tragese agua y vinagre, y mientras esta socorria á su señora, él se entró en la cocina, desolló el gato, le hizo tajadas, lo lavó, lo frió, y lo presentó en un plato á Enriqueeta que ya habia vuelto en un plato de su desmayo.—Toma, hija, come, la dijo.—Quiero, dijo ella, que comas tú antes una tajada.—¡Yo!—¡Bien! ¡no la comas, cruel! mas ¡ay! ¡yo aborto!—¡Abortas! ¿con que no hay mas remedio que comer yo una tajada ó abortar tú? ¡Está bien, la comeré, la comeré! Cogió la tajada que le pareció menos asquerosa, y con el estómago revuelto cerró los ojos á la manera del desesperado que se precipita de una gigantesca torre, y consumó el espantoso sacrificio. Luego le acosaron náuseas; su rostro tomó un color terreo, y con voz apagada dijo á su esposa:—Toma, come tú ahora.—Yo no quiero, respondió ella con ira poniéndose de piés.—¿Pero por qué?—¡Porque tú te has comido el mejor bocado!—¡Llévete el diablo! refunfuñó Pancracio entre dientes, y se encerró en su gabinete, donde es fama que hasta las tripas echó por la boca.

Hasta aquí la anécdota tal como la contó el hombre gaceta. Ahora yo debo añadir que Pancracio Moron era el mismo hombre con quien estaba yo tomando café. Por esta razon sin duda, no queriendo ser testigo de las afrentosas risas de los concurrentes, apenas oyó que el hombre gaceta pronunciaba su nombre y apellido, se zampó de un sorbo todo el café que le quedaba en la taza, se levantó, dió un napoleon al mozo, y sin esperar que le dieran la vuelta se escurrió como un raton acosado y me dejó sin decirme adios. Sin volverle á ver pasé dos meses, al cabo

de los cuales le encontré abismado en profundas meditaciones en un estraviado sendero de la montaña de Monjuí. Me pareció que estaba muy melancólico, y preguntándole la causa de su tristeza, me respondió que no podia por mas tiempo sobrellevar el peso de la vida. Me dijo que cuando estaba persuadido de que su mujer habia entrado en el noveno mes de su embarazo, los médicos acababan de disipar todas sus ilusiones, asegurándole que su esposa no estaba embarazada sino hidrópica. ¡Qué horror! dije yo entre mí, ¡aprender esta verdad terrible despues de haber comido gato para evitar un aborto!

Al día siguiente entre estrepitosas carcajadas estaba el hombre gaceta en el mismo café del Espejo refiriendo lo que me habia dicho Pancracio el día antes. ¿Por qué conducto lo supo?

Treinta dias despues el mismo hombre gaceta estaba arrancando lágrimas á un numeroso auditorio refiriéndole la horrorosa catástrofe de un jóven cuyo cadáver encontraron en la *mar vieja* algunos pescadores. El cadáver estaba espuesto á las miradas públicas en la *Columna* (1). Fuí á verle, y reconocí en sus facciones á Pancracio Moron.

Si el infeliz hubiese tardado dos dias mas en quererse suicidar, seguramente no se hubiera conducido á este terrible acto de desesperacion. Los médicos que calificaron de hidropesía la preñez de su esposa se equivocaron de medio á medio. Tan bárbaro fué su diagnóstico, que al día siguiente de la muerte de Pancracio, su mujer dió á luz nada menos que dos hijos rollizos y sanos como una manzana. Parecian un bollo de manteca, si bien uno de ellos nació con un gato en la espalda, á consecuencia sin duda del deseo que tuvo su madre en la época del embarazo y que no pudo satisfacer por haberse zampado Pancracio el mejor bocado.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.



(1) Sitio en el hospital civil de Barcelona donde se depositan los cadáveres desconocidos antes de llevarlos al cementerio ó á la sala de diseccion.

A MI AMIGO

DON AGUSTIN ALFARO.

Dias hace que intentó
mi inspiracion quimerista
buscar un antagonista
de mas veneno que yo.

Me harto de tirar el guante,
y no pude hallar el majo
por arriba, por abajo,
por detrás ni por delante.

Pregunté una vez y cien
de algun quimerista el nombre,
y por fin me dijo un hombre
con cara de hombre de bien:

Yo le diré brevemente
donde hay un espadachin
tal que le han de dar esplín
las señas del combatiente.

Yo busco, repuse al punto:
un genio de buenas alas,
sin miedo á bombas y balas,
alto flaco y cejijunto.

Talento claro y precoz,
abortado del Leteo,
que me supere en lo feo
y me aventaje en lo atroz.

Lo que usted quiere es muy raro,
me respondió su merced;
no obstante ¿conoce usted
á don Agustín Alfaro?

Pues en él de Barrabás
hallará la imagen viva,
por abajo, por arriba,
por delante y por detrás.

Busqué al tal espadachin,
y dije nada me empacha,
ya tienes á Juan en facla,
ponte tú en regla, Agustín.

Aunque me venzas y pises
¿á quién tienes interés?
¿á una fea con parnés,
ó á una bella sin monises?

Tras un silencio profundo
vino á escoger lo primero,
y yo por blandir mi acero

me decidí á lo segundo.

—Hábla tú. — Te toca á tí.

—Dá principio. — Empieza tú.

—En fin, dado á Belechú,
tomé aliento y dije así:

Aunque tu pecho desea
fea con unto de rana,
yo diré tarde y mañana
Dios me libre de una fea.

Que es camino horripilante
donde no hallarás atajo,
por arriba, por abajo,
por detrás ni por delante.

¿Cuáles serán tus apuros,
marido de rica dama,
si has de meterte en la cama
con un talego de duros?

Quando te empache la fiesta
dirás del oro al halago,
si buen dinero me trago
buenos suspiros me cuesta.

Nunca sospecha una hermosa
sabiendo que ha de vencer;
la fea tiene que ser
por necesidad celosa.

Que aunque adorne con la salsa
del oropel sus contornos,
sabe que entre los adornos
solo hay una piedra falsa.

Dime tú si tendras celo
por una novela ingrata,
aunque con broches de plata
se encuaderne en terciopelo.

Yo tengo el gusto mas fino,
y no te picenses que ceda
porque me des á Espronceda
con ferro de pergamino.

Talento tuvo mayor
el que dijo con solapa,
que bajo una mala capa
se oculta un buen bebedor.

Verdad es, voto al demonche,
que habiendo inmensos tesoros
comerás bien, tendrás toros,
beberás borgoña y ponche.

Mas ¿tendrás gana de risa
si tu mujer se incomoda
y te encaja que á la boda

fuiсте con mala camisa?

Por no armar un alboroto
huyo de trance tan fiero,
mujer que tiene dinero
nunca lo echa en saco roto.

No de madres y de abuelas
las ricas hijas exijas,
busca, Alfaro, buenas hijas,
pero no buenas hijuelas.

Qué una rica sierabrás
es una planta nociva
por abajo, por arriba,
por delante y por detrás.

Y no presumas que vivo
sin apego á los parnés,
quizá mi desinterés
es interés positivo.

Ya verás tú si mi musa
se va al infierno quizá
en atrapando una já
de esas que dicen *pantusa*.

Sin que mi ambicion ayara
quiera faltar al decoro,
¿dónde habrá mayor tesoro
que un buen palmito de cara?

Verdad hallarás constante
ya examines mi trabajo
por arriba, por abajo,
por detrás ó por delante.

Si quiero amigos, no es cosa,
los tendré como lo digo,
que todo el mundo es amigo
del marido de una hermosa.

¿La calle de la Montera
quiero andar sin embarazo?
llevo á mi mujer del brazo
y me dejarán la acera.

Pienso estar en candelero,
pues los hombres principales,
ministros y generales
me quitarán el sombrero.

Iré al café sofocado,
tomaré de leche un pozo,
y al ir á pagar al mozo,
me dirá: «ya está pagado.»

Y no podré perecer
como otros en la afliccion,
porque si quiero turrón

lo pedirá mi mujer.

¿Dónde hay ministro de pecho
tan escaso de sentido,
que no ponga «concedido»
á un memorial tan bien hecho?

Si á mas reflexiones subes,
el que tenga la intencion
de darla conversacion
me ha de poner en las nubes.

Dirá el seductor impio
cuando la tienda la red:
¿Qué marido tiene usted!
es íntimo amigo mio.

Aunque no me juzgue ducho
me llamará Ciceron,
y aunque me tenga aversion
dirá que me quiere mucho.

Aunque haga versos perversos,
dirá á mi cara mitad:
«bien merece esta beldad
quien hace tan buenos versos.»

Esto mi delicia fragua,
si hago un soneto ¿qué vena!
si un sainete ¿cosa buena!
deja atras al VASO DE AGUA.

Dará á mi mujer espanto,
que me alaben por detrás,
y me querrá mucho mas
sabiendo que valgo tanto.

De suerte que es vano el dolo
de los que están á porfia,
madurando la sandia
que me he de comer yo solo.

En tanto yo no me alejo,
pues teniendo esposa bella,
me estaré mirando en ella
lo mismo que en un espejo.

Enfermedades mayores
serán á mi cuerpo ajenas,
si hay quien endulce mis penas
y mitigue mis dolores.

En fin, no te digo mas
que una bella es lo que priva
por abajo, por arriba,
por delante y por detrás.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

Á MI AMIGO

D. JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

CONTESTACION.

¿En dónde está el campeón
que me provoca en LA RISA?
Paso, que mancho!... y aprisa!!
Ya murió Napoleón.

Conmigo en vano á destajo
versos é insultos enjergas;
que has encontrado, Villergas,
un majo para otro majo.

Buscas con ansia feroz
un hombre, ¡fatal deseo!
que te supere en lo feo
y te aventaje en lo atroz.

¿Y soy yo ¡Virgen de Atocha!
tal hombre, venciendo tú
en lo feo á Belcebú
y en lo atroz á... Torremocha?

De cólera haciendo estás
que eche yo un espumarajo
por arriba, por abajo,
por delante y por detrás.

Pero ¡oh entendimientos romos!
que cuando hablamos de bodas,
nos presentemos á todas
mas feos de lo que somos!..

No, amigo; mil veces no.
Tú eres un chico excelente,
mejorando lo presente,
(y lo presente soy yo).

Pero hagamos aquí punto,
y hablemos sobre mujeres;
que así á gusto, como quieres,
trataremos del asunto.

Tú me pones en un tris.
¿Con que á quién tengo interes?
¿A una fea con *parnés*
ó á una bella sin *monés*?

Para cortar la querrela
diría que es mas fortuna
no casarse con ninguna,
ó con una rica y bella.

Que no es esa la cuestión,
replicarás. Convenido:

mas consignada he querido
dejar mi *pobre opinión*.

— Ya entro en materia, anhelante
de zurrarte bien la criba
por abajo, por arriba,
por detrás y por delante.

Nunca es mengua, ni aun desdoro
tener fea la mujer,
si se la puede poner
tachonada de onzas de oro.

¿Qué dirás tú, majadero,
cuando al mirar sus facciones,
los hermosos pelucones
halles de Cárlos Tercero?

Te ries de mis apuros
cuando al meterme en la cama,
me encuentre en vez de una dama
con un talego de duros.

Eso es llevarlo al esceso,
y nadie habrá que te crea;
que al fin y al cabo la fea
tambien es de carne y hueso.

Y si entendimientos tardos
hablan así á troche y moche,
tú bien sabes que de noche
todos los gatos son pardos.

La hermosa siempre confia
en su *palmito* de cara;
la otra que tiene una *vara*
no dice esta boca es mía.

Y no se calla por bruta,
sino que al ver tal deslíz
bien conoce la infeliz
que nadie se la disputa.

La hermosa... ¿tú sabes bien
lo que es la mujer hermosa?
Siempre altiva y orgullosa;
siempre con necio desden.

Y amen de eso, sé prudente;
y no la pegues dos voces,
porque te da un par de coces
que te las clava en la frente.

¡Ay de tí, si se amostaza!
ya puedes comprar sombrero,
ya puedes con un torero
habértelas en la plaza.

La fea sin vilipendios
te hace el vivir mas propicio,

pues lees en su frontispicio:
«*Asegurada de incendios.*»

Y aun llevarás con paciencia
si te hace un *desaguisado*,
sabiendo que en el pecado
llevaron la penitencia.

Tú fundas tu necio orgullo
en tener una colmena
á que acudan, por lo buena,
abejas mil en barullo.

¡Ay! Tienes muy pocas conchas,
si así alucinarte dejas,
sin saber que esas abejas
dan picadas que hacen rouchas;

Y que ponen como un guante
desde el cabello al zancajo
por arriba, por abajo,
por detrás y por delante.

Me hablas luego (y me asesina
el verte ya hecho un Juan Lanás)
de que en una hermosa ganas,
pues es la hermosa una mina:

De que al ir con ella, listas
las gentes, al ver su talle,
presurosas te hacen calle
(acaso porque no embistas.)

Y tocas otro registro,
el turrón ¡turrón fatal!
enviar de memorial
tu mujer ante el ministro.

¡Ahora ya me ahoga el veneno!
¿Con que por tener turrón
dejarás que un fantasma
ponga en ella el *visto bueno*?

—Ven fea de mis entrañas;
dejemos á esos tumbones,
y contemos los doblones
para ver si no me engañas.

Con ellos conseguiré
lo que al otro mas le halague,
sin que un instante lo pague
la base de mi tupé.

Con ellos á tres por dos
caras tendré no muy raras;
que van baratas las caras
en este mundo de Dios.

Y mientras tengamos coche,
y granjas, y bacanales,

y vinos estomacales,
y esté oscuro por la noche;
De esos instintos bastardos
nos reiremos á porfia;
porque de noche, alma mia,
todos los gatos son pardos.

Y si Villergas sincero
maldice su desventura;
que eche un poco de hermosura
por jamon en el puchero.

Que no temo, aunque me escuches,
el que alguna vez avara
me echés tu dinero en cara
si hay fresnos y hay acebuches.

Así encontraré quizás
la dicha que tanto priva
por abajo, por arriba,
por delante y por detrás.

AGUSTIN DE ALFARO Y GODINEZ.

LONGEVIDAD SIN EJEMPLO.

BIOGRAFÍA

de D. Abundio Estofado.

En un lugar de España, cuyo nombre
no recuerda el mismísimo demonio,
se casó una muchacha con un hombre,
formando entre los dos un matrimonio.
Y de este matrimonio, no os asombre
aunque parezca falso testimonio,
vió Estofado la luz, flor de su casta,
que fué un tomo de lomo en buena pasta.

Nadie su edad á don Abundio exija
que no la arrancaré, ni con palancas:
quiere que por el diente se colija,
y aun sus muelas están fuertes y blancas.
Mas su fé de bautismo es cosa fija
que existe en el archivo de Simancas,
la cual está fechada, yo lo he visto,
mil años antes que viniera Cristo.

Aunque se halla en edad tan avanzada
ningun peso le aturde ni le agovia.
Talle recto, melena ensortijada,
capaz de dar antojos á una novia:
vientre nuevemesino, piel planchada,

ojazos como el puente de Segovia :
tira por tierra un toro brazo á brazo,
y unde un guarda-canton de un taconazo.

¿Si es correr? ¡Santo Dios! comió la sopa
del mismo Satanás en el profundo...

Como en sus tiernos años fué de tropa,
visitó en un viaje sin segundo
Africa y Asia, América y Europa,
dando cuarenta y seis vueltas al mundo.
Estuvo en Austerlitz, Montevideo,
Lóndres, Pequín y Cangas de Tino.

Recita mas veloz que un papagayo
de este mundo la historia peregrina.
No sirvió á Julio Cesar de lacayo,
porque aun no habia coche ni berlina.
Cuenta mil veces que siguió á Pelayo
en clase de agregado á la cocina,
y aun refiere en sus crónicas ¡caramba!
que fué el primer vasallo del rey Wamba.

Tiene, como el que mas, amor de gloria,
y ávido rumia cuanto impreso mira :
aprende las historias de memoria
que en alguna ocasion le causan ira.
Como ha sido testigo de la historia,
cuando dice Mariana una mentira,
contesta hecho un volcan con furia insana :
«yo lo contrario ví, miente Mariana.»

Cuando algun arquitecto atento acecha
de un antiguo edificio la cornisa
y dice «la ví hacer, larga es la fecha»
no lo puede evitar, le causa risa ;
pues nació, el buen señor, sin hallar hecha
una casa de mesa ni de misa,
y ayudó con sus fuerzas y descos
á establecer los montes Pirineos.

Tiene todas las artes en su mano :
ha sido comerciante, tabernero,
albeitar, diamantista, cirujano,
periodista, alguacil, picapedrero...
¿Pintor? mas que Velazquez y el Ticiano ;
y hay quien dice que siendo cerrajero
por historias verídicas se sabe
que al arca de Noé puso la llave.

Quejarnos en LA RISA fuera vicio
de sus ajos y sales y pimentas.
No es posible guisar con tanto juicio ;
porque hace, buen lector, no lo desmientas,
trescientos años que aprendió el oficio.

Luego, es hombre de buenas herramientas,
y el mozo menos ducho y menos diestro
sabe que la herramienta hace al maestro.

¿Quién guisará tan pronto ni tan bien,
¿quién sabrá mejor que él la obligacion?
Maneja que es un gusto la sartén ;
arregla en dos minutos un salmon,
y guisa una ternera en un amen ;
por lo cual debe ser, en mi opinion,
y por estar tan gordo y tan cabal,
hombre Matusalen, hombre inmortal.

Fué robusto de niño, por supuesto,
y aunque dando tropiezos y traspieses,
sobre su calidad atrajo prestó
la admiracion de rusos y franceses.
Salió á dos siglos del estado honesto,
casándose con viuda de mil meses
allá en las cercanías del Vesubio
quinientos años antes del diluvio.

Cien años don Abundio fué dichoso
con su esposa, muchacha de talento ;
falleció la mujer, y el buen esposo,
que no se hallaba en soledad contento,
estuvo todo un siglo haciendo el oso ;
casóse, y su mujer vivió otros ciento ;
murió por atracarse de accitunas
y él vivió otros cien años en ayunas.

Volvió otra vez á verse desposado
sufriendo encerradas de los pillos,
y otra vez enviudó ; pero si encifado,
lo contaré con modos mas sencillos :
Siete veces este hombre fué casado,
cada mujer dejó quince chiquillos ;
el mas chiquirritin cien años tiene
y todos le conocen por el nene.

Habrá comido novecientos bueyes
por el tiempo que lleva masticando ;
ha sufrido el rigor de muchas leyes,
y él va leyes y bueyes sepultando ;
vió acuñar las monedas de cien reyes,
y las vió poco á poco irse gastando.
Y aquí me admiro mas, pues considero
que ha tenido mas vida que el dinero.

Nadie su edad alcanza ni divisa,
ni la suma un geómetra profundo ;
en fin, guarda un faldon de la camisa
primera que estrenó San Segismundo.
Mirad si con razon diré LA RISA

que este hombre es el mayor viejo del mundo.
Pues no es esto verdad, viven los cielos,
que aun tiene padres y su madre abuelos.

Bien de Estofado la salud esplico,
que este mozo, oh lector, aunque te asombres,
conoce un ajo ali-oli, que es muy rico
para hacer inmortales á los hombres.
Yo por bien de los hombres le suplico
que de los ingredientes dé los nombres,
y él pone aquí por condicion precisa
que se suscriban todos... á LA RISA.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

LETRILLA.

*Entre gustos mil
y mil gustos mas,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.*

A muchos les gusta
la orchata y agraz,
á otros el Jerez
Málaga y Champañ.
Coles come Antonio,
perdices Pascual,
y otro engulle callos
mejor que faisán,

*Que entre gustos mil
y mil gustos mas,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.*

Para unos el agua
tiene virtud tal
que aclara la vista
y alarga la edad:
para otros el vino
es un manantial
de salud, de vida,
de jovialidad,

*Que entre gustos mil
y mil gustos mas,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.*

Unos quieren guerra,
otros quieren paz,
matrimonio Pedro,
celibato Juan.
Este entre las rubias
busca su beldad
y á una morenilla
rinda aquel su afán,
*Que entre gustos mil
y mil gustos mas,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.*

Viva Carlos quinto!
grita un capellan,
Viva el Estatuto!
dicen mas acá.
A Isabel segunda
proclaman los mas,
y hay quien dijo: viva
la junta central!

*Que entre gustos mil
y mil gustos mas,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.*

Mas no quiero en esto
meterme jamas...
Partidos?... Afuera!
Política? Quiá!
Que mientras los otros
son locos de atar,
yo; viva LA RISA!
digo, y nada mas.

*Que entre gustos mil
y mil gustos mas,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.*

Mugeres bonitas
gustan á los mas,
y tambien las feas
ostentan su imán.
Si uno busca flacas
para no sudar,
otro halla en las gordas
gracia colosal,

Que entre gustos mil

*y mil gustos mas,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.*

—
Cuando enviudó Pablo,
se puso á llorar
los fieros tormentos
de su adversidad;
murió de Francisco
la esposa, y el tal
esclamó bailando:
Dios la tenga en paz.

*Que entre gustos mil
y mil gustos mas,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.*

—
Qué fino sombrero!
Qué hermoso gaban!
y hosteza de hambre
quién lo ha de llevar!...
y esotro andrajoso
en la fonda está
llenando su panza
de rico manjar,

*Que entre gustos mil
y mil gustos mas,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.*

—
Cuando en el teatro
se estrenó el don Juan,
dijo uno: muy bien!
dijo otro: muy mal!
Qué versos tan bellos!
gritó don Fabian,
y esclamó don Cosme:
qué barbaridad!

*Que entre gustos mil
y mil gustos mas,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.*

—
Don Cornelio gasta
todo su caudal
porque ostente lujo
su cara mitad,
mientras don Crisanto

con la suya va
como si salieran
del santo hospital!

*Que entre gustos mil
y mil gustos mas,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.*

—
Cuando esta letrilla
lleguen á juzgar,
cuántos disparates
los necios dirán!
—Qué cosa tan linda!
—Uf! qué atrocidad!!!
—Qué mal lo hace Izco!
—Qué bien lo hace Ayguals!
*Que entre gustos mil
y mil gustos mas,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.*

—
Mas sabed, tontuelos,
que es vano ese afan,
que necios insultos
no hacen mella ya;
y si os gusta, neues,
de envidia rabiard,
yo quiero reirme
de esa necedad,

*Que entre gustos mil
y mil gustos mas,
lo que Gusta á Gil
le disgusta á Blas.*

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

A DON WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

¿Qué significa, Ayguals, que así desprecias
la carta que en abril te he dirigido?

¿mis espresiones tiéneslas por necias?

Mas ya sospecho, Ayguals, lo que habrá sido,
sin duda alguna le has dado garrote
viendo en ella á Ribot muy mal herido.

Pues pesie á tal, que no he de ser Quijote,
mas sí habré de imitar al gran Pitillas,
y palo habrá de piés hasta el cogote.

Y así prepara luego tus costillas,
puesto que por guardar las de tu amigo
á tu corresponsal ajas y humillas.

¿Tiembblas al escuchar lo que te digo?
¿Te cubres de pavor, y te acobardas?
Pues á asustarte mas y mas me obligo.

Que tengo dardos, flechas, alabardas,
escudo, yelmo, espada muy cortante,
tengo obuses, cañones y bombardas.

Y sobre todo, tengo mi semblante
de continente tal, y catadura,
que para confundirte es muy bastante.

¡Oh si profesor fuese de pintura!
para aterrarte fuera suficiente
el diseñarte mi caricatura.

Empero, finge Ayguals, que ves un ente
de aspecto muy mas fiero que el de Augusto,
nariz larga entrecejo y ancha frente.

Color pálido y ceño tan adusto,
que si en el papel bien se representa
al susto mismo puede dar un susto.

¿Pues y si de mi pluma te doy cuenta?
hiel, alquitran y sangre son la tinta,
de la que cuando escribo se alimenta.

Supuesta esta reseña tan sucinta,
¿osarás aun, Ayguals, dejar oculta
mi carta que sin testa á Ribot pinta?

Si de censores, pues, la turba multa
es la que te ha impedido á dar tal paso,
su decreto impolitico sepulta.

Con esto evitarás algun fracaso
porque á mí no me asustan los gigantes
sátiros, faunos, ninfas del Parnaso.

Ni de Zorrilla chancelos alarmantes,
ni Ribot, que á los peces arremete;
ni Rubi manejando armas punzantes.

Ni Príncipe ceñido de bonete,
ni Breton aunque viste traje ruso:
ni de la Carolina el tonelete.

Ni Campoamor con gorro tan difuso;
ni Escobar imitando á los toreros,
ni Soriano y Espin fogueando al uso.

Ni Urrabieta estudiante y compañeros,
ni Gerundio bailando sin capilla,
ni el lego Tirabeque aunque esté en cueros,

Ni casulla y turbante de Bonilla:
ni alas de Gil, volteando cual campana,
ni Baldoví que á dar teta se humilla.

Ni el cigarro y morcillas de Diana,
ni Canseco comiendo los tomates,
ni Abenamar que á dar saltos se afana.

Ni de Hartzbusch los varios disparates,
ni... de Júpiter mismo el rayo ardiente,
ni de Alcides las luchas y combates,

Ni de Palas el peto refulgente,
ni carroza y tritones de Neptuno,
ni el tigre, ni el leon, ni la serpiente.

Ni... para concluir mortal ninguno
podrá rendir mi aliento inalterable,
aunque todos se junten de consuno.

Dirásme, Ayguals, tal vez que así no hable.
que alabarse á sí mismo siempre ha sido
un vicio criminal y abominable...

Poco sabes del mundo en que has nacido,
el formar cada cual su ejecutoria
en toda la nacion se ha establecido.

En tiempo de mi abuela, que esté en gloria,
de la humildad se honraba el triste imperio,
segun que nos demuestra nuestra historia.

Empero ahora el noble magisterio
la arrogancia lo ejerce *dulcemente*,
lanzando de modestia el cautiverio.

Y así no solo un pobre pretendiente
traza el cuadro inmortal de sus blasones
y forma de su mérito expediente,

Sí que cuantos honrados campeones
quieren la toga, faja ó la poltrona
suben por tan sublimes escalones.

¿Cuál periodista luego no pregona
sus dotes, su talento y patriotismo?
¿Cuál poeta no ensalza su persona?

El que da una funcion hace lo mismo.
¿y seré criminal porque me alabo?
antes bien el no hacerlo es fanatismo.

Ya me dilato mucho, y así acabo
advirtiéndote... ¡ay Dios que se me olvida.
lo que mas interesa; bravo, bravo!!!

Ayguals, mándame pronto, por tu vida.
de *Don Lucas* el número segundo,
sin dar lugar á que otra vez lo pida.

Pues rodará bien pronto por el mundo
el tercero y aquel aun no me han dado,
tal vez iría del Cócito al profundo.

Item mas, sabe Ayguals, que hemos formado
ya de la *Carcajada* trece entregas,
y de Cervantes nada has estampado.

A este hombre inimitable, ¿acaso niegas
en tal escrito el sitio mas sublime?

¿Persiguenle en la tumba furias ciegas?

Ayguals, su augusto nombre pronto imprime
en ese tu periódico, que acaso
el carácter del héroe hispano esprime.

Bien sea *de sus viajes al Parnaso*,
ora de sus *novelas ó poesías*:

¿y su Quijote, en sales es escaso?

Resuene, pues, su nombre en estos días
en que un enjambre brusco de escritores
quiere vender, por *chistes, tonterías*.

Ayguals, si desatiendes mis clamores,
te juro por el genio de Cervantes
arrebatarle miles suscritores.

Iré á la córte misma cuanto antes,
y de un furor celeste arrebatado
dardos te arrojaré bien penetrantes.

Te agarraré las barbas con enfado
y te llevaré... á dónde?... al mismo averno
para que seas por Pluto sentenciado
á silencio ominoso, á oprobio eterno.

JOSÉ ILLAN MARTINEZ.

ROMANCE HISTORICO.

*Leido en el Instituto Español en la noche
del 28 de junio de 1844.*

En un lugar á tres horas
del papa-moscas de Búrgos,
había un padre muy bestia
que tuvo un hijo muy bruto.

Pero los dos tan zopencos
que muchas veces el vulgo,
sin reparar las edades,
tomó el otro por el uno.

Tales padres tales hijos,
dijo el papá al ver su fruto,
que á no nacer tan mostrenco
dudára que fuera suyo.

Y en pensarlo fué dichoso:
mas yo no le alabo el gusto,
porque una oveja muy clara
pare un cordero muy turbio.

A ser aspiraba el mozo

un abogado profundo,
y cumplió los veinticinco
sin dedicarse al estudio.

Por fin al cabo de un año
de meditacion y ayunos,
y reprensiones del dómine,
que rayaban en insultos;

Aprendió mi buen manzampulas,
con admiracion del mundo,
del catecismo de Astete
hasta las comas y puntos.

En las cuentas quedó siempre
tan atrasado el cazurro,
que apuntaba seis sumando
tres hombres con dos besugos.

Pero calculando el padre
por la estatura el discurso,
mandó á su nene á la córte
á proseguir los estudios.

Entró en la córte el maneebo
luciendo su cuerpo curro,
con el gaban abrochado
el veinticinco de julio.

Cada vez que de su pueblo
venia á Madrid alguno,
tenia carta del padre,
lo cual apreciaba mucho.

Y aunque en perversos palotes,
con letras como almendrucos,
la contestacion firmaba
toda de su letra y puño.

Pero pasaron seis meses
sin que paisano ninguno,
como un tiempo visitára
de esta capital los muros.

Y así la correspondencia
tuvo que cambiar de rumbo,
y liaron al correo
ambos los secretos mútuos.

Sin duda nuevas vinieron
á Madrid de mucho bulto,
cierto día que en correos
todo era-gresca y barullo.

Mas no fué que de la España,
se pronunciára algun punto
por república *aristócrata*,
ó *popular* estatuto.

Fué que una carta venia,
de la que fué patria un dia
de las babuchas del Cid,
y cuyo sobre decia :
«para mi hijo, en Madrid.»

Esto solo era la causa
del destemplado murmullo,
unos decian ; qué estólido!
otros decian ; qué estúpido!

Cuando á la ventana dieren
dos golpes morrocotudos,
y volvió, mal que pesára,
la gravedad á su punto.

Abrieron la ventanilla
y vieron un mozo esdrújulo,
que tenia siete cuartas
desde la cabeza al musto.

El cual , con perdon de ustedes,
iba comiendo un mendrugó ,
vestido de cortesano,
muy elegante y muy pulcro.

Quedó encarado en la gente,
cerca de cinco minutos,
y dijo con mucha calma
despues de hacer un saludo : —

«¿ Tengo carta de mi padre?»
—Y sin pararse un segundo
le dió el oficial la carta,
diciendo con ceño adusto :

No soy ducho en acertijos ;
pero aquí no cabe plagio ;
tenga usted, que hay datos fijos ;
pues como dice el adagio,
tales padres, tales hijos.

—

Tomó la carta el mancebo
muy contento de su triunfo,
y leyó lo que yo á ustedes
copiaré punto por punto.

—

Cuatro cartas te he escrito
con esta, querido Andrés ;
y ésta la pongo aburrido
de no haber aun recibido
contestacion mas que á tres.

Quizá no llegue á ese centro ;
mas yo que soy viejo verde
y á todo remedio encuentro,

por si acaso esta se pierde
te envío una copia dentro.

Que estés gordo no me asusta,
aunque tal vez no te sacias
de Pepas y Bonifacias ;
mas dime si eso te gusta :
mi salud buena, á Dios gracias.

Este papel borraño
por saber con amplitud ,
si estás en ese recreo,
con la completa salud
que yo para mí deseo.

Aquí estamos mal, amigo ;
pero por mas que me incites
de patria nada te digo,
pues no quiero que visites
la casa de poco trigo.

A mí nada me contrista ;
siempre del que manda soy,
que acá el que tiene no chista,
y yo me hallo el dia de hoy
mas rico que un contratista.

No temo rayos ni truenos,
como los temí otras veces ;
pues veo auspicios tan buenos,
que pienso coger lo menos
dos celemines de uveces.

Si de una heredad sembrada,
en terreno de Betanzas,
no cojo esta temporada
tres fanegas de garbanzos,
creo que no cojo nada.

Ya ves si puedo andar mal ;
y no presumas que es todo
riqueza territorial :
yo me alegro en cierto modo
de que algo sea industrial.

Tu mamá, que es en el mundo
el iman de mis hechizos,
el dia de San Facundo
me dió á luz cuatro mellizos,
ya ves si el año es fecundo.

Víctima la ví segura
de los médicos bolonios ;
pues tal fué su calentura,
que la llevan los demonios
si no es por el señor cura.

Y me echo al pescuezo el nudo

si deja su cuerpo yerto
de la muerte el golpe crudo :
no por que ella hubiera muerto,
sino por no verme viudo.

Pues ¿dónde el hombre halla goce
sino en la muger querida?
La muger es nuestra vida;
ninguno la reconoce
hasta que la ve perdida.

La dió en el parto un temblor,
y dijo, arrugando el gesto,
que no volverá su amor
á sufrir tanto dolor...
hasta otra vez, por supuesto.

Adios, y vive en tus glorias ;
yo entiendo que allá y aquí
nadie sabrá mis historias
pero da á todos memorias
los que pregunten por mí.

Por inútil no diré
que está á tu disposicion
este, que desea á fé,
verte pronto el corazon,
tu padre querido.

Antonio A. P.

POSDATA.

Y firmo con iniciales
no abran esta carta mia,
y me echen á los canales;
pues sabes que hay en el dia
cosas muy originales.

No es tu talento tan largo
que entienda de *aes* ni *pés*.
Te lo diré, sin embargo,
para tu gobierno, Andrés ;
pero... el secreto te encargo.

¿Ves la *A* donde firmé,
que es la del lugar primero?
pues *Anton* decirte quiero
y *Perulero* en la *P*,
to'al, *Anton Perulero*.

Chico, tu silencio me harta ;
escribe aunque no te cuadre :
mas si algo tu pluma ensarta
para guiar bien la carta,
pon solamente «A mi padre.»

Y aquí se acabó la carta,
y aquí el romance concluyo,
que bien habrá molestado
por eterno y por iusulso.

Mas si he cansado, aprovecho
el buen asonante en *no*,
para pedir mil perdones
al salon del Instituto. .

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

NO HAY COSA COMO COMER (1).

Á MI AMIGO D. VALENTIN FUENTES.



Yo no canto de Marte los furores,
que del cañon me aterra el estallido,
ni del hambre y la peste los horrores,
ni los vanos impúdicos amores
del mundo corrompido.

Canto el placer mas sólido y durable
que ofrece la existencia deleznable

en su curso apacible ;
canto, público amable,
el mágico poder del comestible.

Gíman enhorabuena
en las redes de amor de su sirena
los necios amadores,
no creo que el estómago se llena
con el humo fugaz de los amores.

Canto del rico pavo
la crasienta pechuga,
que tan buena me sabe con lechuga.

(1) Leida por el autor en el Liceo de Valladolid.

la habilidad alabo
del noble cocinero
que asa bien una pierna de carnero,
y el valor indomable con que raja
el pernil de Galicia succulento,
y en la sarten le encaja
donde sirve de pródigo sustento.

La mejor armonía,
la música que grata me recrea,
es la aguda almirez, la algaravía
con que chisporrotea
el provisto fogón á mediodía.

El mas grato perfume
que deleita mi olfato,
aunque la carga del pesar me abruma,
es el asado que contempla el gato,
y al fuego lentamente se consume,
y se traslada de la lumbre al plato,
y del plato al estómago vacío,
de donde lanza el frío
y el angustioso flato.

¿Dónde habrá mejor drama
que el que se representa en la cocina,
y mas si fuese el ama
una linda y curiosa vizcaína?

Allí no hay peripecia,
allí es el desenlace muy sencillo,
no hay que pedir preceptos á la Grecia,
la criatura mas cerril y necia
barrunta el olorillo
de la salsa y la especia,
y aguza á toda prisa su colmillo.

Gran cosa es el comer: — las ilusiones
no valen un pepino,
y las inspiraciones
del docto Venusino
no valen un ternero y dos jamones,
y el competente vino.

¡Gran cosa es el comer! ¡oh! ¡cómo aguza
mi apetito la cándida merluza,
y el congrio, y el salmon!
¡Vivan las gentes dueñas
que hacen guerra á las truchas
y persiguen al rico salchichón!
¡Viva lo positivo,
viva lo que se pega á los riñones,
yo de comer escribo,
por la comida vivo,

y mitigo el furor de mis pasiones!
¡Oh! ¡qué buena invencion la de la cena!
¡Cuán dulcemente el sueño me encadena,
cuando de albondiguillas
mi estómago anchuroso se rellena,
y me tomo despues unas natillas.

¡Oh míseros poetas,
ochenta mil cuartetas
y cinco mil quintillas
no importan el valor de diez chuletas!
¡Gran cosa es el comer! las aliecciones
proviene del ayuno y abstinencia;
el que come pichones
siempre tuvo tranquila la conciencia!
Si me da un patatus, un palomino
me conforta, me alegra y vivifica;
si tengo un sentimiento, le ahogo en vino,
que mis resoluciones fortifica:
pienso vivir lo mas que se me alcance,
y en el último trance

he de dar á la vida,
comiendo, la postrera despedida.
Cuando sueño, no sueño con visiones,
ni brujas, ni fantasmas, ni vampiros,
sueño con fricasés y con tostones,
y me chupo los dedos
embriagado en tan dulces ilusiones.
Y al despertar famélico no tomo,
como el vulgo, café ni chocolate,
sino dos libras de exquisito lomo,
ó seis magras revueltas con tomate.

Si visito á cualquiera
me zampo de rondon en la cocina,
examino el estado de la plaza,
alzo la cobertera
y preparo el asalto con cachaza
al tasajo mas mondo de ternera,
y si el prójimo es pobre y de avichuelas
tiene valor de abastecer el fuerte,
pretesto una fluxion hácia las muelas,
y adios, (le digo) adios, volveré á verte...
(cuando estén mas provistas tus cazuelas).
No he visto tripas de mayor calibre
que las mias, ni el mismo Gargantúa,
ni el que á orillas del Tíbre
las riquezas del orbe devoraba
en el comer la palma me llevaba,
porque á falta de cosas de meollo,

como cangrejos, nisperos, repollo,
y aunque sean buñuelos.
Estraño que Leandro atravésara
por ver una muger los Dardanelos,
si una opipara cena le aguardára
disculpárale yo ¡viven los Cielos!
César en Rubicon detuvo el paso,
y añaden sapientísimos autores
que tembló de la guerra á los horrores.

Mas yo creo que acaso
se fué sin almorzar, de aquí provino
aquella indecision de tan mal sino.

Si Don Pedro el Cruel hubiera sido
tan zampon como yo, no hubiera habido
guerras ni zipizapes en Castilla,
se hubiera entretenido
hostilizando al congrio y la morcilla,
y no hubiera caído
en el lazo fatal de la Padilla.

Gran cosa es el comer, digo y repito.
¡Casi es una verdad! — Como que Tito
debió su genio dulce y apacible
al inmenso poder del comestible.

Y hay crónicas que añaden oportunas,
que no era tan benéfico en ayunas.
Yo despues de comer soy un Juan Lanas,
mas cuando estoy hambriento
ni las fieras hircanas

son de genio mas duro y turbulento.
Todo buen desafio se termina
con un almuerzo fraternal, y es justo.

El odio mas vetusto
no resiste al poder de la gallina;
y ¿quién ha de plantar una estocada
á quien le ofrece un pollo en empanada?
Comiendo se celebran las funciones,
los contratos comiendo se concluyen,
y comiendo los odios se destruyen;
comiendo se contraen relaciones.

Hay hombre que no chista en el camino,
cuando va en diligencia;
se llega al Parador y amable y fino
sus servicios ofrece en competencia
á todo fiel cristiano,
con quien comió el potaje mano á mano.

¡Qué larga va esta oda ó lo que sea!
Perdonad, amantísimos oyentes,
hablando de comer soy muy pesado,

porque tomo gustoso la tarea.
Huy! ya creo tener entre los dientes
un buen trozo de asado,
y á tan plácida idea
mi corazon se anima y se recrea.
El suplicio de Tántalo
habré hecho padecer á los glotonos,
público amigo, aguántalo,
que yo tambien le aguanto en ocasiones;
mas ay! estas estrofas elocuentes
han llenado mi estómago... de viento,
y me voy al momento,
sí: me voy á... buscar el mondadientes.

VICENTE SAINZ PARDO.

RISA Y LLANTO.

*Leida por su autor en el Instituto Español, en
la noche del 25 de junio de 1844.*

Desde el otro mundo
viendo nuestras cosas,
DEMÓCRITO RIE,
HERÁCLITO LLORA.

Al ver á Pedancio
como habla de Roma,
de París, de Lóndres,
de las Californias,
de los usos griegos,
sectas religiosas,
costumbres prusianas,
argelinas modas,
y no sabe acaso
donde está Tortosa,
DEMÓCRITO RIE,
HERÁCLITO LLORA.

Viendo que se arrullan
como dos palomas
Cándido y Mercedes,
y suspiran, lloran,
y finos se escriben
cartas amorosas,
con corazoncillos
flechados, coronas...

y esclaman *contigo*
pan negro y cebolla.
 DEMÓCRITO RIE,
 HERÁCLITO LLORA.

—
 Al ver á una dama
 fea y setentona,
 sin dientes ni muelas,
 ocultar con blondas
 su fe de bautismo,
 vestirse á la moda,
 ornar su peluca
 con flecos y rosas,
 y dar colorete
 á su faz de momia,
 DEMÓCRITO RIE,
 HERÁCLITO LLORA.

—
 Viendo á don Cornelio
 cuán tranquilo ronca,
 vive, bebe, engulle,
 y atrozmente engorda,
 y en mullido lecho
 duerme á la bartola,
 mientras al teatro
 se marcha su esposa
 con cierto primito
 que no la abandona,
 DEMÓCRITO RIE,
 HERÁCLITO LLORA.

—
 Al mirar que hombrea
 Simplicio, antes de hora,
 teniendo... ¡angelito!
 la leche en la boca...
 que á su bella Filis
 canta en dulces trobas,
 creyendo hacer versos
 cual otro Argensola,
 y el nene dá coces
 en verso y en prosa,
 DEMÓCRITO RIE,
 HERÁCLITO LLORA.

—
 Al oír al otro
 citar las dos sopas
 de su mesa espléndida,
 las muy ricas pollas,

el queso de Flandes,
 delicadas ostras,
 jamones soberbios,
 perdices sabrosas...
 y exbala tufillo
 de ajos y cebollas,
 DEMÓCRITO RIE,
 HERÁCLITO LLORA.

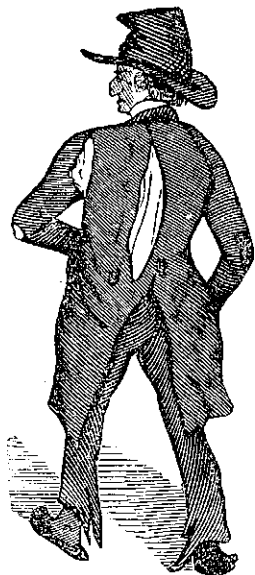
—
 Cuando doña Marta
 se hace la devota,
 y pasa en la iglesia
 las mas de las horas,
 con el monaguillo
 quedándose á solas,
 y chismosa luego
 critica á las otras,
 cual chupa de dómine
 poniéndome á todas,
 DEMÓCRITO RIE,
 HERÁCLITO LLORA.

—
 Al ver á Don Curro
 lucir su joroba,
 su nariz de á palmo,
 su tremenda boca,
 sus piernas torcidas
 á guisa de comas,
 y hablar de elegancia...
 y hacerse el persona...
 y entonar el canto
 de la barquerola,
 DEMÓCRITO RIE,
 HERÁCLITO LLORA.

—
 Al ver ante ustedes
 mi humilde persona,
 con ojos saltones
 cual dos alcachofas,
 con barbas de chivo,
 bigotes de rosca,
 y de sjenas faltas
 hacer burla y mofa,
 cuando son las mias
 asaz numerosas,
 DEMÓCRITO RIE,
 HERÁCLITO LLORA.

WENCESLAO ARGUALS DE IZCO.

UN FILOSOFO GRAVE.



SONETO.

Ese que envuelto veis en tanto harapo
mendigando su pan de grupo en grupo,
no es que destino mísero le cupo,
pues navega á placer y á todo trapo.

El hombre dice: «Vivo gordo y guapo...
como y bebo asaz bien de lo que chupo!»
Mas nunca grato el trabajar le supo,
y por el lodo vaga como el sapo.

Presume de sesudo y es un topo:
dice que es de filósofo su equipo;
y ronda los cafés como un galopo.

A Sófoles critica y á su Edipo...
y aunque se hace el discípulo de Esopo,
es de un pedante verdadero tipo.

WENCESLAO AVGUALS DE IZCO.



DEPLORABLE ACONTECIMIENTO.

Don Abundio Estofado, cocinero de LA RISA, cuya biografía vieron nuestros lectores en la página 479, está postrado en cama víctima de una peligrosa enfermedad. Comió días pasados un tacon de gallego en escabeche y se le clavó una tachuela en el hueso esfenoides, dejándole imposibilitado de guisar por una catarata que á poco rato se le observó en la pantorrilla izquierda. Sintió despues una fuerte jaqueca en el vientre, sin duda por habersele dislocado la coyuntura que une el hueso occipital con el hueso puvis, de cuyas resultas ha habido precision de entablillarle los intestinos. Hay varias opiniones acerca de la aplicacion de los remedios; hoy mismo están en consulta todas las rabaneras y escaroleros de Madrid, y es de esperar de tan inteligentes facultativos un buen resultado. Daremos noticia á nuestros lectores de los síntomas que presente este raro torozon, así como de los medicamentos que se vayan disponiendo al enfermo. Entre tanto tenemos la satisfaccion de anunciar que don Abundio, hombre laborioso en extremo, tenia preparados muchos y muy importantes trabajos, y que por consiguiente durante su embarazo no careceremos de sus salsas y sus menestras y sus asados. ¡Dios salve á LA RISA! ¡Dios salve á don Abundio Estofado!

J. M. V.

En El Marañon, periódico de Lorca, leemos lo siguiente:

UNA PREGUNTA.

De las acreditadas prensas de la SOCIEDAD LITERARIA, sale á luz, entre otras publicaciones una con el título de LA RISA; en las columnas de esta tan linda como brillante y amena enciclopedia de estravagancias, se han dilucidado por sus redactores cuestiones á cual mas rara, tales como si es mejor ó chocolate, ó haeves con tomate, ó jamon; y otras por este estilo; si bien en la citada me parece lo mejor comerse un par ó dos de haeves fritos con tomate y jamon, to-

mándose despues el chocolate. Mas yo no debo meterme á dar en esto mi voto, pues no soy capaz para alternar con los que la promovieron; de lo que si soy capaz es de hacerles una pregunta, para que den su parecer, si quieren.

Supuesto lo dicho (que en verdad es bien poco), vamos á la pregunta que si bien es sencilla, no deja de tener su dificultad.

Caros Ayguals, Villergas, Zorrilla, Rubí y demas RILLENTEs, ¿qué cosa es peor para cualquier pecador, *no tener una peseta ni aun en el bolsillo del reló, ó tener tres ó cuatro falsas?*

EL INVISIBLE.

RESPUESTA.

SONETO.

Hallarme sin monedas me acribilla;
pero, ¿cuál es peor? ¿no tener blanca,
ó una peseta falsa que me atranca
en la cárcel de Córte ó de la Villa?

El que no tiene un cuarto está en capilla;
lo falso abre al presidio puerta franca;
¡qué demonio! el dinero no se estanca,
si pasa ¡albricias! y si no, á Melilla.

No es hallarse de aceite en una balsa
tener pesetas falsas, ciertamente;
pero hallarse sin mus ¿es buena salsa?

Venga moneda falsa aunque me afrente,
que yo la haré pasar falsa ó no falsa;
si no... que me la claven en la frente.

JUAN MÁRTINEZ VILLERGAS.

NO HAY COSA COMO DORMIR (1).

A MI AMIGO D. V. SAINZ PARDO.

No esperes hoy que en trovas armoniosas
entone á las hermosas
un himno de alabanza y de loor;
ni que con firme y sonoro acento

canto del firmamento
la belleza, la gloria y esplendor.

No arrancaré á mi lira ecos veloces,
que ensaleen los prececos
perfumes de un pensil;
ni cantaré las glorias del buen Tasso,
que enriqueció el Parnaso
con volúmenes mil.

No: que quiero cantar de nuestra vida
la ocupacion mas grata y mas querida:
quiero entonar un cántico halagüeño
al mágico poder del blando sueño.

En buen hora nos cantes ¡oh poeta!
las sublimes delicias del comer;
eleva sí, tu cantiga discreta
la pechuga de un pavo á encarecer.
En buen hora nos digas que es muy grato
engullirse un buen plato
de truchas y jamon:
dejémosle gozar con las botellas,
y cantemos nosotros las tan bellas
delicias de un colchon.

¡Estupenda invencion la de la cama!
dehida, segun dice el diccionario,
á un reverendo fraile mercenario:
¡Oh sublime inventor! yo te saludo,
mi corazon agradecido te ama,
tu nombre, no lo dudo,
publicarán las trompas de la fama,
y estarás siempre en mármoles grabado.
¡Oh de los hombres cómodos dechado!
Cuando camas los hombres no tenian,
¿dónde los infelices dormirian?
Aquí no cabe duda,
estarían tendidos en el suelo
contando las estrellas en el cielo...

¡Gran cosa es el dormir! Cuando se duerme
no se siente la triste desventura,
ni el peso de la suerte fría y dura
que oprime nuestro ser,
entonces ni sentimos nuestros males,
ni de la vida peso nos agovia,
solo al través de mágicos cristales
vemos cruzar fantasmas de placer.
En la cama sentimos
que en dorados alcázares vivimos,
ó en florido y balsámico verjel,
y sentimos que niñas inocentes

(1) Leida por su autor en el Liceo de Valladolid.

adornan nuestras frentes
con gloriosas coronas de laurel.

Sueña el amante en la mullida cama
con la muger que ama,
sueña triunfos el ínclito guerrero,
canges el prisionero,
tesoros el avaro,
y el ardiente poeta en su memoria,
en porvenir de amores placentero
la aureola brillante de la gloria.

¡Qué gran cosa es dormir; si yo pudiera
estar siempre durmiendo,
muy dichoso yo fuera
de este modo la vida entreteniendo,
que es muy grato y muy bello,
en un catre de azul todo colgado,
estarse muellemente reclinado,
y ver del sol el último destello;
ó sentir de agitado y ronco viento
el empuje violento,
ó percibir la lóbrega tormenta
que azota las ventanas
cual su furor horrisono acrecienta,
ó sentir las campanas
que llaman con doblar triste y medroso
al viajero extraviado y pavoroso.

¡Viva lo positivo!
ha dicho el trovador de los jamones:
tiene mucha razón; mas yo no vivo
si el calor y la vida no recibo
del calor de la manta y los colchones.

Yo duermo dieziocho horas cada día,
y así paso del frío los rigores,
y de la suerte mía
los amargos y tristes sinsabores.
Yo después de dormir soy buen amigo,
soy un amante fiel, un fiel testigo;
mas si paso una noche sin dormir,
nadie me puede, vive Dios, sufrir.
¡Gran cosa es el dormir! diré cien veces;
en el lecho reposa el poderoso,
en el lecho descansa el indigente,
y todos ¡ay! le rinden un glorioso
tributo reverente.

Y qué ¿dirás aun con loco empeño,
dirás con intención horrible y fiera,
que es mejor una pierna de teraera
que lo es un rato de tranquilo ensueño?

Mas pudiera decir, pero lo callo,
que á cuantos me oyen convencidos hallo
de que las ilusiones
solo se hallan en blandos almohadones.
Voy pues á concluir, público amado,
después de tan prolifas discusiones,
pidiéndote un aplauso prolongado:
con él me probarás que hebe acertado
cuando digo risueño,
mejor que la bucólica es el sueño,
y en el lírico raptó que me inflama,
perdonad, que me voy hácia la cama.

VALENTIN FUENTES.

NO HAY COSA COMO LOS VERSOS.

Á MIS AMIGOS

D. Vicente Sainz Pardo y D. Valentín Fuentes.

Ohenta mil cuartetas
y cinco mil quintillas
no importan el valor de diez chuletas.
SAINZ PARDO.

¡Vaya que es cosa fuerte!
dice y repite el vulgo por manía,
que nadie está contento con su suerte;
pero esto es bohería,
que yo estoy muy contento con la mía.

Yo veo el comerciante,
cuando seda despacha hebra por hebra
maldecir su tarea á cada instante:
el labrador se cansa de la hebra,
el militar de su servicio fijo
¡qué bien dijo el que dijo,
que todos los oficios tienen quiebra!

El cura taciturno y usurero
se queja de ganar poco dinero,
que estas son de los curas las plegarias
y el algebrista en ocasiones varias
suda tenaz por atrapar pesetas,
y manchando papel horas completas
se encuentra que ha sumado *imaginarias*.

Mil músicos rabiar oigo, españoles,
de que su profesion tiene bemoles,
y al herrero bufar siento de enojos

que quisiera picar como una abispa,
porque una chispa le saltó á los ojos
que él procura curar con otra *chispa*.

Aun los poetas maldecir escucho
la dulce poesía,
y no estan ni con mucho
contentos de su suerte un solo día;
mas yo estoy muy contento con la mia.

Ya no hay hambre como antes:
ya ganan los poetas,
sin mucho trabajar, sendas pesetas.
No es este siglo el siglo de Cervantes,
en que el genio, del mundo maravilla,
muriera arrinconado en la buhardilla.
Preguntad, si dudais alguna cosa,
cómo va con los versos á Zorrilla
y al Curioso Parlante con la prosa.

Por eso, amigos míos,
sino con buenos bríos,
con la razon combatiré sin pena,
y os probaré con versos muy perversos,
aunque pierda mi buena ó pobre fama,
que una opípara cena
y una mullida cama
no valen, ni con mucho, cuatro versos.

¡Oh! ; quién te viera, Pardo, á todas horas,
y eso que tanto comes y devoras,
tragar y mas tragar, ya la pechuga
que tan buena te sabe con lechuga,
ya las ricas chuletas
que un dia (de pensarlo me confundo)
pusiste en parangon con las cuartetitas!!
¡ Quién te viera atracarte en la cocina
de ceniza... ¿ qué dije?... de cecina,
privado siempre con dolor profundo
de todos los demas goces del mundo!

Y tú, querido Fuentes,
que dices con palabras elocuentes
que en pudiendo roncar... rueda la bola.
¡ Quién te viera tendido á la bartola!
Y cuál si delincuentes
fueran tus pobres dientes,
un mes privarles de ejercer su oficio
por inútiles ya para el servicio.
No seguireis mi huella;
pero aunque murmuréis hechos un ascua
que es aciaga mi estrella,
contento de ella estoy, como una pascua.

Yo componiendo versos á montones
gano algunos doblones,
con los cuales adquiero ricas camas,
y chuletas, y pavos y jamones,
y muy sabrosas damas
que me hagan zalameras la mamola,
cuando ufano me tiendo á la bartola.
Ningun pesar me abruma
mientras tenga el tesoro de mi pluma.
¿ Me hace falta una arroba de legumbres?
Un artículo al canto de costumbres,
y así nunca me apuro por dinero,
mientras haya papel, pluma y tintero,
con cuyo auxilio pueda
rellenar el magnífico puchero,
como hicieron Arriaza y Espronceda.

El puchero completo
todos los días á llenar alcanzo,
poco menos ó mas con un *soneto*;
se escapan sinalefas, pero avanzo,
sin temer una bufa ni una befa;
pues á veces por cada *sinalefa*
vengo á ganar lo menos un garbanzo.
De pan, gran monosilabo,
tengo el pupitre de las musas lleno,
y me sabe á perdices el relleno,
que me ha costado un verso endecasílabo.

Un *himno* me parece la morcilla,
un *madrigal* redondo la tortilla,
y viendo que el chorizo está rollizo,
me lo zampo, y no creo que es chorizo,
sino que estoy mascando una *quintilla*.

El traje que yo llevo
para todos los días,
á comparar me atrevo
con el tomo mejor de poesías.

Ya se me cae la baba
pensando que el sombrero es una *octava*,
y puedo con razon en un concilio
probar que mi corbata es un *idilio*.
Gasto yo por camisa
un *romance* del DÓMINE ó la RISA;
vienen á ser mis guantes dos *sonetos*,
y el gaban una *sátira en tercetos*;
y abro, y entro pacífico en mi cama
que me parece un *drama*,
y con decir que es drama, á poco empeño
sucumbo imbécil al poder del sueño.

Si harta de ropas, nísperos y tragos,
á las bellas se va la musa mía,
¿qué hermosa se resiste á los halagos
de suave y melosa poesía?

Ayer tarde me dió por una glosa
un abrazo y un beso doña Rosa,
y por solo un epigrama de amigo
me dió doña Isabel lo que no digo:
solo digo que fué mas generosa.

Una muger sensible
resiste á los halagos del dinero,
y resiste al poder fiero y terrible
de su padre, aunque sea un majadero.
Ni un beso quiere dar, porque es oprobio,
aunque vea rodar por la megilla
las lágrimas del novio;
ni tampoco le abraza,
cediéndò á la lisonja ó la amenaza;
pero la mas soberbia, la mas loca,
que tenga el alma y corazon de roca,
su altiva frente ruborosa humilla
al inmenso poder de una *letrilla*.

Y así nada me abruma;
no arrastraré libreas y carrozas,
pero estoy satisfecho de la pluma
que me dá que mascar, dinero y mozas.
Y pues dan mozas, oro y cuchifrito,
los versos, aunque sean muy perversos,
al principio lo dije y lo repito,
no hay cosa, á mi entender, como los versos.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

EL MÁXIMO Y EL MÍNIMO.

I.

Es en todas partes inmenso el número de hombres extravagantes, y aun sería fácil probar que no hay ningun hombre que extravagante no sea. Todo en este mundo son extravagancias, y á menudo lo son hasta los crímenes, hasta las virtudes. El heroísmo no es mas que una extravagancia ó que una serie de extravagancias muy ruidosas ó de mucho calibre, de suerte que el que mira con ojos filosóficos al loco de Cervantes, ve en sus hechos la personificación del heroísmo de todos los tiempos. Héroe y loco son sinónimos, y de aquí es que con uno ú otro de estos

dictados se designa á todos los hombres que tienen grandes pretensiones, y que se sienten con ánimo de acometer grandes empresas. El resultado de sus actos es únicamente quien legitima esta ó la otra calificación, haciéndoles acreedores á una corona de laurel ó á una casa de orates. Y como la vida del hombre es un conjunto de actos diferentes que no todos tienen un resultado propicio, es raro el héroe que no merezca á la vez el título de loco, y rara la biografía de personajes célebres en que no resalten muchas y muy grandes extravagancias. Napoleón, aun prescindiendo de las calaveradas de su juventud y de la obstinacion en guiarse por los consejos de Talleyrand, que él mismo conocia que tarde ó temprano habian de ocasionar su ruina, fué un héroe en Austerlitz y en Marengo, pero fué un loco de atar haciendo con su ejército irrupcion en Moscou, y mas loco todavía tratando á los españoles á baqueta, con el caritativo objeto sin duda de acostumbrarnos á los buenos tratamientos que previó habiamos de experimentar en lo sucesivo. ¿Y puede haber locura comparable á la de Colón, que porque se le puso en la cabeza que allende el Océano habia un Nuevo Mundo, se le antojó irle á buscar, como quien va á buscar un real de vellón en una inmensa playa, porque se le ha ocurrido que en una inmensa playa puede haber un real de vellón? Si sus tentativas hubiesen salido infructuosas, friolera es el ridiculo que hubicra caido sobre la famosa reina que tripuló tres carabelas para que se llevase á cabo la expedicion del que ahora llaman un héroe y entonces hubieran llamado un loco. ¿Y qué diremos de Hernán Cortés? ¿Podia ocurrírsele mas que á un héroe ó que á un loco, abordar á un país desconocido con un puñado de héroes ó de locos como él, y luego destruir sus propias naves para inhabilitarse los medios de una retirada que no sabia si habia de serle forzosa? Esto fué un gran golpe no tiene duda, fué un pensamiento que acredita el genio del que le concibió, fué una proeza que basta por sí sola á inscribir el nombre del valiente que la hizo en el catálogo de los héroes, ¿pero quién desconoce que fué tambien una extravagantísima barbaridad? ¿Y el señor don Pelayo? ¡qué otro bárbaro! ¿Pues no

le pasó por las mientes al hijo de Favila hablar recio al poderoso moro, porque queria hacer cosquillas á su hermanita? Vuélva ahora por acá el señor don Pelayo y diga una palabra descompasada á cualquier mandarin moro ó cristiano, pues de todos los tenemos en España, eche ternos á las barbas de una autoridad porque haga cocos, no digo á su hermana, sino á su misma muger en persona, y el diablo me lleve en cuerpo y alma si en cuerpo y alma no se lo llevan á él á la cárcel antes de haber yo concluido este artículo. Y todo el mundo dirá: «bien merecido lo tiene; ¡si es un loco!» Y dirá bien. Se conoce que los moros que mandaban en aquellos tiempos en España eran mas flemáticos que los de ahora.

Haciéndose cargo de cuanto llevo escrito como por vía de introito, á nadie debe admirar que un país tan fecundo en héroes y hombres de genio como la patria de Nelson, de Newton y de Byron, lo sea tambien en hombres estravagantes. En efecto, de ningún hijo de Adán se cuentan las rarezas y caprichos que de los nacidos en Inglaterra. A cada paso se encuentran en el otro lado del canal de la Mancha filósofos estrafalarios que no tienen donde caerse muertos, y que heredando de pronto y sin pensarlo inmensos bienes de fortuna, en lugar de darse una vida de sibaritas, se mandan construir una goleta ó un brick, se embarcan desde luego y sin saber á donde van, sin rumbo fijo ni direccion proyectada, se entregan á la voluntad del viento, se echan al cuerpo media docena de botellas de rom, se acurrucan en un camarote, confunden con el de las olas el ronquido de sus narices, y no se acuerdan de despertarse hasta que estrellándose el buque en un bagío, la humedad del Océano les advierte que es ya hora de pensar en no dormir. De un inglés sé yo que era mas pobre que un subteniente español retirado, y mas codicioso que un ropavejero; si un día lograba recoger dos cuartos, guardaba uno y medio para lo que pudiese tronar, y con el ochavo restante procuraba satisfacer todas sus necesidades. Ayudado de un habilísimo perro de Terranova, á quien queria como á un hermano, salvó la vida á la hija de un lord que se zambulló en el Támesis, y diez años despues, cuan-

do ni siquiera se acordaba de su generosa accion, recibió del padre de la hija del lord (que todo el mundo conoce que habia de ser el mismo lord) un legado de doscientas mil libras esterlinas. No produjo en el ánimo del libertador esta fausta noticia ninguna alteracion que se descubriese en la alegría de su semblante: al día siguiente fueron todos sus deudos á darle la enhorabuena, y ¡cuál fué su sorpresa al verle en el suelo anegado en su propia sangre! A medio paso de donde él se hallaba se encontró una carta concebida en los siguientes términos: «A nadie se acuse de mi muerte, ni á mi mala fortuna tampoco. Yo era feliz en el acto de suicidarme; tenia salud y dinero. Sin embargo, me ha dado la gana de matarme, en primer lugar porque me ha dado la gana, y en segundo lugar porque yo deseaba desde niño un capital de cien mil libras esterlinas, y me he encontrado con cien mil mas de las que deseaba. Dejo la mitad de mis bienes á mi perro de Terranova, para que se invierta en atun que le gusta muchísimo, y la otra mitad al que tenga á bien encargarse de comprar el atun para mi perro. Firmado.—Grey.»

Es inútil decir que cuantos tuvieron noticia de la última voluntad del difunto, quisieron encargarse de darla cumplimiento, sin mas filantropía que recoger la recompensa. En cuanto al perro, que se hallaba allí presente cuando se leyó la carta de su amo, que tan directamente le atañía, no dió la mas mínima muestra de regocijo. Esta indiferencia del perro llamó mucho la atencion en Lóndres, y movió bastante ruido, sobre todo en la Bolsa. El testamento del difunto quedó invalidado, y se dispuso para evitar dimes y diretes, que las doscientas mil libras esterlinas regresasen á los arcas del noble lord. Este, que se vió de nuevo con unos fondos de que se habia despedido para siempre, quiso emplearles en satisfacer un capricho que en todo el reino unido le dió fama de travieso y de calculista. Apostó á un opulentísimo comerciante que no venderia trescientas libras esterlinas dándolas á sueldo cada una, aunque al efecto se colocase por espacio de seis horas en uno de los puntos mas concurridos de la capital. Esta proposicion alucinó al comerciante, como hubiera alucinado á cual-

quiera, y admitió la apuesta, que era nada menos que de doscientas mil libras esterlinas, profundamente convencido de que le era imposible perder. Era un día festivo, día de córte, día en que era inmensa la concurrencia que dirigiéndose á San James, atravesaba el Támesis por el puente de Vesminster. El comerciante y el lord se sentaron á un lado del puente, poniéndose delante abierta una grandísima arca llena de libras esterlinas. «A sueldo libras esterlinas, á sueldo» decía el comerciante á voz en grito, y el lord á su lado no hacia mas que reír. Estas eran las condiciones estipuladas. Ni al lord le era lícito otra cosa que reírse, ni podia el comerciante decir otras palabras que «á sueldo, libras esterlinas, á sueldo.» La gente pasaba, y decía: «¿qué estafa! ; válgame Dios qué estafa! Libras esterlinas á sueldo ¿qué tal serán ellas?» El comerciante estaba desesperado. Mas de un transeunte cogió una de las libras esterlinas, y la miró y remiró, pero luego advirtiendo las risas que el lord afectaba no poder contener, soltaba la moneda diciendo: «Estan bien imitadas, pero á mí no me la pega nadie.» «A sueldo libras esterlinas, á sueldo» gritaba sin cesar el comerciante, y cuanto mas se esforzaba en repetir estas palabras, mas manifiesto creía el público ver el engaño con que se trataba de escurrirle las faldriqueras. Así permanecieron desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, el lord riendo y el comerciante gritando. El resultado fué perder el último la apuesta. Solo dos libras esterlinas se vendieron, y aun estas las compró un estudiante persuadido de que eran falsas, pero con la confianza de darlas curso en un lupanar ó en un garito. Luego que vió que se las admitían, volvió á todo escape al puente de Vesminster para hacer nueva provision, pero llegó tarde; el lord y el comerciante habian ya desaparecido. No sorprendió esto al estudiante, porque conoció que tan buena y tan barata mercadería debía haberse despachado en un momento; pero sintió en el alma haber dejado pasar la ocasion en que á poca costa podia haberse hecho todo un hombre.

¿Pero qué son todos esos extravagantes comparados con Tompson y con Kinster, médicos ambos que florecieron en Cantorbery á media-

dos del siglo pasado? El primero era el hombre del mas, el segundo el hombre del menos; aquel no conocia en aritmética mas reglas que la de sumar y multiplicar, este no conocia otras que las de restar y partir; Tompson en todas partes veia poca existencia, poco ser; todo le parecia pequeño, todo simple, todo reducido, y era en esto como en todo el antípoda de Kinster, que buscando en todas partes la simplicidad, y creyendo que la existencia es el mayor mal de los males, trataba de reducirlo todo á lo mas indispensable, á lo mas justo, á lo mas exiguo, y su vida era una larga série de trabajos consagrados á buscar el mínimo de todas las cosas. Los sistemas de Tompson y de Kinster estaban en tan diametral oposicion como el abismo y el cielo, como la profundidad y la elevacion.

Cada cual revelaba el espíritu de su sistema hasta en los actos mas insignificantes de su vida. Tompson hablaba siempre con perifrasis; expresaba todas sus ideas por medio de circunloquios y rodeos, y no contento de emplear el mayor número de palabras posible, escogia los vocablos mas largos, y hasta en su conversacion habitual daba la preferencia á los términos compuestos. Sus visitas en el ejercicio de su profesion mas parecian de enamorado que de médico; pocas veces echaba mano de remedios heróicos, porque no podia prescribirlos en una cantidad exorbitante, y si alguna vez sujetaba á dieta á algun enfermo, lo hacia de manera que ponía ahita su víctima en manos del sepulturero. Porque el buen doctor echaba esta cuenta: ¿cuál es el enfermo, cuya situacion, por aguda que sea su dolencia, pueda agravarse comiendo un grano de arroz ó una diminutísima fibra de gallina? ¿y cuál es el enfermo que despues de haber comido impunemente un grano de arroz ó una fibra de gallina pueda ponerse en peor estado por comer otro grano ú otra fibra? Y quien come dos, bien puede comer tres, y quien come tres, bien puede comer cuatro. Y así de grano en grano y de fibra en fibra consentia que el enfermo condenado á la mas estricta dieta acabase por saciar su hambre con una libra de arroz ó con una gallina entera. Hacía un cálculo análogo cuando se trataba del número de individuos que pueden coger en un recinto. ¿Cabén en una parte catorce hombres?

pues apretándose un poco mas pueden coger quince, y si cogen quince, pueden coger diez y seis, y así sucesivamente estando un hombre tras otro llegaba á persuadirse de que el mundo entero es susceptible de encerrarse en una miserable guardilla. La reduccion á la práctica de esta teoría no dejó de causarle alguna vez sérios sinsabores y menoscabos en su fortuna de alguna consideracion. Un dia quiso ir á solazarse en el campo con algunos de sus deudos y compañeros que formaban juntos un total nada menos que de diez y siete. Empeñóse en que todos habian de entrar en su coche, en que con dificultad cabian seis, y contestó á cuantas reflexiones físicas se le hicieron sobre la impenetrabilidad de los cuerpos con su acostumbrada cantinela de donde cogen seis pueden coger siete y donde siete ocho, y así uno tras otro les introdujo á todos y á otros tantos que hubiese habido. Todos se hallaban en el maldito coche estivados, prensados, embutidos, sin poder hablar, sin poder respirar, y hubieran sido seguramente víctimas de la obstinacion del estravagante médico, si á poco de haber salido de Cantorbery el coche, de puro lleno, no hubiese reventado como una granada.

Apenas esto sucedió todos prurumpieron en un larguísimo resoplido; los que se hallaban mas inmediatos al punto por donde se rompió el coche, salieron por la abertura con mas ímpetu que el agua de una geringa, y lo mismo ellos que los demas, en el poco tiempo que permanecieron en aquella prensa, crecieron tanto en longitud á espensas de la latitud, que difícilmente les hubiera conocido la madre que les parió. Apesar de esta catástrofe quiso el doctor llevar á cabo su escursion campestre; pero el caballo que era uno solo y bastante flaco, no podia con tanto peso segun manifestó el cochero. «¿Cómo que no puede? dijo Tompson.» Si puede llevar seis, puede llevar siete, y si siete ocho y si ocho nueve y quinientos y mil, si fuese menester; con que arráete, cochero, y adelante. Hizo el cochero lo que su amo le mandaba, pero el caballo rebelde á las teorías de Tompson, se hubiera dejado matar mil veces antes que dar un solo paso. En vista de esta obstinada resistencia, resolvió el doctor apearse, hacer apear á los demas y se-

guir á pié la espedicion. Para esto era necesario andar algunas leguas, y no todos tenian en sus piernas la suficiente confianza; sin embargo nadie se atrevió á ponerse en abierta lucha con los caprichos de Tompson, porque todos sabian que era un hombre tan bárbaro como temerario, y que seria capaz de regalar á su amigo mas querido un pistoletazo con la misma frescura que recetaria á un enfermo media onza de crémor tártaro. Una legua la anduvieron perfectamente todos los de la comitiva, pero luego empezaron á desfallecer sus fuerzas; lo que advertido por Tompson, hizo que se dirigiese á los mas rezagados animándoles con su habitual *cáralo todo*. «Un pasito mas: un paso mas es nada, y si nada es uno, nada son dos, y un paso y un paso y otro paso son tres pasos, y quien anda tres puede andar cuatro, y con uno mas son cinco, y un paso ya sabemos que es nada, y con uno tras otro andaremos leguas y llegaremos donde debemos llegar.» El por su parte se sentia tambien fatigado, pero la fe que tenia en sus doctrinas le daba ánimo de sobra para hacer un viaje á pié alrededor del mundo.

Llegó un momento en que el cansancio habia agotado todas las fuerzas. La comitiva se detuvo y resolvió no pasar adelante. ¡*God damn!* dijo el doctor enojado por esta determinacion; y dando una patada en el suelo que levantó un torbellino de polvo, se metió una mano en cada faldriquera. Todos palidiecieron y rezaron un credo viendo llegada su última hora. Hubo un momento de angustia, de agonía mortal; pero bien pronto se serenaron todos los semblantes al ver á Tompson sacar de sus faldriqueras las manos tan desocupadas y limpias como las habia metido. «¡Maldicion! esclamó, ¡me he dejado las pistolas olvidadas en el pupitre! Sin embargo, tengo brio para suplir la pólvora, y puños para suplir las balas.» Esta bravata no intimidó á nadie, porque al cabo ¡qué podia lograr á *trompis* uno contra quince! El doctor se vió bien pronto atacado en todas direcciones, los unos le acometieron de frente, otros por los flancos, otros por la espalda, y le fatigaron, le rindieron, y quitándose todos las corbatas, le amarraron con ellas como á un Nazareno. Descansaron un rato y tomaron tole, dejando á Tompson en medio del

camino sin poderse mover, y echando cada matidion como un templo. Dos dias tardó en regresar á Cantorbery, donde le dejaremos por ahora; porque supongo que no les vendrá mal á mis lectores descansar de las extravagancias con que les he estado fatigando. Otras mayores les guardo para el próximo artículo.

A. RIBOT Y FONISERÉ.

ENFERMEDAD

DE DON ABUNDIO ESTOFADO.

El *lunes* tuvo viruelas que huyeron impertinentes con ventosas en las muelas, cataplasmas en los dientes, y en las uñas sanguijuelas.

Sintió el *martes* cierto flujo que pensé que se nos iba: la enfermedad era activa, pero al fin cedió al influjo de una eficaz lavativa.

Se halló el *miércoles* ageno muy temprano del dolor, y fué cada vez mejor; pero no estuvo tan bueno cuando se puso peor.

El *jueves* un cura urgía, pues creció la calentura; pero el cura no venia, y hubo gente que decia; «este hombre no tiene cura.»

El *viernes* se vió abatido, estaba muy desganado; pero se comió, aburrido, un plato de su apellido y durmió muy sosegado.

Ayer mostró gran deseo de evacuar completamente; tomó una purga corriente, y se fué á dar un paseo por la plazuela de Oriente.

Y hoy que en el *domingo* estamos se halla mejor segun ví;

aunque al decir, «¿cómo vamos?» contestó, que «así, así; no digamos que digamos.»

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

EPIGRAMA

TAN CHISTOSO COMO OTROS MUCHOS.

Al regresar de paseo una chicuela muy linda le preguntó á un estudiante— «¿Me dirá usted qué hora es?» Y él respondió— «no lo sé.»

VAYA OTRO POR EL ESTILO.

«¿Qué hermosa es usted Gertrudis! Dijo á una jóven don Pedro: Y ella con cierta sonrisa le contestó— «muchas gracias.»

LA MUSA DEL JÚCAR.

(†)

Yo, á mí.

Romance. (1)

Oh Yo, mi querido mi dulce embeleso, mi amor, mis delicias, mis ansias, mi anhelo; mi contemporáneo, Yo, mi caro objeto, á quien tanto adoro y á quien tanto aprecio; ¡Oh yo me saludo con sincero afecto!

(†) La escena pasa en mayo del año 33 del siglo XIX.

(1) No se ha dado á luz este romance hasta ahora, tanto porque lo bueno debe guardarse para lo último, como para que no desmayasen los redactores de LA RISA al ver la superioridad de mi musa.

y á mi me dedico
 estos cuatro versos ;
 (el que dice cuatro ,
 dice cuatrocientos)
 pues en este mundo
 ningun otro encuentro
 que me quiera tanto ,
 y aunque no es portento ,
 nadie me interesa
 cual yo me intereso ,
 y así me suplico
 escucharme atento :
 Yo que cuatro hermanos
 y una hermana tengo ,
 Joaquín , Wenceslao ,
 Lázara , Rogelio ,
 y otro que se llama
 señor don Demetrio ;
Chima es nuestra madre ,
Anton , padre nuestro ,
 y estos dos descienden ,
 si mal no me acuerdo ,
 de mis dos abuelas
 y mis dos abuelos ;
 á mas soy padrino
 de un precioso Ernesto :
 porque él es mi ahijado :
 vamos ahora al cuento .

 Mi padre y mi madre
 en sus devaneos ,
 sin pedirme aviso
 ni consentimiento ,
 y así , cual quien dice
 por matar el tiempo ;
 antes me engendraron ,
 despues me parieron .

 Mi primer viaje
 fué atroz y sangriento...
 anduve malezas ,
 travesé senderos ,
 barrancos y valles ,
 empinados cerros ,
 todo solitario...
 todo eran desiertos ,
 que ni Adan ni Eva ,
 jamas conocieron .

 A los tres trimestres
 y dos ó tres dedos ,

cansado y descalzo
 y hasta sin sombrero ;
 pero tan robusto
 cual sano tudesco ,
 llegué en fin al mundo
 que es mi patrio suelo .

 Nací con las flores
 el dia tercero
 del rey de los meses ,
 de ese abril risueño



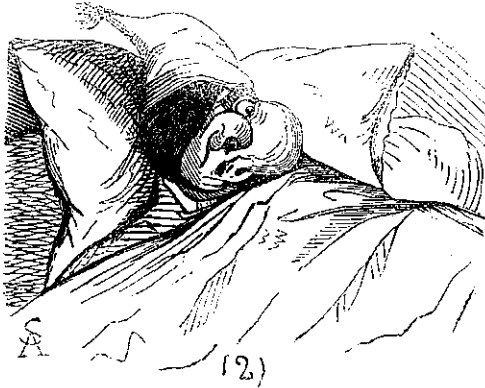
que transforma en rosas
 los capullos tiernos ,
 y abunda en claveles ,
 jazmin y camuesos ;
 día en que la iglesia
 consagra su rezo
 al único santo
 del pellejo negro ,
 Benito el glorioso ,
 hijo de Palermo :
 no hablaré del año
 aunque venga á pelo ,
 que citar edades
 es algo grosero .

 En mí no hay falacia ,
 bien visto lo tengo ;
 siempre me he tenido
 cual fuera yo mismo ,
 y así me dirijo
 aquestos acentos .

 Yo , que allá en mi infancia
 fui mi compañero ,
 sin dejarme un dia
 ni serme molesto ,
 fui mi dedo y uña ,
 fui mi carne y hueso ,

constante fui siempre
en mis juramentos:
conmigo estudiaba
cuando en el colegio
y en mis sinsabores
me daba consuelo.

Después, ya moicito
era asaz travieso,
y así dediqueme
al *nono* y al *sexto*,
con ahinco tanto
y tal desenfreno,
que el pago debido
encontré bien presto:
pues de tanto abuso
hasta estuve enfermo.



¡Juventud incauta,
yo te compadezco!...
Entonces ¡oh dioses!
conocí mis *prendas* (3)
pues sentí en el alma
mis padecimientos:
bálsamo copaiba,
sangrías, unguentos,
farina favorum,
píldoras, refresecos;
también sanguijuelas
con baños de asiento
y otros ingredientes,
poco mas ó menos,
curaron mis males

(2) Este soy yo, pintado por mí mismo.

(3) Masculino de *prendas*.

pasado algun tiempo;
pero de rarezas
soporté un sin cuento
con paciencia y calma
como aquel cordero



que padeció tanto
por nuestros defectos.

Cuando militaba,
cuando prisionero,
cuando con calzones
y hasta cuando en cueros,
entre mis tareas
y en mis pasatiempos,
en mis romerías
y en mis *estar-quietos*,
nunca abandonéme;
siempre el mismo techo
cubrió mi persona,
cubrió mi sugeto.

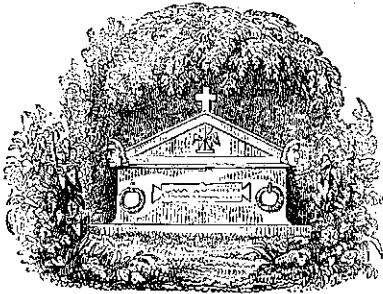
El mismo sistema
sigo en este tiempo,
jamas doy la espalda
á mi blanco pecho;
si tengo quehaceres,
trabajo contento,
y en los ratos de ocio
me rasco... y me duermo.
Si estoy triste, estóilo,
si alegre, me alegro,
nunca me disputo,
no me causo celos;
cuando estoy cansado,
reposar deseo;
y en mí, estar dormido
es no estar despierto.

Ni me soy pariente,
ni mi herencia espero,
de que no me adulo
este es dato cierto...
luego... es amor propio,
puro y verdadero,

desinteresado,
de ambicion ageno.

Jamas me he casado
por quedar soltero;
mas por otra parte,
casi casi temo
que si no me caso,
nunca tendré un cuerno,
porque el hombre solo
derrocha el dinero;
pero no me importa,
seguiré mi egemplo
salga lo que salga,
y despues veremos...

¿Y habrá quien merezca
mas que yo merezco
el sonoro canto
de mi ingénuo ingenio? (4)
es cosa imposible...
no puedo creerlo.
Las hembras son falsas,
los machos, no menos,
ya estoy fastidiado
de ver tanto enredo...
si llevo á enfadarme
y algun dia muero
y me voy del mundo,
como hay Dios, no vuelvo.
Subiré á la tumba



ó al sepulcro fresco,
y un mármol inmóvil
cubrirá mis restos.

Soy un guapo chico,
bajo este supuesto,

(4) Mis amigos *Monsieur Sue* y el *Señor Hartzembusch* hubieran dicho con su genio: «*adé mi Eugenio ingénuo ingenio.*»

es justo me alabe
y ensalce cual debo
mis buenas costumbres;
y en prueba de aprecio
y para llevarme
pendiente del cuello,
tenerme presente
en todos momentos,
y admirar mi rostro
y mi talle esbelto,
me doy mi retrato



y un mechon de pelo.
; *Souvenir* precioso!
; Oh grato recuerdo!

.....

Ea pues, concluya
este paso tierno,
que con mas escrito
distrac no intento
mi atencion preciosa;
pero para ello
pediré sumiso
al númen escelso,
que me deje en vida
dos siglos completos;

pues merezco mucho
tan bello sugeto;
y despues, si él quiere
que yo tambien quiero,
venga doña Parca
con su agudo fierro,
ya sea en la calle
ya en los entresuelos,
ya en un primer piso
ó en cuarto tereero,
y corte el bramante
de mi vida... ;Oh cielos!
y allí Dios me envíe,
por postrer momento,
la muerte del Justo,
ó bien la del cerdo,
que por poca cosa
jamás refñiremos,
; Oh yo me saludo
con sincero afecto!...

Conque ahur amigo,
mandar sin rodeos
con toda franqueza,
con Dios y hasta luego;
dóime un tierno abrazo
y un millon de besos,
quedando cual siempre

IZCO DE AYGUALS SERGIO.

EL MÁXIMO Y EL MÍNIMO.

II.

No era Kinster con su teoría del *mínimo* menos extravagante que Tompson con su teoría del *máximo*. Había registrado con frecuencia el diccionario para aprender de memoria los vocablos mas cortos, y convirtió su cabeza en un albañen de monosílabos. Con monosílabos hablaba, con monosílabos escribía, y aun estos en los escritos los usaba en abreviatura. Sus visitas facultativas eran breves como las de un cartero ó las de un repartidor de periódicos; apenas entraba en una casa, se le veía salir y entrar en otra y volver á salir casi al mismo tiempo. Prescribía los remedios mas inocentes en fracciona-

das dósís, de suerte que se le puede llamar el fundador de la medicina hemeopática, si bien la consideraba bajo un punto de vista distinto que los homeopatistas del día. Estos prescriben los medicamentos en pequeñísimas cantidades para que el todo de la máquina no se resienta de la accion medicamentosa, como si tratasen de aplicar á nuestra organizacion el sistema político de Bentham y de otros que, siendo reformistas pero no revolucionarios, pretenden conseguir las reformas sin destruir de una manera sensible los intereses creados por los mismos abusos que se deben reformar. Kinster no queria esto; no era el respeto á la constitucion del hombre quien le hacia prescribir en cortas fracciones las substancias medicinales, sino la conviccion en que estaba de que un grano de cualquier cosa es tan eficaz como una libra. Porque él hacia este cálculo: Si á un enfermo atacado de una terciana se le suministran cada doscientos veinte minutos dos granos de sulfato de quinina ¿dejará de cumplirse la indicacion que el facultativo se propone por suministrarle dos granos menos una milésima parte de grano en doscientos veinte minutos y una milésima parte de minuto? Y si nada son una milésima parte menos de grano y una milésima parte mas de minuto ¿qué inconveniente hay en cercenar del grano menos una milésima parte otra milésima parte, ni en prolongar el intervalo de dos horas y una milésima parte de minuto otra milésima parte de minuto? De este modo disminuyendo la cantidad de milésima parte en milésima parte de grano y dilatando los intervalos de milésima parte en milésima parte de minuto, acababa á menudo por dejar á los enfermos sin medicina; lo que en verdad desearia que en obsequio á la humanidad lo hiciesen con frecuencia muchos médicos que yo conozco. Con respecto á las enfermedades esternas era Kinster un operador atroz. Convencido de que es la existencia el peor mal de los males, y deseando reducirlo todo hasta á los hombres á la menor cantidad posible, por un simple divieso ó por un insignificante rasguño procedía á la amputacion de cualquier miembro. Su sistema estuvo algún tiempo en voga, y el forastero que á la sazón visitaba Cantorbery, retrocedia horrorizado viendo en todas partes mu-

tilacion, en todas partes hombres sin ojos, sin orejas, sin brazos, en todas partes señales funestas, deplorables vestigios del sistema asolador del doctor Kinster. Mas de dos extranjeros preguntaron si en Cantorbery habia una raza particular de hombres que nacia con menos miembros que los demas que pueblan el universo. Afortunadamente el sistema de Kinster cayó en un descrédito completo, por lo que el buen doctor no teniendo á quien visitar, como por via de pasatiempo se consagró á la caza, siendo con esto mas desgraciado todavia que en el egercicio de su profesion. Cargaba la escopeta con poquísima pólvora y con solo un perdigon pequenísimos; todo á consecuencia de las estrafalarías máximas de que estaba atestada su cabeza. Cogia un puñado de perdigones y decia: ¿qué importa para matar un ave que ponga uno menos? Y si uno menos es nada, otro menos será tambien otra nada, y esto diciendo iba uno tras otro volviendo al frasco todos los perdigones, hasta dejar la carga reducida á uno solo y con frecuencia á ninguno. Esto no impedia sin embargo que disparase su escopeta contra una águila real, y que se tirase de los cabellos viéndose todos los dias obligado á regresar á su casa sin un solo trofeo venatorio.

Tiempo hacia que Tompson y Kinster se habian casado pero entendámonos, lector, no creas que se hubiese casado el uno con el otro: ellos sabian lo mismo que todos los hijos de Adan que pan con pan es comida de tontos, y eran por otra parte bastante escrupulosos y concienzudos para no cometer pecado contra natura. Tompson se casó con una muger y Kinster con otra, y ni uno ni otro al contraer matrimonio perdieron de vista sus extravagantes máximas. Así es que Tompson, partidario del máximo, se casó con la muger mas alta de Inglaterra; y Kinster, partidario del mínimo, se casó con la mas pequeña. La del primero era conocida en todo el reino unido con el apodo de *la Elefanta*, y la del segundo con el de *la Pulga*. Diciendo que tiempo hacia que Tompson y Kinster se habian casado, se da á entender fácilmente que eran ya viudos en la época á que esta crónica se refiere; porque ¿qué muger por alta ó pequeña que fuese habia de resistir mucho tiempo sin morirle las imper-

tinencias de nuestros médicos, que es de creer aplicaban todo el rigor de sus exageradas teorías hasta á las cosas domésticas mas insignificantes y hasta á los mismos actos esencialmente matrimoniales? La *Elefanta* y la *Pulga* murieron; pero no sin dejar cada una de ellas en la tierra un testimonio vivo de su fecundidad. Murieron al año de haberse casado, y por uno de esos raros caprichos de la naturaleza, por una de esas raras combinaciones que el hombre llama casuales ó providenciales no pudiéndoselas explicar de ninguna manera, la *Elefanta* dió á Tompson una hija que á los quince años era tan pequeña que parecia hija de la *Pulga*, y esta dió una hija á Kinster que á los quince años era tan alta que parecia hija de la *Elefanta*. Y véase por qué medios, por qué combinaciones tan sabias y tan superiores á todos los cálculos humanos supo la Providencia colocar las unas al lado de las otras, para que mas resaltasen en el contraste las extravagancias diametralmente opuestas de Tompson y de Kinster. Tompson al perder á la *Elefanta*, no confiando poder hallar jamás otra muger de tan gigantescas dimensiones, resolvió permanecer viudo todos los dias de su vida, y la misma resolucion hizo Kinster al perder á su muger, no considerando posible encontrar otra tan pequeña como la *Pulga*. Pero Tompson vió á la corpulentísima hija de Kinster, y este á la diminutísima hija de aquel, y desde luego trocaron ambos su primitiva resolucion en la de hacerse recíprocamente yernos y suegros. Por parte de las hijas fué esta idea acogida con un entusiasmo difícil de explicar. Naturalmente dengosa la hija de Tompson y obligada por la sistemática conducta de su padre á ingerir en su estómago mas alimentos de los que la capacidad de este permitía, la comida era para ella un suplicio del que á toda costa deseaba libertarse, y esto indudablemente debía conseguirlo dando la mano á Kinster. La hija de este, al contrario. Naturalmente comilona y voraz, y sujeta á la rigurosa abstinencia á que la condenaban las doctrinas de su padre, veia en Tompson su ángel libertador, sin prever que para evitar un escollo iba á estrellarse en otro igualmente funesto. ¡Triste condicion la nuestra, que no sabemos huir de un extremo sino para colocarnos en el opuesto, y

que raras veces nos detenemos en el término medio, único en que se encuentra la virtud y la felicidad! El que ha sido muchas veces engañado, en lugar de volverse cauto se hace suspicaz, y acaba por no dar crédito ni á lo mismo que le conviene creer. En el rigor del invierno nos parecen apacibles los ardores de la canícula, y cuando esta llega nos consideraríamos felices si estuviésemos tiritando de frío. Un sabio ha dicho, y si no lo ha dicho un sabio lo digo yo sin serlo, que los demonios sacan del invierno y de los países frios la mas abundante cosecha de condenados. La razon es obvia. Los deseos del hombre que no se encuentra bien son siempre estremados, siempre opuestos á lo que causa su malestar, y como el infierno dicen que es un fuego eterno, los que están belándose en lugar de temerlo lo desean, y de consiguiente no vacilan en mancharse con el pecado. La hija de Kinster tenia hambre ¿podia haberse hecho cargo alguna vez de los tristes efectos de un hartazgo? ¡Allá voy que se comel dijo, y se casó con Tompson. La hija de Tompson estaba inapetente ¿sabia ella cuanto hace padecer el hambre? ¡Allá voy que se ayuna! dijo, y se casó con Kinster. ¡Desgraciadas!!!! con siete admiraciones.

Verificado este doble enlace, Tompson y Kinster para no separarse de sus respectivas hijas resolvieron vivir juntos y formar una sola familia. Aquella casa tardó pocos días en convertirse en infierno; los dos médicos que se encontraban mutuamente mas extravagantes de lo que parecian á un hombre racional, se disputaban á líneas el *máximo* y el *mínimo* y la verdad de sus ridiculas teorías; la hija de Tompson empezaba á sentir hambre canina y á echar menos los hartazgos de antaño, y la hija de Kinster se sentía abita y pedia al cielo la sugetasen nuevamente á sus antiguas dietas. Afortunadamente de vez en cuando los sistemas de Kinster y de Tompson se neutralizaban mutuamente, y hacian ambos una especie de transacion en obsequio á sus pobres mugeres. Pero esto solo sucedia despues de haber habido ia de Dios es Cristo; despues de haberse armado rifirrafes y escarapelas que no eran de ñiquiñaque, y que casi siempre se desenlazaban de una manera trágica.

Generalmente era la mesa el campo en que se

daba la accion. Fuese arroz ó cualquiera otra cosa la que comiesen, el doctor Tompson con un grano tras otro grano y una tajada tras otra tajada se atracaba de tal manera y de tal manera obligaba á atracarse á su muger, que alguna vez se vió á ambos salirles la comida por los ojos, y esto daba tal grima al doctor Kinster que no podia abstenerse de llamar bárbaro y soez á su suegri-yerno, á pesar de que conocia demasiado su carácter irascible y camorrista. Tratábanse reciprocamente los dos médicos de visionarios y de locos, y despues de una retabla de apodos con que imitaban perfectamente un fuego de guerrilla, pedían á los puños que saliesen en auxilio de la lengua. Habia cada puñetazo que temblaba el mundo, y entonces las mugeres, en lugar de poner el caduco entre sus padres y esposos, aunque les viesen con el eredo en la boca aprovechaban estos momentos para hacer su santísima voluntad; y desde luego la muger de Kinster devoraba como un lobo cuanto en la mesa habia, y ia de Tompson se iba corriendo á descargar su repletísimo estómago con sendas tazas de agua caliente que tenia al efecto prevenidas.

Los rigurosos límites en que Ayguals circunscribe este y los demas artículos, no me permite referir una multitud de curiosidades y de anécdotas hijas de las extravagancias de Tompson y de Kinster. Solo una escena voy á presentar que creo basta por sí sola para retratar perfectamente el carácter de los dos médicos. Un dia, despues de una pelotera algo mas seria que las de costumbre, en que hubo de una y otra parte narices ensangrentadas, carrillos hinchados, arañazos y contusiones, quedaron los dos combatientes sentados el uno al lado del otro, cabizbajos y taciturnos, y al parecer entregados á muy profundas meditaciones. Tompson despues de una hora de silencio sacó á Kinster de su enagenacion con una pregunta que dió origen al siguiente diálogo:

—¿En qué estás pensando, Kinster?

—¿Y tú en qué estás pensando Tompson?

—¿Yo? dijo Tompson, estaba buscando una cosa mas inmensa que la inmensidad, mas infinita que la infinidad, mas eterna que la eternidad.

—¡Siempre loco! dijo Kinster entre dientes.

—¿Y tú que estabas buscando? preguntó Tompson.

—Estaba deseando hallar la nada, la misma nada, una cosa que fuese menos que la nada.

—¡Que locura! exclamó Tompson ¡la nada! ¿pues no la tienes desgraciadamente en todas partes? ¿crees que tú eres algo, que yo soy algo, que es algo cuanto ves, cuanto oyes, cuanto tocas; que es algo este mundo que habitas, que son algo las generaciones que pasaron? De la nada se formó el mundo, y de nada no podía formarse mas que nada. Y así fué en efecto. Yo me vuelvo loco buscando algo, y nunca encuentro algo; á la nada sigue un punto imperceptible como la misma nada, y á este punto otro punto y otro punto hasta que reuniéndose muchos forman lo que tú llamas algo, y este algo como ves, es siempre nada. Todo es nada. Las generaciones pasan, se convierten en polvo, y al cabo hasta este polvo desaparece. ¡Oh! ¡quién pudiera de todas las generaciones que pasaron formar una sola generacion, y de esta un solo hombre, un solo individuo! Y con todo, este individuo colectivo y sintético me parecería tambien pequeño, me parecería tambien nada, y sería nada en realidad.

—Sobraría todo, Tompson, este individuo que quisieras ver realizado, porque todo en el mundo es supérfluo, y hasta lo es el mismo mundo. Dios formó el mundo de la nada, porque hasta la nada es algo. Tú ves morir á las generaciones, y yo las veo sucederse. Todo se regenera y no se estingue; lo que tú crees que parece no hace mas que mudar de forma. El hombre se reproduce, y cuando no le queda mas que el cadáver, todavia se convierte en una infinidad de generaciones. ¡Y hay quien embalsama los muertos para conservarlos! Esto es destruirlos esto es quitar la vida á la materia, esto es matar á los muertos. Se quiere que el cadáver no se corrompa, y sin embargo la corrupcion es la vida que le queda. De cada fibra, de cada átomo suyo se levantan generaciones infinitas que mueren tambien á su vez, pero no se estinguen, toman otra forma, pero no se anonadan. ¡Oh! si yo no supiese que la muerte y el anonadamiento no son términos sinónimos, hace tiempo que me hubiera suicidado. Pero al menos he

de existir lo menos que me sea posible; no acortaré el tiempo que me tiene señalado la Providencia para vivir en este mundo en cuerpo y alma, pero me disminuiré, me cercenaré cuanto dado me sea, me reduciré, si puedo, á un punto indivisible.

Hubo un momento de silencio solo interrumpido por una carcajada de Tompson. Luego Kinster se levantó de la silla, asió á Tompson de una mano, y le dijo: sígueme.

Tompson le siguió.

Los dos entraron en un gabinete, del cual salieron á sus órdenes sus respectivas mugeres que se hallaban en él, la una atracándose de pan y la otra tomando un vomitivo. En el semblante de Kinster notaron marcadas señales de una agitacion singular. Ambas se quedaron clavadas junto á la puerta por la fuerza de la curiosidad. Oyeron algunos ayes capaces de despedazar el corazon de un tigre, y luego el rechino de una sierra; luego otros ayes y luego otro rechino, y todo esto lo estuvieron oyendo por espacio de tres horas, al cabo de las cuales salió ensangrentado y sudando el doctor Tompson, cargado de brazos y piernas y otros mutilados despojos. El doctor Kinster se habia hecho amputar y estirpar todo lo que creyó no ser indispensable á su existencia para reducirse al mínimo posible; se hizo amputar las dos piernas y los dos brazos; se hizo practicar la estirpacion de la nariz, de un ojo y de las conchas de las orejas, y arrancar la mitad de los dientes de cada quijada. Se conoce que esta série de operaciones terribles se practicaron sin desnudar al paciente, pues los miembros de que Tompson iba cargado conservaban todavia el habitual vestido de su dueño. La hija de la *Pulga* y la de la *Elefanta* reconocieron de este modo la tan espantosa realidad, y cayeron ambas desmayadas.

Parece imposible que Kinster no sucumbiese bajo el peso de los atroces dolores que debió ocasionarle la cuchilla quirúrgica. Kinster lo mismo que Tompson fué víctima de una pulmonía, ó por mejor decir, de la aplicacion que hicieron á su enfermedad de su ridiculo sistema. Kinster en el acto de sangrarle se hizo sacar gota á gota toda la sangre del cuerpo y murió desangrado, degollado como un cochino. Como no tenia bra-

zos le sangraron por el cuello. Tompson, al contrario, quiso que le sacasen una libra de sangre, pero como para él una gota era nada, y si nada era una, nada eran dos, y si nada eran dos, nada eran todas las que se necesitan para formar una libra, acabó por no dejarse sangrar, y le sucedió lo que no podía dejar de sucederle. Las dos esposas les sobrevivieron, y aunque nada de ellas menta la crónica, puede asegurarse que no sintieron mucho la muerte de sus maridos.

Después de Tompson y Kinster no se han conocido otros hombres tan estravagantemente estravagantes, como no sea este cronista que con tales estravagancias ha querido ocupar á sus lectores, y el señor Ayguals de Izco que las ha dado cabida en la enciclopedia de estravagancias que con tanto aplauso dirige. No ha de faltar quien crea que Tompson y Kinster son dos personajes engendrados en mi caletre, y que cuanto de ellos digo es una solemnísima mentira. ¿Qué me importa? ¿Acaso los que escribimos en LA RISA hemos hecho voto de decir siempre la verdad? Lo que sentiría en el alma es que se descolgase por ahí algún hombre pacato y escrupuloso pidiéndome rectificaciones, como le ha sucedido á Villergas con cierto cabildo que asegura ser falso cuanto se dice en un artículo de LA RISA con respecto á cierto arzobispo de Santander. ¿Pues qué? ¿ha creído alguno que la verdad, que tan mal parada se encuentra en todas partes, se ha refugiado en esta enciclopedia de estravagancias? Quien tal crea por fuerza ha de ser mas estravagante que Tompson, y Kinster, y Villergas, y Ayguals, y yo, y toda esta estravagantísima enciclopedia.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

EPIGRAMA.

Preguntóle á un sordo Aurora
con cierto interés y ahinco: —

«¿Está buena tu señora?»

Y él, no oyendo mas que el... ora,
dijo muy serio: — «las cinco.»

UNO QUE LO ESTÁ. (1)

(1) D. José Bernat Baldoví.

(Nota de la Red.)

ENFERMEDAD DE DON ABUNDIO.

Sigue presentando síntomas alarmantes. El último jueves (que fueron sus días) quiso comerse un par de cochinitos con setas, y se le indigestaron; pero, á merced de una lavativa de ron con sublimado corrosivo, se puso bastante aliviado. Ahora se le ha recetado una sangría en cada ojo, y gárgaras de tinta: esperamos que estos remedios surtan buen resultado.

LETRILLA.

¿Por qué la señora Brígida,
tan melancólica y tétrica,
una oracion al Santísimo
hace por la vez centésima,
si después del «Señor ¡pésame!»
y su piedad evangélica,
por una cancion erótica
comete una accion herética? —
Porque este mundo es hipócrita,
tirano, tonto y... *et cetera*.

Para un viejo sistemático
toda novedad es pésima;
nunca están libres los jóvenes
de su oposicion frenética.
Si uno es prudente ¡qué rústico!
si uno es de bulla ¡qué pécora!
Cuando ve un drama en el Principe,
esclama afligido ¡oh témpora!
y sale haciendo, fanático,
cruces, calvarios... *et cetera*.

Hoy dicen que esta Península
rica está como la América;
que eclipsa á Grecia en filósofos,
y al mundo en el arte bélica.
Mas yo repliego á esta cháchara,
que dicen no tiene réplica,
que esto es un reloj magnífico,
pero que no tiene péndola;
aunque me llamen escéptico,
atroz, renegado... *et cetera*.

Unos y otros son estólidos,
 porque la nación ibérica,
 ni se halla detrás del Africa,
 ni es de los ingleses émula.
 Descúbrense entre cadáveres
 fuerzas y formas atléticas.
 Hay hombres y hay antropófagos;
 hay racionales y acémilas;
 abundan tontos y picaros,
 pan y hambre... *et cetera, et cetera.*

Conozco un señor estúpido,
 que habla de costumbres pérsicas,
 y de mapas geográficos
 de Rusia, de Francia y Bélgica,
 sin saber dónde cae Móstoles
 y si la tierra es esférica.
 Pero eso no importa un rábano
 para descubrir la Bética,
 y luego elevarse á Júpiter,
 luna, sol, Venus... *et cetera.*

Hay hombre de genio discolo,
 que con intenciones pérfidas
 anhela romper al prógimo
 con un estoque las médulas.
 Mas al batirse colérico
 con serenidad intrépida,
 sacadle de entre los hábitos
 la *cota de malla*, su égida,
 vereis fallecer su espíritu,
 temblar... *et cetera... et cetera.*

Los que hablan de la Metrópoli
 siendo la pila su rémora,
 su pasión no tiene límites:
 ; Oh qué mansion tan angélica!
 Pero ¿qué responde el mísero
 que no come pan ni sémola,
 y es cuando trasnocha víctima
 de ciertas carrozas fétidas? —
 que es una mansion diabólica,
 cruel... *et cetera... et cetera.*

Aquí se da cualquier zángano
 importancia aristotélica:
 finge pasión por la música,
 y duerme en la *Ceneréntola*.

Se mofa al ver una cómica
 si sale agitada ó trémula:
 va al Congreso á hacer la crítica
 de *Olázaga* y de *Tabuérniga*,
 y es lo que se llama un bárbaro,
 un bruto, un atum... *et cetera.*

Cien coplas hace don Pánfilo
 siempre que enristra la péñola,
 ya pintando escenas trágicas
 ya visiones cadavéricas.
 Don Hermógenes mas clásico
 hacina romances y églogas.
 Mas... ¿por qué las dan por título
composiciones poéticas?
 Porque donde hay menos mérito
 hay mas presunción... *et cetera.*

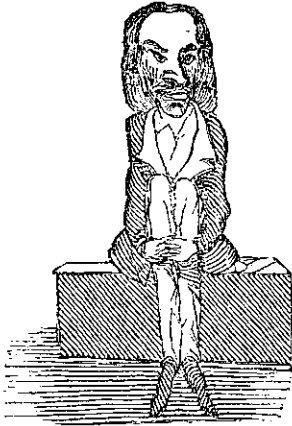
Quien quiera aquí ser buen médico
 no ha de saber lo que es vértebra.
 Nadie es aquí buen político
 sino es anarquista ó déspota.
 Nadie es mejor matemático.
 que el que ignora la aritmética.
 Quiera eclipsar á Góngora
 no sepa hacer una décima.
 Quien no piense como el público,
 calle... sufra... aguante... *et cetera.*

Y á esta desdichada sátira
 doy fin en la estrofa undécima,
 pues dice Séneca el célebre,
 (miento; pero el arte métrica
 por asonante y esdrújulo
 me obliga á citar á Séneca)
 que una letrilla satírica,
 sea jocoso ó patética,
 ni debe ser muy lacónica,
 ni larga y pesada *et cetera.*

JUAN MARTINEZ VILLERCAZ.



DE UN HOMBRE SIN DINERO.



Erase un español sentado en un baul lleno de malos versos que heredó de su abuelo materno, lo único que poseía, y lo menos que uno puede poseer, á no ser que herencia tan aérea perteneciese á dos en partes iguales. Y noto la desastrosa circunstancia de ser español el que *era*, porque todo ciudadano contribuyente concebirá la idea de que, en igualdad de escasez, en igualdad de no tener, no hay hombre en ningun país tan superabundantemente pobre como un español pobre. Este, pues, como decía, y el baul, estaban únicamente solos en la elevada posición de una jaula humana, ó lo que se llama guardilla, es decir, que en ella no había mas dize ni mueble, que el baul y el español; y me ocurre esto del mueble con la mas exacta propiedad, porque no hay en la actualidad cosa mas mueble, mas movilizable y movilizada que un español y un baul, aunque de baqueta ó cuero sea, en cuyo caso se llamará maleta, entendiéndose, el baul, que si esta advertencia no doy, algun extranjero iria á creer que lo del cuero ó baqueta lo aplicaba yo al español, y no al baul; pues segun el estado de España, no seria un barbarismo que en tierras lejanas se creyese que los españoles somos de baqueta, segun á la baqueta nos dejamos llevar.

Despues de lo dicho, parece ocioso añadir que mi español no tenia un maravedí: sin embargo,

gastaba frac, sombrero, pantalon con trabillas, y botas charoladas; porque el vestir como si uno tuviese dinero, no es en el día algun inconveniente para estar sin un cuarto. Lo único que conservaba de cuanto tuvo en toda su vida, era su nombre: llamábase don Proto Pobre de Prieto; y filosofando acerca de lo que mas lejos tenia, que era *dinero*, se abismó en estas profundas y espantosas meditaciones.

«¡Oh fortuna!!! ¡ fortuna para mí tan insaciablemente intratable y soez, como bárbara y brusca y caprichosa!

Tan caprichosa y tan brusca
cual sombra de Satanás,
que al que no te busca vas,
y huyes de aquel que te busca!
¡ Oh fortuna! ¡ cuán lacónica
fuiste siempre para mí!
pues solo harto me ví
de sufrir un hambre crónica.

Pero ¿qué digo? Me lamento gruñendo contra la fortuna: ¿y no me pronuncio desafortadamente contra eso que llaman destino, desgracia, fatalidad, sino, suerte y desdicha? No, no me da la gana de ir á pescozones con tanto ente invisible: bastante acibara mis rabiosas meditaciones la negra fortuna. Con ella me sobra para que me falte todo, y casualmente lo que mas necesito como urgente, urgentísimo y ganando momentos.

Porque, señor, estoy harto,
estoy mas que muy repleto,
estoy ya mas que de parto,
estoy sin ver do me meto,
de tanto estar sin un cuarto.
De hombre soy un elemento
que al hambre de frente ataco;
en hombros me lleva el viento;
y de verme ya tan flaco,
no sé cómo no rebiento.

Y no se crea que en mi hambrienta situación, me consolaria el recordar aquella idea romántica de cierto poeta que decía:

Siempre es tan extemporáneo
estar sin una peseta,

que sin alma de poeta
ya me hubiera roto el cráneo.

Podré rebentar de flaco; pero no estoy por semejante brutalidad, ni deseo que ningun dromedario vaya á esculpir con carbon sobre mi sepulcro prematuro, aquellos cuatro versos que un alma de ministro fué á trazar sobre el de un médico que de puro malo jamás encontró á quien tomar el pulso.

Decía el epitafio :

Aquí vino á zambullirse
un médico de lugar,
que no hallando á quien matar,
hizo muy bien de morirse.

Repito que no estoy por esto; yo hago por la vida; no me dá la gana de morirme, y maldito si en mis famélicas meditaciones me ocurre jamás tan enorme barbarismo: esto será todo lo que se quiera, mas yo no puedo remediarlo; estará tal vez en la masa de la sangre: lo cierto es que estoy atrocemente decidido á no morirme en toda mi rabiosa vida, ni aun de real orden, como aquel ciudadano de la federacion chuchurupiana, que recibió el siguiente decreto: «El gran consejo federal decreta: que se muera el ciudadano Marco Antonio Riquichí.» Y él contestó: «El ciudadano Marco Antonio Riquichí no quiere morirse, y protesta que no se morirá en toda su vida.»

Pero tampoco es esto lo que yo quiero decir: lo que mas me achicharra, lo que mas me fosforiza la sangre, lo que mas me romantizada, lo que mas me despeluzna de cólera, lo que mas ferozmente me aplasta el estómago, es esta meditacion que medito á todo meditar como si tuviera prisa de no acabar de meditarla nunca. Pero señor! me digo ¿tengo alguna necesidad de no tener dinero? ¿Es algun sacrificio infalible para la salvacion de mi patria, el estar yo siempre sin medio maravedí? ¿Me habrá tomado de ojo algun Mendizabal? ¿O se creerá que soy algun militar, ó fraile cesante, ó algun cura? Pues qué? ¿Tengo yo estampa de monástico ó de párroco? ¿Se me habrá clasificado entre los ecónomos, porque vivo con toda la superior economía

de un hombre que jamás gasta un cuarto, por la sencilla razon de no tenerlo nunca? ¿Y no hay y sobra para barrenarse sacrílegamente los oídos de oreja á oreja por no verse en tan ridícula posicion, puesto que no hay facha mas ridícula que la de un hombre sin dinero? ¿Será indispensable que permanezca mi ventrículo en anarquía para que no se trastorne el orden público? ¿Será indispensable que se perpetúe la revolucion de mis tripas para asegurar la paz del género humano, ó será efecto de alguna medida económico-política, que mi bolsillo esté mas esprimido que limon de café para que tomen incremento las arcas del erario? ¿O será tan preciso que yo hostee sin parar un instante para que los demas coman? ¿Nunca ha de terminar mi crisis metálica?

Esta interminable crisis
que me da esplínico tedio,
en mí, sin niugun remedio,
va á degenerar en tisis.

Pues al ver mi rostro herético,
qué poco tiene de magro,
diria cualquier profético
que ha de ser un gran milagro
si pronto no paro en ético.

¡Yo boquear de puro ético! ; Y de qué tisis! Esto me rellenaria de la desesperacion mas inaudita que nos transmitieron los siglos bárbaros. Ni Caligula, ni Neron, ni Lucrecia Borgia, ni Sila, ni el Tirano de Pádua, ni Margarita de Borgoña, ni Cain, ni el mismo diluvio universal podrian compararse conmigo. A bien que mejor meditado, tanto me daría morir de tífus, como de tercianas; pero haber vivido de hambre fulminante, y no echar el último resbalon ó el postrer buñido de una comilona, de una atragantada, seria cosa que me haría cometer los mayores desafueros contra los médicos, contra los quirúrgicos, y hasta contra toda la farmacia en globo, por mas que se armase de interminables espátulas.

Aun no es esto lo que yo deseo meditar con todo el entusiasmo de un español bien nacido y mal comido, declarado en estado de sitio por una hambre despótica. Lo que yo quiero es ana-

tomizar á un hombre sin dinero; es decir, anular lo que es un habitante del globo social *in-metalizado*, sin cosa que pueda escasamente *metabolizarle*. Esto es espantoso, esto es horrendo, es inquisitorial, es..... no quiero decirlo, no quiero mentarlo; pero es otra cosa peor.

Un hombre, pues, sin dinero, es el espectáculo mas lamentable: es la esclavitud personificada del sufrimiento español, es un pleonismo humano, es la parálisis de la voluntad, puesto que no tiene voluntad propia; es el toro de Maraton que arrojaba fuego por las narices, porque todos huyen de él; es el padron de la injusticia constitucional, porque no goza los derechos de ciudadano, es la fisiología de la calamidad en un tomo ó volúmen, es una plegaria ambulante, es la efigie de la humildad; y la humildad de la desesperacion, es un solitario entre la multitud; es un eco que todos oyen y nadie escucha; es la sarna de la paciencia; es la cantárida del prójimo, y el sinapismo de la amistad; es un caracol sin cuernos; es la victima de la policía; es la sinrazon en los pleitos, el escorpion de los escribanos, la mariposa de los alguaciles, la pública espacion de los delitos agenos, y el *atrás* de los porteros; es el cebo de la hambre; y el catálogo de las necesidades humanas; es el caos de la envidia, y la opresion del deseco; es el desden de las hermosas y el espantajo del amor, es la estampa de la heregía; la carabina de Ambrosio, es la agonía en infusion: es un naufrago en seco; es un soliloquio á oscuras; es..... ¡Oh desdicha desastrosa! Es.....! Oh interminable horror! Es...

Aquí llegó el hostezante meditador, cuando oyó una voz convocatoria que decia: Proto! Amigo Proto! baja al momento, de cabeza, que vamos á almorzar por mayor en los Andaluces. — ¡Ah!!!! ¡Oooooh!!!! Estas dos exclamaciones ahulló el escuálido don Proto, exhalando un profundo bostezon. Precipitóle escalera abajo como de piston su hambre romántica, repicando los talones con inconcebible entusiasmo: él desapareció de la guardilla, y se quedó el baul.

JOSÉ MARIA BONILLA.



ADIOS SEÑORES... HASTA LA VISTA.

Esto es hecho, amigos caros,
tengo listo el pasaporte,
y me es forzoso anunciaros
mi partida de la Corte:

Que es justo vuelva á Valencia,
y se aleje de Madrid,
el que vive en la creencia
de que hay quien siente su ausencia
allá en la patria del Cid.

Me voy... mas tened presente,
(y basta que yo os lo diga)
que llevo fija en mi mente
y grabada en mi barriga
toda la risueña gente,

A quien deseo mi goces
en la cortesana gresca,
mientras yo allá en mis arroces
me entrego á la caza y pesca.

Poco tengo y menos valgo,
pero de ingrato no peco,
y si os es útil en algo...
succa es la tierra del...

SUECO.



ENFERMEDAD DE DON ABUNDIO.

Esta semana, no la que va á entrar sino la pasada, hubo consulta de médicos en que nada se adelantó por la poca conformidad que hay siempre entre estos señores. Uno decia: esto es el tifus, otro: esto es el hubon, y el mas despejado de todos lo atribuyó á una inflamacion catarral en el tendon de Aquiles por su comunicacion con las venas yugulares y hemorroidales.

¿Qué le duele á usted don Abundio? le preguntó este facultativo.

—La cabeza, contestó don Abundio.

—¿No decia yo? añadió el primero; el mal está en el tendon de Aquiles. Luego volvió á preguntar: ¿Tiene usted apetito?

— Sí señor, me comería un caballo en adobo.

— ¡Hola, hola! dijo el médico tomándole el pulso; esto me afirma mas y mas en que todo el mal está en el tendon de Aquiles.

Los demas estaban muy divergentes y poco seguros en su opinion. Así es que en los medicamentos que se le recetaron se echa de ver la exactitud matemática de la ciencia de Hipócrates. Uno mandó friegas en el pulmon, otro recetó nabos gallegos cocidos con leche amerengada y pimientos verdes; otro fué de parecer que se le dieran baños en agua hirviendo, y el mas entendido de todos ordenó que de dos en dos horas tomara el enfermo cuatro docenas de sandías en píldoras. Nosotros por no disgustar á ningun facultativo, le hemos aplicado todos estos remedios, y efectivamente don Abundio sigue mas aliviado. Los médicos atribuyen la mejoría á las sandías enteras que se traga en píldoras el enfermo, y tenemos entendido que se trata de dar una obra á luz probando la esclencia de las sandías sobre el método homeopático, como sucedió en cierta ocasion con el cáñamo que por si ustedes no lo saben se lo voy á contar.

«Escribió un amigo á otro que no le habia visto en veinte años, diciéndole: querido Fulano; hace cuatro dias que me cai en un barranco y me rompi una pierna; pero gracias á un par de libras de cáñamo que me aplicaron, se me curó en menos de media hora. Tú que eres médico conocerás mejor que yo las virtudes del cáñamo.»

El médico empezó á escribir y publicar una obra en que probaba la virtud del cáñamo en los golpes contundentes; la facilidad en que el jugo cañamoso unia los huesos rotos, y otras cosas por el estilo, hasta completar doce tomos en 4.º de 1500 páginas cada uno. Y cuando acabó la publicacion de la obra que iba apoyada en el caso práctico que le habia comunicado su amigo, recibió una carta de este que decia despues de los cumplimientos de costumbre: «sabrás, para que no te mortifique, el busilis de mi carta anterior. Yo perdí una pierna en la guerra y me compré otra de palo, esta es la que se me rompió en la caída del barranco, y que, merced á una cuerda de cáñamo bien apretada, quedó tan útil como antes. Repito que hago esta aclaracion

para que no te rompas los sesos en averiguar las virtudes del cáñamo.»

Consideren ustedes cómo se quedaria el médico despues de haber escrito tanto. Dios quiera que no empleen el tiempo tan infructuosamente los que escriban el tratado sobre las sandías, aunque tambien le hayan probado á don Abundio. El que se las recetó le hizo ayer una visita y halló al enfermo enteramente cambiado; antes tenia ganas de comer, y ahora no las tiene, antes le dolia la cabeza, y ahora no le duele; pero el médico sin embargo insiste en que el mal de don Abundio está en el tendon de Aquiles.

Hoy se halla mucho mejor don Abundio; está todo el dia entretenido en leer la siguiente décima en estilo ramplon que yo le remití el dia de su santo.

A DON ABUNDIO ESTOFADO

EN SUS DIAS.

Que me crea ó no me crea,
me causa melancolias
verle recibir sus dias
sin la salud que desea.
Quiera el cielo que los vea
otro año sin tanto afan,
mas terne que un mostagan,
siendo de su bien testigo
el mas franco y fiel amigo
que besa su mano. — JUAN

MARTINEZ VILLER GAS.

UNA MUGER MILAGROSA.

CUENTO DE VIEJA.

I.

En un lugar de Castilla
que el Duero en su curso baña,
(tanto me da decir Duero,
como Pisuer ga ó Adaja)

Casóse Juana con Juan,
y la consecuencia es clara;
esto equivale á decir
que Juan se caso con Juana.

Era Juana una muger,
y esto es verdad demostrada,
que si ella muger no fuera,
con hombre no se casara.

Era, pues, una muger
la sencilla castellana,
hermosa como una rosa
y dócil como una malva.

Era Juan un labrador
de condicion revesada,
mas malo que andar á pié,
mas feo que una mortaja.

Como si la pobre moza
tuviera telas de araña,
siempre andaba el santo fresno
sacudiendo sus espaldas.

Y gracias que él iba al campo
á cuidar de su labranza,
desde que se asoma Febo
hasta que Febo se escapa.

Y así la Juana vivía
mientras Juan no estaba en casa;
que estando, andaba el garrote
por quitame allá esas pajas.

Jamás comía el tal Juan,
que por Dios no era Juan Lanás,
carne, pan, perdiz, conejo,
pollo, frutas, ni ensaladas.

Aficionado á lo blanco
rico vino de la Nava,
solo sardinas comía
por tarde, noche y mañana.

Lo imposible era acertar
si darlas fritas ó asadas,
porque estando asadas ¡palol
y estando fritas ¡estaca!

Venia el hombre del campo
de armar camorra con ganas.

—Muchacha, ¿qué hay que cenar?
—Sardinas ¿qué quieres que haya?
—¿Cómo me las has compuesto?
—Cocidas, con mucha salsa.
—Hoy se me antojaban fritas;
maldita sea tu casta.

Y aquí, cual si su muger
criara telas de araña,
la cruzaba el santo fresno
sobre sus pobres espaldas.

Ibase al campo otro día,
la Juana se consolaba,
y Juan volvía á la tarde
bramando como una vaca.
—¡Muchacha! ¿qué hay que cenar?
—Sardinas fritas.

—¡Qué infamia!
—¿Pues no las querías fritas?
—Hoy las quiero escabechadas.

Y aquí, cual si su muger
criara telas de araña,
la cruzaba el santo fresno
sobre sus tiernas espaldas.

Y otra vez el sol venía,
y otra vez Juan se marchaba,
y otra vez el sol huyendo
Juan se volvía á su casa.
—¡Muchacha! ¿qué hay que cenar?
—Sardinas.

—Eso me agrada.
—¿Y cómo las has compuesto?
—Escabechadas.

—¡Oh rabia!
—Pues ayer, no las querías?
—Hoy se me antojan asadas.

Y aquí con rencor profundo
andaba otra vez la vara,
sobre si han de ser cocidas,
ó fritas, ó escabechadas.

II.

Era de Juana vecina
una vieja endemoniada,
según la fama, hechicera,
y bruja según las trazas.

A la cual pidió un consejo
la desventurada Juana
para agradar al marido
que tanto la maltrataba.

Paróse un poco la bruja,
y despues de breve pausa,
á Juana le dijo en estas
ó semejantes palabras:

«Si quieres que por la cena
no te zurre la badana,
pónselas de varios modos,
y así la boca le tapas.»

Tomó la Juana el consejo,
 volvió Juan de su jornada
 sañudo mas que otros dias,
 y dijo con mala cara.
 — ¡Muchacha! ¿qué hay que cenar?
 — Sardinas escabechadas.
 — Yo las queria cocidas.
 — Tambien las hay, ten cacheza.
 — Pues tambien las quiero fritas.
 — Pues tambien fritas las hallas.
 — Asadas tambien las quiero.
 — Tambien las tienes asadas.
 — Tambien las quisiera crudas.
 — Ahí tienes una banasta.
 — Bendita seas muger,
 por hoy estás perdonada.—
 Y en paz cenaron los dos,
 ambos á Dios dando gracias.

—
 Salió el marido al corral,
 y viendo la noche clara,
 se le antojó aquella noche
 sacar al corral la cama.

Juana, temiendo el garrote,
 obedeció sin tardanza,
 y Juana y Juan se acostaron
 contentos como una pascua.

¡Gracias á Dios! dijo Juan,
 ¡Qué noche tan estrellada!
 Aquí no hay pulgas infames
 que me piquen las entrañas.

—
 Mis lectores habran visto
 una especie de calzada
 de amontonadas estrellas.
 que *Via Láctea* se llama.

En esto paróse Juan,
 y dijo con mucha calma:
 ¡Muger! ¿qué sendero es ese
 de claridad tan estraña?
 — El camino de Santiago,
 dijo al momento la Juana,
 por donde marchan á Roma
 los peregrinos de España.
 ¡Demonio! dijo el marido
 dando un salto de la cama,
 ¿dices que van peregrinos?
 Y si cae uno y nos mata!

¿Por qué la cama sacaste?
 ¡Maldita sea tu casta!
 Y esto diciendo el marido
 tomó con furor la vara;

Y cual si aquélla infeliz
 criara telas de araña,
 le cruzó el fresno nudoso
 sobre sus tiernas espaldas.

III.

Vino el sol, marchóse Juan,
 y otra vez volvió la Juana
 á consultar con la bruja
 cómo aliviar sus desgracias.

La bruja, dando descanso
 sobre la mano á la barba,
 discurrió el medio mejor
 de escarmentar á aquel maula.

Y calculando este medio
 tras una ligera pausa,
 á Juana la dijo en estas
 ó semejantes palabras:

«Esta noche le esperamos
 tres vecinas con estacas,
 cada cual tras de una puerta
 escondidas en tu casa.

Procuras que se incomode,
 le replicas desearada,
 y, cuando vaya á zurrarte,
 dí gritando: ¡que me mata!
 ¡Válganme las tres Marías!
 Y entonces desforadas
 salimos con los garrotes
 y te rompemos el alma.»

—
 Aceptó Juana el consejo:
 volvió el marido con ganas
 de sacudir la las pulgas
 como en las noches pasadas.
 — ¡Muchacha! ¿qué hay de cenar?
 — Hoy no he preparado nada.
 — ¿Cómo que nada, bribona?
 ¡Ya verás lo que te pasa!

Tomó la vara de fresno
 hecho de cólera un ascua,
 y empezó á darla tan firme
 como quien sacude lana.

Entonces Juana llorando,
clamó al cielo arrodillada:
¡válganme las tres Marías!
¡que me matan! ¡que me matan!

Y entonces las brujas tres
salieron con sus estacas,
y pim! ¡pam! le calentaron
para unas cuantas semanas.

Cayó el buen Juan sin sentido:
huyeron de allí las magas;
y Juana empezó á llorar
arrepentida de lástima.

Volvió en sí Juan, y advirtiéndole
que Juana le acariciaba,
la dijo: ¡ten compasión!
perdona muger mis faltas.

Ya no volveré á ofenderte;
pues conozco que eres santa,
y por tu bondad divina
te doy, querida, mil gracias.

Pues sí, en vez de *tres Marías*
que me han roto las espaldas,
llamas las *once mil vírgenes*,
¡Jesús!... la unción no me alcanza.

—
Mugeres, si alguna vez
os sucede lo que á Juana,
obrad con vuestros maridos
los milagros de esta santa.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

LA GASTRONOMIA Y LA LITERATURA.

En una época que se llama de progreso, y cuando tantos adelantos se han hecho en la mayor parte de las ciencias, es imperdonable que se haya desatendido el estudio de la más útil, sana y provechosa acaso de todas.

La gastronomía, objeto sencillo y encantador ofrece en sí tan agradables materias que ver, y tan dulces principios que probar, que es hasta un cargo de conciencia el que no se los profundice. Y no hay en esto exageración; pues si el hombre de lo primero que debe cuidar es de su individuo, y la gastronomía proporciona al dicho individuo nutrimentos sanos y delicia-

mente condimentados, en lo cual no se deteriora el estómago, en vez de guisotes mal cocidos y groseros, con lo que no solo padece el cuerpo sino hasta el espíritu puro, claro es, y por consiguiente hay lógica en afirmar, que es un cargo de conciencia el desatender la ciencia peregrina que puede proporcionarnos más larga y duradera vida en tan sabrosas lecciones, y con tan apetitosos ejemplos.

¡El arte de cocina decae entre nosotros! Pasaron los hermosos tiempos en que se comía: (déjenme los lectores concluir el período, pues ya sé que en el día el comer es también un ramo de primera necesidad, y que aun los cesantes y esclaustrados, que por el gobierno están dispensados de padecer tan ruines deseos, aun esos, cuando no tienen otra cosa, como en el día se comen las uñas ó los codos, si se los alcanzan.) Pero, pasaron, repito, aquellos deliciosos tiempos en que se comía tan descansadamente. Y digo descansadamente, porque no eran cuatro ó seis horas las que se destinaban al agradable ejercicio de menear mandíbulas y quijadas, sino que eran muchos días los que duraban algunos convites; y apelo de esta verdad al testimonio de *Valerio Máximo* y de *Cicerón*, ó tén-gaselos de lo contrario por embusteros de á folio, es decir, grandes. Pero como no tiene gracia que la fama de tan buenos señores padezca, á bien que recordaré á los lectores incrédulos á las palabras de aquella gente profana, los libros de la Escritura, y veremos entonces qué cristiano viejo nos lo niega. Pues, como iba diciendo, sépase que en el libro de Ester se cuenta de un tal Asuero, que debió ser un rey de *tomo* y *lomo* (cada lector se descifrá el tomo y lomo á su antojo), lo que yo quiero decir es de muchos humos, porque era espléndido hasta dejárselo de sobra; y ahora veo que una comparación en que entra la palabra *lomo*, y una explicación en que empleo la palabra *humo*, son muy propias de cocina, y muy del caso en artículos de gastronomía. Pues sí, amable lector, el rey Asuero, que dominó desde la India hasta la Etiopía, dió un espléndido banquete á los magnates de su imperio que duró ciento veinte días: y en seguida dispuso otro convite para el pueblo que duró siete días, y en el cual el servicio de la vagilla era

nada menos que de plata, y las copas de oro. Aquellos eran otros tiempos, vuelvo á decir; vayan hoy á poner copitas de plata ni vasitos de oro, cuando los mozos de café se ven y se desean en nuestro adelantado siglo para que no les cercenen las cucharillas de estaño ó los azucareros de peltre del café. Pero no divaguemos; recomiendo á los aficionados al arte gastronómico la lectura de los viajes de Anacarsis, para que se contenten el ánimo con las animadas descripciones de los banquetes de Dinias, y á que recorran las antiguas obras de Herodoto, en las que hallarán pruebas convincentes de lo que han degenerado nuestros cocineros y nuestros gastrónomos.

La gastronomía es un ramo de lujo; el hombre que sale dotado de ese especial y esquisito paladar que le hace encontrar en los platos (no seamos materialistas, en lo que contienen los platos) el refinamiento de los placeres, ese hombre será el mas infeliz de los mortales, en los siglos de decaimiento en que yace el arte culinaria. Cada recuerdo de las antiguas orgías será para su corazon una espina mas punzante que la del pez espada que se le atravesará de medio á medio. Recordará que en Esparta y en Creta habia comidas públicas, costeadas por el erario y en que se sacaba el vientre de mal año, cuando en el dia hasta la gazofia que se repartía á la puerta de los conventos ha dejado de repartirse, por la razon convincente de que la mayor parte de los conventos ya no tienen puertas, y esto por la no menos clara razon de que ya los van echando por tierra. Recordará aquellos romanitos que, para no lastimarse y comer con holgura, lo hacian sobre mullidos lechos, llegando su pulcritud á poner sobre las mesas doseles de damasco para que no les cayese el polvillo del techo, y su sensual apetito al extremo de irse poniendo coronitas de flores, combinados sus aromas y perfumes de modo que los olores contribuyesen ó á retardar los efectos de sus *turcas* (vulgo borracheras), pues está visto que se *dejaban correr* tambien los antiguos, ó á animar sus sentidos escitándoles á impúdicos y desordenados deseos. ¡ Vayan ustedes viendo qué comparacion hay con los tiempos que alcanzamos! Recordará el baño que tomaban los susodichos romanos para ir

fresquitos y bien dispuestos al *cenáculo* ó sala de comer, mejor dicho, de cenar. Las esencias que se quemaban para aromar las salas: las aguas olorosas con que se rociaban los asientos; y hasta el rato de lectura con que se entretenia á los golosos señores, que por no fatigarse en discurrir y no dar descanso á sus fauces, se dejaban arrullar con amenas y entretenidas historias, á las que formaban un bajo sostenido con el martilleo de sus dientes.

Esto me hace pensar que el verdadero refran antiguo, que sugirió sin duda al célebre Jovellanos su *Pan y toros*, antes seria *Pan y letras*. Bien hizo Jovellanos en sustituir las palabras. El pan y las letras, aunque el pan tiene muchas migas desengañémonos que nos las hacen: las letras han nacido para perdidas, puesto que en manos de todos andan, aunque no por eso bien quietas ni mejor paradas: hasta no hace muchos años han pasado por locos ó desocupados, quizá porque á pérdidas se dirigian, los que teniamos la aprension de que el escribir era una ocupacion como otra cualquiera, por no decir mas útil que las demas, puesto que adelantaditos estariamos si no hubiere habido Cicerones, Fenelones, Licurgos y otros de su calaña, que aunque sin oficio ni beneficio, hubiesen esplicado cuantos oficios son esplicables, dando á su país inmensos beneficios en la ilustracion, conocimientos y consejos que en sus libros les enseñaron. En el dia ya empiezan los artistas á formar clase, y á considerarse un estado, aunque sin posicion; y aquí, lector amigo, consiste el *busilis*, en la posicion; y no de tercera y cuarta como de baile, sino de empleo ú ocupacion productiva, de modo que aunque hayamos adelantado un pasito en punto á considerarnos ya una clase de hombres que no son como hasta hace poco, ni desocupados, ni locos, ni mal entretenidos, aun no hemos conseguido una posicion en el mundo, por cuanto el trabajo no es como un pagaré que representa siempre dinero tangible.

Algun lector se preguntará á sí mismo: ¿pero y esta nueva digresion á qué viene? Pues viene á probar que, desde que han desaparecido los verdaderos gastrónomos y los duchos cocineros, ha degenerado tambien el amor á los libros. La vida es corta, señores, y para los que han nacido

con una intencion firme y decidida de hacer en un todo su santísima voluntad, apenas hay tiempo en el mundo mas que para divertirse : aun á los que les falten los medios para satisfacer todos sus caprichos les sobran los ánimos para desearlo; de modo que es un axioma constante que el hombre prefiere siempre dos fiestas á un domingo. Supuesta esta innata desidia, los antiguos destinaron las horas del placer para el estudio : es decir, quisieron que lo árido de la enseñanza desapareciese entre lo agradable de la distraccion, y de ahí provino el que en todas sus comidas habia un lector que recitaba en voz alta pasages históricos, fabulosos ó morales. De este modo, como todos procuraban tener tiempo para comer, todos le tenian para instruirse. Y hé aquí la oportunidad de la digresion : desde que los gastrónomos han desterrado los lectores de sus mesas, los hombres se han vuelto á encontrar sin tiempo oportuno para calentarse los cascos con un libro, de modo que el haber degenerado los gastrónomos, sin duda porque han desaparecido aquellos hábiles cocineros, es la causa de la decadencia de nuestra literatura. Me parece que no voy descaminado. Habia otra ventaja inmensa para los escritores, que así como dice un refran : «que á buen hambre no hay pan malo».... así se podia inventar ahora un nuevo axioma que dijese : «que á buen pan no hay libro malo.» Veán ustedes si en este siglo en que se escribe tanto, no seria una ventaja para muchos la seguridad de que sus obras se ojearian por sus lectores, hallándose á la mesa, consolado su estómago con las deliciosas viandas y en tan buena disposicion para digerirlas por supuesto las obras, no las viandas, pues estas no son de tan difícil digestion, por pesadas que sean como algunas de aquellas.

Lamentémosnos, pues, con que haya caido en desuso tan provechosa costumbre; unamos nuestra voz en elogio de la maravillosa ciencia de la gastronomia : acaso, acaso destinaremos otro artículo, si el público no mira con desden nuestras indicaciones, á entusiasmar el apocado aliento de los cocineros, y á escitar el desordenado apetito de los opulentos señores. Tambien dirigimos desde ahora nuestra voz á nuestros escritores y literatos. La cocina es un grande

hornillo en el que pueden condimentarse los mas sabrosos principios, no hay que desdeñarle, pues, porque pareceza grosero el asunto : Aristóteles, Platon, Theofrastró, Herodoto, Ate-neo y otros mil privilegiados talentos hablaron de la cocina con encomio. Ea, pues, solo falta el último paso; quizá sea este el medio de acabar de dar un impulso grande á nuestra literatura, consolidando de una vez sus cimientos. Empezemos pues dando el ejemplo, y cada cual en su doméstica vivienda, mientras se zampa el humilde puchero, procure, si es que tiene fámulo y si no hay el inconveniente de que este ignore el uso de las letras, hacerle leer, y para entusiasmar al mismo fámulo, llámele con el nombre de *Anaquóste* que era el que tenian los antiguos lectores.

Imitemos á Plinio siquiera en bañarnos y en tener gusto en que nos lean; hágamonos comparar con Atico, quien, segun el testimonio, y no falso, de Cornelio Nepote, como dicen los niños de la escuela, aseguraba que encontraba continuamente en su mesa el placer del espíritu reunido á una buena comida. Jactémonos alguna vez de hacer lo que el emperador Severo, y leamos como él á nuestra familia mientras come : por supuesto teniendo cuidado de habernos llenado bien antes la andorguilla, para que no se nos vayan los ojos mas bien que al libro á la comida : y ojala llegue un dia en que se haya hecho costumbre tan grata, y ceremonia tan obsequiosa y agradable la *lectura durante la comida*, que podamos decir como Juvenal para incitar á un amigo á que nos acompañe á nuestra mesa : «ven y nos leerán los versos de Horacio y de Virgilio.» Entonces la gastronomia volverá á ser la ciencia mas divina de todas, porque á ella deberemos el aprecio que se haga de nuestra poco apreciada literatura.

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.



ODA

Á LOS GORDOS.

¿Será que siempre el denodado gordo,
 criminal por su flema y su indolencia,
 á la voz del honor persista sordo
 sin castigar del flaco la insolencia?
 ¡Oh gordos, despertad! nuestro estandarte
 glorioso tiene Baldoví en su mano,
 que es mayor que una muestra de guantero.
 El os lo enseña y no lo enseña en vano;
 él de la gloria os abrirá el sendero:
 seguidle, hijos del Cid, y no se diga
 que en nuestras filas se albergó un villano
 que ha tenido mas miedo que barriga.

¿Aun no cesa el ronquido,
 evidente señal del torpe sueño
 en que os habeis, ó miseros, sumido?
 ¿Por qué dormís, ó gordos, como un leño?
 ¡Ay! de cada ventana
 de vuestras impertérritas narices
 impetuoso huracan sale bramando;
 ¡despertad, infelices!
 ved que se acerca el temerario bando
 de esos hombres de hueso
 que la ventura envidian del obeso.
 Si dormidos nos cogen, los malvados
 ni tendrán compasion de los preñados,
 y destruirán quizás en solo un día
 las masculinas madres y la cria.
 Villergas, el atroz, vendrá á su frente
 montado en un rocín de hueso puro,
 tan enjuto, tan flaco como un diente;
 y en un lebrel tan seco como viejo,
 con huesos que taladran el pellejo,
 Urrabieta vendrá, yo os lo aseguro.
 ¡Ay que esta turba hambrienta
 con nuestra carne sólida y maciza
 quizás vestir intenta
 su desnada y escuálida osamenta!
 Cual seco can vendrá Canseco seco,
 y Príncipe mas seco que Canseco,
 acauñando un numeroso enjambre,
 un tropel infinito
 de poetas que purgan con el hambre
 el crimen inaudito

y la obstinacion bárbara ¡oh mancilla!
 de no pertenecer á la pandilla
 de esos sabios *autores*
 de traducciones, vulgo traductores.
 Mil poetas vendrán que ni de vista
 conocieron siquiera á seis ni cuatro
 de los *inquisidores del teatro*,
 que el *comité* componen entendido
 do antes de haber los titulos leído
 se aprueban ó reprueban las comedias,
 solo del autor viendo el apellido.
 Y esos tan sabios hombres,
 esos tan justos jueces,
 que las obras condenan por los nombres,
 yo silbados les ví mas de seis veces
 en piezas que á la escena presentaron,
 y que á fuer de imparciales ellos mismos
 con elogios sin fin las ensalzaron.
 Tambien viudas vendrán y retirados,
 y monjas, y cesantes,
 y tambien esclaustrados,
 á guisa de esqueletos ambulantes.
 Devorarnos quisieran,
 pero no los temais, son impotentes;
 vengan, no se lo impido,
 tanto tiempo hace ya que no han comido,
 que olvidaron el uso de los dientes.
 Acaso, y sin acaso,
 pues son unos follones,
 se escurran por estrechos callejones,
 por do saben que el paso
 nos vedan nuestros anchos barrigones.
 De acecho en las esquinas estaremos,
 y ¡ay del hueso que salga!
 no habrá santo ni diablo que le valga.
 Gordos somos y fuimos y seremos,
 gordos vivimos, gordos moriremos.
 Juremos esterminio al bacalao;
 y no se lleve el viento
 nuestro santo y solemne juramento.....
 —¿Hay uno que no jura? ¡es Wenceslao!
 Sí, Wenceslao Ayguals; ese hombre esfera
 que en otro tiempo batalló con brio
 al pié de nuestra espléndida bandera;
 ese, que en sanguinario desafío
 ileso nuestro honor y sin mancilla
 arrancó de las garras de Zorrilla.....
 ¡horrible defecion! hoy del contrario

nutrir intenta las huesosas hueses,
 que forman todas juntas un osario,
 y contra Baldoví va echando pestes.
 La baja envidia le consume el alma;
 la reverenda panza del caudillo
 que hoy de los gordos acrecienta el brillo
 á Ayguals robó la pretendida palma.
 Y ahora el hombre-bola
 en Vinaroz torneado,
 el hombre redondeado
 que tanto se prestaba á carambola,
 el hombre cuyo rostro no se viera
 en ningún punto de las dos Castillas,
 sin que el vulgo digera:
 «la luna se ha dejado las patillas,
 vigote y barba entera.»
 el hombre en fin rollizo,
 cual sabañon hinchado
 y colorado mas que un panarizo,
 casi se cree carcomida momia
 desde que ha visto á Baldoví el inmenso,
 cuyo volúmen nuestra voz encomia,
 y á quien tributa nuestro bando incienso.
 Por fortuna traidores
 no hubo siquiera dos; hallar no pudo
 la conducta de Ayguals imitadores.
 ¡Oh! nunca á nuestros votos faltaremos,
 gordos, y venceremos;
 y si es el bando flaco testarudo;
 mil flacos morirán... de un estornudo.
 A tí, gran Baldoví, te ha reservado
 el cielo la alta hazaña
 de hacer triunfar los gordos en España.
 ¡Salud, héroe preñado,
 en cuyo oscuro y cavernoso ombligo,
 si otro diluvio universal viniera,
 hallar podría toda raza abrigo!
 Nunca suelte tu mano esta bandera
 que el egército gordo te confía,
 hombre-generacion, hombre universo;
 y adquirirás tal gloria,
 si no es el hado á tu mision adverso,
 que los elogios todos que prodiga
 á los héroes la historia,
 consagrados tan solo á tu memoria,
 darán nombre inmortal á tu barriga.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

A D. ANTONIO RIBOT Y FONTSERÉ.

SONETO.

¡Otra vez, GORDO, en tu arrogancia loca,
 mostrándome los dientes como el mico,
 abres soberbio el afilado pico
 y á la lid tu insolencia me provoca!

¡Piedad, hombre tonel! que aunque cual roca
 contra tu pesadez me petrifico,
 sé que me has de aplastar: sé que tu hocico
 me mata... tú volúmen me sofoca.



Si antes obeso fui y ora estoy flaco,
 no digas, no, que en defecciones pecco,
 pues yo jamás tal consecuencia saco.

Que si quedé carton cual vil muñeco,
 á los pesares que me das achaco
 mirarme triste, delgaducho y seco.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

ENFERMEDAD DE DON ABUNDIO.

Merced á las pildoritas de sandía iba muy aliviado, pero ha tenido ayer un contratiempo que puede tener fatales consecuencias. Se cayó de cabeza desde un cuarto tercero, y gracias que dió en una piedra, que si acierta á no caer en mullido, se rompe la crisma. Se procedió inmediatamente á hacerle la operacion de la catarata con un pujabante, y gracias á esta y á una gran taza de soliman, se le aplacaron los dolores. Ha

habido reunion de médicos, y han convenido en curarle segun el método homeopático, que tantos prodigios hace en los infernos. La receta está concebida en estos términos: «se disolverá un cañamon en una botella de agua como de dos azumbres: una gota de agua de esta botella se echará en un cántaro de agua como de dos arrobas y se revolverá todo lo posible; despues se sacará una gota de dicho cántaro y se echará en una gran tinaja llena de agua, y del agua de esta tinaja se le dará al enfermo una cucharadita de cuatro gotas de dos en dos meses, cuidando no equivocarse en el tiempo ni en la cantidad, porque entonces corre muchísimo peligro.»

Despues de esto pensamos que unos baños de mar en el estanque del Retiro, para cuyo viage se le ha señalado el siguiente itinerario: Dia 1.º Por Mondoñedo á Lérida; y dormirá en Montevideo. Dia 2.º Isla de Santa Elena, Belascoain, Carabanchel y Nápoles; volverá á dormir en Montevideo. Dia 3.º Correrá los Estados Pontificios, golfo de las Yeguas, toda el Asia y parte de Betanzos; volverá á dormir á Montevideo. Y 5.º y último dia. Moscou, Getafe, Montevideo, y seguirá en direccion siempre del polo Antártico hasta llegar á la puerta de Atocha, desde la cual se puede poner en pocos meses de navegacion aerostática en el Retiro.

Le acompañará en este viage don Antonio Ribot y Fontseré.

EPIGRAMA.

Modas y trages extraños
con insufrible imprudencia
ostentaba doña Mencia,
muger entrada ya en años.

«Para qué tanto te pules
(dijo su esposo con queja),
si, estando ya en Villa-vieja,
has de llegar pronto á Nules!! (1)»

J. B. BALDOVÍ.

(1) Estas dos poblaciones de la provincia de Castellon, distan entre sí un cuarto de hora escasa.

Camará, juya d' aquí
ó le espavilo este tedio!
—Juan, yo no te temo á tí,
que para venserme á mi
nesesito un *Juan y medio*.
—Gaya, que de ira me frio,
y me vienen unas ganas!
—Zoniche! que ya mi brío...
no te sambuyó en el río...
por no espantar á las ranas!
—Menos palique, güen majo,
y oiga lo que aquí me traje:
por no faltar á la ley,
hoy mesmo á servir al rey
entre peniyas me najo.
Y es natural, pues estoy
enamorado é Pepiya,
que la iga que me voy,
pa que puéa saber hoy
que su gaché se las guiya.

Juan, que sin ser caballero
de generoso se precia,
dejó paso á su rival
que se puso á hablar con Pepa.
Es Sacabuches un *terne*
criado en la Macarena,
que de un solo puñetazo
pone á un hombre en las estrellas.
Enamorado hace tiempo
de Pepilla Corta-lenguas,
no hay dia que por su causa
veinte trifulcas no tenga.
Y es Juan un majo de aquellos
que les da por la tremenda;
aunque algo bocon, valiente,
y valiente con prudencia.
Quiere á Pepilla, y su amor
paga con desprecios ella;
y si no por ser mal mozo,
por cansado lo desprecia;
pero él siempre erre que erre
que ha de quererla á la fuerza,
y á bien que no es el primero
que en igual caso se encuentra.

El sabe que su rival
 Sacabuches la camela,
 y jamás se tropezaron
 sin armar una pendencia.
 El novio parte aquel día
 á los campos de la guerra,
 mientras libre á su contrario
 de amor el campo le deja.

—
 Seis ó siete años pasaron,
 y nadie á saber acierta
 del valiente Sacabuches
 si muerto ó vivo se encuentra,
 sin embargo que por muerto
 algunas gentes le rezan;
 pues un día casualmente
 leyeron en la Gaceta,
 que todo su regimiento
 pereció en una refriega,
 y sin pasar á cuchillo
 solo escapó la bandera.
 Pepa, su muger futura,
 lloró su muerte al saberla,
 mas se consoló bien pronto,
 que el bien ó el mal pronto vuelan.
 Pepa con Juan desdeñosa,
 y Juan queriendo á la Pepa,
 ella haciéndole desprecios,
 y él suspirando por ella.
 Pero al cabo con el tiempo
 fué amansando aquella fiera,
 que una gota, y otra y otra
 al fin taladran la piedra,
 y el alma de una muger
 no es ningun *cacho de suela*;
 siempre al fuego del amor
 fué su corazón de cera.
 Si he de decir la verdad,
 yo no me extraño de verla
 tan mudada, pues la chica
 no nació para doncella.
 Juan es propietario, tiene
 dos viñas y una taberna,
 y esto, si toma muger,
 le dá para mantenerla.
 Al cabo se contrataron,
 tienen la boda dispuesta,
 y aunque en domingo se casan,

ya el sábado la celebran,
 que de este modo se goza
 de vísperas y completas.
 Están todos sus parientes
 al rededor de una mesa
 con la *cañita* en la mano
 cantando que se las pelan;
 y no es extraño que trinquen
 aunque haya poca moneda,
 pues están con menos fondos
 que hoy un ministro de Hacienda;
 ni extraño que se emborrachen,
 porque es uso de la tierra
 que no haya boda sin vino
 ni vino sin borrachera.
 Con la broma no reparan
 que se halla un hombre á la puerta,
 que cual mero espectador
 está mirando la escena.
 El uno grita: «compae,
 entone osté las playeras.»
 Otro: «que bailen el vito.»
 Otro: «cantar las manchegas.»
 Y en esto sale una voz
 alterada y descompuesta,
 de uno que al fatarle el pié
 fue á buscar los de la mesa,
 y dice: «¿cómo cantar
 sin una mala vihuela?»
 «Pues ir uno,» dicen todos!
 «Cabayeros, voy por eya!»
 exclama, y se levantó
 el borracho con presteza.
 Al ver esto aquel truan
 que estaba de centinela,
 sacó un bulto del bolsillo
 y le echó sobre la mesa,
 huyendo de allí mas listo
 que huye del galgo la cierva.
 Al desenvolver el bulto
 todos suspensos se quedan,
 pues vieron que contenia
 de cuernos media docena.
 Todos de aquella aventura
 hablan sobre la rareza,
 menos el borracho aquel
 que iba á buscar la vihuela,
 y apenas salió á la calle,

plum! se cayó de cabeza.

—
 Sigue la broma y el vino
 y la danza y el jaleo,
 mientras en la calle tocan
 sin cesar un instrumento.
 Apenas lo escuchan, mandan
 entrar sin demora á un ciego,
 que dió mas sonos al aire
 que da un reló descompuesto.
 En tanto los concurrentes
 rendidos del *grave peso*,
 ya por las sillas se tumban
 ó ya ruedan por los suelos.
 Borracho el novio tambien
 le vi salir de un pellejo,
 y hablando con la Pepilla
 se esplicaba en estos términos:
 «Pepi ya, ¿venimos dóz
 ó es que retumba la voz?»
 —Caya Juan, que estás borracho!
 —Si me doblo, voto á brios,
 es que... por verte m' acácho.»
 Y cayó al dar un traspies
 llamando en su ayuda al sueño.
 Porque reíne en su estension
 la igualdad y sus derechos,
 quieren que beba tambien
 y que se emborrache el ciego,
 y aunque lo hartaron de mosto
 al fin no lo consiguieron.
 A la bodega por vino
 salen en tropel ligeros,
 quedando el músico solo
 con Juan que estaba durmiendo.
 Oh sorpresa! al pobre novio
 le deja el músico en cueros,
 y no estrañarlos, lectores,
 porque el ciego, no era ciego.
 Cambiando con él su ropa
 se disfrazan en un credo,
 quizás con mas ligereza
 que hoy se cambia un ministerio.
 El puesto del novio toma
 y al novio pone en su puesto.
 Apenas volvió la turba
 ignorante del enredo,
 equivocados emprenden

con Juan su victima siendo.
 El uno viene y le cuelga
 de la nariz un cencerro;
 otro, en su cara infeliz,
 le planta un cabo de sebo,
 y de este modo su boca
 les sirve de caudclero;
 y en fin, la novia atrevida
 le adorna con los seis cuernos
 que aquel truan les echó:
 Buen regalo á un casamiento!
 Temprano adornas su sien!
 Oh novia, qué estás haciendo!
 Perdonadla, pues no supo
 que aquel era su embeleso.
 Mejor lo merece que otras
 que á sabiendas los pusieron.
 Siguió en su furor la broma
 á oscuras quedando luego,
 pues las luces que tenian
 luces de tinieblas fueron
 que el músico disfrazado
 las apagaba en silencio.
 Qué enemigos de las luces
 han sido siempre los ciegos!
 Ya reina en la habitacion
 el mas profundo silencio,
 y solo por los ronquidos
 se saca que estan durmiendo;
 algunas veces tambien
 entre cortados acentos,
 algun dulce suspirillo
 viene á turbar el sosiego.
 ¡Cuántas equivocaciones!
 Qué quid pro quos tan buenos!
 Lo que hace el vino, gran Dios!
 mas... sigamos con el cuento.
 La novia, yo no sé cómo
 se encontró á su lado al ciego,
 y teniéndole por Juan,
 como todos le tuvieran
 fué á hablarle; pero, ¡oh, desgracia!
 por un estraño suceso
 sospecha que aquel no es Juan,
 zás! y un fósforo encendiendo
 se encuentra con Sacabuches
 que fué su novio primero.
 Oh crisis, ó suspension!

Oh sorpresa del momento!
 A la luz despiertan todos
 menos Juan que está en el suelo.
 Los unos le hacen la cruz,
 los otros se van huyendo,
 y la novia está entre tanto
 gozosa con el encuentro,
 que á Sacabuches le dió
 palabra de casamiento,
 y aunque iba á casar con otro
 de evitarlo llegó á tiempo.
 En esto despierta Juan,
 que al verse tanto embeleco
 y enterado del asunto
 porque lo escuchó entre sueños,
 salta pegando un bufido
 y como un rayo saliendo.
 Pepa al salir le pregunta
 llena de arrepentimiento:
 A ónde vas tan ajumao?

— «A ónde voy? A los infiernos!
 Que aunque estaba amodorrao
 bien oí, que antes de casao
 me posiste ya los cuernos!
 Me najo y le guervo á ozté (1)
 del matrimonio la ciembra,
 y como el otro diré:
 que á lo mejor me queé
 aunque aderezao sin jembra.
 Tome osté sus arracás
 y cuélgueselas al cueyo.
 O es sueño é Barrabas,
 ó en una noche no mas
 juí casao, viudo... y donceyo!...

E. A. — 1843.

EPÍGRAMAS.

Tres hijos perdió Bartolo,
 y con perder á los tres,
 no falta quien dice, Inés,
 que no ha perdido uno solo.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

(1) A Sacabuches.



Era Gilito propenso
 á pensar, mas de tal modo,
 que si le hablaban, á todo
 contestaba: «Pienso... pienso...»

Preguntó un *quidam* al tal:
 «¿Que come usted?» — «Pienso...» dijo,
 Y el otro replicó, «Es fijo,
 que el chico es un animal.»

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

Ví á un pobre, y es lo comun,
 de calderilla un puñado,
 y gritaba: ¡no he sacado
 para un panecillo aun!

Pues que ¿no basta ese cobre,
 dije, para un panecillo?
 Es que esto, repuso el pobre,
 es para echarme un cuartillo.

Juega á las damas constante
 mi vecino don José.
 Ayer le dije «¡ah tunante!
 con qué ganas come usted»
 y él respondió... soy cesante.

Un cortador me dió grima
 llevando carne en su jaca.
 Yo le pregunté ¿es de vaca?

señalando á lo de encima.

El por razones que callo
diz que al revés lo entendió;
picó espuela y exclamó,
«ya lo ve usté, es *caballo*.»

Juan se retiró á las diez
y el padre, que no es cobarde,
dijo ¡infeliz si otra vez
vienes á casa tan tarde!

Oyó otra noche el villano
las doce ¡negra fortuna!
y dijo: aun puedo ir temprano.—
Y se esperó hasta la una.

Dió en los toros voces graves
contra un aprendiz Macario.
¡Anda, pillo, que bien sabes
chuparte un duro diario!

Y uno de aquellos atunes
que entre barreras se ven
¡bien! añadió ¡dice bien...
diario todos los lunes!

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

SONETO.

Ese demonche de solapa y concha
que echa un regüeldo á guisa de refincho,
cuya lengua mordaz es como un pincho
que hiere, raja, despedaza y troncha...

Ese demonche con su faz rechoncha
y el rosario colgándole del cincho,
que se engulle en la mesa cuanto trincho
y es mosquito en beber y en hacer roncha...

Ese demonche del abdómen ancho,
que sorbe chocolate como ponche
y á la muger agena arroja el gancho...

Quién será el avestruz? Que beba y tronche;
pues ya que al buen callar le llaman Sancho,
no diré que es un fraile ese demonche.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.



Á LA VIDA.

Vida, pues ya nos cansamos
de andar uno y otro juntos,
tiempo es ya de que riñamos,
y en el punto á que llegamos,
vamos riñendo por puntos.
(*Miguel de los Santos Alvarez.*)

¿Tú quieres reñir? Mal hecho.
Busca la mortal querida
si así quedas satisfecho;
pero es menester despecho
para reñir con la vida.

Quien en sus años mas tiernos
á su jóven vida tantos
lanza anatemas eternos,
mas que Miguel de los Santos
es Miguel de los infiernos.

Yo la razon te suplico
de las quimeras que tratas;
mas fácilmente lo esplico:
bien me muestran tus brabatas
que eso es jarabe de pico.

Eso es hablar de la mar.
¡Qué! ¿no hay mas que perecer?
Yo defiendo sin cesar
aquel adagio vulgar:
«Bueno es vivir para ver» (1).

Y soy la mas atrevida
tentacion de San Antonio;
ni el demonio me intimida,
pero libreme el demonio
de regañar con la vida.

¿Quién de la muerte se alegra?
Aunque me vea en un potro
ó entre un toro y una suegra
sufriendo la pena negra,
no he de decir como el otro:

*Ven muerte tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me torne á dar la vida,—
pues esto me hace reir.*

Y si hay en el orbe alguno
que sano la muerte anhela,
que se lo diga á su abuela

(1) Y ver por no preguntar.

ó se la cuente á San Bruno,
que lo que es acá no cuela.

Yo sufro tragos y estragos,
pero busco otros halagos;
y en tan terribles afanes
disipo tragos con tragos,
y mato penas con panes.

Si preguntais ¿qué tal va?
al que apura una comida,
siempre esta respuesta dá:
«haciendo estoy por la vida,
que la muerte ella vendrá.»

¿Yo la muerte? lejos, lejos,
que la vida es mi ilusion.
¿Reñirla? conversacion,
riñan con ella los viejos
que bien regañones son.

A tí, vida idolatrada,
mi númen canta y celebra
con lira acorde y templada;
aunque eres por lo arrastrada,
mas que de hombre, de culebra.

Y aunque tú, vida querida,
no me das ratos muy buenos
de satisfaccion cumplida,
te quiero ni mas ni menos
como se quiere a la vida.

Si llega el dia fatal
en que te he de aborrecer;
no han de faltar por mi mal
un cirujano, un puñal,
un canal ó una muger.

Pero antes de que tal haga,
sigue á quien te adora unida,
pues si tu amor me convida,
aunque el rey no me la paga,
quiero tener ancha vida.

No me dejes desdichado,
que no soy como lo ves
cual la hermosa Coronado,
que murió el año pasado
por resucitar despues.

Y aquí doy fin, voto á brios,
que ya se cansan las plumas.
Adios, alma de los dos;
mas no por eso presumas
que doy el último «adios.»

Que aunque me ofrezcan cumplida

la gloria no apetecida
de Fígaro y Espronceda,
¡vive Dios, que como pueda...
no he de morirme en mi vida!

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

A LOS ENAMORADOS.

Hay infinitos amores,
mas yo no diré de pronto
cuál de ellos es el mas tonto,
ni cuáles son los mejores.

Venga mal ó venga bien,
ora sean pulcras ó toscas,
hay amantes papamoscas
que adoran á cuantas ven.

Y en amorosa tontera
de todas corriendo en pos,
aunque lo pidan por Dios
no encontrarán quien les quiera.

Hay amor de vanidad
que en el corazon no entra,
este amor siempre se encuentra
de sobra en la sociedad.

Yo he visto niñas hermosas
de faz nacarada y pura,
un armiño en la blancura
una palma en lo graciosas;

Pero su porte sencillo
no halagó la vanidad
del que busca en sociedad
mas que la belleza el brillo.

Pues el menguado que no
se conmueve á su presencia,
ved con cuanta deferencia
á una monja se arrimó.

Y mirad con qué visages,
sin que ella lo tome á pulla,
para alabarla mas bulia
mete que cinco carruages.

¡Con cuánta necia palabra
ensalza por primorosos
unos labios escamosos
que son la sima de Cabra!

Y mas que tenga los ojos
como abiertos á punzon

y bizcos ó en rebelion,
y los piés zambos ó cojos,

La repetirá simplezas
hasta atronarla el oido,
y la volverá el sentido
con inauditas ternezas.

Que si hay trage que disfrace
cualquier humano capricho
el que ama, segun he dicho,
con esto se satisface.

Y con tal que al brazo adorne
aurífero brazalete,
satisfecho así el pobrete
no temais que se abochoerne.

El que ama así, á mas de necio,
es hombre sin corazon,
digno por esta razon
mas que de odio de desprecio.

Hay amadores marciales
que cual recio torbellino
van de amor por el camino
sin temor nunca á sus males.

Hacen su declaracion
rectamente ó de rechazo,
siempre de golpe y porrazo
sin maldita la aprension.

Y aunque amen con frenesí,
cuando su arenga acabó,
escuchan frescos un no
del mismo modo que un sí.

Los mas son afortunados,
porque en los lances de amor
salen los hombres mejor
cuanto mas desvergonzados.

Amantes hay temerosos
que tiemblan ante su bella,
y van siempre detrás de ella
encogidos y medrosos.

Sin atreverse á mirarla
mas que una vez de soslayo,
y necesitan ensayo
á solas, antes de hablarla.

El que ama por este estilo
no hallará correspondencia,
á no ser que por demencia
enamore á un cocodrilo.

¿Qué ha de pensar cualquier dama
del amator inocente

que está diez varas enfrente
haciendo como que ama?

Que la muestra sus descos
cual si fuera sordo-mudo
con un fingido estornudo,
tal cual seña y mil paseos;

Y vueltas aquí y allá,
y contorsiones y guiños,
como acostumbran los niños
que hacen burla á su papá?

¡Triste del que su pasion
muestra de noche y de día
á prueba de pulmonía
fijo en un guardacanton!

Tras de perder el reposo
en su amorosa fatiga,
no faltará quien le diga
que está siempre baciendo el oso.

Que el que á enamorar se mete
de la suerte que divulgo,
se espone á que diga el vulgo
que enamora á lo cadete.

Este es amor juvenil,
sin sustancia... amor de niño,
y pasará su cariño
como las auras de abril.

Hoy amadores babcas
que en *tono de la* enamoran,
y empatalagan y encocoran
con sus ridículas muecas.

Estos tales de la escuela
son de aquel D. Agapito
estenuado y menudito
que figura en la Marcela.

Otros hay mas tempestuosos
que *románticos* se llaman,
y todos los que así aman
son amadores furiosos.

Estos amantes románticos
que no han de hablar á sus damas
mas que de horrorosos dramas
y de coplas y de cánticos,

Con esas furias postizas
y esas recias maldiciones,
que mas que ardientes carbones
son apagadas cenizas,

Maldigan desde hoy su hado,
porque el siglo es positivo

y piensa mas en lo vivo,
con razon, que en lo pintado.

Y así entre tantos amores,
si á juzgarlos me remonto,
diré que es tonto, muy tonto,
el mejor de los mejores.

GERÓNIMO MORAN.

ENFERMEDAD DE DON ABUNDIO.

Sigue perfectamente con el soliman y los baños en agua salmuera. Como no sabe nadar y tiene miedo de ahogarse, entra en el agua con dos vejigas atadas en los piés; de suerte que lo único que se le hundé es la cabeza. Ultimamente ha solicitado que se le ate una vejiga en el hueso sacro para no perder enteramente la respiracion.

Lo cierto es que con tal riesgo
su mejoría es notoria
y presumimos que luego
vamos á cantar victoria.

Á LA MUERTE.

FANTASÍA.

¡Huye, vision homicida,
si no me quíeres, amigo;
que fiero rencor abrigo,
y por Dios, tengo una vida
que echar á reñir contigo!

El que alzando el chafarote
acá en tu senda resbala,
cede por mas que alborote
á la opresion del garrote
ó al ímpetu de una bala.

Este compás es tan largo,
que mide al débil y al fuerte;
y por Dios, es bien amargo
que á tí nadie te dé muerte
teniendo tantos á cargo.

A todo vicho viviente
desde Adan vas persiguiendo:

siempre cercenando gente;
siempre á traicion esgrimiendo
tu cuchilla impunemente.

No hay hombres grandes ni chicos
que á tu clamor se hagan sordos;
tú has podido hacer añicos
á los flacos y á los gordos,
á los pobres y á los ricos.

No hay quien pueda furibundo
alargar de vida el plazo:
Newton, el sábio profundo
que era mas grande que el mundo,
cedió al poder de tu brazo.

Si en tu destino infernal
el diablo no tiene parte,
bien puedes vanagloriante
que es tu poder colosal
cuando venció á un Bonaparte.

Víctimas son los leones
de ese poder sin segundo,
que en sus horribles funciones
hundió mil generaciones,
y hará pavesas el mundo.

¡Pues bien! Si no hallas trabajo
y haces trizas en tu saña
un mundo de cada tajo,
levanta la vil guadaña,
veremos quién es mas majo.

Contra tu existencia impía
justo es hoy mi frenesí,
justa la cólera mia;
padres y amigos perdí,
todo lo que mas quería.

No he desechado jamás
de encontrarte la esperanza;
ponte en guardia y ¡paso atrás!
veremos quién puede mas,
si tu encono ó mi venganza.

¿Por qué con ceño me miras,
cuando enojado me tienes
y solo rencor me inspiras?
Mal aconsejada vienes
á cebar en mí tus iras.

Corriendo como unos gamos
uno tras el otro andamos;
luchemos como enemig os
hoy que al fin nos encontramos
frente á frente y sin testigos.

Quizá vienes insolente,
 confiada en los blasones
 de ese brazo tan valiente
 que ha rajado, omnipotente,
 muy tremendos corazones.

Mas tu furor insensato
 debe esta vez vacilar,
 que ó me matas ó te mato
 porque has venido á encontrar
 la horma de tu zapato.

Si á otros hombres intimida,
 muerte, tu traidora saña,
 levanta el hierro homicida
 porque es muy dura mi vida
 para temer tu guadaña.

Poco quien eres aprecias
 cuando no vengas la injuria,
 mas... son mis bravatas necias.
 Tal vez á mí me desprecias
 como desprecias mi furia.

Huye por Cristo de aquí,
 que estoy buscando de verte;
 y al verte cerca de mí,
 me dan tentaciones, muerte,
 de ensayar tu oficio en tí.

Busca, por tu bien lo digo,
 la salvacion en la huida,
 que fiero rencor abrigo,
 y por Dios, tengo una vida
 capaz de reñir contigo.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

EL DESQUITE.

Un día de primavera
 muy cerca de anochecer,
 bajaba por la pradera
 cierta niña placentera
 corriendo á todo correr.

Iba la bella pastora
 con un cántaro en la mano,
 mas hermosa que la aurora
 cuando las campiñas dora
 con su esplendor soberano.

Tan seductor su mirar
 y su cuerpo tan gentil,

que fuera en vano buscar
 quien la pudiera igualar
 desde el Ebro hasta el Genil.

Talle esbelto, pié liviano,
 que apenas la yerba piso,
 lindo semblante africano,
 y negro cabello, ufano
 jugueteando con la brisa.

Siguiéndola presuroso
 tras ella viene un zagal,
 de blanca tez, cuerpo airoso,
 jóven, alegre y hermoso,
 y con labios de coral.

¡Bella pareja á fé mia!
 dije al verlos, ¡vive Dios!
 Y mientras ella corría,
 y él siguiéndola seguía,
 fui yo siguiendo á los dos.

El zagal apretó el paso;
 la niña al fin se cansó:
 y como era campo raso,
 ella sentóse al acaso
 y él tras ella se sentó.

El la miraba estasiado
 y ansioso se le acercaba;
 y ella con gesto de enfado
 tornaba el rostro á otro lado,
 en tanto que se apartaba.

En estado tan penoso
 pasaron un largo instante:
 él contemplando amoroso;
 ella tornando el semblante
 con ademan enojoso:

El cambiando de lugar
 por acortar la distancia,
 y ella siguiendo al azar,
 con esquivéz y arrogancia
 moviéndose sin cesar.

Mas atrevido el doncel
 ó menos terca la bella,
 creció la constancia en él
 mientras que aminora en ella
 hasta ponerse á nivel.

Ligera saltó la niña
 al ver que se le acercaba,
 y él cual ave de rapiña,
 asíóse de la basquiña
 en tanto que así le hablaba:

—Cielo mio, ¿á dónde vas?
 —¡Rara pregunta por cierto!
 ¿No ves el cántaro, Blas?
 —Qué quieres decir, no acierto.
 —Eres un tonto y no mas.
 —Gracias, Juana ¡Estás terrible!
 ¿Quién en cántaros repara
 al ver tu talle flexible
 y ese fuego irresistible
 de los ojos de tu cara?
 —Chusco estás. —No es cortesía.
 —Será ficción. —No lo es.
 —Burla será. —¡Tal porfía!
 te juro por vida mia...
 —Que quieras á cuantas ves.
 —Loca estas! —Mas no he mentido.
 —Cómo! —A qué disimular,
 si ayer estabas rendido
 junto al meson de Garrido
 enamorando á Pilar?
 —Celos son. —Pero fundados.
 —Engañada vas. —No á fé,
 porque os miré recostados
 y tiernamente abrazados.
 —Lo viste bien? —Ya se ve.
 —No te incomodes, paloma;
 que al fin es... —Muy natural.
 No es así? —No; y por Mahoma
 te juro que fué una broma.
 —Pero pesada y formal.
 —Me perdonas? —Eso no.
 —De veras? —No hay que dudar.
 —Nadie cual yo te adoró.
 —Y quién me lo dice? —Yo.
 —Pues reniego de tu amar.
 —Mira: vamos á la fuente
 que allí las paces haremos.
 —Y Rita? —Por Juan Llorente
 está de amores demente:
 —Y quieres tú?... —Que marchemos.
 Pero calla!... te has manchado
 por detrás el guardapiés!
 Cómo así? —Me habré sentado.
 —Y el cántaro... —Está quebrado.
 —Por dos lados! —No, por tres.
 —Lástima fué. —Ciertamente.
 —Es decir que... —Le rompí.
 —Mas cómo fué? —Fácilmente.

¿No conoces á Clemente
 el hijo de Antonio? —Sí.
 —Pues bien; cuando ya venia
 se empeño en darme un abrazo.
 —Y te lo dió? —Tal quería.
 —Pero tú... —Me defendia
 con fuerza y desembarazo.

 —¡Por vida de Dios del cielo!
 —A qué tal exclamación?
 —¡Habrà mayor desconsuelo!
 —Pero, qué?... —¡Tú por el sueño
 rodando con el de Anton !!!

Y te abrazó? —Claro está,
 Pero tan solo por broma;
 con suma inocencia. —Ya.
 —Te aseguro por Mahoma
 que no pasó mas allá.

Y al fin tú me has enseñado.
 —¡Eso dices! —Por qué no?
 ¡Vive Dios! —¡Vaya un enfado!
 Te ví con Rita abrazado
 y quise imitarte yo.

—¡Oh funesto desengaño!
 Sabes tú?... —Yo sé un refran
 que me enseñaron antaño
 y dice, si no me engaño,
 «donde las toman las dan.»

Iba la bella Juanita
 en esta conversacion,
 cuando una abeja maldita
 hácia mí se precipita
 y me clava el agujon.

Levanto la mano y.... zás.
 Dí tal golpazo... en mi cara,
 que no agujoneára mas
 el bicho, si no marchára
 en alas de Barrabás.

Cuando el estruendo sintieron
 que hizo mi mano al caer,
 Juana y Blas se estremecieron,
 avergonzados se fueron,
 y no los he vuelto á ver.

BALDOMERO MENENDEZ.

A D. JOSÉ BERNAT BALDOVÍ (el Suaco).

¿QUÉ ES PEOR, IR EN VERANO
VESTIDO DE INVIERNO, Ó EN INVIERNO VESTIDO
DE VERANO (1)?

O soy necio y casquivano,
ó he de probar que es mejor
ir de invierno con calor,
que con frío, de verano.

Asunto es este muy serio,
gravísima cuestion es,
y exige por su interés
discutirse con criterio.

Dilucidarla contigo
quiso, si mal no me acuerdo,
Bonilla que, aunque no es lerdo,
sabes que es flaco enemigo (2).

Mas, pues Bonilla trocú
la pluma por el pincel
y por el lienzo el papel,
fresco estás, que aquí estoy yo.

No te hagas, Bernat, el sordo:
yo en paz no te he de dejar,
que al cabo no ha de faltar
un gordo para otro gordo.

Que siga Bonilla ufano,
ya que es este su recreo,
estudiando en el Museo
las obras del gran Ticiano.

Y dando á las artes brillo,
que siga copiando fiel
la *Perla* de Rafael,
los *Leprosos* de Murillo (3).

(1) Esta importantísima cuestion debía dilucidarse entre los señores Bonilla y Bernat; pero desgraciadamente el primero se ha entregado con tal pasión á la pintura, que ni siquiera se acuerda de hacer versos.

(2) Es decir, de pocas carnes. Entiéndase en este sentido.

(3) El señor Bonilla sacó en el Museo de pinturas de esta corte una bella copia del magnífico cuadro de Rafael, llamado la *Perla* por antonomasia. Otra hizo excelente de *Santa Isabel cuando los leprosos*, que es una de las mejores obras de nuestro inmortal Murillo. La tal copia, si no estamos mal informados, se halla en poder del señor Salamanca.

Que para darte á lo Bruto
una carga, Baldoví,
Bonilla me tiene á mí;
ya aquí estoy de sustituto.

Y pues sería mancilla
vencer (¡qué desigualdad!)
un gordo cual tú, Bernat,
á un flaco como Bonilla;

No dejes la espada, no;
colgada del viricú:
para un gordo como tú
hay un gordo como yo.

Contéplame acero en mano,
sosteniendo que es mejor
ir de invierno con calor,
que con frío, de verano.

Y pues de conversacion
ya basta y sobra, al asunto;
ya ni á pedradas del punto
me sacas de la cuestion.

Sé bien que es cosa ridícula
sufrir con trage de paño
la ardiente estacion del año,
la abrasadora canícula.

¿Quién se encuentra en tal desdicha
y recios vientos no anhela,
como los barcos de vela
cuando sufren calma chicha (4)?

Sé que uno cual tú nutrido,
condenado á tal tortura,
por la boca la asadura
echaria de un bufido.

Y aunque te parezca mengua
que á un can compare tu igual,
te digo que iria el tal
cual can sacando la lengua.

Transpiraciones eternas
le escaldarian acaso,
y dar no podria un paso
sin que ensanchase las piernas.

Cada poro un manantial
de sudor pareceria:
su cuerpo nube seria
de un diluvio universal.

Pero al cabo esos sudores

(4) Ente los marineros es la calma absoluta con la cual no pueden navegar los barcos de vela.

son, Bernat una friolera,
y aun sirven para echar fuera
todos los malos humores.

Y por lo tanto no en vano
yo sostengo que es mejor
ir de invierno con calor,
que con frío, de verano.

Bien dice un refran vulgar,
un aforismo cásero,
que tan solo un majadero
tosar prefiere á sudar.

Por la Virgen, seamos francos:
¿quién sufre un aire sutil
con casaquilla de dril
y pantaloncitos blancos?

Dí ¿qué harías tú, pobrete,
á la ligera equipado,
cuando el aire es tan helado
que hace de un hombre un sorbete?

Me parece que te veo
sin capa ni otro atavío,
paseando y dando frío
á todos los del paseo.

¡Pobre Sueco! ¡cuántos credos
rezáras en tal apuro!

Solo al pensarlo, es seguro
que ya te soplas los dedos,

Y los metes de repente
en un bolsillo-cualquiera,
ó á falta de faltriquera
en puesto menos decente.

Cuántos ¡ay! por no sacar
del escondrijo las manos,
comezon teniendo y granos,
se han dejado de rascar!

Por igual causa á menudo
muchos, sin ser monigotes,
no se limpian los bigotes
ni aun despues de un estorouido.

Conozco mas de un católico
que en tan tremendos instantes,
por no soltar los tirantes,
ha luchado contra un cólico.

Y de uno sé poco ducho
que hallándose en campo raso,
le sobrevino un acaso
que le da que pensar mucho.

Era el tal hombre un buen hombre,

lleno de temor de Dios,
y como cual él no hay dos,
bien puedo omitir su nombre.

Antes que jurar en falso
ó faltar al cumplimiento
de algun voto ó juramento,
subido hubiera al cadalso.

Hacia un aire que viva
la médula penetraba,
un frio hacia que elaba
en la boca la saliva.

¡Y el infeliz, como he dicho;
hallábase en campo abierto!
¡Cuánto mejor vivo ó muerto
hubiera estado en un nicho!

De tripas retortijones
le dieron inesperados,
y sin prever resultados
desatacó sus calzones.

Y la deshonesta brisa
que crudísima soplabá,
los faldones agitaba
sin piedad de su camisa.

Frio hacia tan de sobra,
que luego se levantó,
y el desdichado dejó
á medio acabar la obra.

¡Ahora viene el trabajo!
¡Ahora empieza el dolor:
mira al infeliz ¡qué horror!
con los calzones abajo.

Sirviéndole de grillete
sin que subírseles pueda,
porque el frio se lo veda,
que envarado está el pobrete.

Sus manos no tienen tacto;
á ser ¡ay! menos discreto,
para salir del aprieto
con el diablo hiciera pacto.

Socorro pide en voz alta,
tiritando casi yerto,
mas se encuentra en un desierto
do la esperanza le falta.

A nadie ve, nadie pasa,
ni hombre, ni carro, ni coche,
y ya se acerca la noche,
y él no se acerca á su casa.

Y mientras tanto la brisa

que deshonesto soplabo,
los faldones levantaba
sin piedad de su camisa.

Atraído por su queja
acércasele un vestiglo,
una muger que es un siglo,
una vieja muy revieja

— ¡Atacadme los calzones,
al verla clama impaciente,
y siempre os tendré presente
en todas mis oraciones!

Pero la vieja maldita
viéndole desesperado,
quiere explotar el estado
del infeliz que tirita.

Pasa de largo, él la llama,
y ella no escucharle afecta,
y así sigue en línea recta
su camino. El pobre brama

De cólera y frenesí,
y redoblando la voz
dice: — ¡no seáis atroz,
muger! ¿qué exigis de mí?

La vieja entonces se para,
y se ostenta meuos terca



luego al infeliz se acerca
y le contempla la cara.

Y con voz que le desuella,
le dice: — ¿tienes muger?

— ¿Por qué lo queréis saber?

— ¡Toma! porque soy doncella.

El infeliz tuerce el gesto,
porque en estas espresiones
entreve las condiciones
de aquel vestiglo indigesto.

— Si no eres casado, amigo,
de apuros te sacaré,
con tal que de buena fé
jures casarte conmigo.

— ¡Terrible estipulacion!
esclamó el desventurado;
y un rato quedó abismado
en no sé qué reflexion.

Y mientras tanto la brisa,
que deshonesto soplabo,
los faldones levantaba
sin piedad de su camisa.

La vieja, que no era tonta,
apremióle sin cesar,
y tuvo el triste que dar
una contestacion pronta.

¿En tan triste situacion,
qué hacer pudo el infeliz,
cuando de piés á nariz
era todo un sabañon,

Y mientras tanto la brisa
que deshonesto soplabo,
los faldones levantaba
sin piedad de su camisa?

Transigió, cedió, dió el si
á aquella vieja infernal,
y hácia el tálamo nupcial
con ella fue, Baldoví.

De enlaces mas de un millon
yo he visto por interes,
y hasta he visto dos ó tres
por amor ó vocacion.

Que en el mundo maldecido
se da el hombre á la muger
á veces para comer
y otras para ser comido.

Casamientos por venganzas
muy á menudo se ven,
por compromisos tambien,
porque amor no quiere chanzas.

Pero nunca, amigo mío,
á no saberlo, creyera
que en este mundo se hiciera
un *casamiento por frío*.

Y pues con hechos, Bernat,
lo que es el frío he probado,
pues por él á un hombre honrado
ves perder la libertad,

Evita tú sus desastres
si en algo estimas tu piel,
que para librarnos de él,
buena ropa hacen los sastres.

Antes ruedes por barrancos,
que un frío sufras sutil
con casaquilla de dril
y pantaloncitos blancos.

Que eres necio y casquivano,
ó has de saber que es mejor
ir de invierno con calor,
que con frío de verano.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

EL COMPROMISO DE UN TUERTO.

Yo conocí al arriero Juan de Prado,
sevillano salado,
y téngase por cierto
que también era tuerto;
y si usted no lo toma por enojo,
como era tuerto le faltaba un ojo,
aunque yo no me acuerdo,
si el derecho ó el izquierdo;
ello es que le faltaba,
y que por esto tuerto se llamaba.
Pues, señor, este tuerto se bebía
tres azumbres de vino cada día:
con que ya está apurado
que debería ser aficionado.
Señal es cierta de que le gustaba
cuando tanto empuñaba.
Un día caminando
Hegó ya tarde á la posada, cuando
la taberna cerrada
no despachaba nada,
porque la policía
en tales horas se lo prohibía.
El lance era apretado

para el arriero tuerto Juan de Prado:
Pero él no desalienta,
antes, por buena cuenta,
camina á la taberna,
y con súplica tierna
conjura al tabernero
á que le venda, por cualquier dinero,
un cuartillo siquiera.
para de esta manera
reconciliar el sueño:
el tabernero puesto en este empeño,
como era un hombre avaro,
le ponderó que el vino estaba caro
y añadió... vale hermano,
cada cuartillo, un ojo de cristiano:
muy bien está, le dijo el andaluz,
ecbe usted un cuartillo y adios luz.

J. M.

EPIGRAMAS.

A un andaluz y á un gallego
una anguila regalaron,
y armando camorra luego
sobre si es de Juan ó Diego,
á cruz ó pila la echaron.

Pidió cruz el andaluz,
y ganó contra la pila;
y dijo el otro avestruz:
Buenu, lévese la cruz,
mas yo me llevu la anguila (1).

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

Una modista á Calisto,
(chato que vale por dos)
le dijo: ¡válgame Cristo,
que chato lo hizo á usted Dios!

Y el contestó á la modista:
oiga usted, no hay que mofarse;
las faltas deben callarse
cuando no están á la vista.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

A Isabel la literata
que prefirió á un ganapan,

(1) Y se la comió, dice la anécdota.

mas de once sábios están
motejándola de ingrata.

Y ella dice: «¡ay tal porfía!
para lo que yo le quiero
tiene el mozo á quien prefiero
muy buena filosofía.»

—
Si has visto á impulsos del viento
dar vueltas una veleta,
su inconstante movimiento
no te trajo al pensamiento
el amor de una coqueta?

—
Al escuchar cómo aullaba
el perro de su vecino
dijo un barbero asesino
que á un pobre martirizaba:
«¡Diablo! si estarán matando
á ese infeliz animal?»
y el otro dijo: «no tal,
es que le están afeitando.»

GERÓNIMO MORAN.

ENFERMEDAD DE D. ABUNDIO (1).

¡Qué cosa tan terrible es asistir á un sano cuando está enfermo! ¡Qué sustos y qué fatigas se pasan mientras la enfermedad no declina! No gana uno para médicos, sanguijuelas y zapatos, sin contar lo que consume la botica, que es un renglon regular. Don Abundio lleva gastado desde que cayó en cama lo siguiente:

500 cantaridas,
499 sinapismos,
dos arrobas de hojas de sen,
cuatro tinajas de jarabe,
id. de cocimientos antisépticos,
23 libras de sublimado corrosivo
y una arroba de soliman.

Total, una botica tan grande como la del Hospital.

Y sin embargo, ayer hubo necesidad de confesarle y despues hizo testamento. ¡Qué cosa tan atroz es asistir á un enfermo cuando está sano!

¿Y quién había de decir que don Abundio hubiera sido un hombre tan cruel como manifestó en su confesion? El confesor quedó admirado y nosotros lo estamos todavía. Y nuestros lectores se admirarán tambien cuando sepan la confesion.

El padre cura le animó mucho diciendo: con paciencia se gana el cielo, hijo mio, no hay que desesperar; cien años de pecador y dos minutos de arrepentido.

Y es que el cura ignoraba la edad de don Abundio, que si no, ya le hubiera exigido algunos meses de arrepentimiento.

Don Abundio hizo su *per signum crucis de inimicis suis*, y empezó de esta manera:

—¡Padre cura! ¡perdon! soy un asesino, soy un hombre inhumano!

—¡Cómo! ¿un asesino?

—Un asesino feroz que he matado todo cuanto se me ha puesto delante.

Y el cura por si acaso dió un paso atrás. Luego continuó:

—Vamos, que todo lo perdona Dios; dí los mandamientos.

—Es escusado, padre cura; yo no he pecado en el primero, ni en el segundo, ni en el tercero, ni en el cuarto y muy pocas veces en el sexto: nunca en el sétimo, ni en el octavo, ni en el noveno, ni en todos los restantes como no sea en el quinto. He manchado mis manos y regado el suelo infinitas veces con la sangre de muchos infelices, y esto no sé si Dios me lo perdonará.

—Cien años de pecador y dos minutos de arrepentido ¡hijo!

—Yo necesito un año de arrepentido por mis años y por mis erimenes, padre.

Y el padre dió una gran carcajada y le echó la absolucion, cuando supo que las innumerables y ponderadas muertes de don Abundio, habian sido de pollos, pavos, gallinas, liebres y cochinitillos. El enfermo despues de descargar su conciencia, quedó mas sosegado, y creemos que se restablecerá completamente en cuanto se le eche un remiendo en el corazon y unos intestinos nuevos.

(1) Estofado.

EL ABANDERADO DE LOS GORDOS

al coronel de su regimiento

D. ANTONIO RIBOT Y FONTSERÉ.

Mi estimado coronel:
 Con el acento mas fiel,
 con que debe un subalterno
 tocar el pito ú el cuerno,
 cuando á un gefe se confia,
 dóile las gracias á usía
 por la distincion honrosa
 que á mi pobre panza endosa.
 Y con el mas fiel acento,
 con que hasta el cabo ú sargento,
 que en la música es perito,
 toca el cuerno ú toca el pito,
 las gracias le vuelvo á dar
 por la merced singular,
 que hoy por su conducto alcanza
 mi *insignificante* panza.
 Verdad es que no soy digno
 de enarbolar ese signo,
 que, aun colgando de una caña,
 debe dar mas gloria á España,
 á la Europa y á otras partes,
 que todos los estandartes
 llenos de cintas y flecos
 que hoy marchan sobre Marruecos;
 pero aunque digno no sea
 de ceñirme la correa,
 ni la reluciente banda
 que mi destino demanda;
 cuando la patria peligra,
 hasta la modestia emigra
 de un pecho que, en otro caso,
 ni aun fuera... soldado raso.

Acepto pues, señor gefe,
 y ¡ay! del pobre mequetrefe,
 que al oír nuestra trompeta
 no se rinda y se someta
 á la ley del gordo sable!
 ¡Ay del flaco miserable,
 que, escudado con sus huesos,
 haga la guerra á los gruesos.
 y enristre su débil lanza
 contra la preñada panza
 de quien siga mi bandera!

¡Infeliz! ¡mejor le fuera
 no haber al mundo nacido!
 porque solo de un bufido
 de un barrigudo adalid,
 no ha de quedar en Madrid,
 ni tampoco fuera de él,
 ningun galgo, ni lebrel,
 bacalao, ni sardina,
 culebra, ni culebrina,
 ni rocinante ó rocin,
 ni arquito de violin,
 ni vívora ó lagartija,
 mango de escoba, clavija,
 araña, anguila ni rana,
 ni una cara de terciana,
 ni un ambulante esqueleto,
 ni.... mas no hallo ya epíteto
 que usar en lugar de tacos
 para ese enjambre de flacos,
 que no quiere paz ni migas
 con las redondas barrigas,
 que de su poder en muestra
 dió el cielo á la gente nuestra.

Nada importa que un perjuro
 con lábio traídor é impuro
 moteje hoy nuestros toneles,
 y cubierto con las pieles
 del débil bando contrario,
 nos venga desde este osario
 haciendo la oposicion,
 porque... mas, lengua, ¡chiton!
 que al cabo, á la postre y fin...
 el tendrá su San Martin.

Venid, pues, queridos gordos;
 y haciendo, cual yo, los sordos,
 ó sino haciéndoos los suecos
 al ladrar de los Can-suecos,
 Urrabietas y Zorrillas,
 de los Villergas, Bonillas,
 y toda esa zarandaja,
 que tiene el rabo de paja,
 decid conmigo en complot:—
 ¡Viva el coronel Ribot!!!
 ¡Vivan los buenos jamones,
 las morcillas, salchichones,
 el pan, la carne, el tocino!!
 ¡Muerca el agua, y viva el vino!!

EL SUECO.

MI VIAJE Á LA ALCARRIA.

Una de las manías mas comunes en esta dichosa época de escritores, fósforos y motines. es el escriibir de viajes, sin que muchos de los que así escriben hayan pasado de las tapias del Buen-Retiro ó del paseo de San Vicente.

Publicó nuestro amigo fray Gerundio una curiosisísima obra de viajes, é inmediatamente cundió la moda de tales escritos; y literato de nuevo cuño conozco yo que está concluyendo el sexto tomo, de grueso volúmen, de una obra de este género, en que describe un viaje que verificó á Carabanchel de Abajo, donde permaneció un día, dando al anochecer la vuelta á la capital, de donde habia salido por la mañana en un caballo de alquiler.

Así es, que nada hay mas frecuente hoy día que el leer en las esquinas anuncios de semejantes obras, ó el tropezar á cada paso en los periódicos con artículos de viajes que, segun las costumbres descritas en ellos, los cree el lector hechos por la Mesopotamia, mas bien que por cualquiera de las provincias de España.

Por no ser, pues, menos que los indicados viajeros, voy á describir algunas de las que observé en un pueblecillo de la Alcarria, de cuyo nombre ni quiero ni debo acordarme.

La noche que llegamos á él otros tres compañeros y yo, fuimos convidados por un robusto mozo, gran tocador de guitarra, á acompañar á diez ó doce de aquellos rústicos galanteadores en las músicas y serenatas con que trataban de obsequiar á otra porcion de mozelas no menos rústicas que ellos. Reunida la comitiva en la Plaza, y armados todos los manebos de gruesísimos garrotes, seguimos por una estrecha y oscura callejuela hasta la mitad de ella, donde habitaba la hija del tío *Sabañon*, dama del capataz de aquella gente: despues de un cuarto de hora ocupado en templar los instrumentos, con voz un tanto aguardentosa, entonó uno de ellos al compás de un desafinado violin y de dos menos afinadas guitarras, la siguiente cancion que un zapatero poetaastro de aquella tierra, compuesto á propósito para la funcion de aquella noche: decia así:

Despierta ya, *Sabañona*,
y asómate á esa ventana;
que con tu ausencia me pican
los sabañones del alma.

Siguieron á esta copla otras por el mismo estilo, y á poco rato la requerida doncella, abriendo la ventana, arrojó una gran torta con manteca y como medio celemin de avellanas que el correspondido galán recibió con cuidado en la manteca que llevaba, distribuyéndolas entre los circunstantes: y dando en seguida las buenas noches á la alcarreña Dulcinea, se retiró esta de la ventana, y la alegre comparsa se marchó, como suele decirse, con la música á otra parte.

Hay entre aquellas gentes una costumbre sobre serenatas bastante rara, y que se observa con mas rigor que la constitucion que nos rige en España; esto es, que está escrita para todos los españoles aunque muchos, desde los ministros hasta los mas insignificantes esbirros, no han querido en ningun tiempo ser regidos por ella, que algo tiene tambien de rara como la costumbre que trato de esplicar: desde tiempo inmemorial está prohibido (no por la justicia del pueblo, sino por los garrotes de los mozos) á cualquiera mozalvete que no cuente catorce inviernos, pues no siempre han de ser primaveras, el dar musicas por la noche á otras jóvenes que como ellos empiezan ya á *piñonear*, voz tomada del diccionario de los andaluces. Cumplida la edad, los que tratan de obtener la facultad de rondar, entregan tres pesetas al presidente del dicho tribunal garrotesco, que se gastan por la noche en aguardiente, en celebridad del ingreso del jóven en el gremio de los rondadores; siendo castigado sin apelacion el que se atreve á usar de esta facultad sin los requisitos indicados. Una escena de esta especie presenciarnos aquella noche al dejar en paz á la hija del tío *Sabañon*, cuya torta y avellanas les sirvieron de aliciente para apurar los sendos vasos de aguardiente, producto de las tres pesetas, y que el nuevo rondador sirvió á los demas sin probarlo él, por ser este el ceremonial, recibiendo de todas partes enhora buenas por pertenecer ya á tan escogida é independiente clase. Concluido este simulacro de consagracion, siguieron todos calle abajo,

acompañando los mas de ellos aquella desentonada orquesta con estupendos y atronadores rebuznos, con los que anuncian su llegada á las amarteladas alcarreñas que al día siguiente, para manifestarles el desvelo que pasan por ellos, les dan noticia de las veces que les han oído rebuznar, á la manera que las damas de otros tiempos contaban los suspiros que al compás de su laud exhalaban los tiernos trovadores entre las amorosas y dulcísimas endechas que al pié de sus rejas entonaban; siendo lo mas particular entre estas damas de la Alcarria, que se engrían y muestren orgullo de que sus adoradores imiten con perfeccion en sus rebuznos al pacífico animal de quien son propios; y verdaderamente no deja de tener mérito esta habilidad de rebuznar; única circunstancia que falta á muchos que conozco yo, para asemejarse enteramente al cuadrúpedo en cuestion.

No habíamos aun andado veinte pasos, cuando uno de los directores de la fiesta insinuó que se debía preferir en la serenata á la sobrina de la Conejera, su adorada prenda; y así era preciso se dirigiese la comitiva á su casa con preferencia á las demas; pero á esta petición le sucedió lo que sucede en el Congreso con la mayor parte de las que se presentan, pues encontró una oposicion decidida por parte de algunos de sus compañeros que reclamaban para sus respectivas prógimas un privilegio igual; alegando uno de ellos en abono de su demanda, haber gastado aquella noche diez cuartos para encorder una de las guitarras, por lo que reclamaba la preferencia de la música á favor de su novia, la nieta del tío Lechuza; y entre si habia de ser la privilegiada la Conejera ó la Lechuza, pasaron de las insinuaciones á las amenazas, de las amenazas á los insultos, de los insultos á los bofetones, de los bofetones á los garrotazos; y divididos los mozos en dos partidos, menudeaban los golpes de tal manera, que mis amigos y yo por prudencia (a) miedo, nos retiramos con paso un tanto apresurado huyendo de aquel encarnizado combate entre lechuzos y conejos. A la mañana siguiente supimos que de la nocturna batalla habian salido dos cabezas abiertas y cuatro brazos rotos, amen de algunas contusiones en las espaldas, y que los que habian quedado sanos se

hallaban en la carcel á disposicion del juez de primera instancia que habia empezado en este asunto por la prision de los agresores, y del escribano, que habia empezado por su parte por el embargo de sus bienes con la santa y caritativa idea de asegurar las venideras costas: único objeto y fin de la justicia entre esta clase de aves de rapiña que Bufon no se acordó de describir.

Haciendo reflexiones nos encontrábamose sobre la anterior ocurrencia, cuando el tío *Mediacapa*, en cuya casa nos hospedábamose, exigió de mí le acompañase de hombre bueno á un juicio de conciliacion que iba á celebrar con el tío *Vigornia*, actual cobrador de contribuciones: no pude menos de acompañarle, de lo cual me alegré despues por la siguiente chistosa escena que tuve ocasion de presenciar.

Sentado el alcalde sobre una mugrienta silla, y teniendo delante un antiquísimo areon que hacia las veces de mesa, al entrar nosotros, dijo con voz de autoridad, y sosteniendo la barba con la mano izquierda. — Se va á escomenzar el juicio; el tío *Mediacapa* diga pues lo que le dé la gana sobre el particular. — Entonces mi cliente, metida la mano derecha en el pecho y la izquierda en el bolsillo del calzon corto que usaba, se esplicó de este modo: — Bien sabe su mercé lo atrasado que me encuentro y la miseria en que viven mi muger y los nueve hijos que Dios se ha servido darme y que creo llegarán muy pronto á diez segun he sabido esta mañana. Pues ha de saber su mercé que el tío *Vigornia*, que está presente, me buscó hace medio año para que condujese á Madrid á un comandante con su muger y dos cadetes, diciéndome que él me pagaría el importe de los bagages de los fondos de propios del Ayuntamiento que, con perdon sea dicho, por lo que voy viendo, solo son propios del tío *Vigornia*. Y así, señor alcalde, quiero que su mercé le mande satisfacerme esa cantidad, que ya podia haberlo hecho con lo que se está gastando con la muger del *Chato* que segun malas lenguas... — Señor alcalde, interrumpió el tío *Vigornia* enseñando los puños, no permita su mercé que me insulten; porque si no se me administra justicia, yo me la tomaré por mis manos; dejemos en paz al *Chato* y á su muger, porque si no, yo tambien diré lo que el tío *Me-*

diacapa está haciendo con la hija del tío *Besuguillo*; dando que reir al diablo todos los días, y escandalizando á todo el pueblo.—Basta ya dijo el alcalde, de esos asuntos tan puerocos, y vamos al que nos está ocupando; siga usted tío *Vigornia*.—Ya no tengo nada que decir.—Y usted tiene que decir algo mas?—Solo que su mercé desamine bien ese documento que me ha escrito hoy mismo el sacristan, y en él verá el comprobante de mi pretinsion.—Leyó el alcalde el documento presentado por el tío *Mediacapa*, que yo copio del original, y no quiero defraudar de él á mis lectores.

Decia así:—Nota que yo Martin Moreno (a) *Mediacapa* presento al señor alcalde de la cantidad que me debe el tío *Vigornia* por haber llevado á la córte los bagages siguientes:

- 1.º Un comandante;—un macho. . . 20 rs.
 2.º su muger;—una borrica. . . . 14
 3.º dos cadetes;—dos pollinos. . . . 30
 Total de bestias:—cuatro. Importan. . 64 rs.
 Martin Moreno.

Segun la redaccion del anterior documento, copiado á la letra del original, no se puede saber si el total de la cuenta se referia al comandante y su familia, ó á las bestias que los trasportaron á la capital.

El alcalde, oida la evasiva contestacion del cobrador de las contribuciones, mandó que este pagase inmediatamente la suma adeudada, amen de doce cuartos al alguacil que lo citó, y tres reales á su merced por los derechos que, segun su legislacion particular, le competian.

Al dia siguiente nos llevaron á visitar los *pasos*, que son una porcion de magnificas estátuas de piedra que representan la pasion de Jesucristo, existentes en un oscuro subterráneo de una capilla estramuros del pueblo, y fabricadas por los cristianos refugiados en aquel sitio cuando los moros dominaban aquella poblacion, segun nos esplicó, refiriendo algunos milagros, el *Cicerone* que nos guiaba.

Preguntando uno de mis compañeros por qué una bella estátua de Judas tenia las narices de yeso siendo lo demas de piedra, nos contó que de tiempo inmemorial se encontraba de esa ma-

nera á causa de que una vez en semana santa época en que el pueblo sube á rezar, un mozo indignado de que Judas hubiese vendido á Jesucristo, le pegó un garrotazo, en su cristiana exaltacion, y le echó las narices al suelo; costumbre que se repite todos los años, siendo un triunfo entre los mozos el derribárselas primero, habiendo sucedido algunas veces grandes riñas entre ellos por atribuirse la preferencia en tan santa mutilacion, que dura todo el tiempo de la cuaresma; pues pasado este, le pegan al apalcado Judas unas nuevas narices de yeso, que han de ser despegadas en el año venidero á impulsos de un nuevo garrotazo.

Algunas otras costumbres particulares y raras podia relatar en este artículo; pero ha salido ya demasiado largo, y bueno será dejar tela cortada para otro dia.

JUAN RICO Y AMAT.

LA FRIOLERA.

Entre marido y muger
 peloteras suele haber;
 hablo de las peloteras,
 que por ciertas frioleras
 que suelen irse enredando,
 sin saber cómo ni cuando;
 llegan á formalizarse,
 y vienen á rematarse,
 abreviando de razones,
 á palos y pescozones.
 Pues este, señores, era
 un marido calavera
 con un genio del demonio
 de modo que el matrimonio
 siempre estaba perturbado.
 La madre de la muger,
 como se puede creer,
 era suegra del marido,
 y ya se habrá conocido
 que entre ellos no reinaria
 una perfecta armonia.
 (Lo que es suegra en una casa
 quien lo sabe, es quien lo pasa.)
 Esta suegra remilgada

melia su cucharada,
 con razon ó sin razon,
 en cualquiera desazon;
 pues queria la señora
 ser la pacificadora,
 con una charla prolija
 siempre á favor de la hija,
 con un humor del infierno
 siempre en contra de su yerno.
 Un dia de sobre-mesa
 (vamos á lo que interesa)
 no sé por qué cierta cosa
 se armó una riña furiosa.
 El las dijo que calláran
 y que no le alborotáran:
 ellas encolerizadas,
 cada vez mas endiabladas
 querian desgaznatarlo,
 desgreñarlo, acogotarlo
 tanto, que el dicho marido
 sofocado y aburrido
 al cabo se levantó,
 y ¿qué hizo? fué y agarró
 un garrote que allí habia,
 y ; cómo me las pondria!
 no lo quisiera decir,
 pues se deja discurrir.
 Ellas entonces gritaban,
 y gemian y lloraban,
 maldigeron, renegaron,
 exclamando, sollozando,
 pateando y blasfemando
 de manera, que se oía
 el ruido y la gritería,
 si vale decir verdad,
 en toda la vecindad.
 El marido sosegado,
 despues de haber descargado
 (porque eso tenia de bueno,
 que se quedaba sereno
 y la ira le pasaba
 en cuanto se desahogaba)
 se puso pues al balcon,
 cabalmente en la ocasion
 que estaba lleno de gente
 el otro balcon de enfrente,
 la cual habria salido
 sin duda á escuchar el ruido.

En cuanto le divisaron,
 al instante preguntaron,
 (son los vecinos, señores,
 símpre muy preguntadores)
 ¿Qué es lo que habia pasado?
 porque estaban en cuidado.
 Respondióles el marido
 con un sosiego fingido...
 cualquiera se pensará
 que una gran cosa será,
 y yo apostaria que era
 tan solo una *friolera*.
 No hay miedo de que me alijja!
 cosas son de madre é hija.

J. M.

EPIGRAMA.



Dijo un tuerto á un jorobado,
 á quien vió al romper el alba:
 Muy pronto, amiguito mio,
 camina usted con la carga.
 Temprano debe de ser,
 respondió el otro con calma,
 cuando tiene usted abierta
 solamente una ventana.

GERÓNIMO MORAN.

VERDADES DIPLOMÁTICO—POLÍTICAS Á
GUISA DE EPÍGRAMAS.

Un inocente labriego,
tan cerril como su potro,
decíale ayer á otro:
«Eso de patria que es, Diego?»

Y siguiendo su camino
contestó el interpelado:
«No sé, mas tengo observado
que huele un poco á... destino.»

Haciéndose la ignorante
preguntó Doña Merced
de su casa á un tertuliente:
«¿de qué partido es usted?»

Y el bueno de don Pascual
le respondió sin demora;
«¿no lo sabe usted, señora?
yo siempre... del actual.»

Con sombrero blanco y saco,
barba, bigote y perilla,
mas liberal que Padilla
se ostenta el insigne Paco.

Y anteanoche en cierto baile
un chívato de otro aprisco,
miróle y dijo: «Francisco...
el hábito no hace al fraile.»

El sueco BALDOVI.

GALAS POSTIZAS.

Palidísimo poeta,
que siempre os andáis buscando
cefirillos en diciembre
y florecillas en marzo;
ved que es malogrado tiempo
el que gastáis en cantarnos
esas romanzas melosas
que á vos embelesan tanto.
Porque ninguno os escucha,
ni posible es escucharos,
ni debe (salvo los sordos)
nadie escuchar vuestro canto.
Vos engalanáis de yerba

fuera de sazón los campos.
y á deshora de sus nidos
hacéis levantar los pájaros.
Vos, asida del cabello,
sin compasión á su llanto,
á cada instante á la aurora
arrastráis de su palacio,
y ni deja miel segura
en el panal vuestro lábio,
ni brisilla sosegada,
ni libre arroyuelo manso.
Y lo que mas impacienta,
ingeniosísimo bardo,
es que, cuando estamos todos
con vuestra musa trinando,
sobre la blanca verbena
muellemente recostado
tan complacido y risueño
vos dispongais coronaros.
¿A dónde vais por el mirto?
¿De dónde arrancais el lauro?
¿Y qué lograis con poner os
en la frente esos enjalmos?
Un mancebo como un roble
no os causa grima pasáros
unas tras otras las horas
entre los juncos holgando?
¿No tenéis en vuestra tierra
otro mas útil cuidado
que atisbar la rubia aurora
y espantar los tiernos pájaros?...
Amigo, trocad de vida;
de cantinelas dejaos,
sacudid el cuerpo inerme,
y haced valer vuestros brazos!

CAROLINA COBONADO.

MI RETRATO.

¿Hay cosa mas singular
ni mas atroz desventura
que querer un hombre hablar
y ni aun poder explicar
lo que atañe á su figura?
¡Voto á Cribas! que es muy raro
lo que por mí pasa hoy:

pero yo en nada reparo
ni en obstáculos me paro,
pecho al agua y allá voy.

Pues señor, yo soy un hombre
(y en esto no me equivoco)
por supuesto tengo un nombre,
y aunque el nombre importa poco,
tal vez alguno se asombre.

No quiero decir por esto
que no sea muy bonito,
eso lo doy por supuesto,
que entre todos *Panfilito*
ha ocupado el mejor puesto.

Fué invencion de mi madrina
que era *Pánfila* también,
y por seguir la doctrina
yo disfruto de este bien
que mil dichas me origina.

La primera, y la mas mala,
es, que si hago una visita,
en cuanto piso en la sala
me dice la señorita
con la candidez de Atala:

«Felices, señor Don... qué?
«¡Ah!... ya caigo, Panfilito.
«Es tan bello, ya se ve...
«con un nombre tan bonito,
«muy ufano estará usted.»

Y sigue á este galanteo
una risa que da gozo;
y entonces es cuando veo,
que no he nacido buen mozo,
y que es subido mi feo.

Porque si fuera bonito,
poco importará en verdad
el llamarme *Panfilito*:
mas Dios tuvo la bondad
de que naciera feo.

Y mi madrina impaciente,
para completar su hechura,
me puso muy diligente
relativo á mi figura
el nombre correspondiente.

Voy á explicarte, lector,
la forma de mis facciones,
y te pido por favor
que de tantas perfecciones
me digas cuál es mejor.

Y aunque digan que es torpeza,
me describiré al revés,
princiando en la cabeza
y concluyendo en los piés.
que así tengo mas franqueza.

Mi cabeza es de Medusa,
sin culebras, eso no;
tengo por pelo pelusa
y aunque mi frente es confusa,
mas fea nunca se vió.

Dos anchas y lindas cejas
dan espresion á mi busto,
pues me tapan las orejas,
y en ellas pueden á gusto
labrar su miel las abejas.

Ha dado en decir la gente,
que estan en pugna constante
mis ojos, y es evidente,
pues uno mira á Poniente
y el otro mira á Levante.

Ahora sigue lo mejor,
y lo que en mí mas resalta,
lo que me hace algun favor,
en lo que nadie halló falta,
lo que me da en fin honor;

Una nariz, qué mal digo,
un cañon de chimenea
es la nariz que me alige,
pues como aquel se menea,
cuando un aire fuerte rige.

Es mi boca... singular,
pues, sin ser ponderacion,
en ella pudiera entrar
de frente un guardacanton,
y aun la podría cerrar.

Mi pecho figura un pozo
ó una puerta de una alcoba,
perdiéndose sin rebozo
en una inmensa joroba
de mi espalda: ¿soy buen mozo?

Mis brazos son, no pondero,
largos, como la ambicion
de ministro ó usurero,
y gordos en conclusion
como cañas de gilguero.

Pero mi tripa es famosa,
no tiene comparacion
su magnitud asombrosa,

y aun en la mar caudalosa
sirviera de embarcacion.

Dejo aquí enumeraciones
por no cansarte, lector,
mas te pido por favor
que de tantas perfecciones
me digas cuál es mejor.

RAMON GARCIA LUNA.

ENFERMEDAD DE D. ABUNDIO.

Digimos últimamente que don Abundio estaba bastante apurado, y con harto sentimiento tenemos que anunciar hoy, que á pesar de las píldoras y otras cosas que le probaban muy bien, continúa presentando síntomas alarmantes.

El miércoles hubo junta de facultativos, donde se reunieron los médicos siguientes: Ayguals, Ribot, Príncipe, Hartzenbusch y Villergas. Baldoví presidía la sesion desde el reino de Valencia, que á pesar de estar bastante lejos, como es sordo, oía perfectamente los discursos de sus camaradas. Pero nada se ha adelantado que merezca la pena, y lo mas terrible es que don Abundio se va á varas.

Ya hemos dicho que se confesó, pero hoy añadiremos que tomó comunion como buen cristiano, habiéndose zampado la rueda de un molino como quien traga una pastilla. ¡Quién habia de decir á don Abundio que le hiciéramos comulgar con ruedas de molino!

El pobre viejo está abatido. Solo el cuidado con que se le trata le va sosteniendo, porque los alimentos no son cosa mayor para un hombre de su humanidad. Por la mañana se desayuna con un cántaro de leche caliente, despues se le dan unas magras y como media pierna de ternera, y con esto y una arroba de vino, ya no tiene ganas hasta la hora de comer. Su puchero de enfermo consiste en un celemin de garbanzos, cuatro gallinas, dos pavos, diez libras de vaca, un carneiro con cuernos y todo, y chorizo, tocino, morcilla y relleno á proporcion. Con esto pasa la tarde bastante bien sin desmayarse hasta la hora de cenar.

Pero está tan debilitado, que hoy ha sufrido un ataque violento en un zancajo, que le ha dejado mortal. La medida mas urgente pareció á los médicos darle la Uncion. Esta no le aliviará el cuerpo, pero le servirá para la salud del alma, y al cabo es un consuelo. Recibió don Abundio la Uncion con mas valor que un toro, y dice que no estará contento hasta que se la den otra vez; despues vino el prensista de LA RISA, y le empezó á ayudar á bien morir. Tal es la situación en que le dejamos á última hora; pero no por eso desesperamos de su restablecimiento porque como se suele decir, mientras hay vida hay esperanza.

Esta noche se queda á asistir al enfermo, don Antonio Ribot y Fontseré.

A D. ANTONIO RIBOT Y FONTSERÉ.

SUECA 15 DE AGOSTO.

*Melioris est andare per invernum
in camisola, et cum tafanario descuberto,
quod vestire corpus de pañolo pardisco
in tempore caloris insufribilis.*

GRABAT. PAPER.

Triste cosa es en verdad
el que vengan á las manos
dos redondos ciudadanos
como Ribot y Bernat.

Y esto es mas sensible cuando
la guerra civil estalla,
y va á darse la batalla
entre el flaco y gordo bando.

Pues que si el ejemplo cunde,
y la discordia se aumenta,
preciso es tener en cuenta
que la pobre patria se hunde.

Mas ya que lo quiere así
el buen Ribot Fontseré,
no volverá atrás el pié
el mal Bernat Baldoví.

Que al fin, al cabo y en suma,
en aqueste desafio,
aunque haya calor y frio,
no hay mas armas que la pluma.

Y un rasguño (á mi entender)

de instrumento de tal guisa,
todo el mal que puede hacer
es... ensuciar la camisa.

En facha pues, que ya embisto,
salgan fuera ambas barrigas,
pero antes... bueno es que digas—
«Señor mio Jesucristo.»

Y no tardes á empezar,
que mi plumifero acero
no ha de dejarte llegar
al «Dios y hombre verdadero.»

Mas... entremos en materia
sin pintura, ni amenazas,
ya que el lance tiene trazas
de cosa formal y seria.

Allá voy, pues desde luego,
antes que el campo nos cierren;
preparen... apúnten... fuego...
y el que caiga... que lo entierren.

¿Con que es necio y casquivano
quien prefiere, haciendo frio,
ropa fresca de verano
á la de invierno en estío?

Pues entonces yo lo soy,
y nuestra lucha camienzo
á la voz de— ¡viva el lienzo!
y ¡muera el paño de Alcoy!

Yo soy Ribot, quien prefiero
(y lo hago como lo digo)
la desnudez en enero
al agosto con abrigo.

Yo soy el que sin recelos
de que absurdo alguno siembre,
me estimo mas por los hielos
ir en camisa en diciembre,

Que el ver sobre mi peculio
la brusca y pesada albarda
de toda una capa parda
en los calores de julio.

Yo, Ribot, yo soy, repito,
quien al mundo entero ofrezco
hacer ver que el vivir fresco
vale mas que el morir frito.

Y no creas que en tal caso
me haga falta otra conseja,
cual la del hombre y la vieja
con que te sales del paso.

No, amigo, que esto seria

para el público, que escucha,
darle el fin de nuestra lucha
con la misma sinfonia.

Ademas, que es disparate,
cuando sobran argumentos,
presentarse en un combate
armado solo de... cuentos.

Ni se alcanza de esta suerte
de la victoria la palma,
sino con tiros de muerte
que traspasen cuerpo y alma.

Ven acá, panza redonda,
coronel del bando gordo,
y habla recio á un hombre *sordo*,
si quieres que él te responda.

Deliras y disparatas,
acércate mas, y dime—
¿no te achicharra, y te oprime
la moda que ensalzar tratas?

¿Dónde hallarias remedio
en esta estacion del año
si el traje de un hermitaño
pusiese á tu panza asedio?

¡Infeliz! no consideras
que contra el calor, que hoy hace,
ningun recurso tuvieras!
sino el... ¡*requiescat in pax!!!* (1)

Por el contrario la escarcha,
el hielo, el frio, los vientos
se curan sobre la marcha
con varios medicamentos.

¿Qué importa ir entre aguaceros
vestido de tafetan,
y aun, si quieres, ir en cueros
como nuestro padre Adan,

Cuando las aguas y nieves
significan un pepino,
con tal que á la espalda lleves
la bota llena de vino?

¿Qué vale el recio aquilon
con que en vencerme te empeñas,
tras dos lonjas de jamon
y un vaso de Valdepeñas?

Nadie su molestia siente
ni en España, ni en el Norte,
como lleve el *pasaporte*

(1) Amen.

EL ESTUDIANTE D. PEDRO

(Cuento.)

Cuidado no se dispare.

PARTE PRIMERA.

Hay lances de amor menguados
que en su peregrino curso,
sus matices y contrastes,
sus pretensiones y gustos,
por lo muy extravagantes,
por lo necios y difusos,
por lo tiernos y sensibles,
por lo pedantes y absurdos,
hicieran reir á las piedras
y alegrarse á los difuntos.
Escuchen, pues, mis lectores
de un diálogo nocturno,
que en cierto *soirée* brillante
escuché con disimulo,
las dos estupendas partes
que en estos versos apunto.
Era doña Celia bella,
pero de muy necio orgullo,
y don Pedro muy galante,
aunque original y adusto,
y así fué que su coloquio,
después de varios dibujos,
vino á tener estos trámites
entre tiernos y entre bruscos.

Doña Celia.

Ya os lo he dicho, señor mio,
que fácil no corresponde
á vuestro amor tierno y pio
la dama que en su albedrio
mayor altivez esconde;
y es ya muy necia porfia
y repugnante querolla,
venir un día y otro día
lamentando vuestra estrella
y mi condicion impia.
De mi clase aristocrática
es tan grave la exigencia,
que la llama mas simpática,

bien mojado de aguardiente.

Que el burlarse uno del frio
con sus lluvias y sus truenos,
todo es obra, amigo mio,
de dos tragos mas ó menos.

Y á falta del vaso ó bota
y de otras varias razones,
hay corridas, apretones,
baile, y... juego de pelota.

Pero el calor... ¡Dios eterno!
¡*Dominus Deus Subaóth!*!
¡calor con trage de invierno!
¡y quien lo pide es Ribot!!!!

...
¿Qué gordo defender pudo,
á no encontrarse hecho un mosto,
la ley del saco y embudo,
estando en el mes de agosto?
¡Españoles! y esto veis,
cuando por vuestros pecados
llega el calor á los grados
¡treinta y cinco ú treinta y seis!!

¡Maldicion contra la musa
de mi redondo adversario,
que tales blasfemias usa
sin respeto al... calendario!

¡Maldicion contra el talego
de catorce ó quince arrobas,
que aconseja con sus trobas
posponer el aire al fuego!

¡Maldicion una y mil veces
al poeta, que hoy arrogante,
prefiere un horno ambulante
á la mansion de los peces!

Y en fin... ¡maldicion y horror
contra ese vate inhumano,
que asegura ser mejor —
«ir de invierno con calor,
que con frio, de verano.»

EL SUECO.



si la cuna es enigmática,
no halla en mí correspondencia.
Y así, don Pedro, dejad,
sin que mi estilo os rebaje,
tan ciega temeridad,
y ved que vuestro language
ofende mi dignidad.

Don Pedro.

Hasta ahora, señora mía,
no me habeis llenado el gorro...
ni yo imaginar podía
que tal concepto os debía,
y de pensarlo me corro.
Ya sé que de los *Machucas*
la sangre teneis azul,
con otras prendas muy cucas...
¿pero pensais, por San Lucas,
que yo soy algun gandul?
Sabed, que tambien blasones
tengo yo de mis abuelos,
y en vistosas divisiones
colocados tres ratones,
una zorra y dos mochuelos;
y que mis viejos cuarteles,
ademas de los ya dichos,
y entre pintados laureles
contienen cuatro lebreles
con otra porcion de vichos;
pudiendo mi estirpe alzada
asegurar por mi fe
que allí en campaña dorada
tengo, señores, pintada
toda el *arca de Noé*.
No hay ¡vive Dios! animal
que no esté en mis armas puesto,
y su profusion es tal
que hasta hay un *asno* cabal
asaz de orejas enhiesto.
Cuento ademas tres banderas
sobre un castillo moruno,
dos águilas altaneras
y diez hermosas calderas
cual no las tiene ninguno.
Tengo patos, tengo azores,
tengo camellos y hornigas,
y entre rusticos verdores

hasta tengo unos pastores
con una sartén de migas.
Tengo un oso de ancha quilla
que da envidia el contemplalle,
de pulgas una cuadrilla
y un gato sobre una hornilla
que no falta mas que *malle*.
Tengo lanzas, tengo escudos,
acémilas y broqueles,
y entre unos peñascos rudos
tres sarracenos desnudos,
asombro de los pinceles:
y un buque tengo de guerra
con tan magnífica popa
que, al mirarlo como se aferra,
no digo yo á Inglaterra,
enojos diera á la Europa.
Tengo un toro de Jarama
con los cuernos retorcidos,
que escarba la tierra y brama,
y es simbolo segun fama
de los altos apellidos.
Tengo un elefante, un mico,
un orgulloso leon
de melenas anchas rico,
un disforme tiburón
y un gavilán con su pico.
Y tengo en campo arenoso
que mil encantos promete,
con un javalí cerdoso,
un caballo tan brioso
que está tirando al ginete.
¡Ah! por nadie, Celia, trueca
mi nobleza aquesta suma
de los tres reinos... y bucca
en el género de pluma
tiene ¡ó gozo! hasta una *llueca*,
y en fin, para que de bajos
hoy mis timbres no juzgueis,
aunque en no limpios trabajos,
en mis armas hallareis
mas de mil escarabajos.

Doña Celia.

Qué decís? ¡o suerte insana!
¡escarabajos tambien!
¡Ay!... ¿alusion tan liviana

quién no graduará, quién,
de inmunda y de chavacana?

Perdonad: vuestra nobleza
no es cosa que me seduce:
¿quién ha de querer alteza
¡ay Dios! que tal impureza
y tal muladar produce?

Dejemos, pues, este asunto
que al estómago quebranta,
y pasemos á otro punto.

No quiero de gloria tanta
que presenteis el trasunto.
Yo, Don Pedro, pergaminos
quiero en el hombre á la par
de ingenio y modales finos,
y vuestros rasgos supinos
no son para enamorar.

—
Quedó un momento don Pedro
entre corrido y confuso,
con la sonrisa en los labios
aunque con el ceño adusto;
entre galante picado
y entre socarron astuto,
y haciendo al fin de repente
un movimiento convulso,
como el que amoroso abriga
todo el fuego del Vesubio,
dándose fuerte palmada
en la frente y con los puños,
boca y ojos á la par
manejados á un impulso,
tomando sobre su silla
una postura de estudio,
así de la tierna Celia
á las palabras repuso...
pero dejemos, lector,
para el venidero número
lo que contestó don Pedro
y lo que despues ¡ay! hubo,
que es tarde... la luz se apaga,
viéneme el sueño importuno,
es el cuento largo, y yo
de escribir versos me aburro.

J. GUILLEN BUZARAN.



Carta extravagante del Escorial.

A MI AMIGO

RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA,

con notas de este.

I.

¿Que te escriba me has pedido? (1)
Y estando yo por mi *mal*,
sumido en el Escorial
en escribirte he accedido.

Y en verdad, caro Ramon,
que mil cosas te contára
si la razon te sobrára,
mas te falta la razon.

¿Qué exiges que aqui te cuente?...
Nada pudiera decirte,
á no querer referirte
descripciones solamente.

Si te pintára, Ramon,
del MONASTERIO bellezas,
juzgaras que eran rarezas,
pues tienes la *descripcion*.

Y por mucho que describa,
fuera tambien gran trabajo
pintar LA CASA DE ABAJO,
pintar LA CASA DE ARRIBA.

Yo describo las grandezas
del PALACIO de los reyes,
pues los que al pueblo dan leyes
llevan del pueblo riquezas.

¡Son soberbios los jardines!...
Las montañas deliciosas...
para mirar muchas cosas,
y mirar buenos confines!...

¡Oh! gran cosa me callaba!
(En sus recuerdos me fundo)
del rey Felipe Segundo
LA SILLA dó se sentaba.

Esta silla pensarás
que es monumento de gloria,
y segun dice la historia,
se reduce á esto *no mas*.

Es un asiento formado
en una piedra elevada:
es una silla que en nada

(1) Mentira! yo no he dicho nada.

te dejára allí admirado (1).

Opinion la tienen todos,
mas nada puede la crítica
con respecto á la política,
pues piensan de varios modos.

Y nada hablo de *opiniones*,
porque en los tiempos que vamos,
¡miseros! si no callamos...
pues para hablar no hay razones.

Pero es fácil preveer
las opiniones mas fijas,
porque estas siempre son hijas
de *aquel* que dá de comer.

Aquí hay *notabilidades*,
que es muy justo mencionar,
y no quisiera nombrar
porque no haya hostilidades.

Y en valde busco las rayas,
cuando oigo, caro Ramon,
nombrar á *Quico* ó á *Sison*, (2)
á *Rondainas* ó á *Barbazas*.

Pues resultará en mi daño
que me denunciase *Zancas*,
ó armar duelo con *Palancas*,
con *Chapinga* ó con *Garaño*.

Me buscáran *Cachabolos*,
la *Repelosa* ó *Juan Patas*...
Si sus *PLANES* desbaratas
revuelven mil protocolos.

Nada hablo de ellos, Ramon,
porque vendrán con su rueda
la *Loba* ó la *Pataseca*,
ó acaso *Maria Piston*.

Y aunque personas muy toscas,
murieras, si los irritas,
en las manos de *Meaitas*,
ó á manos de *Empreñamoscas*.

Y aquí al mismo cielo invoco,
que son *Malecha* y *Mandorra*,
capaces de armar camorra
con *Satisfecho* y *Matoco*.

Y yo no pongo ni un mote,

que á todos llaman así,
y los cito solo aquí
con anuencia de *Almodrote*...

Mil sobrenombres citára,
que á fé te hicieran reir,
mas no los quiero escribir,
porque otro pliego llenára...

Aquí hay *seis reyes* y un *santo*,
que salieron de una piedra...
¡Que piedra, amigo Saavedra!
¡Y sobró para otro tanto!...

Si pudiéramos atarla
á la *Lax* de nuestras leyes,
juro tuvieran los reyes
por fuerza que respetarla.

Mas divago sin querer,
y no pienso divagar,
porque fuera molestar
al que esto quiera leer...

¡De esta verdad me harás cargos!
Hay un ciego ¡no te asombre!
que *guía* á cualquiera hombre,
con tantos ojos como *Argos*.

Es *Cornelio* un *Cicaroné*
que nada vé y todo mira,
mas dó el ojo pone, admira
que allí mismo el dedo pone...

Mas pudiera referirte,
pero largo ser no quiero,
pues digeras que *Guerrero*
es *largo*... hasta en escribirte.

Compongo *segunda parte*,
y en ella te contaré
un lance histórico á fé,
que afirmo no ha de cansarte.

En LA *RISA* no dirás,
que *estravagancias* no pongo,
porque lo *serio* supongo
que en ella no buscarás.

Y en una cuarteta esdrújula
concluyo diciendo *in nómine*:
dale espresiones al *Dómine*, (f)
que aquí pierdo ya la brújula.

TEODORO GUERRERO Y PALLARES.

(Seguirá la segunda parte.)

(1) Desde esta piedra y sentado en esta silla, miraba Felipe II construir el monasterio de San Lorenzo, por ser dedicado á este santo, tiene la forma de una parrilla.

(2) Sobrenombres del pueblo bajo del Escorial de arriba.

(1) La coleccion de esta amena enciclopedia véndese por 30 reales.

ENFERMEDAD DE D. ABUNDIO.

Hace ocho días que está el paciente durmiendo, merced á un centenar de granos de opio que se tomó de una vez. Ronca como un aguador: esperamos que despertará dentro de pocos meses, sano y robusto como antes.

PROPOSITO DE NO DECIR NADA.

LETRILLA.

Voy á escribir y me espanto,
elijo asuntos, y en suma
no encuentro fruto ni encanto;
pero al fin tomo la pluma
y digo: letrilla al canto.
Mientras yo no esté difunto
no faltará en mi cartilla
un buen asunto
para letrilla.

Aunque el placer me enajena
como hay acá tantos dengues,
tomo la pluma con pena
porque una letrilla buena
tiene muchos perendengues.
De versos hago un conjunto,
el final acaba en *illa*;
¡qué buen asunto
para letrilla!

Aun en los casos adversos
yo los versos idolatro;
regulares ó perversos
hago des, tres, luego á cuatro,
completo los cinco versos.
Mas cinco versos por junto
valen solo una quintilla,
que es poco asunto
para letrilla.

Dirán que acabo al instante,
como quien come un merengue;
pero me cuesta bastante,
porque estoy dándole al dengue

sin hallar un consonante.
Desde mi cuarto barrunto
que en el puchero hay mercilla;
¡qué buen asunto
para letrilla!

Basta ya de chanzoneta;
acabé un verso y van dos,
pero esto ya no me peta.
¡Por vida del otro Dios!
me está llevando pateta.
Cien veces la pluma unto,
y la rabia me acribilla;
no hallo un asunto
para letrilla.

¡Pluma! ¿quieres escribir?
¿cómo ya no te desbordas?
Es preciso, hay que cumplir;
es necesario decir
mentiras buenas y gordas.
Diré que estando en Sagunto
hice á Pompeyo tortilla,
y es buen asunto
para letrilla.

Me diera en el cuello un tajo
aunque mi genio es de malvas.
Escribo... ¡inútil trabajo!
mil disparates encajo,
y gasto pólvora en salvas.
Quiero tirar y no apunto;
quiero cantar ¡esa es grilla!
No hallo un asunto
para letrilla.

¿Qué dirán los suscritores
al escuchar la embajada?
Yo suplico á estos señores
que culpen á los calores
si por hoy no digo nada.
Será cosa de hacer punto
que, aunque me echen á Melilla,
no encuentro asunto
para letrilla.

Pensar que hoy tengo memoria
es un falso testimonio,

con que así basta de histeris ;
tiro la pluma al demonio,
y aquí paz y despues gloria.
¿Me dirán que soy trasunto
del infernal Hermosilla?

¡Feroz asunto
para letrilla!

JEAN MARTINEZ VILLER GAS.

EL ESTUDIANTE D. PEDRO.

(Cuento.)

Cuidado no se dispare.

PARTE SEGUNDA.

Ya te digo, lector, que el tal don Pedro
cortesano,
del que decir á ley yo no me arredo
que era hombre loco con el juicio sano,
entre mohino y ufano
oyó de doña Celia ¡suerte insana!
la sentencia tirana
que le diera á su amor en una fiesta,
y que ya le aprestaba la respuesta.
Colocóse en la silla con soltura,
alzó á los cielos los torcidos ojos,
y sin mostrar empacho ni amargura
á los fieros enojos
de la su dama con quien fué prolijo,
así con voz sentimental la dijo.

D. Pedro.

Vuestro enojo, niña angélica,
conozco que es natural,
pues no sabiendo mis títulos
no me podeis apreciar;
mas supuesto que hoy científico
me quiere vuestra amistad,
no hallareis, os juro, un prógimo
en aquesto tan cabal
como Don Pedro de Enquidanos,
estudiante de Alcalá.
¿Qué quereis, hermosa Sílfide?
¿qué anhelais? decidlo ya,

que no habrá creacion bellísima
de que no sea yo capaz,
si con ella servir pláceme
á vuestra rara heldad.
Mis estudios son tan célebres
y mi ingenio tan caudal,
que no ha podido hallar émulos
en nuestra presente edad;
y en materias escolásticas
he sido un asombro tal,
que ni siquiera los róticos
quise en los libros mirar,
ni el bando peripatético
tuvo en sus aulas jamas
alumno de voz mas cóncava,
cual yo para *ergotizar*.
Yo, señora, sé de lógica
mas que el mismo Condillac,
y ni Xaquier, ni Demóstenes
me esceden en la moral.
En estudios fisiológicos
mas que el doctor Gall,
y en cálculos matemáticos
he superado á *Lacrois*.
En la carrera jurídica
jamás he tenido igual,
y mi ciencia aturdiríale
al mismísimo *Bentham*.
En tareas periodísticas
á *Lamennais* dejé atrás,
y sé mas como geógrafo
que Antillon pudo estudiar;
en mis traducciones bíblicas
escedo á Caravajal,
y he escrito un poema épico
mas sublime que *el Don Juan*;
no envidio como dramático
á Calderon, ni á *Dumas*,
y en el género bucólico
soy una especialidad;
á mis novelas históricas
no ha llegado *Jorge Sand*,
y en la sátira mas cáustico
soy que el mismo Juvenal;
nunca pudo San Gerónimo
igualarme á interpretar,
y para mí, en cuanto á crónicas,
Tito Livio es un rapaz.

en fin, señora, mi máquina
 es un centro universal
 de cuanto pedir pudiérais,
 y en mi gran capacidad
 soy mas poeta que Góngora,
 mas prosista que *Balzac*:
 blando como goma elástica,
 recio como vendabal,
 mas filósofo que Diógenes,
 mas travieso que Gil Blas,
 mas amable que un hipócrito,
 mas fiero que Barrabas,
 mas liberal que un repúblico,
 mas realista que el que mas,
 mas militar que Leónidas,
 mas que Ulises suspicaz,
 mas humilde que el Job mísero,
 mas altivo que Satán,
 mas sapiente que un retrógrado,
 mas fiel que un ministerial,
 mas pobre que el hijo pródigo,
 mas rico que un Senescal,
 y en fin, mas que un diplomático
 pastelero y *Con vicant*.
 Ved, pues ¡Cecilia hermosísima!
 lo que mejor rabia os dá,
 pues de cuanto ansias quisiérais
 tencis en mi humanidad.
 No desprecies tanto mérito,
 no por Dios, que soy capaz,
 en mi despecho volcánico,
 de hacer una atrocidad,
 debiendo añadir por término
 de este relato, que á mas
 de los espresados títulos
 que acabo de recitar,
 soy un figurín lindísimo
 en esto de figurar,
 que tengo tratos y débitos
 con Utrilla y con Pascual;
 que escribo versos anónimos
 con envidia general
 en el Heraldó, sus cólegas
 y la Iberia musical;
 y para colmo benéfico
 de tanta prosperidad,
 ya en el Liceo artístico
 tengo arreglado el entrar.

De tan ridícula sarta,
 dijo la dama con mofa,
 estoy ya, don Pedro, harta,
 y de vuestra rara estofa
 entregado habeis la carta.
 De tanta sandez ¡ay triste!
 formarse pueden capítulos,
 y segun lo que digiste
 en saber nombres y títulos
 vuestro mérito consiste.
 Náuseas tengo de escucharos
 unos conceptos tan raros,
 buen don Pedro, y os suplico,
 que á bien tengais ausentaros,
 ó si no cerrar el pico.
 Yo os lo digo sin empacho...
 para estar de una muger
 siempre al lado como un acho
 cuando ella no os puede ver,
 es preciso, amigo, ser
 un solemnísimo *macho*.

—
 ¡Ay Dios! y qué mal parado
 al oír razones tales
 se quedó el galán don Pedro,
 el intrépido estudiante!
 Como nieve quedó frio,
 palideció su semblante,
 puso derechos los ojos
 que torcidos tenia antes,
 tembló convulso de rabia,
 se estremeció de coraje,
 hacia atras se echó con furia
 ambas solapas del *fraque*,
 y con brusco desenfado,
 con airados ademanes,
 llamando por mal de Celia
 la atención de todo el baile.
 «¡Oh ingrata! —dijo—mas dura
 que los duros pedernates.
 ¡Desprecias sin mas ni mas
 á un hombre de mi *pelaje*!
 ¡A un hombre que tantos cursos
 tuvo en Universidades,
 que dejó rastro glorioso
 de lo mucho que en él cabe

en los campos, en las villas,
 en las plazas y en las calles!
 ¡Así de mengua cubrirme!
 Bien, ingrata, muy bien haces,
 víctima tuya seré
 supuesto que así te place.»
 Dijo, y la mano al bolsillo
 se echó con resuelto aire,
 sacó una cosa... ¡Dios santo!
 de metal negro y brillante;
 y empuñándola con rabia
 y ocultándola con arte,
 se alzó vivo, se huyó presto,
 diciendo á ella... *Dios os guarde.*
 Asustada doña Celia
 de tan impensado arranque,
 lanzó gritos, llamó gente,
 contó el caso, y á sus ayes
 atropelláronse todos
 á coger al estudiante,
 que con aquel arma horrible
 iba sin duda á matarse.
 En la escalera por fin
 le alcanzan con mil afanes,
 y al irlo á reconocer
 entre varios personajes,
 el vizconde de los Puntos
 y el marqués de los Desvanes,
 hallaron que aquella arma
 que á todos heló la sangre,
 era solo de la casa
 del buen don Pedro la llave,
 pues se iba mas que de paso
 á abrir presto y á acostarse.
 Entre airados y corridos
 quedaron los circunstantes;
 y desde entonces si á algunos
 de estos hallo... por donaire
 les suelo decir ¡amigos!
Cuidado no se dispare.

J. GUILLEN BUZARAN.



SONETO.



Quieres saber quién es, bella Amarilis,
 ese avestruz con flores en el fraque
 que todo lo censura y se hace el jaque?
 Oye y te explicaré todo el busilis.

Ese hombre acelga, botijín de bilis
 sufre el belitre un lastimoso achaque,
 pues como farfanton y badulaque
 no concede talento ni á su Filis.

Al tacharle de fátuo, nada mermo,
 ya que contra los sábios se amostaza,
 y por agenos triunfos cae enfermo.

De su rencor por la grosera hilaza
 se vé la envidia atroz del estafermo
 que tiene por cabeza calabaza.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

Carta extravagante del Escorial

Á MI AMIGO

RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA,

con notas de este.

II.

En el número pasado
 un cuento, caro Ramon,

te ofrecí; y como es razon,
voy á cumplir lo pactado.

¡Qué disparate! dirás
en un sentido retórico,
pero afirmo que es *histórico*,
y no tengo que hacer mas.

Esta especie de monólogo
que aquí en cuartetas te ensarto,
quizás te dejen muy harto,
pero han de servir de prólogo.

Y aunque no lo juzgues mal,
en ÉL no fundo *mi gloria*,
que solo cuento una historia
coulada en el Escorial.

EL HOMBRE-PEZ!!! (1)

CUENTO ROMÁNTICO ESTRAFALARIO.

(*Crónica moderna.*)

Don Cárlos y doña Mónica
se profesaban amor;
amor cierto: sin rubor...
(esto asegura la crónica).

Doña Mónica era hermosa:
hermoso era su galan,
y si *ella* era un *tulipan*,
él era una linda *rosa*.

Apenas se conocieron,
Cupido vino á asecharlos,
pudiendo luego flecharlos
cuando sus pechos latieron.

¡Cuántos goces en su amor
hallaron solo en mirarse
y con los ojos hablarse,
que es lenguaje encantador!

Despues hablaron sus manos,
y hablaron sus corazones,
que, al despertar las pasiones,
cobardes son los humanos.

Una tarde se encontraron:
cuando sus labios se abrieron,
sus almas se comprendieron,
y eterno amor se juraron.

Despues un beso selló
aquel firme juramento,
y un beso, y otros, y ciento
al primero se siguió.

La crónica un velo lanza
en este atrevido amor,
porque solo en el honor
vé una hermosa su esperanza.

Al perderlo una muger,
mucho tiene que llorar,
porque no ha sabido amar
sin apurar el placer.

Queda su vida sujeta
sin el honor de su vida,
que el que mejor la apellida
ha de llamarla *coqueta* (1).

Que es la muger una fuente
que guarda tambien su llave;
mas si guardarla no sabe,
se convertirá en torrente!

—Una esquelita le dió
la fámula á doña Mónica,
diciendo (segun la crónica):
—«Un hombre me la entregó.»

La guardó en aquel momento,
sin mirar su contenido,
que sin duda habrá debido
olvidar su juramento.

Mas le agradan dos que uno:
y así al que escribió, contesta:
«Favorable es mi respuesta:
os querré mas que á ninguno.»

DON JUAN (2) diz que se llamaba
el que la carta escribió,
y en verdad que la acertó,
porque *el nombre le cuadraba*.

Enamorado de veras
se encontraba mi *buen* JUAN,
atestiguando el refran,
no puede el olmo dar peras.

JUAN la siguió tan constante,
que Mónica no se asombra

(1) ¡Qué cuento!!!

(1) ¿Y qué muger no lo es?

(2) No tengo mas amigos ilustrados que se llamen JUAN, que Villergas y Hartzbusch. Verdad es que yo tengo pocos amigos.

si la sigue cual su sombra,
él detrás, ella delante.

JEAN vierte de amor el llanto
al saber que á otro hombre amaba,
y por la huerta pasaba,
propiedad de DON CRISANTO.

JEAN distingue una muger
que con un hombre pasea,
y su mente se recrea
en hacerla padecer.

¡Cómo gozaba anhelante
en mirarla caminar
y un paso tras otro dar,
él detrás, ella delante!

Tras de un árbol se ocultó:
ellos á *la cruz* llegaron:
ambos á dos se sentaron
y el silencio se rompió.

—«¡Pobre don Juan! Doña Mónica
á su adorado decia:
el necio don Juan creia
que era cierto mi querer.

—Y á mí ¿de veras me adoras?
—¡Calla!...—¡Pobre Juan! olvida
que tu cariño, mi vida,
es cariño de muger.

—Siempre me sigue afanoso,
y ni un solo instante deja
de repetirme su queja...

—¿No te da lástima?—¡Sí!

—Burlarle será preciso:
le harás creer que le quieres...
(lingís muy bien las mugeres),
lo demas me toca á mí...

A un leve ruido calló:
oyóse cerca un lamento,
y en aquel mismo momento
un hombre se presentó.

Dió un desmayo á doña Mónica,
y cayó sobre su amante,
mas no dice en lo adelante,
si fingido fué, la crónica.

Corrió don Juan de un arranque,
y furioso en su dolor,
se sepultó con su amor

en las aguas del estanque (1).

Doña Mónica y su amado
á su casa se volvian,
cuando todos repetian:

«¡Aquí mismo se ha tirado!»
Carlos dijo á doña Mónica:
—«El pobre tonto *aquí yace.*»
Y ella «*requiescat in pace,*»
contestó, según la crónica.

Cuatro meses pasaron de esta suerte:
doña Mónica amando por contrata,
que ha puesto el corazon en *cien acciones*,
y se venden á aquel que mas las paga.

De don Carlos se olvida por los hombres
y don Carlos se olvida por muchachas:
si el uno olvida al otro indiferente!
con razon dice el vulgo se pagaban.

Un dia, *Don Crisanto* echó el garlito,
queriendo á doña Mónica obsequiarla,
pues según corren voces por el pueblo
ha tomado *una accion* á aquella dama.

Del garlito tiró. ¡Jesus! ¡qué asombro!
las gentes se atropellan asustadas!
que un pescado sacó de gran tamaño
y fué difícil distinguir su raza.

Segun dicen las crónicas á un hombre,
el pescado en su forma asemejaba,
y al verle tan hermoso y tan extraño
don Crisanto á su chica lo regala.

Comióle doña Mónica, y al punto
la mas atroz indigestion le ataca,
y sin valerle los remedios, muere,
y los diablos disputan por llevársela...;

Dicen que este pescado era DON JEAN,
á quien guarda el infierno por venganza:
como escarmiento las coquetas miran
del *¡hombre-peze!* la crónica citada.

CONCLUSION.

Concluyo el cuento, Ramon,

(1) El estanque del monasterio, que es de gran profundidad.

que me contaron aquí,
y según te lo ofrecí
he cumplido *mi misión*.

¿Siguen ahí los editores (1)
gastando coche y caballos,
mientras se llenan de callos
los míseros escritores?

Del mundo, Ramon, es ley:
si el gobierno esto mirára,
juízo á Marruecos mandára
de escritores una grey.

Todos componen cuartetos,
que hay furor de componer;
y pienso que hemos de ver
hasta á los burros poetas.

Mas siempre entre tantos brilla,
brillando en sus tristes horas,
Campoamor con sus *doloras*,
con sus *leyendas Zorrilla*.

Brilla Breton en *comedias* (2):
Hartzenbusch brilla en sus *dramas*,
Villergas en *epigramas*!
y nadie brilla en *tragedias*.

Mas si formamos un lazo
de poetas á mansalva,
compone *salmos* Grijalba,
y hace *baladas* Madrazo.

La DIFUNTA Carolina
con sus *versitos* sentidos (3),
contrasta con los *gemidos*
de la triste Peregrina.

Y en estas cuartetos rancias
entran, Diana con sus *cuentos*,
Larrañaga con *lamentos*
y Ayguals con *extravagancias*;

Con sus *quisados* Abundio;
y si buscamos los moros,
Abenamar con sus *toros*...
con sus *chistes* Fray Gerundio.

Muchos conoces, Ramon,
que no me es fácil nombrar,
porque tuviera que dar

con la vil adulacion (1).

Y mas pudiera decirte,
pero escribir mas no quiero,
pues digeras que Guerrero
es largo hasta en escribirte.

Contéstame sin ardid
de Madrid al Escorial,
cual te escribo yo en mi *mal*
Del Escorial á Madrid (2).

TEODORO GUERRERO Y PALLARÉS.

EL PILLUELO DE MADRID.



CANCION.

I.

Huérfano soy en la tierra,
y por eso no suspiro,
que independiente respiro,

(1) ¡Cuántas verdades!

(2) ¿Eh?

(3) De que doy fé.

(1) Algunos hubiera yo eliminado de la lista.

(2) No te hará esperar mucho la contestacion, pues la tendrás el próximo correo.

y el mundo á mí no me aterra.

Libre soy, y mis hermanos
han de ser todos los bombres :
nada me importan los nombres
de marqueses ni tiranos.

¡Ay chulí!...

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

¿Qué me dá á mí si solloza
el pueblo heróico y bravo
uncido cual vil esclavo
de algun rey á la carroza ?

¿Qué me importan los honores
y las glorias y trofeos,
ni la riqueza, ni empleos
de ambiciosos y traidores ?

¡Ay chulí!

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

Aunque no soy rico-noble
de los mil de nuevo cuño,
tengo alma y fuerte puño
y soy mas firme que un roble.

En el sepulero y la cuna
todos nos vemos iguales :
son miserias mundanales
los títulos y fortuna.

¡Ay chulí!...

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

Yo no me asusto del trueno,
ni de la lluvia y granizo,
ni del leon, ni el erizo,
ni del puñal, ni el veneno,

El hambre á mí no me acosa,
ni el calor, ni el frio hielo:

mi cama es el duro suelo...
cuando no estoy con mi hermosa.

¡Ay chulí!...

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos,

Yo nací del pueblo bajo,
y de la gente vasalla,
y aunque soy de la canalla
vivo á costa del trabajo.

Soy de la gente perdida,
como dicen los señores,
á los que á fuer de sudores
se ganan la honrada vida.

¡Ay chulí!....

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

Aunque soy de la gentuza
no adulo, ni soy protervo :
yo maldigo á todo siervo.
¡Vivan Padilla y Lanuza!...

Aunque me vista de andrajos,
y ande así como se quiera,
otros hay en alta esfera
mas serviles y mas bajos.

¡Ay chulí!...

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

Gano un misero jornal ;
y este pobre jornalero
no se vende al estrangero,
porque es español leal.

Al pueblo no esprimo el jugo,
ni he malgastaado su oro. —
Otros roban el tesoro...

¡y no los mata el verdugo !!!

¡Ay chulí!...

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos,

Cuando el PILLUELO va al Prado,
al ver tanto monigote,
se le eriza su bigote
y le dá angustia y enfado,

Yo entre las turbas paseo
del barrio de la Paloma,
tras un belen otra broma,
tras un baile otro jaleo.

¡Ay chulí!...

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

Yo no gasto, y no me pesa,
de Francia bello landó,
que la gente del *caló*
por coche lleva calesa.

Robando á la rica España
lucen sus coches algunos...
y luego nos llaman tunos...
¡siendo ellos gentes de *araña!!!*

¡Ay chulí!...

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

A muchos hacen entierros
vistosos y gastan cera...
y el PILLUELO cuando muera
¡quizá le coman los perros!...

Gran cuidado me ha de dar
que me nieguen sepultura...
para un cuerpo de basura,
bueno es cualquier muladar.

¡Ay chulí!..

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

Esa gentuza *sin Don*
que viste feos harapos,
un dia venció á sopapos
al fuerte Napoleon.

Esa canalla es de nervio:
ahí tencis el *dos de mayo*,
en el que hundió como el rayo
al coloso mas soberbio.

¡Ay chulí!...

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

II.

Yo me voy á la pradera
entre perfumadas flores
á gozar de los amores
de una muger hechicera.

Que es de Madrid la *Esmeralda*
con su airosa mantellina,
con su cintura divina,
zapatito y corta falda.

¡Ay chulí!...

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

Mas que el palacio de Oriente
me gusta á mí una merienda
en el canal, con mi prenda,
de Madrid sol refulgente.

Allí se baila y se goza,
y olvidan sustos aciagos,
y calientes con los tragos
se juguetea y retoza.

¡Ay chulí!...

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

Una mirada embelesa,
y la atrevida muchacha,
ardorosa y vivaracha
pierde el rubor y nos besa.

No hay hipócritas desvíos,
ni escrúpulos, ni desdenes,
porque en aquellos vaivenes
hay libertad de amoríos.

¡Ay chulí!...

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

Con mi mugrienta chaqueta
me cobre el rostro mi dueño,
y disfruto dulce sueño
sin tener una peseta.

Otros que tienen caudales,
lujoso y dorado asilo,
no gozan sueño tranquilo
porque temen los puñales.

¡Ay chulí!...

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos
á un lado penas y enojos.

Quando tengo un panecillo
medio reparto á mi grey ;
soy mas felice que un rey
á pesar de ser un PILLO.

Si estoy con mi morenilla,
y eso que no es del gran tono...
no envidio el brillante trono
de la orgullosa Castilla.

¡Ay chulí!

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

Que vengan á mi los moros
y los rusos y el francés,
estando con mis gachés

en el canal y en los toros.

Que se coaliguen las reyes
de Europa contra la España,
no me asusta á mí su saña,
ni su fuerza, ni sus leyes.

¡Ay chulí!

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

Soy un rarísimo aborto :
perdido, PILLUELO y pobre ,
sin oro, plata, ni cobre :
omnia mea mecum porto.

Jamás he tenido ceño,
y mi vida aventurera
corre feliz, placentera,
sin otro Dios que mi dueño.

¡Ay chulí!...

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

A los que escuches decir
que mi canción es muy larga,
son de la cáscara amarga
¡que la traguen!... y á vivir.

Que poco le importa al PILLO
de tirana y necia gente :
siempre dice lo que siente :
la verdad es su estribillo,
y con esto me las guillo.

¡Ay chulí!...

el PILLUELO
su consuelo
cifra en tí.

Morenilla de mis ojos,
á un lado penas y enojos.

ALFONSO GARCÍA TEJERO.

Damos la composición que precede como muestra de la obra que con el mismo título publicó y tiene en venta la SOCIEDAD LITERARIA.

Enfermedad de D. Abundio.

¡ALBRICIAS!



IGUE el paciente roncando en términos estrepitosos y satisfactorios. Así que vuelva de su letargo, emprenderá un viaje de recreo para distraerse de sus graves tareas. Si no se le separa de la sartén, se muere frito. Media hora antes de llegar á San Petersburgo, se detendrá en Caldas de Mombuí para tomar las aguas; regresará á ver un par de corridas de toros, y con el calesin que lo conduzca á la plaza, saldrá para Londres á tomar el ron.

Carta de Santo Beseroles á Pascualo Ratolí.

*Barsella de Fransa, á seite de Cúlio,
del all mil buits tens y trenta.*

¡Caram, Cuato, si sabes
en lo poc e' há navegat,
qué coses m' han amostrar,
los hombres y las muqueres!

¡Cuan bé diu un autor nou,
que el que pel món no camina,
es com un poll de gallina
acabat d' eixir del ou!

Calla, calla, que estic felo,
y per mes que vacha alerta,
á lo millor, ¡santo sielo!
yá em tens en la boca uberta.

Pero no aném fent el tonto,
pues no es llans este de riure,
y lo que t' hacha d' escriure...
mas vale tarde que pronto.

Fá mich añ, que, segons saps,
per la meua mala estrela
em fu, Pascualo, á la vela
en un barco plé de naps:

Y buscantlos les pesetes
á tots estos macameus,
correguí també fideus,
pesóns de figa, pelletes,

Corfa de taroncha seca,
piñols de bresquilla tendra,
y pallús meselat en sendra
del millor arros de Succa.

Pues, siñor, com vach dient,
hufant un ventet prou fort
en tres mesos... de repent
em claví dins d' este port,

Aón em tens ple de curruixes
en lo chenero en lo barco,
y enfangat en mich d' un charco
en tarquim hasta les cuixes.

Mes no es este punt, amic,
el que em fá pendre la ploma,
sino el contarte, y no es broma,
entre quina chent estic.

Figurat no mes, si vols,
si tindrà molta sustansia
esta chentola de Fransia
que diu=*aricó*=ats fesols,

=*Ansalad*=al ausiam,
erec que=*soutió*=á les sabates,
=*pondamur*=á les tomates,
y á les chiquilles=*Madam*=

Al pá li diuen=*dupén*=
el vi sinse nom el criden,
pues no mes li diuen=*vén*,=
y en un trago el got et buiden.

Yo em rie com un albercóc

de vore que estos gabachos
son tan burros, y tan machos,
que no saben lo que es fóc;

Ni que es perol, ni casola,
ni anguila, granota, ó peix,
ni feche, ni lleterola,
ni carn de cuixa, ni greix:

Y es tan inútil quels digues=
oli, salses, caldo, ó neu,
com si els dius=reñons, ó lleu,
anous, panses, meló, ú figues.

Per dir peres fan =pouar=
al cap li diuen =la tet=
y á la vesprada =suár=
encara que fasa fret.

A voltes demane yo
aygua, obrint la boca tota,
y hasta que no dic =deló=
no men darán una gota.

Tabaco en la tabaquera,
mas que d'or tragues un sác,
no en tindrás, si á la estanquera
no li dius =vinga el tabác: =

Y está molt posat en us,
(así parlant entre els dos)
el dirlos als chavos =sus=
com si foren algun gos.

Pera almorsar de-matí
ya qui es mencha un bou sanser,
y si els dius =¿ que feu ahí? =
et contesten =dichuner.=

De modo que per mirar
uns dichunis tan estrañs,
es pot vindre así á pasar
la cuaresma tots los años.

En illoc de setse es diu =ses,=
al mar =mer,= y nada mas,
de modo que en un poc mes...
no sé si m' entenderás.

Als criats y atres comparses
dels caféns sels diu =garsóns,=
y mediant iguals raóns,
les criades serán =garses.=

Y en efecte si eu repara
cuansevol, que á elles s' arrima,
totes tenen coll de á vara,
y la cama llarga, y prima.

No mes que obrigues la boca,

ya et diuen =no comprén pá, =
y á mi encara que m' agrá,
sols per creurels... compre coca.

Yo no sé perque eu dirán
hasta els mateixos que el venen,
sent així tots ells tenen
tant d'amor al nostre =archan.=

Que si dus la bolsa en má
á tot et diuen que =ui,=
pero yo els dic que «demá»
y me l' amague en lo si.

Tampoc encontrarás mai
per davant ni per darrere
ningú que li diguen Pere,
ni Roc, Quelo, Chaume ó Blai;

Y parlant en veritat,
crec que sants no nia mes c' ú,
perque tinc ben observat
que á tots els diuen =muixá.=

Ya pots figurarte pues
el meu cor com estará
cuant els parle en valensia,
y em responen en franses.

Que es lo mateix pera mí,
(y els ho dic sollant la risa)
que si em parlen en llatí,
com un retor cuant dia misa.

De modo que encara en señes,
com tenen estos garrantes
el cap mes dur que les peñes,
prenen els pitos per flautes;

Y aixó que les que yo els fás
son tan facils de asertarles,
que no pot equivocarles
qui tinga en la cara el nás.

Cuant tinc fam, per l' ordinari
nunca parle una paraula,
no mes vach, obric l' armari,
prene un pá, y m' asente en taula.

Si conec que m' entra son
allá á les deu de la nit,
la seña que correspon
es... anarmen capa el llit.

Y aixina poc mes ú manco
vach interpretant la lley,
perque no tinc mes remey,
que herrar ó quitar el banco.

Pero apesar d' un llenguache,

ENFERMEDAD DE D. ABUNDIO.

que tál claritat respira,
á voites (pareix mentira)
no cauen en lo formache.

¿Pues que et diré d' atres fets
d' estos *maixés* majaderos?
Els homens porten cosets,
y les madames sombreros:

Aquells van molt plens de risos,
bucles, pendientes y anells,
y éstes en los culs postisos,
y en botes y saragüells.

Y uns y atres, es dir, tonts,
en companyia, ú asoles.
sempre van fent cabrioles,
ó ballant, y pegant bots.

Sols per ferli cosquerelles
á cuansevol foraster,
es besen en lo carrer
els mascles, y les femelles;

Y no falta borinot,
que cuant els morros aplica,
si la *madam* es bonica,
s' arrima tot lo que pot.

Podrá ser aixó obra bona,
pero yo, fent el *non sabo*,
dic = que el besar á una dona
no es com ferse un nuc al rabo;

Perque cree, y tinc per sert,
que entre el mascle, y la femella
no convé posar canella,
ni salses, ni... cholivert.

En fi ya molt c' advertirte,
mes si tot ara teu conte,
nom quedaré res que dirte
al voret, que será pronte.

Pues vech que el calor apreta
y no es despacha en la lloncha
ni un piñol, ni una palleta,
ni una corfa de taroncha.

Que es bó que sapies y entengues,
que el dedicarse al comers,
té, Cualo, mes pelendengues
que escriure esta carta en vers:

Y lo que no es torna fum
sol bolarsen com les mosques,
pero... s' apaga la llum...
y... ¡Adios!... m' ha quedat á fosques.

JOSÉ BERNAT BALDOVÍ.

Albricias, lector, albricias,
ya no hay miedo, ya no hay penas,
se levantó don Abundio,
Dios de su mano le tenga.

El médico, Ayguals (don Sergio)
que es un portento en su ciencia,
descubrió la enfermedad
y buscó el remedio de ella.

Antes era un laberinto,
no se aplicó cosa buena,
porque eran de los doctores
encontradas las ideas.

Mas vino don Sergio al mundo,
gracias á naturaleza,
para librar á las madres
de que sus hijos se mueran.

Ya no temo verme enfermo
con tabardillo ó jaqueca,
pues siendo de Sergio amigo
¿quién hay que á la muerte tema?

Ya es otra cosa la vida
de lo que en otro tiempo fuera,
y el refran no es verdadero
de que al que muere lo entierran.

En encontrando á don Sergio
no nos llevará pateta,
pues dicen que resucita
á los muertos y á las muertas.

Buen testigo es don Abundio
que para que ustedes vean,
fué curado en diez minutos
con esta simple receta.

Tomóle don Sergio el pulso,
por bajo de la entrepierna,
y dijo: bah... le ha picado
la tarántula perversa.

Y tomando una guitarra,
viendo á don Abundio en tierra,
empezó con mil arpegios
á tocar la tarantela.

Allí se hallaban Zorrilla,
Ribot, Principe, Urrabieta,
Wenceslao, Rubí, Gerundio
y el malogrado Espronceda,

Que vino del otro mundo

por la inspiracion patética
con que pulsaba don Sergio
prima, cuarta, quinta y sexta.

Todos están cabizbajos,
fijos los ojos en tierra,
y todos el resultado
esperan con impaciencia.

Por fin la música suave
sus frutos á dar comienza,
pues mirando á don Abundio
todos dicen : « se menca. »

Y alzándose lentamente
se puso las castañuelas,
y empezó á bailar frenético
las seguidillas manchegas.

Era de ver á Estofado
bailar como un calavera,
¡qué brincos y qué cabriolas!
¡qué saltos y qué piruetas!

Catorce varas el techo
empinó con la cabeza,
y mas de cuatro baldosas
levantaba en cada vuelta.

Y como el calor es grande,
bailando con tanta fuerza,
le entró un sudor tan copioso
que hizo en la casa goteras.

Al otro dia en las calles
nadie pudo andar apenas,
pues llegaban los arroyos
muy cerca de las aceras.

Creció el rio Manzanares,
con tal furor y presteza,
que cuentan que se han ahogado
veintitantas lavanderas.

Va don Abundio está bueno
por que arrojó la maleza,
y podrá espirar en otra,
pero ya no muere de esta.

El lunes se pondrá en marcha
por visitar á Inglaterra,
embarcándose en un buque
de los de Sierra-Morena.

Irá de Lóndres á Flandes,
desde Flandes á la Persia,
desde la Persia á Medina,
desde Medina á la Meca.

Y dentro de pocos dias,

volverá por esta tierra
á ofrecer nuevos guisados
á la gente madrileña.

JUAN MARTÍNEZ VILLER GAS.

CONTESTACION

*sin piés ni cabeza, á la carta sin cabeza
ni piés, de mi amigo D. Teodoro de
Guerrero y Pallarés. (1).*

Al recibo de esta, creo,
pues conozco tu virtud,
te hallarás con la salud
que yo para mí deseo:

Aunque anhelo que un anónimo
bailar te haga el paso *stirico*,
pues me haces autor satírico
sin encubrirme el pseudónimo.

Y con tu escrito cumplido,
aunque la razon se oponga,
me obligas á que aquí ponga
mi nombre con mi apellido.

Mas mil pensamientos malos
inútilmente discurro,
si al fin puesto ya en el burro,
tengo que llevar los palos.

Has de saber (no te asombres)
que esta villa-capital
llenan (por lo racional)
las mugeres y los hombres.

Y tocando otros extremos,
un escuadron nunca escaso,
obstruyen do quier el paso
los que van en cuatro remos.

Aunque (seamos imparciales)
te digo en términos curros
que hay racionales... muy burros,
y burros... muy racionales.

— Si por nuestra marcha actual
pregunto, no sin desden,
unos me dicen «va bien!»

(1) Véase la pág. 550.

y otros me dicen «¡a mal!»

Este de cólera estalla
y me demuestra irritado,
que la nave del Estado
si sigue *tal* rumbo encalla.

Y el otro se desbarata
diciéndome como un loco,
«si marcha la cosa un poco
vamos á nadar... en plata!»

Mas yo que siempre idolatro
la verdad, juro por Dios,
que si este miente *por dos*
el otro miente *por cuatro*.

Al pobre nadie socorre:
pagas... *requiescant in pace*:
el aire corre... si lo hace,
y si no lo hace!... no corre.

—No sé si por el calor
ó por un misterio oculto,
hoy por razon el insulto
alega todo escritor.

El ofendido «¿me ultrajas?»
airado dice, «al combate!»
y cualquier hombre se bate
por quitame allá esas pajas.

Aunque, amigo, te diré,
que siempre es un gran consuelo,
el saber que todo duelo
se concluye... en el café.

—La pobre literatura
cuya situacion deploras,
si no está muerta á estas horas...
descansa en la sepultura.

Periódicos, por supuesto
que no faltan... y muy módicos;
pero todos los periódicos,
Teodoro, no valen... ni esto (1).

O ya se leen vaciedades,
ó en cada frase un engaño,
y el que tiene mas tamaño...
tiene mas barbaridades.

(1) Para comprender *toda la gracia* de esta espresion, hay que poner el dedo pulgar de la mano derecha en contacto con los dientes superiores, y rozando la uña con un ligero movimiento saliente está conseguido el efecto, y el autor *se cubre*... de gloria.

Se ven sátiras atroces
de autorcillos botarates,
que empiezan... por disparates
y se concluyen... por coces.

Con todo, hay buenos autores
en el sexo masculino
(porque al sexo femenino
no concede estos primores),

Villergas, el adalid
de la *franca* libertad
publica en la actualidad
Los Misterios de Madrid.

En amigable complot
siguen escribiendo aquí (1)
Ayguals, Sergio, Baldovi,
Breton, Bonilla, Ribot.

Publican cosas muy cucas,
verdades de tomo y lomo
el *Arlequin*, el *Dios Momo*,
y el grande *Dómine Lucas*.

El *Nuevo Arlequin*, hijuela
del viejo, sale tambien,
y un parto... de no sé quien,
llamado... el *Po-li-chi-ne-la*.

Sobre este en valde discurre,
mas digo... *sin intencion*,
que la imprenta-redaccion
está en la calle... *del Burro*.

Yo, ni gordo ni delgado;
si estoy cansado me siento,
y cuando no estoy contento...
es porque estoy disgustado.

Como es mi suerte tirana
y con nada me recpro,
generalmente paseo...
la tarde que tengo gana.

Aunque hay quien mi muerte espere,
nunca realizo este afan,
sin duda por el refran
«vicho malo nunca muere.»

— Si algun consonante en *endi*
tuviera yo, te diria
que la atencion llama hoy dia
en la córte FAUD-EFFENDI.

Adios que ya dejo aquí
la carrera de mis glorias...
dá encarecidas memorias
al que pregunte por mí.
Y juro por Belcebú,
estando en tranquila calma (1),
que antes que me rompa el alma...
quiero te la rompas tú
Y que te carguen diez fistolas,
y sea tu faz siempre pálida...
pues no está mi mente escuálida
para enderezarte epistolas.

RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.

LOS HISPANOS

Á DON ABUNDIO ESTOFADO

EN SU CONVALESCENCIA.

Oh tú nuevo Colon de las cocinas,
Newton de los esófagos primero!
Oh beneficiador de *nuestras minas!*
preferible á Demóstenes y Homero
en producciones y obras peregrinas!
recibe el parahien del pueblo Ibero,
pues todo se renueva y embellece
en el punto que ABUNDIO convalece.

ABUNDIO... Oh nombre bello y agradable!
Oh talisman que encanta y electriza!
Oh nuevo iman de fuerza inexplicable!
Tus empresas la fama preconiza,
no hay quien sin comoverse de tí hable;
la *prensa* tus guisados eterniza!
y cuando de tus males nos instruye
parece que la España se destruyè.

Todo en negro desórden se pronuncia:
por do quier triste luto se divisa,
cuando con ecos lúgubres anuncia
la *enfermedad* de ABUNDIO *nuestra* RISA:
gastrónomo hay que de vivir renuncia
y á los platos se lanza á toda prisa,
diciendo: fuera platos, fuera fuentes,
sin ABUNDIO ¿qué valen estos entes?

Quien mira con horror todo pescado,
quien las berzas ni ver jamás quisiera;

Quien las aves desecha con enfado;
quien declara á la carne saña fiera;
solo se oye esta voz «*si cae ESTOFADO,*
pescado, berzas, carnes fuera, fuera:»
que todo pierde gusto y atractivo;
si el que lo condimenta no está vivo.

El cesante, la monja, el exclaustado,
los solos son que grande indiferencia
muestran en el ataque de ESTOFADO;
porque *como en eterna penitencia*
están por las reliquias del pecado,
no les da un ardite tal dolencia:
y á los naturalistas decir toca
por qué estos espectadores tienen boca.

Mas... la *gente del bronce*... yo me entiendo,
los que le echaron ya la capa al toro,
estos tales movieron tal estruendo,
como en campo cristiano Tarif moro;
y cuando á DON ABUNDIO ven muriendo
pierden la paz, la calma... hasta el decoro,
y en gestos, contorsiones y bullicio
demuestran que han perdido el poco juicio.

En tamaño dolor en tal conflicto
fija Iberia en el médico su vista,
creyendo que tal vez su *plan estricto*
al acceso mortífero resista,
pues del doctor Sangredo el brazo invicto
es cual puñal en mano de anarquista.
Oh *récipes*, obrad con eficacia,
y volved una vez por la farmacia.

Los partes de Villergas son buscados
con avidez, con ansia tan estraña
cual si en ellos se viesén consignados
la suerte y los destinos de la España;
ó bien como si egércitos armados
se estuviesen batiendo en la campaña
alternando el placer y la tristura,
según lo que Villergas asegura.

Y cuando el *soliman* y las *sangrias*;
y cuando la *dieta* y las *ventosas*,
como anunció Villergas estos días,
obraron maravillas tan pasmosas,
¿quién podrá demostrar las alegrías
de las gentes que estaban tan ansiosas?
En gritos de placer todo resuena,
destiérrense de España luto y pena.

Al punto se decretan mil funciones,
y en vez de bailes, toros, coliseos,

(1) Yo, no Belcebú.

se ponen colgaduras de jamones ;
con chorizos se adornan los paseos ,
pollos , pavos se ven en los balcones
que á las *patriotas* causan mil deseos .
Los cuadros se arrebatan de las salas
para colgar perdices por las alas .

En tal celebridad , en fiesta tanta
la turba de heliogábalos risueña
se junta , y ESTOFADO en la garganta
corre á mi habitacion porque se empeña
en que yo felicite á quien encanta
sus pechos con los *recípes* que enseña :
y obediente á un mandato que es tan justo ,
así cantaré al *órgano del gusto* :

Salve ABUNDO ESTOFADO , salve egregio
ornato de este siglo de primores !
Oh si viviese ahora el gran Correo !
en tí solo empleara sus colores ;
mas á falta , te forma un sólio régio
el reino de los grandes comedores :
pues no hay en las leyendas un vestigio
de héroe que haya gozado mas prestigio .

Ni O-Connell en Albion es tan amado ,
ni Meternich en Austria tan querido ,
ni en las Galias Guizot tan ensalzado ;
ni Santana se ve tan aplaudido ,
ni Ibrahim tan glorioso y acatado ,
ni el gran Pozo di Borgo tan servido ,
cual tú ABUNDO ESTOFADO , cuya fama
sobre los astros mismos te encarama .

Envidiaba Alejandro al fuerte Aquiles :
el gran Cesar de aquel lloró la suerte ;
la tuya emularán ingenios miles ,
y no habrá quien no quiera conocerte
adornado de pollos y perniles ,
destruyendo el imperio de la muerte :
tu patria será un tiempo disputada
y mas que de Homero celebrada .

Y así como de edad cien siglos cuentas ,
el cielo cuatrocientos mas te añada ,
para que de tus victimas sangrientas
dejes toda la tierra señalada ,
de modo que en palacios , pueblos , ventas
tu memoria sea siempre venerada :
estos los votos son de un pueblo entero
entusiasta de ABUNDO cocinero .

Y tú , caro Villergas , que anunciaste
su enfermedad y método de cura ,

siendo de gozo y penas un contraste ,
haz que Urrabieta forje una pintura ,
aunque en ello paciencia y tiempo gaste ,
que á ABUNDO en su dolencia represente
y sus males esplique mudamente .

Procurando pintar un grande lecho
que tenga por colchones dos terneras ,
colocando tambien de trecho en trecho
mil aves que en lugar de las esteras
formen un pavimento de provecho ,
que el apetito escite muy de veras :
dejando ver á ABUNDO macilento
que espera de la *ayuda* el movimiento .

Oh cuánto afectará á sus entusiastas
su imágen moribunda , segun piense !!
sin duda que aunque hubiera iconoclastas
le habian de tributar algun incienso ,
y las gentes de bien de todas castas
le mostrarán cariño el mas intenso :
y entretanto del todo convalece ,
esta *cancion mi número hoy* le ofrece .

La España se llena
de satisfaccion
cuando DON ABUNDO
se pone mejor .

Secuaces de Baco ,
hijos de Pluton ,
pasaron los días
de tribulacion ;
ya comer podemos
de música al son ,
porque las cocinas
tienen director .

La España se llena
de satisfaccion
cuando DON ABUNDO
se pone mejor .

No mas ecos tristes
de paventacion ;
ni fúnebre solfa
ni Kírieleison ;
de Apolo la lira
del re-mi-fa-sol
solo formen notas
para esta cancion :

La España se llena
de satisfaccion
cuando DON ABUNDIO
se pone mejor.

De Francia á Marruecos,
de Rusia al Japon,
de Italia á Inglaterra,
de Chile al Mogol,
el nombre de ABUNDIO
suene con honor,
recibiendo aplausos
sin interrupcion.

La España se llena
de satisfaccion
cuando DON ABUNDIO
se pone mejor.

Vivan los chorizos,
el rancio jamon;
el queso de Flandes,
el buen salchichon;
pero sobre todo
reciba loor
el rico ESTOFADO
de grato sabor.

La España se llena
de satisfaccion
cuando DON ABUNDIO
se pone mejor.

Que el soldado marche
al campo de honor,
que Adonis inciense
el templo de amor,
que tan solamente
reverencio yo
de ambigú y cocinas
al sabio doctor.

La España se llena
de satisfaccion
cuando DON ABUNDIO
se pone mejor.

Toma, insigne ABUNDIO,
especia y piñon,
empuña el cuchillo,
prepara un capon,

dale cuatro vueltas
en el asador
y en aplauso eterno
sonará esta voz:

La España se llena
de satisfaccion
cuando DON ABUNDIO
se pone mejor.

Las berzas mas viles
por tu direccion
adquieren á veces
el gusto mayor.
¿Quién metamorfosis
tan preciosa vió?
LA RISA te ensalza
por esta razon.

La España se llena
de satisfaccion
cuando DON ABUNDIO
se pone mejor.

Cuida tu salud
ABUNDIO, por Dios,
porque si recaes
todo es confusion;
bebe buenos tragos,
cómete un lechon
y en cada vegada
diez libras de arroz.

La España se llena
de satisfaccion
cuando DON ABUNDIO
se pone mejor.

Con esta *dicta*
te pondrás mejor,
dando algun paseo
del Pardo al Tirol,
de Peguin á Goa,
de Lima á Aviñon,
porque el egercicio
quita el mal humor.

La España se llena
de satisfaccion
cuando DON ABUNDIO
se pone mejor.

MURCIA.—JOSÉ ILLAN MARTINEZ.



D. Abundio Estofado no existe!

Doña Pantalcona Perol de Estofado, esposa del muerto que ha fallecido, sus 33 hijos y 89 sobrinos y medio, Doña Robustiana Estofado de Ternera, hermana del difunto que ha muerto, sus íntimos amigos el célebre Rossini, el Judio Errante, Luis Felipe, el Tio Vivo y demas notabilidades y redactores de la inconsolable Risa

Suplican a V. se sirva encomendarle a Dios y asistir al fúncial que por su alma se ha de celebrar con órgano y guitarra, esta noche a las diez de la madrugada en la iglesia parroquial de San Pablo en Londres, en lo que recibirán merced.

El duelo se despide en Sueca, en casa de Don José Bernal Baldoví, donde para mayor comodidad de los concurrentes, estarán a su disposición los magníficos trenes de Sabatini.

Sr.



DE D. ABUNDIO ESTOFADO.

El dolor nos aboga, el sentimiento nos abrauma, la pluma se nos cae de las manos al escribir estas líneas para dar cuenta á nuestros lectores del triste suceso ocurrido en la redaccion de LA RISA. ¡Don Abundio! ¡Ah! ¡El desventurado don Abundio que era el alma de nuestro periódico ha volado como un pajarito sin cola á la mansion de los justos. ¡Pobre señor! cuando estaba fuera de peligro y acababa de dar una vuelta al rededor del mundo tan guapo y tan interesante ¡quién lo digera! tuvo la fatal ocurrencia de comer un cañamon en ayunas, y le dió un torozon manchego que le quitó la vida en menos de veinticuatro horas! ¡qué lástima de mozo, á los mil novecientos años, que es como si digéramos en lo mejor de su edad!

Ya no hay Estofado con E mayuscula; ya no nos queda mas estofado que el que empieza con e pequeña. Consolemonos con un estofado á la memoria del otro Estofado. Esto es lo único que puede dulcificar nuestras amarguras, mitigar nuestros pesares, vivificar nuestros corazones, enjugar nuestras lágrimas. Pero ya es hora de referir á nuestros queridos lectores lo que tanto les interesa saber, porque no puede menos de interesarles todo lo que tenga relacion con un héroe, con un bravo, con un impertérrito cocinero, que solo necesitaba no haber muerto nunca para ser inmortal.

DON ABUNDIO murió despues de sentirse malo, siendo lo mas particular que nunca estuvo tan malo como un momento antes de morir. ¡Qué malo se puso! Se puso tan malo, que se murió. En seguida la redaccion de LA RISA tomó todas las disposiciones para tributar al difunto los honores y consideraciones á que por sus luces y sus servicios se habia hecho acreedor. Abrióse el testamento que á continuacion insertamos, y todos nos quedamos sorprendidos de la generosidad de DON ABUNDIO en mandar cuanto poseía, cuando no le hacia falta para nada. Agradecidos á su generoso desprendimiento, Ribot le rezó un responso, Príncipe una sinfonia, Ayguals un padecidú, Zorrilla una maldicion y Villergas nada, porque no sabe rezar. Todos nos hemos esmerado en servirle hasta la última hora, y difícil sería pintar el séquito de su entierro. Un numeroso concurso de mas de quinientas mil personas precedían el cadáver, y detrás iban sobre doscientos mil coches y otros tantos ómnibus y carromatos, llenos de gente alta, como generales, condes y marqueses, lacayos y aguadores. Delante y á poca distancia del carro fúnebre una excelente orquesta de ocho mil músicos iba tocando cosas tristes, como la jota aragonesa, el punto de la Habana, la caña, la muñeira y los toros del Puerto. El cadáver fué depositado en su nicho despues de haberse leído sobre su tumba en tono solemne y melancólico las siguientes composiciones que forman la corona fúnebre de

este hombre memorable. ¡Pobre DON ABUNDIO!
¡Séale la tierra pesada!

TESTAMENTO

DE ABUNDIO ESTOFADO.

Yo, el pobre ABUNDIO ESTOFADO, hijo de cien cocineros, gloria y prez de los pucheros, y honra del frito y asado,

Al ver que del mundo emigro ain remedio y con urgencia, por culpa de la dolencia que me ha puesto en tal peligro,

Siguiendo de otros la norma en tan crítico momento, ordeno mi testamento en esta manera y forma:—

Ante todo, con gran calma, y de mi fé en testimonio, encomiendo á Dios el alma, y la peluca al demonio.

Que aunque yo nunca me arredro y estoy cierto que me salvo, mejor me abrirá San Pedro, cuando advierta que estoy calvo.

Mas para salir de apuros y evitar algun naufragio, dejo de aquella en sufragio veinte y cinco ó treinta duros.

Cuya cantidad quisiera, si no es inútil mi ruego, que saliese desde luego del bolsillo de... cualquiera.

Porque es tal mi carestia, que á no haber quienes me valgan, las misas preciso es salgan de allá de... la sacristia.

Tambien entra en mis ideas, para el compás de este vals, el nombrar por albaceas á Ribot y á Sergio Ayguals.

A quienes ruego consulten cuando mis ojos se cierren, si es mejor que me sepulsen ó valdrá mas que me entierren.

Y en uno ú en otro caso,

quiero que asistan de gala
y armas á la funerala
treinta ninflas del Parnaso;

Conduciéndome el ataúd,
aunque soy tan grande bolo,
las nueve hermanas de Apolo
con su cítara y laúd.

Y á los albaceas dichos,
en premio de la eficacia
con que cumplan mis caprichos,
les doy (en plural) la gracia.

Ítem: afirmo y prevengo
que me casé siete veces,
y mas descendientes tengo
que treinta nogales nueces.

Pero, á pesar de estas bodas,
me declaro celibato,
y á la cola de ellas todas
prefiero la de mi gato.

A quien, aunque cause asombro
porque al cabo es animal,
designo, instituyo y nombro;
mi heredero universal.

Eligiendo por tutora
de este guardian de cocina
á la bella Carolina
Coronado, mi señora.

La cual es mi voluntad
que de la hacienda se encaute,
hasta que el buen Mirliñante
salga de menor edad.

Y á fin de que á ciertas gentes
mi silencio no amostaze,
que se lleven, si les place,
las frioleras siguientes:—

Mi señor don Wenceslao,
que tanto apreció mi bulto,
quédese aquel campo inculto
que tengo junto á Bilbao.

Donde si la tierra escarba,
tal vez encuentre un tesoro
de cierto ricacho moro,
que tuvo, cual él, gran barba.

Mas si á meter llega el codo
en esta profundidad,
que no se lo lleve todo,
sino solo... la mitad.

Que el otro medio talego

de oro, plata ó calderilla
se lo mando, deajo y lego
á mi *compinche* Bonilla.

Para que el tal se lo coma
(y buen provecho le haga)
en Lóndres, Argel ó Praga,
ó en Liria, Ruzafa ó Roma.

A Villergas (Juan Martín)
para remediar sus males
dóile el huerto sin frutales
que compré en Albarracín,

En el cual, si planta idilios,
odas, romances y endechas,
logrará buenas cosechas
de Horacios y de Virgilio.

Déjole al señor Breton,
en muestra de amistad fina,
el mas grande cucharón
que se encuentre en mi cocina.

Y tambien en darle acierto
el garfio de mi bandera,
para que de esta manera
tenga completo el cubierto.

Al Príncipe de LA RISA
le hago la *corta* fineza,
de dejarle una camisa
para el uso de *Su Alteza*.

Y al señor Díez Canseco,
con las mismas intenciones,
le lego mis pantalones
la corbata y un chaleco.

Que aunque es probable que algo ancho
dicho legado ambos hallen,
que lo tomen y que callen,
que al buen callar llaman Sancho.

A Zorrilla (don José)
el candil grande le enlazo,
que es muy justo que se dé
á la zorra candilazo.

Una ratonera á *Toño*
Gil y Zárate le doy,
para que en ella desde hoy
crie un canario con moño.

A Florez (José Segundo)
de quien fiel amigo soy,
le deajo... aquí en este mundo,
mientras yo al otro me voy.

A Manini, mi escudero,

le mando por una vez
la mano del almirante,
para hacer el ajo-arriero.

Y así sucesivamente
tomen lo que tengan gana
Hartzenbusch, Rubí, Diana,
Mata, Guerrero y Lafuente.

Sin que dejen de tomar,
tambien parte en la demanda,
Asquerino, Abenamar,
Valladares y Miranda.

Porque nada importa al cabo
que se quede en esta herencia
á la luna de Valencia

un heredero con rabo.

Y... pero no puedo mas...
Santa Bárbara!... ay de mí!...
¡que me lleva... Barrabás!!!

José BERNAT BALDOVÍ (1).

(1) No podemos menos de llamar la atención de nuestros lectores sobre la conducta *antipatriótica* de este redactor testamentario, quien ha cometido la inaudita imprudencia de repartir á manos llenas entre el prógimo las gracias y bienes de fortuna de que hubiera podido disponer sin escrúpulo en su favor, quedándose á pesar de tan favorables circunstancias como el gallo de Moron. Esperamos que esta conducta no tendrá afortunadamente muchos imitadores.

N. de la Red.

CORONA FÚNEBRE.

ELEGIA.

Bien debes esconder, sereno cielo,
tu esplendorosa lumbré,
y, en torno desplegando el ancho velo,
con sombra ornar la cumbre.

La escelsa cumbre en que radiante el día
tendió su manto de oro,
¡ay! cuando alegre susurrar se oía
el céfiro sonoro.

No ya su blando soplo en la enramada
las hojas estremece...
cabe el ciprés, con lágrimas regada,
fúnebre flor se mece!

¡Oh! ya no existe el sol claro y lumbróso
cuya faz peregrina
brillaba en el recinto venturoso
de espléndida cocina!

¡Oh! ya no alumbrá en el fagon la llama;
ni el humo en densa nube
por el luengo cañon se desparrama
y hasta el Olimpo sube!

En las ramas del sauce que amoroso
cubre sus muertas sienés,
cuelgan para arrullarle en su reposo,
calderos y sartenes.

Un eco se prolonga en el altura;
de duelo el alma llena:
«Abundio» dice el viento en la espesura,
y «Abundio» en torno suena.

En dónde, en dónde estás? por qué tu frente
yace en la niebla hundida?
qué negra sombra encapotó inclemente
la antorcha de tu vida?

Tú, á quien vimos ayer cruzar sereno
la senda de las flores;
Tú, que jamás gustaste, al llanto ageno
la hiel de los amores;

Tú, cuyo pecho á la ambicion no ardía,
ante quien Marte airado
su temeroso ceño deponía;
Tú, de buenos dechado...

Cómo así, entre las sombras de la muerte,

de nuestro amor huyendo,
convertirte has podido en hielo inerte,
la altiva sien hundiendo?

—
Por tí, dejando el arenoso lecho
do le hunden *sus pesares*,
raudo se arrastra en *lágrimas deshecho*,
rugiendo el Manzanares.

—
Y en su orilla *las ninfas* sollozando
muestran la frente *pura*,
sus antiguas canciones olvidando,
en medio á su amargura.

—
Fabio, si tú no lloras, pon *atento*
la vista en *esas bellas*,
que, con doliente voz, al firmamento
levantan sus querellas.

—
Tiende en torno los ojos; solamente
verás un mar de llanto :
el sol handió su lumbre en Occidente;
brotó el nocturno espanto.

—
Entre el horror de la tiniebla oscura
que en duelo el alma llena,
«*Abundio*» el viento, al resbalar, murmura
y «*Abundio*» en torno suena.

—
¡Ay! que del sauce el pabellon umbroso
cubre sus muertas sienes,
y en concierto le arrullan bullicioso
calderos y sartenes!

—
Ya no hay consuelo al corazón que llora!...
bello asomando el día
tornará al cielo su risueña aurora,
no al alma la alegría!

—
El astro *de la vida*, luminoso,
rota su faz divina,
no alumbrará ya el éter venturoso
de espléndida cocina!

FRANCISCO CEA.



EN LA MUERTE DE
D. ABUNDIO ESTOFADO.

—
¡Oh qué terrible asunto!
ya murió don Abundio; trance horrendo!
cerquemos al difunto
con tierno afán diciendo:
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Ya el aire en su cocina
no vuelve á respirar ni por asomos.
No valió la cecina,
no sirvieron los lomos.
¡Válgame santa Tecla, lo que somos!
Aun no hace siglos ciento
que el pobre don Abundio era un buen chico;
brincaba de contento,
y hoy torciendo el hocico...
cerrando el ojo dice: «¡bur Perico!»

Aunque cadáver yerto,
este gran hombre, cocinero agosto,
¿quién dirá que está muerto?
Mirad, sin ceño adusto,
que enterote va al hoyo y que robusto.

Al ver con ira insana
cual la muerte le dió golpe furioso,
esclamo con Quintana,
trocando el *osa* en *oso*:
¡ay desgraciado del que nace hermoso!

¡Quisiera verle vivo:
mas no tienen la gracia peregrina
para volverle activo
su mando en la cocina,
los polvos de la madre Celestina.
¿Y estos son los despojos
de un hombre tan profundo y timorato?
Los ojos en sus ojos
fijemos largo rato;
parece que en su vida ha roto un plato.

La muerte en solo un punto
nos privó de este númen estupendo;
cerquemos al difunto
con tierno afán diciendo:
salid sin duelo, lágrimas, corriendo

Del mundo pompas falsas
ya no nos llega al cuerpo la camisa;
sin cocidos y salsas
puesto que uadé guisa

¿quién podrá ya escribir para LA RISA?

De día y por la noche
cuando de este incidente me hago cargo,
estoy á troche y moche
vertiendo llanto largo,
que es un llanto de almendras en lo amargo.

¡Oh! cuando yo medito
la triste realidad del lance adverso,
por mas que me derrito
ni bueno ni perverso
puedo festivo producir un verso.

Quiero escribir ¡bobada!
se pierde la ilusion, vence el disgusto;
no hay gusto para nada,
y este disgusto es justo,
como no hay que comer me falta el gusto.

Ya no hay RISA señores;
permitidme que en llanto me consuma.
Adios, caros lectores,
pues que el pesar me abruma
solo en hiel puedo remojar la pluma.

Lloremos la memoria
del que un tiempo nos dió ratos muy tiernos
y ya goza en la gloria
los bienes sempiternos
á donde están los ángeles con cuernos.

Diránme los lectores
¿que si hay motivos? sí señores, hayles.
Adios, adios, señores;
canten de hoy mas los frailes,
que ya no está la zorra para bailes.

Huyamos de este punto
para nos melancólico y tremendo;
y al dejar al difunto
lloremos repitiendo:
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

*A la malograda memoria del
insigne cocinero don Abun-
dio Estofado.*

SONETO.

¿A quién perdonará la muerte fiera,
cuando sorda á plegarias y oraciones
emprende de ese modo á mogicones
al que su amigo y su instrumento era?

El en sus aras con cuchilla fiera

inmolaba gallinas y capones,
y asando codornices y pichones
pasó su juventud, su vida entera.

¡Y todo en vano fué! ¡Y ABUNDIO ha muerto!
¿Ha muerto el cocinero DON ABUNDIO?
¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡qué dolor!... ¡qué desconcierto.

Llorénte Tirabeque y Fray Gerundio,
que yo ¡infeliz! ni aun á quejarme acierto
falto ¡ay! ¡ay! ¡ay! de consonante en *undio*.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIP.

POESIA

LEIDA JUNTO AL CADAVER DEL MALOGRADO

D. ABUNDIO ESTOFADO.

¡No existe ya!!! ¡la tumba despiadada
por fin le devoró! fiera la muerte
con su terrible espada
ha dado la mas bárbara estocada
al cocinero mas heróico y fuerte.
¡No existe ya! ¡miradle! el que algun día
los mas soberbios guisos preparaba,
y el olfato de tantos complacia
y el paladar de tantos halagaba;
el que con tanto esmero,
el que con tanta gracia
la mano manejaba del mortero,
que el profesor mas hábil de farmácia
á su lado era un cero;
el de gloria divina,
el de fama tan alta,
que podía en materias de cocina
al mismo Napoleon dar quince y falta;
el hombre mas alegre que un fandango,
digno sin duda de inmortal corona,
el que tenia en toda comilona
la sarten por el mango,
no existe ya... ¡miradle!... ¡Oh mi maestro!
¿no me respondes ya? mira qué vino
te traigo tan divino...
¿preferies al Jerez un padre nuestro?
¿Tan crudo es tu destino,
ha hecho en tí la muerte tal estrago
que no puedas siquiera echar un trago?
qué horror! qué horror! Abundio! ¡tú en el cielo
estás de cocinero de algun santo,
y nosotros en tanto

con lágrimas de duelo
 tus despojos regamos en el suelo.
 Y á tí te ofende el llanto
 sin duda porque al agua se asemeja,
 mas vé que el que se asocia á nuestra queja
 es llanto tan ardiente,
 que yo creo que es llanto de aguardiente.
 Harto, Abundio, prevía
 que el cielo despiadado
 del *risueño ambigü* te arrancaría.
 Dios te quiso á su lado;
 el aroma sin duda de algun guiso
 por tus famosas manos preparado
 llegó á su trono de ángeles cercado,
 y á su lado te quiso
 para gloria mayor del paraíso.

LA RISA se acabó... ¡gran Dios!... ¿quién ríe
 cuando Abundio no fríe?

Huye, musa festiva,
 que ya cantar al *Salchichon* no puedo,
 ya no puedo cantar la *Lavativa*.
 ¿Quién quiere mi laud? yo se lo cedo.
 Vedme serio y sin ganas
 de ver reír siquiera,
 rodeado de jóvenes intonso
 y de cabezas canas,
 que con voz plañidera
 misereres entonan y responsos.
 El luto es general, el mundo llora;
 friste la lavandera
 va de luto vestida al Manzanares;
 sus sollozos la fámula devora,
 y van formando mares,
 lágrimas derramando á centenares.
 La alliccion es tan honda
 que yo he visto con luto en el sombrero
 al amo de una fonda.
 Hasta lloran las liebres y perdices
 y pavos y marranos,
 que aunque Abundio infinitos inmolaba,
 se creían felices
 por lo bien que en seguida los guisaba.
 Hoy ven al cocinero portentoso
 que el ataúd reducirá á ceniza,
 y dicen, cual Quintana,
 al que se alegra de su muerte insana;
 «la muerte de un contrario valeroso
 solamente el que es vil la solemniza.»

Cuantos fueron testigos
 de las virtudes de hombre tan esperto,
 amigos ó enemigos,
 hacen justicia al muerto.
 Esto es consolador, Abundio caro,
 tus hechos ha grabado en la memoria
 con su buril la gloria;
 á tu mérito raro
 no hay quien no preste admiracion y culto;
 no sufrirá tu tumba un solo insulto,
 y los cofrades de LA RISA todos,
 pues saben bien que el agua cria barro,
 vendrán á tí beodos
 á incensarte con humo de cigarro,
 y lo mismo el magnate que el *jamancio*,
 para no mancillar gloria tan pura,
 la yerba de tu pobre sepultura
 quieren solo regar con vino rancio.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

EPITAFIO.

Aquí descansa quien merece tanto
 que hasta LA RISA se deshace en llanto.

WENCESLAO AYUALS DE JZCO.

A la memoria del malogrado héroe de los guisos.

LETRILLA.

Conviértase en llanto
 mi eterno reír...
Don Abundio ha muerto!
 ay triste de mí!...

Llegad cocineras,
 fregonas venid,
 las de bello cuerpo,
 las de faz gentil;
 teged cien guirnaldas
 de hojitas sin fin,
 ya de yerbabuena,
 ya de peregil.

Don Abundio ha muerto!
 ay triste de mí!....

Adornad con ellas
 la tumba feliz
 del hombre que honraba
 la patria del Cid.

Del héroe que hacia
biftec y rosbif,
dignos de la mesa
del mismo Roschild.

Don Abundio ha muerto!

ay triste de mí!....

Yo que tan rollizo,
tan sano le vi
la sartén del mango
mis huevos freir!
He de verle ahora
exánime aquí,
y á la muerte horrenda
doblar la cerviz?

Don Abundio ha muerto!

ay triste de mí!....

Quién comerá coles,
ni arroz con perdiz,
ni pollos asados,
ni truchas... ni... ni...
No mas alimentos!
pues no hay en Madrid
quien los condimente
como hubo hasta aquí.

Don Abundio ha muerto!

ay triste de mí!....

Desde hoy en España
ya no hay que pedir
jamon con tomate,
dulces ni perdiz.
Todo sabe á peste,
todo es malo, vil,
todo nos da náuseas,
todo causa esplin.

Don Abundio ha muerto!

ay triste de mí!....

Llorad, ¡ó vosotros!
Ribot, Baldoví,
que teneis la panza
como un tamboril.
Ya vuestro consuelo
dejó de existir;
y no habrá ya nadie
que os dé un langostin.

Don Abundio ha muerto!

ay triste de mí!....

Nunca el bacalao
tan rico comí,

como el que guisaba
mi héroe infeliz.

A la vizcaina
se hacia engullir
dulce y fácilmente
cual grano de anis.

Don Abundio ha muerto!

ay triste de mí!....

Y pues no se come
ya en este país,
mis agudas penas
no quedan así.
Bebamos, amigos,
bebamos sin fin,
que el dolor se temple
yéndose á dormir.

Don Abundio ha muerto!

ay triste de mí!....

Qué trago tan triste
tener que morir!....
y eso que los tragos
me gustan á mí.
El dolor me ahoga,
no puedo escribir...
Aguárdame, Abundio,
mucho por ahí,
que yo por ahora
trato de vivir.

Querido, te has muerto?

pues... *requiescas in...*

PACE.

WENCESLAO ANGUALS DE IZCO.

EPITAFIO.

AL COCINERO DE LA RISA D. ABUNDIO ESTOFADO.

Aquí yace entre estos ripios
un partidario del lomo.
quien, sin saber cuándo ú cómo,
puso fin á sus principios.

R. I. P.

Amen. J. B. BALDOVÍ.



FIN.

INDICE.

ABENAMAR. (D. Santos Lopez Pelegrin.)		Atractivos del invierno. II.	333
El corbatin.	58	Epigrama.	339
Las ligas.	150	Modas inglesas de invierno.	339
Las medias.	323	Al lustre de Europa.	344
ALFARO y GODINEZ. (D. Agustin de.)		Modas de Paris.	349
A mi amigo D. Juan Martinez Villergas.	478	Epigrama.	370
ALVAREZ-MIRANDA. (D. Vicente.)		A D. Antonio Ribot y Fontseré.	381
El borracho.	73	Arte de darse importancia en el teatro.	384
Oda á los garbanzos.	118	Sentencia.	384
La risa. Polímetro filosófico.	220	Gracias de los niños.	394
El clérigo gastrónomo.	296	Contra la seriedad. Fábula.	402
AMADO. (D. José Benito.)		A mi amigo D. Juan Martinez Villergas.	413
La dulzura.	114	Arte de conocer á los hombres por las uñas.	423
ASQUERINO. (D. Eduardo.)		A D. Antonio Ribot y Fontseré.	428
A un chato.	133	Epigrama.	431
Carta dirigida al espatriado Juan Martinez Villergas.	371	Un dia de Campo.	431
AYGUALS DE IZCO. (D. Sergio.)		Soneto.	450
Yo á mí.	498	La jovialidad.	463
AYGUALS DE IZCO. (D. Wenceslao.)		Distracciones de D. Anacleto.	467
Costumbres gastronómicas.	9	Letrilla.	481
La judía resentida.	17	Risa y llanto.	488
Una cita.	26	Soneto.	490
A D. José Zorrilla. Epístola en prosa poética.	47	Soneto.	518
Letrilla.	86	Epigrama.	522
A Fr. Gerundio.	88	Soneto.	523
Angelito.	93	Soneto.	550
A mi amigo Zorrilla que se hace el succo.	100	Epitafio.	571
Flacos y gordos.	103	A la memoria del malogrado héroe de los guisos. Letrilla.	571
Las melenas. Soneto.	111	BEBEDOR. (El.)	
Epigrama.	136	Un cofrade de la hermandad de Baco á sus amados cólegas.	261
Fallo sin apelacion. Soneto.	143	BERNAT BALDOVI. (D. José.)	
Coloquio galante.	143	La Col.	53
Epigrama.	157	A la Risa.	62
Epigrama.	163	Rodrigo á Gregoria.	154
Declaración amorosa de un comerciante estrambótico á doña Gumersinda la corpulenta, ninfa de sesenta abriles.	193	Gregoria á Rodrigo.	161
Me importa mucho. Cancion.	208	Rodrigo á Gregoria.	168
La respuesta de Marta.	229	Gregoria á Rodrigo.	181
No hay vino que no sea rico. (Soneto báquico.).	230	Epigrama.	201
Al señor Mas. (Soneto masónico.).	247	Epigrama.	219
Contestacion del cocinero de LA RISA á don Eduardo V. Maiquez.	253	A mi amigo D. José Maria Bonilla.	241
A Fr. Gerundio.	266	Epigrama.	350
Huevos y chocolate.	269	Epigrama.	412
Los huevos. Canto épico.	270	La puerta de hierro y la gente del bronce.	441
Origen del carnaval.	273	Epigramas tan chistosos como otros muchos.	498
Un baile de máscaras.	277	Epigrama.	506
Juicio del año.	304	Adios, señores, hasta la vista.	510
Arte de conocer á los hombres por el pelo.	308	Epigrama.	519
Atractivos del invierno. I.	323	El abanderado de los gordos al coronel de su regimiento D. Antonio Ribot y Fontseré.	541
		Verdades diplomático-políticas á guisa de epigramas.	539
		A D. Antonio Ribot y Fontseré.	541
		Carta de Santo Bescroles á Pascualo Rattoli.	557

Testamento de D. Abundio Estofado.	566
Epitafio al cocinero de LA RISA.	572
BONILLA. (D. José Maria.)	
Artículo epistolar á D. Wenceslao Ayguals de Izco.	412
Un amante abandonado á su ingrata Clara.	499
A mi amigo D. José Bernat Baldoví.	239
Declarasi6n amorosa de T6fol el chufero á Manela la catalana.	309
Mentiras al revés: cosas que no son.	435
Meditaciones de un hombre sin dinero.	508
BRETON DE LOS HERREROS. (D. Manuel.)	
Dichosa edad.	7
La niñez.	41
La adolescencia.	122
La juventud.	143
La virilidad.	196
La vejez.	249
El carnaval de los demonios.	318
El tabaco.	358
Una notabilidad!	464
El baratero.	470
BUZARAN. (D. Juan Guillen.)	
Romance esdrújulo. Lamentos de un marido.	124
Romance esdrújulo. Un lance de amor.	233
El estudiante D. Pedro. Parte primera.	543
El estudiante D. Pedro. Parte segunda.	548
CASILARI. (D. Santiago.)	
Defensa de las trabillas.	59
Una estravagancia.	90
CASTILLO. (D. José Maria del.)	
Apología del nabo.	134
CEA. (D. Francisco.)	
Romanticismo.	435
Elegía.	568
CORONADO. (Señorita doña Carolina.)	
La poetisa en un pueblo.	334
Fábula. El egoísmo.	342
A la jovialidad.	358
Galas postizas.	539
DIANA. (D. Manuel Juan.)	
Exigencias.	114
Mi sobrino.	187
Ataque y defensa.	393
Estravagancia, cuento ú fantasía.	449
DIEZ CANSESO. (D. Vicente.)	
La risa de mi muger.	152
Solvencia.	394
DOT MICHANS. (D. Juan.)	
Proposiciones de paz entre Fr. Gerundio, Ayguals de Izco y E. L. Pelegrin.	293
ESCOBAR. (D. Ignacio José.)	
A una coqueta.	340
ESCOSURA. (D. Gerónimo de la.)	
Redondillas.	243

ESTOFADO. (D. Abundio.)	
El cocinero del ambigú á los españoles.	421
FLORES. (D. Antonio.)	
Cada uno en su casa y Dios en la de todos.	203
FR. GERUNDIO. (D. Modesto Lafuente.)	
Calvas y pelucas.	53
A la comunidad de LA RISA.	94
Un par de apuntes.	176
Soneto-contestacion de Fr. Gerundio, al soneto-escitacion del hermano Ayguals de Izco.	266
Defensa del chocolate.	266
Picaro mundo.	341
FUENTES. (D. Valentin.)	
No hay cosa como dormir.	491
GARCIA LUNA. (D. Ramon.)	
Glosa.	249
Mi retrato.	539
GARCIA TEJERO. (D. Alfonso.)	
El pilluelo de Madrid. Cancion.	553
GARCIA DE TORRES. (D. Juan.)	
Sacrificio de Fandilas.	446
GIL Y ZARATE. (D. Antonio.)	
El poeta dramático.	79
GRIJALBA. (D. José.)	
Romance.	468
GUERBERO Y PALLARÉS. (D. Teodoro.)	
La situacion.	417
Carta estravagante. I.	545
Carta estravagante. II.	550
GUTIERREZ MOYA. (D. José.)	
Cosas de Andalucía.	312
HARTZENBUSCH. (D. Juan Eugenio.)	
Querer de miedo.	32
Mariquita la pelona. Crónica del siglo XV. I.	230
Mariquita la pelona. II.	235
Mariquita la pelona. III.	244
ILLAN MARTINEZ. (D. José.)	
A D. Wenceslao Ayguals de Izco.	482
Los hispanos á D. Abundio Estofado.	362
LOPEZ PELEGRIN. (D. Eduardo.)	
Percances nocturnos.	225
Letrilla ó lo que salga.	288
El sombrero.	387
MAIQUEZ. (D. Eduardo V.)	
A los redactores de LA RISA.	254
MANZANO. (D. Julian.)	
Una calamidad pública.	48
Abusos de la nariz.	320
MARAYER. (D. Luis.)	
Las ligas é mi morena.	411
MAS. (D. José.)	
Soneto.	247

MASSA. (D. Cárlos.)	
Pronunciamiento de las legumbres.	126
MATA. (D. Pedro.)	
Costumbres francesas.	127
MENENDEZ. (D. Baldomero.)	
!!! Mi suegra otra vez en casa!!!.	352
El desquite.	527
MONTERO. (D. Juan.)	
Rosa y Pascual.	433
MORAN. (D. Gerónimo.)	
Lance nocturno.	466
A los enamorados.	524
Epigramas.	532
Epigrama.	538
MORENO. (D. Enrique Vicente.)	
A D. Wenceslao Ayguals de Izco.	257
MOTÉZUMA.	
Un estra... go.	295
El wals.	430
MUÑOZ Y GARNICA. (D. M.)	
¿Qué es un jaike?	360
NEIRA. (D. Antonio.)	
La nariz de mi devocion.	147
ORTIZ. (G.)	
Una garantía.	451
OVEJAR. (I.)	
El hombre-barrena.	361
OYUELA BUSTAMANTE. (D. Cristobal de la.)	
Oda.	206
PRINCIPE. (D. Miguel Agustín.)	
El vestir contra el comer.	65
A D. Juan Martínez Villergas.	67
Imperfecciones de la naturaleza.	74
El ciego y el mudo.	139
Amores de la tierra baja.	234
Letrilla.	273
Mi criado y Hermosilla.	326
Epigrama.	522
Epigramas.	532
A la malograda memoria del tásigne cocinero D. Abundio Estofado. Soneto.	570
RAMOS. (D. Francisco.)	
Al cerdo.	306
RIBOT Y FONTSERE. (D. Antonio.)	
El salchichon.	124
Melones y mugeres. I.	157
Melones y mugeres. II.	163
La lavativa.	173
Igualdad ante la ley de Dios.	190
Epigrama.	219
Lamentos de un presidiario.	228
El Corneta. Cancion.	264
Un día en el parador del Sol.	298
Contestació de Mancla la Chinchá á Tóful el chufleta.	311

Epigrama.	323
A D. Wenceslao Ayguals de Izco.	367
La última muela.	376
Ventajas del que no tiene piernas, ó del que las lleva de palo. I.	395
Ventajas del que no tiene piernas, ó del que las lleva de palo. II.	402
A D. Wenceslao Ayguals de Izco.	424
A D. Juan Martínez Villergas.	440
Estrema condescendencia! Espantoso fatatismo!!!.	470
El máximo y el mínimo. I.	494
El máximo y el mínimo. II.	502
Oda á los gordos.	517
A D. José Bernat Baldoví (el Sueco).	529
Poesía leida junto al cadáver del malogrado D. Abundio Estofado.	570
RICO Y AMAT. (D. Juan.)	
Mi viaje á la Alcarria.	535
ROBELLO. (D. Francisco.) (Tío Fidel.)	
Las golondrias con faldas.	212
RODRIGUEZ RUBI. (D. Tomás.)	
Los cumplimientos.	109
ROMERO Y LARRAÑAGA. (D. Gregorio.)	
El nombre de pila.	13
La gastronomía y la literatura.	514
ROSELL. (D. Cayetano.)	
La noche de San Marcos.	408
RUA Y FIGUEROA. (D. Ramon.)	
Epigramas.	176
S. (D. Alberto de.)	
Caricatura.	306
SAINZ PARDÓ. (D. Vicente.)	
No hay cosa como comer.	486
SANCHEZ DE FUENTES. (D. Eugenio.)	
Asesinato horrible.	419
SANZ. (D. E. Florentino.)	
La razon de un duelo.	52
Epigramas.	145
La bruja. I.	279
La bruja. II.	285
La bruja. III.	289
Calabazas.	299
La invencion de las trabillas. Tradicion de los infierros.	335
Allá vá eso.	437
URRABIETA. (D. Mariano.)	
Carta dirigida al espatriado Juan Martínez Villergas.	371
VALLADARES Y SAAVEDRA. (D. Ramon.)	
Contestacion sin piés ni cabeza á la carta sin cabeza ni piés. de mi amigo D. Teodoro Guerrero y Pallarés.	560
VILLERGAS. (D. Juan Martínez.)	
Introduccion.	3
Oda á las patatas.	11

Un géometra.	22	Epigrama	393
Las tertulias. I.	24	Respuesta á la carta de D. Eduardo Asque-	
Jurado famoso.	29	rino y D. Mariano Urrabieta.	407
Letrilla	38	A mi amigo D. Wenceslao Ayguals de Izco.	412
Las tertulias. II.	38	Epigramas.	431
Disparates.	43	Memorial á la cofradía de los gordos.	438
Las tertulias. III.	49	La familia de los <i>vices</i> de los <i>sub</i> y de los	
El día de san Isidro.	63	<i>ex.</i>	433
A D. Miguel Agustín Príncipe. Soneto.	67	El amigo pegote	438
¡El uno para el otro! Cuento estravagante.	69	Los Reyes.	463
A D. Miguel Agustín Príncipe.	77	A mi amigo D. Agustín Alfaro.	476
Un hombre célebre.	82	Longevidad sin ejemplo.	479
Las nodrizas.	88	Romance histórico.	484
Letrilla	93	Deplorable acontecimiento.	490
Un tronera. I.	97	Respuesta.	491
Epigramas.	105	No hay cosa como los versos.	492
Un tronera. II.	106	Enfermedad de D. Abundio Estofado.	498
El bigote	113	Letrilla.	509
Letrilla.	118	Enfermedad de D. Abundio.	510
Epigramas.	120	Una muger milagrosa.	511
Las mamás.	131	Epigramas.	522
Glosa atroz.	133	A la vida.	523
Las tertulias. IV.	136	A la muerte.	526
A D. Wenceslao Ayguals de Izco, tercero		Epigrama.	532
en discordia en la cuestión de ciegos y		Propósito de no decir nada.	547
mudos.	143	Enfermedad de D. Abundio.	559
Epigrama.	160	En la muerte de D. Abundio Estofado.	569
Un consejo.	172		
Un pleito.	179		
Una onza de oro.	183		
Noche toledana.	185		
El senador.	194		
Epigramas.	201		
Mi laud.	209		
El burro.	215		
Incendio del polvorín.	217		
El tambor. Cancion.	223		
Amores de la tierra alta.	234		
El espíritu de contradicción.	237		
Guapas y feas.	246		
El pobre Lázaro.	248		
Carta del chiquillo que voló del vientre de			
su madre cuando se incendió el polvorín.	231		
Noche-Buena	259		
Oración para la cuaresma.	273		
A los ojos. Oda.	278		
El mozo de villar.	315		
El poeta en Madrid.	331		
Epigrama.	339		
Modismos y refranes.	346		
Mi pereza.	351		
Fábula. El águila y la bala.	361		
Costumbres rusas.	365		
Viajes por esos mundos.	373		
Viajes por esos mundos.	377		
Epigrama.	383		
La confesión	383		
A D. Wenceslao Ayguals de Izco y D. An-			
tonio Ribot y Fontseré	383		
Letrilla	390		
		ZORRILLA. (D. José.)	
		A D. Wenceslao Ayguals de Izco. Epístola	
		en verso prosaico.	46
		A mi amigo D. Wenceslao Ayguals de Iz-	
		co, director de la Risa.	101
		Poco me importa.	207
		Una verdad como un puño.	283
		DE AUTORES DESCONOCIDOS.	
		Alcaldía vegetal del Ambigü.	28
		Modas.	143
		Modas A.	171
		Un suscriptor á los escritores de LA RI-	
		SA. E. L. P.	202
		Noticias de España y del Estranjero.	240
		Modas de pasco	249
		Al embuchado de Mallorca.	322
		Una tunda á las modistas. C. F.	343
		Modas de España.	364
		Escena patética. A.	411
		Una pregunta. El Invisible	490
		Enfermedad de D. Abundio.	506
		Enfermedad de D. Abundio.	518
		Casado, viudo y doncello. E. A.	519
		Enfermedad de D. Abundio.	526
		El compromiso de un tuerto. J. M.	532
		Enfermedad de D. Abundio.	533
		La friolera. J. M.	537
		Enfermedad de D. Abundio.	541
		Enfermedad de D. Abundio.	547
		Enfermedad de D. Abundio.	557
		Muerte de D. Abundio Estofado	566

